



PACIFICO

MAGAZINE



ALIMENTO MEYER



El único recomendado
por todos los médicos
especialistas, como el
mejor alimento para ni-
ños mayores de tres
meses.

El único que se usa en
los Hospitales y Clíni-
cas Infantiles.



Pídalo en todas las bo-
ticas del país. Por ma-
yor: Daube y Cía., Ares-
tizábal y Cía., Drogue-
ría Francesa, G. Klimesch
y demás mayoristas.
Agentes en Valdivia y
la Frontera: A. Silva
Lastarria, Valdivia.

8935

NUESTRA PORTADA.

* CEMENTERIO *

POR JENARO PRIETO



PAISAJE



SEÑORAS

Por _____

Joaquín Díaz Garcés

Ilustraciones fotográficas

Si las sociedades que inician en Santiago cierto movimiento feminista bien orientado, continuaran solicitando colaboración literaria, de cuántos hombres son capaces de decir o escribir dos palabras, con mediano buen sentido, aunque no tanta novedad, a razón de dos o tres conferencias por semana, muy pronto no habrá ciudadano, inscrito en los registros electorales, que no haya lanzado, o dictado la suya, como se dice a veces como si alguien pudiera sentirse tentado a tomar apuntes. Yo no vengo ahora a esta sala como conferencista; estamos en una casa común, donde los miembros de la Academia Femenina y el personal de la Escuela de Bellas Artes, se conocen de saludo diario a lo menos. Pero, si alguna vez hubiera deseado con calor el dón de la oratoria, no de esa elocuencia vulgar que hace su camino por asambleas y hasta por congresos, sino de esa otra elegante, pulida, transparente y ática, que seduce y persuade, habría sido ahora. Y hace poco, mirando una noche el firmamento estrellado, recordé que cuando niño me enseñaron que para conseguir algo había que espiar el paso de un acrolito, y formular la súplica antes de que desapareciera en su caída, hasta el horizonte. Y me tocó la suerte de divisar uno muy grande; pero su paso fué tan fugitivo

que me quedé pensando en esta ambición y no alcancé a juntar la frase en la cabeza cuando ya había desaparecido para siempre. Iba a pedirle precisamente que me diera el poder de decir ahora cosas verdaderas y útiles, con forma liviana y delicada, y hasta con color y ternura, porque como sois artistas y además mujeres y además jóvenes, y tenéis el mundo por delante, no quería caer en el peligro de halagaros a fuer de cortés o de molestaros so pretexto de franqueza, ni tampoco dejar de entrar algo y con honradez en aquella parte del feminismo que os interesa.

Pasaron los tiempos en que un hombre de mundo podía preguntarle a su amigo: —“¿Qué prefieres tú que haga la señorita de la casa que visitas con frecuencia? ¿Que pinte o que toque el piano?” Y como el amigo no contestara nada, siguió dando curso a sus reflexiones, sugeridas por la experiencia personal: “Yo prefiero que pinte, porque con una tontería cualquiera que diga sobre el cuadro, salgo del paso; mientras que si toca, tendré que escucharla por fuerza, y, todavía, si la elogio, repetirá la pieza.” Hoy día ha progresado la educación, se ha hecho menos convencional, y no es obligatorio que una niña pinte mal y toque peor; se la enseña aquello para lo cual manifiesta más disposiciones;



Doña Antonia Salas de Errázuriz

o nada, que es lo que indican generalmente esas disposiciones. Y he aquí por qué, a los conferencistas que os hablen, señoras de la Academia Femenina, no se les podrá hacer cargo de snobismo y de halagar vuestros tímidos instintos de independencia; porque la mujer, hecha de sensibilidad, está en las artes en un terreno propio, por decirlo así, en que cosecha triunfos sin violentar su naturaleza y llegará a ocupar un sitio culminante. Le Bon ha dicho que las artes, y la música sobre todas, son el lenguaje de lo efectivo y de lo místico; las palabras, de lo racional; y agrega en otra de sus obras: "la mujer está demasiado confinada en lo efectivo y lo místico para poder ser muy influenciada por el razonamiento." Y hay una prueba de lo dicho, que he anotado en algún viejo artículo de prensa, y que he visto más tarde plenamente confirmada en obras de modernos tratadistas del feminismo: la sensibilidad de la mujer es poderosa en la imitación; por esto supera al hombre en el teatro y entra en grandes falanjes a las artes, principalmente a las decorativas; pero, cuando hay que subordinar la imaginación al razonamiento, para hacer ese trabajo de la selección, que es una verdadera creación, aparece más débil. Es curioso, agregan, que siendo la mujer la poesía misma, no nos haya dado un sólo gran poeta en todo el

mundo y en un siglo entero. Ha versificado admirablemente, y cuentan por centenares los nombres ilustres de poetisas, estrellas de mediana magnitud; pero la belleza absoluta, dominadora, que conmueve a las multitudes, que encarna el alma de una sociedad o de una aspiración universal, no ha estado a su alcance. Por eso no pasaré por feminista ni por halagador, si tomo muy en cuenta, como revelación de un hecho transcendental, el que en el Salón Oficial de este año hayan obtenido las mujeres, entre ellas, algunas niñas, cinco a más medallas de las que se daban. Si hablara en un instituto de mujeres abogados, y expresara allí que sus miembros debían aspirar, y merecerían llegar, a los tribunales de justicia, se podría entonces sospechar de mi sinceridad. Se podrá hacer hasta milagros en la marcha del feminismo, y antes de llegar a la época estas maravillas, podrá la mujer conducir trenes expresos, manejar la artillería pesada y hasta los más poderosos barcos de guerra aéreos o submarinos; pero no logrará juzgar a sus semejantes sin pasión, porque habría dejado de ser mujer. Y esta incapacidad para juzgar la aceptamos serenamente, y a veces la envidiamos, ya que,—como aquella dama admiradora de un predicador a la moda que decía: "ha hablado del infierno como un ángel",—solemos exclamar: "La señora X. ataca de tal manera a Fulano, que es realmente una lástima que no tenga razón."

Pero he aquí que en vuestra profesión quedan solucionados muchos problemas y asperezas del feminismo, que inquietan no sólo a los hombres, sino también a las mujeres de noble corazón de todas las razas. Para dar rienda suelta a vuestros sentimientos, en la pintura y escultura, no necesitaréis renegar de la tradición; por el contrario, si las ideas evolucionan, los sentimientos fundamentales no sólo permanecen sino que se van concentrando a medida que se precipitan en el fondo de las sociedades. en estas verdaderas aristocracias nuevas, y forman reserva y tesoro. Por ejemplo, la mujer artista, de cualquiera escuela que sea, no necesitará hacer alarde de masculinidad en su traje, de indiferencia religiosa o moral en las costumbres, no renegará de la vieja madre que reza el rosario ni de los niños que corren por la casa gritando y distrayendo más de lo conveniente, ni se creará autorizada, so pretexto de investigación o excitación artística, para leer libros que el honor impide aceptar, ni a usar terminología científica impropia del lenguaje y del sentido de

las proporciones en una mujer de buen gusto.

No renegaréis de las madres viejas, porque descubriréis en ellas, al través de rasgos banales, tesoros de observación que nadie mejor que una hija puede interpretar. Reconocéis que es verdad la reflexión de una gran escritora alemana: "cuando atravesamos las calles de una pequeña ciudad, y vemos alumbrarse unas tras otras las ventanas con las lámparas que presiden el bienestar tranquilo del hogar, pensamos en que ésta es la imagen de la vejez: crepúsculo afuera, claridad adentro; el fruto de la experiencia es la serenidad del alma." Y cuando miréis a los niños, no sólo como madres o hermanas, sino como pintoras y escultoras, no tengáis la vanidad egoísta de creer conocerlos, como quien mira un lago profundo desde la cima de un cerro. Hay que descender a la orilla; hay que habituarse a mirar hasta el fondo y descubriréis una emoción de paraíso, de mundo en creación, de esperanza, de ansiedad, de interrogación. ¡Qué misterio hay en los niños! ¡Dichoso el artista capaz de conservarnos los ojos de los niños, las sonrisas de las criaturas, esa eterna pregunta de sus almas! Una de vosotras, una joven y modesta artista, acaba de obtener una recompensa en el salón anual por un cuadro de un viejo y un niño, llamado "**Amor Paterno**". Ha superado en su obra a muchos hombres, sin abdicar de su temperamento esencialmente femenino, sino, por el contrario, afirmándolo. ¿Quién duda de que hay en esa pequeña tela un sentimiento íntimo, sincero y recogido que parece más **maternal**, que **paternal**? Un francés, gran escritor de arte, ha dicho: "En todo niño, la pequeña mano se esfuerza por retener algo más grande que ella y no puede; en el viejo la gran mano quiere tomar algo más pequeño que ella, y tampoco puede. En el cuerpo pequeño aplicado a un gran trabajo, todo músculo trabaja; hay más vida que materia; en el otro, por el contrario, hay una máquina que no trabaja entera y una musculatura que se agota; hay más materia que vida." Y en la risa que causa el primero y en la melancolía que causa el segundo, señoras y artistas, está la vida y la verdad, la poesía del hogar que forma las primeras capas de vuestra organización intelectual.

La joven artista lucha en Chile, dentro de su familia, contra un ambiente no sólo frío, sino hostil. Sea que se dedique al arte, como a una profesión para ganar su vida, sea que pretenda sólo mejorarse espiritualmente o crearse una distracción, no

es estimulada en el hogar, si no presenta pronto alguna recompensa, o una prueba de que puede vender sus obras o merecer un viaje a Europa o recibir elogios diti-rámicos en los periódicos. De esta situación son responsables, por una parte, los padres ignorantes o indiferentes; pero reconozcamos de que a menudo lo son las mismas artistas. El arte es un medio de comunicar con los demás, de producir corrientes de simpatía, de iluminar lo que está obscuro, de embellecer las fealdades; y por esto dice Guyau que el arte de los decadentes y desequilibrados es eminentemente antisocial, solitario, en todo caso. Si la joven con inclinaciones artísticas cree que debe comenzar por desentenderse de la vida doméstica, por exigir cuidados y admiraciones antes de tiempo, por mirar con hastío y como una indignidad los menesteres humildes, y no desentraña la poesía que hay en la regularidad misma de la existencia, y no trata de embellecer su hogar, aunque sea con palabras que irán filtrándose y mejorarán a los otros, no puede esperar que su inclinación sea recibida con entusiasmo. La artista no debe mirar como un sér inferior a la persona que está cerrada a la belleza; pero sí debe descubrir en ella la armoniosa y resignada adaptación de su vida a sus necesidades, la pro-



Señora Dora Puelma de Fuenzalida, presidenta del Círculo Femenino.

ducción inconsciente y permanente de belleza de los seres que la rodean, y entonces, en vez de despreciarlos, hágase su espejo y refleje y revele la dignidad callada de ciertos seres humildes, malamente llamados prosaicos. Y entonces la artista no será una solitaria, no se guardará con muda protesta sus sentimientos, sino que reflejará en torno suyo algo del sol que lleva en su espíritu.

Porque la artista no sólo debe hacer cuadros o esculturas, o decorar biombos, sino también enseñar, y no hacerlo con impaciencia, sino con esa dulzura serena de las *nurses* que acompañan en los jardines de Europa a los inválidos vueltos a la vida. Porque recordad que la fealdad y la inmoralidad o la bajeza de alma, son a menudo solidarias y que en Chile la fealdad reina y domina en todas partes. El hogar en que nace el niño es feo, fea la sirvienta que lo guarda, la madre misma usa sus vestidos más vulgares y su más desenhada toilette para estar con sus hijos, y se embellece sólo para salir a la calle; si la casa es muy pobre, la fealdad estará unida al desaseo, que la duplica; si es más rica, enseña generalmente la hipocresía, porque muestra un salón de aparato y un dormitorio sórdido; es decir, la pieza en que se está una hora al día, llena de luz y de aire, de agrado y de comodidad, y aquella en que se permanece ocho horas a lo menos, mal ventilada, mal alumbrada y tal vez estrecha; el comedor, donde se va por un rato a consumir los alimentos, ostentoso y limpio; mientras la cocina, el laboratorio donde se preparan esos alimentos, sucio, poblado de moscas y servido por la criada de más edad, de peor salud, de menos aseo. La escuela es un inmueble viejo con los pisos rotos; la calle un basural; la carnicería ostenta las piezas sangrientas, cubiertas de moscas, engrasando las puertas y los muros; las verduras y las flores mismas se afean en nuestras calles populares por la sucia tabla en que están colocadas y en fin, desde que amanece hasta que anochece, en la sombra permanente de esta ciudad mal alumbrada, la fealdad es un torrente que lo inunda todo, y que impide el vuelo de los espíritus y nos hace mal humorados y prosaicos y negados a ver la belleza, a todos los habitantes.

El gran escultor Biondi me hizo ver el año 10, en su taller de Roma, su proyecto de una fuente monumental que ofrecía construir para Chile. Era la base una gran taza de piedra oscura, llena de plantas y algas verdes de aguas estancadas, que debían darle cierto misterio tenebroso. En

las aguas estaba posado un gran caracol de algunos metros de altura, que formaba la silueta original de la obra. Entre las plantas acuáticas flotaba la masa deformada de un monstruo o cetáceo que alargaba hacia el caracol y lo envolvía en él, una rama o brazo, o tentáculo, que a medida que subía se transformaba en una forma más acabada de lagarto gigantesco, hasta tomar la extremidad de una pierna que remataba en un torso humano, con músculos, sobre cuyo cuello troncado ponía sus plantas perfectas una Venus bellísima, que aparecía sentada en la cúspide del caracol en el triunfo total de la idea. La fuente de Biondi carecía de la primera condición del monumento: la claridad. Era necesario explicar ese gran símbolo de la evolución, entrar en disertaciones filosóficas, tan impropias en la obra plástica como en la musical. Pero, más tarde, después de mirar una y otra vez la fotografía de la *maquette*, cuando llegué al país, he visto que esa fuente es una imagen muy exacta de nuestra marcha social: estanque oscuro y detenido de los barrios populares que la autoridad desatiende; formas rudimentarias y viscosas de la educación que alarga impotente sus tentáculos hasta el lagarto cortado de las instituciones políticas; en seguida, torso descabezado que simboliza el trabajo vigoroso de la raza chilena sin dirección; y, al fin, lo único completo, ordenado, que es realmente la mujer buena, educada, inteligente y bella de nuestro país. He aquí, materialmente tratada, la misión de la mujer en todos los campos sociales; y también en el arte: no quedarse en la cumbre, no mirar con desprecio o miedo hacia abajo, descender la espiral del caracol y amoldar las formas primitivas para que asciendan a colarse junto a ella. La Academia Femenina puede tener, como realmente tiene, estos dos objetivos: hacer que cada casa de la ciudad abra, aunque sea una sola ventana hacia la belleza; defender las tradiciones sociales, porque todo progreso es evolución y sale como la criatura de la madre, como el agua de la fuente, y no surge por generación espontánea. Y recordad que el sentimiento religioso, no como superstición, sino como creencia, es una levadura poderosa de educación de las almas y de la nobleza de los ideales. Víctor Hugo ha dicho que lo que hace al hombre bueno, paciente, fuerte, libre y apreciador de la belleza, es tener delante de los ojos la perpetua visión de un mundo mejor que mande sus rayos al través de las fealdades de la vida.

La Academia tiene otro objeto: reunir a las damas que cultivan las artes, primero



El Directorio: Presidenta, señora Dora Puelma de Fuenzalida; vicepresidenta, señora Sofía Barrros de Jara; secretaria, señorita Ester de Ugarte.

como medio de organizar sus fuerzas, para presentarse con acción más eficaz e independiente delante de los hombres que, o son egoístas, o miran con celos la dedicación de la mujer a las bellas artes, o parecen proteger con su condescendencia.

El vasto título dado a esta conferencia me obligó a un prólogo muy extenso. Habría deseado hablarlos, en detalle, del movimiento femenino artístico en Inglaterra, Francia, Rusia, Italia y Austria, cuyos datos puedo seguir con mucha conciencia en los Congresos Internacionales de Obras e Instituciones Femeninas; pero, debo ahora limitarme a líneas generales, dejando para sucesivos capítulos el análisis.

La entrada de la mujer en el campo literario es mucho más antigua y trae reflejos prestigiosos de las auroras del renacimiento italiano; pero su intervención en las artes comenzó tímidamente y alcanzó desarrollo con estímulos de alto linaje. Mientras se revelaban en Francia, unas tras otras, las mujeres artistas, algunas soberanas y grandes damas, salvaban en Inglaterra y Flandes, en Italia, Rumania y Rusia, tal vez en otros países también, labores domésticas nacionales, que tenían profunda base artística: encajes, tapices, porcelanas, cincelado y repujado del cuero,

esmaltes y cerámica. Hace poco, una reina ha llamado a toda la aristocracia de su país a trabajar por hacer en Milán un centro refinadamente artístico de la moda italiana. ¡Eran los risueños tiempos de la paz y de la confianza!

El año 96 está señalado en la historia del feminismo artístico, con la aprobación de la ley francesa del 20 de noviembre, que permitía por primera vez la entrada de las mujeres a la Escuela de Bellas Artes. Reconozcamos que los chilenos hemos sido menos solemnes y más igualitarios. En el Congreso de Artes Decorativas, celebrado poco antes, una escultora genial, Mme. Leon Bertaux, había propuesto y hecho aprobar un voto pidiendo la admisión de las mujeres en todas las escuelas de arte puro y aplicado. Solamente en 1903 fueron aceptadas las alumnas femeninas como concursantes al premio de Roma, es decir, a un viaje de tres años como pensionistas del Gobierno en la maravillosa Villa Médicis, y a una visita a Grecia y Egipto. Los nombres franceses de Mme. Vigée-Lebrun, y después de Rosa Bonheur, León Bertaux, Madeleine Lemaire, Nelly Jacquemart, Louise Abbéma, y otros como Claudel, Clovis Hughes, Coutan-Montorgueil, manifestaron que las mujeres tenían

abierto en Paris, es decir, en el mundo, el camino de las artes. Pero la artista en Europa, no entra sólo por gloria y originalidad social en el arte, sino para suplir la dote ó la fortuna. "¡Ah! Para llegar, para vencer, dice una señorita Breslau a un periodista, se necesita pelear como Pielas Rojas". Y ésto, dicho en un momento de nerviosidad, por una mujer condecorada con la Legión de Honor, es algo revelador. Otra gran artista en las artes decorativas, especialmente en el trabajo del cuero, Mme. Wallgren, mujer de un notable escultor, Willé-Wallgren, que tuvo tal vez la iniciativa de aplicar los procedimientos de escultura a los cueros para libros de lujo, modelando en la cera para hacer los bronces con los cuales repujaba la piel, y descubriendo las patinas más raras y delicadas para colorearlos, dice lo siguiente: "Creo que las mujeres pueden triunfar en el arte decorativo; pero con una condición.

Las niñas que se han arrojado sobre el cuero, el pirograbado, los esmaltes, han desacreditado el arte, lo han puesto en ridículo. Si quieren decorar mediocrementemente, que se abstengan de trabajar. Ninguna de estas niñas que se creen con talento porque el profesor las felicita y las mamás se complacen con sus objetos, será capaz de ganarse la vida con las carpetas para papel secante, marcos, pastas de libros, cofreitos y cinturones que inundan los bazares de todo el mundo. La mujer que quiera vencer, deberá entrar a una escuela, a un taller, y trabajar incesantemente en el dibujo y en el modelado, antes de tocar un trozo de piel o de tomar la composición de un esmalte."

Para ayudarse en esta lucha, las mujeres artistas se han reunido en numerosas sociedades. En ellas se defienden del hombre tirano, y buscan la manera de llegar con sus productos hasta la venta segura.

Algunas de estas instituciones son ingenuas hasta la extravagancia y merece nombrarse las de "Las Misteriosas", cuyos miembros, artistas de teatro en su mayoría, se presentan a tomar parte en los conciertos y fiestas, sea que canten, declamen o toquen, con una careta sobre el rostro. Se ha hablado de ellas, y eso era lo que deseaban.

Pero, no es éste el caso de las artistas chilenas, por regla general. Si casi todas desean ganar independencia con su arte, son numerosas las que tienen guardadas las espaldas contra las adversidades de la vida. Y por eso me he extendido más en hablar de la influencia social altísima y patriótico.

Acaba de llegar a mis manos un pequeño librito, de una distinguida escritora, gran dama de nuestra sociedad, la señora Amalia Errázuriz de Subercaseaux. Es una breve vida de una chilena, llamada "El Ángel de la Caridad". Doña Antonia Salas de Errázuriz, que nació en 1788 y murió en 1867, fué, junto con esas señoras ilustres y aristocráticas de nuestra independencia, inteligente, generosa, educadora y caritativa. La autora nos dice, al final de sus páginas inspiradas: "La memoria de esa mujer, que ha personificado en Chile la caridad, merece ser revivida; su figura amada y venerada de un pueblo entero, merece recibir forma en la escultura y ser colocada en un sitio de honor en nuestra sociedad."

Pues bien, señoras; sería un hermoso sueño realizado, ver, a la sombra de los árboles de nuestros paseos, el monumento erigido a la chilena de ayer, esculpido por una chilena de hoy; porque esto significaría con elocuencia que la cadena femenina del amor, de la bondad, de la caridad, no se ha cortado entre nosotros, ni puede cortarse, y en cambio se ha coronado con tesoros de arte y de fantasía.



EL DESQUITE

Por

Miguel de Fuenzalida

Con ilustraciones de Pedro Subercaseaux

I

Aquella tarde Luis Moncada, el joven profesor de la Escuela de Minería de La Serena, se sentía más triste y solitario que de costumbre. Después de recorrer a la ventura las melancólicas y desiertas calles, abrió maquinalmente la puerta de su vieja casa de la plazuela de San Francisco... Adentro la obscuridad y el silencio. El velo de cenicientas brumas que pesaba sobre la ciudad, permitía apenas filtrar algunos rayos de luz indecisa y opaca, al través de las ventanas guarnecidas de barrotes.

Así eran para él todos los días: monótonos y sin esperanza. Su vida se deslizaba con regularidad implacable entre las fórmulas químicas del aula y el frío aislamiento de aquel viejo caserón... Nada más le quedaba, sino el recuerdo triste de días mejores.

Pero las dulces ilusiones de su primera juventud, estaban ya lejos. Se sentía envejecido a los treinta años... ¿Para qué ahora el trabajo y la lucha?

De pie en medio de su habitación, Luis pensaba vagamente en todo esto, mirando distraído el patio envuelto en la fúnebre luz del crepúsculo.

—¿Qué hacer hasta que llegara la noche, y luego el día siguiente y el fin del año, y el de toda su vida?

—¡Pobre mozo! había amado, como sólo saben amar las almas fuertes y sencillas... Una vez para siempre... En la uniformidad monótona de aquella existencia provinciana desprovista de luchas y placeres, su corazón se entregó por entero a esa niña suave de angelical sonrisa, pura y hermosa como las flores de la primavera... El destino acababa de arrebatársela para siempre... Su vida sería en adelante como el desierto.

De pronto la mirada de Luis se fijó casualmente en la mesa de noche... Había allí un sobre cuadrangular, apenas visible en la creciente obscuridad.

—Un telegrama, se dijo... ¿Si será de Morris?

Su corazón no dió un latido más oprimido que los demás. Al fin y al cabo, ¿qué le importaba todo ello?

Unas semanas atrás habría roto el sobre con ansia febril. Aquel telegrama podía traerle la fortuna... el medio de volar hasta Marta, de romper las cadenas que lo ataban a su ciudad natal, de llegar a la orgullosa Santiago... de hacer suya a la mujer amada...

Ahora ya de nada le serviría el dinero... Marta iba a casarse con otro... Un laconico suelto de la Vida Social de "El Mercurio" así lo había anunciado pocos días antes.

¿Quién le robaba la felicidad de su vida? Por desgracia para Luis su nombre era demasiado conocido... era don Enrique Ponce, el brillante diputado doctrinario, el ideal y la esperanza de la juventud del partido...

—Se han colmado las aspiraciones de doña Rosario, pensaba el joven sonriendo amargamente... La buena señora no puso jamás en duda que ella y su marido harían en Santiago gran papel... y que el cielo reservaba para Marta un lisonjero porvenir... ¡Pobre de mí!... Yo tampoco lo dudé... ¿Cómo podía dudarlo? Desde que supe de ese viaje, todo debí considerarlo perdido... Fué locura conservar alguna ilusión... Es tan natural ver a Marta y amarla en seguida con todo el corazón. Ella ha triunfado dulcemente en la capital, rodeada por los agasajos de los más envidiables partidos de Chile... Cuán pa-lurdo e insignificante ha debido aparecérselle allá el pobre y desconocido provinciano, que la quiere con todo el corazón, como nadie sabrá quererla.

El joven acaso para ahuyentar sus tristes pensamientos, abrió distraidamente el telegrama...

—Sí... es de Morris, exclamó... "Creo llegaremos a un arreglo, dice... El negocio es realizable... Espéreme Ud... esta

tarde en su casa..." ;Dios mío! ¿No era entonces esto una quimera?

Y por el dolorido rostro del joven cruzó una ráfaga de alegría... Por un instante se sintió más fuerte.

Aquello podía elevarlo a la altura de los que triunfan y dominan. ;Si aún fuera tiempo!

La mina de "El Algarrobo" había sido toda la ilusión de su pobre padre. Mientras él vivió solía faltar en la casa el dinero aún para lo más indispensable, pero en la mina siempre hubo trabajo y la patente era servida con esmerulosa regularidad. A veces, cuando el cobre estaba de alza y la suerte buena, aquel trabajo mezquinó solía costearse, pero no era ello cosa de todos los días.

—Aquello es la fortuna, no se cansaba de repetir el pobre señor... Cuestión de tiempo y de capital, pero es la fortuna.

En su lecho de muerte no se le ocurrió para su hijo otra recomendación.

—Sucedá lo que quiera, y aunque tengas que privarte de la comida, no dejes perder la mina... Acuérdate de tu padre cuando tenía la tentación de hacerlo. Es la misma formación de Tamaya... Millones y millones...

Luis Moncada prosiguió, pues, la obra de su padre con igual perseverancia, pero sin la misma fe... Al mantener un peón en el pique "Adela" y al pagar la patente municipal, creía simplemente cumplir con un deber de buen hijo.

Pasaron así los años... La veta no daba señales de mejorar... Siempre los mismos metales de baja ley, que no pagaban los costos de extracción sino de tarde en tarde... El trabajo del "Algarrobito" llegó a ser una simple fórmula.

Moncada conocía su profesión...

—Sin duda es una mina, pensaba... Hay la base para una gran explotación industrial, como las que existen en los Estados Unidos, pero en Chile hay muchos yacimientos del mismo género, y aún no llega el tiempo de que valgan cinco cominos.

El amor lo hizo aún más escéptico en materia de minas y de dinero... ;Cosa de niños! Se entregó a querer con todo el alma, olvidando que la felicidad también suele comprarse.

Marta era la única hija de don Ignacio Velez, un antiguo amigo de su padre. La costumbre de verla todos los días llegó a ser para el joven una necesidad. Don Ignacio era un buen señor, chapado a la antigua, encerrado en su casa, como dentro de un cascarón, metódico y tranquilo como un ermitaño... No habría estado mal en

La Serena del siglo XVIII. Dueño de un pequeño caudal, heredado de sus mayores, tenía organizada su vida en forma muy poco usual en estos tiempos.

Levantábase al alba para cuidar de sus pájaros y de su huerto; almorzaba a las diez, y, si era verano, solía dormir la siesta. Por las tardes se iba muy correctamente envuelto en un chaquet de anticuada forma, a visitar a media docena de viejos y viejas, cuyos hábitos estaban en armonía con los suyos. En materia de distracciones nunca tuvo otra que la indispensable mallilla "cara de perro", a cinco centavos el tanto, en casa del canónigo Hinojosa.

Parecía no ambicionar nada en la vida. Su alma carecía de proyecciones. No comprendía que hubiese en el mundo política y negocios, ni que los hombres se afanasen por algo. Como muchos personajes de su índole, solo solía mirar hacia atrás. Vástago de una de las familias más antiguas y distinguidas del Chile de antaño, tenía esta circunstancia a mucha honra, y el único medio de hacerlo hablar largo y tendido era traerle el tema de los Velez de Guevara, sus ilustres antepasados, y la historia de sus hazañas y elevados entroncamientos. Era muy fuerte en genealogía y heráldica y nadie como él sabía dar razones de quienes habían sido los padres y los abuelos de los pocos serenenses de pura sangre que en la vieja ciudad de Aguirre iban quedando.

A fuerza de no hacer mal a nadie, llegó a conseguir lo que no alcanzan ni aún los que se dedican a hacer bien a todo el mundo... Le querían y respetaban. Su nombre y su persona figuraban en todas las grandes ocasiones: En el banquete de la Intendencia cuando la visita del Presidente o del Ministro, en la consagración episcopal de un nuevo obispo, en la organización de la kermesse de beneficencia. Era el miembro indispensable e inútil de cuanta junta existía en la ciudad, y sin ser precisamente devoto, conservaba por tradición el honor de llevar la cruz alta en la Procesión de Córpus.

Sólo salía de sus casillas en las raras oportunidades en que llegaba a La Serena algún magnate de Santiago, de los muchos entroncados con su ilustre parentela.

—Viene a ser primo cuarto de mi madre, decía a su mujer... Estos Saravia estuvieron muy relacionados con los Velez en el siglo XVII... El oidor don Juan Nepomuceno de Saravia, tatarabuelo de este que ahora es senador de la República, fué casado con una hermana de don José Antonio, que es el tatarabuelo mío...

Y fuerte con esta afirmación, don Igna-

cio se iba a Coquimbó y apenas fondeaba el vapor en que venía el personaje de marras, él se presentaba sobre cubierta, a ofrecerle sus respetos y todas las ventajas de una cariñosa bienvenida.

Gracias al celo del buen señor, aquellos ilustres forasteros salían encantados de La Serena. Durante su permanencia en la ciudad, nada les faltaba, ni ostiones, ni pichigüenes, ni dulces deliciosos de mano de monja, ni siquiera los clásicos alfeñiques de las Ossandón. El coronamiento indispensable de aquellas fastuosas y hospitalarias acogidas, era un banquete en casa de don Ignacio, donde el buen señor triunfaba entre el obispo, el dean, el intendente de la provincia, el presidente de la Corte, y algunos otros caballeros y damas, que en su concepto representaban las hidalgas tradiciones de la ciudad.

Y el festejado se iba de allí haciéndose lenguas de la munificencia y cariño de ese hombre, nacido para resucitar en estos tiempos de hierro, aquella edad de oro de que nos hablan los poetas.

Cuando el parentesco con el huésped austero era más próximo, lo que también solía suceder, porque la familia de don Ignacio era numerosa, y muchos de sus miembros ocupaban en la capital las más elevadas situaciones, el pobre hidalgo, agotaba más todavía si cabe, las atenciones de su hospitalidad casi maniática... Justo es añadir que ello no dejaba de traerle algunas compensaciones. Buena parte del respeto que sus paisanos le manifestaban, tenía su origen de vérselo siempre en grato consorcio con tanto personaje de nombre e influencia.



¡Dios mío! ¿No era entonces esto una quimera?

En aquel hogar tranquilo, sosegado y arcaico, había creído encontrar su felicidad Luis Moncada. Desde que conoció a Marta no supo vivir sino para ella. Su amor era profundo, inmutable, sin arrebatos ni intermitencias. Noche tras noche, apenas concluía de comer, se dirigía al viejo caserón de la familia Velez, y allí se pasaba las horas muertas, ante el encanto de esos ojos negros y dulces, viendo sonreír a su adorada, extasiado con el sonido de su voz, sin pensar ni sentir en otra cosa. En medio del tumulto de las grandes capitales, el corazón humano se reparte en mil afectos y encontradas ambiciones... Luis era todo de su amor.

No tardó en verse tímidamente correspondido. Fué una felicidad tan grande que él no concebía pudiera haber otra igual en

el mundo. Por otra parte, en la casa le recibían muy bien. No había muchos partidos como él en La Serena, y don Ignacio estaba tanto más satisfecho de su futuro yerno, cuanto que pertenecía él también a una familia tan antigua y condecorada como la suya.

—Si se casan, decía a su mujer, nuestros nietos podrán acuartelar y contraacuartelar su escudo.

Para la buena señora el dato no tenía mayor interés.

Era una de esas señoras que forman el tipo vulgar de nuestra sociedad, allá en el norte, como aquí en Santiago. Su imaginación era tan nula como su sensibilidad. Los antepasados de los Velez y de los Moncada le tenían muy sin cuidado. Luis no le parecía un mal muchacho y hasta le quería todo cuanto ella era capaz de querer. Le aceptaba como yerno, siempre que no se presentara algo mejor, y sabía que en provincias no se puede ser muy exigente cuando se trata de casar a las niñas. Luis era bueno, tenía talento, y un título profesional y observaba costumbres irreprochables. Para su ambición de madre ello no le parecía suficiente... Hubiera querido que Marta subiera tan alto, como es posible en Chile.

Esto llegó a constituir una verdadera obsesión dentro de aquella alma fría y adocenada. Los huéspedes de su marido, cantaban en todos los tonos las perfecciones de la niña. Más de un mozalbete santiaguino de alto nombre, seducido por la novedad y las sugerencias del medio, se había manifestado locamente enamorado de la sencilla provincianita. Galanteos de ocasión que fácilmente se olvidan y que forman casi un número obligado en el programa de un viaje a provincias.

Doña Rosario convertía en substancia esos pasatiempos amorosos y llegó a creer que mantener ignorada en un rincón a aquel fruto de sus entrañas, era privarla de subir a los altos destinos a que sin duda alcanzaría en el gran teatro de la capital.

No hay nada tan persistente como el capricho de una mujer sin talento. Doña Rosario debía triunfar al fin. Para todo tuvo respuesta... ¡Otro privilegio de los tontos!

Era necesario trasladarse a Santiago. Con el nombre, la fortuna y las relaciones de su marido, haría allí la familia un gran papel. Marta, en vez de vegetar como la señora de un dón nadie, en esa ciudad soñolienta y decrepita, iba a ser la reina de los salones de la capital, y en seguida

la esposa de quien ella quisiera elegir entre los de más rumbo y tono.

—Ya tú te lo imaginas, le decía a don Ignacio: linda, con un apellido como no hay dos en Chile, hija única, heredera de una fortuna bien saneada... Van a disputársela todos...

El pobre señor no brillaba por el buen sentido. Como la mayor parte de los provincianos, imaginaba que los aristócratas de Santiago eran casi todos unos pobres diablos, acerbillados de deudas, que vivían en la pura trampa, y para los cuales doscientos o trescientos mil pesos eran el maná bajado del cielo.

Desde la cima de sus prejuicios nobiliarios, no dejaba también de mirarlos de arriba abajo...

—No descienden de conquistadores, como nosotros, repetía con frecuencia, sino que la mayor parte de mezquinos y sórdidos preñeros vascos. Sus títulos eran comprados y sus blasones adquiridos no guerreando contra los bárbaros, sino trampeando cuartas de tafetán en alguna tienda de la calle del Rey.

Por familia se consideraba superior a ellos, por la fortuna su igual, con la ventaja de no deber nada ni a la Caja Hipotecaria, ni al sastre ni a la modista... En materia de relaciones, era amigo de todo el mundo...

—¿Qué le detendría, pues?

Dicen que la juventud es la edad de las locuras; pero los viejos y los hombres maduros no suelen hacerlo mal... ¿A cuántos no se les calienta la mollera después de una larga vida de sensatez casi insoportable? Así fué cómo la manía de las grandezas, oculta en los últimos pliegues del alma de don Ignacio, y que sólo se manifestara hasta entonces por su inocente orgullo genealógico, se despertó de pronto, con los más alarmantes caracteres.

El viaje a Santiago quedó decidido, y doña Rosario, con todos los humos de una matrona de la capital, pudo darse el maligno placer de anunciar a Luis Moncada la fatal nueva.

Fué una noche como otras tantas, reunida la familia en el vetusto corredor que las flores del huerto embalsamaban. El pobre muchacho se quedó como quien ve visiones. La descompostura total de todo el sistema planetario no le habría causado más estupor que la súbita determinación de su futuro suegro.

Creyó ridículo objetar aquel proyecto. El mismo no tenía bastante mundo para comprender cuán ridículo era. En su angelical



Fué una noche como otras tantas, reunida la familia en el v.usto corredor.

modestia de verdadero enamorado, sólo supo imaginar que don Ignacio y doña Rosario tenían razón...

Y al retirarse a su casa con el corazón traspasado, un pensamiento confuso dominaba en su mente a todos los otros...

—Ella es digna de un príncipe...

II

Algunos años pasaron. Luis Moncada siguió viviendo del recuerdo. Su naturaleza tímida y dulce se había penetrado por entero de aquel amor. No supo abandonar la esperanza y sintió despertarse en su alma desconocidas energías... Se haría grande, rico, fuerte como el otro, como aquel su rival, todavía ignorando que allá en la capital iba a arrebatarse a Marta para siempre.

Creyó entonces en todo, hasta en su vieja mina. Por extraña superstición, se imaginaba ver en la obstinada constancia de su padre, una especie de adivinación profética. El sabía que allí estaba enterrada la fortuna y la felicidad de su hijo.

Por más que se diga, la fe no levanta siempre las montañas, y la mina del "Algarrobito" continuó avara de sus tesoros.

Pero un día, Moncada recibió una visita que no esperaba, la del famoso Stephan Morris, un norteamericano que se decía representante de grandes compañías mineras de los Estados Unidos. En La Serena el pobre yanqui era la víctima de las ilusiones de todo el mundo. En el norte de Chile apenas hay hombre sin su mina. Es como el billete de lotería, es decir, la ilusión de una fortuna rápida, que casi nunca llega... Así es que en la esperanza de vender cada cual su sospechosa mina a Mr. Morris, na-

die le dejaba tranquilo, ni a sol ni a sombra.

Morris era hombre de pocas palabras.

—¿Tiene Ud., señor, dos o tres pertenencias en el mineral de "Algarrobito"? preguntó a Moncada.

—Sí, señor.

—Desearía saber si Ud. está dispuesto a negociarlas. La "South American Mining y Shippaig", que represento, creo que podría organizar en esa región un trabajo en gran escala. Pero, antes de emprender nada, quiero tener en manos los títulos de todo el mineral.

—La mina es riquísima, observó Moncada con perfecta buena fe...

Morris no pudo menos de sonreír.

—No hay ya minas ricas en Chile, replicó... Se trata de una vasta organización industrial, que tanto podría establecerse en "El Algarrobito" como en otra parte... Abundan en Chile los yacimientos de ese género, que de nada sirven si no se cuenta con un gran capital. Así estamos dispuestos a escoger aquello que se nos ofrezca en mejores condiciones... No forje Ud. ilusiones excesivas... Para iniciar nuestro trabajo necesitamos contar con unas cincuenta pertenencias, por lo menos... Juzgue usted lo que podremos pagar por cada una.

—Vea Ud., Mr. Morris, repuso Moncada... Yo no puedo escoger... No tengo otra cosa que esas ilusiones de que Ud. habla, y quiero morirme con ellas, si no logro verlas realizadas... No hable usted con tanto desdén de "El Algarrobito"... soy del oficio y sé lo que vale...

—Si lo sé. Algo para nosotros y absolutamente nada para Ud. Las ilusiones no se cotizan en el mercado.

—¿Y cuánto es ese algo?

—Un contrato ad-referendum por cuatro meses y ciento cincuenta mil dólares...

Moncada vió abierto el cielo... Le ofrecían por su mina cerca de ochocientos mil pesos.

—Conforme, repuso sin titubear.

El pobre muchacho, endurecido por la adversidad, no se hacía, sin embargo, cuentas muy alegres... Los contratos ad-referendum en materia de minas suelen ser sólo papeles mojados.

Pero cuando dos meses más tarde leyó en los periódicos la noticia del matrimonio de Marta, la última de sus ilusiones, pareció desplomarse con la ruina, de lo que era, la más grande y la única profunda y sincera de su vida.

Aquella tarde Moncada dirigió instintivamente sus pasos hacia la calle de los Carreras, donde existía aún, un tanto aban-

donada, la vieja quinta de don Ignacio Velez. Pedro, el hortelano, estaba de pie junto al ancho portalón entreabierto.

El encanto de los recuerdos pudo en el joven más que el amor propio herido.

—¿Se puede entrar? preguntó a Pedro... ¿Qué sabes de los patrones?

—Nunca dejaré de esperar que vuelvan, gruñó el interpelado... ¿Dónde irían a estar mejor que aquí?

Luis recorrió el huerto solitario y silencioso, con el respeto de quien visita un cementerio. Bajo el desmantelado corredor cubierto de polvo y telarañas, no quedaba sino el pesado escaño de hierro en que tan deliciosas horas habían transecurrido para él.

—Aquello fué otro mundo y otra vida, pensaba el pobre muchacho... Esto es el cadáver de un hogar... Aquí soñé con la dicha, y ya nada queda, sino paredes desnudas y el polvo del olvido.

III

Vendida la mina de "El Algarrobito", Luis Moncada sintió dentro de sí a un hombre nuevo, capaz de la victoria y de lo imposible.

Se representaba en su imaginación, allá en la opulenta capital, el cuadro de la casa de don Ignacio, en el pináculo de la gloria, futuro suegro de un diputado, triunfando tranquilamente en el seno de la más alta sociedad de Chile...

—También yo puedo subir allá donde ellos están, se decía el joven, con la segura fe del que se siente rico.

Al recorrer la Alameda en un automóvil de alquiler, veía desfilar los palacios suntuosos, con la consoladora idea de que alguno de ellos podía ser suyo.

—¿Cuál sería la residencia de don Ignacio? El cochera a quien se lo preguntó, no lo sabía...

—La verdad, patrón, que no he oído mentar a ese caballero, le repuso...

Ello era inverosímil. A Luis le pareció tan absurdo como si el auriga le hubiera manifestado ignorar la existencia del Presidente o del Arzobispo.

Pero el pobre muchacho tuvo que experimentar muy luego sorpresas del mismo género. En el Hotel Oddó tampoco supieron darle noticias de don Ignacio. ¿Adónde preguntar?

Y Luis comenzó a sufrir él mismo esa angustiosa sensación de aislamiento que experimenta el forastero en una gran capital. Sus relaciones en Santiago eran es-



Aquello fué otrj mundo y otra vida.

casas. El no había sido, como don Ignacio, un anfitrión magnífico y perseverante de los santiaguinos de alto coturno... ¿A quién dirigirse, pues?... La casualidad vino en su auxilio... Leyendo distraidamente la lista de los pasajeros del hotel, tropezó con el nombre de don Ernesto A. Rivera, antiguo diputado de La Serena, hombre de pro en el gran mundo político, y coquimbano hasta la médula de los huesos.

No le costó mucho dar con él. Don Ernesto le hizo una recepción cariñosísima, pues para él no había mérito mayor en el mundo que el de haber nacido en la costa occidental de América, por las vecindades del paralelo 30 de latitud austral.

Pasadas las primeras efusiones, Luis preguntó a don Ernesto por don Ignacio...

—¿Qué don Ignacio? interrogó el otro.

—¿Quién ha de ser? Nuestro paisano Ignacio Velez, repuso Luis, que apenas imaginaba la existencia de otro don Ignacio que fuese digno de mención.

—Me parece haber oído decir que estaba viviendo en Santiago, dijo don Ernesto, en tono negligente y distraído.

—¿No se ven ustedes entonces?

—Creo que estubo aquí... Sí... ahora recuerdo, pero hace años... Fué una barbaridad... el hecho es que se me había olvidado enteramente de pagarle su visita... Buena persona don Ignacio... ¿Y la chiquilla que tenía?... ¿Cómo se llamaba?... Debe estar muy buena... Voy a irlos a ver uno de estos días...

—¿Dónde viven?...

Don Ernesto se encogió de hombros, alargando el labio inferior... No lo sabía.

Extraña ciudad la de Santiago, pensó Luis. Más vale perderse en el desierto que en este mar humano.

Sin embargo, el afortunado dueño del mineral de "El Algarrobito" no tuvo luego nada que decir de la obsequiosa hospitalidad santiaguina. Fué recibido en todas partes con los brazos abiertos. Al día siguiente de su llegada fué presentado al Club de la Unión.

Pero. ¿Y don Ignacio?

En ninguna parte le oyó mencionar, y después de tres días de infructuosas pesquisas, Luis hubo de convenir en que para dar con el domicilio de la transplantada familia de su ex-suegro, sería acaso necesario acudir a la policía.

Es cierto que le mostraron en el Club al diputado Enrique Ponce, el feliz mortal que según "El Mercurio" iba a casarse con Marta, pero fácil es comprender que

Luis no se sentía inclinado a interrogarlo sobre nada que tuviera la más remota relación con aquel particular.

Trató, sí, de hacer averiguaciones sobre su temible rival. El discretísimo don Ernesto A. Rivera, sabía poco, y aún eso se lo callaba. Contestó a las preguntas de Luis con gestos y encogimientos de hombros...

—Hablaban bien... tenía talento... era un liberal probado... gozaba de prestigio en la juventud. Aquello era todo lo que de él sabía.

En las grandes ciudades, los hombres, aún cuando tengan investidura parlamentaria, son poco más que nombres, fuera del estrecho círculo de sus inmediatas relaciones.

Luis no pudo menos de comunicar sus impresiones a don Ernesto. En materias generales que no comprometen mucho, el hábil político era locuaz.

—¿Qué diablos se había imaginado Ud? dijo. ¿Cree que don Ignacio iba a hacer en Santiago una gran figura?... ¿Cómo?... ¿Por qué capítulo?... Su fortuna podía tener este nombre en La Serena, pero aquí es otra cosa... ¡Doseientos mil pesos!... ¿Querría Ud. decirme lo que se hace en Santiago con doscientos mil pesos, y aún con el doble de esa suma? Saque Ud. la cuenta... Para figurar es necesario tener casa puesta, con cierto rango; cien mil pesos en el terreno y edificio, poniéndolo muy por lo barato, y treinta o cuarenta mil pesos en muebles... ¿Qué queda para vivir, aún sin contar con coche o con auto?

—Pero las relaciones de don Ignacio. No creo que él necesitara presentarse aquí con lujo para ser bien recibido.

—No, por cierto; Ud. mismo lo ha visto: la gente es aquí cariñosa y hospitalaria. Muchos deben a don Ignacio las más delicadas atenciones, y estoy seguro que habrán cumplido con él... Pero, después de las visitas de ordenanza, la máquina del mundo, la naturaleza de las cosas, han tenido que llevar al pobre caballero a un terreno muy diverso de aquel que él se soñó. Cada cual es esclavo de sus hábitos, de sus relaciones y de sus costumbres.

—Le desprecian porque es provinciano, observó Luis, con amargura.

—Nada de eso, amigo mío... al revés, le querrian muchísimo... pero ¿cómo se lo explicaré?... La verdad es que no hallarian que hacerse con él... Un hombre de más de cincuenta años es muy difícil que se injerte de pronto en una sociedad que no es la suya, y que no había contado

con él para organizarse.

—Pero hay quienes entran...

—Sí, pero teniendo a su disposición medios de que nuestro pobre amigo no dispone: fortuna, talento, una situación política, un gran apellido...

—El de don Ignacio es distinguidísimo...

—Para cuatro aficionados a la genealogía... Pero aquí a nadie importan gran cosa los abolenos, o mejor dicho hoy asiutican al lucero del alba, y mañana inscribirán en el libro de oro del gran mundo, al primer pobre diablo que les caiga en gracia, que sepa introducirse, que luzca cierto ingenio... En fin, cuestión de suerte, y no era necesario ser profeta, para prever que don Ignacio no podía ser de los elegidos.



IV

A Luis le pareció envejecido y marchito.

Una tarde, casi ocho días después de su llegada a Santiago, Luis sólo con sus pensamientos, se echó a andar por la estrecha calle de Gálvez, cuyo sórdido y viejísimo aspecto, contrasta tan bruscamente con el lujo modernísimo de otras calles de ultra Alameda.

Luis se había hecho cargo de la situación. Ya no buscaba la residencia de don Ignacio entre los palacios de la Alameda, sino entre las casitas modestas de treinta o cuarenta mil pesos de valor. Ya no veía al mal aconsejado caballero, en un brillante círculo de grandes personajes, y orgullosas damas que soñaban hacer de Marta la novia de sus hijos.

De aquellas ilusiones sólo quedaba el diputado Ponce, pero acerca de ese popularísimo sujeto, Luis iba ya teniendo una opinión diversa.

Los informes que acerca de él había recibido, eran, como es natural, contradictorios, aunque nadie le acusaba formalmente de algo incorrecto. Luis sacó por consecuencia que se trataba de un mozo algo lijero de cascos, sin más capital que un bufete de abogado sin muchos pleitos y que la política no le permitía atender en forma debida. Sus cualidades eran más brillantes que útiles, y podía calificársele de charlatán sin fundamento. Conservadores y radicales estaban de acuerdo para incluirlo en la categoría indefinible de los buenos muchachos.

Sin fortuna, ni situación propia, ni espíritu de trabajo, el diputado Ponce, si no estaba ya corrompido, corría mucho riesgo de corromperse. El contraste era demasiado grande entre sus medios, y los há-

bitos y necesidades del mundo en que empezaba a moverse. Así no era raro que hubiese buscado en una fácil boda con la hija única de aquel provinciano, a quien suponía rico, el único medio decoroso para poner en equilibrio sus facultades con sus gustos y su ambición.

Iba Luis por la calle de Gálvez, madurando éstos y otros pensamientos del mismo género, cuando de pronto se detuvo. Había divisado algo que le pareció una evocación, una sombra, un fantasma... Por la acera de enfrente, al rayo del sol, meditando y cabizbajo, iba don Ignacio Velez, o por lo menos alguien que se le asemejaba mucho.

A Luis le pareció envejecido y marchito, pero era el mismo con su ropa de antaño, corte y la rigidez provinciana de sus movimientos.

Había a primera vista un abismo entre este don Ignacio y el gran señor de La Serena... El de acá era un pobre diablo cualquiera... hacía el efecto de algo humilde y subalterno.

Luis corrió, sin embargo, hacia él con los brazos abiertos...

—Venga un abrazo, señor don Ignacio, le dijo; al fin logro echarle la vista encima.

—Tanto bueno por acá, repuso el otro, con alegre sorpresa... ¿Qué milagro es éste?... Qué gusto tendrá de verte la Rosario... y la niña... Ya sabrás las novedades que hay por casa... ¿Y qué es de tu vida?... ¿Cómo va esa mina?

A las muy pocas palabras que conversaron, Luis cayó en la cuenta de que su ex-suegro aún ignoraba su reciente fortuna... Nada quiso decirle, sin embargo. Sentía la vergüenza de ostentar el dinero... Era como pujar más alto que el otro novio.

—Pues esta noche te espero a comer... A las ocho. Vivo en esta calle de Gálvez, N.º 1758...

V

Al llamar aquella noche a la modesta puerta de don Ignacio Velez, el corazón de Luis palpitaba con violencia. Después de tantos años iba a volver a verla... Por un momento había sentido la triste sensación de que acaso también Marta, como su padre, iba a perder ahora a sus ojos el encanto y el prestigio de otro tiempo.

No fué así, sin embargo; las circunstancias de tiempo y de escenario nada valen ante un amor verdadero. Al encontrarse frente a la dulce niña, Luis interrogó a su corazón y él supo contestarle. Marta seguía siendo la primera y única ilusión de su vida.

No era Luis el único convidado. Encontrábase también en la casa un señor de edad madura y levita verdosa, con todas las agravantes del veterano de 1879. Le presentaron con el nombre de el coronel Macías, a aquel personaje grave, severo, sentencioso, de voz hueca, rígido como un maniquí dentro de su holgada vestimenta.

Dieron las ocho y media y el diputado Ponce no llegaba todavía, pero esas buenas gentes no sabían hablar de otra cosa. Su ingenio, sus chistes, su talento, llenaban el ambiente ingenuo de la casa de don Ignacio...

¡Ah, cuando Enrique fuera Ministro, entonces sí que el país podría esperar tiempos mejores! Y la cosa era inevitable, más bien temprano que tarde. En la última combinación, estuvo designado para Guerra y Marina, pero él no había querido aceptar, porque encontró en el Gabinete cierto saborcillo coalicionista, nada de su agrado.

—Porque en eso se manifiesta inflexible, repetía sentenciosamente don Ignacio, exhibiendo ante Luis las glorias de su yerno... Es un liberal probado... Nada quiere con los conservadores...

El objeto de aquellas entusiastas apologías llegó por fin y Luis pudo deletrarlo a su sabor.

Era el diputado Ponce, un mozo de treinta años, con bastantes dejos de cursi, buen mozo sin distinción, elegante en el vestir, estampada en el rostro la eterna sonrisa del que desea agradar a todo el mundo, lenguaje fácil, insinuante, salpicado de lugares comunes y de gracias trasnochadas, simpático al fin de cuentas.

Triunfaba sin contrapeso en aquel auditorio de admiradores. Salvo el severo coronel Macías era entre todos una apuesta sobre quién le celebraba mejor y más aprieta...

Pobre Luis... Comprendió perfectamente que la Marta no había podido resistir a la influencia de aquellos prestigios... Nacida y criada en un rincón pacífico e ignorado y verse de pronto el objeto de las ternezas y suspiros de un hombre superior, que todos en su torno admiraban como la esperanza de la patria, el faro y la luz del Parlamento... Su pretendiente era uno de esos seres privilegiados, cuyas menores palabras en el templo de las leyes son el objeto de los comentarios y de los aplausos.

Para ella, niña inocente y candorosa, un diputado era un sér casi sobrehumano... El día antes de su declaración amorosa, su futuro había derribado un Ministerio... Como podía defenderse su corazón de mujer de aquella elocuencia, que jugaba con los destinos de la República.



Todo por consejos de ese charlatán

II

En todo el curso de la comida, Luis no pudo pronunciar palabra alguna. Sentía su cerebro desnudo de ideas... La fácil verbosidad de su rival le había anonadado por

completo... Se olvidó de su reciente fortuna y de lo antiguo de su amor. Su derrota le parecía definitiva y sin remedio... Se declaró él mismo incapaz de luchar y

vencer... Reconocía la superioridad brillante de su rival. Apenas si alzaba sus ojos para mirar a Marta.

Después de comer la familia se reunió en el salón. El coronel Macías y Luis quedaron puertas afuera, fumando un cigarrillo. La niña se sentó al piano a preludiar un vals. El diputado Ponce, solícito daba vuelta a las hojas del libro de música. Don Ignacio y doña Rosario sentáronse en el sofá a saborear el triunfo de su hija.

—Buena pareja, ¿no es así? dijo a Luis el veterano.

El joven sólo contestó con un movimiento de cabeza.

—Lindo matrimonio, continuó sin misericordia el otro, pero a la verdad yo no las tengo todas conmigo.

—¿Por qué? interrogó Luis lleno de curiosidad y de esperanza...

—El mozo este no me da buena espina... Anda tras de la plata de la niña... Dicen que no tiene dónde caerse muerto...

—Pero la fortuna de don Ignacio es muy poca cosa, dijo Luis; él y su señora son todavía jóvenes y no están en situación de darle nada a la niña mientras ellos vivan...

—¿Sí?... Vaya lo que son las cosas... Aquí le tenemos por poderoso... Le calculan muchos millones.

—¿Se imagina Ud. que con muchos millones iba a vivir así, con esta modestia...

—Pero, ¿no dicen que es avaro?

—No peca de pródigo, pero con sus quince mil pesos de renta, no creo que esté en situación de darse mejor vida.

—¿Quince mil pesos!... ¡Esa bicoca!... Quince mil pesos de renta, dice Ud.

—A lo menos es lo que yo le he conocido en La Serena. Soy amigo viejo de la familia, y en provincias conocemos hasta en sus menores detalles como anda cada cual por su casa... Quizás aquí en Santiago habrá hecho buenos negocios...

—¿Válgame Dios!... Todo lo contrario... y el admitir en su casa a ese fute el peor de todos. Le ha facilitado ya en dinero quince mil pesos para su reelección... y lo conozco bien, no los pagará nunca. Además, le ha embarcado en cuanta aventura mala hay en la bolsa... El diputado Ponce, un mozo sin juicio, con la cabeza llena de fantasías y ambiciones descabelladas... Oiga Ud... a lo que yo sé, don Ignacio ha perdido ya cuarenta mil pesos en la Compañía Antártica, treinta y tantos mil en una descabellada fábrica de clavos de alambre... no se cuánto en la salitre-
ra Santa Rosa... Ahora está embarcado

en un negocio de minas, creo que aquí en Llaillay. ¡Pamplinas! Todo por consejos de ese charlatán.

Luis oía aquello sin atreverse a creerlo, pero el anciano parecía bien informado.

—A la cuenta, pensaba, el pobre don Ignacio está en la calle o poco menos.

—El negocio acabará mal, le repitió su implacable interlocutor... Si la fortuna de don Ignacio no era más de lo que Ud. dice, debe estar ya liquidada... ¡Que el mozo ése llegue a olfatearlo! ¡Adiós matrimonio!... ¡Adiós doradas ilusiones! Preciso es confesar que el mundo está lleno de cándidos.

A pesar de que Luis tenía el corazón mejor puesto de la República, no pudo dejar de sentir cierto alivio al oír las confidencias del anciano coronel. Media hora antes, humillado y vencido, había contemplado a Marta, tan lejos y tan alto sobre sus esperanzas, y ahora, si lo que estaba escuchando era la verdad, acaso otra vez volvería a ser la niña modesta de su ciudad natal, cuyo amor había sido siempre el único objeto de su existencia.

Resuelto a saber la verdad, al día siguiente se dirigió sin vacilación a casa de don Ignacio... Lo encontró en su escritorio, pareciéndole notar de nuevo en él, ese aspecto envejecido y cansado de la tarde anterior en la calle de Gálvez. Su mirada inquieta y turbia decía muchas cosas.

—Perdone Ud., señor, le dijo, que le incomode tan de mañana, pero soy su viejo amigo, y creo tener derecho a que Ud. me oiga una franca confidencia... Señor don Ignacio... Ud. no puede ignorar... Yo amo a Marta... a su hija de Ud.

—Debe Ud. saber, repuso don Ignacio, bajando la vista, que mi hija está de novia.

—Sí, señor, lo sé perfectamente.

El pobre caballero se quedó mirando a Luis de hito en hito. A la verdad no comprendía adónde iba a parar aquella embajada...

—Si esa boda conviene a Ud... Si Ud. se encuentra satisfecho, continuó el joven, nada tengo que objetar.

—Muy satisfecho, repuso don Ignacio, recalando las palabras... y aunque no lo estuviera, es al gusto de mi hija y de Rosario... Ud. llega tarde, amigo mío... Lo he estimado siempre y no me habría desagrado que fuera mi yerno, pero la fortuna lo ha dispuesto de otra suerte.

—¿Y si no fuera así?...

—¿Qué quiere Ud. decir, joven? explíquese...

Luis balbuceó algunas palabras casi

ininteligibles... A la verdad no encontraba cómo explicarse.

—He oído, dijo por fin, que ese matrimonio no está tan hecho como parece...

—Le han informado mal a Ud., caballero, repuso don Ignacio, visiblemente molesto... ¿Qué chismes son esos? Comprendo que don Enrique Ponce tenga envidiosos... ¡Ya se ve!... ¡Una situación como la suya!... Y permítame, por lo mismo que lo he conocido desde niño, creo tener también derecho a observarle que el paso que Ud. da es de todo punto inconveniente... Dice Ud. que quiere a Marta... comprendo que es duro para Ud. verla prometida a otro... pero... voy a ser franco. Puede que en otro tiempo mi hija sintiera hacia Ud. alguna inclinación; eso se acabó... Ud. mismo lo ha visto... y ahora... Ud. debe resignarse pensando en el brillante porvenir que se espera a mi hija.

—¿Será feliz?... balbuceó el pobre mozo, confundido...

—Permítame recordarle que es a ella y a sus padres a quienes corresponde el cuidado de la felicidad de Marta... Le ruego que no hablemos más de este asunto... La situación en que Ud. se coloca y me coloca es bastante ridícula...

Así era en efecto, y Luis hubo de comprenderlo. Despidióse con tanta cortesía como pudo, y salió de la casa de don Ignacio...

—¡Perdida para siempre! se decía...

Y al recordar la tranquila seguridad del buen señor, llegó a convencerse de que las



La situación en que Ud. se coloca y me coloca es bastante ridícula.

confidencias del coronel Macías, eran chismes, como lo afirmaba don Ignacio.

VI

Un mes transcurrió. Luis no se resignaba a volver a La Serena, y seguía llevando en Santiago la existencia distraída del forastero ocioso.

Un día, sin embargo, recibió una carta del rector del Colegio de Minería de La Serena, en que le rogaba agitar en el Ministerio de Instrucción, cierto negocio administrativo.

Luis conocía bastante al Ministro, antiguo condiscípulo de su padre, y no tuvo



El rostro de don Ignacio se puso lívido

inconveniente en prestar el servicio que de él solicitaban.

Fué cariñosamente recibido. El Ministro que, como suele acontecer, tenía más deseos de charla que de trabajo, le detuvo un largo rato.

—No se vaya Ud., le dijo, así me escapo de importunos. Me molestan en forma que estoy desesperado. No sé cómo salir de compromisos... Aquí tiene Ud., agregó, tomando de la mesa una tarjeta; éste es un paisano de Ud... lo debe conocer... Quiere conseguirse un puesto de oficial de Registro Civil.

Luis miró la tarjeta: era la de don Ignacio Velez...

—¡Don Ignacio! exclamó... Reducido a esta extremidad... Pero si es hombre de fortuna...

—Tuvo muy poca cosa, según entiendo, dijo el Ministro, pero ahora no tiene qué comer... Malos negocios... Parece un pobre diablo...

—Oí decir, observó Luis, que una hijita suya se casaba con don Enrique Ponce.

—Ahora comprendo... Algo debe haber habido de eso, porque Ponce es uno de los más interesados en que le den un empleo... Ya se ve, querrá quitárselo de encima.

Luis refirió entonces al Ministro algo de lo que sabía de la historia de don Ignacio, callando, por supuesto, las circunstancias que a él personalmente le atañían.

—Es el cuento de siempre, dijo el Ministro con expresión reflexiva... Así se despueblan diariamente las provincias, y así se llena Santiago de infelices... Este es un caso verdaderamente típico... Como el don Ignacio venía bien recomendado, le ofrecí un empleo en La Serena... No quiso aceptarlo... "Todo antes de volver derrotado y pobre a La Serena", me repuso... ¿Quién sabe qué ilusiones se hizo al venir?

—¿Quiere Ud. hacerme un favor? dijo al Ministro. Reciba a don Ignacio en mi presencia... Tengo una buena noticia que darle.

—Pero yo no tengo ahora empleo que darle.

—Recíbalos para decirle eso... ¿Es mucha molestia?

—No, por supuesto.

Un minuto después, don Ignacio fué introducido... Al ver a Luis sentado junto al Ministro, el pobre caballero se detuvo asombrado. Habríase dicho que deseaba huir a cien leguas de aquel sitio.

—Pase Ud. don Ignacio, le dijo el Mi-

nistro bondadosamente... Aquí está entre amigos... Ud. y don Luis Moncada se conocen, ¿no es así?...

El rostro de don Ignacio se puso lívido... Sin embargo, hizo un esfuerzo sobrehumano para permanecer sereno y alargó la mano a su joven amigo de otros tiempos.

—Precisamente hablábamos de Ud. con Luis, agregó el Ministro... Le decía que con dolor de mi corazón nada puedo hacer por ahora en favor suyo... y que por eso prefería no recibirlo.... Siempre es desagradable decir que no... Pero él me ha dicho que tiene para Ud. una buena noticia...

Los ojos de don Ignacio interrogaron tímidamente a los del joven...

—Sí, señor... dijo Luis... ¿Recuerda Ud. de la mina de "El Algarrobito"?... Ud. tiene seis barras ahí...

—Yo... exclamó estupefacto el pobre viejo...

—Sí, señor, Ud... Yo se las tenía dadas desde hace muchos años, y con todo el corazón. Ahora acabo de vender la mina.... Debo entregarle lo que le corresponda... Son cerca de doscientos mil pesos...

En el alma de don Ignacio, el amor propio luchó todavía un momento, pero fué vencido.

—¡Hijo mío!... exclamó, arrojándose, deshecho en sollozos, en los brazos de don Luis...

.....
Aquella misma tarde, don Ignacio recibió en un sobre cerrado, un vale a la vista por doscientos mil pesos. La familia entera esperaba ansiosa la visita de Luis Moncada, pero el joven parecía haberse evaporado... Días después los periódicos anunciaron su viaje a Europa.

Don Ignacio y su familia regresaron a La Serena, a comenzar de nuevo la vieja y tranquila existencia de otros tiempos...

Algo faltaba allí, sin embargo... ¿Qué sería de él? Las ambiciosas ilusiones, se habían desvanecido como un mal sueño...

Por las tardes, reunida la familia bajo el decrepito corredor, el recuerdo del noble joven, que les salvara de la ruina, flotaba como un remordimiento sobre el espíritu de todos...

.....
Así transcurrieron algunos meses...

Por fin, una tarde la vieja sirvienta entró azorada...

Patrón, dijo balbuceando... Allí viene don Luis...

El llegó en efecto, y la última sombra del triste pasado, acabó de disiparse.



La última sombra del triste pasado acabó de disiparse.



E del Canto

EL JENERAL DEL CANTO

Por _____

ARMANDO DONOSO

Ilustraciones fotográficas

—¿Un soldado?

—No; un héroe.

Con voz cortante, acento firme y gesto soberbio, subrayó la entonación de estas tres palabras mi anciano amigo. Las guías largas, flácidas, enteramente blancas de su bigote, prolongaban el temblor de su voz.

Un soldado... un soldado nato; pero, también, algo más que un soldado. Un hombre que nació para su época, cuando apenas la república comenzaba a consolidarse. Nació soldado y con su espada puso una rúbrica de fuego bajo su nombre. Le vieron y le tocaron las balas de Cerro Grande, allá en la remota mitad del pasado siglo; palmo a palmo disputó con las indias embravecidas las tierras de la Araucanía y más de una noche terrible sintió rugir en torno de los suyos a las horas del cacique Huechún; corrió con sus soldados a cubrir la guarnición de Talcahuano, cuando la fragata española "Resolución" bloqueaba el puerto; hizo toda la campaña del 79 ganando sus galones de batalla en batalla y de arrojo en arrojo; y coronó su carrera militar en los días de 1891, cuando la revolución requería su espada, deponiendo sus energías ante la causa constitucional. Conción y Placilla fueron para él las dos páginas brillantes en que dejó escrita su despedida de la asarozca existencia de soldado.

—¿Un héroe!

—Sí; un héroe.

Me repite una vez más mi amigo. El comprende que yo pienso que tener muchas campañas en una hoja de servicios militares puede no ser prueba suficiente de valor. ¿Cuántos galones no son fruto exclusivo de granjería y de favoritismo? Pero, este caso que él trata de explicarme, es un caso que no dice relación con los tiempos en que vivimos; los generales de ahora no son los de antaño; y los soldados de hoy no se conocerían con los de ayer.

El General del Canto nació cuando aún vivían muchos de los próceres de las primeras campañas y tamaño ejemplo tuvo no poca parte en su formación de adolescente: cerca estaban Freire y Las Heras, Búlnes y Godoy. Si

su niñez se había desarrollado al fecundo calor del próspero gobierno del general Búlnes, sin alcanzar a darse cuenta de lo que él significaba en el desenvolvimiento del país, su mocedad maduró en pleno período del fuerte gobierno de don Manuel Montt. Antes de cumplir los cuatro lustros ya había hecho su aprendizaje militar y a los diecinueve recibía su bautismo de fuego en Cerro Grande, bautismo que una feliz casualidad salvó de tronchar en flor una vida que luego había de ser tan útil.

¡Carrera temeraria era la de un joven de entonces si se daba por entero a las disciplinas del rudo Marte! Acógiale en su seno la Escuela Militar y ponían a prueba sus dotes ora un movimiento revolucionario, ya una campaña en tierras extranjeras o luego la asarozca vida del campamento en las selvas araucanas, donde el indio temerario y la naturaleza implacable abroquelaban las más firmes energías y las más fieras decisiones. Así el joven teniente Estanislao del Canto hubo de salir de las aulas para ir a Cerro Grande, donde la muerte respetó su juventud.

¡Setenta y siete años! Mientras el General camina con paso ágil y elástico, como un joven que no sintiese gravitar sobre sus espaldas más que el peso de unas treinta primaveras, nosotros pensamos: ¿qué milagro de energía se realiza en su naturaleza? ¿Cómo es posible que una vida como la suya, que no se ha dado tregua un instante, que no ha reposado nunca, se mantenga intacta como en sus buenos años de juventud, sin denunciar ni la más remota fatiga? ¿Cuántos han logrado llegar a esa edad apenas si conservan la llama viva de la inteligencia y las energías despiertas!

Talvez la vida sana del general, que jamás comulgó con los refinamientos de las costumbres cortesanas de las ciudades y sólo fué forjada en el yunque de diez campañas, devorando caminos ásperos, a través de selvas



Subteniente, 1863

impenetrables y de sierras abruptas; la constante vida del cuartel, que no le dejaba tiempo para consumir sus horas en la molición; la sobriedad de sus hábitos, heredada de sus antepasados todos, conservaron siempre en él el vigor mozo de la sangre y las sanas aptitudes del organismo. Así le veis ahora: sano y joven, firme y activo, como en sus mejores años; lúcidas sus facultades hasta el punto de conservar su memoria tan viva que para ella los detalles más remotos no constituyen tropiezo cuando quiere traerlos a flor de labios.

Broncíneo el rostro, blancos los bigotes, erguido el torso, saliente el pecho, quien le ve admira la gallardía de este soldado que no se ha rendido bajo el peso de los años. Franco en el hablar, escrupuloso en cuanto recuerda, decidir en su trato, gusta quien quiera que le oiga participar de su charla sencilla y afable. La historia para él es un culto, pero un culto divino que jamás ha de ser profanado por fáciles engaños ni livianas conveniencias.

Cuando nos encontramos ante el General del Canto lo primero que acude a nuestros labios es el recuerdo de su abuelo paterno, don José Antonio del Canto, que siendo capitán en el batallón número 11 que comandaba don Juan Gregorio Las Heras, se encontró en las acciones de Yervas Buenas, de Chacabuco y de Maipú. Ello nos induce a preguntarle al General:

—¿Qué recuerdos conserva de su abuelo, don José Antonio del Canto?

Y él nos responde inmediatamente, con la agilidad de su memoria portentosa:

—Todo lo que recuerdo de mi abuelo fué que de chiquito me enseñaba a marchar. El fué capitán de la segunda compañía del batallón número 11, que mandaba don Juan Gregorio Las Heras. Peleó en Chacabuco. Recuerdo haberle oído decir que en esa acción se puso de acuerdo con todos los capitanes del batallón para decirle a los negros (porque era batallón casi todo compuesto de negros) que si se dejaban tomar prisioneros se los llevarían los españoles para venderlos en Lima por azúcar. También contaba que, antes de obscurerse el 12 de febrero, varios negros fueron a pedirle permiso para ir a recoger cualquier cosa en el campo de batalla. Concedió el permiso, pero temiendo que se le desertaran volviéndose a la Argentina, mandó algunas clases para que los inspeccionasen y a su regreso le dijeron que todos los soldados habían recogido en el campo cosas insignificantes, siendo su principal objeto vengarse contra los godos muertos: con la culata del fusil golpeaban a los cadáveres en la boca exclamando: “¿No te gusta achuca? Toma achuca” y los maltrataban con verdadera saña. Durante la acción, en Chacabuco, el capitán del Canto recordaba que se vió casi copado con su compañía: especialmente él con su asistente, un negro que se llamaba Vicente, fueron encerrados por tres ginetes de los dragones de la Reina. Entonces el capitán le dijo: “Vicente, ¿tienes seguridad de voltear a uno de esos que vienen contra nosotros?” Vicente contestó afirmativamente; “Entonces elige uno de los tres para tí y déjame los otros dos”. Efectivamente, el asistente se fué al de adelante y lo derribó, mientras el capitán le daba un mandoble al segundo ginete, cortándole las riendas, por lo cual tuvo que seguir de largo no sin dar unos hachazos que fueron parados oportunamente. El tercer ginete detuvo su caballo y trabó combate; pero el asistente, mientras el ginete combatía con su capitán, toma el fusil por la trompetilla y a un descuido le dió un feroz golpe al dragón, derribándolo. Entonces al capitán, que era hombre de muchos pulsos, le fué fácil detenerlo y el asistente lo ultimó con su bayoneta.

Refiere en seguida el General que, a menudo, le oyó contar a su abuelo que había asistido a Cancha Rayada, teniendo palabras de admiración para su jefe el Coronel Las Heras que, con toda serenidad, daba sus ordenes para ejecutar la retirada en buena forma, gracias a lo cual se salvó el ejército patriota.

Con justificado orgullo habla de su abuelo el General del Canto; no parece sino que todo en aquella herencia gloriosa le correspondiese a él: la sangre del capitán don José Antonio del Canto es su sangre; su herencia de soldado es el patrimonio de valor que ha podido aportar como prosapia antes de ga-

narse sus galones en los campos de batalla...

Pero, es menester aún completar esta página; el General recuerda:

—Me contaba mi abuelo que en la batalla de Maipú a los huasos de un escuadrón de Los Andes se les ocurrió la idea de añadir ocho o diez lazos trenzados para hacer una ronda y desbaratar a los españoles. Efectivamente, ejecutaban la operación poniendo doble lazos y en una distancia de más de una cuadra se fueron dos ginetes por un flanco y otros dos por el otro y al galope del caballo arrollaron a un batallón, descomponiéndolos a todos y echando a la mayor parte de los soldados a tierra, de suerte que doscientos o trescientos hombres quedaron fuera de combate.

Una persona solicita hablar con el General. Sale un instante; cambia algunas palabras y luego regresa. Entonces nos dice:

—Estos son los recuerdos que tengo de las conversaciones que tuve con mi abuelo, don José Antonio del Canto, que peleó en Chacabuco, Cancha Rayada y Maipú.

El General nos observa. Calla. Nosotros aprovechamos el intervalo para interrogarlo aún sobre sus remotos recuerdos de juventud. Cuando brotan de nuestros labios los nombres del General Búlnes y de don Manuel Montt, él se alza de su asiento y, con un gesto de veneración, nos dice que al Presidente Búlnes tuvo ocasión de conocerlo muy de cerca: recuerda sus gestos y sus palabras; que, cuando hablaba estando disgustado, profecía a menudo imprecaciones violentas; evoca como le vió tantas veces llegar chez Paulino a tomar el ponche de culén y a charlar con algunos de sus amigos.

Para don Manuel Montt tiene el General sólo palabras de gratitud y de admiración.

—Ese ha sido el hombre más grande que hemos tenido, nos dice. Poco sería tener su imagen continuamente con lámparas votivas, como en la hornacina del Cristo de la Catedral.

Preguntámosle en seguida al General sobre su ingreso a la carrera de las armas.

Y él, con la seguridad de quien dispone de una memoria privilegiada, nos responde inmediatamente:

—El año 1855 era yo monitor general de la escuela primaria de Santa Cruz, de Colchagua entonces y ahora de Curicó, y con el vehemente deseo de seguir estudiando me quejaba de lo indolente que eran conmigo, no satisfaciendo mis deseos. En las vacaciones de ese año estubo en casa mi tío don Epifanio del Canto y oyendo mis quejas me dijo que me iba a recomendar a los directores de la Escuela de Artes y Oficios y Normal de Preceptores. Habiéndole pedido que antes de regresar a Santiago me dejase escritas cartas para esos señores, lo hizo con gusto, y otro de mis tíos, el cura don Rafael del Canto, que oía la petición, me dijo que me daría también una carta de recomendación para el Rvdo. Padre Aracena de la Recoleta Dominicana. En posesión de las tres cartas,

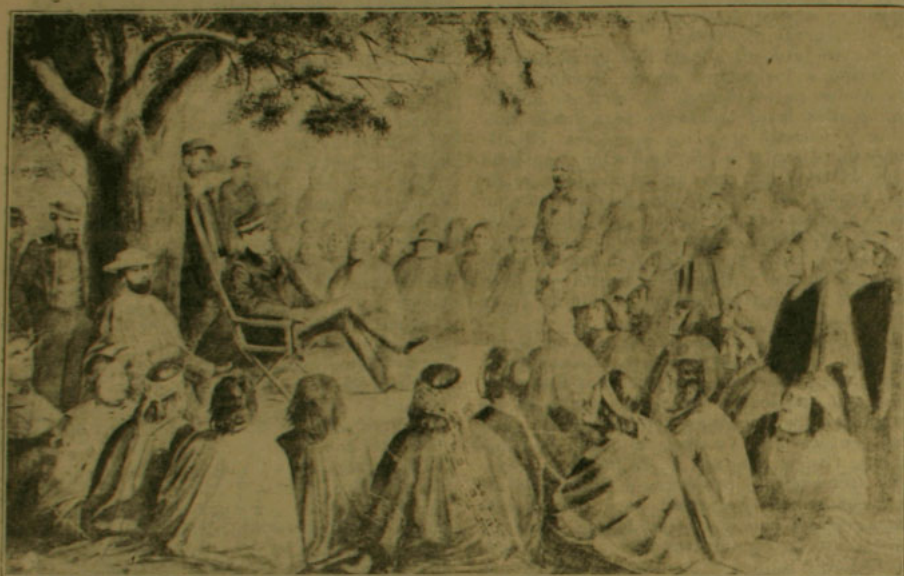
concebí la idea de pedir a mi tía doña Mariana del Canto que indagase sobre las ropas que debería necesitar para ingresar a un colegio en Santiago y me la mandase hacer. Cuando mi tía me dijo que tenía todo preparado, me puse al habla con el birlochero de casa, José María Gómez, y le previne en nombre de mi tío el cura, para que fuese a la Hacienda de Colchagua, de don Federico Errázuriz Zañartu, a proporcionarse dos caballos y una mula a fin de hacer viaje a Santiago, debiendo él acompañarme. Ejecutó el mandato y en el mes de enero de 1856 nos trasladamos a Santiago, sin que nadie de mi familia se impusiese de este viaje, de manera que se puede decir, con propiedad, que me fugué de mi casa para entrar a un colegio donde hacer mis estudios.

Cavila un momento. Hace memoria y luego prosigue, sin interrumpir el hilo de su recuerdo.

—Visitando la Escuela Militar, por ser pariente inmediato del sub-director de dicho establecimiento, vi una tarde hacer el ejercicio de los cadetes y me entusiasmó de tal manera que en adelante ya no pensé sino en entrar a ese establecimiento. Diariamente concurrí a la Escuela, hasta el extremo de hacer llamar la atención del General Aldunate, su director, quién me interrogó más de una vez sobre tan constante asistencia. Expúsele que estaba enteramente inclinado y resuelto a ingresar como alumno. Con este motivo se puso de acuerdo con el sub-director y no habiendo ninguna vacante de planta o supernumerario sino únicamente de pensionista y no teniendo quien pagase dicha pensión, resolvieron entre ambos darme co-



Teniente, 1865.



Un parlamento entre los araucanos en 1872, presidido por don Cornelio Saavedra. En el extremo de la izquierda aparece el entonces teniente del Canto. A su lado y delante de él, don Mauricio Muñoz; sentado en el árbol don Gregorio Urrutia; delante del coronel Saavedra aparece el lengua-raz e intérprete Barra. Detrás del coronel, están el coronel argentino don Manuel José Lazcuaya y el autor del presente dibujo.

locación en la segunda sección a que pertenecían los jóvenes de más de dieciocho años, con el título de cabo. Había permanecido más de cuatro meses esperando poder colocarme hasta que pude entrar en la sección ya dicha el 6 de mayo de 1856.

Una persona entra a la pieza de trabajo del General y le ha interrumpido. Le pregunta algo y luego se va. Nosotros le decimos:

—De su estada en la Escuela Militar; del jefe de ella, el General Aldunate; de sus enseñanzas, ¿qué recuerdos conserva?

—El General Aldunate—nos responde él—fué y será para mí el militar más pundonoroso del ejército chileno y me fundo para ello en el recuerdo de su servicio que todos comentábamos y aprendíamos a conocer desde el día siguiente que se ingresaba a la Escuela Militar: severo, circunspecto, y con un cariño paternal para los alumnos. Recuerdo que siempre conversábamos sobre el siguiente hecho ocurrido en el Perú, cuando los chilenos peleaban por la independencia de aquel país. En una acción ocurrida en la Macarona, cerca de Ica, los chilenos fueron derrotados y el sargento mayor del segundo de línea, don Santiago Aldunate, cayó herido y fué hecho prisionero por los españoles con otros oficiales. En esta situación se presenta un jefe español y en alta voz pregunta a los prisioneros: “¿Cuál de vosotros es el de mayor graduación?”, contestando de su lecho el mayor Aldunate: “Yo, señor”.—“Entonces usted, en nombre de los demás—le responde el godo—prestará juramento de no abandonar esta prisión mientras no se les ponga en libertad”. El mayor Aldunate así lo prometió en nombre de sus compañeros y expuso que ya había entregado su espada en calidad de vencido. Ocurrió después que los chilenos dieron una sorpresa a los españoles y los hicieron aún abandonar la ciudad de Ica, quedando, naturalmente, el hospital y prisión en que estaban los chilenos completamente libertados. Sucede, por segunda vez, que los chilenos son expulsados de la localidad donde estaban los prisioneros, cuando causó gran admiración a los españoles que el mayor Aldunate aún conservase la pieza donde había quedado. Interrogado por el jefe de las tropas españolas el por qué no se había ido con sus compañeros desde el momento en que había sido tomado por las fuerzas del ejército enemigo, contestó que él había jurado no abandonar la prisión mientras no se le pusiese en libertad, que nadie lo había hecho, y que por esa razón se encontraba en ese recinto. A tan grande acto el jefe de las fuerzas españolas mandó un parlamentario al jefe de las fuerzas chilenas con una nota que expresaba que enviaba a incorporarse a su ejército a la dignidad y honor personificados en la persona de don José Santiago Aldunate, acompañando al parlamentario una banda de mú-

tando de su lecho el mayor Aldunate: “Yo, señor”.—“Entonces usted, en nombre de los demás—le responde el godo—prestará juramento de no abandonar esta prisión mientras no se les ponga en libertad”. El mayor Aldunate así lo prometió en nombre de sus compañeros y expuso que ya había entregado su espada en calidad de vencido. Ocurrió después que los chilenos dieron una sorpresa a los españoles y los hicieron aún abandonar la ciudad de Ica, quedando, naturalmente, el hospital y prisión en que estaban los chilenos completamente libertados. Sucede, por segunda vez, que los chilenos son expulsados de la localidad donde estaban los prisioneros, cuando causó gran admiración a los españoles que el mayor Aldunate aún conservase la pieza donde había quedado. Interrogado por el jefe de las tropas españolas el por qué no se había ido con sus compañeros desde el momento en que había sido tomado por las fuerzas del ejército enemigo, contestó que él había jurado no abandonar la prisión mientras no se le pusiese en libertad, que nadie lo había hecho, y que por esa razón se encontraba en ese recinto. A tan grande acto el jefe de las fuerzas españolas mandó un parlamentario al jefe de las fuerzas chilenas con una nota que expresaba que enviaba a incorporarse a su ejército a la dignidad y honor personificados en la persona de don José Santiago Aldunate, acompañando al parlamentario una banda de mú-

sicos. El jefe de los chilenos contestó la nota dando las gracias y en retribución se dió libertad a un brigadier prisionero, del ejército español. Por eso en la hoja de servicios del General Aldunate figura el hecho de que fué canjeado por el ejército español, pero el canje se verificó en la forma que se deja relatada.

Hay en el modo de decir del General, en su expresión y en su lenguaje, un acento de firmeza y de cariñoso convencimiento. No alcanzamos a insinuar ni una palabra cuando él reanuda sus recuerdos.

—Otro hecho tuvo lugar durante el tiempo que fué Intendente de Chiloé, en donde recibió una carta de su grande y buen amigo don Bernardo O'Higgins, pidiéndole que aceptase y contribuyese a la restauración de su mando, pero don José Santiago Aldunate contestó a O'Higgins diplomáticamente que siempre le seguía siendo fiel en su amistad pero que el Gobierno de Chile le había nombrado Intendente de aquella provincia y le era materialmente imposible ser desleal a su patria... Como una última prueba de la dignidad y honor del General Aldunate voy a contarle un ejemplo que pinta al militar de cuerpo entero. En la Escuela Militar salía todos los sábados un periódico manuscrito que se había fundado para criticar no tan sólo los rasgos de conducta irregulares del personal, sino también la alimentación e higiene del establecimiento. Bien pronto comenzaron a aparecer artículos de hechos ocurridos fuera del establecimiento, ligándose ya con los hogares. Con este motivo ocurrió un duelo a espada entre los cadetes Antonio Brieba y Francisco Ramírez, sirviendo de padrinos los cadetes Francisco Muñoz Bezanilla y Eustaquio Gorostia y a mí me hablaron comunicándome que cuando estuviese de servicio les permitiese pasar a un patio donde se encontraba un molejón a fin de afilar las espadas. Postergaron el desafío hasta que ya las armas estuviesen listas y esperaron el día en que me encontrase de servicio, pues el campo elegido para el combate era un corralón que estaba situado al sur de la Escuela y tenían que pasar irremediamente por el patio de los cabos. De cuatro a cinco de la mañana salieron de su sala los combatientes y padrinos y yo los conduje al campo donde debía verificarse el duelo, previniéndoles que yo iba a

estar arriba del gimnasio, y que dado el caso que viniese alguno de los ayudantes yo diría en alta voz: ¡qué frío! y acompañaría con un palmoteo de manos la exclamación. El combate tuvo lugar, resultando uno de los combatientes herido en la cabeza y el otro en la mano, por lo cual volvieron a su cuadra y se echaron a la cama dando parte de enfermos. El General Aldunate tuvo conocimiento del desafío y supo que los dos estaban heridos, por lo cual tan pronto llegaba al establecimiento, se dirigió a la sala dormitorio y no hizo otra cosa que preguntarles por su salud, sin que jamás les diese una reconvención, probando con ésto que siempre amparaba el valor y la dignidad.

Cesa un instante de hablar el General. Nos mira con ojo interrogador y luego nos dice:

—¿Qué le parece?

Pero antes de que alcancemos a asentir a su pregunta, él comienza a hablar así:

—En una ocasión se le perdió al cadete ecuatoriano Manuel Larrea un anillo con un sello que había pertenecido a su abuelo y que era un recuerdo de gran valor. Llegado el hecho al conocimiento del director, ordenó que para ese día, después de almuerzo, no saliese nadie del establecimiento, incluso la sevindumbre y que a la una en punto estuviese formado todo el personal, sirvientes y hasta la cocinera. A la una en punto llegó a la Escuela, y estando todos formados, hizo que el ecónomo trajese un lavatorio lleno de afrecho y lo colocase en la oficina del establecimiento. El General dijo que todos deberían hacer lo que él ejecutaba y metiéndose las manos al bolsillo del paletó las sacó con los puños cerrados y en esa forma entró a la oficina y metió las manos en el afrecho, revolviólo un poco y después salió con las manos extendidas. Dijo en seguida que se retirasen y que, un cuarto de hora después, se llamaría a formar para ejecutar la operación que él había indicado. Llegada la hora y hecha la formación el mismo General rompió el movimiento para entrar a la oficina con las manos empuñadas, introduciéndolas al lavatorio con afrecho y salir con los dedos extendidos; siguió el sub-director, oficiales, cadetes y todo el personal. Revolviendo después el afrecho el General y presentando al cadete Larrea el anillo que se había perdido, agregó en



Capitán, en 1867

alta voz, diciendo: "Es indudable que aquí existe lima sorda; pero, si llego a descubrirla, tendrá que arrepentirse todos los días de su vida..."

Los hechos anteriores patentizan lo que era el General Aldunate, dando pruebas incontrastables del beneficio que hizo a la nación haciendo producir a la Escuela Militar desde 1827 hasta 1861 los generales, jefes y oficiales que en ese lapso de tiempo ha tenido el Ejército de Chile.

Tiempos eran los de promedios de la pasada centuria de energía y de trabajo: templábase la juventud en el alto ejemplo de las luchas de una nacionalidad en formación. Así le tocó al joven aspirante del Canto iniciar su carrera de las armas con una campaña revolucionaria que le habituó, desde aquel entonces, al indiferente ruido de las balas. Tenía apenas dieciocho años y toda una vida por delante, una vida que era menester ganarla por asalto. En 1859 estalla un movimiento revolucionario: la subversión de los Gallo contra el gobierno de Montt. Y he aquí que el joven cabo parte al Norte y si no encuentra ocasión en que lucir proezas de heroísmo, por lo menos se conduce como un valiente que sabe ganarse en buena lid un galón. Este recuerdo nos induce a inquirir del General sus memorias de entonces. Y él, con desenvuelta franqueza, nos refiere larga y minuciosamente su vida de aquellos años.

—En 1859 —*se dice*— se dió un decreto supremo para que toda la sección de cabos de la Escuela Militar saliese al ejército destinándose al 7.º de línea, cuerpo de nueva creación, que se formó por decreto de dos de Febrero del referido año. De cinco alumnos que fuimos destinados al 7.º merecí una recomendación especial del señor director general Aldunate, exponiéndose en esa nota que debiera obtener el empleo de sargento primero, pero no habiendo vacante de esta clase se me dió el nombramiento de sargento de segunda clase; y dos días después ocurrió vacante y se me nombró sargento primero. La formación del 7.º de línea fué algo muy curioso porque se le dió por base veinticinco enganchados por la policía y la banda del batallón número 2 de guardias nacionales, haciendo cuartel en el local que hoy ocupa el correo y el cuerpo de bomberos. El comandante de este cuerpo, teniente coronel don Santiago Amengual, hizo una recorrida por el Presidio Urbano y Cárcel Penitenciaria y allí, con facultades del Gobierno y de la administración de justicia, sacó del presidio todos los individuos que habían sido militares y algunos que estaban condenados por no largo tiempo, alcanzando a un número de treinta y tantos individuos. De la Penitenciaría sacó a todos los condenados por delitos militares; esto es a los

de deserción, abandono de guardia, escalamiento de muralla, fuga de reos que custodiaban y, en una palabra, a todos los que habían pertenecido al ejército y cuyo número fué de doce a quince. El enganche seguía diariamente, subiendo la gratificación a treinta pesos; pero esta cantidad se la daban los agentes en los garitos que presidían diciéndoles que se les daban los treinta pesos pero que deberían jugar, y si ganaban devolvían los treinta pesos y quedaban en libertad llevándose su ganancia. Muy raro era el ejemplo del enganchado que ganase porque el agente comisionista tenía tahures tan avezados en el naípe que en un dos por tres dejaban limpio de dinero al enganchado. Este enganche dió tan buen resultado que la revista de febrero pudo pasarse con doscientos y tantos individuos. Es de advertir que el cuartel no era otra cosa que una verdadera prisión bien vigilada para que no desertasen los futuros militares y permitiéndose que dos veces en el día entrasen las vivanderas con sus ollas de comida para que la tropa pudiese sustentarse con el diario de veinticinco centavos que se les daba. La instrucción de los reclutas se hacía a puerta cerrada en el mismo cuartel hasta que a fines de Febrero se completó el cuerpo de cerca de trescientos individuos con los enganchados por los comisionados de la policía y por los destinados en los distintos juzgados del crimen. Con esta fuerza se emprendió la marcha para la provincia de Aconcagua tomando por campamento el departamento de Curimón. Nuestro activo e inteligente comandante Amengual, con la autorización respectiva, se dirigió a las cárceles de los Andes, San Felipe, Petorca, Putaendo y Ligua y escogió con los respectivos jueces de letras, la gente de menos delito para incorporarla al batallón. Se estuvo en Curimón toda la primera quincena de marzo y a fines de ese mes emprendió su marcha el batallón para dirigirse a Valparaíso y embarcarse para el norte. A su paso por Quillota solicitó de la Cárcel los individuos que designase el juez letrado y luego embarcado en el tren, de reciente construcción, emprendió el viaje el cuerpo hasta llegar a Valparaíso, trasbordándose en San Pedro porque se tenía que pasar sobre el cerro a causa de que no estaba concluido el túnel. Llegado a Valparaíso se incorporaron veinte hombres de la cárcel de ese puerto y luego se embarcó el ya batallón 7.º de línea compuesto de seis compañías y al mando de sus jefes comandante don Santiago Amengual y mayor don Juan Antonio Vargas Pinochet. Cuando ya estuvo embarcado el cuerpo en el transporte "Antonio Varas" el comandante, que tenía una voz muy potente, desde el puente del capitán dijo: "Mayor, dele puerta franca al batallón", no sin tomar la precaución de que no hubiese ningún bote cerca del vapor. Zarpó el buque y desembarcó la tropa en el

puerto de Los Vilos donde, en la instrucción, se trabajó desde la diana hasta las once y desde la una hasta la puesta del sol, pues había necesidad de ejecutar el ejercicio de tiro y aprender el servicio de campaña. El General don Juan Vidaurre Leal, jefe del ejército pacificador del Norte, reflexionando en la distancia que mediaba entre el puerto de Los Vilos y la ciudad de La Serena, donde se encontraba el enemigo, resolvió el reembarque para dirigirse a Tongoy, en donde se reunió la división compuesta del Buin, segundo de línea; tercero, quinto, séptimo y octavo de infantería; dos baterías de artillería de montaña y el regimiento de Cazadores a caballo; dos compañías de granaderos y una de carabineros. Esta fuerza emprendió su marcha el 26 o 27 de Abril en busca del enemigo atravesando parte del desierto y encontrándose solamente en Palos Quemados una laguna de agua detenida que abasteció al ejército; pero los últimos batallones tenían que colar el agua para evitar la lama y toda clase de bichos de que estaba infectada el agua. De seis a siete de la mañana se oyeron tiros de las descubiertas y a las siete en punto se trabó el combate al pie de Cerro Grande y en donde, felizmente, corría un canal de norte a sur, que fué tan benéfico para el ejército pacificador. Cerrada la distancia entre los combatientes pudo notarse que no los separaba más que una pírca de piedra como de un metro de altura ocupando el oriente el ejército del Gobierno y el poniente el enemigo; de tal manera que sintiéndose el movimiento de uno y otro lado, los combatientes tomaban grandes piedras y las arrojaban recíprocamente de uno a otro lado. En esta situación mi amigo el subteniente don Ignacio Rozas me invita para que subamos a la pírca y, aceptándole, trepo yo inmediatamente y en el mismo acto caigo de espaldas a causa de un tiro del enemigo, cuya bala me dió en el costado izquierdo del cinturón, rompiéndose éste y destrozando igualmente mi levita y pantalón pero no penetrando la bala sino que pasando transversalmente: poco rato después se me hinchaba el costado izquierdo que tuvo fácil curación con la aplicación de sanguijuelas. Mi amigo Rozas, que subió sobre la pírca casi al mismo tiempo que yo, recibió un balazo debajo de la barba y le salió por encima de la cabeza: atravesándole el cerebro, lo mató en el acto.

Piensa un momento el General como atormentado en su recuerdo por aquella remota desgracia; luego continúa así:

—El enemigo, amenazado por la espalda por la "Esmeralda", que hizo un tiro y destrozó las Casas de Aguirre, precisamente en el lugar en donde el enemigo había establecido el hospital de sangre, se atemorizó y empujado por el Buin, que le había tomado el flanco izquierdo y lo envolvía con magnífico resultado y más que todo no siéndole posible trasmontar la pírca, hubo de ponerse

en derrota, y fué perseguido por nuestra caballería y por los tiros de la artillería de montaña. Se refugiaron en la población en donde tenían trincheras de losas de piedra en la portada sur que era la avenida principal.

Recuerda el General como en la marcha hasta la ciudad escapó de una muerte segura al entrar a una casa donde se hallaba oculta una patrulla enemiga y, al sargento que le mandó hacer el registro, lo mataron instantáneamente con una descarga cerrada. Luego nos dice:

—Para atacar la trinchera de la portada sur, donde se habían refugiado los enemigos, se comisionó al Buin y al séptimo de línea



Mayor, en 1870.

atacando el primero por la vereda derecha y el segundo por la izquierda. El enemigo hacía un fuego vivísimo y en todo el fragor del combate oigo una voz que salía de los Buines y que decía: "La lesera que nadie se atrevería a pasar de un lado a otro". Yo que oigo esta voz y, sin más impulso que mis dieciocho años, impulso irreflexivo y descabellado, me lanzo del lado izquierdo para el derecho con paso enteramente lento y mi arma a la rastra, sin más objeto que el de haber oído tal desaffo.

El General se sonríe sardónicamente y moviendo la cabeza ligeramente exclama:

—¡La brutalidad más grande que he hecho en mi vida!

En seguida, como disipando esa sombra lejana que pudo haber acabado con su vida, continúa su narración:

—El hecho de haberse introducido otras tropas por distintos lugares hizo huir a los

defensores de la trinchera y que la plaza fuese ocupada por nosotros. Al tomar posesión de la cárcel se encontraron detenidos por los mismos adversarios dos jefes del ejército enemigo, acusados de traición, los cuales tuvieron la desgracia de ser fusilados. También se creía que el enemigo había sido traicionado porque se les había dado a los combatientes cartuchos con café en lugar de pólvora pero esto no pasó de ser una invención porque yo fui comisionado para recoger del campo los pertrechos de guerra y no se notó que en absoluto hubiese ocurrido el hecho aludido.

Así termina su historia de la campaña del Norte el General. De todo y de todos nos ha hablado pero menos de su persona; nada nos ha dicho de él. Las referencias personales son ligeras y bien se dijera que desea pasar por alto todo lo suyo. Pero, nuestra curiosidad nos lleva a preguntarle si no tuvo ascenso en su carrera, si no fué premiado con un galón su arrojo y su entusiasmo.

El nos dice que, gracias a las gestiones del General Aldunate ante su comandante, le fué concedido su grado de oficial casi al siguiente día de su regreso del Norte.

Apenas termina sus últimas palabras el General nosotros le preguntamos si inmediatamente después de haber recibido este su ascenso tuvo que partir a la campaña de la Araucanía.

El nos responde que tardaron algunos meses antes de partir y que la coincidencia de algunos hechos políticos vinieron a precipitar su marcha al sur del país.

—¿Acaso, las elecciones presidenciales de 1861, inquirimos nosotros?

Y el General nos dice:

—Exactamente. Encontrándose ese año el Séptimo de línea en Valparaíso ocurrió la elección para nombrar los electores de Presidente, candidatura que se disputaban entre don José Joaquín Pérez y don José Tomás Urmeneta. Mi comandante Amengual lo mismo que el señor Intendente de la provincia, coronel Saavedra, eran ardientes partidarios del señor Urmeneta; y como en aquel entonces los candidatos eran apoyados por todas las arterias gubernativas, el séptimo de línea puso también su oficina para hacer llegar a los ciudadanos a las mesas electorales y ellos no eran otros que la porción de la tropa que se le vestía de paisano y se le instruía en el manejo de la calificación que se le daba para que concurriese a votar. Yo recuerdo que voté nueve veces con distintos trajes y el último fué vestido de clérigo con un uniforme que tenía mi primo Abraham Ovalle del Canto, que era seminario. La contienda política fué muy reñida y se logró comprobar patentemente la activa participación que había tomado el séptimo en Valparaíso así como el Buin y Granaderos a caballo en Santiago, se resolvió que estos tres cuerpos marchasen a la Araucanía lo que se verificó en el mes de Octubre del mismo año 1861. Partimos y el séptimo de línea, a que yo pertenecía desembarqué en Talcahuano y trasladándose a Concepción

tomó el cuartel de infantería de La Puntilla.

Cesa un instante de hablar el General. De pronto su rostro bronceado y enérgico se ilumina con la cercana alegría de un recuerdo. Luego nos refiere que habiendo ido todos los oficiales de visita a la casa de una ilustre matrona penquista, doña Florinda Coco y habiendo encontrado allí a una joven que se negó a bailar una cueca, quedaron invitados para el siguiente día a una soberbia comida, debiendo escribir él la letra para la cueca que se dejó comprometida. Se ríe el General y, después de recitarnos los versos, nos ordena que en ningún caso tomemos nota de ellos para darlos al público. Pero nuestra curiosidad le fragua la traición de anotarlos porque tienen el valor de un sabroso documento. Dicen así los versos de esa cueca, que fué tocada estrepitosamente después de una comida suntuosa:

El que es verdadero amor
imposible no repara,
pues no conoce imposibles
aquel que de veras ama.

Si encuentras imposibles
para querermé
aprende a amar de veras:
¡verás si puedes!
En un instante
vence los imposibles
para tu amante.

Volviendo a su serena ausencia del momento presente, el General reanuda el hilo de su historia:

—Dos días tardamos en la marcha desde Concepción a Nacimiento, ocupando el batallón Buin el pueblo y al séptimo de línea se le mandó de avanzada al otro lado del río Vergara ocupando para cuartel unas grandes bodegas y galpones que había en la ribera derecha. Diariamente se situaban avanzadas a un kilómetro de distancia del campamento porque los indios sublevados merodeaban siempre hasta la orilla del río Vergara, desafiando con sus chivateos a las fuerzas y habitantes de Nacimiento. El jefe de las fuerzas pacificadoras de La Araucanía, coronel don Cornelio Saavedra, tomó la precaución de mandar exploradores al interior de la Araucanía en dirección a la antigua ciudad de Angol y playa de Negrete, valiéndose de los indios que eran amigos y que pertenecían a las familias Pinolevi, Colipi y Cheuquemilla, las cuales eran afectas al Gobierno por tradición. Cuando hubieron traído buenas noticias los exploradores de la plaza de Negrete anunciando que los habitantes de aquel lugar deseaban la fundación del pueblo y la reconstrucción del fuerte, se ordenó avanzar hasta dicho punto al batallón séptimo de línea que, al mando de su comandante Arriagada, inició los trabajos del recinto y cuartel de Negrete y comenzó la fundación del pueblo. Después de estar ya asegurada la tranquilidad de Negrete se dispuso que tres compañías del cuarto de línea se internasen hacia el Oriente y en la confluencia de los ríos Mulchén y Coehento se estableciese un fuerte para

delinear un pueblo con el nombre de Mulchén. Muy poco tiempo estuvo el cuerpo de línea trabajando en los pasos del recinto siendo relevada esa tropa por tres compañías del séptimo de línea, quienes fueron las que concluyeron los fosos y edificaron el cuartel.

—¿En qué dirección continuaron la marcha, en seguida?

—Desde Mulchén marcharon nuestras compañías a Negrete dejando en la plaza una sola compañía y las otras dos fueron a unirse con las que había en Negrete para dirigirnos a la antigua ciudad de Angol en unión del cuarto de línea y del regimiento de granaderos a caballo y una compañía de artillería de montaña, que eran todas las fuerzas que reconstruyeron a Angol con fecha 25 de Diciembre de 1862.

Aprovechando una ligera interrupción del General, que ha abandonado un momento la sala de trabajo, recordamos nosotros que él tuvo ocasión de presenciar de cerca el bloqueo de Talcahuano por un buque de la escuadra española, la fragata "Resolución" y que fué él quien, al mando de una compañía, hizo reembarcarse a los marinos españoles que habían ido a comprar víveres a la isla Rocuant.

A trueque de obligar al General a omitir muchos detalles interesantes en el salto de tiempo que supone pasar de esos primeros años de la campaña en la Araucanía a la guerra con España, nuestra curiosidad presurosa nos insta a ello previendo el bocado sabroso de amables recuerdos de esos años.

Tan pronto formulamos la siguiente pregunta:

—General: díganos algo de su traslado a Talcahuano el 65, con el objeto de reforzar a la guarnición de ese puerto.

Gustoso entra a narrar él los siguientes hechos:

—En el mes de Setiembre marchó el batallón de mi dependencia al puerto de Talcahuano para cubrir la guarnición, pues había venido a bloquearlo la fragata "Resolución" de la escuadra española. Ocurriósele al capitán de dicho buque mandar una lancha con gente a la isla de Rocuant para proveerse de aves u otros víveres y habiendo desembarcado, mi jefe el coronel don Joaquín Unzueta me ordenó ir a repeler el desembarco de esa gente al mando de la compañía de cazadores del séptimo de línea, con la orden expresa de no hacer fuego mientras los enemigos no lo rompiesen. Cumplí mi comisión y llegué tan oportunamente que precipité el reembargo de los tripulantes de la lancha, quienes dejaron en tierra las aves y víveres que habían comprado, por la precipitación con que se hicieron al mar. Viendo el apuro de esa pobre gente, les dije en alta voz: "Embárquense con tranquilidad, pues nada les sucederá". Algunos individuos de tropa me pedían permiso para disparar pues la lancha no estaba más distante de veinte metros, pero yo lo prohibí en absoluto. Al ver tanta generosi-



Al partir a la campaña del Perú.—Teniente Coronel graduado

dad, el oficial de marina preguntaba en alta voz por el nombre del jefe que mandaba nuestra tropa y al ver su insistencia díjele al sargento primero de la compañía que le diese mi nombre contestando este que era el teniente del Canto. El oficial español sacó una libreta y apuntó el nombre, retirándose en seguida a su buque con toda tranquilidad. Yo hice que una clase, con alguna tropa, recogiese los víveres que habían adquirido los españoles y empecé el regreso para dar cuenta a mi jefe de todo lo ocurrido.

Recuerda en seguida el General su regreso a Angol y la iniciación, nuevamente, de

la campaña en la Araucanía contra los indios, campaña inhumana y ruda, llena de sobresaltos y de peligros. Con dolorosa tristeza evoca el General los días en que partían al interior de las selvas y de los reducidos indígenas, mientras sus jefes les daban fósforos a soldados y oficiales obligándoles a prender fuego a las rucas de los indios, a los bosques seculares, a devastar todas las sementeras.

—Más de una vez—nos dice el General—ante aquella crueldad e injusticia inaudita, estuve tentado a pasarme al lado de los araucanos y hacerme solidario con ellos en su defensa de la tierra y de sus derechos, que nosotros les íbamos a arrebatár.

Luego nos dice el General cómo se formó una verdadera asociación de corresponsales para enviar continuamente artículos sobre la campaña a la prensa de Santiago y Valparaíso. Recuerda que don Manuel Bunster estaba encargado de las correspondencias de "El Ferrocarril"; don Ambrosio Letelier, de "La República"; don Tirso Rodríguez, hermano de don Zorobabel, de "El Independiente"; y él de "La Patria" de Valparaíso.

Transcurre un instante y, entristecido ante el peso de un recuerdo demasiado triste, piensa un momento el General y, luego, comienza a recordar una escena de duelo, de sangre, que lleva siempre presente y originada por un impulso nunca bastante lamentado. Iban en expedición de exterminio en fuequen acompañados por numerosos amigos cuando, en medio de un bosquezuelo, asomó a lo lejos un indio. Conociendo su buena puntería ellos instaron al General para que le disparase al fugitivo y él les aseguró que tan pronto mirase hacia atrás le acertaría el balazo en medio de la frente. Antes de pocos segundos el indio que huía volteó el rostro y el General, echándose el rifle a la cara puso el ojo y la bala en medio de la frente del infortunado. Cayó muerto instantáneamente el indio y todos corrieron a verlo. Cual no sería la sorpresa al ver que salían mujeres de todas las rucas llorando y arrancándose los cabellos: el General había muerto al cacique Huechun.

Un artículo violento escrito por el General y publicado en "La Patria", demasiado crudo y un tanto personal contra el General don José Manuel Pinto, jefe de la expedición, motivó el traslado del batallón en que formaba parte, a la baja frontera, con el objeto de fundar Lebu y Cañete.

En Cañete se le confió la delimitación del pueblo y el reparto de los sitios y más tarde fué nombrado primer gobernador de ese departamento.

—Desde allí—recuerda el General—expedicionamos con el séptimo de línea al interior de la Araucanía para fundar los fuertes de Contulmo y Purén y el pueblo de Lumaco. Esta división, que se componía del séptimo de línea y de 100 hombres de caballería cívica y una compañía de artillería, se internó, teniendo un combate, a la orilla

del río Colpi y en la noche acampó en Huillihue, pero allí se presentaron gruesos grupos de indios que amenazaban atacar la división, pero demoraron hasta el día siguiente. En la tarde, hora en que llovía torrencialmente, los indígenas se dispusieron a asaltar la división porque una *machi* había pronosticado la lluvia asegurando que ésta mojaría todo la pólvora de los huincas y entonces serían vencidos. Efectivamente, en la noche del 24 de Diciembre ejecutaron el ataque en pleno temporal deshecho; pero viendo yo, que era el ayudante de mi jefe comandante Arriagada, que éste nada disponía me acerqué al mayor don Mauricio Muñoz, quien con dos compañías repelía a los indios por el mismo camino donde habíamos llegado; al capitán Novoa, que estaba acampado en la parte sur de la posición, fui a ordenarle que pusiese sus piezas horizontales y rompiese el fuego, y al teniente don Guillermo Hallen, que estaba de avanzada, le llevé refuerzo de veinte hombres para que atacase por el lado del oriente. El resultado fué que, después de una hora de combate, quedaron muchos indios muertos y se retiraron. Poco después quisieron lancear a la *machi* porque los había engañado, pero ella se defendió diciendo que su *chao* no le había dicho que los huincas traían sombrerito para los fusiles (los fulminantes) y que debido a eso era que no se les había mojado la pólvora. Al día siguiente, 25 de Diciembre, día de Pascua, tuvimos que retirarnos y volver a la baja frontera no sin tener el serio inconveniente del crecimiento de los ríos, esteros y quebradas, que habían tomado mucha agua y de las cuales había que pasar algunos casi a nado.

—General—le interrumpimos—¿no recuerda de esa campaña a la Araucanía algún episodio singular de algún oficial o de algún soldado?

—Sí—nos dice él—no olvidaré jamás uno brillante que usted va a oír en seguida. Movilizados otra vez a la alta frontera para seguir en la construcción de la línea del Malleco, ocurrió el hecho de que en una expedición habiendo los indios hecho corta de árboles en las quebradas, causaron el espanto de una compañía del regimiento de cazadores cuyos caballos se desparramaron a los cuatro vientos dejando a pie a los ginetes. El cabo Montañares, famoso por sus fuerzas hercúleas y por su arrojo, se había quedado atrás cuando de un *abra* del bosque le sale un indio a caballo, lanza en ristre, atacándole denodadamente. Montañares deja su montura en tierra, saca su sable y espera al indio; haciendo el quite de la lanza, le da tal golpe en la cabeza al indio que se la partió en dos instantáneamente. Con toda calma quita al caballo la montura del indio, pone la suya y montado en él se dirige al galope al grupo de sus compañeros, que lo esperaban observando el combate singular. Cuando llegó les dijo sonriendo: "¿Se fijaron, compañeros, en lo arriezionado que era el indio?"

En la Araucanía permaneció catorce años el General, durante los cuales combatió con los indios en los siguientes puntos: Huequen, Pudima, Cerro Verde, Colti y Huiñihue.

•

Muchas carillas podrían llenarse con la menudencia de centenares de hechos y de recuerdos interesantes que brotan de la charla del General. Interesantes horas vivió él de regreso a Santiago; luego estuvo cerca de un año de gobernador en Cañete, más tarde en Lebu compartió sus tareas militares con labores periodísticas, fundando "El Araucano" para defender la autoridad del Intendente don Hermógenes Pérez de Arce. El ardor de las luchas políticas, siendo gobernador de Cañete, con motivo de la elección de nuevo Presidente de la República, hizo que sus adversarios lograran reemplazarlo destinándolo a la Comandancia General de Armas de Llanquihue. En dos ocasiones le ofrecieron la diputación por Cañete, firmando una escritura la mayoría de los electores, ofrecimiento que rehusó porque durante su vida militar no quiso jamás mezclarse en política y si aceptó la gobernación de Cañete fué por deferencia al Presidente don Federico Errázuriz Zañartu.

Estando en Llanquihue le sorprendió la declaración de la guerra del Pacífico. Hubo un decreto supremo que ordenaba que regresaran a Santiago todos los jefes y oficiales que estaban fuera de las filas en la asamblea instructora. Pero, llegado a la capital, se había acordado que el General se trasladara a Talca a fin de instruir dos compañías, cosa que era absurda e incompatible con su graduación de teniente coronel. Entonces se le nombró segundo jefe del batallón cívico de Artillería Naval, que mandaba don Martiniano Urriola. Sabieron a campaña a mediados de Mayo.

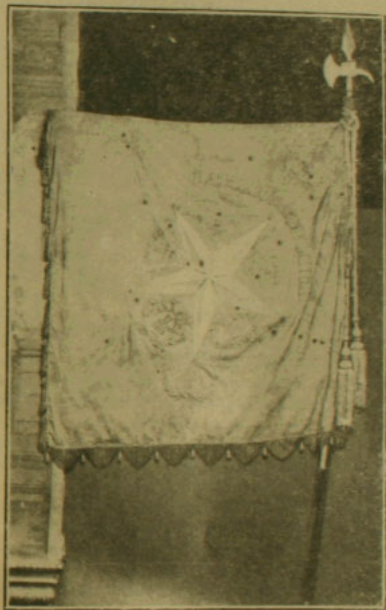
El General nos observa un instante. Nosotros le preguntamos:

—¿Cuál fué, General, la primera acción de guerra en la cual se encontró usted en la campaña del 79?

Con precisión absoluta en sus recuerdos él nos replica inmediatamente:

—La instrucción del ejército se hizo en Antofagasta y los primeros combates tuvieron lugar allí mismo durante los dos bombardeos que hizo el monitor "Huáscar". Después siguió el desembarco de Pisagua y luego la batalla de San Francisco con todo el grueso de las tropas del Perú y Bolivia. En Enero de 1880 el ejército chileno expedicionó al Norte, desembarcando en el puerto de Paochoa y marchando inmediatamente una división a cargo del General Baquedano para tomar a Moquegua, en donde tuvo lugar el asalto y toma de las formidables posiciones de Los Angeles el 19 de Marzo. Las otras tres divisiones marchaban al sur

en busca del enemigo, y como la primera división se había internado sola hasta Locumba, se dió orden para que la segunda división, que estaba en Moquegua, a marcha forzada se uniese a la primera, siendo de notar que las 18 leguas que separan a Moquegua de Locumba las hizo la división en sólo quince horas sin detenerse más que una hora en Jahue para almorzar. Las cuatro divisiones se reunieron en Bella Vista a la orilla del río Sama. El día 22 de Mayo se hizo un reconocimiento y tres días después estaba nuestro ejército frente al enemigo y el 26 tuvo lugar la batalla en el



El célebre estandarte del 2.º de Línea que muestra 21 agujeros de balas y es seguramente, el trazo más glorioso de cuantos cuerpos pelearon el 79.

campo de la Alianza. Vencido el enemigo nos posesionamos de Taena y el 7 de Junio se tomó el Morro de Arica y posesión del puerto. A este último combate no pude asistir porque de 650 hombres que tenía el regimiento segundo de línea de mi mando, sólo me quedaban poco más de 250 por las bajas que había experimentado en la batalla de Taena. Pedí al General en jefe que me permitiese acompañarlo a la toma del Morro, pero no quiso acceder contestándome solamente que donde estaba la Corte debía estar el Rey. Poco después, en los primeros días de Diciembre, del mismo año de 1880, se embarcó el ejército para principiar la segunda campaña con dirección a Lima. Desembarcamos en Paracas, caleta que está cerca del puerto de Pisco y días más tarde

poníase en movimiento el ejército tocándolo a la primera división, a que pertenecía mi regimiento el 2.º de línea, hacer la marcha por tierra hasta Lurin teniendo en el trayecto dos combates en Valle Bajo y Mala. En aquel paraje se hizo entrega de la bandera del regimiento de mi mando, que había sido perdida en Tarapacá el 27 de Noviembre del año anterior. El ceremonial fué imponente y conmovedor porque antes tuvo lugar una misa de campana para bendecir nuevamente la bandera, y a la que concurrieron todo el regimiento 2.º de línea compuesto de 950 plazas y delegaciones armadas de los diferentes regimientos del ejército, al mando de un oficial. El capellán don Esteban Vivanco, antes de entregar al General la bandera, pronunció una conmovedora alocución. El General Baquedano, tomando la bandera, me hizo entrega de ella en nombre del Supremo Gobierno de Chile, como que era la insignia de la patria, haciéndome responsable de ella en unión del regimiento de mi mando. Le contesté que si desaparecía en el campo de batalla, hiciese remover el hacinamiento más grande de cadáveres del 2.º de línea y allí la encontraría. Los padrinos en esta ceremonia eran: don Manuel Baquedano con la señora Eulogia Echaurren de Errázuriz; el coronel don Pedro Lagos con su esposa la señora Juana Lagos; don Federico Varela con la señora Juana Ross de Edwards; don Benjamín Vicuña Mackenna con la señora Victoria Subercaseaux, su esposa. Después de la entrega de la bandera hablaron don Eulogio Altamirano, en representación de la señora Ross de Edwards y don Máximo Lira a nombre de la señora Eulogia Echaurren.

—¿Inmediatamente comenzaron las operaciones contra el ejército peruano?

—El día 11 de Enero de 1881 desertaron con el General en jefe los jefes superiores sobre el plan de ataque a las posiciones de Chorrillos, pero prevaleció la opinión del General en jefe y al día siguiente 12, el General Baquedano reunió a todos los jefes de división para encomendarles el papel que deberían desempeñar en la batalla. Puestos en movimiento a las 12 de la noche de ese mismo día, al alarar del día 13 se rompieron los fuegos y tuvo lugar la batalla más sangrienta y de más larga duración de la guerra del Pacífico. Vencido el enemigo se tomó posesión de Chorrillos y el ejército descansó solamente el día 14 porque el 15 el enemigo rompió el armisticio inopinadamente haciendo fuego sobre nuestro General en jefe, que recorría las posiciones de la línea chilena, causa precisa de la batalla de Miraflores, batalla que nos abrió las puertas de Lima y cuya ciudad se ocupó el

—¿Cuál fué la conducta de su regimiento en las grandes batallas; en Chorrillos y Miraflores?

Con orgullo, noble orgullo, el general nos dice:

—El regimiento de mi mando, después de la hecatombe de Tarapacá y de haber sido

cegado en la batalla de Taena, combatió en Chorrillos y Miraflores con sorprendente valor y energía y por cuya causa sólo formaban en la fila poco más de seiscientos hombres de los 950 con que entró en acción, de tal manera que durante la guerra del Pacífico formaba la lista de las bajas un número de más de tres mil hombres, no superándole las que habían tenido reunidos los regimientos Buin, 3.º, 4.º y 5.º de línea en un número mayor de 40 hombres. El regimiento 2.º de línea se depuró tanto con el sistema que adopté de no permitir que el ocio diese margen al vicio, porque cuando veía que en la guarnición aparecían algunos ebrios esto bastaba para que ordenase que la instrucción principiase inmediatamente después de diana hasta las once de la mañana. A las 12 el rancho y a la 1 principiaba otra vez la instrucción hasta la entrada del sol, de manera que el exceso de trabajo causaba al individuo y no tenía lugar de pensar en vicios. El cuerpo de oficiales era de 48 contando los tres jefes, los dos cirujanos y dos practicantes y tenía la particularidad de que el capitán de mayor edad no tenía 26 años y los oficiales subalternos eran todos muy jóvenes con la única excepción de un teniente, José Liborio García, que tenía cerca de 50 años y que lo conservaba en el regimiento porque era modelo de bravura y de exactitud en el cumplimiento de sus deberes. Por lo que respecta a la tropa puedo decirle que desde el combate de Los Angeles, primero en que me encontré con el 2.º de línea, arrancó la idea de dar oído al reclamo de las clases, que inmediatamente después de una acción se acercaban a los respectivos capitanes pidiéndoles que a los individuos tales o cuales consiguiese hacerlos pasar a otros cuerpos o licenciarnos porque en la acción se ponían amarillos, de aspecto cadavérico y aún les daban fatigas y otros accidentes más explicables. Esta costumbre se hizo más tarde general y es por eso que el regimiento 2.º de línea era intrépido, sufrido para las marchas y de carácter alegre.

Nos refiere en seguida el General algunos hechos menudos acaecidos en la campaña; recuerda los primeros días de la ocupación de Lima y, cuando nosotros le preguntamos, evocando sus recuerdos de esos días, sobre la conducta de nuestros soldados en la capital del Rimac, la de los residentes en ella, la de los extranjeros, él nos responde:

—Respecto a los sucesos que pudo notar en Lima, sólo me acuerdo de que realmente algunas negras, cuando entraba la tropa formada a bandera desplegada y tambor batiente, llamaba la atención que decían con cierta gracia: “¿Cómo decían, pues, que iba a haber forcejeo, pues?” Por lo demás, mi regimiento que era resistente fué comisionado para marchar al Callao por la carretera a fin de apaciguar a los negros, chinos e italianos, que reñían en medio de un horrible saqueo. El trayecto lo ejecutó el regimiento en hora y cuarto haciéndolo trotar quinientos metros y



La entrega del^o estandarte del 2.º de Línea al comandante del Canto, cuando fué recuperado después de la batalla de Tacna.

a paso largo y sostenido otros quinientos; así alternativamente. Con la llegada del regimiento se dispersaron los negros y sólo se oía el reclamo de los chinos e italianos, lo que probaba que la gente de color era la causante del desorden. Pasó algún tiempo sin que hubiese autoridad constituida con quien negociar la paz hasta que el Gobierno de Chile hubo de formar una entidad con quien poder tratarla, nombrándose Presidente del Perú al señor García Calderón.

—Ahora — le interrumpimos — tócanos, General, preguntarle sobre sus recuerdos de la parte para Ud. más brillante de la guerra: la campaña de las sierras.

—Se levantaron montoneras — nos dice él — en los alrededores de Lima y muy a menudo caían soldados chilenos bajo el impulso del sable o de la bala, sin que el Gobierno del Perú, que residía en la Magdalena, se preocupase en poner atajo a tales desmanes; antes, por el contrario, se susurraba que daba protección a los montoneros. Esto y otras cuestiones de alta política obligaron al General Lynch a emprender la obra de desarmar a los mil quinientos a tres mil hombres que tenía el Gobierno de la Magdalena, comisión que me encomendó el General y que cumplí efectivamente, no sin que concurriesen actos sugestivos y aun ridículos, porque

siendo yo el jefe de las fuerzas chilenas, el Ministro de la Guerra peruano me exigió que lo redujese a prisión conjuntamente con sus jefes y oficiales; pero, excusándome yo de que no tenía orden para ello ni era propio hacerlo y debido a la tenaz exigencia, díjele que para ponerlo preso tendría yo que constituirme reo con ellos; y como sus cabezas no estaban serenas por haber estado de fiestas esa noche, aceptó la idea el señor Ministro Recabarren. Entonces hice llamar al comandante Zaldivar, del 4.º de línea y le pedí que en la casa donde estábamos pudiese un centinela en la puerta y me constituyese a mí reo en unión de todos los peruanos. Hízolo así el comandante, pero en voz baja le observé que había tren listo para llevar las armas de los peruanos a Lima; que fuese activo en recogerlas mientras permanecía encerrado con el Ministro, jefes y oficiales peruanos. Como he dicho la cabeza de los peruanos no estaba tranquila, y trasnochados, luego se quedaron dormidos como pudieron y yo paseándome en el pasadizo de la casa permanecí durante más de dos horas, tiempo más que suficiente para que el comandante Zaldivar hiciese recoger las armas, municiones y pertrechos de guerra y enviarlos a Lima. Cuando hubo despertado el Ministro Recabarren, le interrogué para

que me dijese qué deberíamos hacer en nuestra prisión; entonces, ya con la cabeza despejada, me dijo: "Señor, he sido un torpe al aceptarle quedar en prisión en su compañía. Disponga, señor, que quiten la guardia y que quedemos en libertad pues yo también necesito de ella para arreglar ciertos asuntos." En resumen, quedó desarmado el ejército de la Magdalena, recogidos todos los pertrechos y yo regresé con mi regimiento a su respectivo cuartel y ordené también que lo hiciese el Buin y el 4.º de línea que unos habían acompañado en la maniobra.

Sin denotar la más leve fatiga, el General nos dice recordando esos días:

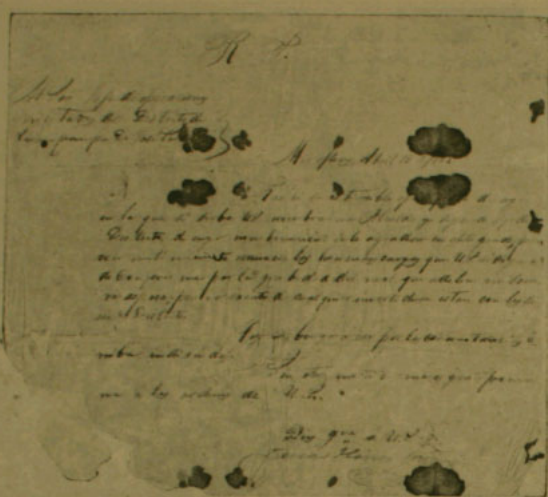
—Ahora vamos a tratar de la campaña en las sierras, en la que encontraremos cosas muy interesantes.

Sólo alcanzamos a decirle:

—Somos todo oídos, General.

Y él nos habla:

—Como siempre pululaban en los alrededores las montoneras y se hallase establecido en la quebrada de Chosica un número de fuerzas crecidas bajo las órdenes del General Cáceres, resolvió el General don Patricio Lynch hacerlas dispersar y para lo cual tomó el mando de una división y le dió el mando de otra al jefe de Estado Mayor, coronel don José Francisco Gana. Proyectaban un movimiento envolvente pero Cáceres se retiró al interior y las divisiones chilenas se juntaron arriba, en la última estación de la línea férrea, en Chila. El General Lynch siguió tras de Cáceres un día más y tuvo que regresar a Lima por exigirlo así las atenciones del mando. El coronel Gana siguió también la persecución del enemigo pero resultaba que no podíamos darle alcance porque el astuto Cáceres, por medio de espías, se movía al mismo tiempo que la división chilena. En Tania el coronel Gana declinó el mando de la división en mí para regresar a Lima; entonces yo mandé una descubierta tras del enemigo e hice marcha extraordinaria para acercarme a él. De esta suerte le di alcance en el pueblo de Pucará. El día 7 de Marzo y después de un triple combate se fugó el enemigo, que era aproximadamente de cerca de dos mil infantes, y yo le inicié combate con 620 hombres del 2.º, cuatro piezas de artillería de montaña y 75 carabineros; pero lo hice con la seguridad de que detrás de mí seguía el regimiento Lautaro, como que, efectivamente, dos compañías de ese regimiento auxiliaron al 2.º en el triple combate. Ya, con ese combate, quedamos dueños de la mayor parte de las sierras del Perú y distribuí las tropas de la manera siguiente: el 3.º de línea en Cerro Pas-



Facsimil de una carta encontrada en poder de uno de los curas peruanos muertos en una sublevación en las sierras. Muestra el papel las manchas de sangre, con que fué encontrado en uno de los cadáveres.

co; el Chacabuco en Oroya, Talma, Jauja y Concepción, quedando en Guancayo una compañía con la plana mayor; el Lautaro y el 2.º de línea quedaron en Guancayo; el Santiago en Marevalle, Cucará y Chupaca, teniendo el Lautaro una compañía en Nahuelpuquio, cerca del puente de Chuchaca. La caballería tenía el mayor número en Nahuelpuquio y grupos de cuatro y ocho soldados en los distintos pueblos para que sirviesen de aviso. La artillería tenía su cuartel en Guancayo, que era la plaza donde residía la comandancia en jefe. Durante el tiempo que permaneció la división chilena ocupando esta línea se sublevaron algunos pueblos de la ribera derecha del Oroya, río caudaloso y ancho que sólo tenía cinco puentes colgantes para las comunicaciones: uno en la Oroya, otro en Jauja, otros en Concepción, Mejorada y Chupaca. Con la sublevación se cortaron los puentes de Concepción, Mejorada y Chupaca y hubo necesidad de rehabilitar el de Mejorada para ir a pacificar los pueblos de la otra banda.

Durante esta campaña en las sierras libraron las tropas chilenas crudos y frecuentes combates contra los montoneros y ejércitos organizados del General Cáceres. En 1882, por ejemplo, tuvieron los regimientos que mandaba el coronel del Canto, según el testimonio de uno de sus biógrafos, los siguientes encuentros: en Comas, en Pasos, en Acostambo, en Nahuelpuquio, en Huari-

pampa, en Chombos, en Mejorada, en Chupaca, en Muque, en Muquillanyo, en Sínco, en Marcavalle en la Oroya, en Chacapalpa, en La Concepción, en Tarma Tambo y en los cerros de San Juan de la Cruz.

Pero, a pesar del interés que tienen todas estas luchas heroicas, nuestra curiosidad desea inquirir cuanto hay de verdad en un incidente que cierto cronista ha tratado de paso y en el cual le toca la parte principal al General del Canto. Cuando las tropas chilenas peleaban en las sierras diz que hubo un grupo de heroicas mujeres peruanas que se dispusieron a rendir en cárcel de amor a los jefes chilenos que parecían invulnerables a las armas; de esta manera podrían estar a cabo de todos los movimientos e intenciones de las fuerzas chilenas y tener facilidades para comunicar dichas noticias al General Cáceres. ¿Verdad que de ser cierta la historia no carecía del más vivo interés?

Pues bien, el General nos confirma su autenticidad cuando nosotros le preguntamos:

—General, alguien ha dicho y en el decir ha puesto fina malicia, que un grupo de damas peruanas enredaron a algunos de los jefes chilenos en sus amorosas redes, procurando con esto poder comunicar a Cáceres todos los movimientos de las tropas nuestras. ¿Hay algo de verdad en ello?

Se sonrió maliciosamente el General y nos respondió con firmeza:

—Ciertamente: Un hecho por demás interesante y revelador del alto grado de patriotismo de la mujer peruana es el que durante la ocupación de las sierras por las fuerzas chilenas, se confabulase una docena de damas limeñas, que habían quedado huérfanas o viudas sin amparo, par ir a sacrificarse y consentir en aceptar el amor de los jefes chilenos con el premeditado objeto, de que, una vez conseguido el fin que se proponían, darían aviso al jefe de las montoneras peruanas, General Cáceres, para que sorprendiese los diferentes destacamentos que cubría la división chilena. Para tener una voz a quien obedecer durante la peligrosa empresa invitaron a una señora que se creía había quedado viuda de uno de los Generales y que era hija de uno de los poetas más reputados del Perú. Esta persona dióles primero que eso era una locura y que se fijasen en que iban a perder en absoluto su rol social. Arguyéronle uniformemente que todo se podía hacer por la patria y que las consideraciones contrarias eran superfluas. Convencida la señora, aceptó la idea pero a condición de que le cediesen al jefe de las fuerzas. Arreglado todo emprendieron la excursión y con toda habilidad fueron distribuyéndose en los destacamentos de Oroya, Talma, Jauja, Concepción y Pucará, llegando siete de ellas a Huancayo conjuntamente con la directora del grupo. Esta señora, tan pronto hubo llegado me dirigió una tarjeta diciéndome que había llegado a veranear con su familia pero que, desgraciadamente,

la casa de su propiedad estaba ocupada con las provisiones del ejército; que ella podía proporcionar otra de mejores condiciones para el caso y que si el comandante general de las fuerzas se condoliere de su situación tuviera la bondad de aceptar el cambio.

Brusca e inesperadamente interrumpimos al General a fin de formular una pregunta un tanto indiscreta:

—General—le decimos—a pesar de lo frívolo de la pregunta que vamos a hacerle, quiera excusarnos: esa dama limeña, que nosotros presentimos de enormes y rasgados ojos negros; de fina boca sensual; de ardiente locuacidad, ¿era bonita? ¿era perversamente peligrosa? Excuse la curiosidad y sáquenos de ella, General.

El se sonrió ahora con mucha malicia y nos replica:

—Sí yo no la ví casi nunca; pero era muy hermosa, muy hermosa...

—¡Ah!

—Pero... continuemos... Comisioné a uno de mis ayudantes para que hiciese las investigaciones y que se pusiera de acuerdo con el proveedor de la división para que aceptasen el cambio si era conveniente. El cambio se hizo y algunos días después la señora directora de las damas me envió una hermosa torta de dulce con una elegante tarjeta, pero tuve recelos de ese obsequio y lo endosé al sargento que corría con el rancho de los jefes diciéndole que ese obsequio me lo había enviado una señora peruana a quien no conocía, que podían comérselo, pero que antes le diesen a las aves o animales que había en la casa algunos pedazos de esa torta para comprobar que no contenía materias nocivas. Hízolo así el sargento, se comieron la torta y me dió cuenta de que estaba exquisita. A la semana siguiente la señora obsequiadora me mandó un lindo ramo de flores, que llevaba en el centro una misiva doblada artísticamente y que contenía algunas estrofas, escritas con linda letra y que decía lo siguiente: "Se conoce que habéis nacido al pie de las elevadas, abruptas y majestuosas cordilleras de los Andes, por eso tenéis el corazón tan frío, y también sois gemelo del ave más hermosa que hay en el orbe, pero que tiene agudas garras y formidable pico para poder destrozár el corazón de una inocente: el cóndor." El bouquet y los versos no me causaron frío ni calor porque ya sabía de antemano cuál era el propósito de la dama; lo sabía por haberme invitado mi primo Enrique del Canto a que concurriese a la casa de la señora N. N. en donde noche a noche se reunían todos los jefes chilenos en amena tertulia y que había recibido de los concurrentes encargo especial para convidarme. Jamás acepté tal invitación y también recuerdo que de sobremesa algunos de los jefes me hacían la broma de que frente a la casa donde estaba la comandancia pasaba diariamente una señora elegante y de aspecto atrayente. A tanta broma yo con-

testé un día, con toda seriedad: "Conozco, más o menos, la historia de San Antonio de Padua y como él puedo decirles que tampoco podrán hacer mis compañeros que yo caiga en tentación, pues tengo delante de mí a la espinja de mi patria y nadie puede igualarla en hermosura; estoy enamorado de ella y eso me basta."

General—respondemos nosotros.—Es usted un heroe de voluntad de hierro y, como ella se lo decía, tiene en verdad el corazón de hielo. ¿Qué habríamos hecho alguno de nosotros, débiles pecadores, ante un peligro semejante? ¿Cuántos seríamos los humanos mortales que pudiéramos someternos a la heroica hazaña de Antonio el santo, en el desierto?

Un reloj ha golpeado las once. La hora avanza. Evitando pueriles rodeos, le preguntamos al General:

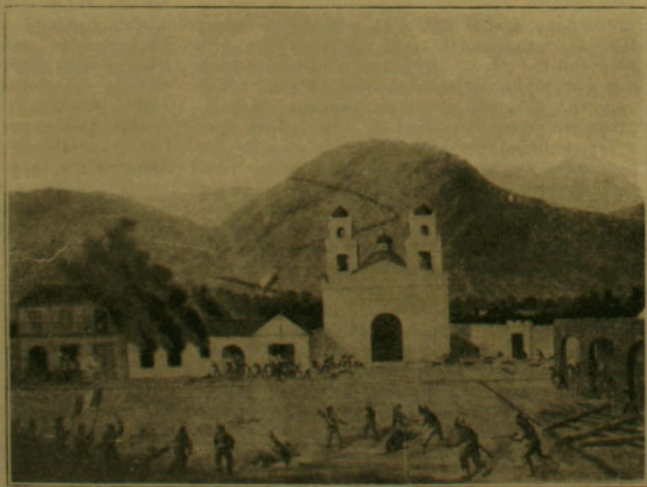
—¿Qué anécdota o episodio curioso recuerda de aquellos días?

Y él nos responde inmediatamente:

—Oiga usted algo curioso e interesante. En el mes de Abril de 1882 recibí una tarjeta del Ilmo. señor Obispo de Huanuco y Arzobispo in partibus de Bérto que no tenía más que la fecha, sin expresar el lugar de procedencia; y en ella me decía que deseaba proporcionarse la ocasión y el medio de poder tener una conferencia. Con el mismo propio le contesté poniéndole al pie de su nombre la palabra Ocopa, para demostrarle que sabía se encontraba en el convento de los padres españoles y a la vez le comunicaba que el próximo domingo me permitiría ir al convento de Ocopa para tener el gusto de saludarle. Efectivamente, el día indicado me dirigí a Ocopa, distante de Huancayo veinticinco kilómetros. Llegado que hube a la puerta del convento llamé y al que se me presentó le dije comunicase al señor Arzobispo que el coronel Canto se encontraba a las puertas del convento. Como tardasen en abrir la puerta tuve la intención de subir a mi caballo y regresar a mi campamento, pero en ese momento se abrió la puerta y noté en el fondo de un largo corredor avanzaba el señor Arzobispo, seguido de seis u ocho familiares.

Cuando hubo llegado a diez pasos del sitio donde yo estaba se detuvo y alzando el tallo, con voz golpeada, me dijo: "Dos amigos chilenos he tenido yo, José Manuel Orrego y Francisco de Paula

Taforó, ambos muy ilustrados, excelentes oradores y eximios canonistas; pero, tenían el defecto de que al tiempo de dar el abrazo, clavaban la daga por la espalda. No sé si el que tengo presente, chileno como es, tenga el mismo defecto de aquellos." Tuve yo intención de lanzarle dos o tres imprecaciones de las más burdas de mi país, girar sobre los talones y darle vuelta la espalda; pero pude dominar mis nervios y con voz muy suave, al principio, y que fui alzando poco a poco, le contesté: "Ilustrísimo señor; no debéis juzgarme por el burdo traje de campaña que me cubre porque debéis tener entendido que desde pequeño he sido aplicado al estudio y que conozco perfectamente la historia de los Papas y de los Reyes, y si recordase lo que fueron los príncipes de la iglesia que se llamaron Pablo tercero, Sixto cuarto, y Alejandro Sexto, que bien debéis conocer, no sabría qué calificativo darle a un pobre obispo de Huanuco, que se encuentra secuestrado en un miserable convento de las sierras del Perú." El señor Arzobispo corrió a abrazarme y me dijo: "¿Te has enojado, huasito?" "No, ilustrísimo, señor; solamente contesto a la manera y forma como me habéis recibido." Y a continuación me llevó a sus habitaciones y me agasajó ofreciéndome ricos licores, muy buenos dulces y excelente café. La conferencia no tuvo otro móvil que pedirme el rebaje de las cuotas que le había impuesto el mismo alcalde peruano doctor Giraldi, pues yo había tomado la medida de hacer que el alcalde de la localidad fuese quien impusiese las contribuciones para no incurrir en arbitrariedades. Me negué redondamente a alterar lo establecido y entonces el Ilustrísimo señor Arzobispo tuvo la mala idea de hacer que los párrocos de su de-



El combate de La Concepción, según un dibujo de la época.

pendencia sublevasen las comunidades de los indios y fuesen hostiles a la división chilena. Es por esto que tuvieron lugar tantos combates en que se inmolaba inutilmente tanta genté hasta el extremo de caer en la contienda dos de sus párrocos.

Pensamos tristemente en este episodio que comenzó de un modo grotesco y se terminó en una nota trágica. Aquí, en nuestras manos tenemos un papel que nos alarga el General. Es un papel cualquiera, escrito con letra menuda y cubierto de ennegrecidas manchas de sangre. El nos refiere que lo encontró en poder de uno de esos sacerdotes que cayeron en la refriega; estaba muerto cuando se lo arrancó de sus manos ensangrentadas y aún conserva el horror de las huellas de su sangre.

Trasucurre un instante. Sólo la campanita metálica de los tranvías y el áspero ruido de un lejano cierre corredizo viene a romper el silencio.

De pronto le decimos al General:

—¿Cómo se produjo el ataque y la sorpresa de La Concepción?

Cual si volviese del lejano reino del recuerdo, inesperadamente, el General se pone en contacto con la realidad y nos dice:

—Con motivo de una conferencia que tuve en Lima con el General Lynch a causa de que no me proporcionaban los recursos para atender a cerca de 500 enfermos que tenía en los hospitales, le rogué encarecidamente me relevase al 2.º de línea, cuerpo que había trabajado en la campaña extraordinariamente. Como el señor General me observase que había hecho lo mismo que los demás le pedí que me permitiese hacerle venir los estados de las bajas del ejército y que, sacando un cómputo llegaría a la evidencia. Me dirigí al jefe de Estado Mayor y le dije que el General necesitaba los estados de las bajas que en la campaña había tenido el ejército. El mismo General anotó las bajas de muertos y heridos del Buin agregándole las del 3.º de línea; y como todavía le dijese que eran mayores las del 2.º agregó las del 4.º de línea, y como todavía superaban unió las del 5.º, resultando en favor de los 4 regimientos un superávit de 30 a 40 individuos, ya que el 2.º de línea solo daba un total de más de tres mil bajas. En vista de este hecho el General me dió la orden reservada de que reconcentrase la larga línea que mantenía en las sierras y me viniese con el regimiento de mi mando dejando a cargo de la división al jefe de mayor graduación. Al día siguiente emprendí mi viaje al interior del Perú; pero, cuando llegué a la terminación de la línea férrea, recibí un telegrama del jefe de Estado Mayor en que me ordenaba apurar mi marcha y regresar con el 2.º de línea. Este telegrama, como se comprenderá, fué la voz de alarma para todos los lugares de las sierras y se hizo pública la orden reservada, ya que el ferrocarril tenía a todos los telegrafistas que eran peruanos; y cuando llegué a Guancayo todo

el mundo me felicitaba por el regreso del destacamento a Lima. Se comprendía también la actividad que gastaría la comunidad de las damas peruanas que se habían introducido en el ejército, comprobando esto el hecho de que el 8 de junio se presentasen las fuerzas peruanas venidas desde Ayacucho y me atacasen a la vez los destacamentos de Marcavalle de la izquierda, Concepción al centro y el puente de la Oroya a la derecha. El primer anuncio que recibí fué que me habían atacado el puesto avanzado de Marcavalle y que habían muerto ya los dos oficiales y 18 individuos de tropa. Es de advertir que yo había dado la orden de concentración para el día 8, día en que se puso en marcha el Chacabuco llevándose todos los enfermos que tenía en el hospital y que ese día alojé en San Jerónimo, a medio camino entre Guancayo y La Concepción; pero el comandante desprendió una compañía para que fuese a reforzar el destacamento de Concepción y su capitán se detuvo como veinte cuadras de esa población desde donde se sentía el tiroteo de la compañía del capitán Ignacio Carrera; y a pesar de que las clases y soldados vociferaban que en la Concepción se combatía, el capitán tuvo la cachaza de no moverse sino hasta el día siguiente; y al llegar sólo encontraron el lúgubre cuadro de haber sucumbido los 72 hombres y cuatro oficiales de que se componía el destacamento, no sin que entrase primero que él una compañía del Lautaro mandada por el capitán Correa.

—General, General,—le interrumpimos nosotros.—El nombre de ese capitán corresponde a la memoria de algún muerto que es menester respetar o al nombre de algún vivo que acaso haya que temer?

Y él, benévolutamente, sólo atina a respondernos con absoluta serenidad:

—Prosigamos, hay cosas que por dignidad no deben tocarse. La alarma que me causó la sorpresa que dieron los enemigos en Marcavalle me obligó a mandar en el acto refuerzos, y al efecto llamé al jefe del Lautaro y sucesivamente a los demás jefes, pero ninguno aparecía ni se sabía donde se encontraban, de suerte que me ví en la necesidad de hacer salir dos compañías del 2.º de línea en dirección al lugar amagado, ordenando ensillar mi caballo y seguir detrás de las compañías para que prestaran auxilio.

—¿Por qué razón no aparecían? ¿Acaso las dulces redes de las antedichas damas peruanas tenían parte en esta... improvisación... o, no sabemos cómo tildarlo?

El General se sonríe y sus pupilas parecen asentir a nuestra interrogación. Luego continúa:

—El enemigo, a la vista del refuerzo, cedió en la contienda y se retiró precipitadamente. El comandante del regimiento a que pertenecía el destacamento de Marcavalle tenía orden de emprender la marcha en retirada; pero el enemigo fué bastante astuto

para sorprenderlo antes de ejecutar el movimiento. A pesar de ese descalabro volví a ordenar que se ejecutase el movimiento de reconcentración y por lo cual el Lautaro, que ya iba en marcha, y habiéndose sabido que en Concepción se combatía, el jefe dispuso que una compañía, al trote, marchase a reforzar el destacamento y es por esto que llegó primero a la plaza de la Concepción la compañía del Lautaro al mando del capitán Carrera. Cuando yo llegué al pueblo de la Concepción me dirigí a la casa de don Fernando Valladares a donde me había alojado otras veces con mi amigo don Luis Milón Duarte, cuñado de dicho señor. El único que había en la casa era un sirviente



Teniente coronel graduado, segundo jefe de
Navies en 1879

español, cuyo nombre no lo recuerdo, quien me dijo que la familia se había refugiado en Ocopa el día antes; y este español me relató todos los incidentes del combate, haciéndome salir al corredor de la casa para enseñarme la manera y forma como habían iniciado el combate los asaltantes. Cuando salí al corredor divisé en el cuartel que, en medio del humo, que salía de entre los escambros, flameaba nuestra bandera, y entonces ordené a mi ayudante, capitán Bysvinger, que me fuese a traer esa bandera y me la guardase cuidadosamente, la cual he conservado hasta hace tres años en que la obsequié a mi amigo Manuel José Correa para que la diese a la Municipalidad de Curicó y la izasen como un recuerdo de las glorias alcanzadas por el héroe subteniente Luis de la Cruz, que fué el último en sucumbir en la Concepción. Con la tropa

que le quedaba y sin tener ni un solo cartucho él defendió la entrada al recinto del cuartel; y cuando intentaban entrar los indios atacantes, armados de rejonas, el oficial salía con su tropa formada en tres filas y con la bayoneta calada los repelia energicamente. Varias tentativas se habían hecho para obligarlo a rendirse, incluso fuertes voces que le pedían lo hiciese para conservar su persona; pero Cruz, agregando imprecaciones estentóreas, les decía que los chilenos no se rendían jamás y exhortando a su tropa les ordenaba cargar sobre los grupos. A tal extremo llegó la exigencia de los espectadores para que se rindiese don Luis de la Cruz que idearon hacer llegar hasta la puerta del cuartel y conducida por una mujer, a la hija de un comerciante, muy bien parecida, joven, y a quien con todo cariño saludaba siempre el oficial de la Cruz. Se llevó a efecto el hecho y la niña rogó a Cruz que se rindiese porque para ella su vida le era preciosa; pero él, con rabia, exclamó: "Quiten de aquí esta mujer" y se refugió en el interior del cuartel. Entonces, viendo que el león no podía caer en la trampa y quedándole solamente cinco o seis hombres, concibieron el plan de hacer que un grupo de indios lo amagasen por el frente y colocaron ocultamente tropa con fusiles por uno y otro lado de las murallas del cuartel a fin de que, cuando saliese, tomasen la puerta. El resultado de esta estratagema fué que Cruz cargó sobre el grupo de indios, mientras los soldados corrieron a la puerta cortándole la retirada, dirigiéndose algunos para disparar por la espalda, lo que se verificó cayendo el oficial y la mayor parte de los soldados, escapando sólo dos que se refugiaron en el atrio de la iglesia vecina, que estaba colindante con el cuartel y desde cuya torre se hacía fuego para el interior. Estos dos soldados, en un momento dado, y después de ponerse su barbiquejo y abrocharse su levita, se abrazaron dirigiéndose al grupo de los enemigos para hacerse matar, lo que sucedió disparándoles los peruanos a mansalva. Yo cometí la inadvertencia de no hacer conocer el nombre de estos dos héroes, que lo son realmente pues que su actitud no fué otra que la de hacerse matar despreciando las exigencias de rendición.

Revisa el General un alto de papeles que tiene cerca. Son sus memorias aún no terminadas. Urgando entre ellas refresca sus recuerdos y nos refiere detalladamente la historia de su regreso a Lima con su división.

—Ensoberbecido el enemigo—nos dice—por la destrucción del destacamento de la Concepción, seguía molestando la retirada de la división y lo más incómodo que había era el transporte de cerca de quinientos en-

fermos, que iban en camillas y el resto en burros. Sin embargo, cada vez que se acercaban, se les daba una lección, principalmente a la llegada a Jauja que era término de la concentración, donde, en dos combates, Talmatambo y San Juan de la Cruz se les dió una batida que los dejó escarmentados. El General Cáceres tomó la medida de reunir cerca de diez mil indios y distribuyéndolos por mitad a cada lado de la quebrada que conduce de Talma a la Oroya y que tiene cerca de seis leguas dispuso que se hiciesen montones de piedras en las partes más empinadas; pues presumiendo que debiéramos emprender la retirada para Lima pretendía atacarnos con galgas peruanas. Tenía yo en cartera la orden del General Lynch para retirarme a Lima con toda la división, y cortar el puente de la Oroya, única vía de comunicación entre el litoral y las sierras; pero como era peligrosa la marcha atravesando las quebradas, y tanto más cuanto que el largo que ocupaba su fuerza era más de cinco kilómetros a causa de los enfermos, tomé la precaución de ocultar en absoluto la orden que tenía; hasta que en un día dado hice llamar al cirujano en jefe, don Agustín Gana Urzúa, para decirle que había visitado los hospitales de variolosos y tifoideos y no los había encontrado buena ubicación. El doctor me aseguró que se habían tomado todas las precauciones para establecerlos y que creía que estaban muy bien. Insistí en que deberían cambiarse; pero no estando de acuerdo, una hora más tarde, se me presenta con los ocho o diez cirujanos que tenía la división y uno de ellos tomó la palabra para disertar en pro de la colocación de los hospitales. Yo lo dejé hablar hasta que concluyó y entonces les pregunté si me reconocían por el jefe de la división y contestando todos afirmativamente dije: "Como jefe de la división ordeno terminantemente que los hospitales se cambien esta misma noche a las 12 en punto, no dejando absolutamente nada en cada edificio, y a la hora ordenada, personalmente designaré las colocaciones." Después de esto fui llamando paulatinamente a cada jefe de unidad y le prevenía muy en secreto que las fuerzas de su mando estuviesen listas para marchar a desempeñar una comisión que les sería agradable y honorífica; pero que no dijese nada de este secreto porque podía entrar la emulación entre los demás. Así se hizo y a las 12 en punto de la noche se sorprendieron los jefes cuando llegaron a la comandancia a recibir la orden de partir al desempeño de la comisión. Igualmente compareció el cirujano jefe a decirme que los hospitales estaban prontos para movilizarse. En seguida dispuse que el segundo de línea, tomando el camino de la Oroya, abriese las filas yendo cada una por las faldas de la quebrada y que el comandante llevaría cuatro carabineros como ordenanzas. Si el enemigo hacía algún movimiento no se le debía combatir más que a la bayoneta. Después del segundo de línea marcharía la

artillería, luego la columna de enfermos y a continuación los regimientos por su orden, quedándome yo para cubrir la retaguardia con la caballería. Esta marcha se hizo bajo la impresión de una gran nevada que principió desde que se emprendió la marcha, y no hubo otra novedad que la pérdida de diecisiete hombres que se helaron, siendo cuatro o cinco de los enfermos de camilla y el resto de los cargadores que se les quemaron los pies; y como eran esos cargadores gente reclutada entre los habitantes de la misma sierra, en el momento que se creían inutilizados se les dejaba en libertad para que volviesen a sus casas. A las ocho de la mañana ya habíamos cruzado el puente colgante de la Oroya y allí, en la caja del río, formé el campamento para esperar al tercero de línea y a algunos soldados de caballería que cubrían el destacamento de Cerro de Paseo. Veinticuatro horas hacía



Coronel, en 1891

que no tenía ninguna noticia del coronel Gutiérrez, jefe de aquel destacamento, hasta que me vi en la necesidad de enviar al teniente de carabineros, don Vicente Solar, para que me trajese noticias de aquella tropa. Escogió doce carabineros y se puso en marcha, previniéndole que en alguna parte tendría que pasar atropellando fuerzas del enemigo; pero que no hiciese uso de su carabina sino que sable en mano atropellase los centinelas enemigos. Efectivamente, en los llanos de Junín encontró tropa del enemigo y cuando se le dió el quien vive hizo desenvainar los sables y cargar decididamente. Pasó y no dejó tras de sí más que el espanto en los peruanos. Al día siguiente regresó por otro camino de la orilla del Oroya y me anunció que las tropas del coronel Gutiérrez venían por las cumbres para descender al pueblo de Saco. Reunida toda la división se me acercó el comandante del Chacabuco a fin de pedirme que un capitán de su regimiento había



El Gobierno constitucional: don Waldo Silva, don Jorge Montt, don Ramón Barros Luco.

obtenido nombramiento para ayudante de la Escuela Militar y que si le autorizaba para que partiese a Lima. Di la autorización y este capitán llevó al General en jefe el anuncio falso de que la división de mi mando se retiraba de una manera desastrosa como si fuese perseguida por el enemigo después de una derrota. Este anuncio obligó al General Lynch a hacer que el coronel don Martiniano Urriola marchase a Casapalca para tomar el mando de las fuerzas efectuando así mi deposición. En Casapalca presencié el coronel Urriola que lo primero que llegaba era una vanguardia de caballería, luego el Regimiento Lantaro en perfecto orden, en seguida la artillería y así los demás cuerpos y enfermos sin ningún desorden ni quebranto. Pregunté por mi contestándosele que cubría la retaguardia con la caballería. El señor coronel Urriola al ver la regularidad y orden con que llegaba la división telegrafió al General en jefe diciéndole que iba a tener vergüenza de decirme que había venido para relevarme del mando y suplicándole le permitiese regresar a Lima, pues jamás había visto una marcha de una gruesa división como la que efectuaba al retirarme de las sierras. El General nada contestó y la división regresó a Lima bajo las órdenes del coronel Urriola. Once días más tarde se apareció en mi casa habitación el General Lynch acompañado de don Jovino Novoa a hacerme una visita, y departiendo sobre la campaña de las sierras, el General me dijo que se corría que la división había perdido cerca de la mitad de sus fuerzas y que para dar un

desmentido a esas vociferaciones, tenía la idea de efectuar una revista en el campo de Amancaes, a donde concurriría toda la división expedicionaria mandada por su jefe. Contestéle que si el señor General lo ordenaba, la formación tendría lugar y se pasaría la revista. Se dió la orden del caso y la revista se hizo notándose muy especialmente la diferencia que había entre la gente expedicionaria y los que cubrían la guarnición de Lima, pues aquellos tenían su rostro tostado a causa de la inclemencia del clima. Con esta revista se desvaneció en absoluto la vociferación del pueblo limeño que había inventado tan finas falsedades. Al tiempo de retirarse de casa el General Lynch con el señor Novoa, antes de la revista, este último me dijo en voz baja: "Esta va a ser una justa reparación, mi querido coronel, porque Lynch lo mandó relevar a causa de creer que era verdad el cuento del capitán que se vino adelante, pues al relatarle aquel los hechos lo hacía con lágrimas en los ojos..."

Tan pronto termina de hablar el General, nosotros le preguntamos, vivamente intrigados:

—General, usted hizo referencias a un capitán del Chacabuco cuando nos relataba el desastre de la Concepción. Ahora es también un capitán del Chacabuco quien se apresura a calumniar ante el General Lynch. No pretendemos inquirir su nombre porque ello supondría una viva imprudencia; pero, desearíamos saber si éste es aquél?...

Tampoco nos responde el General; sólo desea olvidar y no quiere que sus labios rompan ese secreto que para nosotros tiene la atracción de un signo que interroga.

Un viaje a Santiago con el objeto de atender un reclamo sobre la conducta de uno de sus hijos en el colegio, lleva al General a interrumpir durante algún tiempo su activa vida militar. Pero bien pronto regresa a Lima y allí la primera noticia que recibe es la del trágico fin que ha tenido la discreta y enamorada dama que puso cerco a su seriedad militar en medio de los pueblos cerriles; luego el General Lynch le comisiona para que parta al interior del Perú y obrando de acuerdo con el coronel Urriola y con el coronel García, ataque al General Cáceres que se hace fuerte en la Chosica. Dos meses tarda esa penosa campaña, en la cual no sólo sus tropas libran rudos combates con los enemigos sino que hubieron de soportar las fieras privaciones que les imponía una naturaleza mezquina, donde ni el agua es fácil de encontrar.

Nos agrega el General que fueron tales los sufrimientos de esa división que marchaba al Norte, que sus bajas alcanzaron al doble de las habidas en Huamachuco y con ardor nos explica que de muy buena gana cambiaría cualquiera de las medallas ganadas por un parche de paño rojo, bordado con hilo de

oro, para los jefes y oficiales y de seda amarilla para la tropa, que ostentase esta inscripción: "Recorri más de trescientas leguas por las cordilleras nevadas del Perú."

Regresa a Lima y parte poco después a reforzar las tropas del coronel Velásquez que habiendo partido de Taena, marchan sobre Arequipa. Combaten en Puquina y ocupan a Arequipa el 28 de Octubre, alcanzando el coronel del Canto con este nuevo hecho de armas una palma más en su carrera.

Luego transcurren para él los años en plena actividad, sin darse tregua un instante en sus labores de servicio para la República: le ve la Escuela Militar siendo su sub-director, cuando se retira del mando del 2.º de línea, durante dos años; en seguida pasa a la Comandancia de la Guardia Municipal de Santiago, realizando una benéfica acción cívica y, por fin la revolución de 1891 le sorprende en Taena cuando es ayudante general de la Comandancia General de Armas.

Cuando nosotros le preguntamos al General:

—Al estallar la revolución, inmediatamente dió el Gobierno orden de aprehenderle a usted?

El busca entre algunos papeles un legajo determinado y luego nos responde:

—Oiga usted la historia de mi escapada de caer en las uñas de los dictatoriales. Estando un día dedicado a mis labores en mi oficina situada bajo el telégrafo del Estado, el telegrafista Castellanos, que era muy afectuoso conmigo, me comunicaba todas las novedades que venían de Santiago. El día 7 de Enero de 1891 me golpeaba con instancia el piso para manifestarme que había una gran novedad. Subo al piso de la oficina telegráfica y el telegrafista me leyó en la misma huincha el estatuto dado por el Gobierno en que reunía los poderes públicos para guardar el orden y tranquilidad de la nación. Concluido el estatuto la máquina continuaba dando el signo de **esperar listo**; y un momento más tarde se recibe el siguiente telegrama: "Ponga preso al coronel Canto, en un cuartel, con grillos si es necesario, a fin de que no vuele este pájaro", firmado José Francisco Gana, que era entonces el Ministro de la Guerra, y dirigido al comandante general de Armas. Justamente sorprendido pregunté a Castellanos cuánto tiempo demoraría en la transcripción del estatuto y de la orden de mi prisión, contestándome que a lo menos dos horas porque era largo y su mujer, que era el ayudante de la oficina, estaba ausente. Entonces, poniéndome el índice sobre la boca, dijele: "Mi amigo Castellanos, le ruego no comunicar esto ni a Dios padre hasta que no lo transcriba"; y, dándole un abrazo, le agregué: "Adiós; hasta la vista". Me fui a mi hotel, tomé una maleta chica, llenándola con la ropa blanca más indispensable, y en seguida me fui al comedor donde estaban reunidos mi tío Epifanio del Canto con los demás ministros de la Corte, pues comían juntos, menos don José Miguel Varas, que

tenía establecida su casa. Llegué un poco atrasado a la comida y no quise comer pretestando enfermedad, quedándome en la puerta del comedor. En un momento dado hice señas a mi tío para que saliese y, en pocas palabras, le hice ver mi situación y que me iba a ocultar en casa del Ministro Varas.

Así, en esta suave mañana, comienza al General a recordar una a una todas las peripecias sufridas en aquel entonces. No olvida ni un detalle: su prodigiosa memoria le ha permitido retener todo, absolutamente todo: fechas, nombres de lugares y de personas, hechos insignificantes. Recuerda cómo, bajo el nombre de Manuel Olivares, estuvo oculto durante ocho días en casa del Ministro Varas, habiéndose hecho pasar por veterinario, especialista en curaciones de las aves. No olvida cómo una mañana tuvo que acceder a los deseos de la cocinera de la casa improvisándose doctor para salvar a un pavo, haciéndole una verdadera operación quirúrgica; y de cómo, un buen día recibió el anuncio de alguien que llegaba en su busca y que no era otro que un emisario de don David MacIver, quien le enviaba una letra en blanco a fin de que pudiera trasladarse a la Pampa a organizar ejércitos; y cómo, por fin, en compañía de un joven Rebolledo partió en viaje, tomando el mismo nombre de Manuel Olivares y haciéndose pasar por ingeniero de minas, que iba a hacerse cargo de una maquinaria que debía embarcar en Cochéhara. ¡Viaje de aventuras y de crudas peripecias fué



Los secretarios de la Junta de Gobierno en 1891: Coronel Holley, don M. J. Irarrázabal, don Isidoro Errázuriz, don Joaquín Walker Martínez

ese! Evoca su llegada a la caleta Pite donde un señor Montes, al saber que era ingeniero de minas, le llevó a visitar una rica pertenencia de su propiedad, pidiéndole una opinión sobre la veta y un análisis de sus minerales. ¿Para qué decir en cuántas partes fué reconocido? ¿Qué de peligrosas interrogaciones no hubo de soportar antes de lograr embarcarse en un puerto caletero! ¿Cómo comprendemos su afición cuando, al subir al vapor, encuentra a bordo a tres o cuatro conocidos que podían denunciarle: el Padre Ulloa, Pedro José Pérez, Guillermo Vijil Zanartu! Pero su buena estrella le llevó a tener en el vapor un angel guardián en el contador, don Ernesto Ebel, antiguo amigo suyo, que le escondió en un rincón del buque. Nueve horas mortales recuerda haber estado el General metido en un saco, cuya boca tenía atada al cuello, y haciéndosele pasar por carga de camotes entre una ruma de sacos llenos. ¡Qué aflixia, qué transpirar horrendo, qué atmósfera tan pesada y tan desesperante!—nos dice. Y luego, tras muchas búsquedas de su persona en cada puerto, evoca su llegada a Pisagua y su inmediato viaje a tierra con don Joaquín Muñoz Hurtado, comandante de la "Magallanes" y sus inmediatos y primeros trabajos en la organización de un campamento.

Centenares de carillas se podrían llenar con la minuciosa historia de los primeros combates, reñidos contra cuerpos bisoños y con soldados reclutas. Recuerda el General el combate de Zaniga, el 21 de Enero, en el cual escapó milagrosamente, habiendo quedado un instante completamente solo con dos ayudantes, manejando una ametralladora y siendo el blanco de los disparos de todo un cuerpo; no olvida que el intendente Salinas puso a precio su muerte en cinco mil pesos al que lograra matarlo y cómo en un combate se vió obligado a huir rápidamente escapando a un asesinato seguro; nos refiere, luego, todos los gloriosos incidentes de la toma de Pisagua, la sangrienta batalla de Dolores, la toma reñidísima de Iquique, donde recuerda con admiración la conducta del entonces teniente Merino Jarpa y pasa luego a contarnos minuciosamente la batalla de Pozo Almonte, combate sangriento y bárbaro como no lo fué talvez la más reñida batalla de la guerra del Perú.

Piensa un instante el General y antes que nosotros alcancemos a formular una pregunta, él reanuda el hilo de sus recuerdos, con animación y entusiasmo:

—Remidas las tropas constitucionales en Iquique—nos dice el General—y habiéndose retirado al alto de Molle las del Gobierno, se tomó la resolución de atacar a estas fuerzas pero sabiéndolo los enemigos se retiraron mucho más al interior acampando en la Estación Central. En el campamento de Molle dejaron un entierro considerable de cajones de municiones, de los cuales nos aprovechamos y sirvieron eficazmente para el resto de la campaña. Acampado el enemigo en la Es-

tación Central hicieron levantar como un kilómetro de rieles de la línea entre esa estación y la de San Antonio, de manera que las máquinas que tenían los constitucionales no podían pasar de esta última estación. Dispuse entonces que tendría una fuerte gratificación la cuadrilla enrielladora que antes de 24 horas dejase expedita la línea. La cuadrilla con ayuda de la tropa ejecutó el trabajo y nuestras máquinas podían pasar sin inconveniente pero el enemigo se retiró internándose hasta Pozo Almonte. El día 4 de Marzo acampamos en la estación central y en la tarde de ese día oigo una voz que dice: "A estos diablos de dictatoriales no les daría otra cosa que hacerles saber cómo paga el dictador a los que le sirven." Esto se refería a que el Gobierno no quiso permitir que desembarcasen los heridos ni en Valparaíso ni en Coquimbo y hubo que traerlos a Iquique en donde se formaron ambulancias atendidas por las señoras del pueblo. Tan luego como oí aquella voz traté de hacer saber al enemigo el tratamiento que le daba a los heridos el gobierno y concebí la idea de mandar como parlamentarios algunas clases de los heridos que había en Iquique. Los pedí inmediatamente a Merino Jarpa y 4 horas después me los remitió y en una pequeña máquina blindada que teníamos los hice llegar hasta las avanzadas de Pozo Almonte para entregar un oficio a Robles en que le decía que interrogase a las clases heridas y se convenciera del proceder de su dictador. Cuando llegaron a la avanzada el jefe recibió el oficio y como las clases eran cuatro trabaron luego conversación con la tropa del 5.º de línea que componía la avanzada. Al oír el relato de los heridos algunos decían: "Yo no peleo por nada". El coronel Robles contestó que no le daba importancia a un oficio y que el Gobierno había sido tan bueno que permitió se enterrasen los muertos que hubo en Valparaíso. Es de advertir que el mismo día 4 de Marzo, despaché dos espías para Pozo Almonte, un austriaco y un italiano, con la oferta de que ganaría cada uno quinientos pesos si me traían los estados diarios de las fuerzas del enemigo, mediante la astucia de conquistarse la voluntad de un grumette, que era el ordenanza del coronel Robles, jefe de las fuerzas, diciéndole que esos estados debería tenerlos el coronel en los bolsillos o en el cajón de su velador. El día 5 en la noche llegó el italiano diciéndome que su compañero se había quedado en Pozo Almonte ya bien amigo del marinerito, quien le había prometido mandarle lo que pedía. Efectivamente, al día siguiente 6, antes de las 12 del día, llegó el austriaco trayéndome los estados diarios que arrojaban un total de fuerzas de las tres armas ascendente a 1,400 hombres. En el acto ordené emprender la marcha para irnos a acampar en la estación de Montevideo, que es la más próxima a Pozo Almonte y allí arreglé todo lo conveniente para emprender el ataque a la madrugada del día siguiente. El ataque no

pudo verificarse antes de las 7 porque los batallones Taltal y Chañaral no se habían provisto de agua, pero a esa hora se emprendió colocando mi línea de batalla con la derecha apoyada en la oficina de Alcalde y la izquierda en la línea férrea. Al coronel Vergara, jefe de la caballería, le ordené que tratase de levantar algunos rieles de la línea férrea que conduce de Pozo Almonte a la oficina de Porvenir. La batalla se trabó con el mayor encarnizamiento y el regimiento gobiernista, 5.º de línea y batallón Angol eran los que trababan combate con sólo dos compañías del Valparaíso 2.º de línea constitucional; y si solo dejé que esa escasa fuerza sostuviese el combate, fué en razón de que entre los calichares que están al pié del cerro que está en Pozo Almonte y la estación del Carmen había una esplanada como de doscientos metros, que estaba dominada por una pequeña altura situada al sur y mi intención era colocar, ocultaente, tras de esa altura al batallón Pisagua 3.º de línea y las otras dos compañías del Valparaíso y hacer que los combatientes se pudiesen en franca derrota en dirección a la oficina del Carmen para que cuando los perseguidos pasasen por aquella esplanada, la tropa oculta rompiese su fuego y los aniquilase. Costó trabajo hacer retirar a las dos compañías del Valparaíso, que estaban combatiendo, porque su posición era muy cómoda dentro de los hoyos del calichar; pero hice llegar varios anuncios al jefe de los constitucionales instándole que efectuasen la retirada. Lo hicieron así y los enemigos los persiguieron con alegría, mas al pasar frente a las tropas constitucionales que estaban ocultas, se hizo romper el fuego que los confundió sorpresivamente y que, se puede decir, fué la base de la derrota del enemigo, porque, desgraciadamente, allí cayeron los dos comandantes, coronel Méndez del 5.º de línea y don Manuel Modesto Ruminot del batallón Angol. La artillería hizo al principio de la batalla un nutrido fuego pero, en seguida, observé que lo hacía a metralla y luego sin balas, que indudablemente se les habían concluido y sólo se sentían los disparos con pólvora, por lo cual dispuse que el batallón Constitución número 1 y el Chañaral número 5, que eran las reservas, aceptasen en grupo los cañones que habían sobre el cerro, ofreciendo cien pesos al primero que tomase la bandera que había izada. En el ala izquierda se produjo el pase a las filas contrarias de la compañía del 5.º de línea que estaba de avanzada cuando se recibió a las clases heridas como parlamentarios, pues en el momento que se le ordenó entrar al fuego siguieron de frente en rigurosa formación y cuando los recibía el Taltal a punta de balas, la compañía levanta sus fusiles culata arriba e impertérritos siguieron hasta entregarse, no sin pedir que se les dejase con sus armas, pues en caso de necesidad combatirían por la causa constitucional. El capitán y los oficiales que mar-

chaban con su tropa no se opusieron absolutamente a tal movimiento y la promesa que había hecho la tropa del 5.º de línea se realizó sin dificultad. Viendo los enemigos esa acción tan inesperada, alguien concibió la idea de ejecutar la misma operación con una compañía de mi querido y recordado 2.º de línea y al efecto esa compañía hizo acciones aparatosas de seguir el mismo camino que la compañía del 5.º; naturalmente, el Taltal, a cuyo frente estaba, suspendió su fuego y ambos contendores se hacían señas para avanzar. Como la compañía del 2.º no se moviese, avanza el Taltal y a mansalva dispara sus rifles al 2.º dejando tendido en el campo al primero y tercer jefe del Taltal y gran número de tropa. El Taltal retrocede y en seguida, con el refuerzo necesario, se hace casi desaparecer a los vengativos 2.º de línea. La acción duró como cinco horas, entrando al combate 1.600 constitucionales, lo cual daba un total de 3.000 combatientes; y de los cuales, yo personalmente hice enterrar 652 cadáveres y recoger 720 heridos, que hacen un total de 1.372 bajas de los 3.000 combatientes y tengo casi la seguridad de que no ha habido en Chile un combate más sangriento que el de Pozo Almonte.

Cesa un instante de hablar. Entónces nosotros le preguntamos:

—Después de la batalla y mientras duraba la persecución de las tropas afectas a Balmaceda ¿no se vieron en la obligación de hacer fusilar a jefes o soldados?

El General nos responde con prontitud:

—Respecto de esa pregunta recuerdo perfectamente que yo mismo ordené fusilar a un marinero que en mi presencia disparó su rifle contra un oficial de la marina; y en circunstancias de que todos los constitucionales estaban repartidos en el pueblo ejecutando audaz merodeo, hasta el extremo de recibir de algunos jefes de unidad la noticia de que era casi imposible hacer formar la tropa porque muchos de ellos estaban ebrios. Cuando ordené que se fusilase en el acto al marinero que había disparado contra su jefe, mandé al mismo oficial que juntase cuatro soldados. Al pié de un árbol, que había en la plaza de Pozo Almonte, se hizo rezar un acto de contricción al reo, se le dispararon los cuatro tiros y esto fué lo suficiente para que se corriese la voz de que el jefe había hecho fusilar a un marinero y entónces los jefes de unidades no tuvieron el menor inconveniente para hacer formar su tropa. Por lo que respecta a la pregunta de haber hecho fusilar prisioneros es absolutamente inexacta. Combatíamos entre chilenos y eso me basta.

—¿Del caso de Robles, que ha dado tanto que hacer a historiadores y periodistas, achacándole su muerte trágica a órdenes recibidas por los soldados de los jefes constitucionales? ¿Qué hay de verdad en ello?

El coronel puedo más bien afirmar que no ha sido victimado sino por sus propios soldados, fundándome para ello en lo que he

expuesto antes, esto es, que los constitucionales estaban embebidos en merodear en los despachos y casas del no pequeño pueblo de Pozo Almonte y a nadie se le habría ocurrido perseguir a la víctima que fué inmolada en la oficina de Porvenir, situada a más de dos kilómetros del pueblo. Creo más bien que haya sido muerto por su misma tropa, porque mi viejo amigo, coronel Robles, tenía la mala costumbre de disponer los castigos de la tropa con carácter agrio; y luego, cuando él veía ejecutar algún castigo, se burlaba del paciente, causando con ésto, naturalmente, reconcentrado rencor en la víctima. Recuerdo también que en Huancayo, durante la guerra del Perú, un jefe de su mismo regimiento me hizo notar esta costumbre del coronel y yo, amigablemente, le pedí que tratase de vencerse abandonándola porque era degradante para el superior mofarse del castigo que se ordenaba ejecutar al inferior. También me justifica que el coronel Robles debe haber sido victimado por su tropa el hecho, que me refirió un oficial de marina, de que el grumete cuya única vida salvó en el combate de Huara para que se sirviese de ordenanza, tuvo la audacia de herir a su coronel con su propio revólver, que había ido a buscar a su habitación por habersele olvidado al coronel y a causa de cuya herida se refugió a la Ambulancia, que como hemos dicho se había establecido a más de dos kilómetros del pueblo, oficina Porvenir, en donde fué ultimado. El doctor don Florencio Middleton, cirujano de los gobiernistas, que se me presentó después del combate y que era depositario del reloj, cartera y colleras del coronel Robles, me refirió los hechos que ocurrieron y que me hicieron formar las ideas que he expresado.

La explicación no puede ser más concluyente. La muerte del coronel Robles pertenece a esos hechos inevitables sobre cuya responsabilidad nadie se puede pronunciar, sobre todo en tratándose de revoluciones como las del 91.

La hora avanza y debemos terminar pronto. Comprendemos que nuestras conversaciones cotidianas, durante más de veinte días, deben tener fatigado al General.

Le preguntamos:

—Respecto de la discusión del plan de ataque del ejército constitucional en el sur ¿qué recuerdos conserva, General?

—Inmediatamente, con agilidad de memoria, él comienza a explicarnos:

—En el mes de julio tuvo lugar en la oficina de la Junta de Gobierno una reunión pre-



Algunos de los principales jefes militares de la revolución. Sentados, de izquierda a derecha: don Enrique del Canto, don Ismael Valdés Vergara, don Juan Antonio Orrego, de pie, de izquierda a derecha: don Eduardo Gormaz, don Vicente Palacios, señor Larraín Alcalde, señor Boonen Rivera, don Ignacio López, don Florencio Baeza, don Roberto Silva Renard.

sidida por ella y compuesta de los señores Ministros don Manuel José Irrarrázabal, don Isidoro Errázuriz, don Joaquín Walker Martínez, General don Gregorio Urrutia y del Comandante en Jefe coronel Estanislao del Canto, del jefe de Estado Mayor, coronel Emilio Körner y de los señores, senador don Eulogio Altamirano y diputado don Cornelio Saavedra. Don Jorge Montt, Presidente de la Junta, expresó que la reunión tenía por objeto formar el plan de ataque al ejército de la Dietadura, ya que habían llegado las armas y las municiones encargadas a Europa. El señor Errázuriz, Ministro de Relaciones, dijo que él desearía oír los planes del jefe de Estado Mayor, coronel Körner. Este expresó que debería atacarse la división que estaba en La Serena pues era fácil el desembarco no permitiendo la Escuadra que se acercase al enemigo al puerto de Coquimbo; que esos malvados dictatoriales tenían cañones de campaña y que era preciso quitárselos porque no sabían usarlos. Un refuerzo a esta idea fueron las elocuentes palabras del señor Errázuriz, apoyadas también por las del señor Altamirano y los Ministros don Joaquín Walker y don Manuel José Irrarrázabal, uniéndose a la idea de los anteriores el diputado don Cornelio Saavedra, el General don Gregorio Urrutia y también el vocal de la Junta de Gobierno, don Ramón Barros Luco. Por consiguiente, había ocho de los once que componían la Junta, que estaban de acuerdo en que debería atacarse a las fuerzas de la Serena. El miembro de la Junta, don Waldo Silva, me interrogó, di-

ciéndome: "Y usted, generalísimo, por qué ha estado tan callado?" Le contesté: "Porque soy completamente contrario a tales ideas". Rogándome entonces que expusiese las mías, dije: "Creo que no debemos pensar en atacar las fuerzas de Coquimbo. Tenemos diez mil hombres, núcleo mayor a que ha llegado nuestro ejército y no debemos despreciar la oportunidad para atacar el centro y el corazón del enemigo; debemos ir a desembarcar a La Poza o La Laguna de Playa Ancha, aun soportando el fuego de los fuertes, que sabrá contrarrestar la Escuadra; mientras que atacando a Coquimbo creo yo que desembarcaremos fácilmente y que venceremos al enemigo; pero dejaremos después mil quinientos a dos mil heridos que habrá después que cuidar y mantener, ya que todos son chilenos; y, sobre todo, quién quita que el destino no lleve balas locas para dejar en el campo al que habla, al coronel Körner, al coronel Holley y al señor general Urrutia para quedar más tarde sin tener quien se haga cargo del ejército. Es atendible que podían subrogarlo por su orden los inteligentes jefes subalternos; pero son atendibles también los contratiempos que se presentarían por falta de práctica en el mando". Los señores don Jorge Montt, don Waldo Silva y el que habla, eran los tres únicos que creían más conveniente atacar el centro, pero esta opinión era débil para la que se había establecido con la unanimidad de ocho votos que decidían atacar la provincia de Coquimbo. Se ordenó que el ejército se trasladase a la provincia de Atacama para preparar la expedición, embarcándose yo primeramente con la primera división y sucesivamente se trasladaron la segunda y tercera. En Copiapó me interrogaron los señores don Manuel Antonio Matta, Intendente don Ruperto Alvarez, Auditor de Guerra don Abraham Köning y el jefe de las fuerzas expedicionarias en aquella provincia, coronel don Adolfo Holley sobre la formación del plan de ataque al enemigo. Hicele relación de todo y les agregué que yo venía muy descorazonado porque el estado de conmoción del país se prolongaría mucho, en razón de que si bien es cierto que veneríamos a la división de la provincia de Coquimbo y que podríamos sacar de esa división un refuerzo mayor que las bajas que obtuviere el ejército constitucional, siempre sería costoso el triunfo de nuestra causa por las ventajas que tenía el Gobierno de aumentar el suyo con mayor facilidad. Los señores antedichos encontraron mis observaciones justísimas y a medida que iban llegando a la provincia de Atacama los hombres dirigentes, se les iba convenciendo del mejor éxito que produciría el ataque al centro. Por consiguiente, cuando llegó la Junta de Gobierno se pudo convencer de que mi plan de ataque era mejor, pero reformando el punto de desembarque y eligiendo el puerto de Quinteros. Al amanecer del 19 de Agosto se principió el embarque de tropas y en

la tarde del 20 se hacía el desembarco en Quinteros. A bordo del Cochrane, donde venía la Junta de Gobierno, Ministros, Comandante en Jefe y el Estado Mayor, el coronel Körner, con su carácter alegre, tenía disertaciones que alivianaban el espíritu y hacían reír a los concurrentes; así, por ejemplo, decía que se debiera mandar parte de la caballería sobre La Calera para levantar algunos rieles a fin de que a medida que fuesen llegando los trenes de los dietatoriales, hacerlos descender metiéndolos a todos. Esto tuvo mucha relación con la orden del día que se dió el 20 de agosto para el 21, disponiendo que una de las divisiones marchase sobre Valparaíso, otra sobre Limache y la tercera a Calera y un escuadrón de caballería a Puchuncaví. Esta dispersión de fuerzas yo las ignoraba en absoluto, pero uno de los jefes de las divisiones me observó que era expuesto encontrarse con fuerzas inmensamente superiores y que podría ser batido. Leí la orden y de la cual no tenía absolutamente conocimiento y pareciéndome una barbaridad, la reformé ordenando que la primera división se dirigiese al sur, a Concepción, marchando por la orilla de la playa y protegida por los fuegos de la Escuadra y las otras dos divisiones marcharían por el camino de Concepción alto, guardando una distancia de quinientos metros. Las divisiones o brigadas tenían cada una su fuerza de artillería y caballería pudiendo cada jefe ordenar la marcha como lo creyera conveniente, pero que un escuadrón tomase la dirección del camino de La Calera a fin de evitar sorpresas del enemigo. En la mañana del 21 emprendieron la marcha las divisiones, pero como había camanchaca, la tercera división se fraccionó en dos tomando una el verdadero camino de Concepción alto y extraviándose la otra mitad, que tomó el camino de Concepción bajo, lo que fué un acto providencial porque se vió en el combate que no podía ser mejor esa división. Cerca de las diez de la mañana, se me presentó el ayudante Cruz Vergara diciéndome en nombre del Comandante Frías, jefe de la primera división, que el río era fácil de vadear y que si le permitía pasarlo. Dije entonces al jefe de Estado Mayor, coronel Körner, que fuese a examinar el vado y que si era posible lo pasase tratando de envolver al enemigo por el flanco izquierdo: mientras tanto yo atacaría de frente, pero que me mandase aviso en el momento de atacar, para ejecutarlo combinadamente. No recibí aviso, pero el rompimiento del fuego me lo dió a conocer y entonces ordené el ataque de la segunda división que, al mando del coronel don Salvador Vergara, debiera escoger el mejor paso del río, conociendo como era de aquellos lugares. Vergara atacó bizarramente y algún tiempo después noté que la división no avanzaba, recibiendo aviso de la escasez de municiones. Ordené, entonces, a todos los ayudantes que me rodeaban, que no bajarían de diez, incluso los capellanes, don Francisco Lisboa, don Gui-



Tripulación del "Banco"

hermo Carter y don Emeterio Arrate, a los cuales ordené que pasasen el río y que detrás de la línea de combate debería haber muertos y heridos; que recogiesen las municiones y las llevasen a la línea de fuego. Por demás encomiástica se hizo acreedora la conducta de los ayudantes y capellanes, que permitieron seguir adelante la línea de combate. En ese mismo momento llegaba la tercera división y personalmente ordené al comandante de la "Esmeralda", don Patricia Larrain Alcalde, que aun cuando fuese con dos o tres compañías de su cuerpo, tomase el mando especialmente para pasar el río y trasmontar una cuchilla que había por el costado izquierdo, y sin dejarse ver del enemigo, subiese a la cumbre, flanquease al enemigo y rompiese sus fuegos. La envoltura de Körner del flanco izquierdo del enemigo; el enérgico ataque que efectuó; el aprovisionamiento que hicieron los capellanes y ayudantes; y, sobre todo, el movimiento tan bien ejecutado de Larrain Alcalde, desbarató al enemigo y lo hizo ponerse en fuga. Después de recoger los heridos y los pertrechos de guerra, se permitió también que la tropa de los derrotados entrase a nuestras filas tomando cada cual el cuerpo que correspondía al número que llevaba y de este modo, se encontró el ejército constitu-

cional con mayor fuerza que la que había entrado en combate.

Es mediodía. Cuatro horas consecutivas hemos escuchado de labios del General Canto sus recuerdos de la revolución. Se levanta él de su asiento y nosotros nos despedimos. Al día siguiente, después de facilitarnos la curiosa fotografía del dibujo que muestra el parlamento del General Saavedra en Arauco, el General nos dice inmediatamente:

—Ayer dejamos terminada la batalla de Concón. Hoy entraremos a hablar de la de Placilla...

—Una interrupción, general; después de Concón y antes de la Placilla ¿no se intentó algún ataque a Valparaíso?

—Después de la campaña acampamos en Reñaca y desde allí Körner ideó el ataque a Viña del Mar el 23 de Agosto donde estaban los enemigos, y al efecto organizó las fuerzas que deberían atacar, pero al amanecer ya se sabía que durante la noche no había cesado un encadenamiento de trenes conduciendo tropas y a pesar de eso Körner quería siempre emprender el ataque, habiéndose situado el enemigo en las posiciones del Barón. Se trabó un fuego de artillería, pero yo conocí en el acto que el ataque habría sido desastroso por cuanto el enemigo desde

sus posiciones nos tapaba de sharapnells con cañones de campaña, mientras que los de montaña nuestros no alcanzaban al enemigo. Ordené suspender el fuego y que nos fuésemos en dirección a Quilpué. Conociendo esta orden el capellán Lisboa se acercó a mí diciéndome: "A media falda se juntan dos caminos de bajada. ¿No le parece conveniente que tan pronto no se vea la tropa vuelva a subir el otro camino y regrese por el mismo que viene bajando?" Comprendí la acción estratégica del capellán y en el acto dí la orden que así se hiciese y el enemigo, si es que nos observaba, debe haber notado que era doble el número de nuestras fuerzas.

Cavila un instante el General y recordando la desgraciada idea de un jefe, nos dice:

—Se me presentó, recuerdo, un jefe para avisarme que podíamos rendir a Valparaíso desde que estaba en nuestro poder en el Salto la llave de agua que surte a la ciudad. Esta acción la rehusé en el acto observando que todos los habitantes del puerto estaban amparados por la bandera patria y que se fijasen que nuestra contienda no era contra gente extranjera sino chilena como nosotros. En cambio hice llamar al jefe de los ingenieros para que me hiciese desarmar el puente de las Cucharas, pero no pudiéndose ejecutar me propusieron que lo harían volar con dinamita lo que no acepté absolutamente; entre tanto le dije que en el próximo túnel desrielasen una máquina a fin de impedir que el enemigo nos atacase por la espalda, lo que efectivamente se ejecutó. Acampados en Quilpué recibía de la gente directiva, que estaba a bordo, indicaciones para atacar por Viña del Mar, de todo lo cual no hacía caso por el conocimiento que tenía de las inexpugnables posiciones del Barón: todas las peticiones que me hacían obedecían a porfiadas indicaciones que hacía el jefe del Estado Mayor, quien ignoraba que principiando el ataque contra el enemigo situado en las orillas de una población, las tropas que se encuentran en la población misma, difícilmente avanzan, pues se ocupan de ser humanitarias con los heridos para llevarlos al hospital de sangre y sustraerse del combate; o bien para ocuparse del merodeo y evitar también el combate; y tanto más en Viña del Mar que se presta tanto para el saqueo y que teníamos en la misma población el peligro de dos o tres fábricas de destilación. Con tropa veterana y bien disciplinada, sería difícil conseguir éxito para despejar a un enemigo situado en el Barón; y nuestra tropa, que estaba a media disciplina, difícilmente lo habría conseguido. Por lo expuesto se verá que tenía razón para no aceptar la indicación concebida por Körner, y en cambio me propuse desarrollar el plan estratégico de tomar desde Quilpué el camino de Marga Marga para entrar al camino que conduce de Santiago a Valparaíso, obligando al ene-

migo a que abandonase sus posiciones del Barón. Acampados en las casas de Las Cadenas el 27 de Agosto al pie de La Placilla, ordené al jefe del Estado Mayor que nos pusiese doble cordón de seguridad porque conocía la intrepidez de mis conciudadanos y podría ocurrir el caso de que nos diesen una sorpresa, ya que lo probaba el hecho de haberseme presentado, de 6 a 7 de la noche, una patrulla de 6 hombres al maulo de un cabo, que había mandado de reconocimiento y que pertenecía al 2.º de línea del ejército del gobierno. El jefe de Estado Mayor se me presentó para darme cuenta de que ya había colocado convenientemente los puestos de avanzada, y serían las 7 de la noche cuando me sorprenden con el anuncio de que si el enemigo venía, sería sorprendido con la artillería que especialmente había colocado. Yo le dije que no creyese que el enemigo descendiese de sus posiciones para venir a atacarnos; pero él siempre se sostuvo en que vendría porque así se lo había dicho don Ascanio Baseañán Santa María. Volví a replicarle que no creyese en tal cosa y que dentro de una hora más hiciese reunir a los jefes de división y comandantes de unidades con el objeto de acordar el plan de ataque, se verificaría al amanecer, y para recibir verbalmente las instrucciones del cometido que se les encargaría. Así se hizo y cuando todos estuvieron reunidos, les pregunté si habían reconocido las posiciones, contestándome afirmativamente. Les llamé entonces la atención sobre la cuchilla del cerro situada al sur de tierra colorada y removida; expresándoles que yo creía que ese punto era la llave de la posición enemiga y a donde deberíamos dirigir nuestro ataque y que para ello se haría por divisiones sucesivas, abandonando por completo la izquierda del enemigo, que estaba situado en tres colinas empinadas y que se venían a bifurcar en el portezuelo del camino. Yo creo, dífele, que todo ataque llevado sobre estas colinas es peligroso e inútil por la sencilla razón que habrá que trasmontar cada colina y descender a las dos quebradas que las separan y tanto más cuanto el camino que a ellas conduce está lleno de zarzales y de arbustos espinosos. Por el camino mismo tampoco debería atacarse porque en el Portezuelo estaba situado el núcleo de la artillería enemiga, de manera que era indispensable llevar el ataque por la colina o cuchilla de tierra colorada que yo indicaba. Abrió discusión sobre el plan que propuse para que cada uno hiciese las observaciones que creyese conveniente, expresándoles también que la reunión tenía por objeto poseisionarse e instruirse de la forma del ataque y rol que a cada uno correspondería. Nadie hizo observaciones y todos aceptaron el plan como el más conveniente. Seguidamente indiqué al jefe de Estado Mayor que hiciese el desarrollo del plan concebido, lo que este hizo diseñando con carbón en el mismo piso de la sala y señalando a cada división la

misión que llevaba; por consiguiente, quedó claramente establecido que el ataque se llevaría en dirección a la tantas veces nombrada cuchilla, ejecutándolo la primera brigada; quinientos metros más atrás seguiría la segunda y la tercera y se detendrían en un punto conveniente y fuera de la zona peligrosa. A las 7 de la mañana se hicieron los primeros disparos de artillería y luego se sintió el fuego de la infantería lo que nos dió a conocer que el combate se había hecho general. Marché, en el acto, a ocupar mi puesto, acompañado de un grupo numeroso de ayudantes y civiles que formaban el cuartel general. A este grupo, creí conveniente dejarlo en una ondulación que hacía el terreno, y me desprendí sólo a tomar una altura conveniente para dominar el campo y desde donde, cada vez que necesitaba un ayudante, hacía señas con la mano; pero llegó el caso de que en un momento dado había despachado a todos los ayudantes y como necesitase de uno se me presentó al último el señor Ministro de Hacienda, don Joaquín Walker Martínez, que también formaba parte del grupo, y acercándoseme, me preguntó lo que necesitaba y sorprendido con su presencia le contesté que me era de suma urgencia un ayudante porque ocurría un hecho grave. Entonces me dijo: "Yo serviré de ayudante; dígame lo que desea"; y aceptando su ofrecimiento, le manifesté que deseaba hacer que a una sección de artillería, que hacía fuego, le advirtiese que estaba disparando contra los nuestros y que cambiase sus tiros sobre la derecha. En el acto el señor Walker Martínez aguijoneó a su cabalgadura, y con un decidido valor entró al fuego e hizo cumplir la orden que llevaba, haciéndose digno de una recomendación como lo hice en el parte de la batalla.

Cuando llegué a mi puesto de combate me sorprendió sobremanera ver que se atacaba la izquierda del enemigo por el zarzal que había a nuestra derecha y al pie de las tres colinas y que sólo la segunda división, al mando del coronel don Salvador Vergara, era la que llevaba el verdadero ataque señalado en el plan acordado, pero hubo un momento que no podían ascender ya por cansancio o ya por el nutrido fuego que les hacía el regimiento 2.º de línea del Gobierno y entonces dispuse que viniese la tercera división de reserva y para lo cual tuve que emplear numerosos ayudantes, hasta que uno de ellos logró regresar anunciándome que la tercera división también había entrado al combate por el mismo lugar que la primera y que en aquel lugar el combate era desastroso. ¿Por qué se me había tergiversado el plan de ataque? Eso era un misterio; pero qué misterio en esas circunstancias en que toda nuestra acción estaba paralizada, y aquello era únicamente pelear por pelear y matar por matar. En caso tan apurado tuve que verme en la necesidad de inmolara nuestra caballería y al efecto impartí órdenes al comandante Solar del es-

cuadrón Guías que avanzase con los escuadrones lanceros y húsares, viniendo este al medio y lanceros a vanguardia; que la zona peligrosa la pasase al galope y luego cargase en la dirección que lo hacía la segunda brigada del coronel Vergara. Se ejecutó el movimiento con la regularidad del caso y en el momento de subir la cuchilla daba gusto ver como los infantes se tomaban de la cola de los caballos para subirla, otros se cogían de la acción del caballero y en seguida los demás de la blusa de sus compañeros notándose que el jinete conducía tres cadenas de infantes; pero una vez llegados a la cima se dispersaron en tiradores rompiendo el fuego sobre el enemigo. La caballería, una vez libre, se dirigió al galope sobre el núcleo de la artillería enemiga, dispersó a estos tomando las piezas y eso fué un gran golpe en pleno corazón del enemigo, que se precipitó a la derrota después de cerca de cinco horas de porfiado combate. Cuando llegué a la cima y a más de un kilómetro de distancia de la orilla desde la cual se divisaba el llano, encontré los cadáveres de los Generales enemigos Barboza y Alcérreca, que estaban en unos ranchos, a uno y otro lado del camino. Ordené al capellán don Francisco Lisboa que los hiciese recoger y conducir a la ciudad para darles sepultura, lo que este ejecutó haciendo cargar un carretón que tenía forraje a fin de cumplir con la orden.

—¿Entonces, por qué razón hay quienes dicen que Ud. mandó llevar los cadáveres en carretones de la basura, como infringiéndoles una ofensa después de muertos?

—Recuerdo que ha llegado a mí esta noticia; pero es notoriamente injusta porque en los campos de batalla no hay carroza de pompas fúnebres y no era posible dejar los cadáveres de viejos compañeros expuestos a la intemperancia del tiempo.

—¿Cómo fué posible, General, que estando ellos en posiciones tan seguras, elegidas a su antojo, con cuerpos bien disciplinados a sus órdenes, perdieran la batalla?

—Sencillamente porque desde que entré a conocer medianamente los puntos de estrategia recuerdo que en la obra Vialmont encontré algo muy cierto para explicar los móviles que conducen a la victoria. Estos son: primero, que un ejército debe contar con combatientes que sepan hacer pleno uso de su arma; segundo, que así como hay un solo Dios, también en la guerra no debe haber más que un sólo hombre que mande y dirija sus tropas; tercero, que las tropas estén a la mano del jefe como las piezas en un juego de ajedrez; y cuarto, que, si es posible, todos los combatientes conozcan el terreno en que pisan. Quien posee más de lleno estas cuatro condiciones obtendrá, precisamente, la victoria. En el ejército constitucional venían más de ocho mil hombres, que ostentaban en su pecho las medallas de la guerra del Pacífico, mientras que un muchacho que yo había conocido de civil y que

se me presentó después de la batalla, me mostró su fusil sin haber absolutamente disparado y cuando yo le pregunté la causa me contestó que no le habían enseñado a cargar y que sólo hacía cuatro días que lo habían tomado, que lo habían vestido en la estación de Santiago y luego lo habían traído a Valparaíso, sin saber siquiera cómo era el nombre de la compañía a que pertenecía. He aquí resuelta la primera condición de las cuatro formuladas para obtener la victoria. Para la segunda baste con recordar que el ejército del Gobierno estaba dirigido por una trinidad discordante entre sí mientras que el ejército constitucional tenía libertad de acción y nadie, absolutamente nadie, le comentaba o ponía trabas a sus órdenes, que eran obedeceidas con religiosidad. Respecto de la tercera, se comprende que sólo bastan las disposiciones y órdenes del jefe para establecer que las tropas estén a la mano; y la cuarta, basta saber que la contienda era entre conciudadanos. Por todo lo expuesto se verá que estando los generales a más de un kilómetro de distancia de la vista del enemigo, no podían hacerse cargo de las situaciones del combate; o, más bien dicho, en la batalla de Placilla, las tropas del Gobierno no tuvieron jefe y la falta de preparación tuvo por consecuencia la derrota.

—Cuando entró el ejército victorioso a Valparaíso, ¿no hubo desórdenes o resistencia armada?

—Sólo hubo saqueo y el ataque de los soldados armados a una compañía de bomberos, que iba a apagar los incendios producidos por los insurrectos. Porque se alcanzaron a producir catorce incendios. Pero, yo hice llamar a los jefes ante la Intendencia y ordené que se mandaran patrullas por las calles de la ciudad y que se hiciera fuego contra los saqueadores y revoltosos. Bastó que la tropa disparase contra un primer grupo donde cayeron tres o cuatro, para que se terminasen los incendios y el saqueo.

Transcurre un instante. De pronto le decimos al General:

—General: hemos oído, en más de una ocasión que mientras ustedes peleaban tierra adentro, la escuadra apenas si tenía noticias de lo que pasaba y que en caso de haber tenido ustedes una derrota no habrían encontrado donde refugiarse. Además no ignoramos que después de entrar ustedes victoriosos a Valparaíso hubieron de solicitar el favor de una lancha cañonera para que fuese en busca, en alta mar, de la escuadra y le comunicase a sus jefes que habían triunfado en la Placilla y que ellos podían desembarcar en Valparaíso. ¿Es esto exacto?

Sea que una casualidad coincida con la pregunta o que el llamado es ineludible, el hecho es que una voz requiere al General y él abandona la sala de trabajo para regresar luego. El nada nos dice y nosotros comprendemos que su silencio es elocuente.

Cambiando de asunto, le preguntamos:

—General, cuando se trató ya en Santiago de organizar el Gobierno, ¿cuáles fueron las primeras gestiones?

El piensa un instante y luego nos responde:

—En los últimos días de Diciembre de 1891 se presentó en mi casa una comisión que yo siempre he llamado la Comisión de los Manuales, porque venían tres Manuales: los señores Irarrázabal, Matta y Recabarren y don José Tocornal, para preguntarme qué pensaba de la situación del país porque ya era conocido que yo tenía simpatías en la



Fotografía del General tomada durante unas maniobras de invierno en Italia

voluntad popular. No dándome cuenta de la misión que traían estos caballeros, el señor Irarrázabal me habló claramente diciéndome que también tenía yo simpatías en los partidos políticos y que diese una contestación franca si quería ser el sucesor de Balmaçada.

Se interrumpe un instante el General para exclamar con viveza y énfasis:

—¡Ya veo los enemigos que tendría ahora si hubiera aceptado el mando!...

Luego reanuda serenamente el hilo de sus recuerdos:

—Grande fué mi sorpresa ante tal insinuación desde que jamás se me pasó por la imaginación entrar a defender la Constitución y las leyes chilenas por el interés de llegar a obtener el mando. Naturalmente, ante la proposición me excusé firmemente, alegando que aunque llegase el caso de que todos los habitantes de Chile se reuniesen al pie del Santa Lucía y yo en su cumbre fuese proclamado unánimemente por todos, podrían estar seguros que al día si-

guiente habría huido de mi país. Convencida la comisión de mi rechazo terminante me pidió que si era posible en el acto fuese a la Moneda a convencer a don Jorge Montt para que aceptase el puesto en razón de que en una o dos horas más iría el señor Altamirano, en unión de un grupo de notables a ofrecerle la Presidencia de la República. Como lo deseaban lo hice, y cuando llegó el señor Altamirano yo estaba aún convenciendo al señor Montt que se negaba a aceptar. Cuando la comisión, presidida por el señor Altamirano, fué anunciada, me retiré inmediatamente para regresar a mi casa.

—General, le decimos: si Ud. hubiera ido al Gobierno de la República, ¿cuál habría sido su propósito? ¿Cómo hubiera tratado de gobernar? ¿Habría alterado el orden de nuestras leyes?

—Seguramente habría elegido entre los hombres más eminentes de ese entonces: don José Clemente Fabres, don Manuel Antonio Recabarren, don Vicente Reyes, don Julio Zegers, don Carlos Walker, don Manuel Antonio Matta, don Marcial Martínez, don José Tocornal, don Enrique Mac-Iver y hubiera hecho estudiar nuevamente nuestra constitución, nuestros códigos, nuestros servicios administrativos y después de establecida una reforma y de haber impuesto un sistema electoral bien estudiado y de haber dejado constituida una base para formar un Gobierno estable y democrático, hubiera dejado el mando a fin de que se hubieran hecho las elecciones.

Largamente nos habla el General de sus propósitos, de lo que hubiera deseado realizar a fin de evitar toda posible dictadura presidencial y todo este desquiciamiento parlamentario que cada día nos hunde más y más en una verdadera desorganización, haciéndonos perder lo mucho que se había conseguido en un medio siglo de Gobierno bien establecido, y sobre cuya base descansa nuestro prestigio alcanzado en la América.

Cuando termina de hablar, nosotros le preguntamos, no sin cierto temor de no obtener una contestación definitiva:

—Una pregunta, General. ¿Qué piensa Ud. del estado actual de nuestro ejército? ¿Cree Ud. que está en buen pie? ¿Estima que puede el país descansar confiado en él?

Y el General nos responde, con una sonrisa tranquila y lentamente:

—El ejército nuestro es como la Czarina de las Rusias: alta, muy hermosa, cubierta de joyas brillantes. Llega a saludarla el Kaiser y ella no puede alargar la mano ni inclinar la cabeza; está enferma, no le es posible moverse; está falta de energías. En el ejército pasa lo mismo: muy bonito, muy elegante, pero le falta disciplina y respeto de subordinación.

Cuando, luego, le preguntamos el objeto que tuvo su viaje a Europa, nos refiere cómo él obedeció en parte al deseo del partido conservador de alejarlo del país y al temor de que su popularidad fuese un peligro de re-

mota dictadura. Nos cuenta cómo siendo Ministro de Relaciones Exteriores su amigo don Ventura Blanco Viel, se le designó para que fuese encargado de las adquisiciones de armamentos para la renovación de nuestro ejército.

Interrumpiéndole en su narración le decimos:

—General, ¿qué nos puede recordar de sus gestiones ante las casas europeas para el cumplimiento de su cometido?

Y él nos responde que, a pesar de ser conocida por la prensa la historia de todas sus gestiones en Europa, nos va a referir algo muy significativo. Entonces comienza a decirnos:

—Publiqué los avisos del caso en París a fin de hacer los ensayos de los fusiles. Concurrieron personalmente, por ejemplo, los inventores Beaumont, Marga, Dandetau y algunos representantes de las casas fuertes; en representación del Manlicher concurrió von Schiberg y por Mauser el director de la fábrica Leuv. Se hizo el ensayo primeramente en el pligono de Saint Denis y no habiendo campo de tiro en Francia nos fuimos a Bélgica para usar el campo de tiro de Veverloo, al volver al hotel, después del ensayo y estudiar todos los fusiles concebí la idea de hacer fabricar un fusil aprovechando los beneficios de todos los conocidos. En la fábrica de Ertalez-Lieja, su director Mr. Chantraine me dijo que si todos concediesen el permiso para hacer un fusil de esta especie, no había en treinta años quien lo superase, debiendo en justicia llamarlo el fusil Canto. En esto estaba cuando llegó la nueva comisión, militar chilena, presidida por el general Körner, que aceptó el Mauser, elevando la propuesta a 82 francos, cuando la que yo había tratado, aceptada por Bélgica, nos daba el fusil por 65 francos. Entonces yo hablé con el Ministro Matte, en París y le dije que si se aceptaba esa adquisición, sin abrir propuestas públicas, yo me iba inmediatamente a Chile y sin presentarme ante el Gobierno, daba conferencias en las cuatro esquinas de la Plaza de Armas contando lo sucedido, que yo estimaba una barbaridad. Con esta resolución mía se consiguió rebajar algo la adquisición de los Mauser, obteniéndose el Mauser contra el informe que yo di, en el cual hacía constar que este fusil tiene defectos que me sería doloroso tener que contar, pues esto desprestigia el arma que tienen nuestros soldados.

Ya nos hemos levantado de nuestro asiento para despedirnos del General, cuando él nos dice:

—Nos queda algo por contar y que cierra la historia de nuestra vida activa y hasta de nuestra vida militar: el duelo con el coronel Boonen Rivera. Oiga usted:

—¿.....?

—Se encontraba en Europa muy enfermo el coronel don Jorge Boonen Rivera y el señor Ministro en Alemania, don Gonzalo Búlnes me escribió una carta desde Berlín a

Bruselas en que me decía que el coronel estaba para morir y que su familia quedaría en circunstancias difíciles para trasladarse a Chile. Contesté al señor Ministro que tenía disponibles tres mil francos y que podía disponer de ellos para el caso en que el coronel falleciera, pero que en ningún caso le dijese nada sobre el particular al coronel. Le decía también que muy luego iría a París y que allí me vería con don Agustín Edwards, los señores Subercaseaux, Blest Gana y los demás chilenos pudientes que allí hubiese, para promover la idea de salvar la situación en que podía quedar la familia. Estos hechos no tuvieron lugar por haberse mejorado el señor coronel. Transcurrieron los años y cuando me vi obligado a solicitar mi retiro absoluto del ejército por haber perdido la confianza del Supremo Gobierno, mi amigo, don Alfredo Irarrázabal Zañartu escribió en "La Tarde" un artículo titulado **Levantar al caído**, en que hacía relación de aquel hecho ocurrido en Europa, cuando el coronel Boonen Rivera estuvo en artículo de muerte. La honorabilidad del señor coronel le obligó a darse por notificado y a vindicarse en conceptos hirientes para mí en un artículo. No soportando tal manifiesta susceptibilidad me vi obligado a escribir a Irarrázabal una carta en la que, invocando el sentimiento del honor, le pedía me dijese la verdad sobre una orden que había llevado a la batalla de Placilla, referente al comandante del regimiento Atacama y cuyo contenido lo he olvidado o más bien no quiero recordar; y esta carta, con la contestación al pie, fué publicada en "El Ferrocarril". Y sucedió que iba entonces el Presidente de la República para Cauquenes con el objeto de presenciar las maniobras militares que se verificarían en Tomelo, cuando en el carro del ferrocarril en que se encontraban muchos oficiales, el señor coronel Boonen Rivera saca el diario "La Tarde" y dice en alta voz: "¿No han leído, ustedes, lo que le digo a Canto?" Y leyó. Mi amigo, el oficial mayor del Ministerio de la Guerra, don Roberto Montt Salamañea, que estaba presente, saca "El Ferrocarril" y dice: "Y tú, Jorge, ¿no has visto lo que Canto te dice en "El Ferrocarril?" Y leyó también las cartas recordadas. Entonces el señor coronel Boonen le pide el diario a Montt y se pasa al carro donde iba S. E. el Presidente, acompañado del General Körner; le alarga el diario al General y éste a S. E., quien dijo después de leer: "La cosa es muy clara. El señor coronel sabrá lo que debe hacer." En la estación de San Fernando o Curicó el coronel Boonen descendió y puso un telegrama a Santiago nombrando a los señores Ismael Valdés Vergara y Santiago Aldunate Baseañán para que, sirviéndole de padrinos, me exigiesen reparación por las armas. Se presentaron a mi casa dichos señores y yo les contesté que no tenía por qué dar reparaciones; que si me argüían que yo había calumniado al coronel me diesen una hora de plazo para comprobarles que jamás

le había calumniado; que si exigían reparación a toda costa no tenía inconveniente en hacerlo siempre que cualquiera de ellos tomase la representación verdadera del coronel; que como Comandante en Jefe en la batalla de Placilla tenía yo la representación nacional, absoluta y sagrada y que en tal caso no era admisible dar reparaciones por palabras de conexión o hechos coercitivos, a fin de enmendar rumbos extraviados en un subordinado y que, en consecuencia, no estaba dispuesto a dar tal reparación. Se ausentaron los padrinos y en la tarde recibí un telegrama de Cauquenes en que un amigo



Retrato del General en 1895

me decía textualmente: "Su Excelencia ha burlándose de tu actitud para rehusar desafío con Boonen." Esto me dió a conocer que el duelo no era con el coronel sino directamente con el Gobierno, y entonces escribí una esquila al coronel Boonen, esquila que me hizo el favor de llevar mi amigo Tomás de la Barra, en la que le decía que, con mejor acuerdo aceptaba el desafío a condición de que tuviese lugar fuera del territorio de la República y que, al efecto, nombraba como mis padrinos a los señores Gonzalo Búlnes y Anselmo Hevia Riquelme.

Bruscamente se detiene el General. Piensa un instante y luego reanuda su recuerdo:

—El desafío tuvo lugar en el camino de Uspallata, hacia la Argentina y como a cincuenta o cien metros de la línea divisoria que estaba recientemente demarcada. En el trayecto, y cuando marchábamos al campo

elegido, mis padrinos y mi cirujano el amigo Eduardo Moore, se me acercaron en la estación de los Ríos para decirme que eran las 4 de la tarde y que había un campo pequeño, oculto y muy a propósito para realizar el lance; pero les contesté que bajo ningún principio me prestaba a que allí se verificase porque sabía que el gobernador de Los Andes había recibido orden del Gobierno para mandar al comandante de policía y cuatro guardias, todos disfrazados, a fin de que, si el desafío se verificaba dentro del territorio, se me tomase preso en unión de mis padrinos y cirujano; y habiéndoles mostrado a las personas que traían esa comisión seguimos hasta pasar la línea, a donde llegamos como a las cinco de la tarde. Una vez en el campo se sortearon entre los testigos quién sería el juez que diese la voz de mando, quién mediría la distancia, quién cargaría las armas y quién haría el sorteo de ellas. Después supe que nuestro común amigo, don Juan Miguel Dávila Baeza, no había querido prestar las pistolas de desafío porque los combatientes eran sus amigos, siendo éste un disfraz para hacer disminuir la carga con que deberían prepararse, operación que se hizo en la Lamparería Belga. Las pistolas no sabían cargarlas ninguno de los padrinos y entonces me permití indicarle la operación al señor Ismael Valdés Vergara, a quien le correspondió, así como para sortear recayó sobre don Santiago Aldunate Bascuñán; a don Gonzalo Búlmes medir la cancha y al juez don Anselmo Hevia Riquelme, dar las voces de mando.

—General, — le preguntamos, — ¿es verdad que usted llevaba intenciones de disparar al aire su arma?

Y él nos replica inmediatamente:

—Efectivamente, antes de llegar al campo de acción mi amigo don Gonzalo Búlmes me

interrogó sobre lo que pensaba del desafío, contándole yo que sabía que mi contendor tenía una esposa e hijitas y que, por lo tanto, dejaría que él disparase mientras yo lo haría al aire. A esta contestación mi médico y mis testigos saltaron furiosos diciéndome que los ponía en ridículo; que este desafío estaba bullanguado hasta en Europa; que era entre dos altos jefes chilenos y cuyo ejército tenía renombre de valor; y por fin, que era necesario que corriese sangre. Repliqué que era una barbaridad que me obligasen a matar a un hombre, pero que había concebido la idea de dispararle a la mano derecha para desarmarle y que después de eso le dirigiría algunas palabras haciéndole comprender que en toda situación y en todo caso no debe olvidarse la disciplina para respetar al superior. Se sonrieron mis amigos, como dudando de la ejecución de mi plan. Un instante después se verificó el duelo y, a la segunda palmada del juez, salió mi disparo, pero con mala fortuna, pues me equivoqué en mi cálculo, ya fuese por el frío que hacía o bien por la conmoción que hace experimentar un acto de esta especie, yendo la bala a dar un poco más arriba de la ceja derecha de mi adversario.

Dice el General y el rictus de su boca denuncia una honda amargura. Nosotros nos imaginamos el recuerdo que en ese instante puede impresionar su memoria: un vasto y solemne paisaje andino; soledad, silencio, nieve. Y bajo un cielo enorme y ante el espanto de seis hombres consternados, cubierto de sangre, en el suelo, otro hombre que lucha entre la vida y la muerte, mientras allá abajo, en un rincón de la ciudad, hay una madre y tres hijas que aguardan ansiosas, trémulas, sollozantes...



FLOR Y FRUTO

Por

Federico García Sanchíz

ALV.—Yo creí que me despreciaba Ud.

TERESA.—No comprendo.

ALV.—Sí... Yo sabía que era usted, que es usted una mujercita muy moderna, con ideas propias... La noche que nos presentaron me pareció notar en usted una sonrisita burlesca para el novio formalito, dispuesto a matrimoniar en seguida con su hermana...

TER.—Se equivoca el caballero... Y demuestra usted con eso, así, de pasada, que tiene muy mal concepto de las novias...

ALV.—Y que lo tenía tan bueno de su hermana que, a pesar de todo, yo estaba dispuesto a casarme...

TER.—Pues mire, la verdad... Resulta usted más interesante en su viudez...

ALV.—Es que las viudeces prematuras tienen el encanto de dejar al hombre, o la mujer, más a su solación del amor...

Es como si jugásemos en la última vuelta de la ruleta y ganásemos... Seguramente al abrirse partida siguiente ya teníamos en la mano un montón de fichas...

TER.—¿Seguirá usted jugando?

ALV.—No sé si atreverme a decir a usted...

TER.—Diga...

ALV.—¿Quiere que formemos una vaca?

TER.—No lo entiendo... Explíquese con más claridad...

ALV.—Me lo impide la negrura de sus ojos cada vez mayor.

TER.—Los cerraré...

ALV.—¿Y aceptaría que yo la llevase de

la mano en calidad de lazarillo?

TER.—... ¿Hablabas usted así con mi hermana?

ALV.—Ahí fui yo quien cerró los ojos.

TER.—Hacia, Ud. mal, porque mi hermana es muy bonita.

ALV.—Un poco belleza de cromó...

TER.— ¡Ahora, salimos con esas...! Pero ya sé a donde va usted... Busca el modo de excusar mi fealdad.

ALV.—¿Su fealdad...? Tiene usted lo más difícil de todo... expresión, carácter, personalidad...

TER.— Como una careta... con estos labios abultados...



elegido, mis padrinos y mi cirujano el amigo Eduardo Moore, se me acercaron en la estación de los Ríos para decirme que eran las 4 de la tarde y que había un campo pequeño, oculto y muy a propósito para realizar el lance; pero les contesté que bajo ningún principio me prestaba a que allí se verificase porque sabía que el gobernador de Los Andes había recibido orden del Gobierno para mandar al comandante de policía y cuatro guardianes, todos disfrazados, a fin de que, si el desafío se verificaba dentro del territorio, se me tomase preso en unión de mis padrinos y cirujano; y habiéndoles mostrado a las personas que traían esa comisión seguimos hasta pasar la línea, a donde llegamos como a las cinco de la tarde. Una vez en el campo se sortearon entre los testigos quién sería el juez que diese la voz de mando, quién mediría la distancia, quién cargaría las armas y quién haría el sorteo de ellas. Después supe que nuestro común amigo, don Juan Miguel Dávila Baeza, no había querido prestar las pistolas de desafío porque los combatientes eran sus amigos, siendo éste un disfraz para hacer disminuir la carga con que deberían prepararse, operación que se hizo en la Lamparería Belga. Las pistolas no sabían cargarlas ninguno de los padrinos y entonces me permití indicarle la operación al señor Ismael Valdés Vergara, a quien le correspondió, así como para sortear recayó sobre don Santiago Aldunate Bascañán; a don Gonzalo Bulnes medir la cancha y al juez don Anselmo Hevia Riquelme, dar las voces de mando.

—General, — le preguntamos, — ¿es verdad que usted llevaba intenciones de disparar al aire su arma?

Y él nos replica inmediatamente:

—Efectivamente, antes de llegar al campo de acción mi amigo don Gonzalo Bulnes me

interrogó sobre lo que pensaba del desafío, contéstandole yo que sabía que mi contendor tenía una esposa e hijitas y que, por lo tanto, dejaría que él disparase mientras yo lo haría al aire. A esta contestación mi médico y mis testigos saltaron furiosos diciéndome que los ponía en ridículo; que este desafío estaba bullanguado hasta en Europa; que era entre dos altos jefes chilenos y cuyo ejército tenía renombre de valor; y por fin, que era necesario que corriese sangre. Repliqué que era una barbaridad que me obligasen a matar a un hombre, pero que había concebido la idea de dispararle a la mano derecha para desarmarle y que después de eso le dirigiría algunas palabras haciéndole comprender que en toda situación y en todo caso no debe olvidarse la disciplina para respetar al superior. Se sonrieron mis amigos, como dudando de la ejecución de mi plan. Un instante después se verificó el duelo y, a la segunda palmada del juez, salió mi disparo, pero con mala fortuna, pues me equivoqué en mi cálculo, ya fuese por el frío que hacía o bien por la conmoción que hace experimentar un acto de esta especie, yendo la bala a dar un poco más arriba de la ceja derecha de mi adversario.

Dice el General y el rictus de su boca denuncia una honda amargura. Nosotros nos imaginamos el recuerdo que en ese instante puede impresionar su memoria: un vasto y solemne paisaje andino; soledad, silencio, nieve. Y bajo un cielo enorme y ante el espanto de seis hombres consternados, cubierto de sangre, en el suelo, otro hombre que lucha entre la vida y la muerte, mientras allá abajo, en un rincón de la ciudad, hay una madre y tres hijas que aguardan ansiosas, trémulas, sollozantes...



FLOR Y FRUTO

Por

Federico García Sanchíz

ALV.—Yo creí que me despreciaba Ud.

TERESA.—No comprendo.

ALV.—Sí... Yo sabía que era usted, que es usted una mujercita muy moderna, con ideas propias... La noche que nos presentaron me pareció notar en usted una sonrisita burlesca para el novio formalito, dispuesto a matrimoniar en seguida con su hermana...

TER.—Se equivoca el caballero... Y demuestra usted con eso, así, de pasada, que tiene muy mal concepto de las novias...

ALV.—Y que lo tenía tan bueno de su hermana que, a pesar de todo, yo estaba dispuesto a casarme...

TER.—Pues mire, la verdad... Resulta usted más interesante en su viudez...

ALV.—Es que las viudeces prematuras tienen el encanto de dejar al hombre, o la mujer, más a usión a los del amor...

Es como si jugásemos en la última vuelta de la ruleta y ganásemos... Seguramente al abrirse partida siguiente ya teníamos en la mano un montón de fichas...

TER.—¿Seguirá usted jugando?

ALV.—No sé si atreverme a decir a usted...

TER.—Diga...

ALV.—¿Quiere que formemos una vaca?

TER.—No lo entiendo... Explíquese con más claridad...

ALV.—Me lo impide la negrura de sus ojos cada vez mayor.

TER.—Los cubriré...

ALV.—¿Y aceptaría que yo la llevase de

la mano en calidad de lazarillo?

TER.—... ¿Hablaban usted así con mi hermana?

ALV.—Ahí fui yo quien cerró los ojos.

TER.—Hacia, Ud. mal, porque mi hermana es muy bonita.

ALV.—Un poco belleza de cromó...

TER.— ¡Ahora, salimos con esas...! Pero ya sé a donde va usted... Busca el modo de excusar mi fealdad.

ALV.—¿Su fealdad...? Tiene usted lo más difícil de todo... expresión, carácter, personalidad...

TER.— Como una careta... con estos labios abultados...





ALV.—Abundados como para un beso pa-
cional... Y sus pupilas que emborrachan, y
la arrogancia de su figura... y esa cabefe-
ra negra que yo enredaría a mi cabeza co-
mo un aguilucho que hiciese su nido...

TER.—No, yo no soy así... Pero si yo
fueses hombre tampoco me gustarían las bel-
dades clásicas de monería...

ALV.—¡Es curioso! Estamos de acuerdo
en todo.

TER.—Por lo mismo nos aburriríamos en
seguida.

ALV.—¿Quiere que probemos?

TER.—Nos conocimos demasiado tar-
de... Yo no puedo ser su novia... Mi her-
mana...

ALV.—Somos amigos.

TER.—¿Amigos? Camaradas, buenos ca-
maradas...

ALV.—Nos lo contaremos todo, todo...

TER.—¿Me hablará usted de sus no-
vias... bueno, de sus lios?

ALV.—Los inventaré para adquirir pres-
tigio a sus ojos.

TER.—No, no... Nada de aventuras con
nadie.

ALV.—Contigo...

TER.—Suelta... que viene *madame*...

ALV.—Me marchó...

TER.—¿Tan pronto?

ALV.—¿No tenías que ir al teatro esta
noche?

TER.—¿Vendrás tú?

ALV.—¿Y luego hablaremos por la verja
de tu jardín?

TER.—¿Hablabas así con mi hermana?

ALV.—Nó...

TER.—Saldré a hablar con mi amigui-
co...; pero me retiro si vuelves a llamar-
me como el otro día, con el nombre de
ella...

ALV.—Ya no hay más ella que tú...

TER.—Vas muy de prisa.

ALV.—Como que voy en busca tuya...





Polonia.—Campesinos sin hogar entre las ruinas de un pueblo.

Contemplad a la Polonia

Las últimas palabras dirigidas al mundo civilizado por el célebre escritor polaco Henryk Sienkiewicz, fallecido el 16 de noviembre de 1916.

Ilustraciones fotográficas

Traducido especialmente para "Pacífico Magazine"

La actual guerra ha infligido daños a casi todas las naciones de Europa, pero sobre ninguna han caído tantas desgracias—con un peso tan insoportable—como sobre los polacos, pueblo de veinticinco millones, dividido entre Rusia, Prusia y Austria.

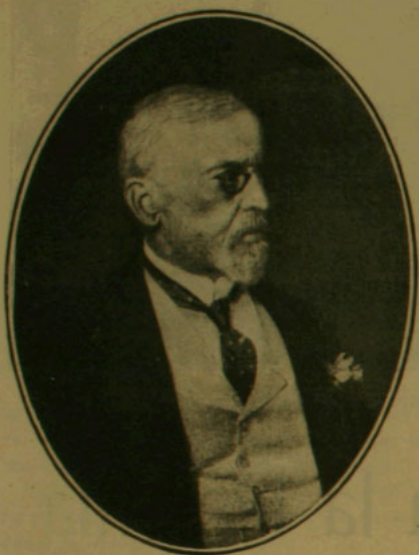
Bélgica y Serbia han sido devastadas a sangre y fuego, mas la tormenta que ha pasado sobre estos dos países fué de corta duración, y los soldados belgas y serbios tenían a lo menos el consuelo, que estaban entregando sus vidas "por sus altares y hogares", en defensa de sus propias libertades y derechos. A los polacos les ha sido negado tal consuelo. Cerca de dos millones soldados polacos han sido repartidos en tres ejércitos (el ruso, alemán y austriaco, nota del traductor), y por consiguiente obligados a una lucha fratricida.

Aunque el territorio polaco no habría sido teatro de guerra, este sólo hecho constituiría un colmo de desgracias. Pero preci-

samente en nuestro territorio se han desarrollado las luchas de mayor intensidad, allí han durado más tiempo y parece que van a volver a renovarse. Para frustrar el aprovisionamiento del enemigo, las aldeas y ciudades han sido quemadas por los beligerantes, los cereales destruidos en los graneros y en los campos, el ganado llevado consigo. Han arrasado las fábricas, y las que han quedado en pie se han visto obligadas a suspender sus trabajos por falta de materias primas o porque les habían sido arrancadas sus maquinarias. Como inevitable consecuencia de la desolación, el hambre y las epidemias diezman a toda la Polonia.

¡240 muertes sobre 100 nacimientos!

Fuera del cólera y tifus, que en ciertos distritos, especialmente en la Galicia están aniquilando la población, una nueva enfer-



Henryk Sienkiewicz, fallecido el 16 de noviembre de 1916.

medad ha hecho su aparición en nuestro país—la terrible enfermedad del hambre—cuyos síntomas precedentes a la muerte son la hinchazón del cuerpo y la ceguera. El doctor Strauss, del gobierno alemán, ha hecho una descripción exacta de esta enfermedad en la "Zeitschrift fuer aerztliche Fortbildung".

En todo el reino de Polonia los estadistas establecen una mortandad de 240 personas sobre 100 nacimientos. Cuando los rusos en retirada, perseguidos por los teutones, llevaron consigo a casi la totalidad de la población civil, que habitaba las tierras más allá de la orilla derecha del río Vístula, la mayoría de los niños murió de hambre, fatiga y mala alimentación. Lo mismo sucede en los campos de concentración en Austria y Alemania.

Para remediar, aunque en parte, esta horrible situación, se ha constituido en Vevey, Suiza, el 9 de enero de 1915, un "Comité General de Socorros para las víctimas de la guerra en Polonia", bajo mi dirección y la de Mr. Paderewski. Este Comité ha lanzado a todos los pueblos civilizados una proclama, pidiendo en nombre de la Polonia, en vista de sus méritos durante siglos como baluarte cristiano contra las hordas bárba-

ras, como en vista de sus obras en el dominio de las ciencias y artes, y todo progreso en general, y en nombre de la civilización el socorro a este pueblo amenazado en lo más profundo de su existencia.

Nuestra proclama no se ha perdido sin eco. Ella fué llevada por la Iglesia católica a través del mundo cristiano. Desde el 9 de enero de 1915 hasta el 1.º de julio de 1916 hemos recolectado la suma de 12.571,276 francos, de cuya suma hemos enviado hasta esta última fecha 12.137,044 francos para socorrer en Polonia a la población privada del hogar y atormentada por el hambre,—sin distinción de clases ni religiones.

Subvenciones en dinero han sido enviadas a los territorios ocupados por los alemanes y austriacos y a los polacos llevados por los rusos al interior de Rusia; igualmente a los que se encuentran en los campos de concentración en Austria. Hemos recibido autorización de Suiza para mandar 40 carros con leche condensada para los niños pequeños. Estas remesas han sido recibidas con inmenso júbilo por las madres en las poblaciones de Polonia, donde la mi-



Herida entre las ruinas de su hogar

seria se ha hecho sentir más. Igualmente hemos mandado dinero, vestiduras y provisiones a los comités locales presididos por polacos distinguidos, para su distribución entre los más necesitados.

Los fondos de socorros no han sido confiscados

He recibido numerosas cartas de diversas partes del mundo con preguntas, si las dádivas para los polacos no son requisicionadas o confiscadas por los beligerantes o sus ejércitos. Confieso que estas preguntas provenientes de personas de sentido común me sorprenden; porque si esto hubiese sucedido una sola vez, yo habría suspendido inmediatamente las consignaciones y disuelto nuestro comité, pues no me cabe a mí, como polaco, razón o deseo alguno de ayudar en lo mínimo a alguna de las tres potencias, que antaño se han repartido mi patria. Los beligerantes entienden esto perfectamente. Por esto puedo garantizar en conciencia que todas nuestras remesas llegan a su destino y que ni un solo centavo, ningún paquete de provisiones se ha perdido.

El tercer balance desde la organización de nuestra comisión ejecutiva por su presidente, Mr. Osuchowski, que coopera con los comités locales en Polonia, da los detalles precisos de la cantidad y disposición de los subsidios en dinero, vestiduras y provisiones. Debo manifestar, empero, que la suma recolectada por nosotros, aunque es considerable, no solamente es incapaz de reparar las pérdidas, que ascienden a miles de millones, sufridas por nuestro país en toda su extensión por la destrucción de ciudades, aldeas, fábricas, productos agrícolas e industriales, por los incendios, requisiciones, interrupción del comercio, pero ni siquiera es suficiente para aliviar de una manera eficaz la horrible miseria, que consume millones de nuestros compatriotas.

¿No es un deber del Comité General de Vevey continuar aumentando sus esfuerzos para poder salvar la población en las ciu-



¡Pobres viejos!

dades y el campo, y ante todo arrancar a la muerte implacable los miles de pequeños seres, que son la esperanza y el futuro de nuestra patria? ;En Polonia, en todas sus provincias, la gente, por pobre que solo sea, comparte sus escasos recursos con los más míseros!

En América, gracias a la devoción y energía de personas como Mr. y Mme. Paderewski, Mme. Sembrich-Kochanska, Mme. Adamowska y numerosos comités polacos, la compasión por el trágico destino de nuestro pueblo aumenta diariamente más y más, expresándose no solamente en la ayuda material, sino también en votos de simpatía de eminentes ciudadanos americanos, que levantan su voz en defensa de nuestra existencia y de nuestros derechos a la independencia. Los nobles esfuerzos del presidente Wilson y del embajador Gérard, para con-

jurar definitivamente el exterminio de Polonia por el hambre, han sido desgraciadamente incapaces de franquear los obstáculos que se les oponen e n tiempo de guerra,—de que se les oponen en tiempo de guerra,—de ellos llenan nuestros corazones, sin embargo, de gratitud.

Los mismos sentimientos abrigamos para la Cruz Roja Americana, que ha enviado en varias ocasiones dádivas en dinero y ropas a nuestro comité.

En manos de la humanidad

La compasión fraternal con nuestro desgraciado país, el despertar de la conciencia humana—desterrada por hoy de Europa,—ante todo el espíritu de caridad cristiana de América, nos llenan de esperanza y nos

fortifican en la hora más amarga de nuestra existencia. ¡La situación en Polonia es horrible! Sin embargo, si el mundo civilizado, responsable en conjunto y separadamente ante la humanidad entera no dejara de considerar nuestra causa como si fuera la suya propia, vamos a soportar todo hasta el fin, y luego vamos a despertar, llenos de nuevas fuerzas y preparados para una nueva vida libre.

Me he esforzado en describir lo más claramente posible, como se puede dentro de los límites de este corto artículo, todos los horrores de la situación en Polonia. ¡Pero presumo que más que con todas mis palabras vuestros corazones se conmoverán ante las lágrimas de las madres polacas y los gritos de los pequeños niños, que mueren de hambre!



Distribución de sopas entre los niños pobres en la Polonia.

EL JARDINERO

Por _____

Rabidranath Tagore

Poemas del original poeta indio, traducidos por primera vez al español, para "Pacífico Magazine".

I

Siervo. — Haced merced a vuestro siervo, mi Reina.

Reina. — Pasó ya la hora de audiencia y todos mis siervos se fueron. ¿Por qué vienen a esta hora, tan tarde?

Siervo. — Cuando habéis terminado con los otros, llega mi turno.

Yo vengo a preguntaros si tenéis algo que otorgar al último de vuestros siervos.

Reina. — ¿Y qué podéis esperar siendo tan tarde?

Siervo. — Hacedme jardinero de vuestro florido jardín.

Reina. — ¿Qué locura es ésta?

Siervo. — Yo renunciaré a mi otra profesión. Arrojaré al polvo mis lanzas y mis espadas. No me mandéis a lejanos países; no me exijáis que emprenda nuevas conquistas; sino nombradme jardinero de vuestro florido jardín.

Reina. — ¿Y cuáles serán vuestros deberes?

Siervo. — Serviros en vuestros ratos de descanso. Yo arrancaré la fresca hierba que vais pisando por pastales en vuestros paseos matinales, cuando por doquiera van poniéndose a vuestro paso las flores ávidas de morir bajo vuestra planta.

Yo os balancearé en un columpio entre el ramaje de los saplaparna cuando en la

tarde la luna tempranera se afane por besar vuestras vestiduras por entre las hojas.

Yo llenaré de aceite aromático la lámpara que arde junto a vuestro lecho, y adornaré vuestro escabel con dibujos maravillosos de sándalo y pasta de azafrán.

Reina. — ¿Qué recompensa pediréis?

Siervo. — Que se me permita coger vues-



Retrato del poeta a los veinte años.

tras manos diminutas, que semejan botones de loto, y enredar en vuestras muñecas cadenas de flores; que se me permita teñir las plantas de vuestros pies con el rojo zumo de los pétalos de ashoka y quitar con mis labios las manchas del polvo que a vuestros pies pueda haberse adherido.

Reina.—Tus ruegos son escuchados, siervo mío; tú serás el jardinero de mi florido jardín.

II

“¡Oh, poeta! La tarde se acerca; tu cabello se torna gris.

“¿Oyes en tu solitaria meditación el mensaje del porvenir?”

“Es la tarde—dice el poeta—y yo escucho porque puede alguno llamar desde la aldea, aunque sea tarde.

“Yo observo si los jóvenes corazones extraviados se encuentran y se juntan, y las miradas ávidas de dos seres solicitan armonía y rompen el silencio y se hablan entre sí.

“¿Quién entrelazará sus cantos pasionales, si yo estoy en el borde de la vida contemplando la muerte, y cuánto hay entre una y otra?”

“El temprano lucero de la tarde se esconde.

“Entenidamente se apaga en la ribera silenciosa la llamarada de una pira funeraria.

“Los chacales aullan en coro desde el fondo del patio de la desierta granja a la luz de la agotada luna.

“Si algún peregrino, lejos de su hogar, llega aquí a pasar la noche y a escuchar inclinada la cabeza el rumor de las sombras, ¿quién murmurará a su oído los secretos de la vida si yo, cerrando mis puertas, trato de desembarazarme de lazos de muerte?”

“Poco importa que mi cabello se ponga gris.

“Yo voy siempre, joven o viejo, como el más joven y el más viejo de esta aldea.

“Algunos tienen sonrisas dulces y sencillas y otros reflejan en sus ojos una risa irónica.

Hay en algunas lágrimas que brotan a la luz del día, y en otras lágrimas que quedan ocultas en la obscuridad.

Todos ellos tienen necesidad de mí y yo no podré ampararlos más allá de la mente.

Yo soy de una misma edad con cada uno de ellos; ¿qué importa que mi cabello se torne gris?”

III

Por la mañana lancé mis redes al mar. De las tenebrosas profundidades saqué cosas de un aspecto extraño y de extraña belleza. Tenían algunas el brillo de una sonrisa, relucían otras como lágrimas y brillaban otras cual si fuesen las mejillas de una desposada.

Quando con la carga del día llegué a casa, mi amor estaba sentada en el jardín y entreteníase en arrancar las hojas de una flor.

Vacíle por un momento, y luego puse a sus pies todo cuanto había sacado del fondo del mar, y quedé ante ella de pie sin pronunciar palabra.

Ella miró todo aquello y dijo: “¿Qué extrañas cosas son éstas? No las he visto nunca, ni sé para qué sirven!”

Yo bajé la cabeza avergonzado, y pensé: “Yo no he combatido por esto, ni tampoco lo he comprado; no es un regalo digno de ella”.

Después, en el transcurso de la noche, fui arrojando a la calle todas aquellas cosas una por una.

Por la mañana pasaron los caminantes, las recogieron y se las llevaron a lejanos países.

IV

Ay de mí, ¿por qué construiría mi casa en el camino que conduce al mercado de la ciudad?

Ellos amarran sus cargados botes en los árboles de mi jardín.

Van y vienen y andan a su antojo.

Yo sentado los contemplo; y el tiempo pasa.

Despedirlos no puedo. Y así sigue mi vida transcurriendo.

Noche y día resuenan sus pasos a mi puerta.

En vano grito: “Yo no os conozco”.

Algunos me son conocidos al tacto, otros por el olfato, y la sangre de mis venas parece reconocerlos, y hasta en sueños me son algunos conocidos.

Despedirlos no puedo. Yo los llamo y les digo: "Venid a mi casa quien quiera que seáis. Venid acá."

Por la mañana repica en el templo la campana.

Ellas llegan con sus cestos al brazo.

Sus pies son de un rosa encendido. En sus rostros aparece la luz temprana de la aurora.

Despedirlas no puedo. Yo las llamo y les digo: "Venid a mi jardín a coger flores. Venid acá."

A medio día suena el gong a las puertas del palacio.

Yo no sé por qué ellas dejan su trabajo y se quedan paradas ante mi vallado. En su cabello hay flores pálidas y marchitas: lánguidas notas se escapan de sus flautas.

Despedirlas no puedo. Yo las llamo y les digo: "La sombra es fresca bajo mis árboles. Venid, amigas."

Por la noche los grillos cantan en la ventana.

¿Quién es esa que se acerca cautelosamente a mi puerta y golpea suavemente?

Apenas si distingo confusamente su faz, no ha pronunciado una palabra, todo lo rodean las sombras del cielo.

No puedo despedir a mi silenciosa huésped. Miro su rostro a través de la obscuridad y evoco las horas de mis sueños.

V

Estoy inquieto. Estoy sediento de las cosas del más allá.

Mi alma divaga a su antojo hasta tocar el confín remoto de la obscuridad.

¡Oh gran más allá! ¡Oh dulce llamada de tu flauta!

Más yo olvido, yo olvido siempre que no tengo alas para volar, que estoy atado a este lugar eternamente.

Estoy ávido y despierto; soy como el extranjero en extraña tierra.

Tu aliento llega hasta mí susurrándome una imposible esperanza.

Tu lengua es tan conocida a mi corazón como la mía propia.



¡Oh remoto más allá! ¡Oh la dulce llamada de tu flauta!

Yo olvido, yo olvido siempre que no conozco el camino, que no poseo el caballo alado.

Estoy inquieto, soy un vagabundo en mi corazón.

En las lánguidas horas soñolientas, ¡qué visión inmensa de ti toma forma en el azul del firmamento!

¡Oh remoto confín! ¡Oh dulce llamada de tu flauta!

Yo olvido, yo olvido siempre que las puertas están cerradas por doquiera en la casa donde moro solitario!

VI

El pájaro cautivo estaba en una jaula, el pájaro libre estaba en el bosque.

Cuando llegó la ocasión se encontraron, así estaba decretado por el destino.

El pájaro libre grita: "¡Oh, amor mío, volemos hacia el bosque!"

El pájaro enjaulado murmura: "Ven acá, vayámonos a morar en mi jaula."

Dice el pájaro libre: "Entre rejas ¿qué espacio hay para desplegar las alas?"

"¡Ay!, dice el pájaro prisionero, yo no sabría de dónde colgar mi nido en el espacio."

El pájaro libre exclama: "Encanto mío, ven a cantar los cantos de los bosques."

El pájaro prisionero dice: "Ven a mi lado, yo te enseñaré el lenguaje de los sabios."

El pájaro del bosque grita: "¡No, oh no! Los cantos no pueden nunca enseñarse."

El pájaro de la jaula dice: "¡Ay de mí, yo no conozco los cantos de los bosques".

Su amor es intenso y vehemente, pero no puede volar ala con ala.

Se contemplan a través de las rejas de la jaula y en vano es su deseo de conocerse mutuamente.

Agitan sus alas y revolotean cantando su mutua simpatía: "Ven, acércate, amor mío."

Y el pájaro libre grita: "No puedo acercarme. Tengo miedo a las cerradas puertas de la jaula."

Y el pájaro enjaulado murmura: "Ay, mis alas están impotentes y muertas."

VII

Oh madre, el joven príncipe va a pasar por nuestra puerta, y cómo es posible que yo atienda mis labores esta mañana?

Enséñame a trenzar mis cabellos y dime qué vestido he de ponerme.

¿Por qué me miras tan asombrada, madre? Ya sé yo que él no dará una sola mirada a mi ventana; ya sé yo que pasará ante mi vista con la rapidez de un relámpago; que solo percibiré el sonido de la flauta, desvaneciéndose a lo lejos.

Pero el joven príncipe va a pasar por nuestra puerta y quiero adornarme con lo mejor que tenga para el caso.

Ay! madre, el joven Príncipe pasó por nuestra puerta y en su carroza reflejaban los rayos del sol de la mañana. Yo aparté a

un lado el velo de mi rostro, arranqué de mi cuello el collar de rubíes y lo arrojé a su paso.

Por qué me miras tan asombrada, madre mía? Ya sé yo que él no recogió mi collar; ya sé yo que éste quedó deshecho bajo las ruedas de su carroza, dejando en el suelo como un reguero de sangre, y que nadie sabe que aquel era un presente para él.

Pero el joven Príncipe ha pasado por nuestra puerta y yo he arrancado una joya de mi seno para arrojarla a su paso.

VIII

Al extinguirse la lámpara de mi alcoba desperté con las aves madrugadoras.

Me senté junto a la abierta ventana, suelto el cabello y adornado con fresca guirnalda.

El joven peregrino venía a lo largo del camino, envuelto en la rósea neblina de la mañana.

Adornaba su garganta un collar de perlas y los rayos del sol daban sobre su corona. Se detuvo delante de mi puerta y me preguntó con voz ansiosa: "¿Dónde está ella?"

Por un exceso de vergüenza no pude decir: "Yo soy ella, joven peregrino, yo soy ella."

Obscurecía y aún no estaba la lámpara encendida.

Yo trenzaba negligentemente mi cabello. El joven viajero vino en su carroza cuando encendido se escondía el sol.

Sus caballos espumoeaban y llevaba el vestido cubierto de polvo.

Apeóse en mi puerta y preguntó con voz cansada: ¿Dónde está ella?

Y por exceso de vergüenza ni pude decir: Yo soy ella, fatigado viajero, yo soy ella.

Noche de abril. La lámpara arde en mi alcoba. Sopla mansamente la brisa. El portero cotorro duerme en su jaula.

Mi corsé semeja por su color el cuello de un pavo real, y mi túnica se ve verde como el pasto tierno.

Sentada en el suelo junto a la ventana contemplo la calle desierta.

A través de la noche oscura sigo siempre murmurando: "Yo soy ella, viajero que te alejas; yo soy ella."

IX

Cuando en la noche voy sola a mi cita de amor, no cantan los pájaros, no susurra el viento, y a ambos lados de la calle reposan las viviendas en silencio.

Sólo se oye el rumor que producen mis propios pasos y yo camino avergonzada.

Cuando sentada a mi balcón estoy atenta al rumor de sus pisadas, no se agita el follaje en la arboleda, y hasta el agua del río, silenciosa, parece una espada sobre las rodillas del centinela que quedare dormido.

Sólo mi corazón golpea y late vigoroso. No sé cómo acallarlo.

Cuando llega mi amado y se sienta junto a mí, cuando mi cuerpo tiembla y mis párpados se abaten, las tinieblas de la noche se condensan, el viento apaga la lámpara, y las nubes ocultan las estrellas con espeso velo. Sólo brila en la oscuridad el collar sobre mi pecho. No sé cómo ocultar su brillo.

X

Deja, doncella, tus labores. Escucha. Ha llegado el huésped.

¿No oyes? Sacudiendo está la cadena que asegura la puerta.

Procura que tus sandalias no hagan mucho ruido y que tus pasos no vayan precipitados al encuentro de él.

Deja, doncella, tus labores, que esta tarde ha llegado el huésped.

No, no es el espíritu del viento, doncella, no te asustes.

Es la luna llena de una noche de abril; en el patio las sombras palidecen; el cielo está limpio y azul.

Echate el velo, sobre el rostro, si lo deseas, sal a la puerta con la lámpara, si tienes miedo.

No, no es espíritu del viento, niña, no te asustes.

No hables con él una palabra, si tienes recelo, quédate junto al umbral de la puerta cuándo lo recibas.

Si algo te pregunta y así lo quieres, puedes bajar los ojos en silencio.

No dejes que se oiga el tintineo de tus



pulseras y brazaletes, cuando con luz en la mano vayas a recibirlo.

No hables con él una palabra, si tienes recelo.

¿No has terminado aún tus labores, niña? Escucha, ha llegado el huésped.

¿No has encendido la lámpara en el establo? ¿No has preparado el canastillo para el servicio de la tarde?

¿No te has puesto en la raya del peinado el rojo adorno que da fortuna? ¿Y no has hecho tu tocado para la noche?

Oh, niña, escucha, ¿ha llegado el huésped? Deja ya tus labores.

XI

Ven como estés. No te entretengas en el tocador.

Si tu cabello está suelto, si la raya de tu peinado, no está derecha, si los cordones de tu corsé se han aflojado, no te importe. Ven como estés. No te entretengas en el tocador.

Ven, apresúrate por los pasteles.

Si humedece tus pies el rocío, si los aros de cascabeles se aflojan en tus tobillos, si las perlas se salen de tu collar, no te importe.

Ven, apresúrate por los pasteles.

¿Ves las nubes que encapotan el cielo?

Las grullas vuelan en bandadas desde la opuesta orilla del río y locas rachas de viento sacuden los matorrales.

El ganado se apresura, atemorizado, camino de sus establos en la aldea.

¿Ves las nubes que escapotan el cielo?

En vano enciendes la lámpara de tu cuarto; el viento la hace vacilar y la apaga.

¿Quién creará que tus párpados no han sido pintados de negro de humo, cuando se ven tus ojos más negros que nubarrones de tormenta? En vano enciendes la lámpara de tu cuarto, el viento la apaga.

Ven como estés; no te entretengas en el tocador.

Si tus trenzas no están bien hechas, no te importe; si la cadena de tus pulseras está suelta no te preocupes.

El cielo está cubriéndose de nubes; ya es tarde.

Ven como estés; no te entretengas en el tocador.

XII

Si te sientes diligente y quieres llenar tu cántaro, ven, ven a mi laguna.

El agua se arremolinará a tus pies y te murmurará su secreto.

En la arena se dibuja la sombra del temporal que se aproxima, y las nubes se prenden en girones entre la línea azul de las copas de los árboles, semeando la maraña de tus cejas.

Conozco bien el sonido de tus pisadas, que repercuten en mi corazón.

Ven, ven a mi laguna, si quieres llenar tu cántaro.

Si estás ocioso y quieres solaz y descanso, deja tu cántaro que flote sobre el agua y ven, ven a mi laguna.

En su inclinada orilla verdea la yerba del pasto y hay flores sin cuento.

Por tus negros ojos saldrán a vagar tus pensamientos como pájaros que vuelan de sus nidos.

Tu túnica caerá a tus pies.

Ven, ven a mi lago si necesitas solaz.

Si quieres renunciar a tus juegos y sumergirte en el agua, ven, ven a mi laguna. Deja tu túnica azul recogida en la orilla; el agua azulada te cubrirá y ocultará tu cuerpo.

Las ondas se apresurarán ansiosas a besar tu cuello y a susurrar en tus oídos.

Ven, ven a mi laguna, si quieres sumergirte en el agua.

Si sientes la locura y buscas la muerte, ven, ven a mi laguna.

Es fresca e insondablemente profunda.

Es tranquila como un dulce sueño.

En sus profundidades no existe el día ni la noche y reina el silencio.

Ven, ven a mi laguna, si ansfas sumergirte en la muerte.

XIII

Yo nada pregunté, tan sólo estuve en el lindero del bosque detrás de la arboleda.

La languidez se mostraba aún en los ojos de la aurora y había rocío en la atmósfera.

El penetrante olor del pasto húmedo flotaba sobre la tierra envuelto en la espesa neblina.

A la sombra de un banano ordeñabas la vaca con tus manos, suaves y frescas como la mantquilla.

Y yo permanecía de pie, clavado en el suelo.

No hablé una palabra. Fué un pájaro el que interrumpió el silencio cantando desde la espesura del bosque.

El mango desparramaba sus flores por el camino de la aldea y las abejas iban zumbando de una en una.

Al lado del estanque la puerta del templo de Shiva estaba abierta y el sacerdote había comenzado su canto.

Con la vasija en tu falda tu segufas ordeñando la vaca.

Yo continuaba a pie firme con mi copa vacía.

Y no me acerqué a tí.

Resonaban en el aire los golpes del gongo en el templo.

Las pisadas del conducido ganado levantaban por el camino nubes de polvo.

Con sus cántaros a la cadera venían las mujeres del río.

Tintineaban tus brazaletes y saltaba la espuma por la boca de tu cántaro.

Expiró la mañana y yo no me acerqué a tu lado.

XIV

Iba yo paseando por el camino sin saber por qué; avanzaba la tarde y crugían las ramas del bambú agitadas por el viento.

Las sombras precipitábanse extendidos los brazos asiéndose a los pies de la luz que huía.

Los koels estaban cansados de sonar.

Yo iba paseando por el camino sin saber por qué.

A la orilla del agua está la choza, a la sombra de un árbol corpulento.

Algún se afanaba en sus labores, mientras cerca resonaban en el aire las notas dulces de una flauta.

Sin saber porqué, me quedé parado delante de esta choza.

El sendero estrecho y tortuoso serpentea a lo largo de inmensos mostazales y bosques de mangos.

Pasa por delante del templo de la aldea y por el mercado junto al desembarcadero del río.

Sin saber porqué, me quedé parado delante de esta choza.

1

Hace años, recuerdo de un día frío de marzo, en que débil empezaba a escucharse el murmullo de la primavera y las flores del mango alfombraban el suelo.

El agua juguetona lamía y acariciaba un cántaro que esperaba en las escaleras del embarcadero.

Sin saber porqué, me ha venido a la memoria el recuerdo de ese día frío de marzo.



Las sombras se van condensando y el ganado retorna a sus establos.

La luz es gris sobre las desiertas praderas y los aldeanos esperan en la orilla del río la barca transportadora.

Yo vuelvo lentamente sobre mis pasos, sin saber porqué.

XV

Voy corriendo como el desmán que corre a la sombra del bosque, enloquecido con su propio perfume.

La noche es noche de mediados de mayo, y la brisa es brisa del sur.

He perdido mi camino y voy errante, busco lo que no puedo encontrar y encuentro lo que no busqué.

Sale de mi corazón y danza ante mis ojos la imagen de mis ansias.

La fulgurante visión se esfuma.

Trato de asirla con firmeza, pero me burla y me deja extraviado.

Busco lo que no puedo encontrar y encuentro lo que no busqué.

XVI

Enlazadas las manos en las manos, fijos los ojos en los ojos: así comenzó el romance de nuestros corazones.

Brilla la luna en una noche de marzo; embalsama el aire el perfume del *henna*; mi planta yace en el suelo olvidada, y tu guirnalda de flores está inconclusa.

Este amor entre nosotros es sencillo como un canto.

Tu túnica color de azafrán emborracha mi vista.

La guirnalda de jazmines que tú me tejió penetra hasta mi corazón como una plegaria.

Es el juego de dar y tomar, de mostrar y esconder de nuevo; algunas sonrisas, algunos ligeros enojos y alguna riña tan inútil como agradable.

Este amor entre nosotros es sencillo como un canto.

Nada de misterio para el porvenir; nada de lucha por un imposible; ninguna sombra que vele el encanto; nada de bucear en las profundidades de la obscuridad.

Este amor entre nosotros es sencillo como un canto.

No hemos agotado las palabras para suministrar después en eterno silencio; no hemos levantado las manos en alto para implorar algo sin esperanza.

Nos contentamos con lo que damos y conseguimos.

No hemos gustado el placer con demasiada para apurar después el dolor hasta las heces.

Este amor entre nosotros es sencillo como un canto.

XVII

El jilguero canta en la enramada y hace saltar de alegría mi corazón.

Ella y yo vivimos en el mismo pueblo y este es nuestro único motivo de satisfacción. Su pareja de corderos regalones viene a palear a la sombra de los árboles de nuestro jardín.

Cuando se extravían internándose por nuestros cebadales yo los recojo en mis brazos.

Kanjana se llama nuestra aldea y a nuestro río lo llaman Anjana.

Mi nombre es conocido en todo el lugar y ella tiene el nombre de Ranjana.

Sólo una heredad nos separa.

Las abejas que han formado su colmena en nuestro jardín van a buscar la miel al suyo. Las flores arrojadas desde las gradas de su embarcadero vienen flotando por la corriente en que nosotros nos bañamos.

Los castillos de flores secas de *kusni* vienen de su propiedad a nuestro mercado.

Kanjana se llama nuestra aldea y a nuestro río lo llaman Anjana.

Mi nombre es conocido en todo el lugar y ella tiene por nombre Ranjana.

XVIII

Cuando las dos hermanas van a buscar agua, llegan a este sitio y sonríen.

Tienen que precaverse de alguien, que acecha en pie tras de los árboles cuando ellas van a buscar agua.

Las dos hermanas se hablan en secreto al llegar a este sitio.

Preciso es que hayan sorprendido al secreto de ese alguien que acecha en pie tras de los árboles cuando ellas van a buscar agua.

Se ladean sus cántaros de repente y el agua se derrama cuando ellas llegan a este sitio.

Seguramente han sorprendido ellas los latidos del corazón del que acecha en pie tras de los árboles cuando van a buscar agua.

Las dos hermanas se miran una a otra, cuando llegan a este sitio, y sonríen.

Hay como una risa en los pasos precipitados de sus pies, que turba y confunde el alma del que acecha en pie tras de los árboles cuando ellas van a buscar agua.

XIX

Tu caminabas por el sendero que bordeaba el río con el cántaro lleno a la cadencia.

¿Por qué de pronto volviste el rostro y me miraste curiosa a través de tu flotante velo?

Ese relámpago de tu mirada que partió de la obscuridad, llegó a mí como la brisa que arrastra un despojo a través de las ondas juguetonas y lo deposita en la sombreada orilla.

Llegó a mí como el pájaro nocturno que atraviesa en su vuelo precipitadamente el cuarto sumido en la obscuridad, desde una ventana abierta a otra, y desaparece en la noche.

Tú estabas oculta como una estrella tras de una colina y yo iba por el camino.

Pero porqué te detuviste de repente y me miraste a través de tu velo, mientras caminabas por el sendero que bordea el río con el cántaro lleno a la cadera?

XX

Día tras día él llega y se va.

De, y dale una flor de mis cabellos, amiga mía.

Si te pregunta quién es que se la envía, yo te ruego que no le digas mi nombre, porque él no hace más que venir y alejarse.

Está sentado en el suelo a la sombra de los árboles.

Fórmale allí un asiento de hoja y de flores, amiga mía.

Sus ojos están tristes, y su tristeza penetra hasta mi corazón.

Nada dice de lo que tiene guardado en el alma; no hace más que venir y se aleja.

XXI

¿Por qué al joven peregrino, se le ha ocurrido acercarse a mi puerta, cuando alborota el día?

Cuando yo entro y salgo paso siempre por delante de él y mis miradas se encuentran con las suyas.

No sé si deba hablarle o guardar silencio. ¿Por qué se le ha ocurrido llegar a mi puerta?

Las noches de julio están oscurecidas por densos nubarrones; en el otoño el cielo aparece tenuemente azul; los días de primavera son turbados por el viento del sur.

El crepúsculo siempre sus canciones con frescas notas.

Yo regreso de mi trabajo y mis ojos se

impregnan de la niebla. Por qué se le ha ocurrido llegar a mi puerta?

XXII

Cuando pasó a mi lado con su paso medido, me tocó el ruedo de su falda.

De la isla misteriosa de un corazón vino un repentino viento cálido de primavera.



Sentí una impresión extraña que se desvaneció al momento, cuál si me hubiese rozado el pétalo arrancado de una flor y arrebatado por el viento.

Cayó sobre mi corazón como un suspiro de su pecho y como un latido de su corazón.

XXIII

¿Por qué estás aquí sentada, haciendo sonar tus pulseras en ociosa diversión?

Llena tu cántaro. Es ya hora para tí de regresar a casa.

¿Por qué agitas el agua con tus manos y miras de cuando en cuando hacia el camino como esperando a alguien, en ociosa diversión?

Llena tu cántaro y vete a casa.

Se van deslizano las horas de la mañana, el agua sombría corre.

Y las ondas juegan triscadoras, murmurándose unas a otras en ociosa observación.

Las nubes errantes se han aglomerado al extremo del cielo en el remoto confín.

Desde allí están suspensas contemplando y sonrien en ociosa diversión.

Llena tu cántaro y vete a casa.

XXIV

No guardes para tí sola el secreto de tu corazón, amiga mía!

Dímelo a mí, sólo a mí, sigilosamente.

Tú que sonries tan gentilmente, murmura tu secreto dulcemente; te escuchará mi corazón, no mi oído.

La noche es profunda, la choza está en silencio, y los pájaros duermen tranquilos en sus nidos.

Comunicame a través de tus lágrimas temblorosas, a través de tus sonrisas vacilantes, a través de tu dulce turbación y de tu pena, el secreto de tu corazón.



HACIENDO RECUERDOS

UNA VISITA AL MINISTRO DE CHILE EN FRANCIA

Con el Diplomático, con el Patriota, con el Político, con el Médico

Por _____

Fernando Bruner Prieto

Al enviar mi primera correspondencia a "Pacífico Magazine" pensé que lo más natural habría sido, según muchos, contar algo de este ambiente nuevo y extraño que ofrece la Europa en guerra aunque sea un tema ya tan explotado si bien, siempre, interesante y novedoso; decir algo de aquende los Pirineos, de esta gran tierra francesa engendradora de sabios, de hombres de letras y de artistas pero hoy día más grande por sus bravuras y sus héroes; esbozar algo, en fin, que refleje este único París del presente, cuyos sabios, hombres de letras, artistas, y hasta el último francés se agita y vive por un mismo sentimiento: Patria, sacrificio, victoria, paz. Pero he querido esperar un momento solamente, antes de hablar sobre estos temas que requieren, para el que llega, reposo y observación, contacto con gente de acá y sobre todo buena orientación.

En estos días encontré en París con un distinguido literato y periodista de hispano-américa, quien, al hablarme de Chile empezó por nuestro Ministro en Francia don Federico Puga Borne, empleando palabras de alto elogio y considerándolo grande como estadista, como diplomático, como americanista y como hombre de ciencia.

Y nuestra conversación rodó sobre el 18 de septiembre que acababa de pasar, y de lo melancólico que resulta el día patrio cuando se está tan lejos de ella. Y al hablar de la hermosa y brillante recepción ofrecida por el Ministro señor Puga recordé también un hecho que no se verificaba desde hacía muchos años: la visita de Mr.

W. Martin, jefe del Protocolo, que presentó al señor Puga Borne las felicitaciones y saludos de Mr. Briand, Presidente del Consejo. En esto, me agregó, hay que ver un gesto del Gobierno francés hacia la persona del señor Puga Borne por quién tiene deferencias y simpatías especiales.

La suntuosa recepción en la Legación de Chile tuvo un sello especial, y el joven literato me lo dijo entusiasmado: un conjunto de elegancias, bellezas y distinción que no es fácil encontrarlo tan homogéneo entre otros países de la América; muchos chilenos y chilenas, agregó *tout a fait chic*, que acudieron a cumplimentar al señor Puga y señora por el día patrio y como una adhesión y simpatía hacia el Ministro que próximamente va a partir.

Yo le refería después todo esto al señor Puga, y él sonreía satisfecho diciéndome: verdaderamente la dama chilena lleva a todas partes el exponente de nuestra cultura y nuestra raza, y donde he visto un grupo de ellas en los salones de Europa he visto también respeto, admiración y simpatía.

Y en la recepción del Ministro de Chile fueron todos testigos de una nota delicada y simpática, cual fué la lectura de innumerables cartas y telegramas de felicitación de parte de los valientes *poilus* de Francia, nacidos en Chile, y que hoy combaten en el frente.

Todo lo dicho me ha inducido a empezar esta serie de entrevistas por nuestro Ministro en Francia, el doctor Puga Borne, a quien no he manifestado mis intenciones de

repórter por no hacermé ni odioso, ni temible. Sé que él puede decirnos cosas de alto interés; sé que se complace en recordar nuestro país, que conoce como pocos; y sé también cuánto conoce y sabe de los hombres de la Francia, donde, hace varios años, nos ha representado dignamente.

Y haciendo un buen ánimo, por temor de no acertar, me dije **en route**.

Cuando llegué a la Legación, el Ministro despachaba con el primer Secretario, señor Gana Edwards. Pasé a hacer antesala a un hall gótico, oscuro y misterioso como un oratorio medioeval, entre cuyas estatuas reconocí al místico de Asís arrebujaado en su capucha.

No tardé mucho en ser anunciado y luego me encontré en el despacho del señor Ministro.

No ha cambiado notablemente a pesar de sus quebrantos de salud. Cuando avanzó hacia mí, para tenderme su mano, pude apreciar en su alta figura, su rostro pálido y ennoblecido por su luenga barba cana que infunde respeto y simpatía; es el guerrero en reposo, ageno de la lucha lugareña, dedicado a su hogar y a sus labores diplomáticas. El rosetón rojo de Gran Oficial de la Legión de Honor nos honra y la merece: Fuera del ex-Ministro argentino en París, don Ernesto Bosch, que fué en seguida Ministro de Relaciones en su país, es el único sud-americano que lo lleva y significa no tanto una alta manifestación del Gobierno francés hacia nuestro país, como una distinción hacia su persona que ha logrado captarse respetos y simpatías en las altas esferas oficiales.

El señor Ministro ha ocupado las últimas tardes del verano en apuntar recuerdos y en hacer reminiscencias de los asuntos internacionales en que le ha tocado intervenir. En sus puestos de Diputado, Senador, miembro de la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado, de la que fué secretario durante muchos años, en el Ministerio de Relaciones Exteriores, y en el desempeño de su alto cargo diplomático, le ha tocado intervenir en todos, creo, los negocios importantes que ha tenido que arreglar nuestro país: con la Argentina, con Bolivia, con Perú, con Ecuador, con Estados Unidos, con Brasil, con Francia y con España. Varios cuadernos llenos... de co-

sas muy interesantes para nosotros y para los internacionalistas de hispano-américa. Son las evocaciones del viejo Canciller; lo que tal vez no está en protocolos ni en notas archivadas... pero sí en la felicísima memoria del Ministro y del político que dió rumbo a nuestra Cancillería y que, junto con el recordado Barón de Río Branco, orientó la política de la América latina.

—Para publicarlo?—dije yo.

—Nó. Con intenciones póstumas... Hay muchas cosas que podrían mortificar...

De esos cuadernos algo leí, pues el doctor quiso ver mi destreza en interpretar abreviaturas y caracteres enmarañados y difíciles, pero quiero respetar lo que yo adivino de su voluntad y de su prueba de confianza para no decir lo que en ellos se quedó muy en silencio.

—Después de mis días, agregó, con una sonrisa juvenil.

Nuestra conversación rodó, no sé por qué, sobre Bolivia y sobre una de las negociaciones internacionales más importantes que la Administración de don Germán Riesco realizó. Me refiero al Tratado de Paz y Amistad con Bolivia en 1904.

Fué allá por los primeros tiempos del Gobierno de don Germán, siendo Ministro de Relaciones Exteriores don Eleodoro Yáñez.

Voy a hacer recuerdos por la curiosa e importantísima participación que le cupo al señor Puga Borne, siempre diplomático, siempre político, siempre deseoso del acercamiento y de la amistad de nuestra América.

Nuestras relaciones con Bolivia estaban por ese entonces algo quebrantadas y su Legación en Santiago retirada desde hacía largos años, por la no aprobación de los tratados de 1895, cuando llegó a Chile, de paso para Londres, donde iba acreditado como Ministro de Bolivia, don Avelino Aramayo. Este caballero se detuvo en Santiago para visitar algunos miembros de su familia entre los que se contaban la señora Vega de Puga Borne. Conocedor el señor Puga de la influencia que el señor Aramayo tenía sobre cierta parte de la opinión de su país, como así mismo de su amistad con el Presidente de esa República, y sus opiniones vertidas en la prensa sobre la conveniencia de hacer la paz definitiva con Chile, pre-

guntó al señor Aramayo si no le parecía posible aprovechar de su estada en Santiago para tratar de arreglar definitivamente la situación entre los dos países, agregándole el señor Puga que por su parte estaba a su disposición si quería entrar en relaciones con nuestro Presidente.

El señor Aramayo contestó que nada le sería más grato que contribuir a tal arreglo y que creía poder obtener, llegado el caso, credenciales de su Gobierno.

Entró enseguida el señor Puga a ponerse de acuerdo sobre las bases del tratado para poder transmitir las al Presidente Riesco antes de solicitar de él una entrevista para el señor Aramayo.

Comenzó el señor Puga por decirle que la base esencial, era el desistimiento de Bolivia a toda exigencia de puerto en el Pacífico; ya que no era posible cederles el de Arica, necesario para la seguridad de nuestro territorio, ni el de Pisagua que vendría a cortar la continuidad del mismo, agregándole que Bolivia pidiera una compensación de otra índole más diversa.

Estuvo de acuerdo don Avelino Aramayo en la renuncia al puerto, que para él tenía ciertos inconvenientes relacionados con la seguridad política interior de su país, expresando que él optaba por una compensación en dinero, pero no en la forma de tal, sino en la de ferrocarriles construídos a fin de asegurar dicha destinación al capital.

Propuso igualmente el señor Puga Borne se mantuviese la disposición de los tratados anteriores, que impone a Chile el pago de los créditos que gravaban el litoral transferido, tomando en cuenta esta obligación al fijar la cuantía de la indemnización.

Expresó el señor Aramayo que era para él indiferente el dejar a Bolivia o encargar a Chile del pago de estas deudas, accediendo ante la reflexión que le hizo el señor Puga de que así se facilitaría enormemente su aprobación por nuestro Congreso, pues la mayor parte de aquellos créditos estaban en poder de chilenos que ya consideraban como un hecho su pago por Chile.

En resumen. El señor Aramayo quedó de acuerdo en un tratado de Paz y transferencia del territorio sobre estas tres bases: 1.º, nada de puerto en el Pacífico; 2.º, indemnización en dinero para construir un ferrocarril; y 3.º, pago por Chile de las

deudas bolivianas que gravaban el territorio cedido.

El señor Puga Borne transmitió al Presidente las conclusiones a que había llegado, resolviendo el Excmo. señor Riesco recibir en audiencia al señor Aramayo, quién fué presentado a la Presidencia por el propio señor Puga.

Al día siguiente decía don Germán a don Federico: "nos hemos entendido y hemos quedado perfectamente de acuerdo con el señor Aramayo; lo he puesto en relaciones con el Ministro del ramo y confío que obtendrá credenciales de su Gobierno."

Las negociaciones así entabladas por el señor Puga Borne, fueron las que, una vez acreditado el señor Aramayo, llegaron a constituir el Tratado de Paz y Amistad con Bolivia en 1904.

Labor hasta ahora anónima, conocida por muy pocos, y que tal vez, ni estampada quedó en algún polvoriento legajo de nuestra Cancillería. Es ley de la vida: unos siembran y otros...

Aprovechando la animación del señor Ministro al recordar cosas pasadas y notando en él la nostalgia del batallador por una idea que le absorbió todo su tiempo agotándole su físico, la diplomacia chilena, le pregunté del Perú. Y a quién mejor que a él, a él que le cupo recibir a los Ministros Alvarez Calderón y Seoane, después de la reanudación de relaciones y que posee el secreto de la vieja cuestión?

—¿Fuma usted?, me dice, levantándose de su asiento, ofreciéndome cigarrillos y aproximando un cenicero.

Este paréntesis inesperado me turbó y creí haber preguntado demasiado. El señor Puga no habla ya con tanta animación, temo fatigarlo, aunque su tono me dice que le he recordado cosas que mucho lo preocuparon y que anheló terminar.

Me dice, más o menos, cuánto hizo en aquella época por restablecer la confianza y la armonía entre los dos países.

Recuerda una serie de pequeños negocios preliminares que arregló con el señor Álvarez Calderón, y varias proposiciones que tuvo el honor de hacerle al señor Seoane, tendientes no sólo a arreglar nuestra vieja cuestión de límites, sino que a poner todas las relaciones entre los dos países en el mejor pie posible.

“Estoy convencido, me dijo, de que perseverando en una vía semejante habrá de llegarse a descubrir una solución capaz de satisfacer, dentro de lo humanamente posible, los intereses y aspiraciones de uno y otro país para mayor honor y provecho de ambos.”

—¿Se necesitará la intervención de naciones amigas?

—El arreglo no creo que esté sujeto a la influencia de amistades ajenas; creo que tendrá que derivarse de la libre y espontánea voluntad de los dos interesados.

—Y ya que del Perú le he hablado al señor Ministro, voy a anotar aquí una observación que me hizo una vez mi querido amigo don Augusto Thompson, quién en varios años de estadía como Cónsul en el Perú, pudo constatar que ninguno de los hombres políticos chilenos, que han intervenido en nuestras relaciones con dicho país, goza de mayor simpatía en las diversas esferas, que don Federico Puga Borne. Y esto, no tanto porque los peruanos hayan creído ver en él un hombre más amigo del Perú que de Chile, sino porque se han dado cuenta que lo anima un espíritu verdaderamente americanista.

Relato en seguida al señor Ministro un encuentro casual que tuve en un café de París con un caballero que lleva un nombre muy ilustre en la historia de la América, quien, ausente largos años de su país, me hizo preguntas varias sobre Chile y sobre “ese mito que se llama el A. B. C. Sud-Americano”. Pedí al señor Puga me ilustrara algo sobre esta fórmula extraña y desconocida que tuvo por resultado la ruidosa visita de los Cancilleres, y, según entiendo, por origen, al mismo señor Puga cuando en 1907 pasó por nuestra Cancillería.

—Habría mucho que hablar sobre la materia, me dijo el Ministro resueltamente.

Como yo insistiese con otra pregunta más sobre el particular, se levantó hacia su escritorio y tomando un legajo de papeles, entresacó, con la ligereza del que conoce su archivo, un recorte de diario pegado sobre hojas de papel. Me lo alargó diciendo: si quiere usted saber algo del A. B. C., lea este artículo publicado en Chile hace dos años. Aunque no es la idea exacta de la cosa, algo refleja, pues su autor don José Miguel Echenique, tuvo ocasión de conocer

en mucha parte esta negociación. Llévase Ud. que ya me lo devolverá...

Ni el señor Puga, ni yo nos dimos cuenta de que junto al artículo de “El Mercurio”, venía prendida una carta particular dirigida a él a raíz de la firma de los pactos.

Del artículo, ya que el señor Ministro nada me ha dicho, he tomado lo siguiente:

“En el curso del año 1908, siendo Ministro de Relaciones del Brasil el Barón de Río Branco, de Chile don Federico Puga Borne y de la Argentina don Estanislao Zeballos, se habló y se escribieron muchas notas, que aún no han sido publicadas, sobre el A. B. C., sobre limitación de los armamentos, sobre equivalencia naval y sobre acercamiento comercial de los tres países. No recuerdo haber visto consignada en esa correspondencia la idea del “arbitraje obligatorio”; pero sí estoy seguro de que no pasó por la mente de los distinguidos diplomáticos la de una alianza “ofensiva”. Su discusión, en esos términos vagos tan estimados en la diplomacia, versaba sobre una **entente cordiale**, con proyecciones hacia una alianza defensiva para ciertos y determinados casos”.

“Estoy seguro de que el Barón fué quien dió a la negociación el nombre de A. B. C., haciendo coincidir las iniciales de las tres Repúblicas con la idea de un pacto fundamental, destinado a servir de base para el engrandecimiento y la tranquilidad de Sud-América”

—Nó, me interrumpe el señor Ministro. Quién bautizó el A. B. C. fué un periodista brasileño muy respetado, del tiempo de la monarquía, que se llama Carlos de Laet. El publicó un gran artículo tan pronto se trasluzó en la prensa el proyecto de unión.

“Ese año de 1907, presentó una ocasión muy favorable para fundar el A. B. C. El Ministro de Chile señor Puga Borne, representaba en nuestra Cancillería la amistad tradicional con el Brasil, y el Presidente don Pedro Montt, aprovechaba todas las circunstancias para exteriorizar sus propósitos de hacer extensiva esa misma amistad a la República Argentina.

“El Ministro Puga Borne procuraba armonizar y mejorar la situación difícil existente entre Río y Buenos Aires, y se mantenía en amistoso equilibrio. Representaban a sus países en Santiago los señores Enrique Lisboa y Lorenzo Anadón.

“El señor Lisboa era un diplomático de carrera, fino y discreto, que supo mantener las tradiciones de los Ministros brasileiros señores d’Aguir, da Ponte Ribeyro, Cavalcanti y Costa Motta.

“El señor Anadón era un juriconsulto y un político que, durante los años que permaneció en Santiago, logró afianzar de una manera definitiva la sinceridad de la amistad chileno-argentina.

“Cuando el señor Lisboa entraba casi diariamente al salón de despacho del señor Puga Borne, éste le decía, señalándole un sillón vacío: allí está sentado el señor Anadón. Y cuando horas más tarde, pasaba por la Cancillería el señor Anadón, al ser saludado en la forma más afectuosa, se le señalaba el sillón en que, durante la conversación, debía suponerse sentado al señor Lisboa.

“De esa manera logró el señor Puga Borne, crear una atmósfera de amistad y de confianza que contribuyó a relegar en el olvido antiguas querellas y rivalidades pasadas”.

—¿Qué le movió a Ud., señor Ministro, a iniciar el proyecto de unión entre los tres países?

Como una curiosidad anecdótica el doctor hace recuerdos de una triple coincidencia, pues los tres Cancilleres habían dado publicidad a opiniones favorables, en cierto modo, a la idea: el Barón de Río Branco, en una carta dirigida a un diplomático argentino, formuló el anhelo de ver unidas nuestras tres Repúblicas en una **entente cordiale**; el doctor Zeballos, en un artículo de su “Revista” diplomática, había propuesto en una ocasión la idea de un arreglo directo de la cuestión de límites con Chile, combinada con ciertos deseos de unión Sud-americana; y el Canciller señor Puga Borne había proclamado francamente, en una sesión del Senado, su ideal de una confederación de todos los Estados sud-americanos en una, dos, o tres grandes agrupaciones con el propósito de reducir las probabilidades de guerras internacionales, de prevenir

las revoluciones intestinas, y a fin de asegurar el desarrollo tranquilo y natural de los pueblos que habitan la América haciéndolos más respetables ante la comunidad de las naciones. A lo que habría que agregar la voluntad decidida y empeñosa del Presidente don Pedro Montt para consolidar y hacer fructíferas la antigua amistad de Chile con el Brasil, y la armonía recientemente establecida, por ese entonces, entre la Argentina y Chile. Y así fué que en las gestiones que inició en 1907 y que han terminado con el A. B. C. se había alcanzado ya a hablar de la entrada en la combinación de otros países como el Perú y el Ecuador.

La carta a que me referí anteriormente, y que venía prendida al artículo de “El Mercurio”, está firmada por un diplomático residente en Europa y termina así:

“Usted se empeñó en aquella época para realizar esta misma obra, aún en una forma mucho más extensa. En verdad, es Ud. el verdadero iniciador de esta cordial inteligencia que, si no pudo entonces realizarse por circunstancias muy ajenas a sus esfuerzos, quedó ya esbozada a la espera de un buen momento para ser finiquitada.

Al felicitar al señor Lira por la subscripción del Pacto, cumulo con el grato deber de felicitar también a Ud, que, durante su paso por el Ministerio, consagró muy patrióticos esfuerzos a iniciar y a hacer camino a esta obra de cordial inteligencia entre Chile, Argentina y Brasil.”

✻ ✻

Estaba yo aún distraído con mi artículo cuando el señor Ministro, revolviendo papeles y riendo francamente, me dice:

—Aquí hay un incidente muy curioso, muy curioso; a mí nunca me ha elogiado nadie... Digo mal, me han elogiado algunas veces, pero las dos que me han tocado más de cerca son dos que me han alabado por equivocación...

Y recuerda a ese habilísimo y desgraciado muchacho que siendo su amanuense particular escribía en la prensa bien pensados artículos de política local e internacional. No necesitaba más de quince minutos de conversación con Navarrete para hablarle de cien variados asuntos que él debía traducir en cartas o notas a diversas personas.

Navarrete nunca hacía apuntes, pues tenía una memoria prodigiosa, y con una discreción, y tino dignos de mejor suerte cumplía como nadie su delicada ocupación. Atrapando aquí y allá, con un buen sentido que todos recordarán, redactaba esos espléndidos artículos que firmaba Etwas, de los que a su muerte dijo "El Mercurio" como el mejor elogio: "Valían tanto que todo el mundo los creía salidos de la pluma del Ministro."

En otra oportunidad, cuando el Senador Rivera trató magistralmente la cuestión Alsop en el Senado, llevó consigo la copia de una nota de nuestra Cancillería en que se contestaba a la Legación de los Estados Unidos dicha famosa reclamación. Y el señor Rivera dijo que en aquella nota terminaba el Ministro señor Rafael Balmaceda con una declaración que honra a éste señor como Ministro de Estado y que le honra a la vez como defensor de los intereses de la República de Chile.

Pero la copia de la nota estaba equivocada de fecha, y en la sesión siguiente del Senado el señor Rivera tuvo que rectificar diciendo que dicha nota era de 1908 época en que fué subscrita por don Federico Puga Borne. El Senador Rivera repitió entonces que había estudiado profundamente esa nota, encontrándola digna del más alto encomio, y comentando que se hubiera abandonado el rumbo que ella trazaba, único verdadero.



El señor Ministro tiene, al parecer, cierta complacencia en conversar y hacer recuerdos de la política de nuestro país, de nuestros Presidentes a partir de Santa María, de la vida parlamentaria, etc.... y su charla es amenísima por su facilidad de expresión y su derroche de anécdotas. Y se se comprende, pues, durante treinta años ha sido un luchador infatigable y uno de los políticos que más de cerca han estado en la cosa pública de nuestro país: como parlamentario, como Ministro de Estado, como médico y como diplomático.

Posée una facultad retentivo sorprendente y de ahí que recuerde, con un lujo de detalles, fechas y nombres, todos los negocios públicos en que le ha tocado intervenir.

Aunque él se ha manifestado muy complaciente de nuestros momentos de charla he temido cansarlo hablándole de política, pues a mi pregunta de si ha tenido alguna vez en el extranjero nostalgia de la política, me contestó con un nó desdenoso que me indicó los muchos sinsabores que ella le ha proporcionado.

—No he sentido, agregó, la nostalgia de la política, la que he sentido es la de la Patria, pues con el tiempo y la distancia parece que se avivan los recuerdos, las impresiones y los afectos. Lo que no es raro en un hijo de Chile, pues nuestra tierra, como ya nadie lo ignora, es la más bella del mundo.

Y en confirmación le referiré que éste ha sido el tema tocado por dos de los Soberanos con quienes he tenido ocasión de conversar en Europa, y que hoy, por desgracia, se hallan situados en los dos polos opuestos del mundo. El Rey de Bélgica y el Czar de Bulgaria.

Este último, en cuanto le fuí presentado, recordó que un primo suyo, un príncipe que acaba de visitar nuestro país, le había referido que era allá donde él había visto el cuadro más hermoso de la naturaleza, así como la más cortés acogida de la gente.

Conoció al Rey Alberto cuando era príncipe heredero. Venía de terminar su viaje por el Africa y le pregunté si no pensaba hacer otro parecido por el Nuevo Mundo. Algunos años después, cuando el Rey vino a París, apenas me reconoció dijo: "No me conformaré nunca con no haber alcanzado a realizar una visita a la América del Sur y haber conocido ese interesante país de Chile, tan bello y pintoresco, donde se puede gozar de todos los espectáculos y paisajes como que tiene todas las latitudes y todas las altitudes."

Frase gráfica y expresiva que sin duda no ha sacado de un libro el simpático e ilustrado Soberano de los belgas!



Hablemos de Francia, doctor, de este país que Ud. tan bien conoce y que habita ya siete años. Hablemos de la guerra, del triunfo de los aliados, en fin de la paz, que es lo que todos debiéramos de desear.

Pero yo me olvidó que detrás del doctor

está el diplomático, y el Ministro sonríe y calla. Me he convenido que la guerra no es un tema abordable y le refiero una observación que me hizo hace muy poco un oficial del ejército francés respecto al poco interés que ha demostrado la Francia en cultivar efectivamente las relaciones materiales con la América Latina.

—La Francia, me dice el señor Ministro, tiene la expansión espiritual, es decir, artística, científica y política, en tanto que la Alemania tiene el dón de la expansión material por medio de la industria y de la persona, exportando los productos comerciales y derramando la familia alemana en todos los ámbitos del mundo.

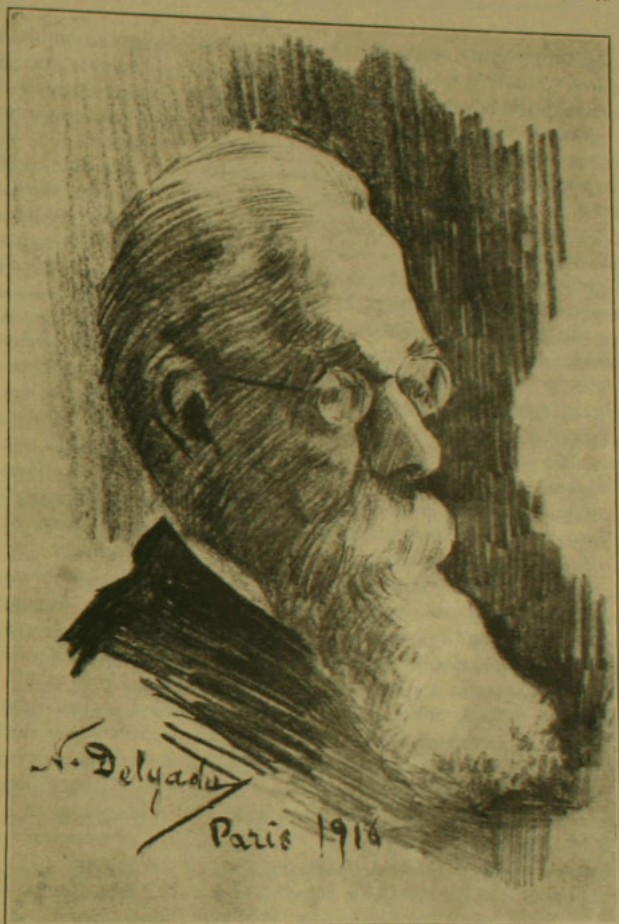
—Y después de la paz, ¿qué actitud asumirá la Francia respecto a la América española?

—La actitud tradicional de la Francia en sus relaciones con nuestros países, impregnada siempre de un espíritu conciliador, respetuoso, y tolerante es la mejor garantía para el porvenir.

—Y respecto a la idea que muchos tienen que deliberadamente la Francia se haya negado a suministrar instructores militares a nuestro país...

—La experiencia que yo tengo dice lo contrario.

Se me pidió que contratara un profesor de aeronáutica superior, para nuestra Escuela de Aviación. Estudiado el punto creí que lo más conveniente era contratar un militar, y lo solicité de este Gobierno. Al principio me contestó que la cosa era imposible



(Apunte de natural, hecho por el distinguido artista españoliano don Nicolás Delgado).

por no tener suficientes oficiales para atender al servicio del país, y que esta negativa no era exclusiva para Chile sino que se extendía a varias otras naciones. No me di por vencido y volví a empeñarme.

El Gobierno francés, entonces, resolvió abrir un concurso para elegir al mejor oficial entre los que desearan ir a Chile, y si el proyecto no se ha realizado no ha sido absolutamente por falta de voluntad del Gobierno francés.

El teniente Sansever, un distinguidísimo oficial, autor de textos usados en Francia, al día siguiente de haberse puesto de acuerdo conmigo en todas las condiciones y de

manifestar vivo entusiasmo por su traslación a Chile, fué víctima de un accidente de aviación que le costó la vida.

Después se había discutido con el Gobierno un contrato para aprovechar los servicios del capitán Scott, que también estaba decidido a servir a nuestro país; pero vino la guerra... Luego recibí una carta en que este brillante oficial me confirmaba su propósito de aceptar la proyectada comisión tan pronto como terminara la guerra, a no ser, decía, que la Patria no le exigiera el sacrificio total.

Por desgracia, hace pocos meses ha llegado la noticia de su muerte en un segundo combate que libraba en las alturas después de haber sido herido en otro.

—¿Qué impresión tuvo, doctor, de la declaración de guerra?

—Cuando ví en los muros la orden de movilización, ví en ella simplemente la sentencia de muerte de algunos millones de franceses; y la impresión que producía en el pueblo correspondía en el fondo a esa opinión, y se traducía por una actitud verdaderamente solemne de resignación y de silencio. No es una figura sino la pura verdad: las únicas caras risueñas eran las de los soldados. Y qué mejor prueba de que la nueva situación tomaba de improviso a este país y de que él no había querido ni preparado la guerra.

Hemos vivido después en medio de acontecimientos que parecen una pesadilla trágica... pero para los extranjeros que los estamos presenciando y lo que jamás se borrará,—porque lo hemos visto con todos los caracteres de la realidad,—es la abnegación natural, sencilla, como infantil, de los guerreros franceses, y la resignación sin lágrimas, sin quejas, de las viudas y los huérfanos.

—Y qué opinión le merece, señor Ministro, la situación que se ha creado Chile en Francia con motivo de esta guerra?

—Una serie de incidentes, desgraciados los unos, mal interpretados los otros, produjeron al principio de la guerra, entre los franceses, la creencia de que Chile y su Gobierno simpatizaban con la Alemania y no tomaban la actitud que corresponde a los neutrales; pero poco a poco, y gracias a la campaña que se hizo en la prensa francesa para contrarrestar una verdadera

campaña emprendida contra Chile, y gracias también a las declaraciones solemnes de nuestro Ministro de Relaciones Exteriores en el Congreso, esa falsa impresión fué corregida.

Yo mandé al Ministerio un volumen con la relación de todas las diligencias hechas y con los recortes de toda la prensa.

Tuve una entrevista con el Ministro de Relaciones Exteriores Mr. Delcassé, y en ella, después de examinar todos los cargos que se hacían en la prensa y fuera de la prensa, Mr. Delcassé acabó diciéndome que no le daba importancia alguna a ninguno de los cargos, con excepción del que se refería a la "Valentine", velero francés apresado por los alemanes, llevado a las islas de Juan Fernández, desvalijado de su cargamento de carbón, y finalmente, según creía éste Gobierno, echado a pique en aguas territoriales.

Habiendo hecho publicar la Legación, por medio de la agencia Havas, en todos los diarios, un desmentido a las aseveraciones de la prensa y especialmente a un artículo de "Le Temps" que las recopilaba todas, dándoles un sabor muy agrio, salió al día siguiente en dicho diario un artículo de media columna intitulado "La neutralité du Chili"; pero después del título todo venía en blanco. Esta actitud de un diario tan serio y respetable de ordinario, suscitó mil conjeturas.

Algún tiempo después vino a pedirme órdenes para Chile el redactor de "Le Temps", mi amigo Mr. Guilaíne, que formaba parte de la misión Baudin, y aproveché la ocasión para preguntarle qué significaba aquel artículo del que la censura no había dejado más que el título. Me contestó: era una carta del Ministro Delcassé en que declaraba que los ataques al Gobierno de Chile que había hecho el redactor de aquella sección de "Le Temps" no tenían fundamento, y en que pedía que los ataques a Chile cesasen.

El redactor respectivo creyó que debía insistir probando al pié de la carta del Ministro Delcassé que sus quejas eran fundadas. La censura suprimió esta parte, y el redactor resolvió entonces a su vez suprimir la carta del Ministro, *tout simplement*.

Respuesta del señor Puga Borne, consoladora solamente, que a mi juicio habla

bien claro de nuestra situación vidriosa ante los países aliados. Aún hoy día, cuando un chileno es interrogado por su nacionalidad, es preferible que diga sud-americano a secas, sin agregar más que en caso necesario, pues chileno es casi siempre sinónimo de anti-francés. Triste cosa para los que hemos sido recibidos en Francia y habitamos el hospitalario hogar de nuestra raza donde actualmente se libra la gran batalla de la latinidad y de la libertad bajo la sombra y el recuerdo de todo un naufragio de vidas.

La tarde se ha venido encima y la sombra de este día gris de otoño parisiense ha invadido el despacho del Ministro.

El permanece sentado contestando a mis interrogaciones con una paciencia de abuelo. Y bien le viene este nombre de cariño pues hoy ha recibido de Chile la primera fotografía de su primer nietecito y esto lo ha llenado de alegría y de contento.

Antes de retirarme he querido dirigirle una última pregunta, no sin titubear, pues me parecía intrusa e indiscreta, y que por fin la formulé así:

—Y en Chile, doctor a qué se va a dedicar, Ud. que tiene su salud tan quebrantada para seguir en la política o en el desempeño de su profesión?

—Nunca me he desinteresado, ni desprendido de las cuestiones de mi profesión y he hecho aquí amistades, que me enorgullecen, con algunas de las eminencias médicas.

Desde que supe que debía cesar en mis funciones he dedicado todos mis ratos desocupados a la medicina, pasando todas las mañanas en los hospitales y asistiendo en la tarde a las sesiones de las corporaciones médicas. Y entre paréntesis, he tenido que echar mucho de menos una docena de médicos de nuestro país, que debieran haber estado aprovechando la enseñanza de estos dos años de cirugía militar, de organización de servicios sanitarios y de aplicación de procedimientos preventivos de las enfermedades infecciosas.

Nuestra profesión ha hecho en estos dos años de cataclismo más progreso que en veinticinco de vida normal. Pero mi salud, más quebrantada ahora que nunca, no me

permite ejercer la profesión con toda actividad; me daré por contento si puedo ejercerla recibiendo consultas en mi casa.

Estoy entusiasmado, entre otras cosas, con un tratamiento nuevo de la diabetis que cura esta enfermedad de una manera infalible, y todas sus complicaciones, aún en los casos avanzados en que hay amenaza de gangrena.

Estoy, muy satisfecho, además, porque en Francia, en Italia y en Estados Unidos, se encuentran ahora a la orden del día un tratamiento de las enfermedades infecciosas que tuve el honor de proponer en Chile el año 1894 en un Congreso Científico, la **Antroporseroterapia**, que consiste en curar al enfermo con el serum de la sangre de un individuo recién curado de la misma enfermedad. Este procedimiento se está aplicando actualmente con gran éxito en la escarlatina, la neumonía, erisipela, la meningitis cerebro-espinal, etc., etc. El resultado obtenido en la escarlatina, como enfermedad inaccesible a la terapéutica, justificaría la aplicación del procedimiento a la viruela, este gran enemigo de Chile.

Mi comunicación ha sido reproducida en la prensa médica de París y me ha valido la designación de miembro corresponsal de la "Société de Thérapeutique", sociedad de la cual fui llamado a presidir una de las sesiones.

Esto es fielmente lo que nuestro Ministro en París, don Federico Puga Borne, tuvo a bien decirme y que yo he querido transcribir a los lectores de "Pacífico Magazine" como un modesto recuerdo y en homenaje del viejo servidor público. Bien lo sabemos ya cuánto ha hecho por el país en todo orden de cosas: como paladín de la instrucción pública, como higienista, y como Canciller orientando nuestra política internacional. Su palabra en las Cámaras ha hecho eco, en épocas ya pasadas, cuando nuestro Parlamento era una tribuna; y si más no ha realizado es porque no ha podido. No quiero olvidar su frase llena de amargura: de veinte proyectos importantes y de gran interés para mi país que he acometido, habré visto realizados cuatro o cinco porque no podía... no cooperaban...

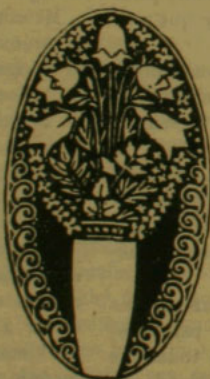
Y recordó a su querido amigo don Germán Riesco que al salir de la Presidencia le decía con su sonrisa burlona: "lo primero que uno tiene que hacer para realizar un proyecto cuando se está en este puesto, es tener cuidado de que nadie se lo adivine".

Yo me he servido también del consejo de don Germán, y para poder realizar esta entrevista buen cuidado he tenido para que don Federico no lo adivine.

Y en esta utopía iba pensando al atravesar el Parc Monceau donde me senté a ordenar recuerdos y a pensar en este americano tan parisense. Americano, por la curiosidad de extranjero y muy constante que manifiesta el doctor por el ambiente de Pa-

rís estando en todo y en todas partes. Parisiense, porque en cien detalles se vé que vive esta vida y que ha atrapado el alma de esta atmósfera; él conoce el último estreno del teatro francés como las novedades científicas o artísticas, y aunque se encuentra impedido por su vista, él está al corriente de la política local y europea haciéndose leer la prensa diaria y el último libro publicado. Todo le interesa, todo lo sabe, vibrando en este medio con una sensibilidad exquisita.

Y más admiraba lo grande y activo de su espíritu cuando pensaba que vive de verdad el París intelectual apesar de sus decaimientos físicos y de su naturaleza trabajada.



La navegación submarina

Por _____

Francisco Arderius

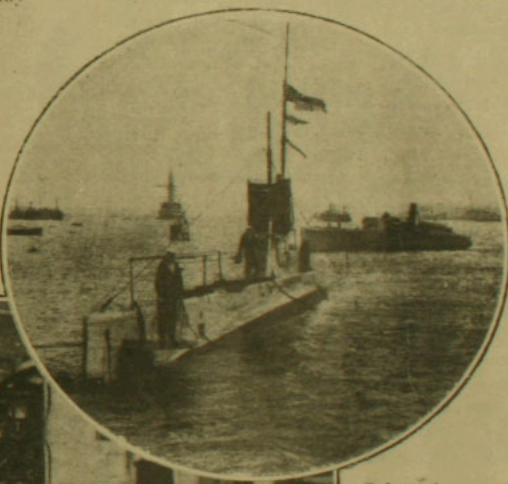
Ilustraciones fotográficas

La navegación submarina despierta entre las gentes el mayor interés. Su especial condición y el desconocimiento general de tal materia lleva al ánimo de las gentes la idea de peligros, que realmente no existen, y de suposiciones en cuanto a la vida interior en esta clase de buques que están muy lejos de la realidad; por esto, sin duda alguna dice Bacón, capitán de la marina inglesa, en un documento leído ante una reunión de ingenieros navales en 1906: "Más que en el seno de la marina, es fuera de ella donde existen temores respecto de las seguridades de los submarinos".

Para dar una idea a nuestros lectores, una idea siquiera, sea somera,

de lo que es esta clase de navegación, haremos un pequeño estudio de ella con la brevedad que exige el corto espacio que limita este artículo.

Muchos son los tipos de submarinos exis-



Submarino en el puerto



Los mecanismos del submarino a proa

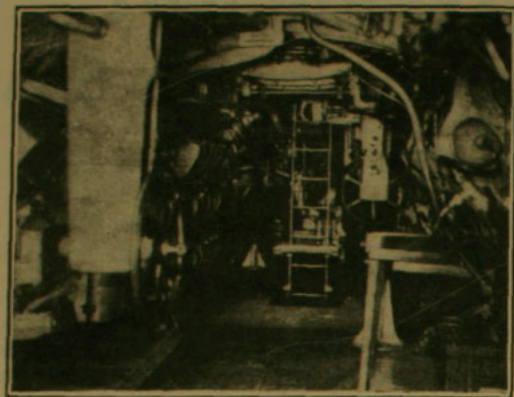
tentes y cada uno definido por su clase, según sus dimensiones o tonelaje, forma exterior y disposición de los distintos organismos que afectan a su navegación a flote o a su

marcha en inmersión.

Para este estudio nos referiremos exclusivamente al "torpedero sumergible autónomo".

Torpedero. por cuanto de tal acepta la forma sobre la superficie del agua, y además por su extenso radio de acción.

Sumergible. por ser apto para la inmersión



Mecanismos de dirección del submarino

y navegación en esta forma. Y, finalmente, autónomo, porque no necesita para su vida sobre y bajo el agua de ningún género de auxilios exteriores.

Navegación a flote.—La navegación en la superficie se verifica como en los buques ordinarios por la propulsión de una, dos y hasta tres hélices según el tipo, accionadas por motores de combustión interna que se alimentan bien con esencias—bencina, alcohol, gasolina,—bien por aceites densos como el petróleo, habiéndose desechado los primeros casi por completo, a pesar de sus ventajas, por los muchos accidentes a que ha dado lugar su empleo, como ya veremos más adelante.

Navegación submarina.

—La marcha en inmersión se obtiene por las mismas hélices movidas en este caso por motores eléctricos alimentados por la energía almacenada en baterías de acumuladores que se cargan mediante dinamos accionados por el mismo motor de explosión con que se navega en la superficie y durante el tiempo que el buque permanece en esta situación.

Inmersión y estabilidad. — Navegando el buque en la superficie para llegar a la inmersión se

necesita restarle su fuerza ascensional hasta llevarlo a la profundidad necesaria, y una vez allí mantenerlo en posición horizontal, única apropiada para la navegación.

Veamos cómo se consigue esto.

Supongamos el buque en marcha. El comandante da la orden de prepararse para la in-

mersión. Si el buque tiene artillería, ésta es rebatida sobre cubierta, quedando encerrada en una especie de caja, que se cubre con tapa, cuyo cierre hermético la hace completamente estanca; después se cierran las escotillas, menos aquella por donde desciende el último marinero, que se hace desde el interior.

Una vez ejecutada esta maniobra con toda escrupulosidad, se empieza la faena de sumergir el barco, para lo cual se substituye el motor de explosión por el de energía eléctrica, continuando la marcha, y después abren los grifos de inundación, que dejan paso al agua a compartimentos, que convenientemente repartidos en el fondo de la embarcación, van llenándose y aumentando su peso, haciéndole hundirse paulatinamente en un espacio de tiempo de cinco minutos aproximadamente.

Cuando el agua llega a la torre de observación, que se alza sobre la cubierta del barco a alturas variables, según el tipo de éste, se suspende la entrada de aquel líquido en los compartimentos, y en esta situación queda el buque, pudiendo navegar sin ser visto más que a pequeñas distancias y pudiendo su comandante ob-



Llegada de un submarino victorioso

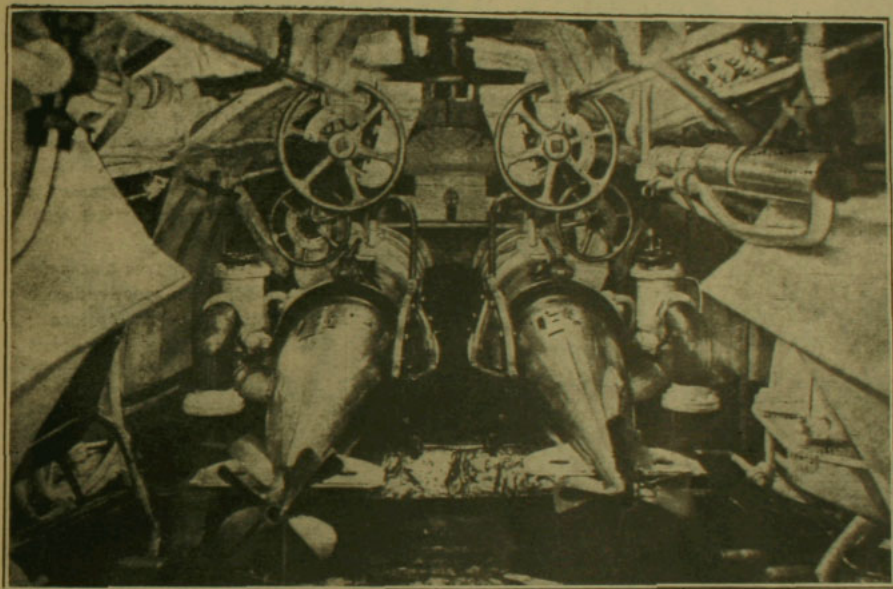
servar cuanto ocurre en el exterior a través de un fuerte cristal que cierra una claraboya abierta en la mencionada torre.

Si el peligro se hace inminente y necesaria por tanto, la inmersión completa, ésta se obtiene—venciendo la poca flotabilidad que al buque queda—por medio de la presión del agua en marcha, sobre un sistema de timones horizontales, llamados de zambullida, que de este modo le obligan a descender hasta la deseada profundidad, marcada por un manómetro de compresión puesto en comunicación con el mar.

tar movimientos contrarios a los que ella por sí propia inicia.

Emersión.—La salida a flote es fácil; basta vaciar por las bombas de achique, de gran presión, los tanques que se llenaron en el inverso movimiento, para que el barco busque la superficie, su primitiva posición de navegación a flote.

Respiración durante la inmersión.—La purificación del aire interior durante este período se obtiene por procedimientos químicos que consisten en la reducción del ácido carbónico, haciéndole pasar por diso-



Los tubos lanza torpedos y los torpedos dispuestos a proa del submarino

Con la actuación del timonel sobre estos aparatos le es fácil mantener el buque en marcha a la profundidad necesaria, inclinandolo en uno u otro sentido, de inmersión o emersión, para mantenerlo siempre en su línea de marcha.

La estabilidad del barco en posición horizontal también se obtiene por la intervención de los mencionados timones; pero entonces funcionan automáticamente, ligando todo su complicado sistema de funcionamiento a la acción de un péndulo muy sensible que, según el sentido de la inclinación longitudinal de la nave, la obligan a ejecu-

ciones alcalinas de potasa y sosa cáustica, o bien produciendo la regeneración por la oxigenación, bien sea por la producción del gas vivificante, por medios químicos, bien dándole suelta de los tubos donde se lleva comprimido.

El procedimiento más usado es el de renovación de la atmósfera o ventilación, por lo cual el aire puro se lleva comprimido en depósitos contruidos para el caso, y de los cuales se le va dando suelta, a medida que bombas de alta compresión expulsan al exterior el viciado existente a bordo.

Armamento.—Lo constituyen los cañones



Un submarino en marcha

y torpedos autom6viles. Los primeros s6lo pueden ser utilizados en la navegaci6n a flote; los segundos tienen aplicaci6n en cualquier situaci6n del sumergible.

Cuando se disparan bajo del agua, la maniobra es como sigue: dentro el torpedo de su tubo de lanzamiento, se abre la compuerta exterior, que impide la comunicaci6n del agua con el interior del barco, mientras que con anterioridad se ha cerrado herm6tica-

mente la otra extremidad del mismo, que a bordo sirve para la introducci6n del proyectil submarino.

Una vez ejecutado el disparo, el agua penetra dentro del tubo de lanzamiento, llen6ndolo y sin provocar alteraci6n en el equilibrio de la embarcaci6n, por ser el peso del lquido introducido igual al del proyectil disparado.

Cerrada la compuerta exterior, pasa el agua a un compartimento estanco, dejando el tubo vac6o y en disposici6n de admitir otro nuevo torpedo.

Visi6n en buque sumergido.

—El problema de la visi6n durante el per6odo de la inmersi6n, se resuelve por medio de aparatos que proyectan a bordo las im6genes del exterior.

Div6ndense en tres clases denominadas, respectivamente, periscopios, tubos 6pticos y cleptoscopios, de cuya constituci6n y manejo nos ocuparemos a su debido tiempo.

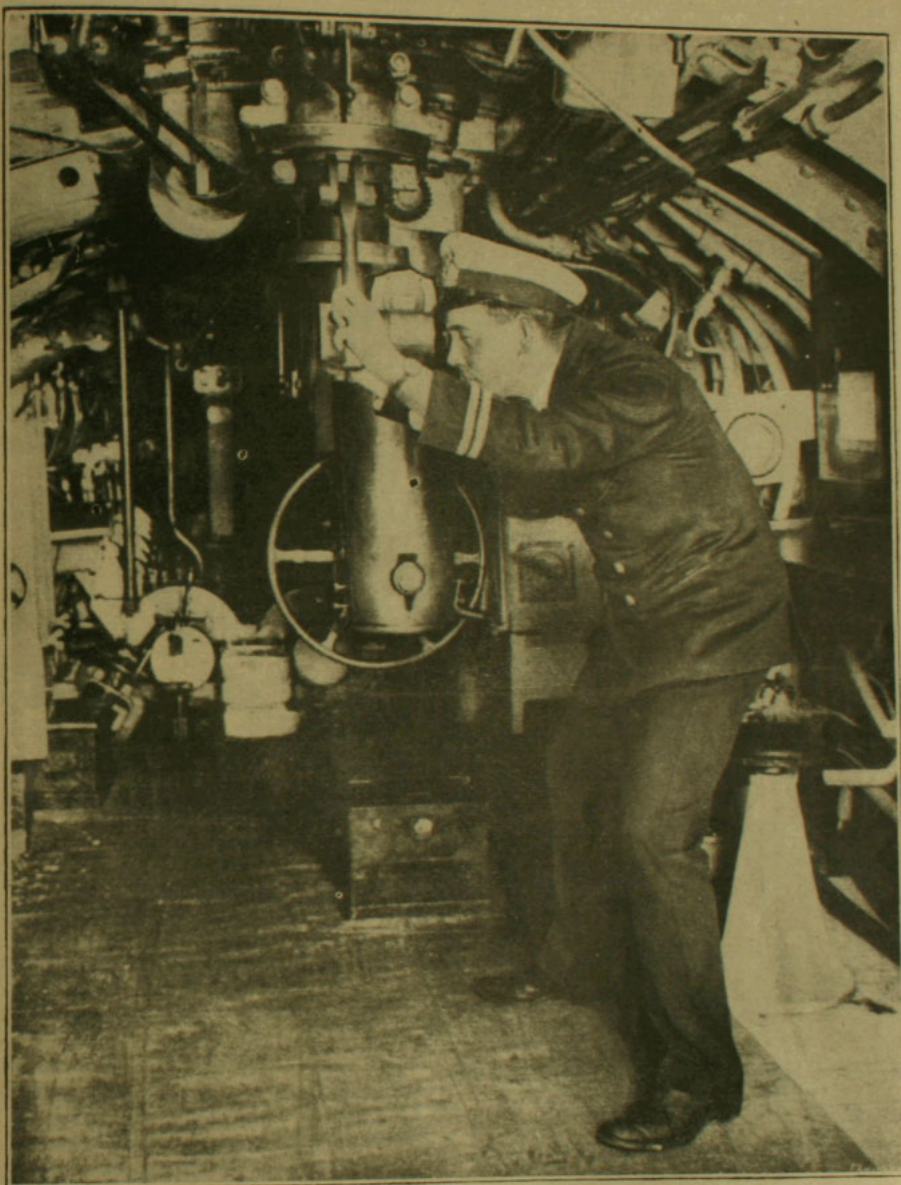
Dejaremos el an6lisis ligero de otros asuntos relacionados con nuestro estudio para otra ocasi6n, en que podremos tratar de dos puntos interesantes, cuales son los accidentes m6s frecuentes, y los aparatos de salvamento.

La limitaci6n de este art6culo no permite otra cosa; pero como el tema es interesante y curioso y no perder6 seguramente en mucho tiempo actualidad, ya se present-

tar6 ocasi6n de volver sobre 6l, haciendo nuevas y m6s amplias explicaciones.

II

Es de sumo inter6s para el estudio de la navegaci6n submarina el conocimiento, siquiera sea aproximado, de cuanto se relaciona con los peligros a que se halla ex-



El comandante del submarino mirando por el periscopio

puesto un buque sumergible cuando se encuentra en inmersión.

Cualquier accidente en su complicado mecanismo, como otra causa cualquiera determinante de averías ligeras en otra clase de embarcaciones, en la que nos ocupa sería

seguramente causa de la catástrofe, si la ciencia de los hombres no hubiera atajado tales peligros, poniendo a las tripulaciones en condiciones de un seguro salvamento en determinadas circunstancias.

Vamos, pues, a ocuparnos de este asunto,



Gráfico del interior de un submarino

enumerando algunas de las principales causas de averías y medios de evitarlas, así como de los elementos de salvamento, caso de que éstas fueran de tal gravedad que colocasen en peligrosa situación a las tripulaciones y, por lo tanto, al buque mismo.

Avería en los motores. — La parada de

los motores en la inmersión no puede producir peligro alguno inminente, puesto que poseyendo el barco fuerza ascensional suficiente, vendrá, como consecuencia, a la posición de flotamiento, que tenía antes de la inmersión, esto es, con la torre de observación fuera del agua.

Evaporaciones de las esencias y emanaciones de los acumuladores. — Estas son dos causas de catástrofes, ya ocurridas en varios submarinos, y cuyo estudio y consecuencia ha dado lugar a modificaciones y medidas que puedan impedir los consiguientes peligros.

La poca estabilidad de las esencias provoca evaporaciones constantes de gases inflamables, que al menor contacto con una chispa son causa de una explosión, cuya potencia puede originar a veces la pérdida total de la embarcación o, cuando menos, pérdidas sensibles en sus tripulantes.

Varios ejemplos pudieran citarse de tales accidentes, lo que ha traído como consecuencia la supresión, casi completa, en muchas de las marinas de guerra, del empleo de dichas substancias y la substitución de ellas por aceites densos, como el petróleo, que tiene una gran estabilidad; Alemania no usa más alimentador para los generadores que este último.

El peligro del uso de las esencias está principalmente en que la atmósfera explosiva puede formarse antes de que los individuos de a bordo puedan darse cuenta de su existencia.

Un régimen de ventilación interior bien ordenado puede impedir, desde luego, la formación de gases explotables; pero en casi todos los buques de la índole del que tratamos se llevan vigilantes especiales que, por su pequeñez y condiciones de delicadeza de olfato, sirven para anunciar el momento de poner en juego los elementos renovadores del aire enrarecido; éstos son los que vulgarmente se llaman "conejitos de indias", animales que, por su pequeñez y exquisita sensibilidad pituitaria, dan muestras de una inquietud convulsiva grande tan pronto como los densos gases, que pueden ser causa de la explosión, llegan a su nariz.

Igual peligro que la evaporación de las esencias presenta el desprendimiento de hidrógeno y oxígeno durante la carga de los acumuladores. Ambos gases, puestos en contacto de una chispa, provocan una explosión que puede ser de gran importancia y determinadora de serias consecuencias.

Esto se corrige teniendo cuidado tanto de que la carga se haga durante el tiempo que el buque se halla en marcha en la superficie, como manteniendo una perfecta ventilación de los lugares donde las baterías se hallan situadas durante el periodo de sumersión.

Entradas de agua a bordo.—Es de todos los accidentes el más grave quizá.

El aumento de peso de la embarcación le hará descender a profundidades en que la presión sea de tal naturaleza que, venciendo la resistencia calculada, permita la entrada de líquido en tal cantidad por la unión de las planchas que forman el casco, que llegue a anegarle completamente, originando así la pérdida total de la misma. El servicio a flote del submarino exige la dotación en sus cascos de crificios que la pongan en comunicación con el exterior, los cuales han de permanecer herméticamente cerrados durante la inmersión; un descuido en cualquiera de estos cierres puede igualmente ser causa de gravísimos accidentes dando entrada al agua en el interior del buque.

Los constructores de submarinos, en su afán de dar a sus embarcaciones todo género de seguridades, han procurado en sus diversos tipos prever todo género de accidentes de los mencionados, para lo cual han dividido el barco en varios compartimentos perfectamente estancados y separados de manera que puedan ser aislados en un momento determinado, y cuya parcial inundación no comprometa la seguridad de la nave.

Con el mismo objeto han añadido al submarino un contrapeso—quilla de seguridad—de cuyo peso puedan desprenderse desde el interior del barco, y que aumentando su fuerza ascensional, les permita venir a la superficie.

Para evitar una excesiva inmersión, en muchos casos debida a la falta de estabilidad longitudinal, también han dotado a sus construcciones de aparatos especiales que, al llegar a cierta profundidad, hacen funcionar automáticamente las bombas de alta presión que, vaciando los tanques de contrapeso, hacen flotar a la embarcación.



El Archiduque

Luis Salvador

Por

Francisco Rivas Moreno

Visité Palma de Mallorca después de un viaje muy detenido por Asturias y Galicia, donde tuve ocasión de admirar hermosos paisajes que en nada desmerecen de los sitios más pintorescos de Suiza, llevando por lo tanto el ánimo al Archipiélago Balear bajo la influencia del placer que proporciona la Naturaleza, cuando se la contempla en las horas afortunadas de reunirse primores, maravillas y bellezas en el horizonte que domina nuestra vista.

En Palma de Mallorca contaba yo, y así sucedió, con poder adicionar nuevas notas de color al hermoso cuadro que la imaginación había trazado, contemplando los deliciosos valles, las suaves colinas y agrestes montañas de Asturias y Galicia.

La travesía la hice en pocas horas y con grandes comodidades en el hermoso vapor **Jaime I.**

La expedición fué tan bien aprovechada, que reuní interesantes notas que me permitieron publicar una serie de artículos en que estudiaba todas las actividades de Palma de Mallorca; pero con atención preferente, su progreso agrícola y económico.

Visité Sóller y Miramar, adonde fui con el propósito de complementar al archiduque Luis Salvador. El Archiduque estaba instalado en una gran casa que respondía cumplidamente a las necesidades y gustos de un rico hacendado; pero, ni en el interior, ni en el exterior se veían trazas que denunciasen la residencia de un individuo de la real familia de Austria. Fui recibido inmediatamente de ser anunciado, y su alteza estaba en un amplio comedor. Me

enseñó la disposición en que tenía las manos, para demostrar que por enfermedad no podía estrechar la mía. Ya me había capacitado de ello al saludarle, pues unas vendas anchas le cubrían por completo las dos manos. La obesidad de su alteza era extraordinaria, hasta el punto de que, para ir a la capilla a oír misa, tuvo que apoyarse en los brazos de dos individuos de la servidumbre.

Era la capilla en extremo reducida, pero a pesar de esto, encerraba verdaderos tesoros, pues las imágenes y objetos que en ella había fueron testimonio de amistad ofrecidos por augustas personas al Archiduque. Había pocos asientos y resultaban de forma tosca y nada cómoda. En el país se conocen con el nombre de **esformias** y se construyen formando el armazón de palmera y el relleno de paja.

Los pintores de paisajes tienen desde los miradores de la extensa finca del Archiduque un caudal inagotable de inspiración, porque la montaña, el arbolado, el mar y el sol ofrecen tan variados contrastes, que no es posible pedir mayores y más hermosas armonías a la naturaleza.

Hablé en aquella excursión con algunos individuos de la co-

marca, y pude apreciar que ciertas genialidades del Archiduque daban vida al disgusto de los campesinos que viven en los caseríos inmediatos a Miramar. No consentía su alteza que se recogiera el fruto de los olivares ni que se extrajera leña de la posesión pues gustaba de ver todo el arbolado en su ordinaria rusticidad. Decían los campesinos que el Archiduque había pagado por las



El mirador Des Creyé, en Miramar (Palma de Mallorca).

tierras adquiridas cuatro veces más de lo que valían, mostrándose en extremo liberal en todos sus contratos; pero el hecho de no aprovechar los rendimientos de tantas hectáreas de arbolado diverso, merecía de aquellas gentes amargas censuras.

Con gracejo extraordinario nos refirió un campesino la siguiente anécdota de su alteza:

Un arriero de aquellos contornos caminaba con varios mulos cargados de carbón vegetal, y habiendo calculado mal las fuerzas de uno de los animales, éste, falto de resistencia, al subir una cuesta dió con la carga en el suelo. Era inevitable para levantar al animal quitarle la carga, y esto lo pudo hacer el arriero sin grandes dificultades; pero la faena de colocar sobre el animal los fardos era empresa imposible, porque se precisaba el concurso de otra persona que sujetara el bulto de la derecha en tanto que él ponía el de la izquierda y cruzaba las cuerdas que habían de amarrar los fardos.

El Archiduque, que daba muy largos paseos y que vestía de tal guisa que, no conociéndole, se le tomaba por un hércules del país dispuesto a las más rudas faenas por mereced muy mezquina, acertó a pasar por el sitio en que el arriero estaba en tan grave aprieto, y en el acto se le ofreció para remediar el daño. La ayuda era como providencial, pues las fuerzas extraordinarias de su alteza dieron pronta y satisfactoria solución a las complicaciones del malaventurado arriero. Este, en el colmo de la satisfacción, quiso testimoniar al Archiduque sus mejores sentimientos de gratitud, y registrando los bolsillos del chaleco encontró una moneda de diez céntimos que puso en las manos de su alteza, diciéndole:

—Toma, para que bebas unas copas.

El Archiduque conservó la serenidad, guardó la moneda, y esta fué como un gran trofeo de su propietario, pues la colocó en una suntuosa vitrina con un letrero que decía: "Este es el dinero que mejor he ganado en mi vida".

Esta versión la oí después a personas de muy distinto rango social y, por mi parte, sólo puedo decir que, *se non e vero...*

Era su alteza de gran sencillez de costum-

bres y su alma estaba siempre abierta a todas las generosidades.

Oí en Palma de Mallorca los más diversos comentarios acerca de las causas que habían inducido al Archiduque a vivir en aquella isla alejado muchos años de la Corte de Austria.

Se instaló el Archiduque en Miramar porque el suelo, el clima y el carácter del país satisfacían cumplidamente sus anhelos de turista.

Su alteza, que hablaba y escribía el mallorquín y el español correctamente, publicó un folleto en alemán y español con el título "Lo que uno quisiera saber". En este interesante trabajo dedicado a los miembros de la Sociedad para el Fomento del Turismo, se

evidencia que su alteza había recorrido la isla de Mallorca en todas direcciones y que conocía las condiciones del país mejor que los allí nacidos.

Tengo a la vista el folleto citado y voy a copiar algunas líneas para demostrar que mis afirmaciones no son gratuitas.

En la página 45 se lee lo siguiente:

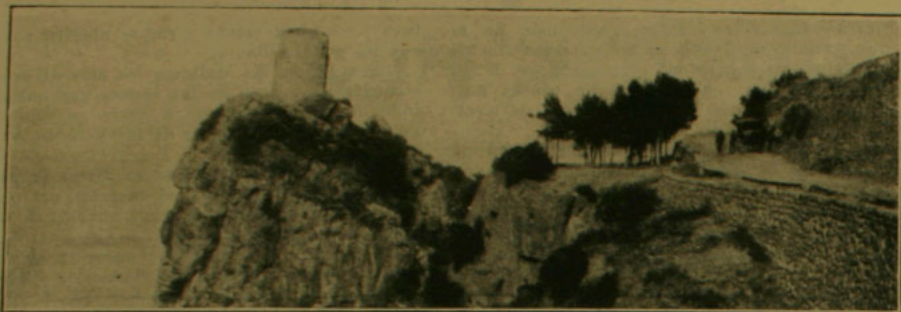
"Una cuestión que a muchos se presenta es la del coste de instalación de una modesta morada. Este de seguro no sobrepujará al de otros puntos del Mediterráneo; y si bien no será tan reducido como en Italia, asimismo, en general, será quizás más bajo que el precio mediano. Los terrenos no son exageradamente caros, y la mano de obra puede decirse mó-

dica. Los víveres son acaeso más baratos que en otras costas y, en general, de mejor calidad. Pescados, crustáceos y toda clase de mariscos son muy abundantes. Frutas de las mejores calidades, legumbres en rica cantidad en todas las estaciones, y también la carne, si uno se contenta con la del ganado lanar, no dejará nada que desear. El vino barato y de buena calidad; las muchas variedades de almendras e higos secos no han de quedar inadvirtidos. Los apreciados embutidos, como también los numerosos y excelentes platos de repostería, dulces y vízechos que se hacen en la isla, serán suficientes aún para los más difíciles de satisfacer.

Una circunstancia única, verdaderamente primera en registrarse, es la tranquilidad del país y lo atento de la población, en medio



El archiduque Luis Salvador, en 1910.



La torre del Verger, en Miramar.

de la cual, cualquier extranjero sin recelo puede vivir confiado; ventaja ésta que no se encuentra en otras muchas de las más favorablemente situadas islas mediterráneas.

Hasta el día de hoy se ha conservado la vieja costumbre de no cerrar las casas en el campo, por si acaso alguno, pasando por allá, algo de ellas necesitare”.

En mi conversación con el Archiduque adquirí el convencimiento de que, para su Alteza, sólo había una isla **Afortunada**, que era Mallorca.

A estos afectos y entusiasmos correspondieron siempre con noble reconocimiento los isleños, y así procuraron demostrárselo al Archiduque declarándole, hijo adoptivo de la Diputación y del Ayuntamiento de la capital.

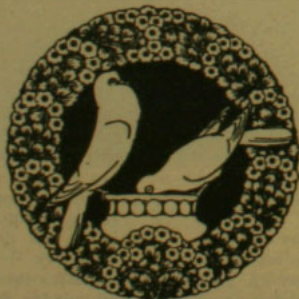
Las ciencias y las artes tuvieron siempre

en su alteza un entusiasta y competente cultivador. Fué siempre amante de la naturaleza, y las solicitudes de la política jamás ganaron su voluntad.

Viajó mucho y en sus libros ha dejado recuerdo perdurable de su gran espíritu de observación y vasta cultura.

El Archiduque llegó a Palma por primera vez en el verano de 1867, contando poco más de diecinueve años. Ha fallecido en su castillo de Brandeis el 12 de octubre de 1915.

Hasta ahora se desconoce su disposición testamentaria, pero los que más motivos tienen para juzgar con acierto de estos particulares dan como hecho indudable que los mallorquines tendrán para con su alteza un nuevo motivo de eterno reconocimiento cuando se haga público el destino que está reservado a la soberbia posesión de Miramar.



“La Sombra Inquieta”

“Diario íntimo” de Alone

Por

Daniel de la Vega

La personalidad nace de la vida interior. Son las horas de meditación intensa, de soledad, de sufrimiento y de silencio, las que perfilan la silueta única de la personalidad. Los rasgos inconfundibles, como los buenos versos, vienen del alma. La personalidad, que es lo más propio que tenemos, no podemos recibirla de afuera. La recibimos de nosotros mismos. Fracasan lamentablemente todos aquellos que a golpes de originalidades materiales, quieren rodearse de los distintivos de la personalidad, y buscan en las alas de un chambergo y en el corte de un gabán, ese “tono imperceptible” que diferencia tanto a los hombres.

La personalidad es la parte menos exterior del hombre. Es la fisonomía del espíritu. Los hombres que hablan mucho, están siempre unidos por una vulgar analogía, como los hombres que callan están eternamente separados por una misteriosa diferencia...

Al márgen del “Diario Íntimo” de Alone, encontramos estos breves apuntes, dejados allí por nuestro lapiz mientras leíamos esas crueles confesiones del corazón de un intelectual. Y ahora, al emprender este ensayo, sobre el honradísimo libro de Hernán Díaz, hemos querido colocarlos a manera de introducción, puesto que el vigor de la personalidad es uno de los aspectos más interesantes del autor de “La sombra inquieta”.

II

En el “Diario Íntimo” de Alone, no encontramos el menor deseo de originalidad. Al contrario. Parece que el autor, en todas sus páginas, ha tratado de borrarse, de alejarse de los ojos del lector, para dejar más transparente, más humilde, más limpia, la historia que relata. La sencillez del estilo de Hernán Díaz no puede ser producto del estudio, ni de la práctica, ni tampoco de la espontaneidad. Es un milagro de la honradez.

De esta manera se comprende que el es-

tilo de Hernán Díaz tenga tanta naturalidad y no sea desaliñado; sea tan correcto sin ser frío; sea tan encendido y al mismo tiempo tan sereno. Es que este estilo no es estilo. Es como la voz del autor.

Y al través de esta sencillez, de esta humildad, de esta honradez—que tienen esa espontaneidad rara de los aciertos involuntarios—surgen del fondo del libro, la inconfundible personalidad del autor, el gesto de su espíritu, el calor de su corazón.

Y, sin embargo, a pesar de la caliente espontaneidad que acusa inconsciencia, el autor tiene una seguridad plena en su precisión. Nunca emplea más de cinco o seis líneas en pintar un tipo, y cada uno de esos tipos tiene un carácter, un soplo de vida, y un poco de ridículo y un poco de tristeza...

Y todo el libro está poblado de pequeños detalles sugerentes y de estados de alma, que van retratando admirablemente esa callada sucesión de momentos fugaces de la vida, que solo sienten los poetas y las mujeres. Todas las mujeres los callan. Solo algunos poetas los dicen...

III

Isolée es el personaje principal de esta dolorosa novela de corazón. Es un impresionante retrato de mujer. Espíritu profundo y vibrante, atormentado por las terribles dudas de la vida moderna, triste, desconcertante, contradictorio... Alone, con un amor desesperado de poeta, bajó al fondo del espíritu de esta mujer, y la siguió en sus horas vacilantes de desvío, y en sus mañanas de misticismo exagerado.

La pintura de estos temperamentos nerviosos, inconsecuentes y curiosos, es muy distinta a la pintura de esos tipos definidos, unilaterales, y más o menos simples, que aparecen en la mayoría de las novelas. Al perfilar una de estas modernas siluetas contradictorias, ha de hacerse un derroche constante de intensa observación, y saber mostrar al lector las tenebrosas dualidades de

los corazones atormentados. "Sostener un tipo"—llaman los novelistas a ese trabajo relativamente fácil de detallar las características "innóviles" de un personaje simple, que tiene todos sus aspectos totalmente definidos. La pintura de esos tipos que podríamos llamar conservadores, resulta falsa dentro de este ambiente movido y nervioso en que vivimos. La generalidad de los hombres, cambia día a día. Hoy se es violento y enérgico, mañana manso y triste. Nosotros mismos, examinándonos pacientemente, nos asombramos ante las terribles contradicciones que crecen en nuestro interior.

Isolé es una mujer "Siglo XX". Sufre dudas extrañas. Se reprocha. Se contradice. Se aprueba, y atraviesa horas de crisis profunda, que nadie podría definir, pero que Alone deja traslucir con breves pinceladas que evocan alucinantes paisajes interiores.

"Abril 7.—Leemos en el diario.

"Jueves Santo. Me escribí desde su oratorio, diciéndome que no recibiría a nadie, hasta el día de la Resurrección... Firmaba: Santa María Magdalena".

Un poco más adelante encontramos lo siguiente:

Habla ella:

—... "Cuanto a las citas que tanto escandalizan a algunas buenas almas, en la mayoría de los casos las invento yo..."

—¿Y para qué?—le pregunta alguien.

—No sé... es una especie de temor de decir yo misma esas cosas importantes... Me parece una presunción abominable. En cambio, agregó riendo infantilmente, si digo "como dice un autor" aquello queda tan discreto, tan autorizado, tan respetable... Por lo demás ¿qué importa todo eso? Yo no escribo por cierto, para el público sino para mí misma o a lo sumo para mi buena alma hermana..."

Estas breves citas, dan—en síntesis—una ligera idea de las dudas que se enroscaban en ese corazón. Y nosotros pensamos que muchas inquietudes de Alone, han quedado entre las páginas de este diario, confundidas con las inquietudes de Isolée, y que muchas veces en las palabras extrañas de esta mujer admirable, él se vé reflejado, así como se copia nuestra imagen en el cristal tembloroso del agua que se vá...

IV

Alone, al hacer el retrato vivo de esta mujer, tuvo, por la fuerza de las circuns-

tancias, que hacer una gran cantidad de citas. Y esto era indispensable. Al hablar de una mujer que piensa mucho, que escribe, que estudia, y que siempre está sacudida por curiosidades enormes y sutiles, tenía por fuerza que citar autores, libros, artículos y párrafos en diversos idiomas. La cuestión se imponía. Y Alone lo hizo, encontrándose frente a frente al peligro de salpicar la obra de frías cerebralidades, de pedantería, de literatura. Pero nosotros no comprendemos con qué naturalidad están hechas las citas, que los párrafos de los otros autores cobran calor dentro del diario, se matizan con el matiz del libro, y parece que prosiguen la armonía de la obra, y nos dan la impresión de que esos párrafos están mejor en el diario de Hernán Díaz, que en la obra a que pertenecen...

Son citas vividas.

El "Diario Intimo" terminaba con dos versos de Sully Prudhomme, colocados con tal certeza en la última página de la novela, que nosotros hemos pensado que esos versos dentro de la obra del poeta francés, no tenían la importancia que tienen ahora. Hernán Díaz ha tomado unas palabras que escribió Sully Prudhomme, y él les ha dado una nueva poesía...

Son versos de Alone.

V

"La sombra inquieta", es la historia y la canción de un amor. Relatando Hernán Díaz los mil pequeños incidentes de ese amor pensador, y silencioso, nos pinta, en cada página, un nuevo aspecto de la mujer amada. Todo el libro es un humilde canto a ella. Todos los personajes que desfilan por el libro, existen en relación a ella. Sus rostros se ven al resplandor del espíritu de Isolée. Los paisajes son fondos para las tristezas de la inolvidable.

La adoración del poeta se complace largamente—así como en un canto de sencilla ternura—en describir pequeños detalles de la vida de Isolée, breves caprichos de esa triste cabeza rubia, que parece que siempre hubiera vivido al través de una poesía... Sus vestidos, sus gestos, sus lugares preferidos, están allí dulcemente relacionados con esa suave emoción con que se relatan las gracias de un niño querido... El amor ha mojado todo el libro de ternura. El amor ha unido esas páginas, dándoles su armonía eterna y su eterna verdad. Mientras Alone describe detalles de su oficina; el lector está pensando en Isolée. Y

es porque aún en esos pasajes en los cuales no se la nombra ni se hace la más ligera mención de ella, hay un impreciso recuerdo que, por debajo de las palabras y de las ideas, está cantando el nombre de Isolée...

Tiene todo el libro tal ambiente de intimidad, que el lector se interesa ardentemente por la suerte de los personajes que allí luchan, sueñan, aman, odian y sufren. "La sombra Inquieta" es la historia y la canción de un amor.

VI

En esta obra vemos marcadas con valiente firmeza, las tendencias principales de la novela moderna. Es la realización de una importantísima parte de la estética del futuro.

La fábula interesante, el tema definido, van muriendo en la novela de hoy. Y se mueren por exceso de falsedad. La novela moderna tiende a ser una sucesión de escenas diferentes, unidas y armonizadas por una emoción. La novela de ayer era un cuento largo. Hoy es una serie de pequeños cuentos, que talvez no tengan hilación, pero que del fondo de todos ellos sube una armonía superior.

Es nuestra vida.

Todos llevamos una novela dentro. Todos llevamos una serie de cuentos unidos por el matiz de nuestra personalidad y por las etapas de nuestra evolución. El asunto de las novelas modernas es la historia de los espíritus, y la historia de los espíritus no se sujeta a esa simetría inútil que nivela los capítulos. Creemos firmemente que el novelista no debe tener sistemas para nada. Si es artista, sabrá darle a sus libros esa armonía total que es el principio de toda obra de arte. Lo demás lo hará la sinceridad. Hay que entregarle la pluma a esa loca, con la convicción profunda de que ningún sistema literario podrá encontrar las calientes palabras que fluyen de sus labios.

Seamos sinceros. Escribamos con desaliento, con precipitación, con desorden, con todos los defectos nuestros, pero escribamos

con honradez. Y así pintaremos—sin saberlo—el perfil de nuestra alma. Y es alma lo que los artistas buscan con sed. Es el alma la que no se equivoca, la que presiente, la que adivina. Es ella la que lo sabe todo, la que se acerca a las verdades eternas, al través de los millones de cambiantes aspectos de esta vida que pasa demasiado pronto.

VII

La naturalidad con que Hernán Díaz acoge en sus páginas de transparente sencillez, puntos de vista de gran amplitud, estados de alma que sólo descubren los seres superiores, y observaciones de un valor enorme, nos llena de íntima y consoladora alegría. Nosotros clasificaríamos a nuestros escritores en "asombrados" y en "no asombrados". Hay, entre nosotros, una multitud de asombrados de lo poco o de lo mucho que saben. Se asustan de saber tanto. Se asombran de comprender a Kant y a Schopenhauer, y adoptan un gesto despectivo para con los otros.

Pero hay otros—y esto no lo saben los asombrados maestros—que han estudiado a Kant y a Schopenhauer, que han meditado largamente, que han sabido separar la erudición y la sabiduría, y han podido mirar con amplia serenidad la vida. Ellos comprenden la verdad y el sentido de las cosas y de las almas. Y saben que nada es despreciable, y que todo ocupa el puesto que debe ocupar y tiene el valor que debe tener. Y son ellos los que beben de la verdadera sabiduría, y saben que estando en armonía con el infinito, el hombre no puede asombrarse de nada, sino de Dios. Las grandes obras son efecto de una mayor cantidad de grandes esfuerzos encaminados hacia un fin, así como las pequeñas obras son efectos de esfuerzos menores. Sólo cuando se llega a la serena comprensión de la vida, no se desprecia nada, ni nada causa asombro, y sobre todo, no se es maestro... Seamos amplios. Seamos comprensivos. Y no olvidemos nunca que tanto esfuerzo le cuesta al grande ser grande como al pequeño ser pequeño.



DE VERANEO



Ha sonado la hora que señala el abandono y la tristeza para los pueblos veraniegos. Ya apuntan los primeros vientos de Otoño, y pronto caerán las primeras lluvias.

Las ciudades del Norte, tan bulliciosas, hace poco, tan blancas, tan sonrientes, se envolverán en los plomizos tules de la lluvia y volverán a la melancólica quietud de sus días largos, interminables. Las lindas muchachitas que fueron encanto de la playa, del boulevard y del casino, se envuelven en sus velos de viaje mientras las orondas mamás pasan revista a la fila de maletas y sombrereras, y el paciente jefe de familia cambia los últimos billetes en la ventanilla de la estación. Madrid se anima

nuevamente, coincidiendo con la segunda temporada taurina, la apertura de los teatros y el despertar de sus paseos. Madrid vuelve a tener el cetro de la animación, la alegría y la moda. En los pueblos nortefios el mar ensaya su eterna sinfonía contra las peñas, y a su imponente arrullo algún mozo de espíritu aventurero, amarrado a la vida provinciana, sueña con las andanzas e inquietudes de las calles madrileñas. ¡Con qué pena pasean a lo largo del andén, viendo salir los trenes camino de la Corte! Entre tanto, alguna madrileña recién llegada, evocará sus tardes veraniegas y el momento en que vió aparecer en lontananza la imagen de un idilio. Aquellas tardes de la playa, junto al mar rumoroso...

El Hombre Invisible

Por

H. J. WELLS

(CONTINUACION)

Un momento despues apareció con un cuchillo en la mano, descoloridos los pendientes labios.

—Quizás está ya dentro,—dijo el primer cochero.

—En la cocina no está—dijo el del bar;— allí hay dos mujeres y yo he tanteado todos los rincones con este cuchillo. Y ellas no creen que ha entrado por allí. Han vigilado.

—¿Ha cerrado Ud.?—preguntó el primer cochero.

—Sí—dijo el tabernero.

El hombre de la barba guardó el revólver, pero todavía no había sacado la mano del bolsillo, cuando crugió la compuerta del mostrador, y luego, con tremendo estrépito, saltó la puerta de la salita, yendo la cerradura en medio del aposento. Oyeron chillar a Mr. Marvel como un lebratillo apresado e inmediatamente se precipitaron en su auxilio. El revólver del de la barba negra hizo un disparo y el espejo del testero se partió en mil pedazos, que cayeron centelleando en el suelo.

Cuando el tabernero entró en la salita, vió a Marvel ansiosamente acurrucado y luchando contra la puerta que conducía a la cocina y al patio. La puerta abrióse en tanto que el tabernero titubeaba, y Marvel fué arrastrado hacia la cocina. Allí se oyó un grito y ruido de loza. Marvel, con la cabeza en el suelo y asiéndose obstinadamente a todos los asientos, era conducido a la puerta de la cocina, cuyo cerrojo quedó descorrido.

El policeman, que había tratado de adelantarse al dueño del bar, echó adelante seguido por uno de los cocheros y asió al hombre invisible por la muñeca—la de la mano que tenía sujeto a Mr. Marvel por el cuello,—pero recibió un golpe que le hizo retro-

ceder. Abrióse la puerta y Marvel hizo desesperados esfuerzos para guarecerse detrás.

Después el cochero tocó algo.

—¡Aquí le tengo!—gritó.

Mr. Marvel, suelto, se dejó caer al suelo y trató de guarecerse detrás de los que luchaban. La lucha se sostenía junto al umbral de la puerta. La voz del hombre invisible se oyó por la primera vez: un alarido de rabia al herirle un pie el policeman. Siguióse una serie de gritos apasionados y sus puños giraron rápidos, describiendo un círculo asolador. El cochero quedó bien pronto fuera de combate, mediante un magnífico golpe debajo del diafragma. La puerta de la salita que comunicaba con la cocina quedó cerrada, cubriendo la retirada de Mr. Marvel. Los hombres de la cocina quedaron dispersos y luchando con el aire.

—¿Dónde ha marchado?—exclamó el de la barba.—¡Fuera!

—Por aquí—dijo el policeman señalando al patio.

Una teja pasó por encima de su cabeza, partiéndose en pedazos contra la pared de la cocina.

—¡Le voy a matar!—gritó el hombre de la barba negra.

Y súbitamente, un cañón de acero brilló sobre el hombre del policeman y cinco disparos se sucedieron en dirección al lugar de donde había venido la teja. Al hacer fuego, el hombre de la barba negra hizo describir a su mano una curva horizontal de manera que los disparos alcanzasen entre las dos paredes del patio.

Siguióse un silencio.

—Cinco cartuchos—dijo el hombre de la barba negra;—es el método más expedito. Traed una linterna, y veamos si he hecho blanco.

CAPITULO XVII

La visita al doctor Kemp

El doctor Kemp había continuado escribiendo hasta que los disparos le llamaron la atención. Pum, pum, pum, se sucedieron el uno detrás del otro.

—¡Diantre!—dijo el doctor, poniéndose la pluma en al boca y escuchando.—¿Quién se divierte tirando tiros en Burdock? ¿Qué hacen los asnos ahora?

Encaminóse a la ventana del sur, abrióla, y asomándose, contempló las hileras de ventanas, lámparas de gas y escaparatés de las tiendas, con negros intersticios de tejados y terreno libre en diferentes partes.

—Como si hubiera gente agrupada—dijo—frente a "Los Alegres Cricketers".

Y permaneció observando.

Sus ojos recorrieron la población más allá de donde brillaban las luces de los barcos, y el muelle, iluminado, semejava una gema de reflejos amarillos. La luna, en creciente, se cernía sobre la colina, y las estrellas aparecían claras como en un cielo tropical.

Después de cinco minutos, durante los cuales su mente se enfrascó en una remota disertación acerca de las sociales condiciones de lo futuro, perdiéndose por último sobre las dimensiones del tiempo, el doctor se arrancó a sus lucubraciones con un suspiro, cerró de nuevo la ventana y volvió a la mesa.

Unos quince minutos después oyó sonar la campana de la puerta. Había estado escribiendo perezosamente y con intervalos de abstracción, desde los disparos. Escuchó. Oyó a la criada que abría la puerta, y esperó que subiese la escalera, pero esperó en vano.

—¿Quién sería?—se preguntó el doctor.

Trató de reanudar su tarea; no pudo, levantóse, bajó las escaleras hasta el descansillo y llamó a la criada, que acudió al pie de la escalera.

—¿Era alguna carta?—preguntó.

—No, señor; alguien que se ha equivocado y ha echado a correr... no he visto a nadie.

—Esta noche estoy desasosegado,—se dijo.

Volvió a su despacho y se puso a trabajar resueltamente.

Momentos después, la escritura era activa, y los únicos sonidos que se oían en la estancia eran el tic tac del reloj y el crugido de la pluma corriendo en el centro luminoso que proyectaba la lámpara, velada por la pantalla.

Eran las dos de la mañana cuando el doctor Kemp dió por terminada la tarea. Le-

vantóse, bostezó y subió hacia la alcoba. Se había quitado ya americana y camisa, cuando sintió sed. Tomó una bugía y bajó al comedor en busca de un sifón y whisky.

Las investigaciones científicas habían hecho del doctor Kemp un hombre observador, y al regresar al vestíbulo observó una mancha oscura en el limpiabarros del pie de la escalera. Echó escaleras arriba y entonces se le ocurrió repentinamente preguntarse que podía ser la mancha del limpiabarros. Evidentemente, algún extraño agente andaba en ello. De cualquier modo que fuese, volvió a bajar de nuevo, puso en tierra sifón y whisky, y poniéndose en cuclillas, examinó la mancha. Sin gran admiración se encontró con que aquello era sangre coagulada.

Tomó de nuevo las botellas y subió las escaleras mirando en torno suyo y tratando de explicarse la presencia de aquel fenómeno. En el descansillo vió algo y se detuvo asombrado. El picaporte de su cuarto estaba manchado de sangre.

Se miró las manos. Estaban perfectamente limpias, y después recordó que la puerta de su cuarto había sido abierta cuando vino del despacho y que después no había tocado el picaporte. Penetró en el cuarto, el rostro perfectamente tranquilo, quizás un poco más resuelto que de ordinario. Su mirada, escudriñadora, se detuvo en la cama. En el cobertor se veía otra mancha de sangre, y la sábana había sido desgarrada. No había observado nada de esto la primera vez que entró en el cuarto, porque entonces se dirigió en derechura al tocador. En el lado de la pared la cama presentaba una depresión como si recientemente se hubiese acostado alguien allí.

Después tuvo una extraña impresión de haber oído una voz que decía muy bajito:

—¡Gran Dios... Kemp!

Pero el doctor Kemp no creía en voces.

Se quedó observando las desordenadas ropas. ¿Era aquella realmente una voz? Miró otra vez en torno suyo, pero no vió nada fuera de las desordenadas y ensangrentadas ropas de la cama. Entonces oyó distintamente un movimiento a través de la estancia, cerca de la percha de la tohalla. Por elevada que sea la educación de un hombre, siempre queda en él un resto de superstición. Cerró la puerta del cuarto, se encaminó al tocador y dejó allí sifón y botella. De pronto, no sin un estremecimiento, vió un vendaje manchado de sangre agitándose en el aire entre el y la percha.

Este fenómeno le llenó de asombro. Era un vendaje vacío, un vendaje bien arreglado,



Kemp se mantuvo en medio del cuarto, con los ojos fijos sobre ese maniquí sin cabeza.

pero enteramente vacío. Quiso avanzar para tocarlo, pero le detuvo una mano y una voz que sonaba a su mismo lado.

—¡Kemp!—dijo la voz.

—¡Eh?—hizo Kemp con la boca abierta.

—Conserve Ud. la serenidad—dijo la voz;—soy un hombre invisible.

Kemp no contestó de pronto, siguiendo los movimientos del vendaje.

—¿Un hombre invisible—dijo después.

—Soy un hombre invisible,—repitió la voz.

La historia que el había ridiculizado aquella misma mañana pasó por la mente de Kemp. No pareció asustarse ni admirarse demasiado en aquel momento. Más tarde se dió plena cuenta de todo.

—Yo creía que todo era un cuento —dijo.

El pensamiento dominante en su mente era el reíterar los argumentos de la mañana.

—¿Lleva Ud. puesto un vendaje? —preguntó.

—Sí—dijo el hombre invisible.

—¡Oh!—exclamó Kemp recobrando su sangre fría.—¡Pero esto es imposible! ¡Alguna superchería!

Adelantó súbitamente y la mano que adelantó hacia el vendaje fué rechazada por invisibles dedos.

Retrocedió al contacto y se puso pálido.

—¡Conserve Ud. la serenidad, Kemp, por todos los santos. Necesito ayuda! ¡Deténgase Ud.!

La mano asió el brazo del doctor. Este retrocedió.

—¡Kemp—gritó la voz,—no pierda Ud. la sangre fría!

Y la presión se hizo más fuerte. Un frenético deseo de librarse de aquella mano se apoderó de Kemp. La vendada mano cayó sobre su hombro, y bien pronto Kemp perdió el equilibrio merced a una invisible zancadilla, cayendo de espaldas sobre la cama. Abrió la boca para gritar, pero la punta de la sábana fué introducida en su boca. El hombre invisible le tenía sujeto por los sobacos, pero le quedaban libres los brazos, y trató de defenderse a golpes.

—¿Quiere Ud. atender a razones?—dijo el hombre invisible, a pesar de recibir una puñada en las costillas.

—¡Por Cristo, va Ud. a hacerme perder el juicio!

—¡Estese Ud. quieto, loco!—arguyó el hombre invisible al oído de Kemp.

Kemp luchó un momento más y luego se mantuvo quieto.

—Si grita Ud. le rompo todos los dientes!—dijo el hombre invisible, sacándole la punta de la sábana.—Soy un hombre invisible. No soy supercherías ni brujerías. Soy realmente un hombre invisible. Y necesito su ayuda. No deseo hacerle a Ud. daño, pero si se conduce Ud. como un rústico ignorante, no tendré otro remedio. ¿No se acuerda Ud. de mí, Kemp? Griffin, de "University College".

—Déjeme Ud. levantar—dijo Kemp.—Me

estare quieto... pero deje Ud. que descanse un momento.

El doctor se sentó.

—Soy Griffin de "University College" y he conseguido hacerme invisible. No soy sino un hombre... un hombre que Ud. ha conocido... hecho invisible.

—¿Griffin?—dijo Kemp.

—Sí, Griffin,—contestó la voz.—Un estudiante algo más joven que Ud., casi albino, de seis pies de alto, y de anchas espaldas... de cara blanca y sonrosada y ojos casi encarnados, que ganó el primer premio en química.

—Estoy aturdido—dijo Kemp,—la cabeza me da vueltas. ¿Qué tiene esto que ver con Griffin?

—Yo soy Griffin.

Kemp pensó.

—Esto es horrible—dijo.—¿Pero qué diablura puede haber ocurrido para hacer un hombre invisible?

—No es una diablura. Un procedimiento bastante racional e inteligible...

—¡Eso es horrible!—repitió Kemp.—¿Cómo en el mundo?...

—Algo horrible sí que es. Pero estoy herido y sufriendo y cansado... ¡Gran Dios! Kemp, Ud. es un hombre. Tome Ud. las cosas como vienen, Deme Ud. algo de comer y beber, y dejeme descansar aquí.

Kemp seguía los movimientos del vendaje, que describía a través de la estancia; luego vió un sillón de mimbres deslizándose por el suelo hasta detenerse cerca de la cama. El sillón crujió, bajando el asiento cerca de un cuarto de pulgada. Protóse los ojos.

—Parece cosa de fantasmogoría—dijo, riendo estúpidamente.

—Así me gusta. A Dios gracias, se va usted volviendo juicioso.

—O idiota—dijo Kemp—y guiñó los ojos.

—Deme usted un poco de whisky. Estoy medio muerto.

—Pues no lo parece. ¿Dónde está usted? ¿No tropieze con usted si voy hacia ahí? Muy bien. Whisky... aquí está. ¿Dónde lo pongo?

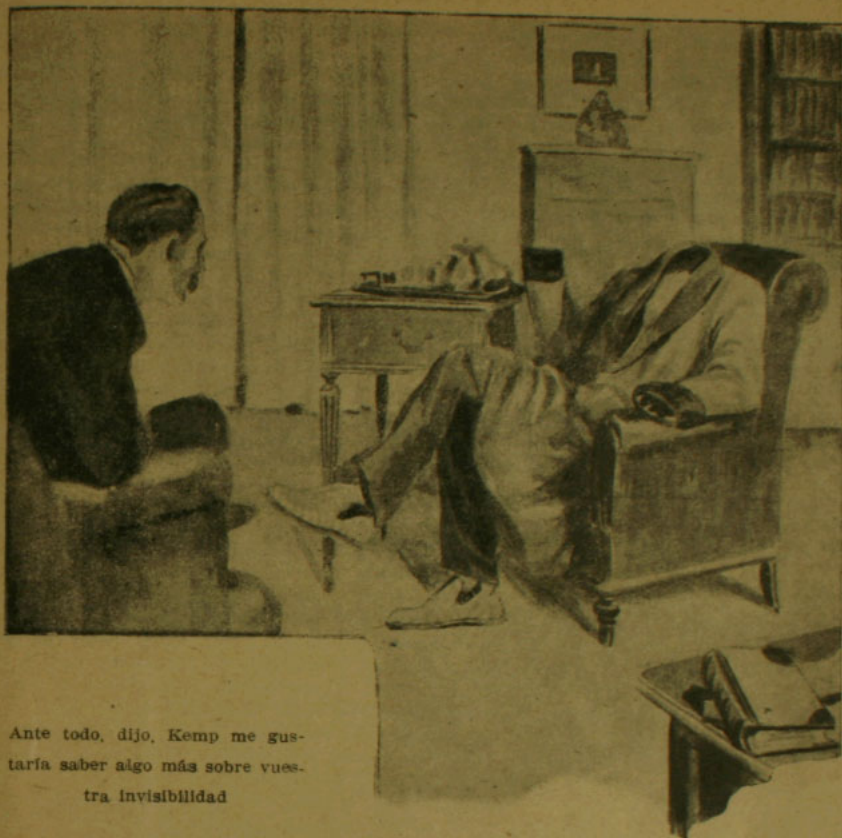
Crujió la butaca y Kemp sintió que le quitaban el vaso. Lo soltó no sin esfuerzo; su instinto se rebelaba contra todo aquello. El vaso quedó suspendido a unas veinte pulgadas del asiento del sillón. Kemp se quedó mirando con infinita perplejidad.

—Esto es... preciso que sea... hipnotismo. Usted debe haberme sugestionado...

—¡Tontería!—dijo la voz.

—Esto es imposible.

—Oígame usted.



Ante todo, dijo, Kemp me gustaría saber algo más sobre vuestra invisibilidad

—Esta mañana he demostrado de una manera concluyente—empezó Kemp—que la invisibilidad...

—¡No haga usted caso de lo que haya demostrado! Me muero de hambre—dijo la voz—y las noches son frías para un hombre que va desnudo.

—¿Comida?—dijo Kemp.

El frasco de whisky vertió por sí mismo un vaso de licor.

—Sí—dijo el hombre invisible, dejando la botella en el suelo.—¿No tiene usted ningún traje interior?

Kemp lanzó una exclamación en voz baja. Dirigióse a un armario ropero y sacó algunas prendas de lana rojiza.

—¿Sirve esto?—preguntó.

Se lo quitaron de las manos. Las prendas estuvieron un momento suspendidas en el aire, las extremidades se pusieron rígidas, los botones se metieron decorosamente en

los ojales, y las prendas tomaron asiento en el sillón.

—Pantalones, medias y babuchas serían un gran consuelo—dijo el invisible.—Y comida.

—De todo hay. ¡Pero esta es la cosa más estupenda que me ocurre en mi vida!

Sacó del armario los artículos pedidos y bajó al piso bajo por las viandas. Volvió con algunas chuletas fiambres y pan, lo puso todo sobre una mesilla y esta la colocó delante de su huésped.

—No hay necesidad de cubierto — dijo este.

Y una chuleta se cernió en el aire oyéndose un ruido de masticación.

—Me gusta siempre estar cubierto cuando como—dijo el hombre invisible, con la boca llena.—Un capricho mío.

—¿Y la muñeca, no es cosa de cuidarla?—preguntó Kemp.

—No mucho—dijo el hombre invisible.

—Es todo lo extraño y maravilloso...

—Exactamente. Pero es más raro el que haya caído en su casa de usted a vendarme la herida. ¡Mi primer golpe de fortuna! De todos modos, pretendo pasar aquí la noche. Es preciso que lo tenga usted entendido. ¡Pero es terrible que esa sangre me denuncie! Ahora comprendo que en cuanto se coagula se hace invisible. Son sólo los tejidos vivos los que he cambiado, y tan sólo mientras yo viva... He estado aquí tres horas.



Con una anciana mujer...

—¿Pero cómo puede ser eso?—comenzó Kemp con tono exasperado.—¡Mil rayos! Todo esto... todo esto no es razonable desde el principio al fin.

—Enteramente razonable—dijo el hombre invisible,—perfectamente razonable.

Extendió la manga y tomó la botella de whisky.

Kemp contemplaba silencioso aquel famélico traje interior. Un rayo de luz de la bujía, proyectándose sobre la silla, formaba un triángulo luminoso en el respaldo.

—¿Dónde ocurrieron los disparos?—preguntó Kemp.—¿Cómo empezó el tiroteo?

—Un estúpido... una especie de aliado, a quien Dios maldiga... que trataba de robarme... y que me ha robado.

—¿Es invisible también?

—No.

—¿Bueno?...

—¿No podía usted darme algo más de comer antes de que le cuente todo eso? Tengo hambre... estoy dolorido. Y Ud. quiere que le cuente historias!

Kemp continuó:

—¿Pero usted no ha disparado?

—Yo no—dijo el huésped.—Unos individuos que no conozco dispararon al azar. Aporreé a algunos de ellos. Después, entre todos, me hicieron huir. ¡Así los cuelguen!... Pero... yo deseo comer algo más, Kemp.

—Veré lo que hay por abajo—contestó Kemp.—Temo que no sea gran cosa.

Después que hubo comido—y lo hizo concienzudamente,—el hombre invisible pidió un cigarro. Mordió la punta salvajemente antes de que Kemp pudiese encontrar el cortaplumas y echó una maldición al desprenderse la hoja.

Era un extraño espectáculo verle fumar; su boca, garganta, faringe y nariz, se hicieron visibles cuando el humo penetraba aquellos conductos.

—¡Bendito don el del tabaco!—dijo despidiendo una vigorosa bocanada.—He tenido suerte viniendo a dar en su casa, Kemp. Es preciso que usted me ayude. ¡Pero qué casualidad la de venir aquí! Estoy en un conflicto endiablado... hay para perder el juicio... Pero todavía podemos hacer mucho... Ya se lo diré a usted.

Sirvióse de nuevo whisky y soda. Kemp se puso de pie, miró en torno suyo, y tomó un vaso de la cómoda.

—Es tremendo... pero supongo que esto no me impedirá beber.

—No ha cambiado usted mucho en esta docena de años, Kemp. Los rubios se conservan mucho. Fríos y metódicos... Ya se lo diré a usted... Hemos de trabajar juntos.

—¿Pero cómo ha sido eso?—dijo Kemp.—¿Cómo ha conseguido usted llegar a este extremo?

—¡Por misericordia, déjeme usted fumar un rato pacíficamente... después se lo diré a usted todo.

Pero la historia no fué referida aquella noche. La muñeca del hombre invisible se puso dolorida; estaba febril, extenuado, y su mente estaba llena de la persecución efectuada a lo largo de la colina y de la lucha en el interior de "Los alegres Crickeeters". Comenzó la historia y se alejó completamente de ella. Hablaba en fragmentos de Marvel, fumaba ansiosamente, su acento se volvía colérico. Kemp trató de coordinar aquellos relatos sin hilación.

—Me había tomado miedo... observé que

me había tomado miedo,—dijo el hombre invisible muchas veces.—Y su intención era darme esquinazo... no pensaba en otra cosa. ¿Qué loco ha sido!

—¡El infame villano!

—“Yo estaba furioso. Quería matarle”...

—¿Y de dónde sacaba usted el dinero?—preguntó Kemp bruscamente.

El hombre invisible guardó silencio unos momentos.

—No se lo puedo decir a usted esta noche.

Gemía de pronto y se inclinaba hacia adelante, soportando su invisible cabeza en manos invisibles.

—Kemp—dijo,—no he dormido hace tres días sino un par de ratos, dos o tres horas cada vez. Necesito dormir.

—Bueno, duerma usted aquí... en esta alcoba.

—¿Pero cómo podré dormir? Si duermo... él se ausentará. ¡Bah! ¿Y qué importa?

—¿Es mucho la herida de bala?—preguntó Kemp.

—Nada... un rozamiento con mucha hemorragia. ¡Oh Dios... me muero de sueño!

—Pues duerma usted.

El hombre invisible pareció contemplar a Kemp.

—Pero es que yo no quiero caer en manos de la gente—dijo con lentitud.

Kemp hizo un movimiento.

—¡Loco de mí!—dijo el hombre invisible golpeando la mesa.—¡Yo le he puesto la idea en la cabeza!

todo lo que he hecho. Pero me estoy cayendo. No hay duda de que es grotesco. ¡Horrible! Pero, créame usted, Kemp, a pesar de sus argumentos de esta mañana, es una cosa absolutamente posible. He hecho un descubrimiento. Quiero mantenerlo secreto. No puedo. Es preciso que me ayude un camarada. Y usted... ¡Podemos hacer tales cosas!... Pero ya hablaremos mañana. Ahora, Kemp, siento que es preciso dormir o perecer.



Mi propietario, un viejo judío polonés.

CAPITULO XVIII

El hombre invisible duerme

Extenuado y herido como el hombre invisible estaba, rehusó tomar la palabra de Kemp de que su libertad sería respetada. Examinó las dos ventanas de la habitación, abrió las persianas y se cercioró de que la fuga, como Kemp aseguraba, podía efectuarse por allí. La noche era tranquila, la luna nueva trasponía por occidente. Después examinó las llaves de la alcoba y del gabinete tocador, para asegurarse de que tampoco por allí podía ser sorprendido. Finalmente se declaró satisfecho. Estaba sobre la alfombra, y Kemp oyó el sonido de un bostezo.

—Siento mucho—dijo el hombre invisible—no poderle contar a usted esta noche

Kemp estaba en medio del aposento contemplando aquel traje acéfalo.

—Creo que debo dejarle—dijo.—Es... increíble. Tres acontecimientos como este echarían por tierra todas mis ideas... me harían perder el juicio. ¡Y esto es real! ¿No me necesita usted para nada?

—Tan sólo deme usted las buenas noches—dijo Griffin.

—Buenas noches—dijo Kemp.

Y estrechó una mano invisible. Eneamónose hacia la puerta.

De pronto, el traje interior corrió vivamente hacia él.

—¡Ya me comprende usted!—exclamó.—¡No intente usted entregarme, porque de lo contrario!....

El rostro de Kemp cambió un tanto.

—Creo que he dado mi palabra—dijo.

Kemp cerró suavemente detrás de él y

la llave rechinó en la cerradura inmediatamente. Después, en tanto que él permanecía con una expresión de pasivo estupor en su rostro, las rápidas pisadas se dirigieron a la puerta del gabinete tocador, oyéndose también el rechinamiento de la llave. Kemp se golpeó la frente.

—¿Estoy soñando? ¿Se vuelve loco el mundo o me vuelvo loco yo?

Rióse y puso la mano sobre la puerta cerrada.

—¿Arrojado de mi alcoba por un flagrantemente absurdo!—dijo.

Encaminóse a la escalera, volvió la cabeza y miró las puertas.

—Es un hecho.

Llevóse la mano al cuello de la camiseta, algo desgarrado.

—Un hecho innegable. Pero...

Movió la cabeza desalentado, volvió la espalda, y comenzó a descender la escalera.

Encendió la lámpara del comedor, sacó un cigarro y comenzó a dar paseos por la habitación, lanzando alguna que otra exclamación. A intervalos discutía consigo mismo.

—¿Invisible!—dijo.

—¿Existe algún animal invisible?... ¡En el mar... sí: millares... millones! Todas las larvas, todas las pequeñas nauplias y tórnarias, todos los seres microscópicos... los gelatinosos! En el mar existen en mayor cantidad los seres invisibles que los visibles... Jamás he pensado en eso antes... Y en las aguas estancadas, también; todas esas vidas infinitamente pequeñas... átomos de incolora y transparente gelatina!... ¡Pero en el aire! ¡No!

—No puede ser.

—Pero después de todo... ¿por qué no?

—Si un hombre fuese hecho de cristal, aún continuaría siendo visible.

Su meditación se hizo más profunda. La ceniza de tres cigarros había caído sobre la alfombra antes de que volviese a reanudar su soliloquio. Pero eran meras exclamaciones. Salió del comedor, se metió en su gabinete de consultas y encendió el gas. La estancia era pequeña, pues el doctor Kemp no ejercía gran cosa, y sobre la mesa estaba la prensa del día anterior. Tomó un periódico y su mirada cayó sobre "Singulares ocurrencias en Iping", aquella historia que el marinero de Port Stowe había hecho pesar tan penosamente sobre Marvel. Kemp leyó ávidamente.

—¿Entrapajado!—dijo Kemp.—¿Disfrázado! ¿Ocultándose! "Nadie se había dado

cuenta de su infortunio"... ¿Qué demonios se proponía?

Dejó el periódico, y sus ojos pasearon sobre los papeles distraídamente.

—¡Ah!—exclamó tomando la "St. James's Gazette", que aún tenía la faja.—Ahora sabremos la verdad.

Rompió la faja y desplegó el papel. El doctor se fijó en este título sugestivo, que encabezaba un par de columnas: "Un pueblo entero en Sussex que ha perdido la cabeza".

—¡Gran Dios!—dijo Kemp, leyendo ansiosamente una inerédula relación de los acontecimientos de Iping la noche anterior, los cuales ya han sido descritos.

Volvió a leer: "Corriéndolo por las calles golpeando a diestro y siniestro. Jaffers insensible. Mr. Huxter con grandes dolores, incapaz de explicar todavía lo que ha pasado. El vicario casi desnudo por las calles. Mujeres enfermas de terror. Esta extraordinaria historia es probablemente una invención. Pero demasiado curiosa para no insertarla—"cum grano."

Apartó los ojos del periódico y miró abstraído en frente de sí.

—¡Probablemente una invención!

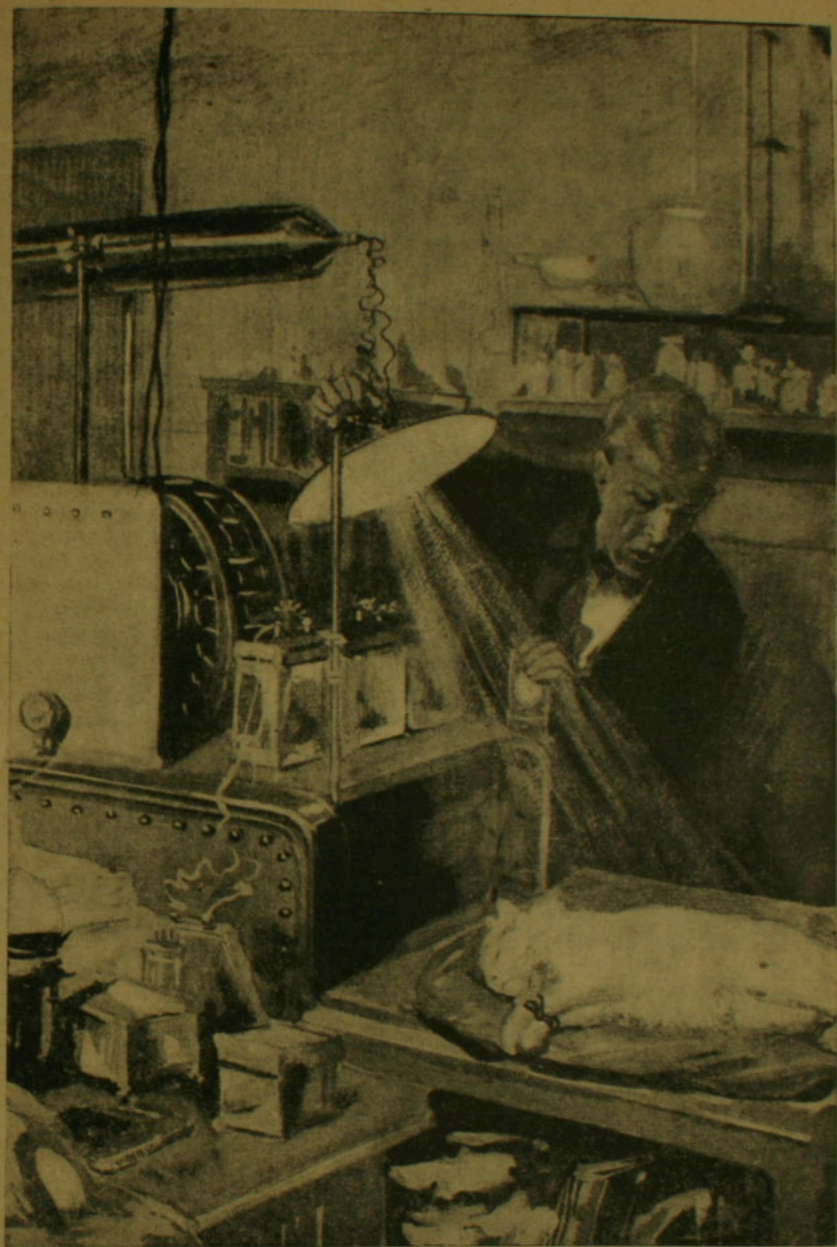
Y de nuevo volvió a leer todo el relato.

Se dejó caer bruscamente en el sillón de operaciones.

—¡No solamente es invisible—dijo—sino que está loco! ¡Propenso al homicidio!...

Cuando la aurora vino a mezclar su pálida luz con la de la lámpara, Kemp estaba aún paseando arriba y abajo, tratando de asir lo increíble.

Estaba demasiado excitado para conciliar el sueño. Los criados, al levantarse, le encontraron recorriendo los pasillos y se sintieron inclinados a creer que el exceso de trabajo acabaría por perturbar sus facultades mentales. El les dió singulares, pero explícitas instrucciones para que sirvieran en el mirador un almuerzo para dos personas, y luego se relegasen al piso bajo sin subir bajo ningún pretexto. Después continuó paseando por el comedor hasta que llegó el periódico de la mañana. Este decía mucho, pero contaba poco más de lo leído la noche anterior, aparte de una relación pésimamente redactada de otra notable historia procedente de Port Burdock. Esta dió a Kemp la esencia de los acontecimientos en "Los alegres Cricketers" y el nombre de Marvel. "Me ha tenido secuestrado veinticuatro horas", declaraba Marvel. Algunos hechos de menor cuantía eran añadidos a la historia de Iping, resaltando



Coloqué al animalito bajo la acción del aparato

el de haber sido cortado el hilo telegráfico. Pero nada había allí que arrojase luz sobre la relación entre el hombre invisible y el vagabundo—pues Marvel no había dado explicaciones sobre los tres libros y el dinero que había recaudado. El tono de incre-

dulidad había desaparecido y un tropel de repórters y corresponsales estaba ya con las manos en la tarea.

Kemp leyó hasta la última letra de la crónica y envió a la erriada para que le adquiriese cuantos periódicos encontrase. Leyólos también de cabo a rabo.

—¡Es invisible!—dijo.— ¡Esto le produce un furor que va degenerando en locura! ¡Los estragos que puede causar! ¡Las cosas que puede hacer! ¡Y arriba está... libre como el aire! ¡Qué debo hacer?

Por ejemplo: ¿Sería quebrantar la fe si?... No.

Sentóse en una mesita en el rincón donde había recao de escribir y comenzó una es-
quela. Rompióla a medio escribir y escribió otra. Leyóla una vez concluida y reflexionó. Después la puso un sobre y escribió en éste: "Coronel Adye, Port Burdock."

El hombre invisible despertó cuando el doctor Kemp hacía esta operación. Despertó de pésimo humor, y Kemp, alerta al menor ruido, oyó sus rápidas pisadas en la alcoba sobre su cabeza. Después una silla voló por el aire y la palangana cayó hecha trizas. Kemp corrió escaleras arriba y llamó rudamente.

CAPITULO XIX

Seguros primeros principios

—¿Qué ocurre!— preguntó Kemp cuando el hombre invisible le hubo franqueado la entrada.

—Nada—fué la respuesta.

—¡Pero con mil demonios! ¡Y la palangana?

—Cuestión de nervios—dijo el hombre invisible—no piense usted en ello; vamos a otro asunto.

—¿Y es usted propenso a esos accesos?

—Sí.

Kemp anduvo por la habitación y recogió los fragmentos de la palangana rota.

—Todos los hechos de usted son conocidos—dijo Kemp con los fragmentos en la mano;—todo lo ocurrido en Iping y aquí. El mundo tiene conocimiento de un hombre invisible. Pero no saben que está usted aquí.

El hombre invisible soltó un juramento.

—El secreto ya no es tal secreto... Y hubiera sido mejor que lo fuera... No sé cuáles son sus planes, pero, de todos modos, deseo ayudarle a usted.

El hombre invisible se sentó al borde de la cama.

—Arriba tenemos servido el desayuno—dijo Kemp, hablando con el mayor desembarazo que le era posible, y su deleite fué grande al ver que su extraño huésped se puso de pié para seguirle. Kemp le guió por la estrecha escalerilla que conducía al mirador.

—Antes de que pasemos a otros asuntos—dijo Kemp,—es preciso que yo comprenda algo más acerca de esa invisibilidad suya.

Se había sentado a la mesa, después de dirigir una nerviosa mirada hacia la ventana, con el aire de un hombre dispuesto a entablar una larga conversacion. Sus dudas acerca de la realidad de todo aquel asunto, pasaron por su mente y se desvanecieron de nuevo cuando miró hacia donde estaba Griffin sentado, en un traje de dormir, sin pies ni manos, enjugándose unos labios con una servilleta milagrosamente suspendida.

—Pues es bastante sencillo... y enteramente creíble—dijo Griffin dejando la servilleta a un lado.

—Para usted no lo dudo, pero...—replicó Kemp riendo.

—Sí... a mí me pareció también maravilloso al principio, indudablemente. ¡Pero ahora, gran Dios!... ¡Sin embargo, haremos grandes cosas todavía! Donde primero se me ocurrió esta pequeñez fué en Chesilstone.

—¿Chesilstone?

—Sí... fui allí cuando marché de Londres. ¡Recuerda usted que descuidé la medicina para dedicarme a la física? ¡No?... bueno, pues lo hice. La "luz" me fascinaba.

—¡Ah!

—¡La densidad óptica! El sujeto por entero es una sarta de enigmas... una sarta con soluciones que resplandecen artificiosamente a través de las cuentas. Y yo, que tenía veintidós años y estaba lleno de entusiasmo, me dije: "Dedicaré mi vida a esto. El objeto vale la pena". Ya sabe usted cuán iluso es uno a los veinte años.

—Ilusos entonces o ilusos ahora—observó Kemp.—¿Como si los conocimientos procurasen ninguna satisfacción al hombre!

—Y me puse al trabajo... como un negro. Y no hacía seis meses que trabajaba y estudiaba el asunto, cuando la luz cruzó por mi cerebro repentinamente... ¡deslumbrante! Encontré un principio general sobre los pigmentos y la refracción... una fórmula, una expresión geométrica envolviendo cuatro dimensiones. El vulgo, la gente

ordinaria... aún los matemáticos rutinarios, no saben una palabra de lo que una expresión general puede significar para el que estudia la física molecular. ¡En los libros... los libros que ese miserable vagabundo se me ha llevado... hay maravillas, milagros! Pero esto no era un método, era una idea que podía llevar a un método, por el cual fuese posible, sin cambiar las demás propiedades de la materia, excepto en algunos colores primarios, disminuir el índice refractivo de una substancia, sólida o líquida, por bajo de el del aire... en tanto como fuese necesario para todo propósito práctico.

—¡Cáspita!—dijo Kemp.— ¡Eso era raro! Pero, sin embargo, yo no veo por completo... Comprendo que por ese medio pudiera usted echar a perder una piedra preciosa, pero la invisibilidad personal es un ensayo excesivo.

—Precisamente — dijo Griffin.— Pero considere usted que la visibilidad depende de la acción de los cuerpos visibles en la luz. Permítame usted que exponga los hechos elementales como si usted los ignorase. Quiero aclarar mi idea. Usted sabe perfectamente que un cuerpo absorbe luz o la refleja o la refracta o las tres cosas a la vez. Si ni refleja, ni refracta, ni absorbe, no puede ser visible por sí mismo. Usted ve una caja opaca, de color rojo, por ejemplo, por que el color absorbe alguna luz y refleja el resto, toda la parte roja de la luz, hacia usted. Si no absorbe ninguna parte particular de la luz, sino que la refleja toda, entonces sería una caja brillante y blanca. Plata. Una cajita tallada en diamante no absorbería mucha luz ni su superficie general reflejaría gran cosa, pero aquí y acullá, donde las superficies fuesen favorables, la luz sería reflejada y refractada, dando una brillante apariencia de centelleantes reflexiones y translucencias. Una especie de esqueleto de la luz. Una cajita de cristal no sería tan

brillante ni tan claramente visible como la otra tallada en diamante, porque en la primera la reflexión y la refracción serían menores. ¡Ve usted esto! Desde ciertos puntos de vista, podría usted ver claramente a través de ello. Ciertas clases de cristales son más visibles que otros; una caja de flint glass es más brillante que una caja de vidrio ordinario. Una caja de cristal común, muy delgado, sería difícil de ver a una mala luz, porque apenas la absorbería, y reflejaría y refractaría muy poca. Y si usted introduce una lámina de vidrio ordinario en el agua, y mejor aún, si la introduce usted en un líquido más denso que el agua, se desvanece-



Yo tenía el rostro completamente pálido.

rá casi enteramente, porque la luz, pasando del agua al vidrio, refleja o refracta de una manera insignificante. Es casi tan invisible como un chorro de gas carbónico o de hidrógeno proyectado en el aire. Y precisamente por la misma razón.

—Sí—dijo Kemp,—eso es bastante claro. Todos los estudiantes de física lo saben o poco menos.

—Y hay otro hecho que también deben conocer los estudiantes. Si una lámina de cristal se quiebra, y se reduce a polvo, se hace mucho más visible, hasta convertirse en un conjunto blanco y opaco. Esto sucede porque la pulverización multiplica las superficies del vidrio donde ocurren las reflexiones y refracciones. En la lámina de cristal sólo existen dos superficies, en el polvo la luz es reflejada o refractada por cada átomo que atraviese y muy poca se pierde a través del polvo. Pero si introducimos ese polvo en el agua se desvanece enteramente. El vidrio pulverizado y el agua tienen casi el mismo índice de refracción, esto es, la luz produce muy poca reflexión o refracción al pasar de un cuerpo al otro.

“Usted hace invisible el vidrio sumergiéndolo en un líquido que tiene próximamente el mismo índice refractivo, una cosa transparente se vuelve invisible si es introducida en cualquier medio que posea su mismo índice de refracción. Y si usted quiere reflexionar tan sólo un momento, comprenderá usted asimismo que el polvo de vidrio pudiera ser invisible en el aire, si su índice de refracción llegase a ser el mismo del aire.”

—Sí, sí—dijo Kemp.—¡Pero un hombre no es vidrio molido!

—No—dijo Griffin.—¡Es mucho más transparente!

—¡Absurdo!

—¡Que diga eso un doctor! ¡Cómo se olvidan las cosas! ¡Ha olvidado usted ya su física en estos diez años! ¡Piense usted nada más en las cosas que son transparentes y que parece que no lo son! El papel, por ejemplo, está compuesto de fibras transparentes, y es blanco y opaco por la misma razón que el polvo de vidrio es opaco y blanco. El papel acitado tiene llenos de aceite los intersticios entre sus partículas, por lo que ya no existe reflexión ni refracción sino en sus caras, por lo cual viene a ser tan transparente como el cristal. ¡Y no sólo el papel, sino las fibras del algodón, del lino, del cáñamo, de la madera, y los “huesos”, Kemp, y la “carne”, Kemp, y el “cabello”, Kemp, y las “uñas” y los “nervios”, Kemp; en suma, la fábrica entera del hombre, excepto lo rojo de su sangre, y el pigmento de sus cabellos, está hecho de tejidos inco-

loros y transparentes... con pequeñas superficies para hacernos visibles los unos a los otros. En su mayor parte, las fibras de un ser viviente no son más opacas que el agua.

—¡Perfectamente, perfectamente!—exclamó Kemp.—¡Aunque mismo pensaba yo en los infusorios del mar y en los gelatinosos!

—¡Y ahora me tiene usted a mí! Y todo lo que sé y tengo en mi mente desde un año después que salí de Londres... hace seis años. Hobbema, mi profesor, era un merodeador científico, un ladrón de ideas... ¡siempre andaba espiando! Ya conoce usted el poco esmeroso método de nuestro mundo científico. No quise, pues, dar publicidad a mis ensayos y cederle parte de mi gloria. Continué mis trabajos; me iba aproximando al momento en que sometería mi fórmula a un experimento... a una realidad. No había dicho una palabra a alma viviente, porque pensaba echar mi descubrimiento de repente a rodar por el mundo, haciéndome famoso de golpe. Tomé entre manos el problema de los pigmentos para llenar ciertos vasos, y de pronto... no con designio, sino casualmente... hice un descubrimiento fisiológico.

—¿Sí?

—Usted conoce la materia colorante de la sangre roja... puede transformarse... hacerse blanca, incolora... sin perder ninguna de las propiedades que le caracterizan.

Kemp lanzó un grito de incrédulo asombro.

El hombre invisible levantóse y empezó a pasear por la reducida estancia.

—¡Bien puede usted admirarse! Recuerdo aquella noche. Era bastante tarde... durante el día me fastidiaba entre los amigos y compañeros posmas... Así que con frecuencia trabajaba hasta la aurora. La cosa vino de repente, espléndida y completa, a mi imaginación. Estaba sólo, el laboratorio sumido en quietud, con las luces de lo alto ardiendo brillante y silenciosamente...

—“¡Y puede hacerse un animal... un tejido... transparente! ¡Y puede uno hacerse invisible! Todo menos el pigmento... ¡Y yo puedo ser invisible!”—exclamé dándome repentinamente cuenta de lo que significaba para un albino semejante conocimiento. Quedé abrumado. Dejé una filtración que tenía entre manos, y salí a la ventana levantando mis ojos hacia las estrellas.

—“¡Puedo ser invisible!”—repetí.

—“Hacer semejante cosa era entrar en el campo de la magia. Y contemplé, sin la menor sombra de duda, la magnífica visión de todo lo que la invisibilidad podía ofrecer a un hombre. El misterio, el poder, la in-



En el aire todo el equipaje...

dependencia. Inconvenientes no ví ninguno. ¡Figúrese usted! ¡Yo, un desarrapado, misero, pobre pasante, desasnando muchachos en un colegio de provincias, podía llegar... a eso! Le preguntaré, Kemp, si usted... cualquiera otro hubiese abandonado la tarea. Y trabajé durante tres años, y escale montañas de dificultades, hasta poner el pie en la cima. ¡Los infinitos detalles! Un profesor, un profesor de provincias, siempre atisbando. "Cuándo va usted a publicar esos famosos

trabajos?" era su incesante pregunta. ¡Y los estudiantes, los escasos medios! En tres años pude dar remate...

"Y después de tres años de secreto y penalidades, encontréme con que, completar aquello era imposible... imposible."

—¿Por qué?—preguntó Kemp.

—Dinero—dijo el hombre invisible, y se encaminó a la ventana, echando un vistazo a la colina.

Volvióse bruscamente.

—“Robé al viejo... robé a mi padre. Aquel dinero no era suyo, y se saltó la tapa de los sesos.”

CAPITULO XX

En la casa de Great Portland Street

Por un momento Kemp permaneció en silencio, mirando la espalda de la acéfala figura inclinada sobre el alfeizar. Después se estremeció, asaltado por un pensamiento, levantóse, tocó un brazo del hombre invisible y lo condujo hacia la mesa.

—Está usted fatigado—dijo,—y mientras yo estoy descansando, usted pasea. Tome usted una silla.

Y él se colocó entre Griffin y la ventana.

Durante unos momentos permaneció Griffin silencioso, y después reanudó bruscamente la relación.

—Cuando esto ocurrió—dijo,—había ya salido yo del colegio de Chesilstone. Era a últimos de diciembre. Tomé habitación en Londres, un destartado aposento en un caserón tétrico, situado en una callejuela próxima a Great Portland Street. El aposento quedó bien pronto lleno de utensilios y aparatos, y el trabajo prosiguió seguro y sin vacilaciones, yendo a su conclusion. Fui a enterrar a mi padre. Mi mente estaba llena de investigaciones y no hice lo más mínimo para salvar su reputación. Recuerdo el funeral, la carroza de tercera clase, la económica ceremonia, la ladera cubierta de hielo, y a un su viejo amigo que leyó las preces frente a su sepultura... un anciano harapiento, encorvado, que temblaba de frío.

“Recuerdo mi regreso a la desierta casa, a través del lugar que había sido una aldea en su tiempo, y ahora salpicada de homogéneas construcciones, con esa monótona homogeneidad de las ciudades. De todas partes las calles iban a terminar en los áridos campos. Me recuerdo como una desgarrada, negra figura, caminando a lo largo de las calles, y de la sensación de alejamiento que sentía hacia la escuálida respetabilidad, hacia el sórdido mercantilismo del lugar...”

“La muerte de mi padre no me inspiró gran sentimiento. Parecióme a mí que había sido víctima de un sentimentalismo exagerado. La costumbre requería mi presencia en el entierro, pero no era realmente incumbencia mía.

“Pero atravesando la calle Mayor, la antigua vida volvió a mí ser por cierto intervalo. Tropecé con la jóven que fué mi novia hacía diez años. Nuestros ojos se encontra-

ron. “Algo me impulsó a volver sobre mis pasos y hablarla. Era una criatura bastante vulgar.

“Fué algo así como un sueño aquella visita al pueblo natal. No me sentía sólo entonces, no me di cuenta de que había entrado en una especie de desolación. Me percaté de mi pérdida de simpatías, pero lo apliqué a la general futilidad de la vida. Al volver a mi laboratorio, parecióme que entraba de nuevo en la realidad. Allí estaban las cosas que yo conocía y amaba. Allí estaban los aparatos, los experimentos preparados y esperando. Apenas si quedaba alguna dificultad por resolver, fuera del planeamiento de detalles.

“Más pronto o más tarde, Kemp, le comunicaré a usted los complicados procedimientos. Por ahora, no es preciso que entrenos en ellos. Pues la mayor parte, excepto algunas materias que recuerdo, están escritas en cifras en los libros que ese canalla se ha llevado. Es indispensable que los encontremos. Pero la fase principal era colocar el objeto transparente, cuyo índice de refracción debía ser disminuido, entre dos radiantes centros de una especie de vibración etérea, de lo cual ya le hablaré a usted más tarde. No... no esas vibraciones Rontgen; no sé que las mías hayan sido descritas, aun cuando son bastante sencillas. Yo usaba dos pequeños dinamos... principalmente, que obraban mediante un motor de gas económico... Mi primer experimento fué con un pedazo de lana blanca. Era la cosa más extraña del mundo ver el trozo de tejido suave y blanco en la corriente de las chispas, y luego desvanecerse como una bocanada de humo.

“Apenas podía dar crédito a lo que había conseguido. Puse la mano en el lugar que debía ocupar el objeto y allí le encontré tan sólido como antes. Tuve un poco de pavor y lo arrojé al suelo. Costóme algún trabajo encontrarlo después.

“A éste sucedió un curioso experimento. Oí un maullido a mis espaldas, y, volviéndome, vi un hermoso gato blanco, encima de la tabla del depósito de agua, fuera de la ventana. Un pensamiento cruzó por mi cerebro. “Todo está preparado para tí”, dije, y encaminándome a la ventana, le llamé dulcemente. El pobre animal se moría de hambre... acudió a mi llamamiento y le di un poco de leche. Toda mi comida estaba en un armario, en un rincón de la habitación. Después comenzó a dar vueltas por todo aquello, con la evidente intención de posesionarse de su nueva casa. El invisible pedazo de lana le intrigó un poco; era cosa de verle bufar y encorvar el espinazo. Pe-



Una mujer de buena estatura

ro yo le instalé sobre la almohada de mi camastro, y le di una porción de manteca para que no intentase abandonarme."

—¿Y le sentencié usted?

—Le sentencié. Pero darle drogas a un gato no es cosa fácil. Y el experimento fracasó.

—¿Fracasó?

—En dos puntos. Primero las garras y luego el pigmento... ¿cómo se llama? Ya sabe usted... en el fondo del ojo del gato.

—"Tapetum".

—Sí, el "tapetum". No lo conseguí. Luego de haberle dado materia decolorante

y haberle hecho sufrir ciertas manipulaciones, le administré opio, y le puse con la almohada, sobre la que estaba aletargado, en el aparato. Y, cuando todo se hubo marchitado y desvanecido, quedaron los dos puntos luminosos de sus ojos.

—¡Qué rareza!

—No puedo explicarlo. Le tenía atado y maniatado de modo que me fuese fácil el manejarlo, pero despertó cuando aún la operación no estaba terminada, maulló lastimosamente y alguien llamó a mi puerta. Era una vieja que vivía abajo, que sospechaba que yo me dedicaba a la vivisección... una escuálida y arru-

gada criatura, cuya sola compañía en el mundo era un gato. Saqué un frasco de cloroformo, lo apliqué a las narices del gato y entreabrí la puerta. "¿No ha oído usted un gato?", me preguntó. "¿Mi gato?" "No... no lo he oído", contesté cortemente. Quedóse un tanto dudosa y trató de meter la cabeza para escurrir en la estancia... que debió parecerle bastante extraña, indudablemente; paredes desnudas, ventanas sin cortinas, el camastro, el motor vibrando y la corriente de chispas, y el débil olor de cloroformo en el aire. Se satisfizo por fin y se retiró.

—¿Cuánto tiempo dura la operación?—preguntó Kemp.

—Tres o cuatro horas en el gato. Los huesos y tendones, y la grasa fueron lo último en desaparecer, y después las puntas coloreadas del pelo. Y, como he dicho a usted, la parte interna extrema del ojo, viscosa, irisada, no quiso desvanecerse.

—La noche estaba muy adelantada cuando el experimento terminó; nada del animal era visible excepto las uñas y los ojos. Detuve el motor, saqué el gato, que aún estaba insensible, desaté sus ligaduras, y, sintiéndome cansado, dejéle dormir en su invisible almohada, y me eché en el camastro. No podía conciliar el sueño. Permanecí pensando en substancias debilitantes, volviendo una y cien veces sobre el experimento, o soñando febrilmente en cosas que se volvían confusas y se desvanecían en torno mío, todo, el suelo que pisaba, las casas, el cielo... una pesadilla que duró toda la noche. Sobre las dos el gato empezó a maullar por el aposento. Traté de hacerle callar llamándole, y luego decidí hacerle salir. Recuerdo la impresión que me causó cuando encendí la luz... allí estaban los redondos ojos brillando con verdoso resplandor... aislados, como dos fuegos fatuos. Hubiera querido darle leche, pero no me quedaba. No quería estar quieto y se fué a maullar justamente junto a la puerta. Traté de cogerle con ánimo de echarle por la ventana, pero era imposible apresar aquel invisible animal. Se escapaba de un rincón para ir a maullar a otro. Por fin abrí la ventana y traté de asustarle. Supongo que saldría por ella, pues ya no le oí ni le ví más.

—Después... Dios sabrá por qué... caí en honda meditación, recordando de nuevo el entierro de mi padre, la triste y glacial ladera del cementerio, y todo lo demás hasta que vino el día. Comprendí que dormir era imposible, y, cerrando la puerta detrás de mí, me fuí a divagar por las calles."

—¿Usted no querrá suponer que por el mundo anda un gato invisible?—preguntó Kemp.

—Si no le han matado—dijo el hombre invisible,—¿por qué nó?

—¿Por qué nó?—repitió Kemp.—He interrumpido sin pensar.

—Probablemente le matarían—dijo el hombre invisible.—Cuatro días después aún vivía, y debió haberse refugiado en algún agujero de Great Tieltsfield Street, pues ví un corro de gente que trataba de averiguar de dónde salían los maullidos.

Se detuvo y permaneció silencioso durante un largo momento. Después continuó bruscamente:

—Recuerdo vívidamente la mañana antes de la transformación.

—Debí haberme alejado de Great Portland Street... pues recuerdo las tiendas de campaña en Albany Street, y el paso de los regimientos de caballería, y por fin halléme sentado al sol, y sintiéndome enfermo y muy extraño, en la cúspide de Primerose Hill. Era un día de buen sol, en enero... uno de esos días de sol y frío, que hubo este año antes de la nevada. Mi debilitado cerebro trataba de fijar la situación, de trazar algún plan de acción.

—Estaba sorprendido al ver que en el momento en que la recompensa estaba al alcance de mi mano, las ventajas no me parecían concluyentes. Evidentemente, yo estaba agotado, pues el intenso esfuerzo de cuatro años de incesante trabajo, me había dejado incapaz de grandes fuerzas o sentimientos. Me encontraba apático y traté en vano de recobrar el entusiasmo de mis primeras investigaciones, la pasión de descubrimientos que me había llevado al punto de deshonorar las canas de mi padre. Nada parecía importarme. Yo ví claramente que esto era un período de transición, debido al exceso de trabajo y falta de dormir, y que, con medicamentos y reposo, recobraría mis energías.

—Todo lo que podía pensar claramente era que la cosa debía llevarse a cabo; aquella idea fija no se apartaba de mi mente. Y cuanto antes, pues mi capital llegaba a su término. Miré en torno mío, en la cima, rodeado de niños que jugaban vigilados por sus crinidas, y traté de reflexionar acerca de todas las fantásticas ventajas que un hombre invisible podría tener en el mundo. Después de un buen rato, regresé como pude a casa, tomé algún alimento y una fuerte dosis de estriénina, y me tendí en la cama sin desnudar me... La estriénina es un gran tónico, Kemp, para combatir la flojedad."

—¿Es un demonio!—dijo Kemp.—El paleolítico es un frasco.

—Desperté grandemente vigorizado y bastante irritable... ¿sabe usted?

—Conozco la materia.

(Continuará).

PACIFICO

MAGAZINE

Febrero
1917

PRECIO
UN PESO



ALIMENTO MEYER



Los distinguidos
especialistas en en-
fermedades de niños,
señores:

Otto Phillippi.
Alfredo Commentz,
Luis Calvo Macken-
na.

Adolfo Hirth.
Gilberto Infante Val-
dés.

Roberto Aguirre Lu-
co.

Alfredo Sánchez
Cruz.

Luis Cruchaga T.
Eugenio Cienfuegos.
César Morelli.

Etc., Etc.,

*le recomiendan como el mejor alimento para guaguas mayores de tres me-
ses, que necesiten régimen de harinas*



De venta en las principales Boticas y Casa Gath & Chaves. Por mayor: Dau-
be y Cia., Arestizábal y Cia., Drogueria Francesa. Agentes: En Concepción,
J. W. Jackson; en Valdivia, don A. Silva Lastarria y en Valparaíso, don Al-
berto Phillips.

8935

NUESTRA PORTADA

RETRATO AUTENTICO DEL GE-
NERAL SAN MARTIN.—PINTURA
DE LA EPOCA.



El conde y sus capitanes, sentados sobre el tronco de un árbol, tenían consejo.



Una batalla del siglo XV

Por _____

DE BARANTE

Entre el Rey Luis XI y el conde de Charolais, que más tarde fué famoso bajo el nombre de Carlos el Temerario, duque de Borgoña.

Es interesante el contraste entre la vieja guerra y la de hoy día. Nada puede ilustrar mejor el cambio de los tiempos que la sencilla relación que ofrecemos a nuestros lectores.

Con ilustraciones de Pedro Subercaseaux

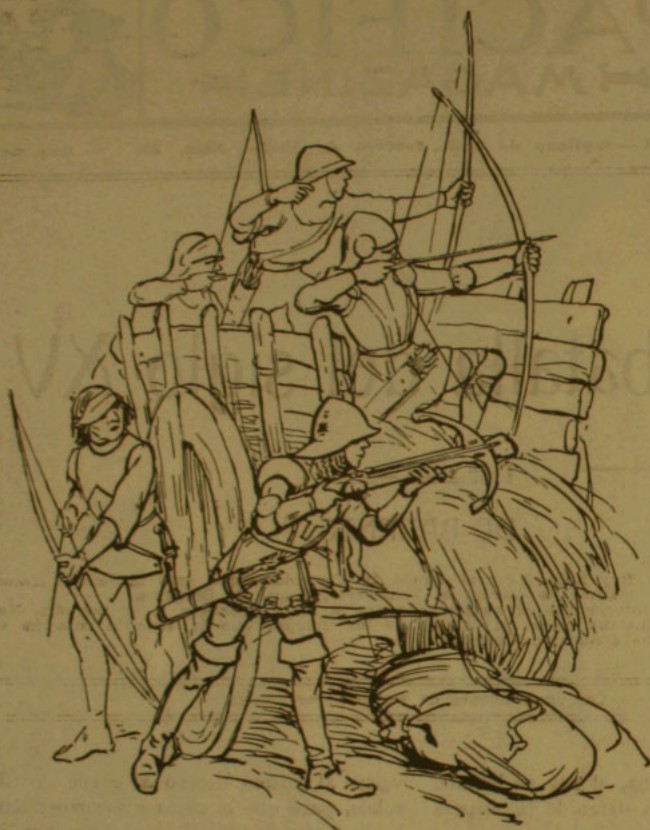
El 16 por la mañana, el rey se hallaba en Chartres; se había detenido la víspera en E'trechy, y como urgía el tiempo, marchó toda la noche. Encomendó su vanguardia al sire de Brezé, no para que iniciase la batalla, sino para reconocer el camino. El Senescal, así lo hizo, y se dirigió a la aldea de Montcheri. "Los pondré tan cerca al uno del otro, decía a sus amigos, que será muy hábil el que pueda separarlos." No contaba con fuerzas suficientes y fué el primero en perecer. El rey llegó apresuradamente a apoyar su vanguardia, y el combate, que no deseaba, quedó iniciado.

A su vez, el sire de Saint Pol se encontró demasiado débil y fué rechazado hasta el priorato de Long Pont. Allí sus arqueros se atrincheraron tras las carretas del bagaje. Hizo abrir algunas barricas de vino para dar valor a sus soldados y enseguida se mantuvo con firmeza delante de los franceses, que llegaban de a pocos, y no eran muy numerosos todavía. Hizo ad-

vertir al mismo tiempo al conde de Charolais, para que le enviase socorros; había hecho bajar de los caballos a sus hombres de armas, y así no podrían éstos retirarse.

El señor de Charolais estuvo un momento incierto sobre lo que debía hacerse. Comenzó por enviar el bastardo de Bourgogne en ayuda del conde de Saint Pol, deliberando sobre si comprometería o no a todas sus fuerzas. Era de temer, en efecto, que el mariscal Roualt saliera de París, y colocara el ejército entre dos ataques. En esto llegó el sire de Contay. El había visto las cosas de cerca. "Si queréis ganar la batalla, dijo, es preciso apresurarse, monseñor; los franceses llegan uno tras otro, y habrían sido ya derrotados, si tuviéramos bastante gente... Crecen a ojos vistas: el tiempo pasa."

Entonces el conde de Charolais se puso en marcha para reparar el tiempo perdido; en lugar de permitir dos descansos a la tropa para que tomara alientos, les



Sus arqueros se atrincheraron tras las carretas del bagaje.

Saint Pol, y los otros jefes borgoñones, trajeron sus arqueros; pero no conservaron tan buen orden como los arqueros del de Francia y los de la guardia del rey, que se habían formado en compañías, vestidos con sus tabardos bordados. Los arqueros borgoñones eran, al contrario, como voluntarios, valientes, pero sin disciplina. Según las prácticas de las antiguas guerras, y el conocido uso de los ingleses, se dió por de pronto orden a los hombres de armas de desmontarse para combatir contra los arqueros. Felipe de Labaring, Felipe de Crévecœur, sire d'Esqueredes, y algunos otros caballeros que se acordaban que, en tiempo del conde de Salisbury y de Lord Talbat, el puesto de

llevó en una sola jornada, a través de los trigos en sazón y de los campos de habas.

Llegaron al sitio del combate ya fatigados, en poco orden y unos después de otros. El avanzó el primero, llevando la derecha; sus gentes se apartaron tras del castillo, en la aldea, y pusieron fuego a las casas. El viento llevaba el humo hacia los franceses; éstos se acobardaron, y el conde de Charolais, viéndolos derrotados, se puso a perseguirlos: eran las gentes del conde de Maine.

Las cosas sucedían de otro modo en la izquierda de los Borgoñones; los franceses se habían atrincherado bajo el castillo, detrás de un foso bordeado por una cerca. El sire de Ravenstein, Jacques de

honor era el de los arqueros, bajaron también de sus caballos. Pero el conde de Charolais no estaba allí; nadie sabía quién iba a obedecer ni quién iba a mandar. Todos esos nuevos hombres de armas no habían visto jamás la guerra, y la mitad de ellos no tenía coraza, ni estaban acompañados de servidores con armas... así no se desmontaron o volvieron a subir a caballo un momento después.

Por su parte, el rey hacía todo lo posible para envalentonar a sus gentes, y no siguieran el ejemplo del ala izquierda. Veía que el temor ganaba todos los espíritus. Corrió el rumor de que había sido muerto... "No, amigos míos, exclamaba, quitándose el casco para mostrarse a ellos, no he muerto, he aquí a vuestro rey, de-

fendedle con valor." Así los animaba y les arrastraba tras de él.

Cuando durante algún tiempo los arqueros hubieron disparado los unos contra los otros, de pronto los hombres de armas del rey pasaron por las dos extremidades de la cerca, y se lanzaron sobre los borgoñones. Entonces los hombres de armas del señor de Ravenstein y de sire Jacques de Saint Pol, se lanzaron al través de sus propios arqueros para ir al encuentro de los franceses. Sobre mil doscientos que eran, probablemente no eran más de cincuenta los que habían antes roto una lanza. Fueron derrotados al primer choque; ellos mismos pusieron el desorden entre sus arqueros, y no pudieron parapetarse detrás de ellos. Felipe de Laing se dejó matar valientemente por su señor, y así perecieron otros caballeros de noble sangre. El espanto se apoderó de los borgoñones. Tomaron la fuga, perseguidos de cerca por los gentil-hombres del Delfinado y de la Saboya, y no se detuvieron sino a una media legua de allí, detrás de sus bagajes y junto a la selva vecina. El conde de Saint Pol logró retirarse mejor acompañado y con menos desorden.

Entretanto, el conde de Charolais seguía arrojando delante de sí a las gentes del conde de Maine, y a la izquierda del ejército del rey, sin encontrar ninguna resistencia. Había llegado ya a media legua más allá del castillo, y creía suya la victoria, cuando un gentilhombre viejo del ducado de Luxembourg, Antonio La Bretten, vino a decirle que los franceses se habían repuesto, y que estaba perdido si iba más lejos. El no le hizo caso; pero poco después llegó el sire de Contay, que le habló con más energía y fué preciso creerlo.

Cien pasos más y el conde no habría tenido tiempo de reunirse a su ejército... Lo hizo con toda la rapidez que pudo. La aldea estaba llena de gentes de a pie, pero que corrían de aquí para allá, en desorden. El conde pasó al través de ellos, atropellándolos, aunque toda su tropa no subía de cien jinetes. Uno de los fugitivos le hizo frente, y dióle con su venablo en el pecho, para abollar su coraza y herirlo. Sus acompañantes mataron a ese hombre; los otros se escaparon.

Una vez frente al castillo, el señor de Charolais, quedó sorprendido al ver las puertas custodiadas por los arqueros del rey; dió vuelta a la izquierda para ganar el campo abierto, pero quince o dieciseis hombres de armas se lanzaron en su persecución. Una parte de su tropa se había dispersado y sólo tenía treinta hombres consigo. El choque fué vivo. "Amigos míos, exclamaba el conde, defendad a vuestro príncipe, no lo dejéis en peligro. En cuanto a mí, no os abandonaré hasta la muerte." Su escudero, Felipe de Signie, fué muerto junto a él, llevando su pendón. El mismo recibió varios golpes, y fué herido por una espada que le penetró por la juntura del casco y de la coraza, que su escudero había amarrado mal. Le amenazaban tan de cerca, que un hombre de armas francés le puso la mano encima, exclamando: "Rendíos, monseñor, os conozco bien... No os hagáis matar." Le habrían cogido, si Roberto Cotterau, hijo de su médico, hombre grande y fuerte, no se hubiera arrojado entre los franceses y él.

Felizmente se vió avanzar a una cuarentena de sus propios arqueros, con gentes del bastardo de Borgoña, reunidos alrededor de su bandera. Así los hombres de armas que le perseguían fueron obli-



Los arqueros de la guardia del Rey con sus tabardos bordados



—No, amigos míos, exclamaba, quitándose el casco para

gados a retirarse detrás del foso, que en la mañana había servido de trinchera a los franceses.

Entonces el conde pudo retirarse con mayor seguridad. Tomó el caballo de uno de sus pajes y se puso a reunir a sus gen-



mostrarse a ellos, no he muerto, hé aquí a vues tro Rey.

tes, que se habían dispersado en pequeños jinetes borgoñones. Los trigos en sazón grupos. Los arqueros llegaban heridos por impedían ver el número de los muertos. el enemigo o atropellados por los mismos El polvo desfiguraba a los que yacían en



Se lanzaron al través de sus propios

el camino. Era un desorden completo. Cien hombres habían causado la derrota del ejército de Borgoña.

Pero, a poco fueron reuniéndose los dispersos. El conde de Saint Pol, sin apresurarse, vino a reunirse al conde de Cha-



arqueros para ir al encuentro de los franceses.

rolais, con cuarenta jinetes. La marcial apostura de éstos, volvió el valor a los demás... Muy luego había juntos, ochocientos hombres de armas, pero sin arqueros. Esto hacía imposible un nuevo ataque, con gran despecho del señor de

Charolais y del sire de Hautbourdin, que veían a los franceses en desorden, y poco en estado de resistirles. Sin embargo, éstos se encontraban seguros en sus atrincheramientos; la presencia del rey y las buenas palabras que solía decir a los soldados, mantenían a cada uno en su deber. Sin eso, la batalla habría sido grandemente perdida.

Llegaba la noche; el conde de Saint Pol y el sire de Hautbourdin, ordenaron que se trajeran las carretas de los bagajes, para acampar en el mismo sitio en que se encontraba el señor de Charolais, delante de Montcheri. En el campo de los franceses se veían las fogatas encendidas, y se creía que el rey iba a pasar la noche en el campo de batalla. El conde de Charolais se hizo quitar la armadura. Se le curó la herida que tenía en el cuello; le dieron de comer y él pidió dos gavillas de trigo para descansar. Cerca de allí yacían varios cadáveres. Al retirarlos para despejar el campo, un pobre, algo reanimado por el movimiento, volvió en sí y pidió de beber. El conde le hizo dar un trago de su propia tisana, porque no bebía jamás vino. El alma le volvió al cuerpo al pobre herido; era uno de los arqueros de la guardia; se le prodigaron cuidados y sanó.

El conde y sus capitanes, sentados sobre el tronco de un árbol, tomaron consejo sobre lo que debía hacerse. El conde

de Saint Pol fué de opinión que antes del alba, se pusiera fuego a una parte de los bagajes, y se tomara el camino de Borgoña, porque no era posible permanecer entre el rey y París. Fué también esta la opinión del sire de Hautbourdin, a menos que otra cosa no se resolviera, en vista de las opiniones de los que habían ido a reconocer el campo del rey. El sire de Contay pensó de otro modo. Dijo que si llegaba a saberse en el ejército que el conde quería retirarse, todo se creería perdido, y que antes de veinte leguas, cada uno se habría dispersado por su cuenta,



—“Rendíos, Monseñor, os conozco bien... no os hagáis matar”.

sin que nadie quedara con los jefes. Aconsejó que se pasara la noche allí, tratando de ponerlo todo en buen orden, y volver al ataque al día siguiente. "Si Dios, decía, ha salvado a monseñor de semejante peligro, es a fin de que no siga su designio." El conde de Charolais aceptó este consejo, trató de dar valor a todo el mundo y durmió dos horas seguidas.

A la mañana siguiente, al venir el día, Olivero de la Marche y los hombres de armas que habían sido enviados cerca del enemigo encontraron a un fraile, que les refirió que el rey y su ejército se habían retirado durante la noche a Corbail, dejando sólo una pequeña guarnición en el castillo. Se llevó a este monje donde el conde de Charolais, que fué muy contento y glorioso de saber que el campo de bata-



Uno de los fugitivos y dióle con un venab'o en el pecho.

lla le pertenecía. Se atribuyó todo el honor de la jornada y se tuvo por enteramente victorioso. Desde este momento comenzó a crecer en él esa gran persuasión, que hizo de él el príncipe más incapaz de escuchar un consejo o de obedecer otra cosa que su voluntad.



Recuerdos de medio siglo

El Jeneral Boonen Rivera rectifica los recuerdos del Jeneral Canto

Por _____

ARMANDO DONOSO

Con grabados en madera

Al iniciar la serie de nuestras entrevistas que se han dado a la estampa bajo el título común de "Recuerdos de medio siglo", no hemos tenido en vista otro fin que recoger de labios de quienes han vivido los últimos cincuenta años de nuestra historia, testimonios de hechos, personas y cosas que les ha tocado en gracia presenciar, allegando con ello documentos personales para quien mañana haya de trazar muchas páginas de la historia nacional.

Pero, como quiera que algunas noticias que han salido a luz no fuesen del agrado de todos, en más de una ocasión ha respondido a nuestras entrevistas tal o cual persona que se sintió tocada en algún miembro de su familia, o en este o aquel hecho referente a alguno de los suyos. Nosotros guardamos siempre absoluto silencio, pues en dichos entornos no teníamos velas que llevar.

Sin embargo, ello no quiere decir que nos encontráramos dispuestos cada vez a rehuir el bulto mientras se tratase de puntualizar o discutir un hecho que había menester de una aclaración. Siempre hemos estado prontos a ser los primeros en facilitar los medios y ahorrarnos a los entrevistados las necesarias molestias de salir ellos a rebatir contradicciones de impugnadores.

Tal nos ha acontecido con la última entrevista que le hicimos al General del Canto en el número de "Pacífico Magazine" del mes de enero del año en curso. Ella ha lastimado más de una memoria y ha hecho llegar hasta nosotros más de una protesta. Y como tales protestas envuelven el sentido no de un gesto airado, sin fundamento, sino de una razón basada en realidades cercanas, fundada en la historia misma, henos aquí que hayamos sido los primeros en acudir a recoger el testimonio de una palabra para nosotros respetada. Si al fin que nos ha inducido a nuestras entrevistas no es otro que una intención histórica, es lógico que en cualquier caso de los que hemos promovido nos apresuremos a facilitar todo cuanto tienda a aclarar hechos relacionados con nuestras informaciones. De este cruce de opiniones antagónicas brotará la verdad histórica, que mañana ha de ser fruto precioso para el que vaya a documentarse en ella.

En la entrevista que se sirvió concedernos el General del Canto, huelgan apreciaciones y hechos, que iban dirigidos contra la persona de un distinguido jefe de nuestro ejército, el General don Jorge Boonen Rivera. Y, como quiera que el señor General se apresurase a manifestar su intención de rectificar dichas afirmaciones, nosotros quisimos poner a sus órdenes, inmediatamente, las columnas de "Pacífico Magazine", que ya, en otra ocasión, se habían honrado con una entrevista que él tuviera la bondad de concedernos, a fin de que fuera en sus propias páginas y destinado a sus mismos lectores el eco de sus palabras.

Y allí le encontramos, una vez más, en su sala de trabajo, junto a su biblioteca, entregado de lleno al estudio, mientras revisa libros y libros, refrescando antiguos recuerdos para trazar luego las líneas de un estudio sobre la batalla de Chacabuco, que ha solicitado de su pluma "El Mercurio".

Sus tareas del momento son más intensas que las de antes, cuando en otra ocasión le íbamos a sorprender en el recogimiento de su sala de trabajo. Su estado durante algunos meses en el Ministerio de la Guerra, interrumpió el hilo de sus acostumbradas labores de Inspector General del Ejército, pero aquellos días son pasados y su norma de trabajo de antaño vuelve a ocuparle por entero.

Hojeamos, un instante, un volúmen a medio abrir, que descansa sobre su mesa de trabajo. Son los recuerdos del anciano Ministro Freycinet, que el General ha estado leyendo y ha dejado señalado con su pligadera.

Termina de escribir una cuartilla y nos presta atención. Antes que él nos dirija la palabra, nosotros le decimos:

—Hemos tenido conocimiento, General, que Ud. se disponía a publicar una rectificación a nuestra entrevista hecha al General del Canto, aparecida en el número de "Pacífico Magazine", correspondiente al mes de enero. Deseamos ahorrarle esa molestia, pues está dentro de nuestros propósitos y en nuestro plan de trabajo evitar cuantas molestias puedan imponerles a nuestros entrevistados dichas publicaciones. Aquí nos tiene Ud., pues, prontos para dar a la estampa en las mismas



columnas de "Pacífico Magazine" cuantas palabras crea Ud. que son necesarias. Si Ud. ha sido aludido en una publicación ocasionada por nosotros, ¿quién mejor que nosotros podrá recoger cuanto diga relación con ella?

Aprueba el General con una leve inclinación de cabeza cuanto hemos dicho y, luego, nos ofrece asiento cerca de su mesa de trabajo.

— Cavila un instante y nos dice en seguida, con voz firme:

— En el reportaje que Ud. me hizo y que publicó en el mes de marzo de 1916 en "Pacífico Magazine" y en el que Ud. acaba de hacer al señor General del Canto y que aparece publicado en el mes de enero de 1917,

aparecen contradicciones que no puedo dejar pasar sin justificar. Dice el General del Canto que el batallón Chacabuco, mientras se efectuaba el ataque de Concepción, alojó en San Jerónimo, a medio camino entre Guancayo y Concepción y que su comandante, el Teniente-coronel don Marcial Pinto Agüero destacó una compañía, cuyo capitán se detuvo a veinte cuadras de esa población, desde donde se sentía el tiroteo de la compañía del capitán Ignacio Carrera. Pues bien, es completamente falso que el Chacabuco se moviera el día 9 de julio de 1882, de Guancayo, a San Jerónimo. Y, por el contrario permaneció en el primero de los puntos indicados por expresa resolución del entonces

coronel del Canto y a pesar de la insistencia de Marcial Pinto, que quería reforzar el destacamento en Concepción y que sólo desistió de su empeño cuando el correo llegaba a las 4 de la tarde a Guancayo, trayendo la noticia de que no había novedad en la plaza de Concepción. Como comprobante de este aserto tiene Ud.: 1.º, el parte oficial del mismo coronel del Canto que no dice una palabra de haber tomado semejantes medidas; 2.º, el parte oficial del comandante Pinto Agüero, que tampoco consigna una sola palabra que pudiera dar margen a creer que se había tratado de reforzar el destacamento de Concepción; 3.º, la interesantísima correspondencia enviada a "El Mercurio" por Eloy Cabiedes, en que cuenta con toda minuciosidad las operaciones de la división de del Canto, las angustias y las preocupaciones que asaltaban a todos en Guancayo el día 9 por la mañana, cuando se efectuó el golpe contra Zapallanza, lo que permitía presumir que el anunciado ataque a Concepción sería efectivo.

Bruscamente interrumpimos al General, para decirle:

—General, tiene Ud. en algún volumen, o recordada de "El Mercurio", la aludida correspondencia de Cabiedes?

Inmediatamente él busca en un estante un libro; lo hojea luego, y nos lo alarga, indicándonos una de sus páginas:

Leemos nosotros entonces en voz alta: "La división regresaba poco después a Huanayo; pero en lugar de continuar la marcha a La Concepción, de donde hasta esa hora, (las 2 P. M.) no se había recibido noticia alguna, permaneció en aquel punto y allí decidió el coronel del Canto pasar la noche del 9. Mientras tanto, muchos, sobre todo los soldados, oficiales y jefes del Chacabuco, abrigan los más fundados temores por la suerte de aquella abandonada compañía, juzgando muy probable que el enemigo la atacase y destrozase por completo... Tras aquella larga demora, causada por el ataque de las montoneras, hubiera sido de suponer que el mismo día 9 en la tarde se pusiera la división en marcha sobre el pueblo de Concepción, en donde se hallaba la compañía del Chacabuco, de que ya hemos dado noticia. No se movió, sin embargo, durante el día y ni aún durante la noche. Más todavía: aunque se había anunciado la partida para antes del toque de diana, y aunque desde las 2 A. M. estaban listos algunos cuerpos para emprender la marcha, sólo a las 8 A. M. del día siguiente, 10, principió el desfile de las tropas para dirigirse a Concepción. Formaban la primera descubierta de nuestras fuerzas los escasos restos de dos compañías del Chacabuco, mandadas por el capitán de la 2.ª, don Jorge Boonen y a ésta seguía una segunda descubierta o avanzada, formada también por algunos hombres del Lautaro, al mando del capitán Correa. Estas descubiertas tenían orden de llegar hasta el lugarejo de San Jerónimo, situado entre Guancayo y

Concepción, siguiendo por la cumbre de una cuchilla de cerros que dominan el camino. El pueblecillo de San Jerónimo dista de Guancayo unas cuatro leguas y se halla a la vista de Concepción y sólo a una legua de distancia de esta ciudad. El total de la fuerza que mandaba el capitán Correa ascendía sólo a 19 hombres, y la del capitán Boonen a 20, formando entre ambas un total de 39. Naturalmente, Boonen, que tenía como todos por la suerte de sus compañeros, y con mayor razón que los demás, por pertenecer al mismo cuerpo, hizo la marcha con toda celeridad, a fin de tener lo más pronto posible noticias de ellos. En cuanto llegó a las puertas de Concepción, viendo que nada podía descubrir desde allí, sino una siniestra humareda que se levantaba desde la plaga del pueblo, se sintió presa de los más graves temores, sobre todo al notar el extraño silencio y falta de gente por los alrededores de la ciudad. No pudiendo resistir a la ansiedad que le dominaba, tomó cuatro hombres de su tropa y con ellos se adelantó a reconocer el pueblo. Marchando con precaución, llegó hasta cerca de las primeras calles, en un punto donde concluyen los ranchos diseminados y principia el empedrado. Hasta ese momento había ya notado algunas circunstanancias extraordinarias y, entre otras, llamaba su atención la humareda que se levantaba de la plaza, la falta de gente en los ranchos y en las calles, y el no venir a encontrarlo ningún soldado chileno. Por esta causa, sus temores aumentaron y se detuvo allí con el objeto de hacer indagaciones y de no aventurarse imprudentemente en una emboscada. A los pocos instantes, notando, sin duda, su vacilación, asomaron por una calle cercana algunos cholos. Uno de ellos traía un rifle, y los otros estaban armados de lanzas y garrotes. No manifestaron, sin embargo, intenciones hostiles, sino que, adelantando paso a paso, gritaban con voz melosa:—Entren, chilenitos, entren y dejen las armas. Mandan decir los de la compañía que vayan.—Aquello de dejar las armas era demasiado ingenuo para no dar lugar a la sospecha del capitán Boonen. Principió a interrogarlos, diciéndoles que se acercaran, pero los cholos rehusaban hacerlo. Por el contrario, viendo que el capitán chileno los llamaba, principiaron a alejarse. Poco después, desde uno de los potreros cercanos se hacía una descarga de fusilería sobre el capitán Boonen y sus cuatro soldados, y esto manifestaba claramente que la ciudad de Concepción se encontraba en poder del enemigo."

Narra luego, minuciosamente, el correspondiente de "El Mercurio" cómo el capitán Boonen y sus soldados volvieron a reunirse con las descubiertas del Chacabuco y del Lautaro y cómo, reunidos, hicieron frente a los peruanos, entrando poco después a La Concepción. "Los soldados del Chacabuco—escribe Cabiedes—fueron los primeros en penetrar a la ciudad, y a la cabeza de ellos, el capitán



Boonen. El fué también el primero que pudo llegar a la plaza y contemplar el horrible espectáculo que ofrecía aquel teatro de las más terribles escenas de heroísmo y sacrificio. Cesamos en nuestra lectura y, entonces, el General nos dice:

—Todos estos documentos se hallan publicados en el tomo séptimo de Pascual Ahumada Moreno, donde Ud. va a comprobar la

efectividad de ellos. Ud. sabe que las correspondencias de Eloy Cabiedes llaman la atención por la exactitud y que ninguno de los jefes ha podido rectificar nada en ellas, como no sean menudos detalles que carecen de toda importancia.

Cierra el volumen de Ahumada Moreno, el General y, después, busca en su carpeta de trabajo un papel. Es un extenso artículo de

diario. Lo deja sobre su mesa de trabajo y nos explica:

—En el brillante y sentido artículo publicado por el ex-capitán del Chacabuco, don Arturo Salcedo, el 9 de julio de 1889 y reproducido por "El Mercurio" el domingo 9 de julio de 1911, no hay una sola línea que pueda interpretarse en favor de la versión que da el General del Canto y, por el contrario, todo concuerda con la correspondencia del señor Eloy Cabiedes, con los partes oficiales conocidos y con la primera versión del combate, publicada en "La Situación" de Lima por el que suscribe.

Repasamos dicho artículo, y en la parte pertinente al entonces capitán Boonen, anotamos lo siguiente: "En la madrugada del 10 de julio la división llegaba a las inmediaciones del pueblo de La Concepción, donde se supo por uno de los naturales que la compañía del batallón Chacabuco, mandada por el teniente Ignacio Carrera Pinto, que cubría la guarnición de aquel lugar, había sido atacada el día antes y que el pueblo estaba ocupado por el enemigo. Esta noticia, recibida con la angustia en el alma, pues se presentía el resultado de tal combate, fué desgraciadamente corroborada por uno de los ayudantes de la división (el infrascripto) que comunicaba que el fuego de fusilería con que había sido recibido por el enemigo desde las accidentadas lomas que ocupaba a la salida del pueblo, le había impedido entrar a él. Cúpole, entonces, al ilustrado capitán del Chacabuco, hoy teniente-coronel de ejército, don Jorge Boonen Rivera, recibir la orden de marchar inmediatamente con su compañía a despejar el paso del pueblo, batiendo al enemigo. Tal orden se cumplió en el acto por la compañía citada y tropa del batallón Lautaro."

Tan pronto hemos terminado de leer, el General comienza a decirnos:

—Es, pues, la relación que aparece en el último número de "Pacífico Magazine" completamente antojadiza y malignamente tendenciosa, pues con ella se pretende echar sombras sobre la memoria de Marcial Pinto y sobre mi humilde persona. En la relación dada por el capitán ayudante Salcedo, aparece la pequeña actuación que me cupo en ese combate, en términos que jamás he pretendido aplicarme a mí mismo. Los primeros en llegar a la plaza de La Concepción y de completar el cuadro del cuartel incendiado y de los muertos, fueron soldados del Chacabuco que llevaban a su cabeza al comandante señor Pinto Agüero, al capitán Salcedo y al que suscribe. Esto es cuanto se refiere al combate de La Concepción.

De pronto un oficial entra a la sala de trabajo del General. Le dice algunas palabras y luego se marcha.

El general reanuda el hilo de su palabra:

—Dice el General del Canto que, gracias a las falsas noticias dadas a don Patricio Lynch por un capitán que no nombra, se le quitó el mando de la división. Yo fui el capitán que llevé comunicaciones del mis-

mo Coronel del Canto de la Oroya a Caspaca y luego a Lima, primero al General Gana y luego a don Patricio Lynch de lo que había ocurrido en la plaza de La Concepción, y cómo esa guarnición había sido mantenida sin darle un solo soldado de caballería que pudiera llevar un parte, una noticia, cuando el comandante en jefe tenía a sus órdenes los dos brillantes regimientos de caballería que componían la división. Pero no fué en vista de mi versión por lo que se produjo la destitución del General del Canto, sino como puede Ud. verlo en las mismas comunicaciones fechadas el 14, 16, 17 y 18 de julio del señor del Canto al Cuartel General y que provocan la dura nota publicada en el tomo séptimo de Ahumada Moreno, página 213, en que el Almirante Lynch, con toda claridad, desvirtúa todas las excusas con que del Canto quiso cubrir la torpeza de sus operaciones. Ningún jefe de división recibió en el curso de la campaña tan dura reprensión como la que mereció del Almirante Lynch la conducta del coronel del Canto.

Buscamos en el volumen de Ahumada Moreno la página 213 y leemos la nota aludida, que firma don Patricio Lynch y que dice así: "Instrucciones al Coronel del Canto.—Nº 399.—Cuartel General del Ejército Expedicionario del Norte.—Lima, julio 21 de 1882.—Señor: Con esta fecha he dado al coronel del Canto las siguientes instrucciones: He recibido en esta fecha las comunicaciones de V. S. de 14, 17, 18 y 19 del presente en que me da cuenta de los combates librados entre los montoneros enemigos y los destacamentos que cubrían las guarniciones de Marcabaye, Concepción, Tarma-Tambo y Maco, como asimismo en que me participa su arribo a la Oroya con una gran parte de las fuerzas de la división que está a sus órdenes, y haber dispuesto desde luego la marcha de los 480 enfermos que lo acompañan y el envío de los otros 72, que por el estado de su gravedad debían hacer su viaje en camillas. No me ha sido posible darme cuenta cabal de los inconvenientes que hayan influido en el ánimo de V. S. para retardar por tantos días la concentración de sus fuerzas, ordenada a V. S. por este Cuartel General, al volverse al interior, después de su viaje a esta ciudad, siendo a mi juicio indudable que si ella se hubiera verificado en aquella fecha no habríamos tenido que lamentar la dolorosa pérdida de los 77 hombres que formaban el destacamento de Concepción, ni las bajas que el enemigo nos causó en Marcabaye. Tampoco he podido comprender su falta de municiones, pues conociendo V. S. el número de sus fuerzas y los elementos con que podía contar para hacer frente a cualquiera emergencia, ha debido solicitarlas con anticipación y no esperar el momento mismo en que debía necesitarlas. No ignoraba tampoco V. S. que todas las mulas de la conducción de equipajes se habían enviado antes al interior y que los elementos de movilidad que existían en esta ciudad para hacer el transporte de víveres y muni-



ciones, eran escasos; por consiguiente, esta misma consideración debió obrar en el ánimo de V. S. para hacer su pedido con más oportunidad. Con todo, y a pesar de los inconvenientes, ya con anticipación se había remitido a Chiela un número considerable de víveres y municiones para enviarlos a V. S. tan luego como se mandasen del interior los elementos de acatreo. Dada la escasez de fo-

rraje para las cabalgaduras, de víveres para la tropa y la falta absoluta de cuarteles y casas en que puedan abrigarse los diversos cuerpos de la división, V. S. debe proceder a replegarse inmediatamente sobre Chiela. Al efectuar V. S. este movimiento, debe someterse a las siguientes instrucciones: 1.ª. Cuando las fuerzas que manda el coronel Gutiérrez se hayan unido a las que V. S. tiene en la Oro-

ya, ordenará que las cajas y papeles diversos pertenecientes a las mayorías de los cuerpos se trasladen a aquel punto acompañados de la tropa necesaria para impedir que caigan en poder del enemigo, que merodea los alrededores. 2.ª.—Distribuirá en seguida todo el resto de la división en dos grandes grupos, haciéndolos salir con uno o dos días de diferencia para impedir la mucha aglomeración de gente en Chila. 3.ª.—Tomará, además, todas aquellas medidas de prudencia que el caso aconseje, para que el retiro de nuestras fuerzas se haga en buen orden y en la comodidad posible, para que el soldado no tenga que sufrir mucho en la marcha. 4.ª.—Tan pronto como la última fuerza haya atravesado el puente de la Oroya, V. S. ordenará que sea totalmente destruido, a fin de que el enemigo no pueda aprovecharse de él en ningún caso; y 5.ª.—Luego que arribe toda la división a Chila, V. S. cuidará de darme el correspondiente aviso por telégrafo y entretegar el mando al coronel don Martiniano Urriola, quien deberá esperar las órdenes que se le impartan acerca de la translación de los diversos cuerpos a esta ciudad. Por lo demás, confío en que V. S. se servirá comunicarme con la presteza posible cualquiera novedad que ocurra mientras se verifica el regreso de la división al punto indicado.”—Lo que tengo el honor de transcribir a V. S. para su conocimiento.—Dios guarde a V. S.—P. Lynch.—Al señor Ministro de la Guerra.—Santiago.

Apenas levantamos la vista de las páginas del libro, el General Boonen nos dice:

—Es completamente falso que el coronel del Canto se vindicara en seguida ante el ánimo del Almirante Lynch, como lo prueba el hecho de que no se le confió ninguna comisión de mediana importancia, y al terminar la campaña, por los informes del Almirante Lynch, del Canto, que había mandado división, sólo pudo obtener, después de muchos ruegos y trajines, el puesto de segundo sub-director agregado a la Escuela Militar, siendo que el director del establecimiento era su igual en graduación, el coronel don Luis Arteaga y el sub-director en propiedad el sargento-mayor don Benjamín Silva González.

Habla el General con serenidad. Su voz es entera y firme. Cuando ha pronunciado sus postreras palabras piensa un momento y luego reanuda el hilo interrumpido de su discurso:

—Que el General del Canto acostumbra presentar los hechos en forma que a él le conviene, pero que no guarda conformidad con la realidad, tiene Ud. la prueba en la dura nota con que el Intendente de la provincia de Santiago, don Prudencio Lazcano pidió con fecha de 29 de mayo de 1888 la separación del puesto de Prefecto de Policía de Santiago. A propósito de esa nota el General del Canto publicó un remitido que mereció del señor don Prudencio Lazcano la dura rectificación que aparece publicada en “El Ferrocarril”, número 10.360 del 3 de julio

de 1888 y que dice: “Señores Editores de “El Ferrocarril”: En “El Ferrocarril” de hoy he leído una rectificación que el ex-comandante de policía, don Estanislao del Canto, hace a mi nota pasada al señor Ministro del Interior en 29 del mes último. Esta rectificación adolece de omisiones y de errores que me apresuro a salvar. Es efectivo que, confiado en la exposición de los hechos ocurridos el domingo 25 de mayo en el cuartel de policía, que el ex-comandante me hizo verbalmente, aprobé su conducta: no era posible que dudara de la palabra de ese funcionario. Mas con posterioridad, por personas dignas de todo crédito que habían presenciado los sucesos, por la relación publicada en los diarios, se supo en la Intendencia que no habían sido uno sino cinco los detenidos que habían burlado la vigilancia de la policía, vigilancia difícil de burlar sin su complacencia. Persuadido de esta falta, retiré mi confianza a quien me daba motivos poderosos para no merecerla; y no creí necesario, en nuestra entrevista, emplear respecto de él expresiones odiosas para manifestarle mi desaprobación. Así como se deja entender que ha habido olvido al recordar que fué uno y no cinco el número de detenidos que burlaron la vigilancia del ex-comandante, me inclino a creer que otro tanto haya sucedido respecto de las instrucciones terminantes que le di. Por lo demás, tengo la satisfacción de haber cumplido con un duro deber público.”—Santiago a 2 de junio de 1888.—Prudencio Lazcano.

Termino de leer estas líneas y, antes de pronunciar una palabra, el General Boonen repasa en su memoria algún lejano recuerdo y, de pronto, sonríe maliciosamente. Nos dice con sorna:

—Antes de abandonar los sucesos ocurridos durante la campaña de las sierras, permítame hacerle una observación sobre el famoso billeteo perfumado con que la aristocrática dama de Lima se dirige al coronel del Canto en Guancayo. La sociedad peruana, en todos los puntos que ocupó el ejército chileno, supo distinguirse por su patriotismo y la corrección con que guardó el respeto de sus hogares. Estoy seguro que todos los jefes y oficiales del ejército chileno, por su situación social o sus vínculos de familia con la aristocracia peruana, atestiguarán que, ninguno de ellos, sin faltar al honor o a la verdad, tiene anécdotas que contar, como las que expresa el General del Canto. Sin duda, ese billeteo que parecía copiado en “El Secretario de los Amantes”, por lo cursi de su redacción revela su origen, que no puede ser sino de alguna maritornes a quien bondadosamente el señor General quiere convertir en princesa, tal cual le ocurría al Ingeniero Hidalgo don Quijote de la Mancha.

Calla un instante. La pícaro llama irónica que incendiaba sus pupilas ha desaparecido. Con tono reposado comienza a hablar así:

—Volviendo a cosas mas serias, debo ha-

cerle presente a Ud. que, por los muchos incidentes que tuve con el General del Canto en Iquique, a propósito de la organización del Ejército Constitucional, se ahondó más y más el odio con que me ha distinguido el señor General, odio que, por otra parte, me tiene muy sin cuidado, pues lo estimo en lo que muy realmente vale.

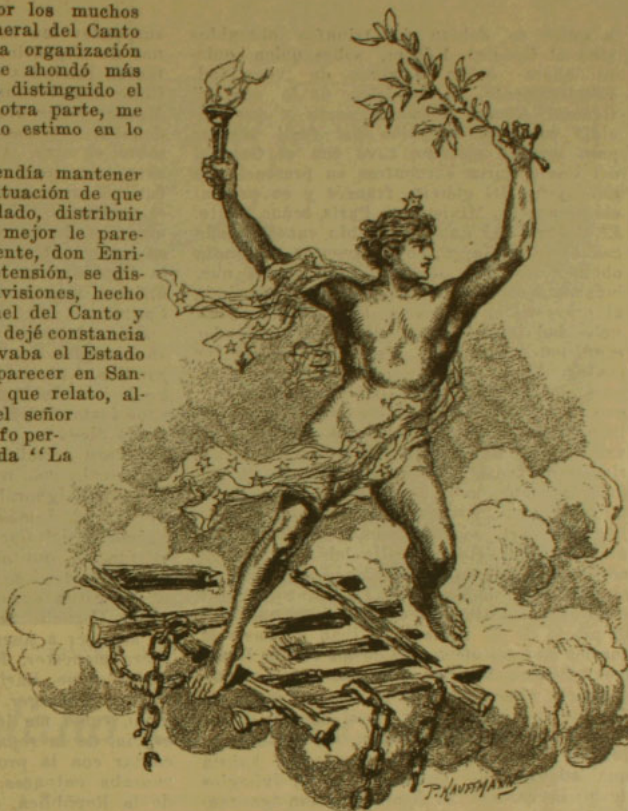
El coronel del Canto pretendía mantener al ejército constitucional en situación de que él pudiera, en un momento dado, distribuir sus fuerzas en la forma que mejor le pareciera, favoreciendo a su pariente, don Enrique del Canto. Contra esa pretensión, se distribuyó el ejército en tres divisiones, hecho que fué resistido por el coronel del Canto y del que, como era de mi deber, dejé constancia en el libro de Guerra que llevaba el Estado Mayor, libro que se hizo desaparecer en Santiago, pero que del incidente que relato, alcanzó a tener conocimiento el señor Hugo Kunz, que copió el párrafo pertinente en su obra denominada "La Guerra Civil en Chile", donde se halla publicado. Por esto, ese odio del coronel del Canto me hace ver por qué en la noche que precedió a la batalla de La Placilla no fuí llamado a la reunión de jefes y oficiales en que se dieron las instrucciones para el día siguiente a fin, sin duda, de proporcionarse la fácil venganza de impartir alguna orden que, aunque no fuera merecida, pudiera implicar un cargo al comandante del Atacama, tal cual ocurrió y que fué el punto de partida y la causal del duelo que más tarde tuve con el dicho coronel. En el parte oficial, como comandante del Atacama y en seguida como jefe de la segunda división, dejé constancia de que no había sido llamado a la indicada reunión.

Nosotros interrumpimos un instante al General para preguntarle:

—Respecto de la organización del ejército revolucionario...

No alcanzamos a formular entera la pregunta cuando nos responde:

—Fué, exclusivamente, a la acción del General Körner que se debieron los triunfos de la segunda parte de la campaña constitucional, así como los primeros habían sido debidos a la energía de la actitud del coronel don Adolfo Holley. En la campaña constitucional, cuando se pensó en expedicionar hacia el sur, julio de 1891, el coronel del Canto, lejos de proponer las operaciones hacia el centro, Valparaíso y Santiago, manifestó el deseo de no moverse de Iquique y sólo cuando tuvo noticias de que la operación se llevaría a cabo sin su concurso, y al mando del coronel don Adolfo Holley, de mala gana tomó parte en ella. Después de la batalla de



Concén el coronel del Canto quiso abandonar la prosecución de las operaciones sobre Valparaíso, que se llevaron a cabo debido sólo a la energía del actual Vice-almirante señor don Jorge Montt, quien, al tener conocimiento de la resistencia que tenía del Canto, pidió caballos para trasladarse al Cuartel General y tomar él el mando del ejército.

Abandona un momento el General la sala de trabajo; llama a un ayudante en la pieza contigua y, después de dar una orden, vuelve y reanuda sus recuerdos:

—Después, en Santiago, y a propósito de los ofrecimientos a la Presidencia de República y que otros se encargaron de rectificar, le ocurrió al General del Canto lo que al héroe de "Pequeñeces", según el Padre Coloma, quien había recibido de su real padrino Fernando VII la fama de inteligente, fama que el público aceptó sin otros títulos, y que las continuas majaderías, como dice el Padre Coloma, de Villamelón, dieron al traste con ella; y otro tanto ocurrió al señor coronel, quien, a fuerza de hablar y de ponerse en evidencia, concluyó por hacer ver a todos, y de poner bien en relieve que no era él

a quien se debían los triunfos obtenidos sino al General Körner, sobre quien quiere ahora cechar sombras de venalidad. Efectivamente, la comisión de la cual el General Körner formaba parte y que decidió sobre la adopción del fusil Mauser para nuestro ejército, tuvo con el General del Canto duros encuentros en presencia de altos jefes del ejército francés y en presencia de nuestro Ministro en París, señor Matte. El General del Canto se había entusiasmado con el fusil Marga, cuyo inventor pretendía obtener resultado de una doble carga que, inflamándose sucesivamente debía imprimir al proyectil en el ánima del fusil una gran velocidad inicial, que pudiera darle grandes condiciones balísticas. Ese fusil no habría conseguido ser tomado en serio por nadie, pues es materialmente imposible conseguir que la segunda carga al inflamarse, diera su impulso sobre el centro de gravedad del proyectil ya en movimiento y ocurría en la práctica lo que vemos a diario cuando un individuo va corriendo y que otro, a fin de ayudarlo le pone la mano en la espalda, y es que lejos de darle mayor impulso, lo hace caer al suelo; que el proyectil del fusil Marga adolecía de tales perturbaciones que lo constituían en verdadero mito. En cuanto al fusil ideado por el General del Canto y que, por el precio de 62 francos, lo iban a construir con los mejores elementos de los fusiles Beaumont Dautau, Manlicher, Mauser, etc., es una completa aberración, de la cual se reían todos los que intervenían en el asunto y que lejos de haber podido costar 62 francos debía ser el arma más cara, puesto que habría que adquirir de antemano los privilegios de los inventores. El General es tan ignorante en esta materia que ni siquiera sabe que un fusil y sus condiciones balísticas constituyen un todo homogéneo y que no es posible modificar un solo factor sin que los otros tengan también que sufrir la modificación consiguiente. El fusil a que el señor del Canto hubiera querido dar su nombre, habría resultado sin duda, por su extraño conjunto de cañón Mauser, cierre Manlicher, proyectil Marga, aparatos de puntería Daudetau, etc., la legendaria catábina de Ambrosio, que no vemos figurar en ninguno de los ejércitos modernos. Gracias al cielo con que Augusto Matte veló por los intereses de la República y gracias también al interés que tenía la fábrica Mauser de llevarse el contrato con Chile ya que con ello daba un golpe de muerte a su rival el Manlicher, interés que provenía de la circunstancia de que el Excmo señor Balmaceda había iniciado el armamento de la República con el Manlicher y que éste había hecho sus pruebas en los campos de Concón y de la Placilla en forma que abundantemente propalada en los diarios europeos y norte-americanos, había hecho

suspender las negociaciones que los gobiernos de Argentina, España, Brasil y Turquía tenían iniciadas con la Casa Mauser, pues si Chile abandonaba el Manlicher y tomaba el Mauser y después de haberlo tomado lo abandonaba, reconocía la superioridad del uno sobre el otro. Augusto Matte supo aprovechar esa circunstancia y por eso obtuvo el fusil Mauser con bayoneta y porta-fusil por el precio de 67 francos, precio que ningún otro Estado ha obtenido y que es un record en materia de armamentos. Para felicidad de la República no tuvo que intervenir en las últimas negociaciones el señor General del Canto.

Sobre la mesa de trabajo del General hay un ejemplar de "Pacífico Magazine" correspondiente al mes de enero del año en curso. Lo hojea rápidamente el General, se detiene unos instantes, luego lo arroja sobre la mesa y nos dice:

—Para terminar, debo decir que todo lo que relata con relación al desafío que tuve con él, lo ignoraba cuando estuvimos juntos en Europa. Jamás permití a nadie que se dirigiera a del Canto pidiéndole auxilios para mi familia, que no los necesitaba, pues tanto desde Chile mi suegra, doña Irene de la Fuente de Silva como mi querido e inolvidable primo Cornelio Saavedra se habían anticipado a poner a nuestra disposición todo lo que fuera menester. En Europa, amigos tan cordiales como Enrique Peña, Augusto Matte, Carlos Kirsinger, Körner, se habrían encargado, como me lo ofrecían, en caso de desgracia, de la repatriación de mi familia, sin contar con la protección oficial que me dispensaba entonces, sin límites, el Presidente de la República, don Jorge Montt y su Ministro don Santiago Aldunate, por lo cual mi amigo Emilio Orrego Luco, que entonces tenía a su cargo la Tesorería de Chile, puso a mi disposición los anticipos que fueran necesarios, sin fianza, anticipos que fueron debidamente cancelados, en la forma de costumbre, por el infrascrito. Por lo tanto, ese alarde de generosidad con que quiere revestirse el General del Canto, dando muestras de una caballerosidad y de un amor pruebas, no fué solicitado directa ni indirectamente por mí.

Mediodía ardiente, abrasador. Suena el cañonazo de las doce cuando abandonamos la sala de trabajo del general Boonen Rivera. Un vivo escozor de inquietud han dejado en nuestro espíritu las palabras del general: sangra en ellas la amargura de sentirse herido en los momentos en que dedica sus energías al mejoramiento de nuestro ejército y al servicio de la república. Nosotros confiamos en que sus palabras contribuyan a esclarecer la verdad y no exciten el odio. El olvido y la piedad hacen la vida digna de ser vivida.



Plalda del
cerro de los
Halcones.

Cerro Quiv-
mado.

Cerro Ta-
hultaca.

Zanjón don-
de terminó la
primera car-
ga de los
granaderos.

Cerro del
Chingue.



Vista del campo de Chacabuco, desde el cerro de las Tórtolas Cuyanas.

La batalla de Chacabuco

Por _____

Francisco Javier Díaz

*Teniente Coronel, Jefe de la Sección
de Historia del Estado Mayor General*

Ilustraciones fotográficas y croquis.

El día 5 de febrero, al amanecer, el coronel español Quintanilla, que el día antes había salido de Santiago con su regimiento de carabineros para reforzar la guarnición que defendía dicho valle, encontróse en el pie norte de la cuesta de Chacabuco con el coronel Atero, comandante de esa guarnición, que se había retirado precipitadamente del pueblo de Los Andes ante la simple amenaza del avance patriota, sin haber adquirido siquiera noticias del enemigo.

Autorizado por Atero, Quintanilla continuó la marcha hacia el mencionado pueblo, donde encontró las dos piezas de artillería que allí estaban abandonadas: lo

demás había sido robado por el pueblo; siguió hasta Curimón, punto que ocupó al amanecer del día 6 y donde, como ya lo expuse en el capítulo anterior, se trabó un tiroteo río de por medio con patrullas patriotas que habían avanzado en reconocimiento hasta la orilla norte del Aconcagua y donde se supo que el grueso del enemigo había llegado a Putaendo.

Atero se le reunió a las 8 de la noche del mismo día, y dejando una de las compañías de carabineros como guarnición de Los Andes, salieron juntos dos horas después hacia San Felipe, donde llegaron a las dos de la mañana del 7, con tres compañías de caballería, cuatro de infantería,



Vista del mismo campo, desde el cerro de los Halcones.

60 hombres del Valdivia y las dos piezas de montaña, después de haber rechazado algunas fuerzas enemigas que se replegaron hacia el norte. En San Felipe quedó la artillería y la tropa del Valdivia, y el resto se puso en marcha a las Coimas, en demanda del enemigo, que, conforme a las noticias recibidas, debía estar en ese punto. Es así cómo se produjo el combate de las Coimas, que describí someramente en el capítulo anterior, y del cual combate los realistas se retiraron hacia Curimón. Aquí se supo que unas fuerzas enemigas se aproximaban por el camino del Juncal, y Atero, entregando el mando a Marqueli, regresó solo a Santiago.

El sucesor en el mando ordenó en el acto la retirada a Los Andes, pueblo al cual llegaron los realistas a las oraciones del día 7; y recibiendo noticia de que las ya anunciadas tropas patriotas podían cortarles la retirada hacia Chacabuco, se replegaron hacia la cuesta por los diversos senderos extraviados que a ella suben por las faldas del norte.

A las 7 de la mañana del 8, día en que, como se sabe, las columnas patriotas iban a llegar simultáneamente a Los Andes y a San Felipe, los defensores del valle de Aconcagua llegaron penosamente a las casas de Chacabuco, donde establecieron su campamento.

En el curso del mismo día, el Presidente Marco había citado a una junta de guerra con el objeto de acordar lo que había de hacerse. Concurrieron a ella los jefes más prominentes del Ejército realista; y así sostuvo Maroto con poderosas razones la resolución de retirarse por tierra a Talcahuano, recogiendo en el camino las diversas guarniciones del centro

del país y concentrando allá todos los elementos de defensa. Así quedó acordado; pero al día siguiente, Marco cambió de opinión, y ordenó que la concentración de las fuerzas realistas se efectuara en Santiago, con el objeto de defender esta ciudad.

Mientras tanto, el día 9 solamente, de las tropas que estaban en Chacabuco a las órdenes de Marqueli se destacó hacia la cumbre una compañía de infantería y 25 carabineros, tropas que fueron reforzadas al día siguiente por otra compañía y puestas a las órdenes del capitán Mijares. Maroto, por su parte, recibió del Presidente el mismo día 9, la orden de marchar a Chacabuco con las fuerzas del Chiloé y del Talavera, que había en la capital, y de hacerse cargo de la defensa de esa línea, en la seguridad de que ahí se le reunirían los demás cuerpos que en conformidad con la orden de concentración debían comenzar a llegar a Santiago.

Puesto en marcha desde esta ciudad con los cuerpos nombrados, el día 10 a las 12 de la noche y después de dar un descanso a las horas de más calor en el portezuelo de Colina, Maroto llegó a las casas de Chacabuco a las 12 de la noche del día 11 y se hizo cargo del mando que le entregó Marqueli. Con la llegada del nuevo refuerzo, en el campamento de Chacabuco encontráronse reunidos: el regimiento de carabineros al mando de Quintanilla, el batallón Talavera, con más de 400 hombres, bajo las órdenes de Marqueli; el batallón Chiloé, con unos 500 hombres, al mando de Arenas; el batallón Valdivia, con 220, al mando del mayor Vila, y 4 piezas de artillería de montaña, al mando del sub-teniente Moxó, de las cuales dos se devolvieron a Santiago por no haber-

seles completado su dotación de municiones.

Maroto había sido nombrado comandante en jefe, Elorriaga mayor general o 2.º jefe y San Bruno, cuartel-maestre o jefe de Estado Mayor.

—

Después de la llegada de ambas columnas patriotas a San Felipe y a Los Andes, y de haberse restablecido el día 9 el puente sobre el Aconcagua que Marqueli había hecho destruir, el Ejército argentino de San Martín se reunió en un campamento establecido cerca de Los Andes, en unos potreros situados al lado del cerro de las Monjas, "en la boca de la quebrada" y con frente a ésta, como dice el parte de San Martín—Anexo 4—; y el teniente coronel Melian con su 3.er escuadrón de granaderos a caballo salió para tomar contacto con el enemigo, situándose su servicio de avanzadas al pie de la cuesta de Chacabuco, cerca del punto denominado "Los Manantiales o Baños Viejos", avanzadas que vinieron a quedar a tiro de fúsil con las realistas.

Allí se acampó en la forma usual en aquella época: por divisiones y en el mismo "orden de batalla", con la infante-

ría y artillería al centro y con la caballería en las alas.

Inmediatamente después de establecido el campamento, se ordenó efectuar toda clase de reconocimientos: el baqueano Justo Estay, chileno que había sido empleado por San Martín en análogas comisiones, salió para Santiago; los oficiales de estado mayor, Arcos y Alvarez Condareo, fueron encargados de levantar un croquis de las posiciones que ocupaba el enemigo en la cumbre, estableciéndose también un vivo movimiento de patrullas a lo largo del cordón de cerros de Chacabuco.

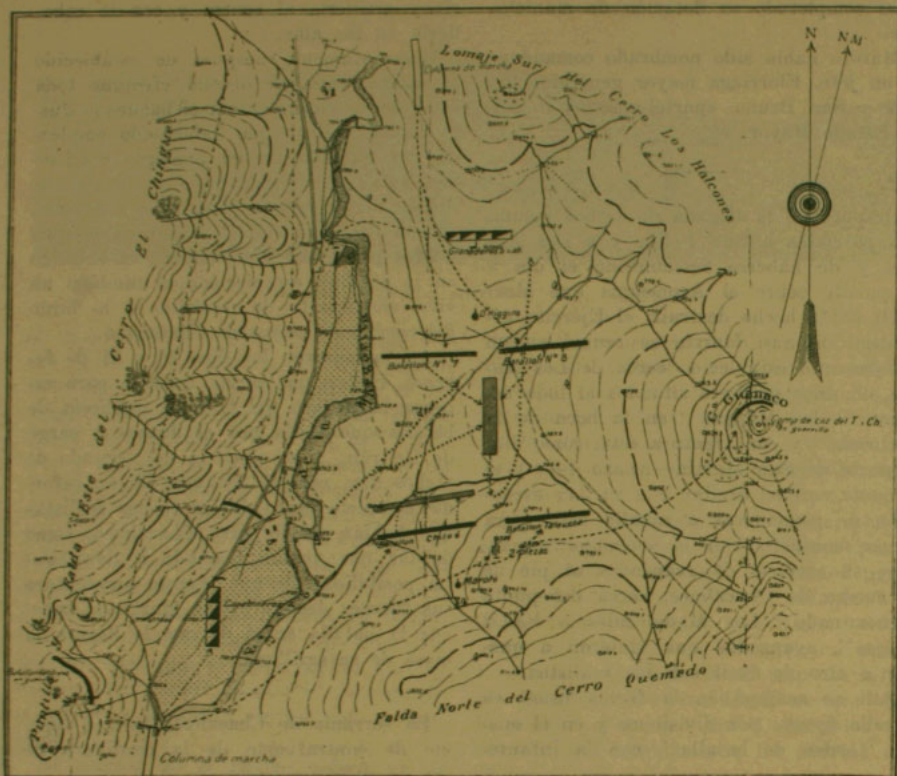
Así se pasaron los días 10 y 11 de febrero, tiempo que servía también para esperar la llegada del tren de artillería de batalla que venía por el Juncal a cargo de Beltrán; y en el curso del segundo de dichos días regresó Estay y dió un informe completo tanto de las tropas realistas que habían salido para Chacabuco, como de las que venían llegando a Santiago. La posibilidad de que Maroto acrecentara sus fuerzas decidió a San Martín a empeñar la batalla antes de que le llegara la masa de su artillería.

—

La serranía de Chacabuco es una especie de contrafuerte de la cordillera de



"Chacabuco", cuadro del pintor Tapia, cuya reproducción le ha facilitado graciosamente a "Pacífico Magazine" la Oficina de Decorado Escolar. Este cuadro está de acuerdo con la relación y representa fielmente la segunda carga de O'Higgins.



Batalla de Chacabuco: primera carga y combate de fuego.

Los Andes que tiene la particularidad de unir a esta con la cordillera de la Costa, entre el macizo de alturas que caracteriza el volcán Tupungato y las irregulares cadenas de montes relativamente bajos que circunscriben a Valparaíso. Está constituida fundamentalmente por un solo cordón que, al avanzar hacia el oriente: desde la cuesta de la Dormida, donde forman un nudo las dos serranías que se atraviesan por las cuestas de Prado y de Zapata, que vienen del sur; pasa por Montenegro y la cuesta de Chacabuco, y va a perderse en la cordillera de los Andes en el cerro del Plomo.

Para seguir hacia Santiago, el Ejército patriota tenía que atravesar esa serranía por el paso que hoy se denomina de la Cuesta Vieja; cuesta que sube por el norte hasta la cumbre por una estrecha y empinada senda que paulatinamente y se pierde en ella y por cuyo fon-

do corre un arroyo que es afluente del riachuelo Pocuro, y que desciende por la quebrada de la Ñipa, más escarpada y pendiente que la de la banda norte, para ir a perderse en los pequeños llanos de Chacabuco y Quilapilun, separados todavía de Santiago por la baja serranía que forma el portezuelo de Colina.

La quebrada de la Ñipa es a su vez la hoya hidrográfica de otras quebradas que, bajando del cordón en diversas direcciones, forman el riachuelo de Chacabuco, perteneciente a la hoya hidrográfica del Mapocho.

Como el camino de la cuesta vieja está en la línea más corta de los Andes a Santiago, si el Ejército realista se empeñaba en un combate al norte de las casas de Chacabuco, el campo de acción táctica estaba en este caso naturalmente limitado al norte por la cumbre (1,400 m. más o menos sobre el nivel del mar); al este

por los altos cerros del Cobre y de los Quilos; al oeste por los no menos altos de los Buitres y Condorito, que deben considerarse como contrafuertes de la serranía de Chacabuco, y al sur por los que forman el desfiladero de Colina.

La batalla se produjo, sin embargo, en el estrecho vallecito de que dan una idea las dos vistas panorámicas que se adjuntan a esta monografía; vallecito cerrado al norte por el portezuelo de las Tórtolas Cuyanas, al este por los cerros de los Halcones y del Guanaco; al oeste por las lomas Peladas y por el cerro del Chingue, y al sur por el cerro Quemado, que lo cierra totalmente, dejando un estrecho paso a las aguas y al camino cerca del pequeño morro que el cerro del Chingue, forma hacia el sur. Los cerros del oeste van a perderse en la difícil quebrada del Infiernillo, bordeada a ese mismo lado por altos acantilados, que no permiten atravesarla sino por ciertos puntos, y cuya banda poniente está constituida por una serranía que arranca del cerro del Hornito y va a terminar en los cerros del Diablo y Cardenudo. El agua de la quebrada de la Ñipa, después de juntarse con

otra llamada de la Mesa del Tebo, corre por un cauce que en ciertas partes forma zanjones profundos que dificultan los movimientos de las tropas; uno de esos zanjones existe precisamente delante de la posición que tenían los realistas, hacia su izquierda, y corta por completo el estrecho vallecito en que tan importantes acontecimientos se iban a desarrollar.

En el curso del día 11 diéronse para el Ejército patriota las órdenes que copio a continuación:

“Ejército de los Andes.—Orden del día 11 de febrero de 1817.—Esta tarde, a las seis, pasarán los jefes a sus cuerpos revista de armas y municiones, cuidando que en las marchas todos lleven ojotas o zapatos en su defecto. El batallón de cazadores mandará de gran guardia una compañía completa, disponiendo que sus avanzadas se sitúen en el lugar que llaman Manantiales, y a ocho o diez cuerdas de esas avanzadas, el resto a retaguardia. La que existe de caballería se retirará, dejando ocho soldados y un cabo con un sargento y un oficial, todo al mando del capitán de cazadores. Los comandantes de



Cróquis del teatro de guerra.

granaderos, por ningún motivo, permitirán que se monte ningún caballo, y sólo habrá seis a sogá en la prevención de su cuerpo, haciendo las marchas en mulas, con un caballo de diestro. Los jefes de los cuerpos de infantería dispondrán se recojan todos los caballos de sus subalternos respectivos y los remitirán a este cuartel general, pasando al mismo tiempo la nota del número de mulas que para éstos se necesitan para la marcha, en la inteligencia que sólo los jefes y ayudantes de infantería podrán hacer uso del caballo.—Soler."

"Adición a la orden.—El Ejército se formará esta noche a las doce, y cuidarán los jefes de las respectivas divisiones de municionar su tropa con sesenta cartuchos a bala por hombre, sin permitir que ninguno lleve su mochila, que quedarán en los equipajes guardados por un oficial y cuatro soldados. Ocurrirán los cuerpos por ración de aguardiente para distribuirlo aguado antes de marchar. Las municiones restantes quedarán cargadas y marcharán a retaguardia de todo el Ejército, así que amanezca. La artillería será distribuida oportunamente, llevando los tiros de metralla y bala rasa que quepan en sus arzones; los dos tercios de lo primero. El resto de las municiones de esta arma marchará a retaguardia del cuerpo a que se destinen las piezas. La caballería ha de formar igualmente para tener su colocación según se disponga. Jefe de día para esta noche, el señor coronel don Matías Zapiola.—Soler."

"Dispositivo de ataque sobre Chacabuco.—El Ejército se hallará formado y pronto a marchar a las dos de la mañana. El batallón número 1 de cazadores tomará la cabeza; le seguirá una división de artillería de siete piezas a las órdenes del capitán (don Domingo) Frutos, el número 11 y las compañías de granaderos y voltadores del 7 y 8. La escolta y los escuadrones de granaderos 3 y 4, cerrarán la retaguardia. Estas fuerzas forman la primera división a las órdenes del señor mayor general (el brigadier) don Miguel Estanislao Soler. Inmediatamente después marchará la segunda división en este orden: batallón número 7, una batería de dos piezas a las órdenes del oficial Fuen-

tes, batallón número 8 y escuadrones 1 y 2 de granaderos. Los cuerpos marcharán en columnas cerradas, lo más unidos posible, hasta los Manantiales.

"Primera división.—Desde aquí continuará en marcha la primera división hasta que la cabeza encuentre la avanzada de gran guardia situada sobre la comunicación de la derecha. De este punto el señor comandante Alvarado (del batallón de cazadores), formará por divisiones de dos compañías. Allí tomará el camino, una sobre la derecha y otra sobre la izquierda, en columnas particulares de ataque. Al aproximarse al enemigo, de cada columna dispersará una compañía en guerrillas formando abanicos. La caballería que en el momento de la acción haya de sostenerlas, y la situación de la artillería como de las demás tropas, lo decidirán las circunstancias y la naturaleza del terreno.

"Segunda división.—La primera indicará a ésta el momento preciso de romper su movimiento. El batallón número 7 formará igualmente dos columnas particulares. Una se dirigirá por la comunicación principal: La otra amenazará cuanto pueda por su izquierda. Cada una dispersará igualmente una compañía en guerrillas. La de la derecha se pondrá en contacto con la izquierda de la primera división. La de la izquierda se apoyará, como queda dicho, lo más que pueda contra el cerro. Las circunstancias y el terreno decidirán el resto.—Cuartel general, 12 de febrero de 1817.—Soler."

Al dar las órdenes se sabía que el enemigo ocupaba la cumbre con pocas fuerzas y que las demás venían aún en marcha hacia las casas de Chacabuco, según las noticias de Estay: de modo que las columnas debían converger hacia las casas de la hacienda, delante de las cuales debía situarse al enemigo, apoyando sus alas en los cerros, conforme a las ideas tácticas corrientes en la época.

La noche, a partir de la hora en que debían iniciarse los movimientos, estaba alumbrada por la luna, lo que los facilitaba considerablemente en aquel terreno difícil.

De conformidad con la orden, la ramificación del Ejército se efectuó al llegar a los corrales que hoy existen o más bien

dieho en Baños Viejos, tomando la división Soler el sendero que sube a la cumbre por la quebrada de los Almendros siguiendo por el cordón el camino que por él va a Montenegro, hasta llegar al cerro del Hornito. La división O'Higgins continuó de frente para llegar a la cumbre por el antiguo camino acemilar de comunicación que sirvió de base en esa parte para labrar el actual camino carretero. Los movimientos durante la noche en la formación ordenada han tenido que hacerse con mucha lentitud, de manera que sólo después de amanecer la división de O'Higgins ha podido llegar a la cumbre.

El 12 de febrero en las primeras horas de la mañana, esto es, antes que O'Higgins llegara al paso de la serranía, el brigadier Maroto recorrió las avanzadas establecidas en ella, y dió al capitán Mijáres, que las mandaba, la orden terminante de sostenerse en la altura mientras él llegaba a ocuparla con el resto de sus fuerzas, regresando al campamento como a las 10 para ponerlas en marcha después de pasar una revista de armamento.

No había transcurrido una hora cuando llegó un parte del capitán ya nombrado, anunciando que el enemigo venía subiendo la cuesta por tres puntos diferentes y que luego se rompería el fuego; Maroto, confirmando a Mijáres su orden de mantenerse en la cuesta, dispuso que se formaran las tropas y se rompiera la marcha. La vanguardia, compuesta por el Valdivia, iba al mando de Elorreaga; seguían después los carabineros, a continuación del Talavera, el Chilóe y las dos piezas de artillería; y al llegar con la pri-

mera fracción de la columna a la altura del morro del Chingue, divisó Maroto que las compañías de avanzadas venían retirándose hacia el sur por las faldas del lado poniente del cerro de los Halcones, perseguidas de cerca por la caballería patriota. Ordena entonces inmediatamente a Quintanilla que las sostega con sus carabineros y que la vanguardia retroceda hacia el grueso, haciéndola desplegarse en guerrilla en el morro del Chingue, pues había decidido aceptar la batalla en ese punto, tomando para el efecto una posición defensiva en la falda norte del cerro Quemado.



La bandera del Ejército de los Andes.

¿Qué había ocurrido en la cuesta? La flanco-guardia o guerrilla de la izquierda de la II división (del batallón N.º 7), que según el general Espejo se había mandado desprender cuando aún todo el Ejército iba en una sola columna, ordenando al oficial que la mandaba que trepase por los cerros del flanco izquierdo del camino; en primer lugar, para llamar la atención del enemigo por esa parte, y en segundo para

que, vistas las ventajas de la localidad, pudiera sostenerse en caso de ser atacado, habiase trabado en un combate de guerrilla con las avanzadas del capitán Mijáres, las cuales, para hacer frente, han tenido que correrse hacia su derecha, por encima del cordón. La marcha de esa flanco-guardia ha tenido naturalmente que ser algo lenta, a causa de lo escabroso del terreno y de la fatiga del repecho; pero, er cuanto el comandante realista vió los tiradores por entre los peñascos, desplegó una línea de tiradores, iniciándose un pausado tiroteo.

La división O'Higgins, que venía detrás

de la de Soler, habiéndose desprendido de ésta, subió lentamente por el sendero de la cuesta vieja, y al asomarse al cordón, cargó con las tropas que venían adelante a la bayoneta y a tambor batiente contra el flanco de la guerrilla de Mijares, obligando a éste a retirarse, no por la quebrada de la Ñipa, de la cual ya estaba cortado, sino por la de las Raíces, que va a dar a la de la Mesa del Tebo o de la Cabrería y por consiguiente a la falda del lado poniente del cerro de los Halcones, que fué donde lo vió Maroto. Mientras tanto, O'Higgins continuó la marcha, dejando a la guerrilla que persiguiera a Mijares, y después de bajar penosamente con la columna por la escabrosa quebrada de la Ñipa, llegó con sus tropas al portezuelo de las Tórtolas Cuyanas, donde ordenó rehacerse y formar. Pero en este mismo momento, mirando hacia el valle, divisó de nuevo a las tropas de Mijares que se retiraban por la ya tantas veces mencionada falda, ordenando entonces a Zapiola que las persiguiera con los dos escuadrones de granaderos, los cuales, como dice el general Espejo, "pasaron a vanguardia para picarles la retirada".

Como Quintanilla había también recibido de Maroto la orden de proteger la retirada de las avanzadas, se produjo un combate de guerrillas de caballería desmontada, pues, la proximidad del camino y los zanjones que allí existen impedían un despliegue de una masa de caballería, por pequeña que fuese. Mientras se desarrollaba este combate, ambos contendores se formaron para la batalla.

Decidido Maroto a cerrar al enemigo que bajaba la cuesta, la desembocadura al valle, ordenó ocupar la posición en la forma que sigue: el batallón Talavera se colocó a la derecha, "apoyando" el flanco de este costado en el cerro del Guanaco; más a la izquierda y un poco atrás el Chiloé, y los carabineros detrás y a la izquierda, sobre el camino. Los dos cañones se pusieron entre ambos cuerpos de infantería. La cumbre del cerro del Guanaco fué ocupada por las compañías de cazadores de dichos cuerpos; y el morro del Chingue

quedó confiado al Valdivia, al mando del mayor Vila, unidad que estaba ahí desde que se replegó hacia atrás por el camino de marcha. Elorreaga, que había actuado como comandante de vanguardia, y que volvió al centro de la línea de batalla, en su calidad de 2.º jefe, fué muerto por las primeras descargas patriotas.

Las tropas se formaron primero en columna de reunión y en seguida en línea; una compañía de carabineros se desmontó y formó una guerrilla en el frente de la posición realista, en la parte baja por donde pasa el camino.

El brigadier O'Higgins, después de reunir su división detrás del portezuelo de las Tórtolas Cuyanas y mientras Zapiola se tiroteaba en el frente con la caballería realista, formó otra vez su división en columna y marchó en dirección hacia el cerro Quemado, donde ya se veían tropas realistas que tomaban posición por el faldeo de dicho cerro, atravesó el camino y la quebrada y fué a formarse en línea con el batallón N.º 7 a la derecha y el 8 a la izquierda, ordenando a los granaderos que se replegaran y formaran detrás de la línea de batalla como reserva; los dos cañones que traía se habían desbarancado desgraciadamente al subir la cuesta, en el fondo de la quebrada por la cual marchó la flanco-guardia, así es que la infantería tuvo que combatir sin el apoyo de la artillería.

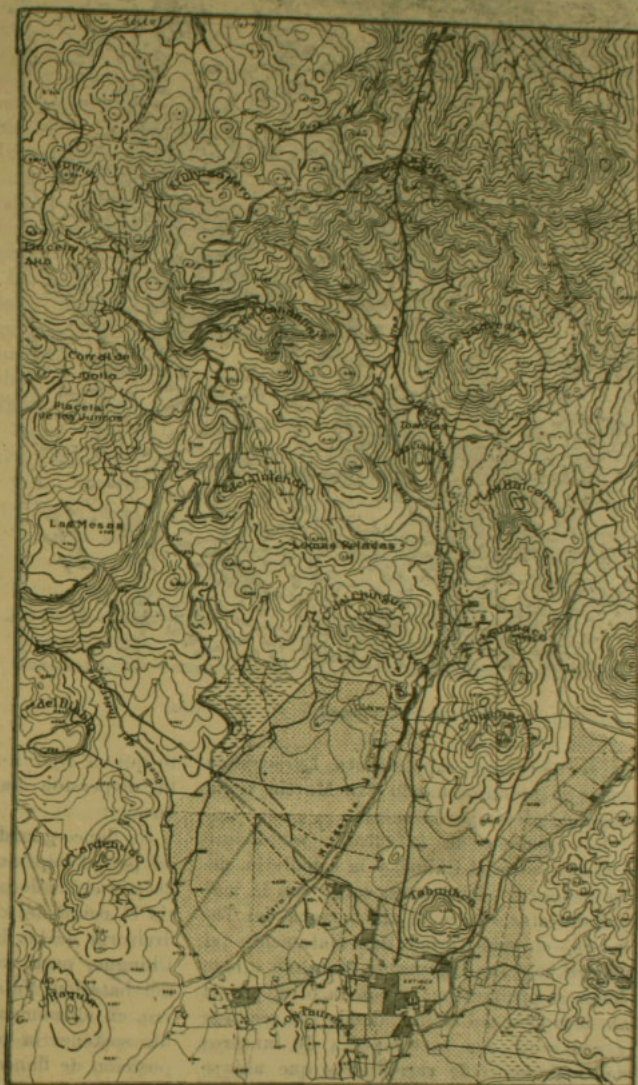
En esa formación se rompió un fuego bien eficaz de fusilería que se prolongó durante una hora, como de las 11 hasta las 12, en un día extraordinariamente cálido.

Los cañones enemigos hacían algún estrago, especialmente sobre los granaderos que estaban detrás y a medio faldeo, y con tal motivo, dice el general Espejo: "el coronel Zapiola mandó al ayudante, entonces don Rufino Guido, hoy general que afortunadamente vive en Buenos Aires (1882), que hiciera presente al general San Martín, que venía bajando la cuesta, la situación en que el regimiento se encontraba, el estado del combate y la inútil pérdida de soldados que estaba sufriendo en el si-

tio que se le había señalado. Al oír el general aquel relato, extendiendo el brazo derecho al camino viejo, gritó: "Condareo: corra Ud. a decir al general Soler que cruzando la sierra caiga sobre el flanco del enemigo con la celeridad que le sea posible"; y más adelante agrega: "San Martín se presentaba en el campo de combate cuando O'Higgins, dominado por un entusiasta ardimiento, con los dos batallones de su división emprendía una carga a la bayoneta, esfuerzo que por desgracia no logró el feliz resultado que se propuso."

En efecto, viendo el comandante de la II. división que el fuego no podía prolongarse por más tiempo so pena de consumir totalmente las municiones (que no podían renovarse en el acto), formó su línea en columna de ataque sobre el batallón 7, y exclamando: "Soldados, vivir con honor o morir con gloria, el valiente siga, columnas adelante!", se lanzó sobre la derecha enemiga, ordenando al mismo tiempo a Zapiola que cargase sobre el flanco izquierdo; pero sea a causa del zanjón escarpado que allí existe, o porque el fuego de la guerrilla enemiga que estaba en el bajo se hiciera notar en el flanco derecho de los granaderos, éstos se fueron desordenadamente sobre la columna de infantería y la desorganizaron.

La división retrocedió hacia el morro



Batalla de Chacabuco.

que forma el cerro de los Halcones y allí, fuera del alcance del fuego eficaz del enemigo, se reorganizó inmediatamente para emprender un segundo asalto. En este momento, el batallón Chiloé, alentado por el feliz suceso, avanzó hasta la línea que ocupaban las guerrillas, sin cambiar de formación, e hizo fuego por pelotones; pero la infantería patriota, dice un testigo realis-



Caminos del Juncal y de los Patos.

ta, se reorganizó rápidamente. La segunda carga se produjo cuando San Martín venía llegando al campo de batalla.

La columna de infantería se dirigió esta vez sobre el Chiloé, y la caballería, dividiéndose en dos partes, cargó con la mayor de estas contra el ala derecha del Talavera, el cual formó inmediatamente el cuadro bajo las órdenes de Marqueli e hizo fuego a quemarropa; y con la otra, por el ala izquierda del Chiloé, donde fué recibida y contenida por la compañía de lanceros del regimiento de carabineros que ahí se encontraba. La carga de infantería produjo un efecto espantoso; deshizo al batallón Chiloé y lo dispersó por la ladera oeste del cerro Quemado. El Talavera también fué deshecho, quedando en el campo Marqueli, que lo mandaba; y cuando los carabineros, después de implicarse en un entrevero con la parte de caballería patriota que los había atacado se retiraban con rapidez hacia las casas, un nuevo peligro se presentaba por el flanco izquierdo de los realistas.

Este era la I. división, que de conformidad con la orden recibida, había llegado hasta el cerro del Hornito y que después de destacar una guerrilla por el flanco izquierdo, siguió su marcha por el cordón de cerros que bordea la quebrada del Infiernillo por el oeste, ocultándose en lo posible de la vista del enemigo, que es suponía en las casas de Chacabuco. La marcha era difícil, no tanto por lo fragoso de los cerros, como por lo cubierto del terreno; y, además, aún cuando Soler hubiera recibido las órdenes de San Martín, no habiendo pasado la quebrada del Infiernillo enfrente del cerro del Almendro, tuvo que evitar los acantilados que en dicha quebrada existen, cayendo al campo de batalla en el momen-

to que el Ejército realista huía en completa dispersión hacia las casas de Chacabuco.

Su flanco-guardia de la izquierda, mandada por el capitán Salvadores, había seguido por el sendero de la quebrada, y al sentir el ruido del combate, bajó siguiendo la divisoria de las lomas Peladas al cerro del Chingue, para caer en el flanco izquierdo del batallón Valdivia, que ocupaba el morro, en el momento en que este cuerpo podía sostener la retirada desde su excelente posición de flanco.

La llegada de la división Soler produjo una batalla de completo aniquilamiento. Su caballería, cayendo sobre el flanco de los dispersos, produjo verdaderos estragos: una compañía del Chiloé que se retiraba por la falda del cerro Quemado, fué totalmente destruida en el punto en que hoy se alza la pirámide de piedras sueltas. Cayeron todos los comandantes realistas, con excepción de Maroto y Quintanilla, que andaban en buenos caballos; y apenas se salvaron

80 carabineros y 50 infantes: todos los demás o quedaron muertos o fueron hechos prisioneros. Los patriotas pelearon con verdadero furor. Cuenta el subteniente Moxó, que mandaba las dos piezas de artillería y que se encontraba cerca del cuadro que formó el Talavera, que de los artilleros que componían su sección, solamente él y un cabo lograron escapar: los demás cayeron bajo el sable de los granaderos; y que él vió cómo un soldado se les había arrodillado a cuatro, suplicándoles que lo llevaran prisionero y no lo mataran, pero que a pesar de esto "lo habían hecho cuartos." Algunos realistas, especialmente Talaveras, que habían huido por el faldeo éste del cerro Quemado, intentaron hacer una resistencia en la viña; pero fueron atacados por la infantería de Soler que venía llegando.

Así terminó la batalla de Chacabuco, que tanta transcendencia tuvo para la emancipación política de Hispano-América; los patriotas alcanzaron el triunfo con muy pocas bajas: 12 muertos, de los cuales 2 eran oficiales, y 120 heridos, casi todos de tropa.

La persecución, efectuada por la caballería por orden del general en jefe, alcanzó hasta el portezuelo de Colina.

El Ejército argentino vivaqueó después del combate, cerca de las casas de Chacabuco, en el mismo potrero que hoy llaman "de la victoria"; y al día siguiente se puso en marcha hacia Santiago. Como vanguardia iba el 4.º escuadrón de granaderos y la escolta del general en jefe; como descubierta el capitán Soler (hermano del general) con 40 granaderos.

En Colina se hizo alto para acampar, rompiéndose la marcha el 14; pero en previsión de los desórdenes que pudieran ocurrir en Santiago, se hizo adelantar la caballería con un aire de marcha rápido. San Bruno y Villalobos, de tan ingratos recuerdos durante el tiempo de la reconquista, iban con grillos en la guardia de prevención del batallón N.º 8 de infantería.

Llegados los cuerpos patriotas a Santia-

go y recibidos en medio del júbilo de la población, el batallón de artillería ocupó el cuartel de San Pablo, el N.º 7 el convento de la Compañía, de los antiguos jesuitas (actual Congreso); el N.º 8 el claustro de San Francisco; los granaderos el cuartel de San Diego (actual Universidad); los cazadores de los Andes siguieron al día siguiente para Valparaíso para ocupar dicha plaza.

Instalado el nuevo gobierno patriota, encabezado por O'Higgins, el Ejército de los Andes comenzó a denominarse Ejército de la Patria, tratando así de nacionalizarlo; se les concedieron a sus miembros diversas condecoraciones y se publicó un bando agradeciendo sus servicios en el hombre de Chile, que volvía a renacer de sus cenizas.

Los fugitivos de la batalla encontraron a los húsares realistas como a 10 kilómetros de Santiago, siendo detenidos y recojidos por éstos; más adelante y a unos 5 kilómetros (en la chacra de la Palma), encontraron al Presidente Marco, que con el batallón Chillán, el regimiento de dragones y toda la artillería, había avanzado de la capital en refuerzo de Maroto. Reunida ahí mismo una junta de guerra, se resolvió que el Ejército realista marchara a Valparaíso con el objeto de embarcarse para Talcahuano; pero en vez de seguir este rumbo, una vez a bordo, se resolvió dirigirlo al Perú, de donde había de volver más tarde con ánimos de reconquistar a Chile.

Más no pudo ser así, porque la victoria de Chacabuco había cambiado radicalmente la situación política de las colonias españolas de América; mostrando al mismo tiempo, y quizás por la centésima vez en la historia del mundo, cómo se armoniza el desarrollo histórico de un pueblo y el logro de los altos ideales políticos con la forma de su organización militar y con la exis-

tencia económica; y también, cómo se armoniza el crecimiento orgánico general y la finalidad nacional, con los intereses de la agricultura, de la industria y del comercio; porque el Ejército de los Andes, al

mando de San Martín, fué el brazo poderoso que llevó al terreno de la realidad los pensamientos geniales de libertad y de independencia con que argentinos y chilenos soñaban desde 1817.



LOCURA DE AMOR



¿Por qué no habría de casarse el jovencito con la niña? Dí, tú, ¿por qué? Al mismito rey de España se merece con esa cara que Dios le ha dado, y con ese cuerpecito que parece una princesa, de puro fino; y las cosas que dice, que la misma directora de la escuela se queda con tamaño boca abierta! ¿Qué más se quiere el mequetrefe?

—Ten más prudencia, Micaela, cuando hables de esos señores; acuérdate que las paredes oyen...

—Pero, ¿no dices tú que el muy sinvergüenza persigue a Nieves con malos fines, y que no la quiere para casarse con ella? Que si eso es así, la primera vez que le vea en el hotel le hago cantar clarito, y si no me anda muy derecho, con la escoba le pongo en la calle. ¡No faltaba más!

—Te repito Micaela que tengas más prudencia. Lo que yo te he dicho es que el señor Saint-Marceaux es de mucho caudal y se codea con toda la aristocracia de Santiago. Tengo mundo, Micaela, mucho mundo, he ido a la capital dos o tres veces por asuntos del negocio, y sé muy bien lo que digo. ¡Tú vieras el lujo de esas señoritas que van al Parque en automóvil! Y la plata tirá a la plata. Nieves tiene algunos realitos, que le dejó su padre; y tendrá los que nosotros le dejemos al morir, que no son de despreciar. Pero, ¿no preferirá el señor

Saint-Marceaux alguna señorita aristocrática a la sobrina de don Rosendo, el hotelero de Los Maitenes? De familia honrada somos; mi abuelo y mi padre hoteleros eran de este pueblo, y de ellos nunca tuvo que decirse nada... Pero las cosas, Micaela, andan de otra manera. Te lo digo yo, que tengo mucho mundo.

—¿Y qué hace el futrecito que no se las empluma para Santiago a casarse con esas niñas tan alhajadas que dices tú, y nos deja tranquila a la niña? Ya la tiene a la pobrecita trastornada con sus paliques. Es cosa de todos los días la de venirse a conversar a la puerta del hotel; y los domingos se junta con ella en la plaza, y tú vieras los ojos que le pone, de derretir el corazón más frío. No soy tan vieja para no saber la fuerza del amor, y lo que halaga a una niña de pueblo el ser cortejada por un joven de Santiago, buen mozo, elegante, y que sabe decir las cosas. ¡Y es tan simpático! Si oyeras las cosas que me dice a mí, te pondrías celoso. Es el primero en celebrarme los vestidos, y no hay vez que no me diga que estoy muy buena moza. ¡Si se ha de casar no más con la Nievécitas, y tenemos que ir con ellos a Santiago! Ya dos mandas le llevo hechas a San Antonio para que se casen. Figúrate, Rosendo, cuando estemos en Santiago, y salgamos en au-

tomóvil con todo el señorío, y vamos a la ópera, y a las comidas, de escote y manga corta.

Me pondré el vestido que me encargaste a Gath y Chaves y que no he podido ponerme aquí... Rosendo! ¿Te quedaste dormido?

En efecto, don Rosendo de los Vilos, el dueño del Hotel Universal, el marido fiel de doña Micaela Céspedes, se había dormido y roncaba ya profundamente. Las fatigas del día y el hablar monótono de su esposa le rindieron al sueño aún antes de la hora habitual, metódico como era en eso y en lo demás.

Doña Micaela apagó entonces la luz y metiéndose en la cama sin hacer ruido, se puso a dar vueltas en la imaginación, lo que don Rosendo le había dicho y las esperanzas que ella tenía en el casamiento de su niña. Y por natural asociación de ideas, dió en recordar sus mocedades y el amor que había sabido inspirarle Rosendo, cuando todavía era una chiquilla, recién salida de la escuela.

Sus padres eran dueños de unas tierras situadas no lejos de Tonguipulli, que les daban más de lo necesario para vivir con sus dos hijos: Manuel y Micaela, y no les había faltado para enviar a su hermano y a ella al Liceo de Quillota. Micaela no había alcanzado a cursar cuarto año, cuando murió su madre y tuvo que volverse a la ca-

sa al lado de su padre, que quedaba sólo y apenado. Manuel siguió en el Liceo hasta terminar sus estudios, y se fué después a Valparaíso a servir un empleo en una gran casa de comercio.

Una vez que habían ido al puerto con su padre, de vuelta pasaron a comer en el Hotel Universal. Rosendo era un muchachote robusto, que estaba encargado de atender a los pasajeros de cierta situación. A su padre y a ella les había recibido muy bien y se había esmerado en darles la mejor comida.

A cada momento entraba en el comedor y les preguntaba si estaban contentos, y en cada entrada la miraba a ella con una intención que ella no podía por menos que retribuirle en igual moneda. Llegó la hora de partir, y entonces había sentido ella la pena que produce una separación de dos seres que se aman. ¡Ya le amaba! Si parecía cosa de novela.

Felices pasaron los muchos años que siguieron a su matrimonio, en la compañía siempre amorosa del que más tarde—a la muerte de don Procopio—llegaba a ser dueño legítimo del afamado Hotel Universal, a no mediar una maldita esterilidad, que les privaba de las tiernas caricias de un hijo suyo.

Habían mantenido en relativa reserva esta desgracia, para evitar las burlas de los amigos y conocidos del pueblo. Hablaban siempre de los angelitos que echaran al cielo, a los pocos segundos de nacidos. Ella había observado, sin embargo, entre la gente, no poca incredulidad, cuando soltaban su piadoso embuste.

Pasados que fueron los años, vino a llenar el vacío, la hija de su hermano Manuel, que quedara huérfana de padre y madre, en aquella terrible hecatombe del terremoto de Valparaíso, que puso luto al país entero. Era la misma Nieves, cuya suerte tanto le preocupaba.

Recordaba cómo a poco de llegar la niña habían ido a Quillota para tomar una fotografía de los tres; Rosendo con su chaqueta blanca, sus pantalones de diablofuerte y su cadena de oro, que no abandonaba ni para ir a Santiago, a pesar de los muchos consejos que ella le diera de usar una indumentaria más en armonía con su situación; Nieves, en medio, con un vestidito de velo blanco; y ella con aquel traje de Gath y Chaves, de escote y manga corta, que tan gran señora la hacía. Rosendo había hecho publicar el



Prueba de ello es su costumbre de leer a través de unos gruesos cristales cóncavos, que coloca así en la punta de la nariz...

grupo en el "Zig-Zag", en la sección Provincias, con un letrero al pie, que decía: "Don Rosendo de los Vilos, dueño del afamado Hotel Universal de los Maitenes, acompañado de su interesante familia". De esta manera aparecían ante la faz del país—excepción hecha de los íntimos—como un matrimonio fecundo, si no en cantidad, por lo menos en calidad. De ella había sido esta idea que satisfacía en parte el amor propio del hogar.

Manuel, el padre de Nieves, tenía muy buena situación en Valparaíso, cuando el terremoto. Hábía sabido captarse la confianza y simpatía de sus jefes, y ocupaba ya uno de los puestos de más elevada categoría en la Casa Guyot Frères. Nieves había sido educada en las Monjas Inglesas, al lado de las niñas de más distinguida familia del puerto. Hablaba muy bien el inglés, y conocía de las ciencias las generalidades que sirven a una niña para seguir una conversación; cosía y bordaba maravillosamente. Las buenas monjas habían sabido imprimir en su alma una delicadeza moral que la realzaba por mucho entre la gente del pueblo, adonde la suerte la llevara. Encerrada en su cuartito, leía novelas de Walter Scott, que le facilitaba un anciano caballero que habitaba el hotel, enamorándose a cada paso de aquellos valientes y osados caballeros, que en las justas combatían por el guante de sus damas. De entre ellos, el que llenaba su alma, era el caballero de Ivanhoe, cuyas desgracias compartía con los ojos llenos de lágrimas. Sentía no haber vivido en aquellos tiempos de gentileza, de amor y de poesía; y desesperaba de ver llegar a la puerta del prosaico hotel de su muy prosaico tío, un galán noble, de elevados sentimientos, que supiera amar como ella amaba, a sus imaginarios galanes.

Poco comprendía doña Micaela estas cosas tan elevadas; pero las admiraba con inconsciente y religioso respeto.

Nieves habíase enamorado ciegamente de Jorge; viera tal vez en aquel arrogante joven, de maneras distinguidas, que montaba un hermoso caballo, la renovación moderna de los antiguos caballeros. Pronto le había conocido; porque él era osado, y tenía confianza en la intención y pureza de su cariño. Jamás

imaginara en él la torpeza de una acción; un calculado engaño en el que fué para ella el compendio de todas las noblezas. Entregaba todos sus pensamientos, sus



—Recordará Ud., tan bien como yo,...

sueños y sus esperanzas, al conocimiento de Jorge, con la inocencia confiada que encerraba su alma pura. El la amaba; no podía dudarlo; durante meses y meses había tenido para ella una atención solícita: su compañía de todas las tardes, en el hotel o en la plaza, había creado entre ambos una confianza ilimitada. Le hablaba con tal respeto, con tal delicadeza, que para doña Micaela, que siempre tomara la palabra de su marido como la fiel expresión de la verdad y tuviera por grande la perspicacia que el mucho trato del mundo diera a don Rosendo,—le parecía una injusticia abrigar tan graves sospechas respecto de las intenciones del digno y simpático caballero don Jorge Saint-Marceaux.

Jorge se casaría con Nieves, y ella iría a Santiago todos los años a pasar una temporada con sus hijos, que la querrían mucho y la llevarían a todas partes en lujoso automóvil. Escogería el mes de septiembre para asistir a las fiestas del Dieciocho, vería la parada militar en el Parque Cousiño. ¡Eso era ser feliz!

Y arrullada con tan risueñas esperanzas, doña Micaela se quedó dormida, como un tender tranquilo al lado de la locomotora, que bufa y resopla con estruendo, que no otra

cosa semejaba el fuerte, rouquido de don Rosendo.

II.

Todo aquel que visitara el Hotel Universal, se vería seguramente obligado a detenerse en la pieza N.º 5. Por que, a decir verdad, no era una pieza como las ordinarias, amoblada según el padrón común y económico de todo hotel, para dar al viajero las comodidades indispensables que demanda la civilización del siglo pasado.

La pieza N.º 5, tiene una buena alfombra y sus muebles lucen tallados antiguos en legítima caoba. Hay en el centro una mesa grande, cubierta con una carpeta, cuyo color verde pudiera hacer pensar a un malicioso en cierta desmedida afición a las cartas, de su dueño y propietario. Pero, nosotros que le conocemos sus gustos y aficiones, podemos asegurar que no hay tal: que la mesa le sirve como asiento de muchos y muy interesantes libros, y que el color del paño que la cubre proviene de algunos estudios ópticos a que no es ajeno nuestro amigo. Parece ser que el color verde es propicio a la conservación de la vista, cosa que preocupa en alto grado a un empedernido lector, prósbita avanzado, como lo es él. Prueba de ello es su costumbre de leer a través de unos gruesos cristales cóncavos, que coloca casi en la punta de la nariz, mientras observa a las personas muy por encima de cierta montura de carey, con que están revestidos, y que por personaje extravagante le hace aparecer ante las gentes del lugar.

Don Mateo Baleares y Cerdeña nos ha referido varias veces su historia; el por qué de su vida retirada en la pieza N.º 5 del Hotel Universal, sin más amigos y compañía que unos gruesos libros con estampas.

Pertenecía don Mateo a una familia de Santiago no escasa de bienes de fortuna ni de abolengos españoles. El fundador de la familia viniera de Logroño, de un pueblecito de Castilla, en donde tenían los suyos escudos y blasones de muy antigua nobleza. Su intención fué la de hallar en América una fortuna que diera nuevo lustre a la gran familia, muy pobre a la sazón. Pero, si sólo en parte consiguió su afán, en cambio logró adquirir una situación brillantísima, casándose con la hija de un coronel español, y llegando a ocupar en la Junta de Gobierno el empleo de secretario. Y así, de matrimonio en matrimonio, llegaba don Mateo a su persona, último brote y brote viejo de aquella linajuda familia.

Era muy joven, veinte años tendría a lo más, cuando se enamoró perdidamente de una

prima suya. No miraron con malos ojos el enlace los de su familia; porque eran tradicionales en ella los matrimonios entre primos, a pesar de los muchos prejuicios biológicos que sobre tales cruzamientos se estampaban en libros de medicina. Ningún percance de cuenta había ocurrido que les hiciera variar su norma de conducta; a no ser el caso de un tío abuelo de don Mateo, loco de remate, que perdió su cuantiosa fortuna en una serie de pleitos de reivindicación de la plaza de Mendoza, con más tres manzanas de lo mejorcito de la misma ciudad. Pero, ¿en qué familia no había algún miembro deschayado?

Según don Mateo, él había sido un santo, víctima del carácter endemoniado de la que luego después llegara a ser su mujer. Ella y una hija que alcanzó a nacer en los pocos años de vida marital, le abandonaron miserablemente con un pequeño capital, que apenas le daba para vivir en un pueblecillo de diez mil habitantes.

Pero, según otras lenguas no mal informadas de lo ocurrido a don Mateo, cargaban a su cuenta el pleito con su mujer. Don Mateo habría sido aficionado a la bebida y trasnochador infatigable; en malos negocios, forjados al calor de las copas en los mesones del club, hubo de reducir casi a la mitad la fortuna de la sociedad conyugal. Su mujer, que preveía un porvenir negro a no quitar de semejantes manos el manejo de su fortuna, inició pleito de separación de bienes, con lo cual dejó a salvo lo suyo, y pudo entregar a su marido el pequeño resto de lo que éste había aportado al matrimonio.

Comprendió don Mateo que la vida en Santiago con tal pequeñísima renta, le era absolutamente imposible, habituado como estaba a llevar vida fastuosa con esa clase de amigos, que dejan de serlo en el preciso instante en que se pierde una fortuna. Y de viduor que fuera, se tornó en implacable ermitaño; y arriando con algunos libros que tenía y otros que para el efecto adquirió, marchóse a Los Maitenes a encerrarse en la pieza N.º 5, la más espaciosa del Hotel Universal.

Hastiado del mundo y de cuanto placer ofrece a los hombres de fortuna, cansado de vivir, en una palabra, dióse don Mateo a soñar; y para ayudarse en su tarea, ¡quiénes mejor que los libros pudieran hacerlo? Miró con horror las novelas modernas donde todo vicio, por repugnante que fuese, recibía la consagración de interesante problema psicológico y social; donde todas las complicaciones de cerebros trastornados y de organismos histéricos tenían un asiento de honor. No; él no quería nada que le recordase su



—Tú sabes cuánto te quiero, Nieves...

vida de juventud, perdida en la ráfaga de pasiones y en la ociosidad más imbecil del cuerpo y del espíritu. Quería buscar la amistad de espíritus buenos y sencillos, de corazón virgen, que supiesen amar en pureza de

sentimientos y para siempre, sin cálculo y sin prejuicio. Las más famosas novelas románticas tomaron su sitio en la selecta biblioteca de don Mateo: Pablo y Virginia, Abelardo y Eloísa, Los Novios, Ivanhoe, eran la

vanguardia de aquel ejército de seres de corazón sano, que amaron a pesar de todos los obstáculos, y para los cuales la felicidad consistió en sufrir por la persona amada, y dar por ella su vida y todo lo que en ella hay de atrayente y seductor. Con ellos sufría sus impaciencias, con ellos lloraba, con ellos reía, con ellos esperaba; y sus triunfos y sus derrotas suyos también eran.

No se crea, sin embargo, que don Mateo era absolutamente ajeno a las cosas que en el pueblo acontecían. Había algo en el mismo hotel que le tenía no poco desconcertadas sus siempre atentas lecturas, aunque, si bien se piensa, el tal asunto no variaba en gran modo el curso de sus sueños.

Adelantaremos para mayor claridad en el desarrollo de esta historia, que Nieves, la sobrina de doña Micaela, gustaba mucho de la compañía y conversación de don Mateo. Simpatizaban aquellos espíritus gemelos, de tendencias iguales, aunque llegaran a formarse por bien distintos caminos. El uno, por la experiencia, y la otra un poco por instinto y otro poco por educación. Afirmaba don Mateo, con lo mucho malo que del mundo conocía, la virtud amable de Nieves, y su horror anticipado a todos los goces y placeres que no fueran los más puros y los que sólo al alma seducen y contentan; y persistía él en su camino de ensueño, con más ahínco que nunca, ante el ejemplo vivo de la moral pura que en Nieves contemplaba.

Solía pasar Nieves tardes enteras al lado de su viejo amigo, en quien hallaba siempre al hombre de mundo, galante y fino; al que sabía presentarle en detalle minucioso, las más encantadoras escenas de novelas románticas y caballerescas; y al consejero suave y atinado director de todos sus actos.

Desde el día en que Jorge Saint-Marceaux iniciara la conquista del corazón de Nieves, la biblioteca de don Mateo se había acrecentado con un nuevo y selecto libro, cuyas páginas leía—esta vez por encima de los lentes—atísbando desde su ventana el coloquio amoroso de los jóvenes, que tarde a tarde ocurría en la puerta del hotel.

Y en esta vigilancia solícita, tuvo el bueno de don Mateo que anotar una pequeña ingratitud de su joven amiga. Las visitas de Nieves habían ido mermando, a medida que su corazón se empapaba más y más en el amor de Jorge; y del desarrollo de aquel idilio, poco o mejor dicho nada, pudo conocer directamente de la empecatada, y debió contentarse con la propia observación, bien armada—eso sí—de toda la perspicacia romántica, digamos, que le diera su tan completa biblioteca.

Su preocupación en este negocio fué au-

mentado de día en día, hasta llegar a un punto en que hubo de abandonar por insulsos—¡oh tamaño sacrilegio!—los libros que otrora le sorbieran el seso. Hizo crisis esta que llamaremos enfermedad, un domingo de marzo, a la salida de una misa que por cierto no había él escuchado con toda la atención que las cosas santas y espirituales le merecían a un tan buen católico como él. Hablaría, actuaría en alguna forma en el desarrollo de la novela que ante sus ojos se preparaba; él sería uno de sus personajes de más cuenta; tal vez, tal vez, el que desenredaría la trama. Para algo había leído tanto, tantísimo! ¡Qué demonios!

III

—Aquí me tiene don Mateo. Fiel a lo que Ud. me dice en su misteriosa carta, a nadie he enterado de mi venida. ¿En qué le puedo servir?

Así le hablaba Jorge Saint-Marceaux a don Mateo, una mañana de sol, hallándose éste sentado en un escaño de la pintoresca plaza de Los Maitenes.

—Amiguíto—contestó el viejo, mientras se ponía de pie y apretaba con marcada efusión la mano que Jorge le tendía—doy a Ud. las gracias por haber venido; y ahora, después que me oiga, de seguro que es usted quien habrá de dárme las a mí.

—Decididamente no doy con el misterio, don Mateo. Explíquese Ud. o reviento de curiosidad.

—Paciencia, amigo mío, que la cosa pudiera convenirle más de lo que Ud. acaso se figura... Siéntese a mi lado, y escuche.

—Escucho.

—Recordará Ud. tan bien como yo, ya que no mejor, el día 8 de octubre del año último, cuando pasaba Ud. por frente del hotel donde yo vivo, y detenía su vista, entre admirada y curiosa, sobre el hermoso y angelical rostro de Nieves, sobrina legítima de don Rosendo de Los Vilos, y amiga mía, muy querida y apreciada; y recordará Ud. también de cómo al cabo de dos semanas justas, es decir, el 22 del mismo mes, conversaba Ud. con la susodicha niña, en ya completo acuerdo amoroso a la puerta de la casa. Perdóneme Ud. mi conocimiento de estos detalles,—que pudieran parecerle entrometidos e indiscretos,—en gracia de la intención que me llevó a observarlos, y que no es otra que una inveterada afición mía a todo lo romántico, a todo lo ideal, robustecida más y más por la lectura de mis libros.

Jorge sonreía. Si estaría loco aquel viejo! Pero, se trataba de Nieves y de su amor por ella, título más que suficiente para que



Baste saber que Nieves estuvo emocionadísima...

él escuchara los mayores disparates y sandeces. El viejo continuaba, mirándole por encima de los lentes, como si escudriñase su pensamiento.

—El amor que Ud. profesa a la chica de mi hotel, es, según entiendo, un amor grande, un amor de hidalgo, el de un caballero que

pone a los pies de su dama, todo cuanto posee; ¿no es verdad, mi señor don Jorge? Ahora bien, la chica corresponde a su amor con toda la fuerza y con toda la confianza de un corazón virgen, de un corazón que no ha latido sino a impulsos de afecciones imaginarias,—no menos legítimas por cierto que



Obscura ya la noche, corría por la polvorienta carretera, un pobre coche de alquiler.

las reales;—pero que no tienen en el vulgo un valor que obre como antecedente de menosprecio, para quienquiera que pretendiese poseer el corazón que hoy nos cumple analizar, a mí por mera afición y a Ud. por carísimo interés. ¿Comprendido?

—Si he de decir verdad, don Mateo, cada vez lo comprendo menos. Le agradezco mucho el interés que Ud. demuestra por Nieves y por mí; pero, ¿adónde me lleva Ud. con ese larguísimo preámbulo?

—Aguarde, impaciente joven: lo que llevo a Ud. dicho no es nimio, según parece entenderlo; es apenas lo indispensable para dar la debida claridad al proyecto que a su consideración debo someter. Continúo. Hasta aquí, la tentativa suya de amor acerca de la persona de mi cara amiga Nieves, no ha pasado, a lo que parece, de los buenos oficios, de las consultas diplomáticas, como se diría en derecho de gentes, de promesas vagas, de esperanzas más o menos fundadas en una felicidad común, cuyo cumplimiento y realización es tan incierto como remoto. Lo de Uds. es al amor, lo que un juego de muñecas a la realidad. Ud. ignora todavía el remate

que pueda tener la aventura en que se halla metido. Es Ud. de sentimientos elevados; no quiero ni puedo dudar de sus bonísimas intenciones con respecto a Nieves; no a otra cosa que a hacerla feliz pueden ir dirigidas todas sus acciones y determinaciones en este interesantísimo negocio. Pero, en el terreno religioso, como Ud. bien lo sabe, todo lo dicho se suma en un guarismo que no es en la generalidad de mucho agrado para los que, al igual de Ud., toman la vida por el lado pintoresco y divertido. Me refiero al matrimonio, base de la familia, sostén y origen de toda sociedad. Ud. ni ha pensado siquiera en ello.

—De veras—dijo Jorge—no había pensado en casarme todavía.

—¿Lo ve Ud? ¡Observe Ud. cómo en esta materia no se me escapa nada? El estudio, el estudio; sin él no se hacen cosas buenas. Prosigo, seguro ya de su confianza en mí. Habría, por otra parte, para esa solución un obstáculo, que no es seguramente el menor de los que se presentan a nuestra consideración. ¡Su familia de Ud! ¡Conoce el distinguido y discreto señor Saint-Marceaux la

aventurilla que corre su amantísimo hijo en los mundos de por acá; la hermosa y virtuosísima señora Marta Reyes de Saint-Marceaux, sospecha siquiera que su hijo pone los ojos en la sobrina del hotelero de Los Maitenes? No necesito que me responda Ud.; lo sé. Ahora bien; ¿dejar a Nieves, abandonarla en el momento en que esa niña delicada no vive sino para Ud., en Ud. sólo piensa y por Ud. suspira...? Desde luego, me opongo a ello: eso sería matarla!

—Dice Ud. bien, don Mateo; y no sería yo quien cometiera semejante crueldad. Sepa Ud. que amo a Nieves con todo mi corazón—dijo el joven con toda la gravedad que le permitían sus años y su natural vivacidad.

—¿Lo ve Ud., queridísimo amigo; ¿lo ve Ud.? Justamente lo que yo pensaba: he aquí un idilio sin solución, y eso no puede, no puede ser!

Entre todos los libros que llevo leídos y, que tratan de asuntos amorosos y caballerescos, no he conocido uno,—oiga Ud. bien,—uno sólo que dejara el amor en suspenso, que no terminara de uno ú otro modo. Esto es lo que durante tres meses me ha tenido intranquilo, lo que me ha distraído de mis habituales ocupaciones, lo que me ha imposibilitado para leer una línea siquiera en mis libros. Hay que resolver la novela, cueste lo que costare, yo he perdido mi tiempo miserablemente!

—Seguramente, el viejo está loco de remate—pensaba Jorge.

—Oígame, don Mateo, ¿y si no le diéramos solución ninguna, si dejáramos al tiempo esa solución? No se trata de novelas: vuelva Ud. de sus sueños, y déjenos en paz a Nieves y a mí.

—¿Mis sueños! ¿Sueños, dice Ud.? ¡Ignora Ud. acaso que las novelas, las buenas novelas, son la copia exacta de la realidad? Demos entonces a este caso de la vida un remate digno de una novela, algo que llegue a immortalizar más tarde los nombres de los que en ella actuamos principalísimamente. Y bien, mi querido señor Saint-Marceaux, ese remate lo daré yo; la solución la tengo aquí adentro, bajo la tapa ósea de mi cerebro; y ahora mismo la va Ud. a conocer.

El viejo se enjugaba con un gran pañuelo el sudor copioso que brotaba de sus sienes; Jorge esperaba aquella solución, entre curioso y divertido.

—¿Está Ud. dispuesto a todo?—dijo don Mateo.—¿Hará Ud. exactamente lo que yo le diga? Prométamelo Ud. bajo su palabra de caballero.

—Prometido—dijo Jorge, jugando su palabra por conocer el proyecto de aquel viejo loco.

—Pues bien, Ud. se casará con Nieves; quiero decir que Ud. no se casará...

—¿Cómo?—le interrumpió Jorge, riéndose esta vez de buena gana. ¿Me caso o no me caso?

—Se casa y no se casa; esa es la verdad.

—No le entiendo.

—Verá Ud. El sacristán de la parroquia de Carahue, un pueblecito situado a dieciocho kilómetros de aquí, es hombre que conoce de pe a pa todos los latines y ceremonias de la Iglesia, casi mejor que el propio cura. Es, además, un tipo ladino, que un día le enciende una vela a Dios y al día siguiente a satanás. Me encargo yo de convencerlo, ofreciéndole algún dinerillo, de que los bendiga a Ud. y a Nieves, en la casa de un señor de por ahí del pueblo, a quien conozco, y que a todo se prestará de muy buen grado.

—Y Nieves, don Mateo; ¿se olvida de que a Nieves no podrá pasarle gato por liebre? Ud. no puede suponer que ella habrá de permitir un matrimonio secreto; ni menos que pueda tomar a un simple sacristán por cura hecho y derecho.

—De lo del matrimonio secreto se encarga Ud.; Ud. puede convencerla: su confianza en Ud. es ilimitada. Bastará con que le asegure que es la única forma de dar logro a sus esperanzas; que está de por medio cierto proyecto matrimonial de su familia con respecto a Ud.; en fin, que no le faltarán a un enamorado razones con qué convencer a su amada. Y en cuanto a lo del sacristán, ella no le conoce ni por referencias; ¿por qué ha-



—¿Lo ve Ud.?

bria de dudar de que se trata de un sacerdote amigo suyo, de alguno que ha estado en su fundo dando misiones? Cuando le digo que sólo falta al sacristán ese la congrua sustentación del Fisco, para ser un cura como todos, es porque lo he visto yo con mis ojos celebrando misa. Convenza Ud. a Nieves; y deje a mi cuenta lo demás. ¿Está satisfecho ahora el señor Saint-Marcéaux de su viejo amigo? Hasta la vista, que ya la conferencia va ya larga y pudiera sospecharse algo.

Mientras el viejo caminaba, la espalda curva, la chaqueta corta por detrás en la misma cantidad que le sobraba por delante, Jorge no pensaba: joven vividor, había aceptado sin mucho análisis una aventura que le halagaba. Esa misma tarde, hablaría a Nieves.

Y saliendo del recinto de la plaza, se acercó a un árbol que había a la orilla de la acera, desató su caballo, y poniéndole la brida, con mucha soltura saltó sobre la silla. Poco después galopaba, camino de su fundo, alegre y contento, celebrando la ocurrencia del viejo loco de don Mateo Baleares y Cerdeña.

IV

En la tarde de ese mismo día, llegaba Jorge a la puerta del hotel; y en ella le esperaba Nieves, como siempre, como todas las tardes, desde algunos meses ya. Creyó Nieves notar en el semblante del joven una preocupación: algo grave, serio, traía esa tarde para ella. No bajó del caballo con la misma soltura, ni la saludó con esa amabilidad franca y risueña que le era habitual. Algún viaje tal vez; le llamarían de Santiago de casa de su familia. Ella no podía equivocarse; le conocía tanto. Y observándole, escudriñándole casi en el rostro, le preguntó anhelante:

—¿Qué tienes, Jorge? Dime, ¿qué tienes?

El joven disimuló una sonrisa.

—No, nada, un pequeño dolor de cabeza. Pero, ya estaba mejor. Una oblea de aspirina le había hecho bien. Que no se preocupara ella por tan poca cosa; tal vez la visita que hizo a la trilla, a todo sol, tenía la culpa. ¿Su tía, y el señor Rosendo, estaban bien? Le agradaría saludarlos; tan amables como eran ellos con él; justo era retribuirlos con alguna atención.

—El tío Rosendo salió; mi tía está aquí; pero, dime, ¿qué afán tienes por saludarla? Todavía no llegas, no me has dicho una palabra... Tú tienes algo, Jorge, que me ocultas... no me explico. Tú siempre tan risueño, tan amable, tan cariñoso...

No tenía ella por qué dudar de él; si algo grave ocurriera sería la primera en saberlo.

—Tú sabes cuánto te quiero, Nieves—agre-

gó.—Tú eres mi único pensamiento, mi única preocupación en este mundo. He podido, aún más, he debido ir a Santiago; varias veces mi madre me echó en cara mi ingratitud. La vida allá es agradable; los amigos, las fiestas, de vez en cuando, serían una distracción, un paréntesis en la monótona vida del campo.

—¿Estás arrepentido de quererme, Jorge? ¿Sientes la nostalgia de otros placeres; te has aburrido tal vez con venir todos los días a verme y hallarme siempre igual?... Fernando García, el amigo que te acompaña en el fundo, te habrá desengañado; te habrá hecho ver la tontería que cometes, perdiendo tus mejores años al lado de una pobre chiquilla, en un pueblecillo solitario...

¿Cómo podía decir ella tantas barbaridades? Precisamente Fernando García la estimaba mucho. Había sido inútil al parecer todo lo que él hiciera para darle confianza, para hacerla creer en su cariño justamente... Ahora se presentaba la ocasión de darle una prueba decisiva... Su preocupación, lo que ella había creído notar en él, no era otra que un proyecto largo tiempo acariciado. ¿Consentiría ella? ¿Estaría dispuesta a un pequeño sacrificio, a pasar por encima de ciertas consideraciones?

Nieves le miraba con extrañeza. En balde buscaba en su magín lo que pudiera ser ese proyecto. ¿Acaso el matrimonio para luego, ahora mismo? Y en sus lindos ojos negros, límpido reflejo de su alma, podía leer Jorge emociones claras de alegría mezcladas de curiosidad miedosa. Luego se tornaban tristes aquellos ojos. ¿Pasar por encima de ciertas consideraciones? ¿Qué significaba eso?

—Jorge, por Dios!—exclamó. Háblame claro. Explicame. No me tengas en esta incertidumbre. Dí, ¿qué piensas hacer de mí? ¿Qué proyecto es ese, de qué consideraciones hablas?

El joven vacilaba; estaba verdaderamente nervioso. Había sacado un cigarrillo, y mientras le encendía lentamente, mirábala sonriendo, con intención de calmarla. Si era nada, una ocurrencia que había tenido esa tarde. Lo vería ella muy pronto.

La verdad es que Jorge no se atrevía a proponerle aquel engaño. Todo el día estudió la forma de cómo confiarle aquel proyecto; pero llegado el momento, al lado de ella tan buena, tan ingenua, que entregaba su alma por entero a su confianza, dolíale abusar de su bonísima fé. Realmente don Mateo debía estar loco para aconsejarle una empresa así. No; no le hablaría esa tarde; el día siguiente pudiera ser más propicio. Lo consultaría con Fernando; él podría darle algún buen consejo.



Le añadiré a usted que sólo daría mi casta Cispedas, logradas ya sus aspiraciones señoriles

—Nieves—dijo, ya completamente libre del peso que le oprimía—vamos a saludar a tu tía; debe estar extrañada de que no le dé las buenas tardes, como lo hago todos los días al llegar... Mañana te contaré el asunto ese... Una tontería, por lo demás... Mira, justamente ahí veo a doña Micaela, detrás

de la ventana. Nos observa; estará curiosa de lo que entre nosotros pasa...

—No, Jorge; yo quiero saberlo hoy. Por favor, cuéntame. Mira que voy a pasar una mala noche pensando en esto. ¿Por qué no me lo dices de una vez?

—¡Curiosa como todas las mujeres! Pues

no te lo he de decir para que rabies y no me quieras... Vamos adentro... ¿Me acompañas? No seas odiosa; he prometido decirte mañana... Ya está; deja esa cara de tristeza, que te hace tan fea.

—Bueno; pero me lo dirás mañana. Prométemelo con toda seriedad.

—Prometido. Y ahora, ¿estás contenta? A ver, riete como tú sola sabes hacerlo!

Y alegres, contentos, riéndose, llegaron a la pieza contigua al comedor, donde doña Micaela leía atentamente el folletín de "El Mercurio", que con santa paciencia recordara durante un mes.

V

Las seis de la tarde serían. El sol, oculto tras los últimos montes enrojecía las nubes. Por la carretera, algunos peones volvían a pie de la trilla con un saco blanco sobre el hombro. Un chico, sin zapatos y con una camisa mugrienta, sobre la cual una tira terciada sujetaba los pantaloncitos cortos, se entretenía en disparar piedras a un quiltro, que le ladraba furioso. Por la puerta de una de las cinco o seis casitas, que había alineadas a la orilla del camino, apareció una mujer:

—¿Qué estay haciendo niño?—gritó con voz aguda. ¿No tei dicho que dejis tranquilo ese perro? Anda a encerrar el chanco en el corral, que se está oscureciendo, será mejor.

—¿Qué no ve que ya voy? El apuro que le ha entrado ahora con el chanco—rezongó el chiquillo, disponiéndose a obedecer.

Jorge Saint-Marceaux y Fernando García, pasaban al galope de sus caballos; la vieja y el chiquillo se quedaron mirándoles un buen rato; uno que venía por la orilla se descubrió respetuosamente.

—Como le va ño Pancho—gritó Jorge sin detenerse.

El tiempo les faltaba para llegar al pueblo. Habían prometido estar a las 6½ en casa de don Pedro Zavaler, el maestrescuela parroquial, donde debía verificarse el fingido matrimonio de Jorge con Nieves; y aún tenían una legua por delante. Apresuraron más todavía los pingos.

Jorge no pensaba en lo que había de suceder algunos momentos más tarde. Don Mateo se había encargado de cuanto ceremonia y diligencia fuera menester. El habría de prestarse a todo, sin mayor averiguación; y pasado que fuera el sencillo enlace, bendecido por el ladino sacristán, volvería al fundo con Nieves en un coche del servicio público. Fernando, su amigo, tomaría el tren esa misma tarde para Santiago.

Lo que cosquilleaba en su imaginación era la escena ocurrida entre Nieves y él, tres

o cuatro días antes, cuando lo comunicó su proyecto de matrimonio secreto. Lloró la pobre desconsoladamente, diciéndole que no la quería, que pretendía burlarse de ella. Pero Jorge había insistido muy habilidosamente en la imposibilidad de hacerlo de otra manera conociendo como conocía el modo de pensar de su familia. Comunicarlo a don Rosendo y a doña Micaela, por otra parte, era poner un obstáculo más a la realización de sus sueños y esperanzas; porque ellos no podrían admitir que Nieves se casara, sin previo conocimiento y aprobación de los señores de Saint-Marceaux. Y había dado el golpe supremo, asegurándole que don Mateo Baleares, su viejo amigo, en quien ella confiaba como en sí misma, se hallaba al cabo de todo; y que había consentido en ser su padrino. La alegría reemplazó entonces a la tristeza, en el hermosísimo rostro de Nieves; y poco faltó para que, loca de entusiasmo, no fuera con el cuento donde la propia tía Micaela. Pero, Jorge no había participado por entero de esa felicidad, que le sonaba a falsa. No estaba contento de sí mismo; había engañado a Nieves y persistiría en ese engaño torturante quien sabe cuánto tiempo. Habría deseado que la cosa fuera en serio; pero, ¿y su familia?... ¿Cómo deshacer esos terribles prejuicios sociales, que formaban toda la vida de sus padres? Además, la cosa no sería tan grave, cuando don Mateo Baleares, un caballero serio, distinguido, culto, se la había propuesto. ¿Habría perdido por completo la cabeza, hasta el punto de conducirlo a él a un precipicio?...

Cuando llegaron a la casa del maestrescuela, hallábanse en el zaguán, don Mateo, Nieves, el cura, la mujer del maestrescuela, y una amiga de ésta, que serían las madrinas. Mientras se hacían las presentaciones del caso, Jorge no pudo menos de sonreír viendo cómo le quedaban de cortas las sotanas al falso sacerdote; y acercándose a don Mateo, le dijo al oído:

—Parece que el cura es mucho más alto que el sacristán.

—Así parece—replicó don Mateo, en la misma forma.

—Y mire Ud. el birrete que no le cabe a ese pobre hombre—agregó Jorge.

—Es que el hombre tiene una gran cabeza—volvió a replicar don Mateo, aludiendo sin duda a la mucha habilidad del sacristán.

—Señores—dijo el cura—no hay tiempo que perder; pasemos al salón donde ha de verificarse la ceremonia.

No sin sonreírse de nuevo, observó Jorge la voz nasal del cura, que más y más le hacía parecer como arrancado de una zarzuela.

Entró primero el cura, después don Mateo, Nieves con Jorge, Fernando, las dos madi-

nas y el maestrescuela. En la pared de enfrente, un retrato de Balmaceda daba mucha autoridad a todo lo que en la sala ocurriese; pero en las paredes laterales disonaban fuertemente, con tan augusta ceremonia como la que en breve celebrárase, una serie de bailarinas de papel recortado, de piernas abiertas, de minúscula pollera con los colores más chillones de que pueda disponer el limitado espectro popular. Balmaceda aparecía entonces como el adusto, severo y ceñudo director de tan absurdo cuerpo de baile; mostrándose de esta manera sencilla, uno de los muchos inconvenientes que tiene la siempre deseada popularidad... Dos batallones perfectamente alineados de sillas de Viena, una mesa central, la colección completa de "Zig-Zag", empastada en tela roja, y dos grandes botellas con arena de diversos matices, completaban el ajuar de aquel elegante salón de Los Maitenes.

Inútil será relatar los pormenores de una ceremonia de todos conocida. Baste saber que Nieves estuvo emocionadísima; que Jorge sufrió las angustias de un actor de teatro, novicio; y que el señor cura dejó pasmados a Jorge y a Fernando su amigo, por su extremada habilidad y conocimiento en latines y liturgia de la Iglesia. Hasta pensaron en pedir al Arzobispo de Santiago un ascenso a cura para aquel endemoniado monaguillo. La despedida fué rápida, no sin que todos desearan a los novios la felicidad que por sus condiciones, cualidades y situación sobradamente se merecían.

Obscura la noche ya, corría por la polvorienta carretera, un pobre coche de alquiler, con depósito inesperado de dos personas enteramente felices.

VI

Los Maitenes, a 12 de abril de 19.—Señor don Juan Caldera.—Santiago.—Mi querido amigo:

He sentido mucho placer con recibir su efusiva carta. Créame que da mucho contento a un pobre viejo, retirado del mundo, monje solitario en el cuarto de un modesto hotel de pueblo, el saber que aún hay quien le recuerda por esas tierras en que corrió mi juventud.

Tocante a mi manía de leer y releer libros de caballerescos romances, que Ud. recuerda con tan simpática socarronería, le diré de cómo en los últimos tiempos he tenido una muy agradable sorpresa con el hallazgo de un tesoro de gran valor para mi querida biblioteca. Se trata de un libro de Conan Doyle, (Ud. conoce al celebrado autor de cuentos policiales, al creador de Sherlock Holmes), que se intitula "Sir Nigel", y en el cual encontré la poética vida medioeval, conser-

vada en el más puro y legítimo sabor de aquellos nobles tiempos. Cómprele y gustará algunas horas de delicadísimo ensueño, y aficionado según es Ud. a la buena literatura, podrá decir conmigo que descripciones como las que en esas páginas se estampan, por la viveza del detalle y la fuerza del colorido, no salieron de cabeza vulgar ni se hallan en otros libros de tan injusta como enorme celebridad.

Pero no me ha escrito Ud. para que yo le harte de majaderías literarias. Antes bien, me pide el relato sencillez y claro de lo que aconteció después de aquel falso matrimonio de mi amiga Nieves con Jorge Saint-Marceaux, en que tomé yo parte no pequeña y por la cual se corre entre mis amigos de por allá, sabedores del suceso, que o yo soy un hombre malísimo o un loco de atar. Ni lo uno ni lo otro, mi queridísimo don Juan. Y verá Ud.

Cuando, de vuelta de la ceremonia ocurrida en casa de mi buen amigo don Pedro Zaveler, llegué a la puerta del hotel, hallé al estimado Rosendo y a su mujer con el alma en un hilo, sin conocer palabra de la suerte que hubiera corrido Nieves, cuya ausencia notaran hacia ya más de media hora larga. Les hice subir a mi pieza, y ahí, con toda reserva les referí el caso, logrando calmar sus



Mañana mismo, en el expreso de la mañana...

justos temores e impacencias. Con esto quedó la casa tranquila y pude yo volver a mi habitual lectura. Sin embargo, no faltaron rumores que llegaban del pueblo sobre cierta huida de Nieves con Jorge, a la cual no era ajeno "el viejo del hotel", como cariñosamente me apodan por aquí. Se hablaba también de cierto matrimonio clandestino celebrado en una casa del lugar por un falso cura y sin conocimiento de la parroquia. Pero todos esos cuentos, traídos a mi pieza en el delantal de doña Micaela, húmedo por las lágrimas, eran desvanecidos por mí, con sólo referir a la crédula señora toda la verdad del caso por la vigésima o vigésima quinta vez en el plazo de seis días.

Una mañana muy temprano, concluyendo de hacer mi sencilla toilette, oí unos suaves y apresurados golpecitos en la puerta, como dados por alguien que teniendo prisa en entrar, desconfiaba de que otro que yo se enterase de su venida. Un segundo después, Jorge Saint-Macéaux, anhelante, azorado, sudoroso, cubierto de polvo, se echaba sobre la silla de mimbre al lado de mi ventana.

—Don Mateo—me dice, casi sin respiración—me ha hecho muy desgraciado—Las angustias que pasé en estos días, el desprecio que de mí mismo siento, sobre Ud. caen Ud. y sólo Ud., con sus locuras, es el responsable de lo que me ha ocurrido.

Mirándole sonriente, le pedí que se explicase, que me dijese de qué desgracia me hablaba, suponiéndole como le suponía, el hombre más feliz de la tierra, dueño y señor del corazón de la chica más linda en millares de leguas a la redonda.

—Linda, sí, señor, y sobre todo, buena, muy buena. Nieves es un ángel, don Mateo. Y esa misma bondad y esa dulzura y ese encanto, es lo que me hace desgraciado. ¿Cómo le digo yo ahora que la engañé vilmente, que todo ese matrimonio fué una farsa grosera con que le robé su inocencia, su inmaculada pureza? No, don Mateo: vividor y tunante he sido como el que más; pero no puedo ser malo. La traición y la mentira no están en mi carácter. ¿Qué feliz sería yo si pudiese borrar todo ese pasado funesto, y hacerla mía para siempre, sin que se interpusiera entre mi felicidad y la de ella, el fantasma inundo de aquel sacristán de las sotanas cortas? ¿Porque si antes la quería, hoy la adoro! Pero, ¿podrá perdonarme Nieves algún día que yo, en quien ella confiaba como en el más noble de los hombres, la arrastrara a desempeñar un papel en esa farsa de arrabal, burlándole de su fe en las cosas santas, de sus ideales, de sus sentimientos, de su bendita ignoran-

cia en todas las porquerías que forman nuestra vida? Y Ud., dígame, ¿qué demonio infernal pudo meterle en la cabeza esa maldita aventura? ¿Por qué me aconsejó tan mal? No; yo me vuelvo loco!

—Cálmese, amiguito—le dije,—mientras el pobre, con la cabeza entre las manos, sollozaba como un niño. ¿Ha podido creer Ud. por un momento que el viejo amigo de Nieves, el que mucho hizo por conservar en su alma, la buena semilla que depositaran las santas monjas, la iba a llevar a la perdición y en la forma más canallesca que se pudiera imaginar?

El joven había levantado la cabeza al oír estas palabras y me miraba con los ojos abiertos por la extrañeza que sufría.

—De modo que aquel matrimonio y aquel falso cura...

—Verdadero, mi amigo. Un matrimonio celebrado con todos los requisitos que dispone la iglesia para santificar el amor, por mano de don Gabriel Misal, celosísimo párroco de Carahue. Nieves es su legítima mujer, y a Ud. no le queda otra cosa que hacerla feliz.

Un rayo de alegría pasó por los ojos del joven y en un impulso de gozo incontenible, se echó en mis brazos riendo y llorando.

—Qué feliz soy, don Mateo, qué feliz me ha hecho Ud.!—exclamaba.

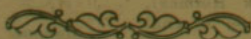
—Pero, dígame, don Mateo, ¿por qué ese cura tenía las sotanas tan ridículamente cortas y ese birrete que no le cabía en la cabeza?

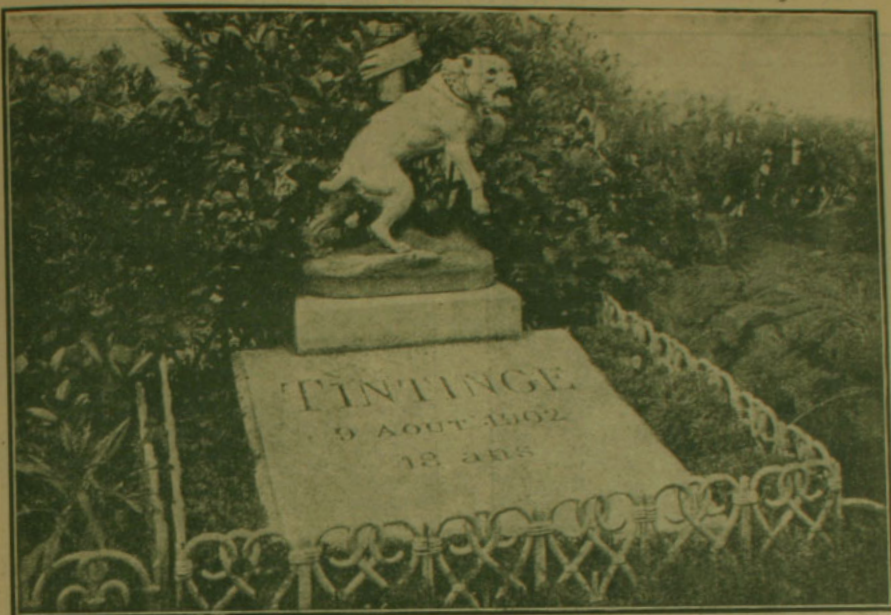
—Como muchos, como todos los curas pobres, que tienen que amoldarse a las medidas del predecesor en el curato. Reciben la herencia sin beneficio de inventario, y ya ve Ud. cómo hasta suelen parecer falsificados...

Y mientras Jorge reía, preguntéle qué pensaba hacer, cómo habría de comunicar a su familia tan fausta nueva.

—Nada,—me dijo;—mañana mismo, en el expreso de la mañana, parto a Santiago con mi adorada Nieves; la presento a la familia y que rabie quien rabie. Antes que otra cosa está mi felicidad. Y ahora a caballo, que le habrán de faltar piernas al pingo para llevarme tan ligero como requiere mi impaciencia por dar a Nieves el primer abrazo de marido honrado.

Aquí termina, mi querido Juan, el relato que Ud. me ha pedido. Le añadiré que sólo doña Micaela Céspedes, logradas ya sus aspiraciones señoriles y don Rosendo su fiel marido, pueden estar más felices con el desenlace que tuvo la locura romántica de su afmo. amigo.—Mateo Baleares y Cerdeña.





EL MUNDO DE LO EXTRAORDINARIO

LA NECROPOLIS CANINA DE ASNIERES

Por MARTIN AVILA

Ilustraciones fotográficas

La guerra, la pícara guerra, ha producido un desastre en París. Por su culpa se ha cerrado el cementerio de los perros. Era una propiedad particular y su dueño ha muerto en las trincheras. La han revelado unos parientes lejanos, que se han encontrado con que no quedaba ya un palmo de terreno libre y con que así el cementerio era una finca de escaso provecho. Retiraron el guarda que allí había y dejaron abandonado el cementerio. Los merodeadores lo han asaltado y han arrancado los broncees y los hierros, han roto

los mármoles y han profanado las sepulturas. Ha sido una obra de ira y de venganza. Una verdadera revancha humana.

Algunos dueños de sepulturas se han quejado a la autoridad. Ellos compraron por cien francos una sepultura perpétua para los restos de un amado canino y entienden que se les garantizaba la guarda y seguridad, pero las autoridades judiciales les han mandado con viento fresco... Hablar de la tranquilidad de los restos de un perro, cuando tantos hombres muer-



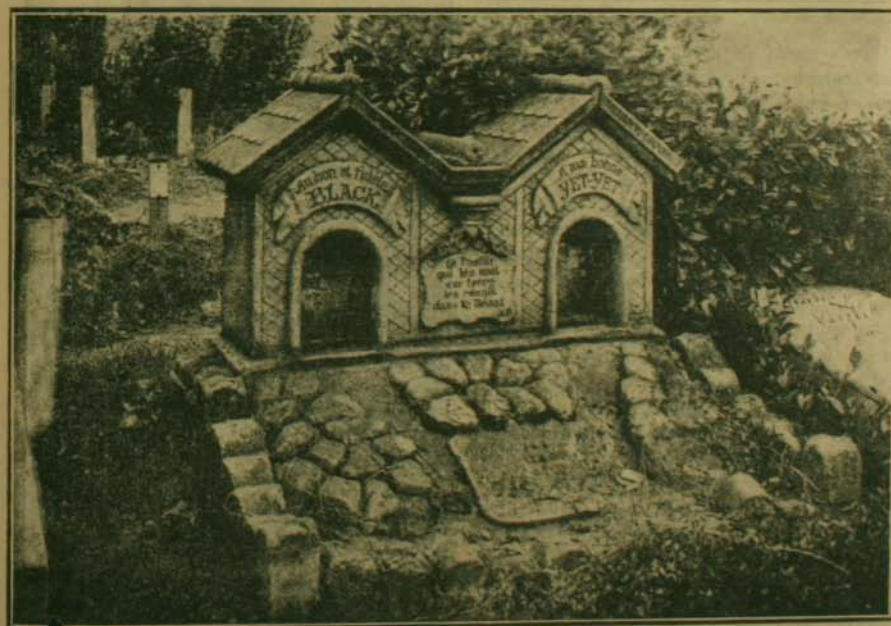
ren en las trincheras, cuando hay tantos niños desvalidos en toda Francia!

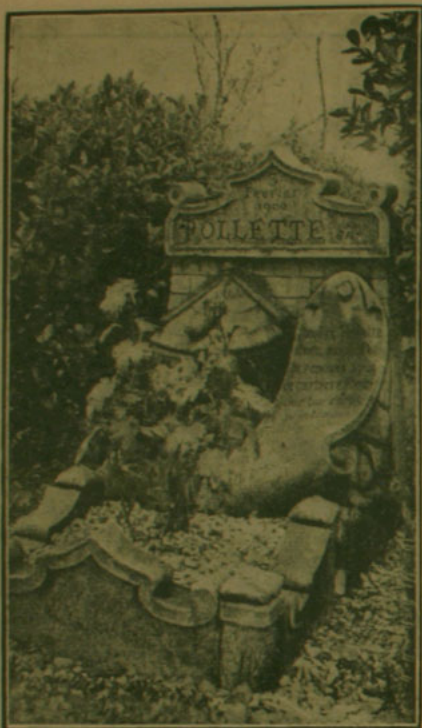
Y no se crea que ha sido París la primera ciudad que ha inventado esa ridícula obra de sensiblería. Desde mucho antes tenía y tiene Londres, en Hyde Park, un cementerio de animales domésticos; allí no sólo se entierra al amigo leal del hombre, sino que hay loros, gatos, canarios, monos, tortugas y hasta dos... culebras. Bruselas tiene también un cementerio de perros, instalado en el parque de Lacken. En París esta novedad no se introdujo hasta 1900. En estos quince años ha habido verdadero furor por enterrar a los animales queridos y elevarles verdaderos mausoleos. Parecía que resucitaban en plena civilización las locuras de Calígula y de María Leezinska, que regaló a su médico una finea con un espléndido castillo, por curarle a una perrita, a la que amaba.

Se concibe que se ponga afecto en un falderillo bello, raro o inteligente, o que

se haga de él un motivo de vanidad; que se llegue a la locura de instalarlo en habitación propia y de que un tapicero le haga un mobiliario especial, un modisto le haga capas y gorros y botinas y de noche se le abrigue sobre mullido colchon con sedas y algodones, un peluquero lo perfume y peine y recorte sus alborotadas lanas, un joyero le haga pulseras y brazaletes y una doncella le cuide, mime y aplaque los nervios las horas que no está en los brazos de su dueña. Todo eso, con ser imbécil, con ser casi criminal, se concibe; pero, ¡después de muerto!

El cementerio de perros de París se instaló en Asnieres, en una isla formada por la corriente del Sena, donde se apoyan los puentes de Glichy y donde Eugenio Sué fingió los más dramáticos sucesos. Es un lugar muy frecuentado por los enamorados de París, que toman los domingos una lancha y huyen con su idilio del mundanal ruido. Apenas instalado, se llenó de mausoleos, habiendo entre ellos algunas ver-





daderas obras de arte. El negocio estuvo bien calculado, probando que su iniciador fué un verdadero estadístico. Hay en París 150,000 perros, cuya vida alcanza un término medio de ocho años. Mueren anualmente unos 18,000, o sea el 120 por 1,000. Obsérvese que es una mortalidad enorme. Entre esos 18,000 perros muertos, no es mucho calcular que 8,000 hayan pertenecido a familias pudientes, y que de estos 8,000, la mitad hayan sido extraordinariamente queridos, y que de esta mitad, otra mitad hubiera vivido al lado de personas sensibles o vanidosas o atacadas de monomanía de originalidad. Estos 2,000 perros eran los candidatos a ser enterrados, con mayor o menor suatuosidad, en el cementerio. Pagaban por una concesión de 5 años 25 francos; por 10 años, 50, y por una sepultura perpétua, 100. Como se ve, el alquiler de la tumba perruna costaba, en realidad, un duro al año, lo cual hubiese significado una admirable renta, si, contra todas las previ-

siones, no hubiesen sido las sepulturas perpetuas las más solicitadas, con lo cual, si durante estos primeros años el cementerio ha sido un espléndido negocio, ahora no hay palmo de terreno que vender.

Entre todos los monumentos que encontramos en el cementerio, sólo uno hay que nos parece justificado. Es todo de mármol blanco, y dice en sus inscripciones:

1895-1900

HOMENAJE A LULU

Tertimonio de agradecimiento de una madre, a quien Lulú devolvió su hijo, que en 1895 se ahogaba en el Garona. El bravo Lulú no contaba entonces más que nueve meses y además tenía una pata rota.

Pero si este mausoleo impone un poco de respeto, los demás producen ira. Se



concibe el ensañamiento con que los cambrieurs han arrasado el cementerio. He aquí algunas inscripciones:

3 de Febrero, 1900.—**FOLLETTE**, 4 años —Pobre **FOLLETTE** amada; hoy descansas en este jardín florido. Sobre tu cuerpo la Primavera hará florecer las rosas; pero tú lo mereces, porque tenías un corazón.

—He aquí a **MIGNON**, que no fué nada, sino un pobre perrillo, inocente y bueno, muerto en la flor de su vida por un civilizado salvaje.

MARQUI3.—1 Febrero, 1901.— Fué la admiración de todos por su inteligencia, su belleza y su buen corazoncito. Sus dueños le amaban demasiado... No podía vivir...

TOTO.—Su existencia fué una larga caricia, una adhesión constante y un amor sin cesar; vivió de nuestros besos desde la mañana a la noche; amigo que acabó para mí, ¡que no pueda yo verte!... (Conviene advertir que en el mausoleo figura el retrato de **TOTO**, que era un bull-dog más feo que un demonio.)

El dueño de **Esperance** se ha hecho re-



tratar en el mausoleo dedicado a su can. Aquí, **ESPERANCE**, la linda perrita sacada del Refugio de perros perdidos y abandonados. Testimonió a su dueño la mayor adhesión y le probó, a su manera, el más profundo agradecimiento.

Sultán tiene nada menos que un soneto en su lápida. Y un soneto filosófico, en el que se habla de la metempsícosis, y de un dios que debe ignorar el poder que los humanos le atribuyen, puesto que ha cometido el crimen de tolerar la muerte de Sultán... ¡Qué bárbaro!

Bob duerme bajo una inscripción más sensiblera. Un dolor anónimo nos dice: Tu vida no fué más que sufrimientos. La mía fué semejante. Nos confundimos esperando endulzarlas y la crueldad de los hombres puso término a aquella felicidad pasajera.

Bajo la corona de una princesa de Pignatelli, sobre el capitel de una columna truncada, duerme un perrillo el sueño eterno. La princesa declara allí que está desolada, que no puede vivir sin la compañía de su amado can, que era todo el objetivo de su vida. El escultor ha repro-



ducido el perro yacente sobre un cojín que se hunde a su peso. Lo miramos atentamente y nos parece un chuchito callejero de la peor especie. La princesa, sin embargo, jura que su perro era todo belleza.

Cuando hace años visitamos este cementerio, salimos de allí con honda preocupación. ¿Tontos? ¿Locos? ¿Simplemente egoístas? ¿Sencillamente vanidosos? ¿Qué son estas gentes que, olvidando los dolores humanos, el hambre de tantas mujeres y tantos niños, se han gastado unos miles de francos en alzar estos mausoleos?

Sobre algunas tumbas había flores frescas. Preguntamos al guarda y nos dijo que eran muy frecuentes las visitas que hacían al cementerio los que tenían allí enterrados sus perros; que algunos, frente a las tumbas, se emocionaban, lloraban, lloraban a los canes muertos como los llamaban en vida, por sus nombres, siseándoles, silbándoles... y que alguna dama hasta se arrojaba y rezaba.

¡Bendita guerra si viene a arrancar estas idolátricas sensiblerías del corazón de los hombres!



LAS MUJERES DE JORGE SAND

Por

Mínimo Español

Un librero amigo mío, que pone en su profesión un poco de espíritu, me dió ayer la tremenda noticia:

—Cada día—me dijo—se lee menos a los románticos. De algunos de ellos, de Lamartine, por ejemplo, hace muchos años ya que la gente no se acuerda, pero todavía Víctor Hugo y Jorge Sand, tenían apasionados lectores. De algún tiempo acá, el decrecimiento es enorme. Los jóvenes no saben apreciar el encanto de Jorge Sand, la admirable creadora de mujeres conturbadas y padecidas. Yo me pregunto en qué libro moderno podrá encontrar la generación nueva mujeres como aquellas que soñara la inquieta aventurera, de corazón tan femenino y cerebro tan varonil... Consuelo, Marta, Fernanda, Noun la criolla e Indiana su dueña, Luisa, Lavinia, Naam, Valentina, Matea, Lelia,



Paulina

Isea, Genoveva, Paulina, Julieta, Edmé, Aleja, La Saviniana, Lady Mowbray, Juanita, Quintilia y tantas otras enamoradas, glaucas, heroicas; valerosas, tímidas, abnegadas; todo un mundo soñado, enloquecido, conducido y

guiado a través de la fantasía por el Amor ciego... Dejé a mi amigo el librero con sus ociosas lamentaciones y fuí en busca de un poco de oxígeno a las avenidas de la Moncloa. Poco a poco, como una obsesión febril, la evocación del librero tomaba forma material y veía yo en los paseos desiertos cómo iban desfilando sombrías y misteriosas, las mujeres de Jorge Sand. Se dijo de sus novelas que constituían la *Historia de las mujeres del siglo* XIX.

¿Pero la mujer, Eva o Cleopatra, Marcelina o Francesca no fué siempre igual? Y, sin embargo, estas mujeres que nacen entre el estruendo del Imperio que se derrumba y que han de convivir con todo un mundo literario donde aún perduran las grandes concepciones de Rousseau y de Goethe, y donde cada día llegan las creaciones de Balzac, de Víctor Hugo, de Gautier ¿no parecieron de carne viva, corazones sangrantes, ojos llenos de lágrimas, labios temblorosos de sollozos, a diez generaciones? Y he aquí que van muriendo a nuestros ojos se van tornando como muñecas que el tiempo aja y



Indiana



Fernanda



Aleja



Quintilla



Valentina

hay fuego en sus ojos, carmín en sus mejillas, sangre en sus labios... Las voy viendo desfilar, Edmé, delicada como una florecilla de los campos, en las manos bestiales de aquel Mauprat, de raza de bandidos, de sangre de lobos y de hienas; Valentina, blanca, rubia, serena, que envidia a María Antonieta disfrazándose de pastora bajo las enramadas del Trianón, que recorre los senderos de la vida sin una preocupación, y de pronto ve estrangulado su corazón en el terrible drama en que el amor le obliga a salvar su virginidad para el amante, en la propia noche de sus desposorios, y a su lado aquella gimierte y desolada Luisa, herida del mismo amor, perdonando con la abnegación de las santas, en un último beso que tiene la sublimidad de una redención.

¿Os acordáis de la grandeza de aquel

amor de Aleja, la descendiente de la familia ilustre de los Aldini, cuando contempla impasible al cómico Lelio desde su palco del teatro de Nápoles? Y toda aquella trágica apariencia de vanidad y orgullo se deshace cuando recuerda aquella noche de su niñez, en que sorprendió a su madre, sollozante de amor a los pies de uno de los criados. Y luego, el momento en que se rinde al amor y acude a la iglesia, y en lugar de oraciones salen palabras de amor de sus labios temblorosos. ¿Con qué fragmentos de su propio corazón insaciable creaba Jorge Sand estas mujeres?

Cuando las gente creen que el eterno femenino está compendiado en Manon Lescaut, Jorge Sand da vida a Julieta. Las inconstantes, las veleidosas, las coquetas se quedan sorprendidas y anonadadas. Esta es la mujer, la verdadera mujer. No le pregun-



Genoveva



Naam



Matea

téis por qué ama con tal intensidad, con tal lealtad, con tal fidelidad, que no tiene un instante de vacilación ni de queja en los momentos en que el amante la abandona por unas meretrices. Ama porque ama; no sabe más. Y cuando aquél, en un encuentro casual, pronuncia su nombre, Julietta cae en sus brazos, sin una queja, sin un reproche.

¿Visteis cómo entró la tentación vestida de actriz parisiense, en aquella casa céntrica donde Paulina cuidaba a su madre ciega? Hay una hora de crueldad en Jorge Sand cuando crea a esta mujer singular, cuyos ojos nos estremecen. Y somos crueles también y aborrecemos a Paulina.

Genoveva comienza amando las flores que imita con la agilidad de sus dedos señoriles y que le dan de vivir, y acaba amando al hombre. Es un tierno idilio; una pastoral en la que Jorge Sand llega a sondear misterios del corazón que nadie sospechara antes y que truecan en horas de dolor y de tormento aquellas apacibles y candorosas palabras: "¿Es amor besarme los cabellos?"

A Genoveva sucede Isolda. Es un amor tierno y firme, como el de tantas lindas mujercitas; que ve pasar los días y no se inquieta, que jura esperar y aguarda, que no tiene sino nimias inquietudes que acrecen y avaloran el placer de amar.

En cambio, ¿creéis que hubo en la Inquisición tormento como el de aquella desdichada marquesa del Imperio, que tomó un amante por seguir la moda, y



Noun



Marta



Lady Mowbray

que tuvo que soportarlo hasta los ochenta años; que se enamoró perdidamente de un cómico y se disfrazaba y hacía locuras para ir a verle en escena, y cuando un día feliz lo tuvo cerca, lo encontró bajo los restos mal borrados de la pintura con que se remozaba el rostro, viejo, marchito, vulgar, grosero de voz aguardentosa...

¿No oís el grito con que Jorge Sand mismo increpa a esta sublime creación suya, que se llama Lelia? "¡Lelia! ¡Lelia!—le dice—¿Quién eres? ¿Por qué tu amor hace tanto daño?...". Y luego, agrega: "...¡tú, venir del infierno! tú tan hermosa y tan pura!" Y Lelia, en suma, es la mujer Prometeo, encadenada a las rocas del amor.

Hemos llegado a Venecia y hemos entrado en la tienda del padre de Matea. Es una niña aún y va inventando ella misma el ensueño de que está enamorada ardientemente del turco Obul, que fabrica tejidos de seda recamados de oro y plata; que es rico y es gentil, pero que es idólatra. Obul apenas la conoce; y ella, por mantener la mentira de su ensueño, soporta las más atroces torturas de sus parientes. Jamás se amó tan lealmente a una quimera.

Así, vosotras todas, amadoras que engendró aquella gentil amadora; así Metela Mowbray, con sus ojos negros de romana y su blancura de inglesa; así Juanita, asesinada por su propio marido; así Naam, la veneciana, a la que hemos visto vivir también en los poemas de Lord Byron; así Lavinia, la portuguesa, que recobra su amor perdido

y tiene la abnegación de arrancarlo de su corazón y tirarlo como un guiñapo; así la princesa Quintilla, convirtiendo en amante a su propio marido; así Indiana la criolla y Noun disputándose el mismo cariño; así Fernanda, redimida por un hombre de corazón; así Marta, que en el bullicio del Barrio Latino agoniza sin su amado; así Consuelo, la española, que tiene, acaso, su origen en La Gitanilla, de Cervantes, y a la que idea-

liza el conde Zustiniani... Os olvida la generación presente; las páginas en que debíais vivir la inmortalidad no se leen; pero no os importe, porque resucitaréis cien veces a través de los tiempos, porque sois de palpitante carne femenina y estáis en el divino martirologio de las que han amado mucho!... ¡Sois inmortales, como Beatriz, como Laura, como Teresa!...

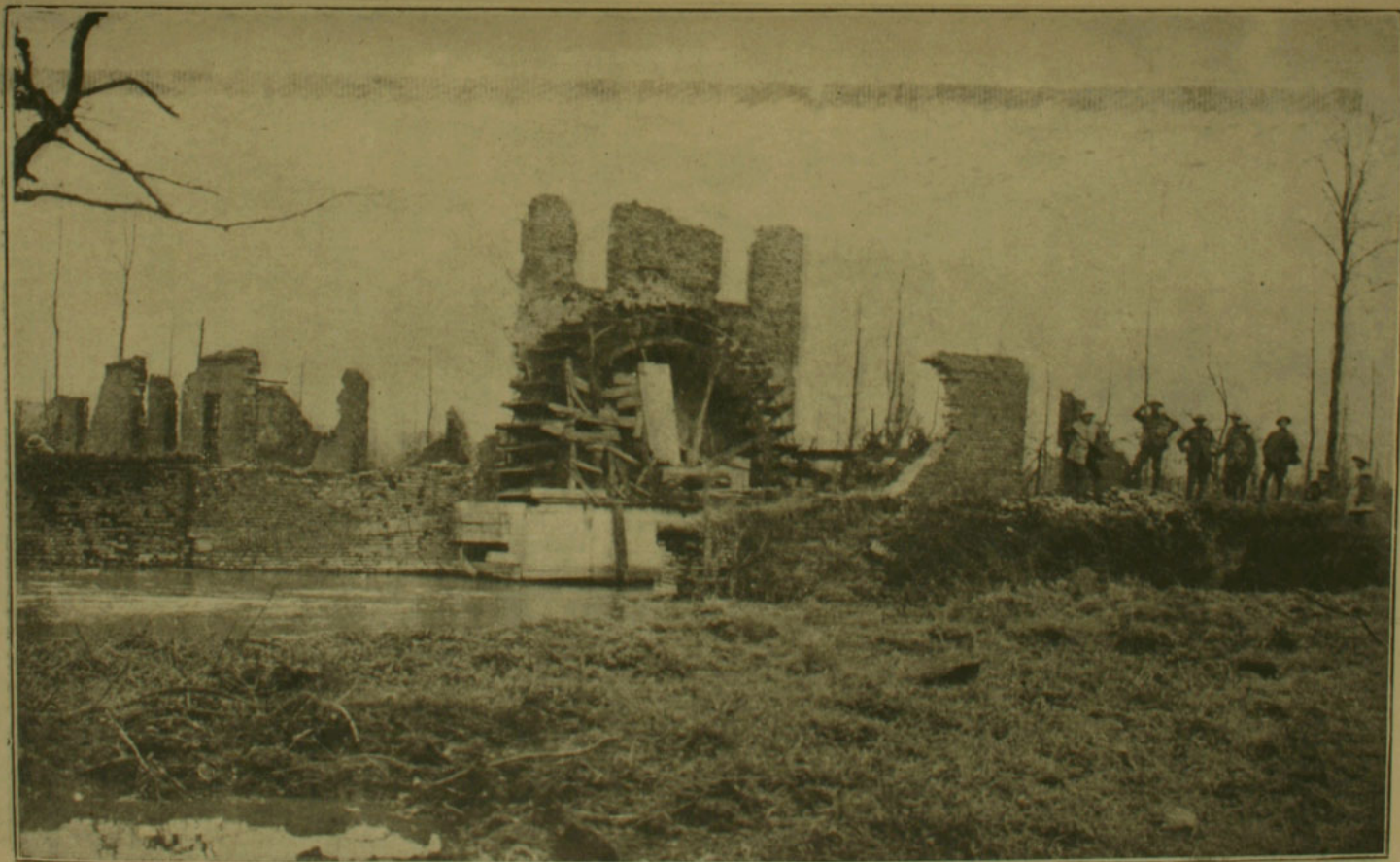




A 150 metros por sobre la batalla: Una columna de aliados que marchan al asalto. Fotografía tomada por un aviador.



Fotografía tomada por un aviador que muestra un terreno completamente minado por los obuses.



Un molino destruido cerca de St. Pierre Divion.

(Fotografía Oficial).



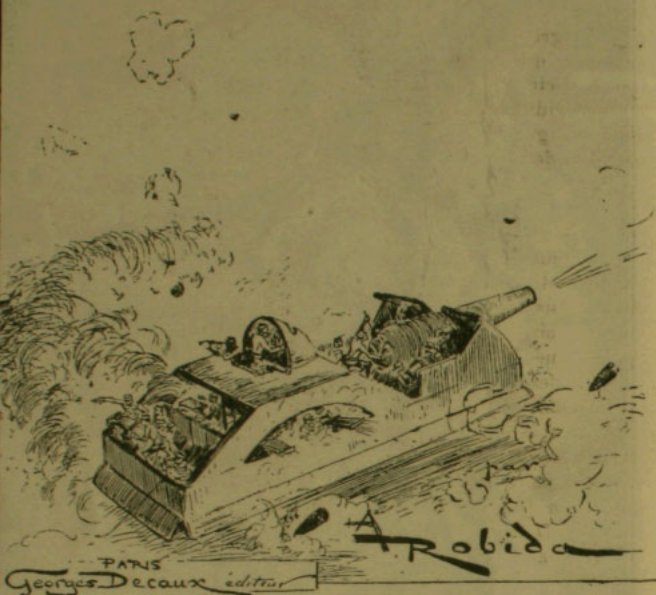
Convoyando proyectiles de grueso calibre para la artillería británica.

(Fotografía Oficial).



Grupo de soldados franceses condecorados por el Ejército británico.

(Fotografía Oficial).



Robida humorista y profeta

Por A. G. de L.

Fantasías visionarias de Verne, las que ensoñaron las veladas de nuestra infancia crédula, y que más tarde, llegada la triste edad de la razón, hubimos de evocar sonrientes y escépticos...; fantasías visionarias de Verne, ¡qué pronto y qué tristemente os hemos hallado sobre la cumbre de nuestra vida, ensangrentando el áspero camino de la realidad!

Cinco semanas en globo... ¿Recordáis? Imposible maravilla se nos antojaba aquel aerostato capaz de obedecer al piloto del aire como la nave al piloto del mar... Y, sin embargo, ya hemos visto evolucionar, en el cielo de una noche trágica, los "zeppelines" asaltados y perseguidos por las flotillas de aviones de combate, entre el fragor de la metralla que allá en lo alto

desgarraba las nubes y que en derredor nuestro, sobre la tierra, sembraba la muerte y la desolación.

Veinte mil leguas bajo el mar. ¿Recordáis?...

Y bien, ¿no ha encarnado acaso en el teniente Max Valentinez, comandante del submarino alemán "U-16" y destructor del "Lusitania", el alma compleja de aquel inolvidable capitán Nemo, dueño y señor del "Nautilus"?... ¿Y acaso no es historia contemporánea—historia capaz de hacer palidecer las más terribles profecías—aquel doloroso capítulo que Verne titulaba "Aegri somnia", desde cuyas páginas contemplábamos, espantados, la agonia de un gran buque inglés echado a pique por el "Nautilus", en tanto que, sa-

tisfecha su venganza y sentado ante el harmonium de su salón, el capitán Nemo cantaba?...

“¡Aegri somnia!”, sí... ¡Sueños de enfermo! que nunca mejor que ahora pudimos decir que un sueño de enfermo es nuestra vida: un abominable sueño del que debe ser grande alivio e infinita dulzura morir y despertar...

✦ ✦

Pero tan lejos estaban los hombres de suponer—treinta años hace—la quimera de Apocalipsis, tan cierta y próxima, que esa quimera sirvió de tema a no pocas chanzas, y que un gran dibujante humorista de la generación pasada, Robida, compuso para solaz de sus contemporáneos un álbum, que encantó una hora de la vejez de nuestros abuelos y de la juventud de nuestros padres. Este álbum se titula “La guerra en el siglo XX”; fué editado por Georges Decaux, en París y en 1886, y se agotó a las pocas semanas de su aparición.

Mas, he aquí que ayer, domingo parisien-se y día que yo consagro a mis exploraciones al través de los innumerables puestos de libros viejos que cubren los muelles del Sena, desde el Puente Nuevo has-

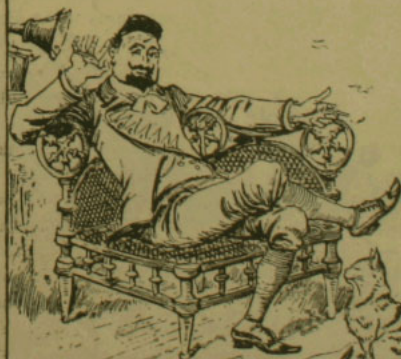
ta el de Alejandro III, he dado con un ejemplar del álbum de Robida, ejemplar oculto en el fondo de un cajón polvoriento, y gracias a ello ignorado por los coleccionistas y bibliófilos, e ignorado también por el astroso usurero del papel impreso, quien se avino a vendérmelo por cien sous: precio vil, digno del vil mercado e indigno del claro talento profético que en su obra vertió el insigne autor...

Si os place, hojead conmigo estas viejas estampas que hoy, a la luz de incendio de la verdadera guerra del siglo XX, tienen el raro valor de una estupenda y transparente visión del porvenir, contemplada sonriendo...

✦ ✦

El héroe de esta donosa y profética historia que Robida nos dice en sus dibujos, es el eterno bon-vivant del Mediodía, hombre pacífico y razonable, a quien, paradójicamente, la suerte lleva sobre la senda de los altos e inclementes heroísmos: un hijo espiritual de Tartarín de Tarascón.

Se llama Fabio Molinas y es casi un español. Nació en Tolosa de Francia, y allí vive al correr del año 1945—no aguardó a tanto el destino,—cuando en una plácida mañana de junio los telefonógrafos anunciaron a la humanidad estupefacta el comienzo de la guerra mundial.



Nació en Tolosa de Francia, y allí vive al correr del año 1945—no aguardó a tanto el destino,—cuando en una plácida mañana de junio los telefonógrafos anunciaron a la humanidad estupefacta el comienzo de la guerra mundial.



Media docena de so'apados enemigos instalan cautelosamente en las cercanías de la plaza una batería química cuyas bombas asfixiantes caen sobre la ciudad...



Provistos de "caretas protectoras" los artilleros lanzan sobre la ciudadela sus bombas asfixiantes.



Un aero-torpedero enemigo hace volar la ciudad entera...

anunciaron a la humanidad estupefacta el comienzo de la guerra mundial.

Movilizado como cañonero de 2.ª, del 18.º de aerosteros, escuadrilla 6.ª, Fabio parte inmediatamente, a bordo de un aeronaute de transporte, y dos horas después se halla en su puesto de combate, a proa del dirigible de guerra "Epervier", haciendo rumbo a la frontera.

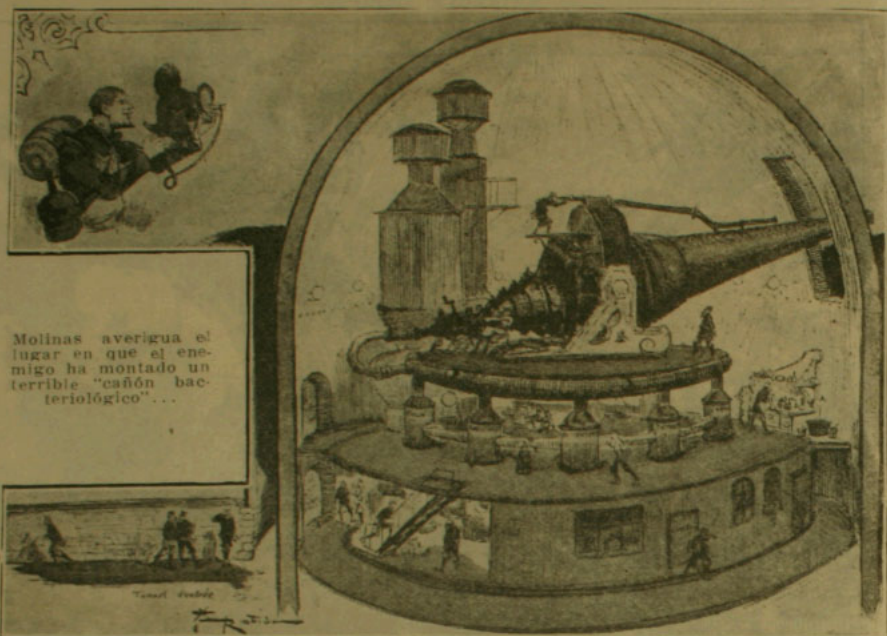
Y la epopeya comienza.

Es la hora del alba. Precedidos por la escuadrilla de anubladores, que, vertiendo gases pesados y opacos, tienden entre el cielo y las tierras fronterizas la cortina de sus nubes artificiales, los dirigibles militares logran volar sobre Alemania sin ser vistos por el enemigo. Mas, pronto el viento arrastra la cortina protectora, y el "Epervier" y las demás unidades de la escuadra aérea francesa son descubiertos por las gigantes y veloces auto-ametralladoras, que abren contra ellos un fuego de infierno.

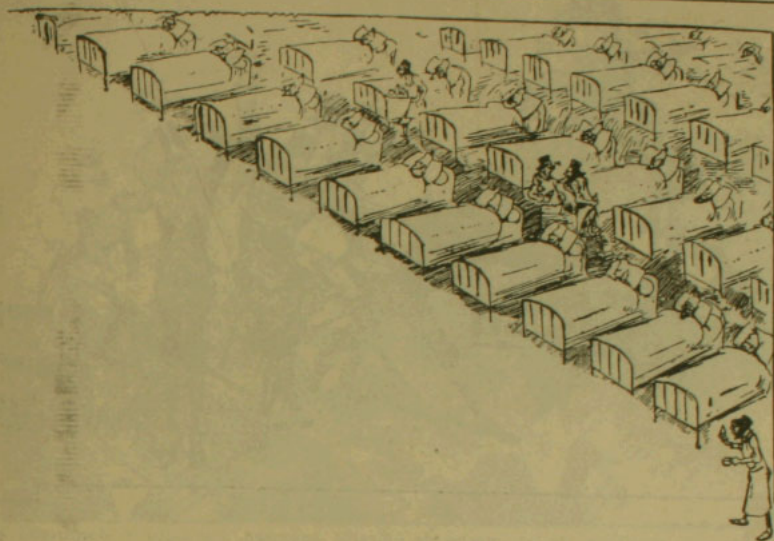
Ínútil decir que Fabio lucha como un tigre, y que su batería siembra la muerte y la desolación en las filas adversas. Tan-

to y tan buen trabajo hace el hidalgo de Tolosa, que, en premio a su comportamiento, el almirante le confía el mando del grupo de auto-ametralladoras que, válidas aún, han sido capturadas por las aeronaves. Fabio, luego de un raid maravilloso de audacia y de suerte, se apodera de una plaza enemiga, y sobre las cúpulas de sus fuertes blindados iza y da al viento la bandera tricolor...

Pero—he aquí ya el eterno "pero" y toda imprevista adversidad—Fabio no ha contado con los recursos de la guerra científica, en la que son maestros los hijos de Germania. Y una noche, en que los conquistadores descansan, tranquilos y confiados, por no divisar hueste alguna al horizonte, media docena de solapados enemigos instalan cautelosamente en las cercanías de la plaza una batería química, cuyas bombas asfixiantes caen sobre la ciudad y paralizan con sopor mortal a sus defensores, no provistos aún de caretas protectoras. Fabio se salva, refugiándose en un subterráneo; pero un aero-torpedero enemigo lanza sobre la ciudadela sus pro-

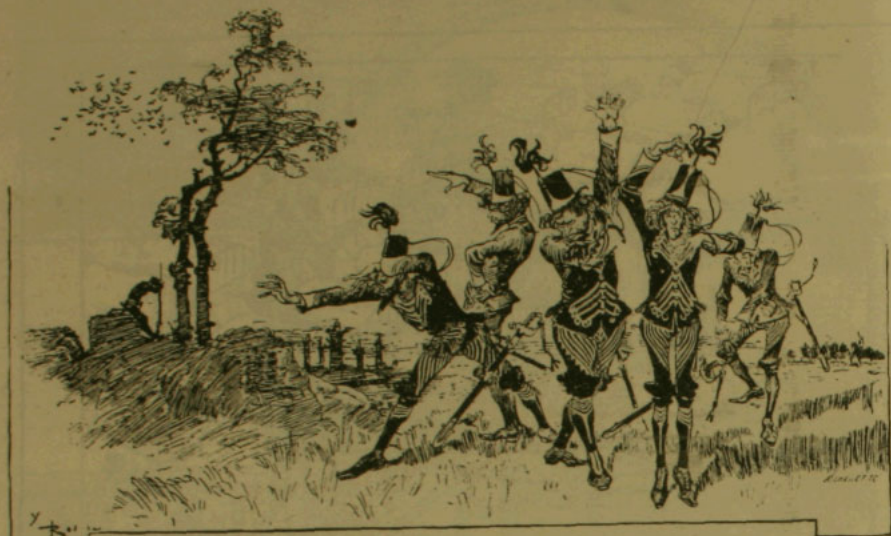


El cuerpo de bacteriólogos de guerra



Nuestro amigo hace estallar el depósito de las bacterias, que pueblan los hospitales germanos de toda casa de enfermos. Molinas se libra de tan peligrosa andanza, sin más daño que el de un furibundo dolor de muelas, dispensado por el más inofensivo de los microbios libertados: el de la caries.





Fabio asiste a la rendición de un cuerpo de ejército enemigo, envuelto y dominado por el fluido magnético de un batallón de hipnotizadores...

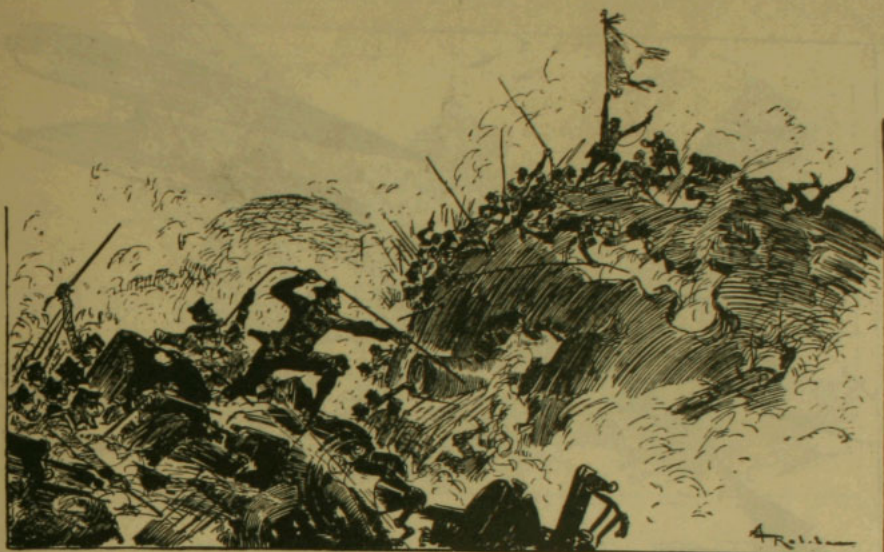
yectiles, y estos son de tal potencia, que la ciudad entera vuela, y que desde el fondo de su topera Fabio se siente elevado por los aires a vertiginosa altura, y con razón juzga llegado su postrer instante. Por fortuna, nuestro héroe cae en pleno cauce de un río. Buen nadador y hombre templado, Molinas se deja llevar por la corriente y logra tomar tierra en su patria y en las inmediaciones del propio Gran Cuartel General francés.

El ultra-moderno Tartarín de Robida es acogido por los suyos con el entusiasmo que merecen sus hazañas prodigiosas. Pero aún le queda mucho que hacer. Fabio, bien informado por los espías, averigua el lugar en que el enemigo ha montado un terrible **cañón bacteriológico**. Las bombas de estas baterías, cargadas con los más dañinos miasmas, estallan en las filas republicanas, sembrando en ellas el tífus, la viruela, la peste, la difteria y la tisis... En vano los doctores franceses se esfuerzan en atajar esta avalancha de epidemias que diezman las legiones galas. Molinas—que habla el alemán con la misma corrección con lo que hablaba, según es fama, el caballo de Carlos V—se disfraza de artillero kaiseriano, y, tras de mil ardidés,

logra un puesto entre los sirvientes del mortífero cañón. Entonces, animado de sublime abnegación patriótica, nuestro amigo hace estallar el depósito de las bacterias, que inundan la atmósfera del Imperio y pueblan los hospitales de tal cantidad de enfermos que los **herr doctors** germánicos no saben a qué santo encomendarse.

Lógicamente, Molinas debiera atrapar una buena peste bubónica o un tífus exantemático definitivo. Pero la Providencia de los valientes le protege, y el héroe se libra de tan peligrosa andanza sin más daño que el de un furibundo dolor de muelas que le dispensa el más inofensivo de los microbios libertados: el de la caries.

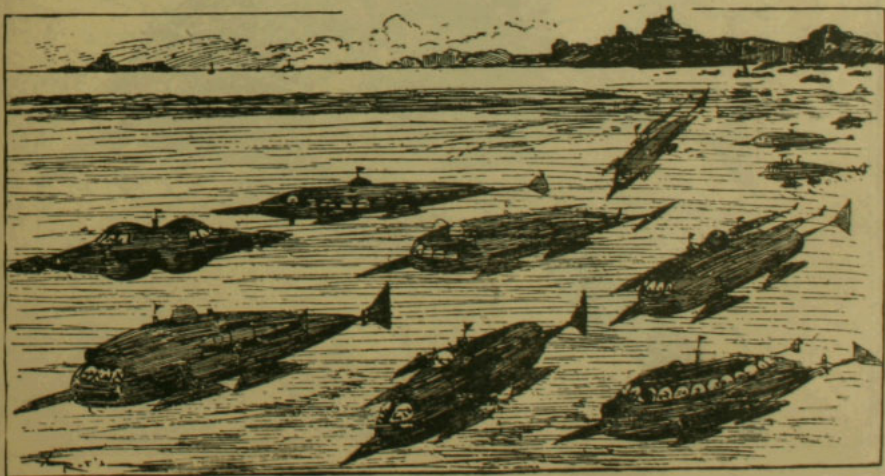
Luego de esto, Fabio asiste a la rendición de un cuerpo de ejército enemigo, envuelto y dominado por el fluido magnético de un batallón de **hipnotizadores**, y al asalto de una trinchera adversa, barrida por la proyección de **líquidos inflamados**. Poco amigo de tan fáciles victorias, el tolosano pide y obtiene su ingreso en la tripulación de un submarino de combate. Al mando de una flotilla, Molinas cruza los mares, y sus proezas bajo las aguas superan,



...y a la toma de una trinchera adversa, barrida por la proyección de líquidos inflamados

si cabe, a las realizadas sobre la tierra, y en los aires. Entre estas nuevas aventuras sobresale una batalla de fondo, sostenida por dos ejércitos de cazadores-buzos, batalla que Molinas gana en toda la línea, lo que le permite remontar secretamente los grandes cauces fluviales del Im-

perio y asombrar al enemigo con certeros golpes de mano que le desconciertan, le hacen creer en la invasión de su territorio por intangibles fuerzas, le obligan a desgarnecer las fronteras para proteger sus ciudades ribereñas, y, gracias a esto, permiten a los ejércitos franceses un rá-



Al mando de una flotilla de submarinos de combate, Molinas cruza los mares, y sus proezas bajo las aguas superan a las realizadas sobre la tierra y en los aires...



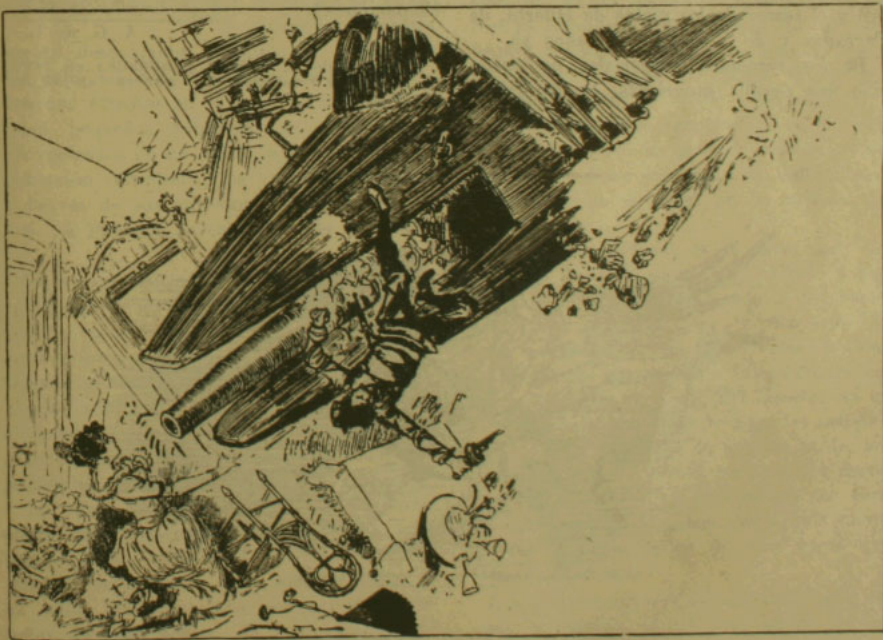
Y peleando sin tregua ni merced, van hacia Occidente



El "Volfigeur" va dando al traste con sus adversarios



Por suerte, el héroe se abate con su aeronave sobre una casa hospitalaria y sólida, que se derrumba a medias...



Fabio cae a los piés de una joven y bella mejicana, que se llama Carmen.

pido avance hasta el corazón de Alemania.

El terrible Imperio de Hierro está casi dominado. Pero aún luchan en el aire sus escuadras de dirigibles, que, ahuyentadas del cielo europeo, campan por sus respectivos bajo el cielo americano.

Molinas vuelve por sus antiguas glorias aéreas, y parte con rumbo a ultramar mandando el aero-crucero "Vultigeur".

Sobre el Atlántico, las flotas enemigas traban combate, y, peleando sin tregua ni merced, van hacia el Occidente. Molinas pierde no pocas de sus unidades, pero el "Vultigeur" va dando al traste con sus adversarios, hasta que sólo tiene que habérselas con uno, el más irreductible, el propio dirigible-almirante de la escuadra germánica.

Al fin, el duelo supremo termina sobre Méjico, a fantástica altura. Molinas y los suyos luchan con denuedo sin igual, pero los alemanes combaten con fiereza sin precedentes. Ambos dirigibles van al abordaje, y, empotrados en un abrazo mortal, caen sobre la capital azteca, ante el asombro y el terror de los nietos de Huerta, de Carranza y de Villa, reconciliados ya.

De los aerosteros imperiales no queda sino una papilla sangrienta. De los tripu-

lantes del "Vultigeur" sólo sobrevive uno, y ése es Molinas. Por suerte, el héroe se abate con su aeronave sobre una casa hospitalaria y sólida, que sólo se derrumbaba a medias. Pasando por una grieta del techo, Fabio cae a los pies de una joven y bella mejicana, que se llama Carmen, y que, así que vuelve de su legítima sorpresa, brinda su mano al triunfador.

Y como ya los **telefonógrafos** anuncian el término de la guerra y la victoria de Francia, Molinas se deja seducir y trueca las ásperas fatigas bélicas por las dulces horas del amor, en brazos de la niña morena y ardiente y—como diría la divina Scheherazada—enamorada hasta el límite del enamoramiento, en un día de entre los días...

Tal es el donoso y profético cuento que el lápiz de Robida contó, treinta años hace, para delicia de nuestros abuelos y de nuestros padres... Hojeando conmigo estas viejas estampas, hoy, en plena guerra del siglo XX, ¿no sentís, decidme, esa admirativa sorpresa que dejan, luego de realizadas, las inverosímiles y estupendas anticipaciones?...

A. G. de L.

(Dibujos de A. Robida, publicados en 1886 en el álbum titulado "La guerra en el siglo XX".)



UN VIAJE A NUEVA YORK

A TRAVES DEL CANAL DE PANAMA

Por

Jorge Vásquez Castillo

Estudiante chileno de Ingeniería
en la Universidad de Ohio.

Con ilustraciones fotográficas



BALBOA, murmura la gente. Son las ocho de la mañana, hace dos días que navegamos, teniendo a nuestra vista las costas de Colombia y Panamá, llanos de tierra gris blanca, sembrados de abundantes rocas monolíticas, completa-

mente despoblados y faltos de vegetación. Un calor acentuado sobremanera nos demuestra que estamos en la zona ecuatorial. A lo lejos, pequeñas nubecillas de humo blanco provenientes de un valle bajo, anuncian una población inmediata; los viajeros investigan a través de sus anteojos y todos la reconocen: es Panamá, la capital de la República.

El vapor continúa deslizándose sobre las tranquilas aguas del Pacífico, bañadas de oro por los rayos de un sol de fuego. Sobre nuestras cabezas el cenit de tupidos cúmulos azules parece abrirse para mostrar sus constelaciones infinitas. Ni la más leve brisa surca el ambiente tibio y sofocante que nos rodea, y así durante largas horas, perseguimos esas nubecillas blancas que parecen huírnos.

La costa se ha despejado y se presenta ahora más escarpada. El "Palena" toma rumbo a la bahía para entrar al puerto. Panamá se extiende ante nuestra vista en un valle hondo, cerrado por agrestes montañas de poca altura. El humo blanco que despiden las chimeneas demuestra un regular movimiento fabril; su aspecto general se ve obscuro y sombrío.

Hemos anclado en Balboa, puerta del canal en el lado del Pacífico. A las doce del día nos visita una comisión sanitaria y somos examinados por un taciturno doctor norteamericano. Mientras se desarrolla esta visita, un agente de la United Fruit Co., Compañía de Vapores en el Atlántico y a uno de los cuales debemos trasbordar para continuar nuestro viaje a Nueva York, se ha instalado en el vestíbulo del vapor; revisa las cédulas de los pasajes y distribuye los camarotes, dando los vales correspondientes. Nos ha tocado el vapor "Santa Marta", que llegará a Colón, puerto en la boca del canal en el mar Atlántico, al mismo tiempo que nosotros después de hacer la travesía.

Los trámites han terminado para la gente de a bordo, pero no para el vapor y es necesario pernoctar esa noche en Balboa, para internarnos en el canal en la mañana del día siguiente.

Este puerto, situado en la parte norte del golfo de Panamá, se ve muy abierto y desabrigado, lo que ha motivado a los norteamericanos el desembolso de alrededor de trece millones de dólares, invertidos en obras de defensa. Una angosta e insignificante entrada de mar al norte del puerto, es el principio natural del canal; todos los anteojos han sido dirigidos allí durante la tarde, ansiosos de percibir pronto los primeros destellos de esta nueva vía navegable, por obra del hombre, pero sólo han conseguido escrutar las pequeñas lomas de roca negra que forman la entrada.

Los norteamericanos ocupan en la zona del canal e incluida en el área oficial de los Estados Unidos, una extensión de terreno de cuatrocientas treinta y seis millas cuadradas, antes pertenecientes a la República de

Panamá, y vendidas en diez millones de dólares.

Esto sería perdonable y siempre que no pase más adelante... ante el esfuerzo humanitario y los veinte millones de dólares gastados por los norteamericanos en la sanidad de Panamá. La fiebre amarilla, que tan cruelmente devastaba estas regiones, ha sido desterrada por completo, y la higiene mantenida en la zona del canal es mucho más severa que la guardada en Nueva York.

Como se recordará, fueron estas epidemias las que obligaron al Gobierno de Francia a abandonar sus propósitos de apertura del Istmo de Panamá, cuyas obras ya había iniciado y sus derechos fueron comprados por el Presidente Roosevelt en cincuenta millones de dólares.

La alta temperatura ha descompuesto la atmósfera y una espantosa tempestad se ha desencadenado a la muerte de la tarde. Los truenos hieren los oídos y los relámpagos la vista, una gruesa lluvia engranuja la superficie del agua, las descargas eléctricas eclipsan el cielo, el horizonte arrebolado hasta hacía poco, está ahora ennegrecido por las tinieblas. Los buques fleteros y pescadores se recogen presurosos; estamos rodeados de anchas, remolcadores y buques de vela.

El crepúsculo ha expirado, todo está envuelto en las sombras de la noche. Un poderoso reflector, que gira en todas direcciones, da un aspecto fantástico a la bahía. Tan pronto espía allá lejos un tren de lanchones rebosantes de mercaderías que se mece furiosamente o acá deja ver una barquilla que amenaza volcarse; ya alumbra durante largos minutos un débil botecillo, cuyo patrón mucho se esfuerza en hacerlo avanzar y que entusiasmado y agradecido bate en alto su sombrero en señal de regocijo; ya el rayo de luz cual inmensa víbora se recoge para dirigirse hacia nosotros, obligándonos a proteger nuestros ojos o se extiende sobre los torbellinos de agua, mostrando acullá un viejo pontón abandonado, que se agita fatigosamente, como implorando perdón al viento cruel que lo azota.

En medio de esta tempestad pasa la noche. Un nuevo día resplandece lleno de sol, el horizonte está emblanquecido, el agua color de esmeraldas tórnase mar adentro en un azul de cielo, las yerbas que cubren las montañas de la costa están plateadas por el rocío

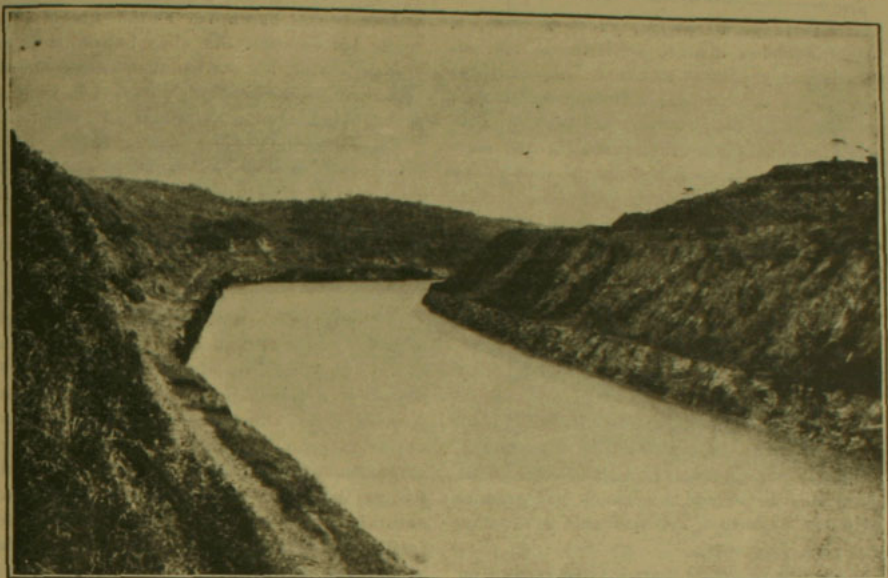
que ilumina el sol de la mañana. El esplendor del día invita a trabajar... Sólo las máquinas del "Palena" no han tenido el reposo suficiente y su movimiento que se inicia es flojo y descompasado. Los ingenieros observan, hacen girar los volantes, aceitan los engranajes, todo está listo, el capitán meditabundo se pasea por la cubierta de proa. Pero el "Palena" parece oponerse a la continuación del viaje, parece no querer acercarse al tumultuoso mar del oriente americano... Es chileno y no quiere hacerse despojar del tesoro que guarda, de esas barras de hierro virgen, chispeantes de oro y cobre, que encierran las entrañas de nuestra patria, y que las industrias chilenas son incapaces de explotar...

Por fin vence la fuerza del ingenio, la marcha se regulariza, giran las hélices y el vapor hiende majestuoso las aguas de la bahía en demanda del canal. Una serie de boyas lacres señala la ruta; la marcha es dificultosa, el rumbo cambia constantemente. Ya llegamos a las rocas de la entrada, un regular estuario en el que flotan balsas, diques, grandes lanchones y remolcadores, aparece ante nuestra vista.

Qué sorpresa nos esperaba! Cuánto movimiento y gentío ocultaban esas oscuras colinas de la entrada. Estamos ante una colosal maestranza al aire libre, ante una verdadera ciudad, en la que cada movimiento tiene un sólo objetivo. Ahí se ve de todo: ferrocarriles, automóviles, carros eléctricos, coches, operarios en motocicletas, jinetes, etc.

A nuestro frente, algo que no se entiende y que llena de estupefacción... Dos muros en talud, que se cierran en un mismo ángulo, conducen a dos puertas de hierro separadas por un macizo de mampostería de unos diez metros de ancho. Cada una encierra un angosto canal de unos veinte metros por unos ciento cincuenta de largo, en cuyo extremo dejan ver otra compuerta con un nivel superior; en ambas orillas corren locomotoras eléctricas con cremallera y de una forma original, que les permite hacer pronunciadas ondulaciones. El centro es coronado por altos y angostos edificios de administración, casuchas suspendidas de guardias y numerosos y ordenados postes de alumbrado.

El vapor, detenido ante una gruesa cadena que precede al canal del lado norte, ha sido unido por cables a seis locomotoras en



El corte de la culebra.

ambos costados, en forma que les permite arrastrar o detener el vapor en cualquier momento. Nosotros, situados en la parte alta de proa, no perdemos detalles, siguiendo con la vista los trajines de una serie de negros, que obedecen diversas ordenes.

La cadena que nos cierra el paso se hunde en el agua paulatinamente; un instante después la puerta de hierro principia a abrirse uniendo el canal al lago en que nos encontramos. Varios pitazos y el ruido particular de las máquinas eléctricas antecede a un arrastre fatigoso del vapor al traves del angosto canal. Estamos en su centro, los cables son retirados de las locomotoras para asegurarlos en estacas especiales; la puerta que ha quedado a nuestra espalda se cierra silenciosamente.

Un ruido sordo en el fondo nos hace observar enormes burbujas de aire que ampollan el agua, la que inicia un rápido elevamiento de nivel; el vapor intenta balancearse, lo que impiden los cables que lo sujetan y que sólo le permiten una ascensión uniforme. Los muros de los costados desaparecen sepultados por las aguas, la puerta de nuestro frente se ha abierto, mostrando la continuación del paso cerrado por una nueva compuerta.

Restablecida la tranquilidad, el vapor es unido a las locomotoras y empieza un nuevo

argastre para pasar a la otra sección de la esclusa; la puerta del centro se cierra y se efectúa la misma operación, nuevamente hemos subido de nivel.

El vapor continúa siendo arrastrado hasta abandonar por completo la esclusa. Entramos en un anejo lago de tanto o mayor movimiento que el estuario anterior; es el Lago la Boca, cuyo litoral ha servido de base a las obras más costosas del Canadá, como el dique y esclusa de Sosa, que acabamos de pasar, la esclusa Pedro Miguel y los cortes de Culebra, Empire, Las Cascadas y Bas Obispo.

En tierra se divisa la misma actividad. Las vías férreas se extienden interminables. El vapor avanza y hétenos frente a un gran muelle de hierro ya desmantelado, a cuya espalda se ven extensos edificios de dos pisos, de sistemas sencillos, rodeados de una infinidad de casitas iguales, remontadas sobre jardines, que se extienden hasta las cimas de las montañas que encierran la ciudad de Panamá; son las oficinas generales y las residencias de los operarios.

El lado norte es poco activo; nótanse sólo pequeñas casuchas, que han guardado aparatos topográficos, algunas habitaciones ordinarias de operarios y material rodante abandonado.

El lago se reduce poco a poco, las lomas del

lado norte ya se alejan, ya se acercan, el agua detenida aparece cubierta de malezas marítimas y plantas acuáticas. Algunas islas que dejan ver aislados matorrales obstruyen el paso, obligando al vapor a culebrar dificultosamente siguiendo las señales que marcan la ruta. Estamos delante de una nueva esclusa; es Pedro Miguel, que pronto salvamos para entrar en el primer corte, hecho en un valle poco extenso, cubierto de yerbas y arbustos salvajes y cuyo ancho variará entre cincuenta y ochenta metros.

Las aguas verdosas del océano desaparecen tras el surco de blanca espumaraja que estela el "Palena"; ahora hiende una turbia y espesa, color terroso. El panorama sólo varía al oriente, donde se ve espaldado por altas montañas oscuras, al sur el mismo movimiento, el lado norte cercado por bajas lomas áridas coronadas de cuando en cuando por grandes peñascos negruzcos, que han sido aprovechados para fijar cotas.

No creemos ver más atractivos, cuando un emocionante espectáculo nos sorprende. Una colosal armadura de hierro de unos veinticinco metros de altura aparece en la orilla medio tumbada hacia el Atlántico, es una grúa, dicen los entendidos. Y en realidad parece haber sido una gran grúa giratoria destinada a muchos objetos, cuyo eje central, compuesto de vigas armadas, ha cedido, tiene largos brazos que nacen de su base y otros con su origen en la parte superior; unos descansan apoyados en el cuerpo central y otros cuan largos son, sobre el verde follaje semejantes a cuerpos sin vida; sus pinturas están encarrujadas y descoloridas por las tempestades. Pero el todo nos da a comprender que estamos ante una máquina maravillosa, que ha tenido importantísima aplicación. Continuamos avanzando entre largos pitazos que deja oír el vapor, obedeciendo a letreros de la orilla. El canal se interna entre cordones de cerros más espesos y desiertos. Hétenos frente a los cerros de Culebra, en cuyo alrededor descansan algunas grúas rodeadas de redes de vagonetas, rastros de recientes trabajos. Culebra, famoso por sus frecuentes derrumbes es de contextura no homogénea, como podemos apreciar, su composición interna se ve en los cortes sembrada de manchas blancas. Su altura es de trescientos treinta pies sobre el nivel del mar y ha sido cortado en una profundidad de ciento sesenta.

Estos datos hacen ver claramente el objeto de las esclusas. Sin ellas habría sido necesario cortar los cerros de Culebra en sus trescientos treinta pies, más cuarenta y cinco, profundidad mínima del canal.

El sistema de esclusa está aplicado en los principales canales del mundo, como el de Suez y el de Kiel y sus diferencias con el de Panamá consisten en que en aquellos los vapores se mueven por sí solos dentro de las esclusas y en éste son arrastrados por fuerzas extrañas.

Culebra queda a nuestra espalda; por ambos costados nos encierran altos cerros, son: Empire, Las Cascadas, nombre proveniente de abundantes caídas de agua por cuyo frente pasamos y Bas Obispo, que abandonamos para entrar al gran Lago Gatún. Este lago, cuya extensión ocupa alrededor de veinticinco millas del largo del canal, por sus condiciones naturales no ha sido necesario dragarlo para facilitar la cabida de vapores de cualquier calado. Constituye la zona más abundante en vegetación; durante toda la tarde lo navegamos entre islas, siempre desiertas, vestidas de matorrales espesos; las riberas, cuando se divisan, aparecen verdeadas por abundante follaje.

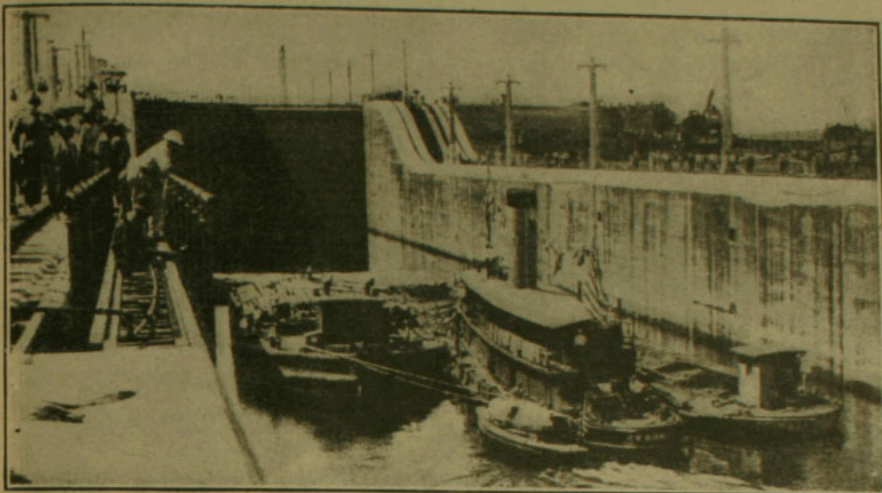
Nos ha sorprendido la noche a la terminación del lago, frente a la esclusa de Gatún, que se presenta iluminada semejando una feria de Pascua. Completan el espectáculo las numerosas luces lacres de las boyas que flotan suavemente, agitadas por la brisa.

Impedido para salvar la esclusa, El Palena echa anclas en un costado para pasar la noche.

Los que conocen la base científica de las boyas luminosas automáticas, importadas por los ingenieros norte-americanos en el Canal de Panamá, se han preocupado en observar su curioso funcionamiento.

A base de acetileno, los faros de estas boyas son encendidos por obra del sol. Una placa de platino servida por una pila eléctrica, mantiene siempre encendido un pequeño escape de gas; al llegar la noche, una varilla metálica, que ha estado dilatada por los calores del día, se contrae abriendo una válvula y dejando pasar el gas que este escape enciende. Al contrario, al romper el día los rayos solares dilatan la varilla, obstruyendo la pasada del gas y por lo tanto, apagando el faro.

Esta ingeniosa boya, no empleada antes en



Una de las compuertas.

parte alguna del mundo, está complementada por otro aparato, que también, por medio del calor solar combinado con la electricidad, determina destellos intermitentes en el foco de luz.

Es así como hemos observado encendidas primero las boyas sombreadas y más cercanas a las islas pantanosas, que las que flotan en medio del lago y que reciben hasta los últimos estertores del sol que muere.

La noche transcurre envuelta en una densa neblina, entre un silencio lúgubre, que denota la naturaleza muda y desierta que nos rodea.

A las 7 de la mañana el vapor parte con rumbo a la esclusa de Gatún.

Esta esclusa, localizada a siete millas del puerto de Colón, es la más extensa de las del Canal; tiene una y media milla de largo, dividida en tres secciones, las que hacen descender el vapor en una altura de ochenta y

cinco pies. Presenta un aspecto con semejanza a las anteriores, más elegante e imponente, pero la salvamos con los mismos trajines.

A la media hora de navegación por un angosto canal que ha seguido a Gatún, entramos a la bahía de Colón y a los veinte minutos, el "Palena" echa ancla al costado de uno de los muelles del puerto.

La longitud total del Canal de Panamá, de costa a costa, es de cuarenta y una y media millas, pero la extensión dragada mar adentro en ambos lados es de cuatro y media millas en cada uno, de manera que la longitud trabajada asciende a cerca de cincuenta millas. Su ancho varía entre mil y trescientos pies, siendo el mínimo este último. El costo hasta el presente asciende, incluyendo obras de sanidad, a trescientos setenta y cinco millones de dólares y después de atravesarlo se queda con la convicción de que aún no es suficiente...





ENCANTAMIENTO

Por _____
MIGUEL LUIS ROCUANT

R. MATTE DE ISUIEZ.—Enchantement.
MUSEO DE BELLAS ARTES

Al ver este desnudo tan fino y leve, desearía no salir de su línea, recluirme en su candor, seguir, hasta su desvanecerse, la sonrisa que va por sus pulidos y suaves relieves. ¿A qué apartarse del dibujo, del modelado juvenil? ¿A qué indagar si la idea esculpida es bella y si ha o no correspondido a su carácter la interpretación que la escultora ha melodizado en la piedra? El lineamiento de la imagen debería bastarme para la delectación sensitiva de percibir la frescura del cuerpo risueño, pues su unidad domina de tal modo que, ante ella, los pormenores, aun los más expresivos, desaparecen. Sí, ninguno desvía, atrayendo la vista con un valor prominente, el equilibrio de los volúmenes inclinados, y ninguno impide que me dé, antes que a su vida incidental, al conjunto, a la fluidez con que las sinuosidades corporales trézan y destrézan, en la inmovilidad de la espera, sus divagaciones ora blancas ora sombrías.

Mas, agotado el discurrir de la línea, el deseo de no pasar el linde de la piedra, de no extraviarse en lo especulativo formal, se disipa. El movimiento de la joven, su atisbo, me lleva al más allá de lo escultórico. La figura no es ya un simple tema de modelado juvenil: adquiere, por su equilibrio cauteloso, individualidad y carácter. Asida con la mano izquierda a rudo tronco de árbol y apoyada la derecha en el borde de su asiento de rocas, se inclina, suelta la cabellera, sobre el abismo del mar. Su faz sonríe. ¿Qué espera de la ola que sube? ¿de la espuma que rumorea? Su imagen es tan sugestiva que, aun después de embotadas en mí, por su continuidad, las sensaciones de albor, sigo viéndola, bajo la luz de este día frío y opaco, nívea y risueña, pero no ya en su corporalidad concreta, sino en el dibujo de su atisbo, en el diseño de su actitud. Se diría que va por ella una visible transfusión de valores artísticos en morales, que la línea se convierte en alegría y la blancura en esperanza.

La idealidad de este aspecto la define en la belleza que tuvo cuando era, en la mente de la artista, imagen risueña y pálida, en su belleza preescultórica. Su lineamiento va como luz fluida, perdiéndose aquí

o apareciendo allá, según las necesidades del modelado. Y como desde el deleite que sentí la primera vez que me acerqué a ella, al de suponerla en su translucidez originaria a fin de admirar cómo lo que es aquí en la escultura, piedra, fué allá, en el espíritu creador, ensueño, he aguzado mis medios perceptivos, me doy a la dulzura de estimar, hasta en sus mejores detalles, la juvenilidad de sus formas. Es un instante níveo. En él me detengo indeciso o aborto hasta que la insaciabilidad de mi espíritu que llega, frente a lo bello, a las delicias martirizadoras, me impele a pensar, y me pregunto: ¿Qué determinó en la mente de la escultora la línea de la imagen? ¿De qué medio se valió su pupila para no perderse en el cálculo de los valores casi aritméticos que rigen, dentro del equilibrio de la actitud, la variedad de los contornos volubles? ¿Bajo la luz de qué ensueño pudo vestirla de tal castidad que la veo animada de tantas venas de azul y de ninguna de fuego?

* * *

El punto inicial de una obra se pierde en el misterio de saber qué lo precisó en la sensibilidad del artista; el algo que sólo después, cuando ha pasado por la conciencia sabemos ser una afinidad emotiva, un recuerdo, o una revelación súbita. Discurrir sobre él, es un principio de análisis que ayuda a ver la obra, a definirla, pues mientras más cerca estemos del origen que le supongamos, más clara se presentará a nuestros ojos. Esto, naturalmente, cuando ella se presta, por sutil o abstrusa, a las más diversas interpretaciones, no cuando evoca una idea o imagen inconfundible. Así, esta escultura, puede ser, antes que nada, el recuerdo de una leyenda. Al ver el pensativo acecho en que la joven se inclina y la helinidad de su desnudez, nadie dejará de pensar en la ninfa enamorada de Narciso, en Eco. Las piedras del asiento y el tronco del árbol de que está asida, contribuyen también a recordar el mito. Sola y atenta al repercutir de su voz, en que oía la lejana respuesta del amado, Eco vivía en el silencio de las espesuras, a orillas del Cefiso, aromatizado por

los mirtos que sobre él esparcían, en sus juegos, las Gracias. Vivía absorta en el recuerdo de la voz querida. Su amor no la hizo correr tras el esquivo adolescente que la desdénó; la detuvo, consumida por delicioso fuego, en la soledad, donde según el verso de Ovidio, vive y vivirá, pues, invisible para los ojos mortales, alienta aún, haciendo resonar su voz en el fondo del valle o en los meandros de la ribera. Por eso cada vez que ha sido evocada por la luz o la piedra, ha surgido en actitud de escucharse, y, tal como en esta figura, al borde del agua, entre las peñas o bajo los árboles. Ha sido la virgen tímida que busca, para soñar con su amor, el retiro de la selva, no la que, al decir de los alegres actores del carro de Téspias, corrió tras el amante, enloquecida y descabellada como una ménade en el vértigo de las festividades báquicas.

La actitud de la niña induce, pues, el recuerdo de la leyenda recogida por el poeta latino; pero los versos franceses que inscritos en cartel tiene la base de la piedra dicen que el origen de la obra está en un poema. La joven, dominada ora por la alegría, ora por el dolor, cree oír en la tarde, a orillas del mar, una voz: es su corazón. Este sentir la desdiviniza. Ya no es una entidad mítica, sino un ser que siente como sentimientos. Y el motivo de su actitud,—la voz que venida de lo íntimo es, para el que sueña, la del viento o de la ola,—resulta así tan humano que lo recuerdo ser uno de los temas cantados con más dulzura por las lenguas líricas de hoy. ¿A qué decir uno por uno los modos de interpretarlo que han tenido los poetas menores? Baste, para la reminiscencia comparativa, saber cómo lo vieron los grandes. Si para el autor de los versos inscritos en el cartel, lo sentido en la voz de la ola es la palabra del corazón, para el más fino de los artífices verbales, para Heredia, es la voz de la amada. Un día el poeta recogió de la arena un caracol y, al acercarlo a su oído, su murmullo le recordó una voz extinguida para siempre. La voz sube leve, blanda, pero insistente, y llena del delicioso pavor de lo que reanima las emociones muertas. El enamorado la siente resonar suave como el rumor de la marea en la quietud de un antro ribereño. Su curiosidad la eschecha, pero no sigue sus ecos, como el inspirado que, en un minuto de translucidez interior, oyó en sí, en vez de la voz del recuerdo, la palabra del espíritu. Shelley peregrinaba, por la soledad, tras el misterio de su propio vivir. Rendido, se duerme. En su reposo, alguien le habla, ¿quién? una voz íntima. ¿Decía la tibieza de la esperanza? Cantaba. Su melodía, leve como la sonrisa del aire que se une a la sonrisa del agua, mantenía suspenso en la trama de sus matices cambiantes, su sentido. ¿Era la nereida de la ola, la ninfa de la selva? Era su alma. Al salir de la quietud, al despertar, el poeta siguió su camino. ¿Dónde oiría de nuevo la

voz que lo arrulló con delicado acento? Vagó, vagó. Mas nunca, ni en el instante de dar la vida a la tierra, volvió a sentir la delicadeza de la música escuchada en el silencio de sí mismo, en la paz de las ideas. Esa voz, desvanecida para Shelley, volvió a sonar para Lee-Hamilton. No fué ya la voz de la amada, ni la del espíritu, sino la de un mundo lejano. Pues si en el zumbido de la amonita alguien oye el de las olas de distante mar ilusorio, yo, suspira el bardo, en ese murmullo que es el de la sangre, siento el rumor de un mundo que está en el más allá de la vida. Su existencia es imaginaria, pero su voz llega a mí y me amedrenta con su clamor. ¿Cómo librarme de su acento de abismo? Sé que lo sugiere por ella es tan irreal como el mar evocado por el caracol, pero, aun convencido de su inanidad, tiendo en actitud de ruego mis manos temblorosas a su nada. Su misterio me atrae; me doy a él como a un encanto que me aduerme, pues situado entre un resto de lo pretérito y un indicio de lo futuro, sueño arrullado por sus voces. Mas, ¿a qué, pues, si no revelan nada del origen, ni del fin de la vida, el eco que nos da la amonita y el balbuceo de promesas que nos da el corazón? El poeta se detiene, medita y sonríe persuadido de que ellos, vengan de donde vinieren, han de serle sagrados, puesto que lo despertaron al ensueño y a la esperanza. Al estimarlos así se convierten en voces angurales. No son ya indefinida supervivencia de las brisas y los mares perdidos, ni recuerdo de los episodios de nuestro sentir, de las ternuras, de los amores, sino la claridad que deja ver el encendido, pero siempre risueño fondo de la vida y las cosas.

★ ★

¿A qué seguir? La línea de la imagen me une a la melodía del relieve, de la curva que se deslíe en la que, a su vez, se disuelve en otra. Al ligarme a su fugacidad, siento que uno de mis nunca saciados instintos de sensitivo halla en el desnudo lo que ha perseguido desde no sabría decir qué minuto de mi existencia. ¿Es uno de los sutiles y deliciosos instantes que acaso vivieron mis antepasados en el seno de la leyenda, junto a las desnudeces divinas, el que ha podido llegar a mí para enaltecerme con un comienzo de sensibilidad helénica, de algo que frente a la belleza de estos lineamientos corporales se remueve en mí como la melancólica supervivencia de un placer que no será ya, nunca más, en la tierra? ¿Es alguna de las primitivas inquietudes de la vida, de esas que, en la agudez visionaria de ciertos estados psíquicos, he percibido al pasar por mí en su ascender hacia la alegría o la blancura soñada por ellas en la inmovilidad de la sombra originaria? ¿De dónde ha podido venir la no presentida inflorescencia que abre

en mí sus cálidos de ensueños frente a las inflexiones modeladoras?

Sea lo que fuere, esta inefable inquietud me purifica, y bajo su estímulo, la luz que se desliza por los pulidos contornos de la piedra es, para mí, algo a modo de la vida que va por la nieve de una flor. Sí, es ella la que al desenvolverse, logra que la piedra sonría y sueñe como si estuviera en un punto mismo en que las energías generadoras de una ilusión de desnudo se delinean en fondo de esperanza, y, enardecidas, se objetivan en el sentimiento de los relieves corpóreos. Ante la ufanía de su deslizarse, vibro y pienso. La actitud de la figura me impregna de su intento, me inclino hacia lo ignorado. ¿Qué surgirá del misterio marino? ¿Qué dirá la ola? ¿qué la espuma? ¿Saben ellas, que vienen de lo infinito, adónde va la vida que recibí también de una ansiedad suprema? Inclinado con la misma avidez de la joven, aguardo. ¡Oh, la dulzura de la expectación melodiosa! En ella, prolongada con el pensamiento de gustar hasta su más leve incidencia, juego con los valores morales que quiero suponer despiertos en la mente de la niña, y enlazados en equilibrio coherente con su actitud. ¿Cuál de ellos excitaré para que decida con su acrecer el carácter del momento psíquico? ¿La alegría? ¿la esperanza? ¿el temor? Divago. Mas, impelido por la necesidad de libertarme de lo que me incita a decurrir, avivo, primero, la alegría, y la joven sonríe en un principio de triunfo sobre sus dudas; después, la esperanza y las blancuras se transparentan; por último, el temor, y, obscurecida, la piedra se hace medrosa. Extinguido el estímulo psíquico de la expectación, vuelvo al desnudo, y me enervo al ir, al deslizarme por el alisamiento de sus relieves. La más sutil de mis fibras digitales, la que acaso fué insensible a la pulpa jazmínea, se aguza y adquiere la perspicuidad sensitiva de las antenas papilarias cuando se confunden, ávidas, en el presentimiento de los roces nupciales. Mis dedos, mis manos ansían, y leves en el desenvolverse de su anhelo, que será caricia, se posan, ilusoriamente, en la dormida luz que modela las ondas de los cabellos, en la claridad de las redondeces rotulianas, en las líneas inguinales, finas y penumbrosas; y así, de translucidez en opacidad, recojen tal suma de delicias que las sienta alborotar en la alegría de sus sensaciones casi místicas por lo puras, melodiosas y blancas.

★ ★

La agudez de estas volubilidades sensitivas me dispone para el análisis de la figura. La veo más leve y delicada que antes, y advierto que, sea cual fuere su origen,—reminiscencia legendaria, o visión sugerida por los versos de que hablé,—su vida está, antes que en nada, en la actitud. Y es lo que debía ser. Si el más indeciso momento psíqui-

co es fisiológico, si aun escondido por el velo clásico o la vestidura moderna, el lineamiento corporal puede revelar los más sutiles estados emocionales, si el alma es, en escultura, forma, el principio volitivo que decidió el movimiento de la joven,—esperanza o deseo,—tenía que convertirse en actitud. Al interpretarla, la escultora habría procedido justificadamente si, para avivar lo característico, hubiese dejado sin concluir algunos puntos, abocetados los extremos de la ngura; pero no lo hizo, trató, al revés, de cincelarlos con la finura propia de los mármoles que valen menos por la idea evocada que por sus méritos exclusivamente escultóricos. Quiso mostrar, de acuerdo con los principios de la escultura griega, más que con el procedimiento de algunos artistas de hoy, que el deseo generador de la actitud de la niña está además de en su gesto, en toda ella. Si no, ¿cómo explicarse lo concluido la casi minuciosa factura de los pies, de las manos, de los pechos? La delicadeza del dibujo, que indica en los detalles el paso de la voluntad hacia un sólo fin, es aquí algo vivo. En no pocas figuras esculpidas las manos son simples apuntes, indicaciones de segundo término, donde se borra todo lo individual y característico. Estas no; son inconfundibles y se relacionan íntimamente, por su esfuerzo, con el instante moral esculpido en el mármol, con la espera entre dolorosa y risueña. Sin insistir excesivamente en la textura de los tejidos, sin absorberse en minucias anatómicas, sin empequeñecer la belleza del conjunto con el atractivo de un pormenor elevado a la categoría de rasgo esencial, la escultora ha conseguido que las manos participen de la vida; que esperen, que se apoyen anhelantes, que sufran. Son manos vivas, tanto la derecha, recogida en la flexión con que se afirma en el borde de una roca para sostener el busto inclinado, como la izquierda, que asida al tronco de un árbol, se alarga, tendidos los nervios, y realzada, por el estiramiento de la piel, la nudosidad de las falanges. Son manos flexibles y alertas, por donde se ve circular, con luz de alegría casi medrosa, la ansiedad que va por el espíritu de la joven, que la doblega en la esperanza de oír la palabra marina.

Y como las manos, los pechos. La agudez sensitiva del pulgar que los modeló debe de ser mucha cuando los ha hecho caer con tal laxitud que sienta su pesadez y su blandura. Es el triunfo de la vida. En la mayor parte de las figuras virginales desnudas los pechos están interpretados con no bien escondido temor a la verdad. En su afán de idealizarlos, el artista los ha definido no sólo inertes, en el sueño de la savia, sino en la ausencia de todo rasgo indicador de su verdadero carácter. Más que los vivos y reales, parecen evocar los que resultarían si, prestando de toda sensación inmediata, abandonásemos su relieve inocente para atender al ritmo de su dibujo, a su plasticidad

abstracta. Estos no. Y no podía ser de otra manera, no sólo porque así lo pide la posición del cuerpo que, inclinado, los deja caer en curva leve y blanda, sino porque la joven está en un instante de ansiedad gozosa, en el despertar de las oscuras promesas de la carne. El instinto la impele, velada de candor, a la pregunta risueña. Si la joven no se definiese así, sus pechos podrían tener la casi inmaterialidad de los que vemos en las figuras representativas de ideas y ensueños; pero como su instante vital es el que arde con el fuego de la tierra, la escultora estuvo en lo estricto al modelarlos en la plenitud de su morbidez pletórica de zumos. Ella sabe que lo esencial de los seres y las cosas, la vida, está por sobre la belleza de los perfiles; y sabe también que acusar al artista por seducirnos con la verdad animal del desnudo es condenar al pintor que nos halaga con la madurez jugosa de una fruta. El intérprete de lo bello efectivo ha de transportar a su obra la imagen de lo que ve, de lo que esté allí, de lo que sienta animarse bajo su aliento. Al definir los pechos virgíneos, al darlos en toda su ternura y candor, la escultora hizo obra sana. Si son bellos los aún no henchidos por la nubilidad, los que surgen de penumbra que apenas los realza, también lo son, y más que esos, a veces fríos y exangües, los que latén anhelosos, los que tienen en su nivel una sonrisa, y en sus obscuridades un misterio. La pupila que guste de ir por todo contorno suave, deseosa de agotarse en fina y pura delectación sensitiva, podrá divagar por el que define los pechos de esta niña, hasta embriagarse en la dulzura con que ellos se modelan melodiosamente, avivados por el predominio de la luz sobre la sombra.

El mismo respeto por la verdad que guió a la escultora en el modelado de las manos y de los pechos, la dirigió en el modo de tratar la cabellera de la joven. No ignoraba ella que recurrir a los minuciosos medios de la pintura para dar intensidad expresiva a lo que se esculpe, es pobreza, pues si la medida disposición de los planos luminosos es simple y seguro modo de avivar una escultura, no lo es acudir a las sutilezas con que el dibujo trata en el lienzo los pormenores de lo que define. Así los cabellos han de ser interpretados en la piedra sin la liviandad de los que transcribe el pincel, han de ser esculpidos en sus planos principales, en los distintos grados de su aspecto general. Aligerar excesivamente sus sinuosidades es desnaturalizar el medio de expresión, es prescindir de la piedra, de su peso específico. El que esculpe ha de buscar no la verdad, sino la verdad escultórica. Al cincelar la cabellera de esta niña, la escultora se preocupó menos de reproducir la ligereza del pelo, que de modelar sus ondas, destrenzadas y sueltas. Más de alguien advertirá que ellas caen tal vez demasiado pesadamente, que parecen estar, por lo compactas, húmedas, lo que induce a pensar en una ninfa recién sa-

lida del agua; pero si atendemos a lo dicho sobre lo justo de la interpretación que han recibido, a ella y no a humedad se atribuirá el que estén así caídos en el simple desenlazamiento de sus planos. Desde la sedena y amplia torsión que parte del lado izquierdo de la cabeza, su descender continúa el gesto con que la niña debió desviarlas al inclinarse para oír la palabra de la ola; es un no interrumpido plegarse y desplegar de ondulaciones claras y sombrías.

A la vida con que están modelados las manos y los pechos, une la joven la de su faz, delicada y sonriente. Es ella, sin duda, casi vulgar, sin nada que evidencie un pensamiento superior a lo común, ni rasgo que la filie dentro de las caras-tipos, de las que parecen sintetizar el espíritu de una raza o el carácter de una época. Pero si, vista en su perfil inerte, sin el gesto que la anima, su faz carece de lo que pudiera tomarse por signo especial de belleza, ¡cuán distinta la veo en la ansiedad con que espera la palabra de la ola, la voz del misterio armonioso, del mar! Lo inexpresivo despierta, sigue un fin, revela un estado de ánimo; sonríe, sueña. Es el poder de la vida. A su paso, el gesto corrige la fación; lo inerte sufre, anhela... Es algo que va leve pero irresistiblemente por la figura toda, anima el desenvolvimiento de sus relieves virginales y la inclina en espera de lo desconocido risueño, de lo ignorado gozoso. La joven, así impelida, y sin nada que la individualice como tipo, ni la sitúe en visible punto de la historia, está, para mí, en el límite preciso en que un soplo de misterio la levanta de la materia. Su actitud de tímida espera tiene el estremecimiento, la duda blanca del pétalo de lirio que se siente movido por el viento, próximo a caer... ¿Qué la induce a inquirir en el abismo? ¿La esperanza, el amor?

★ ★

La vida. ¿Pero cuál? La joven no lo sabe. La chispa que viene sobre la curva de la ola y se apaga en el bullicio de la espuma, le dirá que la vida es algo encendido y fugaz de que es preciso absorber brío y ensueños y alegría. Y la niña la escuchará, pues el instinto que la dirige está ávido de toda revelación que lo avive, que lo estimele. La más leve frase de la ola será una idea, y por ella, la joven sabrá que no debe huir de lo que la circueye; que no por venir la ola des- envolviendo una línea individual, lo hace desligada de los vientos natales, lejos de las otras olas, de las que avanzan en leves ondulaciones unánimes. Sí, sabrá que no necesita concentrarse en lo íntimo, romper con lo que invisiblemente la une a las ideologías o querer, o a las cosas, pues cortar uno a uno los hilos que la ligen a lo que está fuera de ella, sería reducirse a la inmovilidad, volver a la quietud de lo inerte, prescindir de lo más digno, de lo más puro, de la vida expansiva, de lo que o no es nada o es

el aroma de las energías, que vienen de la tierra, suben por la sangre y florecen en el alma. Y apenas impregnada de este sentir sobre lo inútil del aislamiento, oírás cómo tampoco necesita entregarse al más allá de la línea que señala el confin de lo visible, difundir en lo ilusorio lo inmediato y real, pues ello sería perderse en lo desconocido, dejarse dominar por los sueños heredados. Así llegará a penetrarse de que, influida por un pensamiento, por la supervivencia emotiva de la fé, o por lo que sea, puede encenderse y arder por un instante sin consumirse; pero que si uno de sus estados de beatitud, de amor, o de gracia, se prolonga indefinidamente, la energía que la mantiene eréctil y victoriosa, caerá con las cenizas de sus ardores psíquicos. La ola le hablará, pues, de la vida que conoce, del soplo verde azul. Para ella no hay nada sino la luz y el viento, nada sino la alegría de la tierra. ¿A qué la sutilísima pertinacia con que se ha luchado por evidenciar en las cosas las energías del espíritu? ¿No está definida y clara la inutilidad de tal intento? ¿Hay algo superior a lo efectivo, a la belleza de lo que vale por sí mismo, con exclusión de lo que pueda sugerir o representar? Si allá, perdido en lo casi legendario y después, hubo quién se esforzó por visibilizar en las líneas y matices de los aspectos naturales las fuerzas que suponía descender de lo celeste, si anheló desleír lo divino en la naturaleza, él sabría por qué, como lo sabría el otro, el que insistió o ha insistido en lo contrario, el que, en vez de materializar el espíritu, ha ido extrayendo uno a uno los elementos morales de lo que se definía a sus ojos vivo y concreto, para convertirlos en la atmósfera requerida por sus ideas, o aspiraciones. El brío del uno valió el brío del otro. Subir por la línea de una brizna hasta lo divino o descender de lo divino a la línea de la brizna, han sido movimientos alternos en que el hombre ha gastado el exceso de su potencia creadora. Mas como él es el resultado de lo que ve, como el rumbo de un perfil es la orientación de un ensueño y el matiz de una cosa, el tono de una emoción, sus ideas sobre el mundo han sido, en el fondo, tan inútiles como bellas: una simple resonancia de lo admirado bajo luz risueña o triste.

Así, ¿qué, si no esto, podría decir a la joven la ola? ¿Qué sino hablarle de cómo la vida, generada tal vez por un leve y fortuito roce de los poderes y las fuerzas perdidas en lo eterno, ha de mantener, al trayés de sus más desconsoladores episodios, la alegría de su origen nupcial? Sí, y le dirá que la vida, tal como ha de entenderla ella, la entendieron ya los helenos, pues si hubo días en que la tierra vagó por lo infinito ebria de placidez, fueron los días en que circuló tanta divinidad por el hombre, como por la planta y el animal, los días griegos. La vida que ellos apuraron en el culto de la luz serena, es la que ha de discurrir, fluido celeste,—por la ti-

mida y desnuda carne de la joven. Ella será un soplo aventador de lo que luche por desviarla de su fin terreno,—las ideas transcendentales, las aspiraciones místicas—de todo lo que debe ser dispersado como ceniza de vanas combustiones teológicas. A la suave caricia de ese aliento, no habrá para la sensibilidad moral de la niña más belleza en el orden de las cosas que la menor o mayor capacidad que ellas tengan de producir placer. Lo negativo, las disonancias del dolor, no serán para ella sino los silencios del melódico poema de la vida, las penumbras intensificadoras de sus manchas risueñas y claras. Dirigida por este sentir, su alegría será virtud. Y leve, y casi translúcida por la ausencia de los temores que se remueven en el fondo de las creencias sagradas irá por la vida, como una luz transfigurativa de lo que vea, como un principio de albor matutino que se deslizara por el haz de las cosas, esclareciendo sus líneas, colores y formas.

★ ★

¿Siente la niña el decir de la ola? Si, por eso sonríe y se define de modo que armoniza con la palabra del mar. Y es tan definido su lineamiento, que se desenvuelve sin una sola incidencia dispersiva de su avance risueño. Su unidad, es el fin a que tienden sus esfuerzos, pues del estiramiento inflexivo del pie izquierdo y de la presión de la mano derecha, parte un principio de voluntad que decide el movimiento, el atisbo dichoso. Bastaría que un punto cualquiera del cuerpo se definiese no influido por el paso de esa onda volitiva, para que la unidad del lineamiento se perdiese y la imagen apareciera, escultóricamente, dislocada. Para conseguir esa unidad, la artista dirigió el sucesivo disolverse de un relieve en otro, a un solo punto, a la sonrisa, y todo de manera que ninguna de las sinuosidades se muestre inadherida al intento por revelar, o sea desligada de la corriente de vida que pasa por ellas para florecer en los labios. En algunas obras, esta unidad no se ve de modo preciso: la actitud es algo fugitiva, minuto de un movimiento que se desenvuelve unido a lo anterior y a lo posterior de su aspecto escultórico; algo que no se puede percibir en sí mismo, en sus líneas fijas, actuales, sino en la continuidad de su acción. La falta de un punto que inmovilice lo que huye es causa de que las figuras se diseñen en lineamiento vago, que sus perfiles se pierdan, por un lado, en lo pretérito, y, por otro, en lo futuro de su actitud.

La línea de esta joven es definida y clara. No necesito recurrir a ningún convencionalismo artístico para verla desenvolverse fina y perceptiblemente, sin nada que entorpezca la sucesividad de sus principios de acción, esos que venidos de aquí y allí, de los centros de apoyo,—del pie, de la

mano,—suben por las piernas, llegan al torso, se inclinan en la espalda y se detienen por fin en la sonrisa, en los labios, punto en que el melodizado esfuerzo de los músculos se convierte en alma.

Al seguir esta línea, al agotar el desvanecimiento con que las sinuosidades pulidas se pierden en las partes oscuras de la piedra, veo descender por sus relieves una luz tan suave como la que debió de ir por el torso de la niña cuando se inclinó sobre el abismo pálida y desnuda. La fluidez con que esa luz se desliza por el contorno del cuerpo juvenil, contribuyendo, más que nada, a definir su atisbo, a precisar el dibujo de su acción, es para mí una delicia visual, algo que sentiré indefinidamente, pues cuanto hay de sutil y de gracioso, ella lo insinúa, y cuanto de melódico y níveo, ella lo resume. A su paso, el movimiento de la niña, su ace-

cho adquiere, poco a poco, una belleza transcendente. Impelido por ella, entro a lo posible, a lo ilusorio, mas temeroso de disolverme en vaguedades, vuelvo, un instante aún, mis ojos a la piedra. La sonrisa, que en las esculturas helénicas es reticencia, y en las cristianas ensueño celeste, es en ella vida. Bajo la alegría de su florecer, el enlace de los valores luminosos del desnudo,—los pulimentos, los alboreos,—se disipan, mueren; ella es el punto mímico en que se reunen, trémulas, las ansiedades y las esperanzas de la niña. Me detengo, pues, en su levedad; hay en mí silencio y quietud. Mas, de pronto, atraído por la juvenilidad de la línea, que va más allá del dibujo, de las sombras pudorosas y de la luz y del candor, me enciendo y sueño como una de las pálidas llamas vitales que arden en las rodillas, en los pechos y en los hombros del cuerpo nevado...



EL PAIS DE LA EGLOGA

Por

Melchor de Almagro San Martín

Con ilustraciones fotográficas

Tiene el alma humana muchos registros. A pesar de ser simple, como dicen los escolásticos, es su símpieza muy complicada: instintos, sensaciones, pasiones, ideas adquiridas, ideas innatas... Lo que las ciencias filosóficas y experimentales van descubriendo tras penosos titubeos y esfuerzos, encuéntralo, en gran parte, la poesía, de golpe y porrazo, no por milagrería de santos, sino por intuición, que es una especie de milagro constante. La poesía supo dar suelta a esos pájaros que anidan en el alma. Unos subieron hasta el Sol, hasta Dios, hasta el Cielo, y fueron pájaros líricos. Al tornar a la tierra trajeron en el pico ansia de ideales; otros buscaron la alegría sencilla de la vida aquella que hace consistir la felicidad en ser humildes y apacibles; estos pájaros volaron a ras del suelo y aportaron

la paz campesina de la égloga. La literatura se aplicó al paisaje. Hay algunos que vemos siempre en lírico: el Rhin desde Maguncia a Colonia, por ejemplo. Las roquedas gigantescas, pedestal ingente de castillos medievales que se reflejan en el agua del río, los árboles fieros que el aire desmelenan, las tradiciones de amores y muertes trágicas que llenan sus riberas, son motivo para la poesía de alto coturno.

En cambio, Suiza pide la égloga, la poesía bucólica, la flauta y el caramilo.

Por donde resulta que, o bien aquellos paisajes engendraron un género literario que les venía a la medida, o bien los autores geniales, al clasificarlos poéticamente, nos les impusieron ya determinados. Después de Víctor Hugo o de Goethe y de Heine, el Rhin tenía que ser un río lírico



Un paisaje cerca de Rosculani

Wagner acabó de dramatizarle con ninfas, enanos, dragones y valquirias. ¿Quién será el osado en adelante que no vea en el Rhin a Sigifredo persiguiendo al anillo de oro? ¿Quién se atreverá a mirar a las alegres hosteleras renanas, de rollizas carnes, mantecosas, sin suponer un casco alado sobre sus crenchas? ¿Existirá algún impertinente que en las proximidades del río azul saboree las coles agrias y la salchicha de Francfort? Y, sin embargo, esas salchichas son muy ricas; pero no son líricas. De ellas no hablaron Víctor Hugo ni Goethe. Ningún burgués que se respete hablará

de ellas a su familia en las cartas que escribe desde aquellos parajes alemanes; pero sí de la Loreley, de Brunilda y otras entelegúas. Y ved lo que son las cosas: Brunilda, Fagner, la Loreley no han existido ni existirán nunca; en cambio las salchichas existen; sin embargo, aquéllas tienen más realidad que éstas para el turista.

Suiza es el país de la égloga. En diciendo Suiza, imaginamos una sarta de pastorcillos unidos por las manos que entonan un coro. En la orquesta debe sonar la flauta y callar los clarines.

Las montañas de Suiza son grandiosas. Sus lagos espejan el azul del cielo con tal pureza, que el agua parece cosa irreal, los bosques de abetos forman ejércitos disciplinados, que trepan por la montaña en rigurosa formación. Hay cumbres nevadas, ventisqueros, cisnes, aldeanas de ojos azules, cabras monteses, alguno que otro oso domestica-



Un bosque de las inmediaciones de Berna

do, y muchos osos tallados en madera, que simbolizan el escudo de Berna. Pero nadie toma en dramático este bello país montañoso.

Cuando desde las ventanas del hotel contemplamos a lo lejos las cimas de los Alpes, que aparecen entre nubes como en una apoteosis pictórica, una sonrisa burlona se dibuja en nuestros labios a pesar de la emoción de la belleza.

Es que la imagen de Tartarín, escalando esa montaña con su formidable equipo de alpinista, mientras el funicular lleva cómodamente a los viajeros, se ha interpuesto entre el paisaje y nosotros.

Tartarín será la sombra grotesca que ahuyente las imágenes poéticas durante el viaje por Suiza.

El viajero de buena fe que quiere gozar de la emoción inefable del país, tendrá que luchar a brazo partido con los guías, los hosteleros; el Baedeker y Tartarín. Daudet marcó para siempre con sello de irónica burla a Suiza y a Tarascón.

Cada rincón de Suiza tiene su matiz especial. Los cantones alemanes se diferencian esencialmente de los franceses y de los italianos. Allí la vida tiene cierto puritanismo que huele a queso fresco. En los latinos

es ligera y elegante, un poco frívola y sonriente. Las grandes ciudades suizas son lacustres en su mayoría. Al borde del lago se levantan los edificios de lujo, los hoteles, los casinos. La diferencia entre campo y ciudad es muy difícil de establecer en Suiza. Las ciudades respiran entre bosques y jardines. El cam-



El monte Kandersteg y el lago que embellece el abrupto paisaje

po está lleno de casitas, de tiendas, de fondas, de orquestas, que durante el verano entero lanzan al aire los heroicos sonos de la Tetralogía, los compases criollos de tangos y habaneras y las notas du'zonas de los vales de Viena.

A las ciudades alemanas de Suiza se viene a cosas serias: a estudiar o a consultar un médico especialista; también a descansar. No es, pues, extraño que el ambiente sea un poco tedioso, tal como conviene a personas preocupadas y dolientes ni que la estética del vestir ande un tanto descuidada. En clínicas y escuelas lo principal es la limpieza, y ésta se observa muy escrupulosamente.

Las excitaciones morbosas deben suprimirse. Por ello es muy natural que se eviten las elegancias femeninas con sus lujos perversos en medias de seda, colorete y encajes.

Mientras los estudiantes de Zurich, por ejemplo, son chicarrones sericetes más amigos del *foot-ball* y de las regatas que de zaranearse del brazo de las muchachas, revelan los escolares de Ginebra su galantería, que da a la capital cierto aire de graciosa frivolidad.

A toda hora veréis bandadas de mozos y muchachas que dan rienda suelta a su alegría por calles y plazas. En cuanto apunta la noche, mil lamparillas eléctricas bordean grecas de luz que, al copiarse temblorosas en el agua, fingen fabulosas urbes de ensueño.

Los fraques rojos de los zinganos dan su nota gay a cafés y conciertos. Las mujercitas ginebrinas, muy frágiles y pimpantes, aparecen llenas de elegancia parisina, sonriendo bajo sus sombreros floridos. Una estela de perfumes corre a lo largo de los muelles del lago. Cierta voluptuosidad juvenil y romántica sacude aquellos establecimientos que se han ido poblando de muchachos italianos, franceses, argentinos.

Yo no marco mi preferencia por ninguna de las dos Suizas: me limito a observar sus diferencias; el fondo es el mismo, con pocas alteraciones; montañas y lagos que a unos inspiran normas cuáqueras y a otros sentimientos paganos. ¡Quizá cuestión de raza! Que cada uno elija aquello que le sea más afín. Acaso la ciencia del vivir feliz consistirá en desarrollar del modo más perfecto aquellas esencias de que se sirvió dotarnos el Sumo Hacedor.



El pintoresco lago Shiser

Una excursión al alto Bío-Bío

Por

BACKHAUS MARTIN

Nuestro joven país aún no tiene las comodidades que la Europa presta al turista para visitar sus regiones más bellas. Los tesoros de naturaleza inculta nativa que posee nuestra tierra son para el chileno enteramente desconocidos. Sólo a muy raras personas el azar de los negocios los ha llevado hasta el interior de las cordilleras del sur, y estoy seguro que éstas habrán admirado sin reserva la naturaleza espléndida que se ha revelado a ellos: naturaleza salvaje, que se nos muestra tal cual Dios la creó, sin que la mano del hombre la haya desnaturalizado y pagado con sus murallas divisorias, que limitan el horizonte poniendo un término a lo que es libre, amplio y vasto y destruyendo uno de los goces más puros de nuestro ser, que es la contemplación del paisaje.

En estas regiones la naturaleza nos habla en su lengua nativa y podemos asistir a sus luchas y a sus conquistas: cada árbol, cada planta tiene que librar un combate constante para subsistir y no ser invadido por los demás; cada palmo de terreno es arrebatado al vecino por la fuerza y a costa de su vida. El agua se abre paso entre la vegetación surcando la tierra y arrastrando sin piedad lo que se ponga en su camino.

El viento sopla a veces con furia arrancando los árboles y desencadenando tempestades terribles.

Sólo la madre tierra permanece tranquila, ajena a estas luchas, alimentando de sus entrañas a todo lo que se posa en ella.

Los animales salvajes, que eran antes los reyes de estas tierras, han sido ahuyentados en parte, pero aún quedan huemules y ciervos que habitan los altos riscos inaccesibles, uno que otro león escondido en la espesura, y en los ríos una especie de nutria originaria de nuestro país, que llaman comúnmente huillines.

Hacer una excursión por estas tierras incultas es, sin duda, menos fácil y menos cómodo que recorrer los Pirineos, los Alpes y el interior de la Suiza; pero esta misma dificultad es un estímulo para el turista y esta falta de medios de locomoción lo acercan tal vez más a la naturaleza y le permiten observarla y admirarla mejor.

¿Cómo atreverse a decir que se conoce un país, que se han admirado los paisajes de una región cuando se ha pasado a través de ella con una velocidad de sesenta kilómetros por hora, sin detenerse a contemplar ninguno de los aspectos más bellos del paisaje? En cambio la lenta marcha del caballo, el único medio de locomoción posible en estas regiones y que, sin duda, no presta la muelle blandura de un sofá de wagon-lit, permite disfrutar del paisaje sin reserva y comulgar verdaderamente con la naturaleza.

Beethoven cuenta que cuando estaba obligado a acompañar en su coche al archiduque Rodolfo por los alrededores de Viena o por el parque de Senbrunne, que él conocía palmo a palmo, y que había recorrido mil veces siempre con entusiasmo delirante, con verdadero amor, aquellos sitios le parecían extraños y fríos y que los mismos árboles, el río, el lago, que le habían hablado tan íntimamente inspirándole los bellos temas de la sinfonía pastoral, los veía como cosas muertas y desconocidas.

Cuánto habría gozado este genio inmenso, el más poderoso genio musical que jamás ha existido, si hubiera podido recorrer nuestras tierras vírgenes. El, que tenía pasión por la naturaleza, que, según decía él mismo, amaba más a un árbol que a un hombre, habría encontrado en nuestras tierras incultas la traducción de su propio genio grandioso, salvaje a veces y también sin límites ni barreras.

Pero, como es ley común en la vida que no

se aprecie lo que se tiene y que se abandone la felicidad que está a nuestro alcance por ir a un problemático placer lejano, nosotros no hacemos caso de nuestras tierras ni hacemos nada por darlas a conocer.

No hay ningún estímulo para el turismo por esas regiones, que podrían proporcionar el placer de viajes inolvidables.

La región que hemos recorrido en este viaje está comprendida entre los volcanes Lonquimay, Tolhuaca y Callaqui y los ríos Loleo, Nalca, Vileura, Chaquilvin y Bío-Bío, al cual van a caer los otros.

El tren nos dejó en Curacautín una tarde del mes de enero y de ahí nos fuimos a las termas de Manzanares, que están a tres leguas más o menos de esta ciudad.

Estas termas están en un sitio delicioso y deberían ser más visitadas, pues el ferrocarril pasa muy cerca. La naturaleza allí es espléndida y el hotel muy cómodo. El Cautín se desliza entre montañas de suave pendiente, cubiertas de viejos bosques que se prestan para hacer excursiones muy agradables.

A pesar de que nuestro propósito era seguir inmediatamente viaje al interior, los encantos de este lugar nos decidieron a quedarnos un día y recorrerlo a vuelo de pájaro.

Al día siguiente, el domingo 30 de enero, nos levantamos antes del amanecer y los primeros reflejos de la aurora nos encontraron listos para partir. Los mozos habían apareado ya las mulas que llevaban la carga y nuestros caballos estaban ya prontos.

Los rayos de sol doraban apenas las cimas de los montes cuando salimos de Manzanares y nos dirigimos hacia la carretera que va de Curacautín al pueblo de Lonquimay.

Esta primera parte del viaje fué relativamente monótona, pues íbamos por un camino público polvoriento como son todos los nuestros; pero pronto, antes de dos horas, lo abandonamos para internarnos en la montaña en dirección al volcán Lonquimay, cuya ascensión íbamos a hacer.

Seguimos un sendero en medio de un bosque de roble y coigües y comenzamos lentamente a subir Poco a poco el aspecto del bosque va cambiando, los pinos, araucarias y los arbustos que crecen en las alturas reemplazan a los demás árboles, y los coironales y los mallines comienzan a aparecer.

Bruscamente el bosque termina y un ho-

rizonte infinito de desierto aparece a nuestra vista. Son los campos de lava arrojada por el volcán en una erupción acaecida sabe Dios en qué siglo, y de la cual nos ha quedado este palpable vestigio de terrenos inmensos esterilizados por la escoria hirviente que cayó sobre ellos y la cual está aún allí negra y fría con su aspecto de materia en ebullición.

Seguimos durante varias horas los campos de lava hasta llegar a la región de las nieves perpetuas, desde donde se podía dominar uno de los más bellos paisajes que he visto.

Estábamos por encima de una infinidad de cadenas de montañas y podíamos ver hasta el fondo de sus valles por donde corren serpenteando los ríos. Cuatro volcanes alzan al cielo sus conos blancos de nieves eternas y parecen competir en elegancia y altura. El Llaima se levanta esbelto con elegancia femenina; el Callaqui, a su lado, es tal vez menos fino, pero sus líneas son también puras y gentiles, y el Tolhuaca y el Lonquimay más varoniles y de formas más robustas, alzan poderosos sus conos truncados por las terribles erupciones que los estremecieron en época lejana.

Después de un breve reposo comenzamos a descender por el lado opuesto del volcán, que pertenece ya al fundo de Loleo, propiedad de don Manuel Puelma Tupper, hacia donde nos dirigíamos.

El camino por este lado es un poco más difícil, porque es preciso atravesar una alta montaña cubierta de escoria y en cuya pendiente, lisa y casi vertical, los campesinos han formado con su tráfico una huella insignificante, en la que los caballos ponen apenas los cascos. El precipicio que se ve abajo, no es muy alentador, pero, en realidad, no hay ningún peligro, siempre que los caballos sean animales acostumbrados a las montañas.

Al otro lado de estos escoriales encontramos nuevamente la vegetación y nos internamos en el bosque por un sendero apenas practicable, que estaba a menudo obstruido por matorrales de quilas, por arbustos y por los troncos de árboles derribados por el viento. La habilidad de nuestros caballos nos permitía seguir sin dificultad el camino y salvar los obstáculos sin pérdida de tiempo.

La temperatura en medio del bosque era deliciosa. Los ardientes rayos del sol de enero, a las 2 de la tarde, estaban interceptados

por los árboles y una brisa fresca nos acariciaba suavemente el rostro.

El terreno estaba cubierto de flores silvestres de matices diferentes, que formaban a menudo prados dignos de un jardín.

El silencio de la espesura era imponente. Todo el bosque estaba absorto en un trabajo interior de construcción. Cada árbol parecía beber con ansia los rayos vivificantes del sol y apresurarse a construir por medio de ellos sus hojas, sus ramas y sus troncos.

Se respiraba el olor de la savia elaborada por las raíces en el fondo de la tierra y que corría hacia la superficie para ser purificada en las hojas por el contacto del aire y la luz.

Seguimos descendiendo por la montaña hasta llegar al fondo del valle, en donde nos interceptó el paso el primer río.

No hay nada más delicioso que el agua en estas regiones de cordillera: es tan pura, que el cristal más transparente no la iguala y corre con tal gracia por su lecho de piedras, que uno desearía beber o bañarse en cada arroyo que se encuentra en el camino.

El paso de estos ríos se hace sin dificultad, pues en el verano no son muy profundos. No así en invierno, pues se convierten en torrentes furiosos que arrastran piedras, árboles y cuanto encuentran en su curso.

Más allá del río encontramos un bosque de pinos-araucarias, que es el árbol originario de nuestro país. Este sitio es uno de los más bellos de la región y de los más típicos de nuestra tierra. Los pinos han querido poblar solos

este valle y no han admitido ninguna otra especie de árbol en su compañía. En una extensión de terreno de más de trescientas hectáreas sólo se ven pinos centenarios o jóvenes formando grupos armoniosos, ya sea cubriendo los montículos o el plan y dándole así al paisaje un aspecto original.

Más allá de los pinares pasamos al lado de una gran laguna habitada por patos silvestres, pezuñeros, garzas y otras aves. Estas no se intimidaron al vernos, lo que prueba que los cazadores no abundan en estas regiones.

Como la hora era avanzada ya, cambiamos caballos y el resto del camino lo hicimos con mayor rapidez, siempre por senderos pintorescos, bordeando los ríos o cruzando montañas y llegando a las casas de Loleo como a las seis de la tarde, después de haber caminado doce horas sin descansar.

diferentes puntos, que eran a cuál de todos tante largo tiempo para salir a excursionar diferentes puntos, que eran a cual de todos más interesantes.

Mis cartones se llenaron de estudios, de notas de color, de bosquejos e impresiones. Yo habría deseado pintarlo todo para poder mostrar aquí, en nuestra capital, cuán bellas son algunas regiones de nuestro suelo. Los apuntes que he traído son, sin duda, un pálido reflejo de lo que es el natural. Pero espero que el público de Santiago será indulgente al juzgarlo, apreciando mi intención si el resultado no le satisface.



EL TELEPATO

Por

Henry A. Heering

Un joyero de New York, de cuarenta años de edad, pinta telas admirables, sin jamás haber aprendido pintura, bajo la influencia telepática de un famoso artista fallecido.

(De un diario neoyorquino)

Con ilustraciones

—Sr. Psiqué, dijo el visitante, venga a pedirle ayuda. Me llamo Bauwell y soy librero en Pitt Alley, Cornhill.

Psiqué, el célebre ocultista, saludó a la literatura con toda reverencia, en la persona de Mr. Bauwel.

—Hágame el servicio de pasar por aquí, Mr. Bauwell, le dijo cortésmente.

—¿Ha oído Ud. hablar de un tal Aylmer Lupton?, preguntó Mr. Bauwel, sentándose en el salón de consultas.

—Tengo una idea, respondió el ocultista. ¿No era un poeta?

—No, era pintor, miembro correspondiente de la Real Academia. Era un hombre encantador, uno de esos que tanto abundan entre los artistas, a los que no se puede negar nada, exclamó con tono lastimero. Yo me pregunto ahora cómo es posible que le haya prestado tanto dinero con tan poca garantía. Le he prestado cinco mil libras, señor, y ha muerto sin haberme pagado.

—¿Cuánto lo compadezco, señor!, murmuró M. Psiqué.

—Gracias. He hipotecado su casa y él me ha dejado sus muebles y todas las telas que estaba pintando cuando murió; pero todo ello no asciende a dos mil libras. Me queda debiendo aún tres mil, y yo las necesito, Mr. Psiqué. No puedo resignarme a perderlas.

—¿Y cómo piensa Ud. conseguir dinero de un muerto?, preguntó Mr. Psiqué.

—Precisamente, para eso he venido aquí, dijo el librero, y tengo la convicción de que con su concurso lo conseguiré. En el curso de sus estudios puede Ud. encontrarse con el espíritu de Lupton, y en tal caso, quisiera yo ponerme en comunicación con él. Tal vez pudiera suministrarme alguna idea de un buen negocio... una mina de oro, por ejemplo. Pudiera ser que él tuviera conocimiento de cosas que nosotros ignoramos completamente, y bien me lo debe.

—No he encontrado al espíritu de Lupton

aún, dijo Mr. Psiqué con gravedad. En realidad, nuestro trato con los espíritus no es ya lo que era en otro tiempo. Las gentes de ahora no se interesan por las apariciones, en este país por lo menos, y los espíritus son tan susceptibles que no van allí donde no se les desea, de manera que son muy pocos los que vemos y con los que podemos tener comunicación. Y en las colonias sucede exactamente lo mismo. Hoy es éste un artículo muy deseado en los altos distritos de la Australia y el Canadá; las veladas son allí largas y aburridas, Ud. lo sabe, y las gentes gustan siempre de alguna buena distracción. Sin embargo, si yo logro comunicarme con el espíritu de Lupton, intentaré ponerle a Ud. en comunicación con él.

—Pero, exclamó el librero levantándose y atravesando el salón nerviosamente, yo necesito algo definitivo y eso inmediatamente. Ud. debe poder necesariamente comunicarse con el muerto, por los medios ordinarios empleados en estos casos. ¿No tiene Ud. ningún médium?

—Tenemos muchos, replicó Mr. Psiqué, y todos están a su disposición. Pero los médiums no son seguros, sino cuando son novicios, es decir, impresionables aún. Dos años de práctica bastan para privarles de su don casi por completo y sus comunicaciones toman entonces el sello de su propia individualidad. Con toda sinceridad le confieso que las últimas comunicaciones, los últimos experimentos que he realizado con mis médiums están muy lejos de satisfacerme.

Mr. Psiqué parecía muy desalentado. En otro tiempo él había tenido en plaza el monopolio de los negocios del ocultismo, pero vino la competencia y echó por tierra los planes comerciales del comercial espiritista. Por otra parte, nuevos impuestos amenazaban algunas de sus importaciones, que debían estimarse como artículos de lujo. Tenía realmente motivos para desalentarse.

De pronto su fisonomía se iluminó.

—Pero, no es un medium lo que Ud. necesita, exclamó. Lo que Ud. necesita es mi telepato.

—¿Cómo?, dijo Mr. Bauwel. ¿Quién es ese?

—No es nadie; es un aparato, explicó Mr. Psiqué; una máquina ideada por un iniciado del Tibet, para ponernos en comunicación con los espíritus de los muertos. La inseguridad de los mediums está reconocida desde la cuna misma del ocultismo y esta máquina los reemplaza con ventaja. Yo compré una recientemente, pero hasta ahora no había tenido necesidad de utilizarla, pues las comunicaciones pedidas por mis clientes con sus amigos difuntos han sido de carácter puramente sentimental. En este caso un medium basta para satisfacerlas. Pero no sucede lo mismo en el caso de Ud., que tiene un negocio importante que tratar; de modo que tengo el placer de poner en absoluto a su disposición mi telepato. Tenga la bondad de pasar por aquí, hágame el obsequio.

Un instrumento poco común

Mr. Psiqué condujo al librero por un largo y estrecho corredor sombrío, al fondo del cual abríase una puerta que daba acceso a una pequeña pieza. En el centro, sobre una mesa, había una caja de dos pies cuadrados poco más o menos. El ocultista levantó con precaución la tapa y quedó a la vista una máquina extremadamente curiosa. No se parecía a nada de cuanto había visto hasta entonces Mr. Bauwel. Era un conjunto de ruedas y de parches de tambor; de un cilindro central partía un laberinto de hilos eléctricos, cuyos extremos quedaban colgando al aire libremente cuando se quitaba la tapa. Dos de estos hilos forrados en seda verde terminaban en dos puños de metal. Vefanse también unos cuadrantes marcados con signos misteriosos y seis tambores, que coronaban seis orificios, en forma de embudos, vueltos en diferentes direcciones.

Mr. Bauwel examinó el aparato con extraordinaria atención.

—¿Cómo funciona este aparato?, preguntó.

—No podría explicarle su mecanismo, dijo Mr. Psiqué, pero para hacerle funcionar bastará que apriete estos puños y concentre su pensamiento en la persona con la que Ud. desea comunicar. Es indispensable para el éxi-

to de la experiencia que el sitio esté en armonía con la persona que se desea. En el caso nuestro sería conveniente transportar el telepato al taller del pintor, donde su personalidad ejerce todavía una influencia poderosa. El estudio en que él trabajaba debe contener aún algunas partículas de su aura psíquica, las que contribuirán indudablemente y con eficacia a poner el aparato en contacto con él. Sin embargo, el éxito de la empresa depende principalmente del grado de concentración de su pensamiento sobre el sujeto. ¿Me parece que no será esto lo que le haya de faltar a Ud?

—Lupton me debe tres mil libras, dijo Mr. Bauwel, y yo las necesito extraordinariamente. Puedo, por tanto, concentrar mi pensamiento sobre este particular sin el más ligero esfuerzo.

—Bien, dijo el ocultista, frotándose las manos. ¿Ud. me dice que la casa le pertenece?

—Efectivamente. He pretendido arrendarla amoblada, pero hasta el momento no se me ha presentado ningún arrendatario.

—Mejor que mejor, dijo Psiqué. De ordinario yo dejo en manos de mi secretario la dirección de esta clase de experiencias, pero como no me desagradará ver funcionar mi telepato, yo mismo acompañaré a Ud. Si lo desea, podemos ir allá inmediatamente. Únicamente, agradecería a Ud. se sirviese dejarme una fianza, agregó.

—¿Cuánto?, preguntó Mr. Bauwel.

Psiqué reflexionó.

—No le exigiré por lo pronto más que cinco guineas. Si logra Ud. ponerse en comunicación con el espíritu de Lupton me deberá Ud. veinte guineas más, y si consigue Ud. recuperar su dinero me pagará cien guineas más. Por este último pago tendrá Ud. defecho, sin desembolsar alguno, a una comunicación con cualquiera otro de sus amigos difuntos.

Mr. Bauwel sacó su portamonedas.

—He aquí la fianza, dijo dándole el dinero. No seré yo el que turbe el reposo de ninguno de mis amigos. Mr. Lupton es el único, cuya comunicación necesito, pero es por lo grave del caso.

Das horas más tarde llegaban a la casa que el pintor Aylmer Lupton ocupara en vida, en Muxwell Hill. Subieron directamente al taller y en él colocó Mr. Psiqué su telepato. Era una pieza espaciosa y clara, confortable y hasta lujosamente amueblada. Ricas



He prestado a Lipton cinco mil libras, y ha muerto sin haberme pagado...

colgaduras ocultaban las paredes y gruesas alfombras apagaban el ruido de los pasos; broncees y estatuas antiguas lucían sus siluetas junto a los muebles de subido precio y gusto exquisito. Una chimenea monumental y una galería de roble esculpido arrancaban de la estancia. Dos o tres grandes caballetes, y una gran cantidad de telas, álbums con croquis, carteras, botes de colores, paletas y broches atestiguaban la profesión del difunto. Psiqué observó atentamente el lujo del taller.

El telepato empieza a funcionar

—Todo esto ha sido pagado con mi dinero, Mr. Bauwell. Y si Ud. viese mi habitación en mi casa! agregó amargamente. Una verdadera cueva de ratones encima de la librería. El contraste con todo esto es verdaderamente penoso.

—¿Y quién no ha hecho, a lo menos, una vez en su vida, algo parecido a lo que usted lamenta?; yo mismo fui chasqueado una vez en una suma de importancia que había

prestado a un noble italiano, dijo M. Psiqué dulcemente, mientras quitaba la cubierta de su telepato. Ahora, ¿quiere usted tener la bondad de tomar una silla, sentarse aquí y tomar estos dos puños? Empúñelos como si fuesen los mangos de una batería eléctrica ordinaria. Concentre usted su pensamiento con toda intensidad en Aylmer Lupton, en las promesas que hizo a usted y en el dinero que le debe.

—Yo le dejo solo, añadió Psiqué, para que mi presencia no traiga al ambiente flúidos extraños.

Media hora más tarde volvió.

—Y bien, ¿qué resultado ha tenido?, preguntó.

—Ninguno todavía, dijo Mr. Bauwell con aire sombrío.

—No se desanime, dijo el ocultista. Es posible que el instrumento esté cargado aún de flúido de la última persona que lo utilizó. Concentre usted su pensamiento y no se distraiga lo más mínimo. Esto no es fácil, generalmente; pero usted tiene el aliciente del dinero para ayudarlo; piense en él tan-



Cuando Mr. Psiqué llegó al día siguiente por la mañana, sacó a abrirle la puerta el librero, paleta y brochas en mano.

to como en el muerto. Tengo experimentado que el verso ayuda poderosamente en el esfuerzo de concentración; un verso que se repita aunque sea maquinalmente. En este papel he escrito algunas líneas de las circunstancias, que podrán ser a usted útiles. Y sacó modestamente de su bolsillo un papel que él mismo leyó:

Aylmer Lupton, artista extraordinario. Aylmer Lupton de la Academia Real soy yo, Bauwell, quien os está llamando venid a mi llamado sin tardar. Me debéis buenos lúises de oro me debéis por lo menos tres mil devolvédmelos pronto, os lo ruego, o si no, voy a haceros sufrir.

—¿No cree usted que la última línea es demasiado dura? preguntó Bauwell.

—Para los espíritus nada hay duro, explicó Mr. Psiqué. Ellos se ocultan mientras pueden, pero si ven que tienen algún asunto pendiente con alguno, se resignan y acuden. Nada hay que un espíritu tema tanto como la persecución de un sér humano; por lo tanto, el mejor medio de entrar en comunicación con Lupton es el de hacerle saber que se trata de un negocio.

—¡Ah!...

Esta exclamación había sido provocada por el movimiento convulsivo de uno de los hilos. Un estremecimiento lo recorrió en toda su longitud. Se levantó suavemente y comenzó a sacudir el aire con su extremidad.

—¡Bravo, bravo! gritó Psiqué. Concéntrese, concéntrese, el telepató se agita!

Otro hilo se levantó al punto, y después otro y otro, hasta que todos estuvieron en movimiento. Poco a poco este movimiento se fué haciendo más rápido en todos los

hilos; el primero giró sobre sí mismo sacudiendo el aire de derecha a izquierda y de abajo a arriba; pronto le siguieron los otros y todos se agitaban en el aire en todas direcciones como si fuesen serpientes encolerizadas.

—Concéntrese, concéntrese, repetía Psiqué, pasándole sus versos por las narices a Mr. Bauwell, que repetía dócilmente:

Aylmer Lupton, artista extraordinario. Aylmer Lupton de la Academia Real, soy yo, Bauwell, quien os está llamando venid a mi llamado sin tardar.

Los movimientos desordenados de los

hilos se acentuaron y el telepato vibró, produciendo un sonido sordo como si de pronto se hubiera visto dotado de vida propia. Sus antenas, en un vértigo de locura, azotaban el rostro de Bauwell, que empuñando siempre las manivelas del aparato recitaba febrilmente los versos de Mr. Psiqué.

De pronto, operóse en los hilos del telepato un cambio radical; cesaron todos de moverse en todas direcciones y se extendieron hacia un mismo punto: hacia la luz del día.

—Bueno, bueno, exclamó Mr. Psiqué frotándose las manos. Los hilos están al acecho. Consultó una pequeña brújula colgada de la cadena de un reloj... Venía del Norte... Los hilos están al acecho y lo desembrirán seguramente. Yo le dejo que se las arregle con el telepato.

Yo también soy pintor

Cuando volvió, todos los hilos estaban entrecruzados y rígidos, dirigidos hacia la ventana, formando un ángulo de 45°. Mr. Bauwell daba señales de fatiga.

—Basta por el momento, dijo Psiqué. Hemos entrado en comunicación con el espíritu, hemos hecho un bonito trabajo. Esto es más de lo que yo esperaba.

—Todo eso está muy bien, dijo Bauwell, pero aún no veo los resultados prácticos.

—Mi querido señor, protestó Psiqué, estas cosas no son lo mismo que los negocios mercantiles. Hay que tener un poco de paciencia, ¡qué diablo! El telepato está indudablemente sobre la pista del objeto que buscamos y es muy probable que su mensaje sea despachado muy pronto. El espíritu de Mr. Lupton sorprendido y contrariado, temiendo que se le persiga y se le robe el sosiego, estará bien dispuesto a satisfacer a usted, aun cuando más no sea por librarse de usted. No le dejaremos tranquilo mientras no nos haya dado una respuesta favorable. Pero, por hoy, no conseguiríamos más, me parece. Dejo a usted el aparato: bien entendido que no lo utilizará usted hasta mi regreso; volveré mañana por la mañana y reanudaremos esta pequeña sesión. Soy de opinión que debe usted pasar la mayor parte del tiempo en esta pieza; tome aquí su desayuno, si es posible, y sobre todo, duerma usted aquí.

El día se extinguió y bien pronto invadió la obscuridad la mansión de Muxwell Hill. Nadie podía imaginarse que había pasado

algo extraordinario en una de las casas de aquel tranquilo barrio. Los lecheros, los carteros, los faroleros hicieron su ronda de costumbre. Cada uno entró en su casa y comió. Unos dedicaron parte de su noche al amor, otros a las disputas, exactamente como en cualquier otro barrio de Londres. Después las luces se fueron apagando una por una y Muxwell Hill perdió toda apariencia de vida.

Sobre un diván del taller, Bauwell, el librero de Pitt Court, roncaba, mientras que sobre una mesa allí al lado el telepato extendía en dirección al norte sus tentáculos misteriosos.

El deudor arregla su cuenta

Cuando Mr. Psiqué llegó al día siguiente por la mañana, el librero salió a abrirle la puerta, paleta y brochas en mano.

—Oh, Mr. Bauwell, ignoraba que Ud. supiese pintar.

—Ni yo tampoco lo sabía, dijo Bauwell tranquilamente, pero como no tenía nada que hacer me ocurrió la idea de entretenirme pintando; ¿qué le parece a Ud. el resultado?—preguntó señalándole con el dedo una tela montada sobre el caballete.

Mr. Psiqué la examinó con ojos de entendido.

—Está perfectamente bien, contestó al fin; pero Ud. no ha hecho todo esto?

—Todo no, efectivamente, replicó Bauwell, nada más que el cardenal y la dama.

—Caramba! le felicito, dijo Mr. Psiqué. Para un librero esto es extraordinariamente maravilloso. Y ahora, a nuestro negocio, pues tengo que estar en casa antes de medio día. ¿Ha tenido Ud. alguna comunicación de Mr. Lupton?

—Ninguna, contestó Mr. Bauwell.

—Directamente tal vez, pero in-



Mrs. Bauwell era una criatura admirable, una robusta mujer, de agradable aspecto, con una larga bata, el cabello empolvado y lunares en el rostro. Posaba de María Antonieta.

directamente? No se siente Ud. en un estado de espíritu diferente?

—Yo me siento perfectamente bien, dijo Mr. Bauwell. En realidad, ahora que me fijo, me siento especialísimamente bien. Mi cerebro está más libre que de ordinario... o quizás son mis ojos los que se han puesto mejor? Veo las cosas de distinto modo que las veía, en una palabra. El mundo me parece tener un aspecto más agradable, más de vida. Por todas partes veo tema de cuadros, Ud., por ejemplo... Mire, no puede Ud. imaginarse qué bien está con su sombrero sobre el que cae un rayo de sol, en este fondo sombrío de colgaduras. Es de un efecto!... Espérese un momento.

Apoderóse de un álbum y de un lápiz y se puso a dibujar rápidamente. Su mano corría sobre el papel con una ligereza sorprendente. Cinco minutos después ponía una firma al pie de la hoja y mostraba el álbum a Mr. Psiqué con una sonrisa de satisfacción.

El ocultista miró aquel dibujo.

—¡Maravilloso!, exclamó. Es Ud. un verdadero artista.

Mr. Bauwell estaba esponjado y orgulloso.

—Yo creo que tiene Ud. razón, dijo éste. Nunca me había dado cuenta de ésto, pero yo siento en mí este dón. Debe ser la influencia del ambiente que me rodea, la que me ocasiona esto.

—Hay más aún, replicó Mr. Psiqué con solemnidad. Vea Ud. la firma que ha puesto bajo el dibujo.

—¿Cómo! ¡He firmado Aylmer Lupton!, exclamó Bauwell. No comprendo... No me había dado cuenta.

—Felicitó a Ud. y me felicito al mismo tiempo del éxito completo de nuestra tentativa, dijo Mr. Psiqué con un poco de éufasis. He aquí un resultado inesperado.

—No le comprendo a Ud., dijo Bauwell. Explíquese, se lo ruego.

—¿Que me explique? Pero si esto habla por mí, replicó Mr. Psiqué, mostrando el dibujo. Es la respuesta de Mr. Lupton. No puede devolverle su dinero, pero puede hacer que pinte Ud. sus cuadros. Yo estoy al tanto ahora de este asunto y he sabido que sus telas son muy solicitadas. Ahí tiene Ud. su mina de oro. ¿No es esto maravilloso?

Satisfecho con aquel éxito profesional, Mr. Psiqué paseaba por la pieza a grandes pasos, frotándose las manos. De pronto se detuvo.

—Ya que la máquina está aquí, dijo, haría Ud. muy bien en dedicarle siquiera una hora.

Y de nuevo volvió Mr. Bauwell a empuñar los manubrios del telepató. Un zumbido alegre empezó a salir de la máquina, que hizo asomar al rostro del librero una sonrisa de felicidad. Mr. Psiqué salió a dar una vuelta por el jardín. Cuando volvió, Mr. Bauwell había dejado el aparato, y de pie, delante de un caballete trazaba sobre una nueva tela un boceto magistral.

—No he podido resistirme, alegó a manera de excusa. He obedecido a una fuerza superior.

Mr. Psiqué puso la cubierta al telepató y dijo:

—Hemos tenido un éxito completo. Mi satisfacción no puede ser mayor. En cuanto llegue a casa, voy a despedir mis mediums. El telepató hará el trabajo mucho mejor y más económicamente que el mejor de los mediums. A propósito, Ud. me permitirá que le recuerde que tiene un nuevo pago que hacerme.

Bauwell hizo con la cabeza un signo de asentimiento, sacó de su bolsillo un libro de cheques y firmó uno por la suma estipulada.

—Un pequeño consejo, dijo el ocultista doblando cuidadosamente el papel y guardándolo en la cartera. Con mi larga experiencia de la vida yo le rogaría que no desuicidase por completo su comercio de libros. Muy bella cosa es el arte, pero un pequeño comercio es una pera de agua para la sed, y no es de despreciarlo.

Mr. Bauwell agitó desdeñosamente su brocha.

—Cuando pienso en los años que he perdido en el comercio, dijo, me avergüenzo de mí mismo. Y se volvió de nuevo a su caballete afanoso de reanudar su tarea.

Mr. Psiqué lo examinó algunos minutos en silencio, después tomando su telepató, salió dejando al artista engolfado con sus pinceles.

Pasó un mes. Durante todo este tiempo, Mr. Bauwell, a pesar del prudente consejo de Mr. Psiqué, no asomó por su librería sino una sola vez. En aquella ocasión cambió su sombrero de copa alta por uno de fieltro de anchas alas y su levita por una chaqueta de felpa. A su cuello anudó negligentemente una chalina de seda, y habría podido dudarse de la existencia del cuello.

Desde luego el empleado que tenía a cargo del almacén, no le reconoció.

—¡Oh, buenos días, señor!, murmuró al fin,

cundo reconoció al visitante por sus facciones. Celebro verlo, señor. Tengo varios asuntos de que hablarle.

—Déjeme Ud. de esas pequeñeces, Dufton, interrumpió Mr. Bauwell. Necesito un bonito regalo para una dama.

—¡Para una dama, señor!, exclamó el empleado con enorme sorpresa, pues Mr. Bauwell había sido siempre hasta entonces considerado como enemigo del bello sexo.

—Para una dama, repitió el librero. No creerá Ud. que sea para un canario, vaya! ¿Qué tiene Ud. que ofrecerme?

—Aquí tiene una nueva edición de Tennyson, encuadrada en vitela blanca con canto dorado;; es de muy buen gusto. Puede ser que prefiera Ud. una edición de lujo de María Corelli, insinuó el empleado. Diez guineas, añadió.

El nuevo pintor, de boda

Mr. Bauwell reflexionó, examinando detenidamente los objetos ofrecidos. La edición de lujo de María Corelli dará el golpe, dijo al fin. No creo que la señora guste mucho de la poesía. Diez guineas, es dinero, pero eso aumentará la cifra de su venta semanal. Enviémelo: Bauwell, Muxwell Hill. Ud. sabe la dirección,

¿no es así? Oh, Dufton, yo tengo que comunicarle que pienso abandonar el comercio muy pronto; si supiese de algún interesado, avíseme; pero no me moleste Ud. con pormenores. No puedo soportar la prosa de estas materialidades y pequeñeces de la existencia en este momento; yo vivo en otra atmósfera.

Mr. Bauwell acompañó estas palabras con un movimiento pretencioso de cabeza y salió precipitadamente de la tienda.

Cuando Mr. Psiqué volvió a Muxwell Hill,

quince días más tarde, fué introducido al salón donde bien pronto se le juntó una criatura admirable. Era una robusta mujer, de agradabilísimo aspecto, con una larga bata, el cabello empolvado y lunares en el rostro.

—Disculpe Ud., señora, dijo Mr. Psiqué, mientras esta aparición se sentaba. Vengo a ver a Mr. Bauwell. ¿Está en casa?

—Sí, señor, replicó la dama; está en el taller, trabajando. Yo soy su esposa, añadió con tono un tanto enfático.



Docientas libras por semana hacen diez mil cuatrocientas libras por año, continuó diciendo Mrs. Bauwell.

—¿De veras?, exclamó Mr. Psiqué; no sabía que se hubiera casado.

—Tampoco él lo sabía hace una semana, dijo la señora con gesto picaresco. Nos casamos hace tres días. Tengo mucho gusto en conocer a Ud. Durante nuestra luna de miel hemos hablado de infinidad de cosas y él me contó una historia interesantísima sobre Ud. y un aparato o bicho llamado "telepantere". Y yo me he preguntado: Este pobre Banny no estará un poco... Y se tocaba la frente con un gesto significativo.

—Yo le considero como un inteligente comerciante, replicó Psiqué.

—Y como un artista, añadió Mrs. Bauwell.

—Ciertamente, un artista. Bien mirado, podría decirse que su bagaje actual, desde el punto de visto intelectual, está muy por encima de lo ordinario.

—Yo soy modelo, repuso la dama. Yo “posaba” para Aylmer Lupton, y cuando llegué la otra semana encontré a Bauwell instalado en su lugar. Desde mi primera sesión de pose le cautivé por completo. Ha tenido la suerte de caer conmigo, que sabré velar por sus intereses. Muchas otras, que no necesito nombrar, le habrían estrujado hasta la última gota. Y Ud. sabe, yo soy entendida en pintura. Las telas de Banny no valen menos que las de Lupton. Yo no sabría distinguir las unas de las otras.

—Esa era mi opinión también, dijo Mr. Psiqué.

—Doseientas libras cada tela.

—Muy bien, murmuró el ocultista.

—Ya lo creo. Y tiene tantos pedidos que no puede dar abasto. Todas las semanas termina un cuadro.

—¡Cuánto me alegro de saberlo! Precisamente tengo una pequeña cuenta que arreglar con su esposo, cien guineas, que su buen éxito me pone en el derecho de reclamar, dijo Mr. Psiqué, sacando del bolsillo del interior de su vestón un papelito.

La señora pareció no haber comprendido y siguió diciendo:

—Doseientas libras por semana hacen diez mil cuatrocientas libras por año.

—Casi, casi, admitió Psiqué, pero es preciso que tenga Ud. en cuenta el tiempo perdido, es decir, la temporada de vacaciones y las enfermedades. Un hombre no puede trabajar como una máquina.

—Banny sí que puede. Trabaja exactamente como una máquina. En el momento que termina un cuadro, comienza otro al instante.

—Notable, exclamó Mr. Psiqué.

—Yo le alentaré en esta feliz empresa. Fíjese Ud. ¡Diez mil libras anuales! ¡Ah! Es todavía bueno para cualquier cosa un país en que un pobre hombre trabajador como Banny puede ganar diez mil libras al año.

—Sí, la vieja Inglaterra está siempre firme en su puesto, señora, dijo M. Psiqué, que decididamente estaba aquel día de un humor inmejorable. Yo nunca he considerado el porvenir de un país desde este punto de vista,

pero siempre es bueno, pues cuando en mi profesión, por ejemplo, hemos perdido indudablemente terreno en ciertos puntos como los espíritus y las apariciones en general, en cambio en otros aspectos, como la transmisión del pensamiento y la doble vista, hemos avanzado considerablemente. Yo podría probar a Ud. matemáticamente que en este punto vamos a la cabeza de las demás naciones y que dejamos muy atrás a los mismos alemanes, nuestros más temibles competidores.

—¡Magnífico!, exclamó la dama. Habla Ud. divinamente. Pero será imposible que vea Ud. hoy a Banny; está ocupado y ahora mismo voy a tener que ir a su estudio para posar un rato. Estoy posando de María Antonieta.

—De todos modos no creo que eso le impida extenderme un cheque por esta suma, dijo Mr. Psiqué alargando su nota.

—¡Oh! Es una suma respetable, recalcó Mrs. Bauwell. ¿Le digo que acepta Ud. el pago de 80 libras al contado violento?

—Hemos convenido en cien guineas y nunca hemos hablado de libras, dijo Mr. Psiqué con sequedad; no me es posible rebajar nada de esa suma.

Diez minutos después dejaba Mr. Psiqué la mansión de Muxwell Hill con cien guineas en la cartera.

Pasaron las semanas, los meses, y ya no era este incidente más que un grato y lejano recuerdo en la mente del ocultista, cuando un día recibió este telegrama:

“Traed inmediatamente **telepantere**. Mis mas condiciones. Urgente.—Bauwell.”

Un tanto sorprendido por el carácter apremiante del telegrama, Mr. Psiqué apresuróse a acudir a Muxwell Hill. Fué Bauwell quien salió a recibirlo, inyectados los ojos, los labios en desorden. Detrás de él estaba su mujer, cruzados los brazos y mordidiéndose los labios.

—¿Qué sucede?, preguntó Psiqué.

—No puedo ya pintar, exclamó Bauwell.

—Ni siquiera puede dibujar, repuso su mujer irónicamente.

—Y lo extraño del caso es que tampoco siento deseos de ello, dijo Bauwell con voz ronca. No sé en realidad qué es lo que hago aquí; no me siento a gusto en esta casa. Quisiera volver a mis negocios ahora mismo, pero María no me ha querido dejar marchar. Se empeñó en mandarle ese telegrama rogando a Ud. viniese.

—Mejor sería que te pusieras a trabajar en

vez de estar hablando tonterías, dijo la señora. Ud. deseará, sin duda, un anticipo de cinco libras, añadió alargándole un billete de Banco.

—Guineas, señora, guineas, recalcó Mr. Psiqué. Gracias, agregó, cuando Mrs. Bauwell añadía los chelines necesarios para completar la suma exigida.

Bien está lo que bien acaba

Ahora propongo repetir el experimento que la primera vez nos dió tan buenos resultados y que probablemente debe ser renovado de cuando en cuando; debía haberlo previsto antes.

Mr. Bauwell se sentó y empuñó las manivelas.

—Bien, y ahora piense Ud. únicamente en Lupton, aconsejó Psiqué.

—Y sobre todo, basta de tonterías, agregó Mrs. Bauwell.

Psiqué se volvió hacia ella y con toda cortesía le dijo:

—Señora, la sombra del difunto quizás nos considere como elementos de influencia perturbadora, de modo que sería prudente que abandonásemos el recinto.

Cuando el ocultista volvió al cabo de media hora, Bauwell empuñaba aún las manivelas de metal, pero los hilos colgaban lastimosamente.

—No he conseguido ningún resultado, dijo Bauwell, soltando las manivelas con desesperación, y lo peor es que no lo conseguiré nunca. Lupton me abandona, yo lo siento, estoy seguro, me rechaza.

—Es extraño, reflexionó Mr. Psiqué.

—Dígame Ud., preguntó de pronto, ¿cuánto le han dado a Ud. sus telas?



Mr. Bauwell se sentó y empuñó las manivelas del telepato

—Dos mil ochocientas libras y diez chelines, dijo Mrs. Bauwell, que entraba en ese momento al estudio con el libro de cuentas en mano. Y a esto hay que agregar la venta del sábado, lo que hace un total de tres mil libras diez chelines.

—¡Ah!, exclamó Mr. Psiqué, ahora ya veo perfectamente claro. ¿No es esta precisamente la suma que debía a Ud. Lupton, más diez chelines, si no me engaña la memoria? Ha liquidado su cuenta con Ud. Ya no hará nada más y mucho me temo que no pueda Ud. acabar de pintar su última tela, Mr. Bauwell.

—¡Cómo!, gritó la señora, ¿no me he casado más que con un simple librero?

—Un hombre que posee tres mil libras sonantes, una casa, un mobiliario y una acreditada librería en la ciudad, recalcó Psiqué con alguna severidad.

—Yo me casé con un pintor que ganaba diez

mil libras al año, dijo la dama amargamente. Bauwell, el de Petit Alley, no gana más de seiscientas libras... y eso no siempre. Y además... no es más que un mercachifle después de todo.

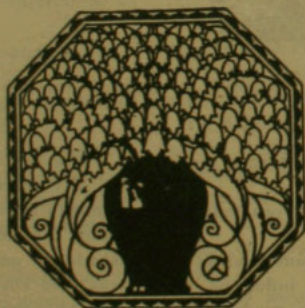
—Señora, insistió Psiqué, es Ud. desagradecida. La profesión de Mr. Bauwell es tan honorable, aunque no sea tan brillante, como la de pintor, y de un porvenir mucho menos problemático. Los dos debían Uds. de felicitarse. Ud. ha entrado en posesión de su dinero, señor Bauwell, y todavía más, ha encontrado Ud. una compañera.

—En esto tiene Ud. razón, contestó la dama. El ha encontrado una mujer que velará por él y le impedirá malgastar su dinero. Ponte tu sombrero, Bauwell, y vámonos a la

tienda. Desde el día de nuestro matrimonio me he preocupado de ésto y creo que no marcha mal. Yo me encargo de que el negocio prospere.

Y en efecto, Mrs. Bauwell hizo prosperar la librería. Su marido observó muchas veces que no era él siempre quien llevaba los pantalones, pero el rápido acrecentamiento de su fortuna le reconcilió con su situación.

Los días de fiesta ha tomado la agradable costumbre de ir a visitar la Galería Tate, donde queda extasiado en la contemplación de dos telas que hacen "pendant" y llevan la firma: "Aylmer Lupton". Y cada vez se pregunta más maravillado cómo tales obras pudieron salir de sus manos.



El Hombre Invisible

Por

H. J. WELLS

Con Ilustraciones

(Continuación)

—En este momento llamaba alguien en la puerta. Era el casero. Con amenazas e interrogatorios, un viejo polaco, luciendo una larga hopalanda parda y unas mugrientas zapatas. Yo había estado atormentando un gato por la noche, estaba seguro... la lengua de la vieja bruja había tenido ocupación. Insistió en querer conocerlo todo. Las leyes del país contra la vivisección eran muy severas... podía verse comprometido. Negué lo del gato. Después, la vibración del motor se sentía en toda la casa, dijo. Esto era cierto, indudablemente. Penetré conmigo en el aposento, escudriñando por encima de sus gafas con armazón de plata, y me asaltó el súbito temor de que pudiera entrever algo de mi secreto. Coloquéme entre él y los aparatos de concentración, y esto contribuyó a avivar su curiosidad. ¿Qué estaba yo haciendo? ¿Por qué permanecía siempre solo y rodeado de secreto? ¿Era legal? ¿No sería peligroso? Yo no pagaba sino el ordinario alquiler. La suya siempre había sido una respetable casa... en un barrio intachable. Súbitamente perdí la calma. Le dije que saliese inmediatamente. Empezó a protestar, a reclamar su derecho de reconocimiento. En un momento le cogí por el cuello de la hopalanda... bastante maduro... y fué rodando al pasillo. Cerré la puerta, eché la llave y me senté tembloroso.

“Armó fuera un escándalo, al que no hice caso, y por fin le oí descender las escaleras.

“Pero esto precipitó las cosas. Yo no sabía lo que hacía, ni lo que sería capaz de hacer. Mudarme a otra parte significaba pérdida de tiempo... tenía por todo capital veinte libras esterlinas, la mayor parte en una casabanca... y no podía aumentarlo. ¡Desaparecer! La tentación era irresistible. Y después, podía sobrevenir un registro, el saqueo de mi aposento.

“Ante el pensamiento de la posibilidad de que mi trabajo pudiese ser interrumpido en el

periodo decisivo, volvíme iracundo y activo. Salí inmediatamente con mis tres libros de notas, mi talonario... el canalla de Marvel los tiene ahora... y los remití desde la sucursal de correos más cercana a una agencia de Great Portland Street... Traté de salir de casa con la mayor cautela posible. Al regresar encontré al casero que subía quietamente las escaleras... supongo que me oyó cerrar la puerta cuando salí. Se hubiera usted reído al verle embutirse en el descansillo cuando oyó mis pasos detrás. Miróme recelosamente al pasar y cerró la puerta dando un portazo que hizo estremecer la casa. Oí acercarse de puntillas hasta mi descansillo, detenerse un momento y descender después. Me puse a hacer los preparativos inmediatamente.

“Todo quedó hecho entre la noche y la noche. Mientras estaba todavía bajo la influencia debilitante y estupefaciente de las drogas que decoloran la sangre, oí un repetido llamamiento a la puerta. Cesó, oí pisadas que se alejaban para volver al poco rato, y los golpes continuaron. Observé que trataban de introducir algo por debajo de la puerta... un papel azul. Entonces, en un acceso de irritación, levantéme, fui a la puerta y la abrí de par en par.

—“¿Qué ocurre pues?—dije.

“Era mi casero, con una orden de lanzamiento o cosa así. Tendiéndonela, vió algo raro en mis manos, supongo, y levantó los ojos a mi rostro.

“Durante un momento se quedó con la boca abierta. Después lanzó una especie de grito inarticulado, dejó caer la vela, y corrió tambaleando por el oscuro pasillo en demanda de la escalera.

“Cerré la puerta con llave y me planté frente al espejo. Entonces comprendí su terror... Mi rostro era blanco... blanco como el mármol.

“Pero aquí do fué terrible. Yo no había

contado con el sufrimiento. Una noche de torturadora angustia, de abatimiento y desmayo. No exhalé una queja, aun cuando mi piel ardía, mi cuerpo era fuego, sino que permanecía inmóvil como un muerto. Entonces comprendí por qué el gato maullaba lastimosamente hasta que le administré el clorofórmico. Afortunadamente yo vivía solo y nadie venía a mi casa. Hubo momentos en que me fué imposible contener un gemido o un sollozo... pero todo lo sobrellevé. Quedé insensible, y desperté desfallecido en la obscuridad.

“El dolor había desaparecido. Creí que me estaba matando y no hice caso. Jamás olvidaré aquella alborada, y el extraño horror que se apoderó de mí al ver que mis manos se habían vuelto como el cristal empañado, y observándolas, noté que se hacían más claras y transparentes a medida que avanzaba el día, hasta que por fin pude ver la revuelta confusión de mi aposento a través de ellas, aún cuando cerrase mis transparentes párpados. Mis piernas se hicieron cristalinas, los huesos y arterias se desvanecieron, siendo lo último que ví los pequeños filetes nerviosos. Apreté los dientes y esperé el final...

A lo último sólo las puntas de las uñas continuaron visibles, y algunas manchas de un ácido en mis dedos.

“Traté de levantarme. Al principio me encontré tan incapaz como un niño de teta... vacilando sobre unas piernas que no podía ver. Me sentía débil y hambriento. Acercuéme al espejo y no noté nada... nada, excepto un pigmento atenuado que permanecía todavía tras la retina, tan débil como la niebla. Para verle tuve que ponerme el espejo sobre la frente.

“Fué sólo mediante un frenético esfuerzo de voluntad, el colocarme en el aparato para completar la operación.

“Dormí durante las primeras horas del día, poniéndome la sábana sobre los ojos para impedir la luz, y sobre mediodía me despertaron unos golpes dados en la puerta. Mis fuerzas habían vuelto. Sentéme a escuchar y oí unos murmullos. Echéme de la cama, y, procurando hacer el menor ruido posible, empecé a desmontar mis aparatos, distribuyendo las piezas por el aposento para evitar la posibilidad de que pudiesen ser montadas. Bien pronto se renovaron los golpes y se oyeron algunas voces, primero la de mi casero y luego otras dos. Les contesté para ganar tiempo. El invisible pedazo de lana y la almohada me cayeron bajo la mano, y yo abrí la ventana depositándolos sobre la tapa del depósito. Al hacer esta operación sentí un erujido en la puerta. Alguien había empu-

jado con intención de hacer saltar la cerradura. Pero los gruesos tornillos que yo había colocado días antes resistieron. Me alarmaron... me hicieron encolerizar. Comencé a temblar y a hacer las cosas precipitadamente.

“Reuní en un montón papeles inútiles, paja, papel de embalar y otros objetos por el estilo, en medio del aposento y abrí el gas. En la puerta sonaban pesados golpes. No podía encontrar las cerillas. Golpée con rabia las paredes. Cerré de nuevo el gas, salté por la ventana al tejadillo del depósito, y me senté, seguro e invisible, pero temblando de cólera, a esperar los acontecimientos. Hundieron un tablero, desoerraron el cerrojo y se presentaron en la puerta. Eran el casero y sus hijastros, dos robustos muchachos de veintidós o veintitrés años. Detrás de ellos apareció el arrugado rostro de la mujer del gato.

“Excuso pintarle a usted el asombro que se apoderó de ellos al encontrar la habitación vacía. Uno de los jóvenes encaminóse a la ventana inmediatamente, abrióla y asomó la cabeza. Sus ojos y su semblante no distaban de mí ni dos palmos. Me asaltaron tentaciones de sacudirle un golpe en plena cara, pero pude contenerme.

“Miraba en mi dirección. Lo mismo hicieron los otros cuando se reunieron con él. El viejo miró debajo de la cama, y luego, juntos, se encaminaron a la alacena. Después comenzaron a discutir sobre la extraordinaria desaparición, hasta que convinieron en que yo no les había contestado, habiéndoles engañado su imaginación. Un sentimiento de inmenso engrimiento reemplazó a mi cólera, cuando me ví sentado allí, a dos pasos de aquellas cuatro personas... pues la vieja acudió, mirando recelosamente en torno suyo... tratando de conocer el enigma de mi existencia.

“El judío, en cuanto me fué posible entender su jerga políglota, convino con la vieja del gato en que yo era vivisector. Los hijastros adujeron, en un inglés chapurrado, que yo era electricista, como lo demostraban los dinamos y los acumuladores. Todos estaban muy nerviosos acerca de mi probable regreso, aun cuando después me encontré con que habían atrancado la puerta de la calle. La vieja del gato escudriñó debajo de la cama y dentro de la alacena. Uno de los inquilinos, un frutero, que compartía con un carnicero la habitación de enfrente, apareció en el descansillo, y fué llamado, y dijo un cúmulo de cosas incoherentes.

“Ocurrióseme que lo peculiar de mis radiadores, si llegaban a caer en manos de alguna persona perspicaz e instruida, podían dar pábulo a experimentos, y, aprovechando



Dió un grito inarticulado y dejó caer palmatoria y papel.

una oportunidad, salté del depósito al aposento, y dando un rodeo, derribé uno de los pequeños dinamos en que los radiadores estaban, cayendo todo al suelo y haciéndose añicos. ¡Qué susto recibieron!... Después, mientras trataban de explicarse el accidente, salí de la estancia y bajé suavemente las escaleras.

“Metíme en un gabinete y esperé hasta que bajaron, aún discutiendo y argumentando, todos algo decepcionados por no haber encontrado “horrores”, y algo dudosos de si habían procedido legalmente con respecto a mí.

Tan pronto como hubieron descendido al

piso bajo, deslicéme de nuevo con una caja de cerillas, pegué fuego a mi montón de papeles, puse encima las sillas y la mesa, conduje el gas allí por medio de un tubo de caucho...”

—¿Quemó usted la casa?—exclamó Kemp.

—¿Quemé la casa! Era la única manera de borrar mis huellas, y no dudo que lo conseguí.

“...Descorrí los cerrojos de la puerta de la calle y me encontré fuera. Era invisible, y empezaba justamente a tocar las ventanillas que me procuraba mi invisibilidad. En mi cabeza bullían ya las cosas admirables y maravillosas que podía llevar a cabo impunemente.”

CAPITULO XXI

En Oxford Street

"Al bajar las escaleras, la primera vez encontré una inesperada dificultad en el hecho que no me podía ver los pies, realmente, resbalé dos veces y demostré una desusada torpeza para encontrar el cerrojo y para no caer. Después, llegué a caminar, sin perder el equilibrio, de una manera pasable.

"Mi carácter se había hecho irritable. Me sentía como un hombre con vista, visitando silenciosas vestiduras y mullidos escarpines, se sentiría en una ciudad de ciegos. Experimenté un violento impulso de bromear, de asustar a las gentes, golpearles en la espalda, echarles a rodar el sombrero, y gozar de mi extraordinaria ventaja.

"Pero apenas había desembocado en Great Portland Street (mi casa estaba próxima a las grandes tiendas de paños de esta calle), cuando sentí un violento golpe que me hizo precipitarme a un lado, y, al volver la cabeza, ví a un hombre cargado con una cesta de sifones de agua de Seltz, que examinaba con asombro su mercancía. Aun cuando el golpe me había hecho daño, encontré algo tan cómico en su estupor, que solté la carejada. "El demonio está en la cesta", dije, y repentinamente tiré del cesto. El lo dejó ir sin resistencia, y yo proyecté en el aire continente y contenido.

"Pero un bárbaro de cochero, que estaba en la puerta de una taberna, se precipitó de un salto, para recogerlo, y sus dedos me golpearon con gran violencia debajo de la oreja. Yo dejé caer el cesto y las botellas sobre el cochero, y después, a los gritos y ruidos de pasadas en torno nuestro, a la vista de la gente que salía de las tiendas y de los vehículos que se detenían, comprendí que me había metido en un atolladero, y maldiciendo mi insensatez, me recliné en el escaparate de una tienda y preparé a alejarme del tumulto. En un momento podía verme envuelto por un grupo e inevitablemente descubierto. Empujé delante de mí a un muchacho, que afortunadamente no se volvió a ver quién era, y me deslicé detrás de un carruaje. No sé cómo terminaría aquel asunto. Corrí en derechura por medio de la calle, que no estaba muy concurrida, y sin darme cuenta de la dirección emprendida, asustado por el accidente anterior, encontréme en medio del gentío que transita por la tarde en Oxford Street.

"Traté de atravesar por entre la multitud, pero ésta estaba demasiado aglomerada, y en un momento mis talones se vieron pisados inhumanamente. Salí al arroyo, lo desigual de

cuyo pavimento me lastimaba los pies, y, acto seguido, la vara de un cabriolé me echó a rodar de un golpe en la paletilla. Salí de debajo de las ruedas, evité una bicicleta, y me encontré detrás del cabriolé. Salvóme un feliz pensamiento, y como el carruaje caminase lentamente, seguíle entre las ruedas traseras, temblando y asombrado del giro de mi aventura, y no sólo temblando, sino tiritando. Era un brillante día de enero, y yo estaba completamente desnudo, y la delgada capa de barro que cubría el arroyo estaba casi congelada. Por extraño que me parezca ahora, yo no había previsto que, transparente o no, sería sensible a las variaciones atmosféricas y a sus consecuencias.

"Después, una brillante idea cruzó repentinamente por mi cabeza. Corrí unos pasos y me encaramé al carruaje. Y así, temblando, asustado, y resollando con las primeras intimaciones de un resfriado, y con las contusiones de la espalda comenzando a dolerme, crucé lentamente a lo largo de Oxford Street y pasé Tottenham Court Road. Mi humor era tan diferente del que me animaba a mi salida, diez minutos antes, como es posible imaginar. ¡Buena estaba la invisibilidad! El único pensamiento que me ocupaba era el de salir de aquel berengenal en que estaba metido.

"Seguimos hasta pasar Mudie, y allí, una mujer alta, con un paquete de libros en la mano, subió a mi cabriolé, saltando yo a tiempo para que no tropezásemos, rozando en mi fuga con un tranvía. Tomé el camino de Bloomsbury Square, con intención de ganar la parte norte del Museo y encontrarme en un barrio tranquilo. Tenía mucho frío, y lo extraño de mi situación me enervaba de tal modo, que no pude contener los sollozos mientras caminaba. En uno de los ángulos de la plaza un perrillo blanco salió de las oficinas de la Sociedad Farmacéutica, e inmediatamente me siguió husmeando con la nariz pegada al suelo.

"Jamás había reflexionado en ello, pero la nariz es a la inteligencia de un perro lo que el ojo a la inteligencia de un hombre; los perros olfatean los efluvios de un hombre como los hombres distinguen su visible apariencia. El animalito empezó a ladrar y a latir, demostrando, como me pareció claro, que se daba cuenta de mi presencia. Crucé la Great Russel Street, mirando de reojo, y recorrí parte de Montague Street antes de fijar mi situación.

"Entonces oí los sonidos de una música y mirando a lo largo de la calle ví una gran multitud que desembocaba por Russel Square, algunos iban con jerséis rojos y la bandera de la "Salvation Army" al frente. Se-

mejante multitud, que llenaba la calle a lo ancho, me hubiera sido imposible atravesarla, y temiendo que me arrastrasen, llevándome Dios sabe dónde, aguijoneado por la necesidad del momento, subí los blancos escalones de una casa situada frente a la balaustrada del Museo, determinando permanecer allí hasta que la gente hubiera pasado. Afortunadamente, el perrito detuvo sus investigaciones al ruido de la banda, y volvió grupas, dirigiéndose hacia Bloomsbury Square otra vez.

“Y llegó la banda, ejecutando con inconsciente ironía aquel himno de “¿Cuándo podremos ver su faz?” y parecióme interminable el tiempo antes que aquel torrente de personas me dejase libre acceso. Bum, bum, bum, sonaban los platillos con vibrante estrépito, y por el momento no presté atención a dos pilluelos que se habían detenido cerca de mí.

“—Mira eso—dijo uno.

“—¿El qué?—replicó el otro.

“—¿Cómo? Esas pisadas... desnudas. Como las que deja uno en el lodo.

“Miré al suelo y ví a los chiquillos inclinados y examinando las fangosas huellas que yo había dejado detrás de mí, sobre los recién blanqueados escalones. La gente que pasaba les distrajo de su examen, pero para volver más tarde a la carga. “Bum, bum, bum, cuando, bum, podremos ver, bum, su faz, bum, bum.”

“—Por aquí ha subido un hombre con los pies desnudos, o yo no sé lo que me pesco—dijo uno.

“—Y no ha vuelto a bajar. De un pie le salía sangre.

El grueso de la gente había pasado ya.

“—Fíjate aquí, Ted—exclamó el más joven de los chicos, con una vibración de sorpresa en su voz y señalando mi pie. Seguí la indicación y observé inmediatamente el vago contorno señalado por manchas de barro. Por un momento quedé paralizado.

“—¡Calla... y eso anda!—observó el mayor.—¡Te digo que anda! Como si fuese el fantasma de un pie... ¿Verdad?

Titubeé un momento y extendí la mano abierta. Un hombre se detuvo para ver lo que buscaba, y luego una muchacha. Un momento más, y me tocaba. Pensé lo que debía hacer. Dí un paso, el muchacho retrocedió, lanzando una exclamación, y con un rápido movimiento me amparé en el pórtico de la casa contigua. Pero el muchacho más pequeño fué

lo bastante perspicaz para seguir mi movimiento, y antes de que yo estuviera abajo y en la calle, se había recobrado de su sorpresa y gritaba que el pie se había deslizado junto a la pared.

“Inspeccionaron los alrededores y vieron nuevas huellas en el último escalón y en la acera.

“—¿Qué buscáis?—preguntó alguien.

“—¡Pies! ¡Mire usted! ¡Pies que andan!

“Toda la gente de la calle, excepto mis tres perseguidores, había echado detrás del “Salvation Army”, y esta oleada no sólo me impedía a mí el tránsito sino a ellos. Todo se volvían preguntas y exclamaciones. Arrollando a un individuo, pude echar a andar, y un momento después corría a lo largo de Russel Square, seguido de seis o siete personas asombradas, que se guiaban por mis huellas. La ocasión no era oportuna para explicaciones, pues pronto hubiese tenido un ejército detrás.

“Dos veces doblé en redondo otras tantas esquinas, tres veces crucé la calle volviendo sobre mis pasos, y luego, cuando mis pies fueron secándose, las huellas empezaron a ser menos visibles. Por fin tuve un intervalo de respiro, y me limpié los pies con



Mirad...

las manos. Lo último que ví de la caza fué un pequeño grupo examinando con infinita perplejidad una huella impresa en un charco medio seco de Tavistock Square, una huella tan aislada e incomprensible como la que vio Robinson en su isla.

“La carrera me hizo hasta cierto punto entrar en calor, y continué con más vigor a través del déballo de calles poco frecuentadas, que se ramifican en aquella parte. La espalda me dolía bastante, así como el cuello, pues los dedos del cochero no sólo me habían contundido, sino que sus uñas me habían desgarrado la piel; los pies me hacían sufrir mucho, y uno de ellos me sangraba. Ví aproximarse a un ciego y le evité, presuroso, temiendo su sutil intuición. Ocurriéronme una o dos casuales colisiones y dejé asombrada a la gente que oía una sarta de maldiciones sin saber de dónde venían. Mi resfriado aumentaba, y, aún cuando hacía todo lo que era posible, a lo mejor se me escapaba un estornudo. Y todo perro que veía, con su nariz levantada y su curioso olfato, me llenaba de terror.

“Después, pasaron hombres y chiquillos, corriendo y gritando. Era un incendio, caminaban en dirección a mi barrio, y mirando a lo largo de una calle, ví una masa de blanco humo, proyectándose por encima de los tejados y los hilos telefónicos. Era que ardía, estaba seguro de ello, mi antigua casa; mis ropas, aparatos, todos mis recursos, en fin, excepto los tres libros y el tañón, que me esperaban en Great Portland Street, estaban allí. ¡Ardiendo! ¡Yo había quemado mis naves! El lugar estaba alumbrado por un rojizo resplandor.”

El hombre invisible se detuvo y meditó.

Kemp echó una nerviosa mirada por la ventana.

—¡Sí!—dijo.—Adelante.

CAPITULO XXII

En el Emporium

“Y terminó enero, dejando sobre mí la amenaza de un temporal de nieve pronto a desencadenarse—y si caía sobre mí, delataría mi presencia!—débil, resfriado, dolorido, inexplicablemente desorientado, y aún no del todo convencido de mi cualidad de invisible comencé esta nueva vida a que estoy condenado. No tenía refugio, ni medios, ni persona humana en quién poder confiar. Revelar mi secreto era echar por tierra todos mis planes, hacer de mí un nuevo objeto de estudio y rareza. Esto no obstante, me sentí medio inclinado a impe-

trar la misericordia de algún transeúnte. Pero comprendía demasiado el terror y la brutal crueldad que mis revelaciones evocarían. Durante mi correría por las calles no hice ningún plan. Mi sólo objeto era guarecerme de la nieve, encontrar alojamiento y calor; luego tendría tiempo de reflexionar. Pero aun para mí, un hombre invisible, los umbrales de las casas de Londres estaban tapiados, prohibidos y guardados.

“Tan sólo una cosa era clara ante mis ojos: el frío, la exposición y la miseria de la nevada de la noche.

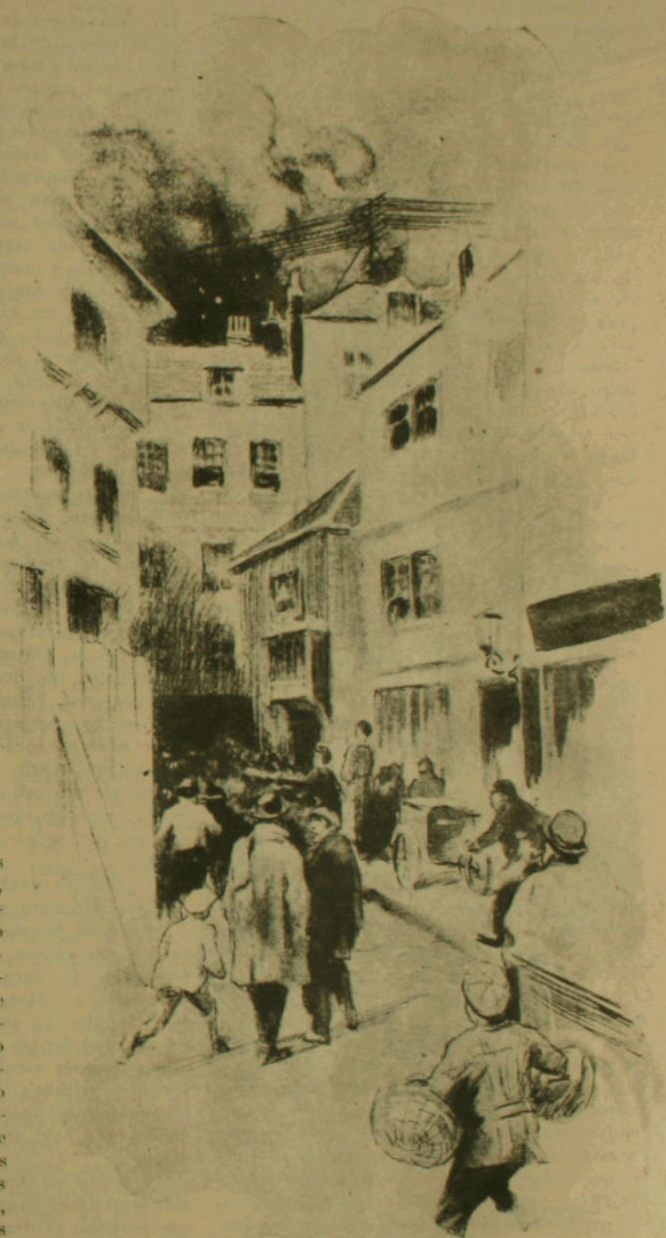
“Y entonces tuve una brillante idea; tomé una de las calles que van de Gowen Street a Tottenham Cour Road, y encontréme frente al Emporium, ese inmenso establecimiento donde se vende de todo... ya lo conoce usted, comida, drogas, lencería, muebles, trajes, hasta cuadros al óleo... una colección de tiendas, mejor que una tienda. Pensé que encontraría las puertas abiertas, pero estaban cerradas, y como permaneciese junto a la puerta principal, pasó un carruaje, y un individuo de uniforme... ya conoce usted la clase de personaje, con la inscripción “Onmiunn” en la gorra... abrió la puerta. Conseguí introducirme, y caminando por el bazar... por un departamento para la venta de cintas, guantes, medias y cosas por el estilo... llegué a una región más espaciosa, dedicada a géneros de cestería y muebles de mimbre.

“Allí no me sentía seguro, los dependientes iban y venían, y estuve desasossegado hasta que llegué a una sección más capaz, en el primer piso, y conteniendo gran número de camas, y entre éstas me agazapé, encontrando por fin un lugar a propósito entre una pila de colchones... El departamento estaba alumbrado y reinaba en él un agradable calor, por lo cual decidí permanecer oculto donde estaba, observando cuidadosamente los dos o tres grupos de dependientes y parroquianos que circulaban por allí, hasta que llegase la hora de cerrar. Entonces podría, pensé, saquear el bazar y encontrar comida, ropa y artículos para disfrazarme y quizás dormir en sitio seguro. El plan parecía muy aceptable. La idea era procurarme ropas que me diesen una figura tolerable, tomar dinero y después recoger mis libros y paquetes donde me esperaban, alquilar una habitación ne cualquier parte, y elaborar planes para la completa realización de las ventajas que mi invisibilidad me daba (y así lo creo aún) sobre los demás hombres.

“La hora de cerrar no se hizo esperar mucho. No había pasado mucho rato, desde que había tomado posesión del colchón, cuan-

do vi cerrarse los postigos de las ventanas y los parroquianos dirigirse a la salida. Y después un grupo de vivarachos jóvenes empezaron con notable ligereza a arreglar los artículos que estaban desordenados. Abandoné mi escondite cuando los grupos empezaron a clarear y me deslicé cautelosamente en las partes menos desoladas del establecimiento. Me sorprendió ver cuán rápidamente aquellos jóvenes, hombres y mujeres, plegaban y colocaban los objetos desenvueltos para la venta durante el día. Todas las cajas de géneros, los festones de encaje, las cajas de dulces en la sección de ultramarinos, las muestras de esto y lo otro, eran recogidos, envueltos y colocados en limpios receptáculos, y lo que podía ser recogido era cubierto con sábanas de grosero tejido. Finalmente, todas las sillas fueron devueltas sobre los escaparates, dejando el piso despejado. Tan pronto como hubieron concluido, salieron con una expresión animada que me pareció rara en dependientes. Después, vino una patrulla de muchachos desparramando aserrín y manejando palas y escobas. Durante algún tiempo, mientras erraba por las desiertas y oscuras secciones, pude oír el roce de las escobas. Y por fin, una hora o más después que la venta había acabado, oyóse un estrépito de puertas que se cerraban.

El silencio reinó en el establecimiento, y yo me encontré vagando a través de



Noté una gran humareda negra por sobre los techos...

los vastos e intrincados departamentos, galerías y gabinetes del inmenso edificio. Todo estaba tranquilo... en uno de los lugares recuerdo que pasé cerca de las puertas que

dan a Tottenham Court Road, y oí las pisadas de los transeúntes en la acera.

"Mi primera visita fué para la sección de guantes y calcetines. Estaba sumamente obscuro y me costó un trabajo inmenso dar con las cerillas, pero por fin encontré una caja encima del pupitre de una de las taquillas. Después necesitaba bujía. Tuve que revolver paquetes y desordenar buen número de cajas antes de dar con lo que buscaba, y ya con luz me dediqué a proveerme de los artículos que me convenían en aquella sección; un traje interior de lana, después, calcetines, un chaleco de Bayona, y acto seguido me trasladé a la sección de ropas hechas. Allí escogí pantalones, un largo chaqué, un sobretodo y un sombrero flexible... una especie de sombrero clerical con el ala de delante vuelta hacia abajo. Empecé a parecerme de nuevo a un sér humano, y mi próximo pensamiento fué comer.

"En el piso alto había una especie de repostería, y allí encontré fiambres. Quedaba todavía café en el recipiente y lo calenté, procurando hacer el menor perjuicio posible. Luego, deslizándome por medio de las naves en busca de mantas—por último dí con un montón de colchas,—llegué a la sección de abacería, donde me atraqué de chocolate y dulces secos, remojando estos postres con una botella de Borgoña blanco. Próximo a éste, estaba el departamento de juguetes y se me ocurrió una brillante idea. Encontré una gran variedad de narices postizas... narices de cartón, ya sabe usted, y relacioné esta idea con la de unos anteojos ahumados. Pero en el bazar no había sección de óptica. Mi nariz era realmente una dificultad. Había pensado pintármela, pero el descubrimiento llevó mi mente al terreno de pelucas, antifaces y cosas por el estilo. Finalmente, me eché a dormir sobre el montón de colchas, muy cómodo y abrigado.

"Los últimos pensamientos, antes de dormirme, eran los más agradables que había tenido desde el cambio. Me encontraba en un estado de serenidad material, que se reflejaba en mi mente. Imaginaba poder escurrirme del bazar a la siguiente mañana, inadvertidamente y equipado como estaba, envolviéndome la cabeza con un lienzo blanco que tenía prevenido, y luego compraría las gafas con el dinero que había sustraído, completando mi disfraz. Sumé en desordenados sueños de todas las fantásticas cosas que me habían ocurrido en aquellos últimos días. Veía al horrible y diminuto judío vociferando en mi aposento, maravillados a sus dos hijastros, y la arrugada cara de la vieja preguntándome por su gato. Experimenté de nuevo la extraña sensación de

ver desaparecer la ropa, y de nuevo me ví en la ladera de la colina y junto al andrajoso anciano, mascullando: "La tierra a la tierra, las cenizas a las cenizas, el polvo al polvo", sobre la abierta fosa de mi padre.

"—¡Tú también!—dijo una voz, y súbitamente me ví arrastrado a la sepultura. Luché, grité, supliqué a los asistentes, pero todos continuaban imperturbables; el anciano clérigo tampoco se movió, tosiendo y resolando a cada versículo. Percatéme de que era invisible e inaudible, que una fuerza irresistible había hecho presa en mí. En vano quise luchar, me ví al borde, la caja desapareció en el hoyo cuando estuve tendido en ella, y la tierra cayó sobre mí a paletadas. Nadie me atendía, nadie se cuidaba de mí. Luché convulsivamente, y desperté.

"Se iniciaba la pálida aurora de Londres, el lugar estaba alumbrado por una luz glacial y grisácea que se filtraba por los resquicios de las ventanas. Sentéme, y, durante un momento, no pude darme cuenta de lo que pudiera ser aquel amplio departamento con sus mostradores, sus pirámides de géneros, sus montones de colchas y almohadas; después, despejada mi memoria, oí voces que conversaban no muy lejos.

"Entonces, distantes unos veinte pasos, a la brillante luz de algún departamento cuyas ventanas habían sido abiertas, ví dos hombres que se aproximaban. Me puse en pie y miré en torno mío, buscando por donde escapar, y, sin duda, produje algún ruido, puesto que se dieron cuenta de mi presencia. Supongo que no vieron más que una sombra que se alejaba quieta, pero rápidamente.

"—¿Qué es eso?—exclamó uno, y

"—¡Deténgase usted!—gritó el otro.

"Gané un ángulo, dando de narices... ¡un cuerpo sin cabeza, fíjese usted!... con un muchacho de unos quince años. Espantóse, echéle a rodar, pasé por encima, doblé otro ángulo, y, por una feliz inspiración, me agazapé debajo de un mostrador. Un momento después escuché ruido de pasos, y voces que gritaban: "¡Cerrad las puertas!" preguntándose unos a otros qué ocurría, y dando cada cual una opinión para mi segura detención.

"Tendí en tierra, me sentí espantado, sin ocurrírseme nada. Ni siquiera, por raro que parezca, el desnudarme, único medio de salvación. Creo que, habiéndome hecho el ánimo de salir con mis ropas, la idea me sugestionaba. Pero pronto alguien descubrió mi escondrijo, pues oí un grito de "¡Aquí está!"

"Púseme en pie, cogí una silla y se la lancé al estúpido que había gritado, volví

la espalda, doblé otra esquina y eché escaleras arriba por unas que me salieron al frente. El empleado que me había descubierto, aguantó el golpe de pie, lanzó un grito de alarma y corrió detrás de mí con ardor. A los lados de la escalera estaban apilados una multitud de esos cacharros pintados con brillantes colores... ¿Cómo se llaman?

—Tibores—sugirió Kemp.

—¡Eso es! Tibores. Bueno, me detuve en el descansillo y me volví de frente, apoderándome de uno y se lo rompí en aquel melón de cabeza cuando lo tuve a tiro. La pila entera de cacharros se desplomó con estrépito, y oí gritos y carreras que venían de todos lados. Empecé una carrera loca hacia la repostería, y allí encontré a un hombre puesto de blanco, que tomó parte en la caza. Hice un último y desesperado esfuerzo y encontréme entre lámparas y artículos de ferretería. Metíme detrás del mostrador de este departamento, y esperé a mi cocinero, y, cuando en el entusiasmo de la persecución, se me puso cerca, le doblé de un lamparazo. Rodó maltrecho y yo, acurrucándome detrás del mostrador, empecé a desnudarme tan deprisa como me fué posible. Sobre todo, chaqué, pantalones, calcetines, todo fué bien, pero las camisetas se pegan al cuerpo tenazmente. Oí que se aproximaban; mi cocinero permanecía tendido enfrente del mostrador, aturdido y desmayado, y yo tuve que dar otra escapada, como un conejo echado de su gazapera por el hurón.

—¡Por aquí, policeman!—gritaba alguien. Encontréme de nuevo en la sección de camas, y al final había una serie de roperos. Trasconejéme entre ellos, me adosé entre dos, pude librarme de la elástica tras infinitos esfuerzos, y me ví de nuevo un hombre libre, jadeante y lleno de espanto, en el preciso momento en que el policeman y tres dependientes doblaban la esquina del departamento. Se precipitaron sobre la camiseta.

—¡Va dejando el botín!—dijo uno de los jóvenes.—¡Debe estar aquí precisamente!

—Pero no me encontraron, como es de suponer.

—Les estuve contemplando en sus pesquisas un rato, maldiciendo la mala suerte que me había hecho perder mis ropas. Después encaminéme a la repostería, tomé un poco de leche que encontré por allí, y me senté junto a la estufa a considerar mi posición.

—Un poco después entraron dos dependientes y empezaron a hablar del asunto con gran excitación y como unos necios que eran. Oí una magnífica relación de mis depredaciones, y ciertas consideraciones acerca de mi

paradero. Entonces me sentí predispuesto a fraguar una nueva intriga. La insuperable dificultad del recinto, mayormente habiendo cuñado la alarma, me dejaba pocas esperanzas. Bajé al piso inferior y me metí en los almacenes para ver si podía reunir y enviar un paquete, pero no pude comprender el sistema de entrega. Sobre las once de la mañana, cuando la nieve se derretía, con un tiempo más templado que el día anterior, en vista de que el Emporium era un caso des-



Un hombre de uniforme.

esperado, sali a la calle exasperado por mi fracaso, y formando vagos planes en mi mente.

CAPITULO XXIII

En Drury Lane

—Usted empezará a darse cuenta— dijo el hombre invisible—de todas las desventajas de mi posición. Sin alojamiento... sin abrigo... el procurarme ropas era perder todas mis ventajas, hacer de mí un objeto extraño y terrible. Estaba en ayunas; si comía, me llenaba de materias que, hasta no asimilarse, me hacían grotescamente visible.

—No había caído en eso—dijo Kemp.

—Ni yo. Y las nieve me había avisado de otros peligros. Nevando, no podía salir al aire libre... al caer sobre mí me delataba. La lluvia, asimismo, me convertía en un contorno líquido, la reluciente superficie de un hombre... una burbuja. Y la neblina... hubiera parecido una burbuja más tenue en una niebla, una superficie, un repugnante escorzo de humanidad. Además de lo cual, al transitar por las calles... el ambiente de Londres... recogía lodo en las piernas, átomos de carbón y lodo en la piel, y no podía precisar en cuánto tiempo me bosquejarían aquellas escorias. Pero comprendí que el intervalo no sería muy largo.

—No... y en Londres a mayor abundamiento.

—Eché por callejuelas hacia la Great Portland Street y encontréme al extremo de la calle en que había vivido. No tomé aquella dirección a causa del grupo que contemplaba las humeantes ruinas de la casa que yo había incendiado. El problema más urgente era procurarme ropa. Entonces ví en una de esas tiendas que, a título de mercería, venden una multitud de bagatelitas... aleluyas, bombones, juguetes, cromos, y otras chucherías... ví, digo, una colección de carretas y narices postizas, recordándome la idea que se me ocurrió en la sección de juguetes del Emporium. Dí la vuelta, y, ya no sin objeto, encaminéme, evitando las vías concurridas, hacia las calles que caen a espaldas del Strand; pues recordaba, si bien de una manera confusa, que en aquel distrito había algunas tiendas de trajes de teatro.

El día era frío, con un viento glacial que se colaba por las calles accesibles al norte. Caminé a prisa para desentumecerme. Cada transeunte era un peligro que había que vigilar cuidadosamente. Un hombre, cuando iba a cruzar yo lo alto de Bedford Street, vol-

vióse bruscamente y me dió un encontronazo, echándome al arroyo, casi debajo de las ruedas de un coche de plaza. El incidente me enervó tanto, que me dirigí al mercado de Convent Garden y me senté un buen rato en un rincón, junto a un puesto de violetas, tembloroso y jadeante. Como había atrapado un nuevo resfriado, tuve que largarme antes de que mis estornudos llamasen la atención.

“Por último, llegué al objeto de mis ansias, una sucia y reducida tenducha en un callejón afuente a Drury Lane, con un velado escaparate lleno de oropeles, joyas de latón, pelucas, babuchas, dominos y retratos de actores. La tienda era de vetusta apariencia, honda y lóbrega, y por encima se elevaban cuatro pisos de paredes negras y descascaradas. Atisé a través del escaparate, y no viendo nadie dentro, penetré. Al abrir la puerta, una especie de cencerro repicó fuertemente. No cerré, y me deslicé a lo largo de un estante, hasta ganar un rincón detrás de un caballete. Pasaron unos momentos antes de que acudiera nadie. Después oí unos pasos, pasos pesados que hacían crujir el pavimento, y se presentó un hombre.

“Mi plan no estaba perfectamente definido. Mi propósito era meterme en la casa, deslizarme hasta el piso alto, esperar una oportunidad, y, cuando todo estuviese tranquilo, apoderarme de una peluca, antifaz, gafas y traje, y presentarme ante la gente, con una figura, quizás extravagante, pero presentable. Y, naturalmente, tomar el dinero que me viniese a las manos.

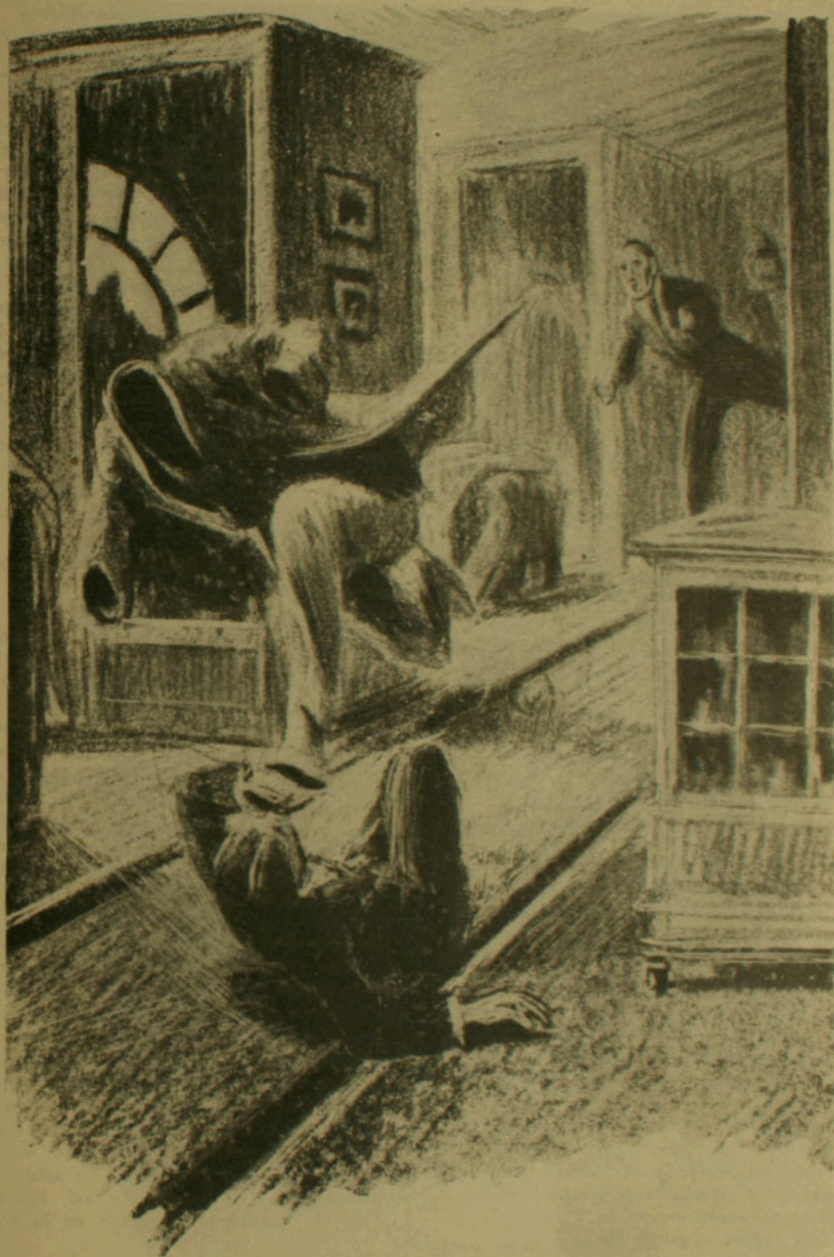
“El hombre que acudió era una criatura bajita, ligeramente jorobado, de largos brazos y cortas piernas. Evidentemente había interrumpido su comida. Echó en torno suyo una mirada interrogadora. Primero fué sorpresa, luego ira, lo que le causó ver la tienda vacía.

“—¡Malditos chiquillos!—dijo.

“Salí a la puerta y miró arriba y abajo. Entró, cerró la puerta de un puntapié, y se dirigió murmurando a la trastienda.

“Salí de mi rincón para seguirle, y al ruido de mi movimiento se paró en seco. Seguí su ejemplo, asombrado de un oído tan fino. Cerró la puerta de la trastienda en mis narices.

“Me quedé titubeando. De pronto, oí sus pasos que se acercaban vivamente, y la puerta se abrió. Examinó desde allí toda la tienda con la expresión de uno que no está satisfecho. Después, murmurando otra vez, miró debajo del mostrador y detrás de algunos estantes. Después se detuvo indeciso. Como hubiese dejado la puerta abierta,



Le hice rodar por tierra saltando por sobre él.

me escurrí al interior, metiéndome en la primera habitación.

“Era un reducido aposento, pobremente amueblado, en uno de cuyos rincones había

un montón de caretas. Sobre la mesa estaba el demorado almuerzo, y fué para mí un condenado suplicio, Kemp, verme obligado a olfatear su café y estar alerta hasta que

volvió a continuar su comida. Y sus maneras en la mesa eran irritantes. Tres puertas daban a esta habitación, una que conducía al piso alto, y otra al sótano, además de la de la tienda. Yo no podía salir de allí mientras él estuviese; apenas podía moverme, temiendo su perspicacia, y a mi espalda había un tragaluz. Dos veces pude sofocar un estornudo.

“Aún cuando la sensación fuese curiosa y nueva, me sentía cansado, y la cólera empezaba a dominarme, cuando terminó su almuerzo. Pero lo terminó al fin, y colocando la misera vajilla en la negra bandeja florada, y recogiendo todas las migajas en el mugriento mantel, cogiólo todo y se fué con ello. La carga le impidió cerrar la puerta tras él... como sin duda hubiera hecho. Jamás he visto hombre tan escrupuloso en esto de cerrar las puertas... y siguió a un desaseado sotanillo, que servía de cocina y fregadero. Tuve el placer de verle empezar el fregado de la vajilla, y luego, no creyendo prudente mantenerme allí, y sintiendo que mis pies se enfriaban en aquel húmedo suelo, gané la escalera, y me senté en su poltrona junto al fuego. Este iba disminuyendo, y sin darme cuenta añadí un trozo de cok. El ruido de esta operación le atrajo inmediatamente, y miró asombrado. Examinó la habitación y estuvo a un dedo de tropezar conmigo. Aún después de este examen, no pareció del todo satisfecho. Se detuvo en el umbral y echó una mirada circular antes de salir.

“Esperé allí como cosa de un siglo, así me pareció, y por fin volvió, y abrió la puerta del piso alto. Le seguí de cerca.

“En la escalera se detuvo súbitamente, tanto, que por poco me echo encima de él. Miraba hacia abajo, a un palmo de mi rostro, y escuchaba.

“—¡Hubiese jurado!—dijo.

“Su larga y velluda mano acarició el labio inferior; sus ojos iban arriba y abajo. Hizo un gesto y continuó la ascensión. Su mano estaba sobre el picaporte de una puerta, cuando se detuvo de nuevo, con la misma expresión de cólico asombro en el semblante. A su fino oído llegaba el leve ruido de mis movimientos. Aquel hombre tenía diabólicamente desarrollado el sentido auditivo. Súbitamente montó en cólera.

“—¡Si hubiese alguien en esta casa!...—exclamó soltando un terno y dejando inconclusa la amenaza. Se metió la mano en el bolsillo, no encontró lo que buscaba, y, pasando por mi lado, bajó las escaleras cautelosamente. Pero yo no le seguí; sentéme en el descansillo, esperando que volviese.

“Subió bien pronto, mascullando Dios sabe

qué. Abrió la puerta de la habitación, y, antes de que yo pudiese seguirle, cerró, dejándome fuera.

“Resolví explorar la casa, y ocupé en ello algún tiempo, procurando hacer el menor ruido posible. Era un antiquísimo edificio, casi ruinoso, húmedo, tanto que el papel caía a pedazos, e infestado de ratas. La mayor parte de los picaportes de las puertas habían desaparecido, de modo que no me atrevía a abrirlas. Varios aposentos que inspeccioné estaban desamueblados, y en otros se veían a lo largo de las paredes trajes de relumbrón, de segunda mano, a juzgar por su aspecto. En un cuarto inmediato al del dueño, encontré un surtido de trajes ordinarios. Empecé a revolverlos, y en mi ansiedad olvidé otra vez la admirable agudeza de su oído. Oí pasos, y, levantando la cabeza, le ví mirando el revuelto montón, y empuñando en la mano un revólver de la infancia del invento. Me quedé inmóvil, en tanto que él permaneció atisbando con cierta sorpresa.

“—¡De seguro son ellas!—dijo lentamente.—¡Condenadas!

“Cerró la puerta y oí girar la llave en la cerradura. Después sus pasos se alejaron. Dime cuenta de que estaba encerrado. En los primeros momentos no supe qué hacer. Paseé de la puerta a la ventana y de la ventana a la puerta con la mayor perplejidad. Me asaltó un acceso de cólera. Pero decidí inspeccionar primeramente la ropa, antes de intentar nada, y a la primera tentativa se desplomó una pila de prendas. Esto le hizo acudir más siniestro que nunca. Esta vez me rozó, y retrocedió con espanto, permaneciendo asombrado en mitad de la estancia.

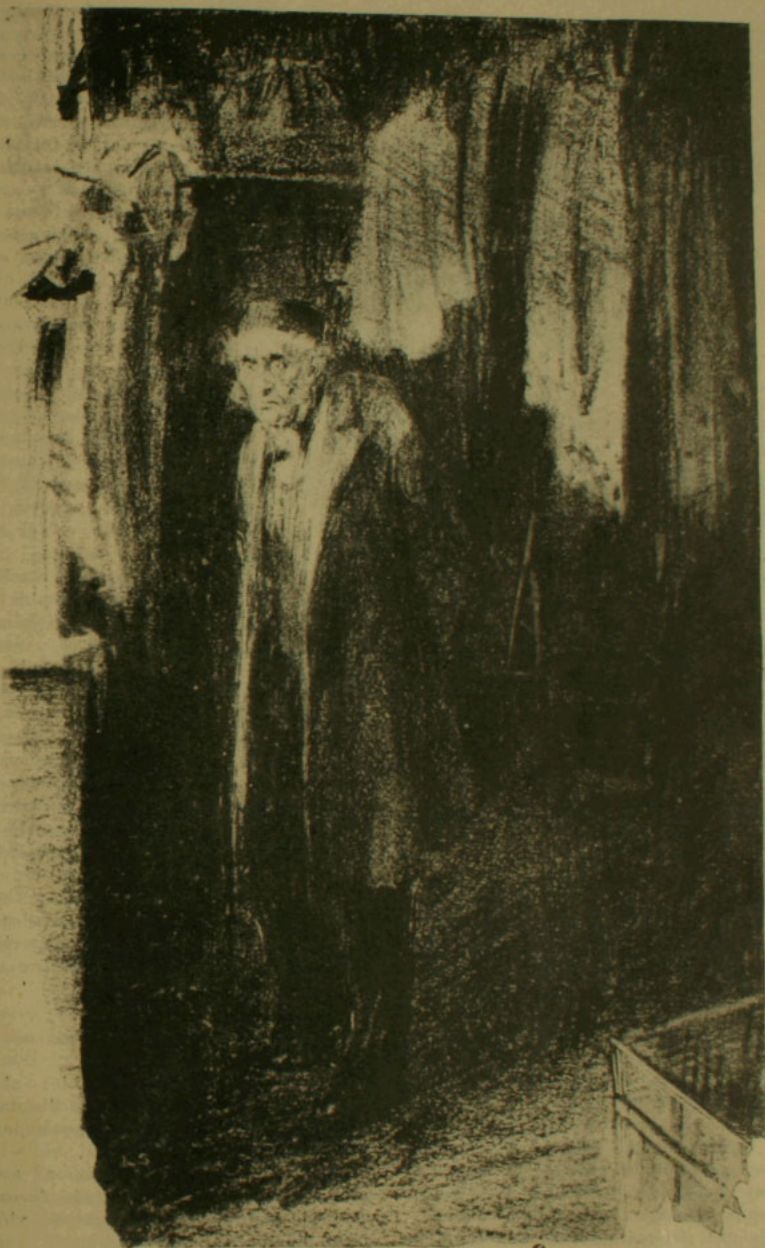
“Se serenó a los pocos momentos.

“—¡Las ratas!—dijo en voz baja y con un dedo entre los dos labios. Evidentemente estaba un poco asustado. Salí cautelosamente del cuarto, pero crujó una tabla del piso. Entonces, aquel infernal hombrecillo, se echó a recorrer la casa, cerrando todas las puertas y metiéndose las llaves en el bolsillo. Cuando me cercioré de lo que aquello significaba, asaltóme un acceso de rabia... y no pude contenerme. Yo sabía que estábamos solos en la casa, y así, sin más dilación, le descargué un golpe en la cabeza...”

—¡En la cabeza?—interrumpió Kemp.

—Sí... le aturdí, conforme iba a bajar la escalera. Le asesté por detrás con un taburete que había en el descansillo. Rodó escalera abajo como un fardo.

—¡Pero... perdóneme! Las leyes de humanidad...



Se quedó de pié mirando en torno de él.

—Son buenas para la humanidad en general.

Pero yo necesitaba salir de allí vestido y sin que él se enterase. No veía otro

medio... Y acto seguido le envolví en un traje Luis XIV y le até con una sábana.

—¡Con una sábana!

—Hice de él una especie de saco. Fué

una hermosa idea la de mantener a aquel idiota inerte y quieto, y la operación me costó un endiablado trabajo... ¡Pero, mi querido Kemp, no es cosa de que me mire usted así como si yo hubiese cometido un asesinato! El tenía un revólver. Si me hubiese visto, indudablemente...

—Pero aún así—dijo Kemp,—en Inglaterra... y en esta época! ¡Y aquel hombre estaba en su casa y usted iba... en fin, usted iba a robar!

—¡Robar! ¡Así le cuelguen! Pronto me llamará usted ladrón. ¡Seguramente, Kemp, que no irá a aducirme rancias preocupaciones! ¿No considera usted mi situación?

—¡Y la suya también!—dijo Kemp.

El hombre invisible se puso de pie violentamente.

—¿Qué quiere usted decir?—exclamó.

La fisonomía de Kemp, se endureció un tanto. Iba a estallar, pero logró reprimirse.

—Después de todo—dijo con súbito cambio de maneras,—no tenía usted otro recurso. Estaba usted en una crisis. Esto no obstante...

—¡Claro que estaba en una crisis... una crisis infernal! Y además, él me había exasperado... persiguiéndome por toda la casa, fastidiándome con su revólver, abriendo y cerrando puertas. Era sencillamente desesperante. ¿No me reerimina usted, eh? ¿No me reerimina usted?

—No reerimino a nadie!—dijo Kemp.—Eso está enteramente pasado de moda. ¿Y qué hizo usted luego?

—Tenía hambre. En el comedor encontré pan y un trozo de queso añejo... lo bastante para satisfacer mi apetito. Apuré un buen trago de aguardiente, y después transporté mi improvisado envoltorio, que seguía inmóvil, a la habitación de los trajes comunes. Esta daba a la calle, y cubrían la ventana dos visillos, grises por la vejez y el polvo. Acerquéme y atisé por los intersticios. El día era hermoso... contrastando con la lobreguez de la casa en que me encontraba. La circulación era animada... carrretones de fruta, dos coches de alquiler, un camión con cajas, el carro de un pescadero.

—Mi excitación iba dejando lugar a una clara percepción de mi estado. El cuarto estaba impregnado de un débil olor de benzolina, usada, supongo, para limpiar prendas.

—Hice una sistemática búsqueda en el lugar. Según pude juzgar, el jorobado debía vivir sólo hacía bastante tiempo. Era un singular personaje... Reuní en aquella habitación todo cuanto conceptué que podía serme útil, y después hice una selección escrupulosa. Encontré un saco de mano, que diéputé

una buena adquisición, y polvos, colorete y tafetán inglés.

—Yo había pensado pintar y empolverar todo cuando de mí no pudiese ser cubierto, con objeto de hacerme visible, pero la desventaja de este procedimiento consistía en que necesitaba trementina y otros ingredientes, y un considerable espacio de tiempo para borrar aquellas huellas visibles en un momento dado. Finalmente, escogí una nariz del mejor tipo, ligeramente carnavalesca, pero no mucho más de lo que lo son algunas verdaderas, antiparras de un azul obscuro, barbas grises y una peluca. No encontré ropa interior, pero ésta podía encontrarla después, y de momento me puse debajo algunos dominós y unos pares de calzas teatrales. Tampoco encontré calcetines, pero las botas del jorobado eran bastante cómodas y me las puse. En el cajón del mostrador encontré tres soberanos y unos treinta cheelines en plata, y en una rinconera del comedor ocho libras esterlinas en oro. Podía, pues, presentarme de nuevo en el mundo, así, equipado.

—Aquí me ocurrió una curiosa vacilación. ¿Era mi aspecto realmente pasable? Ensayé ante un espejillo e inspeccioné desde todos los puntos de vista, para descubrir cualquier olvidado detalle, pero todo lo encontré en orden. Iba extravagante y teatral, pero realmente no era una imposibilidad física. Cobrando ánimos, bajé a la tienda con mi espejillo, y allí renové, con las ventanas abiertas, mis experimentos de inspección.

—Dejé pasar unos minutos para recobrar la calma, y después abrí la puerta de la tienda y me lancé a la calle, dejando que mi hombrecillo se desembarazase de su envoltura cuando lo tuviese a bien. En cinco minutos puse una docena de calles entre mi persona y la tienda. Nadie pareció fijarse en mí con extraordinario asombro. Mi última dificultad parecía allanada."

Aquí se detuvo.

—¿Y no se preocupó usted más acerca del jorobado?—preguntó Kemp.

—No—dijo el hombre invisible;—ni sé cómo quedaría. Supongo que le libertarian o que él lograría desatarse. Los nudos estaban hechos de mano maestra.

Quedó de nuevo silencioso, se acercó a la ventana, y echó una mirada fuera.

—¿Qué ocurrió después que se vió usted fuera del Strand?

—¡Oh! Una nueva desilusión. Creía que mis tribulaciones habían concluido. Prácticamente, pensaba que podía hacer impunemente cuanto me pluguiese... todo menos dejar conocer mi secreto. Y sigo pensando así. Hiciera lo que quisiese, fuesen las con-

secuencias las que quisieran, para mí no tenía importancia. Con sólo despojarme de mis ropas, me desvanecía. Nadie podía detenerme. Podía tomar dinero allí donde lo encontrase. Decidí darme un opíparo banquete, y después alojarme en un buen hotel y acumular cuanto oro pudiese. Me sentía atrocemente confiado; no me es placentero recordar que pensaba como un asno. Entré en un restaurant y estaba dando mis órdenes para la comida cuando se me ocurrió que no podía comer si no exponía mi invisible faz. Terminé de elegir los platos, le dije al mozo que volvería a los diez minutos y salí del restaurant, furioso. No sé si alguna vez le habrán quitado a usted la comida de delante.

—No de una manera tan terminante, — dijo Kemp;—pero me figuro lo que será.

—Me daba a todos los diablos. Por último, cayéndome de debilidad, entré en otro hotel, y pedí una habitación reservada. “Estoy, dije, horriblemente desfigurado”. Me miraron con curiosidad, pero después de todo, aquello no les importaba... y pude comer por fin. El servicio dejó algo que desear, pero me dí por contento, y, cuando hube terminado, encendí un cigarro, tratando de marcar mi línea de acción. Empezaba a nevar.

“Cunado más lo pensaba, Kemp, mayor era mi convencimiento de lo absurdo de un hombre invisible... en un clima frío, y en una populosa y civilizada capital. Antes de mi loco experimento, había yo soñado mil ventajas. Aquella tarde todas me parecieron decepciones. Examiné una por una todas aquellas cosas que un hombre puede desear. No hay duda de que la invisibilidad podía proporcionármelas, pero también impedía disfrutarlas una vez adquiridas. Ambición... ¿de qué vale el orgullo de un puesto no puidien-



Y salió del cuarto armado hasta los dientes.

do parecer en él? ¿Para qué el amor de una mujer que puede llamarse Dalila en un momento dado? Yo no tengo simpatías por la política, ni por la estadística, ni por la filantropía, ni por los deportes. ¿Qué iba a hacer? ¿Y para esto me había convertido en un entrapajado misterio, en la vendada y parcheada caricatura de un hombre?”

Se detuvo y su actitud sugirió al médico una vaga mirada a la ventana.

—¿Pero cómo pudo usted llegar a Iping? —preguntó Kemp ansioso, y deseando tener a su huésped distraído.

—A Iping fui con objeto de trabajar. Tenía una esperanza... una media idea, que aún me acompaña. Pero ahora es una idea en embrión. ¡El medio de deshacer lo hecho! De volver al punto de partida cuando a mí

me plazca... es decir, cuando haya hecho todo lo que me proponía invisiblemente. Y de esto precisamente es de lo que yo quiero hablarle a usted.

—¿Fué usted directamente a Iping?

—Sí. No tuve más que tomar mis tres libros de notas y mi talonario, mi equipaje, adquirir los productos químicos necesarios para trabajar la idea que me dominaba... y partir. ¡Cielos! Recuerdo la nevada y el maldito trabajo que me costó evitar que la nieve me reblandeciese mi nariz de cartón...

—Y por último—dijo Kemp,—anteayer, cuando fué usted descubierto, prefirió usted... a juzgar por los diarios...

—Sí... lo preferí. ¿Maté a aquel imbécil de alguacil?

—No—contestó Kemp;—está en vías de curación.

—No ha tenido mala suerte, entonces. ¡Me hicieron perder los estribos aquellos estúpidos! ¿Por qué no me dejaban en paz? ¿Y el bruto del especiero?

—Tampoco morirá—dijo Kemp.

—Veremos lo que le pasa a mi socio!—dijo el hombre invisible con siniestra risa.—¡Por el cielo, Kemp, los hombres de su laya no saben lo que es furor!... ¡Haber trabajado años enteros, haber formado planes y propósitos, y que un miserable idiota venga a interponerse en el camino!... ¡Toda suerte de despreciables criaturas han venido a cruzarse en mi camino! Si esto continuase, me volvería loco... no sé lo que haría. Me han erizado de obstáculos una vía ya difícil.

CAPÍTULO XXIV

Un plan que fracasa

—Y ahora—dijo Kemp, echando una mirada de soslayo a la ventana,—¿qué vamos a hacer?

Se aproximó a su huésped para evitar la posibilidad de una súbita ojeda hacia tres hombres que avanzaban por el camino de la falda, con intolerable lentitud, como pareciera a Kemp.

—¿Qué pensaba usted hacer cuando se dirigió a esta población? ¿Tenía usted algún plan?

—Intentaba desaparecer de la comarca. Pero he cambiado de plan desde que le he visto a usted. Pensaba que sería conveniente, ahora que el tiempo es caluroso y la invisibilidad posible, siendo mi secreto conocido y estando todo el mundo preparado contra un individuo que lleva envolturas y disfraces. De aquí sale una línea de vapores para Francia. Mi idea era embarcarme en

uno y correr los riesgos de la travesía. De Francia me hubiese trasladado a España o a la Argelia. Esto no hubiera sido difícil. En aquel clima un hombre puede ser siempre invisible, sin temer el frío. Y llevar a cabo mil cosas. A Marvel le utilizaba yo como bolsillo y bagaje... y él se hubiera encargado de transportar mis cosas.

—No estaba mal pensado.

—¡Y después el grandísimo bruto me roba! Se ha llevado mis libros. ¡Mis libros, Kemp!

—¡Si le pongo las manos encima!

—Pero será mejor recuperar primero los libros.

—¿Y en dónde está? ¿Lo sabe usted?

—En el puesto de policía de la capital de provincia, encerrado, a petición suya, en el calabozo más inaccesible.

—¡Canalla!—exclamó el hombre invisible.

—Pero que no se descuide.

—Es indispensable que recobremos esos libros: son de vital interés.

—Claro—dijo Kemp, un poco nerviosamente, creyendo haber oído pisadas en la calle;—claro que los hemos de recuperar. Creo que no será difícil, no sabiendo él la importancia que tienen.

—No—dijo el hombre invisible.

Y meditó.

Kemp trató de pensar algo para continuar la conversación, pero el hombre invisible la reanudó de su propio acuerdo.

—Al penetrar en su casa de usted—dijo—todos mis planes han cambiado. Usted es un hombre que puede comprenderme. A pesar de todo lo que ha ocurrido, a pesar de la publicidad, de la pérdida de mis libros, de lo que he sufrido, quedan aún grandes probabilidades... ¿Sabe alguien que estoy aquí?—preguntó repentinamente.

Kemp vaciló.

—Nadie.

—¿Nadie?

—Ni un alma.

—¡Ah! entonces...

El hombre invisible levantóse y comenzó a pasear por la estancia con las manos a la espalda.

—He cometido una equivocación, Kemp, una gigante equivocación, llevando a cabo esta transformación sólo con mi solo cabo. He malgastado fuerzas, tiempo y ocasiones. Solo; ¡es admirable lo poco que puede hacer un hombre solo! ¡Robar una fruslería, repartir unos cuantos golpes... y pare usted de contar!

—Lo que yo necesito, Kemp, es un carcelero, un ayudante y un escondite; un lugar

(Continuará).



PACIFICO

MAGAZINE



ALIMENTO MEYER



Los distinguidos
especialistas en en-
fermedades de niños,
señores:

Otto Phillippi.
Alfredo Commentz.
Luis Calvo Macken-
na.

Adolfo Hirth.
Gilberto Infante Val-
dés.
Roberto Aguirre Lu-
co.

Alfredo Sánchez
Cruz.
Luis Cruchaga T.
Eugenio Cienfuegos.
César Morelli.
Etc., Etc.,

*recomiendan como el mejor alimento para guaguas mayores de tres me-
ses, que necesiten régimen de harinas*



De venta en las principales Boticas y Casa Gath & Chaves. Por mayor: Dau-
be y Cia., Arestizábal y Cia., Drogueria Francesa. Agentes: En Concepción
J. W. Jackson; en Valdivia, don A. Silva Lastarria y en Valparaiso, don Al-
berto Phillips.

8935

NUESTRA PORTADA

LA NIÑA DEL CANTARO ROTO

CUADRO DE GREUZE



Las maravillas de La Alhambra.



Sangre y Arena

(Novela cinematográfica de V. Blasco Ibañez)

Ilustraciones fotográficas

A nadie se le ha ocurrido seguramente pensar en el origen del cinema, ni darse cuenta del asombroso desarrollo que en menos de cincuenta años ha experimentado la cinta de celuloide que impera sin contrapeso desde las populosas capitales a las aldeas más lejanas, haciendo pasar el mundo y las creaciones humanas ante la vista de todos, pobres y ricos, ignorantes y civilizados, por el blanco telón de aluminio.

¿Quién pudo imaginarse que el cilindro maravilloso que, a guisa de recreación sin trascendencia exhibió en París el sabio Plateo en 1832, se convertiría, andando el tiempo, en esta fotografía del movimiento que ha llegado a ser no sólo esparcimiento honesto sino seguro vulgarizador de las ciencias e irremplazable elemento de educación?

Nadie podrá negarle al cilindro maravilloso de Plateo el ser la cuna del cinema, ni al eminente sabio Marcy la impresión del movimiento en una forma empírica; ni a los hermanos Lumière haber perfeccionado, dándole el nombre con que se la conoce, la película de celebridad que, en sus manos, adquirió sensación de perfecto relieve.

En Francia y Alemania, en Inglate-

rra y Estados Unidos la cinematografía ha llegado a una altura de maravilloso desarrollo. Las creaciones del genio humano, que antes dormían en el rincón de una biblioteca o sólo pasaban ante los espejuelos de los sabios, se han popularizado de tal manera que hoy las conoce todo el mundo; Hamlet o Fausto, Mignon o los Miserables son personajes familiares y conocidos. Ha llegado a fabricarse hasta un cinematógrafo para riegos.

En España, sólo en este último tiempo han empezado a fabricarse películas cinematográficas en Barcelona; pero empieza para el cinema español una etapa de gloriosa actividad. Eduardo Zamacois exhibe en América curiosas películas dando a conocer a los grandes hombres en la intimidad; y el gran novelista de la España Moderna, el ilustre autor de "Cañas y barro" y "La Barraca", Vicente Blasco Ibañez, inicia sus películas con la adaptación de sus hermosos libros de costumbres toreras "Sangre y Arena", novela cinematográfica de 3.000 metros.

La historia de un torero, Juan Gallardo, constituye la base del argumento y en torno suyo, rápida y emocionante, se desarrolla la trama novelesca. De



El fustre novelista español V. Blasco Ibáñez.

baja extracción; y ansioso de gloria y de fortuna, adquiere una celebridad brillante por su valentía, exponiendo desesperadamente su vida para llegar a la meta soñada. Invoca el bienestar y la gloria; sus admiradores lo consideran como un héroe nacional. Se casa por amor; y la dulce Carmen, tino perfecto de la hembra española, simple y querendona, rodea su figura con la tierna constancia de su amor; pero el torero plebeyo, noble y sencillo, deja el hogar alucinado por el amor de doña Sol, extraña mujer de la aristocracia que baja hasta el pueblo en busca de sensaciones nuevas.

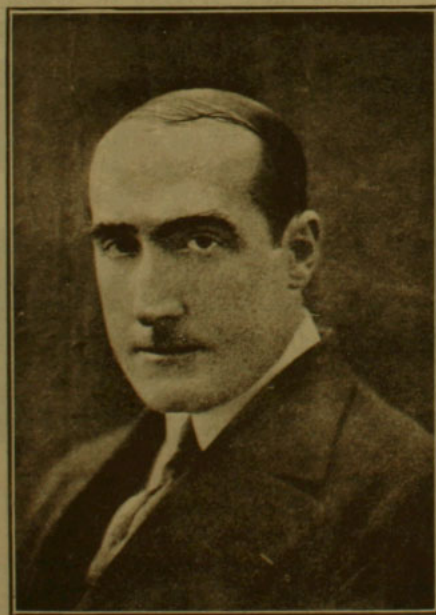
Un gran accidente en la playa de Sevilla cambia el curso de su existencia. A pesar de haber sanado ya no es el mismo hombre. Se da cuenta que "su brazo es más corto y los toros parecen haber crecido desmesuradamente".

Comienza su calvario. El deseo de no ceder el campo a los rivales y de continuar ganando dinero lo decide a proseguir su carrera, rechazando las

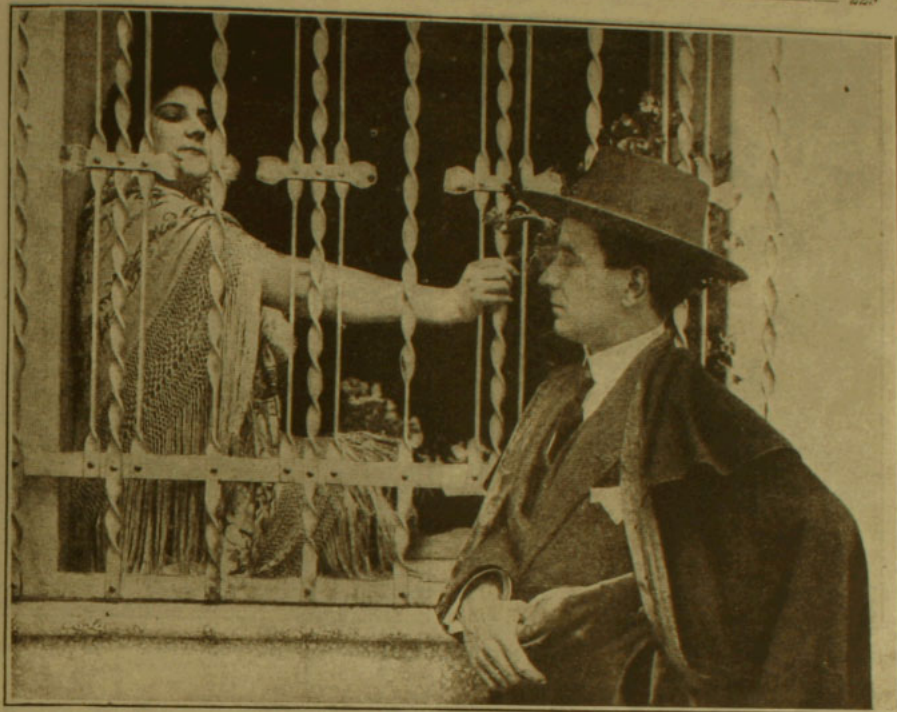
instancias de su familia que le pide su retiro y la animosidad del público que ha adivinado el cambio. El instinto lo obliga a retroceder en el momento del peligro; la sed de gloria y el deseo de reconquistar a doña Sol lo hacen persistir en esta vida de perpetuo conflicto entre el miedo y la voluntad. Y un día es cogido en las plazas de Madrid casi en presencia de su mujer, que acude a la corrida, impulsada por terribles sentimientos.

Las escenas de trágica grandeza alternan con los episodios pintorescos y cómicos. El picador Potaje, don José, el torero aficionado, son tipos sacados de la realidad misma. El bandido "Plumitas", bárbaro y generoso, inspira al mismo tiempo simpatía y terror. Gallardo y él son los representantes de un pueblo heroico y conquistador en otros tiempos y que, hoy, buscan la celebridad y la fortuna por los únicos caminos accesibles. "Nosotros somos iguales; Ud. matando toros; y yo hombres, dice el bandido al torero."

La parte pintoresca de Sangre y



Max André, Director de Escena.



Observa la bella figura del torero.

Arena no puede ser más interesante. Todo lo que España posee de seductor pasa por las páginas: la vida del torero, sus costumbres, sus gustos, sus entusiasmos y sus preocupaciones. El espectador ve desfilar delante de sí los risueños aspectos de la bella "Sevilla", sus calles, el "Alcázar" y sus mágicos jardines, Granada y la "Alhambra" que parece construída por una divinidad, las plazas de toros de las principales ciudades españolas, las plazas donde bulle una muchedumbre inmensa que parece a veces loca de entusiasmo por el ídolo como ruge y amenaza con furores epilépticos.

Todo un pueblo grita, se agita, vocifera en la segunda parte de este drama. Es quizás el personaje más importante de la obra, algo así como el coro de la antigua tragedia helena.

El final de "Sangre y Arena" es de una grandeza dramática y de una crueldad moralizadora. Gallardo acaba de

morir, los suyos lo miran desolados en el lecho de la enfermería. Y el antiguo héroe yace inerte en medio de los coágulos de sangre. El toro, que acaba de matarse en la arena, pasa arrastrado por mulas empenachadas.

"¡Pobre toro!" dice el picador Potaje, especie de filósofo rústico.

"Pobre espada", agrega, mirando por la ventana de la enfermería, el cadáver de su amo y amigo.

"Y allá abajo, ruge la bestia feroz, la verdadera, la única!" Es el coro, la masa, la muchedumbre entusiasta, inconsciente y cruel.

Agitándose, rugiendo en el inmenso anfiteatro, saludando a un nuevo héroe, ordena que todos se sienten y que todo se restablezca para que todos puedan ver mejor lo que pasa en la arena. Todos han olvidado que la muerte acaba de pasar delante de ellos. Quieren verla de nuevo.

"¡Y la fiesta continúa...!"



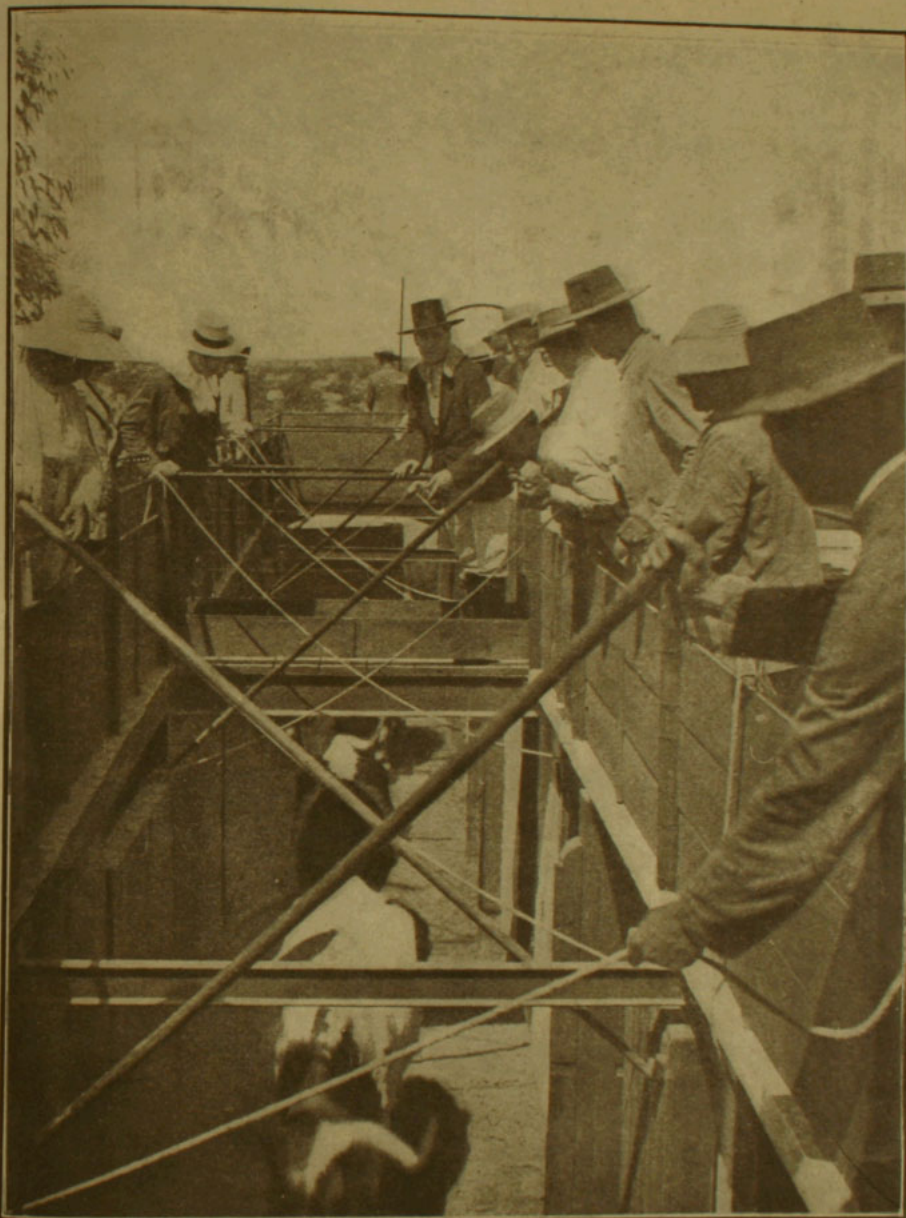
La actriz Matilde Domenech, en el papel de Carmen.



El actor Luis Alcaide, en el papel de Juan Gallardo.



Juan Gallardo vió dibujarse en la acera blanca, la figura sensual de Doña Sol, vestida de maja.



La encierra del ganado.



El público de la corrida. (Protagonista principal de Sangre y Arena).



El espada devoraba las gallardas formas de su amante.



En medio del bullicio y la jarana, Gallardo comprendió que esa mujer causaría su muerte



Embragados en su amor, el espada y su amante se paseaban por los jardines del Alcázar.



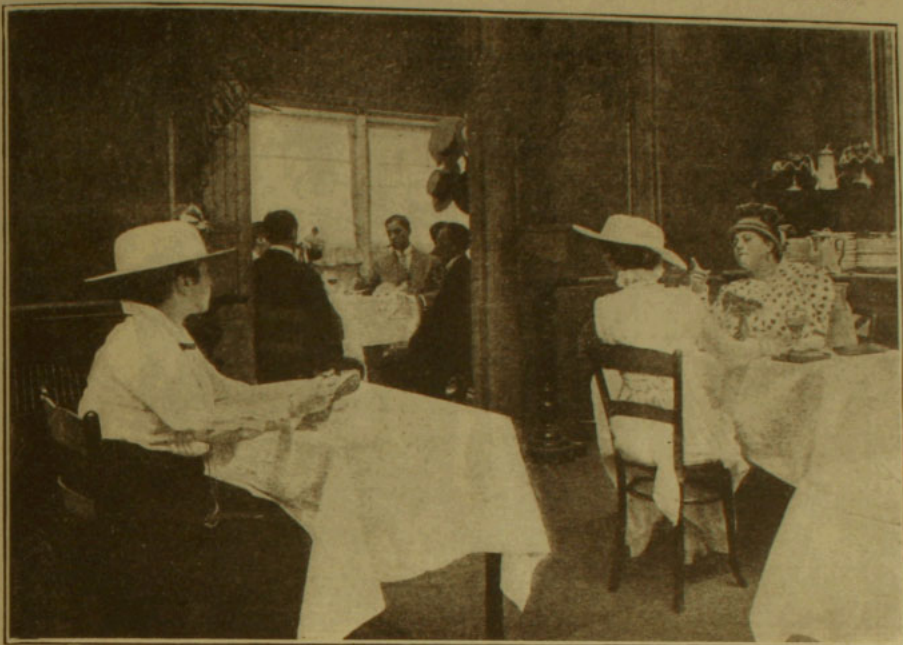
La gitana, risueña, le predijo un risueño porvenir.



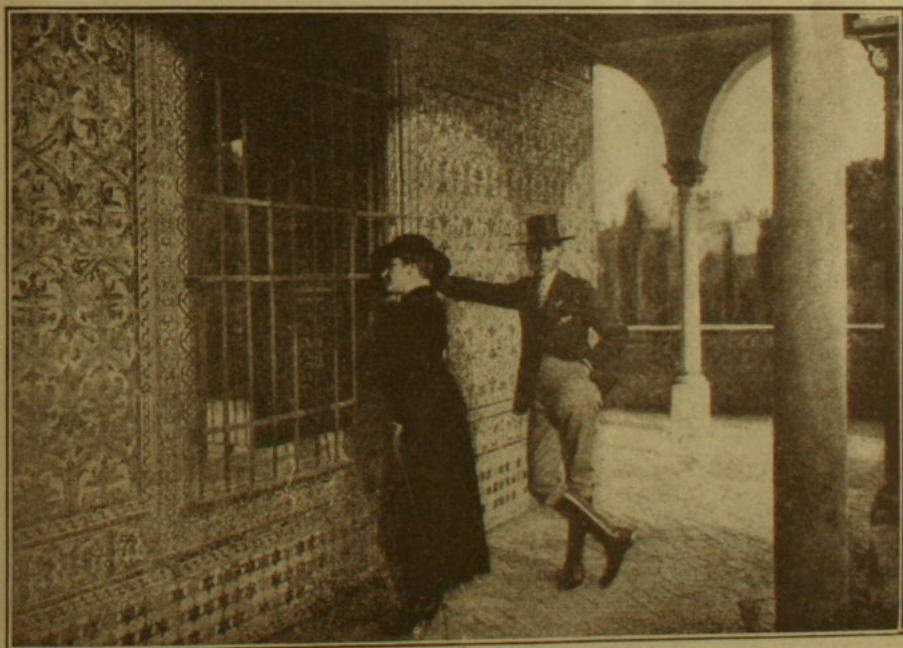
Aspirantes a la alternativa.



La delicada aguja de la Giralda.



Carmen la señaló hostilmente con el dedo



Miraba curiosa a través de la floreada reja



Los picadores



Los flamencos fueron a visitar a Doña Sol.



Las gitanas danzaban



¿Os gusta la música, Gallardo?



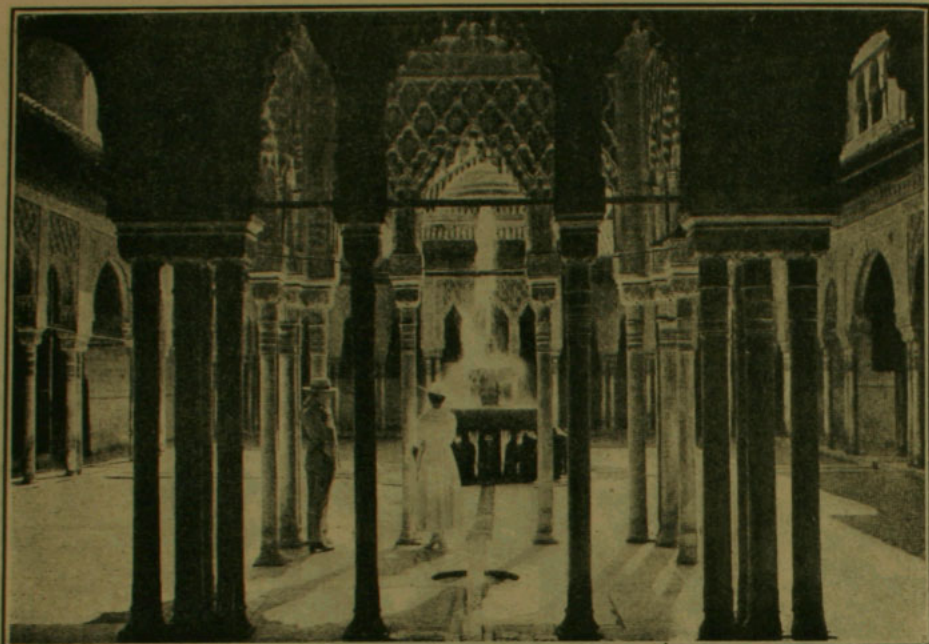
El espada saludó al público entusiasmado



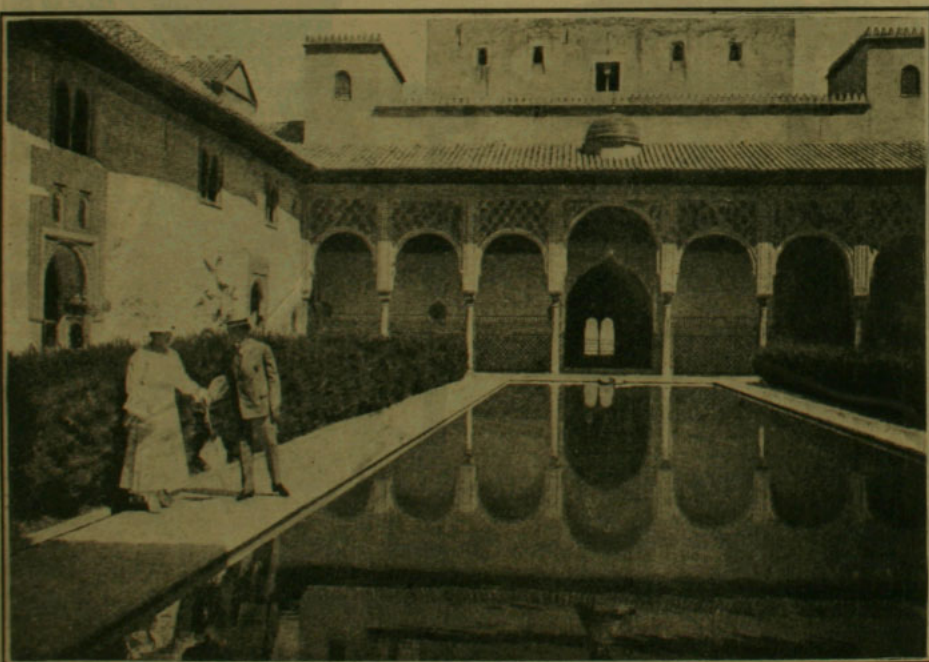
Apoyada en la balastrada, Carmen miraba las ondas negras del Guadalquivir.



La esposa puso su corazón en aquel ramo de rosas sevillanas.



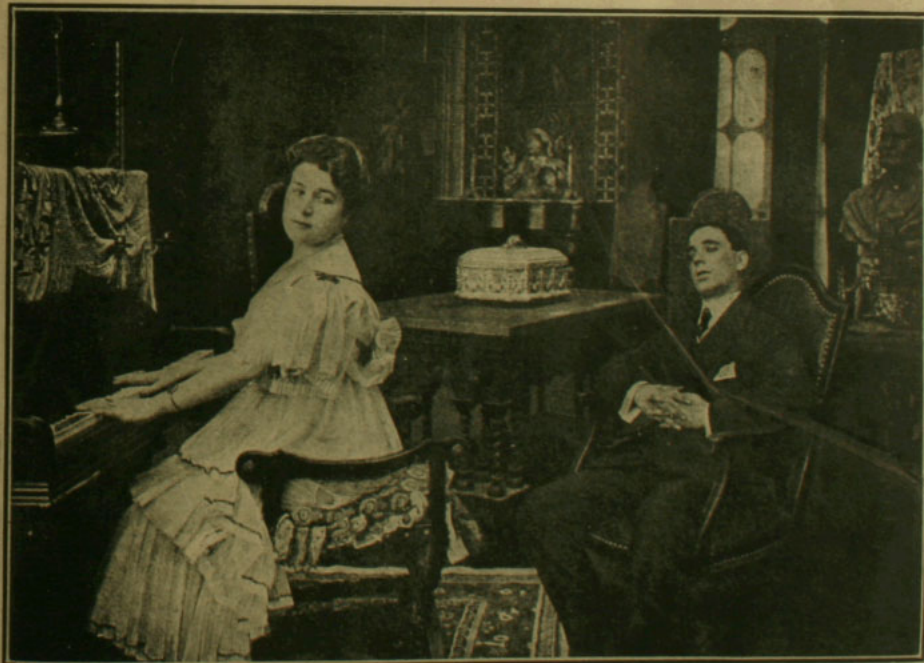
Bajo el bosque de pilares paseaban su amor



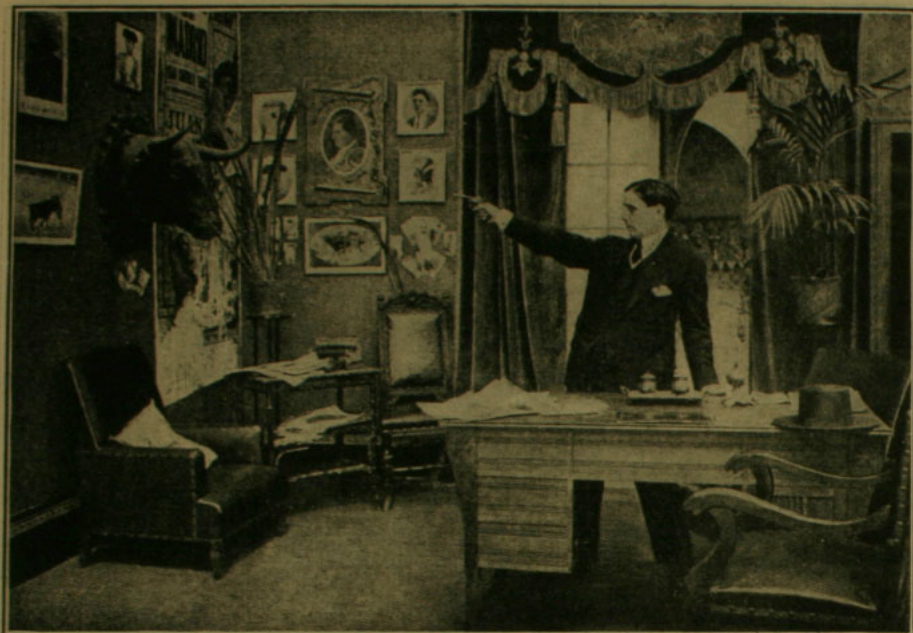
Melancólico rincón de poesía y de misterio



Gallardo, risueño, sacó su capuchón negro.



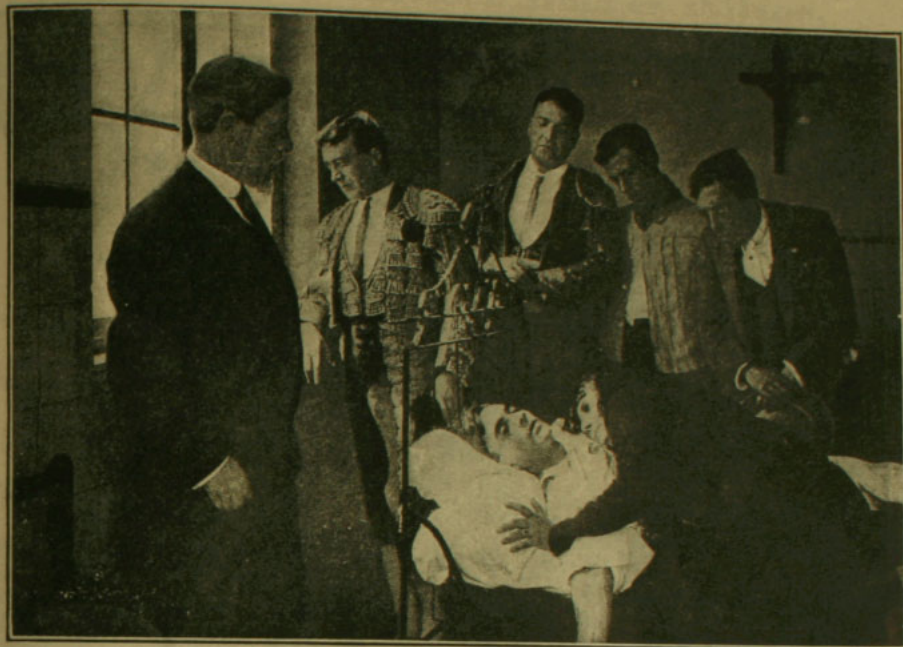
Oía el espada emocionado el acento del piano



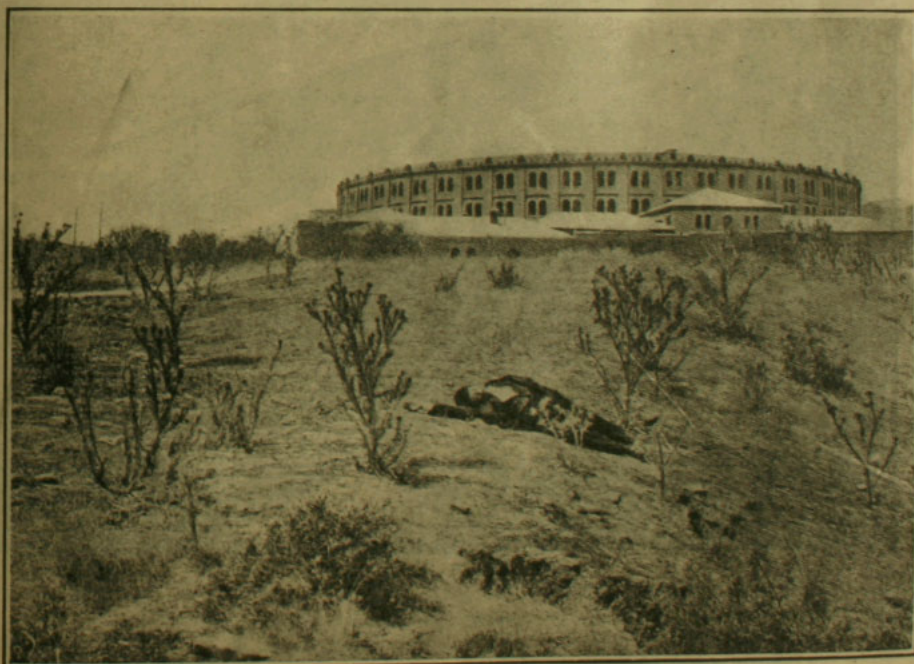
Apuntó con su revólver la cabeza del toro.



El Plumitas, atravesando la ventana, amenazó al avaro con su carabina.



Junto al lecho de agonía, Carmen olvidó las injurias y los dolores.



La inmensa plaza, donde aullaba la fiera, manchaba la pureza del cielo impasible.



Toda la obra muerta del centro y de la popa voló convertida en astillas.

Sobre la pista del corsario

Por _____
Miguel de Fuenzalida

Con ilustraciones de Pedro Subercaseaux

I

El hábito de pasear solo por las calles de los suburbios, es, lo confieso, bastante extravagante, pero no puedo prescindir de él. Es un resabio de la época de mi vida en que hice el conocimiento del incomparable Román Calvo. A veces, sobre todo por las noches, suelo experimentar crisis terribles de aburrimiento, que ni la lectura, ni los teatros, ni el rocambol son capaces de conjurar. Entonces salgo de casa a la ventura, o mejor dicho, en dirección de algún barrio apartado y, andando maquinalmente, dejo transeurrir las horas hasta quedar rendido de sueño y de fatiga. El espectáculo del pequeño mundo que bulle y se agita obra sobre mis nervios cansados con más eficacia que el más poderoso narcótico.

Una tibia noche del mes de septiembre del año pasado de 1916 había emprendido una de esas absurdas correrías por el barrio del Matadero. Como de costumbre llevaba a Román Calvo en la cabeza. ¿Qué era de él y de su extraordinaria persona? Habíale acompañado en el invierno al Ecuador donde tuvo ocasión de prestar al Gobierno de aquella República un servicio eminente, que por desgracia aún no puede ser referido al público. Desde nuestro regreso, a mediados de julio, no pude echarle de nuevo la vista encima. Se había mudado de casa y yo ignoraba su nuevo domicilio.

Era una lástima. En aquellos días, Chile entero vivía preocupado del corsario submarino alemán, cuyas trágicas hazañas llenaban al mundo de admiración y estupor.

—Estoy cierto, pensaba, que él, si quisie-

ra, resolvería este problema como tantos otros. Y, sin duda, lo ha de querer. El tan entusiasta por los aliados.

Porque, bueno es advertirlo, la cuestión Europea tiene el raro privilegio de sacar de sus quicios al espíritu sereno y ecuaníme de mi amigo. Cuando habla de la guerra se convierte en un niño. De los alemanes cree cuanto se le cuenta en materia de atrocidades, y un día me aseguró con toda formalidad que los profesores de la Universidad de Leipzig enseñaban en sus cátedras que el Imperio debía alimentar a los soldados germánicos con las mujeres y los niños de los países conquistados, después de engordarlos por medio de ciertos procedimientos de su invención.

Es que su antigermanismo estaba acompañado de una fe no menos calurosa y ciega en las maravillas de la ciencia alemana.

—Son capaces de todo, repite, hasta de hacer estallar el mundo entero como una bomba, si no logran dominarlo.

Iba yo la noche de marras pensando en estas y otras cosas, por la calle de Chiloé, cuando me ocurrió entrar a un café de última clase, repleto de obreros y gañanes medio beodos. Es un espectáculo que vale por lo menos, el de ciertos biógrafos que exhiben películas tomadas de las novelas naturalistas de Zola.

Apenas hube traspuesto los umbrales de aquel tugurio, lancé una exclamación de asombro... Román Calvo estaba allí tranquilamente sentado junto a una mesa, en la ruin compañía de dos ganapanes de aspecto patibulario.

Era el mismo, sin duda alguna... Lo conocí al momento a pesar del disfraz. Llevaba un poncho roñoso y sus ojos de águila desaparecían casi bajo el ala de un graso sombrero lacho.

El me reconoció también pero hizo finta de no haberme visto. Comprendiendo su deseo de guardar el incógnito, me acerqué distraídamente al mesón y pedí una botella de cerveza. Comenzaba a paladearla cuando serví a Román junto a mí.

—Espérame a las doce en tu casa, me dijo rápidamente en voz baja; tengo que hablar contigo... Aquí, haz como si no me conocieras.

Y se puso a pagar su cuenta al mesonero.

A media noche en punto, Román estaba en mi escritorio, vestido ya como de ordinario.

—Todas las precauciones son pocas... me dijo dejándose caer en una poltrona, cuando se lucha con esos... Son brujos...

—¿Y quiénes son esos? pregunté.

—Los alemanes... quiénes habían de ser...

—Luego persigues al corsario... y en un bodegón de la calle de Chiloé... el sitio no me parece el más a propósito.

Román se sonrió.

—En efecto, el Ministro inglés me ha pedido que me encargue de la pesquisa. Cualquiera diría que a los gringos no se les ocurre nada, pero saben tener inspiraciones excelentes, agregó con la mejor modestia del mundo... Pero esos otros sí que son listos. Al punto han sospechado que yo debía estar en el negocio, y como constituyen una verdadera lógia, me espían y persiguen de día y de noche... He perdido la libertad de acción... No hay disfraz que me libre de la astucia infernal de los teutones... En parte alguna me siento seguro y al abrigo de esa formidable inquisición... Sorpecho de todo el mundo... ¿Conoces a José, mi antiguo sirviente?... Pues no sería raro que lo hayan comprado esos malditos.

Evidentemente el espíritu de Román se encontraba ahora más que antes presa del respetuoso temor que los alemanes habían logrado inspirarle.

Procuré calmar sus nervios.

—Tú no los conoces bien todavía, repuso con acento convencido. No se limitan a espíarme sino que procuran distraerme con

falsas noticias... Viste a esos atorrantes que me acompañaban en la taberna? Pues bien, eran dos pícaros, que se hacían pasar por pescadores de congrios en Cartagena... Me aseguraron haber divisado el periscopio del submarino... Yo fingí creerles... Un par de embusteros pagados por la logia germánica...

—Lo que me interesa por ahora es saber de tu pesquisa, le dije para sacarlo de tan peligroso tema... ¿Cómo va aquello?

—Misterio, aun para tí, dijo frotándose las manos... En un caso así todas las reservas me parecen pocas... Puede haber un alemán escuchándonos quién sabe dónde diablos...

Era verdaderamente una obsesión.

—Había jurado proceder solo, agregó después de un rato de ensimismamiento, pero es imposible: necesito un cómplice... ¿En quién sino en tí puedo confiar?... Pero no disculparás si no te lo digo todo... Puedes ser indiscreto a pesar tuyo... Porque de pronto te encuentras conversando con un entusiasta aliadófilo y resulta un afiliado secreto de la logia... Son fuertes... extraordinariamente fuertes...

—Tanto los admiras y les temes, le observé, que acabarás por hacerte alemán.

—¡Yo alemán!... exclamó dando un puñetazo sobre la mesa... Vamos... No tienes sentido común... Pásame un mapa... Comenzaré por recapitular los hechos...

Era otra vez el Román Calvo de costumbre. Mi banderilla de fuego había hecho su efecto...

—Es extraordinaria la falta de método con que la prensa de Chile relata los sucesos, comenzó Román con el tonillo dogmático que le era peculiar en ciertas ocasiones... No hay como leer los diarios para que el espíritu se embrolle... Compadezco a los historiadores del porvenir... Espero ser más claro que los periódicos... Vamos a cuentas...

El viernes 8 de octubre a las 7 P. M. el vapor "Oroya" de la Pacific Steam, salió de Coronel con rumbo a Europa por la vía del Estrecho. El vapor debía hacer escala en Corral y fué avistado por última vez desde el faro de Lavapiés entre ocho y nueve de la noche... Para un andador como el "Oroya", cuya marcha ordinaria es de 17 nudos, las 200 millas que separan a Coro-



Un cafetín de última clase repleto de obreros y gañanes medio beodos...

nel de Corral son asunto de doce horas, y el vapor era esperado en el último puerto a las siete de la mañana del 9... Bien sabes que no llegó ni a esa hora, ni en todo aquel día, ni en los siguientes, y que no se ha vuelto a saber de él...

En los primeros momentos de alarma, todo el mundo pensó en un naufragio y a nadie, ni a los ingleses, menos que a nadie, se le ocurrió que esos seráficos teutones estuvieran mezclados en el asunto.

Pero esa misma tarde del 9 de septiembre, el incidente comenzó a complicarse... El viernes 8 a las 3 P. M. el vapor "Bolivia" de la carrera de Guayaquil, y también de la Pacific Steam, había salido de Valparaíso con rumbo a Coronel en busca de carbón... El "Bolivia" es un vapor bastante viejo y no anda más de 12 nudos. Así y todo debía llegar a Coronel en 22 horas, o sea el 9 de septiembre, poco después de medio día... Pero el "Bolivia" lo mismo que el "Oroya" no llegó ni a esa hora ni nunca a su destino.

El asunto se puso terriblemente serio. En la tarde y en la noche del 9 de septiembre,

en Valparaíso, en Santiago, no se habló de otro asunto. Había, aunque parezca mentira, quienes aún dudaban. Un doble naufragio no era imposible... El furioso vendaval del sur que reinó en la costa de Chile por esos días proporeionaba una explicación a los incrédulos irredutibles.

Pero en las primeras horas del 10 de septiembre los más recalcitrantes hubieron de rendirse ante la evidencia. Un telegrama del gobernador marítimo de Caldera hizo saber al país entero que al amanecer de esa misma mañana, un bote tripulado por un piloto y cuatro marineros había logrado tomar tierra en el puerto viejo de Copiapó. Eran los últimos sobrevivientes de un tercer naufragio, el del vapor británico "Acre" de la Compañía Lainport y Holt de Liverpool, volado según todas las probabilidades por un submarino alemán a los 26° 55' de latitud sur y 71° 5' de longitud al oeste de Greenwich... Toda duda era ya imposible...

—Algunos dudaron sin embargo, observé...

—Sí, también lo recuerdo... Hay aquí creederas para todo. Trataron de explicar

el accidente por la explosión de las calderas de vapor, que, al decir de los técnicos, no estaban en buen estado.

—Esa fué por lo menos la opinión del piloto salvado...

—Naturalmente, observó Román en su tono ambiguo... El no podía pensar otra cosa; ignorante como estaba de la pérdida del "Oroya" y del "Bolivia", ¿cómo iba a sospechar la presencia de un submarino alemán en estas costas? Además, de su narración se desprende que apenas se dió cuenta del modo en que se produjo la catástrofe. El estaba de guardia; el capitán y los demás oficiales dormían. Sintió de pronto una explosión formidable. Toda la obra muerta del centro y de la popa voló convertida en astillas; el casco pareció desenuadernarse... recuerdo sus palabras textuales... Eran las ocho y cincuenta y cinco minutos de la noche de ese fatal 9 de septiembre... Parece un milagro como el y sus cuatro compañeros pudieron escapar... No hubo tiempo para arriar un solo bote... aquel en que los cinco sobrevivientes se salvaron, fué encontrado flotando a la ventura cerca del sitio del siniestro... Era la canoa del mayordomo del vapor, que de ordinario permanecía sin amarras sobre la cubierta...

La tragedia no terminó tampoco allí... El vapor "Orama" el tercero de los de la Pacific Steam que debía perecer en esa memorable serie, había zarpado de Coquimbo con rumbo directo a Antofagasta en la tarde del mismo 9 de septiembre... Algunos minutos mas y se habia salvado... A las 5 P. M. el gerente de la Compañía en Valparaíso, alarmado con el misterioso desaparecimiento del "Oroya" y del "Bolivia", telegrafió a Coquimbo a fin de que fuera postergada la salida del "Orama" hasta nuevo aviso... Pero el telegrama llegó tarde... a las 4½, el vapor habia partido en demanda de la ruta: tampoco se supo más de él... Y ya van cuatro... ¿Alguien puede dudar todavía?...

—¿Y qué deduces de todo ello? pregunté estremecido...

—Deduzco, dijo Calvo, que la navegación británica en estas costas se encuentra en presencia de un enemigo formidable... Un submarino que anda por lo menos treinta nudos por hora...

Noté en la entonación de Román cierto dejo casi imperceptible de ironía...

—¿Ni un nudo menos que treinta? pregunté también burla burlando.

—Ni un nudo menos y la cuenta es muy sencilla... El "Oroya" fué visto desde el faro de Lavapiés, con rumbo al sur pocos momentos antes de las nueve de la noche del ocho de septiembre... Poniéndonos en el caso más favorable, supongamos que fué volado sólo una hora más tarde, esto es, a las diez. El buque debía encontrarse entonces proximamente por los 37° 10' de latitud sur y 74° de longitud oeste... Pues bien, veintitrés horas más tarde tuvo lugar el naufragio del "Acre" a los 26° 05' de latitud sur y 71° 5' de longitud... como ya lo hemos recordado... La distancia más corta entre estos dos puntos es matemáticamente de 635 millas marinas... Divide ahora 635 por 23... ¿Qué te resulta?...

—Veintisiete y seis décimos, repuse después de hacer un ligero cálculo...

—Veintisiete y seis décimos... tienes razón, dijo Román, sin contar con que el corsario no tomó la línea recta, y que hubo además de detenerse para hacer volar al "Bolivia", que según todas las probabilidades debió encontrar más o menos a las alturas de Constitución... Eso da los treinta nudos de que hablaba...

II

Román guardó silencio... Yo no sabía cómo proseguir la conversación.

—Vuelvo a preguntarte, balbuceé por fin, lo que deduces de esto...

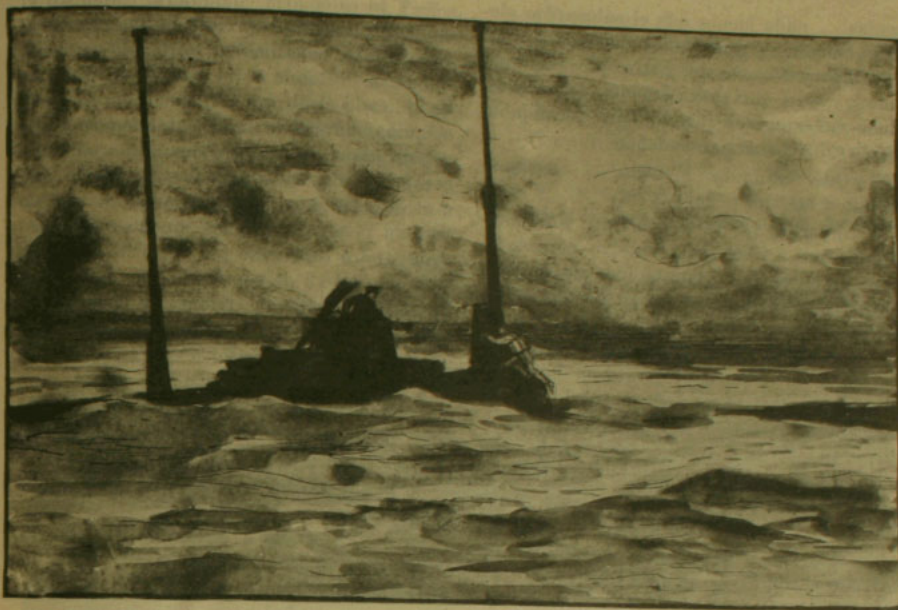
—Lo dicho: que, si de un submarino se trata, anda por lo menos treinta nudos...

—Pero... ¿Y si no se trata de un submarino?...

—Bien podría tratarse de dos, repuso Calvo sonriendo enigmáticamente mientras sacaba un cigarrillo de su petaca...

—¿Y la hipótesis de "El Diario Ilustrado"?...

—Absurda... cincuenta veces absurda... Hay en ella mucha fantasía sin fundamento. Supone "El Diario" que estas hazañas las debemos al "Arbitro", aquel famoso navío aéreo, invento de uno de nuestros compatriotas, cuya corta carrera te tocó en suerte relatar... Aun en el caso inverosímil de que el "Arbitro" en poder de los alema-



Alcanzarlo y cogerse del periscopio fué todo uno...

nes se hubiera salvado en contra de todas las probabilidades humanas... ¿Lo habrían enviado a Sud-América a destruir buques mercantes? No son los alemanes tan estúpidos... El "Arbitro" estaría en las trincheras de Verdún o del Somme; o sobre Londres, o sobre París... ¡Qué poca sal tienen en la mollera algunos periodistas!

—No queda entonces otra hipótesis que la del submarino, observé...

—Los alemanes mismos han renunciado a hacerme creer otra cosa, dijo Román. Ya te he referido las patrañas de esos pobres pescadores de congrios, pero no es aquello lo más divertido... Desde ayer estoy en relaciones nada menos que con un sobreviviente del vapor "Oroya"...

Dí un salto en mi sillón.

—¡Qué cuento más absurdo! exclamé.

—Muy absurdo pero maravillosamente hilvanado, prosiguió Román con la mayor calma del mundo. Esos teutones no carecen de fantasía... El sobreviviente en cuestión es chileno, reside en Coronel donde es muy conocido, tiene veinticinco años, se educó en Alemania desde niño, y todos los testigos están de acuerdo en que se embarcó en Coronel con destino a Corral, en el vapor "Oroya", el 8 de este mes. Sin embargo de

eso no se lo han comido los pescados, sino que está vivo y sano aquí en Santiago, inventando mentiras.

—¿Y qué dice ese sujeto? ¿Cómo se llama? ¿Qué refiere?

—Una novela al estilo de las de Julio Verne. Pretende ser un aliadófilo formidable; dice que su residencia en Alemania le hizo cobrar odio a la raza teutónica. Que se embarcó para Corral enviado por la casa Saavedra Bénard de que él es agente en Coronel... Hasta aquí todo resulta exacto. Refiere en seguida el naufragio del vapor en forma bastante verosímil. Eran las diez de la noche; él se encontraba jugando a las damas con otro comisionista de comercio, en el salón de fumar... La explosión del torpedo fué terrible y el hundimiento del "Oroya" casi instantáneo... No hubo tiempo de acudir a los botes... El y algunos otros tripulantes pudieron colocarse salvavidas, pero sin muchas esperanzas de escapar a la muerte porque se encontraban a quince millas de la tierra más cercana, que era el Cabo Carnero en la costa de Arauco. Tú ves que el tal individuo sabe más geografía de lo que parece natural.

Apenas había nadado nuestro hombre algunos minutos, cuando divisó a pocas bra-

zadas... nada menos que el submarino alemán, inmóvil y casi a flor de agua... Alcanzarlo y cogerse del periscopio fué todo uno... Casi instantáneamente dos individuos salieron del interior del formidable barco... y lo metieron dentro...

—¡Qué estúpida historia!... exclamé riendo a más no poder...

—Aguarda, que falta lo mejor... Edmundo Morel, que así se llama nuestro personaje, tuvo entonces la ingeniosa idea de fingirse alemán... No le costó mucho porque habla el idioma como un verdadero hamburgués... Gracias a aquella infantil superchería los inocentes de a bordo le trataron bastante bien y prometieron desembarcarlo en la primera oportunidad, sin exigirle otra condición que la de no revelar nada de lo ocurrido, ni siquiera el hecho de su salvación hasta después de pasados seis meses...

—¿Cómo pudo hacer tragar a marinos como esos, que, siendo alemán, se había embarcado en un buque inglés?

—También lo explica... El se supuso hijo de padres alemanes, pero nacido en Valdivia, súbdito chileno... y empleado en la tesorería fiscal de Osorno...

—Y Morel pretenderá acaso haber descubierto el sitio en que se aprovisiona el submarino... y todos los secretos que a los otros tanto les conviene ocultar.

—No... Ello sería demasiado inverosímil, y ya te he dicho que el cuento, imbécil en el fondo, como no puede menos de serlo, no lo es tanto en los detalles. Dice que el capitán corsario con juramento y todo, lo mantuvo encerrado en una especie de camarote durante todo el tiempo de su permanencia a bordo del submarino... Alcanzó sin embargo a dárse cuenta de algo... Como había conservado su reloj que, (otra casualidad), no se paró con la zambullida en el mar, porque era un Waltham impermeable... pudo fijar la hora exacta de los ataques del submarino contra los otros tres vapores que destruyó... Dice que la primera de las explosiones fué a las dos y cincuenta minutos de la mañana del 9 de septiembre; la segunda a las ocho y cuarenta y cinco minutos de aquella noche, y la tercera tres horas más tarde...

—Lo mismo habías calculado tú, observé...

—Y lo calcularía cualquiera. Supuesto el submarino que anda treinta millas por hora, ello resulta sencillísimo. Pero, ahora viene lo bueno. Pretende el tal Morel que, después de aplicado el último torpedo, la prodigiosa máquina autora de tales cataclismos navegó, sin parar, cuarenta y dos horas y media por mares bastante agitados y, por lo que a él le pareció, a gran velocidad... que en seguida penetró en aguas mucho más tranquilas, para detenerse por fin a las ocho de la noche del 12 de septiembre... Estuvo el submarino fondeado treinta y seis horas hasta las ocho de la mañana del 14 de septiembre... Volvió entonces a zarpar... y después de poco más de treinta horas, vino a desembarcar al feliz nadador anteayer 15 a las cinco de la tarde, en las costas de Topocalma, junto a la boca del río Rapel.

—¿Y qué sacas tú en limpio de eso que has llamado una novela?

—Nada... ¿Qué quieres que deduzca de semejante montaña de mentiras? Pero ya sé a qué atenerme respecto a lo que ellos quieren que yo deduzca... Es facilísimo... Recordarás que el "Acre" voló a las ocho y cuarenta y cinco minutos de la noche del 9 de septiembre. Eso lo sabemos ya por el relato de los sobrevivientes. Según Morel, esa misma noche, tres horas más tarde, o sea a las once y tres cuartos voló también el "Orama". Este último vapor había salido de Coquimbo para el norte a las 4 de la tarde. Caminaba habitualmente a 16½ millas por hora y se encontraba pues a las once y tres cuartos por los 28 grados de latitud, esto es, a las alturas de Carrizal... Todo concuerda perfectamente... demasiado perfectamente... En seguida el submarino se dirigió en busca de su base de aprovisionamiento... al norte... o al sur... Morel no lo sabe, pero ellos quieren que yo crea que ha sido hacia el sur.

—¿Por qué...?

—Está a la vista. El submarino, según Morel, anduvo primero cuarenta y dos horas y media por mar agitado y en seguida por aguas tranquilas... Esto último indica uno de los canales del sur de la Patagonia... ¿Cuál...? Eso han querido dejarlo en el misterio... Con treinta millas de andar la máquina pudo llegar hasta el canal Concepción, al norte de la isla Hanoover por los 51 grados de latitud... Con

veintisiete millas sólo hasta el canal Fallos, entre las islas Prat y Campana, a los 48 grados de latitud... Me dejan por explorar una linda zona... hasta el día del juicio, porque ese laberinto de canales que depa-
dazan el archipiélago de Wellington, necesi-
taría muchos años para ser reconocido... El cálculo es excelente... pero no conta-
ban y no cuentan todavía con Román Calvo.

—¿Entonces...?

—Entonces, o todo ello es verdad y el submarino fué al sur, o todo es mentira y no fué a ninguna parte...

—Pero... ¿cuál es la verdad?

—La verdad no es nunca lo contrario del error... sino una cosa distinta... La ver-
dad yo la sé en este caso a pesar del señor Morel y de sus bien combinadas fantasías.



AHÍ me esperaba un hombre de confianza con un buen caballo.

—Entonces tú crees que el submarino, después de su última hazaña se dirigió al norte... y que allí en las costas del Perú está su base de aprovisionamiento...

—No... ellos no han podido querer que yo imagine eso... La carrera del submarino hacia el norte, a treinta millas de andar lo habría llevado hasta cerca de Paita, y tú recordarás que en seguida volvieron a Topocalma, en poco más de treinta horas... Ya ves que esto último es imposible. De Paita a Topocalma hay mil ochocientas millas, y el submarino no anda, seguramente, 60 nudos por hora.

Pasado mañana zarpo en el "Yelcho" hacia los canales del sur, y o poco he de poder, o desenmaraño la madeja...

—Luego crees en el señor Morel...

—Si tú te empeñas en ello... creeré...

Yo creo en casi todo... Voy, sí, a pedirte un pequeño servicio. Mañana te irás al Club de la Unión a eso del medio día... Te acercas con cualquier pretexto a don Leonardo Mansilla y le cuentas en mucho secreto, que yo parto en el "Yelcho" para el sur pasado mañana por la tarde... No tengas el aire de dar un recado, sino una noticia de gran reserva... ¡Ya verás que él también

finje no estar en antecedentes y que ello le importa un ardite...

—¡Sigues con tus misterios!

—Deja a cada cual con sus procedimientos y hasta otra vista.

Y aquel hombre extraordinario se despidió sin volver a despegar los labios.

III

Ni el relato de Román ni sus enigmáticas observaciones me habían dado nueva luz sobre el sensacional negocio del corsario. Aquel Morel ¿sería un mito, un simple embustero, o un real y verídico sobreviviente del "Oroya"?... ¿Por qué no habrían los alemanes establecido una base de submarinos en los desiertos e inexplorados canales de la Patagonia occidental? El sitio, tan cerca de los yacimientos de salitre era maravillosamente escogido. Nadie conoce a punto fijo la hidrografía del archipiélago de Wellington... Hasta hace pocos años era considerado como una sola isla; después, poco a poco se han ido descubriendo canales y más canales, y la isla es hoy un archipiélago... pero la obra de exploración no está aún terminada, y la más insignificante caleta, el golfo más escondido bastaría en esas tierras selváticas y húmedas para ocultar por años un establecimiento de ese género.

Y, sin embargo, Román, así lo había declarado, partía en el Yelcho en busca de lo inhallable... ¿De qué datos dispondría? ¿Pudo darle alguno más exacto ese misterioso Morel, que durante su permanencia en el submarino, ni siquiera había asomado la cabeza fuera de su prisión de acero?

¡Nó!... Evidentemente nó...

¿Qué significaba entonces la expedición del Yelcho, y aquel recado que en forma tan enigmática debía llevar yo a don Leonardo Mansilla?

Era este último uno de esos personajes que no se han aburrido aún de hablar perpetuamente de la guerra. Es abogado, pero presume de táctico militar desde que sirvió de oficial cuando la revolución de 1891. Hace continuos pronósticos sobre las operaciones de los ejércitos beligerantes y con tan mala fortuna que se equivoca siempre. Es un aliadísimo intransigente...

—¡Ahora sí, exclamaba en diciembre úl-

timo, que vamos a cojer a Mackenstein... Ustedes saben que en Buckarest están los rusos... Y aquí... un poco más arriba los rumanos... Pobre Mackenstein, ahora sí que se metió en la ratonera...

¡Y el otro no acaba de meterse nunca en la dichosa ratonera de don Leonardo!

Aquel personaje con sus pespuntos de ridículo era el confidente de Román. ¡Diables!... Nunca acabaré de entender a mi amigo.

No me costó gran cosa dar con él. Como acecha el tigre su presa, esperaba aquella mañana el insigne táctico un auditorio a quien explicar sus ideas sobre las maniobras británicas en el camino de Bapaume a Peronne.

Le escuché con una paciencia a que el pobre no estaba acostumbrado y hasta fingí rendirme a sus argumentos respecto a la próxima ocupación de San Quintín por los aliados.

—A propósito de guerra, le dije por fin, ¿qué dice usted de las barbaridades del corsario alemán en nuestras costas?

Don Leonardo se encogió de hombros. El asunto parecía tenerle sin cuidado.

—Es que dicen que tratan de dar con su base de aprovisionamiento, y agregué en tono confidencial... Román Calvo está mezclado en el asunto... Lo sé de buena tinta.

Por un momento el hombre abandonó las líneas del Somme y se vino a Chile. Evidentemente había logrado despertar su interés. El nombre de Román Calvo no era para menos.

—Diga usted... ¿Qué es lo que sabe? preguntó con afán.

—¿Puedo fiarme a su discreción?...

—¡Ya lo creo!... ¡No faltaba más!...

—Pues bien... oiga usted... mañana por la tarde Román se embarca en el "Yelcho"... Está en posesión de datos interesantísimos, que le han permitido fijar casi con entera seguridad el punto que sirve de centro a la carrera del submarino...

—¿Dónde está ese punto? interrogó don Leonardo, que era todo oídos.

—Es lo que no sé,—repuse titubeando, porque Román en sus instrucciones no me había advertido hasta qué punto debía franquearme con aquel grotesco personaje...

—Sin embargo, agregué, creo que me dijo que iba hacia el Sur...



Como si de un objeto precioso se tratara, comenzó a descivavar la tapa del cajón.

—Muy bien pensado ¡caramba!... Siempre supuse que por allí debía estar el intríngulis... pero es preciso que los alemanes no se den cuenta de nada... mucha discreción, pues, señor mío... Si quiere un consejo, no cuente eso sino a personas muy seguras...

—A nadie, es lo mejor, observé...

Un momento después me separé de don Leonardo, y muy satisfecho de la forma en que desempeñara mi cometido, me fui a mi casa.

Transeurrieron dos días. Con disgusto y sorpresa observé que la partida de Román iba muy pronto a dejar de ser un secreto. Alguien me interrogó sobre ella, aunque en forma por demás misteriosa. Los detalles que hubo de darme el sujeto en cuestión, me convencieron de que sabía el asunto

to mucho más de lo que me parecía conveniente.

—¡País de habladores! pensé... Nada puede hacerse aquí sin que lo sepa todo el mundo... Falta ahora que la indiscreción de algún imbécil vaya a dar al traste con los planes de Román.

Mis sospechas, como era natural, recaían en don Leonardo Mansilla... ¡Qué pifia el haberse confiado a ese hombre!

Una idea me consolaba, sin embargo. Román iría ya lejos, a bordo de la "Yelcho" en demanda de las desiertas soledades de los canales australes. Estaba fuera del alcance de sus perseguidores, y, a menos que tuvieran éstos al diablo de su parte, no concebía cómo pudieran ahora frustrar los proyectos de mi inteligente amigo.

—Disponen, sin embargo, de la telegrafía sin hilos... me decía. Seguramente la lo-

gia alemana posee alguna estación oculta quién sabe dónde... Ya sabrán los del submarino qué clase de hombre está sobre su pista... Ya estarán tomando sus precauciones.

Embebido en tales pensamientos llegué a mi casa aquella noche bastante tarde. Antes de acostarme tengo la costumbre de tomar algún libro para el caso siempre posible de un desvelo. Fufme, pues, derecho a la biblioteca con la intención de coger un libro al acaso...

Cuál no sería mi sorpresa cuando, al encender la luz, me encontré con un desconocido sentado tranquilamente en mi sillón favorito.

—¿Qué hace usted ahí? grité, echando instintivamente mano al revólver.

—Calma, señor de Fuenzalida, dijo el intruso con un marcado acento británico... Soy un caballero y no un ladrón como parece usted creerlo...

—Los caballeros, repuse, no se introducen furtivamente en casa ajena y a estas horas...

—Ordinariamente nó, señor de Fuenzalida... Usted está en lo justo... Pero hay ocasiones excepcionales... Escúcheme, pues, con tranquilidad... Tengo para usted una comisión del señor Calvo, su amigo... Me encarga decirle que está muy contento de la forma en que cumplió sus instrucciones en lo referente a don Leonardo Mansilla...

Esas palabras ni desarmaron mi cólera ni mi desconfianza... Aquel hombrecillo de encendido rostro y bien peinada barba rubia, tenía acento británico pero bien podía ser también un alemán. Los temores de Calvo que antes calificara yo de absurdos me asaltaban ahora como a él...

—¿Cuándo le dió a usted Román semejante encargo? pregunté... ¿El le ha aconsejado introducirse aquí en semejante forma?... Pésima idea... Bien pude dispararle a usted un tiro.

—Imposible, señor mío... La ventaja de la sorpresa estaba de mi parte... En cuanto a su otra pregunta la comprendo... ¿Cómo ha podido Román saber nada de lo que ocurre en Santiago, encontrándose como se encuentra a bordo de la "Yelcho"? Pues es muy sencillo... Román no se encuentra a bordo de la "Yelcho"...

—¿A dónde está entonces?

—Aquí... en la biblioteca de su amigo Miguel de Fuenzalida... contestó el desconocido, esta vez con el acento irónico e incisivo de Román Calvo...

—¡Tú!... ¿Eres tú?... exclamé en el colmo de la estupefacción... Habla... Vuelve a hablar... que sienta tu voz... Si parece imposible... No te hubiera reconocido jamás.

—De eso se trata, de que no me conozcan, dijo mi amigo con mucha calma... Para todo el mundo, Román Calvo navega tranquilamente en la "Yelcho" hacia los canales de la isla de Wellington... Yo soy otro... un quidam cualquiera... Mr. Joseph Wilson, si no te parece mal el nombre y el apellido.

—Pero... ¿me explicarás este misterio?

—Naturalmente... hasta cierto punto... Era necesario que la logia alemana perdiese mi pista... Mientras estuviese sometido a tal espionaje no podía obrar con libertad... Por eso fingí prestar crédito a las mentiras del famoso Edmundo Morel... e hice preparar secretamente el viaje de la "Yelcho". Era preciso, sin embargo, que la logia alemana conociera este proyecto y comprobara la efectividad de su realización... De ello se encargaron tú y el indiscreto de don Leonardo Mansilla... Cuando me embarqué reconocí en el muelle a uno de los espías germánicos... ¡Golpe maestro!...

—¿Te embarcaste, entonces?..

—Con camas y bagajes y con el mayor misterio... de noche y por el muelle de las torpederas... Más aún, la "Yelcho" zarpó llevándome a su bordo y con dirección a los canales del Sur. A esos hombres sólo se les puede engañar con la verdad.

—Sin embargo, estás aquí...

—Yo no... quien está aquí es Mr. Joseph Wilson... Ya te lo he dicho...

—Es un milagro, entonces, un desdoblamiento de tu personalidad...

—No seas bobo... Al amanecer de la misma noche de su salida para el Sur, la "Yelcho" pasó a desembarcarme en el desierto caletón de la Sirena, en la costa del departamento de Pichilemu. Allí me esperaba un hombre de confianza con un buen caballo... Anduve todo el día de ayer por las sierras de Nilahue, me embarqué en el tren nocturno del sur en la estación de Tenorio, y aquí me tienes.

—¿Piensas buscar el submarino en Santiago?

—En Santiago y en todas partes, menos en los canales de la isla Wellington... Eso corresponde a la "Yeleho"...

—¿Continuó, pues, el buque su camino?

—Claro, y sus tripulantes no tendrán comunicación alguna con el mundo civilizado en cuarenta días por lo menos... Aprovecharán este tiempo en hacer el estudio hidrográfico del canal Rothenburg, para cerciorarse de si corta o no en dos partes la isla Campora como es de presumir. Así harán una obra útil y yo no tendré que temer de sus indiscreciones.

—Y ¿cuál es tu plan?...

—Permíteme reservarlo por ahora.. Déjame gozar de tu sorpresa...

—¿Sabes algo, entonces?... ¿Sigues una pista?...

—Bien puede ser...

—¿Cómo me agradaría asociarme a tus investigaciones!...

—Por ahora no tengo trabajo sino para una sola persona... Cuando necesite de auxiliar te preferiré... ¿Convenido?

—Convenido.

—Pues bien, el día en que recibas un telegrama con la firma de un corredor cualquiera en que te anuncie el precio de las nueces, te vas a Valparaíso y te alojas en el Hotel Milán... Allí recibirás mis instrucciones. Y ahora hasta la vista...

—Aguarda... le dije, deteniéndolo... No me has explicado cómo entraste a casa.

—No por la puerta seguramente... Podían espiarla... A espaldas de tu jardín hay un solar sin edificar, mal cerrado con planchas de zinc y cuya puerta no está defendida por cosa que se parezca a un candado... Nada me costó escalar la muralla divisoria y penetrar hasta aquí... El perro me conoce de sobra... De todos modos te aconsejo más vigilancia... Esos sitios eriazos son peligrosos... Y ahora me voy por donde vine... ¡Hasta luego!...

IV

Las hazañas del submarino alemán continuaron siendo por muchos días el tema obligado de los comentarios de la prensa. Se hacían respecto de él las suposiciones más atrevidas y contradictorias.

Llamaba principalmente la atención una circunstancia. Después de hundir cuatro vapores en poco más de un día, el corsario parecía haberse desvanecido. Mientras los vapores británicos se abstendían de salir al mar este hecho era muy explicable; pero desde el 16 de Septiembre la navegación de buques aliados volvió a restablecerse y, sin embargo, transcurrió más de una semana sin que hubiera que lamentar otro nuevo incidente.

Los más atribuían este hecho al probable naufragio del submarino; otros se imaginaban que acaso iría a continuar en otros mares la carrera de sus devastaciones, mientras los más prudentes o mejor informados sospechaban que los alemanes se mantenían en la inacción, temerosos de proporcionar algún indicio, que pudiera conducir a Román Calvo al descubrimiento de su terrible secreto.

Así es que cuando la partida al Sur del célebre detective comenzó a hacerse pública, no pocos pensaron que la serie de catástrofes marítimas iba a recomenzar. No fué así sin embargo, y los buques británicos continuaron navegando sin la menor novedad. Más aún, hubo un diario indiscreto que anunció saber de buena tinta que Calvo, antes de emprender su viaje había dado al Ministro inglés las más amplias seguridades.

Por mi parte, estaba cierto de que nadie salvo el gran detective, poseía la clave del misterio, y él era demasiado hábil para haber participado a otros sus descubrimientos y menos aún sus sospechas. Familiarizado con sus procedimientos, sabía que sólo en el momento de producirse el golpe final, conocería el resto de la humanidad el secreto de la invisible trama que estaba urdiendo en las sombras del retiro.

La expectativa no duró mucho. Un día a la hora de tomar mi desayuno, recibí el esperado telegrama. Era muy breve y preguntaba por la venta y cotización de nueces, con sacos, puestas en la estación de Santiago.

Partí inmediatamente a Valparaíso en el ordinario, y conforme a lo acordado me alojé en el Hotel Milán, establecimiento modesto pero decente en el barrio del puerto.

Concluía de comer cuando me entregaron

una tarjeta: era la de Mr. Joseph Wilson.

—Este caballero lo espera allá abajo en un automóvil, me dijo el mozo.

Bajé en tres saltos la escalera y un segundo después estaba al lado de Román Calvo...

—Llegas un poco tarde me dijo éste, pero quise cumplir mi promesa y no quedaba tiempo para más... La cosa está hecha... a lo menos en su parte principal.

—¿Los has descubierto?...

—Mejor que eso... los he cogido...

—¿A quiénes?

—A los tripulantes del submarino...

—¿Y el barco?

—Por supuesto... Allí donde está el alma está el cuerpo.

Conocía bastante las irónicas reticencias del lenguaje de Román para sorprenderme...

—Habla con claridad, le dije...

¿Tienes el buque en tu poder, o ha sido destruido?

—Algo de todo eso... Ya lo verás...

—¿Dónde y cómo has logrado pescarlos?

—Aquí... hace un par de horas.

—¿En Valparaíso?

—En Valparaíso... La historia te parece divertida, ¿verdad?... Pues nada hay más sencillo en el mundo. Ahora vamos a dar un vistazo a la estación de aprovisionamiento.

—¿Nos embarcaremos entonces?

—No es necesario... Iremos en auto...

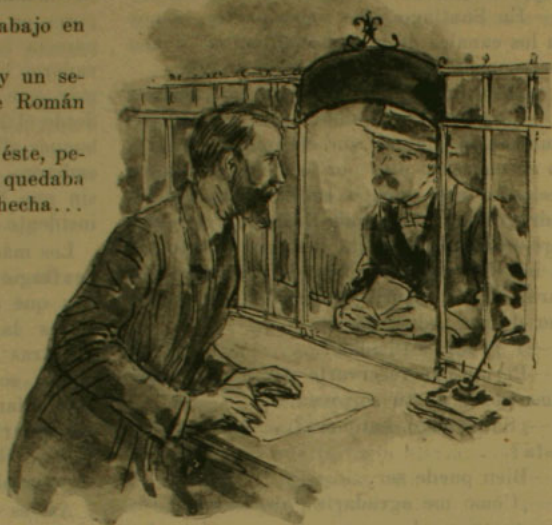
—¿Tan cerca está?... ¡Qué audacia!... En las costas del centro de Chile... ¡Aquí en los alrededores de Valparaíso!

—No precisamente en los alrededores... Es que ya hemos llegado.

El automóvil acababa de detenerse frente a un gran edificio de cuatro pisos de la calle Blanco.

No tenía aquello el aspecto de una estación naval ni mucho menos. Era uno de esos vastos inmuebles de renta tan comunes en Valparaíso, cuyo piso bajo estaba ocupado por almacenes al por mayor, mientras los altos servían de casas de habitación. El que teníamos delante daba por uno de sus frentes a la calle de Blanco y por el otro al malecón.

—¿Querrás sostener, pregunté a Calvo,



Se presentó a la oficina un joven decentemente vestido

que eso sirve de estación submarina?... ¡Demonios!... La cosa me parece demasiado fuerte...

Un pensamiento absurdo iluminó, sin embargo, mi confundido cerebro.

—¿En el sótano?... balbuceé... ¿Es en el sótano, verdad?... ¿Han abierto esos alemanes una galería submarina hasta el fondo de la bahía?

Román se sonrió.

—Tienes imaginación, repuso, aunque un poco deseneuadada... No estaría mal pensado... Esos alemanes son capaces de todo... Tienes razón; probablemente es en el sótano.

Y oprimió el botón de la campanilla de una de las casas que componían el edificio.

Salió a abrir un sujeto con todas las apariencias de policía secreto...

—¿Y los pájaros? preguntó Román.

—Se les ha conducido a la cárcel...

—¿Incluso los dos ingleses?

—Por supuesto... Tal como el señor lo había ordenado.

Mientras subíamos la escalera, mi amigo se arrancó jovialmente sus rubias patillas, y Mr. Joseph Wilson quedó convertido en el Román Calvo de costumbre.

—Esto me molestaba y ya no lo necesito, exclamó riendo.

El policía quedó estupefacto.

—¿Usted?... ¡El señor Calvo!... balbuceó. ¿Y la "Yelcho"?

—Si yo estuviera en la "Yelcho", dijo el aludido, aquella terrible máquina habría ya iniciado de nuevo sus devastaciones... ¿No habías visto la mano de Calvo en el golpe de esta noche?... Mereces ser de la policía.

Una media docena de agentes nos esperaban en un saloncito modestamente amueblado del piso segundo. Al entrar nosotros, una sola palabra salió de los labios de todos:

—¡Román Calvo!

—Vaya, dije, hora es ya de descorrer el misterio... ¿Está verdaderamente el submarino aquí en esta casa?

—Paciencia, amigo Fuenzalida, repuso Román sonriéndose. Ante todo. ¿Sabes en qué casa de encuentras?

Hice un ademán negativo.

—Pues bien, te encuentras en la casa de pensionistas de la señora Crihimilda Biermann, donde se alojan, o mejor dicho se alojaban doce huéspedes.

—¿Alemanes todos, por supuesto?

—No, Miguel, alemanes la mayor parte, pero había también tres chilenos, un norteamericano y "honesco referens" dos ingleses de esos que todavía no quieren tomar la guerra en serio.

—Cómplices, acaso... Traidores a su patria...

—No tanto. La pensión de la señora Crihimilda es solo la entrada de la ratonera... La ratonera está debajo... en la casa de comercio de Prigger y Welser, cerrada casi desde el principio de la guerra para todo el mundo menos para esos belitres de corsarios...

En efecto, la importante casa que Román había mencionado, ocupaba el piso bajo y los subterráneos del edificio, exactamente debajo de la pensión de la señora Crihimilda.

—Tendrán una entrada secreta, pregunté...

—No tan secreta, que yo no sepa encontrarla y al momento... Vamos allá... Es en esa pieza, la tercera del pasillo a la izquierda.

Seguimos al gran detective hasta el cuarto mencionado que servía de dormitorio a un joven chileno... Diego Laiz, antiguo

empleado de la casa Prigger, a la sazón "aparentemente cesante", según nos comunicó Román Calvo.

—Tenemos compatriotas que parecen alemanes, dijo mientras levantaba bruscamente una alfombra que cubría el centro del pavimento.

A nuestros ojos asombrados apareció una trampa cuya argolla estaba discretamente encajada en el maderamen.

—Esto es excesivamente sencillo, observó Román, después que hubo levantado sin dificultad la tapadera. Vamos ahora a conocer el submarino... Bastará que Miguel y dos de estos caballeros me acompañen. La expedición quizás no está exenta de peligros y es preciso, además, que la expedición de la señora Crihimilda no se quede sin vigilancia.

Encendió una linterna sorda, y después de pasear su luz por la abertura, se introdujo resueltamente en ella.

Le seguimos y momentos después nos encontramos en las desiertas y oscuras oficinas de la casa Prigger.

Nada de particular observamos allí. Todo tenía el aspecto triste y polvoriento de las casas abandonadas.

—Habrà que bajar al subterráneo, dijo Román.

No le fué difícil dar con el camino, pero hubo de romper a cincel un candado que aseguraba la puerta de entrada.

En verdad yo apenas podía imaginar que al cabo de aquella aventura íbamos a topar con un submarino. Ello era inverosímil... en el mismo centro de Valparaíso, debajo de las calles más comerciales y concurridas. Realmente eran fuertes esos alemanes.

Pero en el subterráneo tampoco había submarino alguno, sino muchos bultos, probablemente de efectos de comercio, una mesa y varias sillas de Viena.

Miré a Román, ávido de notar en su rostro algún síntoma de desaliento.

Pero el hombre siguió impertérrito hasta uno de los ángulos de la bodega.

—Mira... Miguel... aquí tienes el arsenal, dijo con la misma tranquilidad.

Un torno de herrero, una pequeña fragua, dos bigornias y varias herramientas esparcidas en desorden... A eso daba Román el pomposo nombre de arsenal.

—¿Crees que con eso basta para componer un submarino? pregunté.

—A los alemanes debe de bastarles... observé el aludido, mientras paseaba sus ojos escrutadores por todos los rincones del vasto subterráneo...

—¿No encuentras el submarino, por lo visto?

—Si no me engaño, ese bulto nos enseñará muchas cosas, repuso con mucha calma, señalando un gran cajón cerrado de los que sirven habitualmente para transportar mercaderías.

—¿Cabe un submarino en ese cajón?... dije en son de burla...

—Paciencia, Miguel, y acuérdate que nunca te has burlado de mí, sin arrepentirte luego, contestó el detective mientras inclinado sobre el suelo cogía un martillo y un formón.

—Veamos primero cuánto pesa, agregé, empujando suavemente el bulto con ambas manos... Ni cien kilos... seguramente está vacío... y así es más interesante...

En seguida, con infinitas precauciones, como si de un objeto precioso se tratara, comenzó a deslavar la tapa del cajón... Nosotros le mirábamos hacer llenos de ansiedad...

Un momento después, el haz luminoso de la linterna de Román, se paseaba lentamente por el interior del bulto abierto...

—Lo que yo esperaba, exclamó por fin, volviendo hacia mí su rostro radiante de júbilo... Aquí tenemos la formidable máquina... Mira, Miguel...

Me precipité ansioso de contemplar el submarino... seguramente por el interior de aquel cajón se bajaba hasta él...

Eso fué mi desencanto...

Sólo ví una especie de caldero cuadrado de grueso palastro, con un manómetro o cosa por el estilo en la parte superior...

—Ese no es un submarino, exclamé, sino un vulgar caldero, con su manómetro y todo...

—¡Dale con el submarino!... ¡Ya llegaremos al submarino! pero por de pronto... fíjate bien... Ese que tú llamas caldero puede contener muchos quintales de explosivos... ¡Lo negarás también?... Mira ahora el manómetro... ¿Has visto alguno por el estilo?...

Después de un ligero examen tuve que confesar que aquel aparato me era desco-

nocido. Tenía la forma de un manómetro de los que se ponen sobre los calderos para indicar la presión, pero la aguja en lugar de encontrarse bajo una tapa de vidrio era exterior y podía hacérsela girar fácilmente con el dedo como los punteros que hay en los despertadores, con el objeto de señalar la hora en que se desea suene la campanilla.

¡Comenzaba a comprender!...

—Es un reloj, exclamé...

—Sí... dijo Román, y relojes como ese han hecho despertar en el otro mundo a centenares de personas. Nada es más diabólicamente sencillo... Llenas de explosivos ese cajón de palastro, das cuerda al reloj y señalas con esa aguja la hora en que... suene la campanilla, es decir, en que caiga el gatillo que ves aquí debajo, sobre ese grueso fulminante... Mira el cuadrante... Está graduado hasta para cien horas!... ¡Ay del vapor en que uno de esos cajones es embarcado!... El "Oroya", el "Bolivia", el "Aere" y el "Orama"... esa es su suerte...

Estaba aterrado... Nunca había imaginado semejante desenlace... A pesar de lo que estaba viendo, toda clase de objeciones acudían a mi mente.

—El juego es peligroso, balbuceé... Esto puede estallar antes de tiempo... Tú sabes cómo tratan a los bultos nuestros cargadores... La melinita explota al menor choque.

—No pases cuidado por esos tudescos... Ellos saben tomar sus precauciones... Este cajón vá dentro de otro mucho más grande y entre ambos colocan grandes colehones de algodón...

—¿Cómo lo sabes?...

—Porque los he visto...

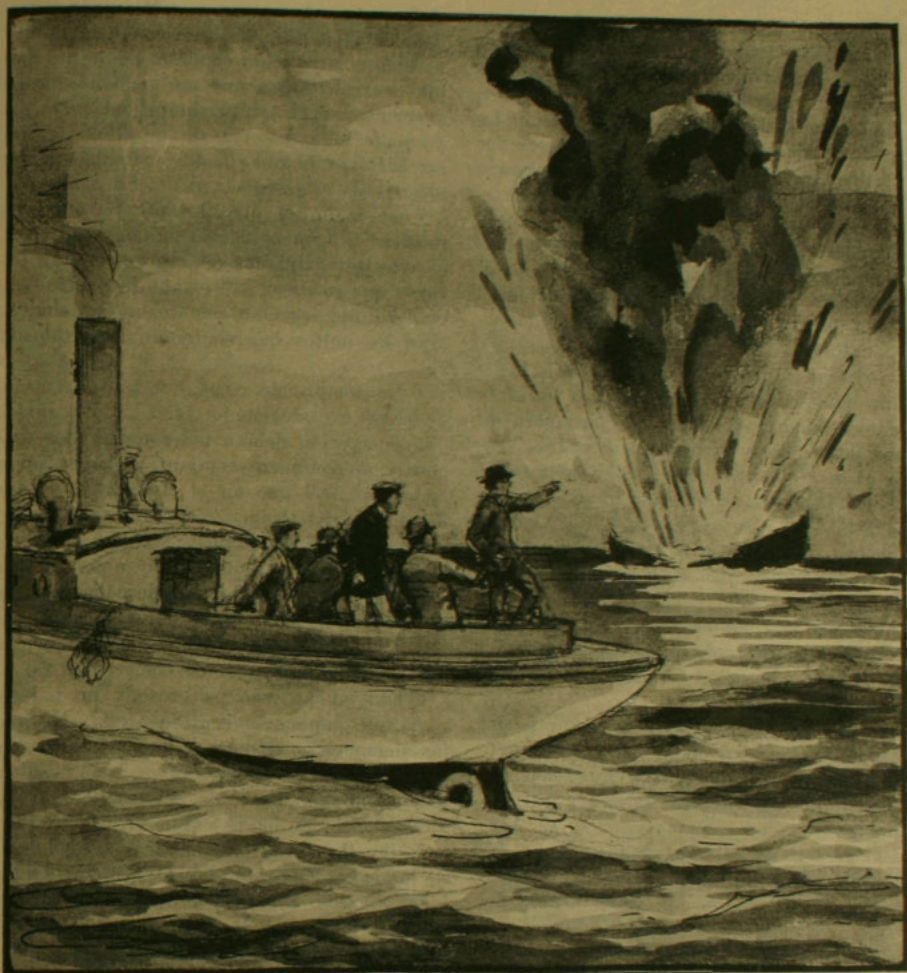
—¿Dónde?...

—Esta mañana en el cajón que embarcaron en el vapor "California" de la Pacific Steam...

V

Un cuarto de hora más tarde, sentados tranquilamente junto a dos buenos vasos de cerveza de Valdivia, Román Calvo me narró la maravillosa historia de su pesquía.

—Al principio, te lo confieso, comenzó con su voz lenta y acompasada, creí como



Un gigantesco penacho de llamas y humo se alzó del centro del lanchón abandonado.

todo el mundo en un submarino... Tres circunstancias vinieron a sacarme de mi error... La primera fué la velocidad increíble del submarino. Recuerdas nuestro cálculo: para hacer lo que hizo necesitaba andar, por lo menos, treinta millas por hora... En seguida me llamó la atención la singular insistencia de los alemanes en llevar mis pesquisas y las sospechas de todo el mundo hacia un barco de esa especie... La absurda historia referida por Edmundo Morel vino a acentuar mis sospechas... Y el espionaje que los alemanes organiza-

ron a mi alrededor, ¿no te da que pensar?...

—¿Por qué?

—Porque si se hubiera tratado de un submarino, ¿a qué tanto empeño en seguir mis pasos por las calles de Santiago y de Valparaíso?... ¿Temían que yo de a pie o en coche les cogiera su máquina, que tanto empeño tenían en hacer navegar por debajo del mar?...

—¡Tienes razón!

—Pero la narración del piloto del Acre acabó de disipar mis últimas dudas. Era

ineconciliable con la hipótesis de un submarino. Sin embargo, todo el mundo, incluso las gentes del oficio y el propio sobreviviente, se equivocaron. Esto demuestra lo que es el poder de la preocupación. La gente estaba sugestionada y no quería ver en todo sino las hazañas de un corsario submarino.

El piloto del "Acre", antes de conocer lo sucedido a los otros tres vapores, no había pensado en tal submarino. Atribuía el naufragio a una explosión de las calderas y era natural.

—¿Por qué?

—Porque un torpedo aplicado bajo la línea de flotación no hace saltar por los aires la obra muerta del buque herido; obra de una manera muy diversa y eso podrás verlo en todos los estudios que existen sobre la materia. La conmoción deseneja las planchas del casco y eso es todo. Algunos piensan que es el agua misma del mar la que comprimida por el explosivo produce aquel efecto... Por eso, si todavía no existieran submarinos en el mundo nadie medianamente instruido en ciencias navales habría pensado en un torpedo en este caso.

—Tienes razón...

—Hemos hablado ya de la hipótesis del "Arbitro" u otro buque aéreo semejante. Casi no merecía estudio, era demasiado disparatada... Por otra parte mi raciocinio fué sencillo y concluyente... El Acre voló cual si se hubiera producido una explosión en su interior... luego el efecto que produjo la explosión venía dentro del casco... y había sido colocado allí por manos criminales.

—Lógica de Pero Grullo...

—Así será, pero sólo Román Calvo estuvo a la altura de Pero Grullo... Los demás quedaron por bajo de él...

—¿Debo darme por aludido?

—Haz como quieras; yo sigo mi cuento. Quedaba encontrar a los autores del siniestro complot. El negocio era bastante difícil. Por una parte yo no tenía la menor libertad de acción: la invisible logia alemana me espiaba en forma constante e implacable. Además no era de presumir que los criminales repitieran sus atentados mientras se sospecharan vigilados por mí... Felizmente, nadie sabe a punto fijo en el mundo lo que le ha de dañar, y Edmundo Morel vino en mi auxilio con una oportuni-

dad que ni de encargo... Mi viaje a los canales de la isla Wellington era una idea excelente, pero te lo confieso, no se me había ocurrido hasta que ese truhán vino a sugerírmela... Así perdieron mi pista, y yo pude lanzarme tras la de ellos... Sin ser pariente de von Hindenburg, algo se me alcanza de estrategia.

Convertido en Mr. Joseph Wilson, mi primera diligencia fué examinar los libros en que las compañías de vapores anotan la carga que reciben. Allí estaba la madre del cordero... Inmediatamente noté cuáles eran los bultos que contenían los explosivos...

—No comprendo cómo.

—Era excesivamente fácil... Los bultos en cuestión debían tener todos ellos un peso y un volumen semejante y haber sido embarcados el uno en el "Oroya", y los demás en el "Orama", el "Bolivia" y el "Acre", respectivamente... Por último, el nombre de los remitentes y acaso el de los consignatarios debía ser desconocido... es decir, nombres supuestos...

—Bien pudieron también tomar el nombre de cualquiera casa de comercio...

—Era mucho más peligroso y no había para qué exponerse inútilmente... No... los alemanes no sospecharon ni podían sospechar que se iba a buscar su famoso submarino en los libros de las compañías... y, en el peor de los casos, más valía borrar toda huella... Además los embarcadores de las casas conocidas y reales, lo son también...

Supe, pues, que los bultos torpedos pesaban cerca de tres toneladas y medían 120 pies cúbicos; que los habían embarcado bajo el falso rubro de mercaderías surtidas a dos de ellos, y con el de loza y porcelana a los otros dos; y que en los cuatro casos, el puerto de destino era también el puerto final del viaje del buque respectivo. Esto último se comprende fácilmente.

—¿Por qué?

—Porque los estivadores acostumbran colocar la carga que vá más lejos en la parte más baja de los vapores, es decir, en el sitio en que los efectos de la explosión podían ser doblemente eficaces.

Armado de estos datos, yo, es decir, Mr. Joseph Wilson, obtuvo el puesto de receptor de la carga en la Compañía Inglesa de Vapores... Allí les aguardé a que volviese-

ran y no fué por mucho tiempo. Ayer a medio día se presentó a la oficina un joven decentemente vestido a embarcar en el vapor "California" y por cuenta de don Saturnino Nodales (un ser incógnito) un cajón de quincallería para Guayaquil... Medi y pesé el bulto sin manifestar la menor emoción... Tenía ciento veinte piés cúbicos de capacidad y pesaba tres toneladas... Ya tenía a mi hombre... Le di tranquilamente su boleto.

—Y le seguiste, por supuesto.

—No fué necesario... En Valparaíso todo el mundo se conoce a lo menos de vista, y aquel joven era asiduo concurrente del café de la Bolsa, donde se le oía todas las tardes declamar contra los alemanes... Para no descuidar precaución cambié de disfraz y aquella tarde a la salida del café de la Bolsa me fui tras de él hasta verle entrar en la casa que acabamos de visitar.

Una hora más tarde estaban en mi poder los más interesantes pormenores. El sujeto en cuestión era un antiguo empleado cesante de la casa Puger.

—¿Diego Laiz... el dueño del dormitorio aquel?

—El mismo... La casa Puger, aunque cerrada casi desde que principió la guerra, continuaba pagando puntualmente el subido canon de sus almacenes, situados, que coincidencia, debajo de la pensión de la señora Crihimilda, habitada por alemanes... y por el mencionado Laiz... No era difícil conjeturar dónde se fabricaban aquellos bultos inofensivos...

—¿Y cómo supiste lo de la escalera secreta?

—Las escaleras secretas sólo existen en las películas de los cinematógrafos. La que nos ocupa era ya antigua y muy conocida. Antes de la señora Crihimilda ocupó ese departamento uno de los jefes de la casa Puger y pidió al propietario permiso para construir una escalera interior para comunicarse con las oficinas y almacenes sin necesidad de salir a la calle. Como yo desde luego comprendí que en ese gran establecimiento cerrado estaba el hilo de la trama,

tuve que suponer forzosamente una comunicación semejante y lo pregunté.

—¿A quién?

—Al propietario... El no tuvo inconveniente para darme los datos que ya conoces y hasta me mostró los planos del edificio. Cuando la señora Crihimilda arrendó la casa, la escalera no fué destruída ni era racional hacerlo; se limitaron a entablar la escotilla. Así a aquellos perillanes les bastó abrir secretamente la trampita por donde bajamos a su siniestro taller.

—¿Y el bulto que debía ser embarcado en el "California"?... pregunté.

—Le hice colocar sobre un viejo lanchón inútil y llevarlo mar afuera donde lo hemos anclado frente a la playa de Ritoque, cerca de Quintero... Si esta noche no estalla, mañana iremos a verlo, pero desde lejos... Comprendes que no sería prudente acercarnos mucho...

En efecto, al otro día muy temprano, Román Calvo, el gerente de la Pacific Steam, un empleado de Aduana, dos de la policía y yo, nos embarcamos en un vaporcito del resguardo...

—Tenía ansias de contemplar lo más de cerca que fuese posible la máquina infernal...

Muy luego pudimos ver a quinientos metros de nosotros el viejo lanchón que se mecía suavemente... El grueso bulto era visible en su centro... Me estremecí...

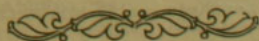
—No es prudente ir más lejos, observó Román, como respondiendo a mi pensamiento...

—¿Para cuándo será?... observó alguien temblando.

—¿Quién lo sabe?... dijo Román Calvo.

Casi al mismo tiempo, como para responder a la pregunta formulada, un gigantesco penacho de llamas y humo se alzó del centro del lanchón abandonado, como el cráter de un volcán, y segundos después, una explosión formidable vino a atronar nuestros oídos...

—Lo ven ustedes?... exclamó Román; la campanilla del despertador satánico acaba de sonar.



LA FAMILIA IMPERIAL DE RUSIA



La Zarina acompañada con su hijo el Czarevitch

LA SANTA RUSIA

La caída de un régimen

Ilustraciones fotográficas

Rusia no es un Estado, es un mundo, dijo un reputado publicista de los dominios del Zar, al contemplar la variedad de origen de sus pueblos, la diferencia enorme de sus climas, la infinidad de sus recursos y la diversidad de aspiraciones de los elementos humanos que componen el imperio.

En la sangre del pueblo ruso está grabada la marca característica que distingue a los pueblos de Oriente y a los de Occidente; en la sangre del pueblo ruso pueden verse los caracteres tanto del tórrido Sur como del Norte glacial; entre sus gentes hay adoradores de Confucio como los hay de Mahoma y los hay de Jesucristo.

Su clima conoce tanto las abrasadoras rachas tropicales como las heladas ventiscas del mar glacial.

La infinita variedad de sus recursos, inferior tan sólo a la de Estados Unidos, la hace figurar como el país más colosal en materia de producción alimenticia, y en lo tocante a producción minera, es también uno de los más ricos del mundo por la cantidad y calidad de sus minerales.

Su historia comprende la de Mongolia y Sajonia y Finlandia; la del Mar Negro y del Báltico y el mar de Okhotsk. Las aspiraciones de su pueblo comprenden las de los Polacos y de los Mongoles, las de Confucianos e Indios, las de Tártaros y Lapones.

Por su área constituye Rusia el mayor y más compacto imperio del mundo. Es mayor que todo el norte de América, mayor aún que el área combinada de Estados Unidos y Alaska, Canadá, Méjico y Centro América, Cuba, Puerto Rico y Haití y todas las islas del mar Caribe, pues su área total es de 8,505,000 millas cuadradas, área mucho mayor que la de todo Sud América que es de 6,851,000 millas cuadradas. Sólo podría superar a Rusia el Imperio Británico, pero Gran Bretaña, para encontrar a su población, tiene que dar vuelta al globo, y atravesar siete mares y seis continentes, para

llegar a sus posesiones. Rusia es más de dos veces mayor que el resto de Europa, y ocupa tres quintas partes del área total del continente europeo; es casi la mitad de todo el continente asiático y ocupa casi dos quintos del área de éste. Entre sus límites están comprendidos y encerrados dos quintas partes de todo el territorio de Europa y Asia juntamente. El imperio tiene cerca de vez y media más terreno en Asia que la China; y sus posesiones asiáticas son tres veces más grandes que las de Inglaterra y cuarenta veces mayores que las del Japón, aún después de la última guerra ruso-japonesa, que modificó notablemente el mapa de las posesiones de estas dos potencias. La riqueza de Rusia es colosal e insuperable por todos conceptos, excepto desde un sólo punto de vista, el de sus puertos.

El Czar

Pero lo que más os interesará saber y más de actualidad está con el nuevo estado de cosas, en la Santa Rusia, es la personalidad del Zar, jefe único indiscutible, social, política y religiosamente hablando, hasta iniciarse el actual movimiento revolucionario, que ha traído consigo la caída de un régimen.

Y sobre el Zar, su personalidad, familia, costumbres y otras particularidades voy a daros ligeros detalles.

Particularmente considerado, el Zar por su carácter es un soberano que ha demostrado bondad y amabilidad en alto grado para su pueblo. No habrá sido un eximio gobernante, una gran cabeza, pero ha demostrado (y no es poco) que es un gran corazón. Siempre se preocupó de las necesidades de su pueblo y se mostró solícito de atender los derechos de los que le rodeaban.

Nicolás II, Emperador de todas las Rusias, nació el 18 de Mayo de 1868, y es el hijo mayor del difunto Alejandro III y de la Princesa Dagmar (María Feodorovna).



Gran Duquesa Olga



Gran Duquesa Tatiana



Gran Duquesa Maria

Gran Duque
Alexis

Gran Duquesa Anastasia

hija del rey Cristián IX de Dinamarca. Subió al trono a la muerte de su padre en Noviembre 1.º de 1894 y en 26 de Noviembre del mismo año contrajo matrimonio con la princesa Alejandra Alix, hija de Luis IV. Gran Duque de Hesse y nacida en Junio de 1872. De esta unión nacieron el gran duque Alexis, heredero del Trono y las Grandes Duquesas Olga Tatiana, María y Anastasia, célebres por su belleza extraordinaria.

La infancia del Zar Nicolás II transcurrió en el encantador palacio de Anitischikoff, donde la Emperatriz viuda moraba habitualmente. Allí se crió el hoy destronado Zar en extremo sensible y delicado debido a los acontecimientos que se desarrollaron, el asesinato de su abuelo y otras circunstancias, siendo tanta su impresionabilidad que el simple destapar de una botella de cerveza le hacía muchas veces saltar, sobresaltado, como si continuamente recelase el estallido de una bomba. La educación del Zar fué bien práctica y positiva. Poco griego y poco latín, bastantes ciencias y mucho inglés y francés que a más de su lengua nativa hablaba correctamente a los veinte años. Su tutor el inglés Mr. Charles Heath, refiere que el Zar era sumamente aficionado a la lectura de los clásicos ingleses, y en cierta ocasión, leyendo uno de éstos, quedó profundamente impresionado por una poesía titulada: "La Joven del Lago". En ella el Rey de Escocia va bajando del castillo y la multitud al verle prorrumpe en aclamaciones



El Zar y la Zarina en traje nacional

entusiastas gritando: "Dios guarde al Rey del Pueblo". "El Rey del Pueblo", exclamó, mientras esto leía el futuro soberano; este título quisiera yo que a mí me diesen.

No cabe duda que Nicolás II era un gran corazón.

Su padre el difunto Zar Alejandro III, tenía un alto sentimiento del honor y procuró inculcar en sus hijos el cumplimiento de la palabra.

Ciento día el Zarevitch y su hermano menor prometieron ir a buscar a la princesa Xenia para una excursión. Algo extraordinario ocurrió para que los príncipes no acudiesen a la cita, y la joven prince-



Moscou en invierno

sita fué sorprendida por su padre con los ojos arrasados en lágrimas.

El Zar mandó inmediatamente a buscar a sus hijos. "Todo hombre puede faltar a una palabra, les dijo al llegar, pero los hi-

jos del Emperador de Rusia, jamás". Este incidente causó tanta impresión en el Zarevitch Nicolás y el Príncipe Jorge, su hermano, que jamás ha habido acontecimiento ninguno que les haya podido obligar a quebrantar una promesa.

La severidad del régimen educativo quebrantó la salud del Zarevitch Nicolás y en 1891 determinóse hacerle viajar por el exterior.

En compañía de su primo, el príncipe Jorge de Grecia y un séquito de jóvenes nobles, viajó entonces por el Asia, visitó la India, pasó por los desfiladeros de Singapur, recorrió el Japón y la China y emprendió el regreso a través de la Siberia. El único contratiempo sufrido en este delicioso viaje fué en Kioto (Japón), donde un policía fanático del país le atacó al pasearse en carruaje por las calles de la ciudad, causándole dos heridas a espada en la cabeza, y a no ser por el valor y arrojo del príncipe Jorge, que hizo frente al asaltante, y evitó el tercer golpe de la espada sobre la cabeza del Zarevich Nicolás, seguramente no habría llegado este último a ceñirse la corona de Rusia, ni habrían tenido lugar los acontecimientos que ahora se desarrollan.



El Zar y el Gran Duque Nicolás



Un grupo de escolares con su maestro en Moscou

Llegó después el tiempo en que el nombre del heredero de la corona de Rusia comenzó a sonar en compañía del de algunas princesas, sobre todo con el de las hijas del Rey de Montenegro. Se dice que el Zar Alejandro III invitó a su hijo Nicolás a escoger esposa entre las princesas montenegrinas. Pero el Zarevich tenía hecha su elección y se había propuesto compartir su trono con su prima la Princesa Alix de Hesse, y luchó sin descanso hasta que se allanaron todos los obstáculos y dificultades que a esta boda se ofrecían.

Esto por parte de sus padres; pero faltaba el inconveniente principal que habría que vencer por parte de ella. Las princesas que entran a formar parte de la familia imperial rusa no es forzoso que pertenezcan a la iglesia griega, pero la esposa del Zarevich, ha de abrazar necesariamente la fé ortodoxa, y aquí estaba la mayor dificultad, porque la princesa Alix sentía repugnancia en cambiar de religión. Pero el Zarevich no desmayó en su empeño.

En Inglaterra, en Walton-on-Thames, celebróse un consejo de familia al que acudieron la princesa Alix, su hermana la princesa Victoria de Hesse, el esposo de ésta, príncipe Luis de Battenberg, y el Zarevich; y allí, bajo el encanto del más

hermoso de los paisajes, el futuro Zar de todas las Rusias, expuso ante su amada sus anhelos, tratando de vencer sus escrúpulos religiosos para alcanzar la felicidad. Y la princesa escuchaba mientras se deslizaban en un pequeño esquife por las aguas de aquel río que tantos gloriosos combates había presenciado; pero no se resolvió a re-



Un mujic haciendo su plegaria en la tarde

nunciar a su fé. El Zarevitch dejó Inglaterra; el tiempo pasaba y ningún anuncio oficial se daba de su noviazgo.

Un distinguido periodista del "Lady's Realm", afirma con aparente autoridad que fué el Kaiser el que despejó la situación, aconsejando a la princesa que sacrificase sus creencias por la felicidad de Alemania y la de ella propia, y abrazase la fé ortodoxa. Quizás influyó no poco en la determinación de la princesa el ejemplo de la gran Duquesa Sergio, que abrazó de grado la fé y la religión de su esposo. El gran Duque de Hesse, hablando una vez con su hija le decía: "Tú no le quieres, cuando tanto te cuesta complacerle". Si, le quiero, papá, si le quiero, protestaba la princesa arrasados los ojos en lágrimas".

En las bodas del Duque de Hesse con la princesa Victoria Melita de Coburgo en 1894, reunióse en Coburgo una inmensidad de realezas. Allí estaba la Reina Victoria de Inglaterra, el Kaiser de Alemania y entre los invitados estaba también el Zarevitch. Es indispensable, decía este a sus padres, que antes deirme tenga una contestación definitiva.

Y la contestación llegó, tal cual él la deseaba. El mundo supo entusiasmado que el heredero del trono de todas las Rusias iba a desposarse con una princesa inglesa-alemana, una mujer de 22 años, de hermosura y simpatía insuprable, de talento, voluntad y carácter, que iba a enlazar el Oriente con el Occidente y a crear un mejor conocimiento entre la Rusia semiorienta y el resto de las naciones de Europa.

Hacia fines del año comenzaron a circular inquietantes rumores sobre la salud de Alejandro III y por fin se supo que su enfermedad era incurable. Antes de morir quiso ver a su futura hija política. La princesa Alix, acudió sin demora a Rusia y permaneció junto al lecho del moribundo. Resolvióse entonces que a pesar del luto se verificaría inmediatamente el matrimonio. La Emperatriz viuda suplicó a la futura esposa de su hijo que no se pusiese luto antes de su boda, y por este motivo la princesa celebró sus esponsales vestida toda de blanco.

Finalmente, fué recibida en la Iglesia Ortodoxa y el 26 de noviembre de 1894, ce-

lebróse en el palacio de invierno en Petrograd la boda de la princesa, que se llamó en adelante Emperatriz Alejandra Feodorovna. Un detalle curioso y sorprendente fué ver a la Emperatriz viuda el día de la boda sin ningún vestigio de luto, toda de blanco y plata, regiamente engalanada, para hacer los honores a la novia de su hijo.

La Corte rusa es seguramente la más suntuosa de Europa y la Casa Real de Rusia es más opulenta que todas las demás familias reales del mundo. A la carga de su enorme responsabilidad, agrégase en el Zar la de la administración de su inmensa fortuna. La entrada mínima que percibe de los bienes de la corona y el Estado se calcula en libras 1,500,000 al año. Más de 40 miembros de la familia imperial, de línea no directa de sucesión, perciben rentas de estados territoriales establecidos a este fin por el Emperador Pablo I.

Estos estados denominados Heredades Imperiales y que ocupan un área de 2,000,000 de acres, más grandes que Escocia, dan una renta anual de 20,000,000 de rublos o 45,000,000 de pesos. Antes de la abolición de la esclavitud, había en estos vastos estados no menos de 800,000 aldeanos, que eran realmente propiedad de sus dueños.

La asombrosa riqueza de la familia imperial rusa se ve también en la enorme cantidad de joyas que poseen sus miembros. Los rusos aman las perlas. Los siervos trabajan para formar esas alhajas y los Shahs y los Emires, vasallos del Zar, las han arrojado a sus pies. Las joyas más preciada y valiosas de toda Rusia son las coronas del Zar y la Zarina. La del Zar es una hermosa corona en forma de cúpula dividida en dos partes, que simbolizan el Imperio de Oriente y el de Occidente. Deslumbra con sus diamantes y une ambas partes un rubí de tamaño colosal sobre el que se yergue una cruz de perlas. La corona de la Zarina está formada por hojas y racimos de diamantes y un soberbio zafiro en el centro.

Tanto como los palacios, ostentan en Rusia su suntuosidad las iglesias y catedrales; sabido es que el pueblo ruso es profundamente religioso. En la Catedral de la Asunción es donde eran coronados los Zares y donde fué por tanto coronado el hoy destronado Nicolás II. y lo será seguramen-

que el futuro Zar, si, como parece probable, el actual movimiento revolucionario afecta sólo al régimen político, pero no va contra la Monarquía de los Romanoff.

El ceremonial de la coronación es curioso. Hé aquí como lo describe el Dr. Creighton, que presenció la coronación de Nicolás II. Después de hacer pública profesión de su fé ortodoxa, el Metropolitano de Petrograd, pone sus manos sobre la augusta cabeza del soberano arrodillado y dice: Haz tu siervo fiel al poderoso Señor Nicolás Alexandrovich, a quien tú has designado Emperador de tu pueblo, dignate ungirle con el óleo de la felicidad; revístete con los poderes de lo alto; coloca sobre su cabeza la corona de piedras preciosas y dale largos días de vida. Pon en su mano diestra el cetro de salvación; asíéntale sobre el trono de la justicia, corréntale con los dones del Espíritu Santo; fortalece su brazo; somete a su poder todo pueblo bárbaro y guerrero; pon en su corazón tu santo temor y la compasión a sus vasallos". El Emperador entonces pide la corona, y de pie con ella en la mano por un momento, se la coloca en la cabeza. El metropolitano le dice entonces: "Emperador de todas las Rusias, este visible y tangible adorno de tu cabeza es signo evidente de que Cristo el Rey invisible corona la cabeza de todo el pueblo ruso". De igual modo toma luego el cetro, símbolo del poder y del gobierno. Queda así coronado el Emperador responsable ya de sus actos sólo ante Dios. Luego hace señas a su esposa para que se acerque, toca con su propia corona la frente de ella y le pone después en la cabeza la corona de Emperatriz. Un Diácono lee en voz alta todos los títulos del Zar, las campanas repican, truenan los cañones y los esposos, reales re-

ciben el homenaje de la familia real. De pronto cesa todo rumor, el Emperador se prosterna y reza en voz alta "Señor Dios de mis padres, y Rey de Reyes, que creaste los mundos y con tu sabiduría formaste al hombre, permíteme cumplir dignamente la misión que me has confiado, guíame y condúceme en el gobierno de mi pueblo y dame a conocer tu santa voluntad.... Amén.

Al terminar la cerecmonia religiosa, se celebra el banquete público en Granovitoya Palata, o sea el hall para banquetes del Palacio del Kremlin. Los huéspedes reales se sientan en la mesa principal, y las otras mesas quedan ocupadas por los extranjeros y demás invitados. Respecto a este banquete hay una costumbre tradicional muy curiosa. Cuando el Zar pide vino, todos los extranjeros no invitados expresamente al banquete se retiran. La costumbre data de tiempos de Iván el terrible, que bebía tan libremente, que se ordenaba retirarse a los extranjeros y Su Majestad quedaba en la sola compañía de sus fieles súbditos.

Después vienen las fiestas usuales, la iluminación del Kremlin, bailes, fiestas, y la función de gala en la Opera. El pueblo se agolpa ante el palacio y a no menos de 500,000 personas se les da un pedazo de pan, empanada de carne, un pastel de dulce, un saquito de almendras y un vaso grabado con las armas del donante imperial. Es un derroche de magnificencia el que se hace en estas solemnes ocasiones, y en la coronación del poco afortunado Zar Nicolás II, los gastos ocasionados fueron de más de 25,000,000 de pesos.

Después de los actuales acontecimientos querrá el nuevo Zar (si llega) coronarse con la pompa de su destronado antecesor?...



Recuerdos de cincuenta años

En el momento de preparar los últimos pliegos de "Pacífico Magazine" para darlos a las prensas hemos recibido la carta, que damos a continuación, del señor general don Estanislao del Canto, en la que nos pide retiremos la contestación que daba al general señor don Jorge Boonen Rivera, con motivo de su rectificación al reportaje publicado en el número de nuestra revista, correspondiente al mes de enero, que le hicimos al general del Canto.

Dicha carta reza como sigue:

"Santiago, marzo 18 de 1917.

Señor Armando Donoso.—Presente.

Estimado amigo:

A la avanzada edad que he llegado y después de haber prestado a mi país, por más de cuarenta años, mis servicios con honradez y constancia, defendiendo el honor de su bandera y la integridad de su suelo, no me queda otra aspiración que la de rodearme de amigos queridos, lo cual felizmente he llegado a conseguir.

A ellos les he consultado su opinión en lo que toca a la rectificación de la verdad histórica a fin de rebatir la pre-

tendida refutación que ha hecho el general don Jorge Boonen Rivera al reportaje que, en el mes de enero, me hizo y publicó en "Pacífico Magazine".

Muchos de mis amigos piensan que yo no debo dar contestación alguna. Aceptando este consejo, difiero a la opinión de ellos; y, en consecuencia, ruego a Ud. se sirva suspender la publicación y devolverme los originales que le había dado para esa revista.

Saluda a Ud. atentamente su afmo. amigo.—E. del Canto.

Ponemos con esta carta punto final a esta enojosa cuestión que "Pacífico Magazine" deseaba por todos los medios evitar, manteniendo, como hasta hoy ha sido su norma, una absoluta imparcialidad y elevación en sus páginas, rehuyendo siempre herir intereses ajenos o causar molestias a quienquiera que fuere.

Si una de nuestras informaciones ha dado ocasión a un desagradable debate, la dirección de *Pacífico Magazine* ha sido la primera en lamentarlo, ya que no impulsó otro móvil a sus redactores que el de llevar hasta el público una nota de interés recogida de personas que le merecen la más alta consideración.



ZAPALLAR

Por _____

Manuel Mackenna

Con fotografías

Para comprender la vida de Zapallar y el agrado de este pueblo es preciso habitarlo por algún tiempo.

Los paseantes que llegan a él para visitarlo en algunas horas, experimentan franca decepción, porque su aspecto general sólo expresa el porvenir de su fisonomía en evolución, sin manifestar la dulzura de su carácter sencillo, alegre y romántico. Pero Zapallar para aquellos que se han penetrado de su naturaleza y se han puesto al contacto con ella, es un amigo del espíritu, cuya influencia se esterioriza a la condición humana en su más perfecta manifestación: la armonía.

No le pidamos a la vida de este pueblo ningún éxito de vanidad ni honores que proporcione el dinero. Aquí es igualmente considerado el que habita la modesta casita blanca que pende de una falda del terreno ondulado, sostenida al parecer por una enredadera de cardenales, como lo es el que habita el magnífico palacio cuyos muros detienen el empuje de las olas en la tempestad.

Aquí sólo se exige cultura y origen, y quien aporte consigo ese título, que el oropel mo-

derno ha desvirtuado en los grandes centros, entra a la gran familia que constituye la población veraniega de Zapallar.

Sus condiciones climatéricas, reconocidas como las más sobresalientes de parte alguna, han sido su razón de ser, y son su expectativa de gran porvenir; porque a la verdad, cuando los medios de locomoción se hagan más expeditos, tendremos a tres horas de

Santiago (137 kilómetro), un temperamento cuyo máximo de temperatura en verano es de 25 grados y cuya mínima en invierno, registrada durante los diez últimos años, es de 6 grados sobre cero.

Entonces cuando afluyan sobre él los capitalistas y personas de ostentación, se le consagrarán todos sus notables privilegios, pero ese día habrá



S. E. el Presidente acompañado de don José Ureta.

desaparecido la armonía, eterna aliada de la sencillez, y perderá Zapallar su ambiente de paz y de independencia junto con su perfume de modestos cardenales.

Un poeta sin nombre consagrado, pero con alma de artista, Daniel Valenzuela, hombre de talento y de sensibilidad refinada ha hecho la descripción gráfica y sentida de Zapallar en los términos siguientes:



Casa de don José Ureta

—“Escondido rincón de mil primores
engastado entre el mar y la montaña
donde secan su red los pescadores
tendidos al umbral de la cabaña
en olorosas sábanas de flores.

En donde todo es luz que reverbera
en donde brilla el sol con mayor brillo
desde los contrafuertes de la Higuera
hasta la santa cruz del potrerillo,
que el pueblo humilde con fervor venera.

Su mar ceñido de ondulante espuma
que en los peñascos ásperos remata
levanta a trechos vaporosa bruma
que en el tibio ambiente se dilata
y en los campos se extiende y se perfuma.

Y del oriente entre sinuosas faldas
el bosque espeso hasta la playa llega
bordando las laderas con guirnaldas
que, semejante a ríos de esmeraldas
llegan al mar que sus contornos riega.

Y en los suaves recuestos de las lomas
perdido entre el follaje y la verdura
como blanca bandada de palomas

se extiende el caserío por la altura
envuelto en una atmósfera de aromas.

De geranios, de rosas y juzmines,
Petunias, margaritas y alcanfores
que encierran en magníficos jardines
lluvia de corazones de colores
las trepadoras cercas de clarines.

★

La vida social de Zapallar también registra tertulias, paseos, noviazgos y toda aquella crónica moderna destinada a fomentar el pecado de exhibición y de preocupación de los demás, defecto de todas las sociedades en todos los países. Este año ha habido tres notas dignas de mencionarse, una de las cuales se debe a la iniciativa siempre oportuna de la señora Luisa Lynch de Morla, una de las mujeres más elevadas y cultas de esta época, cuya vida de abnegación y de genialidades la levanta del nivel de todo émulo y toda censura.

La otra pertenece a la iniciativa de don Carlos Ossandon y la tercera a la hospitalidad de don José Ureta.

Fué la primera un baile de fantasía ofrecido por la señora Lynch a los niños de Zapallar.

En esta ocasión, las madres de familia hicieron un despliegue de buen gusto y de inventiva que habla en alto de su imaginación y originalidad para el carnavalesco torneo, Aldeanas, cantineras, barquilleros, gitanos, Santa Claus, gato, hombre de fuerza, indígena, ángel de paz, polichinela, cisne, etc.; tales eran los disfraces más curiosos y cuya ejecución perfecta contribuía al éxito de la idea. Especialmente los dos últimos: Pepito Ureta, que interpretaba su carácter con una carcajada perpetua que le inspiraban los cascabeles de su traje de polichinela, y Enriqueta Pérez, miniatura de la otra misteriosa miniatura de su familia..."

Carlos Ossandon cuyo amor a Zapallar ha demostrado dándole a la patria dos hermosos zapallarinos, únicos frutos de buena familia que han llevado su nombre desde esta comarca al registro civil de La Ligua, organizó este año un brillante torneo de tennis al cual concurren los mejores jugadores del país, llenando de entusiasmo a toda la población durante tres días, que expiraron con la adjudicación

de los premios, hecha por el Presidente de la República.

El Presidente llegó aquí como el Mesías de la era cristiana. Se le esperaba con el súmmum de fastuosidad que puede otorgar este pueblo a un soberano, y a no ser por el microbio político que traía prendido de su faldón, quien le impidió darse las horas de expansión que había ofrecido, su estadía en Zapallar, habría sido para él tan grata como lo fué para sus habitantes. Entró al pueblo por un sendero de flores, y al llegar a casa de su invitante, don José Ureta, fué todo el pueblo a rendirle el cariñoso homenaje de su bienvenida.

El Presidente lleva en su fisonomía la impasibilidad de su manera de ser; todas sus emociones se ocultan en una sonrisa igual, y la inmutable tranquilidad con que esconde siempre su opinión parecería una adaptación íntima de su semblante a su destino. Su señora en cambio, vibrante y nerviosa, cuando se decidió el importuno regreso, un aire de melancolía se dibujó en su sonrisa de despedida. Estrechó a sus amigos, tendió su vista sobre el paisaje y dijo con tristeza: "Hay que seguir, pero volveré, volveré"... Acaso a la vida de honores y de triunfos hace siem-



Señora Casanova de Ureta, señoritas Aninat Echazarreta, Ureta Valdés, Errázuriz Echazarreta.

pre falta un lugar de paz donde se pueda sentir la naturaleza, y encontrar esa verdad suprema y grata que nunca entra a los salones...

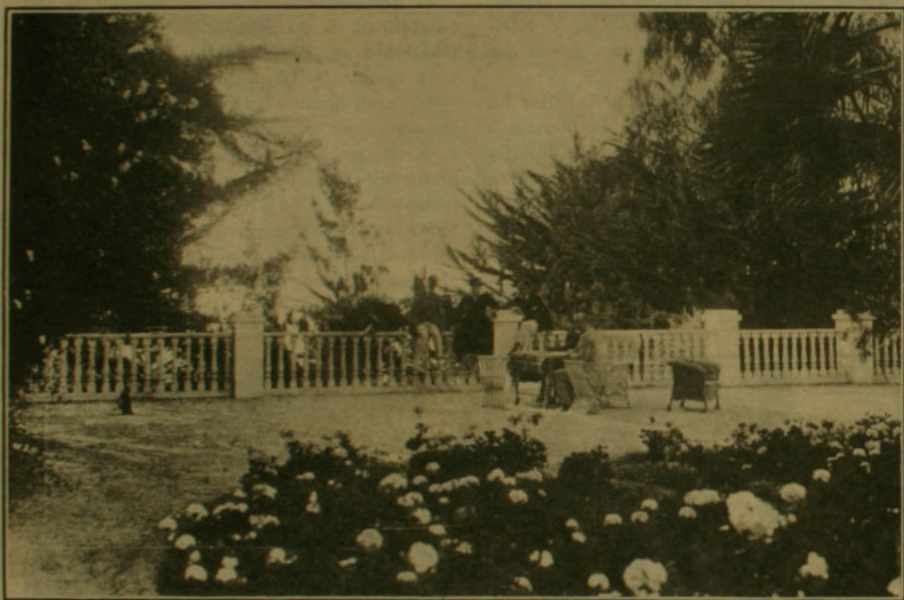
★

Por lo demás la vida de Zapallar, apacible e higiénica, nunca contagiada por innovaciones mundanas, ha sido perturbada este año por un modernismo invasor y sugestivo: el bridge: juego diabólico que ha entrado a los hogares con un poder de atracción tal que

época por el espiritismo. Por el espiritismo sin teoría y sin consecuencias, cultivado experimentalmente en aquellos tiempos del Zapallar primitivo, cuyo encanto no se borrará jamás del sentimiento de quienes lo vivieron.

Es opinión vulgarizada que los hábitos de Zapallar están en pugna con la independencia de cada cual: curioso poder del desprestigio que viene a herir a este lugar precisamente en su principal atracción.

En Zapallar, como en parte alguna, hay multitud de prácticas diferentes, y, en verdad, todas ellas se ejercitan con pasión. Desde la



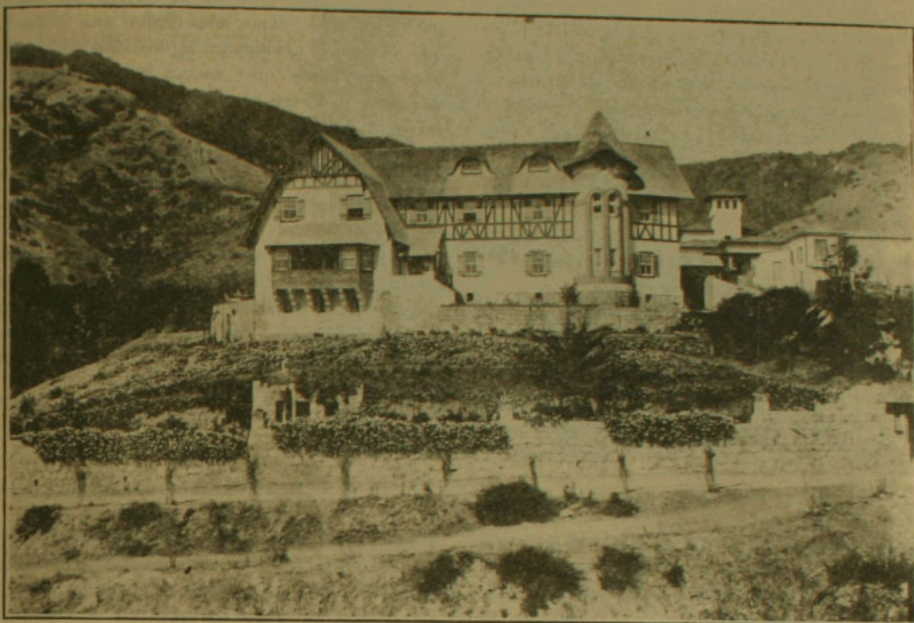
Terraza de la casa de don Manuel Mackenna

posterga deberes y distrae obligaciones. El bridge es un juego útil y científico en cierto modo, porque obliga a ejercitar la memoria, y a las señoras les impone las operaciones aritméticas, sin que les sirva el procedimiento de los dedos, que es el comunmente disponible para sus transacciones comerciales. El bridge es un vicio indispensable a la educación del momento, pues el que lo ignora suele ser en un salón una visita imperfecta y acaso importuna en frecuentes circunstancias.

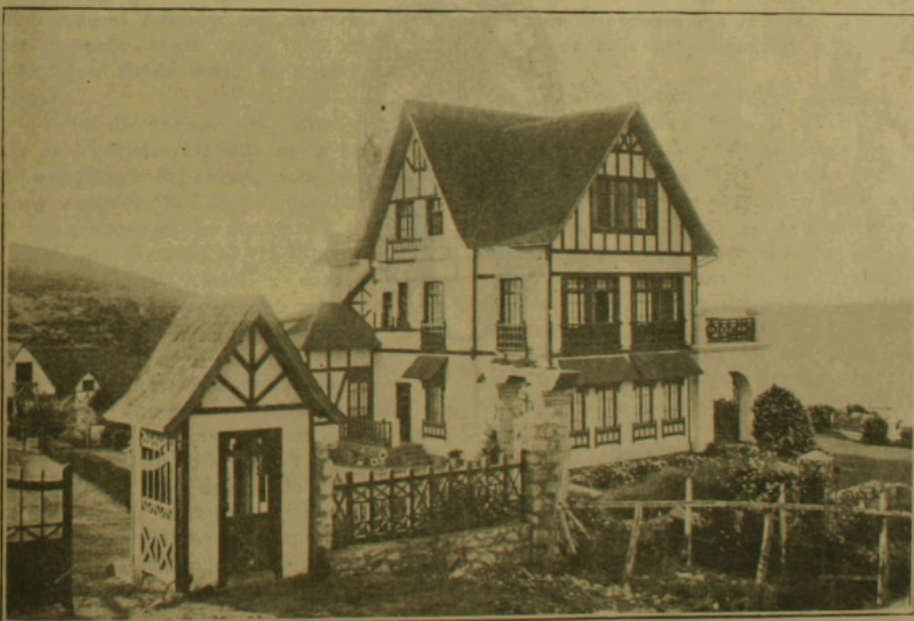
Zapallar, que en su conjunto tiene un temperamento intenso y apasionado, ha sido ahora absorbido por el bridge como lo fué en una

torre en que don Carlos Aldunate estudia sus proyectos de legislación o sus alegatos profesionales, hasta el jardín de Alejandro Pierro en donde éste se pasea lentamente consumiendo en graves meditaciones la colilla de un buen cigarro, en cada persona hay una preocupación diversa que le proporciona bienestar. Amor, literatura, bridge, modas, natación, grafología, música, fotografía, etc., y hasta un apolo que se esculpe en las alturas de una isla, todo aquello se cultiva independientemente.

Naturalmente que, como a todas partes por donde se desparrama en el verano el gran



Casa de don Carlos Aldunate



Casa de don Alejandro Fierro

núcleo social que vive en Santiago, interesado en la vida de los demás, llegan también a Zapallar algunas personas que tienen la puerilidad y bajeza de esta costumbre. Ellas son portadoras después a Santiago de dramas y tragedias incubadas en aquellas imaginaciones malsanas y estrechas que ansían delitos y que omiten siempre las virtudes. Pero entretanto un silencioso respeto cubre de paz la vida y la acción de todos.

Un buen amigo de la humanidad, característico en Zapallar, llamado "el hermanito", Tomás Ríos González, que tiene un poco de sabio, de poeta y de loco, ha dicho con gran verdad que Zapallar tiene psiquis. Quiere decir que tiene alma; algo vital que imprime su naturaleza al sentimiento, algo más digno

que el apetito que despierta su clima y el tónico con que levanta al cuerpo su brisa pura; es algo, como observaba una señora, que invita y acompaña a meditar como un consejero sabio que emana imponentes reflexiones y ofrece armonías. Pero para penetrarse de esa influencia es preciso confundirse con su naturaleza, entregado a ella como una planta a quien va a fecundar la dulzura de su ambiente, todo lo cual tendrá que juzgar con ironía el transeunte fugaz.

A Zapallar no se le debe visitar rápidamente porque anda siempre descuidado, y su indumentaria es sencilla. Se debe vivir con él sin vanidades, patriarcalmente, como se vive en la intimidad con un amigo, con un artista, con un espíritu superior.



CINCO MINUTOS DE ..TERROR.. por Ismael Farraguez



Medalla de Oro en el Tercer
Concurso Swinglehurst.

Terminada la lectura de un largo cuento nacional, firmado por un autor de los muchos que entre nosotros se creen llamados a escribir cuentos, los amigos que habíamos escuchado la lectura nos miramos unos a otros.

—¿Qué tal?—preguntó el lector.

—No me parece mal... —contestó un aficionado al folklore, con esa frase hecha por el pueblo y que tanto tiene de despectivo en el fondo como de benévolo en la forma.

—A mí me parece—dijo otro—que a pesar de lo aristocratizante de la firma y de los personajes del cuento, éste resulta bastante ramplón. Sin de ninguno en la firma y con personajes de cualquiera esfera social, Pablo Hervieu, J. H. Rosny, Andrés Theuriot, Jorge Auriol, y cualquier otro cuentista francés hace algo más fino y delicado. Nuestro cuento nacional padece de rudeza porque es resultado de una civilización que todavía está formándose.

—Como tú eres literato,—replicó alguien,—estás un poco descastado en este Chile analfabeto de los pies a la cabeza. Yo me quejo de que, dentro de nuestro rudo modo de ser, los autores chilenos no encuentren los temas que los escritores de habla inglesa descubren por docenas; cuentos rudos, pero de una fuerza e interés extraordinarios; tipo Conan Doyle.

—Realmente,—dijo otro—el autor nacional es para mí como un picaflor, que revo-

lotea en torno de la flor, sin acertar a introducir su pico en el cáliz fecundo, hasta que, cansadas y abatidas las alas, se posa en cualquier parte. Me hace también la impresión de un ciego, que tantea el camino y que no sabe a punto fijo adónde va y así resultan muchos cuentos sin argumento, que se desvanecen en el aire como una pompa de jabón, y novelas, que el autor tiene que cortar de repente porque no sabe cómo terminar.

—Falta de método,—replicó el lector,—y, a menudo también, falta de estudios formales. Un autor debe tener siempre algo que comunicar al público cuando escribe, y hay muchos que no aciertan a decir sino palabras vacías. A esta falta de estudios, pues hay cuentistas entre nosotros que no pasaron del primer año de las humanidades, creo que hay que agregar la falta de asuntos...

—¡Eso no!—interrumpió una voz que nada había dicho.—Yo particeipo solamente de algunas de las ideas pesimistas que he oído, pues otras me parecen exageradas; pero en cuanto a que falten temas interesantes que escribir, eso sí que no. Chile es una mina de asuntos inexplorados en la literatura, como en muchos otros campos de la actividad. Uds. saben que yo no escribo sino mis notas y mis cartas, y, sin embargo, a cada paso, me siento solicitado a escribir por mil temas interesantes: un tipo que veo al pasar, huaso, pillo o fute;

una aventura de amor que sale del carril común; el espectáculo de las riquezas muertas del país; un drama pasional dentro de la monótona vida provinciana; un rasgo heroico sacrificio, llegado a mi conocimiento por una casualidad; un momento extraño de esos que la vida, la gran mina de temas, se entretiene en presentar a cada paso...

—A ver, a ver, administrador de la mina, ¿no podríamos ir al grano? ¿No nos darás un tema de esos, a nosotros que escribimos?—preguntó el lector con socarrona incredulidad.

—Al punto, y no uno, sino varios de los que encuentro a cada paso en mi vida aventurera y que me parecen que ni pintados para hacer un cuento, o dignos de meditar maduramente para vestirlos de novela en la sastrería de la observación directa y cortarlos con la tijera de un trabajo serio y silencioso. Voy a contar cómo fué que sentí el miedo, qué digo, el terror más grande de mi vida; y ojalá que en mi cuento, si ven Uds. ausencia de finura, encuentren por lo menos lo que, según mi opinión, constituye el éxito de toda obra literaria: despertar interés.

El amigo literato guardó un momento de silencio, como ordenando sus ideas; los demás nos acomodamos en nuestros asientos y escuchamos la siguiente narración:

—Cuando yo era el conductor del tren directo de Valparaíso a la frontera, pude conocer palmo a palmo la línea férrea, sus subidas y bajadas, sus curvas y gradientes, y sobre todo, la exquisita belleza del cambiante panorama de nuestro hermoso Chile. Yo podía despertar de repente durante la carrera de mi tren en la noche más obscura y sabía decir luego dónde nos hallábamos, gracias a un cerro próximo, a un árbol del camino, a un puente o a cualquier otro indicio que para mí era familiar.

El conductor de un tren es el amo de una casa rodante, cuyo patio está formado por un país entero y cuyo panorama no tiene nada que envidiar al que mira el *Judío Errante*, porque es el mismo en su infinita variedad.

Renuncio a pintar los pensamientos que sobrecojen al dueño de casa de un tren en marcha, cuando la locomotora, a todo vapor, sorbe llanuras, serpentea ríos, rodea mares y perfora montañas, arrastrando vi-

das e intereses ajenos; y renuncio también a pintar el legítimo orgullo del dueño de casa, que en esos momentos se siente un músculo del progreso y que, viendo el desfile de llanuras, ríos, cerros y playas, siente pasar con ellos el vértigo de la grandeza infinita.

—¡Bravo!—exclamó el coro de literatos, palmoteando con sincero aplauso.

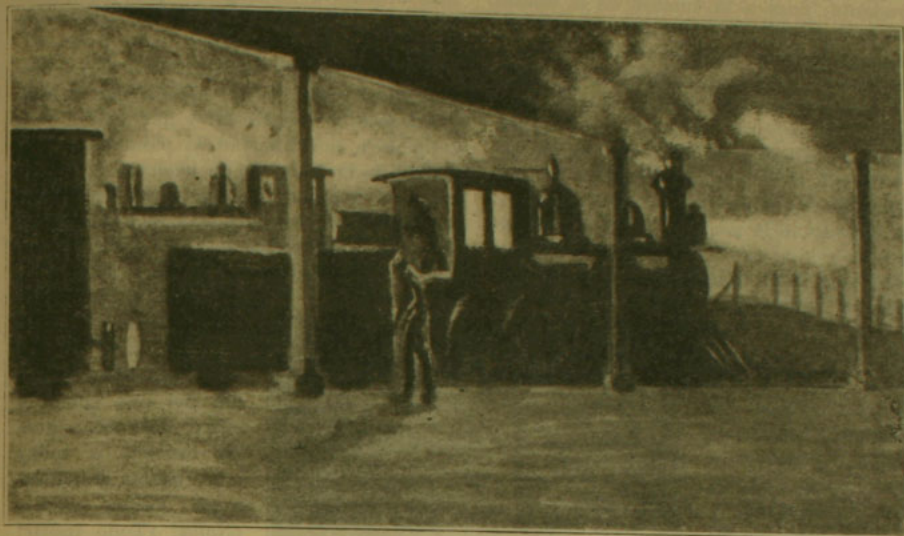
El narrador sonrió, al verse cogido por su propio entusiasmo y, a guisa de explicación por su arrebatado lírico, replicó vivamente:

—Esta ingenua elocuencia les probará a Uds., señores literatos, que solamente quien tiene amor por el asunto de que trata, logra entusiasmar al auditorio o al lector. Y con perdón de Uds., continúo:

En una obscura noche de otoño, pasé después de la una por la estación de Polonia, en la que mi tren no paraba. Allí estaba el tren número 48 esperando a que pasara el mío para seguir su viaje. Apenas pude ver al conductor del 48, al pasar a media carrera por su lado, y le grité a toda voz que mi tren no iba a mi satisfacción, a fin de que el suyo no partiera antes de la hora reglamentaria. Uds. han de saber que está prohibido a todo jefe de estación dejar partir a un tren de carga antes de diez minutos de la salida del anterior; pero todo carrilano sabe que, cuando el sueño es superior a la naturaleza humana y la necesidad de reposo, después de una jornada dura, grita con demasiada fuerza, todos sabemos, digo, que es difícil para algunos jefes cumplir en ese punto el reglamento, y el jefe de Polonia estaba en ese caso.

Ahora debo explicar el por qué de esta precaución mía de pedir al conductor del tren 48, detenido en Polonia, que no partiera antes de los diez minutos. Ya dije que mi tren no marchaba bien, pues en algunos carros podía sentir el oído experto del carrilano que alguna tuerea se había aflojado durante el viaje, y era el caso que no podíamos parar hasta Pelequén, en donde el tren sería prolijamente revisado y reparado.

Pero lo más grave es que la línea entre Polonia y Pelequén repecha una cuesta y los trenes bajan en seguida sin vapor, porque la gradiente es mucha; mi tren necesitaba, pues, irse con cuidado para evitar un descarrilamiento.



Todo fué bien hasta llegar a la cumbre de la cuesta; la locomotora había subido jadeante, pero el tren iba sin novedad. Cuando el maquinista cortó el vapor y empezamos a bajar, resbalando como un celaje por la pendiente, un *tácata, tácata* extraño me hizo dar voces y orden de apretar los frenos y palancas. Después de esas zarreras funambuleseas que los palanqueros corren, con peligro de su vida, por el dorso de los trenes, desafiando en cada instante a la intemperie y a la muerte, el tren dió señales de detenerse y el *tácata, tácata* anormal, se hizo más lento. A pesar de los frenos y palancas, nos detuvimos solamente al tocar el plan, a ocho cuadras de la cumbre de la cuesta.

Todavía no paraba del todo, cuando el personal completo del tren estaba ya en el suelo, buscando a la luz de chonchones de parafina o de hachones de guaípe (1) la causa de aquel ruido que nos había anunciado un posible descarrilamiento. De pronto resonó un grito en medio de la noche dormida:

—¡Aquí es! En el carro lastrero! Un yuguillo sueltooo!

Todos corrimos al carro lastrero, que iba cargado con piedras para un acueducto en construcción. En efecto, a la luz rojiza de las luminarias carrilanas, pudimos ver que el yuguillo de un aparejo de ruedas se ha-

bía desprendido de su sitio; un poco más, y el descarrilamiento de nuestro tren habría sido seguro.

Dí órdenes para que cada cual ocupara su puesto, en previsión del acercamiento del 48, que venía tras de nosotros. No mandé un señalero a la cumbre, distante ocho cuadras de allí, porque no habría llegado a tiempo para que la señal pudiera ser vista por el 48, que ya subía el otro extremo de la cuesta. Yo me quedé con un ayudante y un palanquero para hacer la reparación. El palanquero se metió debajo del lastrero y empezó y desatornillar rápidamente el yuguillo. Estaba por terminarse la operación, cuando oímos un grito del palanquero y vimos que el yuguillo se había desprendido hacia el interior, aprisionando al hombre por la muñeca.

—¡Estoy pillado!—gritó con tono angustiado el palanquero.

Inmediatamente me eché al suelo y con el atornillador, que era bastante grande, hice palanca en el eje para levantar el yuguillo, a fin de que el prisionero pudiera retirar su mano; pero fué imposible mover el yuguillo, encajado en la herramienta como por obra de un demonio malévolo. Hice un violento esfuerzo, el grueso atornillador de acero saltó en dos pedazos.

Los ojos del palanquero preso en aquella máquina infernal, forjada por una diabólica casualidad, me miraron agrandándose. Salté fuera de la línea, al lado del

(1) Guaipe, el algodón con que se hace el aseo de la locomotora.

ayudante; miré a la cumbre de la cuesta, que se recortaba más negra que la obscura noche, y luego vi mi reloj; habían corrido ya cinco minutos. Si el número 48 había esperado los minutos reglamentarios para partir, yo disponía de cinco minutos precisos para librar a aquel infeliz, cogido entre un eje y un yuguillo traidor; pero si el jefe de Polonia, según su costumbre, había adelantado la partida, el 48 se precipitaría sobre mi tren como una avalancha formidable a que nadie ni nada podía detener en aquel plano inclinado de ocho cuerdas. Tomé una resolución suprema, y al dar mis órdenes al ayudante, sentí mis cabellos erizados, a pesar de mi pesada gorra de carrilano, y todos los poros de mi cuerpo se inundaron en sudor.

—Ayudante, corra a traer un martillo y un hacha!

El palanquero oyó la orden y nada dijo; pero sus ojos espantados me hicieron entender que comprendía bien para qué había pedido también un hacha. Mientras corría el ayudante a traer las herramientas, el preso y yo nada nos dijimos; solamente oíamos en el

inmenso silencio nocturno el resoplido como un intermitente estornudo de la locomotora lista para partir. El palanquero estaba arrodillado en el ripio de la vía y con su brazo izquierdo en alto, y me miraba con miradas que me hacían transpirar. Los dos minutos que tardó en volver el ayudante, me parecieron eternos; por fin llegó a todo correr y me pasó las dos herramientas. Yo no me atrevía a mirar al palanquero y ordené al ayudante:

—Ojo a la cumbre y avise en cuanto asome el 48.

A pesar de esta orden, yo sentía que el ayudante, presa del mismo horror que yo,

más atendía a la tragedia que debía desarrollarse bajo las ruedas del lastrero, que a la cumbre de la cuesta.

Me metí debajo del carro sin atreverme a mirar al preso; ya me parecía que el ayudante gritaba: —¡El 48! y que yo me veía obligado a dar libertad al palanquero, separándole la mano de un hachazo... ¿Pueden Uds. imaginar mi angustia? Me parece imposible; hay cosas, y esta es una, que no son para imaginadas.

A Dios rogando y con el mazo dando, logré encajar el mango del martillo entre el yuguillo y el eje, y sentí tan dura la luma del uno como la del otro; hice un llamado a todas mis fuerzas y palanqué varias veces. ¡Nada! ¡Todo inútil! Me prometí hacer hasta tres esfuerzos supremos y, mientras corría el martillo hacia el centro oía la respiración jadeante del palanquero que, con heroica resignación, esperaba también el momento horrible...

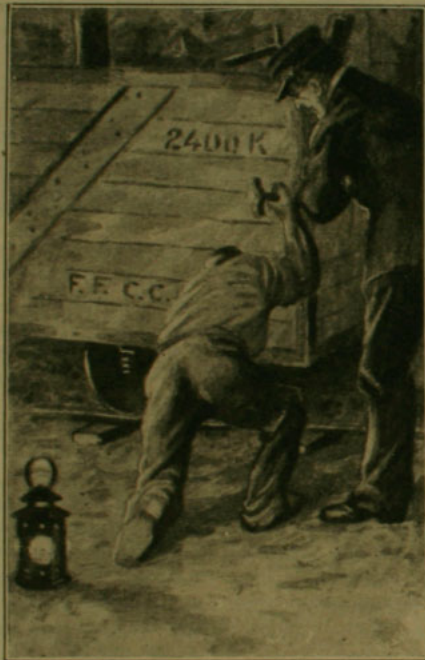
Mi segundo esfuerzo tampoco sirvió de nada y entonces cambié el martillo por el hacha, cuyo mango era más sólido, y resolví retirar el man-

go después de la tercera tentativa, para dar el hachazo fatal.

Sin que lo pudiera evitar, los ojos del palanquero y los míos se encontraron y el terror casi se apoderó de mí por completo; pero aquel héroe me dió, con sencillez espantosa, el aliento que yo sentía perdido. Al verme tomar el hacha, dijo con simplicidad:

—Por suerte, es la mano izquierda...

Por suerte... ¿Qué les parece a Uds.? Esa heroicidad me dió nuevas fuerzas y, poseído del más grande horror de mi vida, por lo que debía hacer si mi esfuerzo fracasaba, palanqué por última vez... Junto



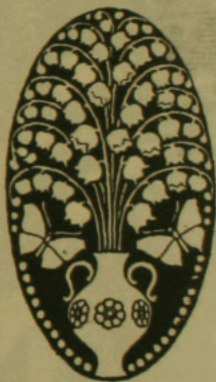
con sentir un leve movimiento separatorio de aquel improvisado instrumento de martirio, un —; Ya! salido de las entrañas del prisionero, concluyó con nuestro suplicio. Miré su mano despellejada, que salía sangrando de la tortura, y sentí impulsos de abrazar a aquel hombre estoico, cuando el ayudante gritó:

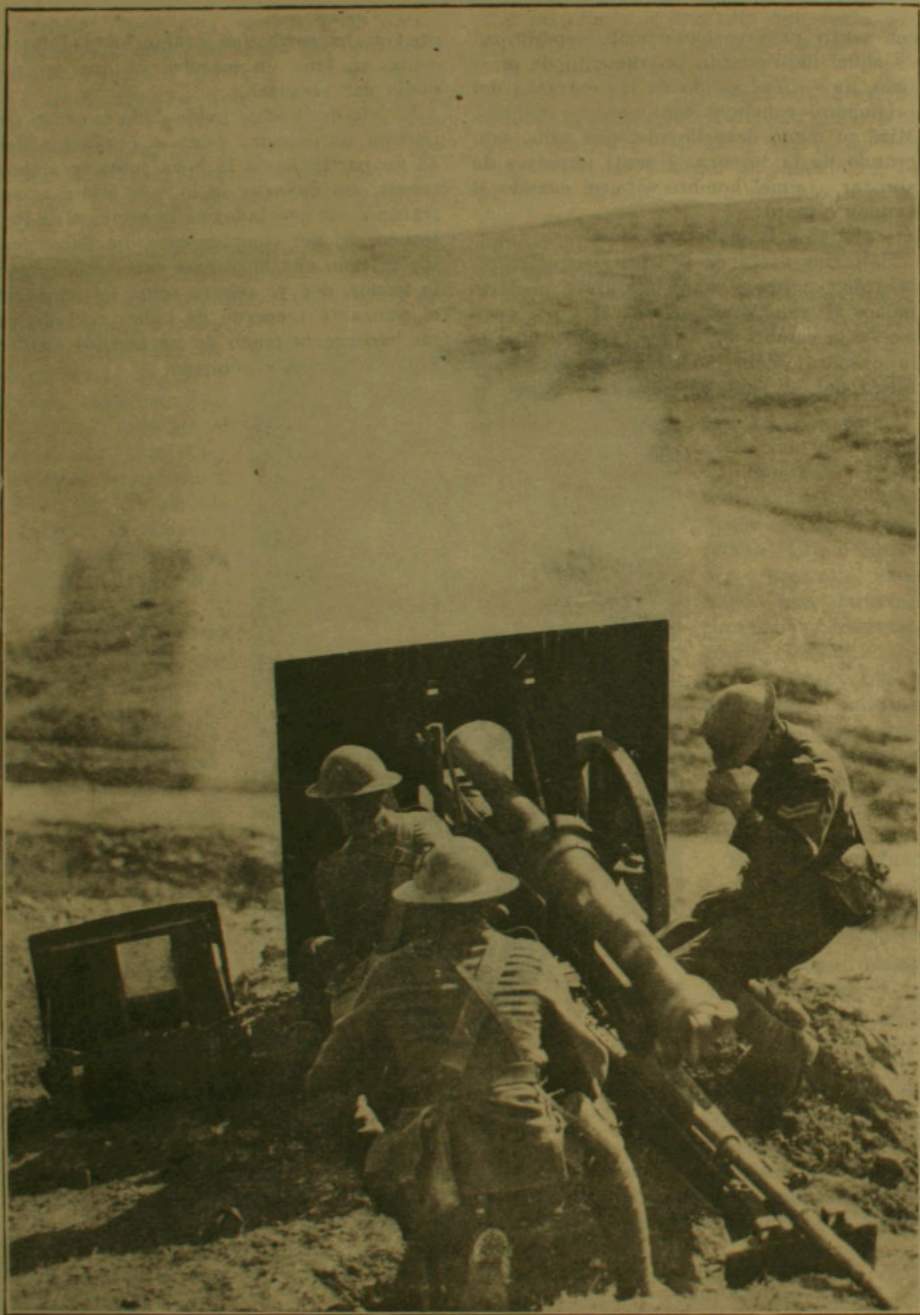
—; El 48 a la vista!

Saltamos fuera de la línea; toqué el pitazo de partida y sobre la marcha nos trepamos al tren. Miré hacia atrás y por encima de la cumbre de la cuesta, en medio de la oscura noche, vi aparecer el ojo de fuego del 48, que un minuto después se

precipitaba como una avalancha de hierro sobre mi tren en marcha, al que ya no podía dar alcance.

El jefe de Polonia había dado la orden de partida anticipada; pero el conductor del 48 no partió hasta la hora justa, y ambos trenes, sin dañarse en lo más mínimo, entraron como acoplados en la estación de Pelequén. El fiel cumplimiento del deber había evitado una horrorosa catástrofe o, por lo menos, que yo echara sobre mi memoria el punzante recuerdo de haber cortado de un hachazo la mano de un heroico cuanto humilde servidor público.





DISPARANDO POR ENCIMA DE LAS MONTAÑAS

El sistema Universitario en Estados Unidos

Con ilustraciones fotográficas

Reproducimos a continuación el interesante estudio sobre la vida universitaria en Estados Unidos, ahora que se ha iniciado un positivo intercambio estudiantil entre la gran República y nuestro país. En estas páginas encontrarán muchos interesados valiosas noticias de interés para los aspirantes a ir a estudiar en aquellos centros docentes e industriales:

El departamento o escuela de educación es una de las instituciones con que los Estados Unidos han contribuido al progreso de la enseñanza. Las escuelas normales, fundadas en un principio con el objeto primordial de formar maestros para las escuelas primarias, han existido en dicho país desde hace mucho tiempo, debiéndose su origen a los resultados obtenidos en Europa sobre el particular. Pero las escuelas de educación—cuyo fin no es otro que el de habilitar profesores para las escuelas secundarias, directores de escuela, inspectores y superintendentes de enseñanza—son relativamente modernas y constituyen verdaderas instituciones estadounidenses. Su fundación fué resultado de la urgente necesidad que se sentía de maestros competentes y de funcionarios superiores que pudieran implantar la enseñanza pública secundaria y administrar debidamente los establecimientos de educación.

La escuela modelo de educación les ofrece a los que han terminado sus estudios secundarios un curso de cuatro años con el cual pueden obtener el grado de bachiller. Ese curso se compone por lo general de tres elementos distintos: estudios de literatura y de ciencias, perfeccionamiento en una o dos materias que el alumno se proponga luego enseñar y aprendizaje de la teoría y de la práctica de la enseñanza. Entre las materias estrictamente profesionales se les acuerda preferente atención a la psicología de la educación, y a la organización y dirección escolar. Las mejores escuelas de educación les suministran actualmente a los estudiantes los medios de observar los métodos de enseñanza y de ejercitarse en los mismos bajo competente dirección.

Cuanto a los antiguos institutos profesionales de teología, derecho y medicina, sólo se hablará de los últimos con extensión por exigirlos así los fines de esta exposición. Respecto a las escuelas protestantes de teología, bastará decir que son abiertamente sectarias, dependiendo generalmente de alguna secta religiosa, o que, en contados casos, no siguen ningún credo especial, razón por la cual se ocupan “de todas las materias que se relacionan con la teología con un espíritu tan independiente como el que se emplea en el estudio de la filosofía, de la historia y de la literatura clásica.” Las principales escuelas protestantes de teología les ofrecen a los que han salido de los colegios de buena nombradía o a los que demuestran poseer una preparación semejante a la que se obtiene en esos planteles, un curso de tres años que los habilita para recibir el grado de bachiller en teología. Dicho curso es enteramente de carácter profesional, variando naturalmente de acuerdo con las doctrinas teológicas de la secta que sostiene el colegio. Los requisitos de admisión a las escuelas católicas de teología son algo más rígidos que los exigidos en las protestantes.

Por lo que respecta a las escuelas o departamentos de derecho, pocos serán quizás los estudiantes latinoamericanos que se sientan atraídos por ellos, en razón de que el sistema legal inglés, que es la base del estadounidense, difiere radicalmente del sistema adoptado por los países de la América Latina. El Estado de Louisiana es de entre los que forman la Unión Americana, el único cuyo sistema legal está basado en el francés y se halla por lo tanto en armonía con el de las demás Repúblicas de América.

Sin embargo, en muchas de las principales universidades se dan cursos superiores de jurisprudencia, derecho internacional y diplomacia con los cuales se obtienen los grados de maestro y de doctor en derecho. Muchos estudiantes extranjeros pueden con provecho asistir a ellos para hacer estudios especiales en distintas ramas del derecho. Aun cuando los estudios de ciencias políticas y sociales



Parte de los terrenos de la Universidad de Yale.

no figuran por lo general en el programa de las escuelas de derecho, los estudiantes de dichas escuelas pueden emprenderlos fácilmente en los departamentos de filosofía y ciencia.

Los departamentos o escuelas de medicina de las universidades de los Estados Unidos han progresado considerablemente en los últimos años. El adelanto que han tenido se deja ver principalmente en estos tres sentidos: ensanche de los elementos de sus laboratorios mediante el recibimiento de grandes donaciones y de las cuantiosas cantidades que les están asignadas, aumento de facilidades en los hospitales y requisitos más severos de admisión. Como resultado de todo esto, los elementos de enseñanza de que disponen las mejores escuelas de medicina de los Estados Unidos no tienen rival, siendo los requisitos que exigen a sus cursantes tanto para la admisión como para los grados, tan serios como los de las escuelas médicas de las naciones más adelantadas.

Los departamentos de medicina de las mejores universidades exigen como requisito de admisión, que el estudiante haya hecho un curso de cuatro años en la escuela secundaria que comprenda dos años de latín y un curso de dos años de colegio en el cual se le haya consagrado un año por lo menos a la física, a la química y a la biología y adquirido suficientes conocimientos de alemán y de francés como para poder leer dichos idiomas. La escuela de medicina les ofrece a los estudiantes que posean esa preparación un curso de cuatro años de trabajos de laboratorio, de instrucción didáctica y clínica relativa a la teoría y a la práctica de la medicina con el cual pueden obtener el grado de bachiller en medicina. Además de estas excelentes escuelas de medicina existen hospitales en los cua-

les estudian directamente los alumnos, al mismo tiempo que las enfermedades, los tratamientos correspondientes, y en los cuales pueden trabajar como internos.

La Asociación Médica de los Estados Unidos ha recomendado que al curso de medicina se le agregue un quinto año para que el estudiante actúe durante ese lapso de tiempo como interno del hospital. Esta recomendación ha sido ya adoptada por muchas de las principales escuelas de medicina estadounidenses. Aun cuando otros institutos de esa clase no han colocado en sus programas el año de internado, les porprecionan a los estudiantes que en ellos se gradúan los medios de alcanzar dicha ventaja.

Uno de los últimos progresos realizados en el campo de la instrucción médica ha sido el establecimiento de los cursos para bachilleres en medicina y en los cuales se hacen estudios complementarios y de investigación. Las materias de que se componen estos cursos no han sido organizadas todavía en el sentido de que los que a ellos concurren puedan aspirar a grados académicos más elevados, excepción hecha del de doctor en higiene pública. Este grado se confiere a los doctores en medicina que durante dos años hayan estudiado los problemas de la sanidad y dedicado a trabajos especiales de investigación.

Los estudiantes de los países tropicales encontrarán grandísimo interés en los excelentes cursos de medicina tropical que se dan en la Universidad de Tulane de Nueva Orleans y en la Universidad de Harvard.

Las Escuelas de literatura y de ciencias para la Licenciatura y el Doctorado.

El coronamiento de la universidad estadounidense es la escuela de literatura y de



Entrada principal de la Universidad de Princeton.

ciencias para los que han obtenido el grado de bachiller y aspiran a los de maestro y de doctor. Organizadas en un principio para que correspondiesen a la facultad de filosofía de las universidades alemanas y consagradas a la enseñanza de ciencias abstractas y de humanidades, las escuelas de que se trata, llamadas en inglés "graduate school of arts and sciences", han ido más allá del concepto que presidió su creación. Las escuelas de esta clase existentes en las grandes universidades estadounidenses han centralizado toda la enseñanza superior y todos los medios de investigación que ofrecen los distintos departamentos universitarios. Algunas universidades, como por ejemplo las de Harvard y Columbia, tienen facultades independientes de filosofía, de ciencias políticas y de ciencias abstractas, etc., pero esos institutos constituyen una excepción en el presente caso. Por lo general, los estudiantes que han recibido el grado de bachiller y que desean perfeccionar sus estudios en ingeniería, medicina o farmacia, bien así como en ciencias abstractas o en humanidades, entran a la escuela de que viene tratándose.

Las escuelas de bachilleres estadounidenses tienen un doble objeto. Cronológicamente, el primero de estos consiste en enseñar a estudiantes debidamente preparados las fases más avanzadas y especiales de las materias universitarias. Mucho más importante que el nombrado es el segundo de los objetos que persiguen y que no es otro que la obligación que se impone de aumentar la suma de los conocimientos humanos. La investigación es la esencia de estas escuelas, las cuales difieren de las escuelas meramente profesionales por cuanto están dedicadas a la labor investigadora. Por regla general, las escuelas de medicina y de ingeniería se ocupan principalmente en suministrar a los estudiantes un conjunto de conocimientos organizados y

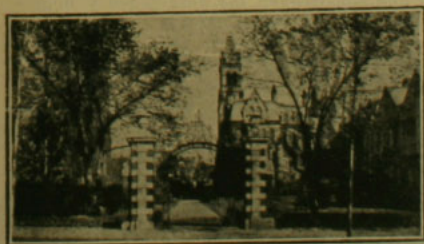


Edificio principal de la Universidad de Georgetown en Washington, D. C.

de valor profesional reconocido, formando de ese modo hombres prácticos para el ejercicio de profesiones establecidas. La escuela de bachilleres se ocupa en primer término en el progreso de los conocimientos. Supónese que los maestros que en ellas enseñan se consagran seriamente a ampliar los límites del conocimiento y a servirles de guía a los estudiantes en la prosecución de investigaciones originales.

Es digno de mención el hecho de que las grandes instituciones independientes de los Estados Unidos y las mejores universidades estatales del oeste y del centro de dicho país hayan dado los pasos necesarios para establecer un elevado nivel general en lo concerniente a la instrucción superior que se da en esos departamentos. Esos institutos han empleado grandes sumas en bibliotecas y laboratorios y rivalizado en el empeño de conseguir para profesores a los eruditos más notables. Como resultado de semejantes esfuerzos, han llegado ellos a reunir los medios materiales de investigación y de estudio que puedan existir. Muchos de los profesores estadounidenses están a la altura de los hombres más eminentes en ciertas ramas del saber y llegado a alcanzar nombradía internacional. Evidentemente, si se exceptúan quizás las escuelas de medicina, ningún otro departamento de la alta enseñanza estadounidense ha alcanzado tan rápidos y efectivos adelantos. La mayor parte de las escuelas de bachilleres se han establecido en el transcurso de los 20 últimos años. El número de los estudiantes de estas escuelas, que en 1893 era de 4,340, ha llegado a ser de 13,094 en 1914.

Puede de consiguiente decirse con propiedad que los estudiantes extranjeros hallarán en las escuelas de bachilleres de las princi-



Entrada de la Universidad de Pensilvania



Una célebre Universidad del sur de los Estados Unidos.

pales universidades estadounidenses los elementos necesarios para emprender estudios especiales y trabajos de investigación en un todo equivalentes a los que se hacen en las facultades de filosofía y en los institutos científicos de las universidades europeas. Los estudiantes mencionados solicitarán naturalmente los institutos que ofrezcan los mejores elementos y posean los profesores más eminentes en el ramo por el cual se interesan.

La escuela modelo estadounidense de bachilleres sólo admite como estudiantes a los que poseen el grado de bachiller, recibido en un colegio o en una universidad de reconocida reputación. Ella confiere dos órdenes de grados, cuales son, los de maestro y doctor. Para obtener el grado de maestro se requiere generalmente haber seguido un curso que por regla general no comprende más de tres materias, una de las cuales, llamada materia mayor o principal, recibe toda la atención del estudiante. Muchas universidades exigen también la presentación de una tesis que contenga los resultados de alguna investigación original.

El período mínimo para la obtención del grado de doctor es comúnmente de tres años. Sin embargo, el número de años empleados y el de los estudios que se sigan son de importancia secundaria. Para recibir este grado se necesita que el candidato demuestre en sus exámenes completo dominio de una disertación o tesis y presente una contribución al estudio del asunto elegido. La mayor parte de las universidades exigen la publicación de las tesis. Los exámenes son a la vez escritos y orales. En una palabra, los requisitos exigidos para el grado de doctor en filosofía en una universidad de los Estados Unidos son casi del todo parecidos a los que para el mismo grado se necesitan en las universidades alemanas.

Para concluir este breve y por extremo

condensado resumen de la organización de la universidad modelo de los Estados Unidos, quizá sea conveniente hacer referencia de los asombrosos elementos de trabajo con que cuentan casi todas estas instituciones. En ningún otro país ha recibido la instrucción tantas y tan cuantiosas donaciones de parte de hombres y de mujeres filántropos. La mayor parte de esas donaciones han estado destinadas a las universidades. Además, los Estados más prósperos de la Unión han votado grandes sumas para equipar y sostener las instituciones universitarias de carácter estadual. Algunas de las universidades más ricas reciben casi todo cuanto necesitan para efectuar sus labores. De la magnitud de algunas de estas instituciones puede juzgarse por el valor de sus terrenos y edificios, según datos suministrados por el Gobierno de los Estados Unidos. Por vía de ejemplo pueden citarse los siguientes: Universidad de Illinois, \$ 3.895,970; Universidad de Michigan, \$ 4.627,347; Universidad de Wisconsin, \$ 6.444,626; Universidad de Cornell, \$ 7.627,347; Universidad de California, \$ 9.865,492; Universidad de Harvard, \$ 11.000,000; y Universidad de Chicago, \$ 11.698,223. Conforme se ha indicado, estas sumas se refieren únicamente al valor de los edificios y de los terrenos que ocupan las universidades mencionadas, no estando incluidas en ellas los millones de dólares que constituyen las dotaciones y demás recursos de las mismas.

Requisitos de admisión a los cursos de bachillerato

Una de las inquietantes preguntas que asaltan la mente del estudiante extranjero que desea ingresar en las universidades de los Estados Unidos, es la relativa a los requisitos de admisión que se exigen en ellas

Segun ha venido diciendose, la admision a los colegios o departamentos destinados a los cursos de bachillerato se haria sujeta a la condicion de haberse hecho el curso de cuatro años de escuela secundaria o su equivalente. Como existe gran divergencia cuanto a los cursos y requisitos de las escuelas secundarias, algunos colegios se han puesto de acuerdo para medir por medio de "unidades" de estudio los requisitos de admision.

Entiéndese por una "unidad" un año de estudio de una cualquiera de las materias que se cursan en las escuelas secundarias; y como los alumnos de dichas escuelas están obligados a estudiar cuatro de dichas materias en cada año de los años del curso, la "unidad" viene de ese modo a representar solamente la cuarta parte de un año de estudio. Si se terminan con éxito las cuatro materias completas correspondientes a un año, al estudiante se le reconocen "cuatro unidades". Esto deja ver que el curso de cuatro años de una escuela secundaria representa 16 unidades de estudio.

Para hacer ver, claramente este método se ha formado el siguiente cuadro de las materias que encierra por lo general el programa de las escuelas secundarias de las ciudades de tamaño medio de los Estados Unidos, cuadro que por lo tanto puede servir de modelo. Por lo general, esas escuelas tienen varios cursos, entre los cuales puede el estudiante escoger el que mejor cuadre a sus aspiraciones. El estudiante que haya terminado uno cualquiera de esos cursos de cuatro años, queda en estado de pasar al colegio; pero no siempre en condiciones de ser admitido en determinados cursos de bachillerato. Por ejemplo, el antiguo curso clásico que se indica más adelante lo pondrá en condiciones de entrar en la mayor parte de los colegios a seguir el curso del bachillerato en letras o artes; al paso que uno cual-

quiera de los tres cursos restantes que también se indican más adelante le daría preparación para hacer el curso requerido para el bachillerato en ciencias o en literatura o alguno de los grados profesionales:

I. Antiguo curso clásico

Primer año: Latín, Historia antigua, Inglés, Algebra.

Segundo año: Latín, Griego, Inglés, Geometría.

Tercer año: Latín, Griego, Inglés, Física.

Cuarto año: Latín, Griego, Inglés, Materia facultativa.

II. Curso de Lenguas Modernas

Primer año: Alemán, Historia antigua, Inglés, Algebra.

Segundo año: Alemán, Historia de la Edad Media, Inglés, Geometría.

Tercer año: Francés o español, Historia de los Estados Unidos y Gobierno civil, Inglés, Materia facultativa.

Cuarto año: Historia de los Estados Unidos y Gobierno civil, Inglés, Materia facultativa.

III. Curso de Historia y de Inglés

Primer año: Latín o alemán, Historia antigua, Inglés, Algebra.

Segundo año: Latín o alemán, Historia medioeval, Inglés, Geometría.

Tercer año: Historia moderna, Inglés, Física, Dibujo.

Cuarto año: Historia civil, Inglés, Materia facultativa.

IV. Curso Científico

Primer año: Alemán, Botánica, Inglés, Algebra.

Segundo año: Alemán, Zoología, Inglés, Geometría.



Otra Universidad del sur de los Estados Unidos.



Vista de la Universidad de Nueva York.

Tercer año: Física, Dibujo, Trigonometría, Materia facultativa.

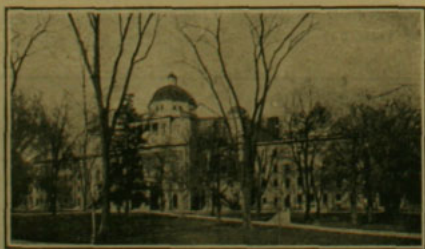
Cuarto año: Química, Dibujo, Historia de los Estados Unidos y Gobierno civil, Materia facultativa.

El cuadro que antecede indica aproximadamente los estudios que deben hacerse en la escuela secundaria para que el estudiante pueda ser admitido en el colegio de alguna Universidad bien reputada. En estos institutos existen dos maneras de admisión. En todo el Oeste y el Centro de los Estados Unidos y hasta cierto punto también en el Este, los colegios aceptan certificados de admisión. Según este sistema, para ser admitido debe el estudiante presentar un certificado expedido por el director de la escuela a que haya asistido y que exprese la duración y carácter de los estudios que haya hecho. Si el certificado demuestra que los estudios requeridos para la admisión en el colegio fueron llevados a cabo satisfactoriamente y si la reputación de la escuela que lo expide es reconocida por las autoridades del colegio, el candidato es admitido sin necesidad de otra formalidad.

El otro sistema de admisión consiste en la presentación de exámenes. Con el fin de sistematizar, así los exámenes de admisión como los estudios preparatorios que se cursan en la escuela secundaria, unos 30 institutos que practican este sistema, han formado, de concierto con los principales colegios y escuelas secundarias, una asociación llamada "Junta de Exámenes de Admisión en los Colegios", la cual se ocupa de los exámenes que hayan de rendirse. El estu-

diante es admitido por cualquier colegio perteneciente a la mencionada junta siempre que rinda el examen dispuesto por la misma sobre las materias requeridas por el colegio para la admisión. Los requisitos exigidos por la junta son tan serios que el certificado de examen expedido por la misma es generalmente aceptado para el ingreso en otras instituciones que no pertenezcan a ella. Sin embargo, unas cuantas universidades antiguas del Este de los Estados Unidos prefieren hacer ellas mismas los exámenes de admisión.

Los exámenes de la junta antes mencionada comprenden casi todas las materias exigidas para la admisión en el colegio por las principales universidades de los Estados Unidos. La extensión de estos exámenes se expresa ampliamente en una circular publicada por la junta, circular que puede obtenerse del secretario de la Junta de Exámenes de Admisión en los Colegios (College Entrance Examination Board) cuya dirección es: Post Office Substation 84, New York City. De paso debe añadirse que la mayor parte de los institutos de los Estados Unidos se hallan dispuestos a hacerles ciertas concesiones en lo concerniente a requisitos de admisión a los estudiantes extranjeros, siempre que estos comprueben que poseen una preparación equivalente en otras materias distintas de las prescritas. Por ejemplo, el estudiante latinoamericano no está obligado a poseer el mismo conocimiento de la lengua inglesa que se le exige a los de los países donde se habla dicha lengua. Se les pedirá un conocimiento equivalente de su propia lengua, juntamente con las necesarias nociones de lengua inglesa que los capacite para comprender debidamente las conferencias y lecciones; para leer los libros de texto escritos en inglés y para rendir exá-



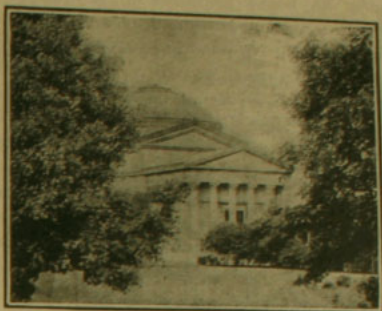
Parte de los terrenos de la Universidad de Michigan donde se ve el salón Universitario.

menes. En latín, griego y lenguas modernas, excepto la suya, así como en matemáticas, historia y nociones elementales de ciertas ciencias, el estudiante extranjero debe, sin embargo, poseer conocimientos equivalentes a los que se obtienen en las escuelas secundarias reconocidas de los Estados Unidos, teniendo por objeto los exámenes la comprobación de esos puntos.

Condiciones de subsistencia y gastos

La mayor parte de las grandes universidades de los Estados Unidos se hallan situadas en ciudades de importancia o a inmediaciones de las mismas. Por ejemplo, la Universidad de California está en Berkeley, ciudad de 49,331 habitantes, la cual sólo dista 8 millas de San Francisco, metrópoli de la costa estadounidense del Pacífico; la Universidad de Minnesota está en Minneapolis, ciudad de 333,472 almas; la Universidad de Wisconsin se encuentra en Madison, ciudad de menos de 30,000 habitantes. Dentro del distrito metropolitano o en las afueras de las grandes ciudades de Nueva York, Chicago, Filadelfia, Boston, San Luis, Baltimore, Nueva Orleans y Washington se encuentran varios colegios y universidades. Los labores de ciertos departamentos o escuelas profesionales, sobre todo los de las escuelas de medicina, difícilmente pueden llevarse a cabo con éxito sin las facilidades que brindan las grandes ciudades. Es debido a esta circunstancia que los departamentos de medicina de las universidades de Illinois y de Cornell se han establecido en Chicago y en Nueva York, respectivamente.

Por otra parte, la mayoría de los pequeños colegios e institutos profesionales, se hallan en pueblos de escasa importancia cuya población varía entre 1,000 y 20,000 habitantes. En muchos casos, los fundadores de



Vista de la Universidad de Nueva York.

dichos planteles escogieron deliberadamente pequeñas localidades con el fin de que los estudiantes estuviesen libres de las tentaciones de las grandes ciudades y pudiesen llevar vida tranquila y sana, en contacto con la naturaleza. La llamada "vida de colegio" florece especialmente en los colegios situados en el campo. Sin embargo, debe tenerse presente que los grandes centros de población son también centros de arte y ofrecen ambiente propicio para el intercambio de ideas. Las colecciones de pinturas y de esculturas, los conciertos, los teatros, las conferencias, etc., pueden incluirse en el número de los elementos necesarios para la educación y el mejoramiento individual.

Los gastos de los estudiantes extranjeros que asisten a los colegios y universidades de los Estados Unidos varían considerablemente por distintas razones. Casi todos los institutos que se sostienen por sí mismos cobran un derecho anual de enseñanza. Este derecho rara vez baja de \$ 40 al año por la instrucción que se da en los colegios. Llegando en algunos casos a ser de \$ 150 o de \$ 200 anuales. La enseñanza profesional, sobre todo la medicina e ingeniería, es todavía más costosa. Por ejemplo, los derechos anuales que cobra la escuela de medicina de la Universidad de Pensilvania son de \$ 200, al paso que los correspondientes al curso de bachillerato en letras y ciencias son en el mismo plantel de \$ 150. El Instituto Tecnológico de Massachusetts cobra \$ 250 anuales por los cursos ordinarios y \$ 500 por el curso de construcción y arquitectura naval.

Sin embargo, muchos institutos les ofrecen actualmente especiales alicientes a los estudiantes de la América Latina con la con-



Terrenos del Colegio del Estado de Iowa, en Ames.

cesión de becas gratuitas o, lo que es lo mismo, con la supresión de los derechos de enseñanza. La Unión Panamericana dirigió no ha mucho una circular a los principales colegios y universidades de los Estados Unidos en solicitud de informaciones sobre dichas becas y también sobre los gastos probables de alojamiento y manutención y otros pormenores. De los 51 institutos de los cuales se recibió contestación, 35 ofrecen becas para uno o para un número ilimitado de estudiantes latinoamericanos. Por ejemplo, la Universidad de California del Sur, situada en Los Angeles, ofrece libre enseñanza en su departamento de bachillerato a dos estudiantes de cada una de las Repúblicas latinoamericanas. Los gastos anuales de alojamiento y de manutención en las habitaciones del instituto alcanzan a \$ 130 por semestre para las hembras. Probablemente, los gastos de los estudiantes varones son más o menos los mismos. El Colegio William Jowell de Liberty, Estado de Missouri, ofrece cuatro becas a cada una de las naciones latinoamericanas, siendo en él los gastos generales anuales de \$ 250 a \$ 350. El Instituto Politécnico Virginia de Blacksburg, Estado de Virginia, ofrece libre enseñanza a cinco estudiantes de la América Latina, estimando el alojamiento, la manutención y otros gastos menores en \$ 325 al año. La Universidad de Nueva York ofrece diez becas para estudiantes latinoamericanos, estimando en \$ 800 anuales el alojamiento, manutención y demás gastos. Los que deseen obtener estas becas tienen que llenar ciertos formularios en los cuales se han de indicar los institutos donde hayan estudiado y presentar certificados otorgados por los directores de las escuelas a que han asistido, que den a conocer el carácter de la enseñanza preparatoria que posean, etc. El Presidente del Colegio Amherst, de Amherst, Estado de Massachusetts, escribe lo siguiente: "De acuerdo con nuestras prácticas ordinarias,

nos será grato acordar becas a cualquier joven de la América Latina que desee ingresar en nuestro instituto, que posea las condiciones necesarias para el estudio y necesite apoyo". Los gastos anuales de alojamiento, manutención, etc., son de \$ 450 para arriba. La Universidad de Harvard no concede becas especiales a los estudiantes latinoamericanos; pero después del primer año de estudio ofrece numerosas becas a los estudiantes necesitados y cuya labor haya sido satisfactoria; al paso que la Oficina de Colocaciones para Estudiantes les ofrece a los estudiantes necesitados los medios de conseguir alguna ocupación temporal, que les proporcione lo necesario para cubrir sus gastos. Con "coaching", es decir, dando lecciones privadas de español o de portugués a sus condiscípulos o haciendo trabajos semejantes, podrían muchos estudiantes de la América Latina ayudarse en su educación. Los gastos anuales de alojamiento, manutención, etc., no bajan de \$ 400 en Harvard. Esto mismo puede decirse de la mayor parte de las otras universidades de grande importancia. En todos estos institutos docentes reina un espíritu de coparticipación y de amistad para la gente de la América Latina.

Los gastos generales, fuera de los de enseñanza y otros derechos escolares, varían, según la situación del instituto. Por lo general, todos los colegios y universidades situadas en comunidades rurales o en pequeñas poblaciones, poseen viviendas y comedores, lo que de ordinario les asegura a los estudiantes manutención y alojamiento a precios mínimos. Muchas ciudades universitarias suministran también habitaciones y comedores, como por ejemplo, las universidades de Yale y de Pensilvania. Las viviendas están dispuestas de modo que dos estudiantes puedan vivir en un departamento de dos o tres cuartos, compuesto de una sala de estudio y de uno o dos dormitorios. Cuando el instituto no posee habitaciones, como sucede en la Universidad de Michigan y en la Universidad de Illinois, pueden encontrarse cuartos suficientes en casas de familias respetables. Los gastos de alojamiento, manutención, lavado, etc., son generalmente menores en los institutos situados en el campo, que en los que se hallan en las grandes ciudades. El minimum de estos gastos puede calcularse prudencialmente en \$ 25 mensuales en las poblaciones pequeñas y en \$ 50 mensuales



Teatro griego de la Universidad de California

en las grandes universidades. Los gastos ocasionales que se presentan en las ciudades, incluso los de diversión, deben también tomarse en consideración, variando los mismos, como es natural, según el individuo.

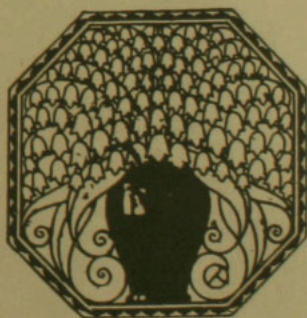
El estudiante extranjero que se proponga asistir durante tres o cuatro años a una universidad de los Estados Unidos debe consagrar en su presupuesto una partida para las vacaciones. Los colegios y universidades de dicho país funcionan durante nueve meses, más o menos, siendo los precios indicados para alojamiento y manutención, únicamente para los nueve meses del año académico. En los tres meses restantes, el estudiante tiene que hacer otros arreglos. Si el estudiante posee los medios para hacerlo, sería conveniente que pasase viajando en cuanto le fuese posible los meses de vacación, visitando las diversas secciones interesantes del país, con lo que podrá agregar a la suma de sus observaciones e informaciones, las que les suministren las gentes y las costumbres.

Sin duda alguna, el rasgo más característico de las universidades de los Estados Unidos es su democracia. Ni la riqueza, ni las relaciones de familia constituyen barreras de separación entre los varios grupos de estudiantes. Los estudiantes sobresalen o fracasan



El Estadio de Tacoma en el Estado de Washington

por razón de la fuerza de su capacidad y de sus condiciones personales. En los colegios se forman clubs y sociedades, los cuales no tienen relación alguna con las categorías sociales. En una sociedad universitaria importante y exclusivista pueden codearse los hijos de personas cuya fortuna y posición social sean enteramente distintas. En realidad, la comunidad universitaria le profesa más bien culto a la democracia, y como se halla saturada del idealismo propio de la juventud y es más homogénea que cualquier otra comunidad, se encuentra en condiciones de poder practicar la democracia con dificultad relativamente escasa.





ARTILLERIA DE MONTAÑA EN ACCION



TRASPORTE DE UN HERIDO AL TRAVES DE LAS TRINCHERAS INGLESAS



J. Matejko: "El juramento del prusiano"

La Pintura Polaca del siglo XIX

Por B. E. SYDOW

*Cosa bella mortal passa e non d'arte.
(Leonardo da Vinci).*

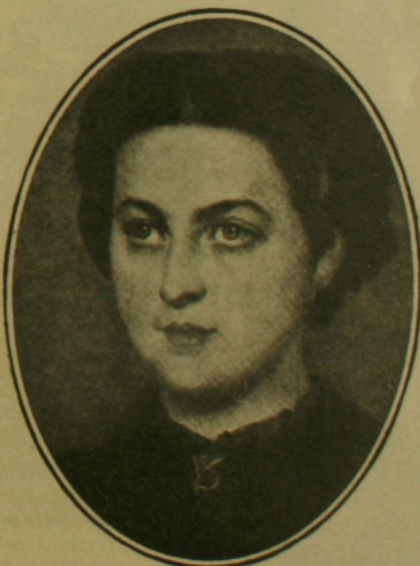
Cuando a fines del siglo XVII Rusia, Prusia y Austria perpetraron la triple repartición de Polonia, obraban en la convicción que la nación polaca había dejado de existir para siempre y que no volvería a renacer. No se apercebían que sólo habían logrado derrumbar el tronco del antaño tan robusto y frondoso árbol polaco, que debajo de la mutilada cepa quedaban vivas las vigorosas raíces, donde se concentraban todas las savias para una vida nueva.

Podían los enemigos de la Polonia borrarla temporalmente del mapa político. Podían perseguir despiadadamente a los que se erguían para levantar

siempre de nuevo el glorioso estandarte con el águila blanca en campo de sangre, emblema de su libertad. Pero eran incapaces de

apagar la chispa divina que ardía en los peñeros espiritualmente chos oprimidos e imponía a la nación polaca, cuya cultura superior la separaba de sus verdugos.

Lejos de desanimarlos, la destrucción de su patria aumentó las energías y la fuerza vital de los polacos. La idea de la liberación del suelo patrio fué desde entonces predominante; empezaron a despertarse las fuerzas adormidas en los últimos tiempos de la existencia política y comenzó el renacimiento en todas las fa-



A. Grottger: Retrato de su novia.



ses de la vida nacional. Quien contempla la obra de un siglo de este pueblo encaenado queda asombrado ante tanta riqueza espiritual, ante tanta productividad, y ésto, en las condiciones más difíciles que pueda imaginarse.

En medio del martirio y dolor constante de la Polonia nació el genio de sus grandes poetas: Mickiewicz, Slowacki, Krasinski, Zaleski, Ujejski y Kunopnicka, cuyas voces potentes eran incansables para incitar al pueblo a la lucha; el de sus escritores: Sienkiewicz, Krassowski, Glowacki, Zeromski, Reymont, Orzeszkowa; el de sus músicos: Chopin, Moniuszko, Wieniawski, Noskowski.

También en las artes plásticas se ha immortalizado el genio de la nación polaca, inscribiendo en el templo del arte con letras áureas los nombres de los Rodakowski, Matejko, Grottger, Kossak, Brandt Wyspianski y tantos otros.

Los que han tenido ocasión de contemplar en los museos de Polonia y otros países las obras más excelsas de su arte pictórico, los que han conocido algunas de las riquísimas colecciones de los mecenases del arte en Polonia, habrán llevado consigo la impresión del gran vigor, de la originalidad y fuerza creadora del pueblo polaco.

Toda la historia de Polonia se desarrolla en las magníficas telas de Jan Matejko (1838-1893). Desde la primera era polaca, perteneciente a la historia, desde la introducción del cristianismo, por encima de las luchas seculares con sus eternos enemigos, los teutones, y los gloriosos tiempos del siglo áureo hasta la decadencia, todo lo describe con rara maestría el genial pincel del gran Cracoviense.

Uno de sus cuadros más notable, en todo sentido, es "El juramento del prusiano".

Ante el rey de Polonia, Zygmunt I Stary, vemos arrodillado al entonces vasallo humilde de Polonia, el elector Albrecht de Brandenburgo, antecesor de los reyes de Prusia, como ellos un Hohenzollern. Jurando fidelidad al rey coloca la mano derecha sobre el Evangelio, mientras que la izquierda sostiene la bandera prusiana.

¿Quién pensaría, al contemplar aquel acto histórico, que se repetía cada vez que un nuevo rey ascendía al trono de Polonia, en la futura traición de los electores de Brandenburgo? Y, sin embargo, fué uno de ellos el que traicionó a Polonia, cuando Suecia in-

vadía sus territorios, ayudando al invasor contra el país al que había jurado fidelidad; de ellos descendía también en línea recta Federico II, el rey de Prusia, que perpetró junto con sus cómplices Catalina II de Rusia y María Teresa de Austria el crimen más grande que registra la historia: el desmembramiento de Polonia!

Este cuadro, símbolo del pasado poder de Polonia, evoca al mismo tiempo alegría, tristeza y esperanza en todo corazón polaco: tristeza por la pérdida de la libertad y grandeza de otros tiempos, alegría y esperanza al pensar en la variabilidad de la suerte de los pueblos. Es como un llamado a la nación polaca a que persevere en la lucha y al mismo tiempo un aviso funesto a sus verdugos, recordándoles las palabras de la Biblia:

“Pero también tú, ¡Babilonia! cuida bien de tu cabeza!...”

Al lado de esta magnífica tela figuran: “La batalla de Grunwald”, “El sermón de Skarga”, una composición genial, “Stanczyk”, “Unia”, “Wernyhora” y una serie interminable de soberbios cuadros históricos y retratos, que han sido el fruto de la vida de



H. Rodakowski: El retrato de su tía.



J. Matejko: Autoretrato.

Jan Matejko. El amor por su patria fué tan grande que rehusó, a pesar de ofertas muy ventajosas, dedicar su genio a otras obras, que las que glorificarían a Polonia. Su patriotismo no concebía ventajas materiales y los laureles que cosechaba en el extranjero, sobre todo en Francia, no le podían desviar de su propósito de servir únicamente a su patria. En sus telas se cristalizan todos los esplendores de los siglos pasados, toda aquella vida de vigorosa pulsación, llena de belleza; sus figuras y todos los detalles son impecables y basados sobre profundos estudios históricos y arqueológicos.

Otro pintor célebre, **Julius Kossak**, (1824-1899) reúne también en sus obras todas las épocas de la historia de Polonia. Reproducimos solo la magnífica tela que representa la entrada del delegado polaco Warwryzniec Fredo a Stambul, cuya noble figura montada sobre un brioso caballo árabe se destaca del fondo formado por las tropas turcas, los yanitchares, que le escoltaban, y por la selva de los minaretes musulmanes.

De **Wojciech Kossak** nombraremos la célebre “Batalla de Viena”, la apoteosis de la victoria polaca sobre los turcos, ante las puertas de la capital austriaca y “Reuerdos



J. Falat: Cracovia.

del año 1863'' fecha de la sangrienta revolución polaca.

Si los anteriores artistas se habían dedicado particularmente al glorioso pasado de Polonia, **Artur Grottger** (1837-1867) consagró su corta pero laboriosa vida a la época que siguió a la repartición de su patria. Con la aureola del arte imperecedero rodeó los momentos más tristes de la existencia nacional y se convirtió en el pintor del alma polaca, del alma de la Polonia despedazada, martirizada y perseguida, que, sin embargo, no abandonaba ni por un momento la idea de la resurrección y libertad.

El tema preferido para sus cuadros fueron las revoluciones polacas de 1830-31 y 1863, cuando el pueblo se levantó contra el opresor moseovita, sacudiendo el pesado yu-

go, aunque desgraciadamente por corto tiempo, e infligiendo al poderoso enemigo derrotas que debían renovar las glorias de las armas polacas. Los cuadros y cartones de Grottger reproducen el verdadero espíritu de los po-

lacos en aquellos momentos llenos de esperanzas y angustias: su inmenso amor patrio, su valor y su sacrificio, su resignación y fe, al fin.

Los ciclos "Polonia", "Lituania", "Varsovia", "La Guerra" han adquirido fama mundial, y fuera de su patria han sido especialmente Londres, París y Viena testigos de los triunfos de Grottger.

Entre los pintores históricos hay que nombrar todavía a **Brandt** y **Siemiradzki**, este último famoso en todo el mundo por sus cuadros de los tiempos de Nerón y de las persecuciones de los prime-



T. Axentowicz: Tipo de polaca.

ros cristianos, y a Piot: Stachiewicz.

También el retrato ha tenido numerosos y geniales representantes en la pintura polonesa.

¿Quién no conoce el célebre retrato de la bella condesa Potocka, pintado por Kaminski, aquel artista casi anónimo que, sin embargo, ha creado una obra tan perfecta y delicada? En este retrato se reflejan los últimos momentos de la pintura del siglo XVIII con todo su refinamiento.

Henryk Rodakowski (1823-1894) ha dejado una herencia mucho mayor a la posteridad. Su pincel fecundo ha immortalizado en un gran número de cuadros las figuras prominentes de la Polonia de su época. Unía Rodakowski a una factura perfecta y delicada, a un colorido distinguido y fino, una profunda y verdadera penetración del alma de sus personajes, que lo pone



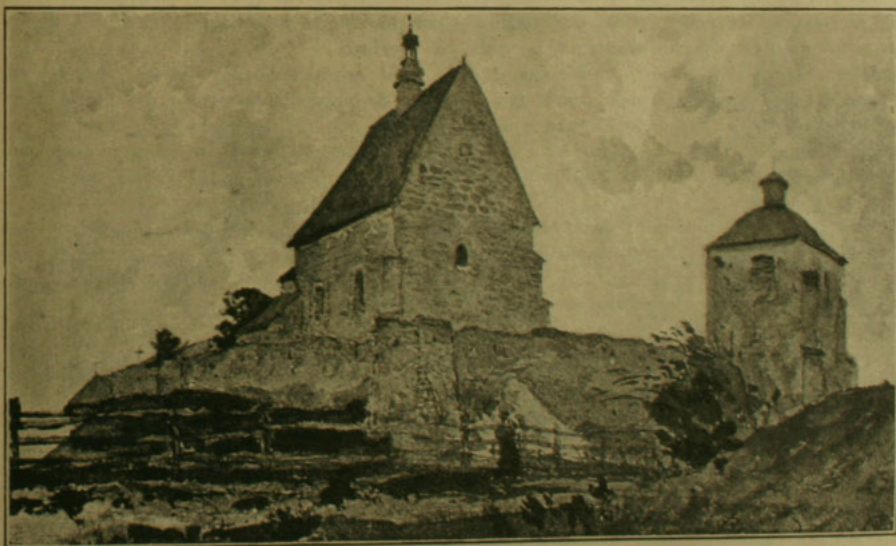
Kaminski: "La condesa Potocka".

al lado de los primeros retratistas del mundo.

Ya hemos nombrado al inmortal Matejko, que fuera de sus cuadros históricos se ha distinguido por retratos dignos de los mayores elogios. También Grottger fué un retratista eximio, como lo atestigua entre otros, el hermoso retrato de su novia, reflejo de un alma bella y noble.

Entre los retratistas nuevos se destacan en primera línea Teodor Axentowicz (nacido en 1859), un talento extraordinario, que ha sabido formar su propia y original escuela en el retrato. Sus

cabezas de mujeres, hermosas telas llenas de vida, sensualidad y temperamento, han adquirido gran popularidad en Europa, especialmente en Francia y Polonia. Célebres son los retratos de Otawski, Sarah Bernhardt, del príncipe Radziwill y de su hija. También



W. Gerson: Una iglesia.



J. Malczewski: "Una nota rara".

en el género campestre Axentowicz ha sido insuperable.

Otro artista, **Zmułko**, (muerto hace pocos años) fué por excelencia el pintor de la gracia femenina. Su pincel fácil, una técnica asombrosa y un colorido brillante le conquistaron luego gran fama y le hicieron favorito del mundo bello. Su más grande triunfo artístico, sin embargo, lo alcanzó con el hermoso cuadro religioso "La estrella de Belén", una composición de extraordinaria belleza y armonía.

Es justo recordar todavía a **Józef Mehoffer** (nacido en 1860), célebre también por sus "vitreaux", que adornan muchos templos de Polonia y el extranjero **Józef Pankiewicz** (1867), **Wojciech Weiss** (1875) y entre las mujeres a la **Boznanska**, laureada en los últimos Salones de París.

Jacek Malczewski (nacido en 1854) une en sus originalísimas telas el retrato con el paisaje. Su propio retrato, el de sus amigos se repite con frecuencia en sus cuadros cuyos fondos forman espléndidos paisajes. Malczewski es uno de los pintores más originales que existen. Sus cuadros llenos de símbolos, visiones, de seres mitológicos como faunos, ninfas, esfinges, han llamado mucho

la atención del público aficionado a la pintura y a la crítica, dividiéndola, dada su originalidad, en partidos irreconciliables. Técnicamente sus telas se distinguen por un colorido fuerte y brillante y el dibujo seguro y preciso.

¡Qué original es, por ejemplo, aquella cabeza de músico (el retrato del pintor Bryniarski, uno de sus modelos preferidos) que está escuchando con completo ensimismamiento los sonidos de la flauta tocada por un fauno barbudo!

Al lado de Malczewsky hay que recordar a **Vlastimil Hofman**, tan original como aquel, tal vez más extraño aún en sus conceptos artísticos.

Entre los simbolistas, ocupa un lugar prominente **Wladyslaw Padkowinski**, (1866-1895) que a pesar de su vida ha dejado una serie de cuadros de un valor artístico extraordinario, como "El baile de los esqueletos", una tela de grandes dimensiones, "Ironía", "La Pasión", que reproducimos aquí, y "La marcha fúnebre", aquel hermoso, pero desgarrador grito de dolor del artista, que sentía su próxima e inevitable muerte.

El paisaje posee un gran número de excelentes representantes en la pintura polaca.

Los cuadros de **Józef Chelmonski** (1859), respiran un profundo amor al paisaje polaco, con sus campos fértiles y llanos, sus bosques y prados, con toda su flora y fauna, su cielo y la nieve que cubre como un blanco manto la tierra sumida en el sueño invernal. Sus figuras: campesinos, pastores, montañeses, se pierden en armonía completa con el paisaje.

León Wyczółkowski (1852) es el pintor de la luz, de la atmósfera. Un pescador sentado a orillas del río, bañado en el oro del sol poniente, campesinos ocupados en los múltiples quehaceres campestres, son sus temas de preferencia. Wyczółkowski es impresionista, su técnica es brillante, su colorido de una transparencia extraordinaria.

Jan Stanislawski (1860-1906) ha dejado una serie de paisajes llenos de alma e inspiración. Le bastaba un rincón del campo sembrado, unas pocas espigas cargadas de grano a veces, con una perspectiva sencilla y ligeras nubes en el límpido cielo, otras veces la silueta filigranada de un castillo que se destacaba en el firmamento, para evocar verdaderas poesías con su pincel. De sus cuadros ha dicho un gran crítico que cantan, como la campesina en las estepas, que vi-

bran como notas de una *dumka* melancólica y armoniosa de la *Ukraina*.

Juliusz Falat (1853), el célebre acuarelista, es uno de los más notables paisajistas europeos. Une a una técnica extraordinaria, al dibujo firme y lleno de vida una composición verdaderamente genial. Sus escenas de cacerías, sus bosques, la nieve son de un realismo sorprendente y le han conquistado justa fama.

Ferdynand Ruszczyc (nacido en 1870) ha introducido al paisaje el sentimiento heroico; el hombre en su lucha por la vida en contacto inmediato con la naturaleza, a la cual debe arrancar en el sudor de su frente el pan del día, inspira sus magníficas telas. El cuadro, que reproducimos, titulado "Tierra", es una prueba de la potencia creadora de Ruszczyc. Empujando con brazo vigoroso el arado, que rompe la gleba húmeda y negruzca, estimulando con el otro a la yunta de bueyes, gana el campesino con esfuerzo visible la altura. Densos nubarrones, soberbias creaciones de la atmósfera coronan el paisaje.

Es interminable la cadena de excelentes paisajistas polacos; nombres como Gerson, Gieryski y tantos otros son inolvidables.



J. Kossak: "La entrada del delegado polaco a Stambul".

En la pintura "de género" se distinguen Wierusz-Kowalki, Stasiak, Weyssenhoff, Uziemblo y Tetmajer.

Si la pintura de Stanislawski es música, la de Włodzimierz Tetmajer (nacido en 1862) es poesía. La vida campesina en todas sus fases, las originales costumbres de los campesinos polacos han fascinado al poeta-pintor.

La vida de Tetmajer es romántica. De origen noble, de una cultura intelectual elevadísima, inspirado poeta y pintor de celebridad reconocida, no había vacilado en unirse para la vida con una simple campesina

y abandonar para siempre la vida de ciudad. La unión no pudo ser más feliz: del amor de estos dos seres han nacido las más bellas perlas de la poesía y las armonías más excelsas del arte pictórico.

Al terminar esta breve y por lo mismo deficiente e incompleta reseña, es justo mencionar al genial Stanislaw Wyspianski (1869-1907), un artista universal. Poeta y dramaturgo, músico, dibujante, pintor, arquitecto y decorador eximio, era una de las esperanzas más justificadas del mundo artístico en



A. Grottger: "El juramento de los insurgentes."

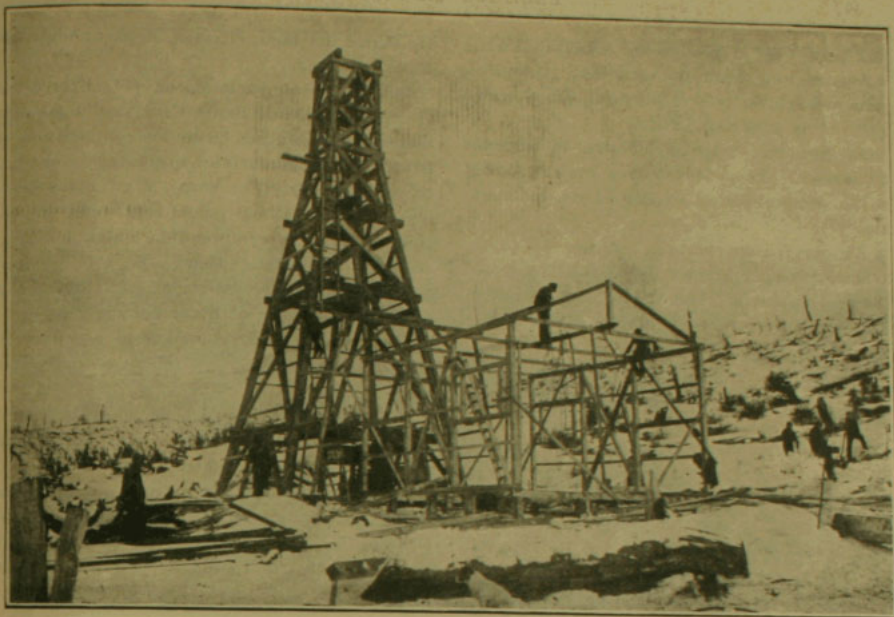
Polonia, cuando las Parcas inexorables cortaron el hilo de su vida.

La fuerza principal de un pueblo consiste en su vida espiritual. Elle es su tesoro oculto, que nadie le puede arrebatar, mientras con firme voluntad y en plena conciencia de sus deberes y de su misión sigue, sin detenerse, el camino trazado hacia las alturas de la perfección humana, la del alma.

Como Hellas ha sobrevivido a sus conquistadores y tiranos, gracias a sus pensadores y artistas, cuyas influencias se proyectan

a través de tantos siglos; como Roma, después de largas y dolorosas convulsiones interiores, transformaciones y luchas se ha librado, merced a la potencia creadora de sus genios, del yugo de sus opresores para levantarse gloriosa y fuerte; así Polonia, gracias al esfuerzo espiritual de sus prohombres y al poder oculto del alma de su pueblo se levantará de los escombros humeantes, del inmenso río de su sangre derramada, romperá las cadenas, que la oprimen, para avanzar libremente hacia una era nueva.





Compañía Sud-Americana, instalando uno de los pozos.

El Petróleo y su porvenir en Chile

Por _____
Arturo Prado Fernández

(Con fotografías)

Muchos de nuestros estadistas han señalado las consecuencias deplorables que traería para el país el agotamiento del salitre o su reemplazo por otra substancia que pudiera competir en los mercados mundiales en igualdad de precio y condiciones con la que durante muchos años ha sido la base de nuestra prosperidad nacional. El peligro, por hoy, parece remoto, pues las extensiones salitre-ras no explotadas nos ponen a cubierto de emergencias por muchos años todavía, y el abono sintético, utilizado desde antes de la guerra, en Alemania, nunca pudo competir comercialmente con el salitre exportado de Chile.

Ante la expectativa de la extinción de nuestra riqueza del norte, se han señalado algunas otras que podrían venir a reemplazarla. Un articulista decía a este respecto: después del salitre, el petróleo. No sabemos hasta qué punto sea verosímil esta afirmación, pero es un hecho innegable que a la industria petrolífera le está reservado un gran porvenir entre nosotros.

Existe petróleo en todas partes del mundo, pero el continente americano parece que aventaja a los demás en la abundancia y bondad de sus yacimientos. Es así que la producción de Estados Unidos, Méjico y Perú representa actualmente en conjunto, casi las tres cuar-

tas partes de la producción mundial. Podría agregarse, en vista de estudios geológicos, aún deficientes, que el porvenir del petróleo está en la América Latina.

El siguiente mapa demuestra la anterior afirmación. Los puntos negros indican donde se ha comprobado la existencia de yacimientos. (1).

Algunos países se han ocupado de preferencia del desarrollo de esta industria y han llegado a positivos resultados. Una breve reseña de lo ocurrido en Sud América puede así indicárnoslo.

Estudios comprobados

Las exploraciones geológicas en Argentina establecen que hay en la vecina república, tres grandes regiones petrolíferas: la del norte está en la región de Jujui y Salta, en los puntos llamados de la Brea, Garrapatal, Yavi, etc., zona que se interna a territorio boliviano en el departamento de Santa Cruz de la Sierra; donde una comisión de ingenieros chilenos, presidida por los señores Carlos Lanús y Carlos König, acaban de hacer estudios, tratando de instalar una cañería que recorra la distancia desde esa región hasta las provincias salitreras de Chile, donde encontrarán un mercado consumidor.

La región del centro argentina está en Mendoza, en los puntos llamados Cacheuta, Valle Hermoso, Cerro del Alquitrán, Cerro de los Buitres, Los Aucas, etc.

La región del sur comprende algunos puntos del Neuquén, donde Chos Mall, y del territorio de Santa Cruz, donde están los valiosos yacimientos de Rivadavia en pleno desarrollo industrial. Esta zona petrolífera se extiende por el lado oriental hasta más allá del Estrecho de Magallanes, en el sur y hasta Bahía Blanca en el norte.

En Perú, Ecuador, etc.

Los yacimientos del Perú están repartidos en el norte, centro y sur, tanto en la costa como en la altiplanicie andina. Los del norte abarcan una longitud de 180 kilómetros hasta la frontera con el Ecuador y algunos de ellos cuentan con refinerías y valiosas instalaciones. La del centro empieza a 100 kilómetros al Este de Lima, a inmediaciones de La Oroya; y la del sur se halla en la al-

tiplanicie del lago Titicaca, departamento de Puno y Cuzco.

Bolivia posee yacimientos petrolíferos en el departamento de Santa Cruz, desde sus límites con Argentina hasta sus confines con el Brasil. Tiene manantiales surgentes en el Chaco, en Calacoto (Corocoro) y en otros puntos más. Se estima petrolífera toda la región de Bolivia comprendida entre los grados 17 y 22 de latitud sur y 65 y 68 de longitud occidental, región que está situada a 4,000 metros sobre el nivel del mar.

Tanto en la costa como en la altiplanicie del Ecuador existen yacimientos petrolíferos.

Los yacimientos de Venezuela están situados especialmente cerca del lago Maracaibo y en general, se encuentran a unos 120 metros de profundidad. Se estima que la zona petrolífera abarca allí, en conjunto, más de 2,000 millas cuadradas, teniendo como centros principales la región del este, de Trujillo, Cumana, costa occidental de Puerto Cabello, etc.

Los yacimientos de Colombia están situados cerca de los importantes puertos de Barranquilla y Cartagena y, como decía hace poco el ilustre general Reyes, en un artículo publicado en "Pacífico Magazine", se tienen fundadas esperanzas de que su producción satisfaga algún día la demanda de los barcos que cruzan el canal de Panamá.

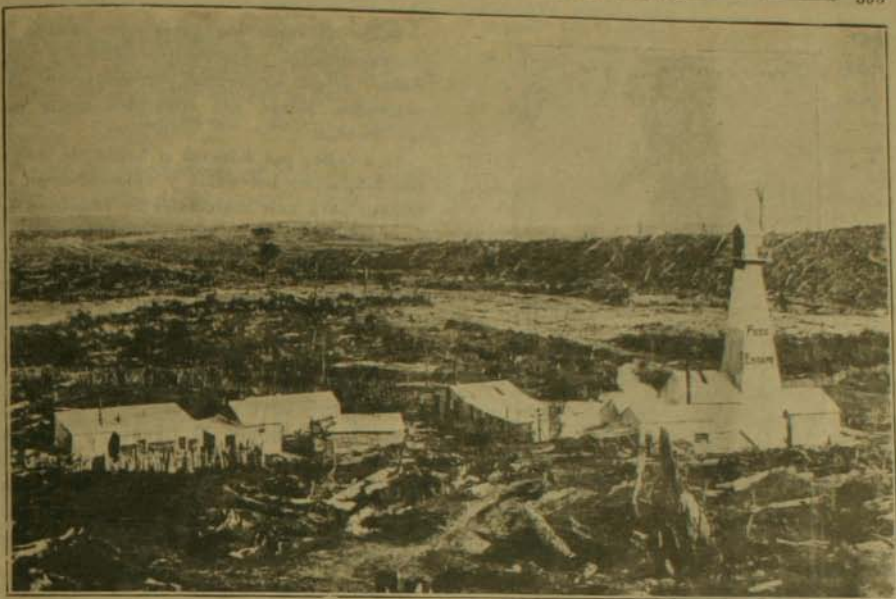
En Costa Rica el petróleo se encuentra en la región de Talamanca, cerca del mar Caribe.

De la misma manera podríamos indicar la existencia de petróleo en Cuba, en la República Dominicana, en Brasil, etc., pero preferimos detenernos especialmente en las regiones chilenas, donde se manifiesta, más o menos en forma incontestable la existencia del petróleo.

En Chile

En nuestro país existen demostraciones de petróleo en toda la extensión del territorio desde Taena a Punta Arenas. Podríamos enumerarlas en la siguiente forma:

- 1) En la región andina de la provincia de Taena, la quebrada de Palca en correlación con los yacimientos bolivianos de Calacoto.
- 2) En la provincia de Tarapacá, en la quebrada de Majala, entre Huatacondo y Pica.
- 3) En la provincia de Antofagasta, en Co-



Compañía Sud-Americana

pacoya, como a 100 kilómetros al este de Calama, y en Sierra Chile. En Copacoya se presentan los indicios reveladores de petróleo en forma de emanaciones de gases sulfurosos, agua salada, salsas, o volcanes de barro, exudaciones de materias bituminosas o aceitosas.

La región de Sierra Chile tiene una estructura geológica análoga a la de las regiones petrolíferas de Pensilvania, Virginia y otros Estados de la Unión Americana, a las de Boreslaw y Sloboda-Rumgorda en Galitzia; o las de Moreni, Bacoí y otras de Rumania y a las de muchas regiones petrolíferas del continente asiático. Dicha región se estima en unos 600 kilómetros cuadrados.

4) En la región andina de las provincias de Atacama, Colchagua, Curicó y Talca, existen depósitos más o menos importantes de exquisitos bituminosos. Los de las provincias de Colchagua, Curicó y Talca corresponden por su situación geográfica a los yacimientos argentinos de la falda andina opuesta, localizados, respectivamente, en Valle Hermoso, Cerros de Alquitrán, de los Buitres y de los Aucas.

5) En la provincia de Cautín (Lonquimay), existe un yacimiento de exquisitos bituminosos, muy combustible, que tiene una extensión de 20 kilómetros.

6) En Llanquihue y Chiloé (regiones de Carelmapu, Aneud y Manao), se manifiestan los indicios del petróleo en forma de exudaciones aceitosas y emanaciones de gas combustible, los que en Carelmapu son utilizados para la calefacción y alumbrado en el campamento de sondajes.

7) En el territorio de Magallanes, que comprende la Patagonia y la Tierra del Fuego chilenas y numerosísimas islas y archipiélagos, los indicios reveladores del petróleo son notablemente variados y abundantes: en forma de gases inodoros en las bahías de Punta Arenas y Agua Fresca, playas del mar Otway, bahía Ponsomby, etc., en forma de emanaciones de gases sulfurosos o sulfídricos, en Cabo Boquerón, Punta Rocallosa, etc.

Informes de geólogos

Los estudios verificados en nuestro territorio datan, en su mayoría, de época reciente. En la región magallánica el año 1893, los geólogos franceses Rousseau y Willems, hicieron algunos reconocimientos. Posteriormente los geólogos oficiales del Gobierno, señores Felsch, Machado, Schmidt y el señor Francisco del Campo, efectuaron también estudios y comprobaron la existencia del petróleo. En sus diversos informes, todos los geó-



El pozo de petróleo más grande del mundo, en Potrero del Llano, Méjico. En tres meses dió 10 millones de barriles, con una producción diaria de 100,000 barriles.

logos que han hecho estudios, tanto de la región magallánica, como de la denominada de Carelmapu, indican "que la existencia de petróleo es un hecho comprobado, y su hallazgo, en condiciones de poderse explotar industrialmente, es sólo cuestión de tiempo".

El ingeniero Felsch refiriéndose en uno de sus informes al petróleo de Magallanes, declara, sin embargo, que la existencia de una cantidad grande de petróleo no está todavía comprobada; pues, falta verificar algunos estudios geológicos y hacer perforaciones más hondas en puntos apropiados. Sería de suma importancia, agrega, no solamente para particulares, sino para todo Chile, efectuar reconocimientos geológicos más detallados y perforaciones ajustadas a un plan sistemático. Creo que los trabajos efectuados en debida forma darán buen éxito.

El petróleo, sus orígenes y derivados

La definición física indica que el petróleo es un producto natural, de composición y caracteres variables.

Tanto él como los gases que existen en los yacimientos y los cuerpos sólidos y semifluidos de que se derivan por oxidación o vaporización lentas, son conocidos desde épocas remotas.

El asfalto, pez mineral o betún de Judea, era usado por los sirios y caldeos como argamasa para unir materiales de construcción. Los egipcios lo usaban para el embalsamamiento de los cadáveres. En Sicilia hay una tierra conocida por los naturales con el nombre de estiércol del diablo; los griegos y romanos lo usaban para usos externos en la medicina y quemaban en lámparas el petróleo natural extraído de Zante y Agrigento. En el siglo XVIII se le comienza a usar en el alumbrado público de Génova y de algunas otras ciudades del ducado de Parma. Los gases que hoy día se desprenden de la tierra en varios puntos de la región del Cáucaso, en el mar Caspio, eran conocidos 900 años antes de la era cristiana.

El petróleo se encuentra en la mayoría de los países de la tierra. Su origen es muy discutido y son tantos los argumentos científicos que le atribuyen origen orgánico, como los que le suponen origen mineral o sea engendrado en virtud de reacciones químicas bajo presiones colosales, entre el vapor de agua y carburos metálicos, etc.

Tal como sale de las entrañas de la tierra es un líquido más o menos espeso y coloreado, a menudo fluorescente, de olor desigual y de color variable, entre gris y negro. Su valor industrial depende del número y proporción de sub-producto que de él pueda extraerse por destilación fraccionada u otras manipulaciones. Este número de derivaciones excede de un centenar, entre ellos los más conocidos son la nafta o gasolina, la bencina para desmanchar, el éter rigoleno, el kerosene o parafina, los aceites de grasaje o lubricantes (valvolina), la parafina blanda o vaselina, la parafina dura, la brea o alquitrán de petróleo, el asfalto o pez mineral, etc.

Usos del petróleo

Los usos del petróleo bruto y de los productos de su refinación, son numerosísimos. Indicaremos los principales:

1) Como combustible para las maquinarias de toda especie, ya sean de motores de ferrocarriles, de vapores mercantes y de guerra; de automóviles, de aeroplanos, de fun-

diciones de minerales; en la calefacción de hornos de panadería, de retortas de fábricas de gas, de cocinas y estufas domésticas, etc.

2) En la iluminación pública o particular.

3) En la lubricación de piezas de maquinaria en forma de productos espesos a base de parafina.

4) En la pavimentación de calles por medio de los sub-productos (asfalto).

5) En medicina general, como desinfectante y antiparasitario.

6) En diversas industrias, como disolvente de cuerpos grasos, especialmente en la vanderías, fábricas de perfumes, etc.

Como combustible la superioridad del petróleo sobre el carbón de hulla es considerable. Se calcula que 400 kilos de carbón de Cardiff equivalen en calorías a 280 kilogramos de petróleo común. Añádase a esto la ventaja de la simplicidad del manejo, la del transporte rápido, limpio y económico, la de su extracción y purificación relativamente fáciles, la de su combustión rápida, sin humo y sin escoria. De todas estas ventajas resulta una enorme reducción del personal de fogoneros y otros empleados. No es extraño, en vista de las ventajas enunciadas, que los gobiernos de todos los países se empeñen en la sustitución de la hulla por el petróleo en el servicio ferroviario y algunas marinas de guerra y mercantes se esmeran en efectuar un total reemplazo en los procedimientos.

En las marinas de guerra

Estudios oficiales practicados recientemente por el Almirantazgo británico, han establecido que la sustitución del carbón por el petróleo en los navíos de guerra presenta las siguientes ventajas:

a) Economía de personal; pues un navío que emplee petróleo requeriría la décima parte del número de fogoneros que exige un barco de igual tonelaje, que utilice carbón.

b) Facilidad de aprovisionamiento. Una escuadra con calderos a petróleo podrá encontrar en cualquier punto del océano buques petroleros que atraquen al estado de los barcos de guerra, sin interrupción de marcha ni pérdida de tiempo, por la sencilla intervención de bombas, mangueras, con el concurso de unos pocos tripulantes. Se cita el caso del acorazado "Kiny Edward

VII", que en un récord embarcó 1,450 toneladas de carbón en tres y media horas, siendo que habría podido recibir a bordo, en quince minutos una cantidad equivalente de petróleo.

c) Economía de espacio: El almacenamiento del petróleo economiza un 33 o un 40 por ciento del espacio ocupado por una cantidad equivalente de carbón, economía en peso y espacio que aprovecharían los buques de guerra en beneficio de mayor blindaje y poder de artillería y los buques mercantes en una mayor capacidad o tonelaje para los pasajeros y carga. Por estas y las anteriores ventajas, es por que Alemania ha podido hacer eficaz la acción de los submarinos, que solamente pueden ser movidos a petróleo.

Agréguese a las ventajas anteriores la de mayor velocidad en la marcha, más pronta movilización, mayor radio de acción, mayor limpieza a bordo, la ausencia de humo, lo que implica invisibilidad a cierta distancia, etc. Es por todo esto, que Alemania ha podido hacer eficaz hasta extremos no previstos la acción de sus submarinos.

Como consecuencia lógica de estos antecedentes, Gran Bretaña y Estados Unidos han empezado a transformar sus grandes unidades navales. Inglaterra posee ya seis dread-



Explosión del petróleo de Comodoro Rivadavia, incendio del pozo.

noughts del tipo del "Queen Elisabeth" movidos a petróleo y el Gobierno de la Unión, terminará en el año en curso cuatro superdreadnoughts de 28 y 32,000 toneladas; el "Sylsoma", el "Nevada", el "Pensylvania" y el "Nort Carolina" también con el empleo del petróleo.

Producción mundial de petróleo

El siguiente cuadro demuestra elocuentemente el progreso del consumo del petróleo, durante los últimos treinta años:

Producción en miles de toneladas

	1895	1906	1912
Estados Unidos.	7,052	18,886	29,672
Rusia.	7,056	8,160	9,173
Galitzia (Austria).	202	760	1,149
Rumania.	80	887	1801
Indias holandesas (Java, Sumatra).	133	1,101	1,519
Indias inglesas.	49	560
Méjico.	2,227
Japón.	22	175	220
Alemania.	17	81	130
Canadá.	76
Perú.	72	218

La producción mundial de petróleo ascendió el año 1913, a la enorme cifra de 381 millones 508 mil barriles de 159 litros cada uno. De esta cantidad correspondió a Estados Unidos, 248 millones 446 mil 230 barriles, o sean los 2/3 de la producción mundial. Rusia figuró con 60 millones 935 mil 482 barriles y Méjico, cuya producción era apenas, hace diez años, de un millón de barriles, pasó en este año a ocupar el tercer lugar con 25 millones 906 mil 291 barriles; Rumania ocupó el cuarto lugar y Perú el noveno, figurando este último, con un millón 857 mil barriles. En 1914 la producción de Estados Unidos superó a todos los cálculos, llegando a la cifra de 292 millones de barriles.

La industria del petróleo data en Estados Unidos desde 1854 y la de Rusia desde 1826; pero la producción de ese país es actualmente cuatro veces superior a la del imperio moscovita. La producción de los yacimientos en Argentina, que no figura en el cuadro anterior, ha adquirido en el presente año un notable desarrollo.

Los yacimientos de algunos países de la América tropical, de importancia más o menos considerable, han sido recientemente objeto de porfiada lucha por el monopolio de su explotación entre sindicatos ingleses y yanquis, entre los que figuran Pearson y Sons y la Standard Oil Co., dos colosos de la industria.

En Colombia, Venezuela y Ecuador se estudia actualmente una legislación minera, con el objeto de aprovechar la riqueza nacional petrolífera, sin menoscabo del interés público y de la soberanía nacional, tomándose en cuenta para esto el peligro que envuelve el monopolio o "trust" de empresas tan poderosas como las citadas.

Respecto del porvenir económico de la industria petrolífera, puede decirse que ningún mineral alcanza el valor del petróleo, ni da mayores utilidades, cuando se le explota con método e inteligencia. Esto lo han comprendido muy bien los norteamericanos e ingleses, cuando arriesgan sus capitales en donde quiera que se encuentre este precioso elemento.

¿A qué hondura se encuentra el petróleo?— Capacidad de producción

La hondura a que se le encuentra es variable. En algunas partes se le ha hallado a setenta metros, puede decirse que superficialmente y en otras a 2,800 metros de profundidad. En este caso el costo de la empresa es demasiado crecido y las utilidades no son muy apreciables. La hondura media puede calcularse a los mil metros de profundidad. Es interesante conocer la hondura de algunos pozos célebres y lo que han producido.

El pozo de Fuente Lucas, en el condado de Jefferson (Texas) produjo petróleo desde 1901 y a la hondura de 396 metros; poco tiempo después comenzó a lanzar un chorro de aceite espeso que llegó a una altura de 61 metros, produciendo diariamente 76 mil barriles de 42 galones americanos cada uno, que equivalen a 11,025 toneladas métricas. El caño surtidor tenía 8 centímetros de diámetro.

En Méjico hay un pozo que durante dos meses tuvo una producción diaria de 13 a 15 mil toneladas de aceite. Cerca del Potrero del Llano hay otro que empezó produciendo diariamente diez mil barriles, hasta elevar su producción diaria a ciento sesenta

mil barriles. Un receptáculo hecho en la tierra quedó lleno en sesenta días, siendo su capacidad de tres millones de barriles.

Otro pozo célebre fué el de Tagief Well, cerca de Bakou. Dicho pozo, el día 5 de octubre de 1885, a los 70 metros de profundidad, produjo un manantial surgente que se elevó a enorme altura con un producido de 500 toneladas por hora; hubo días que produjo más aceite que todos los pozos de Pensylvania en conjunto.

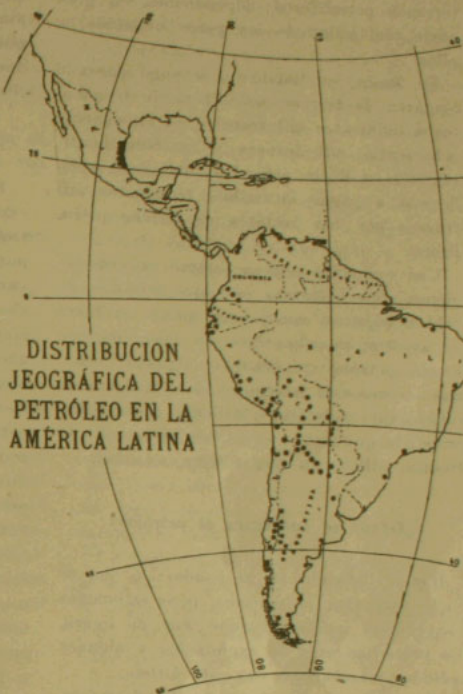
En Bakou (Rusia) algunos pozos iniciaron su producción en forma eruptiva lanzando barro, arenas y piedras a una altura de 250 metros. En Rumania se han formado verdaderos lagos de petróleo en torno de pozos cuya producción diaria estimábase en cuatro a seis millones de galones; de uno de estos pozos salía un chorro o columna de aceite que se elevaba y pulverizaba a la altura de ciento diez metros. Entre los pozos más productores de Rumania se cita uno que se elevaba a la altura de ciento veinte metros y produjo diariamente durante dos y medio años, cuatro mil toneladas de aceite.

Se considera que el rey de los pozos de petróleo se halla en la costa oriental de Méjico, al norte de Veracruz, de propiedad del Sindicato Doheni, norteamericano. Ha estado produciendo durante dos años consecutivos, veinticinco mil barriles diarios. Cada barril se vendía en el mercado a un peso oro, de modo que ha producido cerca de veinte millones de pesos desde que fué perforado y ha continuado dando anualmente más de nueve millones de pesos oro.

En 1908 un pozo perforado en Tampico se inició con tal violencia que formó en poco tiempo un cráter de 75 metros de diámetro, del cual emanó una cantidad de aceite que formó un lago de diez hectáreas de superficie, en el que se sumergieron la torre y la maquinaria que habían servido para las perforaciones. Este mismo pozo arrojó más de los millones de toneladas de piedra y arena mezcladas con petróleo.

El asfalto natural.

Uno de los sub-productos del petróleo es el asfalto natural. El que tiene le preeminencia es el asfalto Trinidad, que fué empleado en algunas calles de Santiago y que debe su nombre a la isla de la Trinidad, donde se produce. Este mineral está contenido en un



DISTRIBUCION
JEORÁFICA DEL
PETRÓLEO EN LA
AMÉRICA LATINA

lago circular de dos kilómetros de diámetro y más o menos cinco kilómetros cuadrados de superficie. Puede cruzarse a pie, en la estación fría del año. Han resultado infructuosos los sondeos efectuados para conocer la profundidad de este depósito, porque la substancia está en continuo movimiento. La cosecha anual de esta materia satisface la mayor parte de las necesidades mundiales y se estima en ciento cincuenta mil toneladas.

En Venezuela también hay yacimientos de asfalto en Maracaibo, Mérida y Coro y son famosos por su pureza. Su producción se calcula en unas veinticinco mil toneladas al año.

Utilidades o dividendos de compañías petrolíferas.

Como en toda empresa, las utilidades o dividendos que reparten las compañías petrolíferas, como los premios alcanzados por ellas mismas, guardan relación con las producciones, que a veces son nulas e insignificantes. A igual regla está sometido el valor de los

terrenos petrolíferos, dependiendo, en gran parte, del valor de los pozos ubicados en ellos.

En Rusia, en Balahany, se paga por una hectárea de terreno petrolífero de trescientos a quinientos mil francos; en Sabounchy, ochocientos mil francos y en Bibi-Eibatt, también en Rusia, como los anteriores, se ha llegado a pagar un millón trescientos mil francos por una hectárea de terreno petrolífero.

Una compañía inglesa compró en esas regiones cien hectáreas en cinco millones de rublos, algo así como unos quince millones de nuestra moneda. Cavó un foso, del que surgió petróleo y vendido algunas semanas después este terreno en doce millones de rublos, unos veinticinco millones, a otra compañía, la que a su vez lo vendió en más de treinta millones a una tercera sociedad.

¿Dónde se encuentra el petróleo?

Hemos indicado ya la hondura a que se suele encontrar el petróleo, pero estimamos conveniente indicar, aunque muy de ligera, los procedimientos de exploración y algunos métodos relacionados con esto último.

El petróleo se encuentra en las formaciones o terrenos muy diversos, geológicamente considerados, y a honduras muy variables. Está casi a flor de tierra y basta una excavación o pozo labrado a mano para encontrarlo, pero, en general, los yacimientos están a centenares y aún a miles de metros de profundidad y la excavación o perforación sólo puede llegar hasta el manto petrolífero por medio de maquinarias costosas y complicadas. En compensación, los yacimientos más profundos suelen ser los más ricos en calidad y cantidad del producto. Pocas veces los mantos petrolíferos se extinguen en una sola capa terrestre; generalmente después del primero hay otro y varios más horizontes productores.

Recién abiertos los pozos, dan frecuentemente aceite sin necesidad de bombeos, gracias a la presión ejercida por el aceite del yacimiento, por los gases acumulados en las capas porosas del subsuelo y en estos casos el petróleo deja de ser surgente al cabo de cierto tiempo, surge con intermitencias, aunque a primera vista parezca un contrasentido, es más ventajosa la extracción del pe-

tróleo por presión artificial, esto es, por medio de bombas, porque la surgencia espontánea produce casi siempre pérdidas del producto e impone gastos ineludibles de almacenamiento.

Sus rendimientos.

Es difícil avaluar exactamente la riqueza explotable o el rendimiento de un manto petrolífero. Como la producción, la vida de un pozo es muy variable. Hubo uno en Pensylvania que estuvo produciendo durante dieciocho años tres mil barriles diarios, pero la mayoría de los pozos se extinguen a los cinco años. Cuando parecen agotados, pueden recobrar su energía productora durante algún tiempo más haciendo estallar en el fondo un petardo cargado con un fuerte explosivo que provoque el desgarramiento de las paredes interiores; pero este procedimiento es ilícito, por cuanto significa robo a los pozos que se hallan en la vecindad.

Se calcula que en una zona reconocida como petrolífera se aprovecha el 70% de los sondeos. La situación de los pozos es también variable, pero en regiones reconocidamente ricas, se les ubica a distancias de 25 a 100 metros, o sea a razón de nueve pozos por hectárea. La extensión es determinada mas bien por factores geológicos que económicos.

Se le encuentra en cualquiera región.

La explotación petrolífera, como otras explotaciones mineras y como las explotaciones agrícolas, tiene peligros que le son característicos. El más perjudicial de estos riesgos es la infiltración en el manto petrolífero, por la vía del agujero de la sonda, del agua de una o más capas superiores. Este accidente que ha causado la ruina de campos petrolíferos riquísimos puede prevenirse y hasta remediarse en sus comienzos. Con este fin se ha hecho obligatoria en algunos países la cementación de los pozos petrolíferos inmediatamente después de las capas acuíferas.

Los campos petrolíferos están situados en las regiones más diversas, bajo el punto de vista físico.

Es un error de quienes opinan que en nuestro país, por su configuración montañosa y por la pendiente que resulta de mar a

cordillera, no pueden existir mantos de petróleo. Se le encuentra en regiones sumamente accidentadas como en Rumania, Perú, (La Oroya) China, etc. En regiones planas, como en Comodoro Rivadavia, Bakou, etc.

En California hay pozos de explotación en el interior de algunas casas y hasta en una plaza pública.

¿Existen expectativas de hallar petróleo en Chile?

Es cuestión delicadísima anotar las causas por las cuales la explotación del petróleo en nuestro país no haya sido coronada aún por el éxito. A nuestro juicio, los sondeos de las diferentes compañías no llevan todavía una hondura suficiente para encontrar petróleo en forma comercial. La mayor hondura a que se ha llegado es de 869 metros en la Sud-Americana y hemos visto que en algunos puntos del globo ha sido necesaria la perforación hasta de 2,000 metros. Se carece también de maquinarias especiales para hacer perforaciones superiores a mil metros.

Los métodos para llegar a un buen resul-

tado son muchos, pero todos excluyen la forma demasiada económica con que se ha procedido en Chile, ya sea comprando elementos en Buenos Aires o pidiendo prestados materiales y herramientas a la Compañía vecina. No hay tampoco buen personal de sondeadores, los que deben ser especialistas en el manejo de la sonda que se les confía. Este personal no se improvisa y no es posible encontrarlo en Chile, ya que aquí la industria petrolífera está en pañales.

Ultimamente han actuado en las regiones del sur buenos ingenieros geólogos, pero estos tropiezan con el inconveniente de la falta de elementos y de obreros competentes, que no se les puede encontrar fácilmente, tomando en consideración la guerra europea.

Somos de los convencidos de que el petróleo hará la fortuna de muchos en nuestro país. Como decía el geólogo señor Felehs y los demás técnicos que han hecho estudios en nuestro país "es cuestión de tiempo".

Un factor de éxito muy especialísimo será la seriedad y prestigio de las sociedades que se organicen o que ya estén organizadas, pues hay una mala predisposición del público que es necesario desvirtuar.





En el momento de lanzar una granada desde una trinchera, en el frente balcánico.



Fachada principal de la Escuela

Nuestra Escuela Dental

Por _____

Armando Blin

Ilustraciones fotográficas

La antigua Escuela Dental creada en 1888 en el anexo del Hospital de San Vicente y bajo la dependencia de la Facultad de Medicina, era, sin duda alguna, la hija más pobre de la Universidad de Chile, y, la profesión dental, por consiguiente, fué una de las que sufriera por más años su período de estagnamiento.

No se puede condenar la impasibilidad con que el Gobierno miraba la labor obscura y casi de cincuenta años de la dentística en nuestros pueblos, ya que en aquellos tiempos no era posible que pudieran estimarse fácilmente las proporciones que más tarde habrían de tomar en el terreno de la ciencia estos servicios. Recién ahora esta rama de la medicina ha ensanchado enormemente su porvenir, y tanto el público como los dirigentes del país, pueden comprender las importantes

necesidades de vida que la profesión dental está llamada a satisfacer.

Cuando el reputado cirujano don Ventura Carvallo Elizalde fué elegido decano de la Facultad de Medicina, alentado por un grande espíritu de trabajo, se propuso organizar debidamente la Escuela Dental, y, para el caso, estimó de absoluta necesidad ponerla en manos de un Director. El Gobierno nombró para este cargo al médico-cirujano y dentista don Germán Valenzuela Bastererra. A fin de que pueda estimarse en su grado justo lo acertado de esta elección, copia, brevemente, algunos datos biográficos del Dr. Valenzuela, de este hombre de ciencia tan altruista y trabajador que dedicó casi todas sus energías para colocar la profesión dental en Chile, en el grado de adelanto que se encuentra hoy día.

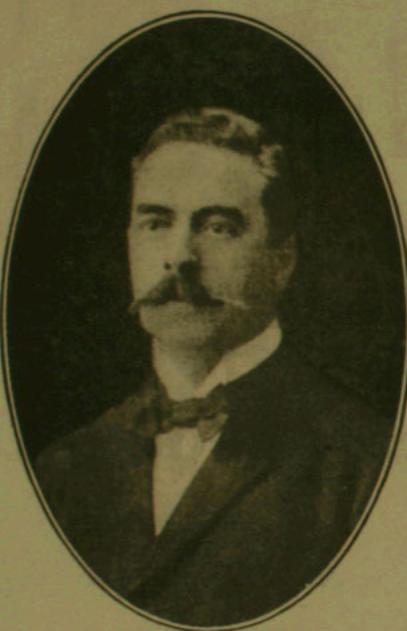
Nació en Curicó en 1859, estudió humanidades en el Instituto Nacional para ingresar después a la Escuela de Medicina. La declaración de guerra contra el Perú y Bolivia lo hizo interrumpir sus estudios para incorporarse en el ejército chileno como cirujano segundo de la primera ambulancia; desempeñando estas funciones hizo la campaña de Lima y se encontró en las batallas de Chorrillos y Miraflores; por esta actuación, el Gobierno lo premió con una medalla de oro. Terminada la campaña reanudó sus estudios y, en 1888, recibió el título de médico cirujano. Ocho

años más tarde obtuvo el cargo de jefe de clínica quirúrgica del profesor Ventura Carvallo Elizalde; desde esa misma fecha hasta hoy día, es cirujano de la sala San Rafael del Hospital San Juan de Dios, interrumpiendo estos servicios sólo en los años de 1897 y 1912 por sus viajes a Europa y Estados Unidos. Desde hace 32 años es miembro activo de la Sociedad Médica de Chile y fué elegido vice-presidente de dicha institución en 1909. Forma parte de la Facultad de Medicina, y, finalmente, ha sido elegido presidente honorario del Congreso Dental Panamericano, que se efectuará en esta ciudad en octubre del año en curso. Recién llegado a la patria en 1888 fué cuando el Gobierno lo nombró director de la Escuela Dental.

Dijo el Dr. Valenzuela en un acto memorable: "Encontré, al principiar mis trabajos, seis bancas, seis sillones dentales, un lavatorio portátil, una mesa y ocho forceps; todo esto dentro de un local enteramente inadecuado; ni había estadísticas, ni se llevaba el control de los trabajos clínicos, ni existían programas científicos para ninguno de los dos años que duraba el curso."

Ante el deplorable estado en que se encontraba la antigua Escuela, ante la poca o ninguna importancia que se daba a la higiene, y, sobre esto, la mínima parte de dinero que destinaba el presupuesto fiscal para la enseñanza de la Odontología, cualquiera habría pensado que la organización de la Escuela Dental en Chile era una utopía. Pero el Dr. Valenzuela, alentando con firmeza su propósito, comienza sus trabajos tesoneramente en pro del mejoramiento de ese plantel universitario.

Muchas notas, muchas influencias, no lo grababan llamar la atención del Gobierno. En los momentos en que algunas personas de actuación científica y política comenzaban a cooperar en la tarea que se impusiera el Director de la Escuela, y, cuando las autoridades superiores parecía que prestaban oído a las tantas peticiones, la sabia intervención quirúrgica que hizo el doctor Valenzuela Basterria en el esclarecimiento del crimen triple cometido en la Legación Alemana en Febrero de 1909, decidió la atención francamente completa de parte del Gobierno. El estudio



Dr. Germán Valenzuela Basterria, Presidente Honorario del Congreso Dental Panamericano.

médico-legal de la dentadura de la víctima, hecho por el doctor mencionado, demostró la identidad de la persona sepultada. Llamado por el ex-presidente Montt para recompensar sus servicios en un asunto de tanta trascendencia como fué aquel crimen, que pudo provocar hasta una reclamación diplomática, el doctor Valenzuela Basterria respondió que como único premio pedía la construcción de un edificio propio para la Escuela Dental. Don Pedro Montt, ese magistrado que tantas huellas dejara de su brillante período presidencial, resuelto a proteger la dentística, inició e impulsó con tanta rapidez la construcción de la nueva Escuela, que, en el breve término de dos años (1910 al 12) estaba terminada.

Se confecciona un plan de estudios científico, perfectamente armonizado, se aumenta

el personal docente, se exige el título de Bachiller para estudiar dicha carrera; de esta manera, la Escuela Dental de Chile, por su moderna y magnífica instalación y su enseñanza, llega a ser la primera de Sud-América. Su prestigio se expande por el extranjero, y viene a demostrar esto el hecho que los dentistas graduados en nuestra Escuela pueden ingresar a la Universidad de Pensylvania de Estados Unidos en las mismas condiciones que los titulados en cualquiera parte de Europa, o sea que, para otorgarles el título de Cirujanos dentistas, se les exige sólo el curso de un año.

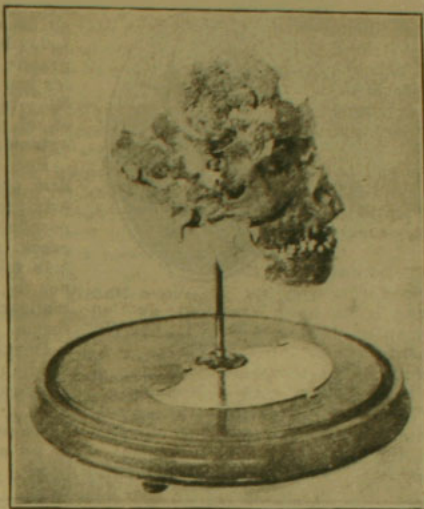
Otro dato que evidencia la reputación de nuestra Escuela, es que ha atraído estudiantes de Argentina, Perú, Colombia, Ecuador y Bolivia. Sin embargo, este plantel universitario, cuya fundación marca una verdadera etapa de progreso para la Dentística en Chi-

le, tiene más reputación en el extranjero que en el país mismo.

Cuando se inauguró el actual edificio, se puso término a la ceremonia abriendo un Album conmemorativo que, por las prestigiosas firmas que registran sus páginas, constituye una reliquia para ese establecimiento. Dicho álbum está encabezado por el siguiente elogio escrito de puño y letra por el Odontólogo español de reputación mundial, Dr. Florestán Aguilar: "Al anotar en esta página mi visita a la Escuela, me es muy grato consignar el testimonio de mi admiración a Chile y al profesorado de esta institución; a Chile porque es la única nación del mundo que da a sus hijos la enseñanza superior completamente gratuita, haciendo así la Instrucción asequible por igual a todos los ciudadanos.

Admiración a los profesores que, con tanto celo y patriotismo, han sabido organizar el plan de estudios y atender a su enseñanza en forma tal que, por el adelante que he podido apreciar en los alumnos, cuyos trabajos he visto, y, por la acertada instalación de las clases en su nuevo edificio, puede afirmarse que la Escuela de Dentística de Chile, es, en conjunto, una de las mejores del mundo por su instalación, por su enseñanza, por su profesorado (Firmado): Florestán Aguilar."

El nuevo edificio de la Escuela está situado en la Avenida Santa María, ribera norte del Mapocho, dando su fondo a la calle de Bella-Visita. Su construcción moderna es sólida y sencilla; las salas y clínicas espaciosas, llenas de aire y de luz, hacen que se mantenga en este establecimiento una higiene constante y rigurosa. Consta de dos pisos y



El cráneo de Tapia, reconstituido por la Casa Tramond, de París.

un subterráneo. En el primero, además de las oficinas del personal administrativo y de la Dirección, etc., hay un salón de conferencias con instalación eléctrica para aparatos de proyección, una pieza provista de un aparato de rayos X para radiografías dentales y un laboratorio para bacteriología y microscopía; una sala con cuadros murales y piezas anatómicas donde recibe sus clases el primer año. En este mismo piso del edificio funciona la Clínica de Prótesis; este ramo de la dentística consiste en la confección de piezas artificiales destinadas a restaurar la pérdida parcial o total de

dientes. En dicha clínica, bajo la vigilancia de los ayudantes, los alumnos hacen la toma de impresiones y pruebas de placas o planchas como vulgarmente se las llama; tornos y demás elementos de trabajo movidos por fuerza eléctrica complementan esta instalación.

En los subterráneos se encuentran los talleres de Prótesis para trabajos en veso, caucho y metales. Estos talleres están provistos de estanterías para guardar los útiles, mesones y numerosos bancos, buena distribución de gas, para los mecheros y anafes y también con instalación eléctrica para tornos de desgaste y pulido de placas. Pueden trabajar aquí más de cien alumnos a la vez.

Volviendo al primer piso, en el Hall, hay una escala divergente que conduce a la sala de espera del piso alto provista de numerosos bancos que dan cabida hasta para 200 personas. Una ancha manopla comunica esta sala con la clínica de operatoria dental. Espaciosa, con magnífica luz y ventilación, con un número de sillones que se aproxima



Dr. Dña. Carlos Mujica V.



Clínica de Prótesis

a cien, esta clinica es, sin duda, la mejor de la Escuela. Vitrinas, mesas con cubierta de mármol, aparatos con soluciones desinfectantes, esterilizadores de agua hirviendo, etc., completan esta instalación modelo.

Continúa en seguida por el lado poniente, la Clínica de Ortodoncia con todos los aparatos y elementos necesarios para su marcha.

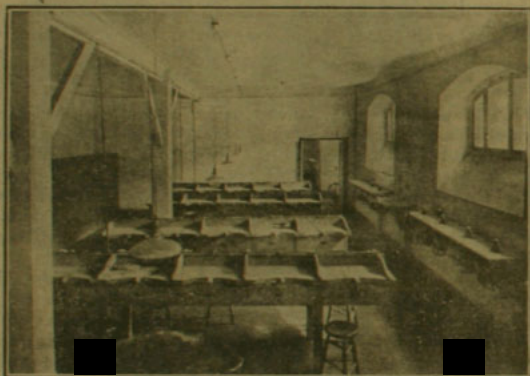
Por último, la Clínica Dental Quirúrgica que afecta la forma de un anfiteatro inclinado hacia el ángulo donde diserta y opera el profesor. Dicha sala cuenta con una instalación completa para las intervenciones de cirugía menor. Esta cátedra está a cargo del director de la Escuela y es, tal vez, una de las más importantes para los alumnos. Todos los enfermos con complicaciones dentarias de cierta intensidad y carácter, abscesos, fistulas, sinusitis maxilares, etc., son llevados a la clínica del Dr. Valenzuela, quien instruye a los alumnos en las anamnesis, diagnósticos y tratamientos de las enfermedades operando en presencia de ellos.

Hay varios departamentos más, anexos a las diferentes clínicas y que no he descrito por no querer extenderme demasiado esta narración; pero no dejaré de mencionar el Museo, que exhibe instrumentos antiguos de la profesión, piezas anatómicas dignas de figurar en ese sitio y el tránsito de Tapia reconstituido por la Casa Tramond de París.

Respecto a la vida de los estudiantes dentro del establecimiento, se podría decir que difiere grandemente de la que llevan los universitarios de las demás asignaturas; pues mientras estos asisten a las aulas preparándose todo el tiempo para ejercer la profesión una vez salidos de la Universidad, los estudiantes de dentística agregan al estudio teórico el ejercicio de la profesión misma, y esta es una de las causas importantes que determinaría esa diferenciación de vida que he dicho. Una vez que el estudiante de dentística ha comenzado a trabajar en "clientes", es preciso que permanezcan



Dr. Dr. Alejandro Manóod, Presidente del Congreso Dental Panamericano.



Talleres subterráneos de Prótesis



Dr. Arturo Sierra M., Vicepresidente del Congreso Dental Panamericano.

en las clínicas de la Escuela casi todas las horas del día, ya que es grande el número de trabajos que les son exigidos y la práctica de ellos tan solo de dos años, pues, en el primero el estudio es casi netamente teórico.

Por una serie de razones podría probarse que el ejercicio de esta profesión es, sin duda, el más pesado de todas, de modo que los casos de "surmenage" serían más frecuentes aún, si los alumnos de la Escuela Dental no neutralizaran sus trabajos en alguna forma.

Durante sus horas de clínica, en que el estudiante permanece al lado del paciente, es forzoso que sacrifique sus peculiares cualidades de muchacho inquieto, para conducirse con la seriedad y carácter del profesional. Esto no acontece en otros trabajos que se efectúan sin presencia de "clientes", como ser, en las labores de Laboratorio, en los talleres subterráneos en donde los alumnos se sienten trabajar con verdadera expansión.

El espectáculo que ofrecen dichos talleres durante las horas de labor, es sumamente simpático: alumnos y alumnas con sus delantales y chaquetas blancas, se entregan a la tarea en medio del mayor entretenimiento y dedicación, pues mientras se colocan dientes en los modelos de cera, mientras se pone caucho y se vulcanizan las placas, la conversación, la charla y la risa amenizan los trabajos. En las tardes de invierno se dijera que los alumnos se sienten más atraídos que nunca a estos talleres de mecánica; fuera llueve; por las ventanas bajas y alargadas que miran a la calle de Bella Vista se ve pasar a los transeúntes precipitadamente; abajo, en el subterráneo, en una atmósfera cálida por las llamas azules de los mecheros y anafes, se siente el canto de algún estudiante que trabaja inclinado sobre su banco de madera, luego, otra voz más, y otra, hasta formar un pequeño coro que dice una canción vieja y sentimental.

En cuanto al profesorado, puede aseverarse que se ha seleccio-

nado con verdadero acierto, y viene a ratificar esto el dato de que una de las causas que ha motivado la gran reputación de nuestra Escuela Dental, es la reconocida competencia con que ejerce sus funciones el cuerpo de profesores. Todos ellos, doctores y dentistas, han perfeccionado sus estudios en Europa o Estados Unidos, de modo que, empapados en una enseñanza sabia, experimentados en los últimos procedimientos, conoedores de una pedagogía sencillamente científica, han creado un ambiente nuevo en dicha Escuela, fortaleciéndolo cada vez más, y en el que trabajan los alumnos satisfactoriamente. Durante las clases teóricas y prácticas, insisten constantemente en consejos a los alumnos empapándolos en una ética profesional que más tarde les labrará el necesario prestigio para triunfar.

Al estilo de las grandes Universidades extranjeras, en muchas ocasiones, el director de este establecimiento, profesores, ayudantes, alumnos y alumnas, han departido en almuerzos y fiestas al aire libre, estableciéndose de esta manera entre estudiantes y superiores, una franca corriente de amistad, tan necesaria para neutralizar los trabajos escolares, y para mantener la disciplina que por tantos otros medios errados se trata de conseguir.

Dada toda mi disertación anterior, estaría demás que me detuviera a elogiar la forma irreproachable como se fiscalizan los trabajos en esta Escuela, como se vela por el orden en todo sentido y la justeza matemática con que marchan las estadísticas; todo esto gracias a un inspector laborioso y dedicado a su trabajo.

Para que el lector pueda comprender inmediatamente los enormes servicios que este plantel presta a las clases inhabilitadas mediante las bajas sumas de dinero que importan los trabajos, y las gratuitas intervenciones quirúrgicas, doy el dato bastante sugestivo de que, durante el año pasado, se ha atendido en las diferentes clínicas a veinte mil



Dr. Ezequiel González C.

enfermos y héchose más de treinta mil extracciones.

Al mencionar estos beneficios que presta al público dicha Escuela, me es forzoso decir algo del "Centro de Estudiantes de Dentística" que, coadyuvando laboriosamente en esa tarea, y, mediante ese espíritu joven y entusiasta que caracteriza a estas corporaciones universitarias, ha llevado muy allá esos beneficios en una forma modesta pero eficaz. Dicho Centro es una agrupación de todos los alumnos y alumnas de este plantel, dirigida por un presidente y con sus respectivos delegados a la Federación. Esta colectividad estudiantil, intimamente unida y fortalecida por sus ideales, vela por los intereses de los alumnos y de su propio establecimiento. Las peticiones formuladas al director, les son oídas y satisfechas satisfactoriamente.

La actuación de este Centro dentro y fuera de la Escuela, es digna de todo elogio. Uno de los números más importantes de su programa de trabajo del año pasado, era aquel que llevaba a sus socios a dar conferencias sobre higiene bucal a las distintas agrupaciones que necesitaban instrucción en este sentido. Se vió, entonces, a muchos estudiantes de dentística



Clínica de operatoria.—Sección sur

distribuirse por los distintos barrios de Santiago; predicando en las Escuelas Públicas y a las clases trabajadoras la higiene bucal, y haciendo ver el peligro de las caries con sus graves complicaciones. Por iniciativa del mismo Centro, y, con gustosa autorización del director, se abrió en el propio establecimiento, una clínica nocturna de extracciones, servicio gratuito. Finalmente, este Centro ha completado su programa desempeñando una labor social importante: para romper la monotonía de los cotidianos trabajos, para alivianarse de la constante preocupación de ellos, ha organizado periódicamente matinales en la Escuela con la concurrencia de niñas y jóvenes estudiantes de las otras asignaturas. Estas simpáticas fiestas tienen un gran significado en la vida de los



Dr. Roberto Barahona, Médico

alumnos, pues además de despertar una familiaridad nueva, que estrecha más los lazos de compañerismo de los jóvenes educandos, alumnos y alumnas departen en un ambiente renovado abandonándose a él con el contentamiento de sentirse vibrar en fases nuevas que en las diarias circunstancias no hubo ocasión de conocerse.

Antes de terminar este ya tan extenso escrito, considero oportuno decir algo acerca del próximo Congreso Dental Panamericano que se efectuará en esta ciudad los días 1.º al 3 de octubre del presente año.

Al estilo de Estados Unidos, Suecia, Alemania, Francia, Japón, etc., países que mantienen muy alto el desarrollo de esta rama de la medicina, la Escuela Dental y Sociedad Odontológica de Chile, alentadas por la buena reputación profesional de que goza nuestro país en el extranjero, han decidido realizar un Congreso Dental Internacional Panamericano.

Este Congreso tiene como fundamento demostrar en una forma palpable al cuerpo dirigente y público en general, la grande importancia que tiene la profilaxia dental en la vida de los pueblos.

Realizado este Congreso, al que concurrirán personalidades tan distinguidas como el odontólogo argentino Dr. Tomás S. Varela y otros, no cabe duda que la Dentística, entonces, ocupará el elevado lugar que le corresponde y que aún no se le ha conferido. Es de toda forma indispensable que se mantengan servicios dentales en todos los establecimientos de Instrucción Pública, Hospitales, Ejércitos y Armadas, Asilos y Cárceles; nuestra Escuela Dental y Sociedad Odontológica han visto esta imperante necesidad y trabajarán en este sentido. La comisión organizadora del Congreso Dental Panamericano la forman las siguientes personas:

Presidente honorario, Dr. Germán Valenzuela Basterria. Médico-cirujano, Dentista diplomado en París, Director de la Escuela Dental, Profesor de Cirugía oral, Cirujano del Hospital de San Juan de Dios.

Presidente: señor Alejandro Manhood, Den-

tista de la Universidad de Chile, Profesor de Ortodoncia, Coronas y Puentes de la Escuela Dental, Ex-presidente de la Sociedad Odontológica.

Vice-presidente, señor Arturo Sierra, Dentista de la Universidad de Chile y Pensylvania, Profesor de Operatoria Dental de la Escuela Dental, Presidente de la Sociedad Odontológica.

Vice-presidente: señor Luis Raveau, Dentista de la Universidad de Chile y Pensylvania, Presidente de la Sociedad Odontológica de Valparaíso.

Secretario general: señor Pedro Labarca Hubertson, Dentista de la Universidad de Chile, Secretario de la Escuela Dental, Dentista de la Escuela Militar, ex-director de la Revista Dental de Chile.

Pro-secretario: señor Luis A. Azócar, Dentista de la Universidad de Chile, ex-vice-presidente de la Sociedad Odontológica.

Pro-secretario: señor Alfredo Betteley, Dentista de las Universidades de Chile y Pensylvania, director de la Sociedad Odontológica, Administrador de la Revista Dental de Chile.

Tesorero: señor Carlos E. Bolton, Dentista de la Universidad de Chile, ex-presidente de la Sociedad Odontológica, actual director de la misma Sociedad.

Dr. Roberto Barahona, Profesor de Patología, Higiene y Terapéutica dental de la Escuela Dental.

Dr. Ezequiel González C., profesor extraordinario de la Clínica Médica, profesor de Anatomía, Fisiología y Bacteriología de la Escuela Dental, médico del Hospital del Salvador.

Dr. Luis Vargas Salcedo, profesor extraordinario de Vías Urinarias, cirujano del Hospital de San Borja.

Dña. Carlos Mujica V., profesor de Prótesis de la Escuela Dental, dentista de la Universidad de Chile, ex-director de la Sociedad Odontológica.

Dña. Luis de la Barra Lastarria. Dentista de la Universidad de Chile, fundador de la Revista Dental, vice-presidente de la Sociedad Odontológica.



Dr. Pedro Labarca H.
Secretario General del
Congreso Dental Pan-
americano.



El Hombre Invisible

Por _____

H. J. WELLS

Con Ilustraciones

(Conclusión)

donde pueda comer y dormir en paz. Necesito un compañero. Con un compañero, con comida y reposo, son posibles mil y una cosas.

—Hasta aquí he ido por senderos tortuosos. Hemos de considerar todo lo que significa la invisibilidad; y todo lo que no significa. Sirve de poco para estar a la escucha... hace un ruido. Sirve de poco para introducirse en las casas, y empresas por el estilo. Una vez que me pongan la mano encima es muy fácil atraparme. Verdad es que soy difícil de atrapar. La invisibilidad, en realidad, sólo es buena en dos casos. Es, particularmente, útil para matar a la gente. Yo puedo dar vueltas alrededor de un hombre, lleve el arma que quiera, escoger mi punto, dar, echarme fuera y escapar, todo en un punto.

Kemp se llevó la mano al bigote. ¿Eran aquellos pisadas en la escalera?

—Y eso es lo que hemos de hacer, Kemp, matar.

—¡Matar!—repitió Kemp—Estoy escuchando su plan, Griffin, pero no estamos de acuerdo. ¿Por qué matar?

—No matar a tontas y a locas, sino una matanza juiciosa. El punto es: se sabe que existe un hombre invisible... y este hombre invisible, Kemp, debe establecer un reinado de terror. Sí; no dudo que la palabra es terrible, pero así es. El reinado del terror. Es preciso apoderarse de alguna población, Burdock, por ejemplo, y aterrarla y dominarla. El invisible daría sus órdenes. Esto puede hacerse de mil maneras... pedazos de papel echados por debajo de las puertas cumplirían perfectamente. Y todo el que desobedeciese las órdenes, moriría, y morirían todos los que saliesen a su defensa.

—¡Hum!—hizo Kemp, que ya no escuchaba a Griffin, sino el lejano sonido de la puerta de la calle que se abría y cerraba.

—Páreceme, Griffin—dijo Kemp, para di-

simular su visible emoción,—que su socio de usted estaría en una situación muy difícil.

—Nadie sabría que era tal socio—dijo el hombre invisible.

Y después súbitamente:

—¡Chist!... ¿suben las escaleras?

—No... no—dijo Kemp, y comenzó a hablar alto y verbosamente.—No estamos conformes, Griffin—dijo;—entiéndalo usted, no estamos conformes. ¿Por qué soñar con una cruzada contra nuestro prójimo? ¿Cómo puede usted esperar vivir en paz? No seamos lobos. Publique Ud. sus descubrimientos, confíelos al mundo... cuando menos, confíelos a su patria. Piense usted que tendría la ayuda de toda la ciencia...

El hombre invisible extendió el brazo interrumpiéndolo.

—Oigo pisadas en la escalera—dijo.

—Ilusión, contestó Kemp.

—Deje usted que lo vea—dijo el hombre invisible.

Y avanzó, con el brazo extendido, hacia la puerta.

Las cosas se sucedieron rápidamente. Kemp vaciló un segundo y se adelantó para interceptarle la salida. El hombre invisible retrocedió y quedó inmóvil.

—¡Traidor!—gritó.

Y súbitamente abrió el traje interior, y, sentándose en el suelo, el invisible empezó a desnudarse. Kemp dió tres pasos hacia la puerta, e inmediatamente el hombre invisible—sus piernas se habían desvanecido—levantóse lanzando un grito. Kemp se precipitó fuera.

Al abrir, llegó a sus oídos un ruido de voces y pasos precipitados.

Con un rápido movimiento, Kemp reechazó al hombre invisible, retrocedió y cerró la puerta. La llave estaba por fuera, puesta a propósito. Un momento más, y Griffin hubiese quedado preso, a no impedirlo una pequeña circunstancia. La llave había sido



Me examiné cuidadosamente...

puesta con poco cuidado, y al portazo cayó de la cerradura al suelo.

Kemp se puso blanco. Trató de sujetar el picaporte con ambas manos. Por unos momentos consiguió su objeto, después la

puerta se entreabrió cosa de seis pulgadas. Consiguió cerrar de nuevo. La segunda vez la abertura fué mayor, y la camiseta se encajó. Una mano invisible hizo presa en el cuello de Kemp y éste soltó el picaporte para defenderse. Fué rechazado, derribado, yendo a caer precisamente en el rincón del descansillo. La camiseta se agitaba en el aire en este momento.

A mitad de la escalera estaba el coronel Adye, el jefe de la policía de Burdock, a quien Kemp había dirigido la carta. Quedó espantado ante la súbita aparición de Kemp, seguido por el extraordinario espectáculo de una camiseta que hacía contorsiones en el aire. Vió a Kemp cayendo y luchando a sus pies. Vió a Kemp levantarse, adelantar y caer de nuevo como una res apuntillada.

Después, súbitamente fué empujado con violencia. ¿Por nadie? Un gran peso, según le pareció, fué a chocar contra él, echándole a rodar por la escalera. Un pie invisible se posó sobre su espalda, se oyeron unos pasos fantásticos saltando los escalones, y gritaron y corrieron, y la puerta de la casa se cerró con violencia.

El coronel incorporóse y se levantó vacilando. Vió bajar a Kemp, lleno de polvo y desgredado, morado un carrillo, un labio sangrando y con un traje de dormir en la mano.

—¡Gran Dios!—exclamó Kemp.
—¡Hemos espantado la pieza. Se ha escapado!

CAPITULO XXV

La caza del hombre invisible

Durante un rato, Kemp estuvo demasiado emocionado para hacerle comprender al coronel Adye los rápidos incidentes que habían ocurrido. Estaban en el descansillo, Kemp hablando precipitadamente y con las prendas de Griffin todavía en la mano. Pero bien pronto comenzó Adye a ponerse en autos.

—Es un loco inhumano—decía Kemp;—puro egoísmo. No piensa sino en su propia

conveniencia y en su seguridad. Me ha contado una historia llena de hechos punibles... Ha herido a varias personas. Y matará, si no tratamos de impedirlo. Quiere crear un pánico... Nadá ha de detenerle. ¡Y ahora se ha escapado... furioso!

—Es preciso cogerle—dijo Adye;—esto es indudable.

—¿Pero cómo?—preguntó Kemp.

bros que tiene en gran estima. Yo le explicaré a usted... en el puesto de policía tiene usted un individuo... Marvel...

—Ya sé—dijo Adye,—ya sé. Esos libros... sí. Pero el fulano...

—Dice que no los tiene. Pero el otro piensa que sí. Es preciso que le impida usted comer y dormir... la comarea debe estar en somatén día y noche. Es preciso guardar



Estaba desfigurado terriblemente...

Y de pronto fué asaltado de un cúmulo de ideas.

—Debe usted ponerse en campaña inmediatamente; llevar el mayor número posible de hombres... impedir que salga del distrito. Una vez que salga de aquí, puede irse a merodear por toda la comarea, matando y haciendo locuras. ¡Sueña con un reinado de terror! Un reinado de terror, le digo a usted. Debe usted enviar vigilantes a los trenes y caminos y barcos. La guarnición que le preste ayuda. Telegráfíe usted pidiendo fuerza. La única cosa que puede detenerle aquí es el pensamiento de recoger unos li-

todo alimento fuera de su alcance. Las casas deben cerrarse para él a piedra y lodo. ¡Dios nos mande lluvias y noches de frío! La comarea entera debe ponerse en persecución suya, sin el menor desaliento. Le digo a usted, Adye, que es una plaga, una fiera suelta. Si no se le captura, estremece pensar las cosas que pueden ocurrir.

—¿Y qué otra cosa podemos hacer?—dijo Adye.—Debo marchar al retén inmediatamente y comenzar la organización. Venga usted y celebraremos una especie de consejo de guerra... llamaremos a Hopps y a los jefes de ferrocarril. ¡Por Jove... es urgente! Va-

mos... y hablaremos por el camino. Veremos si hay alguna otra cosa que hacer. Tire usted esa ropa.

Y Adye comenzó a bajar las escaleras seguido del doctor. Encontraron abierta la puerta de la calle y a los agentes fuera, mirando en todas direcciones.

—Se ha escapado, coronel—dijo uno.

—Es preciso que vayamos inmediatamente a la estación central—dijo Adye.—Adelante uno de ustedes y envíenos un coche de punto... pero volando. Y ahora, Kemp, ¿qué más?

—Perros—dijo Kemp,—buscar perros. No podrán verle, pero le seguirán por el rastro. Buscar perros.

—Bueno—dijo Adye.—Los empleados de la cárcel de Halstead conocen a un hombre que tiene podencos de raza. Perros. ¿Qué más?

—Tenga usted presente—dijo Kemp—que la comida lo delata. En cuanto come, los alimentos son visibles hasta que se asimilan. Por lo cual tiene que ocultarse en cuanto come. Hay que observar minuciosamente todos los rincones, todos los escondrijos. Y evitar que pueda tomar arma alguna... todo lo que pueda servirle de arma. El no puede llevarlas encima; pero debe evitarse que estén a su alcance.

—Perfectamente—dijo Adye.— Quizás le atrapemos.

—Sí... hay que echar mano de todos los medios, aun los más inhumanos—dijo Kemp.

—Estoy seguro de que querrá establecer un reinado de terror... tan pronto como se recobre de las emociones de esta fuga... tan seguro como en este momento le estoy hablando a usted. Nuestra única probabilidad es adelantarnos a él. Se ha puesto enfrente de su especie. Caiga su sangre sobre él.

CAPÍTULO XXVI

El asesinato de Wicksteed

El hombre invisible debió salir de la casa del doctor Kemp loco de furor. Un muchacho que jugaba cerca de allí, al lado del camino, fué violentamente derribado, fracturándose una pierna; y luego de esto, el hombre invisible estuvo algunas horas sin dar señales de su paradero. Nadie supo dónde se había metido ni qué había hecho. Pero puede imaginársele encaminándose rápidamente, durante aquel caluroso día, hacia la montaña, y luego por la llanura que se extiende detrás de Port Burdock, blasfemando y maldiciendo su intolerable destino, refugiándose por último, sofocado y rendido, entre los matorrales de Hintondeau, para meditar tranquilo acerca de sus futuros planes.

Aquellos bosquecillos parecían el más probable refugio para él, pues dejó un dramático rastro, según pudo comprobarse después. Sería curioso saber cuál era su estado de ánimo durante aquel tiempo y que proyectos trazaría. No cabe duda que estaría atrozmente exasperado por la traición de Kemp, y aun cuando se comprenden los motivos que impulsaron al doctor a obrar de aquella manera, es también fácil de explicar y aun de excusar la furia que la tentativa de arresto le había producido. Quizás algo del asombro de sus experiencias de Oxford Street pasó por él, pues evidentemente había contado con la cooperación de Kemp para su brutal ensueño de un mundo aterrado. De cualquiera manera que fuese, se desvaneció de entre los humanos cerca de medio día, y nadie pudo afirmar lo que hacía hasta pasadas las dos. Quizás para la humanidad fuese una fortuna, pero para él fué una fatal inacción.

Durante este tiempo, una multitud de hombres, que aumentaba incesantemente, se había desparramado por la comarca. Por la mañana, el hombre invisible era sencillamente una leyenda, un terror; por la tarde, debido a la proclamación de Kemp, sobriamente redactada, se presentaba como un tangible antagonista, a quien debía capturarse o aniquilarse, y la comarca comenzó a organizarse rápidamente para la persecución. Todavía a las dos de la tarde hubiera podido salir del distrito aprovechando el paso de cualquier tren, pero después de las dos este medio se hizo imposible, pues los trenes de viajeros, en un gran paralelogramo, entre Southampton, Winchester, Brighton y Horsa-ham, viajaban con las puertas cerradas, y el tráfico de mercaderías se había suspendido casi por completo. Y en un gran círculo alrededor de Port Burdock, de casi unas veintemillas, hombres armados de fusiles y cachiporras, recorrían todos los parajes, en grupos de tres o cuatro, y con perros, haciendo una batida escrupulosa.

Guardia de a caballo transitaba a lo largo de los caminos y a través de la campiña, deteniéndose en todas las granjas y advirtiéndoles a los moradores del peligro, aconsejándoles que cerrasen las puertas y no saliesen de casa, a menos de no estar armados, y todas las escuelas habían terminado sus tareas a las tres, y los niños, asustados y yendo en grupos compactos, se dirigían a sus casas rápidamente. La proclama de Kemp, que Adye había firmado, quedó fijada en casi todo el distrito, entre cuatro y cinco de la tarde. Exponía breve, pero claramente, todas las condiciones de la lucha, la necesidad de impedirle al hombre invisible que



Cerró la puerta a dos manos...

comiese o se entregase al reposo, la necesidad de incesante vigilancia y de una pronta atención al menor de sus movimientos. Y tan rápida y decidida fué la acción de las autoridades, tan pronta y universal fué la

creencia en este extraño sér, que antes de cerrar la noche un área de muchos cientos de millas cuadradas estaba en apretado sitio. Y antes de caer la noche, también, un estremecimiento de horror recorrió la vigi-

lante y nerviosa comarca, yendo de boca en boca, con la rapidez del rayo, la noticia de haber sido asesinado mister Wicksteed.

Si nuestra suposición de que el hombre invisible se refugió en los matorrales de Hintondeau es exacta, debe suponerse en este caso que salió de allí después, meditando algún proyecto, que hacía necesario el uso de un arma. No sabemos cuál pudiese ser el proyecto, pero es evidente que ya llevaba en la mano una varilla de hierro cuando encontró a Wicksteed.

Naturalmente, no podemos dar detalle alguno acerca del encuentro. Ocurrió al borde de un cascajar, a unas doscientas varas de las verjas de la finca de lord Burdock. Se veían todas las señales de una desesperada lucha—el terreno pisoteado, las numerosas heridas que Mr. Wicksteed recibió, su bastón roto, pero la causa del ataque, salvo en un acceso de furia homicida, es imposible de imaginar. Realmente, la teoría de un rapto de locura es la más lógica. Mr. Wicksteed era un hombre de unos cuarenta y cinco o cuarenta y seis años, de hábitos inofensivos, como su apariencia, é incapaz, por todos conceptos, de provocar a semejante terrible antagonista. Contra él, al parecer, había el hombre invisible usado la barra de hierro, arrancada de la reja de alguna casa deshabitada. Detuvo sin duda a aquel hombre pacífico cuando iba tranquilamente en busca del almuerzo, le atacó, inutilizó su débil defensa, rompió el brazo, le derribó y le machacó la cabeza.

Naturalmente, que debió haber arrancado aquel hierro antes de topar con su víctima y llevarlo preparado en la mano. Tan sólo dos detalles, además de lo expuesto, pueden relacionarse con el hecho. Uno que el cascajar no estaba en el camino que debía seguir Mr. Wicksteed para ir a su casa, sino unas docientas varas apartado de él. El otro es el aserto de una niña, que, yendo a la escuela, vió al hombre asesinado caminar de una manera curiosa en dirección al cascajar. La pantomima ejecutada por la niña para explicar sus movimientos, daba la idea de un hombre persiguiendo algo que corría delante de él y al que daba golpes de vez en cuando con su bastón. Esta niña fué la última persona que le vió vivo. Le perdió de vista al poco rato por ocultarlo un bosquecillo de hayas del declive. Estos dos datos quitan al homicidio todo cuanto pudiera tener de puramente caprichoso. Puede imaginarse que Griffin se había armado de aquella barra sin la deliberada intención de convertirla en instrumento de muerte. Wicksteed debió ver esta varilla moviéndose inexplicablemente en el aire. Sin pensar en el hombre invisible—pues Port Burdock está a diez millas del lugar—se pon-

dria en seguimiento del mágico objeto. Es muy posible que el pobre hombre no hubiese oído hablar siquiera del invisible. Este, indudablemente, trataría de alejarse para evitar que se conociese su presencia en las cercanías, y Wicksteed, excitado y curioso, persiguiendo aquella barra que se movía sola, llegaría a golpearla con su bastón.

No cabe duda que el hombre invisible, en circunstancias ordinarias, hubiera podido dejar bien pronto atrás a su perseguidor, pero la posición en que fué encontrado el cuerpo de Wicksteed hace pensar que acorraló al hombre invisible en un rincón entre un matorral de espinos y el borde del terraplén. Para los que conocen la extraordinaria irascibilidad del hombre invisible, lo demás es fácil de imaginar.

Pero esto es una pura hipótesis. Los únicos hechos innegables, pues las declaraciones de los niños están con frecuencia desprovistas de certeza, fueron el descubrimiento del cuerpo de Wicksteed y la barra de hierro, manchada de sangre, entre los espinos. El abandono de la varilla sugiere la idea de que, en la excitación y emoción del accidente, el propósito que se lo hizo buscar—si tenía algún propósito—fué abandonado. Ciertamente era un hombre egoísta y de escasos sentimientos, pero la vista de su víctima, la primera, sangrienta y lastimera a sus pies, despertó en él, acaso, un destello de remordimiento.

Después de la muerte de Mr. Wicksteed, sin duda caminó a través de la campiña en dirección a la llanura. Se sabe de la historia de una voz oída a la puesta del sol por dos hombres en un campo cerca de Jern Bottoms. Gemía y reía, sollozaba y gruñía, y a intervalos lanzaba un agudo grito. Era horrible de oír. Se alejó en medio de un prado y se perdió en la colina.

En este intervalo debía el hombre invisible haber sabido algo del rápido uso que Kemp había hecho de sus confidencias. Indudablemente encontró las gentes prevenidas y cerradas las casas; quizás rondó en torno de las estaciones del ferrocarril y acechó las posadas, y no cabe duda de que leyó las proclamas y se dió cuenta de la campaña declarada contra él. Y al avanzar la noche, los campos fueron transitados por grupos de tres o cuatro hombres y animados por los ladridos de los perros. Aquellos hombres llevaban instrucciones particulares, para el caso de un encuentro, sobre la manera de prestarse eficaz ayuda. Pero él evitó todo encuentro. Es comprensible algo de sus exasperación, a mayor abundamiento habiendo él mismo facilitado los informes que se ponían en práctica contra él. Por aquel entonces por lo menos, le entró el desaliento; durante veinticu-

tro horas, salvo cuando se resolvió contra Wicksteed, fué un hombre perseguido. Por la noche debió comer y descansar, pues a la mañana siguiente fué el mismo hombre activo y poderoso, airado y maligno, preparado para su última gran lucha contra el mundo.

CAPITULO XXVII

Sitio de la casa de Kemp

Kemp leyó una extraña misiva, escrita con lápiz en un mugriento pedazo de papel:

"Ha sido usted asombrosamente enérgico y astuto", decía la carta, "aun cuando yo no pueda imaginar lo que va usted ganando con ello. Se ha vuelto usted en contra mía, durante un día entero me ha dado usted caza; ha tratado usted de robarme una noche de descanso. Pero he comido a pesar suyo, he dormido a pesar suyo, y la partida, repito, no ha hecho más que empezar. Para ello, no necesito más que establecer el Terror. Está anunciado el primer día del Terror. Port Burdock no está ya bajo el dominio de la reina; dígaselo usted así a su coronel de policía y a los demás; está bajo mi dominio... ¡el Terror! Este es el día primero del año uno de una nueva época, ¡la época del Hombre Invisible! Yo soy Hombre Invisible primero. Para comenzar, la cosa será fácil. El primer día tendrá lugar una ejecución para ejemplo de los demás; un hombre llamado Kemp. La muerte camina ya en busca suya. Puede encerrarse, ocultarse, rodearse de guardias, ponerse una armadura si le place; la muerte, la muerte invisible está sobre su huella. Tome las precauciones que quiera, trate de levantar un pueblo contra mí. Esta carta es el anuncio cierto de su muerte. La partida empieza. La muerte avanza. No le ayudes, pueblo mío, o la muerte os amenazará también a vosotros. Kemp ha de morir hoy."

Kemp leyó esta carta dos veces.

¡Esta no es broma!—exclamó.—¡Esa es su voz! ¡Y hará lo que dice!

Volvió el sobre y vió en la dirección el timbre de Hintondeau y el prosaico detalle: "Porte debido".

Salió del comedor lentamente, dejando su almuerzo sin terminar—la carta había llegado a sus manos a la una—y se encaminó a su despacho. Llamó al ama de llaves, la dijo que recorriese inmediatamente la casa, que



Se levantó asombrado.

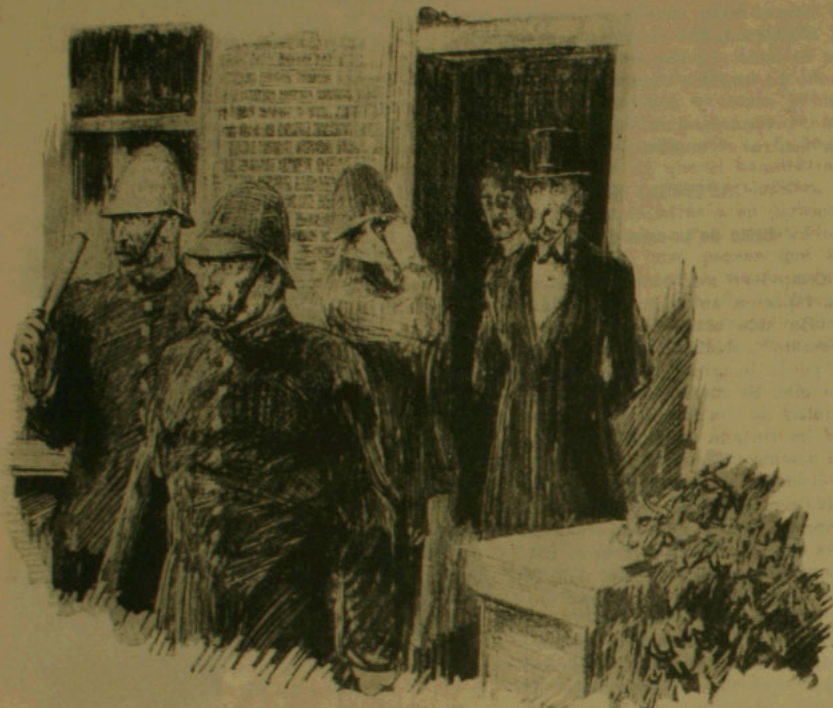
examinase las fallebas de las ventanas y que cerrase todos los postigos. Lo propio hizo con las ventanas de su despacho. De un armario de su alcoba sacó un pequeño revólver, lo examinó cuidadosamente y se lo guardó en el bolsillo del chaqué. Escribió algunas esquelas, una para el coronel Adye, diólas a la criada con explícitas instrucciones acerca de la manera de salir de casa.

—No hay peligro—dijo; añadiendo mentalmente:—para ti.

Permaneció pensativo después de haber hecho esto y luego tornó a su almuerzo ya frío.

Comió maquinalmente, abstraído en sus pensamientos. Finalmente, dió un golpe en la mesa.

—Le atraparemos—dijo,—y yo seré el ce-



Los agentes miraban en torno con asombro

bo. Va demasiado lejos en sus propósitos.

Encaminóse al mirador, cerrando todas las puertas cuidadosamente detrás de él.

—Es una partida—dijo,—una extravagante partida... pero las probabilidades están en favor mío, Mr. Griffin, a pesar de su invisibilidad. ¡Griffin "contra mundum"... con una venganza!

Permaneció a la ventana contemplando la soleada colina.

—El ha de agerciciarse la comida cada día... y no le envidio. ¡Habría dormido realmente anoche? Quizás, al campo raso... seguro de eneuventros. ¡Si en lugar de este tiempo caluroso hiciese un buen frío!

Se acercó más a la ventana. Algo sonó débilmente en la pared debajo del montante y le hizo retroceder violentamente.

—Me estoy poniendo nervioso—dijo Kemp. Pero pasaron algunos momentos antes de que volviera a acercarse a la ventana.

—Debe haber sido un gorrión—dijo.

Pronto oyó llamar a la puerta de calle y echó precipitadamente escaleras abajo. Corrió el cerrojo y entreabrió el postigo dejando la ca...

za. Una voz conocida le alentó. Era la voz de Adye.

—La criada ha sido acometida en el camino, Kemp—dijo el coronel desde afuera.

—¡Cómo!—exclamó Kemp.

—Le ha arrebatado las cartas que iba a llevar. Anda por aquí cerca. Permitame usted entrar.

Kemp soltó la cadena y Adye penetró por la abertura menor que fué posible. El coronel se vió en la entrada contemplando con infinito alivio cómo Kemp volvía a atrancar la puerta. La nota le fué arrancada de la mano. Horrible susto. La muchacha estaba en el puesto de policía. Ataque de nervios. El andaba por los alrededores. ¡Qué le contaba del asunto?

—¡Qué estúpido he sido!—exclamó.—Debí habérmelo figurado. De Hintondeau a aquí no hay una hora... ¡Ya?...

—¡Qué!—interrogó Adye.

—¡Venga usted!—dijo Kemp.

Y se dirigió a su despacho. Tendió a Adye la carta del hombre invisible. Adye leyóla y silbó suavemente.

—¿V... usted?...—dijo.

—Proponía una trampa... como un bellaco—dijo Kemp—y envié mi proyecto con la criada. ¡A él!

—Todavía no—dijo Kemp.

—Entonces nos tiene en su mano—dijo Abye lanzando a su vez un terno.

Un ruido de vidrios rotos se oyó escaleras arriba. Abye vió el reflejo del revólver de Kemp a medio sacar del bolsillo.

—¡Es en mi despacho!—dijo Kemp, continuando su ascenso.

Oyóse otro ruido de vidrios rotos antes de llegar al aposento. Cuando penetraron vieron dos de las tres ventanas medio derribadas, cubierto el suelo de pedazos de vidrio y encima de la mesa un tamaño pedrusco. Los dos hombres se detuvieron en el umbral, contemplando el estrago. Kemp soltó un nuevo juramento, y aún sonaba en el despacho cuando la tercera ventana cayó produciendo gran estrépito y haciendo volar los trozos de vidrio por el aire.

—¿Qué es esto?—preguntó Abye.

—Que está empezando—contestó Kemp.

—¿Puede alguien encaramarse hasta aquí?

—Ni un gato—dijo Kemp.

—¿No tienen rejas las ventanas?

—Estas no. Todas las habitaciones del piso bajo... ¡Hola!

Otro estrépito oyóse procedente de los bajos.

—¡Maldito sea!—dijo Kemp.—Esto debe ser... sí... en una de las alcobas. Está probando toda la casa. Pero es un loco. Los postigos están cerrados y los vidrios caen al exterior. Se va a herir los pies.

Otra ventana proclamó su destrucción. Los dos hombres permanecieron en el descansillo mirándose perplejos.

—¡Ya lo tengo!—dijo Abye.—Deme usted un palo o cualquier cosa, y yo voy corriendo al puesto para volver con hombres y perros. Esto puede darnos buenos resultados.



Algo se escabullía delante de él...

Otra ventana siguió la suerte de sus compañeras.

—¿No tiene Ud. un revólver?—preguntó Adye.

La mano de Kemp se dirigió al bolsillo. Después vaciló.

—No tengo, al menos para darlo.

—Yo lo traeré—dijo Adye;—aquí está usted bastante seguro.

Kemp, avergonzado de su momentáneo lapso de egoísmo, le entregó el arma.

—Ahora a la puerta—dijo Adye.

Cuando estuvieron, vacilando, en la entrada, una de las ventanas del primer piso crujó y saltaron los vidrios como en todas las otras.

Kemp se acercó a la puerta y comenzó a des-

casa—dijo la voz, tan áspera y displicente como la de Adye.

—Lo siento—dijo Adye, algo roncamente, y se humedeció los labios con la lengua.

La voz sonaba hacia la izquierda, pensó; ¿y si probaba fortuna disparando en aquella dirección?

—¿A dónde va usted?—preguntó la voz.

Y ambos hicieron un vivo movimiento, y salió un destello metálico del bolsillo de Adye.

Adye pensó y desistió.

—A dónde voy—dijo lentamente—es asunto mío.

Aún no había terminado estas palabras, cuando una mano le asió por el cuello, una pierna se cruzó entre las suyas, y se vió de espaldas en el suelo. Incorporóse rápidamente e hizo fuego al azar, pero al momento recibió un golpe en la boca y el revólver le fué arrebatado de la mano. Hizo un vano intento para asir una invisible pierna, trató de luchar y volvió a ser derribado de espaldas.

—¡Condenación!—exclamó Adye.—La voz ríe.

—Le mataría a usted—dijo la voz—si valiese usted el coste de un cartucho.

Adye vió el revólver suspendido en el aire a seis palmos de sus narices.

—¿Y bien?—dijo Adye sentándose en el suelo.

—Levántese usted—dijo la voz.

Adye obedeció.

—¡Atención!—oyó que le decían con firmeza.—Y nada de tretas. Recuerde usted que yo le veo a usted la cara y usted a mí no. Va usted a dirigirse de nuevo a la casa.

—No me dejará entrar—dijo Adye.

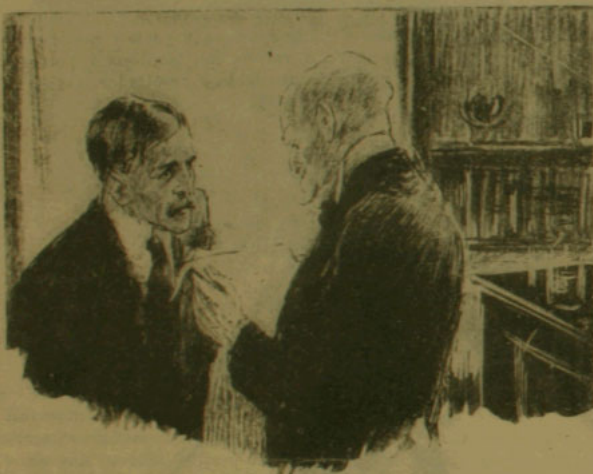
—Es una lástima—dijo el hombre invisible,—porque yo no quisiera reñir con usted.

Adye se humedeció de nuevo los labios. Miró más allá del revólver y vió el mar a lo lejos, azul y oscuro bajo un sol de mediodía, la llanura verde, la blanca costa y la populosa ciudad, y súbitamente reconoció lo dulce de la vida. Sus ojos volvieron al pequeño objeto de metal, que se cernía entre el cielo y la tierra a dos pasos de sus ojos.

—¿Qué hacer?—dijo de pronto.

—¿Qué hacer?—repitió el hombre invisible.

—Usted iba a reclamar auxilio. El único medio de salir bien es volver a la casa.



Os proponía una trampa para pillarle

correr los cerrojos con toda la cautela posible. Su rostro estaba poco más pálido de lo acostumbrado.

—Salga usted sin perder tiempo—dijo Kemp.

Un momento después estaba Adye en la calle y la puerta volvía a ser atrancada. El coronel vaciló un momento sintiéndose más tranquilo con la espalda sobre la puerta. Después bajó, erguido y marcial, los escalones del vestíbulo. Cruzó el terreno de delante de la casa y se aproximó a la verja. Una ligera brisa pareció hacer ondular el césped. Algo se movía en su proximidad.

—Deténgase usted—gritó una voz.

Y Adye se detuvo, cuadrado, pálido y ceñudo, su mano acariciando el revólver.

—¿Y bien?—dijo con sus dedos en tensión.

—Hágame usted el favor de volver a la

—Probaré. Si me dejan entrar, prometo usted no deslizarse detrás de mí?

—Yo no quiero reñir con usted—dijo la voz.

Kemp había echado escaleras arriba en cuanto hubo salido Adye, y ahora, acurrucado entre los vidrios rotos, acechaba cautelosamente por la ventana y observó que Adye parlamentaba con el invisible.

—¿Por qué no hace fuego?—se dijo.

Entonces el revólver se movió un poco y su reflejo hirió la vista de Kemp. Se protegió los ojos haciendo pantalla con la mano y trató de ver la dirección del arma.

—¡Seguro que Adye se ha dejado coger el revólver!—dijo.

—Prométame usted no meterse detrás de mí—decía Adye.—No lleve usted una partida ganada hasta ese extremo. Deje usted alguna probabilidad al contrario.

—Vuelva usted a la casa. Le digo a usted seriamente que no puedo prometer nada.

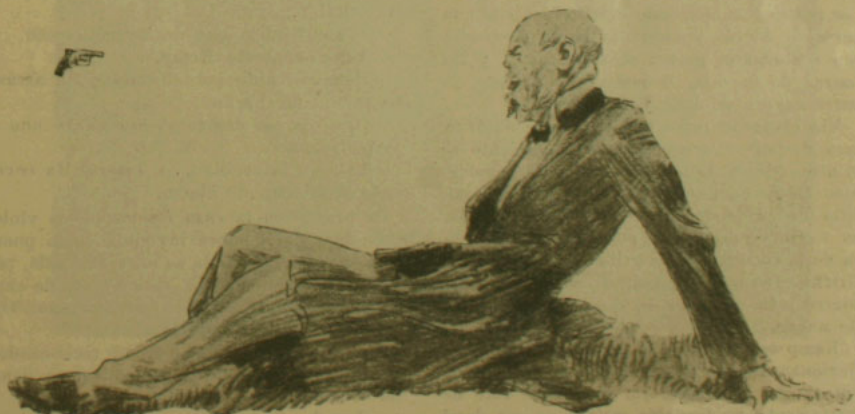
Adye pareció tomar una decisión súbita. Encaminó sus pasos a la casa lentamente, con las manos a la espalda. Kemp le miraba sorprendido. El revólver se desvaneció, volvió a producir un nuevo reflejo, volvió a desvanecerse, y, a una observación más cuidadosa, fué visible como un pequeño objeto negro que seguía a Adye. Entonces las cosas se sucedieron rápidamente. Adye llegó cerca de la puerta, giró de pronto, echó mano del pequeño objeto, no pudo cogerlo, levantó las manos y cayó al suelo, dejando una nubecilla azulada en el aire. Kemp no oyó el sonido del disparo. Adye se agitó, se incorporó sobre un brazo, cayó de nuevo y quedó inmóvil.

Durante un rato, Kemp permaneció contemplando la quieta figura de Adye. La tarde era muy calurosa y tranquila, nada parecía moverse en las cercanías, salvo un par de mariposas amarillas que se perseguían a través de las matas entre la casa y el seto. Adye estaba tendido cerca de la casa. Los postigos de todas las quintas estaban cerrados, pero en un pequeño cenador cubierto de trepadoras, se veía una blanca figura, aparentemente un hombre durmiendo. Kemp examinó los alrededores de la casa, tratando de entrever el revólver, pero éste se había desvanecido. Sus ojos se dirigieron de nuevo a Adye... La partida había comenzado bien.

Después sobrevino un campanillazo y se oyeron golpes en la puerta principal, que fueron aumentando, pero, siguiendo las órdenes de Kemp, los criados se habían encerrado en sus habitaciones. A los golpes sucedió un silencio. Kemp se quedó escuchando y después fué asomándose cautelosamente por las tres ventanas, una tras otra. Se dirigió al descansillo y escuchó atentamente. Armóse con el hurgón de la chimenea de su alcoba, y fué de nuevo a examinar los pesillos de las ventanas del piso bajo. Todo estaba seguro y en tranquilidad. Volvió al mirador. Adye yacía en el suelo en la misma actitud que había caído. A lo largo del camino de la colina vió a la criada y a dos policemen que se dirigían hacia allí.

Todo parecía mortalmente quieto. Las tres personas se aproximaban con desesperante lentitud. Preguntóse qué estaría haciendo su enemigo.

Dió un salto. Oyóse un crujido en la planta baja. Vaciló y descendió de nuevo las es-



Adye vió el revólver en el aire a 6 pies delante de él



Levantó las manos y cayó.

caleras. De pronto la casa resonó con violentos golpes y estallidos de madera. Oyó un nuevo crujido y el distinto sonido de algún pestillo arrojado al suelo. Dió vuelta a la llave y penetró en la cocina. Al hacerlo así los postigos, astillas y fragmentos volaron dentro. Se quedó espantado. El marco de la ventana, excepto un montante, estaba intacto, pero sólo quedaba algún fragmento de los vidrios. Los postigos habían sido destrozados con una barra de hierro y ahora la barra descendía con contundentes golpes sobre el marco y las barras de la reja. Después, súbitamente, la barra cayó a un lado y desapareció.

Vió brillar el revólver en la parte de afuera y después el arma hizo un movimiento en el aire. Dió un salto hacia atrás. El revólver hizo fuego con un ligero retraso y una astilla de la puerta pasó rozándole la cabeza. Cerró y parapetó la puerta y estando fuera de la cocina oyó los gritos y carcajadas de Griffin. Después los golpes con la barra de hierro y los crujidos de la madera se oyeron de nuevo.

Kemp se detuvo en el pasillo y trató de re-flexionar. Dentro de poco el hombre invisible estaría en la cocina. La puerta de este departamento no tardaría mucho en ser derribada, y después...

Llamaron a la puerta principal. Debían ser

los policemen. Corrió al recibidor, aflojó la cadena y descorrió el cerrojo. Pero hizo hablar a la muchacha antes de entreabrir el postigo. Los tres individuos penetraron en la casa y la puerta fué asegurada de nuevo.

—¡El hombre invisible!—dijo Kemp,—tiene un revólver con dos cápsulas todavía. Ha matado a Adye. Matará a todo el mundo. ¿No le han visto ustedes enfrente de casa? Allí está tendido.

—¿Quién?—dijo uno de los policemen.

—Adye—contestó Kemp.

—Hemos venido por el camino de atrás—observó la muchacha.

—¿Qué es ese destrozo?—preguntó uno de los policemen.

—Está en la cocina... o estará. Ha encontrado una barra de hierro.

De pronto en la casa resonaron los violentos golpes del hombre invisible en la puerta de la cocina. La erriada se encaminó allá, pero se detuvo en el comedor. Kemp trató de explicar la situación con frases entrecortadas. Oyeron ceder la puerta de la cocina.

—¡Por aquí!—exclamó Kemp recobrando la actividad, y precedió a los policemen dentro del comedor.

—Los hurgones—dijo, y dió a uno de los policías el que llevaba en la mano y al otro el de la chimenea del comedor.



No entraréis, exclamó M. Heelas.

Después retrocedió.

—¡Diablo!—dijo un policeman; adelantó un paso y tocó la barra de hierro con el hurgón. El revólver disparó su penúltimo tiro e hizo añicos un hermoso espejo. El segundo policeman descargó un golpe con su hurgón sobre el arma, como quien sacude una avispa y la lanzó a lo lejos por el suelo.

Al primer crujido la criada empezó a gritar, estuvo gritando un rato junto a la chimenea, y luego corrió a abrir los postigos probablemente con la idea de escapar por la ventana.

La barra de hierro describió un semicírculo en el aire y luego quedó en posición a dos palmos del suelo. Se oía la jadeante respiración del hombre invisible.

—Retírense ustedes dos—dijo.—Necesito a ese hombre.

—Nosotros le necesitamos a usted—dijo el primer policeman haciendo un vivo movimiento hacia adelante y arremetió el hurgón contra la voz. El hombre invisible debió retroceder tropezando con el paraguero.

Después, como el policeman retrocediese para repetir el golpe, el hombre invisible contestó con la barra, el casco cedió como si fuese papel, y el policía fué rodando hasta el pie de la escalera.

Pero el segundo policeman acometiendo a su vez con el hurgón en dirección a la barra, tocó algo suave que se desgarraba. Una aguda exclamación de dolor y la barra de hierro cayó al suelo. El policeman embistió de nuevo en el vacío y no tocó nada; puso el pie sobre la barrera y asestó un nuevo golpe. Después permaneció atentamente, dispuesto a acometer al menor movimiento.

Oyó abrirse la puerta del comedor y ligeras pisadas dentro. Su compañero dió una vuelta y sentóse manándole la sangre de una herida encima de la oreja.

—¿Dónde está?—preguntóle al otro.

—No lo sé. Le he dado. Debe estar en el recibidor a menos que no se haya escurrido ¡Doctor Kemp!

—¡Doctor Kemp!...—volvió a gritar el policeman.

El segundo policeman hizo un esfuerzo para ponerse de pie, consiguiéndolo. Oyóse el débil rumor de unos pasos en los escalones que descendían a la cocina.

Hizo un movimiento como para lanzarse escalones abajo tras el hombre invisible, pero lo pensó mejor y se quedó donde estaba.

—El doctor Kemp...—empezó, pero se detuvo bruscamente.

—El doctor Kemp es un héroe—concluyó como su compañero le mirase de reojo.

La ventana del comedor estaba abierta de

par en par y no se veía rastro ni del doctor ni de la criada.

—La opinión del segundo policeman acerca de Kemp era terca y pintoresca.

CAPITULO XXVIII

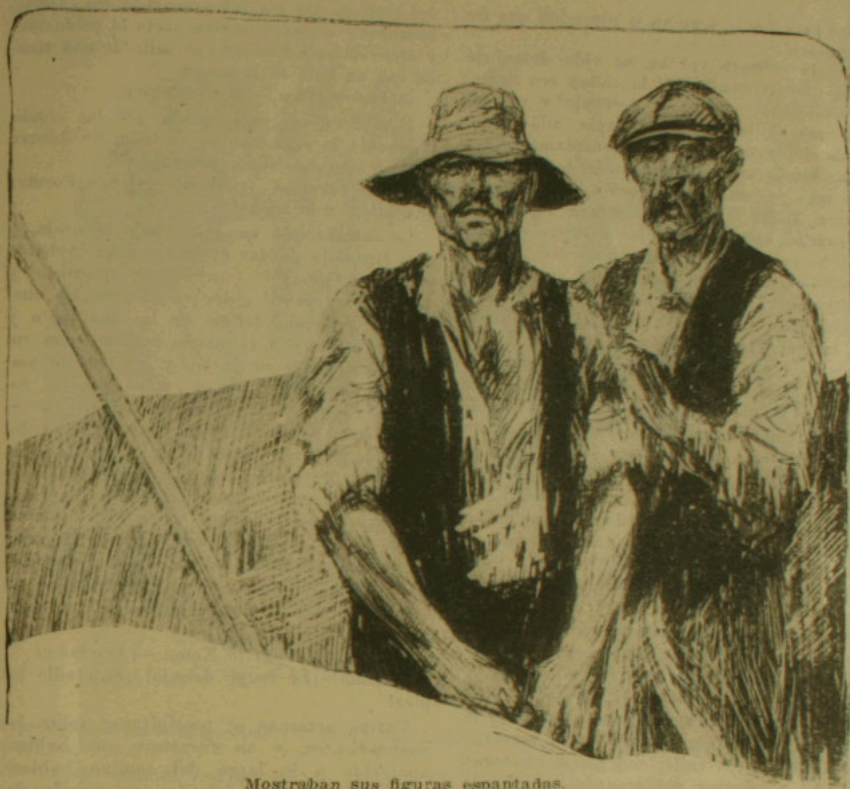
El cazador cazado

Mr. Heelas el vecino más cercano del doctor Kemp entre los diferentes propietarios de la colina, dormía en su cenador al comenzar el sitio de la casa de Kemp. Mister Heelas era uno de los más refractarios a la creencia de ninguna de "aquellas majaderías" del hombre invisible. Su mujer, por el contrario, tenía entera fe en su existencia. Mr. Heelas insistió en pasear por su jardín como si nada de particular ocurriese, y aquella tarde, como de costumbre, se echó a dormir la siesta. La ruptura de cristales y los golpes no interrumpieron su sueño, pero despertó después con la singular persuasión de que había algo malo. Dirigió sus miradas hacia la casa de Kemp; frotóse los ojos y miró de nuevo. Entonces se puso de pie y escuchó atentamente. Se dijo que era un imbécil pero la extraña cosa era patente. La casa parecía como deshabitada de muchos meses, después de un violento asalto. Todas las ventanas estaban desquiciadas.

—Juraría que hace veinte minutos—dijo,—todo estaba en su estado normal.

—A sus oídos llegó un sonido de golpes dados con regularidad y de vidrios que se quiebran. Y, después, cuando miraba estupefacto, sobrevino una cosa todavía más asombrosa. Los postigos de la ventana del comedor se abrieron con violencia, y la criada, con su sombrero y traje de calle, apareció luchando de una manera frenética para quitar el mareo de la vidriera. De pronto un hombre apareció tras ella, y la ayudó—¡el doctor Kemp!—Un momento después, el obstáculo estaba franqueado y la muchacha se dejó caer fuera perdiéndose detrás de un bosque. Mr. Heelas se quedó como quien ve visiones, lanzando incoherentes frases ante lo extraordinario del caso. Vió al doctor Kemp encaramarse al alfeizar, saltar, y reaparecer casi instantáneamente corriendo a lo largo de un sendero, a través del huerto, mirando hacia atrás como quien teme ser perseguido. Desapareció detrás de unos arbustos y apareció de nuevo vadeando un declive del terreno. En un segundo ganó la otra parte y sin cesar de correr tomó la dirección a la casa de Mr. Heelas.

—¡Dios!—exclamó Mr. Heelas asaltado de una idea.—¡Debe ser esa fiera de hombre invisible! ¡Después de todo tendrán razón!



Mostraban sus figuras espantadas.

Como para Mr. Heelas pensar cosas como esta era tanto como obrar, su cocinera, que le miraba desde una ventana, sorprendióse de verle dirigirse a casa con una velocidad de nueve millas por hora. Hubo un estrépito de puertas, de campanillazos, y la voz de Mr. Heelas dominándolo todo.

—Cerrad las puertas, cerrad las ventanas, cerradlo todo... el hombre invisible viene!

Instantáneamente la casa fué una confusión de gritos, de órdenes, de carreras. El corrió a cerrar las puertas que daban al verandah y en esto vió asomar la cabeza de Kemp por encima del seto. En menos de dos segundos estaba el doctor corriendo sobre las hortalizas y luego a través del terreno dedicado al "tennis".

—¡No puede usted entrar!—gritó mister Heelas atrancando las puertas.—¡Siento mucho si viene persiguiéndole... pero no puedo abrir!.

Kemp apareció, el rostro lleno de terror, golpeando frenéticamente a la puerta. Viendo que sus esfuerzos eran inútiles, corrió a

lo largo del verandah, torció al extremo y fué a llamar a una puerta lateral. Luego siguió la verja del frente de la casa hasta desembocar en el camino de la colina. Y Mr. Heelas, acechando desde la ventanilla—el semblante reflejando un gran horror—vió, apenas perdido a Kemp de vista, que las hortalizas eran pisoteadas de nuevo por unos pies invisibles. A esto Mr. Heelas corrió como una liebre escaleras arriba, y lo restante de la caza le fué desconocido. Pero a media escalera oyó rechinar los goznes de la verja.

Al verse en camino, Kemp, naturalmente, corrió cuesta abajo, y así hizo la misma desenfrenada carrera que hacía cuatro días presencié irónicamente desde la ventana del mirador. Corría perfectamente para un hombre que no estaba habituado, y aun cuando su rostro estuviese blanco y sudoroso, su ingenio estaba claro hasta el fin. Corría fijándose en el terreno que pisaba, y allí donde se interponía un trozo de camino pedregoso, de grava recién puesta, o un trozo de vidrio, por allí embestia, dejando a los desnudos e invi-

sibles pies que le seguían la dirección que les pluguiesen.

Por la primera vez en su vida descubrió Kemp que el camino de la colina era indescriptiblemente grande y desolado y que el comienzo de la población, lejos, allá abajo al pie de la colina, era extremadamente remoto. Jamás había hallado método más lento o más penoso de locomoción que el de la carrera. Todas las casas de recreo, a lo largo del camino, estaban cerradas a piedra y lodo; y si lo estaban, era siguiendo sus propias disposiciones. ¡Pero de cualquier manera debían haber vigilado el exterior para cualquier eventualidad como la de ahora! La población iba surgiendo ante sus ojos, el mar había quedado a su espalda y la gente discurría por las calles. Un tranvía llegaba en este momento al pie de la colina. Detrás de él estaba el puesto de policía. De quién serían aquellas pisadas que oía detrás de él! Avivó el paso.

La gente se había fijado ya en una ó dos personas que corrían, y el doctor comenzaba a respirar dificultosamente. El tranvía estaba ya próximo, y en "Los Alegres Cricketers" las puertas iban cerrándose. Detrás del tranvía se veían postes y montones de grava—para unos trabajos de drenaje. Tuvo la momentánea idea de montar en el tranvía y cerrar las puertas, pero pensó mejor y continuó su carrera hacia el puesto de policía. Un momento después pasaba frente a la puerta de los "Alegres Cricketers", y estaba al extremo de la calle, con gente en torno suyo. El conductor del tranvía—asombrado por tan furiosa carrera—se quedó contemplando sin mover el carruaje.

Su paso disminuyó un poco y entonces oyó las tenues pisadas de su enemigo; aceleró de nuevo el paso. "¡El hombre invisible!"—gritó a un grupo de marinos, con un gesto indicativo, y por súbita inspiración puso este grupo entre él y su perseguidor. Luego, abandonando la idea del puesto de policía, torció por una callejuela, rodeó el carro de una verdulera, vaciló un momento frente a la puerta de una confitería, y echó por la boca de una alameda que desembocaba en Hill Street. Dos o tres niños estaban allí jugando, y gritaron y se dispersaron a su aparición, e inmediatamente se abrieron puertas y ventanas, y excitadas madres pusieron en evidencia su indisimulable afecto. Luego se metió una vez más en Hill Street, a trescientos metros del final de la línea del tranvía, y en esto oyó un clamoreo y vio gente que corría.

Miró en dirección a la colina. A unos diez pasos corría un robusto marino, maldiciendo a intervalos, y golpeando endiabladamente con una azada y pegado a él, el conductor

del tranvía con los puños enarbolados. Abajo, hombres y mujeres corrían hacia la población, y observó a un hombre que salía de una tienda con un palo en la mano.

—¡Paso! ¡Paso!—gritó alguien.

Kemp, vió de una ojeada que las condiciones de la caza habían variado. Se detuvo y miró en torno suyo, jadeante.

—¡Le tenemos encima!—gritó.—¡Formar una hilera a lo anecho!...

Le interrumpió un golpe bajo la oreja, y giró tratando de dar el frente a su invisible enemigo. Consiguió guardar el equilibrio, y descargó un inútil golpe en el aire. De nuevo fué golpeado debajo de la mandíbula y cayó al suelo. En el mismo instante una rodilla comprimió su pecho, y un par de manos se enroscaron en su cuello, pero el esfuerzo de una era mucho más débil que el de la otra. Trató de sujetar las muñecas del invisible, oyó un grito de dolor, y entonces la azada del marino cayó a través del aire sobre el enemigo común y quebró algo con un crujido sordo. Kemp sintió algo húmedo sobre su rostro. La opresión de su garganta disminuyó súbitamente, y, con un convulsivo esfuerzo, Kemp pudo rehacerse, asíó un hombro y rodó encima. Luego cogió un brazo del invisible.

—¡Le tengo!—gritó Kemp.—¡Ayudadme... ayudadme! ¡Le tengo debajo! ¡Sujetadle los pies!

Varias personas se precipitaron sobre los contendientes, y un forastero que hubiese aparecido a lo largo del camino hubiese pensado que tenía delante una jugada decisiva de una salvaje partida de football. Reinó silencio después del llamamiento de Kemp, sólo se oía un sonido de golpes y un jadear de los combatientes.

Luego un sobrehumano esfuerzo y el hombre invisible se puso de pie. Kemp se aferró a él como un dogo a un toro, y una docena de manos asieron al invisible. El conductor del tranvía le cogió por el cuello y le derribó. Y cayó al suelo todo el montón de combatientes. Hubo algún tremendo golpe. Oyóse un violento grito de "¡Gracia... gracia!" que expiró en un murmullo.

—¡Retírense ustedes!—gritó la ahogada voz de Kemp, y los contendientes fueron levantándose.—¡Está herido! ¡Déjenle!

El corro se ensanchó y entonces vióse al doctor con una rodilla al parecer en el aire y sujetando unos invisibles brazos contra el suelo. Detrás de él, un alguacil sujetaba asimismo unas invisibles piernas.

—¡No le suelten ustedes!—gritó el marino blandiendo su azada.—¡Se finge herido!

—No finje—dijo el doctor levantando con



Detrás de él un alguacil sujetaba unas piernas invisibles.

precaución la rodilla,—pues le tengo por los brazos.

Kemp tenía el rostro arañado y lleno de golpes morados, y hablaba confusamente por tener partido un labio. Levantó una mano y buscó a tientas la cara del invisible.

—La boca llena de sangre—dijo. Y después:—¡Gran Dios!

Levantóse bruscamente y desonés se arrojó en el suelo junto al invisible cuerpo. Había un continuo movimiento y el grupo iba reforzándose con la llegada de nuevos vecinos, que salían de sus casas y de las tiendas. Las puertas de "Los Alegres Cricketers" se abrieron de par en par. Reinaba un relativo silencio. Kemp se inclinó pasando la mano por el aire.

—No respira—dijo, y después:—no oigo latir su corazón. Su costado... ¡Oh!

Una anciana, que atisbaba por debajo del brazo de corpulento marino, lanzó un chillido.

—¡Mirad!—dijo, y apuntó un huesudo dedo.

Y mirando al punto indicado, todo el mundo vió, débil y transparente como si fuera hecho de vidrio, tanto que las venas y arterias y huesos y nervios podían distinguirse,

el contorno de una mano, una mano limpiamente esbozada.

—¡Bueno!—gritó el alguacil.—¡Aquí sale un pie!

Y así lentamente, empezando por las manos y los pies, y subiendo de las extremidades a los centros vitales del cuerpo, continuó el extraño cambio a la visibilidad. Era como la lenta propagación de una ponzoña. Primero aparecieron las blancas venillas, trazando la silueta gris de una extremidad, después los cristalinos huesos e intrincadas arterias, luego la carne y la piel, primero como un tenue vapor haciéndose densa y opaca con rapidez. Bien pronto pudieron ver su quebrantado pecho y sus hombros y el confuso contorno de sus golpeadas y ceñudas facciones.

Cuando por último el corro se separó para que Kemp pudiera ponerse de pie, en el suelo, tendido y lastimado, yacía el ensangrentado cuerpo de un joven como de treinta años. Sus cabellos y cejas eran blancos—no por la edad, sino con la blancura de los albinos—y sus ojos eran rojizos semejantes al granate. Tenía crispadas las manos, abiertos los ojos, y la expresión era colérica y desesperada.

—¡Cubridle el rostro!—exclamó un hombre.
—¡Por amor de Dios, cubrid ese rostro!

Alguien trajo una sábana de "Los Alegres Cricketers", y, habiéndole cubierto, le trasladaron a la cama. Y allí le depositaron en una sucia cama de un sombrío aposento, rodeado por una multitud de gente excitada e ignorante, maltrecho y quebrantado, traicionado y no sentido, aquel Griffin, el primer hombre que había conseguido hacerse invisible, Griffin el físico más conspicuo que el mundo ha visto, y que había terminado con un infinito desastre su extraña y terrible carrera.

EPILOGO

Así termina la historia del extraño y diabólico experimento del hombre invisible. Y si el lector quiere saber algo más de ella, es necesario que vaya a una pequeña hospedería próxima a Port Stowe y hable con el dueño. La muestra de la posada es un monigote vacío excepto que lleva botas y sombrero, y su nombre es el título de esta historia. El dueño es un hombre bajito y rechoncho, de cilíndrica y prominente nariz crespo cabello y rubicundo rostro. Beba el lector liberalmente, y él dirá, liberalmente también, las cosas que le han ocurrido desde entonces, y lo que los abogados trataron de hacer con él, y de cómo querían atraparle el tesoro que le encontraron encima.

—Cuando vieron claro que no les era posible saber a quién pertenecía el dinero, bendito sea—dice,—si no hicieron para sacarme del cuerpo la confesión de que había encontrado un tesoro. ¡Tengo yo cara de encontrar un tesoro! Y después un caballero me dió una guinea porque refiriese la historia, una noche, en el Empire Music Hall... para que la contase con mis mismas palabras... excusé una.

Y si se quiere cortar bruscamente esta oleada de recuerdos, no hay más que preguntarle acerca de sí, en la historia, no se hablaba de tres libros manuscritos. Admitirá que se hablaba, y procede a explicar que todo el mundo cree que él los tiene.—¡Pero Dios le bendiga!—él no los tiene.

—El hombre invisible se los llevó para ocultarlos cuando yo me escapé a Port Stowe. Ha sido Mr. Kemp el que ha puesto esa idea en la cabeza de las gentes.

—Se queda pensativo, mira de reojo a su interlocutor, se pone a arreglar los vasos nerviosamente y por fin sale del bar.

Es soltero, pues prosigue siendo partidario del celibato, y en su casa no se ven mujeres. Se abrocha exteriormente con botones, pero en sus detalles privados, en la cuestión de tirantes, por ejemplo, es todavía partidario fiel del bramaute. Dirige su casa sin grandes arrestos, pero con eminente decoro. Sus movimientos son lentos y es un gran pensador. Tiene reputación de juicioso y de una gran parsimonia, y su conocimiento de los caminos del sur de Inglaterra deja tamañito a Cobbett.

Los domingos por la mañana, todos los domingos por la mañana, y durante todo el año, cuando se eclipsa para el mundo, y todas las noches, después de las diez, se encamina a la sala común del bar, con un vaso de ginebra mezclada con unas cuantas gotas de agua, y colocando esto sobre la mesa, cierra la puerta y examina los postigos de la ventana, y aún llega a echar una ojeada debajo de la mesa. Y entonces, tranquilo acerca de su soledad, abre el armario y un cajón del armario, y saca tres volúmenes forrados de cuero negro y los coloca solemnemente en medio de la mesa. Las tapas están manchadas de un moho verdoso—pues tiempo atrás estuvieron en un foso—y algunas de las páginas estaban decoloridas y borrosas por efecto de la humedad. El posadero se sienta en un sillón de haya, llena lentamente su pipa y no cesa de contemplar los libros. Después aproxima uno de ellos al borde, frente a él, y comienza a examinarlo, volviendo las hojas bien hacia adelante, bien hacia atrás.

Sus cejas se contraen y sus labios se mueven pesadamente.

—“¡X... un pequeño dos en el aire, una cruz, y un violín!... ¡Señor! ¡qué gran cabeza tenía!”

Bien pronto se arrellana y se inclina y observa a través del humo de su pipa cosas invisibles para otros ojos.

—¡Lleno de secretos!—dice.—¡Maravillosos secretos!

—Una vez supe lo que pesaban... ¡Señor!

—¡Yo no hice lo que él quería; justamente... bueno!

Bufa en la pipa.

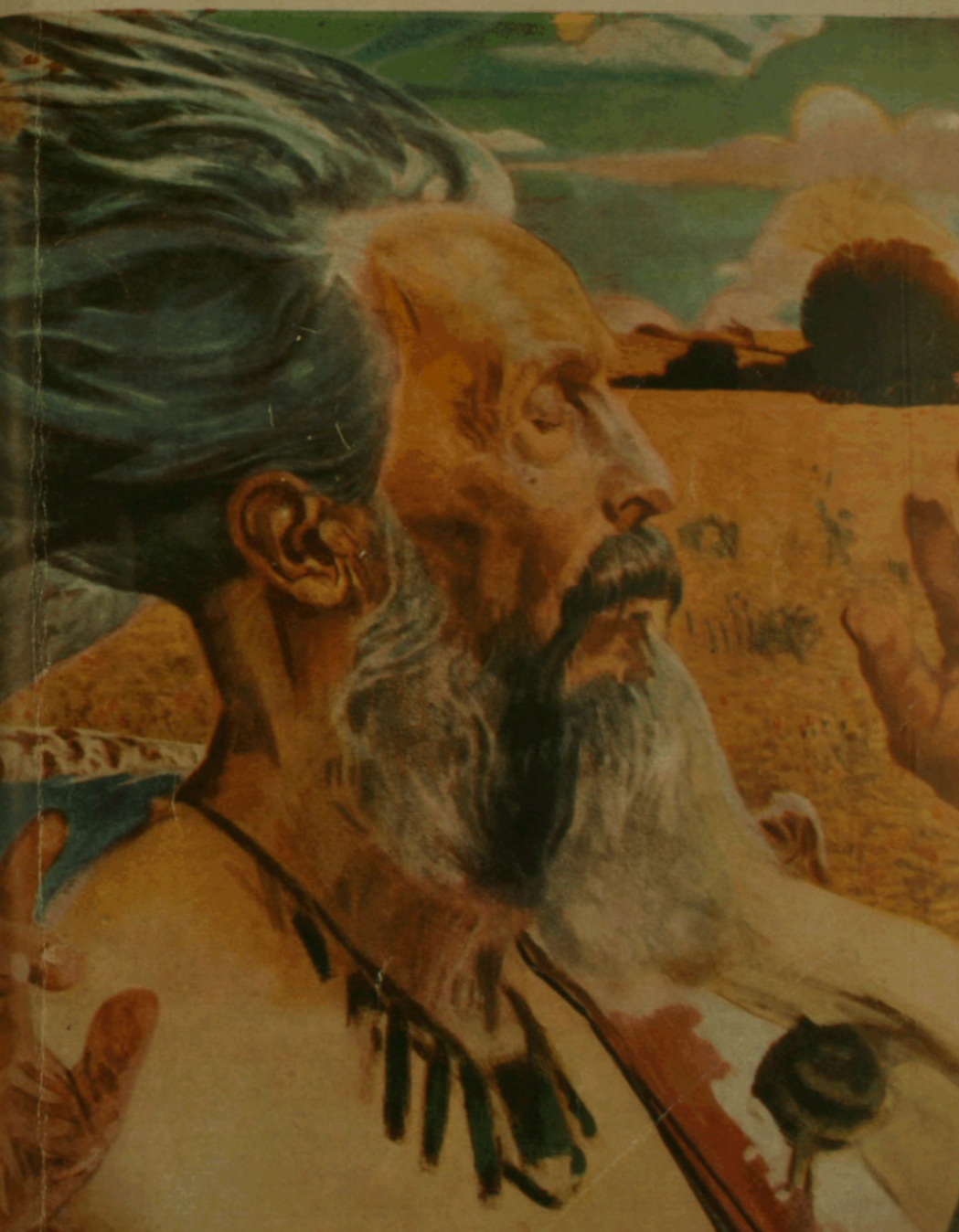
Y así cae en un ensueño, el imperecedero, maravilloso ensueño de su vida.

Y aun cuando Kemp ha husmeado y buscado incesantemente, nadie, excepto el posadero, sabe que aquellos libros están allí, con el sutil secreto de la invisibilidad y una docena más de extraños secretos. Y nadie lo sabrá hasta que él muera.



PACIFICO

≡ MAGAZINE ≡



La Boya de Salvamento



De igual manera que en medio del mar embravecido el náufrago se agarra con toda su fuerza a la boya o a los restos a que puede asirse del navío, el desdichado que sufre de bronquitis, catarro, asma, resfriado pertinaz, etc., fía su salvación al ALQUITRAN GUYOT, el cual le curará seguramente de su dolencia.

El uso del Alquitrán Guyot, a todas las comidas y a la dosis de una eucharada cafetera por cada vaso de agua, basta, en efecto, para hacer desaparecer en poco tiempo aún la tos más rebelde, y para curar el catarro más tenaz y la bronquitis más inveterada. Es más: a veces se consigue dominar y curar la tisis ya declarada, pues el Alquitrán detiene la descomposición de los tubérculos del pulmón al matar a los malos microbios, causa de dicha descomposición.

¡Desconfiad del consejo, realmente interesante, si, en lugar del verdadero Alquitrán Guyot, os propusiesen tal o cual producto! Para lograr la curación de bronquitis, catarros, resfriados antiguos desenvidados, y, necesariamente el asma y la tisis, es absolutamente preciso especificar bien en las farmacias que lo que

deseáis es el verdadero Alquitrán Guyot. Aunque lo mejor para evitar todo error es fijarse en la etiqueta que, si es del verdadero Alquitrán Guyot, lleva el nombre de Guyot impreso en grandes letras y su firma en tres colores; violeta, verde y rojo, al biés, así como las señas: **Maison L. FRERE, 19, rue Jacob, Paris.**

El tratamiento sólo cuesta unos 10 céntimos al día—y cura.

Advertencia.—Como hay personas para quienes el sabor del agua de brea no es agradable, podrán reemplazarlas con las Cápsulas Guyot de Alquitrán de Noruega (de pino marítimo puro) y tomar dos o tres cápsulas a cada comida; las cuales producen idénticos efectos saludables y una curación igualmente cierta. Las verdaderas Cápsulas Guyot son blancas, y la firma de Guyot va impresa en negro sobre cada cápsula.

893J

NUESTRA PORTADA:

CUADRO DE

J. MALCZEWSKI:

"EL DERVICHE CIEGO".

LA CAMPIÑA FRANCESA Y LA GUERRA



EN LO ALTO SE DESTACA VAGAMENTE UNA
CORONA DE ROCAS GRISES.



Recuerdos de la invasion

Por _____

ANGEL PINO

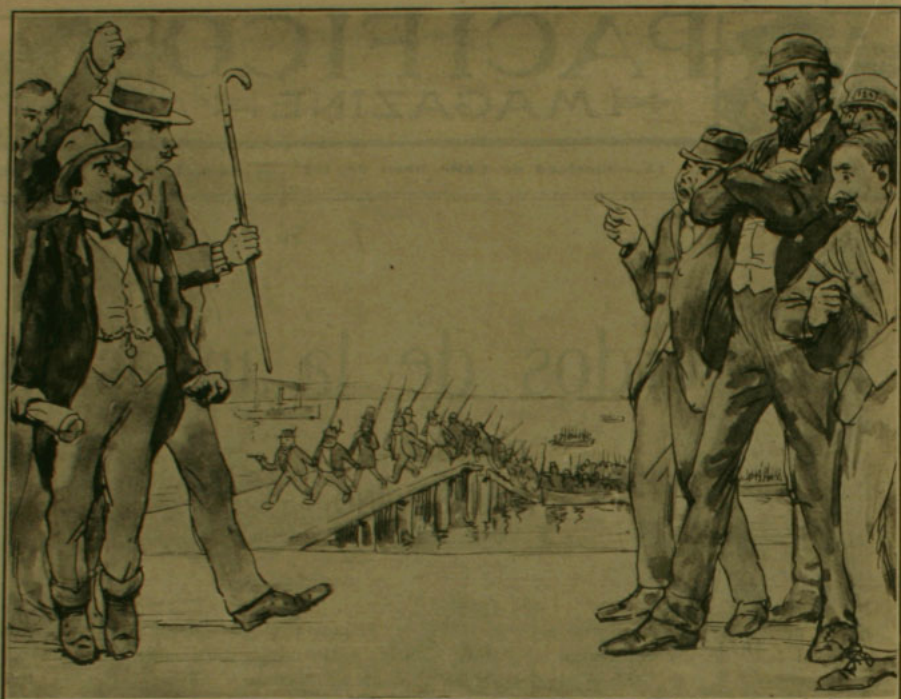
Con ilustraciones

Sala de ministerio. Cuarenta personas esperan al lado de afuera, tratan de "señor don" al portero y le ofrecen cigarrillos los caballeros y miradas oblicuas las señoritas. Adentro dos ventiladores giran y giran, con gran satisfacción de la Tracción Eléctrica, y de un supernumerario que, con el monótono rún-rún, recuerda la sala de estudio del colegio y hace lo mismo que en ella hizo durante los seis años de humanidades: dormir. El subsecretario rompe distraidamente un sobre del Telégrafo del Estado, lee palabras sueltas, sin hilación, sin conjunciones copulativas, sin preposiciones. — "¡Al diablo con estos telegramas! Ya comienza la política. Dos giras a Llanquihue, una aliancista y otra coalicionista. ¿Cómo habrá quedado el enredo?" "Desembarco gente armada, vestidos paisanos, embanderamiento tiendas, ruego enviar fuerzas." ¿Qué significa todo esto? Veamos este otro telegrama: "Ruego desconfiar informaciones intendente coalicionista. Caballeros llegados de Quellón son personas conocidas, miembros Club de Tiradores, etc." — "Esta es la candidatura de Ariztía" — dice un oficial de pluma, es decir, de pluma en la oreja. — "Ya comenzamos" — agrega sentenciosamente don Timoteo, un viejo empleado que se sienta en una roscá de cuero. — "¿Qué contestaremos" — interroga en voz alta el subsecretario. — "Que no desembarque más gente"

— responde un bromista. — "No, señor, si yo entiendo que la palabra "desembarco" es un sustantivo y no un verbo, es decir: "existe un desembarque", y no "yo desembarco, tú desembarcas, él desembarca". — "¿Qué talento" — exclama don Timoteo. — "Lo mejor será consultarlo con el ministro; así no hay responsabilidades."

El ministro está en consejo de tales. Terminado el consejo se va a la casa del Presidente y después al club. — "¿Qué hay de ciertos desórdenes ocurridos en Puerto Montt?" — le pregunta un corredor. — "Especulación, amigo mío; gente que quiere recoger baratos los papeles." — "Parece que el intendente y el alcalde están mal" — agrega negligentemente un periodista que pasa. Una autoridad es coalicionista y la otra es aliancista. Luego llaman al ministro al teléfono. Es el subsecretario que le habla desde un bar del vecindario. — "Sí, sí, ya lo sé todo; una gresca entre las autoridades. Dígales por telégrafo que informen por escrito, enviando documentos y que el Gobierno está resuelto a hacer justicia. Mañana me voy a Viña del Mar para ver a mi mujer."

Al día siguiente, en la mañana, la prensa nacional inserta un pequeño suelto de diez líneas, que dice: "Autoridades que pelean. Se han recibido en el Ministerio del Interior sendos telegramas del intendente y del



Los partidarios del intendente y del alcalde se amenazan.

alcalde de Puerto Montt, quejándose cada cual de la actitud del otro. Se nos informa que a última hora los señores González Errázuriz, Montenegro, Tocornal e Ibáñez se acercaron al señor Ministro para pedirle obrar con energía en este negocio y exigir garantías."

Entretanto, ¿qué había ocurrido en Puerto Montt? Casi nada. A las 3 de la tarde de un día despejado, la barca "Tinto" ancló en la bahía y largó botes antes de la visita del capitán de puerto. Desembarcó en el primer bote un caballero gordo, vestido de americana azul y pantalones gris, con un sombrero calañés, según unos, y un casco de bombero, según un oficial del resguardo, acompañado de algunas personas de aspecto abigarrado, según unos, de continente respetable, según el mismo oficial del resguardo. En el muelle hablaron con el alcalde, caballero de origen alemán, según muchos. Este después de escuchar algunas palabras y de

leer un papel, se restregó ambas manos, según unos; levantó las manos al cielo, según el oficial del resguardo, y pronunció palabras ininteligibles, que después se ha sabido, significaban: "Dios está con nosotros", según versión del señor Cura. Acto continuo siguieron llegando botes y saltando al muelle diversas personas con escopetas, rifles, espingardas, lanzas y hasta revólvers, que penetraron con rapidez a la Alcaldía. Allí tuvo lugar una escena en lengua alemana. El alcalde lloraba al escuchar una narración sentimental del caballero gordo, mientras las demás personas permanecían cuadrados militarmente y haciendo pucheros. El secretario pidió al señor alcalde le manifestara qué debía hacer y éste, alzando la voz, le dijo: — "Que se embandere la ciudad. Llame usted a este recinto a toda persona que hable alemán y desde luego al Congreso Pedagógico, que es la concentración de las reservas germánicas en el Sur de Chile." Entretanto, el caballero gordo se sentó en el pupitre del alcaldes, y comenzó a escribir.

Amaneció Santiago como siempre; amaneció por el lado de la estación, en la nube de polvo levantada por las máquinas barrederas. A esa hora los Ministros se dirigían a Viña del Mar, leyendo los diarios de la mañana y quejándose de la prensa. Cada uno de ellos tenía el proyecto de sacar un diario mejor que los existentes.

La sala de espera del Ministerio siempre con cuarenta personas, caballeros que hacen bromitas picarescas a su majestad el portero y señoritas que le toman la mano a la pasada, sin dejarle dentro de ella otra cosa que un fuerte perfume a heliotropo, llamado "emborracha Ministros".

El subsecretario envía sus telegramas a las autoridades de Puerto Montt, pidiéndoles informe por escrito de las incidencias mal explicadas en los lacónicos telegramas del día anterior. Los ventiladores marean al supernumerario; el subsecretario persigue una mosca hasta derribarla exánime y aplastarla bajo el papel secante. De pronto, dos telegramas: "La barca, cuya misteriosa llegada anuncié a su señoría, es la "Tinto". Se ha desembarcado tropa alemana, que según mis informaciones, dispone de artillería." El otro telegrama agregaba: "Desconfíe usía absurda información intendente, que asegura presencia "Tinto", que está en Noruega. Se teme esté sufriendo reblandecimiento cerebral." El mozo del Ministerio regresa veinte minutos más tarde con un papelito del telégrafo, que dice: "La línea está cortada desde Temuco al Sur. Se han enviado camineros y mayordomo." ¿Había en todos estos despachos incongruentes algún motivo de alarma? No lo creemos.

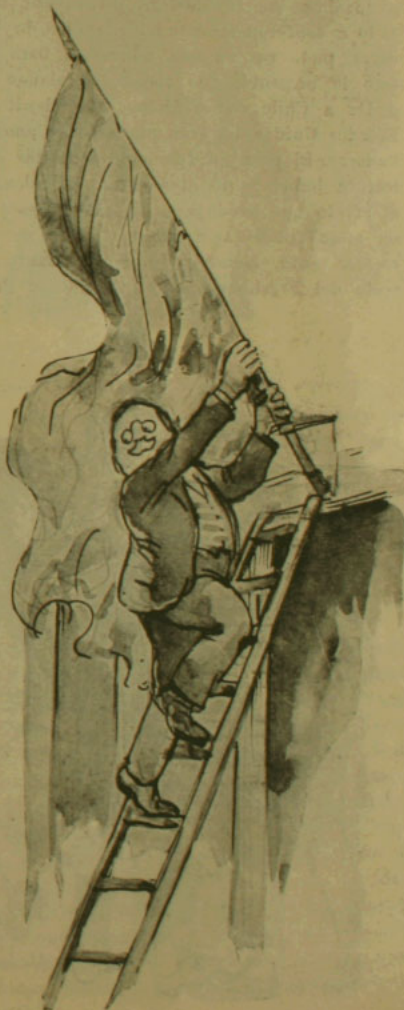
Abandonemos en absoluto a Santiago, pre-ocupado del alcalde Martínez y los planos salitreros, y vamos de nuevo a Puerto Montt, donde ocurren, a pesar de todo, graves y trascendentales sucesos.

El primer síntoma grave que nota el pueblo es observado por el señor Cura sobre la cabeza del alcalde, quien ha abandonado su tongo tradicional para substituirlo por un casco prusiano en regular estado de uso. El embanderamiento de las casas alemanas es

explicado al vulgo por la llegada de un distinguido viajero, que trae comunicaciones directas del general Hindenburg y que acaba de despachar una proclama al pueblo, al final de la cual ha firmado con el extraño y nunca oído nombre de "El canciller de Valdivia."

Pero, muy luego, por uno de esos instintos misteriosos de los pueblos, como diría un Listoriador barato, todo el mundo comenzó a suponer que se trataba simplemente de un golpe de mano alemán en el Sur de la República.

Porque la ruptura de la línea telegráfica



Se embanderó la ciudad

al Norte, la llegada del canceller de Valdivia y, más todavía, el casco prusiano sobre la cabeza del alcalde, eran síntomas semejantes a los del español: "barrunto que habrá palos." — "Y por qué lo barruntas? Porque me han dado una paliza." Pero, como el chileno es frío y no debe pensar como piensan en otra parte, sino en Chile, apenas se permitía algún individuo calificado vergonzosamente de "aliadófilo" decir: "me parece que le parece que nos parece que aquí pasa algo anormal." — "¿Anormal? — preguntaba el alcalde, indignado. — Vaya preso en el acto." Sin embargo, las cosas avanzaban con rapidez. El intendente, invitado a conferenciar con el canceller de Valdivia, pudo ver en una minuciosa lista que éste le presentó, que todos los pianos llegados a Chile en el último año desde los Estados Unidos, no eran pianos, sino ametralladoras. Si para un funcionario militar esta lectura habría sido aterradora, se calculará el efecto que produjo en la parte física de un mero funcionario administrativo de tan escasa renta, como es el representante directo del Presidente de la República. Pidió

cinco minutos para pensar su actitud y cincuenta centigramos de bromuro, acordado lo cual se quedó en actitud meditabunda. De pronto dió un salto, "como si lo hubiera picado una víbora", como decían antes los folletines cada vez que un personaje daba un salto. El intendente recordaba vagamente que quince días antes había estado en su casa un grupo de obreros no llamados por él y que permanecieron algunas horas haciendo arreglos en el piso, más o menos, bajo el envigado de su dormitorio. — "¿Habrán colocado allí un explosivo? — pensó en alta voz. — "Siete libras" — repuso el canceller, leyendo la página dieciséis de sus apuntes. Había allí una anotación que agregaba: "Si no se da orden en contrario el intendente será volado a las 5 P. M." — No hago la menor oposición, dijo entonces el funcionario, con la mayor dignidad. Me retiraré a casa y pretextaré un resfriado. — "No, señor, repuso el canceller, inexorable: los civiles deben trabajar; si usted no quiere acompañar a nuestro cuerpo expedicionario en su brillante acción sobre Osorno, se ocupará en calidad de carretonero para el transporte de las municiones".

Bajo palabra de honor de guardar absoluta reserva sobre su conferencia, el intendente pidió permiso para ir a conversar algunos momentos con el señor Cura, su tradicional compañero de confidencias y de rocambo. Cuando ambas autoridades se encontraron frente a frente, en la velada atmósfera de la sacristía, el señor Cura se puso a reír a gritos: — "¿Con que estamos invadidos?" Y a medida que el intendente contaba lo de los pianos, lo de los explosivos bajo su dormitorio, el párroco llenaba la sala con sus carcajadas sonoras. Era algo nervioso e imposible de resistir. Muy pronto el intendente mismo, el Cu-



En la bolsa sube todo junto con la noticia

ra y el sacristán, se apretaban las caderas, estallando a cada momento en nuevas explosiones. Iban recordando las alusiones, las palabras misteriosas, los pequeños sucesos de los días anteriores, que no entendieron, y que ahora tomaban relieve y significado especiales.

A las ocho de la noche las fuerzas invasoras estaban formadas en la plaza de Puerto Montt. Todo el mundo se extrañaba de la ausencia del batallón de infantería que estaba allí de guarnición y del cual nada se sabía desde el momento del desembarque. Alguien se lo preguntó al canciller, y éste dijo al mismo tiempo, con brusquedad y misterio: "el batallón no está más". Se corrió en el pueblo que había sido sumido en gases asfixiantes en el gasómetro de la localidad adonde se le había invitado a un **pick-nick**. El canciller, montado a caballo, comandaba; le seguían dos o tres alemanes con aspecto de soldados, naturalmente los eternos marineros fugados de la Quiriquina, que alcanzan para todo, los miembros de la Municipalidad, siete mocetones... y con el dedo marcaba la línea de la campaña...



y había andado en la ciudad con caseo prusiano. La interrupción del telégrafo era intencional, sin lugar a duda. Los trenes de pasajeros estaban detenidos en Valdivia, según todas las probabilidades. El corresponsal de "El Sur" de Concepción recibía, por su parte, alarmantes comunicaciones, asegurando que había un cuerpo expedicionario alemán en marcha hacia el Norte.

— "Todo esto es perfectamente imbécil— decía en el Club de la Unión un general germanófilo. Es el efecto de las correspondencias de Carlos Silva Vildósola. Osorno es inexpugnable por el Sur y por el Occidente. En cuanto a Valdivia, no se la toma nadie. Ahí mandaremos el Buín, si es necesario e iré yo mismo. Yo sigo las teorías de Napoleón, "ser el más fuerte en el momento del combate." Veau ustedes, (y con el dedo marcaba la línea de la campaña) apoyaremos aquí nuestra artillería y pondremos la caballería en esta altura, que es muy apreciada. Ríanse ustedes de cualquier amenaza."

Diversos artículos de la prensa santiaguina se hacían al día siguiente la misma pregunta: "¿Qué está ocurriendo en el Sur?" Porque, en realidad, podía ser todo lo extravagante que se quisiera el que la barea "Tinto" hubiera podido estar al mismo tiempo en Noruega y Puerto Montt; pero a nadie le constaba lo primero y, entretanto, el intendente, a pesar de ser coalicionista, era chileno; mientras que el alcalde, a pesar de ser aliancista, era de origen alemán,



Se citó en la Moneda a los notables de la ciudad.

Los caballeros del salón rojo y del salón verde fraternizan en su admiración por el general. Ya en otras ocasiones había trazado él mismo las campañas europeas germanas, y el año 14 entró, por el mapa, a París el 28 de Agosto a las 6 de la tarde y coronó al Kromprintz en el Elíseo.

Pero nadie cree en esta solemne tontería de la invasión. En la Bolsa sube todo junto con la noticia. Suben las Llallaguas, estaño; suben las Antofagasta, salitre; suben las Gatico, cobre; suben las Fuego, lanas; suben las vidrio, las tabaco, las telégrafos, los frejoles y las hallullas en la calle; sube el cambio y el termómetro y el barómetro. Los que han ganado siempre, ganan; y los que han perdido siempre, siguen perdiendo. La confusión es grande en algunos círculos; la serenidad es extraordinaria en otros. "Los verdaderos chilenos — dicen éstos — somos así: fríos, montañeses, al pie de la cordillera nevada, descendientes de vizeaños, que no se dan cuenta de que están en guerra sino cuando los han degollado hace dos horas."

El señor Ministro del ramo llama a consejo a los altos funcionarios de su departamento para saber cuántas municiones hay

en el país. Cuatro versiones se ofrecen a su elección: la del Ministerio, que asegura hay mil balas por cañón, la del jefe de los arsenales, que afirma, papel en mano, que son solamente seiscientas, y la del sub jefe, que afirma, después de haberlas contado, que son doscientas. El Ministro ofrece votación. Hay empate dos veces consecutivas. Se propone una inspección ocular y al abrirse la primera vaina se encuentra que tiene aserrín adentro y un papelito impreso, que dice lo siguiente: "No la disparéis sin necesidad"...

Al día siguiente todo el mundo se ha olvidado ya del asunto en Santiago; un incendio en el centro, un robo en una joyería, la publicación de un nuevo plano sobre las salitreras Cucalón, un reportaje a un senador sobre las candidaturas de las próximas elecciones, distraen a las gentes de estos oscuros acontecimientos en el Sur. "¿Qué pasa en el Sur?" pregunta un diario, acusado de aliadófilo, y los demás le contestan en coro: "Que hace frío como siempre; que está nublado en Altihue y llueve en Puerto Varas; que han falsificado las tasaciones en Castro y que el proceso de Rabudos va a entrar en un nuevo período."

"Telegrama oficial de Concepción. Graves

noticias del Sur; un ejército expedicionario local alemán se ha apoderado pacíficamente de las ciudades de Puerto Montt, Osorno, Valdivia y Temuco; se dirige hacia Puerto Montt, donde ha llegado ya la notificación de la nueva autoridad implantada en esas regiones con la extraña firma de canciller de Valdivia, personaje misterioso que se reduce a todo el mundo. Se dice que el pueblo fraterniza con los invasores."

Las noticias continuaron llegando ese día. Eran inverosímiles, ridículas; pero no podía dudarse de que se producían dos grandes fenómenos históricos paralelos: la invasión de los alemanes y la inmovilidad, la paralización misteriosa del pueblo invadido. Corre en Santiago la noticia de que hay algunas profecías viejas sobre tan extraños acontecimientos. Se piensa en enviar a dos conocidos germanófilos al Sur para ablandar al canciller de Valdivia y ofrecerle un puesto en el extranjero. Se piensan muchas cosas, pero no se resuelve nada.

También se filtró hasta Concepción la noticia de una impresionante ceremonia celebrada en Valdivia con motivo del lanzamiento de ocho submarinos en los astilleros de Behrens. Se quebró modestamente una botella de cerveza contra cada barco y éstos quedaron flotando con la proa hacia Corral, listos para partir.

Pero indudablemente esta noticia, con ser grave, no causó impresión. Concepción y Talcahuano, embestidos con fuerzas numerosas, capitularon.

Todos los ojos se volvían hacia Talca, como baluarte de fiereza y dignidad. — "Tomarse a Talca no será sencillo, decían en el Club de la Unión algunas personas de la localidad. Allí el canciller de Valdivia gastará vanamente su ejército y también sus proclamas. Tenemos un diplomático que hablará de tal manera, que el canciller quedará mareado."

Y, en efecto, el telégrafo anunciaba sucesivamente la toma de Chillán, de Linares, hasta las vecindades de Talca. Los sucesos — como dicen los novelistas cuando quieren acabar luego — se precipitaban.

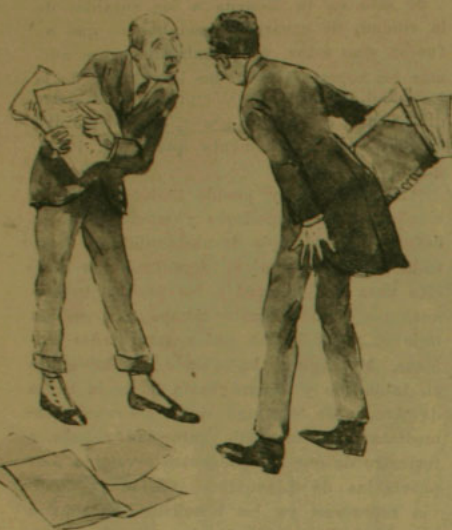
Junto con la dolorosa noticia de que Talca había resistido diez horas y había firmado una capitulación de cuarenta y dos artículos, llegó a Santiago la primera proclama del canciller. .

Se citó en la Moneda a los notables de la ciudad. Se encargó especialmente que no fueran sino éstos, y en realidad fueron además los repórters de todos los diarios de la localidad, como pasa siempre. Un Ministro dió lectura, con acento grave, con solemnidad especial, a un documento que decía lo siguiente:

"Al Gobierno y pueblo chilenos: Obedeciendo órdenes superiores y moviéndome en defensa del principio de nacionalidades invocado por Inglaterra, he organizado un ejército para dar libertad a los pueblos germanos, que durante tanto tiempo han gemido bajo el yugo de las malas autoridades chilenas. Mi Aguila ha volado de tabladillo en tabladillo y llegará hasta el de la Plaza de Armas de Santiago si no reconocéis inmediatamente la doble autoridad celeste y terrestre de que me encuentro investido. Las provincias de Llanquihue, Chiloé y Valdivia reconocen ya los beneficios de nuestra autoridad. En el ejército invasor vienen enrolados miles de chilenos, que esperan medidas para hacer bajar los frejoles. También traigo gran cantidad de ex-empleados públicos, a los cuales colocaremos en diversas nuevas industrias que vamos a implantar. Os aconsejamos miréis este movimiento como una salvación para el país: el país necesita organización, nosotros la tenemos; el país admira en Alemania la fuerza, nosotros disponemos de ella; y para apreciar la diferencia de vuestra civilización con la nuestra,



...Se encuentra que tiene aserrín adentro



comparad a Puerto Montt, Valdivia y Osorno con Renca, Resbalón y otros suburbios de Santiago, en que a veinte cuerdas del palacio de Gobierno existen las más primitivas e inmundas chozas de techo de paja. Confesad, chilenos desordenados, que vuestra admiración por Alemania significa ya un comienzo de regeneración; vosotros adoráis un sistema desconocido, y os diré como San Pablo, que ese sistema es el nuestro. —“El canciller de Valdivia.”

Los notables se miraron unos a otros desde las cimas de sus respectivas notabilidades... y apenas se alcanzaban a ver. Un ligero carraspeo hizo pensar que uno de ellos iba a hablar, y uno de los repórters, colocado tras de la cortina, alcanzó a escribir, con lápiz, en una hoja de papel el nombre del sujeto. Pero un silencio de muerte siguió reinando en la asamblea. Estaba allí representada la chacarería, la vinicultura, las siembras de trigo, la quesería, la ganadería, la cebadería, los campos regados y los rulos; había también tres abogados y, para completar todos los intereses valiosos del momento, un acaparador de frejoles. Uno de los notables propuso entonces que se contestara con laconismo espartano y digno del país: “Hemos recibido vuestra nota, mantenemos nuestra neutralidad. Si avanzáis más

os mandaremos un general en vez de un empleado administrativo.”

—“Y basta, agregó otro, estas cosas se arreglan solas, como decía don Fulano. A mí no me cuentan cuentos—exclamó otro; no creo en el tal canciller de Valdivia. Ni yo, ni yo.” Y la reunión se fué desgranando poco a poco. El Ministro se quedó sólo con la notificación en la mano, sin saber qué hacer.

Entretanto, los acontecimientos se producían con rapidez incomprensible; después de la resistencia de Talca, Curicó ensayaba lo mismo; pero en diez minutos era rodeada y obligada a rendirse; luego San Fernando se proclamaba adherente a la liga chileno-germánica con una nueva fórmula inventada por un profesor del liceo. Don Salvador Peralta, ensayaba en Rancagua un ligero movimiento de resistencia, apoyado por los americanos del Teniente; pero de pronto se encontraba con el restaurant invadido por un enemigo hambriento, sediento y que no reparaba en precios.

Funcionaban los teatros en la noche, cuando llegó a Santiago la noticia de la entrada del canciller de Valdivia a San Bernardo. No había tiempo que perder. Corrí en el último tranvía para asistir a este espectáculo, mientras se organizaba en la ciudad la guardia del orden y algunas compañías de bomberos. San Bernardo estaba completamente a oscuras, pues se había anunciado la presencia de diversos aeroplanos en las vecindades. Tocando, tocando, se podía notar que las calles estaban llenas de una muchedumbre silenciosa. Pero lo más extraño es que no había alarmas, ni inquietudes, ni carreras. Se esperaba esta invasión como se ocurre vamos a esperar el fin del mundo, como una cosa fatal, improrrogable, inevitable.

—“Así son las invasiones — decía cerca de mí, casi en secreto, un filósofo callejero que había leído algo en la página de recortes de un diario — son precedidas de antemano por una misteriosa atracción de la sangre. Nosotros éramos algo alemanes por la parte de adentro y no lo sabíamos. Nuestros hijos han estado naciendo alemanes desde hace quince años a lo menos; nuestros profesores, militares, sacerdotes, han venido alemanizándose con la misma facilidad con que unos se enflaquecen y otros se engordan.

Vea usted ahora cómo este canciller resulta, anunciado por una monja desde el año 1900."

Yo no sabía, a punto fijo, lo de la profecía.—"Sí, señor, me agregan, dijo la madre Benigna que vendría un hombre gordo desde Valdivia, con una águila en la cabeza." Pero agregé algo extraño: "lo veo de-rritirse bajo el sol." Creemos que esto significa que morirá en plena juventud.

La muchedumbre tomó algunas horas de reposo, y a la primera luz del alba, se levantó presurosa para ver la entrada de las tropas invasoras. Algo que me llamó profundamente la atención es que circulaba un programa impreso con este título: "Programa de la entrada del ejército invasor alemán, a la ciudad de San Bernardo: I. Marcha por la banda. II. Breves palabras dirigidas al público por un pedagogo. III. Presentación de flores y comestibles variados al canciller por los niños de las escuelas y los reverendos religiosos del pueblo. IV. Fuegos artificiales, que manifíesten el júbilo de la población, etc."

—Pero, ¿entonces nos hemos entregado? — preguntaba yo.

—No, no nos hemos entregado y estamos resueltos a no entregarnos. Somos neutrales, absolutamente neutrales, y nada más. Y, en seguida, estas cosas se arreglan solas. Y, además, si se opone resistencia al invasor sería la guerra, mientras que si este sigue para el Norte, se cansará de subir tanto y se pasará al Perú.

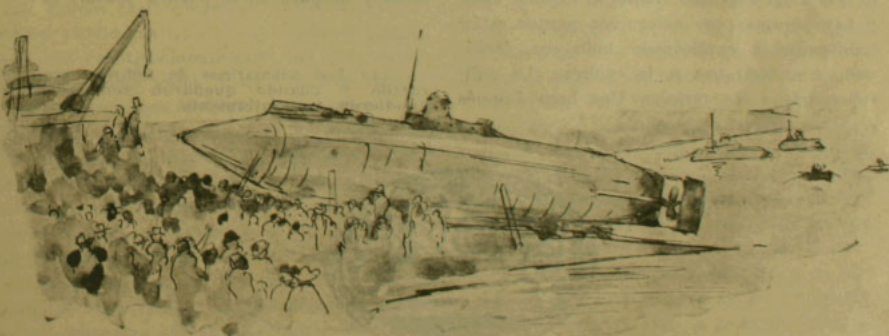
—¡Magnífico! — exclamaba yo. — También creo que se arreglará solo.

Las tropas comenzaron a entrar a la hora

prevista. Era la más curiosa acumulación de gentes y de uniformes y de armas; pero todas marchaban con el paso prusiano. En las primeras filas el público reconoció y aclamó a Von Pilsener, con su perro. que regresa al país después de tan larga ausencia. El canciller de Valdivia había engordado en la travesía, según lo aseguraban algunos expedicionarios. Estos se mostraban reservados con el pueblo.

El largo ejército se detuvo, no como se detiene un desfile de batallones, uno después de otro, sino de repente. Todo quedó parado como una película de cinematógrafo, que deja de moverse, todo quedó parado, sin que un ojo, una mano, un pie revelaran que había vida dentro de esos soldados. ¡Qué disciplina! — decía todo el mundo.

Yo estaba allí espantado. ¿Cómo había podido efectuarse esta marcha más que rápida, explosiva? Todo el mundo miraba la figura del canciller, buscándole parecidos con personas conocidas anteriormente, y su enorme águila rutilante al sol, su caballo gordo, su mirada un tanto burlona y que nos parece, sin embargo, llena de fulgurante crueldad. Pero, ¿por qué el ejército invasor estaba allí, inmóvil? ¿Qué cosa esperaba? Un observador me dice al oído: — "¿No te parece que todo este ejército es una cosa de cuerda y que parece interrumpido de pronto porque no hay nadie que dé vuelta a la llave?" Nunca había oído una observación más exacta. A mí me estaba pareciendo lo mismo; pero como estoy tan desconfiado sobre mi juicio personal y el de los otros, me había callado, perdiendo la originalidad de esta admirable frase. Pero hay algo más todavía: no sólo la masa está inmóvil, fija, las



lanzamiento de ocho submarinos en los astilleros de Behrens.



Era la más curiosa acumulación de gentes y uniformes.

pupilas clavadas en el horizonte — como habría dicho Baequer, el poeta, — sino que con lo fuerte del sol parecería que todo se va deritiendo, desde la punta brillante del casco del canceller, que comienza a colgar como un moco de pavo, hasta los pies de su caballo. En realidad, eso parece de mantequilla, se achata por grados, se aplasta, corre, es una materia viscosa que comienza a formar pantanitos. Un chico, más atrevido que otros, se avanza y mete un dedo primero, después toda su mano hasta el codo, en el pecho de un soldado y grita que es de grasa. ¿De grasa? Nadie se explica nada y hay personas que enloquecen porque están habituadas a explicárselo todo con facilidad, o a decir que se lo expliquen. La policía aparta a los curiosos. Una hora después

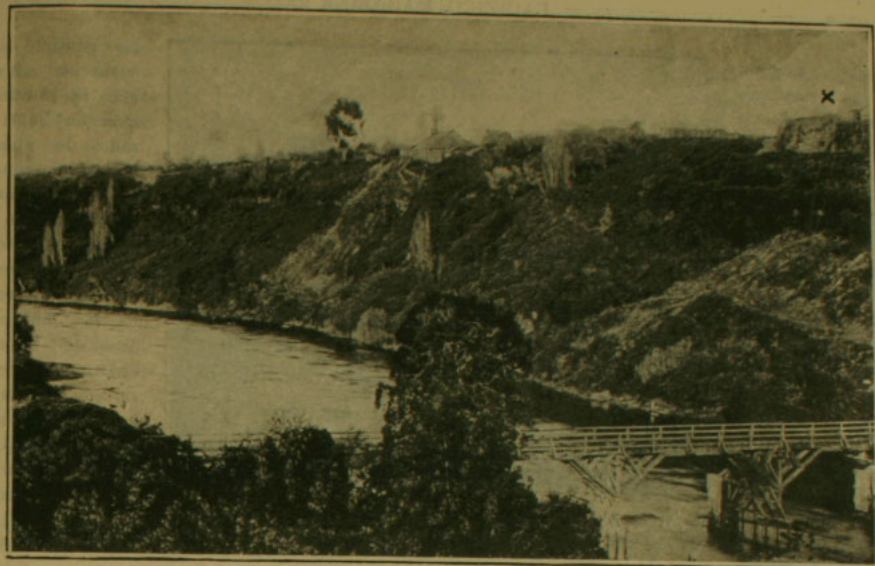
no queda nada en el suelo, sino el águila, algunos sombreros sobre las botas y los rifles caídos. Se ha ganado una gran batalla por la acción de los elementos. “¡Qué buena estrella tenemos!” — dice un ex-ministro.

En ese momento salto sobre la cama (como si me hubiera picado una víbora). El despertador campanillea furiosamente y me priva del placer de replicar a ese hombre público como lo merecía. ¡Qué horrible pesadilla!

Moraleja: No comáis jamás una sopa de machas saltonas. Se sueñan cosas inverosímiles y después no se pueden contar. (1)

(1) Los submarinos de Behrens eran de cartón y cuando quedaron remojados se hundieron tranquilamente.





Orilla del río Bueno

NOTAS SOBRE UNA BELLA PROVINCIA

Por _____

GUSTAVO SILVA

Ilustraciones fotográficas

No parece fácil encontrar, entre las **veinticuatro** provincias de Chile (Magallanes es y debe ser constitucionalmente una provincia) una que agrupe, como la de Valdivia, tantos caracteres capaces de interesar y atraer al chileno forastero, ya sea éste un simple curioso, ya sea un hombre de trabajo o de estudio. Muy hacia el norte del país, abundan las riquezas minerales de todo género, pero con la riqueza no se aduna la belleza natural del territorio. Más al centro, donde la agricultura empieza a ser la industria madre, la fabril alcanza también algún desarrollo, pero no se concentra, hasta imprimirle carácter, en una determinada provincia. La región de la frontera, esencialmente maderera y agrícola, ofrece el encanto de recuerdos históricos

antiguos y recientes, y el interés de un problema sociológico, el de la raza aborígen, que nunca ha sido encarado en todos sus aspectos, ni parece estar en vías de una solución próxima. Pero la actividad económica de esa región se halla limitada, puede decirse, a esos dos campos industriales. Llanquihue, que, a la maravilla de sus lagos y volcanes, agrega la fertilidad de sus campos y la pujanza de sus hombres de industria, carece del río navegable y urbano a la vez. Y aunque Chiloé y Magallanes, cada una a su modo, tienen belleza y riqueza de gran presente y gran porvenir, su vida, a pesar de todo, es más del porvenir que del presente...

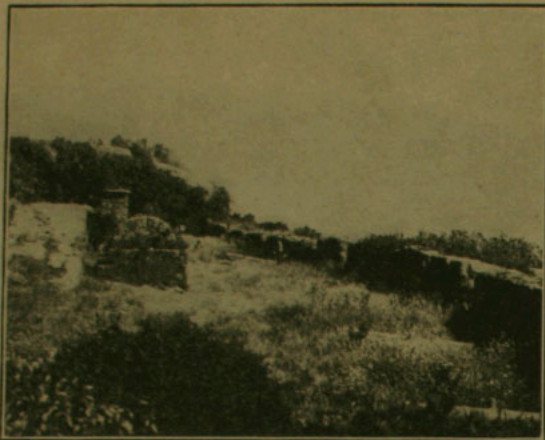
La provincia de Valdivia es ahora mismo agrícola, maderera e intensamente industrial

a un tiempo; sus ríos son mansos, domesticados, navegables; tiene lagos, como el Riñihue y el mismo lago Llanquihue; dentro de su territorio, fecundo durante tres cuartos de siglo por una colonización de hombres fuertes y sanos, sobreviven las reliquias de la conquista y la colonia, los re-

cuerdos de la lucha con la indiada siempre rebelde; y convive con chilenos, de apellido español y de apellido alemán, el mapuche, que viaja en tren, ejerce el derecho electoral, y calza botas de moderna elaboración a máquina.

Es provechosa la lección objetiva que enseñan las chimeneas humeantes, alineadas a la vera del río, proclamando que allí se hace cerveza, que bebe todo el país; las cecinas de que se surte gran parte del mercado nacional; el calzado y el alcohol, que satisface la demanda de los países de la costa occidental americana; las embarcaciones y los carros de ferrocarril en que se moviliza toda la producción hacia norte y sur.

Es saludable baño de poesía el que refresca el espíritu durante las navegaciones, a todo capricho, por los ríos abajo y por los ríos arriba. En un dédalo de afluen-



Los muros donde estaban colocados los cañones. Se ven algunos de éstos entre la vegetación o maleza que cubre la explanada interior.

vide a su vez, quedando así la famosa Isla del Rey entre este río, el Futa y el Torna Galeones, que desagua frente al puerto de Corral.

Es ilustrativa, y llama a hacer justicia al genio militar del español, la contemplación de los antiguos fuertes de Corral, de la isla

de Mancera, de la Punta de Niebla, de Río Bueno.

La de Mancera es una isleta de no más de un kilómetro de largo y de seiscientos metros de ancho; deriva su nombre del marqués de Mancera, virrey del Perú, cuyo hijo construyó por su orden un castillo en 1645, y después una fortaleza, en que durante algún tiempo residieron las autoridades españolas de Valdivia. Niebla es una punta que enfrenta a Corral, y se llama así en recuerdo del conde de Niebla, virrey del Perú; allí hubo un castillo; hoy quedan los cañones, comidos de orín, algunos hornos en que debió

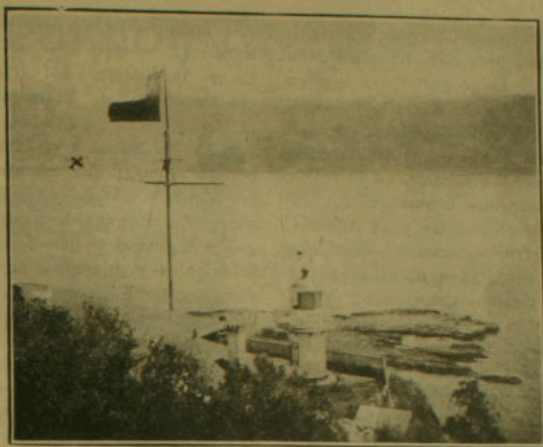


Cacique de Río Bueno. Edad: 137 años

fundirse el metal para los proyectiles, celdas o paños abiertos en el cerro macizo; y, dura como la piedra más dura, formando un montículo cerca de la entrada del fuerte, una mezcla, argamasa o mortero, que acaso una repentina evacuación de la plaza dejó sin ser utilizada...

Donde fué fortaleza que miraba agresiva al mar y defendía la entrada del río contra el asalto de los gringos (piratas, como Drake; o almirantes, como Cochrane), élébase ahora un faro inofensivo y útil; y en la planicie de la pequeña península, empieza a desarrollarse la vida veraniega, grata allí como en pocas partes. En Río Bueno (Huenuleuvu, río de arriba, que pasó a ser Cuenuleuvu y después río bueno), existe el fuerte mandado construir en 1795 por el capitán general don Ambrosio O'Higgins. Un gran foso de diez metros de hondura circunda al fuerte, que apunta al río y domina el valle; bien se advierte que por este lado la fortaleza debió de ser inexpugnable. Entre las piedras apretadas de las murallas del foso, reventía la vida, que se ha encaprichado en "prevalecer sobre la piedra", un manzano silvestre ofrece generoso sus frutos ácidos, que nadie coge...

Deslizase con lentitud de persona grave el río Bueno, bajo las murallas de la fortaleza arcaica. Sus aguas enverdecen al discurrir en-



Faro Punta de Niebla; al fondo (x) la bahía y puerto de Corral.

sus funciones de rígido inspector de impuestos internos (¡sección alcoholes!), y sus paseos a toda libertad, en busca de temas para sus "apuntes". Hasta treinta telas tenía llenas, en las cuales ha trasladado rineones verdes, atardeceres junto al río, algo de lo que aparece como primitivo en una

población a la que sólo ahora se acaba de dar el carácter de capital de departamento. Es de regocijarse de que este pintor haya tenido la fuerza de voluntad necesaria para "arrinconarse" un tiempo y traernos, como traerá, notas nuevas de belleza con que aumentar el acervo artístico nacional, muy recargado, en lo pictórico, con los alrededores de la capital... Se diría, en verdad, que hay algo así como una tiranía de la centralización artística, semejante a la política y a la administración.

Y ya que he encaminado mis pasos hasta el Río Bueno, oportuno será recomendar al que por allí encamine más tarde los suyos, que visite la cascada o salto del Río Contra, uno de los afluentes de aquel, que la geogra-



Cascada del río Contra, afluente del río Bueno

fía casi no nombra, por la brevedad e insignificancia de su curso, pero que el turista debe conocer, a pesar de la geografía, ya que no en cuanto corriente, en cuanto salto de agua. Se llega hasta allí por la carretera, en fácil viaje de automóvil desde la población: una hora de Ford, a marcha regular.

Los chilenos conocemos menos que los extranjeros residentes en nuestro país. Además, viajamos menos frecuentemente que ellos con la máquina fotográfica al alcance de nuestro deseo o nuestro entusiasmo. Y no siempre es fácil tarea regresar de una región que nos ha agradado, trayendo buenas fotografías, capaces de reproducir las sensaciones experimentadas, y de despertar en nuestros lectores afanes de curiosear dentro de los límites remotos del "Predio Nacional" que a los chilenos nos pertenece por derecho

de independencia. La provincia que limita al norte con el río Toltén, la línea mediadora del lago Villarrica, el río Pucon y el Trancura, al Este con la Cordillera de los Andes, al sur con el talveg del río Bueno y el Pilmaiquén, y al Oeste con el mar; que ostenta en su territorio los conos de seis volcanes y las superficies no siempre cristalinas de hasta diez grandes lagos y lagunas; y que fecundan veinte ríos, principales y afluentes, algunos de ellos navegables, tendrá, por el sólo título de sus bellezas naturales, derecho preferente a despertar el interés de nuestros conciudadanos, si a ello no se agregaran las reliquias históricas que encierra y la potencia de trabajo de sus pobladores, que ha hecho de esa comarca una de las más florecientes y de las más sólidamente ricas del país.



Cañones de la antigua fortaleza de Niebla, que yacen abandonados a orillas del mar.

Una edición de Shakespeare



publicación de las obras completas de Shakespeare, cuyos dos tomos están ya en circulación. Al frente de ellas se ha colocado lo que Víctor Hugo escribió sobre el genial autor inglés, y en el mismo tomo aparecen "Hamlet" y "Los dos Hídalgo de Verona". En el segundo se insertan: "Otelo", "Medida por medida" y "Cuento de Invierno". Será, pues, una publicación del más alto interés, al alcance de todos los bolsillos. Nuestros lectores podrán admirar las artísticas portadas que adornan cada tomo, por los grabados que acompañan a estas páginas.



No nos cansaremos de elogiar la actividad de la Casa Editorial Prometeo, de Valencia, que, con entusiasmo infatigable, está dando a la estampa, en primorosas y económicas ediciones, las obras maestras del ingenio humano. Ya en pasadas ocasiones nos hemos referido a la edición integral de "Las mil noches y una noche", que está alcanzando un éxito de librería inesperado; a las obras de Aristófanes; a "La Ilíada" y "La Odisea"; y las tragedias de Esquilo.

Nos es grato anunciar ahora, a la atención de los amigos de la buena lectura, la





UNA GRANJA DE LA REGION VANDEAN

La Campiña Francesa y la Guerra

Con ilustraciones fotográficas

I

La campiña es paciente como un buey. Los campos están acostumbrados al viento que cambia, a la lluvia, al barro, a las tempestades, a los trabajos que comienzan antes del día y continúan después; y su disciplina, en la mayoría de los casos, no es más que la aceptación del tiempo reinante.

Ha sido necesario que parta; y ha partido.

Ha sido necesario quedarse, después que fueron retirados del frente muchos obreros, para el trabajo de las usinas; se ha quedado, no sola, como se ha dicho, sino formando la masa más importante de los combatientes, con comerciantes burgueses, nobles, sacerdotes, hombres de letras, profesores, empleados de todas clases y categorías, hombres de los cuales, frecuentemen-



Me he dormido escribiéndote...

te, no conocí ni la ciudad natal, ni el temperamento, ni el alma, ni la profesión, ni el lugar que ocupaban en el organismo francés.

Ha sufrido; ha recorrido largas etapas; ha cavado, para defenderse, surcos que ningún arado había hecho tan profundos; se ha lanzado impetuosamente al asalto; lo más admirable, lo más nuevo ha sido lo que ella ha escrito y hablado.

Se han manifestado almas que hasta en-



Llanuras de la Bretaña meridional cubiertas de pinos, agrupados en bosque, donde gime el viento fresco del mar.



Finca bretona. Ordeñando la vaca de la finca.



Una mujer reemplaza a su marido en las labores de la granja.

tonces envolvía el silencio de las llanuras. Todos no fueron iguales, pero la élite se mostró incomparable; y podemos citar, desde luego, palabras o cartas de aldeanos que no fueron sobrepasadas por nobleza en ninguna literatura, en ningún tiempo, en ningún país, aun el nuestro.

Las mujeres que se quedaron en la casa, las jóvenes, las madres, acostumbradas, en la mayoría de los casos, a la dulce campiña gala, a las labores del hogar, han hecho la cosecha de 1914, luego las siembras y la cosecha de 1915, y hasta las cosechas y las siembras de 1916; muchas se han descoronado; otras han sido vencidas por la prolongación del esfuerzo; pero la mayor parte han cumplido su deber como los hombres en las trincheras. Guerra que han soportado de igual manera las hijas y los hijos de Francia!

¡Don magnífico ofrecido a los ausentes y



—Papá querido, estamos resueltos todos a trabajar y reemplazarte en lo posible.

a la patria! ¡Ejemplo único en la historia!

Mientras ellas trabajaban, muchos de nuestros granjeros y sirvientes caían en los campos de batalla, y para ellas, y para sus hijos, la angustia de lo por venir se agregaba el duelo de familia! ¿Será preciso dejar la granja? ¿Cómo reemplazar, después de la guerra, todo este pueblo que cultivaba la campiña francesa? ¿De dónde vendrá la ayuda? ¿Y qué alma tendrán los herederos? Nosotros pensamos como ellas.

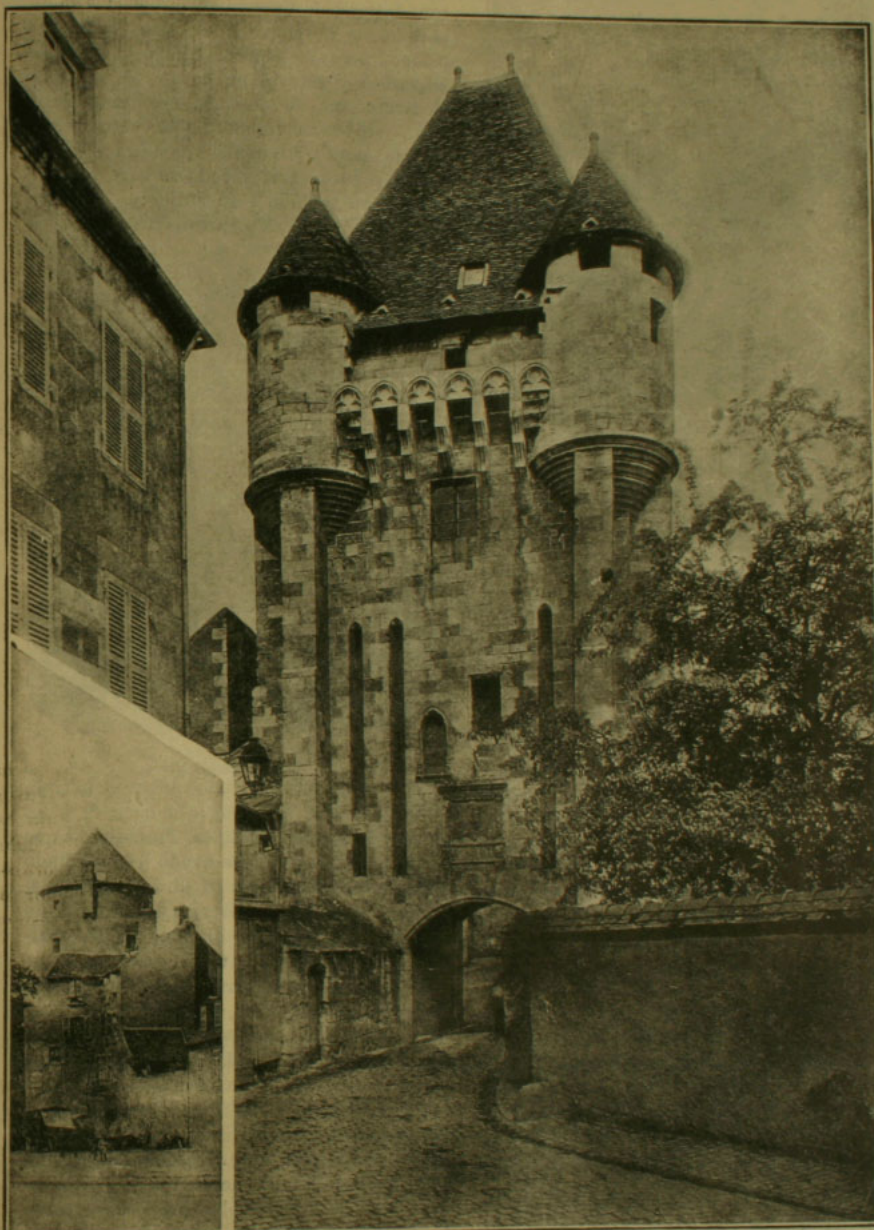
Yo he visto de cerca este heroísmo y los dolores del campo.

II

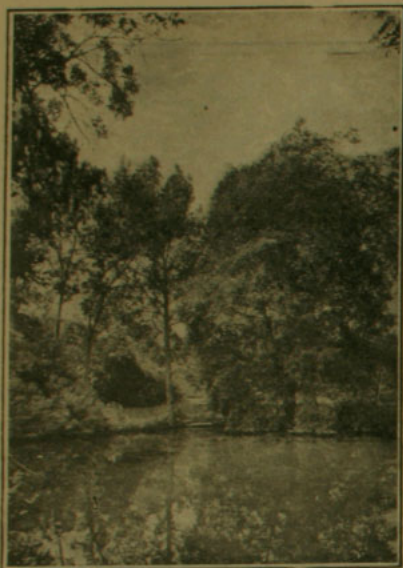
El alma popular, ingenua y fuerte, se ha manifestado, por un fenómeno muy curioso, en forma de cartas. Ella no podía escribir libros ni dar conferencias; el dolor de todo un país hizo nacer en el corazón de los soldados este afán conmovedor de contar sus impresiones en bellas correspon-



La hermosa vaca normanda mordisquea la yerba de los campos solitarios.



LA PUERTA DE NEVERS Y LA TORRE GOGUIN.



Se tiñen los árboles floridos, en la primavera luminosa del país de Aujón, con dulces tonos de auroras y crepúsculos.

dencias familiares que los azares de la guerra han puesto en nuestras manos. Esas cartas hacen honor a Francia; y sobre todo hacen comprender a los espectadores lejanos del drama qué virtudes especiales forman el alma francesa que ha resistido a través de la historia, y recientemente, crudos inviernos, y sin embargo, se despierta de imprevisto y germina esplendorosa.

Citaremos algunas cartas de campesinos.

—De una campesina a su marido:



En la calma del paisaje, los mansos bueyes ponen una nota idílica.

“Me he dormido escribiéndote. Estaba tan fatigada! Vuelvo de arar el campo, porque me he convertido en un verdadero colono, pero de ocasión. Hace un tiempo magnífico y esto es un placer. El lunes, si el tiempo no se descompone, barbecharemos. Con buena voluntad todo se consigue. No me quejo; y cuando me llega el desaliento, pienso en tí y todo se arregla”.

—De un soldado a su mujer:

“Veo, querida Marta, que tú no me olvidas y que amas a tu marido. Pon atención en los obuses que caigan. Sobre todo tengo confianza en Dios y ruego mucho por tí y por mis niños. Estoy muy contento porque me hablas de los niños que están muy gordos. Mejor es que Marcelo sea un bribón y no un enfermo”.

—Un chico de doce años a su padre, movilizado:

“Querido padre: he dejado la escuela, a



Un hogar prolijo.

fin de trabajar en la finca. He aquí lo que he hecho hasta hoy: he arado y rastrillado el prado de la colina; tú dirás cuándo debemos hacer los surcos. La he rastrillado una vez a lo largo, y otra vez transversalmente. Querido papá, todos nosotros estamos resueltos. Rogamos a Dios por tí; ten valor”.

III

El porvenir de las familias deshechas, sin padres, y que continúan difícilmente el cultivo; el porvenir de la misma tierra que no solamente tiene necesidad de sus hombres, sino de brazos voluntarios, de la vuelta del hijo pródigo o de los hijos del hijo pródigo, preocupan hoy día a miles de franceses.

Ven manifestamente la crisis, investi-



Los floridos valles del Franco condado.

gan, escogen, proponen el remedio; algunos para el momento actual y para su región, otros para todo el país.

¿Qué será de las viñas de Garana, de los herbajales de la Normandía, de las llanuras sin heno de la Beauce o de las pequeñas colinas de Poitou?

“Nos han enviado algunos obreros, dice una carta del mediodía, pero, para qué sirven esos hombres? Prisioneros alemanes? No entienden una palabra de viñas. ¿Territoriales del Norte? ¿Saben siquiera cortar un racimo? Estamos solos y la hierba invade nuestros cultivos”.

La administración militar tomará medidas para ayudar la cosecha en la primavera. Hará muy bien, pero la ayuda será insuficiente. Nos batimos para que haya una Francia siempre. Cuando se consiga la victoria, cuánto durarán los surcos en todas las fincas en que el patrio haya vuelto? Desde el primer día de paz, ya no habrá verbajos en los campos ni humaredas en el cielo!

Los arreos de bueyes y caballos saldrán de los establos y el dibujo de los surcos rayará el suelo adormecido.

Pero después? Allí donde la mujer ha quedado viuda? ¿Allí, donde son necesarios tres o cuatro sólidos labradores, y volverán solamente dos? ¿Cómo reemplazar a los que faltan? La crisis es inevitable. Ella será



Una casita del país vasco



La aldeana lo ignoraba.

agravada singularmente por el desarrollo industrial, por el llamado de las usinas nuevas y viejas, de las que se reconstruirán en el mismo punto y de las que serán trasplantadas del este al oeste; de las que nacerán para sobrepasar la industria alemana y conquistar el mercado del mun-



Una vieja iglesia gótica.

do. La industria disputará aún, y más asperamente que otras veces, los hombres a la tierra. ¿Cómo salvar a ésta?

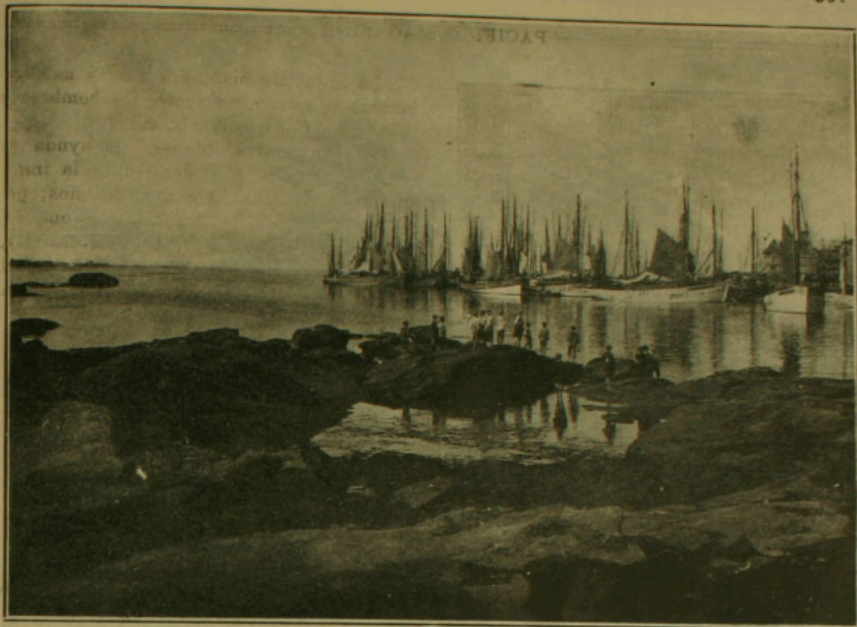
Creo que podría obtenerse la ayuda de los obreros polacos, y desarrollar la inmigración comenzada hace algunos años; pero son sobre todo los franceses los que deben cuidar de la tierra francesa. No hay, pues, otros medios que los que indica el simple buen sentido. Es necesario que la familia se llene de niños, es decir, de fuerzas, de valor educativo, de tradición; es necesario que los niños se aficionen a los



Un viejo molino rústico. El molino arlesiano de Alfonso Daudet...

trabajos manuales y sobre todo de los campos.

Y así, la más clara, la más ruda experiencia, reside en el problema de la escuela y la necesidad aparece de una nueva orientación en los programas, en los métodos, en el espíritu de la enseñanza. Si queréis agricultores no eduquéis a vuestros hijos para la empleomanía. Si queréis hombres y mujeres que amen a su pequeña patria, la manera más segura de querer la patria grande, no eduquéis a los campesinos del Artois como los del Languedoc; pero, al



Los barcos pescadores, suelto el velamen, descansan en las tranquilas rías de Bretaña.



El rumor del mar, victorioso del tiempo y de la muerte, llena el aire con su canción eterna.



El cura lee y relea su breviario.

lado de las nociones colectivas, dad a cada región una instrucción regional y algunos conocimientos que levanten su valor moral y la hagan conocer su colocación en el conjunto. Persuadios que hay variedad necesaria en la nación más unida, que esta variedad es fuente conservadora de la energía, uno de los más poderosos factores de la grandeza colectiva y que el día en que,

por la educación común, largamente mantenida se borre toda diferencia de caracteres entre un minero de las Landas y un granjero normando, no tendréis en Francia sino una masa amorfa, que todos los ácidos ataquen, todos los vientos desmejoren, quemen todas las heladas, destinada fatalmente a disolverse y fundirse en el elemento extranjero.



Un paisaje de la Bretaña celta.

Niegan, Lloran y Esperan

Por

Federico Garcia Sanchiz

Va anocheciendo, y poco a poco el estudio se convierte en una gruta maravillosa donde las sedas, los terciopelos, el cuero, la cerámica y las maderas áureas semejan tesoros robados a un príncipe oriental. En medio de la habitación se halla una estufa ventruda, que ofrece la magnífica granada de sus aseas. Diríase un fantasma budhico que se desgarró en un harakiri. El dilatado ventanal enmarca un cielo diamantino, como en una pintura italiana y primitiva. Un lucero en lo alto y una campanica a lo lejos.

Juan Antonio está acabando una silueta muy siglo XX, y las sombras luchan contra el pintor sobre la hoja de papel del Japón, en que triunfa un croquis delicioso. El periodista Fernando Almazán se ha reclinado en los almohadones de una colchoneta que tapizaron a la turca, saborea su pipa, lanza voluptuosamente las bocanadas de humo. No nos olvidemos de **Nemesio**. Este **Nemesio** es un minúsculo titi que ha nacido en el Brasil y que su amo ha paseado por Londres y París. Actualmente procura Juan Antonio aclimatarlo a la crudezas de la villa y corte. Vive medio escondido en un bolso de ante, no asoma más que la cabecita, del tamaño de una nuez, con sus ojuelos como dos perlas de azabache. Junto a la alimaña con su blanda envoltura, una bandeja antigua y allí una montañuela de pétalos de rosas y acetas, confitados, acaramelados. **Nemesio** y las amigas de Juan Antonio prefieren las flores rebozadas de compota, a las pastilas de chocolate y los bombones.

Flota en el taller un

aroma en el cual se funden el del tabaco inglés, y la paleta del óleo, y algo así como el eco de resinas quemadas otras tardes, y la estela del paso de mujeres de lujo.

Juan Antonio.— Siempre ocurre lo mismo... Está uno más inspirado cuando ya no hay luz... ¿Recuerdas aquel tremendo apuro de Benvenuto Cellini, que se encontró sin la plata necesaria en el momento de ver-



ter en el molde toda la que había fundido? Yo me explico su rabia... es la que yo siento ahora...

Fernando.—Lo que te pasa es que necesitas calentarnos, vosotros los artistas, como los instrumentos de metal... que suenan bien en la última parte del concierto... y como los cómicos malos, que no entran en el papel hasta el acto tercero...

J. Ant.—Comprenderás que no es nada fácil ponerse en la archicandorosa situación adecuada a mi dibujo de hoy...

Fer.—¡Una niña sentimental deshojando una margarita! ¡No será por la novedad de la escena!

J. Ant.—Te arrastran las alas, chico, y perdona... Donde tú no ves más que una cursilería, y una vulgaridad he querido yo representar algo enorme...

Fer.—Oyes, Nemesio, atiende a tu amo, el gran filósofo, el Bergson de la acuarola.

Nemesio desdeña la advertencia del **chroniqueur**, y la sabiduría de su tirano. Ha sacado un brazo para coger uno de los pétalos azucarados, y se constipó al instante. Y estornuda.

J. Ant.—Mi cartón es una alegoría de la duda.

Fer.—Y un tal Shakespeare... No duda Lady Macbet, sino el desdichado de su marido...

J. Ant.—Ante la ambición.

Fer.—Ante el amor... recuerda las incautas novias de Don Juan... Las novias alondras...

J. Ant.—¿De modo que tú crees que el eterno femenino desconoce la duda?

Fer.—Muy al contrario... Es su aliada... La emplean contra nosotros... Saben que las tenemos en concepto de esfinges, y cultivan el misterio... Y la coquetería, ¿qué es sino espuela de la vacilación en nuestro pecho?

J. Ant.—Entonces, ¿por qué se han deshojado tantos millones de margaritas en el mundo?

Fer.—Por lo mismo que se piden consejos que no se han de seguir... ¿Quieres una prueba definitiva de lo que te digo? Vámonos a ver... Repasa en tu memoria todos tus idilios...

J. Ant.—Responda por mí el divino Rubens: "Plural ha sido la historia de mi corazón".

Fer.—¿Y te ha engañado alguna de tus novias? Si te da vergüenza confesarlo, se lo preguntaré a Nemesio...

J. Ant.—Casi todas...

Fer.—¿Te lo confesaron?

J. Ant.—¡Ninguna!

Fer.—Como que la mujer no duda nunca en la conveniencia de que nosotros no dejemos de dudar... Cuentan con la ceguera de nuestro amor propio, el vanidoso, y con la nostalgia de la belleza o la sensualidad... Pero si no conjugan el verbo ese al que has brindado inútilmente tus margaritas, en cambio coinciden rubias y morenas, y las teñidas, en la sañuda conjugación de tres verbos que los dioses negaron a sus semejantes los hombres...

J. Ant.—Y los tres verbos son...

Fer.—¡Negar, llorar y esperar!

J. Ant.—Explicáte...

Fer.—Pues... nada... un día sorprendes la traición de un ángel con la falda corta... Si tú recurres a las argucias diplomáticas, ella finge no entender tus indirectas... Si truena Otelo, considérase ofendida, y niega, niega, niega... Tú la abandonas, y ella se caracteriza de víctima, y llora, llora, llora... Paseando por la calle crees reconocer su nuca en la más bonita que la casualidad aproxima a tus pupilas, releuyendo sus cartas, descubres matices de ternura no avalorados hasta entonces... Cuando te miras al espejo, te asombras de la crueldad de tu expresión, te consideras el más terrible de los verdugos...

J. Ant.—Sí, siempre termina uno por pedir perdón de... ¿de qué?... de que nos hayan agraviado...

Fer.—Y hay más... Llegamos a no creer a nuestros propios ojos, que vieron la traición... Y es que nosotros dudábamos...

J. Ant.—Tienes razón... Y ella no dudaba, y espera, espera, espera... ¡Chico, eres un sabio! ¿Quién te enseñó tanta ciencia?

Fer.—Un chino octogenario, pensador y gran fumador de opio... Evocan su recuerdo estas fastuosidades de tu estudio, y de la hora...

J. Ant.—¿Y las mujeres han aprendido también en el remoto oriente?

Fer.—Una mujer que no sabe nada, lo sabe todo... El griego comienza a declarar su ignorancia, cuando duda de sus conocimientos... ¡Y las mujeres no dudan jamás!

Ya ha cerrado la noche. El ventanal se llenó de estrellas. Enmudeció la lejana esquila. Después de un silencio, que animan los chupetazos de Fernando en su pipa, y los rotos aullidos chiquitines de Nemesio, se levanta Juan Antonio del pupitre y acude a teclear un armónium que ocultaban unos brocados. Improvisa una tonada con ecos de Schuman, va tocando a ciegas, como caminamos en amor.



EL RETRATO MISTERIOSO

Por JUAN CALDERA

Ilustraciones de Pedro Subercaseaux

I

Pensarán muchos que Eduardo García vivía en el ocio más cabal. Frecuentaba día a día el Club; no había comida en que él no estuviera, ni baile donde no fuera el primero de los invitados; y en todos los paseos se le vió siempre rodeado de amigos alegres, bulliciosos, dispuestos a toda suerte de bromas y de aventuras. Como a su carácter abierto se agregaba el atractivo de una gran fortuna, sus amigos le adoraban y nada podían hacer sin la concurrencia amable de Eduardo; y lo que es más importante aún sin la eficaz ayuda de su bolsa siempre generosa. No pocas señoras abrigaron la esperanza de tenerle por yerno, y eran muchos los ojos lánguidos que enfocaban su paso en las calles y en las plazas.

Sin embargo, muy lejos andaba nuestro amigo de ser lo que suponían las gentes habituadas a fundar sus juicios en las meras apariencias. Verdad es que Eduardo no estaba obligado a trabajar para adquirir dinero; pero hay otras ocupaciones ajenas al vulgar conocimiento que si bien no acrecientan el caudal monetario, dan a quien a ellas dedica su tiempo una noble satisfacción espiritual. Eduardo alternaba la compañía de los amigos con el estudio, disimuladamente, ocultando esa su afición favorita como si fuese falta grave. Tenía verdadero horror a la petulancia y a todo lo que le presentase en mas alto sitio que los demás; achaque muy común a los intelectuales jóvenes y que tan antipáticos les hace en la sociedad. Quiso hacerse igual a sus amigos en la vida corriente para con ellos compartir la juventud alegremente; sin dejar de mano el cultivo del espíritu,

como un ahorro para los años en que sólo el espíritu puede proporcionar algún contento.

Gustaba de las ideas generales y era enciclopédico, según son casi siempre los que únicamente estudian para su propia satisfacción; y por igual motivo daba preferencia a lo teórico sobre lo práctico. Causábase espanto un código penal; pero devoraba los libros que tratasen de criminales, siguiendo paso a paso la porfiada lucha de la nueva escuela de Lombroso contra la creencia secular del libre albedrío. Si le seducía la historia de los pueblos en el análisis de sus costumbres y en el retrato sin retoque de sus grandes hombres, hubiera quemado de buena gana todos los compendios que no eran otra cosa, a su entender, que montón informe de fechas, nombres propios y batallas. Hacía de la crítica literaria moderna su lectura favorita, porque no era ya el maestro severo y miope de otros tiempos, enredado entre faltas de gramática, sino el observador inteligente y sin prejuicios de escuela, colocado a una buena altura para alcanzar en todo su horizonte la concepción del artista; y que en ella descansa después para recrear al lector con pintorescas disquisiciones, aventurados análisis y no poco hondas filosofías. Pasábase con el espiritismo algo extraño. No escapó a su observación libro alguno que de este punto tratase y, sin embargo, mantuvo acerca de él la más absoluta incredulidad. Los hechos maravillosos realizados por mediums de fama en Europa y de los cuales daban testimonio hombres de reconocida ciencia, se le antojaban farsas audaces para hacer dinero a costa de la simplicidad de los unos o del excesivo espíritu de investigación científi-

ca de los otros. Nunca quiso asistir a las reuniones de esta clase que solían celebrarse en Santiago, porque si sonreía incrédulamente de lo de Europa, el espiritismo nacional le aparecía con el sello grosero de la imitación pacotillesca. Conocía a diversas señoras que practicaban el espiritismo con entusiasmo y a los señores que secundaban los femeniles caprichos, pero la mentalidad que acusaban los tales era demasiado mediocre para convencer a nadie. A éste como a los demás estudios le llevaban solamente una curiosidad invencible, el deseo de apreciar la eterna evolución de la mente humana en su afán instintivo de perfección.



Concluía Eduardo esa mañana de hacer los ejercicios físicos que prescribe un sueco en su folleto intitulado "Mi Sistema", y se disponía a tomar el baño frío, cuando el sirviente llegó a anunciarle que Monsieur Daudet, el fotógrafo de la calle Ahumada, deseaba comunicarle, con urgencia, algo muy importante.

—Dile que aún no me he vestido; que en media hora más estaré en su taller.

¿De qué se trataría? Había hecho tomar dos pruebas, una de pie y otra sentado, para enviarle a su madre que estaba en Europa... Debería concluir el retrato en la semana próxima; había pagado su importe adelantado. ¿Para qué podía necesitarle al día siguiente el fotógrafo? Realmente era extraño... Vístose de prisa y antes de media hora daba a un cochero la dirección de Monsieur Daudet.

La amplia sala donde se exhiben las fotografías de la casa estaba desierta cuando Eduardo llegó; eran apenas las nueve de la mañana. Detrás de un pequeño taburete o mostrador, una niña de cabellos negros y ojos claros ordenaba los billetes de venta de una caja registradora.

—¿Puedo hablar con el señor Daudet, señorita?—preguntóle Eduardo con amabilidad, no sin dar a su mirada cierta intención previsor, de muchacho buen mozo, que jamás desdeña una conquista.

—Sí señor; pero tendrá la bondad de esperarle un momentito. Está tomando el retrato de una señora.

Eduardo pudo notar que la señorita de

la fotografía tenía además muy lindos dientes. Y mientras esperaba, paseando por la sala y observando los retratos, no dejaba de mirarla disimuladamente. Siguiendo un viejo hábito de cajera de tienda, la señorita correspondía a esas miradas, entre bolete y bolete que colocaba en su lugar. Una campanilla sonó y la empleadilla bajó del taburete. ¡Oh desilusión! Era baja, de tallo largo y espaldas anchas; y sus tobillos eran gruesos como los de una alemana. Jamás debiera salir del mostrador. Esa mujer solo puede valer para el público y desde lejos, pensó Eduardo.

El señor Daudet llegaba a la sala, gordiflón, efusivo, coloradote.

—¡Oh! Monsieur García. Que fué Ud. amable de venir chez moi... Tenga la bondad de acompañarme en la cámara oscura... ¡Oh! le espera una sorpresa seguramente.

—¿Qué ha pasado señor Daudet?—interrogó Eduardo.

—¡Oh! no me pregunte nada, Monsieur García. Ud. mismo lo verá. Es una cosa estupenda... Voy a abrir la ventana... Atienda un poco... Justamente el negativo está aquí sobre esta cubeta... La prueba sentada... Negativo magnífico, negros fuertes, blanco transparentes, no hay velo... Tómese en sus manos... de las orillas, para no rayar la emulsión... Ahora, ¿ve Ud. a la izquierda la figura de un hombre que nos da la espalda? Y a la derecha puede ver otra figura con los brazos arriba. Los dos borrosos como fuera de foco.

—Quiere decir, Monsieur Daudet, que esta plancha había sido usada ya...

—¡Oh! yo también lo pensé, Monsieur García... Mais no es eso... Su prueba de pie es exactamente igual... Regardez... Y en ésta puede ver más claramente un bastón que hay a la izquierda, al pie del hombre de espaldas... Lo mismo, todo lo mismo... no hay diferencia...

—Realmente, es curioso...

—Epatant, Monsieur García... Esto parece cosa de sorcier!

—Bueno, saquemos un positivo para ver mejor las figuras.

—Bien, Monsieur García, más hay que esperar que seque la placa.

—¿Demora eso mucho?

—¡Oh! no; tres o cuatro horas solamente... Mais si Ud. quiere se lo mando en casa.

—La espero a las cinco. Hasta luego Monsieur Daudet.

—¡A tout a l'heure, monsieur!

Cuando Eduardo se hubo ido, tomó Monsieur Daudet las dos placas y las colocó en un caballete de madera. Saló luego de la cámara oscura y entró en el gabinete frontero, donde había un lavatorio de agua corriente, un espejo de cuerpo entero y una mesita blanca con cubierta de cristal, llena de peinetas, encrespadores, cepillos, un lápiz para pintar los labios, instrumentos para las uñas, y en fin todo cuanto puede necesitar el más presumido de los hombres o la más vanidosa de las mujeres, antes de someterse a la escuñadora mirada de un lente Zeis.

Quitose el fotógrafo la chaqueta de brin que usaba en el taller, cogóla en una per-

cha, y mientras se ponía el jaquet observaba atencianamente su figura en el espejo. Ciertamente había engordado desde que llegara a Chile. Un embonpoint desesperante le invadía, haciéndole perder muchas probabilidades de éxito en la conquista de las damas. Era una realidad triste, porque él fuera en París un "homme a bonnes fortunes". No era culpa suya; jamás dejara el masaje de su compatriota de la calle Arturo Prat, un hombre con dedos de tenaza, que le tritiraba diamantamente la barriga... Verdad es que aún conservaba una envidiable cabellera rubia, partida al medio, que comprara en la rue de la Paix, chez Bayard, y que unos discretos anteojos ligeramente ahumados ocultaban ciertas arrugas, precursoras de la vejez implacable. Y luego su bigote rubio, teñido, de largas guías, le daba un aspecto decididamente juvenil....

De la mesita tomó un frasco de brillan-



Ahora, ¿vé Ud. a la izquierda la figura de un hombre que nos da la espalda?

tina, metió los dedos dentro, y de nuevo ante el espejo, se alisó los bigotes repetidas veces, hasta conseguir que las puntas enfrentasen el borde posterior de las orejas. Con dos fuertes cepillos aplastó las rebeldes sortijas de su magnífica cabellera; ajustóse bien los lentes, se estiró el jacquet que se pingorotaba a su pesar sobre la barriga, dió una vuelta completa, siempre mirándose, y salió al vestíbulo...

¡Pas mal, vous savez!... ¡Mais qué diablos quiere decir esa plancha de Monsieur García!

II

El suicidio de don Francisco de Torontel produjo enorme sensación. Y aunque los diarios callaron discretamente los detalles de la tragedia, nadie en la capital dejó de conocer la forma en que concluyera sus días un tan digno y respetado caballero y muy hábil hombre de negocios. Un balazo en la sien derecha; el revólver con una cápsula menos, a su lado en el suelo. Le hallaron en la nueva subida del Cerro Santa Lucía, a cinco o seis metros de la puerta. A eso de las nueve de la tarde, la María, la que vende frutas a los paseantes, sintió la detonación y subiera al restaurant a dar aviso. Telefonearon a la Comisaría; vinieron dos guardiames y un oficial; más tarde, el Juez. Se inició el sumario y fueron sus conclusiones bien claras: por la forma del crimen, se trataba de un suicidio, y además había antecedentes que lo confirmaban, en los malos negocios del señor de Torontel. El mismo día de ocurrido el hecho, perdía toda su fortuna en un revés de la Bolsa. Su socio, el señor Bondel, declarara ante el Juez que el occiso había cometido graves imprudencias, y que a no mediar su criterio tranquilo, quizás le hubiera arrastrado a él también.

Eduardo fué uno de los más impresionados con la muerte trágica de don Francisco. Dos o tres años antes se había enamorado de su hija Teresita, la niña más celebrada en los círculos sociales, no sólo por su belleza, que era mucha ciertamente, sino también por la afabilidad de su trato y por su gentil viveza y agudo ingenio. Aunque mucho la quisiera, no había extremado las cosas por discreción. La madre

de Eduardo, mujer frívola, que hacía veinte años luchaba en París por introducirse en el faubourg Saint Germain, no miraba bien el enlace con niña pobre de abolengos chilenos. Optaba por un título de la Monarquía para su hijo. Pero Eduardo tenía menos vanidad y le parecían ridículas las pretensiones de su madre. Sin embargo, su padre supo inculcarle un gran respeto por ella, y hasta sus mismas debilidades le eran respetables. Cuando ocurrió el suicidio de don Francisco, la cosa se puso más difícil todavía: ahora la madre podía hablar de una mancha en la familia... En su última carta ya lo decía, subrayando una frase cruel: "la h'ja del suicida"...

Para Eduardo era incomprensible ese suicidio. Don Francisco fuera un creyente sincero y un católico observante, y solamente en un rapto de loca desesperación podía haber renunciado de manera decisiva a todas sus creencias, mantenidas y confirmadas día a día por una conducta consecuente. Y ese mismo raptó de insano no era creíble en un hombre de temperamento tranquilo, que jamás tuviera una muestra de impaciencia, aun en sus mayores desgracias. Porque en anteriores caldas había probado su carácter: no había escapado, como casi todos los corredores, a ese momento de sueño que les hace jugar el todo por el todo. Y en las dos ocasiones que esto ocurriera, se le había visto muy tranquilo comenzar de nuevo su trabajo, cubrir algunas deudas, y rehacer todo su haber que, si bien no era fabuloso, bastaba y sobraba para dar el rango que correspondía en sociedad, a su numerosa familia.

En todos los casos de suicidio por pérdidas de dinero, es el honor el que juega papel principal. Don Francisco no debía un centavo a nadie. En la liquidación que se hizo después de su muerte, se vió que no había expuesto capitales ajenos. Nadie sino él en caso de cometer imprudencias, sabía perjudicado. Además, con su muerte a raíz de la quiebra dejaba a su familia en la ruina más completa; vivo la hubiera tal vez levantado. De todas maneras, esa era su obligación. Un egoísmo así no cuadraba a la personalidad moral de don Francisco. ¿Por qué, pues, se había suicidado?

Pero había que rendirse a la evidencia. Y después de muchas disquisiciones, Eduardo optó por ese camino. Su situación en el sentido del único amor verdadero que tuviera, no era envidiable. Su madre insistiría siempre en aquella mancha. ¿Qué hacerle? Dejaría al tiempo la solución. Tal vez aquella señora puerilmente vanidosa tuviera una desilusión en sus ambiciones; tal vez cuando conociera a Teresita desistiera de una oposición que a Eduardo se le antojaba absurda.

»

Eduardo había dejado el libro que leyerá. Ya no tardaría en llegar el empleado de Monsieur Daudet. Y mientras le esperaba, condensó su juicio acerca de aquellos versos. Se trataba de una imitación grotesca de Rubén Darío. No había del gran poeta nada de lo que le hiciera grande, y sí todo lo que le hiciera ridículo. Repeticiones inútiles y rebuscadas, frases de grosero realismo insertadas por obligación de discípulo ciego. imágenes absurdas y pedestres, acusaban la fama de modernista de aquel poeta nacional. ¡Y estos simiescos imitadores eran los que clamaban contra las trabas de la Retórica! Huían del ritmo, que según ellos limita el vuelo de la inspiración, para caer en una prosa sin ideas, sujeta a reglas también, a reglas ridículas, que degeneraban el verso en algo que no era verso ni era nada.

Llegó el mozo. Eduardo desenvolvió el paquete con cierta calma nerviosa. Tomó una de las pruebas y fué hacia la ventana buscando la luz. Alcanzaba a ver su figura, nítida y clara: era un retrato afortunado. Pero ahí estaban las sombras borrosas. ¿Qué sería aquello? Volvió a la mesa de escritorio y encendió la lámpara de



En ese instante Bondel tomaba el bastón.

pie. Doblóla casi hasta topar la prueba, y a la claridad de una ampolleta de 24 bujías la examinó en todos sus detalles.

¡Ahora podía verse más claro! El hombre bronzo vuelto de espaldas estiraba el brazo derecho y en su extremo se adivinaba el cañón de un revólver. La cacha del bastón, tirado en el suelo a su lado, semejaba la cabeza de un galgo ruso: un hocico largo, aguzado, más aguzado aún que el de un Colly. No viera otro igual. Se trataba de una novedad. En frente, el otro individuo con los brazos abiertos hacia arriba, un tanto desplomado, las piernas vacilantes, hacía de blanco al revólver del otro.

¡Era un crimen, un asesinato! ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Por qué aparecía allí esa si-

nuestra escena? ¿Quién era la víctima y quién el asesino? Imposible ver las caras: uno aparecía de espaldas y el otro estaba completamente fuera de foco. Si algún asesino hubiera tenido la humorada de tomar una fotografía de su acción, para dejarla de recuerdo a su familia, exigiera al fotógrafo un poco de cuidado al enfocar. En todo caso, cualquiera explicación que aquello tuviera, lo curioso, lo raro, lo "épantant", como decía Monsieur Daudet, estaba en que apareciesen allí esas imágenes. Era un retrato vulgar tomado por un fotógrafo conocido, con placas frescas, a él que nada tenía que ver con escenas de crímenes!

Creyó urgente comunicar a alguien aquel suceso extraño. Había dicho a Teresita su intención de hacerse retratar. Le llevaría las pruebas para gozar con su asombro. Además, las mujeres suelen ser perspicaces. ¿Quién sabe si ella descorrería el velo del misterio. Llamó al mozo y le mandó a buscar un Ford, mientras él hacía una ligera toilette.

A las cuatro cuadras de recorrido, arrepiñóse de haber dicho al chauffeur que tenía prisa. En la esquina de Bantera con Alameda, estuvo a punto de despanzurrar a una señora gorda...

—No sea bárbaro, hombre—gritó.

—¿Qué, señor!... De balde le tocan la corneta y no oyen nunca... ¡Parecen que fueran sordas!

A causa de la pobreza en que la dejara don Francisco, la familia de Torontel se había visto obligada a dejar su gran casa, situada en la calle de la Catedral. Así fué como, poco después de su muerte, trasladaban los enseres, —los pocos y más indispensables que restaron del remate— a la calle de Lira, más allá de la séptima u octava cuadra.

Frente a la humilde casita, de media agua, con dos balconitos al lado derecho de la puerta de calle, se detuvo el 3144 A. y descendió de él Eduardo García. Pagó dos pesos al chauffeur, que éste recibió, no sin decir:

—¿Dos pesos, patrón! ¡Fíjese en el pavimento y en lo ligero que lo he traído!

—A ver. Toma cincuenta centavos más. Y me parece que está bien pagado.

—Gracias, patrón—dijo el chauffeur, apresurándose a recibir las monedas.

El motor del auto, puesto en primera velocidad y con el escape libre atronó el espacio. Algunos curiosos de las casas vecinos asomáronse a observar lo que pasaba. El chauffeur hacía evoluciones hacia adelante y hacia atrás hasta poner el auto en dirección a la Alameda. Y cuando llevaba dos cuadras de distancia, los vecinos se miraron entre sí, y penetraron en sus casas. La campana de un tranvía sonó en la esquina.

Encontrando la mampara abierta, Eduardo había llegado al patiecito. Las piezas estaban cerradas y no se veía a persona alguna. Volvió a la calle y apretó el botón. La campanilla no sonó, y al repetir la operación, vio en la muralla un letrero de lápiz que decía "malo". Entonces golpeó. Por el corredor se oyeron unos pasos arrastrados como de zapatos muy viejos. Era la Tomasa, la sirvienta antigua.

—¿Don Eduardito!—dijo. Pase al salón. Voy a llamar a la señorita. Y mientras abría los postigos, agregó: Hemos estado muy asustadas con Jorgecito; bien mal que ha estado el pobrecito!

—¿Sí? ¿Qué ha tenido, Tomasa?—preguntó Jorge.

—Parece que ha sido fiebre con cólico. La señora está recostá. Anoche no ha dormido una pestaña cuidando al niño. Voy a llamar a la señorita Teresita.

Pero ya Teresita llegaba al salón. Al ver al joven su cara se llenó de alegría. ¿Por qué las había olvidado? Los dos últimos días fueron muy tristes para ellas. ¡Jorge con apendicitis! Había llegado del colegio, quejándose de dolor de estómago. En la noche llamaron un médico de la vecindad, que recetó un purgante fuerte. Según él se trataba de una indigestión. Pero, al día siguiente, los dolores aumentaron. Vino el doctor Pérez y declaró apendicitis aguda. Temía que con el purgante se hubiera perforado el apéndice y sobreviniera una peritonitis. Había que operar inmediatamente. Gracias a Dios resultó muy feliz; pero habían trasnochado la noche entera; porque Jorge se durmió con el cloroformo y no le podían despertar; su respiración había sido muy anhelosa durante cuatro horas. Estaba muy pálido el

pobre! ¡Que se imaginara Eduardo los sustos que habían pasado! ¡Jorge sin fiebre y con ciento veinte pulsaciones!

—Pero ahora está bien, Teresita—dijo Eduardo, que había escuchado muy atento el relato de la niña, mirando como en adoración cada uno de los movimientos de su boca fina y graciosa.

—Sí; está durmiendo feliz—contestó sonriendo. El médico dijo esta mañana que ya había pasado toda la gravedad. Parece que le ha dejado la herida abierta y con mecha, porque el apéndice se había roto ya.

—¡Ese médico que le dió purgante debe ser un animal!—dijo Eduardo, indignado y con entera convicción.

—¡Así es—repuso la niña;—un animal completo! Y tome en cuenta que mi mamá le advirtió que podía ser apendicitis.

—¡Me alegro tanto que todo haya resultado bien! Yo la había buscado en la plaza estas tardes, pero no se me ocurrió que pudieran tener enfermos... Como Uí, no es muy aficionada a salir, o mejor dicho, como Ud. no tiene ningún interés especial en salir—terminó Eduardo con intención.

—¡No diga Eduardo que no salgo; si paso en la calle. En la mañana al centro,

en la tarde a la plaza o al biógrafo. Vida más mundana, imposible!

—Así es,—dijo el joven riéndose—imposible!... ¿Sabe que me retraté?

—¿Sí? ¿Dónde?

—Donde Monsieur Daudet.

—¡Ah! deben ser muy buenos. ¿Le dieron ya las pruebas?

—Aquí las tengo. Mi retrato no es malo, pero...

—¿Pero qué?

—Vealas Ud.—dijo Jorge, sacándolas de su cartera. Es una cosa bien extraña.

—¿Qué es ésto, Dios mío? ¡Qué retrato más raro!... Ud. no está mal... ¿Por qué pusieron esa columna a su lado, que no le veo objeto?

—¿Cuál? ¡Ah! no me había fijado. Ocurrencias de Monsieur Daudet...

—¿Y esos monigotes que hay detrás? Pero ¿Ud. va a recibir este disparate? ¡Sin duda Monsieur Daudet se ha vuelto loco!

—No; el que se va a volver loco soy yo. ¿Se explica ese disparate, como Ud. dice? ¿Qué significan esos personajes vaporosos, esfumados, como ánimas en pena?

—El que está a la izquierda tiene un brazo estirado...

—Sí; se apunta con un revólver al otro...



Es bueno este vino. Concha y Toro Reservado.

—Y el otro está con los brazos abiertos...

—Es que el proyectil ha dado en el blanco, y se desploma.

—¿Qué se le ocurre a Ud. que pueda ser?

—No se me ocurre nada. ¿Y a Ud.?

—Que la plancha estaba usada...

—No puede ser. Las dos pruebas están exactamente iguales. Además, se trata de un asesinato, y de esas cosas nadie toma fotografías.

—¿Y no será algo de espiritismo? Ud. mismo me ha contado...

—Pero, yo no creo en el espiritismo.

—En ese libro de no me acuerdo qué autor. Ud. lo estaba leyendo... ¿Cómo se llamaba el autor?

—¡Ah! Lombroso.

—Exactamente, Lombroso. Me contó Ud. de unas planchas espiritistas; de un fotógrafo inglés o francés, a quién le aparecían en los retratos las imágenes de personas muertas...

—Esos son cuentos de viejas. Yo no creo una palabra.

—Pero, ¿no era Lombroso un gran científico?

—Un gran científico, sin duda, que tuvo su chifladura cuando viejo; la del espiritismo. El mismo que editó ese libro, Gustavo Le Bon, declara en el prólogo que todo lo que cuenta Lombroso son fábulas; fraudes más o menos ingeniosos de que le hicieron víctima algunos médiums o ilusiones de su propio cerebro, sugerencias fáciles en un cerebro gastado ya por la investigación...

—Y entonces, ¿qué puede ser esto?

—Además, en esos relatos se habla de la materialización de los espíritus, y en mi retrato aparece un bastón...

—¡Ah! sí; es un bastón con cachá de perro...

—Y un bastón no es un espíritu... Entre esa suposición o la hipótesis de la plancha usada... No; prefiero creer en una broma de la Fábrica Lumière, para asustar al bueno de Monsieur Daudet!

Y Eduardo se levantó para saludar a la señora que en ese momento llegaba. Que la perdonara Eduardo, pero la trasnochada la había dejado muy mal. ¡Estaba muy vieja ya y no le sentaban bien las aventu-

ras de esa clase! ¡Pero, el niño había estado muy mal, muy mal! Y Eduardo, ¿había sabido de su mamá? ¡Siempre en París! ¿No pensaba en venirse? ¿No? Lo comprendía. Debía ser agradable la vida allá.

—¿Es su retrato el que tiene Teresita? A ver, muéstramelo; habrá salido muy buen mozo—concluyó la señora sonriendo a Eduardo pícarosamente.

—Que le cuente la Teresita lo que me ha pasado—dijo Eduardo, poniéndose de pie... Ya falta poco para las ocho y tengo a un amigo convidado a comer en el Club... Le dejo una de las pruebas y me llevo la otra... Hasta luego, señora... Adios Teresita... Mañana vendré a saber del niño.

—Adiós, Eduardo, y no se porte tan ingrato!—le alcanzó a decir doña Teresa.

Y Teresita se puso a referir, con mucho amor, a su mamá lo que había ocurrido a Eduardo con los retratos de Monsieur Daudet, el fotógrafo de la calle Ahumada.

III

Esa tarde había enorme concurrencia en el Club. La Cámara de Senadores aprobaba la censura al Ministerio por cinco votos de mayoría, dando con ello a los socios el más sabroso de los temas. En todos los grupos se hablaba de lo mismo y con excitación, salvo uno que otro más filósofo que ensayaba con éxito la ironía. ¡Seis o siete veces al año había una crisis! Era un fenómeno tan natural como el cambio de estación. Si alguno tomaba la cosa con calor, podía suponérsele una pueril ambición de ser ministro. Se barajaban nombres de candidatos a cartera. Si el nombrado no estaba en el grupo, de seguro resultaba un imbécil o un ladrón. ¡Fulano de Ministro! ¿Habráse visto?

—¿Saben Uds. a quién dan la cartera de Instrucción?—preguntó Pepito Halley, acercándose a un grupo que tomaba aperitivos en el mesón.

—¿A quién?—dijeron todos.

—¿A un gran sabio!—respondió Pepito. A uno que honrará al país en ese puesto; y no les quepa duda.

—¿A don Jerónimo Alderete, al famoso autor de la Historia de América?—preguntó Felipe Iturríaga, que era miembro de la Sociedad de Historia y Geografía.

—No hombre, debe ser a don Julio Manzano, al autor de "Nuestra Decadencia Económica",—propuso un diputado joven que se picaba de economista, por haber hecho indicación en la Cámara para que se disminuyeran los derechos de aduana a los automóviles, que él consideraba "como artículo de primera necesidad". ¡Son los economistas los que deben ir al Gobierno!—agregó convencido. La situación por que atraviesa nuestra hacienda pública...

—¡Si ya conocemos el discurso, hombre!—interrumpió Pepito. Lo leímos en "El Mercurio", y nos pareció muy bien.

—¡Espléndido!—exclamaron todos entre bulliciosas carcajadas.

El economista, todo corrido, declaró que no había tenido intención de pronunciar un discurso.

—Así será—dijo Pepito;—pero comenzaba lo mismo... Bueno; pues, han de saber Uds. que el candidato más seguro para Ministro de Instrucción es don Jaime Pezoa, el célebre autor del Silabario para ciegos!

—¡Hará un papel sobresaliente... para ciegos!—dijo poniéndose colorado Pedro Herrera, que presumía de chistoso.

—Malo, muy malo el chiste. A ver, un whisky puro para aliviar el cerebro de este joven—gritó Pepito, tomándolo de la cabeza.

Herrera trataba de explicar su chiste. ¿No sabían que los ciegos usaban el tacto para leer y leían en letras sobresalientes? Pues, por eso, él había dado un papel sobresaliente. Porque, siendo las letras...

—No expliques, hombre. Todos estamos de acuerdo en que el chiste es ingenioso... Les propongo algo bueno... que nos quedemos a comer aquí, y juguemos la comida al cacho. ¿Qué les parece?—concluyó Pepito, que llevaba el pandero en ese grupo.

—Yo no puedo quedarme—dijo el diputado economista, que tembló ante la idea de pagar una comida para seis.

—¿Tienes sesión en la Cámara, hombre patriota? ¿Estás preparando algún otro discurso? ¿Ha empeorado la situación de la hacienda... pública?

—No; es que mi mujer me encargó que le llevara unos sandwiches de pollo...

—¿Y qué inconveniente hay? Se los

mandas con un mozo. Me parece que no es una razón.

El diputado se convenció. ¿Por qué había de ser él quien perdiera el cacho?—pensó. Pepito pidió cachos para todos. Se jugaría primero un aperitivo. ¡De cinco, tres! ¡Uno por la derecha! Felipe debía empezar. ¡Full de ciento dos! Felipe ganaba. ¡No señor! El diputado tenía full de ciento tres...

—¡Eduardo García!—exclamó Pepito, abrazando al recién llegado. Hombre, ¿qué te habías hecho? Si supieras cómo te hemos echado de menos... Anoche nos dimos una comida opípara... ¡Se juega de nuevo, señores, Eduardo entra también.

—¡Conforme!—dijo Eduardo, a quien alegraba mucho la compañía de los amigos.

—Se juega de nuevo—dijeron todos.

—¡No señor!—exclamó el diputado. ¡No señor, porque yo he ganado. Tengo full de ciento tres! Pido que se respete mi derecho, señor presidente...

—Aquí no estamos en la Cámara... ¡Se juega de nuevo! Tú empiezas, Felipe, otra vez... Escalerilla, muy bien! A tí, Eduardo. ¡Cuatro cincos! ¡Eso es de hombre!

Eduardo, después de tirar los dados, se había dado vuelta a observar la sala. Todas las mesas estaban llenas. Muchos jugaban dominó. En una mesa un señor maduro juraba amistad eterna y lealtad a toda prueba al que estaba a su lado. Los demás refan. El señor ese había andado ya por otros grupos y no tenía menos de seis whiskis en el estómago.

—Conocen Uds.—decía a sus compañeros en voz tan alta que de todos los puntos de la sala se le oía—conocen Uds. un hombre de más corazón y de más talento que mi querido amigo, Gastón Bondel? ¡Gastón!—proseguía, con la lengua trapo-sa, abrazándole—tú eres mi único amigo, tu serás el apoyo de mi vejez... Abandonado de todos, en ti confío, hombre honrado!... ¿Por qué no le han hecho Ministro de Hacienda? Por envidia, porque todos le envidian... ¡Es gran hombre de negocios! En la Bolsa de París, hubiera hecho una fortuna...

—¡Eduardo!—dijo Pepito Halley, tirándole de la manga.

—¿Qué?... ¿Me toca a mí?—contestó

Eduardo sin dejar de observar hacia la mesa.

— ¡No, hombre, que ha perdido el diputado!... ¿Qué te sirves?

— ¡Cualquier cosa!

— No seas mal educado, hombre... Deja a ese borracho, que vamos a fugar la comida... ¡Vaya con la suerte! Cuatro cincos otra vez!

Eduardo dejaba el cacho y afirmado en el recodo del mesón, no separaba la vista de aquella mesa. El caballero de los whiskys dejaba de hablar; los otros tres discutían. Eduardo les observaba, como tratando de fijar en su mente las facciones de cada uno. Quería acercarse a ellos, pero no hallaba pretexto. Y en aquella algarraba no parecía cosa difícil. Al caballero, que poco antes gritaba, se le había caído un guante. Llegaría a recogerse y entonces...

— ¡Señor! — dijo, agachándose. Este guante es suyo.

— Vaya... sí, señor... es mío. Tantas gracias. El pulso le vacilaba al recibir el guante.

Eduardo volvió al mesón.

— ¡Es el mismo! — dijo en voz alta. El diputado economista se hallaba mustio: había perdido también la comida! Los demás le embromaban, diciéndole que debía lanzar una emisión de papel moneda...

— Dime — dijo Eduardo a Pepito Halley. — ¿Quiénes son esos señores?... El que está con copas...

— No lo conozco — respondió Pepito — debe ser la primera vez que viene...

— ¡No es mal estreno! ¿Y el que está a su lado?

— ¡Ah! Ese es Gastón Bondel, el que fué socio de don Francisco... de tu suegro... ¿Nunca le habías oído nombrar?

— Sí; pero no le conocía de vista.

— El otro es el corredor Souza, que se hizo de una fortuna con las Llallaguas. Y el de los bigotes recortados, es el secretario de la Bolsa, un muchacho muy simpático...

Pedro Herrera había lanzado otro chiste malo. Habíales preguntado, pretendiendo imitar a un alemán: ¿Por qué no hay ratones en Valparaíso? Y como nadie contestara: Porque Aníbal los... ¡No! No es así... ¿Por qué no hay ratas en Valparaíso? ¡Esa

es la cuestión!... ¿Nadie sabe?... Porque Aníbal Las Casas...

— ¡Pepe! ¡Hombre! Pégale a este bárbaro — gritaba Felipe Iturríaga. Hubieras oído el chiste!

— Queda condenado a pagar una copa para todos. Y dirigiéndose al mozo: ¡A todos lo mismo. Pedro Herrera paga!... No, se hace necesario imponerle una multa — dijo entre serio y risueño, Pepito Halley.

El diputado, ante la expectativa de una copa gratis, aplaudió entusiasmado. Eduardo reía con aire preocupado. ¿Quién sería el dueño de aquel bastón? Porque no le cabía duda: era el mismo que apareciera en su retrato. Cuando recogió el guante, pudo examinarlo de cerca. La misma cabeza de perno, de hocico aguzado: un galgo ruso con las orejas largas aplastadas sobre el parietal. ¡Un bonito trabajo!

— Pero, ¿no saben Uds. que el secretario de la Intendencia de Valparaíso, se llama Aníbal Las Casas? ¡Ahí está el chiste! — explicaba el misero Pedro Herrera, sin que nadie le hiciera caso.

— ¡Bondel! — exclamó Eduardo distraído.

— ¿Qué dices? — preguntó Pepito.

— Nada... estaba distraído — contestó.

En ese instante, Bondel tomaba el bastón. Eduardo comparaba en la imaginación las anchas espaldas del caballero que tenía a su vista, poseedor del mismo bastón que apareciera en su retrato, con las de aquel que empuñaba un revólver. ¡No había duda: era él. Y el otro. ¿quién era?... Lógicamente debía ser don Francisco, su suegro. El que era considerado como suicida, resultaba la víctima de un miserable, a quien todos tenían por hombre honrado... Teresita había acertado: se trataba de un caso espiritista... No creyera él en tales patrañas, pero ahí estaba ese bastón, y en manos del socio de don Francisco, con quien trabajara hasta el día de su muerte. ¿Una simple coincidencia? Investigaría la verdad. Era su deber. Estaba seguro que don Francisco le revelaba el crimen por ese medio misterioso para que él, Eduardo, hiciera justicia...

Eduardo salía, siguiendo inconscientemente los pasos de Bondel, de cuyo brazo se aferraba el caballero bebido.

— ¡No te quedas a comer, Eduardo? — gritó Pepito.

—No; perdónenme. Tengo algo urgente que hacer—contestó desde la mampara que comunica la cantina con el hall.

Pepito insistía que quería ir a buscarle. El diputado economista se opuso:

—Déjenlo; tendrá que hacer. Yo estoy por la libertad, siempre y en todo caso, para todos y cada uno: pertenezco a la Escuela Liberal.

—¡A la Económica, querrás decir, honorable diputado! ¡Arriba, señores; a comer y a beber, que nuestro sabio economista ha descubierto la manera de abaratar el consumo!

IV

En la calle de San Antonio, a menos de media cuadra de la Alameda, está el Hotel Bohème. Sobre el marco de su puerta angosta, se ve un cuadro de grosera pintura, que representa un automóvil. Y en la ventana, tras de unos vidrios sucios, cualquiera observa, sin que por cierto se excite su apetito, dos o tres azafates, cada uno de los cuales contiene alguna vianda tenazmente asaltada por las moscas. Pero es un restaurant barato; y justo es también decir que si los fiambres no son recomendables, los platos corrientes son abundantes y no mal preparados. Se ofrece ahí la comida por dos pesos, incluyendo en ese precio el vino. Este precio permite la asistencia diaria de personas de pequeña renta que por la naturaleza de sus ocupaciones, no pueden llegar hasta su hogar. Cuéntanse entre estos, en mayoría abrumadora, los chauffeurs de servicio público. El hotel ha llegado a convertirse, pues, en el club o punto de reunión exclusivo de este nuevo círculo que el progreso mecánico ha traído a la ciudad.

Las nueve de la noche serían cuando dos automóviles americanos, de carrocería abierta, frenaron casi encima de otros dos que frente a nuestro hotel había. Del primero bajó un chauffeur con gorra y capote largo, y del otro un joven bien vestido de americana y sombrero de paja. El chauffeur cedió el paso de la puerta al joven, y ambos penetraron por el zaguán, doblando a la izquierda y buscando una mesita en la sala larga y angosta, cuya ventana, que da a la calle, conocemos ya. En la

pieza se respiraba una atmósfera pesada de vino y tabaco ordinario. Se hablaba a gritos y se gesticulaba con grandes golpes sobre las mesas endebles, dando al traste con botellas y vasos, que derramaban el vino al caer. Un observador atento hubiera podido anotar, entremezclados a la conversación vulgar del pueblo, algunos vocablos absolutamente nuevos, jamás oídos en ningún idioma de la tierra. En menos de cuatro años, la diaria reunión de aquellos hombres de igual profesión, había formado un argot, ininteligible para los demás, pero que entre ellos llenaba vacíos de la lengua vulgar en cosas relativas exclusivamente al nuevo oficio y a la vida a que éste les obligaba. Los comensales miraron con extrañeza al joven de aspecto distinguido, en tanto acogían con saludos al chauffeur que le acompañaba. Era chauffeur particular, pero antes había trabajado en el alquiler, y todos le conocían mucho. Muchas veces les acompañara en sus comidas, y tenía fama por su excesiva verbosidad, que aumentaba en gran manera después de beber algunas copas. Contábase entonces muchos incidentes de la vida de sus patronos, con lo cual la fama de éstos solía quedar por los suelos. Hablaba de su patrón y de los amigos de su patrón, como si les conociera desde niños y con ellos hubiera vivido en íntimo consorcio y camaradería. Esa tarde venía con copas; traía el rostro encendido, los ojos chicos y brillantes, el andar no poco falso; pero el inusitado compañero que la suerte le deparaba, le obligaba a guardar una estudiada compostura. A esto contribuía también la vanidad satisfecha de verse ante los demás en plena confianza y en natural igualdad con un caballero elegante y rico.

Acudió el mozo y Eduardo le pidió una lista de extras. Quería celebrar aquel simpático encuentro con un profesional del automovilismo, sport al cual consagraba una decidida afición. Comerían de lo mejor que hubiera, sin reparar en gastos, que para eso tenía él su colosal fortuna. La vida era corta y era menester aprovecharla bien; las penas muchas y muy grandes, pero en un buen vino se ahogaban de fijo. Dolfale a él esa distancia cruel que mediaba entre la clase alta y el pueblo, distancia que, por lo demás, no tenía razón de ser. ¿Acaso no



Hablaba el abogado de Eduardo García, con voz clara, de agradable timbre.

eran todos iguales? ¿No tenía la misma opinión el buen amigo Timoteo?

—Es lo mismo que digo yo. Todos somos iguales. ¿Que por que unos tienen plata y porque los otros trabajan, van a mirarlos en menos? Esto, créame, es lo que más le duele al pueblo. Nada le importa trabajar, trabajar como un buey, pero que no le falte la consideración del rico... ¿Le sirvo una copita? Es bueno este vinito... Concha y Toro reservado. Ya lo había probado yo, porque el patrón no toma de otro... Una vez teníamos convidás unas fiatas pa ir a cenar, y con Jacinto, el mozo de allá de la casa, nos robamos tres botellas. El patrón no las echó ná de menos... Pero, es muy bruto el patrón algunas veces!... Cuando está de mal genio no aguanta una ná... Hay que andarle mirando la cara...

—¿Por qué le soportaba Timoteo? Te-

nía una profesión independiente y en cualquiera parte hallaría buen empleo... ¿Un trago?

—Póngale no más... Es que por otro lado se porta bien conmigo... ¡Y tiene que portarse bina, porque sí nó!... ¿Sabe señor que estos huevos con jamón están macanúos?... Casi no hay semana que no me largue unos veinte pesos... Fuera del sueldo... Y de sueldo tengo tres-

cientos... También me da casa... ¡Es bueno pa llamar trago el jamón!... ¿Le sirvo?... Parece que se ha acabao la botella.

—Pedimos otra... ¿De modo que tú le sabes una a Bondel? ¿Alguna muchacha que tiene por ahí... eh?... ¡Néno! trae otra botella del mismo...

—¡Bah! en eso de muchachas le sé la mar... Como a todos los patrones... ¿Hay alguno que no tenga su peor es ná? Y pa nosotros los choferes, que les sabemos la Biblia! Toitos son iguales... Pero, no es ná eso lo que le sé y lo que a él le da miedo... Sirvale no más que tuavía me quea un laito... De este vino sí que da gusto tomar... Pué

estar tomando toa la noche y no se cura nunca... ¿Erizos ¡Ni verlos! Es cosa que no los pueo tragar... ¡Congrio frito! Eso sí, eso es bueno; pero los erizos me asquean... Como le iba diciendo, es muy grandaza la que le sé...

—Cuenta, hombre, para entretener la noche. ¿Qué cosa tan del'cada puede ser? Además, contármela a mí es lo mismo que no haberla contado a nadie...

—Mire, lo curioso que ha salido... Es malo ser curioso... Y al fin y al cabo, naa tiene que le cuente... Es cosa e rico... A nosotros los pobres, cualquier cosa que hagamos, la echan a los diarios. Bueno que se sepa también las que hacen ellos... Es que es un asunto de crimen...

—¿De crimen? ¿Bondel mezclado en algún crimen? Jamás lo hubiera creído. Bon-

del es un hombre respetable... ¿Cómo puede...

—Toos los caballeros son respetables, porque tienen plata... Pero también hacen sus muentecitas... ¿Qué me viene a decir a mí?

—¡Sí te digo que no puede ser!

—Así será... Si no me ha de creer mejor que no le cuente ná... ¿Conoció Ud. a don Francisco Torontel? Ese caballero que dijeron que se había suicidado... que lo hallaron ahí en la subía, el cerro... No se suicidó ná... Toas esas fueron pamplinas... Yo sí que sé la veridá.

Eduardo había cesado de darle vino. El hombre estaba ya en el punto preciso y necesario para todas las confidencias. Si bebía más, se emborracharía completamente hasta perder la cabeza, y adiórs investigación. Ya sabía lo principal: Bondel era un asesino y la víctima había sido su suegro. Pero necesitaba conocer los detalles del crimen... Ese mismo individuo podía servirle de testigo si, como pensaba, acudía a los tribunales en demanda de justicia.

Una tarde había llegado él como a las cinco a la oficina de Bondel. El patrón le citara a esa hora, con el objeto, según le dijo, de ir a ver unos terrenos de Ñuñoa, que le ofrecían en venta. Era en invierno y se oscurecía muy temprano. Había más de media hora de camino, de modo que si no partía inmediatamente, no alcanzaría el patrón a ver nada. La oficina de Bondel y Torontel ocupaba dos piezas en el fondo de la galería que hay en la calle de los Huérfanos, a mano izquierda, en dirección a la plaza. Tan pronto llegó, bajóse del auto y se metió por la galería adentro, para avisarle al patrón que el coche estaba listo. Entró en la pieza cuya puerta estaba abierta. No había nadie; e iba a pasar a la otra, cuando sintió las voces de Bondel y Torontel, que discutían acaloradamente. El se quedó escuchando, y aunque poco entendía lo que hablaban, por tratarse de negocios intrincados, se dió cuenta cabal de que Torontel acusaba a su patrón de haberlo arruinado. ¡Le dejaba en la calle a él, ya viejo, y con una numerosa familia! Bondel le decía que tuviera paciencia, que todo se arreglaría; que le diera un plazo. Ya estaba harto de plazos Torontel; mucho se habían burlado de él, aprovechando su buena fé; quería la li-

quidación inmediata para proceder en su contra, sí, como fundadamente suponía, Bondel le había estafado toda su fortuna. Bondel no soportaba insultos; de esa manera no se entenderían; él oponía su fama de honradez a las excitaciones demasiado imprudentes de su socio. Y por mucho rato habían seguido hablando de acciones de malas, del alza y de la baja, de ruedas, y eran muchos los nombres de corredores de comercio que aparecían en la discusión. Torontel acusaba también a su patrón de ser un jugador empedernido; que no pocas personas le habían llamado la atención a este vicio de su socio, y le advertían que podía traerle su ruina tarde o temprano. Le contaban que jugaba miles en un club del centro.

—¡Y era la pura verdad, no más! ¡Hasta las cinco de la mañana me tenía esperando con el coche!

—Pero,—afirmaba Torontel,—él no había querido dar crédito a esos diceres. Ahora, sí, comprendía que esas personas habían tenido razón para ponerle en guardia. El había sido un imprudente y un imbécil. Siempre dejándose llevar por su buena fé; creía en la honradez de todo el mundo. En fin, que había concluido por darle un plazo hasta el día siguiente. Bondel pedía quince días para arreglarlo todo. Torontel insistía en que no esperaba un día más. Por último, Bondel fijó una reunión en el cerro Santa Lucía... ¿Por qué en el cerro?—decía Torontel. Y el otro respondía que la persona con la cual había negociado, no quería que se le viese en la oficina de Torontel. Se daría al asunto el carácter de un paseo amigable. Además Torontel se excitaba demasiado entre las cuatro paredes de la oficina; allá la frescura de los jardines contribuiría a dar un cariz más simpático a una discusión, que amenazaba terminar en violencias lamentables. Le parecía ridícula a Torontel toda esa comedia; pero aceptaba. ¡Ay de Bondel si las explicaciones no le satisfacían! ¡Iría a la cárcel!... La cerradura de la puerta sonó; y Timoteo apenas había tenido tiempo para saltar al patio. Era don Francisco el que salía con paso rápido. No le vio; y él siguió hacia la puerta. Luego llegó su patrón. Le dijo que esa tarde no le necesitaba; que se volviera al garage. Al otro día a las nueve irían a Ñuñoa. No fueron; Bondel se

levantara tarde. Pero, le citó para las seis.

—¡Nunca me figuré lo que había de pasar, señor! Como dos horas esperé en la calle del Cerro, al lado de la nueva subida. Ya me estaba quedando dormido, cuando sentí un balazo. ¿Creerá que no se me ocurrió lo que podía ser? Al ratito llegaba el patrón muy apurado, diciéndome: "Vamos al Club". Me bajé, pero al tomar la manilla, me dijo: "¡Espera! Olvidé el bastón". Y subió corriendo. Ni cinco minutos se demoró en volver con el bastón; y como yo le había dado fuerza al motor, partimos al tiro pal Club. En el camino, me repitió dos veces: "Cuidado con que se te vaya a salir algo de lo que has visto; muy caro te costaría". Yo no le contado a nadie esto; pero él no se ha portado como debía conmigo. Ciertó que me ha dado plata, pero ahora se me está echando patrás.

—¿Quiéres Benedictine?—dijole Eduardo por todo comentario.

—¡Venga! Todo lo que sea trago es bueno.

—¿Un cigarro puro?

—¡Mejor!

—Me voy a casa—dijo Eduardo; ya son más de las doce. He tenido mucho gusto en comer contigo—agregó dándole la mano. Un día de estos nos veremos.

—Pa mí ha sido el honor... Pero, mire don Eduardo, ¿no podría prestarme unos cien pesos, que estoy tan repobrazo?

V

Con el título de "El Crimen del Cerro", todos los diarios de la capital daban a dos columnas los diversos incidentes ocurridos en los Tribunales, con motivo de la demanda interpuesta por el joven don Eduardo García contra el conocido corredor de comercio, don Gastón Bondel, en la cual le acusaba del doble crimen de estafa y asesinato cometido en los bienes y persona de don Francisco Torontel.

El fundamento de la demanda era nuevo y provocó en los jueces y en el público los comentarios más diversos y contradictorios. Se acompañaban al escrito, como prueba decisiva, las dos fotografías de Eduardo, y se ofrecía el testimonio del chauffeur de Bondel, Timoteo Larenas. Pero, llamado éste a declarar negó todo

conocimiento del asunto de que se trataba. Era verdad que él había conocido al señor Eduardo García, pero sólo de nombre, como conocía a muchos caballeros, por razones del oficio. No quedaba, pues, sino el testimonio espiritista.

El juez de primera instancia, aunque personalmente rechazaba como fábulas infantiles los fenómenos espiritistas, se vió obligado a nombrar un perito en la materia. Recayó este nombramiento en el profesor de Filosofía del Instituto Nacional, don Aristóteles Julio, hombre de ciencia, muy erudito, y no poco inteligente. Demoróse éste más de un mes en evacuar el informe, y cuando por fin apareció aquella luminosa pieza, el público se quedó sin conocerla en su totalidad, porque no hubieran bastado muchas páginas de diario para contenerla. Se transcribieron los párrafos más importantes y más decisivos. Hacía el señor Julio la historia completa del espiritismo, tomando prueba, de su existencia en millares de años antes de Jesucristo, del libro de los Vedas, el más antiguo código religioso que se conoce. Citaba, al efecto, una frase del gran legislador Manou: "Los Espíritus de los antepasados, en estado invisible, acompañan a ciertos Bramanes en las ceremonias conmemorativas de los muertos, bajo una forma aérea, les siguen y se colocan a su lado cuando se sientan". Recordaba a los sacerdotes del antiguo Egipto, dotados de ciertos poderes sobrenaturales y misteriosos. Moisés había prohibido expresamente a los Hebreos la práctica del Espiritismo, diciéndoles: "Que entre vosotros no use nadie de sortilegios y encantamientos ni interrogue a los muertos para conocer la verdad". Homero describe en la Odisea con mucha minuciosidad, las ceremonias en las cuales, Ulises conversaba con la sombra del divino Tiresias. Las sibilas romanas evocando a los muertos e interrogando a los Espíritus, eran sin cesar consultadas por los generales, y ninguna empresa de cierta importancia fué llevada a cabo, sin que se conociera previamente la opinión de dichas sacerdotisas. Patricius e Hilarius fueron conducidos ante un tribunal romano, por crimen de magia; y se defendieron de la acusación, diciendo: "que habían fabricado, con trozos de laurel una pequeña mesa (mensulam), sobre la cual colocaron una fuente circular,

hecha de diversos metales y que contenía un alfabeto grabado sobre los bordes. Enseguida, un hombre vestido de tela de lino, después de recitar una fórmula y de hacer una evocación al dios de la adivinación, tenía suspendido sobre la fuente un anillo de hilo muy fino y consagrado por medios misteriosos. Que el anillo, saltando sucesivamente, pero sin confusión sobre varias de las letras grabadas y deteniéndose en cada una, formaba versos perfectamente regulares, que eran las respuestas correlativas a las preguntas. Un día preguntó uno de ellos, quién sería el sucesor del Emperador actual, y el anillo habiendo saltado, dió las sílabas "Theo". No preguntaron más, persuadidos de que el sucesor sería Theodoro. Los hechos desmintieron más tarde a los magos, pero no a la predicción, porque el sucesor fué Theodosio." Pasaba después el filósofo del Instituto, a los tiempos modernos, comenzando con la familia de John Fox, que habitaba en Hydesville, pequeña aldea del Estado de Nueva York; seguía después con el sabio juez Edmonds, presidente del Senado de la Corte Suprema del distrito de Nueva York y después presidente del Senado, autor de un libro intitulado: "Spirit manifestation"; el profesor Mapes, que enseñaba química en la Academia Nacional de Estados Unidos; el célebre Robert Hare, profesor en la Universidad de Pensilvania; William Crookes, el más eminente hombre de ciencia de Inglaterra; Allan Kardec, el conde Agenor de Gasparin, en Francia; y tantos hombres de ciencia a que habían aceptado, después de experiencias personales, la teoría espiritista. Y después de analizar algunos de los fenómenos relatados en los libros de espiritismo, con lujo de detalles, concluía negando valor de prueba a las fotografías acompañadas por el demandante. Que, aun cuando tuvieran algún valor científico los fenómenos espiritistas, observados por algunos grandes pensadores, el presentado por la parte acusadora no correspondía a ninguno de ellos, ni decía relación con la base del Espiritismo. De las imágenes que aparecían en las dichas fotografías, sólo había una que correspondiera a un muerto; la otra se supone que es la de un vivo, el señor Gastón Bondel; y, por último, se pretendía dar carácter o potencia espiritista a un objeto tan material como un

bastón. Agregaba el profesor que los Tribunales no podían aceptar pruebas de esta naturaleza, sin evidente riesgo de abrir la puerta a los mayores absurdos.

Muy celebrado fué en los círculos universitarios el informe de don Aristóteles Julio, considerándose como el estudio más acabado acerca del Espiritismo; por lo cual el Rector acordó publicarle íntegramente en los Anales de la Universidad. Y el Juez de la causa, apoyado en tan grande monumento científico, dictó sentencia de sobreseimiento definitivo. Todos los días aplaudieron la conducta del Juez, y llegaron hasta insinuar que el joven Eduardo García revelaba síntomas evidentes de enajenación mental. Sin embargo, una revista de espiritismo, El Pan del Espíritu, atacó duramente tanto al Profesor de Filosofía, como al Juez, acusándoles de ignorantes, testarudos que, encastillados en ciertos prejuicios, negaban hechos de cuya veracidad fueran testigos los más grandes sabios de la humanidad. Les invitaban a seguir la conducta del gran William Crookes, quien después de delicadas experiencias científicas, pudo decir al mundo: "Yo no digo que esto es posible, yo digo que esto es".

La sentencia de sobreseimiento fué para Eduardo un golpe espantoso. Le desesperaba la idea de no poder demostrar a los demás lo que era para él una verdad tan clara como la luz del día. El no hubiera aceptado tampoco, como ellos un fenómeno espiritista, a no mediar la declaración del chauffeur con todos los detalles del horrendo asesinato; pero quizás no hubiera mirado como simple coincidencia el hecho de existir en manos de Bondel, el mismo bastón que aparecía en la fotografía. Su absoluta conciencia de las cosas, le impulsó a apelar de la sentencia ante la Corte, para lo cual preparó un alegato, que era una magnífica refutación de lo informado por don Aristóteles Julio. Su amigo, Jorge Santana, abogado joven de mucho talento, quedó encargado de pronunciarlo en la vista de la causa.

A las diez de la mañana del día 13 de agosto de ese año, llegaban los cuatro ministros que componían la Sala. El público numeroso que esperaba en los pasillos del palacio, se apresuró a entrar en la sala, para obtener el mejor sitio. Muchos quedaron afuera, entre otros, la presidente del

Círculo Espiritista del Club de Señoras. apesar de los muchos esfuerzos que hizo para sugestionar al portero en su favor. Era, sin embargo, famosa la señora, por la fuerza de sugestión de sus ojos miopes y por la impertinencia de sus anteojos de mango. Los insultos no le dieron mejor resultado; terminándose el incidente con llantos histéricos y aplicaciones de éter. Y fué éste el primer caso de feminismo callejero en Chile.

Hablaba el abogado de Eduardo García con voz clara, de agradable timbre. El público le escuchaba con simpatía; y apesar de su prevención contra el Espiritismo, en general, fué aceptando uno a uno los ingeniosos argumentos que acumulaba el talento y la ilustración de Eduardo. No eran pocos los que conocían el secreto del afán que impulsaba al joven a probar la inocencia de don Francisco Torontel; y esto les obligaba a mirar con admiración la entereza de carácter con que supiera luchar contra la opinión de todos. Empezaba el alegato por enrostrar al profesor de filosofía del Instituto, el haber copiado literalmente, en su parte histórica, el famoso libro de Gabriel Delanne, *Le Phénomène Spiritiste*, sin señalar la fuente; y en seguida demostraba cómo todos aquellos análisis psicológicos, que le valieran el aplauso de las gentes, eran tomados de Gustavo Le Bon, especialmente en la parte en que decía con tanto énfasis: "El espiritismo es incontestablemente una fé nueva en vía de formación". Gustavo Le Bon había dicho: "Le spiritisme est incontestablement une foi nouvelle en voie de formation". Había que hacer justicia al sabio profesor de la Universidad, designándole como al primero y más grande de los traductores que había tenido el país! Todos los asistentes soltaron la carcajada, y el presidente se vió en la obligación de llamarlos al orden. Y después de referir muchos fenómenos espiritistas apoyados en la autoridad de Crookes, Wallace, Morgan, Darlex, Allan Kardec, Lombroso, Delanne, terminaba el alegato ocupándose de lo único original que pusiera en su informe don Aristóteles Julio, era a saber, la absurdidad del hecho de aparecer en una fotografía espiritista, la imagen de un vi-

vo como Gastón Bondel, y un objeto material como el bastón con cachá de galgo ruso. No se negaba la fuerza del argumento, pero no se reconocía la imposibilidad de desbaratarlo. El caso de Bondel no era otro que el desdoblamiento de su persona en estado normal, fenómeno perfectamente estudiado y aceptado, entre otros, por Lombroso (pág. 221 y 222 de su libro *Hipnotisme et Spiritisme*). Seguramente, Bondel desdoblado, habíase juntado al espíritu de don Francisco Torontel, para impresionar la plancha, en el preciso momento en que se tomaba el retrato de Eduardo García. Este pensaba en ese momento en la muerte del señor Torontel, fundándose para afirmarlo en lo que dice Lombroso, acerca de las fotografías espiritistas: "Las figuras aparecidas son aquellas cuyo recuerdo preocupa a la persona a quien se retrata". ¡Cuanto a la aparición del bastón, la Ilustrísima Corte podía observar en las copias fotográficas que se acompañaban al expediente, la imagen del espíritu de Katie-King, vestido con una túnica blanca, cosa que era a juicio de cualquiera, tan material como un bastón. No era posible creer que los espíritus estuviesen vestidos, y, sin embargo, al materializarse para impresionar una plancha, no acudían desnudos. Y a todo lo dicho, debíase agregar que los espíritus no obran caprichosamente al mezclarse en los asuntos terrenales, sino que les lleva siempre un alto fin como sería en este caso, el de hacer justicia. Y ese mismo bastón en manos de Bondel era su acusación más formidable!

En ese momento la sala pudo presenciar un suceso extraño. El propio Bondel avanzaba, con pasos de sonámbulo hasta la silla de su abogado que ya se disponía a comenzar su alegato; e indicándole con un gesto mudo que se retirase, ocupó su lugar. Luego, dirigiéndose a los ministros, con la mirada extraviada y una voz de extraño timbre, que sobrecogió a los asistentes, confesó su crimen con todos sus pormenores. Y cuando hubo terminado de hablar, tomó del bolsillo del pantalón un revólver, lo aplicó a la sien derecha y disparó, cayendo de lado entre la mesa y el sillón.

Memorias de un revolucionario ruso

La Rusia misteriosa y legendaria.—Pedro Kropotkin.—Su familia.—Su padre.—Retrato de su madre.—Los siervos.—Cómo se hacía una leva de reclutas a mediados del siglo pasado.—El cuerpo de pajes.—Su primer período revolucionario.—Los siervos y lo que significó la abolición de la servidumbre.—Dos anécdotas.—En Siberia.—Profesión de fe anarquista.—Cuántos polacos fueron desterrados a Siberia después de la revolución de 1863?—Kropotkin rehusó el cargo de secretario de la Sociedad Geográfica Russa.—Cuadro de la Rusia reaccionaria de Alejandro II.—Los grandes peculados.—Torturas en las prisiones y ejecución de Karakósoff.—Rakunin.—Introducción de libros prohibidos en Rusia.—Persecuciones.—El atentado contra Alejandro II.—En la prisión.—La fortaleza.—El hospital.—La fuga.—La nueva Rusia.

Con ilustraciones fotográficas

Es indispensable un cabal conocimiento de la organización constitucional del Imperio Ruso para comprender toda la transcendencia que entraña el movimiento revolucionario del mes pasado. Y erran medio a medio los que han juzgado la revolución rusa como un hecho repentino, encargado de hacer desaparecer de raíz las tendencias germanófilas de las altas esferas burocráticas. En realidad el movimiento liberal no decayó en Rusia ni un solo momento, a pesar de la guerra. Pero la rigurosa censura, ejercitada implacablemente tanto en la paz como en la guerra, hace de Rusia una nación caótica, misteriosa y leyendaria... Los curiosos turistas no se arriesgaban por aquellas latitudes: el inquieto Gómez Carrillo apenas si se atrevía a esbozar semblanzas frívolas y pintorescas. Es por eso que aun tiene para muchos la psicología rusa un carácter inexplicable, desconocido y siniestro. Las obras de sus grandes escritores no son las más en boga entre el público: Gogol, Turgueneff, Gorki, Tolstoy, Dostoyewski, andan por ahí en manos de los aficionados.

Ninguna vida habrá quizás más llena de nobles intenciones, de más trágico realce, de más viva y honda inquietud, hasta confundirse con un verdadero apostolado, que la del gran sabio ruso Pedro Kropotkin. La relación de ella contiene la historia de Rusia durante toda la segunda mitad del pasado siglo, así como la del movimiento obrero durante el mismo período. Sus Memorias son de un interés y amenidad realmente novelescos. Kropotkin "es un revolucionario sin énfasis—escribió Jorge Brandes, el maestro dinamurgués—y sin emblema, que se ríe de los juramentos y ceremonias con que los conspiradores se comprometen en dramas

y óperas. Este hombre es la sencillez misma. En cuanto al carácter puede resistir la comparación con cualquiera de los que han combatido por la libertad en todos los pueblos del mundo; ninguno ha tenido más desinterés, ni amado más la humanidad". Vamos a sacar de sus Memorias las partes más sobresalientes que se refieren tanto al movimiento revolucionario durante los últimos cincuenta años, como a la vida rusa misma: puede que estas páginas inciten al lector en un más íntimo conocimiento de la Rusia misteriosa y leyendaria...

Las primeras páginas de sus Memorias están llenas de recuerdos de su infancia en Moscú, de la vida en su hogar, de sus primeros estudios, de escenas domésticas. Al hablar del origen de su familia escribe: "Nuestro padre estaba muy ufano del origen de su familia y señalaba con solemnidad un pergamino que estaba colgado en su estudio: en él se hallaban impresas nuestras armas—las del principado de Smolénsk cubiertas con el manto de armiño y la corona de los Monomachs—y en él estaba escrito y certificado por la Sección de Heráldica, que nuestra familia había tenido origen en un nieto de Rostislán Mstislavich el "Temerario" (nombre tan familiar en la historia rusa como el de cualquier gran príncipe de Hieff), y que nuestros antecesores habían sido grandes príncipes de Smolénsk. Me costó trescientos rublos el obtener ese pergamino—acostumbraba a decir nuestro padre. Como la generalidad de las gentes de su tiempo, no estaba muy versado en la historia rusa, y avaloraba el pergamino más por su coste que por su importancia histórica. El hecho es, sin embargo, que el origen de mi familia es verdaderamente muy antiguo; pero como la ma-



yoría de los descendientes de Rurik, a quien se puede considerar como el representante del período feudal de la historia rusa, ella fué relegada a segundo término cuando éste concluyó, y los Romanoff, entronizados en Moscou, empezaron la obra de consolidar el Estado ruso. En los últimos tiempos, ninguno de los Kropotkins parece haber tenido una predilección especial por los puestos oficiales. Nuestros bisabuelos y abuelo, ambos se retiraron del servicio militar en su juventud, apresurándose a volver a sus posesiones de familia, la principal de las cuales era Urúsono, situada en el Gobierno de Oyayán, en una alta colina al borde de fértiles praderas, capaz de tentar a cualquiera por la hermosura de sus sombríos bosques, sus risueños ríos e inmensos prados. Nuestro abuelo no era más que teniente, cuando dejó el servicio y se retiró a Urúsono, dedicándose a cuidar de este estado y a la compra de otros en las provincias más inmediatas".

Kropotkin pinta a su madre como "un oficial típico del tiempo de Nicolás I. Lo cual no quiere decir que estuviera animado de ardor bélico, ni que le gustase la vida de campaña; dudo que pasara una sola noche de su vida ante el fuego del vivac o hubiese tomado parte en una batalla..." Apunta que cuando él y su hermano le preguntaban "como ganó la cruz de Santa Ana", "por méritos de guerra", y la espada con empuñadura de oro que llevaba, debo confesar que no quedábamos muy satisfechos; el caso era induda-

blemente bien prosaico. Los oficiales del Estado Mayor se hallaban alojados en un pueblo turco, cuando éste se incendió; en un momento se vieron las casas rodeadas por las llamas;—en una de ellas se había quedado una criatura, cuya madre daba desgarradores lamentos. En el acto, Frol, el asistente que siempre acompañaba a su señor, se arrojó al fuego y salvó al niño. El general, que había presenciado la acción, le dió en el mismo instante a nuestro padre la cruz del mérito militar. ¡Pero padre!—dijimos nosotros.—¡fué Frol quien salvó la criatura!—¿Y qué?—contestó él del modo más natural del mundo. ¡Acaso no era mi asistente? Lo mismo da".

De su madre hace el sabio ruso un retrato henchido de suave emoción. Oídle: "Nuestra madre era ciertamente una mujer notable, dada su época. Muchos años después de su muerte descubrí en el rincón de una despensa de nuestra casa de campo una gran cantidad de manuscritos suyos, hechos con pulso firme y una hermosa letra; había un diario en que hablaba con alegría de los paisajes alemanes y de sus amarguras y sus ansias de felicidad; libros que había llenado de versos rusos prohibidos por la censura; entre ellos las magníficas baladas históricas P. de Rylioff, el poeta a quien Nicolás I ahorcó en 1826; otros libros contenían música, drama, franceses, versos de Lamartine, poemas de Byron, copiados por ella, y un gran número de acuarelas". Era la hija menor del jefe de un

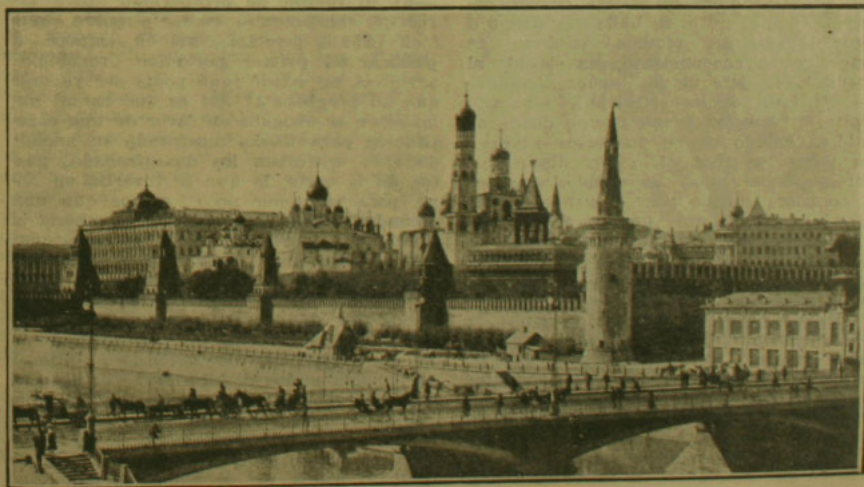
cuerpo de ejército, el general Solima. "Alta, delgada, adornada con una abundante cabellera de un castaño subido, ojos del mismo color y una boca pequeña, parecía hallarse casi animada en un retrato al óleo que había sido hecho "con amore" por un buen artista. Siempre alegre y por lo general contenta, era aficionada al baile, y las mujeres de los campesinos de los pueblos nos contaban cuánto le gustaba contemplar desde un balcón sus danzas (acompañadas y graciosas), concluyendo por tomar también parte en ellas. Tenía un temperamento artístico; en un baile fué donde cogió el catarro que más tarde produjo la inflamación de los pulmones que la llevó al sepulcro".

Las reminiscencias domésticas alternan con los mí insignificantes acontecimientos de su primera juventud, Poco a poco va desapareciendo este tono familiar: habla de las condiciones de vida del campesino ruso, de sus costumbres, de la organización social nacional, todo salpicado de sugestivas anécdotas. Al referirse a los siervos escribe: "No se reconocía, ni aún se sospechaba, que los siervos tuvieran sentimientos humanos; y cuando Turguevoff publicó su pequeña historia "Mumu", y Grigovitch comenzó a dar a luz sus novelas sentimentales, en las que hacía llorar a sus lectores sobre la desventura de los siervos, para muchas gentes aquello fué una inesperada revelación. "Es posible que amen ellos como nosotros", exclamaban las damas sensibles, que no podían leer una novela francesa sin derramar lágrimas por los trabajos que pasaban los héroes y las heroínas nobles".

Aterradoras son las páginas que Kro-

potkin consagra al servicio militar en Rusia, allá a mediados de la pasada centuria: hay que recorrerlas íntegras para juzgar el sombrío y siniestro sistema que campeaba en la organización militar moscovita. "En tiempo de Nicolás I.—dice—no existía el servicio militar obligatorio como hoy sucede. Los nobles y los comerciantes se hallaban libres de él; y cuando se ordenaba una nueva leva de reclutas, los propietarios territoriales tenían que presentar un número determinado de siervos. Por lo general, los labriegos en sus agrupaciones comunales guardaban un registro para su uso particular; pero los dedicados al servicio doméstico se hallaban por completo a merced del señor, y si éste estaba disgustado con alguno, no tenía más que mandarlo a la caja de reclutamiento y recoger el correspondiente recluto, que tenía un valor de importancia, pues podía venderse a cualquiera que le tocara la suerte de soldado. El servicio militar en aquellos tiempos era terrible: se le exigía a un hombre servir veinticinco años bajo las banderas, y la vida del soldado era extremadamente penosa. El entrar en el ejército significaba el verse separado para siempre de su pueblo natal y de la comarca, y hallarse a merced de jefes groseros y brutales. Golpes de los oficiales, azotes con varas de abedul y palizas por la más leve falta, eran cosas normales.

La catedral de que se hacía gala se sobreponía a todo lo imaginable. Hasta en los cuerpos de cadetes, en los que sólo recibían instrucción los hijos de los nobles, mil azotes, con varas de abedul se administraban algunas veces, en presencia de todo el cuerpo, por cuestión de un cigarro.





El antiguo Moscou.

rrillo, hallándose al lado del niño atormentado el médico, quien sólo ordenaba que se suspendiera el castigo cuando observaba que el pulso se hallaba próximo a dejar de latir. La víctima, cubierta de sangre y sin conocimiento, era llevada al hospital. El jefe de las escuelas militares, el gran duque Mikhael, separaría pronto al director de un cuerpo donde no hubiera habido uno o dos casos semejantes todos los años. "No hay disciplina", hubiese dicho. Con los simples soldados la cosa era mucho peor. Cuando alguno de ellos aparecía ante un consejo de guerra, la sentencia era que mil hombres se colocaran en dos filas, una frente de otra, estando cada soldado armado de un palo del grueso del dedo pequeño, y que el condenado pasara tres, cuatro, cinco o siete veces por el centro, recibiendo un golpe de cada soldado, vigilando la operación los sargentos, a fin de que aquellos le dieran con fuerza. Después de haber recibido mil o dos mil golpes la víctima, escupiendo sangre, era conducido al hospital, donde se procuraba curarlo, con objeto de que concluyera de sufrir el castigo

tan pronto como se hallara más o menos repuesto del efecto de su primera parte. Si moría en el tormento, la ejecución de la sentencia se completaba en el cadáver. Nicolás I y su hermano Mikhael eran implacables: no había jamás indulto posible. "O, daré una carrera de baquetas que os hará saltar la piel", eran amenazas que formaban parte del lenguaje corriente.

Un terror sombrío se extendía por toda la casa cuando se sabía que algunos de los criados iba a ser enviado a la caja de reductas. Al infeliz se le ponían grillos y se le vigilaba de cerca, para evitar que se suicidara: se traía una carreta y lo sacaban entre dos guardianes, rodeándolo todos los sirvientes. El saludaba profundamente, pidiendo a todos que lo perdonaran si los había ofendido voluntaria o involuntariamente. Si sus padres vivían en el pueblo venían a verlo partir; él hacía una gran reverencia ante ellos;—su madre y las demás mujeres de la familia empezaban a cantar en coro sus lamentaciones; era una especie de canto medio recitado: "¿Por quién nos abandonas? ¿Quién cuidará de tí en tierra extraña? ¿Quién te protegerá contra los perversos? "Exactamente en el mismo tono y en la misma letra con que cantan en los entierros".

En 1857 Kropotkin ingresó al cuerpo de pajes, donde "sólo ciento cincuenta niños en su mayoría hijos de la nobleza de la corte, recibían educación en este cuerpo privilegiado, en el que se hallaba combinado el carácter de una escuela militar, a la que se habían otorgado derechos especiales, y el de una institución cortesana agregada a la casa imperial". Después de recordar que "los años 1857—61 lo fueron de prosperidad para las fuerzas intelectuales rusas", refiere que "en 1859 o principios del 60, empecé a publicar mi primer periódico revolucionario. A tal edad, ¿qué podía ser yo más que un progresista? Así es que en mi publicación se abogaba en favor de una constitución para Rusia, mostrando su necesidad: se criticaban los desenfundados gastos de la corte, lo que se invertía en Niza, para mantener poco menos que una escuadra a disposición de la emperatriz viuda, que murió en 1860; se mencionaban los abusos de los funcionarios, de que continuamente oía yo hablar, y se hacía la apología del sistema constitucional. La tirada era de tres ejemplares, que yo deslizaba en las carpetas de tres compañeros de las clases más adelantadas, a quienes yo suponía pudieran interesarse en la cosa pública, encargándoles a los lectores que las observaciones que quisieran hacer las colocaran tras el reloj escocés de la biblioteca. Con verdadera emoción fui al siguiente día a ver si habían dejado algo

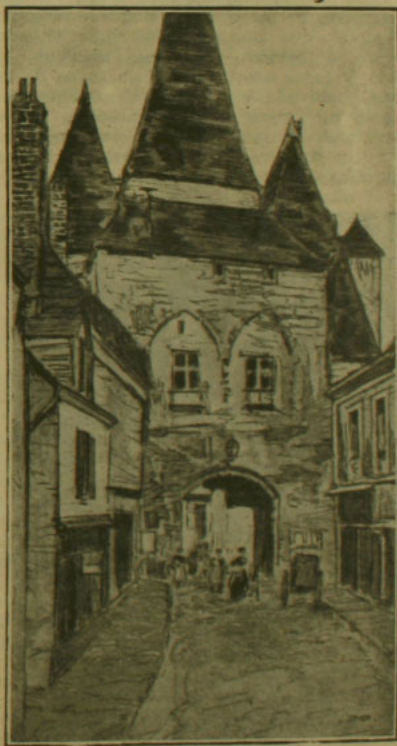
para mí. Allí encontré dos notas: dos compañeros escribían que simpatizaban mucho con la idea—sólo me aconsejaban que no me arriesgara demasiado...

“La abolición de la servidumbre—escribe Kropotkin en sus Memorias—era el asunto que en aquel tiempo llamaba más la atención de todos los hombres pensadores. El aldeano ruso es capaz de demostrar una obediencia servil al señor territorial o al agente de palacio; se inclinará ante su voluntad de un modo expresivo; pero no los considerará como hombres superiores; y al poco después el uno o el otro le habla del heno o de otra cosa por el estilo, le contestará como de igual a igual. Jamás vi en el campesino ruso ese servilismo, convertido en una segunda naturaleza, con que un empleado de poca categoría le habla a otro de más elevado rango, o un lacayo a su amo. Es verdad que se somete a la fuerza fácilmente, pero no le rinde culto. “Pensad en toda la dolorosa transcendencia que entrañaba la abolición de la servidumbre. Con dos anécdotas sugestivas nos la describirá el escritor ruso”: Al cruzar una vez más la procesión el muelle—dice—de vuelta hacia palacio, un viejo campesino, también con la cabeza descubierta, abriéndose camino a través de las dos filas de soldados que formaban en la carrera de la procesión, cayó de rodillas en los pies mismos del emperador, presentando un memorial, y gritando con lágrimas en los ojos: “¡Padre, defiéndenos!” Siglos de esclavitud de la población rural rusa se hallaban comprendidos en esta exclamación; pero Alejandro II, que algunos minutos antes se había reído, durante el servicio religioso de una peluca descompuesta, pasó ahora junto al campesino sin hacer el menor caso de él. Yo iba inmediatamente tras el primero, y sólo observé un ligero estremecimiento de temor ante la súbita aparición del segundo, después de lo cual continuó caminando sin dignarse siquiera dirigir una mirada a la criatura humana que se hallaba a sus pies. Miré a mi alrededor: los ayudantes no estaban allí; el gran duque Constantino, que venía detrás, hizo el mismo caso del pobre que su hermano; no había, pues, nadie que tomara la petición, así que yo la recogí, a pesar de saber que por ello sería fuertemente reprendido; porque, en verdad, no era esa mi misión; pero recordé lo que le habría costado al labriego llegar hasta la capital primero, y hasta el emperador después. Como todos los de su clase que presentaban memoriales al Zar, iba a ser arrestado, nadie sabe por cuánto tiempo”.

“Once años después de esta época memorable fui a aquel mismo estado que había heredado de mi padre, donde permanecí durante algunas semanas, y en la tarde del día de mi partida, el cura de

nuestra aldea, hombre de inteligencia e ideas independientes, tipo que se encuentra algunas veces en nuestras provincias del Sur, salió a dar un paseo por los contornos del lugar. La puesta del sol era espléndida; un aire, embalsamado venía de los campos, y a poco de caminar encontré a un aldeano de regular edad, llamado Antón Savellieff, sentado sobre una pequeña eminencia, leyendo un libro de salmos. El pobre apenas sabía deletrear el antiguo eslavo, y con frecuencia solía empezar un libro por la última página, volviendo éstas al revés; pero así y todo le agradaba la lectura, y cuando una palabra que llamaba su atención la encontraba repetida, eso le producía contento; en aquel instante leía un salmo, cada uno de cuyos versos empezaba con la palabra “regocijaos”.

“¿Qué lees?”, le pregunté aquel: “Os lo voy a decir ahora, padre: hace catorce años el viejo príncipe vino aquí; era en invierno. Yo no había hecho más que volver a casa medio helado; se había desencadenado una tormenta de nieve; no hice más que empezar a desnudarme, cuan-



El antiguo Moscu.

do se oyó un golpe a la ventana. Era el corregidor, que gritaba: "¡Id a casa del príncipe: os necesita!". Todos nosotros—mi mujer y mis hijos—nos quedamos petrificados. "¿Para qué te querrá?", exclamó alarmada mi mujer. Yo salí santiguándome; la nieve me quitaba la vista al cruzar el puente; pero todo concluyó en bien. El viejo príncipe estaba durmiendo la siesta, y cuando se despertó me preguntó si sabía trabajar de albañilería.—sólo me dijo que volviera al día siguiente a recoger los desconchados de una habitación. Así, que me fui a casa muy contento, y al llegar al puente encontré allí a mi mujer, que me esperaba. En aquel lugar había estado, a pesar de la tormenta, aguardándome con el niño en los brazos. "¿Qué ha ocurrido, Savélieff?", gritó al verme. "Nada de particular—le contesté—sólo me necesita para hacer un chapuz". Esto pasaba, padre, en aquel tiempo, y ahora el joven príncipe vino aquí el otro día; fui a verlo y lo encontré en el jardín tomando el té a la sombra; usted, padre, estaba con él y el corregidor del cantón con su cadena de alcalde sobre el pecho. "¿Quieres tomar té, Savélieff?", me preguntó. "Toma asiento, Petro Gregorieff, dijo al mayordomo, danos otra silla. Y aquel, que tanto nos aterraba cuando estaba al servicio del viejo príncipe, la trajo, y todos nos sentamos en torno de la mesa, hablando y tomando el té que él mismo nos sirvió a todos nosotros. Pues bien, padre, como la tarde está tan hermosa y el aire viene embalsamado, yo me siento y leo: ¡regocijaos!, ¡regoci-

jaos!". Esto es lo que la abolición de la servidumbre significaba para los campesinos.

Después que salió del cuerpo de pajes Kropotkin pidió que lo destinaran a Siberia. Enorme impresión causó esto entre sus compañeros principalmente porque tendría que usar un uniforme "gris como el de los obreros". Esto acontecía en 1862. Aquí en Siberia fué donde sus ideas se transformaron por completo. Oigámonle: "Habiendo sido criado en el seno de una familia propietaria de siervos, entré en la vida activa, como todos los jóvenes de mi tiempo, con un gran convencimiento de lo necesario que es mandar, ordenar, reprender, castigar y demás; pero cuando, en la primavera de la vida, tuve a mi cargo empresas de importancia y tratos con los hombres, y cuando cada error hubiera podido tener en el acto graves y serias consecuencias, empecé a apreciar la diferencia que existe entre servirse del servicio del mando y la disciplina o valerse del común acuerdo. El primero es de gran efecto en una parada militar; pero carece de valor allí donde se trata de la vida real, y sólo se puede obtener el éxito por el esfuerzo supremo de muchas voluntades convergentes a un mismo fin. Aun no formulé entonces mis observaciones en términos análogos a los usados por los partidos militantes, puedo decir ahora que perdí en Siberia toda la fe en la disciplina del Estado, que antes pudiera haber tenido; preparándose así el terreno para convertirse en anarquista. Desde la edad de diecinueve años, a la de veinticinco, tuve que ocuparme en importantes trabajos de reformas, tratar con centenares de hombres en el Amur, disponer y llevar a cabo arriesgadas expediciones, con medios ridículos por su insignificancia, y otras cosas parecidas; y si todo esto terminó de un modo más o menos satisfactorio, sólo lo atribuyo al hecho de que pronto comprendí que, en situaciones graves, el mando y la disciplina prestan bien poca ayuda. Los hombres de iniciativa hacen falta en todas partes; pero una vez dado el impulso, la empresa ha de ejecutarse, especialmente en Rusia, no en forma militar, sino en una especie de modo comunal, por medio del general acuerdo. Desearía que todos los que frugan planes de gobierno autocrático, pudieran pasar por la escuela de la vida real, antes de empezar a forzar sus utopías de Estado; entonces se oíría hablar mucho menos que al presente de proyectos de organización militar y piramidal de la sociedad".

Durante su estada en Siberia el sabio ruso pudo dedicarse enteramente a sus observaciones y estudios científicos: llenas están sus Memorias de la prueba de ello. Recogió también allí interesantes datos sobre la organización administrativa y



Mujeres rusas.

rural, sobre las condiciones de vida y sobre el movimiento político. Lo que costaba una revolución en Rusia, nos lo va a decir Kropotkin a propósito de la revolución polaca de 1863, que duró dieciocho largos meses. "Las desastrosas consecuencias para Polonia de esta revolución—escribe—son conocidas; pertenecen al dominio de la historia. ¡Cuántos miles de hombres perecieron sobre el campo de batalla, cuántos centenares fueron ahorcados, y cuántos miles desterrados a varias provincias de Rusia y Siberia! Aún no se sabe con certeza, pero hasta en las cifras oficiales publicadas en Rusia hace algunos años, se encuentra que, sólo en las provincias lituanianas, sin hablar de Polonia propiamente dicha, aquel hombre terrible, Mikhael Muravioff, a quien el gobierno ruso ha levantado un monumento en Wilno, ahorcó, por su propia autoridad, 128 polacos, y desterró a Rusia y Siberia 9,423 hombres y mujeres. Listas oficiales, publicadas también en Rusia, demuestran que el número de aquellos, de ambos sexos, enviados de Polonia a Siberia, llegó a 18,672, de los cuales 10,407 se mandaron a la Siberia oriental. Recuerdo que el gobierno general de esta última región me indicó el mismo número, diciendo que 11,000 personas vinieron condenadas a trabajos forzados o destierro a sus dominios. Yo los vi allí, y presencié sus sufrimientos; en totalidad, sobre unas 60 o 70,000 personas, si no más, fueron arrancadas de sus hogares y transportadas a diferentes provincias de Rusia, a los Urales, al Cáucaso y a Siberia". Después de esta insurrección, habiendo comprendido lo que significaba el servicio militar, Pedro Kropotkin y su hermano Alejandro, abandonaron el ejército.

Los años siguientes Kropotkin se dedicó por entero a sus estudios, trabajando para la Sociedad Geográfica Rusa, de cuya sección de geografía física era secretario. Fué enviado por esta institución científica a Finlandia y Suecia, para explorar los depósitos glaciares, regiones por las que realizó "un modesto viaje".

De vuelta de este su viaje, la Sociedad Geográfica le ofreció el cargo de secretario de ella; Kropotkin lo rehusó. ¿Qué motivo tuvo para ello? Oigámonle: "Vi la inmensa cantidad de trabajo que el campesino finlandés emplea en roturar la tierra y en romper el barro endurecido, y me dije a mí mismo: 'Escribiré la geografía física de esta parte de Rusia, y le diré al agricultor el mejor modo de cultivar el suelo. Aquí, un extractor de raíces americano sería de gran valor; allí la ciencia indicaría los sistemas más adecuados de abonos'..." ¿Pero de qué serviría hablarle de las máquinas americanas, cuando apenas tiene lo indispensable para poder vivir de una cosecha a otra, cuando



Palacio de Tsarkoe-Selo, donde actualmente se encuentran prisioneros los Romanoff.

la renta que tiene que pagar por ese barro duro crece cada vez más, en proporción a las mejoras que introduce en el terreno". Teniendo que roer sus tortas de harina de centeno, duras como la piedra, que cuece dos veces al año, comiendo con ellas un pedazo de bacalao horriblemente salado y bebiendo un trago de leche destañada, ¿cómo me he de atrever a mencionarle tales máquinas, cuando todo lo que puede reunir apenas basta para pagar rentas e impuestos? El necesita que yo viva en su compañía, que le ayude a que sea el dueño o el libre poseedor de la tierra que ocupa: entonces podrá leer libros con provecho, pero no ahora".

Lo que era la Rusia de mediados del pasado siglo lo ha dicho Kropotkin con sinceridad y valentía. Hay que leer aquellas páginas de sus Memorias, en que pinta la situación política y social de aquellos años, para formarse idea de lo que significa un movimiento social en tal medio. "El general Shuvaloff, jefe de la policía de Estado, y el general Trepoff, jefe de la de San Petersburgo, eran en realidad los verdaderos gobernadores de Rusia; Alejandro II no era más que su instrumento, su juguete, y ellos dominaban por el terror. Trepoff había atemorizado hasta tal punto a Alejandro con el espectro de la revolución que debía estallar en San Petersburgo, que si el omnipotente jefe de policía se retrasaba algunos minutos en venir a dar su parte diario a palacio, el emperador solía preguntar en el acto: '¿Ocurre algo en la capital?' Shuvaloff

sacaba todo el mayor partido posible del actual estado de ánimo de su señor; preparaba una medida reaccionaria tras otra, y cuando Alejandro manifestaba repugnancia a firmar alguna de ellas, aquél hablaba de la revolución que se acercaba y de la suerte que cupo a Luis XVI implorándole, "por la salvación de la dinastía", que firmara las nuevas adiciones a las leyes de represión. A causa de todo esto la tristeza y los remordimientos se apoderaban, de tiempo en tiempo, de Alejandro; cuando esto sucedía se le veía caer en profunda melancolía y hablar con tristeza de lo brillante que fué el principio de su reinado, y del carácter reaccionario que iba tomando. En tales momentos, Shuvaloff organizaba una cacería de osos; tiradores, alegres, cortesanos, y carruajes llenos de muchachas de la servidumbre de palacio, iban a la floresta de Novgorod; Alejandro, que era buen tirador, mataba un par de osos, dejando que los animales llegaran a pocos metros de su rifle, y allí, en medio de la excitación de la fiesta cinegética, obtenía Shuvaloff la firma de su señor para cualquier proyecto de represión, o de robo en favor de sus clientes, tramado por él. Alejandro II no era ciertamente un hombre adocenado; pero dos personalidades distintas moraban en él, ambas fuertemente desarrolladas, y luchando una contra otra; y este combate interno se fué haciendo cada vez más vivo con los años. Podía ser de un trato exquisito, y un momento después conducirse de un modo brutal; poseía un valor frío y razonado en presencia de un verdadero peligro, pero vivía en un temor constante de otros, que sólo existían en su imaginación. No era ciertamente cobarde, y esperaba al oso frente a frente; en una ocasión cuando el animal no había sido muerto del primer disparo y el hombre que se hallaba a su espalda con una lanza, al adelantarse, fue derribado por el oso, acudió, el Zar en su auxilio, matándolo casi a boca de jarro (supo esto por el mismo interesado), y sin embargo se vió toda su vida perseguido por temores engendrados en su mente y por la intranquilidad de su conciencia. Era de maneras afables para con sus amigos; pero esta bondad se hallaba contrabalanceada por una fría y terrible crueldad—análoga a la del siglo XVII,—de la que hizo gala al sofocar la insurrección polaca, y más tarde, en el 80, cuando se tomaron idénticas medidas para dominar el levantamiento de la juventud rusa; crueldad de que nadie le hubiera creído capaz. Vivía, pues, una doble existencia, y en el período que habló firmaba sin dificultad los decretos más reaccionarios y después se arrepentía de haberlos hecho. Hacia el fin de sus días, esta lucha interna, se hizo más activa aún, asumiendo un carácter poco menos que trágico.

En 1872, Shuvaloff fué nombrado para la embajada en Inglaterra; pero su amigo el general Potápoft, continuó la misma política hasta el principio de la guerra turca en 1877; durante todo este tiempo las más escandalosas dilapidaciones de la hacienda pública, así como de los bienes de la corona, de los estados confiscados en Lituania después de la insurrección, de las tierras de Barkir en Oremburgo y otras, se efectuaban en grande escala. Algunas de estas "irregularidades", fueron posteriormente descubiertas y juzgadas públicamente por el Senado, que actuaba como alto Tribunal Supremo, después que Potápoft perdió el juicio, y Trépoff fué reemplazado, procurando sus rivales en palacio presentarles a la vista de Alejandro tales como eran. En una de estas investigaciones judiciales se vino a saber que un amigo de Potápoft había, del modo más vergonzoso, robado sus tierras a los campesinos de un estado de Lituania, y después, apoyado por sus amigos en el Ministerio de la Gobernación, consiguió que los aldeanos que pidieron justicia fueran presos, apaleados, bárbaramente y fusilados por la tropa; siendo esta una de las narraciones de este género más repugnantes que se encuentran en los anales rusos, a pesar de que en ellos tanto abundan robos semejantes. Solo después que Vera Zaslúch disparó contra Trépoff, hirándole (para vengar el que por orden suya hubieran apaleado a un preso político en la prisión), fué cuando las inmundicias de Potápoft y sus pantagruados llegaron a ser bien conocidas y él despedido. Creyéndose que iba a morir, Trépoff hizo testamento, por lo cual se supo que este hombre, que había hecho creer al Zar que moría pobre, a pesar de haber ocupado muchos años el puesto lucrativo de jefe de la policía de San Petersburgo, dejó en realidad a sus herederos una fortuna considerable. Algunos cortesanos se lo participaron a Alejandro II. Trépoff perdió su crédito, y entonces fué cuando algunas de las indignidades del partido de los Shuvaloff, Potápoft y Trépoff se presentaron ante el Senado.

El pillaje a que se entregaban en todos los ministerios, especialmente en relación con los ferrocarriles y toda clase de empresas industriales, era verdaderamente enorme, habiéndose hecho en aquella época inmensas fortunas. La marina, según el Emperador dijo a unos de sus hijos, "se hallaba en los bolsillos de unos y otros". El costo de los ferrocarriles garantizados por el Estado era, indudablemente, fabuloso, y en cuanto a empresas mercantiles, se sabía públicamente que no había manera de fundar ninguna, a menos que un tanto por ciento sobre los dividendos no se prometiera a varios funcionarios de los diferentes ministerios. A un amigo mío que

intentaba montar una industria en San Petersburgo, le dijeron francamente en el Ministerio de la Gobernación que tendría que pagar 25 por ciento del producto neto a una persona determinada, 15 a otro en el Ministerio de Hacienda, 10 a otro en el mismo Ministerio, y 5 por ciento a una cuarta. El trato se hacía sin reserva alguna, teniendo de ello conocimiento Alejandro II; sus propias observaciones escritas en las Memorias del interventor general, lo atestiguan bien claramente; pero como veía en los bandidos sus protectores contra la revolución, los mantenía en sus puestos hasta que los robos producían un escándalo monumental.

Los grandes duques jóvenes, con excepción del presunto heredero, más tarde Alejandro III, quien fué siempre un económico "pater familiae", seguían el ejemplo de su padre; las orgías que uno de ellos solía celebrar en un pequeño restaurant del Keusky Prospekt eran tan degradantemente notorias, que una noche el jefe de policía tuvo que intervenir amenazando al dueño con enviarle a Siberia si jamás volvía admitir en su "salón gran duque", a éste. ¡Imaginad mi perplejidad—me decía dicho hombre en una ocasión, cuando me enseñaba ese local, cuyas paredes y techos se hallaban forrados de gruesos cojines de satén;—de un lado tenía que ofender a un miembro de la familia real, que podría hacer de mí lo que quisiera, y del otro el general Trépoff, me prometía mandarme a Siberia! Pero, como es natural, hice lo que éste me ordenaba, pues, como sabéis, el general es ahora omnipotente! Otro de los grandes duques se hizo sospechoso por sus costumbres, que pertenecen al dominio de la psicopatía, y un tercero fué desterrado a Turquestán, después de haber robado los diamantes de su madre.

La emperatriz María Alexandrovna, abandonada por su marido, y probablemente horrorizada del giro que tomaba la vida de la corte, se hizo cada vez más devota y pronto cayó en manos del capellán mayor de palacio, representante de un tipo completamente nuevo en la Iglesia rusa: el jesuítico. Este género de clero acicalado y corrompido, realizó rápidos progresos en aquella época; ya trabajaba enérgicamente y con éxito para convertirse en una potencia del Estado y apoderarse de las escuelas'.

Hay que decir, sin embargo, que la atmósfera política era tal, que los hombres de buena voluntad tenían razones, o al menos excusas, de consideración, para permanecer retraídos. Después de haber disparado Karakósoff contra Alejandro II, en abril de 1866, la policía de Estado se había hecho omnipotente; toda persona sospechosa de "radicalismo", se hubiera o no metido en algo, tenía que vivir constantemente bajo la amenaza de ser el me-

jor día arrestado, tan sólo por haber demostrado alguna simpatía a tal o cual persona complicada en cuestiones políticas, o bien por alguna carta encontrada en un registro nocturno, o simplemente por sus "peligrosas" opiniones; y la prisión política podía lo mismo significar años de reclusión en la fortaleza de San Pedro y San Pablo, que destierro a la Siberia, o tormentos en los calabozos de aquella'.

Muchas, innumerables carifas podrían llenarse con los relatos que hace Kropotkin de la Rusia de aquellos sus años de juventud. Todos los horrores de la vida en las prisiones, las feroces persecuciones, los



Palacio de Nicolás I.

tormentos crueles de las mazmorras, desfilan por las páginas de las Memorias del sabio ruso, en tenebrosa procesión. Leed lo que escribe: "En 1866 yo estaba en Siberia: uno de nuestros oficiales que viajaba de Rusia a Irkutsk, hacia el fin de aquel año, encontró en uno de los paraderos dos gendarmes, quienes habían acompañado a Siberia a un empleado desterrado por robo, y volvían al punto de partida. El primero, que era un hombre muy campechano, al verlos tomando té en una fría noche de invierno, se sentó a su lado, poniéndose a conversar con ellos mientras se cambiaban los caballos; uno de los gendarmes había conocido a Karakósoff, quien había disparado un día sobre Alejandro II en el momento que salía del jardín de verano para tomar su carruaje; pero, no le dió y fué preso en el acto. "Era un hombre listo,—dijo él;—cuando estaba en la fortaleza, nos ordenaron a una pareja que se re-

levaba cada dos horas no dejarle dormir. Así es que lo teníamos sentado en un banco, y en el momento de empezar a dar cabezadas, lo sacudíamos para despiabarlo... ¡Cumplimos con lo que se nos ordena!... Y mirad si era vivo: se sentaba con las piernas cruzadas, columpiando una de ellas, para hacernos creer que estaba despierto, y mientras tanto echaba un sueñecito sin dejar de mover la pierna; pero pronto descubrimos la treta, comunicándolo a los que nos relevaron; de modo que se le sacudía y despertaba de cuando en cuando agitando la pierna o no. "¿Y cuánto duró eso?" le preguntó mi amigo. "Oh, muchos días; más de una semana". El carácter cándido de esta confesión es en sí mismo una prueba de veracidad; no es posible fuera inventada; y que se torturó a aquel hasta ese extremo, puede considerarse como indudable.

Cuando ahorcaron a Karakósoff, uno de mis antiguos compañeros del cuerpo de pajes se hallaba presente en la ejecución con su regimiento de coraceros. "Al sacarlo de la fortaleza—me dijo mi amigo—y verlo sentado en la alta plataforma del carro, que trepidaba al pasar por los glacia de aquella, mi primera impresión fué que lo que conducían al patíbulo era un muñeco elástico, y que Karakósoff ya había muerto. Imaginad que la cabeza, las manos y todo el cuerpo, se hallaban completamente relajados, como si no existieran los huesos, o como si estos hubieran sido todos quebrantados. Era terrible ver aquello y pensar lo que significaba. Cuando los soldados lo bajaron del carro, vi que movía las piernas y hacía desesperados esfuerzos para andar y subir las gradas del cadalso; de modo que no era un maniquí ni se puede decir que había perdido el conocimiento. Todos los oficiales quedaron sorprendidos de aquello, que ninguno se acertaba a explicar". Sin embargo, al hacerle observar que tal vez el reo habría sido atormentado, se le subió la sangre al rostro y contestó: "Eso mismo pensamos todos".

De Bakunin hace Kropotkin en sus Memorias un retrato sencillo y cariñoso. Recuerda su vida inteligencia, su desprendimiento, la fe que tenía en la revolución y su prestigio entre los socialistas suizos.

Después de un viaje que hizo el sabio ruso a la Europa occidental, se vió en grandes dificultades para introducir a su patria las obras que había adquirido. Olgámosse su relato: "Durante mi viaje compré muchos libros y colecciones de periódicos socialistas; en Rusia los primeros se hallaban "absolutamente prohibidos" por la censura, y algunos de los segundos, así como las Memorias de los Congresos internacionales, no podían encontrarse a ningún precio, ni aún en Bélgica. "¿Me desprendré de todo esto, cuando

mi hermano y mis amigos gozarían tanto con tenerlo en San Petersburgo?", me pregunté a mí mismo decidiendo introducirlo en Rusia por todos los medios posibles. Volví a San Petersburgo por la vía de Viena y Varsovia. Miles de judíos vivían del contrabando en la frontera polaca, y pensé que si conseguía dar tan sólo con uno de ellos, mis libros pasarían con facilidad al otro lado. Sin embargo, el apearse en una pequeña estación de ferrocarril cerca de la raya, mientras que los demás viajeros continuaban en el tren, y ponerse allí a buscar gente dedicada al contrabando, hubiera sido poco razonable; así que, tomando una vía lateral, me dirigí a Cracovia. "La capital de la antigua Polonia está cerca de la frontera", pensé, y "en ella he de encontrar algún judío que me ponga en relación con los hombres que necesito". Llegué a la ciudad, en otro tiempo renombrada y brillante, por la noche, y a la mañana siguiente, muy temprano, salí del hotel, dispuesto a realizar mi ojeo. Pero, con gran sorpresa mía me encontré con que a la vuelta de cada esquina, y en cualquier parte del desierto mercado a donde dirigiera la vista, se tropezaba con uno de ellos que, con la túnica tradicional y largos cabellos, en la misma forma que lo usaban sus antepasados, aguardaba que algún noble o comerciante lo ocupara, dándole por el mandado algunas monedas de cobre. Me hacía falta encontrar un "judío", y ahora eran muchos los que me salían al paso. ¿A cuál interrogaría? Después de recorrer toda la población, y ya desesperado, decidí abordar al que se hallaba a la entrada misma de mi hotel,—inmenso palacio antiguo, cuyos salones se habían visto en otro tiempo invadidos por una elegante multitud vestida de vivos colores y entregada a la danza, y ahora tenían la más modesta misión de dar hospedaje a alguno que otro viajero—explicándole al sujeto mencionado mi deseo de introducir secretamente en Rusia un paquete algo pesado de libros y periódicos. "¿Es muy difícil?" le pregunté. "Esto se hace fácilmente" me replicó. "Haré venir al representante de la Compañía Universal de (con perdón sea dicho) Trapos y Huesos. Hacen el mayor negocio de contrabando del mundo, y es seguro de han de servir". Media hora después volvía en efecto, con el tal representante, joven elegantísimo, que hablaba perfectamente el ruso, el alemán y el polaco. Miró el paquete, lo tomó en peso y me preguntó qué clase de libros contenía. "Todos están prohibidos por la censura. Le respondí, y por eso hay que introducirlos de esa manera". "Los libros, dijo él, no se hallan exactamente comprendidos entre los artículos que operamos; nuestro negocio estriba en sedas de valor. Si hubiera de pagar a mi gente con arreglo a nuestra tarifa de

seda, tendría que pedir un precio exorbitante. Además, para decir verdad, no me gusta mucho mezclarme en asuntos de libros; lo más insignificante podría dar lugar a vernos envueltos en una cuestión política que ocasionara a la Compañía quebrantos de consideración". Yo debí parecer muy contrariado, porque el susodicho joven inmediatamente agregó: "No seas cuidadoso; él (señalando al mandadero del hotel) lo arreglará de alguna u otra manera". "Ya lo creo; hay mil modos de concertar el asunto para servir al caballero", manifestó este jovialmente antes de partir. A la hora estaba de vuelta con otro joven; éste tomó el bulto, lo colocó al lado de la puerta y dijo: "Está bien; si partís mañana encontraréis vuestros libros en tal estación rusa", explicándome cómo se arreglaría el negocio. "¿Cuánto costará?" pregunté. ¿Cuánto estáis dispuesto a pagar? fué la respuesta. Yo vacié mi bolsa sobre la mesa y dije: "Esto para mi viaje; el resto para vosotros; iré en tercera". ¡Cómo! exclamaron ambos a un tiempo. ¿Qué dice Ud., señor? ¡Semejante caballero ir en tercera! ¡Jamás! No, no; eso no es posible... Con cinco duros para nosotros y uno, poco más o menos, para el mandadero, se llevará lo que Ud. quiera. No somos saltadores de caminos, sino gente honrada". Y se negaron resueltamente a tomar más dinero. Con frecuencia había oído hablar de la probidad de los contrabandistas hebreos de la frontera; pero nunca esperé encontrar semejante prueba de ello. Posteriormente, cuando nuestro círculo importó muchos libros del extranjero, o más tarde todavía, cuando tantos revolucionarios y emigrados tuvieron que cruzar la frontera al entrar en Rusia, o salir de ella, no hubo un solo caso en que los contrabandistas comprometieran a ninguno, ni se valieran de las circunstancias para exigir un precio exorbitante por sus servicios. Al día siguiente abandoné a Cracovia, y, en la estación rusa convenida, un mozo se acercó a mí; departamento, y hablando en alta voz, a fin de que lo oyera el gendarme que se paseaba a lo largo del andén, me dijo: "Aquí está el saco que su alteza dejó el otro día", y me dió el precioso paquete. Tanta alegría me causó el recogerlo que ni aun me detuve en Varsovia, continuando mi viaje directo a San Petersburgo, para enseñar mis valiosas adquisiciones a mi hermano".

Era tal el temor que Alejandro II tenía a la revolución, que quería evitarla de cual quier modo. De ahí las encarnizadas persecuciones que inició, de las que dice Kropotkin: "La nueva generación en su conjunto era considerado como "sospechosa", y la anterior tenía tener contacto con ella. Todo joven de tendencias democráticas, todo joven que siguiera un curso de

enseñanza superior, era motivo de recelo para la policía de Estado, y denunciado por Kalkoff como un enemigo del Estado. Una muchacha con el cabello corto y lentes azules, o un estudiante que llevase en invierno una manta escocesa en vez de un sobretodo, signos ambos de sencillez nihilista y costumbres democráticas, eran denunciados como "gente de poca confianza". Si la casa donde se hospedaba el estudiante era frecuentemente visitada por sus compañeros, la policía de Estado a registraba periódicamente. El más pequeño indicio de que se ocupara de política, bastaba para sacar a un joven de una escuela



Torre de Ivan el Grande y Catedral del Arcángel Miguel, en Moscu.

superior, teniendo varios meses preso, y por último, mandarlo a alguna remota provincia de los Urales "por tiempo indefinido", como se acostumbraba a decir en la jerga burocrática. Era, en verdad, un sueño favorito de Alejandro II, el formar en alguna parte de las estepas una población especial, guardada noche y día por patrullas de cosacos, a donde se pudiera mandar a la juventud sospechosa, y constituir con ella una ciudad de diez o veinte mil habitantes. Sólo el temor de lo que semejante centro de población pudiera llegar a ser algún día, evitó que llevara a cabo este proyecto verdaderamente asiático".

De una medida reaccionaria Alejandro II caía en otra: no poca participación cabía a éstas en la muerte del emperador. Largos de enumerar serían los antecedentes que motivaron la determinación de los revolucionarios rusos para asesinar al Zar: ya hemos visto cómo falló el gol-



Una iglesia rusa

pe de Karakósoff. Oigamos ahora el relato del atentado mismo, que Kropótkin nos da en sus Memorias: "Se arrojó una bomba—escribe—bajo su carruaje blindado para detenerlo, y varios circasianos de la escolta resultaron heridos. Entonces, aunque el cochero del Zar le aconsejó, con vivo interés, que no descendiera, manifestándole que el vehículo había sufrido poco y en él podía conducirlo hasta palacio, él insistió en bajarse. Sin duda creyó que su dignidad militar le imponía el deber de acercarse a los soldados heridos y prestarles consuelo, como lo había hecho con los que lo fueron también durante la guerra turca, cuando un imprudente asalto a Plewa, y que amenazaba terminar con un terrible desastre, se efectuó el día de su santo. Acercándose a Rysaroff le hizo alguna pregunta, y al pasar después al lado de otro joven llamado Grinevetsky, éste lanzó otra bomba, entre él y Alejandro II, a fin de que matara a los dos; y en efecto, ambos no vivieron más que pocas horas. Allí quedó el Emperador desangrándose sobre la nieve y abandonado de todo su séquito; todos habían desaparecido. Sólo dos cadetes que volvían de la parada fueron los que lo recogieron del suelo, cubriendo su cuerpo tembloroso con un capote de cadete y su descubierta cabeza con una gorra de los mismos. Y el terrorista Emelianoff, con una bomba envuelta en un papel bajo el brazo fué quien, a riesgo de ser preso sobre el terreno y luego ahorcado, corrió con los cadetes en auxilio del herido. La naturaleza humana está llena de estos contrastes".

El año de 1874 fué el último que Pedro Kropótkin pasó en libertad en Rusia. Por su actividad revolucionaria, por su reconocido socialismo fué detenido. La detención se realizó en la noche, en plena calle, y a las cuatro de la mañana comenzó su interrogatorio. "Se os acusa,—se le dijo solemnemente—de haber pertenecido a una Sociedad secreta que tenía por objeto la destrucción de la actual forma de gobierno y conspirar contra la sagrada persona

de su imperial majestad". Fué recluido en "la terrible fortaleza donde tanta de la verdadera vitalidad de Rusia había perecido durante los dos últimos siglos, y cuyo nombre siempre se pronunciaba a media voz en Petersburgo. Aquí, Pedro I atormentó a su hijo Alexis y lo mató con su propia mano; aquí, la princesa Tarakónova estuvo encerrada en una celda que fué tan invadida por el agua durante una inundación, que las ratas se subían sobre ella para librarse de una muerte segura; aquí también el terrible Minich martirizaba a sus enemigos, y Catalina II enterraba vivos a los que no aprobaban el que hubiera asesinado a su marido. Y desde los tiempos de Pedro I, durante ciento setenta años, los anales de esta masa de piedra que, surgiendo del Neva, se levanta frente al Palacio de Invierno, lo fueron de asesinato y tortura; de hombres enterrados vivos, condenados a una muerte lenta o arrastrados a la demencia en la soledad de oscuras y húmedas mazmorras. Aquí, los descembristas, que fueron los primeros en desplegar la bandera de la República y de la abolición de la servidumbre, sufrieron sus primeros martirios, pudiendo aún encontrarse sus huellas en la Bastilla rusa. Aquí, igualmente, estuvieron presos los poetas Ryléef, Shevchénko, Dostyusky, Bakunin, Chervyheusky, Pisareff y tantos otros de nuestros mejores escritores contemporáneos. Aquí, Karakósoff fué atormentado y murió en la horca. Aquí, en cierta parte del revellín de Alexis, aún se halla aprisionado Nechaleff, entregado por Suiza a Rusia como un criminal cualquiera, siendo después tratado como preso político peligroso, y no volverá más a ver la luz. En el mismo revellín hay dos o tres hombres a quienes, según rumores, por saber más de lo conveniente respecto a cierto misterio palatino, Alejandro II, condenó a prisión perpetua. Uno de ellos, adornado con larga barba gris, fué visto últimamente por un conocido mío en la misteriosa fortaleza". En la prisión, Kropótkin se dedicó a la gimnasia y los ejercicios corporales para no perder su vigor físico. Después de muchos afanes y trajines logró conseguir permiso para que lo dejaran trabajar. Un día recibió en su prisión una visita inesperada, la del gran duque Nicolás, hermano de Alejandro II, que lo sometió a un capcioso interrogatorio, con intención de sacarle alguna declaración de importancia, ya que a los jueces no les había hecho ninguna. Pero el real personaje no obtuvo ningún resultado. "Los soldados de la guardia—escribe Kropótkin—forjaron una leyenda sobre la citada visita. Por parecerse ligeramente al gran duque Nicolás la persona que vino en carruaje a recogerme en el momento de mi fuga. Me-
var como aquel gorra militar y tener también barba rubia, supusieron que había

sido el gran duque en persona quien me había prestado tal servicio. Así se crean las leyendas, hasta en esta época de periódicos y diccionarios biográficos. Transcurrieron dos años; varios de sus compañeros perdieron en ese tiempo la vida, y aún no se veía su causa en la Audiencia. En la prisión, la salud del geógrafo ruso decayó grandemente. Algún tiempo después consiguió que se le trasladara al hospital militar, que está situado en un extremo de la capital, y tiene una pequeña prisión para los oficiales y soldados que caen enfermos estando sumariados, según consignan el mismo Kropótkin en sus Memorias. De aquí fué de donde se fugó. Por la amabilidad de la narración vamos a transcribirla íntegra:

“Mis amigos imaginaron varios proyectos de evasión, algunos muy originales y divertidos. Yo debía, por ejemplo, deslizarme a través de la reja de mi ventana, eligiendo para esto una noche de agua, y en el momento que el centinela del boulevard estuviera medio dormido, dos compañeros que se hubiesen acercado, cautelosamente, empujarían por detrás, la garita, haciéndola caer sobre aquél, que se encontraría cogido como el ratón en la ratonera, debiendo yo entretanto saltar por la ventana. Pero la mejor solución se presentó de un modo inesperado. Un día me dijo un soldado al pasar junto a mí: “Pedid permiso para salir un rato a pasear”. Aproveché la idea y, con el apoyo del médico, conseguí que me permitieran pasear por la tarde, de cuatro a cinco, por el patio de la prisión. Debía hacerlo vestido con la bata de franela verde que usan los enfermos del hospital; pero todos los días me daban mis botas, mi chaleco y mis pantalones. Jamás olvidaré mi primer paseo. Cuando me sacaron, se presentó ante mí vista un patio de unos trescientos pasos de largo por más de doscientos de ancho, todo cubierto de hierba, su puerta de entrada estaba abierta, y a través de ella podía ver la calle, el inmenso hospital de enfrente y la gente que por aquella transitaba. Me detuve en el umbral de la prisión, sin poder de momento continuar avanzando, cuando vi aquel patio y aquella puerta. En uno de los lados del primero se levantaba la mansión referida—edificio estrecho, de unos ciento cincuenta pasos de largo,—en cada uno de cuyos extremos había una garita. Los dos centinelas, al pasearse arriba y abajo ante dicho local, habían marcado una vereda en el césped; por ella me dijeron que paseara, y como aquellos también lo hacían, nunca estaba a más de diez o quince pasos de uno o de otro. Tres soldados del hospital estaban sentados junto a la misma puerta. En la parte opuesta de este espacioso patio, una docena de trabajadores descargaban unas carretas que habían traído de-

ña, y apilaban ésta contra el muro. Una alta cerca, formada de tablones gruesos, rodeaba el lugar mencionado, cuya puerta siempre estaba abierta para facilitar la entrada y salida de los carros. Esta puerta me fascinaba; comprendía que no debía mirarla fijamente, pero los ojos, maquinalmente, se dirigían a ella. En cuanto entré en mi celda escribí a mis amigos para comunicárles tan buena nueva. “Me siento casi imposibilitado de usar la clave—escribí con mano trémula trazando signos poco menos que ininteligibles en vez de cifras. El ver tan de cerca la libertad me hace temblar, cual si fuera presa de fiebre. Hoy me han sacado al patio, cuya puerta estaba abierta y los centinelas a cierta distancia de la misma. Por ella pienso salir, y confío no me han de coger aquellos”. Dando yo mismo el siguiente plan de fuga: una señora ha de venir en un carruaje descubierto al hospital; deberá bajarse y aquel esperarlo en la calle a unos cincuenta pasos de la puerta. Cuando me saquen a las cuatro, me pasearé con sombrero en mano, y alguien que pase ante la puerta verá en ello una señal de que no hay novedad en la prisión. Entonces debéis contestarme con otra que signifique “calle libre”, sin la cual no moveré; y una vez fuera, confío que no han de capturarme. Para vuestra señal sólo deben usarse la luz y el sonido. El cochero puede enviar un rayo de luz sobre el edificio, sirviéndose como reflector de su sombrero, charolado, o mejor aún, se puede utilizar una canción que no deje de entonarse, mientras no haya novedad en la calle, a menos de que no se pueda ocupar la casita gris que se ve desde el patio y hacer la señal desde su ventana. El centinela correrá tras de mí como perro tras de la liebre; pero como tendrá que describir una curva, mientras que yo correré en línea recta, siempre le llevaré algunos pasos de delantera. Ya en la calle saltaré al carruaje y partiremos al galope; si el soldado hace fuego, sufriremos las consecuencias, puesto que al evitarlo no se



Una residencia rusa característica.

halla a nuestro alcance; de todos modos, entre una muerte segura en la prisión y otra problemática en el arroyo, la elección no es dudosa". Después de advertir que en los preparativos se invirtió como un mes, pues hubo que dar participación en el asunto a multitud de personas, buscar un caballo de confianza y un cochero experimentado, y arreglar infinidad de contrariedades, que siempre surgen en torno de tales empresas, Kropótkin escribe: "Al fin se fijó el día de la fuga. El 29 de junio, según el antiguo cómputo, es el día de San Pedro y San Pablo, y mis amigos, dando un toque de sentimentalismo al asunto, querían libertarme en ese día.

Me comunicaron que, en cuanto señalase yo que dentro no había novedad, ellos contestarían elevando un globo rojo, de los que sirven de juguete a los niños, lo cual significaría que tampoco la había fuera. Después se acercaría un coche e inmediatamente una canción sería la señal de que la calle estaba libre. Salí el día convenido; me quité el sombrero y esperé el globo. Se pasó media hora; oí el paso de un carruaje y la voz de un hombre que cantaba una canción desconocida; pero el globo no parecía por ninguna parte. Pasó la hora que me conducían de paseo, y profundamente afectado, regresé a mi habitación, figurándome que algún contratiempo debía haber ocurrido. Para evitar que pudiera repetirse cualquier contrariedad se estableció un servicio de señales a lo largo de las calles, que nuestro coche tenía que recorrer, a fin de que avisaran si ocurría novedad. Hasta la distancia de tres kilómetros, a partir del hospital, mis compañeros se colocaron de trecho en trecho de centinela; uno debía pasearse con un pañuelo en la mano, que se guardaría en el bolsillo si se aproximaban los carros; otro tenía que estar sentado en una piedra, levantándose si aquellos se acercaban, y así sucesivamente. Todas estas señales, transmitidas de una calle a otra, debían, por último, llegar al carruaje. Mis amigos habían también alquilado la casita gris que yo veía desde el patio, y en una de sus ventanas, que estaría abierta, un violinista empezaría a tocar desde que recibiera la noticia de que la calle estaba libre. La evasión se aplazó para el día inmediato; postergarla por más tiempo habría sido peligroso. Era necesario que, sin pérdida de tiempo, me comunicasen las nuevas señas que habían adoptado. De ello se encargó una querida parienta mía, que me mandó un reloj dentro del cual venía una pequeña nota en cifras que me ponía al corriente de todo. A las cuatro, según costumbre salí e hice mi seña, y al momento llegó a mi oído el ruido de un coche, y pocos minutos después, las notas de un violín que partían de la casa de enfrente se oían distintamente en el patio. Pero entonces me encontraba

en el otro extremo del edificio, y cuando volví a la parte más próxima a la puerta, esto es, a unos cien pasos de la misma, el centinela estaba tan cerca de mí, que tuve que resignarme a dar una vuelta más, pero antes de llegar al fin del lado opuesto, el violín dejó de pronto de tocar. Se pasó más de un cuarto de hora, hasta que vi entrar una docena de carros cargados de leña, que se dirigían al otro extremo del patio. Inmediatamente, el violinista empezó a ejecutar una excitante mazurca de Kontsky, que parecía decirme claramente: "¡Audacia; ha llegado el momento!" Entonces me dirigí lentamente a la parte de la vereda más próxima a la puerta, temblando ante la idea que la música se interrumpiera nuevamente antes de llegar a ella. Una vez allí, volví la cabeza: el centinela se había parado a cinco o seis pasos de distancia y miraba a otro lado. "Ahora o nunca", recuerdo que pensé con la velocidad del relámpago, y arrojando mi bata de franela verde, empecé la carrera. No confiaba mucho en mis fuerzas, a fin de economizar éstas todo lo más posible. Pero no bien había avanzado algunos pasos, cuando los campesinos que apilaban la leña en el otro lado del patio, gritaron: "¡Que se escape! ¡Detenedlo!", e intentaron interceptarme el paso. Entonces corrí todo lo más posible, y no pensé más que en salvarme. El centinela, según me dijeron después los amigos que presenciaron la escena desde la casa gris, corrió en mi persecución seguido de tres soldados que habían estado sentados junto a la puerta. El primero se hallaba tan cerca de mí, que se creía seguro de cogerme, y varias veces intentó alcanzarme con la bayoneta. Hubo un momento en que mis amigos me creyeron perdido, y otro tanto debió pensar aquel también, cuando, a pesar del poco espacio que nos separaba, no se decidió a disparar su fusil. Pero yo mantuve siempre mi distancia, y el centinela no pudo pasar de la puerta. Una vez ésta franqueada, vi con terror que el carruaje se hallaba ocupado por un hombre vestido de preso y con gorra militar, que estaba sentado sin volver la cabeza hacia mí. Mi primera impresión fué que había sido vendido. Los compañeros me decían en su última carta: "Una vez en la calle no os entreguéis; no os faltarán amigos que os defiendan en caso de necesidad"; yo no quería saltar al coche, si estaba ocupado por un enemigo; pero al acercarme a aquel, noté que el individuo tenía patillas rubias muy parecidas a las de uno de mis mejores amigos, que, aunque no pertenecía a nuestro círculo, me profesaba verdadera amistad, a la que yo correspondía, y en más de una ocasión pude apreciar su valor admirable, y hasta qué punto se tornaban en hercúleas sus fuerzas, en los momentos de

peligro. Estaba a punto de pronunciar su nombre cuando, conteniéndome a tiempo, toqué las palmas sin dejar de correr, para llamarle la atención. Entonces se volvió hacia mí y supe ya quién era. "¡Subid, subid pronto!—gritó con voz terrible, y después, dirigiéndose al cochero con revólver en mano, añadió: ¡Al galope, al galope, u os salto la tapa de los sesos!" El caballo, que era un hermoso trotador, comprado expresamente para el caso, salió en el acto galopando. Una multitud de voces resonaban a nuestra espalda, gritando: "¡Paradlos! ¡Detenedlos!", en tanto que mi amigo me ayudaba a ponerme un elegante sobretodo y un "claque". El carruaje giró rápidamente al penetrar en una callejuela próxima al muro del patio donde los campesinos habían estado aplaudando la leña, quienes habían suspendido aquel trabajo por correr tras de mí. El movimiento fué tan brusco, que el vehículo estuvo a punto de volcar, siendo necesario que yo me inclinara hacia el lado contrario, impulsando en esa dirección a mi amigo, para evitar el accidente. Por todas partes veíamos compañeros que nos saludaban con la vista y nos animaban con el gesto, mientras nuestro hermoso caballo nos conducía a trote largo hacia la ancha vía del Neusky Prospekt. Una vez en ella tomamos por una calle lateral, y nos bajamos ante una puerta despidiendo al cochero. Aquí cambié de traje y diez minutos después mi amigo y yo salíamos de aquella casa y tomábamos un coche de punto. De paso nos detuvimos en una peluquería poco céntrica, con el objeto de

que me cortaran la barba, quedando así, aunque no mucho, algo desfigurado. Esa noche comimos en Donou, el mejor restaurant de San Petersburgo. La casa en que primero paramos después de la evasión fué registrada por la policía dos horas después de abandonarla nosotros, cabiendo igual suerte a la mayor parte de las de nuestros amigos. Pero, nadie tuvo la idea de ir a buscarnos a Donou. Después de estar oculto varios días, provisto del pasaporte de un amigo, y acompañado de otro, atravesé la frontera. Llegando hasta el norte del golfo de Botnia, donde embarqué para Suecia, en un vapor inglés, bajo cuya bandera tantos refugiados rusos, italianos, franceses, húngaros y de todas las naciones, han hallado un asilo, saludando desde el fondo de mi corazón la bandera del pueblo hospitalario."

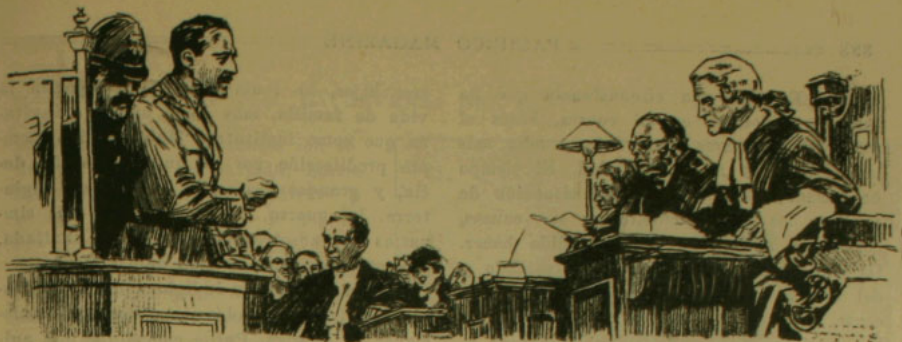
Así concluyó la vida de Pedro Kropótkin en Rusia. En los años siguientes repartió la fecunda semilla de sus enseñanzas en Suiza, Francia e Inglaterra, con ferviente amor de apóstol e intensa pasión de convencido. Hoy pasa los últimos días de su ancianidad gloriosa, refugiado en la patria de todas las libertades, la noble Inglaterra.

El derrumbamiento del viejo y carcomido trono de los sinestros Romanoff abre una nueva era de libertad para el pueblo ruso. Puede que el último movimiento revolucionario signifique un cambio radical de régimen, una conversión completa hacia el constitucionalismo, una sonriente promesa de libertad, igualdad y fraternidad...





Recuerdo de la inauguración del monumento a Vicuña Mackenna.



La defensa del capitán

Por A. CONAN DOYLE

Con ilustraciones

La muerte de la hermosa joven Emma Garnier o, cuando menos, las circunstancias en que ocurrió esa desgracia, según los datos que logró conocer el público, y el hecho de que su victimario, el capitán Juan Fowler rehusara defenderse ante el juez de primera instancia, provocaron la emoción general. El acusado había agregado que en el momento oportuno explicaría las razones que lo impulsaron a obrar en la forma que lo hizo y que estaba seguro de que se le justificaría y absolvería. La excitación de los espíritus había aún encontrado pábulo en las seguridades ofrecidas por el inculpado de que la respuesta a la acusación oficial la haría a su tiempo ante el tribunal de última instancia. En fin, la curiosidad del público llegó a su colmo, cuando se supo que el acusado declinaba la ayuda de abogado defensor, agregando que era capaz de bastarse a sí mismo en aquella circunstancia.

El sumario, bien confeccionado por el procurador de la corona, presagiaba, según la opinión general, una condenación inmediata y sin réplica.

Pasaron los días requeridos para la tramitación del proceso y por fin fué llamado el

capitán ante el tribunal; el relator hizo la historia del sangriento suceso, los testigos prestaron sus declaraciones y el capitán fué invitado a tomar la palabra. Fowler era un hombre cuyo sólo aspecto predisponía en su favor: alto, de faz enérgica, mejillas bronceadas, bigotes oscuros, y ojos brillantes. Todo en él indicaba energía, valor e iniciativa. Sin que un músculo de su cara se moviese y sin que un ademán suyo indicase emoción o remordimiento, así empezó a decir el capitán Fowler:

“Debo manifestar, desde luego, señores jurados, que la generosidad de mis camaradas, ya que no mis exiguos recursos personales, me hubiese permitido llamar en mi defensa al mejor jurisconsulto del foro inglés; pero no lo he querido, porque juzgo preferible defenderme yo mismo, no porque crea en mis cualidades oratorias, sino porque tengo la convicción de que una relación sincera, aunque ruda, hecha por el actor mismo de este drama, os hará comprender mejor lo sucedido que cualquier alegato ajeno, por primoroso que sea.

Se recordará que ante el juez de primera instancia, hace dos meses, rehusé defen-

derme. Es esta una circunstancia que ha querido explotarse en mi contra, hasta el punto de afirmarse que es la prueba más concluyente de mi culpabilidad. El tiempo ha pasado; heme aquí ya en situación de explicar los acontecimientos y sus causas, cosas que antes no hubiera podido hacer. Os hablaré con la franqueza del soldado y del hombre de bien. Si me encontráis inocente, apartad de mí el estigma del deshonor y si me encontráis culpable, dadme el castigo que estiméis oportuno, y que yo sabré sufrir en silencio.

Soy soldado desde hace quince años, capitán del segundo batallón del Breconshire. He servido durante la campaña sud-africana y figurado en las citaciones de la orden del día, después de la batalla de Diamond-Hill. Al estallar la guerra con Alemania, se me sacó de mi regimiento para agregarme como ayudante mayor al primer batallón de tiradores escoceses recientemente creado. El regimiento estaba acuartelado en Radchurch, en Essex.

Desde mi llegada estuve alojado en la casa de pensión de Mr. Murreyfield, donde tuve lugar a conocer a la señorita Emma Garnier.

No creo que sea posible imaginarse una belleza más perfecta. Rubia, de rasgos finísimos, de expresión delicada, alta, flexible, ostentaba todo el encanto y la frescura de sus veinticinco años. Yo había leído y oído que existían personas que se enamoraban de golpe: cosas de novela, pensaba yo. Pero desde el momento en que ví a Emma Garnier, no tuve más que un deseo y una ambición: que esa mujer fuera mía. Un amor frenético e irresistible, como el instinto, se apoderó de mí, de tal suerte, que durante un tiempo el mundo y todo lo que encierra no tuvieron importancia para mí: sólo pensaba y anhelaba el amor de aquella mujer. Debo, sí, hacerme una justicia: la de que en mis horas de más avasalladora pasión siempre antepuse, a todo, mi honor de hombre y de soldado.

Pronto pude darme cuenta de que el objeto de mis ansias no era insensible a mis fogosas demostraciones. Emma ocupaba en la casa una situación particular. Llegada, hacía un año, de Montpellier, a causa de un aviso publicado por los Murreyfield, que buscaban un profesor de francés para sus

tres hijos, no tenía sueldo y compartía la vida de familia, más como amiga o invitada que como institutriz. Había tenido siempre predilección por los ingleses, según decía, y grandes deseos de habitar en Inglaterra. La guerra había convertido sus simpatías por nosotros en admiración exaltada. Mostraba por Alemania un odio violento.

Su voz vibraba de indignación cuando hablaba de las atrocidades cometidas por los alemanes en Bélgica. Puede concebirse que animada de tales sentimientos acogiese favorablemente mis homenajes. Hubiera deseado casarme inmediatamente; pero ella no quiso y exigió que nuestro matrimonio tuviese lugar después de la guerra.

Tenía un talento poco común en las mujeres y era apasionada por el sport, sobre todo por la motocicleta. Le gustaban los largos paseos solitarios; aunque después de habernos comprometido, me autorizó para acompañarla algunas veces. Pero, a pesar de la buena inteligencia que reinaba entre nosotros, Emma hacía gala de cuando en cuando, de un humor extraño: era caprichosa e incomprensible. En ocasiones se manifestaba tierna y apasionada y de repente se apartaba de mí y permanecía días enteros silenciosa y arisca. Más de una vez rehusó mi compañía para salir a paseo, sin darme ninguna explicación. Si me avanzaba hasta preguntarle la causa de su extraño proceder, bien notaba en sus ojos destellos de cólera y violencia. Y esto no era inconveniente para que al poco rato o al día siguiente llegase hasta mí, adornada con la más bella de sus sonrisas y tuviese atenciones exquisitas.

Absorbido por mis deberes militares, no podía verla sino en el día, y algunas veces que traté de hacerle compañía después de comer, pude constatar signos evidentes de molestia e intranquilidad. Dos o tres veces le manifesté mi asomoro por ello, y se acercó a mí riendo, disculpándose tan gentilmente, que sólo conseguí con mis observaciones, quedar aún más esclavizado por aquella hechicera joven.

Se ha hablado de mis celos: se ha dicho en la secuela del proceso que ellos habían llegado hasta provocar escenas en las cuales debió intervenir Mr. Murreyfield. Lo confieso. ¡Qué de extraño tiene, ya que la conducta de Emma era a veces incorrecta pa-

ra conmigo y yo la amaba con todas las fuerzas de mi vida! Emma tenía un espíritu independiente y pronto pude cerciorarme de que tenía muchos oficiales amigos, tanto en Chelmsford como en Colchester. Su motocicleta la llevaba quién sabe dónde durante horas y horas...

A veces solía yo hacerle algunas preguntas sobre su pasado; respondía evasivamente, riéndose y embromándome por mi curiosidad y desconfianza. Si la urgía un poco, se enfurruñaba y se escapaba de mí lado.

A veces la razón venía a escucharme a la oreja palabras de advertencia; era una locura jugar mi existencia y mi alma por una persona de quien nada sabía; pero la pasión pronto sofocaba tales llamados.

Bien sabía yo que antes del matrimonio una joven tiene mucho menos libertad en Francia que en Inglaterra. A pesar de eso, de la conversación de Emma se desprendía que su experiencia era grande y sus viajes múltiples y lejanos. Generalmente después de alguna indiscreción, que evidenciaba su conocimiento de la vida, se mostraba cohibida y trataba a toda costa de disipar mis recelos y suspicacias. Tuvimos muchos disgustos a causa de preguntas que yo le hacía y que ella no contestaba; pero se ha exagerado la gravedad de nuestras desavenencias. Asimismo se ha acordado demasiada importancia a la intervención de Mrs. Murreyfield, aunque reconozca que en una ocasión hubo de intervenir en una querrela más grave que las anteriores. Ella se originó por el descubrimiento que yo hice de un retrato de hombre en la mesa de Emma y por la confusión que ella mostró cuando le supliqué explicar su procedencia. Al respaldo del cartón había escrito un nombre: H. Vardin. Noté con desagrado el aspecto gastado del tal retrato. Aquella fotografía había sido llevada en secreto como llevan comunmente las jóvenes la imagen de su novio. Pero nada pude sacar en lim-



pio de las explicaciones que sobre el particular me dió Emma, salvo la afirmación inverosímil de que jamás había visto a aquel individuo.

Ante aquella afirmación casi burlesca, me sublevé, y no siendo dueño de mis nervios, dije a Emma, con voz airada, que si no me daba una explicación amplia y satisfactoria sobre aquel asunto, rompería con ella, aunque la separación me costase la vida. Mrs. Murreyfield me oía desde el corredor y con su bondad acostumbrada me aconsejó ser menos celoso. Las razones de esta buena señora me tranquilizaron, y una vez más nos reconciliamos. Emma era tan adorablemente seductora y yo estaba tan enamorado, que no podía mantener mi energía ante sus ojos hermosísimos o la divina sonrisa de sus labios. En vano la prudencia y la razón llamaban a mi puerta. Yo estaba sordo y ciego.

A esta altura de mis amores debí ausentarme de Radechurch. Se me nombró para ocupar un puesto en el Ministerio de la Guerra, que no porque fuese de subordinado era menos delicado y de responsabilidad. Naturalmente, este cambio me obligó a vivir en Londres. Mis tareas me obligaron a trabajar hasta los domingos, durante no poco tiempo. Pude, por fin, tomar algunos días de descanso. Estas cortas vacaciones son las que han causado mi ruina y me han traído a este lugar a defender mi vida y mi honor.

Hay cinco millas, más o menos, desde la Estación de Ferrocarriles a Radechurch. Emma vino a recibirme. Era ésta nuestra primera entrevista a solas desde que la conocí. Mi emoción será fácil de comprender para aquellos que en realidad hayan sentido un afecto sincero y profundo por alguna mujer hermosa.

El mundo desapareció para mí en aquel momento y sólo vi y sentí a la mujer amada. Le conté mis cuitas, impregné mi voz de ternura verdadera y lamenté con ella las desgracias que traía la guerra. Emma estaba intranquila por las últimas noticias. Gemía y lloraba ante la posibilidad de que los ejércitos aliados se dejasen detener por la línea de fierro alemana. Yo le hice ver que con más razón se podría decir que era nuestra línea la que había detenido a los alemanes, ya que éstos habían sido los invasores.

—¿Pero la Francia, mi patria, la Bélgica, no se sacudirán ese yugo?— gritó ella. ¿Vamos a quedarnos inmóviles en frente de las trincheras enemigas? ¡Oh, Jack Jack!, por el amor de Dios, decíme algo que me aliente, que me conforte y me vuelva la esperanza. A veces creo que mi corazón estalla. Necesito que me consoléis. Decíme algo, pues!

—¡Pero, qué queréis que os diga!

—No me comprendéis... Ya se ve también que vos no podéis estar al tanto de los proyectos de vuestros jefes, ya que vuestras funciones en el Ministerio de la Guerra son demasiado modestas.

—Sé, a pesar de eso, muchas cosas, respondí yo. No os atormentéis inútilmente porque de aquí a dentro de poco, nuestras tropas tomarán la ofensiva...

—“De aquí a dentro de poco”, es muy vago, respondió Emma con aire de desaliento. Bien podría referirse esa frase a cosas que se harán el año que viene..

—No se trata del año que viene.

—¿Será entonces cuestión de un mes?

—Menos aún.

La joven se acercó a mí y tomando una de mis manos entre las suyas, me dijo acercando al mío su rostro hechicero:

—¡Qué gran alegría me dais! ¡En qué ansiedad voy a vivir estos días! Quizá no aguante una semana en tal estado de excitación sin enfermarme.

—Pues bien... quizá no tengáis que esperar una semana.

—¡Ah! que bálsamo tan delicioso derramáis, mi adorado Jack, sobre mi corazón de francesa. Pero decíme: Jack, decíme en nombre de nuestro amor: ¿quiénes atacarán nuestros bravos “poilus” o vuestros heroicos “tommies”? ¿Para quiénes está reservado el honor de la ofensiva?

—Para unos y otros.

—Comprendo, exclamó ella. ¡Gracias a Dios! El ataque tendrá lugar en el punto donde se juntan las líneas francesas y las inglesas. Esos dos ejércitos se lanzarán juntos contra el enemigo.

—Nó, observé yo, no atacarán juntos...

—Había creído comprenderlo así. Indudablemente las mujeres no entienden estos asuntos; pero según me habéis dicho, el ataque será combinado...

—Trataré de explicaros: supongamos que los franceses avancen, por ejemplo, del lado de Verdún, y los ingleses del lado de Yprés: aunque los separen cientos de millas, siempre será ese un ataque combinado.

—¿De manera que la ofensiva será en ambas extremidades de la línea, a fin de que los “boches” no sepan a qué punto enviar sus reservas?

—Exacto, avance real del lado de Verdún; amago vigoroso del lado de Yprés.

De repente una sospecha me hirió; lo que acababa de decir era enormemente grave, porque era un secreto confiado a mi lealtad de soldado inglés, secreto del cual dependían la vida de miles de hombres y quizás la suerte de la guerra. Apartéme bruscamente de Emma y exclamé casi inconscientemente:

—¡He dicho demasiado! ¡Dónde he tenido la cabeza!

Emma se acercó a mi, puso una de sus manos sobre mi hombro y me dijo con la más dulce de sus entonaciones.

—¿Así es vuestro cariño? ¡Por qué me ofendéis con sospechas injustas? Bien deberíais comprender que primero me arrancaría la lengua antes que repetir a algún ser humano lo que acabáis de decir.

Su voz era tan cálida y profunda y había tal acento de sinceridad en sus palabras, que mis temores se disiparon y aún no habíamos llegado a Radchurch, cuando ya no me acordaba de mi enorme indiscreción, abandonándome en absoluto a la inmensa y apasionada alegría de sentir a mi lado a la mujer querida, nunca como entonces tan tierna y cariñosa.

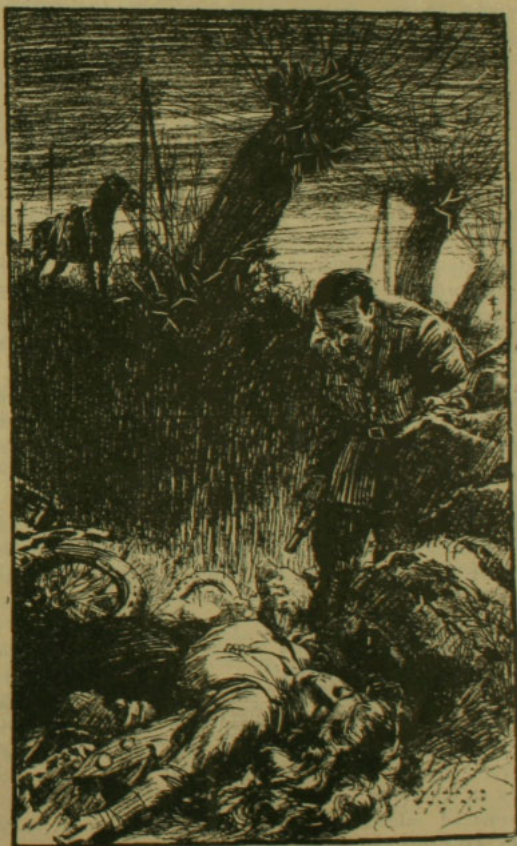
Llegamos al pueblo y ahí dejé a mi compañera. Yo salí porque tenía necesidad de comunicar una orden al coronel Worral, que comandaba un pequeño campo de maniobras en Pedley Woodrow. En aquella diligencia empleé dos horas. A mi vuelta pregunté por la señorita Garnier. La criada me contestó que había subido a su cuarto después de haber encargado al groom traerle la motocicleta para dar un paseo. Me pareció extraño que Emma saliese sin mí cuando mi visita iba a ser tan breve. Me fui para esperarla, a la salita de estudio, que daba al pasillo del hall y desde donde debía verla forzosamente al pasar.

Había en el hueco de la venta una mesita con su respectiva carpeta, donde ella tenía costumbre de escribir. Apenas me había sentado allí, cuando me fijé en un nombre trazado sobre el papel secante. Acostumbrado por mi oficio en el Ministerio a leer las circulares en la misma composición, pude leer allí el nombre de "Humberto Vardín". Indudablemente aquel letrado correspondía a la dirección de una carta, porque poco más abajo se distinguían las letras

S. W., abreviatura de un barrio postal de Londres.

Comprendí entonces por la primera vez, que mi novia mantenía correspondencia con el hombre cuya era la fotografía de bordes gastados, que había tenido ocasión de ver anteriormente. Señores, no trato aquí de paliar mi conducta ni disculpar mi proceder; me cegó un furor salvaje y tomando la mesita la despedacé contra el suelo para ver qué contenía el cajón en que la infiel guardaba sus cartas. De entre las astillas salió el documento acusador. No tuve vacilación ni escrúpulos y rompí el sobre, ávido de saber si allí estaba oculta la traición.

Me estremecí de alegría al leer las pri-



meras palabras. Creí que la había ofendido injustamente. El encabezamiento de la carta decía solamente: "Estimado señor Vardín". Aquella era una carta de negocios. La cosa estaba clara. Iba ya a colocarla de nuevo en su sobre, deplorando mi estúpida violencia, cuando una palabra, casi al final de la página azotó mi vista. Di un paso hacia atrás, como si me hubiera mordido una serpiente venenosa. La palabra en cuestión era "Verdún". Miré de nuevo: inmediatamente debajo de la palabra "Verdún" aparecía escrito el término "Yprés". Clavado allí por el horror delante de la mesa destruida, leí toda aquella carta maldita, cuya traducción es la siguiente:

"Radchurch Murreyfield House.—Estimado señor Vardín.—Stringer me ha dicho que os tenía bien al corriente de todo. La brigada territorial de Midland y la artillería pesada han sido momentáneamente enviadas hacia la costa, cerca de Cromer. No se trata de embarcarla, sino de maniobras.

Y aquí va mi gran noticia. La he sabido directamente del Ministerio de la Guerra. Dentro de una semana tendrá lugar una violenta ofensiva del lado de Verdún, sostenida por una fuerte demostración del lado de Yprés. Se trata de operaciones de mucha amplitud y es preciso que enviéis a Von Starmer por el primer vapor un mensajero holandés. Espero obtener esta noche, de mi informante, la fecha precisa y algunos otros detalles complementarios sobre el particular; pero no por eso debéis de dejar de obrar enérgica y rápidamente.

No me atrevo a echar mi carta al correo de aquí, bien sabéis lo que son los empleados postales de provincia. La llevo, pues, a Coldchester, donde Stringer la unirá a su correspondencia para que os sea entregado todo en vuestras propias manos

Atentamente os saluda vuestra atenta servidora.—Sofía Hoeffner."

Me quedé como herido por el rayo; después, una rabia fría y concentrada sucedió en mí al estupor. ¡De manera que aquella mujer era una alemana y una espía! ¡Pensé en su hipocresía, en su negro disimulo, en su crueldad calculadora, en su falta absoluta de escrúpulo, en el horrendo juego que había hecho con mi corazón ingenuo! Pero, so-

bre todo, pensé en el peligro que corrían por mi culpa el ejército y la patria. Con tranquilidad de criterio y decisión se podía quizás prevenir esta terrible eventualidad. Oí los pasos de la joven en la escalera; un instante después estaba delante de mí. Debí comprenderlo todo instantáneamente, porque se puso a temblar y un rojo subido coloreó sus mejillas. Pero no por eso perdió su energía.

—¿Cómo habéis tenido la audacia, gritó con voz entrecortada, de romper mi mesa y robarme esa carta?

No contesté, contentándome sólo con mirarla de alto abajo. De repente, saltó como una pantera sobre mí, queriendo arrebatarme el documento fatal. Yo la rechacé violentamente sobre un sofá, y sin perderla de vista, llamé a gritos a Mr. Murreyfield, quien llegó despavorido. La narración de lo sucedido lo dejó petrificado, porque siempre había tratado a la joven como a su propia hija. No le mostré la carta a causa de su contenido, pero le expliqué lo mejor que pude que se trataba de un secreto de Estado, del cual dependía la salud de la patria.

—¿Qué hacemos? — me preguntó el buen hombre. — ¡Quién iba a imaginar tan abominable maquinación! ¡Estoy anonadado!

—No es esta ocasión para lamentarse — me permití observar a Mr. Murreyfield. — Desde luego, es de todo punto indispensable que esta mujer sea reducida a prisión. Voy inmediatamente a Pedley a conferenciar con el coronel Worral y a solicitar del juez una orden de arresto. Entretanto deberéis encargarnos de la custodia de Emma Garnier.

—La encerraremos en su habitación.

—No os alarméis por mí, dijo a esta sazón la espía, ya completamente repuesta de su emoción. Me comprometo a no moverme de aquí, capitán Fowler. Pero debo preveniros que todo lo que hagáis en mi contra redundará también en contra vuestra, porque todo el mundo sabrá que habéis violado el secreto que vuestros jefes os habían confiado. Castigadme; pero tened en cuenta que en mi castigo va comprendido también un miserable fin de vuestra carrera.

—Creo — dije a Mr. Murreyfield — que de todas maneras es preferible encerrarla en su cuarto.

—Como queráis — dijo ella.

Me acerqué algo a Mr. Murreyfield para darle algunas instrucciones en privado. Rápida como el pensamiento, la malvada se aprovechó de la ocasión, y de un salto se encaramó a una ventana para lanzarse al hall; pero tuvimos tiempo de pescarla. A golpes, arañazos y mordiscos se defendió de nosotros como una gata enfurecida. Logramos, a duras penas, reducirla a la impotencia y trasladarla a su cuarto, donde la encerramos.

—La ventana está a diez metros del suelo — me dijo Mr. Murreyfield, mientras se vendaba una de sus manos herida por los dientes de la energúmena,—la vigilaré mientras estéis ausente. Creo que puedo responderos de la prisionera.

—Conviene estar prevenido — repliqué. — Tomad este revólver y pensad que no debemos escatimar las precauciones porque el asunto, os repito, es de suma gravedad y no sabemos si esta mujer tiene cómplices.

—Estoy absolutamente conforme con vuestro modo de pensar; yo y el jardinero montaremos la guardia. Id pronto a ejecutar esa diligencia.

Tranquilizado por las seguridades que me daba el bueno de Mr. Murreyfield, corrí a dar la alarma. Hay dos millas de Radechurch ● Pedley, donde no encontré al coronel Worrall, lo que me ocasionó un primer atraso. Agregad las formalidades que era preciso llenar: la orden de prisión firmada por el juez, la fuerza pública que hubo de buscarse para que me acompañara, las explicaciones truncas que debí dar y que no satisfacían a las autoridades, etc. Devorado por una angustia impaciente y enervadora, emprendí apresuradamente el camino de vuelta a Radechurch una vez que me hube asegurado de que los agentes de justicia me seguirían dentro de poco.

El camino que debía recorrer desemboca en la gran ruta de Colchester, a media milla de Radechurch. Se veía ya con dificultad por entre las sombras de la noche, que caía. Apenas había pasado la encrucijada de la ruta indicada, cuando oí distintamente el tef-tef característico de la motocicleta lanzada en una carrera vertiginosa y cuya linterna iba apagada. Al pasar junto a mi

como un rayo, pude distinguir perfectamente al conductor del aparato: era ella, la mujer que yo había amado con sincera y leal vehemencia. Sin sombrero, con la cabellera al viento, indecisa y descolorida en el fondo penumbroso, la terrible mujer huía semejando en ese instante una Walkyria de su tierra natal. Yo estaba lejos, tocando casi el camino a Colchester. Vi en un segundo todas las consecuencias de la llegada de la espía a esa ciudad. Que lograrse sólo avisar a su agente y ya éste comunicaría la noticia. Poco importaba que después los arrestasen, y así, la posible victoria de los aliados y la suerte y la vida de muchos hombres correrían inmenso peligro. Sin vacilar y con absoluta convicción obrar bien, tomé mi revólver, apunté y disparé dos veces contra la silueta que desaparecía. Oí un grito, el estrépito de la máquina al caer y nada más... volvió luego el silencio y la calma de la noche.

Concluyo, señores: bien sabéis lo que pasó después. Me precipité hacia el lugar en que había caído Sofia Hoeffner. Allí estaba la desgraciada, tendida en el foso, herida de muerte por mis dos balas, una de las cuales le había atravesado el cerebro. Estaba aún de pie junto al cadáver, cuando llegó corriendo y sofocado el pobre Murreyfield. Me refirió que la enérgica joven había logrado escalar la alta ventana de su habitación y dejándose caer al jardín, descolgándose asida a las ramas de vieja hiedra que cubrían el muro exterior de la casa. El vino a darse cuenta de la escapada sólo cuando sintió el ruido de la motocicleta, que no se había tomado la precaución de guardar. Mientras oía tal relación, llegaron los policemens para arrestar a la espía; pero el capricho irónico del destino quiso que aquellos agentes de la justicia colocasen en mis manos las esposas del reo.

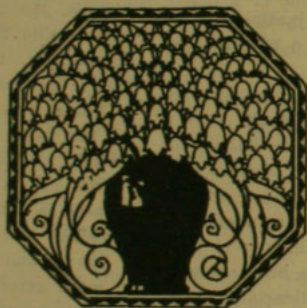
Ante el juez de primera instancia, se ha sostenido que los celos fueron la causa del crimen. No he protestado ante esa afirmación, ni he invocado testimonios contrarios, porque he querido que esa creencia prevaleciese. La hora de la ofensiva francesa no había sonado todavía y no podía defenderme sin hacer mención de la carta reveladora.

Hoy esa ofensiva es un hecho: un hecho glorioso y mis labios han podido desplegarse. Confieso mi falta, pero no es por ella por lo que vosotros me juzgáis, sino por asesinato. Y yo os digo que me hubiera creído el asesino de mis compatriotas si hubiera dejado viva a aquella mujer.

Tales son, los hechos, señores. Pongo mi

honor, mi vida y mi suerte en vuestras manos. Si me absolvéis, espero servir a mi país en tal forma, que borre hasta el recuerdo de mi funesta indiscreción y logre también consuelo y olvido para mi espíritu. Si me condenáis, cumpliré sin quejarme la pena que queráis asignarme.

Traducción de L. P.



LA LISTA CIVIL

Comedia

en un acto y en prosa, original

De _____

PEDRO E. GIL

Con ilustración

PERSONAJES:

Julia.	25 años	Marcos.	32 años
Elena.	17 "	Antonio.	24 "
Rosario.	48 "	Anselmo.	55 "
Pepe.	20 "	Bautista.	60 "

La acción en Santiago.—Epoca actual

ACTO UNICO

Sala elegantemente amoblada. Puerta al foro y dos laterales, izquierda y derecha (1), estas últimas cubiertas con "portiers". Es en la tarde.

ESCENA PRIMERA

Rosario, sentada en un sillón, con aire resignado; Anselmo, paseándose a lo largo de la escena con las manos cruzadas por la espalda.

ANS.—Es inútil que insistas, mujer; pierdes el tiempo. He dicho que nó, y no será. No acostumbro volver sobre mis pasos.

ROS.—(con tono conciliador).—Pero, Anselmo, tú no querrás que tu hija se muera.

ANS.—¡Qué se ha de morir!

ROS.—O que enferme gravemente.

ANS.—¡Qué ha de enfermar!

ROS.—¡Por qué no? Tú sabes lo delicada que es la pobrecita. Cualquiera cosa la afecta horriblemente, ¡cuánto más sabes que tu negativa es irrevocable!

ANS.—Irrevocable, sí, señor. No quiero que se repita en ella el caso de su hermana, que se ha casado con un holgazán empedernido a quien desde el primer día he tenido que costearle hasta los cigarrillos. ¡Valiente gorrón!

ROS.—A Dios gracias, estamos en situación

de impedir que nuestros hijos se mueran de hambre...

ANS.—(deteniéndose frente a Rosario y cruzándose de brazos).—¡Hombre, me gusta! ¡De modo que yo he trabajado como un negro toda mi vida para mantener una tropa de zánganos que no hacen más que atentar contra mi bolsillo, sin que se les dé un ardite por trabajar! Cuánto me lleva ya comido ese indecente de Marcos, a título de yerno?

ROS.—El pobre no ha tenido suerte en su carrera.

ANS.—Ni en las otras tampoco.

ROS.—¿Tú crees que juega?

ANS.—¿Que si juega? Pregúntaselo a esa buena pieza de Pepe, que tampoco pierde domingo apostándose hasta la camisa a las patas de los caballos.

ROS.—¿Con que así? No sabía...

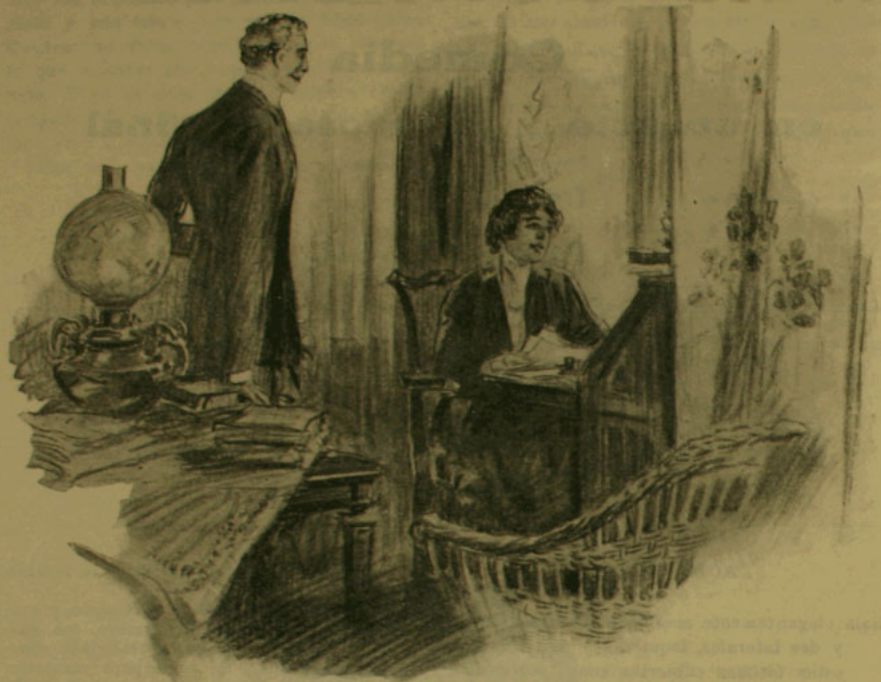
ANS.—¿No sabías? ¡Sóplame este ojo! ¡No sabes, y eres tú quien lo arma todas las semanas para que vaya al Club?

ROS.—Nó, Anselmo; sería capaz de jurártelo...

ANS.—Cometerías un perjurio. ¿Tú crees que yo tengo telarañas en los ojos? Lo que hay es que hago la vista gorda ante tus condescendencias de madre, para no hacerme mala sangre. Pero sé perfectamente que Julia y su marido, y ese granuja de Pepe, te arriman cada sangría, fuera de las que me hacen a mí, que si la cosa continúa, el mejor día nos van a dejar en la calle. ¡Sanguijuelas! Podrían esperar a que nos despacháramos. Al fin, muertos nosotros, todo irá a parar a sus manos. Pero parece que les corre demasiada prisa...

ROS.—Ya veo que tienes razón, Anselmo...

(1) Derecha e izquierda, las del actor



ANS.—¿No he de tenerla?

ROS.—Nuestros hijos son realmente poco aprensivos...

ANS.—Dí que son unos sinvergüenzas.

ROS.—Bien; pero si todo lo nuestro, en buena cuenta, es suyo, y nosotros poca mella más podremos hacer en nuestro caudal, ¿por qué no tenerlos contentos a costa de unos cuantos pesos, por los cuales se desviven?

ANS.—¿De unos cuantos pesos! Sospechas tú siquiera a cuánto sube en el mes la lista civil que les paso a esos príncipes de la sangre? Si tú te preocuparas de números, te escandalizarías. ¿Y todavía quieres agregarme a la nómina un nuevo infante? Debías contentarte con los que vienen por sí solos. Ya ves, Julia ha dado ya cinco a la familia.

ROS.—Hacerlo por ellos.

ANS.—Por ellos lo estoy haciendo siempre. Pero, ¿por qué su padre no se afana igualmente por ellos?

ROS.—Antonio me parece muy distinto. Lo revela en todo. Elena sería feliz con él.

ANS.—Por supuesto. Como que él ya sabe dónde puede surtirle de la suma de felicidad conyugal que necesite.

ROS.—No creo que tenga esas miras utilitarias...

ANS.—¿No? ¡Me admira tu candidez! ¡Si todos adoran la peana por el santo!

ROS.—El ama sinceramente a Elena y no pide de tí sino que no te opongas a su matrimonio con ella. Es cierto que es pobre, pero pronto tendrá su título, y con él una situación sólida, que impedirá, una vez casado, que su mujer eche de menos las comodidades de su casa.

ANS.—Marcos tiene un título desde hace no sé cuantos años, y gracias a él su situación es tan sólida... que si yo no se la apuntalo, se viene al suelo.

ROS.—La carrera de agrónomo, que es la que sigue Antonio, es sin comparación más práctica que la de abogado. En fin, te he repetido lo que él me ha dicho ayer, cuando me encomendó que te transmitiera su petición, que no se atrevió a formular personalmente.

ANS.—No ha podido, en realidad, escoger mejor abogado, pero siento mucho tener que verme obligado a proveer un "No ha lugar", redondo e inapelable. Estoy harto de ver mi hacienda maltrecha por obra de los sablazos de la familia. Ea, Rosario, no hablemos más de esto. Nuestra hija es demasiado joven aún para que vayamos a hacerla desgraciada con un enlace disparatado. Ya se curará de

su alfombrilla amorosa, pierde cuidado. Hasta luego, (consultando su reloj), voy al centro. (Medio mutis y vuelve de nuevo a escena). Convendría que trataras de alejar a ese muchacho discretamente de casa. No es que yo le quiera mal; lejos de eso, me resulta sumamente simpático, pero debemos evitar que estos amoríos tomen cuerpo. (Va a salir por el foro a tiempo que entra Pepe).

ESCENA II

Los anteriores y Pepe

PEPE.—Buenas tardes, papá.

ANS.—Felices, amiguito. (Se sienta).

PEPE.—¿No iba usted a salir?

ANS.—Sí, pero ahora veo, (sacando de nuevo el reloj), que es todavía muy temprano para marcharme.

PEPE, (tomando asiento cerca de Rosario).—¿Qué me dice usted, mamá? La veo a usted como fatigada. ¿Qué es lo que le pasa?

ROS.—Nada, hijo; mis neuralgias, que no me dejan en paz.

PEPE.—A usted le convendría una buena temporada en el fundo. La estación es ahora que ni pintada.

ANS.—Pero tú sabes que allá no hay servicio de giros postales.

PEPE (fingiendo sorprenderse).—¿Por qué dice usted eso, papá?

ANS.—Es una observación. (Juega distraídamente con los díjes de su reloj. Pausa, durante la cual Pepe trata de disimular su impaciencia).

PEPE, (a Anselmo).—¿Sabe usted a quién he encontrado en la antesala? A Basilio. Seguramente vendrá a entregar el dinero de los arriendos. Como ya estamos a 6...

ANS.—Que espere. No estoy en este momento con la cabeza para enfrascarme en líos de cuentas.

PEPE.—Mamá, ¿no le haría a usted bien tomar un poco de aire en la huerta? ¿Quiere usted que vayamos allá?

ANS. (levantándose).—Dices bien; yo les acompaño. (Gesto de contrariedad de Pepe).

ROS.—No, hijito, estoy bien aquí. El aire no me aliviaría.

ANS., (volviendo a sentarse).—Dices bien; te sentaría peor.

PEPE, (sacando el reloj).—¡Caramba, cómo corre el tiempo! ¿Pues no hace ya cinco minutos que estoy aquí?

ANS., (sacando el suyo y guardándolo en seguida).—Tu reloj corre muy a prisa, Pepe. Es un verdadero "crack" (sonriendo).

PEPE, (haciéndose el desentendido).—A propósito, mamá, ¿se ha acordado usted de aquello? (Guiñándola un ojo).

ANS.—Muy apropósito, sí, señor.

PEPE.—¿No recuerda usted, mamá? Aquella sumilla que ofreció usted al... a la... eso es: a la presidente de las Crèches, y que ella me ha recordado hace un momento.

ANS.—Sí, hija, haz memoria. ¿Qué apuestas, Pepe, a que se ha olvidado? Dale más datos...

ROS., (confundida).—¡Anselmo, por favor!...

ANS., (levantándose).—Sí, hombre, tu pobre madre está perdiendo la cabeza. Ya se ve, las neuralgias... Ha olvidado que mañana es Domingo, figúrate tú... A propósito, ¿quieres llevarme algo en el clásico? Para Old Boy va a ser una guinda, ¿no es, así?

PEPE.—Papá!...

ANS., (sacando el reloj).—Efectivamente, el tiempo corre muy ligero, y Basilio estará aburrido de esperarme. Con que, ya sabes, Rosario: si quieres hacer una bonita arriada, cierra los ojos y ponle grueso a Old Boy. Es una hija. Hasta luego. (Vase por la derecha).

ESCENA III

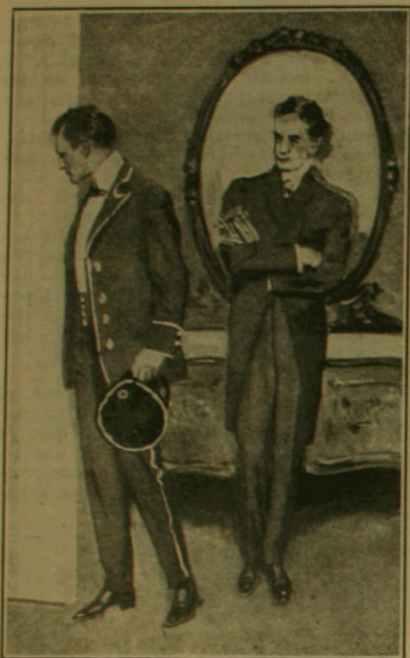
Rosario, Pepe

ROS., (moviendo tristemente la cabeza).—Y lo peor es que tiene razón. ¿No te da vergüenza, hijo, que tu padre esté tan al corriente de la vida immoderada que llevas? Hace poco he querido disimular tu conducta, y se ha reído de mí.

PEPE.—Pero, vamos a ver, ¿de qué nefandos delitos me acusa mi señor papá?

ROS.—Haces mal, hijo mío, en tomar estas





cosas por el lado de la broma. ¿No te veré serio alguna vez?

PEPE.—Ahora mismo. ¿Qué es lo que papá me echa en cara?

ROS.—Desde luego, sabe, porque se lo he oído decir, que tu asistencia a clases es muy irregular. ¿Qué provecho sacas entonces de las lecciones de la cátedra?

PEPE.—Ninguno. La cátedra anda cada vez más desgraciada.

ROS.—¿Qué sabes tú de eso?

PEPE.—Tengo datos, muy buenos datos.

ROS.—Tú no eres nadie para juzgar a tus maestros, ni menos de oídas. No me equivocaré si te digo que de este modo vas a perder la carrera.

PEPE.—Esos pronósticos, señora, son muy aventurados. La carrera es mía.

ROS.—¿Qué respuestas son esas, Pepe? ¡Miren qué términos! ¿Es que me tomas por alguno de tus compañeros de calaveradas? Precisamente, hé ahí el defecto que más te censura tu padre.

PEPE.—¿Cuál?

ROS.—El juego. El sabe que juegas.

PEPE.—¿No va a saberlo si me ha visto jugar desde chico?

ROS.—(con severidad).—¡Esto es demasiado, Pepe! ¿Tienes la osadía de burlarte de tu madre?

PEPE.—Perdón, mamáita. Pero es que me parece que papá gasta conmigo demasiada severidad. ¡Caramba, todos mis camaradas faltan a clase, todos mis amigos juegan a las carreras, y sólo yo incurro en pecado mortal si hago lo mismo!

ROS.—¿Sabes tú bien si los padres de tus amigos no sufren por igual motivo las mismas aflicciones que nosotros?

PEPE.—Posiblemente. Sólo que si yo dejo de ir a clases, por ejemplo, tengo para ello una buena razón.

ROS.—¿Cuál?

PEPE.—¡Que me cargan las leyes! ¡Que reñiego del Digesto, de las Pandectas, de las Siete Partidas y de las siete mil garrambainas del Derecho!

ROS.—¿Y por qué no has dicho antes que esos estudios no eran de tu agrado? Aún es tiempo de elegir otra carrera. Tu padre te hizo emprender la de abogado a fin de procurarte un seguro para el porvenir.

PEPE.—¡Vaya un seguro! Es lo mismo que tratar de matarle a uno el hambre con un aperitivo. Ahí tiene usted a Marcos, todo un señor jurisconsulto que no tiene pleitos más que con su mujer; y todavía los pierde todos.

ROS.—Es que Marcos se ha acostumbrado a vivir de nosotros.

PEPE.—Me parece una costumbre muy recomendable, tanto, que yo trato de imitarla en la medida de mis escasas fuerzas.

ROS.—¡Buen par de desahogados sois los dos! Para concluir: si no te gusta la carrera de leyes, tú verás cómo has de componértelas en lo sucesivo, porque Anselmo no está dispuesto a soltarte un centavo si no acreditas que estudias para crearte una posición y dejas ese horrible vicio del juego.

PEPE.—¡Estoy lucido!

ROS.—No se te exige que te hagas precisamente abogado, sino que endereces tu vida en el sentido de llegar a ser algo por tu propio esfuerzo, sin que cuentes con que tarde o temprano la fortuna de tus padres te dispensará de trabajar para ti mismo. Eso es todo. (Se levanta).

PEPE. (levantándose también).—Bien, mamá; la perspectiva merece meditarse, y voy a meditarla. (Pequeña pausa, y cambiando de tono). Y... ¿de aquello? ¿No manda usted nada a las "Creches"?... (Sonriendo).

ROS.—Hijo, lo siento en el alma, pero no quiero frustrar los propósitos de tu padre. Bastante he fomentado ya tus locuras a escondidas tuyas, y me parecería traicionarlo seguir haciendo lo mismo después de lo que ha resuelto. Te dejo, porque voy adentro. (Mutis por la izquierda. Pepe la sigue un instante con la vista, en seguida, de cara al público, se vuelve los bolsillos del chaleco, haciendo un gesto de cómica desolación).

ESCENA IV

Pepe, y Julia y Marcos por el foro

MARC.—Salud, chico.

JUL.—Buenos días, Pepito.

PEPE.—Hola, ¿son ustedes? Bien dicen que en nombrando al ruin de Roma...

JUL., (sentándose).—¿Quién se acordaba de nosotros?

PEPE.—De ti, no: de éste.

MARC.—(id).—¿Quién?

PEPE.—Mamá.

MARC.—¿Contigo?

PEPE.—Yo le refrescaba la memoria.

MARC.—Para eso, eres bastante fresco.

JUL.—¿Y dónde está mamá? A papá acabamos de divisarlo en su escritorio, con Basilio.

PEPE. (suspirando).—Sí; Basilio le está entregando el dinero de los alquileres. Ya tienen para rato.

MARC.—Como que tu padre tiene más propiedades que el Czar de Rusia.

PEPE.—¿Sabes tú que le acabo de descubrir una nueva?

MARC.—¿Dónde?

PEPE.—Aquí mismo.

JUL.—Este siempre está de broma.

PEPE.—No, señor, va en serio: le acabo de descubrir la propiedad de hacerse el sueco.

JUL.—A todo esto, no me has dicho dónde anda mamá.

PEPE.—Dentro, seguramente con Elena.

JUL.—Voy a verla. (Se levanta).

MARC.—Oye, no le digas aquello hasta más tarde, que estemos todos reunidos.

JUL.—Sí, es mejor. (Mutis por la izquierda).

ESCENA V

Pepe, Marcos

PEPE.—¿Qué misterios se traen ustedes?

MARC.—Ante todo, ¿por qué dices que don Anselmo se hace el sueco?

PEPE.—Ya lo sabrás tú más pronto de lo que quisieras. Aquí para inter nos, ¿por cuánto venías? ¿Por algunos quinientos del ala?

MARC.—Te equivocas.

PEPE.—Entonces, di por cuánto.

MARC.—Digo que te equivocas si supones que he venido por plata.

PEPE.—¿Crees que te dará un cheque?

MARC.—Pero, oye, no seas cernícalo; te digo redondamente que no vengo por plata.

PEPE.—¿Esto es el fin del mundo! Entonces a qué has venido, oh virtuoso del sable?

MARC.—A darle a tu padre una grata noticia.

PEPE.—Ya sé: que viene el sexto en camino.

MARC.—¿Qué sexto?

PEPE.—Eso digo yo: ¿qué es esto, que Marcos viene a casa desarmado? Verdad que siempre has venido lo mismo...

MARC.—No me resuelvo a ser franco contigo...

PEPE.—No me extraña: los Marcos no han sido nunca francos.

MARC.—Es que contigo no se pueden hablar dos palabras en serio. Haces chacota de todo. En fin, voy a decírtelo: me marche al campo.

PEPE.—¿Al campo del honor? Apuesto que te bates a sable.

MARC.—¿No ves? Eres incorregible. Bueno, me voy al campo en magníficas condiciones: un viejo amigo de mi finado padre me confía la administración de uno de sus grandes fundos del sur. Más que como administrador, voy como socio.

PEPE.—¿Y qué entiendes tú de achaques agrícolas? ¿Qué sabes de explotación de la tierra, tú que hasta ahora sólo te has dedicado a la explotación de tu suegro? ¿Qué sabes de ganadería, como no se trate de vacas, que en eso eres perito?

MARC.—Convenido; no sé palote de nada, pero, ¡de menos nos hizo Dios! Ya me las compondré de modo de buscarme un asesor técnico que me saque del pantano. Tengo carta blanca.

PEPE.—¿Un nueve? Tiéndete.

MARC.—Total, que tiro el diploma a un rincón, me despido de los códigos y me lat-



go al campo en busca de algunos cuartos para vivir con desahogo.

PEPE.—Tú necesitas muchos cuartos.

MARC.—Muchos.

PEPE.—Como que ya sois siete con los chicos, fuera de la servidumbre... (Pausa). Pues, hijo, no ha podido ser más oportuno el amigo de tu difunto padre, a quien Dios haya perdonado.

MARC.—¿Por qué? ¿Qué te hizo a ti mi padre?

PEPE.—A mí, nada, pero te hizo a ti. Muy oportuno, repito, porque el mío se ha cerrado a la banda con esta fecha y ha resuelto suprimirnos la lista civil, como él solía llamar a las sumas con que atendía a nuestros desaforados derroches.

MARC.—Por eso he creído que la noticia de mi nueva situación le sería agradable.

PEPE.—¡Agradabilísima, ya lo creo! Como que se verá libre de un infante como tú, que más que infante, eres de caballería. (Ademán de blandir el sable).

MARC.—Y tú, ¿qué vas a hacer?

PEPE.—Voy a ver si me pesco también un amigo como el de tu finado padre.

MARC.—Con fondo.

PEPE.—No confundas.

MARC.—Que tenga fondo, digo.

PEPE.—Eso es. ¿Por qué he de ser menos apto que tú para manejar un fundo patas arriba?

MARC.—¿Por qué no le pides a tu padre que te mande al suyo?

PEPE.—Está a cargo de él un buen hombre muy fiel, muy laborioso y muy honrado, don Genaro López, que ha envejecido en ese puesto. Sería una injusticia arrebatárselo para plantarme a mí en su lugar, y para que lo echara todo a perder. Aunque he sabido de él que está actualmente con su salud muy quebrantada. Oye, ¿por qué no me llevas contigo?

MARC.—Hombre, si tú te quieres venir...

PEPE.—Con alma y vida. Estoy de códigos hasta la coronilla.

ESCENA VI

Los anteriores, y Bautista por la izquierda

BAUT.—¿Don Pepito? (En voz baja y haciéndole señas de que se acerque).

PEPE. (llegándose a él). Hola, Bautista, ¿qué hay?

BAUT. (pasándole un fajo de billetes).—La señora acaba de darme esto para que se lo entregue a usted con disimulo, y para que usted haga el favor de llevarlo a... al... a las... No me acuerdo del nombre, que es muy raro.

PEPE.—A las "Creches", (sonriendo).

BAUT.—Eso es.

PEPE. (guardándose los billetes).—¡Pobre mamá, siempre tan caritativa! Gracias,

Bautista. Dile que voy a cumplir su encargo en seguida.

BAUT.—Bien, señor. (Saluda y vase izquiera).

ESCENA VII

Los mismos, menos Bautista

MARC. (que ha visto la maniobra).—¿Parece que te quedaba algún saldo en las cajas reales?

PEPE.—Nó, hijo, es mamá, tan buena como siempre, que me arma para mañana. ¡Pobre vieja mía! (Pausa y transición). Bueno, si se figura que este dinero, robado a sus ahorros, voy a aventurarlo innoblemente a las patas de un caballo, yerra de medio a medio.

MARC.—Ya entiendo: lo pondrás a las patas de una sota.

PEPE.—Eso harías tú, dadas tus aficiones... tahirinas. Yo le daré cualquiera inversión honrada que condiga con su procedencia. Mi madre tiene razón, porque mi padre tiene también razón: debo trabajar y hacerme hombre. ¿Qué canastos, es vergonzoso esto de estar viviendo de la bondad de los padres cuando sobran energías y buenos puños para la lucha!

MARC.—Según eso, piensas hacerte boxeador?

PEPE.—Puedes ahorrarte tus cuchufetas, porque desde este momento soy un hombre completamente formal. ¡Basta de chiquilladas! Y no te olvides de que me has prometido llevarme contigo.

MARC.—Sí, hombre.

PEPE. (disponiéndose a salir).—¿Te quedas?

MARC.—Sí; tengo que hablar a tu padre de lo que te he dicho.

PEPE.—Entonces, hasta luego. (Váse foro).

MARC.—Que Dios te acompañe, hermano... converso.

ESCENA VIII

Marcos, y Julia y Elena por la izquierda

ELENA.—Buenas tardes, Marcos.

MARC.—Muy buenas, Elena. Pero, ¿qué trae usted? ¿Está usted enferma? (Dándole la mano).

ELENA. (sentándose. Julia lo hace a su lado).—Nó, Marcos; una indisposición pasajera...

JUL.—¿Por qué no eres franca con Marcos? Sabes cómo te quiere.

MARC. (acercando una silla y sentándose junto a ellas).—Sí, Elenita, para mí ha sido usted siempre como una hermana. Vamos, ¿qué le pasa?

JUL. (a Elena).—¿Se lo digo? (Elena hace un gesto indeterminado).

MARC. (a Julia).—¿Qué es lo que pasa?

JUL.—Algo verdaderamente sensible. Tú sabes que Antonio... Conoces a Antonio Vidal, por supuesto.

MARC.—Mucho, aunque ahora apenas le veo. Como se pasa, según me han dicho, metido de cabeza en sus estudios... Es un muchacho encantador.

JUL.—Bueno, sabes también que frecuenta mucho la casa, como amigo de Pepe, de quien fué condiscípulo y que lo estima sobremanera. Pues bien, la asiduidad de sus visitas han dado por resultado el que era de suponer: que se enamoró de ésta, y que ésta...

MARC.—Ya, ya... Pues me parece una cosa muy natural.

JUL.—Bueno, pero resulta que como es pobre, ya que no tiene otro patrimonio que su inteligencia y sus ambiciones de surgir, se cuidó mucho de que en casa no fueran a sospechar su inclinación, y Elena, por su parte, se guardó asimismo de dejar entrever la suya. Era un convenio entre ambos el de esperar a que Antonio terminara su carrera para descubrir sus proyectos; pero la perspicacia de mamá penetró el secreto y ya se hizo necesario asumir una actitud definida.

MARC.—¿La señora tiene simpatías por Antonio?

ELENA.—¡Oh, sí! Le quiere mucho.

MARC.—Adelante.

JUL.—Entonces Antonio, no atreviéndose a formular su petición a papá, cohibido por su situación ahora incierta, aunque rematará su carrera dentro de pocos meses, rogó a mamá que se la transmitiera, lo que ha hecho hace algunos momentos.

MARC.—¿Y...?

JUL.—Papá se opuso redondamente. (Elena se lleva el pañuelo a los ojos).

MARC.—¿No ha dado sus motivos?

JUL.—No tiene sino uno solo: que Antonio es pobre. Por lo demás, lo estima sinceramente.

MARC.—Me parece un motivo bien flaco. Con la fortuna de don Anselmo...

JUL.—Pues ese es el mayor obstáculo. Papá está escamado de zarpazos contra su hacienda, y... no quiere repetir la aventura del yerno que no tiene con qué mandar a la plaza. (Con expresión maliciosa).

MARC.—¡Muchas gracias! De modo, Elena, que en buenas cuentas somos nosotros, mejor dicho, yo, quien va a condenar a usted a vestir imágenes.

ELENA.—No diga usted eso, Marcos.

MARC.—Pues si está claro. Y ahora, ¿cómo la indemnizo a usted de su celibato perpetuo? A no ser que se case usted con otro...

ELENA. (con vehemencia).—¡Jamás!

MARC.—¿Ve usted? Me verá obligado a pagarle el lucro cesante... Voy a hablar con don Anselmo. (Levantándose).

JUL.—Ha salido.

MARC.—Quería noticiarle en el acto de mi

nueva posición, a ver si el hueco que le dejo en la nómina se decide a llenarlo con Antonio. A príncipe muerto, príncipe puesto. No creo que introdujera una alteración sensible en su presupuesto la nueva lista civil. ¿Sabe Elena nuestro cambio de situación?

JUL.—Sí, y mamá también. No he resistido el deseo de enterarlos.

MARC.—Muy bien. ¿Querría venirse usted por algún tiempo al campo con nosotros, Elena? Recuerde lo que dice el poeta:

Para encontrar un remedio
de amor en la cruda guerra,
no hay como poner por medio
mucho tiempo y mucha tierra.

(Elena mueve tristemente la cabeza).

ESCENA IX

Los anteriores y Antonio

ANT.—Muy buenas tardes.

JUL. Y MARC.—Buenas tardes, Antonio. (Elena se lleva nuevamente el pañuelo a los ojos sin contestar el saludo).

ANT.—Señorita, buenas tardes.

ELENA.—Buenas tardes, Antonio.

JUL. (haciendo un signo de inteligencia a Marcos).—Usted nos excusará, Antonio, pero les dejamos un momento. Tenemos que hablar con mamá.

MARC.—Es cierto; no me acordaba. Con permiso, Antonio.

ANT.—Ustedes son dueños.



ESCENA X

Elena, Antonio

ANT., (después de mirar a su alrededor, y sentándose al lado de Elena).—Elena, ¿qué tienes? ¿Por qué lloras? (Pausa. Elena continúa con el pañuelo en los ojos).

ANT., (tristemente).—Ya lo supongo. ¿La señora habló con tu padre? (Elena hace un signo afirmativo).

ANT.—¿Y...? No consiente, ¿verdad?

ELENA.—Nó, Antonio.

ANT.—Me lo esperaba. (Pausa). Mi pobreza, ¿no es así?

ELENA.—Sí, tu pobreza, es decir, nuestra pobreza, Antonio. Sin ti, yo soy tan pobre como tu.

ANT.—Pero, al cabo yo no soy un correcales; dentro de algunos meses tendré mi título, trabajaré, me haré digno de ti y de los tuyos...

ELENA.—Ya lo sé, y mi padre también lo comprende. Pero, sin ser un avaro, la experiencia recogida le hace temer en un nuevo yerno un nuevo zángano que quiera vivir regaladamente a su costa.

ANT., (con energía).—¡Eso nó, y no tiene derecho para suponerme capaz de semejante bajeza! Acostumbro llevar la frente muy alta... (Levantando la voz).



ESCENA XI

Los anteriores y Pepe, que entra por el foro trayendo una cantidad de libros debajo de ambos brazos, y que al entrar arroja sobre un sillón.

PEPE.—Y la voz también. ¡Uf, ya no podía más! Dejé pelados los estantes de la librería. ¿Eres tú, Antuquito? ¿Cómo te va? (Antonio le estrecha la mano silenciosamente). Elena, ¿qué te ocurre? ¿Por qué has llorado? (Mirándola atentamente).

ANT.—Porque somos muy desgraciados, Pepe.

PEPE. (con un gesto de cómica extrañeza).—Porque “somos” (recalcando) muy desgraciados... Oye, ¿por qué hablas en plural?

ANT.—Porque me refiero a Elena y a mí.

PEPE.—¿Es cierto eso, Elena, de que tú eres muy desgraciada? (Elena no contesta). Quien calla, otorga. Quedamos en que eres muy desgraciada. Pero, ¿por qué te asocias con éste para ese objeto? ¿Por qué no guardas tu desgracia para tu consumo personal?

ANT.—¿Pero no comprendes, Pepe, o comprendiéndolo, lo echas a la broma, que Elena y yo nos queremos?

PEPE. (con gestos de cómico asombro).—¡Aaaah! Pero, ¿qué pedazo de alcornoque soy! ¿Conque tú... y conque ésta...? Pues, hombre, me parece muy bien.

ANT.—¡Gracias, amigo mío! (Le estrecha la mano).

PEPE.—Y bien, ¿por qué resulta eso una desgracia? Vamos, dí tú. (A Elena, yendo a abrazarla cariñosamente).

ELENA.—Porque papá se opone...

PEPE.—Es claro, ve moros en la costa. Para papá los moros son los yernos. Por suerte para él, de mi parte no puede temer ese peligro. Yo no le daré yerno jamás!

ANT.—Se opone a que nos casemos porque soy pobre.

PEPE.—Entiendo. Pero supongo que no te llevarás á ésta por oposición, como quien se lleva una vacante de oficial civil.

ANT.—Pepe, no te burles, que esto es demasiado doloroso.

PEPE.—Bueno, tengamos formalidad. ¿Tú has hablado con papá?

ANT.—Nó: encargué a tu madre, de quien sé que me quiere, y que podría abogar en mi favor mejor que nadie, que le hiciera presente mi pretensión.

PEPE.—Y él habrá mandado a la porra al abogado y al pretendiente.

ANT.—Que te diga Elena lo que pasó.

PEPE.—Cuenta, hija.

ELENA.—Se negó a todo, haciendo valer el caso de Marcos, que ha sido incapaz de mantener a su mujer decorosamente sin recurrir a él, y convenido de que con los otros el caso se repetiría.

ANT.—¿Cómo se equivoca!

PEPE.—También a mí me ha negado el agua y el fuego, y eso que yo pienso morir en estado de inocencia. Ea, no tengáis pena, que me da en el corazón que la cosa se arreglará a pedir de boca. Papá gusta de los hombres trabajadores y juiciosos, y tú lo eres. El miedo a la acción del sable se le disparará en cuanto sepa que Marcos ha envenado el suyo.

ELENA.—Pepe, tú lo dices para darnos valor, pero yo sé que papá es inflexible, y que no consentirá nunca... (De pronto cierra los ojos, se apoya en un sillón y está a punto de caer desmayada. Antonio acude a sostenerla).

PEPE. (azorado).—¡Valiente historia!... ¡Esta chiquilla se nos muere!... ¡Hazle aire, Antonio, por María Santísima! (Corriendo hacia el foro). ¡Mamá!... ¡Mamá!... ¡Julia!... ¡Vengan todos!

ESCENA XIII

Los anteriores, y Rosario, Julia, Marcos y Bautista, que entran atropelladamente por el foro.

MARC.—¿Qué sucede??

PEPE. (a Bautista).—¡Corriendo, trae agua!

ROS.—¡Hija mía!

JUL.—¡Elena, Elena, hermanita, vuelve en tí! (Todos la rodean haciéndole aire. Antonio, que la ha dejado en brazos de Julia, se retira a un rincón de la escena, con el pañuelo en los ojos. Entra Bautista con un vaso de agua. Julia rocía con ella el rostro de Elena).

ELENA. (volviendo en sí).—¡Dios mío... (Julia la hace sentarse).

ROS.—Cálmate, hijita, y llora, si puedes. Eso te hará bien.

JUL.—Sí, Elena, eso te aliviará.

PEPE.—¡Hija, me has dado un susto...! Aún me tiritan las piernas. Pero no tengas pena: ya se me pasó.

MARC. (a Antonio).—Ánimo, amigo mío; tal vez todo se arreglará.

(Elena rompe a llorar con sollozos entre-cortados).

ESCENA ULTIMA

Los mismos y Anselmo por la derecha, con un papel en la mano

ANS.—¿Qué es lo que hay? (Nadie contesta. El mira a todos alternativamente y en seguida se acerca a Elena). ¿Qué te ha pasado?

JUL.—Ha sido un desvanecimiento... (Rosario se lleva el pañuelo a los ojos).

ELENA. (levantándose y abrazando a Anselmo). ¡Papá, tengo mucha pena!...

PEPE. (avanzando).—Sí, señor, y éste también (señalando a Antonio) y yo también!... y todos... ¡Qué pena tan grande!

ANS. (con dureza).—¡Cállese usted, señor!

PEPE. (a Marcos).—¿Has visto? Me figuro cómo se va a poner cuando sepa que han venido a pedir mi mano.

ANS. (apartando suavemente a Elena y haciéndola sentarse. Rosario y Julia la rodean). ¿Y usted? (A Marcos) ¿Podría saber a qué debo el honor de esta visita?

MARC.—Venía a participarle a usted que mañana me marchó al campo, llevando la administración de un fundo.

ANS.—Mis parabienes.

PEPE.—Sí, señor, y yo me marchó con él. Cambio la toga por el arado. Mire usted, mamá, en lo que he invertido el dinero de las "Creches". (Va tomando los libros que ha dejado antes sobre un sillón y leyendo sus títulos). Guía del Agricultor... Tratado de Agricultura Práctica... Manual del Perfecto Avicultor... Instrucciones para sembrar las calabazas... etcétera. De llapa me han dado los Salmos de Job, que me van a servir muchísimo. Me voy con Marcos, y ¡adiós, Santiago, que te quedas sin gente! He dicho.

ANS.—Usted se va a otra parte.

PEPE.—Gracias; ya supongo a dónde.

ANS.—Se va al fundo. Acabo de recibir un telegrama que me anuncia la muerte de don Genaro, ocurrida anoche. Usted se irá en su lugar.

ROS.—¿Es cierto? ¡Pobre don Genaro! (Anselmo le pasa el telegrama, que ella va a leer junto con Julia y Elena).

PEPE.—Señor, si usted me permite... No tengo dedos para organista.

ANS.—¿Y cómo querías acompañar a Marcos?

PEPE.—En calidad de modesto "suche". Pero como funcionario en jefe, nó, señor. No poseo la ciencia infusa, como mi ilustre cuñado.

ANS. (a Antonio).—¿Y cómo van sus estudios, mi amigo?

ANT.—Los terminé de aquí a tres meses, señor.

ANS.—¿Le agradecería para entonces ir a hacerse cargo de mi fundo? No se iría solo... (Sonriendo con intención).

ANT.—¡Señor!... (Quiere cogerle la mano para besársela y Anselmo estrecha la suya).

ELENA. (corriendo hacia Anselmo y colgándose de su cuello).—¡Papaito mío!... (Todos le rodean alborozados).

PEPE.—Habrás que avisar al Almanaque de Gotha, ¿verdad, papá? ¡Y vivan las dinastías republicanas!

(Telón rápido)

FIN



En la última Pascua los mayordomos de rancho tuvieron que pagar precios ultrajantes por los pavos, tales como 5 libras esterlinas, por uno pobremente alimentado. Este año cada campamento tiene su propia manada, la cual es cuidadosamente encerrada cada noche.

Lo que cuenta un estudiante pobre

Un viaje a Estados Unidos

Con ilustraciones fotográficas

Entusiasta y de ánimo resuelto, no vacilo en arriesgarlo todo para emprender viaje a Estados Unidos y seguir allá los estudios de Ingeniería empezados aquí en la Universidad Católica. Se presentó primero al Comité Pro-Estudiantes en el Extranjero" y obtuvo la promesa de preferirlo con un pasaje de primera clase, con la representación y exigencias anexas, y un limitado círculo de acción, no conforme con su carácter. Además... había que esperar... Con veinte pesos y el consentimiento de su madre para obrar libremente hasta obtener la realización del soñado viaje, se trasladó a Valparaíso en un tren de carga y, el 8 de febrero, a las 5 A. M., entraba al vecino puerto y comenzaba las gestiones del embarque. Desilusionado en una entrevista con don Guillermo Soublette, empezó a ponerse al habla con armadores y capitanes; se enroló entre la gente de mar, hasta que, el 30 de marzo, escribía a su madre:



Don Enrique Thomson.

"30-III-1916.—A bordo del "Celia".—10 P. M.—Mamacita: Hoy a las 4 P. M. fui notificado en forma definitiva por el capitán del "Celia", que no me podía llevar a bordo porque el Cónsul le había expuesto que, según ley, los buques de carga sólo deben llevar el número justo de la tripulación, bajo apercibimiento de una multa de mil dólares. Me agregó, al mismo tiempo, que el primer ingeniero necesitaba un fogonero, pero que él, el capitán, no podía ordenarle que me tomara porque yo no era práctico en la materia.

"Mi amigo Wilson, de la Compañía Grace, estaba tan atareadísimo que no pudo venir conmigo a bordo y me dijo que él ya había hecho todo lo posible sin conseguir nada.

"Con estas deliciosas declaraciones, tomé en el muelle un bote (eran las 5 y 5 P. M.) y, remando los dos con el fletero, nos pusimos en veinte minutos en el buque, que está frente a la estación de Portales. Con qué ligereza



La Universidad de Colombia.



Penitenciaría de Nueva York.



Con traje sportivo estudiantil.

iríamos, que el fletero me decía a la vuelta: "Ah, patrón, usted le hace sacar la lengua a cualquiera para bogar". Y a la vuelta, bogando yo solo todo el camino, eché cuarenta minutos; todo lo cual significa para mí un ahorro de tres cincuenta a cuatro pesos. Bien. A bordo me apersoné al primer ingeniero, diciéndole que el capitán me había dicho que él necesitaba un hombre en la máquina. "Nó, me dijo, yo necesito un fogonero". "Bueno, respondí; soy chileno, estudiante de ingeniería; sé manejar locomotoras y quiero irme a Estados Unidos, aunque sea de carbonero, si no hay algo peor". Entonces él me mostró un carbonero que pasaba, agregando que el trabajo era algo sucio y muy pesado. Le contesté qué era lo que yo quería, un trabajo pesado. Después de otras cuantas frases en las que me notificó que si desmayaba en el trabajo o me enfermaba, me dejaría en la playa del primer puerto, me firmó un papel pidiendo al capitán que me firmara el contrato con siete libras mensuales de sueldo.

"¡Faltaban veinte minutos para las seis!

"Fui a tierra, saqué mi cama y mis maletas de la estación, me despedí de algunos amigos y me fui a bordo. Llegué a las siete cincuenta P. M.

"He visto el trabajo que hay que hacer y

me río de lo pesado. Un poco sucio es, pero como tengo traje especial para el trabajo, y hay harto jabón y agua caliente...

"Mis compañeros son todos gringos, menos uno, que es chileno y con el cual vamos a trabajar juntos. El trabajo es de cuatro horas, seguidas de ocho horas de descanso, de manera que se trabaja sólo ocho horas de las veinticuatro. A mí me toca de 4 a 8, mañana y tarde.

Mañana saldremos temprano; no sé si alcance a poner esta carta aquí o en Huasco.

Bueno. Yo voy a llegar a Nueva York con más de 300 pesos. Y para mí, como tripulante, no rige el cuento de Silva de los 25 dollars ni tampoco el derecho de internación de los 6 dollars.

Así, mamacita, yo voy muy contento. Estoy convencido que en las cuatro horas de trajines de hoy, he trabajado por 1,500 pesos que he ahorrado con el puesto que he conseguido.

Es el primer paso solamente, pero dado a lo "chileno". Dejarse de lloriqueos, que nada remedian. La abraza su hijo

Enrique".

"31-III-1916.—9 A. M.—No se imagina usted la sorpresa que he tenido. Aquí nos tratan a cuerpo de rey. Al desayuno nos dan una especie de carbonada con harta carne y bier, sabrosa. Cada uno se sirve lo que quiere. El pan es de lo mejor; lo hacen aquí mismo. Nos dan a cada uno una libra de mantequilla, una libra de azúcar y un tarro de leche condensada para una semana. Esta mañana trabajé de 6 y media a 8 y esta tarde me toca de 4 a 8. El trabajo no es pesado y sí muy entretenido. En este momento van a largar el buque. De Huasco irá carta; escribame a Iqu-



Escuela de la Industria Aplicada.

que. No se apure por plata, todavía me queda. Adiós; hasta luego.

6.40 P. M.—Valparaíso, 30 de marzo de 1916.—A bordo del "Celia".

"Antofagasta, 3 del IV de 1916.—Estoy como salí de mi casa. No he sabido del mareo, sólo tuve un poquito de dolor de cabeza el primer día. El trabajo no es pesado, ni cosa que se parezca. En cambio, es un poco sucio, pero eso no es nada porque traigo hasta jabón y disponemos de harta agua caliente. No se apure por plata. Yo voy ganando 7 libras mensuales y con la seguridad de ganar en Nueva York las tres semanas que esté ahí el vapor.

De aquí iremos a Iquique y de ahí a Colón. De Colón a Nueva York hay 14 días.

Saludos por allá a todo el mundo.

Le prevengo que no me asusta el trabajo y me río de los 50 y tantos grados de la caldera.

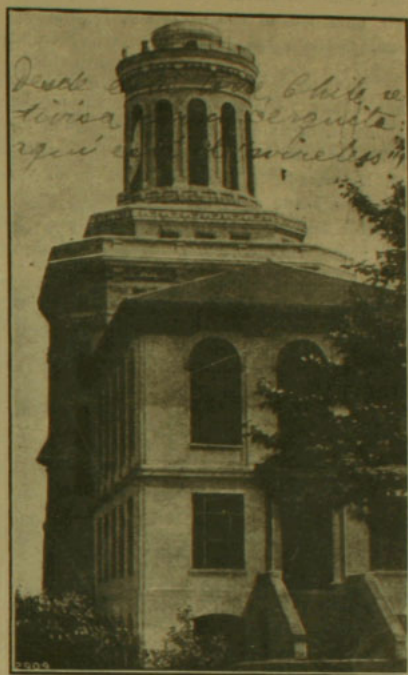
Hasta luego.—2 P. M."

"Antofagasta: Acabo de estar con Joaquín Casas C., quien me llevó a almorzar con mucha amabilidad y me dió una carta para un amigo suyo en Estados Unidos y que me servirá mucho.

Aquí bajé a tierra para firmar el rol, que no alcancé a firmar en Valparaíso.

"Bahía de Tocopilla.—5-IV-1916.—A bordo del "Celia".—Esta mañana a las 8 fondeamos en esta bahía con un día espléndido; trabajamos en la máquina hasta las 2 P. M. y a esa hora nos han dado recreo. Yo me acabo de bañar en el mar; en Antofagasta me bañé también; quiero aprovechar bien los mares chilenos.

Estoy muy contento con la vida de a bor-



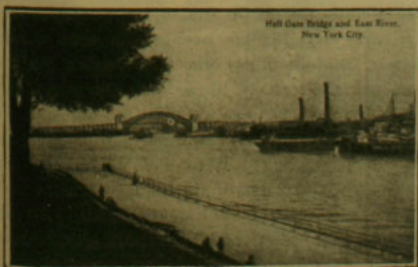
La torre de un establecimiento de la Asociación Carnegie

do; como no me mareo lo paso perfectamente en las horas de descanso. Ya estoy bien práctico en mi oficio de **carbonero**, voy a aprender el de **aceitador** y **fogonero** para trabajar en Filadelfia. Ayer le escribí a Mr. Rowe.

Había pensado volver a Chile antes de empezar las clases, en caso de dejar asegurado mi lugar en la Universidad; pero, parece que no será así porque voy a tratar de reunir la mayor cantidad posible de dinero, antes de septiembre.

En Estados Unidos los sueldos de los obreros son de 3 a 4 dollars a la semana, con ocho horas diarias de trabajo. Donde mejor se trabaja hoy es en la confección de armamentos de guerra, donde se llega a pagar hasta 6 y 7 dollars a la semana. Trabajando de sobre tiempo, se gana mucho más. En fin, todos estos detalles se arreglarán allá. No hay que apurarse; lo principal ya está conseguido. Después, hasta trataremos de llevar a otros estudiantes que tengan ánimo resuelto para irse de lo que caiga.

No se apure por plata... Yo voy a sacar



Vista de Nueva York.

allá como 15 libras con las cuales puedo vivir unos tres o cuatro meses, tiempo en el cual ya de sobra habré encontrado trabajo.

“Iquique, 8-IV-1916.—Mamacita: Ayer en la mañana fondeamos en ésta, sin novedad. A las 12 bajamos a tierra, pero sólo a las 4 pude ver a mi tío, porque no estaba en la casa. He pasado la noche en casa de él y me voy esta tarde a bordo.

Estos días hemos trabajado muy poco, porque hemos estado fondeados. De aquí saldremos



Aspecto del parque de la Escuela Técnica de la Asociación Carnegie.

mos el día jueves o quizás el viernes e iremos directamente a Colón. Ahí estaremos un día para hacer carbón; pasaremos a Charleston y de ahí a Nueva York.

No se apure por plata. Yo le mandaré de allá, si cuando llegue, aún no han aprobado los presupuestos”.

“Caleta Buena, 14 de abril de 1916.—Nosotros nos vinimos el miércoles como a las dos de la mañana de Iquique, para llegar aquí a las 6 y media o 7. En la noche del miércoles, el capitán me llamó y me entregó un telegrama. Habría podido cobrar aquí los 50 pesos, pero no quise molestar en pedir permiso en horas de trabajo.

¿Se acuerda de los libros que dejé mandados empastar en la Gratitude? Si le es posible recójalos, no sea que vayan a venderlos; pero no me los mande hasta que yo se los pida. No se apure en mandarme plata. En llegando a Nueva York voy a ver modo de entrar de aprendiz electricista y orientarme mientras llega el tiempo de clase.

Estoy tan acostumbrado con mi trabajo de carbonero-fogonero que parece que la voy a venir a ver todos los años. En cuanto a mí estoy listo y preparado para hacerlo; depende del tiempo que se demoren los buques en el viaje de ida y vuelta. De aquí saldremos con seguridad mañana en la tarde, con rumbo a Colón, a donde llegaremos como el 28. No sé si les pueda escribir de por allá, o más bien dicho, no sé si les llegarán las cartas, porque las cartas multadas del extranjero no van muy seguras. En fin, mamacita, tenga paciencia. Desde allá le escribiré lo menos una vez por semana. Hágame el favor de mandar esa carta a su destino, porque este es el último sello chileno que me quedaba.

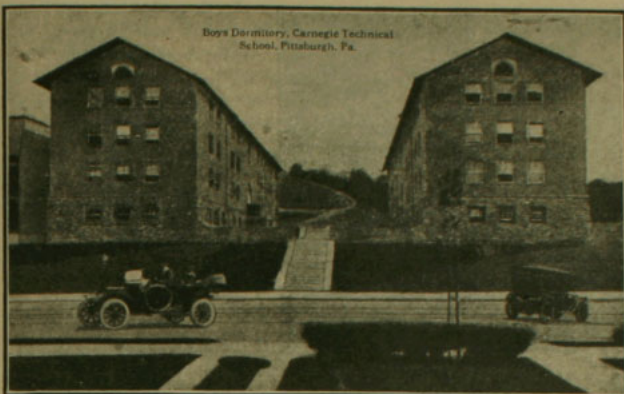
Hasta luego. Escribame a Nueva York.

“Alta mar, 22 de abril de 1916.—Mamacita: Voy sin novedad. Tal vez el lunes llegaremos a Colón; pero como no sé si puedo escribirle de allá, empiezo a hacerlo desde luego.

No hemos tenido ningún contratiempo en el viaje, al contrario. El trabajo ha llegado a hacérseme muy liviano, de modo que estoy muy contento y lo paso muy bien.

Ayer, Viernes Santo, me acordé mucho de usted; imagino que ha rezado mucho por el hijo querido. Después vamos a rezar juntos. ¿Nó...

A Nueva York llegaremos el 7 del próximo y voy a trabajar a bordo hasta que el buque se vuelva; con la ventaja de que trabajaré de 6 P. M. a 6 A. M. y tendré derecho a un sobre tiempo de medio día, o sea cuatro horas de trabajo todas las noches. En esas condiciones, cuando el “Celia” se vuelva yo me quedaré allá con 18 libras, que con sus \$ 200 hacen como 700 pesos chilenos, que me alcanzarán para vivir 115 días, porque las pensiones allá valen 1 libra a 1 y media semanal. En cuanto a trabajo, aquí todos me aseguran que hallaré fácilmente desde 1.50 dólar al día, ya sea como aprendiz electricista, o como mecánico. Aquí todos, especialmente los ingenieros, me preguntan admirados de



Internado de la Escuela Técnica

mi resistencia para el trabajo, y cada vez que se ofrece les digo que la adquirí en el Ejército. El contador del buque es francés y con el único que puede hablar su idioma a bordo es con este pobre fogonero: somos buenos amigos.

El primer paso está dado; el horizonte se presenta lleno de atractivos. Si mi programa se cumple, muy pronto vendré por ustedes. Bueno, mamacita, no se apure por mí, yo lo paso muy bien. Me basto perfectamente a mí mismo. A ustedes las hecho mucho de menos; pero de las regalías de la casa, ni me acuerdo ya. Antes de ir a Nueva York tocaremos en Charleston. Ahí estaremos 4 o 5 días para estar el 7 o el 8 en aquel puerto".

"Canal de Panamá, 26 de abril de 1916.—Aquí estamos «achanchados», en la mitad del Canal, desde ayer a las 11 del día. En la mañana, como a las 6 y media, salimos de frente al puerto de Balboa en el Pacífico, y después de atravesar las primeras esclusas hemos llegado a una parte en que el lecho del agua no es artificial y donde estamos detenidos para salir mañana a las 10 A. M. a Colón.

Yo había visto muchas, muchísimas fotografías relativas al Canal; pero todas juntas

no dan una idea de lo que es la realidad.

El Canal está dividido a lo largo en dos: por un lado van y por el otro vienen los vapores. Las esclusas son verdaderas cajas de concreto, cajas enormes.

De una a otra hay una diferencia de nivel que no he podido apreciar. Se llenan las dos primeras con agua y el buque avanza hasta el final de la segunda, más o menos kilómetro y

medio. Una vez ahí, se llena la tercera caja y el buque pasa de la segunda al final de la tercera y así sigue la danza. El acceso del agua es tan rápido que el buque en 10 o 15 minutos sube más o menos 7 a 8 metros de altura. Durante el paso de las esclusas el vapor es remolcado por locomotoras eléctricas, al centro de cuyos rieles hay una cremallera de unos cincuenta centímetros de ancho.

Desde que se llega a la entrada del Canal, se advierte la abundancia de obras artificiales con que los yanquis han habilitado este pedazo de tierra para hacerlo utilizable a la humanidad. Han hecho un terraplén artificial que llega hasta la última isla que está a la salida del Canal y por encima de un ferrocarril de doble vía.

Durante toda la noche que estuvimos a la entrada, oímos el continuo matraque de un enorme martillo mecánico. Por todas partes



Vista campestre de la Escuela Técnica



Juegos estudiantiles en la Escuela Técnica

En la máquina, que es mucho más fresco, el calor normal es 100° de la misma escala...

Después hay que **izar** la ceniza: la guardia que sale se coloca arriba, y con un motoreito a vapor, bajan unos tarros de latón, que yo (el carbonero) tengo que llenar aquí abajo de ceniza, y arrastrarlos hasta la cadena que los debe **izar**: son de 45 a 55 tarros, todos los días, mañana y tarde.

se ven grúas enormes. En el Canal hay una que tendrá 60 metros de alto; la torre y el armazón que la soporta será tan grande como la iglesia de San Alfonso.

En fin, mamacita, no le cuento más, porque he visto tantas cosas admirables que se me enredan en la pluma. De Colón saldremos pasado mañana en la mañana.

Luego a la carbonera. Cuando el carbón está cerca, hay poco trabajo; pero cuando está lejos, hay que estar las tres horas ¡pala y pala! En Colón hicimos carbón el miércoles, pero hemos estado los tres carboneros haciendo guardia de 6 horas durante tres días: sábado, domingo y lunes.

Y mientras a su madre sólo le contaba lo lisonjero del viaje, escribía a su hermano político las dificultades del viaje con todos los detalles. He aquí una de esas cartas:

“1.º-V-1916.—A bordo del “Celia”.—Vamos en camino de Panamá a Colón.

Ayer hizo un mes que estoy a bordo; un mes que llevo una vida distinta a la de Santiago. He tenido que afrontar situaciones muy difíciles y pasar por circunstancias que, a pesar de estar incluídas en el “Estoy dispuesto a todo”, que fué mi programa de viaje, nunca pude imaginarlas.

Así, por ejemplo, el trabajo en los fuegos, al entrar de guardia, consiste en que, cada uno de los tres hombres se encarga de limpiar un fuego, esto es, sacarle toda la escoria, que sale ardiendo, y ponerle carbón nuevo, operación que dura 20 minutos y se hace con rastrillos y barras (estas barras pesan de 50 a 60 kilos) que hay que tomar con gangochos. Como yo no estaba habituado a este manejo, muchas veces me quemé las manos con los malditos fierros.

El calor es allí tan grande, que un día, por curiosidad, le dije al 2.º ingeniero que llevara el termómetro y marcó 122° Fahrenheit.

Nosotros salimos de guardia a las 8, mañana y tarde. A esa hora vamos a comer y media hora después a botar la ceniza de los fuegos que acaba de limpiar la guardia que nos ha relevado: uno maneja el motor, otro cambia el tarro lleno por otro vacío y a mí me toca ir hasta la borda con los 50 o más tarros de ceniza y botarlos en una especie de embudo; cada tarro pesa de 60 o 65 kilos. Todas estas maniobras tuve que hacerlas con mis manitas de santiaguino, que tuvieron que afinarse más en el mes y medio que estuve en Viña en casa de mis tías. Al principio, las quemaduras, los callos y los pedazos menos, era lo que se me veía en lugar de manos. Además, me hice una quemadura como de un jeme en un brazo. Agrega a esto que con el trabajo se me hincharon los brazos y se me agarrotaron los dedos al extremo de tener que hacerme masajes por la mañana antes de vestirme, que tenía la cintura constantemente acalambrada a causa de los cientos de cientos de inflexiones con la pala, y, por último, que después de poner todo mi empeño, toda mi energía, todo mi “yo” en aquel trabajo, me salía malo y atrasado. Para subsanar esto último dí en empezar mi guardia media hora antes.

¡Me felicito por todo ello!

He empezado por uno de los trabajos más difíciles. Ya no hay posibilidad ninguna de fracaso en Estados Unidos. Cualquier trabajo

que tome allá será más liviano que el trabajo de a bordo; y, ¡esto es lo grande!, el trabajo de a bordo lo encuentro liviano y fácil. Ni sé cómo se me pasan las guardias unas tras otras; ahora no salgo cansado del trabajo. Pero para llegar a este estado de cosas he visto caérseme las palas de las manos por el cansancio. Los brazos no me obedecían siempre al peso de las barras. He necesitado en forma superlativa de mi "yo moral" y en aquellos momentos en que necesitaba hacer aquello que a mi juicio me era imposible, surgían de mi alma aquellas figuras de mi madre, de mi hermana, de mi novia... y... ¡adelante!... Vamos arriba con ese fierro! ¿Pesa? Pues, porque pesa. Si no pesara, no lo estarías levantando tú! Y... veía venir en mi ayuda todos aquellos pedazos de mi corazón! Mi mamacita, que tanto, tanto trabajaba. ¿Cuántas veces se habrá sentido como yo, sin fuerzas para seguir adelante? ¿Cuántas veces, enferma, trabajaba hasta la media noche por satisfacer nuestras necesidades, nuestros caprichos! Y yo, fuerte, robusto, joven, voy a retroceder ante un pedazo de fierro? ¡Nunca!... Y así día a día, guardia tras guardia, penosamente, dominé el trabajo. Ahora me es tan fácil que, si las circunstancias me lo permiten, iré a Chile todos los años a verlos.

¿Recuerdas que una de mis posibilidades era irme a Panamá? Habría sido un colosal fracaso. Allí, todo, todo lo hacen los negros. ¿Sueldos? Comida y un poco de tabaco, algunos; otros 1 y medio a 2 y medio centavos americanos la hora.

Recuerdo que en una de mis cartas te decía que era mejor que Octavio se viniera sin hacer el servicio militar. Ahora te digo que nó; por nada! Con conocimiento de causa afirmo que es imprescindible haberlo hecho.

Respecto a trabajo en Estados Unidos, tengo seguridad de empezar como "helper" en una planta eléctrica, con dos dollars diarios, lo cual me asegura la subsistencia, porque allá una buena pensión cuesta 6 dollars a la semana.

Bueno, mi hermanito, ya estoy al final del viaje. Escribeme a Nueva York, mientras te indico otra dirección. Tu última cartita la he leído infinitas veces y ha llegado a ser mi Decálogo; cada vez que la concluyo te abrazo con mi alma entera.

Cuida a mi mamacita y a mi hermana; cuéntame todo lo que pasa por allá. Abraza en

mi nombre a tu mamá y a Octavio; a éste dile que lo espero; que vaya aprendiendo inglés mientras.

Te abraza tu hermano''.

"Charleston, 5-V-1916.—Antes de ayer llegamos a ésta en viaje directo desde Colón, de donde salimos el jueves pasado. Como siempre, sin novedad. El viaje de Colón aquí lo hemos hecho con buen viento y mar tranquila y ya el viaje se hace más interesante, todos los días divisamos vapores, cosa que no se veía en el Pacífico.

Aquí estaremos tal vez hasta el miércoles o jueves, de modo que entre el sábado y el lunes estaremos en Nueva York.

Aquí en Charleston trabajo como fogonero en la noche, de 6 a 6; de modo que todas las noches gano 2 chelines de sobre tiempo, con la ventaja de que trabajo y duermo, y en el día, duermo y paseo.

Estoy muy acostumbrado con la vida de a bordo y no pierdo la esperanza de conocer toda la costa de Estados Unidos, Panamá y San Francisco, y aún ir a Chile si las circunstancias lo permiten.

Hasta luego''.

"Señor Humberto Echeverría.—Santiago de Chile.—Nueva York, 14 de mayo de 1916. —¡Viva Chile!—Saludos.—César T. Thomas''.

"Brooklyn, 17 de mayo de 1916.—Con toda felicidad hemos llegado a ésta el viernes 14, pero sólo el sábado atracamos al muelle, de modo que el lunes no más bajé a tierra.

Me considero a cubierto de toda eventualidad, porque aquí hay trabajo y bien pagado para todo el mundo. Tengo probabilidad



Mr. Carnegie entre los estudiantes

des de emplearme en un buen hotel con casa, comida y de treinta a cincuenta dollars mensuales, para comenzar. Digo para comenzar, porque como hablo inglés, francés y castellano, en un buen hotel seguramente alcanzaré un mejor sueldo.

Ayer me pagué de \$ 35.40 en el Shipping Office. Compré un impermeable, un par de zapatos y otras cosas: todo \$ 5.10. Fuera de gastos de ropa me quedaron en limpio \$ 83. El viaje a Filadelfia, ida y vuelta y tres días allá me costará \$ 6.

Aquí se queda uno con la boca abierta sencillamente. Me he hecho de un plano de Nueva York y de Brooklin, que me pone a cubierto de perderme. Además, ya puedo hacerme entender con perfección y entiendo con cierta facilidad. En los pocos días que he estado aquí he recorrido una enormidad de calles, calles y calles, y siempre he encontrado

el camino hacia el buque. No bien me siento desorientado, saco mi plano, me arrimo a una vidriera, y vamos sacando cuentas. Aquí ha llovido todo el día; si nó, no habría comprado el impermeable todavía.

A bordo están todos muy contentos conmigo; el día que llegamos, si no es por mí, no habrían tenido en la noche quien les viera los fuegos. Todo el mundo se fué a tierra y no volvieron hasta el lunes y cuál de los que volvía venía más borracho. Yo parecía islote. El sábado y el domingo tuve que preparar yo mi comida. Y viera usted la comilona que me dí.

Todo los días le voy a escribir una postal, nó, mamacita? Eso sí que usted las recibirá por lotes; no importa.

El compañero chileno se embarcó ayer en un buque que va a Chile. De buena gana me hubiera largado con él''.



La ciudad sagrada de los Incas

Con ilustraciones fotográficas

El Perú ofrece para la Arqueología un interés inagotable por cuanto fué la sede de una civilización admirable sumergida entre el oleaje de las invasiones extranjeras, y de la que sólo el recuerdo había llegado hasta nuestra época. La legendaria civilización de los incas encerraba misterios profundos, alguno de los cuales va desentrañando penosamente la Ciencia.

Ahora acaba de hacerse un descubrimiento de gran importancia, del que es autor Mr. Hiram Bingham, catedrático de la Universidad de Yale, famoso por sus exploraciones científicas a través de la América del Sur. Sobre otros investigadores de esos lugares posee la ventaja de dominar nuestro idioma y de serle familiares los sitios que recorre en sus peregrinaciones en pos de la verdad. Así, le ha sido fácil, durante su última visita a Méjico, recoger de labios de los indígenas ciertos indicios. Comprobados éstos por su profundo conocimiento de la historia de los incas, han hecho posible su memorable hallazgo.

Algunas semanas con anterioridad a él, una expedición arqueológica, organizada por otra Universidad norte-americana se detenía al pie de una montaña, cuya espesa vegetación ocultaba las ruinas tan anhelantemente buscadas. Sin sospechar lo que encubría aquel perenne manto esmeraldino, y sin cuidarse de interrogar a los indios, continuó bosque adelante. Fué un gran error, porque aquellos pobres descendientes de una raza histórica hubieran podido darles la pista de un gran secreto.

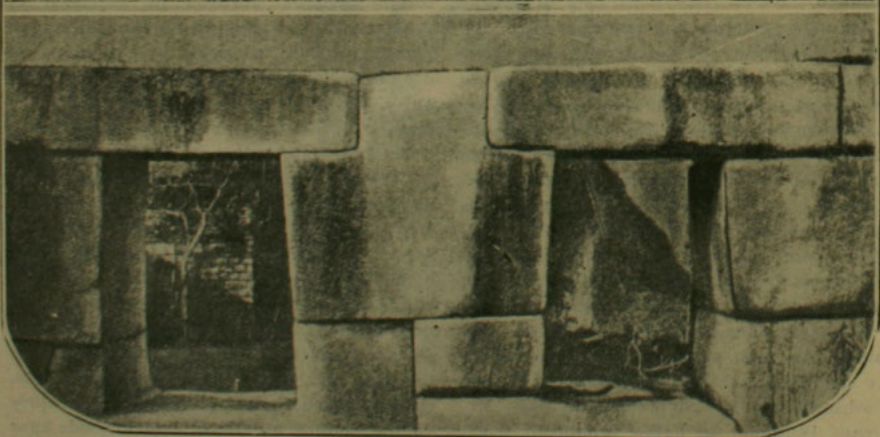
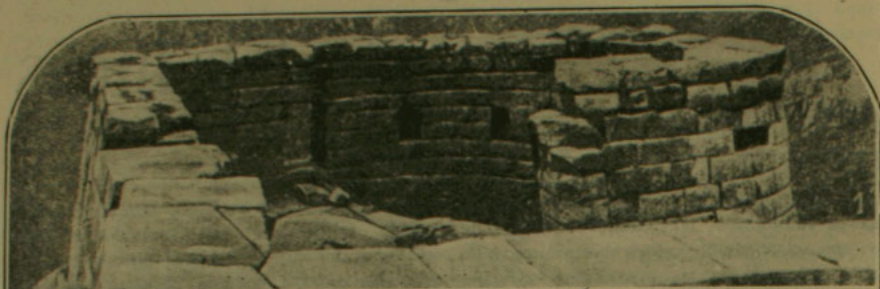
Al partir para el interior del Perú, a la cabeza de una expedición subvencionada por la "National Geographic Society", de Washington, y la Universidad de Yale, Mr. Hiram Bingham se había propuesto resolver varios problemas históricos. Deseaba especialmente descubrir Vitcos, la postrera ciudad de los incas, donde reinaron los tres últimos emperadores, arrojados al Cuzco por la conquista española.

Resuelto a encontrar la ciudad desaparecida, penetraron los expedicionarios en el Valle del río Urubamba, pintoresco desfiladero, a cuya entrada pasaban los incas los meses invernales, y que poco a poco va estrechándose hasta constituir estrecha garganta flanqueada por alturas rocosas de 700 á 800 metros cubiertas de lujuriante vegetación. Fortalezas y reductos, elevados con materiales ciclópeos, defienden el paso desde las ingentes rocas, constituyendo un admirable sistema de defensas. Compréndese bien que los conquistadores españoles no se atrevieran durante más de medio siglo a aventurarse en un verdadero laberinto de precipicios, donde un puñado de hombres hubiera podido aniquilar un ejército, sólo con despeñar sobre él la inagotable reserva de proyectiles puestos a su disposición por la Naturaleza providente.

Ha tenido Mr. Bingham la beatitud de reconocer que su hallazgo fué favorecido por una circunstancia excepcional. El Gobierno peruano acababa de terminar la construcción del camino de herradura que permite salvar, a bastante elevación, el desfiladero del Urubamba. Cuarenta años antes, un viajero francés había estado a dos dedos de frustrarle el glorioso descubrimiento. Los indios le habían revelado la existencia de ruinas misteriosas cerca de las fuentes del río. Por fortuna para Mr. Bingham, el explorador francés no se atrevió a internarse en el desfiladero.

Seis días después de su salida del Cuzco, la expedición Bingham acampaba en una pequeña granja llamada Mandorpampa. Su dueño, un indio, comunicaba de sobremesa al sabio norte-americano que, cuando joven, había visitado las cumbres de los montes próximos, descubriendo unas ruinas llamadas por los naturales del país Machu Pichu. Este nombre puso a Bingham en guardia; era el mismo citado por el explorador francés.

No bien amaneció, bajo la gufa del in-



La antigua capital de los incas.—1. Bastión de defensa.—2. Una casa.—3. Ventanas megalíticas

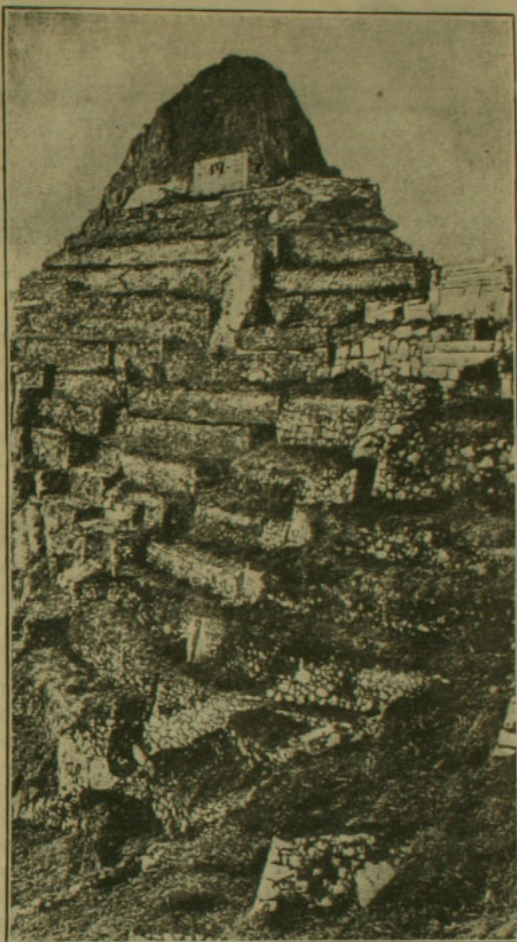
dio y con la escolta de unos soldados peruanos, acometía Bingham la durísima ascensión en la gigantesca muralla natural. Hacia medio día llegaban los expedicionarios a una vasta meseta en la que tres familias indias habían construido sus chozas y establecido sus plantaciones de caña de azúcar, de maíz y patatas. Desde aquel nido de águilas el panorama era espléndido. A sus pies y a una hondura de 800 metros, las aguas hirvientes del río se estrellaban contra las rocas casi cortadas a pico.

Entrándose por un sendero en el flanco del acantilado cuyas cortaduras salvaban frágiles puentecillos de troncos y lianas, penetró Bingham en espesa selva. Desde los primeros pasos distinguió en la penumbra bajo la bóveda del follaje, restos de muros construidos con enormes sillares de granito. A poco llegaba a un vasto espacio despejado, a los extremos del cual surgían las ruinas majestuosas de dos edificios espléndidos, templos o palacios.

Desde este momento tuvo el explorador la conciencia de haber descubierto una verdadera joya arqueológica. Internándose aún más en la selva, iba descubriendo entre árboles y lianas innumerables muros de granito, maravillosamente conservados, en los que era de admirar sobre todo la perfección de su tallado y ajuste, sólo comparable al de las piezas

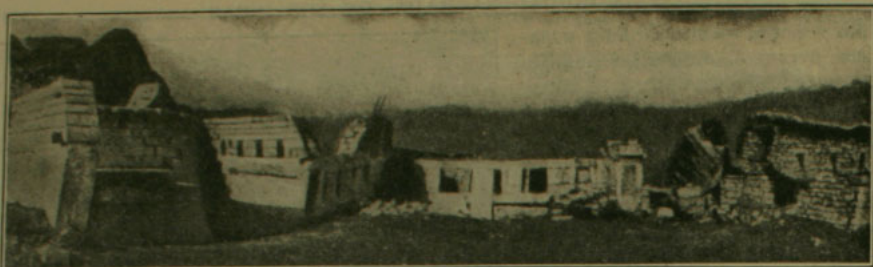
de un mosaico. El sabio Bingham se preguntó seguidamente, a fuer de historiógrafo, cual sería el verdadero nombre de aquellas ruinas y qué papel habría desempeñado en la historia de los incas la ciudad misteriosa edificada en la cumbre de los Andes, en un lugar en que la Naturaleza y el trabajo humano hicieron inexpugnable.

Algunas semanas más tarde confiaba a dos de sus colaboradores, el ingeniero Tucker y el arqueólogo Baxter Lanus, la misión de despojar de su vegetación parte de las ruinas y de levantar un plano de



Vista exterior total de la ciudad sagrada de los incas.

las mismas lo más completo posible. Los resultados de esos trabajos preliminares no tardaron en confirmar las sospechas de Mr. Bingham: las tres grandes ventanas simétricas abiertas en la fachada de uno de los palacios, la situación de las ruinas en la parte más áspera de los Andes y en una cima casi inaccesible, pruebas materiales de que habían logrado escapar de los buscadores de tesoros en la época de la denominación española, como de los mismos indígenas, todo le incitaba a creer en el descubrimiento de la ciudad sagrada de los incas, aquel Tampu-Tocó donde caldearon sus ideales de conquista an-



Interior de la fortaleza.

tes de fundar a Cuzco y de crearse un vasto imperio que comprendiese la mitad del continente sud-americano.

Los conquistadores españoles nos han legado pocos documentos acerca de la historia precolombina. No obstante, los cronistas de la conquista pudieron recoger de boca de los indígenas algunas leyendas relativas a la fundación del Imperio de los Incas. Milares de años antes de la llegada de los españoles, vivía en las altas mesetas del Perú una raza con civilización muy avanzada. Construía edificios ciclópeos, cuyas ruinas imponentes son aún admiración de los arquitectos, entre ellos las fortalezas de Sacsahuaman y del Ollantoytambo, consideradas por el historiador Mr. Bryce como las ruinas prehistóricas más notables del mundo.

Una invasión de bárbaros llegados del Sur—los antecesores probablemente de las feroces tribus del Gran Chaco—vino a combatir el naciente imperio. La victoria fué de los salvajes, como ocurre siempre que los salvajes son muchos más que los civilizados. Los derrotados incas se refugiaron entonces en la parte más inaccesible de los desfiladeros andinos. Allí se establecieron y fortificaron, completando las defensas naturales de las cimas. En aquel refugio inexpugnable vivieron sus descendientes durante muchos siglos al abrigo de los bárbaros. La raza recobró la confianza de sí misma y en sus destinos. Cuando llegó la hora oportuna, la reconstitución de su poderío militar reanimó el fuego de las viejas ambiciones. Y ahogándose en los desfiladeros, se expandió en la llanura buscando espacio y dominación.

Era un vasto plan de conquista. Los in-

cas se congregaron en torno de su capital, Tampu-Tocó. Y fué desde allí, según las leyendas, de donde partieron a la conquista de la región de Cuzco, guiados por tres hermanos que hicieron su salida "por tres ventanas" (o por tres grutas).

El avance se hizo metódicamente, por lentas etapas. Cuando Pizarro y sus guerreros desembarcaron en aquellas playas, el Imperio de los Incas comprendía ya el emplazamiento actual de Chile, Bolivia, Perú, Ecuador, parte de la Argentina, Brasil y Colombia. Pero las balas de arcabuz y las bien templadas hojas toledanas dieron rápidamente cuenta del poderoso imperio, que sólo podía oponer a las huestes españolas los guijarros de sus hondas y los sílex de sus flechas.

Después de la rendición del Cuzco y demás ciudades florecientes, dirigieron su atención los conquistadores a Tampu-Tocó, la ciudad sagrada, donde esperaban encontrar inagotables tesoros. Un complot nacional les lanzó a una pista falsa. A cuantos indios interrogaban, respondíanles que las ruinas se hallaban en el valle de Apurímac, a un día de marcha al sudoeste de Cuzco, en un lugar llamado Pacari-Tampú. Los españoles comprobaron efectivamente la presencia de algunas ruinas bien conservadas, pero de escasa importancia. Pacari-Tampú, vuelto a su soledad, fué considerado por los cronistas de la conquista como el legendario Tampu-Tocó, cuna de los Hijos del Sol.

El sabio Bingham decidió aclarar, ante todo, un punto de historia tan importante como el enunciado, y mientras preparaba su nueva expedición, uno de sus colaboradores, el Dr. Eston, marchó a explorar

Pacari-Tampú. Su investigación arrojó una luz nueva sobre el problema estableciendo de un modo definitivo que las ruinas del valle del Apurímac eran escasas y de mediocre importancia; que no presentaban restos de ventanas ni había grutas en los alrededores; que el emplazamiento de esta ciudad antigua no se encontraba defendido por obstáculos naturales. Esta Pacari-Tampú no respondía, por tanto, a las descripciones de la mística Tampú-Tocó tales como las transmitiera la leyenda. Quedaba asimismo probado que los peruanos indujeron a error deliberadamente a los compañeros de Pizarro, haciendo pasar estas ruinas vulgares por vestigios de su capital prehistórica.

Por el contrario, la situación estratégica de la ciudad descubierta por Mr. Bingham, sus formidables defensas naturales, la importancia y el número de sus edificios, la disposición de tres grandes ventanas simétricas en uno de los palacios, todo concordaba aquí con la leyenda. En lengua "quichua" "tampú" significa caverna, y por extensión lugar de residencia temporal. La palabra "tocó" equivale a ventana. Vencidos por las hordas salvajes, los vencidos, antecesores de los incas, habíanse refugiado en el centro de aquel laberinto de gigantescos precipicios para construir allí su nación, con la esperanza de reanudar más pronto o más tarde la ofensiva. El nombre estaba, pues, justificado; la fundada en las cumbres inaccesibles del Machú Pichú fué una capital provisional. Pero los instintos de estos edificadores de ciudadese se hubieron de sobreponer a sus previsiones; proyectando "acampar", acabaron por construir moradas indestructibles, desde donde se lanzaron más tarde a la conquista del mundo tres héroes, hermanos, jefes de tribu.

Realizados con rapidez los trabajos de tala, pudieron ya los arqueólogos norteamericanos estudiar en todos sus detalles y en conjunto la misteriosa ciudad inca. El resultado de esos estudios aparece en el "National Geographic Magazine", al que tomamos los principales datos contenidos en el presente artículo.

"Sería prematuro—observa Mr. Hiram Bingham—hablar del grado de civiliza-

ción a que llegaron los habitantes de Machú-Pichú. Lo cierto es que se trataba esencialmente de una ciudad de refugio. Hállase emplazada en una de las cumbres más inaccesibles de los Andes, y rodeada de precipicios y cortaduras de terreno de 300 a 400 metros de profundidad.

Como si esos obstáculos no hubiesen sido bastantes a poner la ciudad al abrigo de un ataque, los fundadores de Machú-Pichú reforzaron el borde de los precipicios construyendo recias murallas en aquellas partes que podían prestarse al asalto. Para defender y obstruir el paso de la cresta que unía su estrecha meseta con el macizo montañoso principal, levantaron murallas de cinco a siete metros, empleando enormes sillares de granito de centenares de toneladas. Un ancho foso de rápida pendiente reforzaba la muralla exterior. Por último, en la cumbre del más alto picacho habían instalado una atalaya, desde la que podían señalar los



Escalera en la roca y puerta megalítica.



Interior de una casa

vigías la presencia del enemigo, no bien aparecía en la entrada de los desfiladeros.

Describiendo puntualmente la ciudad, mister Bingham observa, no sin sorpresa, que la mayor parte de las viviendas presentan señales inequívocas de haber tenido tejado. Otra característica de Machú-Pichú es el crecido número de escaleras a cielo descubierto, formando calles o pasajes. Nada menos que un centenar de ellas—algunas de más de 150 escalones—construidas generalmente por bloques de granito de un metro de ancho. Algunas escaleras de seis a diez escalones son de una sola pieza. En algunos casos esas escaleras, construidas para unir la casa y el jardín o para asegurar la comunicación entre dos grupos de casas, son tan estrechas, que un hombre corpulento no podría franquearlas.

Esta raza ingeniosa, que no disponía de

herramientas de hierro o de acero para labrar el granito, para cortarlo y pulimentarlo, sabía, no obstante, a fuerza de paciencia y de habilidad, dominar un material tan resistente. Algunos muros son puras maravillas del arte de construir. Los sillares se acoplan con la exactitud metódica de un mosaico. En varias casas los muros presentan huecos admirablemente dispuestos, acaso destinados a armarios. En otras, sillares diestramente trabajados en hueco, almacenaban el agua traida desde manantiales lejanos por conducciones subterráneas igualmente practicadas en el granito, a esa roca ígnea, de la que conseguían obtenerlo todo, hasta los cierres de las puertas. Las que daban entrada a la ciudad y a los barrios, presentaban, en efecto, encima de su dintel una enorme argolla de granito dentro de la que giraba una viga cuyo extremo inferior penetraba en el suelo.

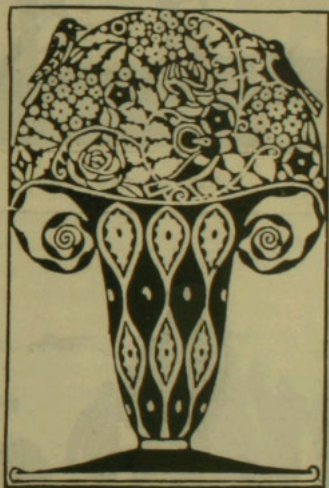
En cada uno de los montantes, un sillar parcialmente hueco retenía un cilindro de granito, al que se unía una viga horizontal. Las dos vigas en cruz sujetaban las maderas que hacían el oficio de puerta. Merced a la ingeniosa disposición, un enemigo no podía cortar desde fuera las cuerdas que mantenían en su sitio las vigas y las puertas.

En las viviendas más espaciales, el piso se eleva en algunos rincones como unos 30 o 40 centímetros de altura. Opina Mr. Bingham que estos bancos de piedra debieron servir para armar sobre ellos divanes o lechos. Registraremos, finalmente, un detalle de importancia capital para el estudio de la religión de esta raza misteriosa. Explorando Bingham un torreón semicircular elevado al borde de un precipicio, descubrió junto a la base de una de las ventanas pequeños orificios del diámetro de un dedo pulgar. Estos correspondían a una cavidad practicada en el interior de un sillar de granito. Piensa el sabio arqueólogo que la torre debió ser santuario y que los sacerdotes poseerían serpientes domesticadas y alojadas en la referida cavidad. Según el orificio utilizado por las serpientes al salir al aire libre, el sacerdote hacía su vaticinio. La serpiente desempeñaba un papel importante en la

religión de este pueblo, probándolo, entre otros hechos, el hallarse esculpida la figura del reptil en numerosas piedras sagradas.

Las interesantes informaciones del "National Geographic Magazine" responden perfectamente a lo que la leyenda nos ha legado acerca de Tampú-Toccó, la ciudad

de las murallas ciclópeas desde las que los incas avizoraban la conquista del mundo después de una tregua de varios siglos invertidos en reconstituir su poderío militar. El descubrimiento de Mr. Hiram Bingham señala, pues, una etapa de la mayor importancia en el estudio de la historia antigua de América.





Telegrafistas en el Ancre



Soldados rusos conduciendo un cañón por las nieves

EL FOULTON

Narración histórica para mi
hijo Ventura Marín Correa.

Por

Santiago Marín Vicuña

Allá por el mes de enero de 1898, recorría yo, en unión de otros ingenieros de la Comisión de Límites, la entonces ignota Patagonia Argentina en un viaje pesadísimo y sumamente monótono, como que caminábamos a la marcha de nuestra tropa, días, semanas, y hasta meses sin encontrar la más insignificante vivienda y en medio de un panorama siempre igual.

De cuando en cuando tropezábamos con alguna misera toldería de "tehuelches" o un simple boliche de italianos perdidos en la inmensidad de la pampa, a los cuales llegábamos gozosos, para comprar alguna chuchería de los naturales o para refrescar nuestros ya gastados víveres.

Grande fué, pues, nuestra alegría cuando en un día de excepcional canícula, avistamos, en el territorio del Chubut, un grupo de casas, y más todavía cuando al llegar se nos recibiera por sus moradores con las mayores muestras de cordialidad y entusiasmo.

Era una colonia de ingleses, explotadores de una extensa zona, poblada por cuarenta mil vacas. Que tanta era la tierra que cultivaban!

Se adelantó uno de ellos, Mr. Foulton, un inglés alto y rojo, que había ya perdido todos los modales de la City, para trocarlo en los de un vulgar gaucho; quien con la mayor obsequiosidad, nos invitó a desmontarnos y a remojar nuestras secas gargantas con un espumante mate criollo.

El whisky no se conocía en ese destierro.

Aceptamos con el mayor agrado la invitación y media hora después diez personas, como viejos camaradas, charlábamos alrededor de un brasero, haciendo circular el mate amargo y la chupeteada bombilla del criollo.

Qué sabrosa era para ellos nuestra charla. Todo era novedad y regocijo, como que hacía más de un año que no recibían noticias del mundo...

Como nuestra jornada sería larga y obligada, no podíamos detenernos mucho tiempo; de manera que no tardamos en despedirnos, a fin de alcanzar al galope la tropa que no había detenido su marcha.

Pero al dirigirnos a las caballerizas divisamos a veinte pasos de nosotros y atado a un poste, un perro negro, de mirada intrépida y cuerpo lacerado. Su gruesa cabeza se le veía macheteada por el indio y su cuerpo fornido, mutilado por las garras del puma.

—¿Y este delincuente? dijo uno de nosotros.

—¡Oh! exclamó riendo Mr. Foulton. Ese es un perro goloso, singularmente dañino y sin dueño conocido, que pronto va a pagar en la horca todas las picardías hechas y por hacer. Si Uds. quieren pueden inmediatamente asistir al "cúmplase" de la sentencia que acaba de dictar el Tribunal de Defensa.

Parece que el perro-vago hubiera entendido la cruel invitación que se nos hacía, porque apretó entre sus piernas la enroscada cola y tendió hacia nosotros, hacia sus posibles salvadores, una mirada de excepcional ternura, que parecía decirnos:

—Pidan Uds. mi indulto y llévenme consigo, que yo les prometo una fidelidad y abnegación sin ejemplos.

Y así lo hicimos.

—Vea Ud. Mr. Foulton, dijimos, háganos el obsequio de ese incorregible, seguro que no volverá a molestarlo, pues nuestro camino será muy largo y el bicho puede sernos de gran utilidad. Hemos comprado a los indios tres perros y nos hace falta un cuarto para completar nuestra jauría.

—Si Uds. se empeñan, ahí lo tienen, declinando toda responsabilidad en los futuros daños que seguramente habrá de ocasionarles; pero pongo por condición que lo lleven atado hasta que le sea imposible regresar a nuestro campamento.

Aceptamos el compromiso y media hora

después, al despedirnos y agradecer las atenciones de que habíamos sido objeto, nos llevamos al cabestro al feliz liberto, que no cesaba de manifestarnos sus propósitos de enmienda y servidumbre vitalicia. ¡Como si hubiera nacido con nosotros!

Al día siguiente fué ya libertado de la soga, que tan cruel recuerdo le trafa, y bautizado con el nombre de su cuasi-verdugo y desde entonces el "Foulton", marchó a la cabeza de nuestra tropilla, singularizándose por su resistencia y sobre todo por su ejemplar abnegación.

Durante toda esa campaña, que duró hasta entrado el invierno, no hubo en nuestro campamento un perro más formidablemente diestro, ya se tratara de corretear una avestruz o de botar un huanaco. de perseguir un huemul o de acoger a un león. El "Foulton" fué siempre el capitán, el preso, el perro de acción, el perro maestro. Más todavía, jamás aceptó de nosotros el menor sacrificio, ni siquiera el alimento, cotidiano que repartían nuestros mozos, pues parecía enorgullecerse de no sernos gravoso y siempre útil. Cuando tenía hambre salía solo al campo y recordando su pasado salvaje, acometía como una fiera a un huanaco y después de hartarse en su carne y en su sangre, volvía satisfecho al campamento.

Con estas reiteradas pruebas y mil y un detalles de su excepcional valor y pericia en las cacerías y sin par abnegación y mansedumbre en el hogar no tardó en conquistarse las generales simpatías y cuando llegamos a Punta Arenas, en el ya nevoso mes de junio, quisimos pagarle tantos servicios y afección, recomendando su especial cuidado al estanciero que quedó a cargo de nuestra tropa.

✽

Pasó el invierno. Las nieves dejaron ver nuevamente la tierra y allá por el mes de noviembre renovamos nuestras tareas de exploración.

Cuál sería nuestro gusto al llegar a Puerto Consuelo, en el hermoso y singularísimo estuario de la Última Esperanza, y divisar desde la cubierta del Cóndor a nuestro buen amigo "Foulton". Le gritamos llamándolo por su nombre y él no tardó en ladrar su felicidad.

Al día siguiente emprendió gozoso con nosotros las nuevas e interminables jornadas patagónicas, desentumeciendo sus adormidos miembros y corriendo veloz tras los avestruces de la pampa, los "Choiocas" del indio; pero el "Foulton" no era ya el perro ágil y choiquero de seis meses atrás.

La vida cuidada y sedentaria del invierno le había perjudicado y sus antiguas energías, nacidas al imperio de una vida salvaje, habían muerto o decrecido ante las regalías de una nueva y apacible existencia. De ahí que tratara ahora de suplir con servilismo y mansedumbre lo que antes tenía de altivez y bravura.

Y así transcurrieron dos, cuatro y seis meses; pero una triste mañana de mayo cuando ya empezaban a soplar los vientos huracanados que desnudaban los árboles de sus hojas y vestían los campos de plumas de nieve, vino el "Foulton" una mañana, muy de alba, a visitarme a la carpa, cosa excepcional en su carácter retraído y respetuoso.

Estaba yo acampado en una hermosa península del lago San Martín, donde formaban contraste los enmarañados bosques y aparragados robles, con las azuladas y tempestuosas aguas del lago. Mis compañeros Riso Patrón, Vargas Salcedo y Briceño, exploraban otras ignotas regiones, de cuya existencia no tenía otras noticias que las que evidenciaban de tarde en tarde el humo, el "telégrafo patagónico" como lo llamábamos.

Entró el "Foulton" a mi carpa muy de alba, como lo decía, y después de lamer con ternura la mano afectuosa que acariciaba su gruesa cabeza, macheteada por el indio y su cuerpo fornido, mutilado por las garras del puma, tendió hacia mí una mirada tan dulce y quejumbrosa como la que nos diera un año atrás, a los pies de la horca del Chubut.

Poco después salió y recorrió así todo el campamento y sin que nadie lo notara se internó en el bosque, sin que su ausencia nos sorprendiera.

¡Cuántas veces se ausentaba por días para saciar su hambre!

Pero cuando ella se prolongó más de lo corriente, empezaron a inquietarse los mozos y salieron a "rastrear" el campo, no tardando en encontrar su cadáver a la sombra de un árbol y en un cojín de hojas secas.

Así concluyó su vida el "Foulton", este ejemplar compañero de dos inolvidables jornadas, que hasta en la hora cruel y postrema de su muerte quiso significarnos su agradecimiento y sin par abnegación, yendo a ocultar su solitaria agonía en las sombras lejanas y apacibles de un bosque, que le trafa el recuerdo de su antigua vida nómada y salvaje.

No en vano ha dicho un filósofo:

Mientras más conozco a los hombres más estimo a los perros.



EL JARDIN DEL REY

Por _____

Paul y Víctor Margueritte

Con Ilustraciones

LA ENTREVISTA

—¡Ah! ¡Mademoiselle du Vernay!

—¡Sí; ahí viene Rosa!

Sentadas bajo uno de los grandes árboles que llenan de sombra el césped del Jardín del Rey, un grupo de mujeres vestidas con trajes de telas claras se destacaban como una nota alegre sobre la esplendorosa verdura de aquel rincón, semejante a ciertos paisajes de parque inglés, y cuya atractiva gracia sorprende en medio de la penosa monotonía de los parterres y bosquecillos de Versalles.

Viéndolas de lejos reunidas y en actitud

familiar trabajando en sus labores o leyendo, con la cabeza inclinada bajo los sombreros orlados de flores o bajo la oscilación de elegantes sombrillas, hubiérase dicho que las cuatro eran igualmente jóvenes, agradables y lindas. Una de ellas dejó sobre las rodillas su bordado, prendió en él la aguja, y murmuró con voz naturalmente agria, que no lograba endulzar la miel de la corriente cortesanía.

—¡Siempre elegante nuestra buena Rosa! ¡Hé ahí lo que tiene vestirse en la calle de la Paz!

Lo dijo con sincero tono de admiración, aunque en cada palabra se percibía cierto

retintín celoso. Luisa Durdelle agregó con aire desabrido:

—¡Ya sabrá su marido lo que habrán de costarle las cuentas de la modista!

Con el menique levantado volvió a coger la aguja, y el fino diente de acero mordió otra vez la batista con golpes precipitados. Una sonrisa iluminó la amarilla faz de la joven... no, de la solterona, como si cada vez que la aguja se hundía en la labor sus propios incisivos sintieran avidez de ejercitarse.

Con sus treinta y seis años, Luisa Durdelle se esforzaba por parecer que no tenía más que veinticuatro. Poseía una especie de gracia un tanto ajada, con su talla mediana todavía esbelta, sus ardientes ojos del color del limón, sus hermosos cabellos negros y amontonados sobre la nuca seca, cuyos rígidos tendones eran muy visibles; algo, en fin, de seductor, aunque agostado, como el recuerdo de lo que hubiera podido ser. Su aspecto hacía pensar en una flor que conservara algo de su forma, pero cuyos colores estuvieran ya irremediablemente marchitos.

Enriqueta Durdelle movió significativamente la cabeza, y cambió con su hermana una mirada de inteligencia.

—¡Bah!—exclamó—¡Rosa es rica!

Y aquella mirada contenía un mundo de sentimientos vulgares: irreprimible envidia y odio no confesado, pero instintivo, bajo las apariencias de la amistad. Y en estas palabras, que, dichas como las dijo, no tenían nada de particular: “¡Bah! ¡Es rica!”, había un grito espontáneo, revelador de sentimientos demasiado profundos—casi una manifestación del sufrimiento íntimo cuidadosamente velado por el orgullo—para que madame Durdelle no sintiera inquieto su corazón maternal.

Madame Durdelle era una de esas vencidas de la vida que no se consuelan nunca de su derrota. Volviendo su viejo rostro consumido, arrugado, casi inexpresivo a fuerza de ser insignificante, y en el cual sus ojos de color azul metálico ponían de manifiesto un alma astuta y sanguinaria, llena de hiel contra las personas y de rencor contra las cosas, envió en una mirada rápida y oblicua a la amiga que sentada a su lado había soltado su libro y miraba hacia el lado por donde llegaba la recién venida.

No; madame Allaygre no había notado nada. La vieja madame Durdelle desplegó una sonrisa burlona. ¡En verdad que era demasiado cándida preocupándose de aquella pava! No era mala madame Allay-

gre. ¡Y era, además, tan tratable! ¡Era una bendición del Cielo que hubiese gente tan necia! No obstante, con un mudo reproche amonestó a su hija menor, la cual, con sus veintiocho años ya cumplidos, aunque llena de afectaciones pueriles, no pestañó, y repuso, apelando al propio testimonio de madame Allaygre:

—¡No es cierto, querida amiga, que Rosita es verdaderamente adorable!

Callaron todas, y las cuatro la miraron acercarse. Al cabo de un momento, Enriqueta volvió a decir como si, recogiendo las palabras de su hermana, continuara en alta voz reflexiones que la asediaban obstinadamente:

—¡Un marido! ¡Un marido! ¡Vaya. Luisa; hablas como si no tuvieras más que escoger en un montón para casarte mañana mismo!

—¡Bah!—dijo a media voz la hermana mayor, que de pronto pareció más amarillita, como si fuese a echar el hígado por la boca. ¡Bien sabes que no faltarían pretendientes!

Otras palabras amargas que pugnaban por salir se detuvieron en sus labios. Una tregua de exclamaciones, ya que no de pensamientos, las unió en silencio y se volvieron hacia Rosa, que, lejos todavía, avanzaba a grandes pasos.

El ritmo de la marcha animaba con suave movimiento el vaporoso vestido, bajo el cual se adivinaba el cuerpo juvenil libre y encantador desde los menudos pies hasta la arrogancia esbeltísima del busto. Mademoiselle du Vernay llevaba una falda y un corpiño de gisa de China color de rosa, tan sencillo, que su atavío, semejante al ropaje de una estatua, con su fresco y tenue matiz tenía el esplendor de una rosa, un tono de carne satinada, la tibia e impalpable dulzura de la flor más aterciopelada y frágil. Sus cabellos de color de oro, esortijados en ligeros rizos bajo una gorra de paja gruesa que ostentaba una enorme rosa roja, encuadraban el óvalo espiritual de un rostro gentilísimo, ayer infantil, mañana grave y severo, y a la sazón luminoso y coloreado por la sangre juvenil, que se transparentaba a través de la epidermis: sus admirables ojos de purísimo color azul abríanse ávidamente al Sol y a la vida, cándidos y confiados, sin dejar de ser maliciosos.

Volvióse sonriente hacia una robusta señora que la acompañaba, y que haciendo esfuerzos por no quedarse atrás resoplaba con aire bondadoso y resignado, sofocaba por la eterna capota de violetas de

Parma que así en invierno como en verano adornaba su majestuosa cabeza. Rosa señaló al grupo de las cuatro mujeres que estaban al pie del gigantesco árbol.

—¡Ay, miss!—exclamó—¡Mírad esos alegres trajes en medio de la verdura! ¡No falta más que un Lancet o un Watteau!

—¡Sí, pero con mejores modelos!—replicó miss Seven con buen sentido y reposada voz. Sin embargo, desde aquí producen algún efecto.

—¡Ya comprendo, miss!

De loin c'est quelque chose, et de près...
 “¿No es eso? Decid ahora que no aprovecho vuestras lecciones! Pero, de todos modos, creo que sois demasiado severa. Pase por majame Durdelle, cuya edad la pone fuera de concurso; y, no obstante, con su vestido a cuadritos, más blancos que negros, nadie le atribuiría la edad que tiene. Pero Enriqueta y Luisa, con sus colores verde Nilo y malva, verdaderamente no representan sus sesenta y cuatro... primaveras. En cuanto a la bella majame Allaygre, tan rozagante con su vestido rojo ¿no parece una bellísima peonía? Como ella, no tiene ningún perfume, pero sí mucho esplendor.

Miss Seven sonrió; el retrato le parecía exacto. Los Allaygre, buenas gentes en el fondo, a pesar de los millones con que estaban como disfrazados, “snobs” imbuidos en un fetichismo mundano, poco antes pequeños burgueses que, envanecidos con una herencia inesperada, se habían instalado en Versalles, a fuerza de amabilidades grotescas se deslizaban aquí, introducíanse allá, y por entonces formaban parte de la sociedad provinciana que en la ciudad del “Gran Rey”, vive a las puertas de París, y que, como toda sociedad, tiene su jerarquía, sus prejuicios y sus costumbres. A fuerza de excelentes comidas y succulentos, los Allaygre habían reclutado considerable número de amigos, más o menos titulados, más o menos ricos; pero que, moviéndose de ellos, condescendían en ir a comer a su casa fiambres de caza y legumbres raras. Admitían sus trufas y les prodigaban apretones de manos, sin perjuicio de satirizarlos en cuanto les volvían la espalda.

Más, apenas hubo sonreído, la compasiva miss Seven se dolió de haberlo hecho. Era un extraño carácter el de aquella vieja señorita mofetuda y barrigona, cuya oronda humanidad estremecida por bruscar agitaciones, que alteraban de vez en cuando su perezosa indolencia, ofrecía una mezcla curiosa, pero simpática, de delicada bondad y dignidad afectuosa con rápi-

das acrimonías y una majestad a veces exagerada. Con sus buenas cualidades, que compensaban con creces todos sus defectos, miss Seven era una verdadera caricatura; en el fondo, la ternura, la fidelidad y la abnegación personificadas. Hacía quince años que desempeñaba el cargo de ama de llaves y persona de confianza en casa de los Vernay. Ella había educado a Rosa, huérfana a los cinco años, cuando la recogió su tío el barón de Vernay, y le había dado una instrucción a la vez sólida y brillante, porque poseía un espíritu superior de los mejor dotados, y en otro tiempo había ganado todos los premios en la Universidad de París y en la de Oxford; pero distraída y más cuidadosa de ocultar lo que sabía que hacer ostentación de ello, no se cuidaba de exterioridades; preocupábase más de realidades que de apariencias. Un antiguo cambio de fortuna, sobre el que se mostraba reservadísima, la hacía superior a una situación para la cual no había nacido. En una palabra, gracias a una constante discreción, siempre permanecía en su puesto; quería a Rosa como si fuera su hija.

Después de haber sonreído, miss Seven replicó:

—¿No seréis vos más bien quien os mostráis severa? Ciertamente que los Allaygre no han inventado la pólvora. ¡Pero los tratan tan brutalmente! A mí me inspiran piedad. ¡Los compadezco!

Rosa exclamó:

—¡Bien se ve vuestro generoso corazón! ¡Vaya! Están tan engreídos con su nueva grandeza, que no se dan cuenta de ello. Pero, después de todo, madame Allaygre es una buena mujer, y, además, tan afectuosa... Estoy segura de que me veré obligada a quererla; y en verdad que me calumnio, porque verdaderamente la quiero. ¡Ah, miss! ¡Es tan bonito esto! ¡Es tan hermoso!

Aquel día Rosa estaba en una disposición de ánimo que la hacía amar a la Tierra entera. Amaba a la excelente miss Seven, tan cómica con su extraño y rubicundo rostro bajo la inmutable capota; amaba a madame Allaygre y su vestido rojo; amaba a las tres Durdelle, que parecían tres manchas de color verde, malva y gris sobre el sombrío terciopelo esmeralda de la hierba y el follaje; amaba las plateadas deslumbradoras de junio, el aroma de las rosas y petunias, los grandes árboles inmóviles bajo el firmamento azul, en el cual flotaban muy altas ligeras nubes.

Le parecía que nunca había realizado con tanto gozo la sencilla función de vivir. Aspiraba con delicia el aire perfumado, impregnado del calor y de la serenidad de la tarde; no sentía ni aun el peso de su propio cuerpo, y mientras avanzaba con paso rápido, ondulando la falda con la cadencia de su marcha, hubiérase dicho que ni ella misma pesaba sobre la Tierra.

Aquel delicioso rincón del Jardín del Rey, adonde acostumbraba ir todos los días a la caída de la tarde para ver a sus amigas aquella entrevista en que sólo se cruzaban palabras triviales y vulgares ideas, falsa moneda con que pagan las conversaciones mundanas, las consideraba como una imagen de difusos y poéticos placeres. Sonreía a las personas, a las cosas, y aún a sí misma. Estaba formada de indiferencia y juventud. ¡Horas de expansión divina, en que el corazón en su aurora se halla henchido del amor universal!

Si en aquel vago sentimiento, cuya intensidad la embriagaba, se mezclaba tal o cual oculto pensamiento, alguna secreta preferencia, en aquel minuto Rosa apenas reparaba en ello. La idea del posible desposorio y del marido futuro la preocupaba tan poco como en aquel mismo instante inquietaba a Luisa y a Enriqueta Durdelle, pálidas bajo la sonrisa que contraía sus labios y les desgarraba el alma.

Así, pues, mademoiselle du Vernay no pudo adivinar el acento de ironía que vibró en el saludo de Luisa:

—¡Buenos días, querida mía! ¡Qué lindo traje lleváis! ¡Es de vuestra canastilla de boda?

Rosa respondió con una carcajada:

—¡Mi canastilla de boda! ¡Oh! ¡No; todavía tengo tiempo!

Los treinta y seis años de Luisa hicieron, ¡ay!, una horrible mueca.

Hubo una breve confusión, cierta revolución de sillas, muchas zalamerías y el ordinario cambio de frases amables, municiones a menudo envenenadas con las cuales se tirotea a cara descubierta. Sentadas todas, miss Seven sacó del pequeño "cabás" de raso negro, pendiente de una cadena de acero y que nunca separaba de su mano, un librito cubierto con un forro de vieja seda, y con un gesto autoritario se lo dio a Rosa, y le dijo ahuecando la voz:

—¡Vamos, mademoiselle, a estudiar!

Luego añadió más tiernamente:

—¡Nunca sabréis ese endiablado papel! ¡Y, sin embargo, tengo empeño en que consigáis un triunfo!

Enriqueta dijo con pífido donaire:

—¡Siempre se tiene indulgencia con una principiante!

Luisa aprobó estas palabras con una ojeada a su hermana. "¡Vamos, menos mal! ¡Decididamente, la "rapaza" hace progresos! Este era el mote cariñoso con que designaba a su hermana menor, cuya buena presencia y robustez envidiaba.

Enriqueta, exuberante, con vivos colores y hablando fuerte, o bien empleando mimos y maneras infantiles que formaban ridículo contraste con su corpulencia, era, en suma, una mujer que podía ser agradable.

Esto es lo que entristecía en el fondo de su corazón a Luisa, a la sazón fuera de edad para toda una categoría de matrimonios.

Se consolaba con la idea de que, según todas las probabilidades, Enriqueta poco a poco también se marchitaría, envejecería solitaria como ella, y renunciando cada día a la esperanza, veríase reducida a la situación de codiciar en su triste vida el advenimiento de un libertador sexagenario, tal vez un viudo. ¡Quién sabe si algún retráido! Providencialmente, estos últimos abundaban en Versalles.

—¡Ah! "¡Buenos días, amigo mío! ¡Te esperaba con impaciencia"! ¡Nunca podré meterme esto en la cabeza!—murmuró Rosa.

La atención de mademoiselle Durdelle mayor se dirigió con una complacencia mezclada de inquietud hacia la jovencita, cuyo delicado perfil inclinado sobre el libro sonreía entre el desorden de sus cabellos de oro fino "¡Es evidente que nunca sabrá su papel!"—pensó Luisa;—y esta primera idea le fué muy dulce. "¡Pero sería capaz de hacerse aplaudir si lo supiera!" y este segundo pensamiento le pareció amargo.

Tanto más amargo, cuanto que en este punto, en los dominios del teatro de sociedad y de las comedias de salón, Luisa Durdelle era intransigente y severa. En aquel coto cerrado había desollado mucho tiempo. Todavía era una de las actrices más brillantes de la compañía Dumerchin, y para ella representaba un motivo de particular despecho el posible triunfo de una nueva comedianta. Era una estrella, y estrella quería seguir siendo. En resumen, era una actriz de talento, de voz pícarasca, agilidad nerviosa, y cuya única tristeza consistía en verse obligada a renunciar a los papeles de dama joven por los más señalados de doncella, y aun—¡qué irrisión!—de mujer casada.

Lanzó a Rosa una mirada de odio: "¡Desempeñar un papel de muchacha inocente! ¡Linda broma!" Y de antemano se lamentaba con el temor de que la debutante obtuviera por su gracia un fácil triunfo de juventud. ¿Fácil? ¡Ah! Tal triunfo no estaba al alcance de todo el mundo; y hé ahí lo que encorajinaba a Luisa, y su temor iba acompañado del sincero anhelo de un fracaso.

—¿Es que madame Dumerchin no va a venir?—preguntó alarmada madame Allaygre.

Volvió sucesivamente a cada una su rostro regordete en el cual no quedaban rastros de la pasada cuaresma, gracias al esplendor de su tez y al húmedo brillo de sus ojos castaños, que hubieran parecido encantadores si no fuesen un poco inexpresivos. Era una linda rubia, visiblemente gruesa, a despecho del despiadado corsé, en el cual desde por la mañana hallábase encarelado su talle.

—¿Creéis que no vendrá? Sin embargo, lo había prometido formalmente.

Una furtiva sonrisa retozó en los labios de Rosa. Entonces Luisa y Enriqueta se hicieron cómplices suyas y la imitaron. Desde el momento en que se trataba de reírse del prójimo, las Durdelle se declaraban francas aliadas de cualquiera.

—A fe mía—dijo Enriqueta, avivando la inquietud de madame Allaygre,—no estoy segura. La he encontrado en la calle de San Peíro. Iba hacia la estación.

—¡Oh!—exclamó la otra simplemente.

Viendo su cándida desesperación, Luisa no pudo contenerse y lanzó una carcajada; pero, temiendo mortificar a madame Allaygre, cuyos manjares trufados eran dignos de toda alabanza, para explicar su risa pretextó la caída de un niño que allá por uno de los paseos del jardín corría detrás de un aro.

Aquella madame Dumerchin, la prefecta, como generalmente la llamaba, aunque en realidad no era más que ex-prefecta—y aun eso momentáneamente, por cuanto el difunto Dumerchin no había ocupado el puesto más que quince días durante el reinado de Thiers, en aquellas tristes semanas que siguieron a la Defensa nacional y precedieron a la Commune;—aquella madame Dumerchin, no solamente a los ojos de madame Allaygre, sino a los de todo Versalles, era el oráculo del buen gusto, la reina indiscutible de las diversiones locales.

¿Era, pues, una mujer superior por sus dotes naturales o por la cultura de su es-

píritu? ¿Se hacía valer por una bondad particular de corazón? ¿Se esforzaba, por lo menos, en ser amable, en encontrar para cada una palabras que halagasen su amor propio o lisonjearan su vanidad? ¿Era hermosa, o, a falta de esta cualidad, pasiva, pero estimable, tenía por lo menos esa otra cualidad, según la expresión del poeta, todavía más bella que la belleza? ¿Poseía la gracia que seduce, el encanto que fascina? ¿Tenía siquiera un resto de juventud, una perfección cualquiera que cautivase?

¡Nada de eso!

Madame Dumerchin, sin ser tonta, era una de esas mujeres en las cuales a la falta total de instrucción suple una locuacidad incansable, secundada por la finura femenina. No se podía acusarla de falta de corazón, porque, buena hija buena esposa y buena madre, en medio de todos los afectos de su vida nunca había variado de culto, no amándose más que a sí misma, y amándose sobre todas las cosas. Era además la dama más áspera, brusca y desconcertante por sus salidas de tono y por una franqueza que parecía grosera, a causa de su contraste con las habituales mentiras sobre las cuales descansan todas las relaciones sociales. Aquella gruñona y presumtuosa señora tenía sobre su cuerpo de granadero una menuda cabeza, con nariz borbónica surcada de mil imperceptibles arrugas, y las mejillas siempre embadurnadas de colorete. Muestra de su pertinaz y vigorosa juventud (como esas yedras que escalan la fachada decrepita y revocada de un muro viejo), era el brillo nacarado de su dentadura postiza y su encrespada peluca negra.

Entonces...

Madame Dumerchin alardeaba de una insolencia poco común, universalmente temida, pero que hacía la ley, y, sobre todo, poseía el sólido pedestal de una considerable fortuna. ¡Doble y abrumador prestigio!

Además, gracias a su pasión por las cosas de deportes y teatros, había logrado convertir su salón en uno de los pocos sitios animados, aunque literarios de Versalles. En su casa no era posible aburrirse. Cuatro o cinco veces al año se representaba allí alguna comedia, y como tenía el carácter alegre, réplicas oportunas y "lunchs", muy delicados, sus invitaciones eran codiciadísimas. Precisamente en su casa era donde debía representarse en "garden-party", el 17 de junio, aquella obrilla uno de cuyos papeles mascullaba Rosa pacientemente. La tal pieza no ha-

bía de revolucionar la marcha del mundo, porque no era otra que la antigua adaptación de "Los gemelos de Bérgamo" hecha por Florián, con música de Lecocq.

Pero algo que se disfrutaba en casa de la prefecta le parecía siempre admirable a madame Allaygre. A pesar de que era recibida en todas partes y veía desfilar por su casa a toda la buena sociedad, que, semejante a los canjilones de noria, iba de una o otra parte sin variación alguna, la hostigaba una ambición secreta, devoradora, única. Hubiera querido que madame Dumerchin la ocupase otorgándole el honor de entrar a formar parte de su compañía. Ella hubiera desempeñado cualquier papel, bien fuera el de la criada que se inclina diciendo: "La señora va a volver"; aun menos que esto, con entregar una carta le bastaba. Hé aquí lo que apetecía apasionadamente.

Agitada y febril dirigía hacia la entrada del bosquecillo, oculta por el verde follaje, largas e inquisitivas miradas, y su distracción era tan completa, que ni siquiera oía lo que las señoritas hablaban a su alrededor.

—¿Sabrá su papel monsieur de Lacaille?—preguntó Enriqueta.

—¿En qué piensas?—contestó agriamente y disgustada madame Durdelle.

Monsieur Lacaille, teniente del 15 de cazadores, era un pretendiente posible. De la misma edad que Enriqueta, y bastante rico para los dos, lo que no era un inconveniente, o, por mejor decir, lo arreglaba todo, porque la casa Durdelle era de las que solo se libran de la pobreza ostensible a fuerza de cubrir las apariencias con una astucia y un ingenio infatigables; —el oficial, según los cálculos de la madre, era una presa sabrosa y magnífica que con algo de habilidad tal vez pudiera atráparse.

La natural galantería de monsieur de Lacaille que en las raras conversaciones que tenía con ellas se manifestaba por miradas afectuosas para la vieja dama y por una familiaridad de buen augurio con relación a Enriqueta, según la opinión general de la familia, presa en las propias redes de su reclamo, autorizaba todas las esperanzas; y Enriqueta, pareciendo poner en duda las aptitudes y la capacidad del posible novio. "¡rara avis!", se portaba con la simplicidad de un ganso; pero bajo las severas miradas de su madre la joven se reportó. No lo había dicho con malicia.

—Es verdad que monsieur de Lacaille

tiene otras muchas cosas que hacer—dijo caritativamente Luisa, que se cuidaba poco de que sus palabras pudieran envolver un vituperio para el oficial, porque la preocupaban más otras cosas.

Enriqueta se picó.

—¿Otras cosas que hacer? ¿Y cuáles son, querida mía?

—Bien sabes que un oficial siempre está muy ocupado. Monsieur de Lacaille se queja constantemente de ello. Además, no se trata sólo del regimiento: París es también muy absorbente.

Y añadió, sin inquietarse porque la otra se molestara, o tal vez enfadada ella misma:

—¡No sé lo que todos esos señores tendrán que hacer en París! Desde las cinco de la tarde, y aun antes, ya están en camino. El único punto de Versalles donde hay seguridad de encontrarlos es la estación. Allí no se ve más que a ellos. ¡Así estaban de enojados cuando el último ministro les prohibió vestirse de paisano! ¡Ya no tenían medio de corretear por ahí, porque el uniforme se ve desde muy lejos!

—Por fortuna para ellos, el ministro siguiente ha derogado esa disposición—dijo madame Allaygre. Sin embargo, ¡son tan bonitos los pantalones colorados! ¡Yo en su lugar, nunca me los quitaría!

Levantó los ojos al cielo con expresión elegíaca. Luisa y Enriqueta se desternillaban de risa.

—¡Vaya!—exclamó la primera. ¡Todos esos señores, sobre todo los de Caballería, son unos presumidos!

Rosa sonreía maliciosamente. ¡Aquella remilgada de Luisa enseñaba demasiado la punta de la oreja! Conocía la fábula: "¡Están verdes!"

Incapaz de comprender tales sentimientos, Luisa se equivocó al interpretarlos, por más que fuesen expresión de la misma realidad.

—¡Ah, Rosa!—exclamó. ¡Cualquiera diría que no sois de mi opinión! ¿Es que también vos tendríais debilidad por alguien? ¡Veamos! ¿Es por monsieur Min-dré? ¿Nó? ¿Por monsieur Lecornet? ¿Tampoco? ¿Acaso por monsieur de Lacaille...?

Se pasó por los labios su aguda lengua como si chupase un caramelo, y al mismo tiempo espiaba el rostro de la joven por si lograba sorprender un enrojecimiento revelador. Se complacía en mortificar a dos personas; en primer término, a Rosa, cuyo pensamiento hubiera deseado conocer—¡porque estaba bien segura de que monsieur de Lacaille también le hacía la cor-

te—y además a su hermana, a quien quería exaltar contra la rival probable.

Pero obrando de este modo no obedecía únicamente a un instinto perverso. Su interés personal estaba en juego. Tratando de obligar a Rosa a descubrirse tenía este objeto principal: saber quién, su hermana o ella misma, corría el riesgo de ser frustrada, robada por aquella insustancial bacillera, en torno de la cual giraban todos aquellos señores. ¡Todo porque era joven y rica! ¡Vaya un mérito! ¡Y que para eso se hubiera tomado ella el trabajo de nacer!

No había más que decir: ¡Todos aquellos caballeros, lo mismo el teniente Lacalle que el tonto de Enrique Sicart y que...!

Una punzada de celos caladró con vivo dolor su alma biliosa. Sí; aunque quisiera engañarse asiendo al más débil rayo de esperanza, al mismo Roberto Dumerchín le parecía gentil aquella pécora. ¿Ella..., o su dote? Ambas, sin duda. Esta sospecha que sin cesar la asediaba y que la predisponía a una hostilidad constante contra la inocencia de mademoiselle du Vernay, hacía más de un año que emponzoñaba su vida.

Pero lo más exasperante era no poder averiguar... No podía decirse si era éste, el otro o el de más allá el que más gustaba a Rosa, la cual mostraba a todos el mismo carácter amable, sin coquetería. "¡Sin coquetería!"—exclamaba Luisa con rencor que hubiera sido más vivo en el caso contrario. ¡Esa chiquilla no tiene sangre en las venas! Una sola cosa era indudable, preciso era confesarlo: que no obstante aquella ausencia de coquetería, Roberto Dumerchín miraba a Rosa con otros ojos que a ella, a pesar de sus melindres.

Esta certidumbre le era horriblemente penosa, porque, no sé por qué especie de



Rosa.

absurda autosugestión, a medida que veía disminuir en torno suyo el número de los pollos casaderos, la jamona se aferraba desesperadamente a la idea de que no era de todo punto indiferente al elegante Roberto. ¡Oh! Sin duda alguna sus encantos, que ella creía conservar íntegros todavía, a despecho de los implacables avisos de su espejo, aquellos encantos, aunque él fingiera defenderse contra su influjo, habían impresionado al agente de cambios. No pudo, pues, menos de palidecer, sorprendida en flagrante delito de pensamiento, cuando Enriqueta dijo por espíritu de venganza:

—¿No veremos al lindo Roberto, Luisa?

Más, en seguida, mademoiselle Durdelle mayor se dió una palmada en la frente, añadiendo:

—;Pero qué tonta soy! ¡Olvidaba que hoy tenía que ir a la Bolsa!

La bendita joven no había olvidado nada, como lo comprobaron estas palabras que dijo para su sayo dirigiéndose a su hermana: ¡Yo te enseñaré a pincharme! Luego agregó:

—¡Ah! monsieur de Lacaille. Roberto... ¡Esto es un éxodo general! ¡Hé aquí que todos vuestros galanes se marchan a la capital!

—Querrá decir todos "nuestros" galanes—murmuró Rosa para sí. ¿Y eso la escandaliza? No hay manera de saber... ¡Trabajo en vano!

Y bajando la cabeza Rosa recorrió con los ojos las páginas de su libro. Cesaron sus labios en la muda articulación de las palabras, y, como cayendo en un ensueño, hizo examen de conciencia. Los nombres propios que había oído le habían chocado, la perseguían. ¿Era un simple deseo de sustraerse a aquel ambiente de maledicencia? ¿Era la influencia de aquel dulce crepúsculo de esto que la impregnaba de languidez dichosa, o bien un reconocimiento tácito de que entre los nombres de aquellos jóvenes algunos no habían sido citados por pura casualidad?

Gozar en casa de su tío una vida alegre y placentera, hasta entonces ocupada con los cuidados de su educación, que, gracias a miss Seven, la habían convertido en una verdadera jovencita a la moderna, muy prácticamente instruía tanto en ciencia y literatura como en ese humilde conocimiento de los negocios de la casa y de la vida, tal vez de mayor utilidad, Rosa, joven, linda y rica, hallábase en esa encantadora fase de la existencia en que después de las horas felices henchidas de lo pasado, abríase ante ella como una ventana luminosa que le descubría panoramas nuevos, el desconocido porvenir.

Entre estos dos aspectos de sí misma, lo pasado y lo futuro—porque no se imaginaba el mundo más que a su propia imagen,—el uno ya desvanecido y el otro no existente todavía, saboreaba apaciblemente la transición de lo actual. Segura como estaba de su destino tanto como se pueje estarlo en la Tierra, de su fortuna, que estaba en manos de su tío, y de la vigilante y terna previsión de miss Seven, la mejor guía, apenas le inquietaba el mañana, que se le presentaba indeciso y encantador.

Lo porvenir era para ella como una senda luminosa que en la bruma dorada y azul se dirigía rectamente hacia la lejania

vezes con sus cumbres coronadas de nieve. ¿Qué compañero la recorrería a su lado? No distinguía bien su rostro. Con el egoísmo natural en los jóvenes, que instintivamente se precipitan para correr hacia adelante, no le causaba sorpresa alguna no verse escoltada por su tío ni por miss Seven. Dos personas nada más avanzaban por aquel camino esplendoroso.

Ella, pero más robusta, embellecida, con los brazos gruesos y los hombros redondeados—su único motivo de descontento era la delgadez de aquellos miseros brazos y la flacura de aquellos hombros diabólicos (¡la rolliza Enriqueta Durdelle sí que tenía suerte!); y al lado de ella, ¿quién iba? En su sueño se animaba una forma esbelta, de indudable elegancia; pero no podía distinguir claramente sus facciones.

Visto de espaldas, su compañero tuvo un momento la apostura de monsieur de Lacaille; luego hé aquí que se inclinaba, volvíase de perfil, sonreía, y su fino bigote negro recordaba el de Roberto Dumerchin; o bien, rápidamente, tenía cierta confusa semejanza con un rostro dificultoso—¿quizás el de Enrique Sicart?—que en el acto se borraba.

Sin embargo, en medio de su ensueño Rosa se detenía a considerar aquellas tres figuras.

¡Madame de Lacaille! No sonaba esto muy mal. Vefase arrellenada en una carretela inglesa niquelada, reluciente con su barniz amarillo, arrastrada por un tronco de fogosos alazanes, con la pequeña cola empenachada y erguida, y el robusto cuello engallado. Sentía calor debajo de la capota, y cierto latido en las sienes. Céfido en su levita negra de severo cuello rojo, el oficial se inclinaba hacia ella, y al paso de los caballos dejábase llevar lentamente, hollando el césped del camino bajo una bóveda de árboles seculares. En torno suyo reinaba la soledad del gran parque, y en el silencio de la cálida tarde percibía el olor embalsamado de los sotos.

Mas pensando en ello un poco, su gozo se desvanecía a medida que iba delmeándose la figura del teniente. Sin embargo, tenía regular empaque, un lindo bigote erguido, ojos autoritarios que sabían hacerse tiernos, y cabellos castaños con abundante cosmético divididos en dos bandos por una raya... ¡Oh; una raya magnífica, blanca, larga, derecha, que bajaba hasta la nuca; un verdadero camino! ¡Ah; como aquellos caminos del parque por donde paseaban juntos! Además, los ojos

de monsieur de Lacaille no eran en verdad muy expresivos.

Roberto Dumerchin era, sin duda, más inteligente. Debía de ser un camarada simpático: hasta tenía algún ingenio, y los personajes y los acontecimientos del día le inspiraban divertidas ocurrencias. Con la fortuna de ambos bien podía ella, lo mismo que siendo madame de Lacaille, tener un agradable salón.

Contemplábase en traje descotado—¡ay, los hombros!—sentada a la mesa bajo una araña deslumbrante. Una vitrina de cristal llena de flores y blancas figurillas de Sèvres ocupaba el centro del mantel. Acababan de servir trufas al jerez en minúsculas capsulillas de porcelana ondulada. Monsieur Dumerchin estaba frente a ella, y sonreía a su vecina. Vefa brillar su blanquísima pechera. Las risas se desgarraban entre el rumor de la concurrencia y el penetrante perfume de la sala. Hasta llegaba a imaginarse la expresión de los semblantes y la entonación de las palabras.

Pero de pronto surgía la visión de madame Dumerchin, que ocultaba la figura de su hijo. Rosa no veía más que a ella, de pie, como solía estar todas las noches de recepción en el umbral de su vasto salón imperio en la vieja casa de la calle de San Antonio, como una estatua de granadero con enaguas, balanceando entre los altos hombros su pequeña cara arrugada, embadurnada de rosa, adornada con una nariz borbónica, y con el brillo de sus dientes positivos y de sus rizos negros. Rosa se estremeció hasta las entrañas, exasperada por el sonido de aquella voz avinagrada y el aléman de aquella catadura hostil. Madame Dumerchin no prometía ser una suegra agradable. El trato diario con ella debía de ser una cosa terrible.

Rosa volvió a contemplar la ruta futura abierta en la luz. Madame Dumerchin estaba allí demás. Imaginó otros compañeros; pero con ellos no se representaba nada bien definido, y apenas esbozadas. Las imágenes desaparecían. No eran antipáticas, sino muy confusas.

De aquel Enrique S'cart, arquitecto adscrito al servicio de palacio, aunque monsieur du Vernay le hubiera ensalzado delante de ella, se sabía muy poca cosa. Vivía muy retirado. Las varias veces que le había encontrado después de presentarse, la había saludado con mucha cortesanía, y apenas dichas unas pocas palabras, en seguida se marchaba. Encerrado en voluntaria reserva, no se mezclaba en

sociedad. Sin huirla, la evitaba. ¿Era un hombre orgulloso, absorto en importantes trabajos, o un hombre tímido?

Pero Rosa quedó asombrada. ¿Cómo? ¿Había pensado tres minutos seguidos en semejante sujeto! Era la primera vez que le concedía tanta atención. Desechó esta idea, y sepultó aquella figura en la sombra incierta para que se juntase con la nada de las otras, aunque no sin haber notado en ella primero cierta originalidad, una especie de distinción en sus ojos pensativos y en su barba cortada en punta.

—¡Vaya! ¡No dejaréis de saber vuestro papel estudiándolo con tanta paciencia!—exclamó de pronto Luisa.

Enriqueta añadió con voz aflautada:

—Primer premio de aplicación para la alumna Rosa!

La alumna, incomodada, cerró el libro. ¿Cuánto tiempo había estado divagando? Por más que hubiese hecho aquella rápida excursión en un relámpago, pareciale que había invertido en ella algunas horas. Se pasó por las sienes sus crucificados dedos, separó los rizos de la frente, y suspirando para simular mucha fatiga dijo:

—¡Ah! ¡Qué difícil es aprender estas majaderías!

—¿Majaderías?—exclamó madame Allaygre, indignada de que pudiera calificarse de tal suerte una pieza escogida entre ciento por la infalible madame Dumerchin. Pues a mí me parecen seductores esos versos, tan delicados, de cierto sabor clásico...

Por más que, no figurando para nada en aquella pieza, porque en "Los Gemelos de Bérnago", no había más que dos papeles distribuidos "a principiantes", a Luisa le parecía aquel entremés (ella tomaba parte en la comedia seria.) saturado de insostenible sosería, no obstante, acudió en ayuda de madame Allaygre diciendo:

—¡Bah! ¿Quizás Rosa no querría recitar más que obras de Musset o de Shakespeare?

Entonces, replicó miss Seven:

—No sería ninguna necesidad. Por mi parte, nada me parece tan simple como ese género literario que se sirve invariablemente con el título de comedias de salón; ni concibo que haya quien se complazca en rumiar semejantes disparates y sandeces, habiendo cosas tan bellas. Esto me recuerda a las personas que, pudiendo comer alimentos sustanciosos y delicados, prefieren hartarse de inmundicias.

Estalló una carcajada general. Las exageraciones de miss Seven parecían siem-

pre deliciosas. Madame Durdelle objetó: —¿Inmundicias? ¡Vaya! A mí me parece que esa pieza de "Los Gemelos de Bér-gamo" es inofensiva.

Enrojeciendo con súbita indignación, miss Seven cortó el debate con las siguientes palabras:

—Será como queráis; pero yo os digo que ser inofensivo es casi ser dañoso! No servir de nada, no hacer ningún mal, será una excusa; pero no es una razón ¡Tengo horror a las virtudes negativas! Una acción indiferente es bien perdido.

Desdeñó explicarse más, volvió a meter con ademán majestuoso el libro en el cabés, cuya cerradura hizo crujir, y volviendo a uno y otro lado su gruesa y redonda cabeza orlada de violetas, se abismó en olímpico silencio.

Pero en aquel momento madame Allaygre se levantó como movida por un resorte. A la vuelta de la espesura que ocultaba la entrada del bosquecillo acababa de percibir el cadencioso paso de madame Dumerchin.

La prefecta se acercaba sin prisa, con la negligencia de una persona que sabe que para ella cada cosa llega a su hora, en una estabilidad de perpetuo triunfo. Con la segura mirada del general en jefe que revista sus tropas, envolvió a todos los presentes. Faltaban a la entrevista algunos de los contentullos; pero no importaba: las tres Durdelles, Rosa, su institutriz y madame Allaygre formaban aquel día una pequeña corte aceptable. Con Rosa y Luisa ya tenía a mano dos de sus cuatro actrices. Era lo esencial, porque mademoiselle de Goulenes, que representaría con Rosa "Los Gemelos de Bér-gamo", sabía perfectamente su papel. En cuanto a la quinta, madame Fry, de la cual acababa de recibir noticias desagradables—una tía suya estaba muy enferma en Nièvre, y, por consiguiente, sería muy probable que tuviera que marcharse y renunciar a su papel,—por fortuna, no tenía a su cargo más que esta sencilla réplica de doncella que recibe una carta: "Muy bien, señora..."

Madame Dumerchin dirigió de lejos una graciosa sonrisa al grupo, que, al verla, se puso en movimiento. Luisa, excelente cómica, una de las estrellas de su salón, era una muchacha casadera; Rosa, una heredera también. Aquello iba muy bien. En cuanto a la vieja Durdelle y a madame Allaygre, su complaciente servilismo hacía que las mirase con alguna simpatía madame Dumerchin, que después de haberlas abrumado de insolencias y menudos desal-

res, cansada de despreciarlas, se dignaba recibir sus homenajes. Enriqueta, que le era indiferente, estaba autorizada para beneficiarse de aquella sonrisa dispensada a todo el grupo. En el pensamiento de la prefecta solo miss Seven quedaba excluida, porque su franqueza y sus maneras libres, que juzgaba muy vulgares, no tenían el privilegio de agradarla.

Eso no impidió que en la general distribución de cumplimientos y saludos la prefecta concediera a miss Seven un apretón de manos y una amistosa inclinación de cabeza. Una y otra cosa significaban claramente: ¡Ved qué magnánima soy y con qué delicadeza sé franquear las distancias! Después preguntó con voz arisca, cuyo agudo timbre asombraba saliendo de aquella enorme masa:

—¿No ha venido mademoiselle de Goulenes?

Aunque no estuviera convenido para aquel día un ensayo oficial, fuera de las sesiones que se celebraban en su casa a horas reglamentadas, madame Dumerchin gustaba de reunir mucho tiempo antes de la fecha definitiva a toda su pequeña tropa. Era preciso que la organizase y dirigiese. Entendía mucho de aquellas cosas, y se preciaba de ser una cómica de mérito sobresaliente. Manejaba a sus actores como en otro tiempo el difunto Dumerchin a sus caballos de carrera. Versalles la había consagrado como mujer de acción. En este punto afectaba cierta gravedad solemne, a lo cual no contribuía poco el hecho de haber recibido lecciones de Bressant. Dónde, cuándo y cómo le había conocido no se sabía, ni aun si en realidad le había conocido nunca, por más que solía repetirse con admirativa seguridad: ¡Ha recibido lecciones de Bressant!

—Jacobita sabe su papel, señora—dijo Luisa haciendo un guiño poco afectuoso con el cual señalaba a Rosa, que devolvió la pelota diciendo sencillamente:

—Y yo también sabré el mío

—¿Querida niña—murmuró madame Dumerchin acariciándole dulcemente la mejilla. Entretanto pensaba: ¡A fe mía que Roberto no es tonto! ¡Es encantadora esta muchacha! ¡Tiene mucho talento! Creo que hasta es algo espiritual. ¡Será una gentil mujercita! ¡Qué fortuna podrá tener? ¡Con ese chiflado de du Vernay no hay manera de saber nada! Evidentemente, es muy rica; pero ¿cuál será su fortuna? ¡Ah! ¡Puede alabarse de tener un tío bien perillán! ¡Qué original es! Pero será preciso que me informe. Madame Fry co-

noce a un primo de du Vernay que ha sido tambien mi amigo del padre de Rosa. ¡Ella me enterará!

—¿Habéis venido a pie?—preguntó madame Allaygre, dispuesta a pasmarse de asombro si maiame Dumerchin, que apenas vivía a veinticinco minutos de distancia, hubiera realizado aquella hazaña.

—No—dijo la prefecta. Es preciso hacer trabajar un poco a mis caballos. He dejado la victoria en la verja de Folichencourt, y he recorrido muy despacio el paseo de Invierno.

—¿Cuál es el paseo de Invierno?—preguntó madame Allaygre.

—Pues el que conduce aquí viniendo por el camino de Saint-Cyr, y que, pasando por entre el Espejo de agua y el Jardín del Rey, va por la fuente de Saturno hasta el Tapiz Verde.

—¡Ay, ya!—exclamaron a un tiempo madame Durdelle y madame Allaygre. ¡Sois admirable! ¿Cómo os arregláis para recordar esos nombres antiguos? ¡Qué erudición!

—Yo—añadió madame Allaygre—nunca he podido retener ninguno de esos nombres extravagantes. Confieso que sé de ellos tanto como el primer día. Los desconozco en absoluto.

Hacia dos años que vivía en Versalles, y estaba condenada a vivir allí otros veinte más; pero no la preocupaba nada el prodigioso pasado que por todas partes vibraba a través del follaje, y hasta en las vetas de los mármoles.

Madame Dumerchin movió moleestamente la cabeza de derecha a izquierda entre sus anchos hombros, y era visible que se engreía "como una gallina de Guinea"—decía miss Seven para su capote.

No es que la prefecta tuviese afición alguna a las cosas antiguas, cuyos vestigios le eran del todo indiferentes, en su ignorancia de cuanto fuese historia o arte; pero con tanta frecuencia había oído a monsieur du Vernay repetir delante de ella y con increíble profusión de detalles hasta el nombre del más pequeño rincón del Parque, que había concluido por retenerlos en la memoria. Considerando a Rosa como un partido de los más aceptables, creía mostrarse muy hábil haciendo creer que se interesaba por lo que constituía la manía, o por mejor decir, la locura de su tío. Así, pues, dijo con tono de leve reproche:

—¡Ah! Si monsieur du Vernay os oye, querida señora! ¿Cómo no apasionarse por todos estos testigos de "la gran época"? Por mi parte, Rosa, a vuestro tío le debo,

no precisamene conocerlos—dijo haciéndole remilgos.—sino saber algo de tantas maravillas.

"¡La gran época!" ¡Con qué solemnidad pronunció estas palabras! Madame Allaygre se quedó estupefacta. "¡La gran época!" De pronto la sobrecogió una penosa vergüenza. ¿En qué había pensado hasta entonces? ¡Qué falta de juicio, Dios mío! ¡Qué irreparable falta de buen gusto! Hizo promesa de investigar con ardor la "gran época". ¡El oráculo había hablado! Mas en realidad, no sentía entusiástica vocación por aquellos montones de piedras verdes, aquellos bronceos incomprensibles, aquellas habitaciones frías, doradas y desiertas, que descubrían a sus ojos un mundo inquietante y lúgubre; pero puesto que madame Dumerchin daba el ejemplo, era imposible no imitarla. Madame Allaygre juró reparar aquel descuido. No más tarde que al día siguiente iría a dar una vuelta por las tiendas de antigüedades. ¡Y viva "la gran época"!

Con muy buen acuerdo, madame Durdelle se había guardado de dar su opinión. Se limitó a aprobar calurosamente con dos amables movimientos de cabeza el elogio dedicado a monsieur du Vernay. Pero en su interior se indignaba. ¡Es posible!—pensaba. ¡Hablar de ese viejo loco como de un hombre razonable! ¿A quién harán creer que semejante maníaco no está fuera de juicio? ¡Un espiritualista! ¡Un visionario que se figura haber vivido en siglos anteriores dos o tres existencias famosas que reencarna en la realidad! ¡No, aquello era demasiado fuerte! El estrambótico monsieur du Vernay se hacía insupportable con sus interminables historias del palacio y del Parque! ¡En verdad que para poder tolerarle era necesario que la dote de Rosa relumbrase muy agradablemente a los ojos de madame Dumerchin! ¿Era posible mentir con semejante descaro? ¡Ella, que en el fondo de su alma se reía de los Felichencourts, de los Tapices verdes y del Espejo del agua! ¡Sería bueno que una pobre como yo tuviese esas chifladuras! ¡Madame Dumerchin no me albarfa de ese modo! ¡Ah; lo que tiene ser ricos!

—¿Se sabe qué día serán las carreras?—preguntó de pronto Enriqueta.

Decía las carreras porque aunque la guarnición se componía de dos regimientos de Artillería y buen número de oficiales de Ingenieros, era evidente que aquella frase sólo aludía a los ejercicios del regimiento de Caballería, el regimiento distinguido, y

en particular a las carreras que habían de celebrarse algunos días antes del "garden party" y de la representación en casa de madame Dumerchin. Según el rumor público cuidadosamente propagado por Enriqueta, aquellas carreras iba a dirigirlas monsieur de Lacaille, y monsieur de Lacaille—¡a fuerza de desearlo se lo había imaginado!—no podía nombrarse sin despertar necesariamente el recuerdo de Enriqueta Durdelle. Por poco hubiera dicho: "m's carreras".

—El miércoles próximo—dijo con evidente satisfacción madame Allaygre, orgullosa de estar tan bien informada. Cuando venía me encontré al capitán Semot, que manda precisamente el escuadrón a que pertenece monsieur de Lacaille—dijo esto con aire de superioridad dirigiéndose a Enriqueta,—y al invitarme me ha asegurado que serán el miércoles sin falta.

—¡Oh; qué simple! Si creerás que te ha invitado por tu linda cara!—dijeron con toda claridad los ojos de Enriqueta. Madame Allaygre estimaba como una gloria sus relaciones con los oficiales de la guarnición, sobre todo con los coraceros; relaciones por cierto bien superficiales, pero de ellas se enorgullecía con ingenua vanidad. Tanto la impresionaba el prestigio del uniforme! Había tenido que invitar veinte veces al capitán Semot antes de que él se decidiera a aceptar una taza de té.

—Cuento con vos, Rosita—dijo madame Dumerchin,—para ir juntas a esa fiesta. Me haréis el favor de aceptar un lugar en mi coche; y mis Seven también, por supuesto.

—Sois demasiado buena, señora—dijo Rosa con cariñoso acento, mientras la institutriz expresó su adhesión con un grido indefinible.

Luisa y su madre cambiaron una dolorosa mirada de inteligencia. ¡A ellas no les ofrecía ningún sitio! A madame Dumerchin, a quien Luisa no era útil para el esplendor de sus salones, no se le hubiera ocurrido nunca, sin embargo, hacerle aquella fineza que Rosa despreciaba, segura de tener veinte coches donde ir. Pero a causa de la falaz esperanza que alimentaba las ilusiones de Enriqueta (no hay que decir si estaría bien en una escuela de casamiento: "Madame Durdelle tiene el honor de participar a usted el matrimonio de su hija Enriqueta Durdelle con monsieur Jaime de Lacaille, teniente del 15 de Coraceros", era indispensable que ellas concurriesen también para felicitar al heroe de la jornada, aunque no fuese más que para

figurar entre las personas de distinción.

Si; a toda costa era preciso asistir a las carreras, lucir airosos trajes y reír a mandíbula batiente, a cambio de comer algunos días seguidos un triste cocido y apretarse un poco el vientre. Verdad es que habría "lunch", con abundantes bocadillos de jamón y de "foie gras". Pero por de pronto era preciso ir, y para eso alquilar un coche apropiado, que no pregomase descaradamente el irremediable derroche, diez francos por lo menos, lo cual representaba la necesidad de hacer prodigios de economía durante quince días tal vez. ¡Con cuánta razón dice el proverbio: "No se fia más que a los ricos".

—¡Ah! ¡Ah! viene mi tío!—exclamó Rosa.

Púsose en pie y echó a correr hacia el buen viejo, que golpeando las piedrecitas con la contera del bastón—un grueso junco con puño de oro—caminaba con aire distraído. Acababa de rodear un grupo de árboles; levantó los ojos, y viendo correr hacia él en vuelo rápido y alegre a la encantadora joven, se detuvo sonriendo. Monsieur du Vernay tenía cincuenta años, y no los llevaba mal, con su rostro de tez mate, donde campeaba un gran mostacho gris, su cuerpo escuálido y su largo talle apenas encorvado. Vestido de gris, luciendo una cadena de oro sobre el blanco chaleco y con la levita desabrochada, tenía un aire distinguidísimo, a despecho de cierta especie de constante preocupación en que solía abismarse todo su ser, hasta el punto de que algunas veces sólo su cuerpo parecía hallarse presente mientras el alma viajaba por los espacios, lejos, muy lejos. Saludó quitándose su sombrero gris de copa alta, y entonces hubiérase dicho que tenía diez años más, porque mostró un cráneo completamente pelado, con la redondez de una bola de marfil.

Rosa cogió a su tío por la mano, y gozosa le condujo hacia el grupo murmurando:

—¡Esto sí que es finura! ¡Venir a buscarme!

Aunque monsieur du Vernay se conducía habitualmente en los menores actos de su vida de un modo extraño, contemplando sin cesar el espectáculo de lo pasado y acosado de continuo por los gloriosos recuerdos de Versalles, hasta el punto de que se le hubiera creído víctima de algún fantasma, del cual no era a la sazón más que un despojo. Rosa no se contristaba por eso. De acuerdo con miss Seven, lo consideraba como un capricho inocente que no



...el otro, en una caída imprevista, rodaba como una pelota.

obstaba para que su tío fuese el mejor de los hombres.

Por lo demás, fuera del punto concreto en que el espiritista se mostraba intransigente, es decir, la reencarnación de dos

lustres personajes desaparecidos, discutiría muy razonablemente, y su ciencia del palacio, de los jardines y de los ruidosos y trágicos acontecimientos que allí se desarrollaron, como su afición por tantas cosas

hermosas como sobrevivían allí, era abundante y magnífica, delicada y selecta.

Además, Rosa no razonaba; amaba, y no se razona cuando se ama. Amaba a su tío con profundo, con abnegado amor filial. Unicamente sabía que, huérfana por muerte de sus padres, su "tío", (todavía le llamaba así), la había recogido, había cuidado de sus intereses, la había mimado, la había tratado como si fuese su propia hija, y poco a poco le había abierto el espíritu y ensanchado el corazón. Nunca había tenido que sufrir por nada. La buena miss Seven, tan inteligente y tan fiel, tan adicta bajo su áspera apariencia, y que la había educado, a su tío se la debía también, porque monsieur de Vernay había sabido descubrirla y apreciar el tesoro que la institutriz ocultaba en su pecho. Despreciando consejos y maledicencias y calumnias, retuvo a su lado a miss Seven, y de tanta autoridad la invistió en su casa, que a los ojos de todo el mundo era como un individuo de su familia, aun más adicta que una pariente.

Monsieur de Vernay tomó asiento con aire complacido, echó la silla hacia atrás, y tendió la espalda apoyada en un gran plátano, cruzó las piernas. Le asediaban con una porción de preguntas. Todas las miradas se fijaron en él; unas como las de madame Dumerchin, con extremada dulzura; otras, como las de majame Allaygre, impregnadas de respetuosa consideración. ("¡La gran época!"); otras, en fin, rencorosas y burlonas bajo apariencias de encantadora cortesía, porque las Durdelles pensaban: "¡Es divertido con sus historias este viejo Juan de las Viñas! Pero ¡siempre lo mismo! ¡Si tuviese en el bolsillo un portamonedas vacío como el nuestro, nadie le escucharía!"

—¿A qué debemos, querido señor, el honor de veros hoy por el Jardín del Rey?—dijo madame Dumerchin mostrándole graciosamente la fila de sus destumbradores dientes.

—¡Ah, señora!—contestó sinceramente monsieur de Vernay. Por una casualidad me veis aquí. Como de costumbre, iba a la galería norte (madame Allaygre abrió más sus grandes ojos), donde he tomado algunos antecedentes de los retratos, cuando en el vestíbulo de la capilla encontré a Enrique Sicart, el arquitecto, que bajaba al bosquecillo de las Cúpulas, que, como sabéis, están reparando.

No, aquellas damas no lo sabían; pero con un ligero movimiento de cabeza dieron

a entender que estaban al corriente de todo.

—Y, a fe mía, como es un hombre encantador y de los más eruditos, fui a acompañarle en su expedición. ¡Nadie conoce tan bien su Versalles! ¡Es un encanto oírle!

—¿De veras?—pensó Rosa, que siempre le había visto silencioso.

—¡Canamba!—dijeron para sus adentros las tres Durdelles, que despreciaban a los arquitectos en general, a quienes no se imaginaban más que llenos de manchas de yeso y con un metro asomando por el bolsillo, y desdeñaban en particular al señor Enrique Sicart, modesto funcionario, notoriamente inferior y plebeyo, que no ostentaba ningún título, ni, a falta de un nombre sonoro, ningún prestigio notable; porque había de ser pobre un señor que no alternaba en sociedad, aquel hombre que llevaba sombrero hongo y vivía lo mismo que un oso. Y siendo pobre ¿cómo podía ser interesante? Luisa y Enriqueta, preocupadas con su doble ilusión, hipnotizada la una por Roberto y la otra por Lacaille, que de ninguna manera estaban al alcance de su mano, tenían aspiraciones más altas.

En cuanto a Mme. Dumerchin y a madame Allaygre, escuchaban con indiferencia, pero sin comprender cosa alguna; la primera, pensando siempre en la idea que hacía algunos días la preocupaba: ¿Cuál será la dote de Rosa? Y la segunda, calculando ya por qué medios conseguiría atraer a su próxima comida semanal al infortunado Sicart, que en aquel momento de seguro estaban muy lejos de pensar que tanto se preocupase de él.

—De buena gana le hubiese acompañado hasta el interior del bosquecillo—dijo monsieur de Vernay,—porque a pesar de su estado ruinoso, las Cúpulas son uno de los más fastuosos testimonios del incomparable esplendor de Luis XIV; pero está prohibida la entrada al público, y no tengo bastante confianza... Le he dejado en la verja, y heme aquí.

Monsieur de Vernay suspiró: después, respirando con fuerza, designó con un gesto expresivo la apacible belleza de aquel rincón, las inmóviles copas de los altos plátanos, el aterciopelado color esmeralda del césped, las plateabandas que embalsamaban el aire, y dominado por su sueño dijo, sin cuidarse de si le escuchaban o no:

—¿Sabéis, señoras, que en el sitio donde acostumbráis tener vuestras entrevistas

tas, en el lugar que ocupa este delicioso jardín de sombra y de silencio. en otro tiempo no había más que una inmensa balsa de agua que cubría todo lo largo y todo lo ancho del bosque, y que se llamaba la Isla Real? Ayer mismo contemplaba en el museo el curioso cuadro de J. B. Martín, donde está representada aquella prodigiosa fuente, que tenía más de doscientos cincuenta metros de longitud y más de ciento de anchura. Es una evocación melancólica que me persigue cada vez que al salir de este jardín se ofrece a mis ojos el semicírculo de verdura y agua azul del espejo, con la misteriosa perspectiva de sus cinco alamedas que se abren en la pomposa espesura del follaje. ¡Debía de ser un espléndido espectáculo ver allá abajo ese rectángulo de agua luminosa, rutilante con los rayos del Sol o con la mágica claridad de la Luna en medio del grandioso cuadro formado por una alta empalizada de árboles, llena de nichos y bordeada de estatuas! Una pequeña isla, de donde viene el nombre de Isla Real, arrojaba en el centro hirvientes surtidores; y en la calzada que dominaba el espejo once mascarones arrojaban agua sin cesar en otras tantas conchas, de las cuales volvía a caer en la balsa. Primero desapareció la isla central destruida por un capricho del Señor. Después cesó de mugir la cascada. Por último, cuando, desapareció el hombre que había hecho surgir todo aquello, poco a poco el agua se corrompió y se evaporó. El suelo agrietado no podía retenerla. No habían pasado cien años, cuando la Isla Real se convirtió en un pantano fangoso cubierto de plantas acuáticas. Su olor era tan fétido, queapestaba el parque. Entonces arrojaron en él para cagarle los escombros de la villa. Luego se sucedieron la Revolución y el Imperio. Más tarde un Borbón volvió a entrar como soberano en este dominio, lleno de la gloria de los Borbones, y sobre las ruinas de la Isla Real Luis XVIII, ordenó que se plantara un parque inglés, este hermoso Jardín del Rey, bajo cuyos bellos árboles divago ahora...

Monsieur de Vernay calló. Respetaron su silencio, ya porque unas sigieron con la mente el hilo de sus ideas, ya porque las otras temiesen que si interrogaban se lanzase a una nueva perorata el infatigable disertador.

Monsieur de Vernay, con un brazo extendido a lo largo del alto plátano junto al cual estaba sentado, tocaba con la mano la escamosa corteza que medio separa-

da del liso tronco, de color amarillo más claro, parecía la piel imbricada de un poderoso reptil. Arrancó pensativo uno de aquellos jirones secos de corteza, y después de haberle examinado dijo:

—¿No es éste un árbol simbólico? ¡Y qué a maravilla cuadran aquí estos nobles plátanos, cuya corteza se renueva sin cesar; aquí, donde el aspecto de los lugares se ha modificado hasta el punto de que un paisaje ha podido superponerse a otro, sin que quede del primero más que un borroso y melancólico recuerdo! ¡Decir que ayer crecían plantas acuáticas en el sitio donde hoy brota tupida hierba! ¡Ahora hay profusión de flores donde otro tiempo hervían surtidores de agua! ¡No os parece, señoras, que este contraste es muy propio para inducirnos a filosofar?

Las señoras Durdelles ("¡Decididamente, aquel viejo loco era insufrible!"), parecían labismados en profundas reflexiones; madame Allaygre permanecía estólida; madame Dumerchin (también ella había leído a Nohac y Dussieux; por lo menos, los tenía ricamente encuadrados sobre su mesa), para manifestar "que estaba a la altura de aquellas cosas", dijo:

—Se dice que "El Jardín del Rey" es reproducción del jardín de la casa de Harthwell, que Luis XVIII habitaba en el destierro. Pero en realidad nada lo prueba.

Monsieur de Vernay hizo señal de que no tenía noción particular acerca de ello, y madame Allaygre, que le miraba fijamente como esperando una revelación inaudita, con mudo éxtasis dirigió una enternecida mirada a madame Dumerchin. Miss Seven contemplaba gravemente el cielo crepuscular, de pálido color azul y sembrado de innumerables nubes que se extendían como un dosel sobre el perfumado parterre. La oronda figura de la institutriz expresaba una bondad reflexiva y como una especie de tristeza ante el perpetuo oleaje de la cosas. "¡Todo pasa!" decía.

Y con este mismo pensamiento, Rosa, indiferente, gozaba con más fruición el fugaz perfume de aquella hora.

II

"RALLYE PAPER" (1)

Al extremo del estanque de los Suizos crecía por momentos un gran tropel de carruajes y jinetes. A la caída de una de

(1) Carrera de caballos en que se sigue una pista previamente trazada con pedacitos de papel por un explorador, al cual siguen los corredores.

esas hermosas tardes de junio en que Versailles se muestra con todo el esplendor de su magnificencia, a la luz del crepúsculo que se avecinaba ya, desfilaban varios grupos de oficiales, unos al paso y otros al trote de sus caballos esbaltos y nerviosos, y multitud de landós, victorias y "breaks" llenos de mujeres ataviadas con airoosas galas, y que de unos a otros vehículos cruzaban afectuosos saludos, formando vistosísimo cortejo, que se dirigía hacia el sitio de donde partían los corredores.

Al pie de la estatua del caballero Bernin, donde un heróico Luis XVI vestido de Curtius a la antigua encabritaba a su caballo en un torbellino de llamas, dos oficiales de coraceros acariciaban con la mano el cuello de sus caballos de pura sangre, que plafaban de impaciencia. Uno de ellos miró a lo lejos apoyándose en los estribos.

—¡Todo llega!—exclamó.

Era Lacadille. Llevaba en bandolera una trompa de cuerno, y tenía el aire de estar muy atareado en un asunto de importancia. Habiendo trazado el recorrido de la carrera, hallábase aquel día encargado de representar el papel de res, y parecía persuadido de la seriedad de su papel. En derredor formaban círculo los tenientes y capitanes del 15 regimiento de coraceros, luciendo sus uniformes de gala y agrupados según el capricho de la casualidad o de las simpatías. Algunos habían echado pie a tierra y apretaban la cincha a sus monturas; otros, ya a caballo, inclinábanse hacia las señoras, muchas de las cuales habían bajado de los coches, y otras, resguardadas con los velillos, recibían sus homenajes asomadas a la portezuela de las carretelas inglesas, o muellemente recostadas en los blandos cojines.

Las rampas plantadas de sicomoros elevábanse en suave pendiente por encima del estanque, cuyo gallardo dibujo geométrico se divisaba aún, y formando un inmenso semicírculo, la centenaria pomposidad del follaje se perdía en el magnífico fondo de los bosques que circundan a Satory. Acomodada en el landó de madame Dumerchin, Rosa contemplaba distraída el animado cuadro que formaban caballeros y trajes de mujer matizando con sus galas primaverales la majestuosa explanada cubierta de césped. Aquel incógnito vaivén, aquellos uniformes en los cuales centelleaban a veces la plata de un botón o el oro de los galones, aquellos magníficos caballos paseados por los ordenanzas

o sujetos por las riendas, que engallaban el cuello y relinchaban fieramente, todo aquel admirable cuadro evocaba en su memoria el recuerdo de una fiesta de otros tiempos, una señorial partida de caza.

Más allá del lago de los Suizos y de la verja de los Naranjos, con sus altos pórticos coronados de estatuas, se extendía la triple galería de Mansard y la doble y espléndida escalera de las Cien Gradas. Los balaustres del parterre del Mediodía destacábanse en el fondo del cielo, y como una pesada corona las fachadas laterales del palacio dominaban el conjunto con su lejana mole. A la izquierda, al lado del parque, las cimas inmóviles del bosquecillo de la Reina, de color verde sombrío difuminado de oro, parecían beber gozosos la luz.

Prevenida por una presión de la rodilla—pues miss Seven, sentada enfrente de Rosa, le recordaba sus deberes mundanos,—mademoiselle de Vernay respondía con amistosas inclinaciones de cabeza a los saludos que desde varios lados le dirigían.

En un coche de alquiler de mediano lustre, aunque, sin embargo, decente, las tres señoras Durdelles se daban tono con aire de fingida modestia. Querían aparentar que estaban habituadas a ir en coche, que eran personas no acostumbradas a andar a pie, y lo simulaban con toda la naturalidad posible para que no se notara en ellas la vanidad satisfecha. ¡Ay! ¡A qué precio lo pagaban! Aquella semana no comerían carne. Sin embargo, para sacar por lo menos todo el partido posible de semejante locura, habían procurado que las acompañase la linda Jacobita de Goulènes, cuya madre, enferma hacía algunos días, no pudo asistir a la fiesta.

—Es inútil hacer enganchar para una sola persona—había dicho madame Durdelle. Si Jacobita quiere complacernos aceptando un sitio en nuestro coche...

Y hé aquí cómo el lindo rostro de la joven y rica mademoiselle de Goulènes sonreía al lado de las caras tristes de Luisa y de su madre, satisfechas, sin embargo, de haber podido llevar consigo a una más rica que ellas y presentarse en tan noble compañía. Además, no sería un cumplimiento perdido. Su orgullo halagado se conciliaba muy bien con la esperanza de que, de una manera o de otra, madame de Goulènes se mostraría agradecida a aquella atención; quién sabe si invitándolas a una comida o dedicándoles algún regalo.

(Continuará).



PACIFICO

≡ MAGAZINE ≡



ALIMENTO MEYER



Los distinguidos
especialistas en en-
fermedades de niños,
señores:

Otto Phillippi.
Alfredo Commentz.
Luis Calvo Macken-
na.

Adolfo Hirth.
Gilberto Infante Val-
dés.

Roberto Aguirre Lu-
co.

Alfredo Sánchez
Cruz.

Luis Cruchaga T.
Eugenio Cienfuegos.
César Morelli.

Etc., Etc.,

*le recomiendan como el mejor ali-mento para guaguas mayores de tres me-
ses, que necesiten régimen de harinas*



De venta en las principales Boticas y Casa Gath & Chaves. Por mayor: Dau-
be y Cia., Arestizábal y Cia., Drogueria Francesa. Agentes: En Concepción,
J. W. Jackson; en Valdivia, don A. Silva Lastarria y en Valparaíso, don Al-
berto Phillips.



(Retrato por el pintor Etienne Drian)

Srta. DELFINA EDWARDS BELLO



PACIFICO

MAGAZINE



+ Que ayer

Vol. IX.—Santiago de Chile, mayo de 1917.—Núm. 53.

— Que mañana

RECUERDOS DE ANATOLE FRANCE

El maravilloso autor de "Crainquebille" ha comenzado a publicar sus Recuerdos. Como una primicia traducimos esta primera parte para los lectores de "Pacífico Magazine".

Por _____
ANATOLE FRANCE

Ilustraciones de Alvarez

Puedo atestiguarlo con mi inocente cabeza de niño amable que era entonces, la vida escolar de M. Crottu, no era más que un tejido de injusticias. Este hombre urdía la iniquidad como la araña urde su tela. Y sin jactancia puedo asegurar que de los treinta niños que él enseñaba, fui yo quien experimenté las más graves y numerosas consecuencias de su perversidad. Yo no habría tenido para con él resentimiento ninguno, acostumbrado como estaba desde la edad de 12 años a ver a los hombres injuriosos e implacables. Pero su tosquedad no podía perdonársela. Preciso será creer que ya de tan tierna edad tenía yo el presentimiento de las sublimes verdades morales, que alcancé posteriormente, y que un demonio familiar me susurraba ya entonces que los únicos crímenes imperdonables son los crímenes contra la belleza. Yo abracé contra M. Crottu el partido de las Musas y las Gracias, a quienes el ofendía escandalosamente en toda su persona. ¡El desdichado!

Un cuero espeso cubría sus gruesas manos cortas, que echaban a perder cuanto toca-

ban, lastimosamente. Sus miradas desconfiadas no sabían posarse en imágenes bellas. Su faz era sombría; la única expresión de placer que en él se revelaba consistía en sacar su lengüaza humedecida al apuntar en un cuaderno sucio los castigos injustos. Como el aldeano de que nos habla no recuerdo dónde Nepomuceno Lemercier, escupía en abanico y se sonaba con trompetilla. Estos eran mis motivos de encono en contra de él. Le odiaba menos por lo que hacía que por lo que era; odio imperecedero consagrado no a los actos, que varían, sino al carácter, a la naturaleza que no cambia; y tal vez este odio tan fuerte y bien alimentado no se habría revelado jamás, tal vez habría permanecido siempre escondido y guardado en mi corazón, si una circunstancia, provocada por el mismo M. Crottu, no lo hubiese hecho reventar.

Nos refería un día, no sé a propósito de qué, la historia del sátiro Marsyas, que osó luchar con su flauta contra Apolo, y fué vencido y despellejado vivo por el Dios de la lira.

Marsyas, nos decía M. Crottu, tenía la

cara de animal, la nariz chata, el pelo desgreñado, cuernos en la frente, orejas largas y velludas, cola de caballo y pies de macho cabrío.

La pintura esta del sátiro era la del mismo M. Crottu, completamente despreciable, con todas esas características, excepto los cuernos, los pies de macho cabrío y la cola de caballo, cuya existencia no podía suponerse en un universitario. Pero todo lo demás sí, particularmente las orejas enormes y peludas. Las risas ahogadas, los cuchicheos, las exclamaciones con que fué acogido el tetrato de Marsyas, demostraron palpablemente que toda la clase se daba cuenta exacta de la semejanza. De creer es que yo también me divertiese como los demás, y que tomase parte en la chacota general, pero pronto quedé sumido en profunda meditación. Aunque reconocía la sinrazón de Marsyas, no podía resolverme a aprobar enteramente la conducta de Apolo para con su rival; y, dicho claramente, la encontraba cruel. Sin embargo aplicado el caso a un ser como como M. Crottu, iba poco a poco descubriendo en tal castigo una razón superior y una justicia elevada.

Diseñé en mi cuaderno un retrato, en el que mi mano inexperta procuraba marcar los rasgos salientes del sátiro y los del grosero pedante. La figura iba adquiriendo expresión y haciéndose verdaderamente horrible, cuando la alcanzó a ver M. Crottu; levantóse, la hizo añicos y premió mi habilidad artística con no recuerdo qué imperpetinente castigo.

¡Asunto concluido! Desde entonces le traté como a enemigo y respondí a su atentado con una risa sarcástica. Una reflexión tardía me hizo comprender que no había sido prudente en declarar tan francamente mi aversión. Desde entonces afecté siempre en su presencia un soberano desprecio cuyos efectos exageraba adrede. Le prodigaba todas las muestras de aversión y repugnancia que me sugería mi infantil imaginación. A decir verdad, él pudo advertir algo y su tiranía conmigo aumentó considerablemente. Su mal humor se descargaba sobre mí con una furia implacable por mis faltas o equivocaciones; pero sobre todo, lo que nunca podía él perdonarme eran mis aciertos. Mis méritos eran insignificantes, apenas si se veían. Era un ser no del todo desprovis-

to de inteligencia y a veces sucedía que daba señales de ella. Y esto es lo que exasperaba a M. Crottu. Díerale yo una contestación exacta, viera él que yo cumplía mis obligaciones, al momento su rostro reflejaba una viva contrariedad y sus labios temblaban de cólera. Yo sucumbía bajo el peso de sus inicuos castigos. Por un justo resentimiento traté de sublevar la clase contra el opresor.

Durante los recreos, descargaba contra él invectivas y execraciones. Exponía ante mis condiscípulos sus vejaciones, sus deformidades, sus orejas peludas y terminadas en punta. Todos me escuchaban, nadie me contradecía, nadie levantaba su voz para defenderle, pero el miedo al maestro ataba sus lenguas, y callaban.

En casa, durante el almuerzo, traté a veces de explicar a mi madre quién era M. Crottu.

¡Imposible! No había persona en el mundo menos dispuesta a recibir semejante revelación. Su alma hermosa, empapada en el Telémaco, se representaba a mis maestros como sabios de Grecia y en M. Crottu creía ver las características de un Mentor. No hubiera bastado la más portentosa habilidad para sustituir en su imaginación esta figura venerable por la de un animal con cuernos. Yo lo intenté sin embargo, dando muestras de mi gran parcialidad, aglomerando exageraciones inverosímiles, y afirmando sin pruebas, que bajo el pantalón color canela de M. Crottu, se ocultaba allá al fondo una gran cola de caballo.

En cuanto a mi padre, nada pudo hacerle perder el respeto que le inspiraba la jerarquía, y esa confianza absoluta que él ponía en las personas que menos lo merecían. Tampoco logré desenmascarar a M. Crottu ante mi criada Justina. Predispuesta generalmente a dudar de mí, cuando yo le refería las iniquidades de mi profesor, me respondía ella:

—Mi amito, si Ud. aprendiese bien las lecciones y no hiciese rabiar a ese pobre señor, no tendría Ud. que quejarse, y sólo tendría motivos para alabarlo.

Y me citaba el caso de su hermano Sinfoniano, que era un buen chico. Por eso el maestro le había nombrado celador y el Cura le tenía para que le ayudase a Misa.

—En tanto que Ud. va a hacer condenar-



Exponía ante mis condiscípulos sus vejaciones...

se al pobre maestro y de él tendrá Ud. que responder ante Dios.

En vano aducía los hechos más convincentes. Justina no quería creer nada, ni aún si quiera que el maestro se llamaba Crottu; decía que eso no era un nombre.

Un día fui a exponer mis quejas a la señora Laroque que en su sillón tapizado, puestos los pies sobre un calentador, me escuchó mientras tejía unas medias azules. Oyó mis lamentos complaciente. Pero la pobre señora se iba haciendo vieja; embrollaba el pasado con el presente, chocheaba algo y confundía extrañamente a M. Crottu con un antiguo orador, profesor de Granville, que renunció y entregó la palmera en 1793 a Floridon Choppe de leinepor no querer gritar: ¡viva la patria! Me consumía mi resentimiento, que no podía desahogar a mi gusto. Yo no me daba por vencido. Y entre tanto

inútil es decir que M. Crottu era el más fuerte en esta lucha.

Una mañana de primavera despertóme el canto de los pájaros; hasta mi lecho llegaban filtrándose por las junturas de mi ventana, los rayos de luz. Adoraba la luz del día, pero el pensar en M. Crottu se me hacía odiosa como la muerte. Aquella mañana mi querida mamá cuidó, como siempre de que mi cuello y mis orejas estuviesen bien limpios y que repasase mis lecciones. Yo aparentaba un aire tranquilo. Mi resolución estaba hecha. Después de mi desayuno de pan con leche, a las siete treinta y cinco, como de costumbre, con mi cartera de molesquín bajo el brazo, la que había tenido buen cuidado de no llenar demasiado de libros, bajé la escalera, seguí por la cinta argentada del Sena y tomé la calle que llevaba al colegio. Después, de repente, torcí a la derecha

y me interné por una calle en que no había entrado hasta entonces, pero que sabía que era larga y que iba a dar a sitios desconocidos y deliciosos. Mi alegría era tan viva y expansiva, que se la dije a gritos a un borrinquello que estaba parado, cargado con cestos de legumbres. Fué inútil que la reflexión me representase la gravedad de mi falta y los peligros a que me exponía si esta era conocida, lo que casi no podía dejar de suceder, porque las faltas en el colegio eran delatadas y anotadas. Para salir del paso contaba con una de esas casualidades providenciales, con ese afortunado desorden que impera en las cosas humanas y mitiga los rigores de la justicia.

Y además, nunca hubiera creído pagar demasiado caro un placer tan grande y extraordinario. En una palabra, que estaba decidido a hacer la cimarra.

Esta estratagema no me libraba de M. Crottú más que por un día, pero hay días que llegan a parecernos eternos, y con razón, pues nos hacen olvidar el pasado y el porvenir. Todo en esta vieja calle, que se despertaba al sol me producía contento y diversión. Indudablemente las cosas a mi alrededor no hacían más que reflejar y comunicarme de nuevo la alegría de mi interior. Puedo, por tanto, decir, sin temor a que se me acuse de alabar el tiempo pasado con perjuicio del presente, que París era entonces más agradable que hoy día. Los edificios no eran tan altos, eran más numerosos los jardines. A cada paso veíanse por sobre las altas tapias asomar las copas frondosas de los árboles. Las casas, todas distintas, aparecían cada una con el aspecto de su edad y su estilo. Muchas en otro tiempo bellas, conservaban una gracia melancólica. En los barrios populosos, desfilaban por la calzada caballos de mil clase distintas, que arrastraban fiacres, carros, golondrinas, birlochos, mientras los gorriones bajaban en bandadas a picotear el estiércol. Y a largos intervalos algún ómnibus amarillo, tirado por tordillos percherones rodaba con estrépito por el empedrado. La cintura de la ciudad no pasaba aún por las fortificaciones. París no era la ciudad única en el mundo; un gran prefecto comenzaba apenas a diseñar esas largas calles por las que entrarían en profusión la monotonía, la medioeridad, la fealdad y el hastío. Me inclino a creer,

teniendo en cuenta sólo los barrios del centro, que desde la regencia de Ana de Austria hasta mediados del segundo Imperio, en el lapso de dos siglos, París, que vió sin embargo tantas revoluciones, cambió menos que en los sesenta años que nos separan de la época que aquí tengo el placer de evocar. Yo que os hablo, he conocido, con escasa diferencia, los ruidos y estorbos de París, tal como Boileau lo describía en 1660, en su granero de Palacio. Yo he oído como él el canto del gallo saludando en plena ciudad el nacimiento de la aurora. He sentido en el arrabal de San Germán olores de establo; he visto barrios que conservaban un aire campestre y los encantos del pasado. Sería error creer que un niño de 12 años no era capaz de sentir los encantos de su país natal, y de gozar con ellos, naturalmente.

Pretender que supiese apreciar debidamente la bella disposición de los palacios que ostentaban sus estilos clásicos, sus pórticos y sus fachadas entre patios y jardines, sería pedir demasiado; de todos modos, al pasar, él las contemplaba como cosa propia según sus fuerzas y sus necesidades y lo que no comprendía entonces sabía que estaba predestinado a comprenderlo un día. ¿Es preciso ser de edad avanzada para soñar con un jardín tapiado, que deja entrever por las rendijas de una puertecita ramas y flores? ¿Es preciso haber salido de la infancia para conmovirse a la vista de un viejo paredón? El amor del pasado es innato en el hombre. El pasado conmueve del mismo modo al niño y al anciano; bastan como prueba los cuentos de viejas para entretener a los niños, los cuentos del tiempo en que Berta hilaba, las fábulas del tiempo en que hablaban los animales. Y si se inquiere porqué siempre la imaginación humana, fresca o marchita, triste o alegre se vuelve hacia el pasado, ávida de sondearlo, se verá sin duda que el pasado es nuestro único paseo y el sólo punto en que podemos esquivar nuestros diarios sinsabores, nuestras miserias y hasta huir de nosotros mismos. El presente es árido y confuso, el porvenir obscuro. Toda la riqueza, todo el esplendor, toda la gracia del mundo está en el pasado. Y esto lo saben los niños, tan bien como los viejos. He aquí porqué sin duda, desde mi más tierna edad veo con

emoción a las piedras de mi ciudad, hablar de tiempos de antaño. Pero ¡ay! las piedras antiguas cedieron su puesto a las piedras nuevas, que serán viejas a su vez. Y sin duda alguna llegarán estas a parecer algún día emocionantes a los espíritus soñadores.

A medida que iba avanzando por esta larga calle, las casas se iban haciendo más humildes y rústicas; yo veía oficios y costumbres desconocidos en los elegantes barrios centrales en que se deslizaba mi infancia. Fué así como ví por vez primera los hortelanos con su gran sombrero de paja regar su huerta, mocetonas curtidoras conducir las vacas, barraqueros levantando en sus barracas las maderas en arcos de triunfo, el herrador en el umbral de su fragua herrar, entre un olor de cuerno quemado, un caballo sostenido con un pie en el aire por un ayudante. El herrador asustaba con su cara de terribles patillas y marciales bigotazos. La manga de la camisa, recogida, dejaba ver en el brazo izquierdo una cruz de honor, tatuada de azul, con esta inscripción: **Gloria y Patria**. Pronto volví a encontrar al herrador ante el mostrador de una tarterna cercana, enjugándose los bigotes con el dorso de la mano y golpeando alegre con sonoras palmadas los hombros de un viejo carretero.

La vista de estos obreros me proporcionó, en unos instantes, más conocimientos úti-



Al momento su rostro reflejaba una viva contrariedad...

les que los que podía aprender en tres meses de escuela, y tal vez si fué en este día cuando se depositó en mí ese amor fecundo, que toda mi vida he conservado, por

las artes manuales y los que las practican.

En ese día, que me pareció interminable, me propuse gozar todo lo posible del placer de la vida y de las delicias del bosque. A la orilla del Sena, cerca de un puente, encontré una vieja, sentada en una silla de tijera, frente a una mesita llena de pastelillos de Nanterre, y una cántara de coco tapada con un limón.

Estos pasteles y esta bebida me hicieron un desayuno delicioso. Lleno de una nueva fuerza tenía ansia por pasearme por el bosque de Bolonia. Entré por Auteuil, que era aún en aquella época un villorrio cuyas bonitas viviendas guardaban bajo la sombra temblorosa del follaje recuerdos ilustres y encantadores, que entonces no estaba en estado de gustar. Aquellas casas comenzaban a caer bajo la piqueta demoledora, y sobre los jardines arrasados se erigían soberbios edificios. Así iba transformándose el bosque de Bolonia. Adornado de pespectivas y cascadas había perdido su naturalidad y su frescura. Ya no se encontraba bajo su sombra el horror sagrado. La profundidad de los bosques me inspiraba desde mi más tierna edad un placer melancólico. Sin embargo confesaré en honor a la verdad que habiéndome internado una vez en la espesura, donde la luz caía en discos de oro a través del follaje, me alejé a todo correr receloso de los vagabundos que turbaban mi soledad. No alojé el paso hasta llegar a un prado, acerca de la Muette, donde algunos niños jugaban sobre la hierba, mientras las madres, las hermanas mayores y las nodrizas emperifolladas descansaban a la sombra de los castaños en bancos o sillas de tijera. Vi un sitio desocupado allí cerca en un banco, al lado de un niño, que me pareció un joven, pues aparentaba casi mi edad, muy bonito, vestido como yo hubiera querido estarlo, con una descuidada elegancia. Flotaba al viento su corbata azul con puntas blancas. De su reloj pendía una cadena de oro, que cruzaba su chaleco blanco. Sus cabellos cortos retorcíanse en bucles de un rubio dorado, sus ojos eran claros y brillantes, su cara pálida de una frescura encantadora, de pómulos sonrosados.

Su mano inquieta sujetaba un lápiz y un cuaderno; pero no escribía. Sentí por él una súbita simpatía y aunque con ciertas timidez le dirigí la palabra. Contestóme sin gran

solicitud pero de buen grado, y trabóse la conversación. Supe entonces que era huérfano y enfermo, que vivía en una casa del Ranelagh, con su abuelita, oriunda de una gran familia irlandesa, ya de mucho tiempo establecida en Francia y vinculada por su esposo, ya difunto, a los más ilustres apellidos de la nobleza del imperio.

El habría querido ir al liceo, trabajar y jugar con sus compañeros, jugar partidas de barra y de balón y sacarse premios en los certámenes generales. Estudiaba con un abad, del que hablaba sin odio ni entusiasmo, no criticando en último término en él más que un birrete de seda exageradamente alto, que el abad llevaba con preferencia al sombrero de teja.

Aquel día habíale llevado el abad al bosque como de ordinario. Estaba extrañado, pero no contrariado, de que le hubiesen dejado tanto tiempo sólo contra la costumbre. Me habló con entusiasmo de las victorias de Crimea. Había visto, desde una ventana de la plaza Vendôme pasar las tropas que venían del Oriente, con sus uniformes de campaña destrozados y agujereados. A la cabeza del regimiento marchaban los heridos; las mujeres les tiraban flores; se vitoreaban los estandartes y las águilas. Sólo al recordarlo latía aceleradamente su corazón. Describíome, como si hubiese sido testigo presencial los banquetes y paseos de los Tullerías, a los que frecuentemente era invitada su prima Clara, casada con un caballero de la Emperatriz. Los espectáculos, las exposiciones, las fiestas excitaban extraordinariamente su curiosidad.

Hubiera querido asistir a los asaltos de armas que se daban en la sala San Bartolomé por Grissier y Gatechair. Prometíase, cuando tuviera edad para ello, ser asiduo concurrente de la Comedia Francesa, el teatro Lírico y la Opera. Por lo pronto, él sabía por su tío Gerardo cuanta novedad se daba en estos tres grandes teatros, y leía los folletines dramáticos. Me dijo que Madame Miolan-Carvalho había tenido en el teatro lírico un estreno sensacional y me preguntó si no amaba a Magdalena Brohan. Y sacando del bolsillo de su chaqueta un retrato que representaba una hermosísima mujer rubia, con los brazos desnudos, apoyada de codos en el respaldo de un sofá: Mira, me dijo, mirada qué hermosa es! Me admiró que tan al corriente estuviese de las cosas del

teatro, que tanto me interesaban y tan poco conocía yo.

Y qué no sabía él del mundo elegante, de las artes y de las letras? Había visto a Ponsard, y había conversado con él de la Academia francesa. Conocía la verdadera historia y aun el nombre auténtico de la Dama de las Camelias. Conocía íntimamente al predicador que había predicado los sermones de la Cuaresma en las Tullerías.

Me hacía preguntas a las que no esperaba contestación:

—¿Qué piensa Ud. de las mesas giratorias? Yo he visto girar un velador. No quisiera Ud. ser Berryer? Yo sí lo desearía. Quisiera llegar a ser un gran orador. Pero he estado muy enfermo para hacer estudios debidamente. Los médicos me dicen que todavía tengo necesidad de muchos cuidados. Y en el invierno me man-las a Niza.

Tras breves momentos de silencio abrió el cuaderno y trazó torpemente sobre una página en blanco una figura que quería ser un triángulo isósceles, y que me mostró sonriente.

—¿Ve Ud. esto?

—Sí, un triángulo.

—Es un triángulo, es mi vida.

Lentamente y como a la fuerza, trazó, partiendo de la base, líneas paralelas, que iban necesariamente haciéndose más cortas cada vez, a medida que se aproximaban al vértice, y al trazarlas, murmuraba:

—Cinco años,... diez años,... doce, trece, catorce, quince, dieciseis años...

Mire Ud., concluyó, cómo va disminuyendo esto y cómo termina.

Después de un momento de vacilación tocó con la punta del lápiz el vértice del triángulo.

—Diecisiete años! Se extingue y llega el fin.

Luego cerró su cuaderno bruscamente, levantó la cabeza y dijo con energía.

—Pero yo sanaré. Seguro estoy de sanar. Los médicos creían que tenía afectado el pecho. Se equivocaban, era el corazón. Yo tengo palpitaciones. Es el corazón.

Tras un corto silencio me preguntó si no me gustaría ser oficial de marina.

—Eso es lo que hubiera yo querido ser, agregó echando a lo lejos una mirada soñadora.

Aproximóse a nosotros una anciana con un vestido color de hoja seca, con volantes que hinchaba una majestuosa crinolina.

—Mi abuela, murmuró el joven.

La señora sentóse junto a él, se sacó los guantes, le tomó las manos y le tocó las mejillas.

—Cirilo, tienes las manos ardiendo, la frente humedecida; segura estoy que te has fatigado demasiado conversando.

Y bajando la voz, aunque no tanto que yo no lo oyese, añadió:

—Cirilo, no está bien que hables con un



aunque con cierta timidez le dirigí la palabra

niño que no conoces; sobre todo cuando no tiene quien le acompañe.

Yo me sentía ya amigo de Cirilo. Me fué por tanto doloroso verme separado de él con aquel desprecio. No me pasó inadvertido que él calló y evitó de mirar hacia mí. Me levanté y me alejé, oprimido el corazón, sin volver la cabeza.

Después de mucho caminar, pensando en Cirilo, y lamentando aquella amistad tan pronto hecha como perdida, ví sentados en la hierba al borde de un sendero desierto, una joven y un muchacho, que se parecían como hermanos, con aspecto medio de arrabal medio de campo, ambos con los ojos como

hoyos de barreno, que dos cejas en punta adornaban graciosamente, el rostro todo lleno de pecas, la boca hasta las orejas, de aire descarado, y tan satisfechos que no se les podía mirar sin sonreirse.

La mocetona vestía una indiana con flores y el muchacho una blusa completamente nueva.

Comían a boca llena una rebanada de pan con arroyo y bebían a chorro en una gran botella de pitorra.

Como yo los miraba con curiosidad, el chico pasándose la mano por el estómago me alargó la botella diciéndome: Está bien bueno. Quiere Ud. probarlo? No tanto por desprecio como por torpeza me alejé sin responder, no fijándome que acababa de marcar la distancia de aquella rústica pareja a mí que era un burguesito, de manera más insolente aún que la vieja señora de la crinolina lo había hecho entre su nieto y un niño vagabundo y desconocido.

Pero sentía el acicate del hambre y tuve con pena que dejar la sombra de los árboles.

Miré mi reloj y ví que sólo me quedaban treinta y cinco minutos para llegar a mi casa a la hora de costumbre.

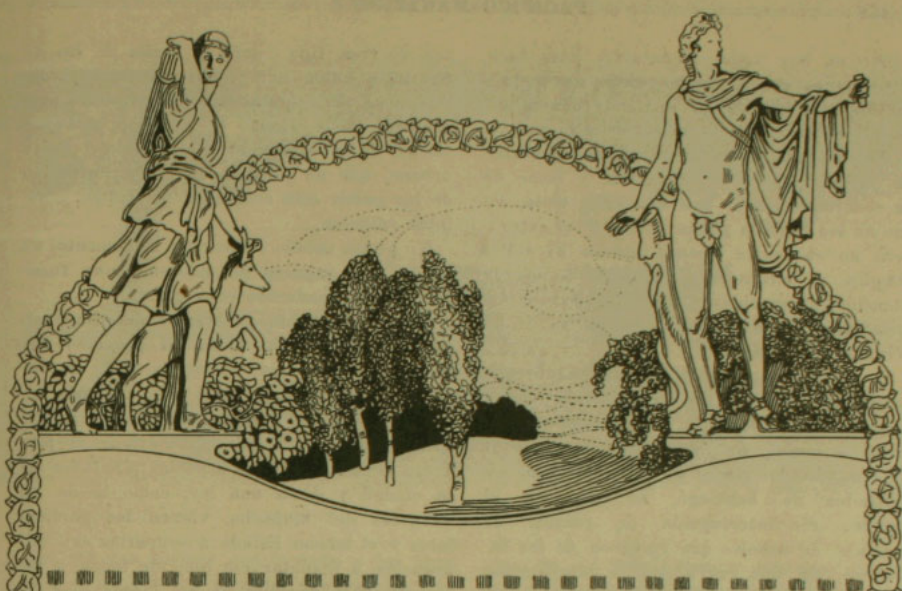
Al entrar un poco retrasado, sofocado y oliendo a hierba, me encontré con mi tía Chausson, que me preguntó si trabajaba mucho y qué había hecho en el día.

A tiempo llegaba y a propósito con la pregunta. Porque hubiera teaido reparo en engañar a mi madre, pero pensé que haría bien en engañar a mi tía Chausson. Respondí entonces que aquel solo día había aprendido más que en seis meses y que había aprovechado el tiempo.

Mi tía celebró mi buen aspecto y me hizo notar sentenciosamente que el estar no perjudicaba la salud.

Había yo centado con que gracias al desorden que reinaba en mi colegio, no fuera descubierta mi ausencia. Y así fué. Entre los felices efectos de aquellas vacaciones culpables y deliciosas debo señalar uno particularísimo. Volví a ver a M. Crottu, pero sin disgusto; ya no le odiaba.





Santiago embellecida

Por _____

Joaquin Díaz Garcés

Con ilustraciones

Desde hace muchos años hay en la capital un grupo de personas que hablan de la transformación y embellecimiento de la ciudad. Pero estas ideas de progreso, de adelanto permanente, chocan a la masa burguesa de nuestros hacendados, profesionales y funcionarios del presupuesto. Así como se han burlado de los diplomáticos galoneados, y los han llamado vagos, maniáticos de la vanidad y del derroche, pagados en exceso, inútiles para el país; así han considerado los proyectos de embellecimiento de la capital como fantasías, imitaciones peligrosas, frivolidad e imprevisión. “Somos pobres,—dicen siempre,—y tenemos una ciudad con el panorama de la cordillera nevada, y un cerrito en el medio, que es

una de las maravillas del mundo; podemos enorgullecernos de la Alameda de las Delicias ¿para qué ambicionamos más?” En este terreno, todo el mundo puede divisar todavía las puntas de la cadena de rutina y de atraso que todo chileno llevaba al cuello, cuando de progresos materiales se trataba, y que cortadas, han ido encogiéndose o recogándose hacia el pasado. Recordamos todavía haber oído a un señor acaudalado que se quejaba de que alguien pretendiera cerrar las acequias de la Alameda y exclamaba: “En ninguna ciudad del mundo hay nada igual. Es una poesía exceder el rumor del agua...” Del olor nada decía. Muchas veces se repite que la planta de nuestra ciudad es ideal y que como la Alameda y el

Cerro no hay nada comparable; pues bien, ésto no es exacto, mejor dicho, es de absoluta falsedad. Si lo sostiene todavía alguien, es porque no ve ni entiende lo que ve.

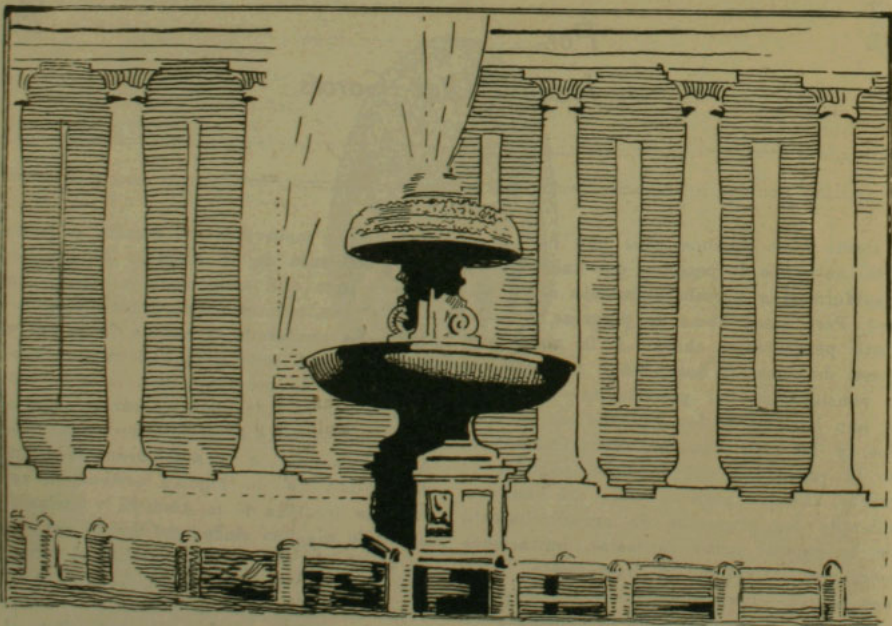
El panorama de la cordillera es maravilloso y único; pero nadie duerme y come de la contemplación de una sola bella vista, como no sea la de la gloria eterna. Si el extranjero no encuentra buenos hoteles ni calles limpias, ni jardines ni edificios dignos de atención, ni avenidas y plazas armoniosas y seductoras, se fatigará y escapará antes del término de su viaje.

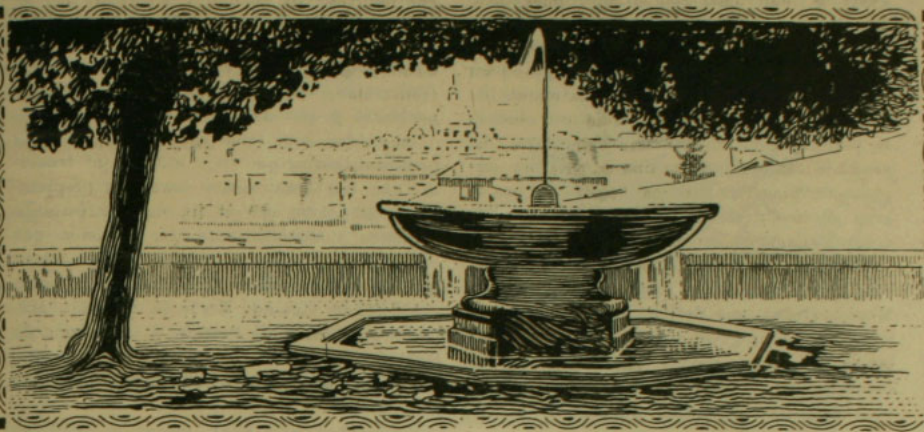
Es necesario recordar incesantemente que calles más feas que las de Catedral, Compañía, Agustinas, Moneda, Santo Domingo, tiradas a cordel, sin árboles, ni angostas ni anchas, tostadas por el sol en los ocho meses soleados de Santiago, no hay en el mundo: Sin interrupción de plazas, de jardines, de árboles que cuelguen de los interiores, sin una curva, sin la interrupción de un arco, de un edificio monumental, de una cúpula, de un campanile, de cualquier centinela arquitectónico apostado en el medio, como para decir: por aquí no pasa nadie sin admirarme; esas calles siempre con casas de un piso, pocas veces de dos, rara

vez de tres, tipo común y medio de las de Santiago, hablan del espíritu estrecho, convencional, sin originalidad del habitante acomodado de la ciudad y además, para ser justos, de la extensión sin límite del radio urbano, que no provoca con la valorización de las calles más centrales, más altos y sólidos edificios.

No hemos sabido colocar un monumento, no hemos sido capaces de mantener una fuente con sus conductos en regla.

Cuando se habló de trazar una diagonal, la mayor objeción hecha al proyecto fué la de los terrenos "Irregulares", es decir no rectangulares, y lo que era más incomprensible, los terrenos con frente a tres calles. Cuando un gobernante tiene el proyecto de completar los espacios plantados de la ciudad y dicta una ley, como la de las avenidas del Mapocho, vienen los particulares y el mismo Estado a ocuparlas con mil argucias, a disputar ese bien de todos, a interrumpir la armonía de las largas filas de árboles. Es indispensable que nos convenzamos de la fealdad de nuestra ciudad, de su fealdad a toda prueba, y una vez convencidos de esta verdad indiscutible y fundamental, que oigamos las razones superiores





que son las mismas que mueven a los hombres a mejorar su persona, que son las mismas que mueven a los habitantes a asear y adornar sus casas, y a los gobiernos, municipalidades y ciudadanos de excepción a embellecer sus ciudades, y, en especial a los países ordenados y orgullosos, a coronar su capital.

La irradiación mental del conjunto bello sobre la persona; la influencia del medio sobre el individuo, son hechos comprobados. Se ha observado en las grandes ciudades que esa obra que podría llamarse de desventrar, de destripar los barrios confusos, insalubres y revueltos, para aclararlos por medio de plazas y expropiaciones de ensanche, ha traído inmediatamente una mejoría no sólo de la salud física sino de la moral, mayor afluencia de los niños a las escuelas del vecindario, huida de los antros de perdición que buscan la oscuridad y el mal olor, cambio y mejoría de los propietarios por el trasnaso natural de los inmuebles. En estos fenómenos naturales influyen, en parte, otros menos analizados y no por eso menos importantes: la impresión saludable de la belleza, que aunque no pueda ser definida, es comprendida o sentida por el hombre desamparado de otros gocees. La transformación de una ciudad no es obra precipitada, a corto plazo, no significa derroche, ni entusiasmo de exposición o centenario; sino método, plan, gradual desarrollo de las obras "en un mismo sentido". Nuestro actual plan de transformación es

una de las más colosales tonterías que se han hecho en país alguno de la tierra. Este ensanche de todas las calles, al mismo tiempo; de la de Veintiuno de Mayo, en que ya no se puede pasar y de la del Muerto en que no pasa un muerto ni su alma en pena, en veinticuatro horas, es el más solemne absurdo. La única gran avenida que se ha hecho en la ciudad, en el último tiempo, ha sido la llamada del Centenario, la cual no tenía objeto determinado alguno y que,—como lo dijo muy exactamente don Ismael Valdés Valdés, no progresará mucho, pues parte de sus transeuntes no vuelve más, ya que su fin es el Cementerio Jeneral.

No; ésta no es la transformación para embellecer y completar una ciudad. Hay reglas de buen sentido, dictadas por la práctica de los siglos, que trazan la norma de estos trabajos nacionales.

Estas son las que fijan los límites urbanos, las que forman grandes centros o cajas de distribución del tránsito, las que abren espacios libres para parques y jardines, las que acortan las distancias de una ciudad hecha a casilleros de ajedrez, trazada a cordel, las que destinan también alguna corta avenida de lujo, bien alumbrada para aposentar hoteles, "restaurants" y teatros que el extranjero pueda abarcar fácilmente. Se ha trabajado bastante en la materia por un núcleo de vecinos; don Ismael Valdés Vergara, hizo venir, costeando con su propio peculio, planos y dibujos para la exposición del Con-

greso de Gobierno Local; los señores Mackenna, Subercaseaux, Carvajal, y otros, formaron una agrupación de interesados por estos proyectos; trazaron planos y dibujos para mostrar y vulgarizar el aprovechamiento de las actuales bellezas para la futura ciudad; la prensa, salvo pequeñas excepciones, ha prestado también su contingente a esta empresa de progreso y de propaganda. Pero el gran público y el Congreso han permanecido desgraciadamente en la mayor indiferencia.

Este es el peligro para Santiago: indiferencia parlamentaria respecto de la mala Municipalidad, que detiene todo su progreso y no sólo el progreso sino las más elementales condiciones de aseo y orden en la ciudad; e indiferencia parlamentaria respecto del plan definitivo de transformación de la capital de Chile.

Santiago necesita antes que todo, y sobre todo, una avenida diagonal que partiendo de la Plaza de Armas o de cualquier punto central como la Estación Mapocho, lleve en línea recta a la Estación Alameda, uniendo así con una avenida comercial las estaciones del norte y del sur, como en muchas grandes capitales.

En el curso de esta gran avenida, habrá una plaza y en esta plaza el Teatro Popular, un gran coliseo con capacidad para algunos miles de personas, colocado bajo la supervigilancia de gente de buen gusto, como sería por ejemplo la Comisión de Bellas Artes. Este sitio estaría unido a todas las líneas de tranvías, de manera de hacer muy corta la distancia de todos los extremos del radio urbano. Desde el punto de vista social los grandes teatros populares merecen la mayor atención. "Assembler les hommes, c'est déja les emouvoir" decía Thiers.

Nada es más extraño y más admirable que la indiferencia de los hombres públicos por este elemento de civilización fundado sobre los espectáculos públicos. Creen que todo esto debe abandonarse a la iniciativa privada. Sin embargo el gran circo Popular, el anfiteatro para miles de personas, donde vibran las muchedumbres tomadas de la mano, con los recuerdos patrióticos y las propagandas fecundas, no es negocio para empresarios si no hay ayuda fiscal. Así lo entendieron griegos y romanos, y hoy día todos los gobiernos y municipalidades del mundo. No hay ciudad que no muestre restos de los grandes coliseos antiguos y algunos los han aprovechado para los espectáculos modernos. El

anfiteatro Corea de Roma está edificado sobre el Agusteum y ha tomado nuevamente este nombre. No creamos que es posible sustituir el gran teatro Popular, viejo como la civilización, por el estádium, que también es necesario y que debe coexistir con aquel.

La ciudad debe tener también una avenida principal, corta, que deje utilidad al trazarla, que sea conveniente para los propietarios colindantes con el fin de que éstos la edifiquen inmediatamente. La comisión que estudió este problema pensó en una entre las calles Morandé y Teatinos que tendría como fondo viniendo desde la Estación Mapocho la Estatua de Portales y el Palacio de Gobierno. Sería la avenida corta, elegante, iluminada, que vería el extranjero al llegar a la ciudad.

Pero sobre esta obra, menos esencial, se impone la reglamentación de edificios en diversos puntos de la ciudad. Concedando la voluntad de los particulares, se logran verdaderas maravillas, que no cuestan un centavo más.

Comprendemos que en materia de ornamento y decoro de capital nos falta todo. Tenemos la base solamente. Los jardines son escasos; los monumentos flaquean en su gran mayoría y hay algunos deplorables; faltan estatuas en los jardines.

¿Y qué diremos del profundo desprecio manifestado por los municipios al elemento más útil y agradable de los jardines y paseos públicos, a los juegos, estanques o cascadas de agua? El ensayo de dos lagunas mal estudiadas y pronto fracasadas, la ruptura de la fuente de Neptuno en la Alameda por una asonada popular, la destrucción de otras pilas como en la Plaza Montt-Varas, la interrupción y obstrucción de casi todos los conductos y vertientes en las que quedan enteras, por escasez de agua: hé ahí el cuadro que presenta una ciudad meridional, de sol y de sequedad cordillerana como Santiago, en materia de fuentes públicas. Ahora que, gracias a la genial idea de Vicuña Mackenna y a la perseverante propaganda de la prensa, vendrá un gran curso de agua cristalina desde los contra-fuertes andinos, debemos pensar en estas pobres víctimas de nuestra incuria y falta de comprensión del Arte Público. Hay que buscar algunas desterradas y colocarlas donde estuvieron, hay que curar a algunas inválidas y enfermas, hay que construir otras. Más de uno de esos bebederos públicos, surgidos por iniciativa de

Valdés Vergara, podría convertirse en fuente monumental. ¡Pensar que antes de hacerse estas *vascas* de cemento romano no tenían ni los aurigas ni los caballos más agua que la infecta de la acequia! Lo extraño es que las bestias no se hicieran también alcohólicas.

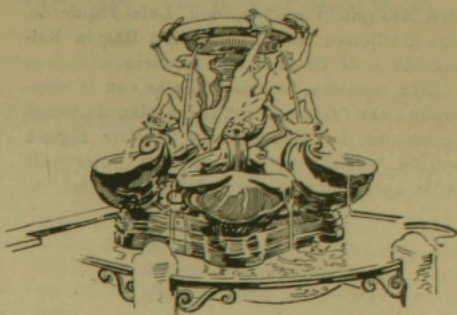
Hagamos fuentes y tratemos de que la belleza estatuaría no quedo encerrada en los museos. Hace poco tuvimos la oportunidad de ver, con motivo de la Exposición de Flores, el agrado que causaba al público la unión armónica de los jardines y plantas con el mármol blanco. El señor Director de la Quinta Normal don Francisco Rojas Huneeus, estudió entonces con el Director de la Escuela y Museo de Bellas Artes, el proyecto de fundir en fierro u obtener de otra manera económica algunas estatuas para la Quinta Normal.

Las viñetas de estas páginas dan una idea de lo que serían las reproducciones de las Dianas, Apolos y Venus, escapando de las galerías cerradas, para surgir en los prados verdes y entre los árboles. Jardines, estatuas y fuentes, son hermanos; se conocen, se comprenden, se complementan para revelar la belleza a los ciegos. Tratemos de realizar algo de esto!

Quien haya visitado últimamente el hall central del antiguo Mercado, ¿no ha notado algo nuevo, algo de simpatía, de educación, de bienestar, de júbilo en la nueva agrupación de los mesones de venta? El alcalde Valdés Vergara, cumpliendo el legado de don Francisco Echaurren, confió al gran escultor don Carlos Lagarrigue, una fuente que está colocada en el cruce del Mercado. Es una esbelta figura de niña, fundida en bronce, colocada sobre fuente de piedra o mármol oscuro, chileno. Terminado en plazo muy estrecho, le faltan aún retoques que el autor se propone ejecutar en ocasión oportuna. Esta fuente, surte un escaso chorro de agua que sirve para la sed de los comerciantes y sus empleados, que antes eran estimulados a saciarla con bebidas espirituosas. El juicio sobre utilidad quedó hecho con esto solo; pero el de su belleza lo han formulado con sencillez los vendedores de legumbres y frutas que nos decían hace poco:

—“¡Es una gran compañía, Señor!”

Deberíamos tomar como modelo a Roma, la ciudad de las fuentes. Su clima es semejante al nuestro; menos cambios de tempe-



ratura: algo menos rudo el frío en el rigor del invierno; pero la luz es tan clara y el sol tan quemante como aquí. Un escritor y músico, Camille Bellaigue, en un libro reciente habla de las fuentes romanas, aun de las pequeñas. Mirad las reproducciones de estas páginas, ved entre ellas la fuente que se destaca bajo las encinas, en alto del Pincio, con el horizonte característico de San Pedro. He aquí lo que dice el escritor:

“Delante de la puerta de la villa Médicis, surge una fuente sencilla, bajo el follaje de las encinas siempre verdes; un arco cortado en sus ramas oscuras encuadra el surtidor esbelto y a lo lejos la cúpula de la gran Basílica. Su rumor ha acompañado los sueños de nuestros artistas jóvenes. (La villa Médicis es la escuela de Francia.) Un siglo, a lo menos, de nuestro genio creador ha pasado por aquí, mirándole y escuchándole. Sobre la colina romana, ella es un poco la fontana de Francia y de los ecos de nuestra gloria que se mezcla en todas sus canciones”. Mirad también la severa forma de una de las dos fuentes de la plaza de San Pedro: lo que tiene tras de sus dos tazas de bronce, la columnata del Bernini. Mirad, en fin, la otra llamada de las Tortugas en que cuatro adolescentes desnudos depositan pequeñas tortugas que se escapan sobre la taza superior. Y me guardo la mención de esas grandes monumentales fuentes del Acqua Paola, del Acqua Felice que envidiamos para conmemorar la llegada del agua de la Laguna Negra a Santiago.

Se acaba de designar una excelente comisión de Bellas Artes, compuesta de los señores don Luis Barros Borgoño, don Paulino Alfonso, don Ramón Subercaseaux, don Alberto Mackenna, don Benjamín Errázuriz,

don Joaquín Figueroa, don Luis Izquierdo, don Guillermo Amunátegui, don Ramón Balmaceda y el Director del Servicio.

Esta comisión debería trabajar con la nombrada para formar el definitivo plan de transformación de Santiago y obtener alguna tuición oficial que le permita intervenir en la aprobación de fachadas de edificios, de

monumentos, de templos, que tanto contribuyen a engrandecer una ciudad.

Estas líneas no contienen sino la aspiración de ver al Arte Público avecindado en la capital de Chile, como guardian contra la fealdad, como purificador de la atmósfera de la vieja aldea, como educador del pueblo inteligente que la habita.



Retrato de Rodó

Por

Hugo D. Barbagelata

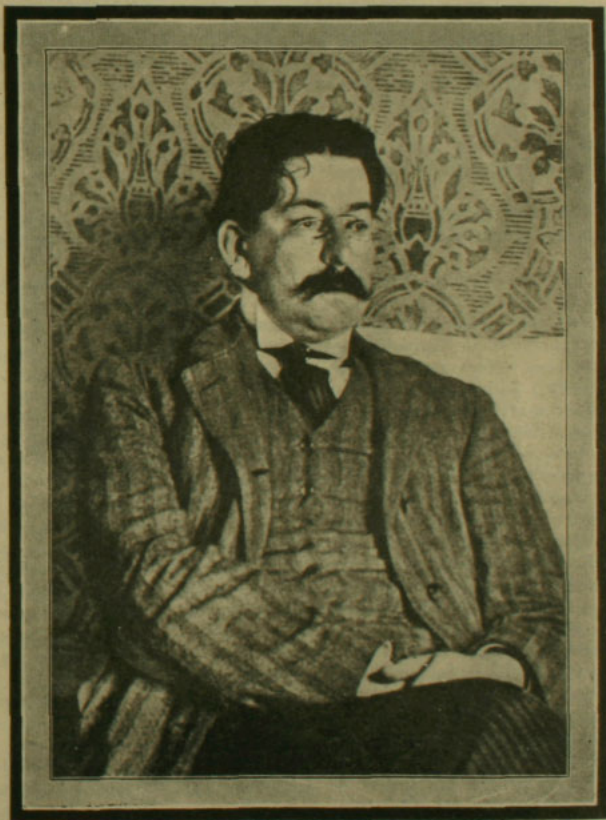
Es hombre grande. Su estatura está en relación con su intelecto; se acerca a los dos metros. Destácase su cabeza erguida en cualquier grupo que se encuentre, y cuando camina, apoyando el antebrazo derecho sobre una parte de su cuerpo, dejando la palma de la mano hacia afuera y el otro brazo moviéndose como un remo, no hay necesidad de observar su mirada aquilina y la nariz que la completa para figurarse un cóndor de los Andes agitando una de sus alas antes de emprender rápido vuelo.

Desde hace cuarenta y tres años, desde el día de su nacimiento, vive en Montevideo, ciudad que recorre con frecuencia a pie, en todas direcciones, indiferente a las miradas de los transeúntes que lo conocen y lo observan, aunque jamás esquivando el encuentro con los muchos amigos que tiene y el saludo de muchos jóvenes intelectuales que se hacen un deber en descubrirse a su paso.

Allá en su cortos años fué niño mimado, de casa antigua y rica. Educóse en la primera escuela laica y libre que existió en su país, y sólo en el hogar recibió esa enseñanza católica que nuestras madres dan, exenta de clericalismo, aunque llena de religiosidad y de preceptos morales. Los que le predijeron seguro porvenir le recuerdan aún cuando, de la mano de su tío D. Cristóbal, vera efigie de Mulay Habas, iba, camino de la iglesia, moviendo su cuerpo sobre sus delgadas canillitas y luciendo valioso traje de terciopelo con cuello blanco de encajes, al que real-

zaba un sombrero, que el tierno adolescente echaba con donaire hacia atrás para dejar descubierta la frente en la que, acaso, ya bullía aquel "algo" misterioso de Chénier.

En la edad en que se empiezan a conocer los sinsabores y los encantos de la vida, José Enrique Rodó, huérfano de padre, no visitaba más iglesias, ni recorría despreocupado las calles de su ciudad natal. Los estudios universitarios absorbieron por entonces sus



José Enrique Rodó

actividades, tan bien empleadas, que a los veintinueve años sorprendió, más de una vez, a los que lo escuchaban con sus disertaciones sobre literatura, sobre historia, sobre viajes, hechas con aplomo y convicción pero sin pedantería.

Ni entonces ni después se le han conocido amores, aunque en su primera juventud tuvo trato con las musas, y se notaba en él menos desaliño en el vestir que hoy día.

En un soneto de aquella época nos relata de la manera siguiente cuáles fueron las "lecturas" que le impresionaron:

De la dichosa edad en los albores
Amó a Perrault mi ingenua fantasía,
Mago que en torno de mi sien tendía
Gasas de luz y flecos de colores.

Del sol de adolescencia en los ardores
Fué Lamartine mi cariñoso guía.
"Jocelyn" propicié, bajo la umbría
Fronda vernal, mis ocios soñadores.

Luego el bronce hugoniano arma y escuda
Al corazón, que austeridad entraña.
Cuando avanzaba en mi heredad el frío.

Amé a Cervantes. Sensación más ruda
Busqué luego en Balzac... y hoy ¡cosa extraña!
Vuelvo a Perrault, ¡me reconcentro y río!...

Río ha dicho. Reía probablemente a solas o en círculo de íntimos, pues por lo general ríe poco y sin estrépito. Los que fueron sus discípulos durante el tiempo que dictó sus interesantísimas clases de literatura en la Universidad de Montevideo, no le vieron reír nunca en la cátedra, y todos admiraban la gravedad sin petulancia de aquel maestro de veintiséis años, que tenía modales de profesor y erudición de sabio.

Por capricho, por no rendir el examen de filosofía que le faltaba, no se graduó bachiller en aquel centro, y para iniciarse en la política dejó cátedra y clases en 1901.

En periódicos estudiantiles deshojó las primeras flores de su ingenio, hasta la hora en que, con los hermanos Martínez Vigil y con Víctor Pérez Petit, dió a luz la "Revista nacional de literatura y ciencias sociales", de honda repercusión en el Uruguay y en todo el continente americano.

Preparó a las tareas de ese nuevo cargo, formando "academias" entre sus compañeros, especie de tertulias de intelectuales, en las que los concurrentes se imponían te-

mas que desarrollaban y criticaban luego en reuniones sucesivas.

En el último libro de Rodó, en "El mirador de Próspero", se hallan reproducidos varios de los trabajos publicados en la citada revista. Otros estudios semejantes, de éxito ruidoso, como "El que vendrá" y "La novela nueva", fueron recogidos en un folleto en el año 1897. Todos aquellos, más los que le siguieron, no dan una idea exacta de la idiosincrasia de su autor, que si no odia el "yo", como Pascal, tampoco gusta hablar de sí en sus producciones, ni arrojar en público las prendas que lo cubren como esos atletas de circo que desnudan, con cierta fruición, a los cuatro vientos, la musculatura poco común que poseen.

De la época de la "Revista Nacional" data la fama de Rodó, y desde entonces su morada, de la calle Cerrito, en la "ciudad vieja" de Montevideo, es el centro uruguayo a donde llegan más publicaciones americanas y mayor número de cartas escritas por literatos del continente.

La correspondencia del artífice de "Ariel" es numerosa, y él solo la atiende, sin secretario alguno, no dejando carta interesante sin respuesta, ni impreso sin revisar, ni manuscrito sin un destino en su archivo, amontonado a la buena de Dios, aunque los manuscritos y los impresos que se hallan en él estén ornados de arabescos, que son los comentarios marginales cuya lectura arranca al destinatario.

Calculando una de las frases estampadas en su juicio sobre Montalvo, puede afirmarse que Rodó tiene "la vocación de la literatura, con el fervor, con la perseverancia, con los respetos y cuidados de una profesión religiosa" "No pasa día sin que oficie en sus altares, y cada jornada de su moderna existencia tiene su página, que releída, arreglada y puesta más tarde junto a otras, forma los capítulos de libros "en perpetuo devenir", en gestación incesante.

Aunque poco amigo de retóricos, de "pertinacia fría, que ajustan penosamente en el mosaico de su corrección convencional palabras que no ha humedecido el tibio aliento del alma", no olvida cuando escribe aquel precepto de Boileau que hasta los niños en Francia saben de memoria: "Hâtez-vous lentement; et, sans perdre courage,—Vingt fois sur le métier remettez votre ouvrage:—Polissez le sans cesse et le repolissez;—Ajoutez quelquefois, et souvent effacez". Sólo que Rodó borra y pule las oraciones en su cabeza, pues en él la expresión definitiva de

su pensamiento es siempre muy posterior a la ideación, por su afán constante de buscar la belleza de la forma, la música del lenguaje.

De esa manera cree alcanzar el intento en que está empeñado "de devolver a la prosa castellana color, resalte y melodía, y de henchirla de sangre y engordarla de nervios, consumando una reacción que ni los románticos ni los realistas de la anterior centuria llegaron más que a demediar, en la sintaxis y en el léxico".

Por tal motivo, sin duda, no quiere ser periodista, sino a ratos, cuando la lucha por la vida lo lleva a las oficinas de un diario o cuando piensa que "ser escritor y no haber sido, ni aun accidentalmente, periodista, en tierra tal como la nuestra, significaría, más que un título de superioridad o selección, una patente de egoísmo; significaría no haber sentido nunca repercutir dentro del alma esa voz imperiosa con que la conciencia popular llama a los que tienen una pluma en la mano, a la defensa de los intereses comunes y de los comunes derechos, en las horas de conmoción o de zozobra".



Su país, no siempre justo con tan grande hombre, lo atrae de manera irresistible. "Nuestra pobre tierra—decía ha poco a un compatriota ausente de ella—necesita de la consagración de todos nosotros, y hay que quererla mucho".

Y en esta tierra está siempre dispuesto a oír a los que lo consultan, dando un consejo acá, alentando allá a alguien que se inicia en las letras, no despreciando nunca las oportunidades que se le ofrecen de encaminar al que se lanza a la lucha sin mentores o de alentar al que, falto de apoyo en su carrera, sólo recuerda vocaciones perdidas y fuerzas que no produjeron los frutos prometidos.

Es próspero siempre y también mecenas por instantes. Cuentan los que fueron sus colegas en el Parlamento uruguayo que cuando iba a la Cámara a recoger su sueldo de diputado éste se hallaba, con frecuencia, reducido a una pequeña suma, porque el resto ya no era suyo sino de los dueños de diversos vales que Rodó había suscripto con el fin de obtener dinero para sus gastos particulares y para otros mayores de sus amigos. Y de estas liberalidades las hay que no son para contadas.

Pero aunque, como el gran orador romano, no olvide nunca al pequeño Uruguay, la patria suya, recuerda siempre también que América es la más grande, que ella contiene a todas las demás. "Queremos una literatu-

ra que sea una fuerza positiva en la formación de una "conciencia americana" y que, llevando de frente ese pensamiento, abarque la complejidad de los intereses intelectuales y morales de nuestra cultura—respondía no hace mucho a un periodista argentino que lo reportaba. Por mi parte—añadió—acaricio esa idea de "americanismo" desde mis primeros trabajos. No fué otra la idea inspiradora de "Ariel", ni es distinta tampoco la que me ha guiado últimamente en ensayos como el de "Bolívar" y el de "Montalvo", los que pienso continuar con otros referentes a personalidades de parecida significación americana".

De ese "Ariel", de ese "sermón laico" en que él exhorta a la juventud del continente a entregar a la utilidad y a la pasión sólo una parte de ella misma, se han publicado ya nueve ediciones, particulares y oficiales, sin beneficio pecuniario alguno para el autor. Este no protesta contra un medio tan fácil de divulgar su obra, mas le disgusta que se la publique mal corregida, del modo que le desagrada mucho se citen sus pensamientos y su nombre en páginas efímeras donde los mediocres se codean con los grandes, lo vulgar con lo selecto.



Más bibliófilo que bibliógrafo, Rodó sólo hace cátedra en sus libros o en su propia casa.

Amante de la buena mesa, charla en ella con amenidad de mil tópicos distintos, políticos, científicos, literarios o sociales, y no se preocupa de que los que lo escuchan o los que rebaten sus opiniones sean o no hombres de letras. En el restaurant o en el café no hace distinciones entre camaradas, y posiblemente es en esos lugares donde su imaginación menos trabaja.

Sólo fuma un cigarrillo en cada comida, bebe agua mineral después de la cena, y por la noche frecuenta poco teatros y conciertos. Tampoco es muy afecto a las visitas, no por falta de educación, sino de tiempo.

Las librerías montevidéanas son como estaciones de sus diarios paseos, para los que no tiene ni hora ni itinerario fijos, pues, cual la encarnación del Ydomeneo de "Los seis peregrinos", el joyero de "Motivos", va por las calles como escoltado por "un cortejo de ideas" formadas con "las impresiones recogidas en lo vario del mundo, absorta su mente por algún sueño grande de su alma".



Como el vino que a los ojos de Meri6n imprime "un toque de luz cálida", la política

seduce un tanto a Rodó, que si hasta hoy ha salido incólume de ella, le ha dejado en cambio más de una ilusión en holocausto. Quizás pensaba en sí mismo cuando escribía, hace poco, juzgando a Montalvo: "Liberal, hasta donde alcanza lo noble del sentido; demagogo ni plebeyo, nunca. En calidad de ideas, como en temple de ánimo, como en gustos de estilo, caballero de punta en blanco".

La sangre española que le legó su honrado padre podrá llevarlo a la política, no así sus naturales tendencias ni la sutileza de su espíritu, que le hace despreciar a los sayones, a los jóvenes claudicantes, a los intelectuales mercenarios de que aquélla está repleta.

Así y todo, deja la política para el "club" y para la prensa, nunca para sus libros, aunque una vez dentro de ella le consagre inteligencia y energías, ora presentando proyectos como diputado, ora escribiendo artículos de propaganda como periodista, ora redactando manifiestos y discursos que producen sus afectos.

A propósito de discursos, cabe recordar que uno de sus triunfos más ruidosos lo debe a una pieza oratoria suya, a la que en setiembre de 1910 pronunció en sesión solemne del Congreso de Chile, probando en la misma—como lo notara uno de sus biógrafos—la verdad de la afirmación saintbeuviana de que "toda alma fuerte y grande, en los momentos en que se anima, posee el don de la palabra". Sin embargo, Rodó gusta poco de hablar en público, y más de un bello discurso, hijo de su pluma, ha sido entregado a

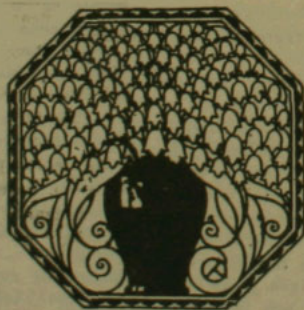
algún amigo joven para que, en su nombre, le leyera en el acto para el que lo había escrito.

✻

En fin, en mitad de su carrera literaria, una gran catástrofe mundial, que mucho lo preocupa, ha sorprendido al pensador cuando aprontaba sus valijas para emprender un viaje a Europa, en donde desea publicar sus obras completas, ya conocidas, con dos volúmenes más de "Motivos de Proteo" y con otras monografías semejantes a las que sobre Bolívar y Montalvo contiene "El Mirador de Próspero".

Mientras tanto, prepara en Montevideo materiales para su obra futura, y se consuela creyendo que "sobre las huellas del desastre florecerá una nueva vida, y como necesario complemento de ella, nuevos ideales literarios, nuevas formas artísticas", creyendo también que "si todo esto ha de venir, puede esperarse que esté próxima la hora en que la conciencia hispano-americana, movida por el sacudimiento universal, afirme definitivamente su personalidad y demuestre su aptitud para incorporarse al grupo de los pueblos creadores de civilización y de cultura".

"Magister dixit", y aunque sin la unción de aquellos discípulos de las escuelas parisienses que Carlo-Magno fundara, es prudente inclinarse ante las creencias, acaso augurales, del moderno Próspero, célebre como su homónimo de Aquitania por su carácter y por sus escritos.





En la sala de la dirección: dos de los propietarios de "La Nación", senadores señores Gatica y Escobar; el director, don Ernesto Bianchi, y el secretario de redacción, don Gustavo Silva

La fundación de un gran diario

"La Nación"

Por Gabriel Solís

Con ilustraciones fotográficas

Hace poco nos decía un distinguido viajero cubano, que visitaba nuestro país en viaje de estudio: ustedes tienen una prensa envidiable tan seria cuanto bien servida. "El Mercurio" es un diario que no tanto por ser el secano de los periódicos americanos, cuanto por su sobriedad y alto espíritu moral nos hemos acostumbrado a considerar como el "Times" del lado del Pacífico.

Para quien haya recorrido la América española y haya tenido ocasión de conocer la prensa de las demás Repúblicas, esta observación se le presenta con el carácter de una verdad incontrovertible: mientras los periódicos de los otros países están siempre abandonados en fáciles movimientos políticos

y sirven generalmente determinados intereses, nuestros diarios han sabido mantener una elevación de criterio honrosa y digna. Lejos de los pasajeros apasionamientos, han realizado, ante todo, una desinteresada obra nacionalizante, en su buen sentido, tratando de rehuir generalmente peligrosos apasionamientos.

Y he aquí ahora que la fundación de un nuevo diario viene a enaltecer, una vez más, la obra de nuestro periodismo: no hace medio año aún que "La Nación" lanzó su primer ejemplar y ya se ha ganado un lugar muy señalado entre los grandes rotativos nacionales. Sus fundadores han querido crear un órgano cotidiano serio, tranquilo en su



Don Enrique Tagle, redactor principal

programa, que sea garantía de alto espíritu liberal antes que amenaza de la tranquilidad de muchos. Y este propósito, que presidió en su nacimiento, ha sido desarrollado con entereza e inteligencia.

Cerca de "El Mercurio", "El Diario Ilustrado", "La Unión", "Las Últimas Noticias", "La Opinión", "El Chileno", "La Nación" llega a formar en el

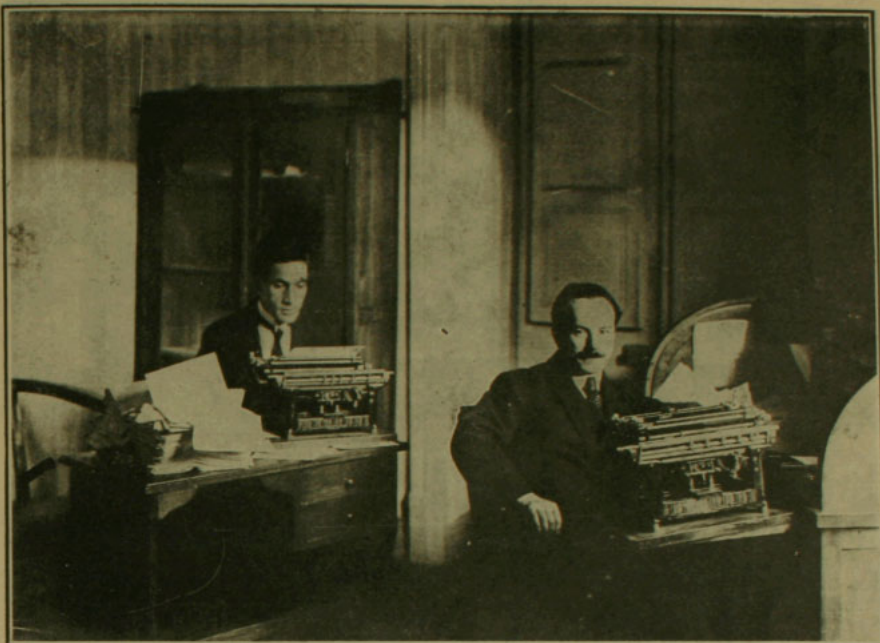
concierto de la prensa santiaguina no como el compañero inexperto y atolondrado sino como el mancebo prudente, docto, que va a competir en dedicación e inteligencia. En efecto sus servicios no desmerecen de los de sus otros colegas y, ocasiones las hubo, en que se colocó sobre ellos.

Actualmente "La Nación" ha constituido definitivamente su personal, seleccionado entre los mejores periodistas del país: la alta dirección está atendida directamente por sus propietarios los señores Yáñez, Escobar, Gatica y Bruna, personalidades conocidas de todos en nuestra política. Figura actualmente frente a su dirección don Ernesto Bianchi, antiguo y prestigioso periodista, magistrado respetable, hombre sereno y ecuaníme, garantía para "La Nación", de seriedad, respeto y orden. Su amplia cultura y el conocimiento que tiene de nuestro país y de sus problemas palpitantes significan para el nuevo diario un sólido fundamento de progreso.

Ultimamente nuestra prensa ha comentado con simpatía la renuncia de su cargo de secretario de Comisiones del Congreso, de don Enrique Tagle Moreno, para ir a servir definitivamente el de primer redactor de



Parte del personal de la administración



Sección cablegráfica

“La Nación”. El homenaje tributado por todos los partidos, en el seno del Congreso, a este inteligente periodista, es prueba de las hondas simpatías conquistadas y de la competencia que ha desplegado siempre en todas sus labores. Antiguo redactor de “Zig-Zag”, en aquellos años en que dirigía el semanario don Joaquín Díaz Garcés; y de “El Mercurio”, Enrique Tagle tiene ya realizada una amplia labor que le coloca junto a nuestro mejores periodistas cotidianos. Para “La Nación” es una valiosa adquisición y una seguridad de prósperos y brillantes días.

Escriben a diario también en “La Nación”, don Ernesto Barros, 2.º redactor, que, aunque muy joven aún, ha hecho ya una carrera de fácil y bien merecidos triunfos; don Daniel Martner, titulado hace poco en la Universidad de Colonia doctor en Ciencias Comerciales; don Galyarino Gallardo, pluma brillante y de maciza cultura que se anuncia por su firmeza y elegancia; don Ricardo Dávila (Leo Par) a cuyo cargo está la sección de crítica literaria semanal, cuya sólida preparación humanística es uno de los casos más insólitos en este país de amorosa dedicación

a los estudios especulativos; don Horacio Echegoyen, antiguo periodista, muy versado en temas industriales y minería.

Al frente de la secretaría de Redacción de “La Nación” está don Gustavo Silva, escri-



Don Ernesto Barros, segundo redactor



El jefe de la crónica, señor Meza, rodeado de las personas que tienen a su cargo la sección noticiosa



Un rincón de la biblioteca: el encargado del Archivo y Biblioteca; el dibujante del diario (Coke), y el encargado de la sección internacional.



Sección de la corrección de pruebas



Un colaborador de "La Nación"

tor ventajosamente conocido, como un estudioso infatigable. La sección cablegráfica la dirige don Carlos Dávila, joven y culto periodista, que antes tuvo a su cargo dicho servicio, durante algunos años, en "El Mercurio". La Crónica ha sido organizada y es dirigida en la actualidad por el joven y activo periodista señor Arturo Meza, que durante siete años perteneció a la sección noticiosa de "El Mercurio". La sección provincias y sociabilidad obrera la dirige el diputado demócrata don Róbinson Paredes; la Sec. comercial la tiene a su cargo don Luis Bianchi P., joven corredor de comercio; la sección deportes el conocido deportista Sr. Carlos Fanta; las ilustraciones y caricaturas el reputado dibujante don Jorge Délano (Coke); la sección Turf, don Ernesto Clark; la sección Biblioteca y Archivo, don Virgilio Opazo; primer traductor y encargado de la



El jefe de la sección Prensas

sección internacional es don Adolfo Mujica y Diez de Bonilla; la sección teatros, don Manuel Bianchi G.; la vida social, don Gustavo Montt Pinto. Colaboran, con toda actividad en su sección noticiosa, los señores don Luis Eduardo Chacón, don Héctor Arnaldo Guerra; don Carlos Barreto; D. Eduardo de Veintemilla; don Juan Berrera; don Hugo Silva; don Juan de Dios Jofré. La parte administrativa y económica está a cargo de los Sres. Oscar Kaltwasser, subgerente; don Humberto Beig, contador; don Jorge Luco, cajero; don Gustavo García, jefe sección avisos; don Oscar Garcés Silva; don Enrique González, don Abraham Estella; don José Pareto; don Gustavo Merino; don Arturo Silva; don Ricardo Latorre. Es jefe de talleres y máquinas don Luis de Laire, que durante muchos años tuvo a su cargo la "Revista de Marina" de Valparaíso.



El personal administrativo y comercial de "La Nación"



La sala de máquinas



Sección de linotipias

Tiene a su cargo la prensa don Francisco Nieto; jefe del fotograbado don Vicente Herrera; fotógrafo, don Manuel Real; regente, el antiguo segundo regente de "La Mañana", don Albino Zúñiga; jefe de reparto don Eleuterio Mella.

El capital de la Empresa es de un millón de pesos, según acuerdo reciente de sus cuatro propietarios.

En la segunda quincena de Junio se embarcará para Santiago una prensa Gooss, norte-americana, que da treinta y dos páginas y tira 36.000 ejemplares por hora. Además este diario está armando otra prensa del mismo tipo y características que estará en funciones en el mes próximo según parece.

Inspira los rumbos superiores del diario don Eliodoro Yáñez y su administración está supervigilada personalmente por don Alfredo Escobar. Sus cuatro dueños se reúnen dos veces por semana para examinar atentamente hasta los menores detalles de la Empresa.

La instalación de la Empresa es provi-

sional y buena parte de su maquinaria, entre ella cuatro linotipias más, aún no han podido ser embarcadas en Nueva York. Otras cuatro llegaron hace un mes y ya funcionan. El diario se lanzó con los elementos ya usados de "La Mañana", que son inadecuados para una empresa grande y ha hecho una locura coronada por el éxito al aventurarse con semejantes elementos.

Cuenta con un cuerpo numeroso de colaboradores. En sus salones se reúne diariamente un buen número de senadores, diputados y dirigentes de la Alianza Liberal, que proporcionan así orientaciones a su redacción.

La dirección superior de "La Nación" tiene el ánimo de lanzar en breve tiempo más una edición vespertina en Santiago y otra en un punto no se ha precisado si será Valparaíso o Antofagasta por el Norte y Temuco o Valdivia por el Sur. Esta solución la traerá junto con la nueva prensa la primavera próxima, ya que el espíritu de su Empresa es de preteiforme aspiración: mejoramiento constante, sin reparar en la calidad de los sacrificios exigidos.



El cuento de las mayúsculas

Alma y no nervios

Hemos encontrado en una revista ilustrada, en "Familia", un párrafo de mujer, seguramente escrito por una dama de gran sociedad y familia tradicional de este país, que nos ha sugerido esta corta conversación sobre cuestiones literarias. Refiriéndose a una conferencia sobre la obra de Rolland, dice esta escritora: "No comprendemos que así se derroche el talento y la paciencia, estudiando y descubriendo las virtudes, vicios, talento y tendencias de almas que no nos interesan, pues no son de nuestra raza ni tienen en nuestros gustos y costumbres. Tiempo es que tengamos el orgullo de lo que somos; que nos estudiemos y critiquemos, que conozcamos bien el carácter de los hombres que la hicieron, sus tendencias y ambiciones, sus grandezas

y pequeneces, los inconvenientes con que lucharon para darnos la libertad de que hoy gozamos. Se ensancharían de emoción los corazones. . . " Y enseguida agrega con excelente buen juicio, digno de ser imitado:

"Conoceríamos a los notables escritores que dieron lustre a la joven literatura chilena y entonces,—crédmelo,—nos reiríamos de nosotros mismos y de nuestros estériles estudios sobre los caracteres de la obra de Romain Rolland y de otros autores de su época que las bibliografías de la "Revue de Deux Mondes", nos harían conocer mucho mejor de lo que nosotras pudiéramos estudiarlo".

Sin estar en absoluto acuerdo con esta atinada escritora, principalmente en este otro extremo de separarnos y dividarnos, por razón de raza, de la vieja literatura de Europa, creemos con ella que a muchos escritores, hombres y mujeres, de las diversas clases sociales y profesiones, les atrae mucho más el "estudio vago de conceptos generales", que no exigen mucha

profundidad ni gran estudio previo, y también la crítica de autores extranjeros que la publicidad europea nos entrega desmenuzados según las ideas y la hora de actualidad que esas sociedades atraviesan. Sin entrar más a fondo en esta censura, que por ser de mujer, y de descendiente de noble estirpe patriótica tiene mayor autoridad, trataremos ahora de literatura, euro-

pea siempre, para aportar un contingente a su buena campaña.

En sus "Studi di Letterature Moderne", el agudo crítico italiano, G. A. Borgese, dedica un certero artículo a lo que llama "il culto delle iniziali maiuscole". En realidad, no sólo el uso sino "el abuso", de las letras mayúsculas es un síntoma de cierta enfermedad de la cultura moderna, extensa y no profunda, por consiguiente amplia en superficie y escasa en base y solidez. "Hacer su Vida", así con mayúscula, significa para muchos escritores, especialmente mujeres, hacer su Regalada Voluntad, también con mayúscula, en materia de estudios, de escritos, de conducta. Para esta clase de pensa-



Lucia Félix Fauré Goyau

dores la mayúscula da una rara intensidad a sus palabras y les otorga autorización para no probar nada de lo que dicen.

“Un débil hilo, una ocasión, un pretexto, los tiene en oscilante contacto con la realidad concreta; pero la contemplan muy desde arriba, abandonados al fácil capricho de una fluidez atmosférica donde se han disuelto y volatilizado poesía, filosofía, religión y ciencia.

“Y así ha nacido, observa el mismo crítico italiano, este ambiguo género literario de Libros de Horas para los laicos, de plegarias para los descreídos, de mística mundana de verano que no excluye, y por el contrario presupone, el cigarrillo egipcio, el sandwich, el aperitivo y hasta la morfina.

Lo curioso es que esta literatura de Mayúsculas, de vaciedades y de cosas que no se comprenden bien ni mal, es inmediatamente admirada por los congéneres, que saltan a la prensa, tan hospitalaria para la crítica de amistad, para declarar que se agrega un nuevo Eslabón de Oro, que se comulga con una nueva Hostia de Arte, que se revela un Espíritu de Predilección en la Página de Vida que se acaba de dar al conocimiento de los Elegidos. Así, en un prólogo a la obra de un clásico italiano de segundo orden que acaba de llegar, vemos una reflexión muy atinada sobre otro género literario que pecaba, por diverso aspecto, del mismo defecto de no interesar sino a la camarilla de escritores.

¿Por qué,—pregunta el prologuista,—la literatura italiana del cinco y del seiscientos, es, en mucha parte, además de vacía y fastidiosa, tan impopular?

Porque en esos siglos el literato escribía para ser leído de cien otros literatos y no más. Es claro que de profesional a profesional, de técnico a técnico, la forma, en cuanto tenga de mecánico y de artificial, la “virtuosidad” pura, tome importancia sobre el fondo, sobre lo vivo, sobre el contenido, sobre el deseo de ser claro, de interesar y de divertir”.

Volviendo a Borgese no podemos menos de cerrar con su original y sabrosa forma, su juicio sobre el culto de las mayúsculas:

“Vi dievo que il culto delle iniziali maiuscole e un rifugio retorico contro un invincibile disordine interiore”.

Y no sólo es el desorden interior la causa de esta vaciedad; tenemos otro gravísimo motivo: la enorme, la indiscutible ignorancia literaria de la mayor parte de esta escuela...

¿No vemos cómo se descubren ideas que son viejas como el mundo, y se las encuen-

tra envueltas en azúcar en las vidrieras de confitería de las novelas más o menos sensuales, sin saber que estaban frescas y maduras al sol del genio en los matorrales siempre apenas explorados de Rousseau, de Pascal, de Montaigne? ¿No vemos cómo se asombran de las imágenes, algunas veces vigorosas y coloreadas que llegan por el último correo; cuando Homero las forjó ya con vida y los escritores griegos y latinos las entregaron al hombre de letras para eterno modelo de belleza?

El año 13, murió en París una mujer de sociedad, perteneciente a la gran burguesía, y, por el talento, a la aristocracia intelectual de Europa, Mme. Lucie Félix-Fauré Goyau. Su biografía habla con mucha elocuencia de lo que venimos diciendo, y apoya con tanta oportunidad el juicio de la escritora de “Familia”, que no vacilamos en recomendarla.

La hija del Presidente Faure era católica, lo que posiblemente no disguste a muchas de nuestras lectoras. En medio de sus deberes sociales, a los cuales no faltó jamás, la niña de dieciseis años tenía que luchar, como tantas otras mujeres, con esa ironía desdeñosa con que se recibe en los círculos de familia—a veces con mucha razón,—la vocación artística de una mujer.

“Arte Santo,—exclama en uno de sus cuadernos de juventud,—arte santo, mi culto y mi fe, tú que eres lo mejor que el hombre ha sacado de su alma, de los ensueños de sus noches, de las lágrimas de sus ojos, de la sangre de sus heridas, me es necesario oírte negar y blasfemar. Yo que te amo, te bendigo y te glorifico, porque te debo lo que he encontrado de bueno en la tierra, lo que no desilusiona jamás. Los amores son traicionados, las amistades se acaban, tú quedas siempre el mismo, siempre sagrado en la serenidad de las cosas eternas... Y mientras tanto hay quienes pueden decir con desprecio, como condescendencia: “¡Es muy agradable al arte, es una recreación!” ¡Me dan ganas de llorar!.

Al lado de su padre, en el Eliseo, en las comidas y recepciones, la escritora se fortifica, mira de frente la vida (sin mayúscula), se dedica a una obra de propaganda higiénica y social en favor de la infancia desvalida, estudia a fondo el griego y el latín, lee de atrás para adelante. En sus memorias rechaza la idea de ser “una burguesa”, en el sentido especialista que dá a la palabra La Bruyère: “espíritu mediocre que conde-

(1) “Un Apostolat Littéraire. Lucie Félix-Fauré Goyau. 1916. Perrin et Cie., París. Otros libros: “Figures Féminines de la Renaissance”, “Ames Palennes, ames chretiennes”, etc., etc.

na lo que no cabe en su cabeza''. Y no se crea que es una muchacha prematuramente seria, convencional, de disciplina férrea; es mujer sumamente espontánea. Llega a decir esta frase deliciosa que entenderán muchas feministas del país:

“Mi simpatía me acerca más a esas personas que se equivocan buscando ellas mismas su camino, que a quienes siguen ciegamente la opinión de todo el mundo''. Lucía escribe versos y merece que Faguet la declare “una de las raras mujeres que han abordado la poesía filosófica''. En su estudio de las mujeres místicas de Italia, revela su tendencia poderosa a buscar el alma, a levantarla, a sostenerla, a hacerla brillar con toda su fuerza y lozanía.

“Todo hombre que realice este problema, vivir la vida de su alma, es un bienhechor de la humanidad''. Enamorada del teatro griego, que estudia a fondo, exclama:

“Esquilo me toma sobre todos por el bello aliento lírico que pasa al través de sus

piezas, como al través de las grandes alas de la Victoria de Samotracia''. No es de esos pobres espíritus flotantes que se quejan de incompreensión y de poco ambiente, que no saben de dónde vienen ni a dónde van; Lucie Faure, arrojó de su alma la neurastenia, se disciplinó con el estudio y resolvió ese problema de vivir la vida de su alma, y no la de sus nervios!

Madame Lucie Félix-Fauré, asiste a numerosos congresos internacionales de educación y contrae matrimonio con un joven historiador, Goyau.

Desde ese momento su obra social y literaria toma formas definitivas: sus libros son numerosos y tan nobles y femeninos a la vez que reconcilian con las mujeres escritoras y hacen odiar esa frase dicha el otro día en un salón de Santiago:

—¿Qué te ha parecido la señora X?

—Un chorro de palabras; una gran ignorancia forrada en tapas de libros nuevos de a tres francos cincuenta''.*

M.



La Sociedad Empleados de Comercio

Una asociación modelo

Los señores Germán Caballero, Carlos Amtmann y Benjamín Almarza,

lanzaron el año 1887 la idea de asociar a los empleados de comercio, colectividad que siempre ha sido tan desprovista de ayuda; y, como toda buena semilla germina, sobre todo cuando cae en terreno apropiado, no faltaron

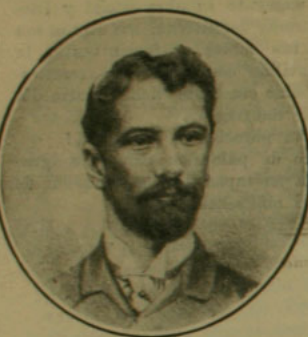
colaboradores, que con igual entusiasmo ayudaran con sus esfuerzos y su dinero a la realización de la magnífica obra que se proyectaba.

Así, el 21 de mayo del mismo año, se echaron las bases de la "Sociedad Empleados de Comercio", cuyos fines quedaron perfectamente establecidos en el artículo 2.º de los Estatutos porque se debía regir, artículo que disponía: "Los fines de la Sociedad serán: la mútua protección y la ilustración de sus miembros."

Los que se empeñan en una tarea bienhechora no descansan jamás, y continuaron con su propaganda, buscando adeptos, hasta tener en 1906 un local propio que proporcionara sitio de reunión y mutualidad

al numeroso grupo de empleados de comercio. Tan sabias fueron sus leyes y tan perfectamente organizados sus reglamentos, libres de cuestiones políticas y religiosas, que la obra, pequeña en un principio, creció con la majestad del respeto mutuo y ha llegado a ser hoy la sociedad que ofrece a sus asociados las más amplias garantías. Las personas que han venido después dirigiendo los intereses de la Sociedad, no han descansado un solo momento en que no se varien sus condiciones te en aumentar los beneficios que da a sus asociados y así la vemos hoy que primeras; han trabajado tesoneramente proporciona: amplios recursos al enfermo, cuota mortuoria para la familia

del socio fallecido, pensión mensual para el socio enfermo e imposibilitado para el trabajo, sepultación en los mausoleos de que dispone, pensión mensual para la viuda e hijos huérfanos; en fin, todo cuanto es dable dentro de la mutualidad perfectamente organizada de esta Sociedad tan meritória y benéfica.



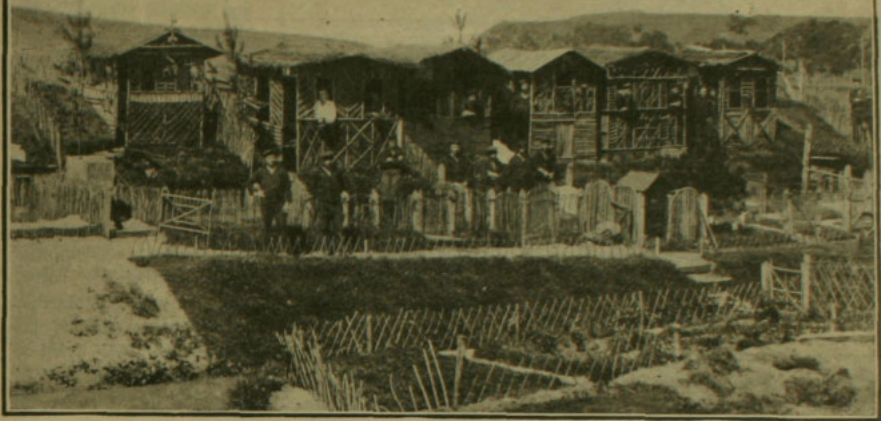
Benjamín Almarza



Germán Caballero



Carlos Amtmann



"Chalets" diminutos contruidos por los marineros internados del "Dresden"

UNA ISLA HERMOSA

Un paseo a la Quiriquina.—Los marinos alemanes internados.—"Chalets" y "villas" liliputienses.—Anécdotas curiosas.—Soledad aburrimiento y trabajo.

Por

F. SANTIVAN

Con ilustraciones fotográficas

Ya varias veces, al pasar por Talcahuano, me había llamado la atención aquel promontorio que se levantaba al frente, cerrando el paso de la Bahía.

—La Quiriquina... —me había dicho un viejo lobo de mar.

—La Isla Quiriquina—había agregado un antiguo habitante del primer puerto militar de Chile.—Allí se construyen unos galpones para instalar la Escuela de grumetes. Es terreno fiscal, desierto e inhospitalario, pero muy bonito. También hay un fuerte con cañoncitos de 15 a 18 centímetros que serían

destruidos por una flota moderna antes de que se tuviera noticias de él...

Hace unos dos años oímos hablar de nuevo de la Quiriquina, a propósito del naufragio del "Dresden", ocurrido en costas chilenas, como nuestros lectores recordarán. No se hallaba qué hacer con esos huéspedes forzosos a quienes había que tratar como prisioneros o internados, a quienes había que cuidar y mantener con toda clase de consideraciones. ¿Cómo vigilarlos sin grandes compromisos?... Pues a la Quiriquina!

En aquel tiempo se había desistido de



Chalet y jardines contruidos por los marineros

instalar en la isla la Escuela de Grumetes y habían quedado allí algunos galpones solitarios de los cuales no se sabía qué hacer.

Fueron, pues, instalados los marineros del "Dresden".

No sé qué en canto especial y penetrante tienen para mí las islas. Toda mi vida he soñado con ir en alguna de ellas, cuanto más abandonada, mejor. Un faro, un peñón apartado de la costa,

una bien nutrida biblioteca y un par de ojos ávidos de belleza salvaje y de amor sin límite que me sirvieran de compañía, he ahí un ideal para mí de los más apetecibles. ¡Ah, Robinson Crusoe! ¡qué hombre más feliz, lejos del trato anodino o falso de los hombres, lejos de las pasiones enconadas y monstruosas de nuestra moderna "civilización"!...

Y esa mañana luminosa de verano tenía a la vista la forma vaga, misteriosamente velada por la bruma azul que surgía de las ondas del mar, una isla llena de prometedoras sorpresas. El mar "encadenado" del puerto de Talcahu-

no, chapoteaba suavemente en los malecones como si murmurase algún reproche contra la ciudad, rodeada de sus colinas verdes y de sus chalets pintorescos en los cerros. Del dique llegaba el canto argentino de los martillos sobre los calderos, el resoplar sordo de sus fraguas y de sus máquinas de dragaje. Más allá avanzaba la larga península de Tumbes, con sus terrenos rojizos, a trechos cubiertos por el verde intenso de

los pinares; y al frente, difusamente diseñada, la costa de los pequeños balnearios de Penco y Tomé. Como quiera que cerrara el círculo aparecía la Quiriquina...

Teníamos invitación y permiso para visitar la isla, y a poco esperar en el malecón, apareció la pequeña lancha a vapor del "Dresden", único recuerdo del gran navio de guerra alemán.

Unos tres cuartos de hora de

viaje sobre un mar en calma, oleoso, de un verde gris poco atrayente, y nos encontramos



Casita en que viven tres de los oficiales del Dresden



El acorazado "Dresden"

junto a uno de los pequeños muelles de la isla. Allí nos recibe un soldado chileno en traje caki de verano, el arma al brazo, y nos exige los pasaportes. Hace calor. Unos de los oficiales del "Dresden" nos espera y nos conduce a una pequeña casa de campo con amplia galería de cristales, distante pocos pasos del muelle. Es allí donde se hospeda a los jefes del "Dresden", es decir: el comandante capitán Ludecke, el segundo comandante Wisblitz, el doctor y otros dos oficiales. Como no está el capitán, el segundo comandante nos hace los honores de la casa. Es un hombre de facciones acentuadas, rostro afeitado y que cojea ligeramente al andar.

—La puerma que lleva es artificial,—me dice en voz baja el señor Jansen, mi acompañante. —La suya la perdió en el combate de las Malvinas.

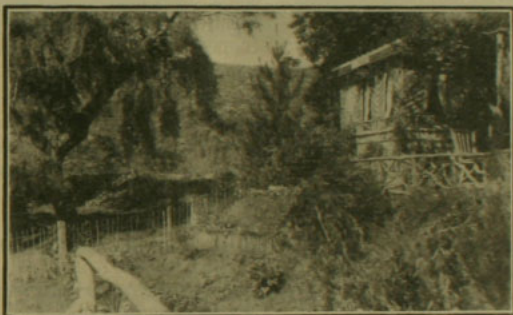
Aunque la casita es de construcción antigua, llama la atención por el perfecto aseo



Los cuarteles de la marinería y una casita en que viven tres de los oficiales del "Dresden"

que se vé hasta en sus últimos rincones. Alguien me muestra la pieza del comandante,

la cual, como la de todos los demás oficiales, se halla coquetamente adornada, con grabados en las paredes, postales, cuadros al óleo, pequeñas repisas, lavatorios enlozados; y sobre los muebles el más perfecto orden: cada cosa en su lugar, todo limpio, con una minuciosidad



Una de las pintorescas "villas" construidas por los marineros

que hubiera envidiado una dama. Se hace difícil creer que hombres de apariencia casruda tengan una delicadeza tan perfecta en el arreglo de sus habitaciones.

A las 12½ en punto, ni un minuto más, ni un minuto menos, nos sentábamos a la mesa. Se conversa en alemán, por lo cual poco puedo interesarme por lo que hablan, apesar de que mi vecino de la izquierda, el contador Barth, se afana especialmente en hablarme en castellano. Son finos, son cultos, estos hombres de aspectos sano y rudo, tostados por el sol y con la cara llena de cicatrices.

El señor Jansen me cuenta en voz baja que uno de los comensales



Vegetación de la isla



Vista parcial de la isla tomada de uno de los cerros

que tenemos al frente, después de llegar a la isla padeció de una especie de menlancolía hipocondríaca. Vagaba días enteros con su perro a través de la isla, sin cruzar una palabra con nadie. Sólo después de un año se le vió volver a la vida normal. Según parece, la pérdida de su barco le produjo una lesión cerebral de la que por suerte ha logrado curarse.

Después de almuerzo, el contador Barth me invita a dar un paseo por la isla. Como fustiga la playa un sol de verano apenas atenuado por la brisa salina, nuestros compañeros prefieren quedarse a la sombra de un viejo y frondoso castaño, bebiendo refrescos.

Visitamos primero una pequeña usina eléctrica, que presta luz y fuerza al fuerte de la isla. Está el galpón admirablemente bien tenido, merced a la vigilancia de marineros alemanes.

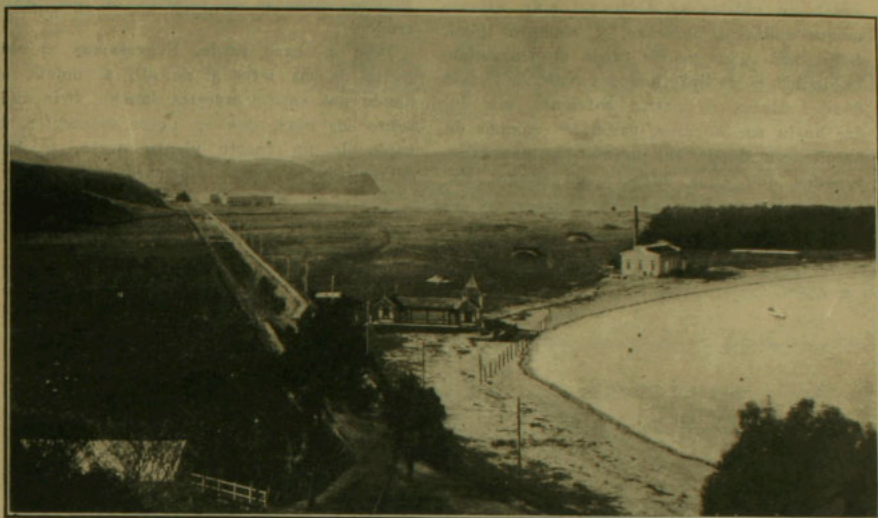
Enseguida atravesamos un bosque de pinos, ya lo suficientemente altos para prestar una sombra refrescante y fraternal. A

través de sus ramas, el viento pasa, nostálgico... Mi compañero me habla de su hogar distante, de sus padres, de sus hermanos, de tantas cosas queridas y lejanas!

Después de torear por muchos caminitos laberínticos se llega a la cancha de palitroque. Allí se juega en los ratos de ocio, y los marinos dedican las módicas tarifas a beneficio de la Cruz Roja. Más allá, entre la espesura, encontramos la primera "granja" alemana. Es una curiosidad simpática que habla muy bien del carácter infantil, ordenado y laborioso de este pueblo raro y aparentemente contradictorio. Son "granjas" en miniatura como juego de niños, verdaderas habitaciones del país de Liliput. Pero allí todo da la ilusión de la realidad: el cerco que guarda el jardín, las plantas de éste, esmeradamente cuidadas, los corrales de las aves con su coqueto "chalet" para que se recojan por la noche, y al lado, el "chalet" del dueño. Estas construcciones diminutas son dignas de atención. Están formadas de pequeñas ramas, tomadas del bosque, cuidadosamente cortadas y clavadas en caprichosas o simétricas líneas. Los hay de todas las formas y de todas las clases. Algunos en forma de torres, de castillos medievales, de casitas burguesas, de aristocráticas residencias veraniegas; de estilo suizo, inglés o alemán. Algunos buscan el refugio



Jardines y castillos raros construidos por los marineros internados en la Quiriquina



Una vista de la playa en que están instaladas las habitaciones para los oficiales del "Dresden", una usina eléctrica y al fondo los cuarteles para la marinería.

de la sombra de los pinares, otros trepan por los bosquecillos nativos de los cerros vecinos emergen de la verdura de los arrayanes o de los canelos, prestando al paisaje notas pintorescas y risueñas.

Mi compañero cuenta una anécdota curiosa que habla de los trastornos mentales que puede producir la inactividad y el aburrimiento en algunos cerebros. Se refiere a un marinero del "Dresden" uno de los pocos que no trabajaba durante sus momentos de ocio y que no había construido su "residencia de verano", el cual, un buen día, se apoderó de todas las gallinas de varias casitas y huyó con ellas a los cerros inhabitados de la isla. Se enviaron patrullas en su busca y no fué difícil encontrarlo en una especie de caverna, silencioso, hoscó como un salvaje, rodeado de sus aves, a las cuales había atado por una pata para que no escaparan.

Se le llevó al depósito, se le interrogó sobre la conducta. No respondió una palabra, mirando a sus jefes con ojos recelosos y burlaños. ¿Qué había pretendido con su fuga? ¿qué ideas cruzaron por su cerebro rústico y atormentado? ¡Imposible saberlo!

Llegamos por fin a los galpones en que

están albergados los marineros. Son vastos y no ofrecen otra particularidad y otra diferencia de las cuadras de nuestros cuarteles, que el perfecto orden que reina en ellos. Cada marinero parece tener orgullo en mostrar el orden y la limpieza más minuciosa en todo lo que le concierne.

Visitamos en seguida las salas de suboficiales, los cuartos de los aspirantes, las cocinas, los casinos y comedores, aseado, ordenado todo.

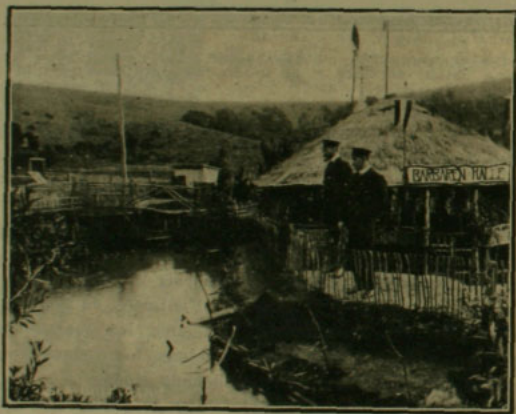
Por lo demás, los marineros no permanecen internados a su libre albedrío en el cuartel. Buena parte de la mañana y de la tarde deben dedicarla a ejercicios gimnásticos y militares, que aburren de sobra a los pobres recluidos, a fuerza de haberlos repetido hasta el cansancio durante los dos años que llevan ya de internación. Pero—me dicen los oficiales,—eso conserva la salud y la moralidad de la tropa.

Buena parte del tiempo la dedicamos a visitar los pequeños "chalets" de las vecindades—(hay no menos de cincuenta) y en algunos de ellos nos sentamos a descansar un momento, en los cómodos asientos del interior, tapizados de cojines. Alegren las paredes fotografías y recuerdos familiares.

Desde las pequeñas ventanas, por lo general sin vidrios se divisa el mar, eternamente solitario, inmenso, y siempre igual. Sobre sus ondas azules rueda el pensamiento de los pobre internados y van... ¿hacia dónde? Hacia su patria sufriente, sin duda, hasta sus hogares, hasta los campos de batalla, en donde sus hermanos, más afortunados que ellos, ofrecen su sangre sin

pensar en compensaciones! ¡Qué tristeza invade entonces el espíritu de los desterrados!

Pero se hace tarde. Regresamos al chalcito de los jefes y de allí al muelle en donde nos espera nuestra lancha, brincando sobre las olas, que en pocos momentos, al soplo de un fuerte viento norte, se han encrespado en forma alarmante....



Un lago artificial y construcciones liliputienses

El secreto de las plantas

He aquí uno de los más curiosos descubrimientos hechos recientemente en los secretos de la naturaleza. Mil veces ha surgido la cuestión de si las plantas tienen sensibilidad, si sufren como los seres animados, si experimentan sensaciones análogas a la alegría de vivir, o a las convulsiones de la muerte. Las plantas mismas nos van a responder y a comunicarnos sus secretos, merced a un sistema de investigaciones de lo más ingenioso en que nestros lectores encontrarán un aspecto interesantísimo de las maravillas que encierra la ciencia moderna.

Con ilustraciones fotográficas

La planta peor organizada apenas si se distingue esencialmente de un animal. La semejanza entre los dos reinos es sumamente estrecha aun entre las formas superiores. Todo órgano de percepción en el animal tiene en la planta algo que es su correspondiente. Si en la planta no hay ojos en realidad, hay hojas sensibles a la luz; si no hay piel ni sentido del tacto, hay un tejido vegetal que desempeña análogas funciones.

Una serie de investigaciones debidas al Profesor Jagadis Chunder Bose, de Calcuta, ha dado a este respecto revelaciones de una considerable importancia científica.

Las plantas revelan su secreto

En primer término, preocupóse el profesor Chunder Bose de inventar nuevos aparatos especiales, de una sensibilidad increíble. Como fácilmente se comprende, si se quieren descubrir los secretos de las plantas, hay que proporcionar a éstas los medios de que los revelen. A este propósito se sirve el profesor Bose de plumas ligerísimas, por medio de las cuales los lirios y las coles escriben, ellos mismos, sus impresiones.

Una vez pues

ta la planta en condiciones de expresarse, se ve evidentemente que responde a todas las excitaciones que producen la contracción de un músculo animal. Pinchad un tallo de coliflor con unas pinzas y usad un galvanómetro de espejo; un acusador de corrientes, que en este caso concreto, puede considerarse como suplente eléctrico del cerebro, hace mover un rayo de luz de varios pies sobre una pantalla, y muestra de esta manera cómo el tallo se encoge, se repliega al ser herido y luego vuelve a adoptar su posición normal.

Los aparatos que en estas investigaciones se emplean son mecánicos, ópticos y eléctricos.

Tomemos, por ejemplo, el registrador sonoro, quizá el más importante de todos como modelo. Un hilo de seda va desde una de las hojas de la planta a una pequeña palanca montada con todo el escrupuloso cuidado de las piezas de un reloj. Del medio de esta palanca descendiendo verticalmente un finísimo hilo metálico que se repliega en ángulo recto, de modo que su extremidad afilada quede en contacto con una placa de vidrio ahumado, pudiendo bajar uniformemente por un movimiento de relojería. Esa extremidad o punta es la que escribe; es una especie de lápiz. Por medio de un electro imán puede hacérsela vibrar un cierto número de veces





por segundo, con lo que va trazando en la placa de vidrio una serie de puntos. Cada punto marca un determinado intervalo de tiempo.

Ved ahora una experiencia del profesor Bose. So-

mete a la corriente eléctrica una hoja de mimosa y al mismo tiempo hace funcionar el aparato. La placa de vidrio ennegrecida con negro de humo, va descendiendo gradualmente; la extremidad doblada del hilo metálico choea con ella, merced a la influencia de las vibraciones eléctricas y va marcando en la placa ahumada una curiosa línea de puntos.

Son la contestación de la hoja de mimosa sometida a la corriente, la que reacciona y obra sobre la palanca por medio del hilo de seda.

La experiencia no dura más de cinco segundos.

Los puntos que forman la línea, demuestran que la planta comenzó a responder al choque de la corriente eléctrica en un décimo de segundo.

Contemos el número de puntos y veremos que la caída convulsiva de la hoja se ha realizado por completo en tres segundos. El carácter general de la curva indica cuán profundo ha sido el efecto de la repentina excitación.

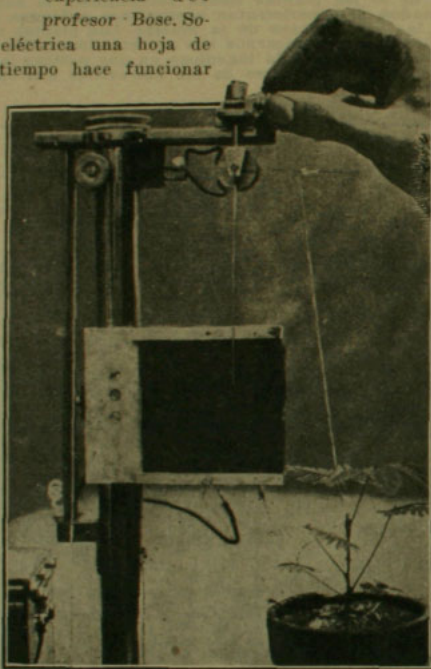
Con los delicadísimos aparatos inventados por el

profesor Bose, ha llegado este a demostrar que la vulgar clasificación de las plantas en sensitivas y no sensitivas, es absurda. Todas son sensibles, desde el el nabo plebeyo y el rábano testarudo hasta el aristocrático hellecho.

¿Tienen nervios las plantas?

Nadie puede levantar un peso o alzar los brazos más de un número determinado de veces. Pero después de un rato de descanso, se vuelve a estar tan fresco como antes de la primera prueba para comenzar de nuevo el ejercicio.

También la planta se fatiga con el ejercicio de sus funciones; también ella tiene necesidad de reposo. Y cuanto mayor ha sido la excitación, más imperiosa es esta necesidad. En manos del profesor Bose se conduce la mimosa como un caballo de pura sangre, rehacio, que haya sido espantado. Su excitación se traduce evidentemente por la curva trazada por sus hojitas temblorosas; de igual suerte que un



Se somete a la corriente eléctrica una hoja de mimosa

pura sangre espantado, la mimosa no se tranquiliza sino al cabo de un cuarto de hora.

La planta reacciona, así mismo, contra los intoxicantes. Cuando el profesor Bose somete una mimosa a la influencia del alcohol, no le administra el líquido, naturalmente, sino que la expone a la acción del vapor. Encerrada en una pequeña cámara, la mimosa absorbe el humo. El efecto es visible casi a simple vista. La planta se emborracha, evidentemente.

Claro que no puede tambalearse ni hacer zig-zags; pero puede manifestar, y lo manifiesta de hecho, su intoxicación por medio del registrador en una curva de embria-



guez. Una mimosa embriagada se conduce de tal modo, que no difiere esencialmente de un hombre borracho. La curva permite ver alternativas de exaltación y de una lastimosa depresión que parece casi repentina. Dejemos entrar el aire puro y veremos al punto la mimosa en estado de sobriedad.

No se podría exagerar la significación práctica de experiencias de este género con drogas y gases. En efecto, las investigaciones sobre la acción de los medicamentos se simplificarían en extremo si se pudiese comenzar por experiencias con las plantas. Una vez que este estudio hubiese llegado a su término, sabríamos cómo y cuándo deben suministrar se los medicamentos.

Para experimentar si las plantas tienen o no nervios, el profesor Bose ha tratado la mimosa con procedimientos diversos y aun contradictorios: inquietándola y resguardándola de toda excitación. Una la puso bajo un vaso, preservado de todo choque del exterior. Ahora bien, inmoviliza un brazo, pegándole al costado, y pronto perderá toda fuerza por falta de ejercicio. El biceps se ablandará y se debilitará. Pues exactamente igual sucede con la mimosa, puesta al resguardo de toda sacudida.

El profesor Bose la puso en comunicación con el aparato registrador y le dió una pluma para expresar sus sensaciones. El instrumento no registró nada; no dió contestación ninguna. La planta estaba paralizada.

Después agitó la planta. El efecto fué el mismo que el del ejercicio en un brazo que no ha tenido uso. La golpeó una y mil veces. Cada golpe era como una pregunta: "¿Sientes este golpe? ¿Y este?" Lentamente la planta fué recuperando su actividad perdida y al fin concluyó por escribir su respuesta en forma de una curva débil pero in-

teligible. Para evitar toda posibilidad de error, el profesor Bose ensayó los efectos de la temperatura. Calentó la planta y pudo constatar que, calentada, transmite una sacudida con más ligereza que a la temperatura ordinaria.

La puso después bajo la acción de una baja temperatura y quedó hasta tal punto embotada y adormecida, que no pudo escribir nada. Dejó caer sobre ella cianuro de potasio, uno de los venenos más terribles, y en cinco minutos había quedado eliminada toda impresión nerviosa.

Las plantas tienen nervios.

Y es también diversa su clase de nerviosidad.

Aun cuando sólo fuera esto lo que descubriera el profesor Bose, sería suficiente para labrarse una reputación eterna en los anales de la ciencia. Es

muy poco lo que sabemos sobre las parálisis en el cuerpo humano y, en la práctica, nada sabemos realmente de su origen. El sistema nervioso de los animales superiores es tan complicado, que se hace muy difícil comprender sus perturbaciones.

Pero si estudiamos la especie nerviosa más sencilla, y la más sencilla es la de las plantas, podemos esperar confiadamente que llegaremos a comprender qué es lo que sucede cuando una mano o un pie no pueden ponerse en movimiento.

Se siente latir su corazón

Es tan difícil, sino más, estudiar el corazón en acción, como estudiar las impulsiones nerviosas en el cuerpo humano. Para comprender a fondo la teoría de su acción es necesario





recurrir a alguna cosa, que sea mucho más sencilla en su estructura.

El fenómeno de la pulsación automática no es desconocido en el mundo vegetal. Conócese, por ejemplo, la planta telégrafo, muy común en la India Oriental. Sus hojitas se alzan y se bajan rítmicamente, como un corazón que late.

Los biólogos no podían comprender la significación de estas pulsaciones vegetales, porque no disponían de instrumentos registradores apropiados. Únicamente la excepcional ingeniosidad mecánica del profesor Bose, vino a sacarles del apuro. Este construyó un registrador verdaderamente asombroso. Sujeta a este aparato por un hilo de seda, la planta-telégrafo hace mil revelaciones. Su tejido pulsador presenta todas las características del tejido rítmico del corazón de los animales.

Detengámonos un momento en la significación de estas experiencias. Se nos ha dicho que los tejidos con pulsación automática sacan su energía del interior y que esta energía se denomina "fuerza vital". Si se detiene la pulsación en una hoja y se pone después en movimiento sencillamente, obrando sobre las fuerzas exteriores, es de todo punto absurdo tratar de explicar su actividad automática aparente por medio de una fuerza *interna*.

El profesor Bose propone una teoría nueva y más plausible, que explica todos los movimientos espontáneos tan sólo por la acción de fuerzas exteriores. La planta es juguete de diversos agentes: de la luz, la electricidad, el viento, la lluvia, y todas las fuerzas de la naturaleza. Como las corrientes, los medicamentos, los gases, empleados en los experimentos de los sabios, estas fuerzas naturales obran como excitantes. Hemos de imaginarnos las pequeñas moléculas de que están formadas las plantas, no solamente como depósitos de toda esta energía (tal como el agua recibida por un conducto), sino además, como depósitos de una energía mucho mayor de la que pueden recibir. Lo mismo que el agua, la energía excesiva, sobrando, se desborda, por decirlo así, y pro-

duce las pulsaciones, que parecían tan inexplicables. He aquí pues, la "fuerza vital" borrada del vocabulario de la biología.

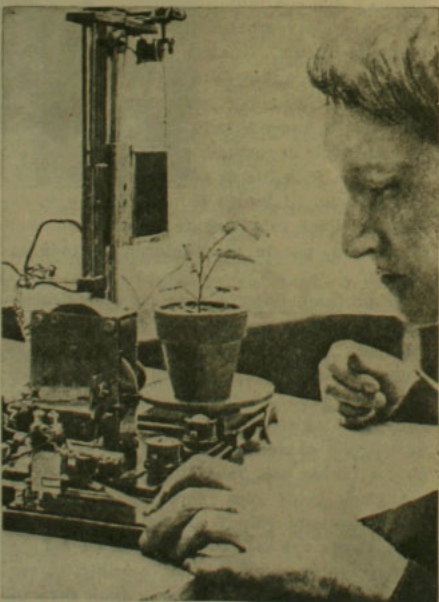
El fenómeno del crecimiento es otro ejemplo de la actividad automática. Jamás ha sido posible estudiarle en detalle, porque los cambios que en él se producen son demasiado lentos. La misma marcha del caracol, proverbial por su lentitud, es diez mil veces más rápida que la del desarrollo de una planta cualquiera. Sin embargo, con un aparato maravilloso el "crescógrafo" ha logrado el profesor Bose medir el crecimiento que se realiza en unos segundos.

En menos de un cuarto de hora, ha quedado dilucidada la acción de los abonos, de los alimentos y de diversos excitantes.

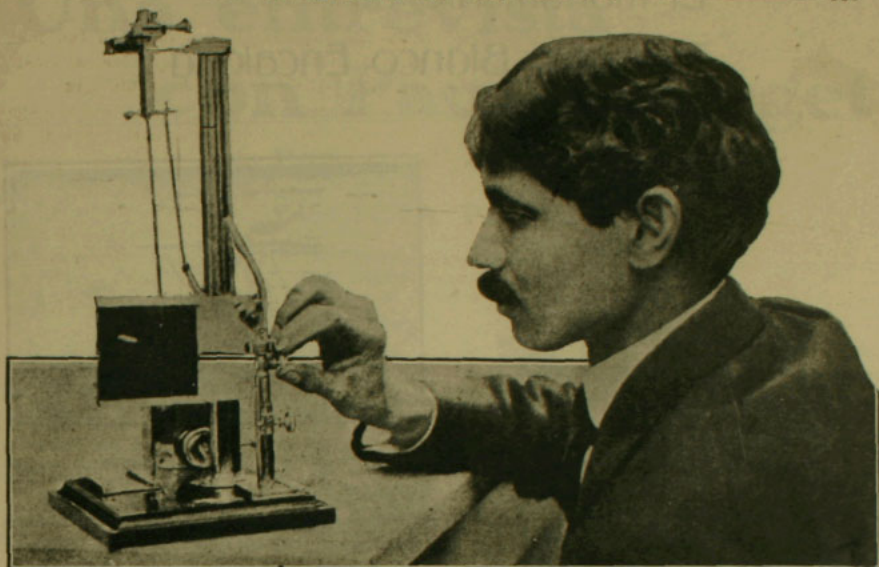
Las últimas convulsiones

Cuando cesa el crecimiento, comienza la descomposición, que termina finalmente con la muerte. Pero, ¿cuándo muere una planta? El profesor Bose es el primero que ha logrado determinar el momento preciso en que se extingue la chispa de vida que anima a una flor.

Pone una hoja en comunicación con la palanca del registrador, que ahora es un registrador oscilante en que la placa de vidrio



El profesor Bose somete la mimosa a diversos experimentos, al frío, al calor, la electricidad...



Las pulsaciones de la planta telégrafo muy común en la India, son análogas a las palpitaciones del corazón

ahumado se balancea en un movimiento de péndulo hacia la punta marcadora y al lado opuesto de esta. Pone la planta en un recipiente interior de agua, que va dentro de otro recipiente exterior, también lleno de agua.

No hacen falta perturbaciones mecánicas, nada que sacuda o agite la planta. Con infinidad de precauciones calienta el recipiente exterior.

La placa del registrador oscila rítmicamente hacia la palanca unida a la hoja, y en sentido contrario. Cada vez que la placa se pone en contacto con la punta, traza esta un punto en el negro de humo; esto se produce automáticamente, mientras la temperatura se va elevando por grados sucesivos. No hay más que contar los puntos para conocer la temperatura.

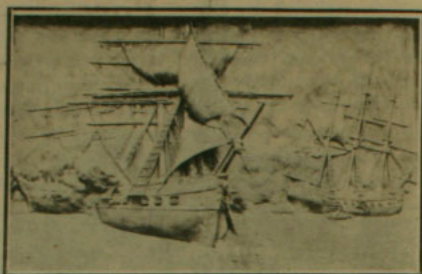
A medida que esta se eleva, la hoja (sea la misma hoja de mimosa) se levanta y se endereza. Obra sobre la palanca: la línea de puntos en la placa ahumada toma una dirección descendente, pues todo movimiento de elevación en la hoja se traduce por un movimiento de descenso de la punta marcadora. El agua del recipiente interior se va poniendo más y más caliente. La línea de puntos desciende más y más en la placa oscilante. Después sobreviene un fenómeno notable. Bruscamente la línea sube, se eleva. Es el espasmo de la muerte, la

última contestación. La planta indica 60° centígrados. Siempre a 60° se produce este espasmo de la muerte. El profesor Bose ha hecho experimentos con docenas de especies diferentes. En todas las especies de la naturaleza se producen igualmente fenómenos análogos a los que se producen en nosotros, y que pueden por lo tanto, ayudarnos a conocer mejor nuestra propia sensibilidad.

R.



El monumento al _____ Almirante Blanco Encalada



el prestigioso artista español y va a ser, en la capital porteña, un bello homenaje que el recuerdo de sus conciudadanos tributa a quien fué señor del mar.

La fundición de dicho monumento ha corrido a cargo del establecimiento de Tonti y Dilli, profesor el primero de la Escuela de Bellas Artes.

La noble y marcial figura del Almirante se destaca en el elegante relieve del monumento en toda su belleza del porte bizarro. Las alegorías complementarias contribuyen a realzar la belleza de la obra: son de un gusto severo y de una significación hermosa y altamente evocativa.

Ha realizado una bella obra el señor Coll y Pi en este monumento, que podrá colocarse, en adelante, entre las mejores obras suyas que han de perpetuar su nombre en el bronce de nuestros mejores recuerdos patrióticos.

En breve deberá ser inaugurado en Valparaíso el monumento al Almirante Blanco Encalada, hermosa obra del señor don Antonio Coll y Pi.

Esta obra ha sido ejecutada con amor por



Una entrevista con Paul Bourget

Por

FELICIA PASCAL

Con ilustraciones fotográficas

En la calle Barbet de Jouy entre el extremo de la aristocrática calle de Vareunes y la de Babilonia, en uno de los barrios más tranquilos y silenciosos de París está la mansión de Paul Bourget, donde hace años transcurre su vida de estudio, de trabajo y de meditación. En torno a su vivienda forman una vasta forma de recogimiento los amplios jardines de los palacios y conventos, singularmente el magnífico jardín del convento del Sagrado Corazón, amenazado siempre de salvaje repartición en parcelas.

Al retiro del ilustre escritor no llega el estruendo callejero ni los gritos de los vendedores ambulantes. Y si alguna vez retiembla el pavimento por el trepidante zumbido del motor de un automóvil o el rodar de algún carruajes, llegan estos rumores transitorios, desvanecidos y apagados, hasta el estudio delator de la Barriada.

Desde la entrada misma a este estudio, alto espacioso, se ahoga el rumor de los pasos entre la muelle y espesa blandura de una soberbia alfombra de Smyrna. De las cuatro paredes del salón dos desaparecen por completo tras los rimeros de estantes atestados de libros, folletos y revistas, en la chimenea chisporrotean y arden gruesos troncos, y sobre la campana representa un cuadro la "Adoración de los Magos".

A izquierda y derecha de la chimenea varios retratos, el de Taine, de quien Bourget ha sido siempre fiel discípulo, el de Bonald y el de Gobineau, el de Barbey d'Aureville un medallón de Balzac por David de Anger, regalado a Paul Bourget por Mlle. Read en reconocimiento de un magnífico artículo que este escribió a la muerte del autor de "La Comedia Humana".

En torno al escritorio Luis XVI reina por todas partes un bello desorden, montones de cuartillas, cartas, revistas, libros abiertos por

la página en que fué interrumpida su lectura, sillas dispersas por acá y por allá para dejar expedito el camino a las continuas idas y venidas del escritor que a cada paso necesita consultar una u otra obra.

Nada de teléfono ni de electricidad. En la casa de la calle Barbet de Jouy está en boga aún la lámpara de petróleo.

Al llegar el invierno, M. Paul Bourget emigra a Costebelle, cerca de Hyères a su finca "El Plantío". La quinta yace al pie de una montaña que la resguarda del mistral. Rodeándola extensos jardines escalonados en tres terrazas. Desde la tercera terraza, llamada la terraza Dupanlaup en memoria del famoso prelado que allí pasó grandes temporadas, se disfruta la vista más pintoresca y deliciosa por la isla de Oro y la bahía de Lavandou. Dilatados campos de rosas extienden en torno al Plantío su manto de perfumes.

El verano último, buscando un retiro tranquilo y propio para el ensueño, encontró Paul Bourget lo más indicado irse a instalar en Vésrallas. En ese cuadro majestuoso del gran siglo, éranle gratas al alma henchida de tradicionalismo las imágenes que se le representaban.

Del maestro de armas al repórter. — Las cortinas del elegante salón se levantan y aparece tras ellas M. Paul Bourget, que viene a nuestro encuentro. Viste amplia bata de lana color amarillo con cuello y bocamangas de seda granate. A pesar de que pasa ya de los cincuenta, no parece faltarle un solo cabello y en su bigote no se distingue una cana. Débese esta persistente juventud a su vigorosa constitución física en primer término y después al sistema de rigurosa higiene que siempre guardara. Al venir a recibirnos acababa de despedir a su maestro de armas, a menos que no fuese el



de box, pues Paul Bourget se entrega alternativamente cada mañana a uno de estos deportes.

Afable y cordial nos tiene la mano y aunque rehuye comunmente las entrevistas periodísticas, una de las más insufribles molestias de la vida moderna, se presta a nuestro interrogatorio con la mayor cortesía y agrado.

Muchos lectores de Paul Bourget al ver que en estos últimos años ha concentrado su actividad sobre el teatro, preguntanse si habrá tal vez renunciado a la novela precisamente en el momento en que llegaba a ser en ella uno de los grandes maestros. Esta fué la causa por la que yo pregunté desde luego:

—Desearía oír de Ud., mi querido maestro, por qué serie de circunstancias parece haberse Ud. transformado de novelista, como lo ha sido Ud. hasta hace poco, en autor dramático.

Cómo se hizo Paul Bourget autor dramático.—Debo confesar a Ud. ingenuamente, me

respondió, que esto ha sido una simple casualidad. Cierta día recibí del joven profesor M. Cury, un boceto teatral basado en mi novela "Un Divorcio", que acababa de aparecer. M. Cury me traía muy gratos recuerdos; su padre había sido profesor mío en la escuela preparatorio de Sainte Barbe, siendo yo niño y mi padre director del establecimiento. Bastaba esto para que yo leyese el bosquejo con sumo interés. Lo encontré ingenioso. Animé por tanto a M. Cury a escribir la pieza. Y la escribió. Con ella le mandé a Porel.

También Porel me trae a la memoria muy gratos recuerdos. Le veía constantemente, treinta años atrás en casa de Coppée, que tenía conmigo una amistad entrañable. Era la época en que él dirigía el Odeón y hacía escribir al poeta "Severo Torelli" y "Los Jacobinos".

Porel leyó el libreto y vino a verme para decirme: He leído la obrita. Es preciso rehacerla y yo la pondré en escena.

"Acababa yo de escribir mi novela "El

Emigrado". Parecióme que aquel nuevo trabajo sería para mí como un entretenimiento, y me puse a rehacer la obra en colaboración con M. Cury. Pero sucedió entonces que aquella labor del diálogo me interesó extraordinariamente. Ya lo había así experimentado con mi antiguo condiscípulo Henri Amie en otra obrita basada en una de mis novelas: "El lujo de los otros".

Apenas terminada la pieza "El Divorcio", llegó a mi casa Guitry una mañana con un

samiento de fatuidad) no una nueva fórmula dramática, sino un empleo de mi actividad un tanto diverso. Ocurrióseme pensar qué sería una pieza, no basada en una novela, sino ideada ya desde luego, bajo la forma teatral, y he aquí cómo resolví entonces escribir directamente para el teatro "La Barriada".

Un escritor que tuvo difíciles comienzos.—

Mientras con toda sencillez me refería su momentánea transformación de novelista en dramaturgo M. Paul Bourget había recordado sus tiempos de principiante. Tiempos difíciles que atestiguan

una grande energía y cuya historia me refirió por fragmentos el insigne maestro.

En el año 1873, en una institución que aún existe, la pensión Lelarge, una de cuyas puertas da al callejón



boceto de "El Emigrado", trazado por él mismo. La tentación de ver aquel protagonista de mi novela encarnado en la persona de tan admirable artista fué irresistible, y determiné componer el drama, esta vez, solo, sin colaboración de ninguno. Ud. sabe el éxito que ambos dramas alcanzaron. Parecióme por tanto entrever (y aquí M. Paul Bourget hace un gesto como deseando alejar todo pen-



Royer - Collard, encontrábanse entre el número de profesores, encargados de la ruda tarea de dar repaso de latín y griego a los suspensos del Bachillerato, los jóvenes.

Nada de vacaciones los meses de agosto y septiembre; pues al contrario estos eran los más atareados; clases todos los días, hasta los jueves. Pero en sus ratos de descanso, los días domingos se entregaban a tareas literarias, para las que ambos tenían igual pasión, que algún día debía darles la celebridad. Uno de estos jóvenes llamábase Fernando Brunetiere; el otro era Paul Bourget. Felices los estudiantes de Bachillerato que tales profesores tuvieron! Aunque, ¿supieron ellos apreciar tal fortuna?

En aquella época, lejana tuvo Bourget alguna relación con el teatro, por su calidad de crítico dramático. Yo se lo recordé.

—Efectivamente, me dice Paul Bourget, hice algo de crítica, mucho tiempo, há, en “El

Globo” y en “El Parlamento” allá por el año de 1879 a 1883. Pero le garantizo a Ud. que en aquella época no me interesaba lo más mínimo la forma dramática.

—Cuando mis condiciones de vida me permitieron trocar mi pluma de crítico semanal por la de ensayista y novelista en “La Nouvelle Revue” y en el “Journal des Debats” con qué placer dije adiós a los repasos generales y a las clases! Quiso sin embargo la ironía del destino que más tarde tuviese que volver a ellas..... Y tenía ya cincuenta años cuando esto sucedió.



Un literato puede ser un sabio. — Sus ensayos, querido maestro, fueron aquellos **Ensayos de Psicología Contemporánea**, un libro maestro por cuyo éxito algunos espíritus celosos hubieran querido aprisionarle para impedirle su carrera de novelista. Pero sus novelas consiguieron bien pronto al público, llamando la atención por su originalidad. ¿Cuál era al escribirlas su idea dominante?

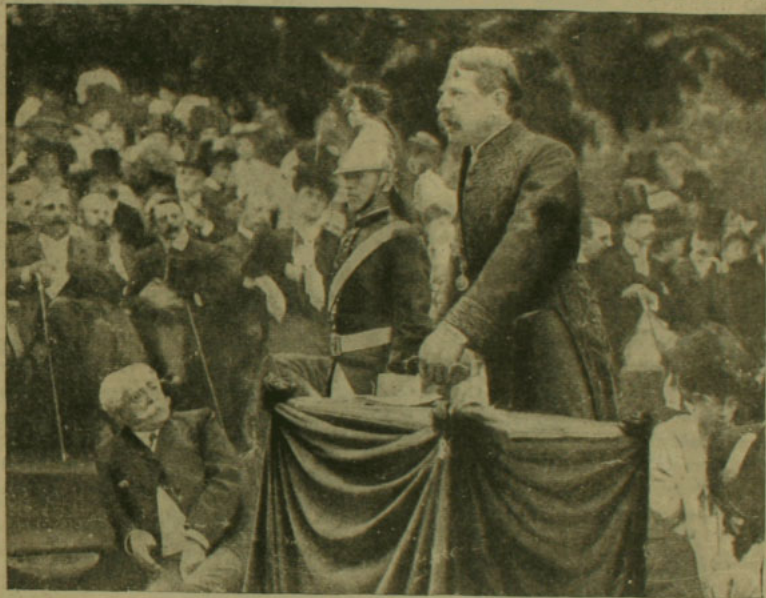


—Mi alma estaba ganada por las doctrinas que imperan en mi producción literaria: la introducción de la psicología científica en la literatura de imaginación. Taine, a quien consultaba asiduamente en esa época, no se cansaba de mostrarme en la novela el tipo artístico más favorable para mi intento.

Y en cuanto a mí, creía sinceramente en esos que yo he designado con un nombre que

deado por el entusiasmo, que poco a poco le emplee en el desarrollo de una fábula cualquiera tomada como ejemplo, habrá otro fábula que pueda servir de prueba contraria: de un caso particular no puede decirse nada general''.

Esa es la verdad. Un novelista describe los fenómenos por él observados, después emite una hipótesis por la que trata de sujetarlos a una ley psicológica individual o social.



se me ha reprochado: planchas de anatomía moral. Mi suprema ambición era la de grabar una.

Opino sin embargo que Taine exageraba el grado de exactitud a que debe llegar el novelista. Siempre haría, en una obra de imaginación una parte demasiado personal para que su valor documental pueda ser absolutamente genérico. Recuerde Ud. lo que dice Flaubert en el prefacio de "Las Últimas Canciones", de Luis Bouilhet. En él estableció terminantemente que ni la novela ni la obra teatral ha probado jamás

Su papel es análogo al de un clínico a la cabecera de un enfermo."

Las novelas del doctor Bourget.—Y caldeado por el entusiasmo que poco a poco le anima a medida que va insistiendo sobre el importante tributo de las ciencias médicas a la substancia del pensamiento, M. Paul Bourget se detiene delante de su biblioteca.

—He aquí dos volúmenes, me dice, empastados en negro. Ellos debieran ser, a mi modo de ver, como el breviario de todos, los escritores de observación. Vea Ud. el título: "Clinique de l'Hôtel-Dieu de Trous-

seau. ¿Cómo proceder ese maestro? Por descripción gráfica de tal o cual caso. Por ejemplo, la famosa lección sobre epilepsia en la que empieza así: "Señores, hemos tenido en este último tiempo, en el servicio de la clínica, muchos enfermos de epilepsia. Uno de ellos, un joven de 18 años, en la sala de Santa Inés..." Y nos le describe con las convulsiones de los músculos de la cara, limitados al lado izquierdo, con todos los más mínimos detalles.

Nos describe también otro enfermo, un americano. Nos muestra este moeetón alto y robusto, a quien llamaban el hombre azul, porque su piel habíase teñido de este color bajo la influencia del tratamiento con nitrato de plata. Nos le pinta dando de repente gritos furiosos, retorciéndose como una serpiente en convulsiones en las que se eleva sobre los hierros de la cama y perdiendo el conocimiento.

Después viene la descripción del ataque de un hombre de treinta y seis años.... Yo no he visto ni en Balzac, ni en Shakespeare escenas más trágicas que estas en las que Trousseau hace aparecer a nuestros ojos, este hombre que, de pronto, en medio de una conversación, se queda pálido, ceñudo, castañeteando los dientes, encendiéndosele después el rostro, y poniendo con fuerza las manos sobre su compañero, a quien antes, hablaba con él de la manera más dulce y tranquila del mundo. Después, pasado el acceso, despierta el enfermo, sin saber nada de los gritos que ha dado.

Estos cuadros son la obra de un artista. La del sabio consiste en su interpretación. Yo veo en este proceso la imagen misma de la novela y del arte dramático, tales como yo las concibo.

Y fíjese Ud. que Trousseau no es Claudio Bernard. No parte de alguna gran teoría de fisiología, para verificarla en tal o cual experimento. Parte de una observación brutal que la realidad le proporciona, que examina enteramente y dice después: "Esta es la hipótesis que yo propongo para explicar estos hechos" Esto es lo que hizo Balzac en toda su obra.

Esto es lo que han hecho, sin darse cuenta de ello, todos los dramaturgos y novelistas que hacen pensar. Esto es, según mi entender, el último escalón del arte literario.

Al escuchar a M. Bourget exponer así una teoría, que es el fundamento mismo de toda su obra literaria, me acordaba de que

muchas veces se le ha oído quejarse de no haberse hecho médico. Sabido es por otra parte que va de cuando en cuando a la clínica del Dr. Dieulafoy en Hôtel-Dieu, donde el eminente doctor lo recibe siempre con esta frase confraternal: "Oh, buenos días, doctor Bourget".

Un autor que no reconoce sus libros. — Es, pues, M. Bourget, novelista, un practicante de clínica. Réstanos verle en disposición de escribir. Preguntámosle de qué modo construye, cómo compone una novela.

una novela se compone en mí. Llevo escritos una novela se compone en mí. He escrito cuarenta volúmenes. Pues bien, estoy en la más absoluta imposibilidad de decirle de qué manera se han producido.

"Lo que yo puedo aportar, por mi modesta parte, a la vasta investigación hecha por la ciencia sobre los procedimientos de composición de los escritores, es que mi espíritu crítico me abandona por completo siempre que trabajo en una obra de imaginación. El desdoblamiento entre el hombre que reflexiona, razona, compara, teoriza y el hombre que crea es en mí absoluto.

Comprenderá Ud. este singular fenómeno cuando yo le diga esta verdad incontrastable por extraña que le parezca: yo no me reconozco el autor de mis libros cuando por una casualidad me ocurre que vuelvo a leerlos. Puedo aplicarme a la letra aquellos dos versos tan extraños, de Musset, sobre una vieja pasión:

"Et quand j'e passe aux lieux où j'ai risqué
[ma vie]
"Je crois voir à ma place un visage étranger"

Otra señal de este mismo fenómeno hay en la carta de Jorge Sand a Gustavo Flaubert, donde dice: "La Condesa de Rudolstadt.... pero es que soy yo?

—El desdoblamiento, llegado a tal extremo, es cosa en efecto muy curiosa. Por lo tanto, un psicólogo tan sutil y preciso como Ud. es, no puede menos de haber sometido al análisis su propio trabajo de artista. Y qué método emplea Ud. para llevar a la realidad la idea de una novela u obra dramática?

El sujeto toma forma, los personajes cuerpo.—Poco más o menos el que emplea el jardinero que quiere hacer germinar una semilla, y al efecto la cubre de tierra. Tomemos por ejemplo "La Etapa", que es de todas mis novelas la que me parece menos defectuosa.

Hubo desde luego un día en que el germen sencillo de este libro cayó en mi espíritu.

Este germen es el sujeto de la novela.

Este sujeto o argumento es la historia de una familia que pasa repentinamente de una clase social a otras. Hay ahí un fenómeno social que yo he empezado por ver bajo la forma de múltiples ex-



periencias. En ese momento me doy cuenta, por ejemplo, de que la historia del hijo de uno de mis profesores, que ha robado, la de la hija de otro, que ha dado un mal paso, me han convencido de que algunos funcionarios, muy honorables de por sí, son incapaces de constituir un hogar debidamente.

Me acuerdo aún que me conmovieron mucho los sufrimientos de un compañero, cuyo padre era un hombre demasiado vulgar, y enriquecido. Me acuerdo de mis conversaciones con Julio Valles, con León Cladel, quienes me mostraron la dificultad que tienen ciertos individuos en exceso rústicos para adaptarse a otras costumbres.



Podría agregar a esto innumerables reflexiones a propósito de hechos y acontecimientos diversos. Tenía por consiguiente una enorme cantidad de experiencias cuyo fondo era lo que yo llamo el germen, es decir el tema o sujeto de la novela.

Una vez percibido el tema, mi trabajo estriba en primer término en darle vida y concretarlo. La historia de una familia que pasa repentinamente de una clase a otra. Bien, pero qué familia? Qué clase?

Comienza entonces para mí el trabajo de aportar la tierra que debe fecundar el germen y que consiste en adquirir documentos y documentos. Y van apareciéndose mis personajes a los que voy dando toda la precisión de detalles que me es posible, llegando a considerarles no ya como personajes del drama que pretendo escribir, sino en sí mismos, en la realidad.

Me los represento



Algunos intérpretes de las obras de Bourguet: Mlle. Cerny; M. Gauthier; Mme. Hadang; Mlle. Carón.

en su cotidiana existencia ordinaria, en su niñez, en su adolescencia, en su edad madura, en su mismo porvenir, del que no he de contar nada. Al cabo de un tiempo más o menos largo mi trabajo se convierte en semi-alucinación. Y entonces es cuando ya me pongo a escribir. La historia de esas personas no es para mí arbitraria. Es tan obligada como si realmente hubiese sucedido. Ya no soy yo el que la refiero. Es ella la que se refiere en mí. Mas como quiera que está solamente constituida por hechos posibles, probables, verídicos, es para mí una materia sobre la que hago una interpretación filosófica, del mismo modo que Trousseau daba sobre sus enfermos una interpretación médica. Tal es en cuanto yo soy consciente de mí mismo, mi procedimiento elaborativo.

Un fenómeno de alucinación.—Me ha chocado este término que M. Bourget empleara en su relación: una semi-alucinación. Y no he ocultado mi extrañeza. Todos los grandes creadores han tenido esta especie de ilusión que los hace tomar las cosas imaginarias por cosas reales. El la sintió primeramente al leer los libros de otros:

“Tendría yo 16 años, nos decía en una ocasión, y había pasado la tarde de un día de vacaciones en leer, en la Biblioteca Cordinal, “El Padre Goriot” de Balzac. Quedé con la lectura en un estado tal de exaltación, que iba andando por la calle, vacilante, como un borracho.”

Posteriormente la sintió con sus mismos personajes. Hallábame yo una mañana de visita en su casa, en momentos que él trabajaba en su obra “El Emigrado”. Tuvo a bien leerme una de las escenas donde el Marqués de Clapiers-Grandchamp exhala sus más amargas y dolorosas quejas. Y de repente la voz de M. Paul Bourget se altera, las lágrimas humedecen sus ojos.

—Discúlpeme Ud., pero ¿qué quiere? me dijo. Este hombre me conmueve, lo quiero, representa para mí toda la vieja Francia que adoro. Ha guerreado en tiempos de la Liga; ha servido bajo las órdenes de Condé y de Luxembourg; ha corrido a la carga en Fontenoy en la Casa Real; ha sido ultrajado con Luis XVI el 20 de Junio por la canalla, y guillotinado con él. Ha sido el campeón de una idea magníficamente sostenida por él y sin esperanza; ha sido arrancado de su paterno retiro sin tener a donde refugiarse. Por eso

no puedo menos de compenetrarme con sus sufrimientos y conmovirme.”

Obra el teatro sobre las costumbres.—Al pasar de la novela al teatro, no ha cambiado M. Paul Bourget ni las concepciones generales ni los procedimientos esenciales en literatura. Al preguntarle cuál es el género teatral por él preferido, adivino la respuesta:

“Todas mis preferencias son para las obras de ideas. Y, no es lo mismo que decir piezas de tesis, fijese bien. El autor expone los hechos y trata de explicarlos, pero no pretende demostrar nada.

—Hace pensar y no es poco... Y opina Ud. que en estas piezas así concebidas ejerce el escritor teatral alguna influencia moral?

—Sí lo creo. Pero en esto hay también que precisar. No digamos que según la vieja fórmula, el arte teatral “corrige las costumbres”. Su misión legítima en las ciencias sociales me parece que es llamar la atención de los lectores sobre los fenómenos que se verifican en ellos mismos. Nosotros les damos la clave para descifrar los enigmas de la vida. Nuestra influencia no va más allá, pero desde este punto de vista nuestra misión es de moralistas. Contribuimos a modificar las costumbres que pintamos, haciendo comprender las causas. He aquí lo que yo quiero decir con mi frase: “literatura de ideas.”

El arte de documentarse sobre la realidad.—No vaya a creerse que cuidadoso de las ideas M. Bourget descuida los hechos. Discípulo de Taine, puede decirse que durante toda su vida de escritor no ha cesado de investigar en la sociedad contemporánea. Desde luego sus primeras novelas están observadas y basadas en el brillante ambiente en que viviera. Frecuentó al efecto el gran mundo, el verdadero gran mundo parisién. No cabe duda que este le ha seducido y que ha buceado en él. Pero particularmente parece haber gustado esa impresión melancólica de “La Imitación”: “Jamás he andado en medio de los hombres sin haber salido menos hombre.” Y es muy cierto que sin rehuirlos sistemáticamente, M. Paul Bourget se retrae del mundo cuanto puede.

Se sabe que es un charlador encantador, por la abundancia inagotable de anécdotas que él cuenta con un tacto insuperable, y seguro del efecto, y por la espiritualidad que sabe poner en ellas.

Pero si es un envidiable causeur, M. Paul Bourget es acaso más ingenioso aún para ha-



Paul Bourguet en su sala de trabajo.

cer hablar a los demás. Y sabe, como ninguno, hacerse referir de punta a cabo todas esas aventuras parisienses que son un secreto, conocido solo por un estrecho círculo de iniciados. Si alguna vez escribiera sus "Memorias" nos dejaría M. Paul Bourget el más precioso tesoro para la historia de su tiempo. La escrupulosidad en la exactitud de sus informaciones la lleva Bourget hasta el detalle. Así en su novela "El Emigrado" en la que tuvo que acudir a los fenómenos de delirio onírico que acompañan la fiebre palúdica, no se conformó con las indicaciones de los libros de medicina. Tubo la suerte de ver en la facultad a un enfermo que venía de una exploración a través del Africa Central y en él estudió minuciosamente el caso, con sus síntomas y fenómenos patológicos.

Igual cosa ocurrió cuando tuvo que escribir la escena de los oficiales que discuten sus obligaciones en caso de inventario. M. Bourget encontré un domingo almorzando con un capitán de dragones de paso por París.

Habló con él de inventario, de disciplina militar.

—Podría Ud. disponer de esta tarde? preguntó al oficial M. Bourget.

—Sí, contestó éste.

—Querría Ud. venir a pasarla a mi casa?

—Con mucho gusto.

Y representamos la escena los dos, contaba M. Paul Bourget, aquí, en este mismo gabinete, como si ambos hubiésemos sido destinados de servicio al siguiente día, de mañana, para Hugueville.

Páginas enteras podrían escribirse sobre la documentación que adquirió M. Paul Bourget para "La Barricada", tanto sobre el carácter profesional de los operarios de ebanistería artística como sobre la terminología peculiar del oficio y de su cultura profesional. En su obra quiso el autor conservar en toda su espontaneidad el lenguaje del obrero con sus defectos de construcción y sus incorrecciones. A pesar de eso no abusa del argot, porque según una de sus más justas observaciones, si los obreros salpican su lenguaje de términos de argot, no es este su único vocabulario.

Para darse mejor cuenta de la manera de pronunciar y cortar las frases de la gente

del pueblo, ha seguido M. Bourget a los transeúntes por la calle, atento el oído a lo que le interesaba... Su memoria es de un poder retentivo tan extraordinario que podría reconstruir, casi textualmente, conversaciones enteras sorprendidas así al azar.

El auto: se representa la obra a sí mismo.—Toda esta documentación auténtica recopilada, no es todavía suficiente para que los hechos tomen vida real en su presencia.

Yendo de aquí para allá en su gabinete de trabajo, repasa su obra escena por escena, hace las entradas, los pasos y los saludos, modula los diversos tonos, elocuencia en la discusión de ideas, tono alto y autoritario, ardor pasional y explosiones de furor; hace todas las gamas del sentimiento y todas las variaciones requeridas... Y se interrumpe, se recuesta sobre un diván, se deja caer sobre un sillón; discute, reduce el pensamiento a su más simple expresión; lo desnuda, cual si se tratase de una operación anatómica, de todo lo que no es la circunstancia escrita; hace lo que él denomina un "esquema frío". Recurre a teorías del oficio sobre el objeto de su investigación. Como "La Barricada" es un drama sentimental y un drama

social, de amor y de ideas en conflicto, compárase mentalmente a un tejedor y dice: Veán Uds: aquí tenemos un hilo azul y un hilo rojo. Hilo azul: el amor. Hilo rojo: el conflicto social. Es preciso que en cada escena, en cada personaje el hilo azul y el hilo rojo se entremezclen y formen un



Mme. Yvonne de Bray, la artista que ha representado más papeles en las obras de Bourguet.

conjunto armónico. Vamos a ver. Ensayemos!"

"Una pieza, se interrumpe de repente, es una pantomima ante todo. Está sometida a un ritmo general de movimientos y de gestos que es necesario no perder de vista..."

Y vuelve de nuevo al texto con el que, poco a poco, se anima, se entusiasma hasta accionar y declamar como si realmente estuviese en escena. Y viene de pronto una expresión exacta, un término propio que se escapada y que él busca hasta recurrir al diccionario o a una página de algún libro que él recuerda. Después, a fin de mantenerse en el justo tono, viene un nuevo período de reflexión.

Cada escena debe ser construida de tal forma que sea hasta cierto punto un todo en sí, pero ligada estrechamente al resto de la obra. Debe tener, un poco más que la anterior, la emoción amorosa unida al desenvolvimiento del conflicto social. Hilo azul, hilo rojo... Decíamos? ¿Dónde estábamos?

Una mesita.—Me permitirá Ud., maestro una última pregunta:

¿Dónde trabaja Ud. con más gusto?

—Poco ha de interesar al público este detalle.

—Por el contrario, yo lo creo curiosísimo.

—Puesto que Ud. lo cree... Yo trabajo en todas partes. He escrito **Un Divorcio**, en mi casa de París; **La Etapa**, en Costabella; **El Emigrado**, en Versalles; **Cosmópolis**, en

Siena; **El Discípulo**, en París; **Andrés Cornelis**, en España. El escritorio de mi casa, una casa de campo, una habitación amoblada, todo me es igual, todo me agrada con tal que en el momento que la alucinación se produce, tenga a mi disposición una mesita, pluma, papel y tinta. Cuando la alucinación no llega, lo que sucede a veces años enteros, no hay condición ninguna por favorable que ella sea, que me pueda hacer escribir una línea.

—En la ejecución de su obra teatral ha debido haber para Ud. un elemento completamente nuevo!

—Dos querrá Ud. decir, los ensayos y la misma representación. El segundo me es enteramente desagradable. No tengo necesidad de explicarle el por qué. Es esa horrible ansiedad, esa incertidumbre en que se está mientras se decide la suerte de la obra. La obra ya no es de uno propio. Es de los acto-

res, es del público. Se juega delante de uno una partida en la que nada se puede ya hacer para variar el resultado. Pero en fin, esto no es más que un momento, que se soporta al cabo, cuando se tiene la energía suficiente para repetirse la hermosa frase de un prefacio de Víctor Hugo: "Ya me corregiré en otra obra."

En desquite, nada más interesante que la labor de los ensayos, cuando se hace con actores inteligentes, como los que yo he tenido que tratar, y con maestros de la escena del mérito de Porel y de Guitry.

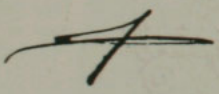
Habíamos terminado nuestro cometido. M. Paul Bourget nos acompaña galantemente hasta la escalera. Nos despedimos del glorioso autor de "La Barricada" y le agradecemos su amabilidad exquisita al informarnos tan detalladamente de sus ideas y sus procedimientos de trabajo.



Un autógrafo de Ruben Dario

Para el retrato de Campoamor

Este del cabello cano
como la piel de un armijo
juntó su candor de niño
con su experiencia de anciano
Cuando se tiene en la mano
un libro de tal varón,
abeja en cada expresión
que volando del papel
deja en los labios la miel
y pica en el corazón



En la noche del 26 de noviembre de 1887, hallándonos reunidos Rubén Darío, Pedrito Balmaceda, Manuel Rodríguez Mendoza y yo, la curiosidad (que hacía tiempo me comía la lengua cuando yo observaba el movimiento de los labios de aquél, sin oír que hablara, y que hasta ese momento supe dominar), me arrancó la pregunta:

—¿Qué murmura, Rubén? ¿está rezando?

A lo que él respondió:

—“No es eso sino Campoamor:

“Me ha dicho mi madrina
que besar a mi primo es un pecado;
y mi primo ha jurado
que él me ha de besar, pese a quien pese,
pues cree que a mí me gusta que me bese”.

Guardó silencio; yo abrí un mueble para renovar algún servicio; Pedrito y Manuel

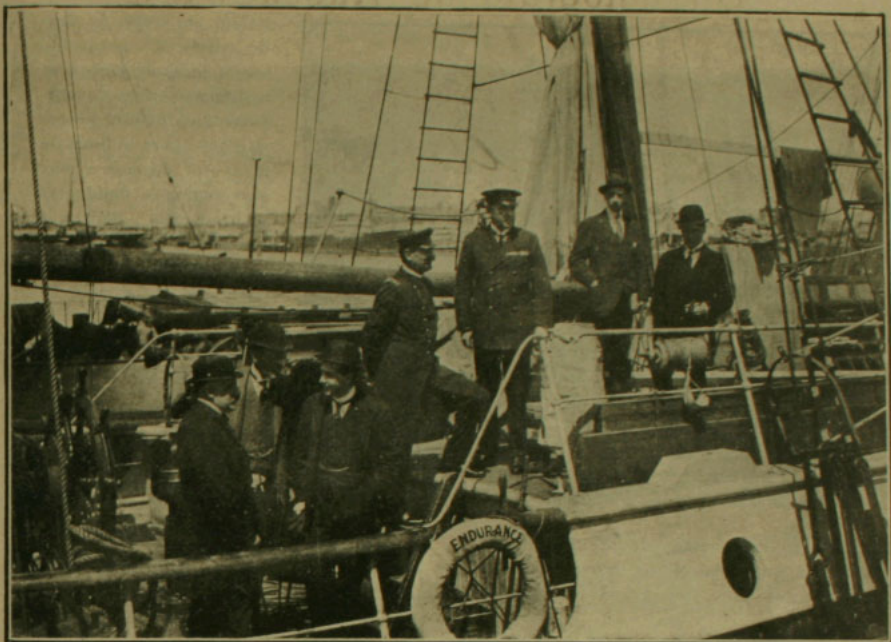
hojeaban un volumen de Revilla. El poeta cogió la pluma, escribió unas pocas líneas y me pasó el papel que conservo entre los originales de *Abrojos*. Había escrito “Ante el retrato de Campoamor...” Hay enmendados “Ante” y “el”.

La estrofa decía así:

Este del cabello cano
como la piel de un armijo,
juntó su candor de niño
con su experiencia de anciano.

Cuando se tiene en la mano
un libro de tal varón,
abeja es cada expresión
que volando del papel
deja en los labios la miel
y pica en el corazón.

SAMUEL OSSA BORNE



De izquierda a derecha: Ministro de Marina, contralmirante Saenz Valiente; Ministro de Inglaterra, Sir Reginald Tower; Ministro de Relaciones Exteriores, Dr. José Luis Murature; capitán de navío, Malbrán; Sir Ernesto Shackleton, José A. del Campo, Jorge Cabrera Arroyo, Jorge Igual

CON SIR ERNESTO SHACKLETON

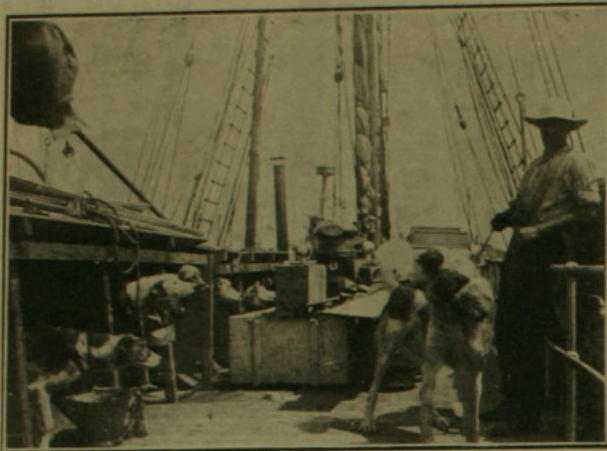
Por _____

JORGE IGUAL

Con ilustraciones fotográficas

El nombre de Sir Ernesto Shackleton en los anales de la "Scientific Exploration" ha adquirido, como dijera Soiza Reilly del malogrado Newbery, el valor de un adjetivo. Empedernido escudriñador de los secretos de la árida tristeza de las regiones antárticas, sitios donde los peores desastres han devorado vidas valiosas y ambientes heroicos. Sin conocer los estremecimientos del miedo ni reparar en la acritud del obstáculo, des-

pojado de la propia precaución personal, como quien está investido de una misión que llenar, ha dedicado sus energías a enriquecer con sus descubrimientos las investigaciones de la ciencia, esa avara insaciable para la cual todos los sacrificios y todas las altezas resultan siempre insuficientes. Y este anhelo de contribuir a la conquista de lo desconocido, y aquella infatigable virilidad con que ha acometido tan difícil tarea,



Los futuros exploradores caninos del desierto antártico

le han abierto las puertas de la gloria reservada a los que como él no saben de los desfallecimientos ante las grandes empresas.

Sir Ernesto Shackleton frisa en los cuarenta y dos años, pero apenas representa unos treinta y cinco. Macizo, de regular estatura y con rostro de fresca de adolescente, diríase un aristócrata cultivado en el invernadero de los salones antes que un experto marino británico explorador de polos. Solamente sabe decir en español ¡adiós! Como la generalidad de los compatriotas de su alcurnia tiene rasurada la cara. Y deja adivinar en sus actitudes una naturaleza nerviosa reprimida por una educación irreprochable. Teniente de navío de la flota inglesa, tiene predilección por la vida de a bordo, e hijo del país en que "time is money" odia la inanidad, trágica madre de toda miseria física y moral.

Hizo su primera expedición al continente antártico como segundo de su extinto colega y amigo el capitán Scott de 1901 a 1903. Luego

volvió por 1909, y, desde entonces, enardecido por el deseo de superarse a sí mismo en esas excursiones, se forjó el propósito que ahora le lleva de atravesar de mar a mar esas regiones, donde las inclemencias múltiples son un enemigo formidable al cual hay que combatir con resistencia titánica.

Asequible a complacer nuestra curiosidad y resignándose, por decirlo así, a que extrajáramos de la realidad de las cosas que han de utilizarse en la exploración la magnitud del valor

de su proyecto, nos invita al barco que ha de conducirlo, cuya fragilidad hace pensar en aquellas enclenques carabelas en que se descubriera el mundo americano.

Es, pues, a bordo del "Endurance" donde nos recibe a las diez y media de la mañana, cuando los ministros de Relaciones y Marina de la República Argentina, acompañados del Plenipotenciario inglés, escudriñan detalle por detalle las fuerzas de esa expedición próxima a aventurarse hacia el silencio de las vastas regiones polares, en



Faenas de la marinería del "Endurance"

un incierto esfuerzo particularmente enconmiable.

Es verdad sólo palpándose el raquitismo de esta nave atestada de elementos heterogéneos puede uno apreciar el alma enérgica y recia de Sir Ernesto Shackleton, Caballero de la Legión de Honor, miembro distinguido de la nobleza británica, y notable aventurero científico agraciado con las condecoraciones de la "Royal Victoria Orden" y del "Polo Medal" y con el premio de la corona de Italia, Dinamarca, Suecia, Noruega, etc., así como únicamente, también de esta manera, puede valorizarse la vigorosa osadía de sus compañeros, entre los cuales hay algunos aclimatados a las intemperies de esos parajes entumecedores.

El "Endurance" semeja una amplia galera de madera de tiempos inmemoriales, modernizada por un motor que parece esconderse entre los fardos, avergonzado del poderío de las grandes maquinarias de los trasatlánticos vecinos. Sobre cubierta, en casillas simétricamente distribuidas como para



El capitán del "Endurance" acompañado de algunos visitantes.

economizar espacio, setenta perros alaskenos y australianos de todos colores y razas, ignorantes de lo que se les espera, con impaciencia manifiesta claman por verse libres de esa como prisión en que se encuentran amarrados. Aquí los sacos de galletas y de víveres en general interceptan el paso. Más allá un trineo-aeroplano de 50 H.P., dentro del cual un gato morisco toma un baño de sol, levántase sobre una pirámide de cajones con herramientas y objetos de primera necesidad. A proa un cinematógrafo comienza ya a impresionar las películas que

han de perdurar las peripecias de los expedicionarios, mientras abajo nótese el ajetreo de los oficiales que hacen trabajar la gente ultimando preparativos para la partida.

Es todo un espectáculo que concede a la imaginación el derecho de creerse en presencia de un suceso casi único, porque convengamos en que en todo este conjunto de detalles reverbera el entusiasmo heroico de una voluntad decidida a arrancar a los confines de la tierra secretos ocultos con perseverante



El trineo aeroplano que ha de prestar importantísimos servicios a la expedición



Los futuros exploradores caninos del desierto antártico

le han abierto las puertas de la gloria reservada a los que como él no saben de los desfallecimientos ante las grandes empresas.

Sir Ernesto Shackleton frisa en los cuarenta y dos años, pero apenas representa unos treinta y cinco. Macizo, de regular estatura y con rostro de freseura de adolescente, diríase un aristócrata cultivado en el invernadero de los salones antes que un experto marino británico explorador de polos. Solamente sabe decir en español ¡adiós! Como la generalidad de los compatriotas de su alcurnia tiene rasurada la cara. Y deja adivinar en sus actitudes una naturaleza nerviosa reprimida por una educación irreprochable. Teniente de navío de la flota inglesa, tiene predilección por la vida de a bordo, e hijo del país en que "time is money" odia la inanidad, trágica madre de toda miseria física y moral.

Hizo su primera expedición al continente antártico como segundo de su extinto colega y amigo el capitán Scott de 1901 a 1903. Luego

volvió por 1909, y, desde entonces, enardecido por el deseo de superarse a sí mismo en esas excursiones, se forjó el propósito que ahora le lleva de atravesar de mar a mar esas regiones, donde las inclemencias múltiples son un enemigo formidable al cual hay que combatir con resistencia titánica.

Asequible a complacer nuestra curiosidad y resignándose, por decirlo así, a que extrajéramos de la realidad de las cosas que han de utilizarse en la exploración la magnitud del valor

de su proyecto, nos invita al barco que ha de conducirlo, cuya fragilidad hace pensar en aquellas enclenques carabelas en que se descubriera el mundo americano.

Es, pues, a bordo del "Endurance" donde nos recibe a las diez y media de la mañana, cuando los ministros de Relaciones y Marina de la República Argentina, acompañados del Plenipotenciario inglés, escudriñan detalle por detalle las fuerzas de esa expedición próxima a aventurarse hacia el silencio de las vastas regiones polares, en



Faenas de la marinería del "Endurance"

un incierto esfuerzo particularmente encomiable.

Es verdad sólo palpándose el raquitismo de esta nave atestada de elementos heterogéneos puede uno apreciar el alma enérgica y recia de Sir Ernesto Shackleton, Caballero de la Legión de Honor, miembro distinguido de la nobleza británica, y notable aventurero científico agraciado con las condecoraciones de la "Royal Victoria Orden" y del "Polo Medal" y con el premio de la corona de Italia, Dinamarca, Suecia, Noruega, etc., así como únicamente, también de esta manera, puede valorizarse la vigorosa osadía de sus compañeros, entre los cuales hay algunos aclimatados a las intemperies de esos parajes entumecedores.

El "Endurance" semeja una amplia galera de madera de tiempos inmemoriales, modernizada por un motor que parece esconderse entre los fardos, avergonzado del poderío de las grandes maquinarias de los trasatlánticos vecinos. Sobre cubierta, en casillas simétricamente distribuidas como para



El capitán del "Endurance" acompañado de algunos visitantes.

economizar espacio, setenta perros alaskesños y australianos de todos colores y razas, ignorantes de lo que se les espera, con impaciencia manifiesta claman por verse libres de esa como prisión en que se encuentran amarrados. Aquí los sacos de galletas y de víveres en general interceptan el paso. Más allá un trineo-aeroplano de 50 H.P., dentro del cual un gato morisco toma un baño de sol, levántase sobre una pirámide de cajones con herramientas y objetos de primera necesidad. A proa un cinematógrafo comienza ya a impresionar las películas que

han de perdurar las peripecias de los expedicionarios, mientras abajo nótase el ajeteo de los oficiales que hacen trabajar la gente ultimando preparativos para la partida.

Es todo un espectáculo que concede a la imaginación el derecho de creerse en presencia de un suceso casi único, porque convengamos en que en todo este conjunto de detalles reverbera el entusiasmo heroico de una voluntad decidida a arrancar a los confines de la tierra secretos ocultos con perseverante



El trineo aeroplano que ha de prestar importantísimos servicios a la expedición



Sir Ernest Shackleton

avaricia. Otra de las cosas que sorprenden también, es la contextura atlética de cada uno de esos treinta y dos hombres de la tripulación que hacen gala de una alegría y de una satisfacción poco comunes, cual si se tratara de ir a la conquista definitiva de la fortuna y de las comodidades. Rudos seres avezados a la hostilidad de los mares, viejos batalladores con las asperezas de la vida, esperan esa nueva aventura de dos años con la ilimitada confianza de quien no cree ser vencido por las circunstancias.

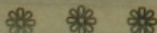
Es, pues, la organización de la expedición Shackleton realmente superior. En ella se ha invertido ya casi el total de las sesenta mil libras dotadas entre el Gobierno británico y algunos particulares admiradores de esta clase de excursiones científico-transcendentales. Minuciosamente consultadas las posibles necesidades de los expedicionarios, se han acumulado aquellos elementos que la experiencia señala como indispensables o que el instinto de conservación adivina como útiles para tales latitudes. Calculados veintiseis meses de viaje hanse prevenido los zarpazos del hambre y las ferezas del tiempo, implacables salteadores que han de

asecharlos durante toda la travesía. Y, perfectamente determinada la labor exploratriz que debe desarrollarse, todo está con inteligencia preparado para coronar con la victoria el altísimo propósito perseguido.

Y esta prolijidad, denunciadora de los profundos conocimientos del explorador, descubre las proyecciones que tendrá en esta oportunidad el estudio analítico de los trechos polares hasta donde no ha llegado aún la presencia del hombre. Así lo ha comprendido su misma Majestad Británica quien al agradecer a Sir Ernesto Shackleton el ofrecimiento de partir a la guerra con toda su gente en el término de una hora si era necesario, le contestó la importancia que asignara Inglaterra a las investigaciones de esta expedición, inmensamente más provechosa en esa tarea que ofrendándose con acrisolado patriotismo para la trágica brutalidad de un campo de batalla... Admirable gesto de nobleza que honra tanto a Jorge V como al súbdito ilustre, listo a inmolarse sus anhelos y sus aspiraciones en aras de su país.



Un viejo visitador de las regiones polares, Tom Crean, sub-oficial del "Endurance", premiado por el Rey de Inglaterra con la "Albert Medal" por haber salvado la vida del comandante Evans, durante la expedición del desgraciado capitán Scott.



Carranza y el Nuevo Méjico

Por _____
ANTONIO MANERO

Con ilustraciones fotográficas

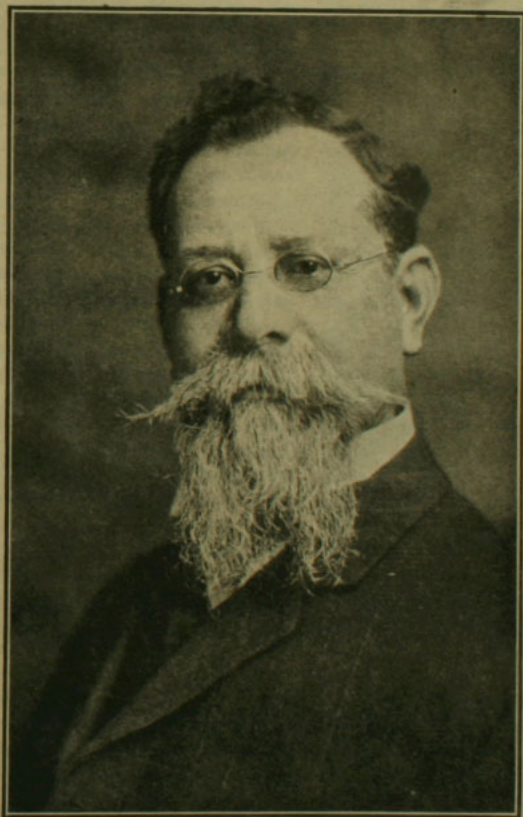
Dos son las tesis que se disputan desde largos siglos el juicio sobre los grandes hombres que han dirigido o formado los pueblos. La una hace radicar la personalidad con todos sus atributos en la individualidad del héroe; la otra, opuesta, estima al héroe como un producto de fuerzas externas a su individualidad y hace radicar en el conjunto social la génesis de todas sus manifestaciones personales. En realidad, y la ciencia moderna así lo asegura, el héroe es producto del medio social en cuanto a las fuerzas que impulsan su conducto, tanto como es producto de las fuerzas ingénitas en su organización individual y de las virtudes que constituyen su espíritu.

La libertad espiritual del hombre era una necesidad en el mundo cuando Cristo la convirtió en Doctrina. La libertad de los pueblos de

América era una necesidad cuando Bolívar la realizó.

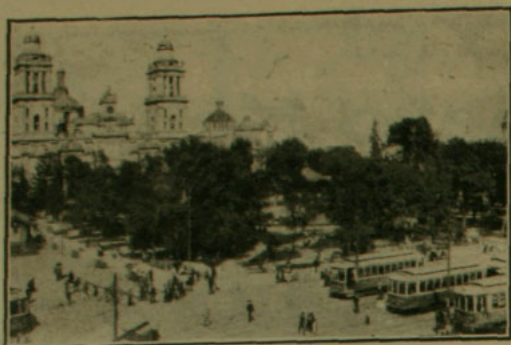
Con tal criterio, es decir, como producto de medio externo y como individualidad autónoma, hablaré de Carranza en este capitulo, en el que si he puesto todo el ca-

riño de mi corazón, he puesto también toda la justicia de mi entendimiento.



El Presidente Carranza.

Las tierras descubiertas por Colón fueron cedidas por una Bula Papal a los Reyes de España, quienes, por medios y disposiciones diversas, las legaron a sus súbitos españoles y principalmente a las corporaciones selesásticas. Hecha la independencia de Méjico, como la de todos los pueblos hispano-americanos por los criollos españoles, dueños al pasar de los tiempos de la propiedad de sus antecesores y por no es-



El corazón de la capital (Méjico).

casa parte del clero criollo, el Estado vino a estar constituido por fuerzas clericales y por elementos llamados aristocráticos, cuya prerrogativas se sustentaban sobre el latifundismo. "Lon indígenas, tratados con caridad indiscutible por los Reyes españoles, como lo prueban legisladores de aquellos siglos, no lo fueron por todos los Tenientes de los Reyes en América, y apenas si tenían después de la Independencia una religión católica de cristianismo y de idolatría, un concepto miserable de su situación social esclava y unos pedazos de tierra llamados Ejidos, en derredor de sus pueblos, que explotaban comunamente, sin derechos individuales de propiedad.

El esplendor del Imperio de Moctezuma habíase convertido, de derecho, en cadena de esclavitud por virtud de una Bula pontificia.

La Independencia, por consiguiente, erigió a Méjico en nación soberana, dando el primer pago glorioso en la conquista de la justicia social; pero quedaban por dar muchos pasos hacia ese ideal y uno de ellos era el de constituir el Estado positivamente, como representación y fruto de todos los elementos y clases sociales y no como privilegio de los propietarios "Clero" y "Latifundista" en el terreno material, y "Clero" y "Extranjero", en el terreno moral e intelectual. Desde el Imperio de Iturbide hasta el Imperio de Maximiliano, la nación mejicana osciló en la anarquía, entre los principios liberales de la República y los principios autoeráticos de la Monarquía, y desfilaron por las páginas de su historia héroes y traidores, cayendo todos en holocausto a la

justicia. Con la aparición de Juárez, fuerte y bronceado de cuerpo y espíritu, el país se conmovió en sus raíces y las fuentes de su vida parecieron cegarse. Fué la crisis de una época; el Estado cristalizó y la conciencia pública comenzó a sentirse a sí misma para llevar al pueblo a la constitución de un Gobierno, legítimo representante del equilibrio económico y del equilibrio civil. La Carta Fundamental de la República decretada en el año 57, y las leyes llamadas de Reforma a ella incorporadas constituyeron a Méjico bajo el

carácter heroico del Benemérito de las Américas, en una nación organizada conforme a los principios más altos conquistados por los filósofos que prepararon la Revolución del año 93, madurados con la experiencia del pueblo inglés y del norteamericano.

La muerte necesaria del caballeroso Maximiliano indicó al mundo que Méjico tenía un pueblo que iba a gobernarse y que el Estado se constituía como principio y como organización definitiva. Como principio, porque el mismo Archiduque austriaco sancionó las leyes de Juárez como necesarias al país mejicano; como organización, porque la dictadura porfiriana contemporizó con la reacción, pero no entregó la autonomía gubernativa por completo a los vencidos por la reforma juarizta. Bastó, sin embargo, la preponderancia de los elementos plutocráticos en derredor de Porfirio Díaz, que no gobernó nunca con los partidarios que le llevaron al poder en Tuxtepec, para que prácticamente no tuvieran representación en el Gobierno las clases populares, el clero conservara influencia y riquezas, y la Constitución y la Reforma fueran altos principios y aspiraciones nacionales perennes.

Un factor retardatario no menos poderoso en estas luchas entre los elementos sociales mejicanos, a fin de consolidar la paz orgánica definitiva de la nación, fué la idealidad de las Leyes Fundamentales de la República y el defectuoso proceder de aplica-

ción de las leyes de Reforma. Cuando en el 57 se decretó la Carta Fundamental, la conquista de los derechos del hombre embriagaba aún todos los ánimos y el ejemplo de los principios conquistados en la Constitución de los Estados Unidos ingénitos en plena civilización europea, llevó a los gloriosos Diputados Constituyentes a promulgar un Código con tales altísimos principios sin prever la necesidad de su aplicación a un pueblo, que demandaba educación material y espiritual, y control perfecto en el funcionamiento de las disposiciones constitucionales. Los Gobiernos mejicanos desde 57 no pudieron aplicar en toda su pureza los principios constitucionales, y al torcerlos, daban motivo indudable para que el pueblo pidiera el respeto a la ley, sin pensar que el mal positivo consistía en la dificultad de su aplicación. Las autoridades, puestas en el camino del desacato a la ley, no tardaban en llegar al abuso y de allí una fuente inagotable de inestabilidad, de encono y miseria. El principio sagrado de la Justicia estaba destruido por su base. Los tribunales de la República no podían ser sino los mercados que remataba el mejor postor.

Las Leyes de Reforma que alentaron como principios principales la separación de la Iglesia y el Estado, y la imposibilidad legal para aquella de poseer bienes raíces, tuvieron en su aplicación consecuencias imprevistas, siendo las más importantes el que la propiedad de la mano muerta eclesiástica pasara por medio de los denuncios a manos de extranjeros o criollos, que siguieron conservando la gran propiedad amortizada, dando por resultado que si bien salía ésta del clero a quien privaba de poder, llegaba a manos de particulares, que pronto constituyeron una plutoeracia en derredor de Porfirio Díaz, al que dieron el nombre magnífico de Héroe de la Paz. No pocos de estos nuevos capitalistas se formaron tomando definitivamente en propiedad las fabulosas riquezas que la Iglesia había puesto bajo sus nombres como depositarios de confianza para burlar las leyes de Reforma. Estas leyes, además, comprendiendo en la Desamortización todas las propiedades de corporaciones, autorizaron a los mismos capitalistas a privar a los indios de aquellos pedazos de tierra llamados Ejidos, que se incorporaron así a la gran propiedad latifundista.

Bien pronto con tales orígenes surgieron en manos de aquellos dueños de la fortuna, Bancos, ferrocarriles, palacios, monumentos, y la fama llevó por toda la superficie de la tierra los ecos del festín porfiriano.

La voz de los oprimidos no podía escucharse; la prensa sólo hablaba de las grandes riquezas de los opresores; el campo de comercio estaba vedado para los pequeños; sólo los altos banqueros tenían crédito y riquezas; las magistraturas estaban cerradas para los independientes, solamente se obtenían por el favor de los amigos, que después probaron ser los traidores del general Porfirio Díaz.

Méjico contó desde entonces con catorce millones de seres que pedían justicia y con dos millones que ensordecían al mundo con su indiscutible grandeza.

Era el apogeo del Méjico de Porfirio Díaz.

Un hombre apareció en la historia mejicana. Un hombre que ha llenado numerosas páginas de ella con resplandores de honor



Calle del Reloj. Méjico.

y de gloria. Hagamos de su presentación la puerta triunfal por donde entramos al conocimiento de su vida.

Don Venustiano Carranza es un hombre alto y fuerte; su voz y sus movimientos son graves y pausados; su rostro no revela jamás la menor emoción y parece un granito toscamente tallado por la mano de un artista azteca; su larga y blanca barba hace venerable su figura. Habla pocas veces; sus palabras explican siempre su pensamiento desnudo, sin galas oratorias, aun cuando generalmente tiene su dicción cierto sabor de ciencia.

Su mirada impassible de continuo suele tornarse severa o dulce, reflejando las pasiones de su corazón mejicano, hecho igual para heroicidades que para tiernas abnegaciones. Su presencia impone respeto a propios y extraños; donde quiera que él se encuentre es el Jefe; lo mismo en las juntas de sus valerosos tenientes, que en las discusiones de los insolentes caudillos; lo mismo entre los hombres de más poder intelectual de su partido que entre los representantes de naciones extrañas; lo mismo en el hogar y con sus amigos, que en medio de un ejército de un cuarto de millón de hombres. Su calma es inalterable, pero su mandato tiene una firmeza y una fuerza irresistibles. El mismo efecto tienen en su ánimo injurias que adulaciones, y el cumplimiento de su deber guía tan sólo los actos públicos y privados de su vida. Su sabiduría en la historia general y patria le dan una videncia superior y el conocimiento de los hombres y experiencia de la vida pública una seguridad completa en sus empresas. Cuando todos han dudado, él ha seguido como guía inalterable y son palabras suyas en momentos de ingratitudes y de prueba que "para servir a la Patria nunca sobra el que llega ni hace falta el que se va."

Hace cincuenta y seis años, nació Carranza en la ciudad de Cuatro Ciénegas, perteneciente al Estado fronterizo de Coahuila. Su padre fué un abnegado coronel, servidor del benemérito Benito Juárez, y su niñez pasó en la calma de un hogar oficiado por

una madre cristiana. Dedicaba su juventud al estudio de la jurisprudencia, cuando una precoz ceguera le hizo abandonar sus ambiciones al foro para entregarse a la ganadería y agricultura en sus antiguas posesiones, después de vencer la penosa enfermedad mediante los cuidados de un oculista óptico en la frontera República de Norte-América. Contrajo matrimonio, muy joven todavía, con una mujer llena de virtudes y tuvo dos hijos, que educó cuidadosamente en el hogar y en el extranjero. Su vida privada aun gozando de bienes de fortuna, ha sido siempre ejemplo altísimo de modestia y de honradez. El deseo o el mandato de sus conciudadanos ha precedido siempre todos sus pasos en la vida pública, y por igual camino ha llegado a la Presidencia del Ayuntamiento de su pueblo, que a la Presidencia de la República, ejerciendo durante tres años de lucha el poder más grande que hombre alguno ha representado en la historia mejicana.

Fué en el año de 1887 que don Venustiano Carranza fué llamado por el voto de sus conciudadanos para ocupar el puesto de Presidente Municipal de la ciudad donde viera la primera luz. El éxito de los esfuerzos por él realizados en sus empresas agrícolas y ganaderas, la publicación de algunos folletos suyos sobre estas materias y su amor al trabajo y a la prosperidad de su distrito, hicieron que sus conciudadanos se fijaran en él para llevarle por votación popular a la Presidencia Municipal en los días en que no podían obtener tales designaciones sino por mandato y favor del Dictador Supremo.

Bien pronto revelóse en Carranza su carácter verídico e independiente, cuando recibió solicitud del Gobernador de su Estado para que rindiera un informe, manifestando que las condiciones de la Municipalidad por él presidida eran en todo halagüeñas y prósperas. Carranza creía, por el contrario, que la Municipalidad demandaba reformas para ponerla sobre mejores condiciones económicas que dejaban en aquel presente mucho que desear. El informe favorable no fué rendido por el inflexible Presidente Municipal, y entablada la pugna con el Gobernador, re-

nunció su puesto antes que obedecer a aquella exigencia de engañar a los ciudadanos que le habían llevado con su voto a la Presidencia de su ciudad.

El procedimiento que en tal caso trató de seguir el Gobernador del Estado de Coahuila, no es sino una debilísima manifestación de la forma en que actuaban los Gobernadores designados por Porfirio Díaz para mandar los diversos Estados de la República. El general Díaz hacía consistir la fuerza de su Gobierno en el apoyo incondicional que otorgaba a los gobernadores que nunca dejó elegir popularmente, violando así la Ley Fundamental de la República y la soberanía de los propios Estados. Además, los designados no tuvieron sino ocasionalmente la prudencia y la moderación de Díaz; pues, en general, no fueron tales Gobernadores, sino verdaderos señores de horca y cuchillo que sumían a los Estados en una angustiosa esclavitud. En el año de 1893 el Gobernador de Coahuila, apoyado por Díaz, trató de reelegirse una vez más, pero ante él surgió una figura popular, la de don Miguel Cárdenas, como candidato al Gobierno del Estado y la lucha se entabló entre el pueblo y el Gobierno local, apoyado por el Federal.

Los demócratas fueron perseguidos y encarcelados, el fraude al sufragio entró en plena acción y el despotismo local, mayor aún que el central, por ser despotismo de esclavo, actuó en pleno imperio. Entonces Carranza y sus hermanos lanzáronse al campo de las armas para obtener por la fuerza el respeto a las leyes de la República y la liberación de su Estado de las garras del despotismo. Después de haber obtenido victorias en las acciones de San Buenaventura, Abasolo y El Carmen, llegó a oídos de Carranza el que su movimiento libertario era juzgado por el Presidente Díaz como un movimiento de bandolerismo. Carranza marchó solo a la capital de Méjico y explicó larga y enérgicamente al general Díaz las causas de la rebelión y el estado angustioso de los pueblos bajo la tiranía

del Gobierno local. El resultado fué que el general Díaz comprendiera la justicia de Carranza y retirando a su Gobernador optara por un candidato de transacción, que fué el sabio jurisconsulto José María Musquiz, quien tomó desde luego las riendas del Estado. Lograda esta primera victoria, don Venustiano Carranza volvió a desaparecer para la vida pública, dedicándose a sus viñedos, a su ganadería y a la educación de su familia.

La gloria, sin embargo, le había hecho ya hijo predilecto para el futuro de la Re-



Edificio del Banco de Méjico.

pública y bien pronto el voto popular volvió a sacarle de su aislamiento a la luz pública, para llevarle a las más altas magistraturas. Después de desempeñar tres veces más la residencia Municipal de su ciudad, siempre con períodos de interrupción, pues desde un principio ha sostenido lo nocivo de la continuidad en el poder, fué electo para el Congreso local y más tarde diputado al Congreso de la Unión. En 1908, por licencia concedida al Gobernador de su Estado natal, fué designado por el Congreso para ocupar interinamente la primera magistratura de su Estado. Venustiano Carranza se reveló desde entonces como gobernador probo, de ideales y de orden. Sostuvo la separación y libre funcionamiento de los poderes, hizo procesar a los jueces infidentes, ins-

tituyó hospitales y escuelas y conquistó para sí el cariño y el respeto de todos sus gobernados, que desde luego pensaron en elegirle al finalizar el período gubernativo, como Gobernador propietario del Estado.

—

El Gobernador Miguel Cárdenas, que contaba con gran partido, hizo declaraciones terminantes de que no aceptaría la reelección en que muchos pensarán y la candidatura fué ofrecida por los elementos más poderosos del Estado a Venustiano Carranza, ungido ya por un prestigio formidable. El General Díaz aceptó en un principio con beneplácito la candidatura popular de Carranza, pero coincidiendo las elecciones locales con las generales, y habiendo resultado candidato a la Vicepresidencia de la República el general Reyes, íntimo amigo de Carranza, el partido de Díaz, que veía un enemigo en Reyes, lo vió también en Carranza, y su candidatura fué perseguida. El ilustre general Treviño, comisionado por el General Díaz, llegó hasta Carranza para exigirle la renuncia de su candidatura. Carranza contestó sencilla y textualmente: "Diga usted al Presidente, señor general, que mientras haya un sólo ciudadano que trabaje por mi candidatura al Gobierno de Coahuila, no la renunciaré, porque estoy resuelto a afrontar las consecuencias que me resulten de esta determinación, cualesquiera que ellas sean." Carranza hablaba en 1909 como ha hablado en 1913 y en 1916.

Entablada la lucha entre Carranza y el Gobierno Central, la victoria correspondió a éste y el derrotado de ahora hizo lo mismo que el triunfador en 1903, se retiró a la vida privada; pero no a laborar ingenuamente sus viñedos, sino a esperar el momento oportuno en que su brazo pudiera dar el triunfo a la justicia vencida que él llevaba en el corazón.

—

La hora de la lucha sonó con la palabra apostólica de Madero. El general Díaz, que se levantara en armas, lustros atrás, con la divisa "no reelección", llevaba treinta años en el poder e iba a reelegirse por séptima vez. Madero entró en la lucha como candidato popular y Carranza surgió en su apoyo en el Estado de Coahuila. Las elecciones

reeligieron a Díaz y Madero se levantó en armas en el norte de la República, nombrando a Carranza gobernador interino de Coahuila y comandante en jefe de la Tercera Zona Militar, que comprendía los Estados de Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas. Cuando el general Díaz conoció la situación, escribió a uno de sus amigos: "Un peligro mayor que el de Coahuila apunta en Coahuila si Carranza se posesiona bien de aquella región." La historia de la revolución de 1910 demandaría grandes comentarios, sépase solamente que el general Díaz se presentó ante el Congreso a declarar que la revolución entrañaba una razón sociológica y que él promovía ante las Cámaras las reformas pedidas por la revolución. Los caudillos, Carranza de los primeros, pedían no solamente las reformas, sino la nulidad de las últimas elecciones y la salida del general Díaz del Poder. La lucha continuó y el viejo dictador fué vencido, no por la fuerza de las bayonetas, sino por la de la opinión pública, que en desbordantes manifestaciones le pidió una renuncia que él entregó en manos de sus amigos, creyendo que la entregaba en manos de la revolución transigente, mediante la firma de unos tratados, por medio de los cuales, no se conseguía más cambio positivo que el de substituir al dictador que, viejo, con dolores de muelas y con la cara enfundada en blancas toallas, se retiraba hacia un hotel de París, por el hombre pequeño y entusiasta que predicaba una nueva justicia.

Ambas partes, lo ha probado la historia, erraron al firmar los tratados de Ciudad Juárez precipitadamente, a la luz de los faros de sus automóviles y durante una noche de fiesta nacional. Los poderosos, porque creyeron dominar y hacer obedecer al espíritu inmenso del pequeño soñador. Este, porque su fe le hizo pasar sobre las necesidades que aseguran el triunfo al estadista, al caudillo y al gobernante. La lucha se envió sobre la reconquista de los principios de Juárez y la estabilidad del organismo porfiriano, dentro del propio seno del Gabinete Ministerial y de las divididas Cámaras Legislativas del Gobierno de Madero.

—

La espada traidora y asesina de Victoriano Huerta cortó la lucha como un nudo

gordiano. Los partidos militares, civiles y clericales, de una restauración completa del régimen de los amigos de Porfirio Díaz, rodearon al ebrio Huerta. Desde antes que Caín consumara el fratricidio, el nombre de Huerta sonaba ya como el del soldado listo a empuñar la espada pretoriana.

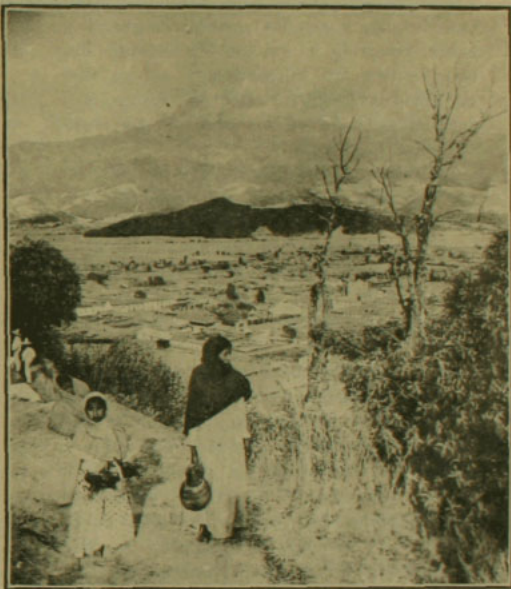
Madero, infantil, le creyó su salvación y la sabiduría de la legalidad, entregándole el mando de todas las fuerzas nacionales, para que sofocara la rebelión de unos soldados, con los que él estaba en previo acuerdo y que al fin traicionó como al propio Madero, erigiéndose en sanguinario déspota sin más norma que sus apetitos exaltados. El claro le siguió tremolando el estandarte de la Virgen de Guadalupe, que llevó en su mano diestra Hidalgo y los petimetres aristócratas se vistieron de generales para servir de lacayos al orangután facineroso, que encarnaba la reacción. Al asesinato del Presidente Madero y Vicepresidente Pino Suárez, siguieron los de senadores y diputados, y la República mejicana convirtiéndose en campo de asesinato, de lujuria y de ebriedad; los tribunales se trocaron en inquisición, los jueces en verdugos, los magistrados en esclavos y llegaron para la República las pruebas supremas. Madero no verificó la reforma perseguida desde Juárez, pero puso el período de su revolución derrotada, como precursor del período de la revolución victoriosa; puso la sangre de su cuerpo vencido como abono intensísimo de su espíritu vencedor.

Las páginas escritas por Huerta sobre la historia de México, habrían de hacer palidecer de dolor y de afrenta a todo mejicano, si sobre ellas mismas y día a día no hubiese escrito Carranza una página de ejemplo, de fe, o de gloria.

Durante el corto período en que Madero rigió los destinos de la República, don Venustiano Carranza fué llevado por el voto popular a ocupar en propiedad la Primera Magistratura de su Estado natal de Coahuila; y en el ejercicio de ella le sorprendió la traición huertista, que le fué comunicada por el mismo general Huerta en el siguiente lacónico mensaje:

“Autorizado por el Senado he asumido el Poder Ejecutivo, teniendo presos al Presidente y su Gabinete!”

Don Venustiano Carranza comprendió desde luego, por mejores informes, la felonía de Huerta y en cumplimiento de su deber puso en conocimiento del Congreso los acontecimientos por medio de una iniciativa que de acuerdo con el artículo 23 constitucional pedía el desconocimiento del usurpador y la restitución del orden constitucional en la República. El Congreso del



Campeñas mejicanas.

Estado Libre Soberano e Independiente de Coahuila, en decreto número 1421, ordenó al Ejecutivo, en observancia del precepto 23 constitucional, el desconocimiento de la usurpación concediéndole facultades absolutas en todos los ramos, hasta el triunfo de los principios legales de la República.

En el lejano Estado de Sonora el honor había encontrado iguales paladines y los generales Obregón, Hill, Alvarado, Pesquiera etc., que después habían de significar glorias guerreras y abnegaciones inmarce-

sibles, reconocieron la jefatura de Carranza y le dieron el nombramiento de Primer Jefe del Ejército Constitucionalista. Carranza, seguido ya por otros generales: González, Murgía, Treviño, etc., atravesó los desiertos fronterizos para llegar a Sonora, recorriendo los Estados de Nueva León, Coahuila, Durango, Chihuahua, Sinaloa y Sonora, visitando campamentos, organizando el Ejército, los hospitales y los servicios, atendiendo a las necesidades de la administración e inculcando en las tropas y en los pueblos el amor a los principios sagrados que iban a defenderse. Cuando llegó a Sinaloa estaba casi descalzo y con los vestidos desgarrados; había recorrido a caballo en setenta días más de tres mil kilómetros, y así su cuerpo como su espíritu estaban vigorosos y entusiastas como en los días de sus viejas victorias locales.

La guerra se trabó cruenta y sangrienta. Los ejércitos científicos y pertrechados de Huerta eran constantemente derrotados en Sonora, en Durango, en Chihuahua. La Reacción comenzó a temblar desde el primer momento, a los rudos golpes de la fe y de la justicia, encarnados en el carácter indomable de Carranza.

Las intelectualidades más prominentes de Europa y América se dirigieron particular y oficialmente a Carranza, pidiendo la paz. Centenares de cables firmados por nombres inmortales vinieron a sus manos abogando por la tranquilidad. Carranza permaneció tan inflexible como cuando defendía su informe de Presidente Municipal y su candidatura de Gobernador, contestando que sobre la paz y la tranquilidad estaban los altos principios de la Moral y de la Ley, y la honra de la República.

El combate definitivo entre la Revolución Constitucionalista y las fuerzas del Usurpador se libró en la ciudad de Torreón, centro ferrocarrilero de toda la República; y la victoria fué concedida a los ejércitos del pueblo, que en poco tiempo llegaron a las puertas de la Capital de México, famosa "Ciudad de los Palacios" en la que el Comandante General había reconcentrado todas sus fuerzas. Entre tanto el felón Huerta había huido ya de la República, encomendando la situación en manos de sus amigos, que bien pronto habían de caer ante el empuje incontenible de un ejército siempre victorioso y que había dominado ya

las dos terceras partes de la República.

Los habitantes de México, temerosos del sangriento combate y los reaccionarios, previendo su completa derrota, acudieron a un viejo expediente, que había de trocarse en uno de los más altos timbres de gloria del general Carranza. Atravesando el cañón de Barrientos artillado y fortificado para la defensa de México, se veían a distancia los campamentos de las tropas revolucionarias comandadas por el nunca vencido general Alvaro Obregón.

Los soldados de Carranza habíanse multiplicado "como las estrellas del cielo" y su presencia era imponente con su vestuario desgarrado y ennegrecido por la sangre y por la pólvora.

Un mensajero proveniente de México atravesó Barrientos, los campamentos de Teoloyucan y llegó hasta Carranza, solicitando una audiencia para el Excmo. Oliveira Cardoso, Ministro Plenipotenciario del Brasil y encargado de negocios de la Argentina y Chile y Estados Unidos, representación altísima que sólo en esta ocasión ha pesado sobre un solo hombre en América.

La audiencia fué concedida a S. E. con la condición de no tratar en ella sino la rendición incondicional de México y la disolución del Ejército Federal. El Ministro Cardoso llegó ante el general Carranza y manifestó que iba a ofrecerle el reconocimiento de los Gobiernos de la Argentina, Brasil, Chile y Estados Unidos, si al rendirse la ciudad daba garantías a todos sus habitantes, de cualquier credo político que fuesen, e incorporaba en el Ejército Constitucionalista a los Jefes y Oficiales del Ejército de Huerta.

El general Carranza contestóle grave y enérgicamente que le había recibido para tratar la rendición incondicional de México y la disolución del Ejército Federal, que por lo tanto la audiencia estaba concluida.

El diplomático airadamente contestó que en el momento haría saber a los cuatro gobiernos que representaba que el general Carranza rechazaba su reconocimiento.

Ante tal amenaza, Carranza, sin perder su ecuanimidad, pero con una energía que hiciera honra a los más esforzados, dió con su

diestra sobre la mesa en señal de enojo, concluyendo: Diga usted a sus gobiernos lo que le parezca y hemos concluido, señor Ministro. Unos días despues el Ejército Federal era completamente licenciado y México se rendía incondicionalmente al caudillo de la legalidad.

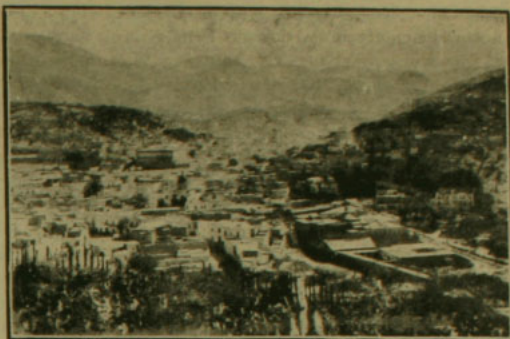
Pasados los meses, el Gobierno de Carranza fué reconocido por las cuatro Potencias y S. E. Oliveira Cardoso, expulsado del país en que había tratado de intervenir por la diplomacia de una fracasada entrevista, a la que asistieron Mr. John Sillman, Agente Confidencial del Presidente Wilson, Ingeniero Robles Domínguez, Agente Confidencial de Carranza en México y L. Isidro Fabela, Ministro de Relaciones entonces y hoy Plenipotenciario de México en Argentina, Brasil y Chile.

La Reacción iba a perecer y fué hacia su último reducto; la división de las fuerzas de Carranza, por la rebelión de algunos jefes. El elegido fué Francisco Villa, antes llamado Doroteo Arango y cuyas especiales condiciones hacían de él elemento fácil de rencores y exaltaciones.

Para qué narrar la infidencia del general en Jefe de la División del Norte si es una infidencia vulgar. Huerta merece ser tomado en consideración para condenarle, Villa no merece ni aún eso y solamente la prensa de Norte America, influida por los reaccionarios mejicanos, ha podido trocar en fantástico personaje a un peón traidor, menos responsable quizá que quienes le aconsejaron y movieron.

La fuerza material de Villa consistió en las tropas de la División que Carranza había confiado a su comando, fuerza moral nunca la tuvo y vencida aquella no ha quedado del general Villa sino la triste personalidad del antiguo salteador de caminos, Doroteo Arango. Hay, sin embargo, que hacer mención de que el general Carranza no ordenó la guerra contra los infidentes, sino hasta que todos los recursos pacíficos fueron agotados.

Como la principal exigencia de los villistas era la separación de la Jefatura del Ejército de don Venustiano Carranza, éste



Guanajuato.

reunió en México una Convención de generales y con gesto del más alto patriotismo, sin jactancia ninguna entregó a ella el mando de que se hallaba investido, habiéndole sido confirmado por la propia Convención, después de borrascosas sesiones en que la elocuencia del señor Luis Cabrera obtuvo el triunfo más eminente de su incomparable tribuna revolucionaria. Los villistas urdieron nuevas tramas en la convención de Aguas Calientes, pero el general Carranza estaba ya preparado en su ánimo para la lucha, mirando las asechanzas interminables de la reacción, claramente encarnada en Villa.

Ningún período de la Revolución mejicana más sangriento y terrorífico que el comenzado a desarrollarse desde que el Primer Jefe, haciendo de la heroica Veracruz el baluarte de la Ley, como antaño lo hiciera Juárez, dictó las Leyes de la Nueva Reforma que el destino ordenó firmara Carranza sobre la misma mesa que Juárez firmara las del 57 y se aperebió al exterminio de la reacción definida por la División del Norte.

Nunca en América habíanse librado más sangrientas batallas ni combatido más numerosos ejércitos; nunca Carranza tuvo más laureles y más gloria que tenga la nueva jornada. Nunca tampoco mayores sacrificios.

Al declarar el general Carranza la ruptura con Villa, el Ejército Constitucionalista sufrió un desquebrajamiento, separándose en dos fracciones. Algunos cuerpos de ejército fueron francamente y desde luego a uno y

otro lado, otros hubo que oscilaron antes de su última decisión. Carranza partió sin llamar a nadie ni despedir a nadie y llegó a la ciudad de Veracruz invadida aún por las tropas yankees desde los días huertianos. Carranza pidió la desocupación del puerto por el ejército americano y dió orden al general Aguilar de que si en una fecha precisa no se hacía la evacuación atacara a los invasores con toda la división que él comandaba.

Los americanos abandonaron el puerto y el general Carranza tomó posesión de él, instalando su Gobierno en el "Edificio de Faros" a donde entró seguido de poquitos leales, casi en derrota, pero con su espíritu imperturbable.

Ahí comenzó la reorganización del Ejército de la Legalidad. En poco tiempo, las tropas de Carranza reducidas a un territorio inapreciable, comenzaron a extenderse por la mesa central, conquistando palmo a palmo el terreno de que se había posesionado la Reacción, que inventaba nombramientos de Presidente, casi diarios, y desorientada fijaba todas sus esperanzas en los combates que librara su paladín Francisco Villa.

Pero las ciudades cayeron vencidas por los generales de Carranza, y sus ejércitos se extendían en miles de kilómetros, desde Veracruz en línea sin solución de continuidad, hasta las ciudades nortañas de la mesa central. Al fin quedaron frente a frente el general Alvaro Obregón, comandante en jefe de los ejércitos leales, y Francisco Villa, jefe de las tropas infidentes. En las batallas de León y de Celaya, las más sangrientas e importantes, pues quedaron en ellas fuera de combate 16,000 hombres, el invicto general Obregón se cubrió de gloria y dió el triunfo a la justicia abatiendo a la deslealtad y la intriga. Obregón cayó mortalmente herido por una granada de cañón que le arrancó por completo el brazo derecho y todo su comentario fuerte y leal lo dirigió al general Murgía ordenando: "Diga usted a nuestro Primer Jefe que he caído cumpliendo con mi deber y que muero bendiciendo la Revolución". Después de estas batallas el general Carranza declaró en un mensaje circular a toda la República que la Reacción estaba vencida.

Los servicios administrativos se organiza-

ron inmediatamente en el territorio conquistado. Tras de los ejércitos iban siempre los cuerpos de Ingenieros y Técnicos, deslindando terrenos, haciendo nuevos avalúos fiscales para las rentas públicas y trazando caminos y derivaciones para aguas. Este procedimiento sostenido vigorosamente es uno de los empeños más maravillosos de Carranza y sus tenientes durante la lucha misma. Entre los hombres de ciencia que de estas labores se ocupaban iban también los servidores de la administración y frecuentemente sus trenes eran asaltados o volados por partidas pequeñas nacidas al despecho de la derrota. Bastó un criminal y una sola bomba para volar un tren que corría de Veracruz a México, conduciendo a las familias de los empleados públicos. Un alto empleado de Hacienda, Amador Lozano, presenció así la muerte de sus cuatro hijos. El Ministro de Hacienda perdió, por iguales vías, a dos queridos e infortunados hermanos. Este hombre ecuaníme, que lleva el cerebro más vigoroso, más profundo y más cultivado de todos los revolucionarios, es el acreedor máximo de la Revolución. Cuando subió al apogeo de su elocuencia en la Convención Militar de México se contentó con responder a uno de los caudillos que le increpaba y le ofrecía un puesto de soldado en sus filas: "Yo he matado más con mi pluma, y solo, que todos los generales mejicanos con sus ejércitos y artillerías". A pesar de ello su corazón está siempre abierto a la caridad y la justicia. Una sonrisa entre triste y sarcástica le acompaña por igual en la victoria que en la adversidad.

Carranza en heroísmo ha sobresalido de entre esta constelación heroica, porque su conciencia en pleno apogeo de discurso, acalló el dolor más grande de su corazón para cumplir estoicamente con su deber. Veces de padre hacía para Carranza su hermano mayor don Jesús, que comandaba a la vez la poderosa División del Sur. Encontrándose en el mismo de Tehuantepec inspeccionando las tropas de su mando, fué sorprendido por una traición. Su subordinado, el general Santibáñez, comprado por la Reacción, le hizo preso con todo su Estado Mayor, un hijo y un sobrino del general Carranza, enviando a éste inmediato y amenazante telegrama, para que optara entre la muerte de los pri-

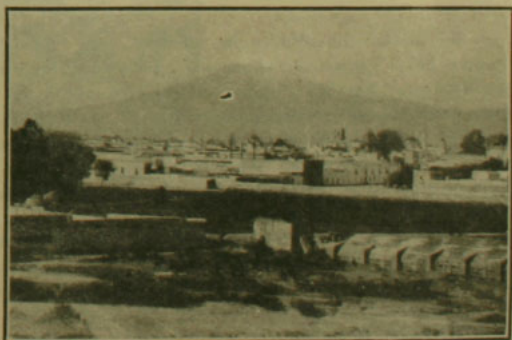
sioneros o una transacción con el partido reaccionario. Carranza no vaciló un minuto y entregó al destino a los seres más queridos, amados más que a su propio cuerpo, porque ellos significaban sus más profundas afecciones, sus más queridos recuerdos, sus más tiernos amigos. Con el telegrama de rechazo al insultante arreglo, partió de las líneas de Veracruz otro telegrama desgarrador de Carranza para el hermano, el padre, el amigo y el general, que todos estos títulos encarnaba, para él, el mártir prisionero. Este telegrama le relevaba del mando de sus fuerzas para que éstas pasaran desde luego al comando del general designado para aplastar al felón Santibáñez.

El tormento de Carranza fué lento y prolongado, el asesinato de cada prisionero era comunicado telegráficamente intimando a la transacción. Primero el Estado Mayor, luego la familia, por último el anciano general, Carranza no tuvo sino una contestación y el crimen fué consumado. Siete días permaneció el Jefe solitario en su lecho, enfermo de dolor. Días después las tropas leales encontraron los restos del venerable hermano del Primer Jefe, abandonados en el monte, la cabeza destrozada, las carnes carcomidas. Esos restos fueron llevados a la heroica Veracruz que les recibió consternada y llena de admiración para el hombre inmortal, gloria de una raza, que había hecho enderezarse a Cuahutemoc en su lecho de tormento para mirarle asombrado a través de cinco siglos. Don Venustiano Carranza recibió los despojos traídos de la campiña y los condujo al Panteón. Su cara, era la cara tallada en granito por la mano del azteca, la misma de las victorias. Quizás solamente en sus ojos se reflejaba el acerbo dolor de su espíritu, cuando caminaba a pie, confundido con la multitud, tras el ataúd sin adornos. En los bolsillos de la víctima fué encontrada una moneda de oro, fruto de su sueldo de general, la cual se entregó a don Venustiano; éste ordenó que se reintegrara a la Tesorería de la Nación.

La hora del triunfo llegó al fin; el general González tomó definitivamente la ciudad de México re-

duciendo a las huestes surianas. El general Treviño con el triunfo del Ebano, de máxima importancia estratégica, decidió las victorias en el norte. El general Carranza acompañado de sus generales y partidarios hizo una gira monumental por toda la República, de ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo. Inquirió necesidades e impartió consuelos. Su nombre fué pronunciado con respeto de un confin a otro de la República. Solamente los últimos rezagados del despecho inculcaron a Villa, ya convertido en Doroteo Arango, el provocar dificultades internacionales con los Estados Unidos.

La política internacional americana es bien conocida por todos y cada uno de los países del continente. Su principal objeto es siempre "el orden y la pacificación". Para "pacificar" a Méjico y ponerlo en orden invitaron a unas conferencias a todos los generales con mando de fuerza en la República, girando telegramas personales a cada uno de ellos, haciendo caso omiso de los triunfos definitivos de Carranza, de que controlaba las nueve décimas partes del territorio, de que los generales más numerosos, probos y cultos estaban a sus órdenes y por último representaba y encarnaba en su persona la Legalidad Constitucional. A tal invitación contestaron los mismos generales de Villa y el mismo Villa que concurrirían; los generales de Zapata, cada uno por su lado dieron igual contestación; los generales de Carranza, sin una sola excepción



Vista de Puebla.

contestaron que en la República y en el Ejército no había más Jefe que Carranza y que sólo él podía contestar; por todos, a tal invitación. Carranza no contestó una sola palabra; para él la soberanía mejicana es indiseñtable. Esta formidable lección, que trocó en victoria la celada más villana de la política de los Estados Unidos demostró a éstos que Carranza era el único hombre capaz por la adhesión de sus generales y por su representación constitucional para gobernar con todos o contra todos, la República. Los Estados Unidos reconocieron entonces a Carranza siendo secundados por las demás naciones americanas y europeas. Los traidores representados por Villa, ya no traidores a su causa sino a su patria, tuvieron el buen tino de proporcionar a Carranza la oportunidad de hacer sentir su carácter más allá de las fronteras mejicanas para asombrar al mundo con su energía, su severidad y su altísimo concepto de la Soberanía Nacional. Este ha sido exclusivamentee el resultado real de la política internacional de Carranza desde el atentado villista en Columbus hasta el presente. No vamos a narrar al mundo lo que el mundo sabe.

En medio de las dificultades de pacificación, aumentadas inconsiderablemente por los pacificadores Estados Unidos, don Venustiano Carranza ha terminado su obra militar y legislativa dando a la vez grandes impulsos a las industrias nacionales y abriendo el espíritu de Méjico a una política exterior americanista fundamentada sobre los más altos ideales de confraternidad y justicia, haciendo radicar la soberanía y seguridad de las naciones no en cerrar las puertas al extranjero, declarándole enemigo conforme al Derecho Romano, sino por el contrario declarándole compatriota y hermano con iguales derechos, ni más ni menos, que

los propios nacionales. "Reinará en la tierra la verdadera justicia, cuando cada hombre se encuentre en todos los países dentro de su propia nacionalidad." Estas palabras generosas ha lanzado Carranza a la América entera procurando los medios prácticos para la consecución de la realidad.

Las más suntuosas avenidas de la metrópoli, han sido designadas con los nombres de las Repúblicas hispano americanas y la fecha de la independencia de las mismas celebradas como fiesta nacional. Los plenipotenciarios de todas las naciones han sido acreditados ante Carranza, y éste manda a los suyos procurando también buscar la concor-

dia y el estímulo entre todos los pueblos de América nacidos de igual origen que la patria de Juárez.

Tocádome ha la honra altísima de recorrer la América llevando la palabra llena de amor y concordia del egregio Jefe de la República Mejicana.

Las industrias mejicanas se han desarrollado bajo la iniciativa de Carranza y sus colaboradores en un radio portentoso y perentorio término, hasta límites no soñados

siquiera en las épocas de oro de la paz porfiriana. Las primeras locomotoras han salido de los talleres nacionales, los carros que recorren los millares de kilómetros de vías férreas, han salido también de las manos de los obreros mejicanos. A la espalda del castillo imperial de Chapultepec, han surgido colonias obreras y fábricas de implementos militares, en las que millares de obreros encuentran diario trabajo y estímulo, atendiendo a sus necesidades por sistemas cooperativos ayudados por el Gobierno. Las granadas provistas de delicadas espoletas pueden competir sin distinción con las mejores granadas europeas. Los cartuchos se fabrican por millares y se almacenan en grandes y flamantes depósitos. Por último el apogeo de la aviación militar americana ha culminado en Méjico, la fábrica de aeroplanos ha producido más de dos centena-



Señor Antonio Manero, agente confidencial del Presidente Carranza

res y diariamente se da a la construcción de tres a cinco.

Las hélices de poples y caoba han llamado la atención de los aviadores europeos y media docena de ellas han sido remitidas a la estudiosa y cultísima Argentina. Los aviadores y oficiales mejicanos son enviados a practicar en Europa, y centenares de maestros de escuela, profesores y artistas se sostienen pensionados en el extranjero, enviados desde los días de guerra en que el Ministro Palavicini con su lealtad, convicciones y talento, atendía a la instrucción Pública, dirigía la Prensa de la Revolución y fundaba la Comisión Legislativa que colaboró con don Venustiano Carranza, en la obra magna de la Legislación Revolucionaria.

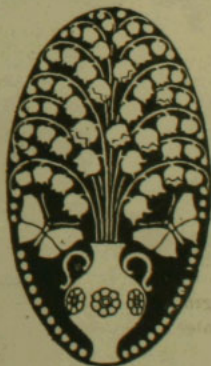
La Universidad Nacional forma ya una institución, y numerosas escuelas normales, profesionales, primarias y de artes y oficios han sido inauguradas. El señor Carranza visita a menudo los planteles escolares lo mismo en la paz que en la guerra, pues la mayor parte de estas instituciones nacieron en plena lucha, como los nuevos hijos de los soldados mexicanos.

Por último el Congreso Constituyente reunido en Querétaro ha recibido del Gran Jefe Constitucionalista, el informe del uso hecho de las facultades absolutas de que estuvo investido durante tres años, sugiriendo también al propio Congreso las leyes que deberá sancionar para que México entre definitivamente por el arco triunfal de la Revolución al camino de la paz, del progreso y de la libertad.

Hidalgo es para México el caudillo de la libertad nacional; Juárez el conquistador de la soberanía del Estado; Carranza, el reivindicador de la justicia del pueblo

Hidalgo es el símbolo del Derecho patrio; Juárez es el símbolo del Derecho del Estado; Carranza, el símbolo del Derecho ciudadano.

Le negaron la razón los vencidos, pero la obtuvo de todos los hombres honrados de los pueblos de la tierra. El nombre de Carranza ha sido definitivamente inscrito en las tablas de la humanidad.





Los niños están obligados a usar salva-vidas hoy día en todos los vapores, a causa de los submarinos alemanes

JUANA DE ARCO

Con ilustraciones

Los ejércitos de Francia que defienden la tierra natal contra la invasión extranjera, ahora más que nunca invocan en sus luchas el nombre de Juana de Arco, como conjuro de victoria y modelo de abnegación y patriotismo.

Las fiestas últimas de rememoración de los altos y heroicos hechos guerreros llevados a cabo por la ilustre doncella, revisitaron excepcional solemnidad, y su panegírico pronunciado por el Obispo de Chalons sur-Marne oído por miles de franceses e ingleses, tuvo el interés grandioso de lo siempre viejo y siempre nuevo, porque la historia de la heroína es de aquellas que, como la de Jesús, se admiran más mientras más se repiten.

Desde el día en que la sencilla aldeana se presenta al Gobernador de Domremy, hasta el instante en que su cuerpo virginal es pasto de las llamas, la vida de Juana de Arco es la de una santa, la de un ser que, como ella decía, tiene confiada una misión, y que a nada aspira sino a cumplir con el supremo mandato.

Venciendo con su fe y su entusiasmo la apatía de Carlos VII, logró guiar las tropas reales a la liberación de Orleans y de gran parte del territorio ocupa-

do por los ingleses, hasta conseguir que el Rey fuese, sin temor de encontrar enemigos, a hacerse consagrar en Reims.

Desde aquella ciudad sus esforzados anhelos la llevaron hasta París, ocupado por el Duque de Bedford; por desgracia no fué suficientemente secundada en tan arriesgada empresa y tuvo que abandonarla.

Pero su propósito ya estaba realizado, porque había un Rey de Francia, gran parte del territorio estaba libre de extranjeros y el ejército nacional en situación de seguir la lucha y de concluir por expulsar al invasor del Continente.

Suplicó, pues, la modesta joven al Rey que la dejara partir a su aldea, a ser lo que antes había sido, pues creía que su misión estaba cumplida.

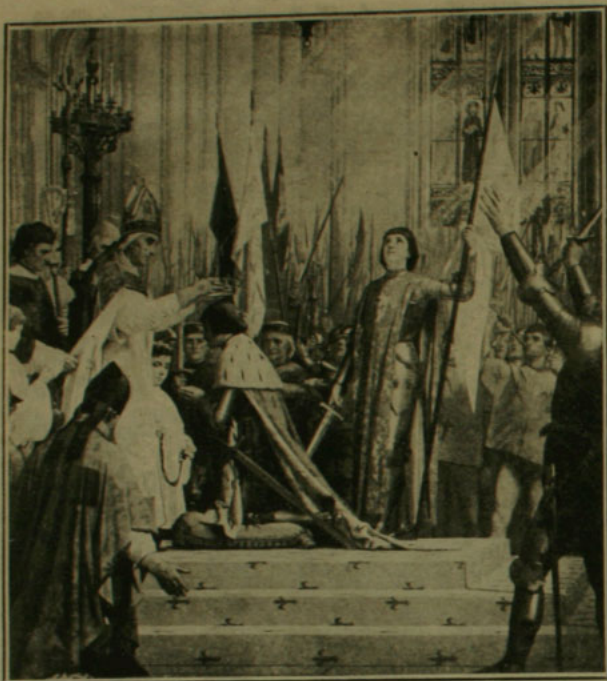
Pero el Rey y sus palaciegos le pidieron que continuase aún al servicio de Carlos VII, y Juana accedió.

Por algún tiempo siguió combatiendo contra los ingleses y su nombre fué el terror de la vieja enemiga de su patria. No había quien pidiese auxilio que no fuese socorrido y al frente de sus soldados corría por campos y ciudades empujando hacia el mar a las fuerzas del Rey de Inglaterra.

Los esfuerzos y la constante la-



La heroína



La coronación de Carlos VII, en Reims

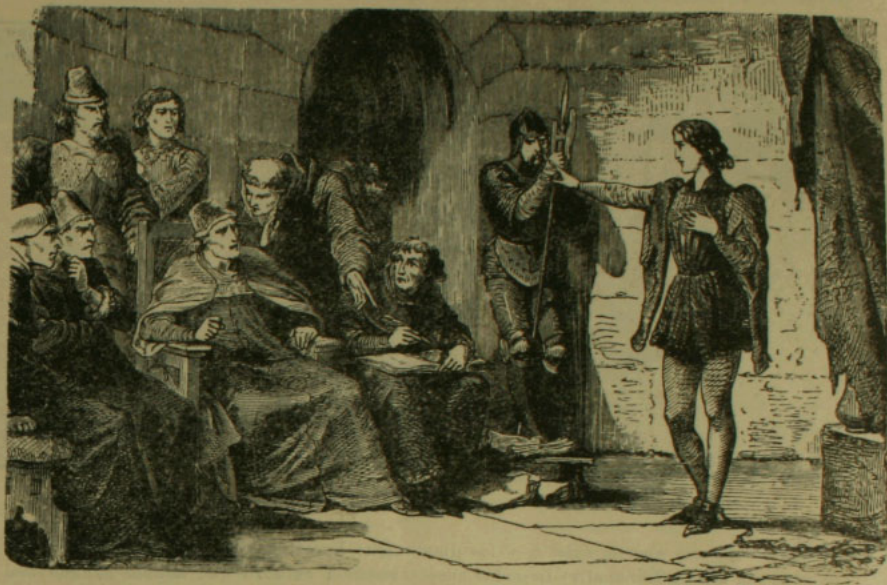
bor de la joven habían colocado en magnífico pie la causa del Rey y.... naturalmente se echó en olvido a la valiente y generosa mujer, de tal manera que cuando aconsejada de su impetuoso fervor, corrió en socorro de Compiègne y cayó allí en poder del enemigo, Carlos VII y su corte nada hicieron por salvarla de la garra que la aprisionaban. ¡Criminal y odiosa indiferencia!...

La célebre caudillo había hecho demasiado mal a los ingleses para que estos no aprovecharsen sin restricciones la ocasión de vengarse, y así no se contentaron con condenarla a muerte, sino que la difamaron y calumniaron.

Nada más a propósito en aquella épo-



Juana de Arco es tomada prisionera



Ante los jueces

ca para hacer aborrecible a una persona que calificarla de hechicera o hereje. Ambas cosas se dijeron de Juana de Arco.

Juan Cauchón, Obispo de Beauvais se constituyó en protagonista de esta infame y vergonzosa empresa. Al efecto, formó un Tribunal compuesto de doctores envejecidos en todos los sofismas del foro, que durante tres meses trabajó sin descanso en la tarea de encontrar culpable a una virgen candorosa, de apenas diecinueve años, y cuya purísima y admirable vida pública era demasiado conocida para ver en ella manifestaciones de doblez o engaño.

La crueldad y asombrosa injusticia de sus jueces y carceleros la desesperaron hasta el punto de intentar evadirse de la prisión. Fué sorprendida al tratar de saltar por una ventana y entonces sus padecimientos recrudecieron: a las ligaduras ordinarias se le agregó una cadena, sujeta de un extremo al pavimento y del otro a su cintura.

Admiraban y desesperaban sus respuestas tranquilas, dignas y exactas a las capciosas y malignas interrogaciones de sus verdugos y a pesar de las sutilezas, subterfugios y del empeño que los jueces gastaban por evidenciar la culpabilidad de la acusada, esta



Camino del suplicio



La santa

no aparecía, como que no existía, y los días pasaban sin que el Tribunal pudiese dar cumplimiento a su cometido. Era legal y materialmente imposible hallar falta en los actos ni en los dichos de Juana, y para la exportación, para el pueblo, era de todo punto indispensable que el temido militar que fué Juana, apareciese en tratos con el diablo!...

Los satélites de Cauchón, dice Anquetil, hacían los mayores esfuerzos para complacer a los ingleses que les pagaban. Daban un sentido equívoco a las respuestas de la víctima; desfiguraban las diligencias, y la hacían firmar algunas falsas, con tal desfachatez que ella misma lo conoció, y algunos jueces, menos corrompidos que los demás, se quejaron de ello al Obispo, quien les hizo intimidar por los ingleses. Pero a pesar de estos manejos el Tribunal eclesiástico no pudo condenarla más que a la pena canónica de reclusión perpetua. La sentencia le fué leída en la Plaza pública de Rouen. Un doctor, llamado Erardo, pronunció en ésta un discurso, lleno de injurias contra ella y contra el Rey, cuya defensa tomó la desgraciada Juana con noble calor.

Todo parecía terminado con el fallo eclesiástico; pero los ingleses no quedaron satisfechos, porque no habiéndola abandonado el Tribunal al brazo seglar, veían con despecho que se sustraía a la muerte ignominiosa y cruel que se proponían hacerla su-

frir. Encolerizáronse contra los jueces y les echaron en cara que habían ganado mal su dinero. Cauchón halló un remedio a esta omisión: la sentencia eclesiástica decía que la joven no volvería a tomar vestido de hombre, y ella lo había prometido así por medio de juramento. Pero los guardianes durante la noche le robaron sus vestidos de mujer, sustituyéndolos con otros de hombre. Al despertar la desgraciada joven pidió se le devolviesen sus vestidos propios, declarándoles que si los negaban, serían causa de su muerte. Sufrió, pues, cuanto pudo y permaneció en la cama hasta que se vió precisada a abandonarla. Cubrióse entonces con el primer traje que halló a mano: algunos testigos puestos de intento entraron al calabozo, la sorprendieron y denunciaron al Tribunal como infractora de su juramento. Este delito pareció bastante grave a los sobornados jueces para modificar su fallo. Una nueva sentencia la declaró, pues: "hechicera, apóstata, hereje, idólatra, embustera, adivina, blasfema, excomulgada, rechazada del seno de la Iglesia, y abandonada por sus enormes crímenes a la justicia seglar". Esta, como era de esperar, condenó a Juana a ser quemada viva.

La desgraciada mujer fué arrastrada al suplicio por medio de una cuerda atada a la cincha de un caballo, a quien el jinete apuraba continuamente con el acicate.

Al pie del cadalso Juana oró de rodillas

y pidió una cruz; un soldado inglés le improvisó una con dos palos. La heroína la besó devotamente y mientras pudo en su agonía, fijó los ojos en aquel signo de redención. El suplicio fué prolongado porque se había dado a la hoguera una altura desmesurada para que la víctima fuese vista de todos. Hasta su postrer suspiro se la oyó pronunciar el nombre de Jesús, interrumpido únicamente por los gemidos y los gritos que la arrancaban sus intensos dolores.

Con aquel horrendo crimen concluyó la inicua farsa del proceso, para eterno oprobio de los verdugos y del pusilánime e ingrato Rey Carlos VII.

El artista del sentimiento romántico, Lamartine, tiene para la heroína un hermoso párrafo al final de su pequeña y popular historia.

“Tal fué la vida de Juana de Arco, dice el historiador poeta, la inspirada, la heroína y la santa del patriotismo francés; gloria, salud y vergüenza de su patria a un mismo tiempo. El pueblo, para colocarla entre las más sublimes, y más conmovedoras figuras de la Historia, no tiene necesidad de aceptar las imaginaciones entusiastas de la multitud ni las explicaciones de otro tiempo. La patria oprimida filtra su alma en una joven; su pasión por la libertad de su país le comunica el don de los milagros, don que la naturaleza da a todas las grandes pasiones desinteresadas. Saliendo de las filas del pueblo contenida por sus padres, arrastrada por su entusiasmo, acogida por la política, presentada como una bandera por los jefes y por los combatientes de una causa perdida, odiosada por el vulgo, victoriosa de los enemigos, abandonada por el Rey, por los hombres y por su genio después de terminada su obra, odiosa a los usurpadores, vendida por la ambición, juzgada por traidores, condenada por sus hermanos, sacrificada en

holocausto a los extranjeros, desapareció como un meteoro, en un sacrificio tenido por unos como una expiación y por otros como resignación a la muerte. Todo parece milagro en esta vida, y no obstante el milagro no es su voz, ni su mirada, ni su estandarte, ni su espada: ¡es ella misma!... La fuerza de su sentimiento nacional es su más cierta revelación. Su triunfo atestigua la energía de su virtud. Su misión no es más que la explosión de la sublime fe patriótica: vive y muere por la gloria y la salud de Francia, y sube a la victoria y al cielo sobre la doble llama de su entusiasmo y de su hoguera. Angel, mujer, pueblo, virgen, soldado, mártir es el escudo y la bandera de los campamentos, la imagen de la Francia, popularizada por la hermosura, salvada por la espada, sobreviviendo al martirio y divinizada por la santa causa de la Patria”.

¡Qué realización tan cumplida tiene hoy esa frase del autor de los “Los Girondinos” ¡la imagen de la Francia!...

¡Cuán profundamente exacto resulta el símil!...

Franceses e ingleses se unen hoy para conmemorar el aniversario de la muerte de la sublime mujer. De las luchas en que ella actuó no quedan más que algunas páginas históricas que se leen con indiferencia; pero de la labor militar de Juana de Arco y de su inmaculada personalidad hay un recuerdo fresco, vivo y potente. Su nombre ha dejado de levantar quisquillosidades entre los enemigos de 1431, hermanos de 1917, y campeones en la santa causa de la nueva redención humana. Juana de Arco ha dejado de ser una figura histórica para pasar a ser un símbolo: el símbolo del valor, de la fe, de la grandeza de alma y de la constancia, virtudes todas de que tan rico aparece en estos momentos el pueblo inmortal de Francia!...

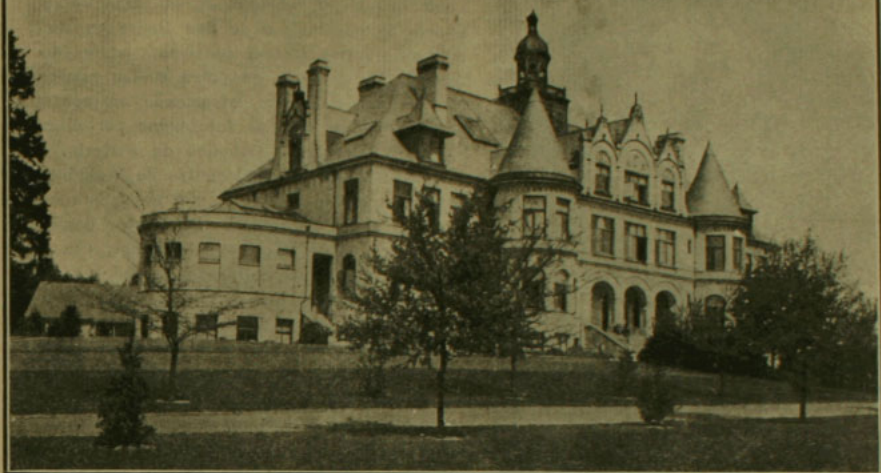
DUGUESCLIN





Un aspecto de la Universidad (Washington)

DENNY HALL. UNIVERSITY OF WASHINGTON
SEATTLE. WASH



Seattle y la Universidad de Washington

Con ilustraciones fotográficas

En el extremo noroeste de los Estados Unidos, existe una hermosa región de lagos y de abras, por las cuales el mar se interna en formas caprichosas hasta muy al interior del continente. En una de ellas, el "Puget Sound" que por el "Almiralty Tule", se comunica con el estrecho de Juan de Fuca, límite del Canadá, se halla Seattle, ciudad universitaria, puerto comercial y centro industrial que, según el censo de 1900, tenía poco más de ochenta mil almas, que en 1910 llegaba ya a las 237,000 y que, en el 1.º de julio de 1915 subía de 333,000 pobladores.

Observada desde la rada, la silueta de la ciudad recuerda a Nueva York, con sus rasca-cielos, entre los cuales se destaca el edificio de Smith Bros los fabricantes de la muy conocida máquina de escribir de su nombre. Contemplada desde un aereoplano,

su situación es tan acuática como puede ser posible, bañada por un lado por las salobres aguas del Puget, brazo del mar y tocando por el otro con tres lagos de agua dulce.

La encantadora posición de la ciudad se completa con los maravillosos paisajes de sus alrededores, llenos de árboles gigantes, de montañas en cuyas cimas la nieve se enciende en viva ascua con los rayos del sol poniente y de todos los más caprichosos fenómenos de la geografía pintoresca, entre los cuales no es el menos hermoso la catarata Snoqualmie, a 30 millas de la ciudad, en donde el agua se precipita desde 269 pies, no sólo para deleite de la vista, sino, muy en especial, para que el industrial americano convierta allí en electricidad la fuerza de sus aguas.

El primer poblado de esta parte de los



Mr. Henri Zuzallo, presidente de la Universidad

Estados Unidos, data de 1852 y se estableció al lado opuesto de la bahía, de donde se trasladó al lugar que hoy ocupa. Tomó el nombre de Seattle de un jefe indio amigo que murió en 1886. Su primer plano fué trazado en 1853; pero no fué incorporado como villa y ciudad, respectivamente, sino en 1865 y 69. En 1884 llegó hasta allí el primer ferrocarril; pero en 1889, un devastador incendio asoló la naciente ciudad, ocasionándole una pérdida que subió de siete millones de dólares. Sin embargo, renació rápidamente gracias a sus valiosos recursos, y luego se unió con una serie de líneas de navegación con el oriente y con las regiones auríferas de Alaska. La primera de aquellas se inauguró en 1896 y en 1909, la importancia de su acción en esa sección del continente hizo que se le acogiera para centro de una exposición en que se exhibían los progresos de Alaska, del Yuhon y de todo el Pacífico Americano.

Hoy por hoy, Seattle es una gran ciudad americana, en que los indios no son sino una curiosidad. En una de las plazas de la ciudad se alzó a modo de adorno, como la

aguja de Cleopatra en el paseo que lleva el nombre de la reina Victoria en Londres a orillas del Támesis, o como esos otros obeliscos que se ostentan en la plaza de la Concordia en París o de San Pedro en Roma, un enorme Totem indígena traído de Alaska. Y una vez que otra suelen aparecer algunos naturales, ofreciendo en venta por sus calles, objetos fabricados por ellos y muy en especial artículos de cestería.

Seattle es el principal centro de la industria maderera en el Noroeste de Estados Unidos. Tiene magníficos astilleros, donde se construyen vapores y submarinos. Cuenta con espléndidos molinos y elevadores de granos, cuyo aspecto se impone a la vista desde que se llega a la rada. La pesquería tiene también allí uno de sus centros más importantes, no sólo por los recursos de su propia región, sino asimismo porque es el punto de atracción de las riquezas de Alaska, tanto en la pesca como en los placeres de explotación del oro.

En uno de sus paseos públicos, el Seward Park, se alza la estatua del conocido Ministro del Presidente Lincoln, Guillermo Enrique Seward, a quien le correspondió en



Mrs. Hellen Zuzallo, esposa y colaboradora de Mr. Zuzallo.

1867, la compra de la península de Alaska a la Rusia. Seward es conocido como un gran benefactor de Seattle, porque los ricos yacimientos de Klondike, en Alaska, y todas las riquezas de su territorio son explotadas por los activos y emprendedores habitantes de Seattle y contribuyen a su poderío y riqueza.

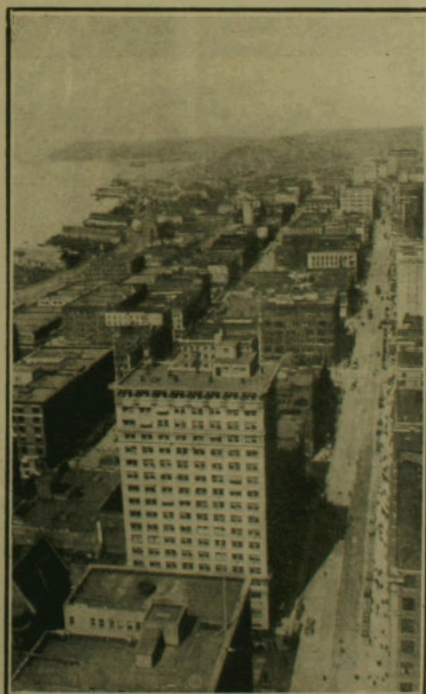
Pero si Seattle es interesante como factor importante de la riqueza americana, no lo es menos como activo elaborador de su cultura.

La Universidad de Washington en Seattle es una de las más importantes en la Unión Americana y tiene para nosotros un aspecto que merece ser señalado como digno de atención: sus vinculaciones con nuestros cuerpos docentes.

Está situada en una península entre los lagos Washington y Unión, con espléndida vista para los lagos y la montaña, en las mejores condiciones para los deportes acuáticos y en un campo que mide 355 acres de extensión. Se compone de numerosos edi-



El profesor chileno del Instituto Comercial de Valparaíso, señor Oyarzún, que ha ido a hacer una clase de español a la Universidad en Seattle, Mr. Strong, que ha venido a reemplazar al señor Oyarzún en el Instituto Comercial de Valparaíso, el cónsul chileno en Seattle, señor Santander



Una calle del Seattle de occidente

cios entre los cuales se encuentran: el "Many Hall", que es el "auditorium", especie de teatro para conciertos, actos solemnes, discursos y demás fiestas públicas de la Universidad; el "Bagley Hall", consagrado a los estudios de física y química; el "Denny Hall", dedicado a la enseñanza de idiomas clásicos y modernos, donde se enseñan lenguas y literaturas griega, latina, inglesa, castellana, alemana, francesa, etc., el "Science Hall", en que se enseñan Matemáticas, Zoología y Botánica, el "Engineering Building", destinado a los estudios de Ingeniería; la Biblioteca; el Museo; el Observatorio astronómico; el "Clarke Hall", destinado a habitación de alumnos; y los edificios recientemente construídos para la "Economía Doméstica"; para los estudios de Derecho y para los de Periodismo.

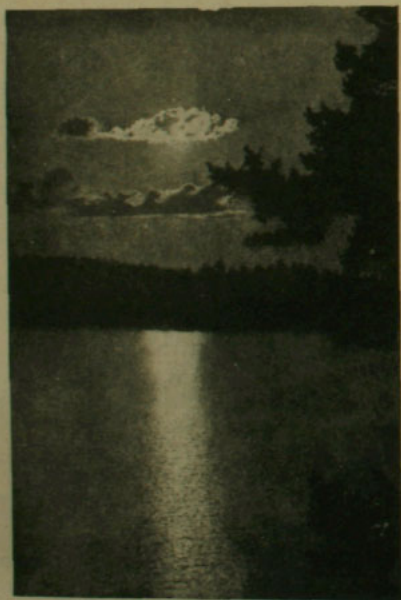
No es posible enumerar todos los edificios que directa o indirectamente pertenecen a la Universidad; porque hay muchos que por un motivo o por otro en realidad le corresponden y acerea de los cuales habría que

extenderse demasiado para explicar lo que significan dentro de la vida estudiantil Americana, lo que no entra en nuestros propósitos. La "Young Men Christians Association", las "fraternities" y los "Sororities", serían por ejemplo de este número. La primera es una institución de carácter universal, que tiene allí una de sus ramas en un edificio de original apariencia, un "Bungalow" de rústica exterioridad y de comfortable interior. Los "Fraternities" son clubs de estudiantes y casa de alojamiento para ellos, a la vez; y los "Sororities", instituciones análogas, para las estudiantes mujeres. Los "Fraternities" de la Universidad de Washington son más de veinte. Los campos y canchas de diversos juegos, las construcciones para deportes acuáticos y demás dependencias de la Universidad constituyen, por su parte, un conjunto que tampoco es tarea fácil describir en pocas líneas.

Ahora bien, en esta Universidad, que tiene como jefe a un escritor tan justamente apreciado como el señor H. Zuzallo, enseñaban idiomas modernos tres profesores chilenos, haciendo tan conocido y hermoso el nombre de la República, que, hace poco, la



Una cascada



Aspecto nocturno en una ensenada

Universidad ha exteriorizado su satisfacción efectuando un cambio de profesores, que ha sido aceptado por el Gobierno de Chile, con un plantel chileno, con el Instituto Comercial de Valparaíso, donde enseña Inglés, ahora, por tal motivo, el profesor don Carlos Munro Strong, en cambio del señor don Benjamín Oyarzún, que actualmente ocupa en Seattle la cátedra "Sanfuentes" de Castellano y de Literatura española.

El señor Oyarzún partió de Chile en los primeros días de enero, por vía Panamá y Nueva York y por el trascontinental del Norte. Al atravesar la meseta del Oeste, Dakota, cerca de Roscoe, la nieve volcó el tren y todo ese estado quedó incomunicado por la tormenta más extraordinaria. Llegó oportunamente a su puerto, sin embargo, y ha merecido una recepción tan amistosa y cordial, que tiene que ser agradecido por el personal docente de Chile, ya que se ha dispensado a nuestras instituciones educacionales, más que a uno solo de sus maestros.



Paisaje marítimo cerca de Seattle



El curso militar de la Universidad

El Cónsul de Chile en Seattle, don Luis A. Santander, a cuya inteligente influencia se debe en gran parte este intercambio de profesores y que es, también, uno de los profesores de esa Universidad, nos dice que se han dispensado al señor Oyarzún atenciones que no se prodigan allí y que han repercutido fuera de los límites del Estado.

El señor don Carlos Munro Strong llegó a Chile en el "Aysen", ostentando ya la in-

signia del Instituto Comercial de Valparaíso. Fué cariñosamente recibido y al contestar el discurso con que se ofreció un almuerzo que se dió en su honor, tuvo frases muy felices, entre las cuales queremos recordar una en que expresó que en Seattle enseñaban ahora cuatro profesores chilenos y que, por tal motivo, el nombre de Chile es allí tan conocido, que para mucha gente de allá Sud América es todo Chile.





FRANCESES ENTRE LA NIEVE PREPARAN-
DOSE PARA EL LANZAMIENTO DE BOMBAS





La Muerte y el Lisiado



La Muerte y la Reina

La danza de la muerte

Por _____

CARMEN de BURGOS

Con ilustraciones

Un museo de historia tiene algo de tienda de anticuario. Entramos en él con la esperanza de descubrir un objeto único entre ese enorme fárrago en que muebles, tapices y cerámicas se amalgaman, se mezclan y se pierden en un exceso de promiscuidad. Cada uno de esos objetos por sí solo nos interesaría o nos conmovría hondamente; todos reunidos, hacinados, expuestos con su tarjeta explicativa delante, pierden su interés. Los museos tienen para las cosas algo de lo que tienen los asilos para los pobres: lo igualan y lo confunden todo. El asilo y el hospital representan la miseria de la sociedad, que crea la casa de todos, porque cada uno no puede tener su casa. El museo es también una casa de todo y de todos: de todo lo que es imposible con-

servar en el sitio para donde fué creado, único en que puede tener su vida completa y conservar la emoción que se propuso el artista.

Sólo alguno que otro objeto de un valor consistente y único queda en nuestro recuerdo, destacado de esos otros que creemos haber visto en todas partes y que se designan como **piezas de museo**.

Las danzas macabras son de las que conmueven siempre. Es frecuente encontrar este asunto por el que pintores y poetas mostraron gran predilección a fines de la Edad Media y comienzos de la nuestra. Muchas veces la célebre danza me ha hecho detenerme a meditar; recuerdo entre otras, la de Lucerna y la de Lubeck, pero ninguna



La Muerte y la hermosa

me ha causado impresión tan honda como la de Basilea.

Tal vez contribuye a esta emoción que el museo donde se conservan sus fragmentos está instalado en la nave central de una vieja iglesia, cuyas capillas laterales se han convertido en habitaciones de tradicionales casas suizas. El museo tiene esa luz tenue y velada de las iglesias que envuelven las cosas en algo de misterio y les presta una especie de respeto melancólico, de culto religioso, como si fuesen venerables reliquias.

Esta "Danza de la Muerte" fué pintada al fresco a principios del siglo XV sobre el muro del cementerio del convento de los dominicos, en la iglesia de San Juan, en Basilea. Se han salvado sólo a los desgastes del tiempo algunos fragmentos notabilísimos, que por la crudeza de color y lo ingenuo del procedimiento, recuerdan "El Triunfo de la Muerte", de Andrea Orcagna, en el cementerio de Pisa.

Aunque se ha logrado restaurar toda la composición, que en realidad no es un cuadro sino una serie de cuadros, con su moraleja y todo, no podríamos tener idea completa de la obra sin el viejo códice, colocado cerca de ella en un atril, que nos ofrece en sus grabados de madera, recios y definitivos, la idea cabal.

En primer término, de la primera hilera

de cuadritos, de las tres que componen el fresco, se ve a un predicador que dirige la palabra a la multitud. Parece que les habla de la inestabilidad de las cosas humanas, porque en la escena siguiente una multitud de esqueletos, calaveras y huesos, salen bailando al son de flautas y de tambores. La Musa popular que ha puesto leyenda a todas las escenas dice: "Mortal, con respeto contempla tu pintura.—Igual que esos cuerpos odiosos serás tú al fin.—Así la flor de los campos que florece por la mañana.—Por la noche no es más que un despojo estéril y sin forma."

Cuando más se contemplan las escenas, más se revela la profunda filosofía de la obra, superior, con mucho, al libro de Maeterlinck de "Las Siete Canciones."

Aquí el artista le ha dado a su obra, con aparente despreocupación, una gran variedad y una gran ironía. La Muerte no perdona a nadie, invita a bailar a Pontífices, emperadores, reyes, reinas y emperatrices. Siguen cardenales, obispos, jueces, damas, nobles, artistas, sabios, bellezas célebres, mendigos, jóvenes y viejos; a todos les arrastra con un gesto regocijante; tiene esa familiaridad amistosa, de amigo dado a la francachela, que da grandes golpes en la espalda; de esos camaradas que se acercan sigilosamente por detrás y nos tapan los ojos para ver si los conocemos, o nos enla-



La Muerte y el Papa

zan súbitamente por el brazo para llevarnos con ellos.

Esta Muerte, más que trágica, es burlona; quizá la que se aparece más dolorosa es aquella que ostenta cara cadavérica y conserva sobre el esqueleto las últimas piltrafas de la carne; es la menos real, y tal vez por eso la más repugnante. Se nos presenta con la sencillez de un hecho natural que no debe ser temido. ?

No hay para todos igualdad en la muerte; hay una variedad que indica que la muerte es algo nuestro y que va con nosotros. Lo revelan las actitudes. La Muerte del manco es manca como él. Hay en ella gesto de cariño o de burla para los que elige. Parece que con las mujeres intenta un vals más alegre que con los hombres. Es saltarina y le gusta, sobre todo, tocar algún instrumento de música: flautas, violines, castañuelas, zampoñas y violas. Ella las toca con alegría, se adorna con sombreros, con mantos y con plumas. Sus palabras, que están llenas de una fina ironía con los poderosos, son de una gran ternura y da consejos maternos a esas gentes humildes que se dedican a ganar pobremente su vida. Tan transigente es, que permite a todos una respuesta a su invitación. Una respuesta llena de humildad, de miedo; todos están sorprendidos en su ambición; sólo los pobres, los desdichados, la siguen contentos, como los que imploran: "¡Oh, Muerte, sueño de mi pena."



La Muerte y el Emperador



Evocación de los difuntos

Cuando sorprende al buhonero y le arrebatara su escaparate y tiendecilla ambulante, él exclama:

"Oh, Muerte, te suplico que esperes a que mis deudores me hayan pagado."

Un cardenal dice:

"Morir cuando yo espero llegar antes de un año a la mayor grandeza."

La reina suplica:

"Déjame vivir lo bastante para que aprenda a morir."

El ciego, al que ha separado de su perro lazarillo la tijera de la Parca:

"Sin vista, sin amigos, separado de mi pobre perro, sea la Muerte bien venida."

La esposa de un pintor que ha perdido su familia, se resigna:

"Vamos a reunirnos todos al pie del Altísimo."

El gordo cocinero protesta:

"La Muerte me llevará al lugar donde todos los días es cuaresma."

Con el bufón, la Muerte se viste de bufón también y le arrastra a pesar de la queja:

"No respetas ni siquiera a los locos."

Y así con los humildes es amable y dice al mendigo:

"Pobre viejo impotente, en el mundo no eres más que un fardo, en mi ronda danzarás al lado de los reyes."

Y a la jovencita:

"La palidez se ha extendido sobre tu sem-



El predicador y los resucitados

blante; no tengas miedo y dispón tu corazón para danzar sólo conmigo.”

Con el usurero es cruel:

“Alma infame y vil, no eres más que un ladrón y seguirás las huellas de un guía tan negro como tu corazón.”

Dice a la emperatriz, galante:

“Vuestros cortesanos han huído, tomad mi mano y danzaremos juntos.”

Invita al kaiser:

“Tenéis la barba gris; disponéos a seguirme; mi trompeta os manda partir.”

Y al Pontífice:

“Santo Padre, comencemos la danza; ni tiara ni honores algunos del paso decisivo os pueden dispensar.”

Esta familiaridad, esta falta de respeto con los poderosos, responde también al espíritu de la época y me recuerda la farsa de Juan de Pedrosa Tendidor, vecino de Segovia, intitulada también la “Danza de la Muerte”, de la cual son personajes el Papa, el Rey, el Pastor, la Dama, la Razón, la Ira y el Entendimiento. En esa farsa, que es un auto sacramental en el cual su autor declara estar escrito para el Santísimo, la Muerte usa este lenguaje con el Pontífice:

“—Oh, cuán sin acuerdo de mí, y sin temor, Yaces en vicios terrenos jatañdo

La gloria pasible de acá procurando,
Soberbia mostrando por ser gran señor.
En quien la humildad, según que a pastor
Había de ser grande ejemplo al ganado,
Y pues fué el revés, irás muy priado
Conmigo a do cuenta darás de tu error.”

Hay que tener en cuenta la época de lucha y de opresión en que aparecen estas manifestaciones del arte para comprender cómo la ocasión de poder expresar el deseo de igualdad y justicia era acogido por los artistas con un entusiasmo y una pasión que han bastado para hacer sobrevivir sus obras por la fuerza vital que a través del tiempo perdura en ellos.

La moraleja de la composición estriba en los versículos del Apocalipsis: “Nadie debe creerse mejor que otro y olvidar su miseria, su pobreza y su desnudez.” Adán y Eva están cerca del final, y, en último término, una ciudad desierta y desolada.

Siendo una cosa tan macabra, toda la composición está, sin embargo, llena de serenidad, de jovialidad, de algo tan humano, que hoy nuestro credo estético, cansado del amaneramiento, del realismo, del academismo, se vuelve hacia esas obras de un movimiento ingenuo que despiertan la emoción y hacen pensar.



La Muerte y el Bufón



BOLIVIA

Bolivia es una mesa de plata sostenida
por columnas de oro.—Raymundy.

Por

Fidel Anze Soria

Con ilustraciones fotográficas

Bolivia, que es el centro de cinco Repúblicas, tiene una importancia comercial e internacional propia. Con una extensión superficial de 709,000 millas cuadradas y una población de tres millones de habitantes, ocupa el tercer lugar entre las naciones de Sud-América, en relación a su área. La Cordillera andina, entrando a Bolivia, se bifurca en dos ramales: uno al Occidente y otro al Oriente; este último forma la cordillera real, donde ostenta el hermoso Illimani, con sus 21,000 pies de altura, y el Illampu, con 21 mil 700. La altiplanicie boliviana, que mide más o menos 66,000 millas cuadradas, con una elevación de 13,000 pies sobre el nivel del mar, se extiende entre estas dos ramas principales de Los Andes. Además de esta gran altiplanicie, se encuentran hermosos bosques que ocupan más de 304,000 millas cuadradas, con 7,000 millas de ríos navegables que pueden dar cabida a muchos millones de habitantes.

El comercio de Bolivia se halla actualmente monopolizado

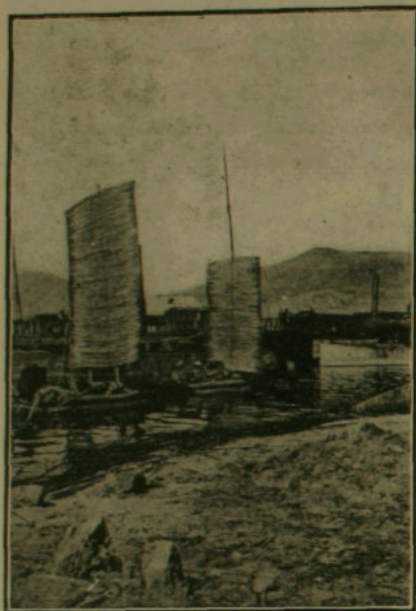
por el capital alemán, donde el 80% le pertenece. Los alemanes llevan a Bolivia todos los artículos generales de importación, especialmente aquellos llamados "de batalla"; importan loza, tejidos, quincallería, sombreros, maquinaria agrícola e industrial, automóviles, drogas, pinturas, etc. Como exportadores, figuran en primera línea en el ramo de los metales, de la goma elástica y de muchos productos medicinales. Fir-

mas alemanas son las que han adquirido y explotado grandes extensiones de gomas en el noroeste de la República, en el tradicional Beni, donde la codicia brasilera concluyó con el dominio del Acre, riquísima posesión boliviana que hoy queda anexada al Brasil por el desastroso tratado de Petrópolis.

Después de los alemanes figuran los comerciantes norteamericanos, que venden los artículos de primera necesidad, como harina, trigo, maquinaria, material para ferrocarriles, aceites y esencias minerales, ferretería, etc. Siguen a éstos los austriacos, con sus



Don Fidel Anze Soria, distinguido caballero boliviano que, después de una larga permanencia en Chile, ha emprendido viaje a la Argentina.



Navegación en el Titicaca.

mercaderías del ramo de abarrotes; y tras de los austriacos vienen los de otras nacionalidades: como ingleses, franceses, españoles, italianos, etc.

La balanza comercial de Bolivia está sostenida principalmente por los metales: plata, cobre, estaño, oro, bismuto, antimonio y por productos propios del país, como la goma elástica, la coca, el cacao, el café y otras sustancias medicinales.

El comercio exterior de Bolivia ha aumentado considerablemente; en 1912 se obtuvo un magnífico balance, que dió 40 millones 500,000 bolivianos en importaciones, habiendo excedido las exportaciones de 90 millones de bolivianos.

El desarrollo agrícola de Bolivia atraviesa un período de transición; basta referirse a la consideración de que las tierras cultivadas son escasísimas, quedando aptas las dos terceras partes de la superficie, que por falta de un sistema adecuado de irrigación permanecen abandonadas.

El problema agrícola de Bolivia está sometido y vinculado a otros de importancia capital que tienen aspectos triples: los problemas de la población, de la deficiencia in-

dustrial, de la falta de capital; cada cual de ellos está sujeto a las exigencias de los otros. La agricultura de Bolivia ofrece hermosas expectativas. La fértil y encantadora comarca de Cochabamba encontrará luego reproducciones extensas, siempre que una etapa de labor hábil de Gobierno y de acumulación de capitales sea continuada con tesón y firmeza.

Bolivia cuenta con una red ferroviaria de 800 millas de explotación, con 385 millas en construcción y 2,138 millas en proyecto, que indudablemente se construirán.

Los negocios mineros representan en Bolivia el problema más trascendental, y esta base que hoy se presenta grande, inagotable, se sustentará triunfante en muchos períodos de civilización, brindando a la labor y a la ambición conquistadora de los hombres elementos tan diversos como cuantiosos. La fama de Bolivia en este orden es universal. Un eminente sabio y explorador, Mr. Raymundo, que estudió hace años la formación mineralógica de Bolivia, ha dicho que aquel territorio "es una mesa de plata sostenida por columnas de oro". Esta definición, que está en el dominio del mito, tiene un valor gráfico, del cual se deriva



Tiaguanacu.

una precisa consideración de la abundancia metalífera de Bolivia.

La distribución minera del territorio boliviano se puede asegurar que se reduce a la parte que está al Occidente de la Cordillera real; ahí están los filones más ricos en oro, plata, estaño, cobre, bismuto, wolfram y antimonio. La existencia de los yacimientos auríferos en el territorio de Bolivia es muy abundante, pudiendo clasificarse en tres las regiones del oro: la primera, situada al N. O. hacia las fronteras con el Perú, comienza en la cuenca del Ynambar y comprende las provincias de Caupolicán, Muñecas, Larecaja, El Cercado, Yungas, Inquisivi, en el departamento de La Paz.

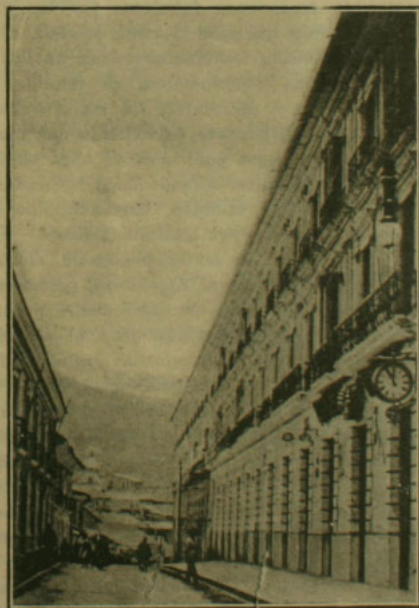
Esta misma región se prolonga por el departamento de Cochabamba y va a terminar en el de Santa Cruz.

Los afamados lavaderos de San Juan de Loro Suches, Tipuani y las minas de Araca, Ayopaya, pertenecen a la primera región. La segunda comienza en Atabamba y Lippez, sigue al sur hasta Chayanta, sube hacia Potosí, pasa por Tarija hasta llegar a Santa Cruz, donde quedan los yacimientos de Esmeralda y Sierra Gorda.

La tercera región, la más rica, queda al



Casa de Gobierno, Sucre.



Calle Comercio.—Edificio Concepcionista.

norte, en las nacientes del Madre de Dios, el Acre y el Purús, regiones todas inexploradas hasta hoy.

Durante los últimos años, se puede calcular el promedio de la producción de oro en Bolivia en una cantidad que pasa de 300 kilogramos, con un valor de 572,000 bolivianos anuales, cifras que determinan únicamente la cantidad de oro exportado.

El metal que le dió fama a Bolivia y principalmente al cerro de Potosí, fué la plata, que desde el año 1556 hasta 1651 rindió a la corona de España sólo por derechos de quinto, la suma de 3,340,000,000 de pesos fuertes.

El Alto Perú ha sido en los tiempos del coloniaje el imperio más rico de minerales de plata, habiéndose explotado varios yacimientos de este metal, principalmente en la región occidental y meridional del territorio.

Existen más de diez mil minas abandonadas, minas que en otro tiempo han sido objeto de una explotación activa y fuente de riquezas incalculables.



Vista general de La Paz con el Illimani.

No se puede establecer por falta absoluta de datos la cantidad de plata extraída de estos minerales durante los tres siglos de la dominación española.

Servirán, sin embargo, como antecedentes para apreciar la importancia de la producción argentífera en aquel tiempo algunas noticias referentes a una sola de las minas: la mina Potosí.

Esta mina fué descubierta en 1545 por un indígena apellidado Mallko, de quien se refiere que habiendo sido sorprendido por la noche en la falda del cerro, viajando con sus llamas y habiendo encendido una hoguera, se encontró a flor de tierra con plata casi pura.

Existe en el cerro del Potosí más de cinco mil boca-minas, cada una de las cuales ha enriquecido a descubridores y mantenido con sus productos la ciudad de Potosí, la más rica y populosa de Sud-América en aquel tiempo. Su población alcanzaba a 200,000 habitantes.

“Esta enorme cantidad no representa sin embargo el total de la producción de las minas del cerro de Potosí; puesto que, como opinan varios cronistas de aquel tiempo, el tesoro real apenas percibía los derechos correspondientes a una cuarta parte de la extracción total de plata, saliendo todo lo demás para uso particular de los mineros, en forma de utensilios o exportándose por contrabando, burlando o sobornando la vigilancia de las autoridades.

Desde 1790 comenzó a declinar la produc-

ción, no por haberse agotado o empobrecido las vetas, sino por falta de maquinarias adecuadas para desembarazar los socavones de las aguas que los inundaron.

Sin embargo, desde aquel año hasta 1865, la extracción ha alcanzado a 3,531,000,000.

Estos datos permitirán formar una idea aproximada de los alcances que debió haber tenido la producción de la plata, explotando, como se explotán, más de diez mil minas diferentes.

A las riquezas minerales y a la plata principalmente, ha debido el Alto Perú el haber sido poblado por los españoles, no obstante las dificultades que su suelo escarpado e inaccesible ha ofrecido siempre a los viajeros.”

En el departamento de Cochabamba existen las minas de Arque y Chuquicamata, las dos de tradiciones fabulosas por las grandes riquezas que se obtuvieron de ellas. Ahora mismo pueden contemplarse las huellas de las pasadas explotaciones, su infinidad de boca-minas y desmontes. En las inmediaciones de Chuquicamata ha existido una ciudad floreciente, cuya población se hace subir a 30,000 habitantes. Abandonadas las minas, la ciudad lo fué también, habiendo sido más tarde sepultada por las inundaciones.

“La guerra de la independencia causó un daño muy grande al Alto Perú, perturbando el desenvolvimiento de sus industrias metalíferas. De aquel período data el abandono de la mayor parte de aquellas grandes minas.

La guerra se encontró en el Alto Perú, llevando la aflicción y la ruina a todas las poblaciones, mientras que en el resto de la América apenas se libraron algunos combates. Parece que la España en medio de la conflagración hubiera pretendido solamente defender la región de las minas, abandonando todo lo demás.

De las cinco mil boca-minas que tiene el cerro Potosí, no quedan hoy día más que dos socavones en explotación: el real socavón que pertenece a una compañía inglesa y cu-

ya producción se mantiene todavía en una cifra apreciable; y otro socavón cuyo trabajo se realiza con demasiada dificultad.

Después del cerro Potosí, se presenta la mina de Pulacayo, considerada como la primera en el mundo por la riqueza de sus vetas y por la excepcional calidad de su metal. Desde 1837, en que comenzó a explotarse nuevamente hasta 1901, ha producido la enorme cantidad de 4,520 toneladas de plata. Apreciando en 48 peniques el valor de la onza standart de plata (de 28 gramos), la anterior cantidad de producción representaría la suma de £ 24.000.000, o sean Bs. 300 millones, que es lo que la mina Pulacayo ha producido en ese período corto de 28 años. Esta mina pertenece a la Compañía Huanchaca de Bolivia, que posee grandes recursos, como líneas telefónicas, oficinas de fundición y amalgamación, líneas férreas en la extensión de 42 kilómetros para unir las minas entre sí y con el ferrocarril de Autofagasta. Ocupa diariamente de 3,500 a 4,000 obreros y se asegura que sus instalaciones compiten con las mejores del mundo. Esta Compañía es hoy de capitalistas chilenos.

La mina de Pulacayo fué descubierta y trabajada en el siglo XVIII, y la abandonaron con motivo de la guerra de la independencia hasta 1832, en que la rehabilitó un señor Ramírez.

En la actualidad su producción alcanza a unos 6 millones de bolivianos anuales."

El estaño es el gran producto de Bolivia. La producción de este metal en los tiempos actuales ha alcanzado a aplicaciones industriales muy extensas.

La riqueza de Bolivia, respecto a este metal, alcanza a proporciones incalculables y no se debe abrigar duda de que en un porvenir no lejano ocupará este país el primer rango entre los grandes proveedores de estaño.

Las zonas estañíferas de Bolivia no están aún convenientemente demarcadas con examen técnico de las condiciones geológicas del territorio.

Como referencia a los yacimientos en explotación se han estableci-

do cuatro zonas: La Paz, al norte; Oruro, al centro; Colquechaca, al sur; y Potosí, al este. Esta clasificación es muy arbitraria.

En la zona o distrito de La Paz existen los minerales de Huaina, Potosí, Milluni, Tres Cruces y otros. Esta zona, no obstante de ser muy rica, parece inferior a la de Oruro, en cuyo distrito se encuentran yacimientos de una asombrosa abundancia, debiendo citarse entre ellas las minas de Huanuni, Uncía, Negro Pabellón y Vilacollo. A esta misma región pertenecen algunos minerales de Arque, entre los que deben citarse los minerales de Berenguela y del 14 de Septiembre.

En las zonas del Chorolque y de Potosí, se explotan los minerales de estaño conjuntamente con la plata, debiendo mencionarse las minas de Llallagua y Poreo, la primera propia de capitalistas chilenos.

La construcción de nuevos caminos férreos que hoy se realizan, facilitarán el transporte y el acrecentamiento de la explotación de minerales que por ahora queda reducida únicamente a las minas muy ricas que, con la excelencia de su ley, son capaces de cubrir sus gastos.

Las autorizadas opiniones de **Dorvigni**, **Derreys**, **Lassalle** y otros sabios geólogos y exploradores que han estudiado la configuración del territorio de Bolivia, coinciden armónicamente en la conclusión de que la riqueza natural de esta República es fabulosa, quedando en su parte más apreciable completamente ignorada.

Consolidada la labor gubernativa de Bolivia dentro de un ambiente tranquilo y afianzado el orden interno de la nación a raíz de la última contienda intestina del año 1899, que sirvió como lección provechosa pa-



El "Illimani"

ra convencer al pueblo que sólo debía esperar progreso en el trabajo y la organización de sus industrias, concentró ideales y esfuerzos que han dado ópimos frutos.

Los grandes problemas de la instrucción popular y la disminución del analfabetismo fueron el comienzo de una nueva era de resurgimiento nacional, donde las ideas liberales fructificaron, difundiendo triunfantes en todos los espíritus que anhelaban progreso y felicidad para la patria, que hasta entonces vivió una vida agitada de odios y ambiciones militaristas.

Resuelto el problema educacional, con la organización de un Instituto Modelo de Pedagogía, que se estableció en la capital bajo el tino y la competencia de una misión belga, que trabaja resueltamente en favor del país, tiene hoy Bolivia un buen contingente de profesores nacionales bien preparados, que se han difundido en todo el territorio, llevando la nueva doctrina de la ciencia, donde la observación y la experimentación han desterrado los antiguos y perniciosos sistemas mnemónicos, que especulaban la memoria como único factor educativo.

El criterio científico de su Universidad mejora diariamente con la renovación sucesiva de elementos jóvenes que beben la ciencia en las ciudades europeas y americanas, donde el progreso de los principios científicos se desborda a raudales.

En Bolivia se destacan inteligencias muy bien organizadas, que han puesto toda su energía al servicio del país; entre este conjunto que pasa de una centena, sobresalen sociólogos y políticos de primera talla.

Bolivia cuenta con Facultades de Leyes, Medicina, Matemáticas, Filosofía, Agronomía, Veterinaria, Comercio y Artes Industriales, servidas por especialistas que imprimen a los estudios un carácter de adaptación netamente nacional y práctico.

El cultivo de la Literatura y de las Bellas Artes se ha estimulado poderosamente, llegando a adquirir en estos últimos años una fisonomía característica exclusiva del país. Libros nuevos y estudios especiales que ven la luz pública periódicamente atestiguan el nivel superior que adquieren las letras

bolivianas, donde las poesías de Adela Zamudio, Félix A. del Granado, Claudio Peñaranda, Rosendo Villalobos, Abel Alarcón y otros muchos poetas inspirados exteriorizan las dulzuras del alma boliviana.

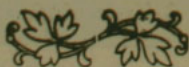
La prensa de Bolivia cuenta con diarios interesantes que marcan con viveza los acontecimientos del exterior y del interior del país; entre los principales pueden mencionarse "El Diario", "El Tiempo", "La Verdad", "El Figaro", "El Comercio de Bolivia", de la ciudad de La Paz, "La Mañana", "La Capital", "La Industria", de Sucre, "La Prensa", "El Industrial", de Oruro, "El Tiempo", de Potosí, "El Herald", "El Ferrocarril", de Cochabamba, y muchos otros que hacen labor tranquila y levantada en pro de las necesidades de la nación.

En Bolivia hay periodistas de verdad que trazan habilosamente sus pensamientos, pero fuerza es confesar que los verdaderos cultores del periodismo son pocos, no pasan de una veintena.

No se puede dejar de nombrar a algunos de ellos, cuyo prestigio ha trasmontado las fronteras del país, como ha sucedido con Alberto Gutiérrez, Rodolfo Soria Galvarro, Luis Salinas Vega, Arturo Oblitas, Rafael Cando, José Antezana, Bautista Saavedra, Daniel Sánchez Bustamante, Ernesto Careaga Lanza, Franz Tamayo, Pablo Céspedes A. y muchos otros que ahora dirigen las corrientes de la opinión.

La política partidarista caracterizada en dos bandos que se disputan la supremacía, adquiere día a día un temperamento juicioso en aras de la tranquilidad pública, contribuyendo esta orientación a cimentar el crédito del país en el extranjero y a atraer capitales y elementos que tomen a su cargo la explotación de la gran riqueza que queda ignorada hace tantos años.

No es de dudar que Bolivia, perseverando en el convencimiento de la paz y del orden, llegue en un mañana próximo a hacer de su territorio una potencia preponderante, como la desearon sus libertadores Bolívar y Sucre, y hoy lo desean ardientemente sus hijos.



EL JARDIN DEL REY

Por

Paul y Víctor Margueritte

Con ilustraciones

Enriqueta no se preocupaba con semejantes pensamientos. Reventaba de salud en su vestido de "foulard" grosella con lunares blancos, que su robustez llenaba de agradables redondeces. Una ingenua alegría irradiaba de toda su persona. Reflejándose en ella la gloria de Lacaille, le parecía ser, en cierto modo, la heroína de la jornada. Era la única que de pensamiento investía al oficial con semejante gloria, y, con mayor razón, la única que se consideraba partícipe de ella.

Gozaba con digna reserva la satisfacción de sentirse reina desconocida. La frescura de sus guantes de cabritilla blancos, (5,80 francos en los almacenes del Printemps. ¡En qué los ahorraría, Dios mío!), le hacían olvidar el enojo que le causaban sus manos un poco rojas. ¡Nadie sabe cuanto estropean la piel los quehaceres de la casa!

Sólo Jacobita y madame Durdelle tuvieron para Rosa un saludo cordial. Jacobita, porque no tenía nada que envidiarle, y madame Durdelle porque siempre la obligaba una situación floreciente. En cuanto a Luisa, más que de costumbre, tenía su risita gana de morder viendo el encanto, el esplendor de Rosa brillar en el sitio que en sus sueños reservaba para sí. Si el mundo fuera justo, nadie más que Luisa Durdelle debía sentarse a la izquierda de madame Dumerchin; nadie estaba más claramente indicada para una elección que parecía destinada a propagar rumores que se cuchicheaban por todas partes, y que Luisa se figuraba ver correr de boca en boca, sintiendo una especie de doloroso placer en formularlos y repetírselos. ¡Ah! ¡Ved a mademoiselle de Vernay en el coche de madame Dumerchin! ¿Cuándo es la boda? ¿Habéis visto a las dos señoras Dumerchin?

Enriqueta por su parte se limitó a pen-

sar, haciendo un leve movimiento de mano, que mostró la blancura inmaculada de sus guantes: ¡Esa tonta se figura que no me hago cargo de las cosas! ¡Cómo si no se viera claro el juego! Incita al teniente aparentando preferir al agente de cambios. ¡Quiere darle un camelo! ¡Ay; yo la reemplazaría!) No hay más que una desgracia, y es que Lacaille no piensa en ella. ¡Tendrá que contentarse con el agente! ¡Ja, ja! ¡Nunca he tenido tanto ingenio!

De pronto dejó de reír y se puso colorada: monsieur de Lacaille la saludaba desde lejos. Le respondió con una graciosa inclinación y una sonrisa discreta y obsequiosa, que se esforzó por hacer encantadora. Y pensó llena de orgullo: ¡Bien sé yo en quién piensa monsieur de Lacaille!

Su confianza era tan firme que no se desconcertó viendo que el mismo Lacaille, que se había contentado con saludarla de lejos, se dirigía al trote largo hacia el landó de madame Dumerchin, que acababa de divisar, y se acercaba a Rosa para darle un cordial apretón de manos. ¡Cómo disimula!—dijo Enriqueta.

Rosa cambió otros saludos y estrechó diferentes manos. Al estribo del landó cinco o seis caballeros rivalizaban en cortesía; por deber para con madame Dumerchin, dispensadora de comidas y saraos, y por placer con relación a mademoiselle de Vernay, bailadora muy solicitada, que—cosa rara—bailaba bien, y—cosa más rara todavía—también charlaba con discreción muy notable.

Hubo una breve expectación. En una victoria ricamente atalajada—los caballos llevaban grandes penachos purpúreos en el frontal y hacían resonar las piezas de sus arreos barnizados demasiado vistosos—madame Allaygre hizo su aparición, severamente vestida de seda amarilla. De igual modo que las Durdelles, con hábiles ma-

nejos había conseguido que una anciana señora, la marquesa de Hecran, cuyo nombre era muy linajudo en los blasones versalleses, asistiera en su excelente coche a la aristocrática diversión de las carreras. Y la anciana señora movía la cabeza sonriendo, no sin gracia, y mirando de reojo a su acompañante. Porque la Marquesa, que era pobre y no se avergonzaba de ello, estimaba la diversión bien pagala con el gozo que sentía viendo a aquella burguesa reventando de satisfacción por ir en su compañía.

Rosa admiró un momento el trabajo que visiblemente se tomaba madame Allaygre para recoger y como forzar los saludos y homenajes que recibía, por más que quisiera fingir hallarse distraída. La bella pava no descansó hasta que fué reconocida y saludada por todos. Cuando un oficial se le acercaba parecía que se erguía en el fondo de su coche con tanta satisfacción, que Rosa instintivamente aguzaba el oído.

—¡Diríase que va a cloquear! ¡No es cierto?—dijo caritativamente madame Dumerchin, adivinando lo que pensaba la joven, que al notar semejante coincidencia de ideas de pronto se sintió indulgente.

Reconociéndose cómplice de la conocida malignidad de la prefecta, se avergonzó de la suya. Pero madame Allaygre tenía un aire tan cómico escuchando al capitán Semot y a monsieur de Lacaille, que le dirigían algún rápido cumplido, que Rosa no pudo menos de cambiar con miss Seven una mirada de inteligencia.

Prodújose cierto movimiento. Acababa de llegar el coronel del 15 de coraceros; monsieur de Lacaille por última vez se volvió en la silla para ver si todo estaba en regla, y llevándose a la boca su pequeña trompeta de cuerno, dió la señal con una nota aguda. Luego, picando espuelas al caballo con aquel de sus camaradas que 'la víspera le había ayudado a esparcir los papelillos por el intrincado dédalo de la pista, desapareció inclinado sobre la perilla e imitando la rápida huida de un animal.

Al mismo tiempo rompió a tocar la banda de cornetas que estaba oculta entre los árboles, acompañando con el gozoso ruido de sus notas metálicas el vistoso arranque de los caballeros que se lanzaban en persecución de la res.

Los más rápidos se pusieron a la cabeza; véase al caballo de pura sangre saltar con pasmosa agilidad allá a los lejos, entre los árboles. El grueso de los monteros internóse bajo el puente del ferrocarril, y se escalonó a lo largo de la rápi-

da pendiente que va hacia el arbolado que rodea el palacio de Satory. La charanga exhalaba su vibrante clamoreo, cuyo ritmo se perdía a través de la espesura, y sus marciales notas encendían la sangre y ensanchaban el corazón.

El landó de madame Dumerchin seguía al paso en fila con los demás coches. Rosa veía agruparse penetrando en lo más espeso del bosque a esparcirse por las emboscadas laterales a la brillante muchedumbre de caballeros. Detrás estaba el lujoso cortejo de troncos lozanos y trajes primaverales, y en el fondo, entre los árboles, más allá del Curtius encabritado en su petrificado galope, la luminosa extensión del lago de los Suizos, la grandiosa decoración de los Naranjos subiendo por la gigante escalinata de las Cien Gradas hacia la grandeza real del palacio y del parque, bajo el dossal azul del firmamento. Y la joven murmuró:

—¡Esto es encantador!

Luego dedicó un pensamiento a su tío, que había rehusado acompañarla a pesar de las cariñosas insistencias de madame Dumerchin. ¡No; tenía que hacer algo más importante que aquellas gazmoñerías! A Rosa le había parecido que padecía un acceso de misantropía. No siempre hablaba así del mundo, donde su amabilidad de verdadero gentilhombre y su chispeante conversación le habían asegurado un lugar muy preeminente, del cual bajaba poco a poco a medida que sus manías espiritistas y sus investigaciones de lo pasado iban absorbiéndole, hasta el punto de permanecer abismado en sus ensueños días enteros arrellanado en un sillón, o invertirlos en recorrer la biblioteca y el palacio.

El mundo paga en la misma moneja en que se le paga a él. Inmenso bazar, feria incesante de vanidades donde todo se compra y se vende, no solamente con moneda, aunque es llave que abre todas las puertas, sino con cuidados asiduos, cortesías, diligencias y atenciones, estos resortes lo mueven todo, con tal que no se descuide emplearlos a tiempo. Monsieur de Vernay, que no tenía ambiciones, no aspiraba a cosa alguna. Por otra parte, sus gustos platónicos de historiador y de erudito le ocupaban demasiado para que pudiera consagrar al mundo la actividad de espíritu y todas las facultades que para agradar y triunfar el mundo quiere que se le consagre. El mundo empezaba, pues, a devolver a monsieur de Vernay el desdén que de él recibía. Pero como todo el mundo sabía que era rico, le excusaban. Lo que es vi-

cio en un pobre, en un rico se llama extravagancia y capricho. No importa; Rosa, aunque educada libremente y con tanta inteligencia y amplitud de ideas como había podido hacerlo miss Seven sin chocar con los prejuicios en el estrecho ambiente de Versalles, samedio libremente por la vecindad de París, a pesar de su instinto muy seguro de las cosas buenas y rectas, y a pesar también de su anhelo por una vida útil y sencilla, Rosa sentía demasiado fuertemente los naturales arrebatos de la juventud y la diaria influencia de las relaciones sociales para no amar los placeres de la sociedad, bastante intensos para sobreprometerlos a la pesadumbre del deber. No conocía más que la superficie de aquella existencia, y habiendo vivido siempre allí en la más agradable situación, no había podido menos de adoptar las costumbres y admirar el esplendor de aquella sociedad.

Sin duda gozaba en casa de su tío una felicidad que pocas jóvenes disfrutaban tan completamente, pues que, dueña de sí misma, no hacía más que su gusto. Pero a sus ojos todo aquel movimiento no era el de la acción. Era más bien como un alto, como un descanso al salir de la edad de los estudios; y aunque pasasen las horas en medio de la disipación, lo presente era como un recogimiento en el umbral de la vida antes de ponerse en marcha para la gran jornada.

Para emprenderla contaba con un vehemente deseo, teniendo en reserva un reconfortante auxilio de fe, de abnegación y de ternura. Hubiese querido poder hacer bien, ser útil: de ningún modo concebía el hogar de otra manera que serio y dulce, como una fuente de calor y de luz; aunque su corazón no había latido todavía sino al calor de la primavera y con el olor de las rosas, casi no imaginaba que pudiera casarse de otra manera que según la moda del mundo; es decir, conforme a una inmutable ley de intereses, de conveniencias y relaciones. El matrimonio se concertaba entre los padres por toda clase de razones, los novios se amaban en seguida, y, en su cándida sencillez, Rosa no dudaba que se amarían en absoluto y para siempre.

Miss Seven le había repetido cien veces. "Quería más, es preciso conocer bien al hombre con quien os caséis. No temáis unas relaciones largas, porque son la mejor garantía para el resto de la vida". Rosa decía que sí, pero pensaba para sus adentros: ¡Pobre miss Seven! ¡Con qué aire predica! Sin duda, habrá sufrido algu-

na aventura. Pero, joven y dichosa, no se dejaba influir por el aire melancólico y las tiernas advertencias de la solterona. ¿Quién ha escarmentado nunca con la experiencia ajena? Volvía a sus pensamientos habituales, y consideraba a sangre fría, alegremente, la posibilidad—no decía la probabilidad—de llamarse un día madame de... ¿Cómo se llamaría? ¿Madame Dumerchin? ¡Ah! ¿Quién sabe si madame de Lacaille! Después de todo...

¡Ah, Dios mío! Después de todo, no sería malo. ¡Era verdaderamente hermoso aquel principio de las carreras! Las trompetas, los caballos de pura sangre corriendo a través del bosque... Y hacía muy buena figura a caballo monsieur de Lacaille. Sí; ciertamente, tenía elegancia y distinción. Además, era oficial ¡Qué profesión tan hermosa!

Quedó un instante pensativa. Madame Dumerchin se inquietó.

—¿Tenéis algún pesar, querida mía?—preguntó. ¿O quizás no os gustan las carreras? ¡A mí me aburren estas fiestas militares! Saltar vallas y echarse a nado—¡vaya una broma!—para llegar el primero a un poste, no tiene nada de sorprendente. ¡Es oficio de jockey!

Como experta combatiente, había presentado dónde podía emboscarse el enemigo, y sin permitirle tomar la ofensiva, se apresuró a darle el primer golpe. ¡Las jóvenes son tan necias! Se prendan del primer fatuo que llega, so pretexto de que lucen bordados en el cuello o van resonando las espuelas, y no encontrarían diferencia entre un Lacaille y un Dumerchin; o mejor dicho, la encontrarían, pero en quebranto del último. ¡Ah! lo que puede el morrión!

—Pues sí, señora, me entretienen las carreras; y, además, yo soy como madame Allaygre. ¡Adoro a los oficiales!

—¡Cuidado, Rosa!—dijo miss Seven.

—¡Bah! ¡Dicho en plural, eso no compromete!

De nuevo guardó silencio y volvió a sus divagaciones: ¿Es verdad que no hay profesión más hermosa que la suya? ¿Por qué nos seduce tanto a nosotras las mujeres? Evidentemente, muchas mujeres, como madame Allaygre, no ven en ella más que el prestigio del mando realizado por el uniforme. ¿Será eso lo que a mí me agrada tanto? Buscó motivos más elevados en que fundar su entusiasmo, invocó el que sobre todos enaltece a la profesión militar el privilegio de conducir al combate a los soldados de Francia y caer al frente de ellos en el campo de batalla. Esta gloria es

tan pura, y tan lozanos sus laureles, ya coronen la tumba de los muertos o cifian la frente de los vivos, que el solo hecho de aspirar a conquistarlos confiere cierta especie de superioridad y justifica la complacencia y la emoción.

También pensaba la joven que, aparte de la guerra y de los brillantes ejercicios de la paz, carreras, bailes y maniobras, era alta y nobilísima la misión que el militar tiene diariamente que cumplir como educador de hombres que todos los años llegan de los campos, de las fábricas, de las escuelas, y de los cuales no sólo tiene que hacer soldados, sino también ciudadanos. ¡Sí; gran misión, que no se limita a robustecer los cuerpos, sino que se extiende a ennoblecir las almas! ¡Cuánto bien puede hacer un militar!

No pasaron de aquí sus reflexiones, ni se le ocurrió pensar en el mal que inconscientemente puede producir también, o mejor todavía, dejar que otros lo causen por falta de vigilancia. No podía figurarse que un Lacaille, indudablemente sin sombra siquiera de mala intención, pudiera desentenderse de la gran obra a que debía contribuir, y limitarse al cumplimiento estricto de los deberes que le asignaba la letra de la Ordenanza, sin tratar de vivificarlos con el espíritu de la misma. Lo mismo que en los demás, no veía en él otra cosa que la apariencia, y madame Dumerchin tenía razón en no negar que aquella apariencia era muy a propósito para seducir a primera vista.

—¡Ah!—dijo mis Seven.—¡Salto de obstáculos! ¡Cinco minutos de parada!

Los coches habían subido insensiblemente hasta la explanada, y después de haber costeadado la margen del bosque hasta el punto donde el camino que le bordea corta cerca de la granja de Satory la gran carretera que va a Versailles, agrupáronse a la entrada del campo de maniobras. El camino se prolongaba hacia el Sur a través de la inmensa extensión del terreno cubierto de verde hierba hasta los bosques del Desierto, detrás de la línea donde serpenteaba el Brièvre.

—Pero no es por ahí por donde va la carrera—dijo mis Seven. Mirad: ahí están los papehillos y las vallas.

Designaba la faja de terreno que estrechándose entre los bosques y las cabañas del antiguo campo se dirigía hacia las obras de los Docks.

—¡Es verdad!—exclamó Rosa encantada. ¡Lo veremos muy bien!

Se puso de pie en el coche, volvióse ha-

cía el lado por donde acababan de llegar y por donde a su vez saldrían los caballeros después de recorrer complicados y sinuosos laberintos.

—¡Ahí vienen!—refunfuñó madame Dumerchin.

En aquel momento apareció un teniente que de un salto había salvado la zanja de la linde, y sucesivamente el andén y el foso del camino.

Era monsieur de Lacaille. Animado por la carrera, tenía rosada la tez y los ojos resplandecientes. Se paró en seco y miró hacia el bosque. Su caballo plantado en firme relinchaba fieramente, mientras el oficial, erguido en la silla, apoyado en los estribos y empujando las crines de su corcel, permanecía inmóvil, escuchando melio vuelto hacia atrás. A Rosa le pareció muy gallardo. Los otros caballeros desfilaron uno a uno; pero ya monsieur de Lacaille, reanudando la carrera había desaparecido. Los recién llegados, encorvados sobre el arzón, se lanzaron en su seguimiento azuzando con nuevo impulso a los corceles. A lo lejos, a la cabeza de todos, Lacaille saltaba las vallas. Y a cada salto, primero en la contracción nerviosa y después en el brioso arranque del dócil caballo de pura sangre, cuyas herraduras relucían, veíase cimbrar su esbelto talle y el balanceo del kepi rojo estrellado de plata.

A la sazón pasaba el grueso de los jinetes, y entusiasmada con el siempre variado aspecto de la cambianite escena, la concurrencia femenina, puesta de pie en los coches como Rosa, estalló en aplausos contemplando el hermoso cuadro de incesante agitación, en que a veces muchos de frente saltaban caballos ardorosos e intrépidos jinetes.

Apenas hubo saltado el último, los soldados de servicio que en traje de faena aguardaban a cada lado de las vallas movibles pusieron en movimiento, y en un instante la cuádruple fila de obstáculos fué derribada, conducida y cargada en un camión, que se alejó discretamente dirigiéndose al nuevo sitio donde invitados y corredores se encontrarían en un cruce del recorrido.

Antes que el landó se pusiese en marcha, Rosa tuvo tiempo de distribuir algunos saludos. Agitó la sombrilla para llamar la atención de Jacobita de Goulènes en el coche de alquiler de las Durdelles, que llevaba unos cincuenta metros de delantera, y que por un azar de colocación debído a la parada, abría en aquel momento la marcha.

Un capitán barrigudo, pero amable, que iba a la portezuela del lado de Jacobita era el encargado de dirigir el cortejo de los coches para llevarlos en el momento preciso a los sitios donde el desfile de los cameneristas podía tener algún atractivo, como en aquel reciente salto de obstáculos, a tal o cual punto del camino de intere-

militar, como si tal sabiduría sólo pudiera ser ornamento de personas esencialmente aristocráticas y bien nacidas, o por lo menos dignas de serlo.

—Monsieur de Lacaille es el que habéis visto saltar el primero. Le conozco mucho; es un muchacho muy simpático. Hace de res. Es decir, que en esta caza fingida des-



...una oleada de elocuencia le subió a los labios

sante perspectiva, o bien a la carrera de velocidad que sería la conclusión de la fiesta. Madame Durdelle y Luisa parecían poco satisfechas. Enriqueta, por el contrario, estaba radiante de alegría.

Rosa hizo un saludo con la mano a madame Allaygre, cuya victoria tomaba majestuosamente la fila. La hermosa rubia parecía completamente feliz. Estaba en actitud de explicar a la señora Marquesa los secretos del "rallye, sus entresijos", como ella decía; y no era poca su satisfacción mostrándose tan al corriente de las cosas de deporte, y sobre todo de deporte

empeña el papel de ciervo, y el resto de los cazadores está obligado a perseguirla. ¡Es muy fatigoso el hacer de ciervo! Eso representa doble trabajo, porque es preciso recorrer previamente dos o tres veces la carrera señalada; ya comprenderéis. Así, ayer monsieur de Lacaille salió con monsieur Ménédré, el teniente que saltó inmediatamente detrás de él. ¿Le habéis visto? Es un hombre de los más distinguidos. Anteayer comí con él en casa de madame Dumerchin. Estos señores llevaban consigo un jinete portador de dos o tres sacos llenos de cintas de papel de co-

lor cortadas muy menudamente, y a través del terreno más quebrado que pudieron encontrar fueron señalando, por medio de esos papellitos sembrados a puñados, la pista que los carreristas habían de recorrer al día siguiente. Una pista cortada de cuando en cuando y llena de falsas indicaciones. Se imita fielmente lo imprevisto de una verdadera cacería. Por último, es preciso también saber encontrar un lugar ameno para la partida y otro para la llegada. El lago de los Suizos se presta para eso a maravilla. Lo que no sé es dónde iremos a salir.

Al mismo tiempo que iba charlando se agitaba sin cesar, y la vieja dama sonreía con complacencia, ya sea que tuviese un verdadero placer interrumpiendo por un día sus tranquilas costumbres, o ya que la charla de madame Allaygre y su aire de suficiencia le proporcionasen alguna distracción.

La hermosa rubia se colocó sobre la nariz unos gemelos de concha y oro—más oro que concha,—y escudriñó a derecha e izquierda el horizonte limitado por construcciones militares y bosquecillos, como si esperase encontrar algún indicio.

—Siempre hay a la llegada una tienda de campaña y un "buffet" muy bien servido. Pero no veo dónde está.

Dejó caer el binóculo al extremo de su cadena de oro y perlas—con más perlas que oro—Pero ¿qué es lo que decía? ¡Ah, sí; hablaba del monsieur de Lacaille! Pues bien; no consiste todo en señalar la ruta al día antes: es necesario también volver a recorrerla por la mañana para estar seguros de dirigir bien el pelotón, y, por último, es necesario galopar delante de todos, como habéis visto que hacía monsieur de Lacaille para saltar las vallas. ¡Ah, Marquesa; qué hermosa profesión! ¡Sí yo fuese hombre, no querría ser otra cosa que oficial!

Juntó las manos con unción y dirigió al cielo una mirada beatífica.

—¿Habéis notado—preguntaba en aquel momento a Rosa madame Dumerchin—que monsieur de Lacaille tenía un aire muy satisfecho de sí mismo cuando salía del bosque y cuando recobró su puesto a la cabeza de la tropa?

Viendo a Rosa silenciosa, creyó que era buena táctica tomar la delantera, no fuera a enamorarse de aquel necio.

—Se dice que es un poco fatuo—añadió; —pero eso no le está prohibido a un guapo mozo. Y que lo es no puede negarse. Pero parece demasiado presumido. Por

mi parte, no me agradan las bellezas inexpressivas, y al verlas siempre recuerdo las cabezas giratorias de los peluqueros. Ciertamente que monsieur de Lacaille no me obligaría a volver la vista.

Decía esto con tono confidencial, y su voz rechinaba de tal modo, que los nervios de Rosa se estremecieron. ¿Era a causa de la voz, o a causa de las palabras? Madame Dumerchin añadió más bajo:

—¡Ah, querida niña! No es sorprendente que desempeñe su papel con tanta naturalidad. ¡Ah, sí; el ciervo! ¡Tiene costumbre de hacerlo!

Rosa no pestañeó. Madame Dumerchin traspasaba los límites razonables; pero ¿a qué venía responder? Sin embargo, en realidad aquello era muy injusto. Miss Seven, tan sutil bajo su oronda figura, observaba a hurtadillas el silencio de Rosa. Adivinaba su irritación, y al mismo tiempo se asombraba de que no replicase con viveza. ¿Qué significaba aquel mutismo en una naturaleza tan propicia a la franqueza? ¿Sería que Rosa se sentiría inclinada al oficial? Miss Seven se inquietó. Monsieur de Lacaille no le inspiraba ninguna simpatía; pero nunca lo hubiese manifestado con tanta acrimonia como la prefecta. Es verdad que cualquiera otro modo más indulgente de expresarse hubiera sorprendido en esta última.

Madame Dumerchin inquirió con mirada investigadora el talante de la joven: rababa por no descubrir ningún indicio. En su vieja faz apergaminada, semejante a una manzana bajo la capa de aceites y pomadas, la mirada, como el mácar de los dientes y el ébano de los rizos, era asombrosamente juvenil; pero tenía más mérito, porque es uno de esos atributos que no pueden dejarse en la mesilla de noche, como la dentadura postiza y la peluca. Madame Dumerchin no sólo era mala, sino maligna. Conoció que había ido más allá de lo que quería, y su mal humor natural aumentó.

En efecto; por boca de madame Fry, sagazmente interrogada sin que pudiera sospecharlo, había sabido la víspera que la fortuna personal de Rosa era muy considerable. Estaba colocada toda ella en un espléndido negocio: en unas minas de estaño de Singapore. A la muerte del vizconde de Vernay, su padre, Rosa había heredado gran número de acciones. Durante mucho tiempo improductivas, hacía tres años o cuatro que estas acciones se cotizaban en alza, hasta el punto de que la fortuna de Rosa, que sin ellas y antes de que produjesen nada no pasaba de ciento

cinouenta mil francos, se elevaba a la sazón a quinientos mil. Esta noticia, que era de las más fidedignas, había sido confirmada precisamente en aquellos últimos días por monsieur Fry, por el mismo primo de los Vernay que era un bolsista distinguido.

Y no era esto todo. Había lo que se ha convenido en llamar "esperanzas". Una palabra demasiado hermosa para designar cosa tan ruin. Aquel caso particular las esperanzas consistían en la muerte del barón; ¡en la muerte de aquel excelente chiflado de Vernay! Y estas esperanzas sonreían a los ojos de madame Dumerchin en un porvenir de color de rosa que no ensombrecían los crespones del duelo ni el paño negro del ataúd. ¡Las esperanzas! Después de todo, ¿no es un término consagrado? ¡Y a fe que suena bien!

Si en aquel instante Rosa hubiera podido leer en el pensamiento de madame Dumerchin, sin duda que su alma cándida y honrada se hubiera sublevado. ¡Qué se cotizara como una renta el sentimiento más inmaterial, más noble y más sagrado! ¡Que, como si no bastara semejante tráfico, se pretendiera negociar con la pérdida del ser á quien amaba con más ternura en la Tierra, con la muerte de su querido "tito"! No hubiera podido concebir que tales prácticas fueran las más corrientes y bien recibidas, ni que la moral social, no sólo las disculpe, sino que, por decirlo así, las necesite. El mundo en general, y madame Dumerchin en particular, le hubiesen inspirado un horror que hasta entonces no había sentido por el uno ni por la otra. Pero un denso velo oculta los verdaderos rostros y disimula el móvil secreto de las acciones a los ojos de quién juzga el pensamiento humano. Rosa se limitó a pensar que era más desagradable que de costumbre la conversación de su vecina, y a preguntarse con ingenuidad cómo un cerebro tan pequeño podía contener tanta malicia, y cómo había tan poca gracia en un cuerpo tan grande.

Entretanto monsieur de Lacaille trotaba por el bosque gozando una alegría sin límites. Excelente jinete, y cabalgando aquel día en uno de sus caballos predilectos, "Job, un pur sang", cuya finura se armonizaba perfectamente con una gran talla y bastante robustez, saboreaba el gozo de correr entre el perfume resinoso de los setos montado en un hermoso animal que sentía resoplar y estremecerse entre sus piernas. Intenso placer el de sentirse favorecido por la suerte una y otra vez, y que toda

su fuerza se infundía en aquella bestia, no secundada por ella, sino decuplicada. Los troncos enhiestos hufan a ambos lados del camino. Los cascos del caballo parecían rebotar en el suelo elástico y flexible. Un ligero chaparrón había caído por la mañana, lo indispensable para avivar y hacer más penetrante la fragancia de la tierra bajo los pinos y las encinas y satinar la frescura de las hojas, en las cuales pequeñas gotitas brillaban como perlas; y en las sacudidas de las ramas húmedas, en el olor aromático de la verdura y sintiendo las caricias del blando céfiro, daba gusto ir a escape, más a escape cada vez.

De pronto el teniente se hizo esta reflexión: ¡Diablo! no hay que olvidar que dirijo la carrera! Lacaille se detuvo como lo había hecho un momento antes junto a las vallas, escuchó para cerciorarse de si los cazadores habían perdido la pista, vacilaban demasiado tiempo en alguna encrucijada o galopaban lejos siguiendo una pista falsa; tocó la corneta, y continuó al paso.

En la plenitud de la juventud y de la fuerza, y embriagado por el goce de vivir, sentía su orgullo satisfecho con la pequeña vanidad de dirigir aquel juego, de haber dispuesto según las reglas del arte una carrera caballescaca, de sentir detrás de sí a todos los compañeros, y de arrastrar en pos de sus huellas a aquel tropel de invitados, a las mujeres de los oficiales, a las mujeres más hermosas y distinguidas de Versalles, la crema de aquella sociedad. ¡Había triunfado! Había allí una enorme multitud: mademoiselle de Lechamps, mademoiselle Hornet de Lurailles, mademoiselle de Goulénès, mademoiselle de Vernay...

¡Gentil, muy gentil era mademoiselle du Vernay! Por una casualidad que no trató de explicarse por la excelente razón de que no la había notado, entre todos aquellos nombres, y otros más que acudieron a su memoria, no había ninguno que no fuese el de una heredera provista de más dote que la reglamentaria. La menos acaudalada poseía sus trescientos mil francos.

¿Es que Lacaille era pobre? Nada de eso; mas precisamente porque era rico la riqueza le atraía. Y esto sin segunda intención, a la manera que un imán se enlaza con otro. ¡Cosa triste! En aquella fantomación el amor no entraba para nada, o no venía hasta después. Lacaille consideraba el matrimonio como un fondo común de agradables costumbres, como la unión de dos fortunas y, paralelamente, la

de dos seres. ¿Y acaso las paralelas llegan a juntarse?

A pesar de esto, no era malo, sino ligero. Oficial, porque en su familia todos lo eran de padres a hijos, pero sin estimar de la profesión, como otros, más que su aspecto agradable, no aparecía por el cuartel más que cuando no tenía otro remedio, y conocía mucho mejor a sus caballos que a los hombres de su escuadrón, cuyos nombres no había podido retener nunca en la memoria, y mucho menos conocerlos individualmente ni apreciar el carácter de cada uno. Lacaille no conocía suplicio más desagradable que, a la hora del alba, después de una noche saturada de placeres y de juego, tener que ir a las maniobras en las opacas y frías horas del amanecer. Una vez terminada su tarea, no había mayor goce que correr al entresuelo, donde habitaba y cambiar a toda prisa el uniforme por un traje cualquiera. Safarse cuanto antes de sus funciones de guarnición y volar a París: tal era su ideal cotidiano. Así esperaba tranquilo la hora prevista de su ascenso, como también el momento inopinado en que sería preciso dejarlo todo para ir hacerse matar en la frontera. Porque por encima de todo era valiente.

—¡Hola, "Job"!—exclamó rechinando la lengua.

Una zanja profunda y muy ancha se abría en aquel lugar del bosque, invisible hasta estar encima de ella. Después de vacilar un momento el caballo la saltó con brioso empuje.

—¡Ah, mi buen caballo!

Y Lacaille daba a su cabalgadura cariñosas palmadas en el cuello, por cuyas grandes venas corría la sangre bajo la fina y sedosa piel.

—¿Qué os parece, Mindré?—dijo aliente que estaba a su derecha, y que había saltado casi al mismo tiempo que él. ¡No es floja la zanja! ¡Ya quisiera yo ver la cara que pondrá...

Y pronunció el nombre de un comandante cuyos caballos estaban reputados de ser poco aficionados a los obstáculos. Mindré sonrió.

—Hasta ahora esto va bien; pero luego viene el río. No se tirarán al agua más que los grandes saltadores. ¿Sabéis que quizás nos hayamos equivocado al tomar el Bièvre en este sitio?

—¡Bah!—replicó Lacaille. Los que están peor montados podrán pasar más abajo, por donde hay menos agua.

Guiados por el capitán tripido, los coches, atravesando las alamedas del bosque,

llegaban en aquel momento al lugar designado para el tercer paso. Al sur de las obras de ingenieros acababan de desfilar los carreristas por un terreno extraordinariamente quebrado, un antiguo campo de experimentación lleno de barrancos y colados, como una inmensa topera. Los caballos tan pronto aparecían en lo alto de los cerros dando saltos de cabra, como desaparecían en el fondo de las hondonadas. El sitio había parecido pintoresco y agradable.

Bajo las arcadas del follaje los coches recorrían al paso las largas y amplias sendas tapizadas de césped, donde las ruedas giraban silenciosamente sobre la hierba. El coche de alquiler de las Durdelles continuaba a la cabeza de la fila. El capitán, inclinado hacia mademoiselle de Goulènes, le daba estas explicaciones:

—Estamos al otro lado del campo de maniobras: creo que a este sitio le llaman el Desierto. En tiempo de Luis XIV, la Duquesa tenía aquí una espléndida residencia. En aquella época todo el país formaba lo que se denomina "el gran parque"; más de 13 kilómetros cuadrados cercados por un muro, con veinticinco puertas que guardaba un suizo. En la puerta del Bièvre, que ha permanecido intacta, se ve todavía un pabellón. El gran parque contenía una quincena de lugarcillos, algunas alquerías, un gran criadero de faisanes y pabellones de caza. Estaba lleno de matorrales y monte bajo, donde pululaba la caza. Allí se corrían liebres y ciervos, y el Rey se dedicaba también con su corte a la caza de pluma.

La señorita de Goulènes, muy interesada en el relato, pedía detalles.

—Entonces. ¿Guyancourt, Bois d'Arcy, Villepreux, Rennemoulin y Noisy, formaban parte del parque?

—Sí, señorita; y desde la Grille-Royale al fin del Gran Canal se extendía un anchísimo camino que iba en línea recta hasta Villepreux, prolongando hasta perderse de vista el vasto horizonte que se divisa desde la fuente de Latona.

Luisa, con poco disimulo, cambió con su madre una mirada de inteligencia que significaba: ¡Verdaderamente, este capitán hace competencia a monsieur de Vernay! ¡Perora como el mismísimo Barón!

Madame Durdelle creyó que debía recordar la situación al oficioso cicerone.

—Pero, capitán—dijo,—¿a dónde vamos por aquí?

Oyó con indiferencia que bajarían hasta el fondo del valle, donde los caballos atra-

vesarían el Bièvre, para subir después a la explanada donde tenía su campo de tiro la artillería. Luisa le dió las gracias con una sonrisa que procuró hacer amable; pero en verdad que era una simple cortesía. A sus ojos el capitán no tenía interés alguno. No es que le pareciera demasiado tripudo ni excesivamente viejo, lo cual no era para ella imperdonable defecto; pero había una desgracia mayor: el capitán era casado.

Paseó por la muchedumbre de coches que al volver una curva podía contemplar de lado, una mirada amarga y desencantada. Por todas partes no veía más que rostros a propósito para removerle la bilis: o eran mujeres felices, las que estaban casadas y satisfechas (¡Casadas! ¡Qué habían hecho más que ella para merecerlo?), o bien jóvenes como ella... ¡Cómo ella? ¡Ay, no! Y hé ahí en lo que consistía su martirio. Todas eran, si no más lindas, por lo menos más jóvenes y más ricas. ¡Por eso eran tan altivas!

Luisa analizaba dolorosamente sus méritos, todas las cualidades que generosamente se discernía a sí misma, y en las cuales, según su opinión, excedía a las demás. Desde luego tenía una gracia singular. Y además, ¿no era inteligente y avisada, no poseía un tacto mundano verdaderamente precioso? ¿No era también una mujer de su casa que no tenía par? ¡Ah! ¡Qué imbéciles los que dejaban perder semejante tesoro, los necios que pasaban a su lado sin verle! Sintió un acceso de rencor contra Rosa, cuyo sombrero guarnecido de azul y cuyo corpiño de lino azul y muy sencillo veía a distancia; ¡Ella era la que debía encontrarse en su lugar! ¡Aquel landó en que se pavoneaba la intrusa debiera ser el suyo! ¡Ah! ¡Si Roberto, Dumerchín quisiera notarlo!... Pero no; el joven no veía más que los lindos ojos de la pequeña... y su caja de caudales.

—¡A nadie se le ocurre vestirse como a nuestra amiga!—dijo con resolución. ¡Miradla: un vestido de muselina, sin una puntilla ni una guarnección; nada! ¡Un día que todo el mundo va de veinticinco alfileres! ¡Es afectación de sencillez!

Jacobita de Goulènes replicó:

—Pero va muy bien.

Eso era precisamente lo que irritaba a Luisa, y lo que no podía tolerar Enrique, que en el primer salto de obstáculos había observado los aplausos con que las pequeñas manos enguantadas de Rosa saludaron el paso de monsieur de Lacaille y de los carreristas.

—¡Bah!—dijo. ¡Es una manera como otra cualquiera de llamar la atención!

Pero no estaba inquieta. El género de belleza de Rosa no podía agradar a monsieur de Lacaille. Aquella flacucha esmirriada tenía menos carnes que un pájaro frito y el arrogante oficial no podía amar sino a una mujer espléndida y vigorosa. Echó a su robusto pecho y a sus anchas caderas una mirada de complacencia. ¡Aquello sí que era hermosura!

Aquel camino flanqueado por setos conducía a una hondonada donde el estrecho valle se dilataba un poco. Los coches debían quedar algo más arriba; las señoras y los invitados echaron pie a tierra y avanzaron hasta una pendiente desde la cual se dominaba la hondonada, y a la izquierda la verde extensión de dos valles por donde corrían, procedentes de los antiguos estanques, riachuelos que en aquel punto se confundían y formaban el nacimiento del Bièvre, cuya sinuosa corriente desaparecía bajo los bosques por entre laderas cubiertas de fresca vegetación.

Madame Dumerchín había hecho mil aspavientos para bajar del landó, y gemía sin cesar hablando de la inconveniencia de molestar a las señoras de edad y obligarlas a realizar a pie una penosa caminata por malos senderos, todo para ver saltar tres pies de agua por una caballería desenfrenada. Habiendo insistido Rosa, la prefecta creyó prudente no separarse de ella: más valía estar presente para moderar su indiscreto entusiasmo.

Miss Seven las seguía con resignación. Gozaba con tales espectáculos de una alegría muy relativa. Bajo las violetas de su inmutable capota, su redonda faz mostraba al mismo tiempo el reflejo del placer que experimentaba Rosa y la gravedad de las reflexiones habituales que ordinariamente inspiraban a la digna institutriz las diversiones mundanas, en las cuales se consideraba extraña y tolerada nada más que en atención a sus funciones.

—¡Hé ahí los papelitos!—dijo. Salen del bosque frente a nosotros; atraviesan el Bièvre. ¡Caramba! ¡Bonito salto! Y siguen por allá; a vuestra derecha. Rosa. Sin duda, los corredores vendrán por el lado de la puerta de Bois-Robert, hacia Saint-Cyr, antes de llegar al campo de tiro de la artillería, cerca del cual está preparado el buffet.

—¡Ah! ¡Allí viene monsieur de Lacaille!—exclamó Rosa.

Escoltado por el teniente Mindré, Lacaille, en un plano más bajo situado en-

frente de ellas, salía de la espesura. Apenas estaban a cien metros. Se los veía claramente, y el gallardo paso con que sus caballos seguían al galope la pista marcada por los papeles. En brevísimo tiempo atravesaron el prado que los separaba del Bièvre. Llegaron a la orilla: dando un gran bote, los dos caballos se encabritaron, y al propio tiempo se oyó un grito de espanto y exclamaciones de dolor.

No se veía más que a uno de los dos caballeros. El otro, en una caída imprevista, rodaba como una pelota.

—¡Ay, Dios mío!—exclamó Rosa, que palideció. ¡Monsieur de Lacaille se ha caído!

Miss Seven contempló toda turbada a la jovenzuela. Hubiérase dicho que toda la sangre de su rostro había refluído al corazón: tan pálida estaba por la sorpresa y por el miedo. Con poco más, se hubiera desmayado.

—¡Rosa!—exclamó la buena mujer, mientras madame Dumerchin miraba alternativamente con aire de reproche a mademoiselle de Vernay, que con dificultad recobraba el dominio de sí misma, y el grupo de los dos oficiales y los caballos, que seguían allá abajo en la orilla del Bièvre.

Monsieur de Lacaille estuvo un momento tendido cuán largo era e inmóvil; pero pronto se levantó sin gran trabajo, aunque cojeando un poco. Dió algunos pasos, palpó inclinándose las rodillas y los corvejones de su caballo, se sacudió, y con la ayuda de Mindré, que inmediatamente había echado pie a tierra, volvió a montar con serena intrepidez, como si nada le hubiese pasado, y continuó la marcha.

—¡He tenido mucho miedo!—murmuró Rosa. ¡Me horrorizan los accidentes!

Madame Dumerchin fijó en ella una mirada recelosa y severa. Semejante emoción no era cosa natural. Buscó en ella un indicio, y movió expresivamente la cabeza. ¿Era que los quinientos mil francos iban a equivocarse de rumbo?

Pero ya mademoiselle de Vernay había recobrado toda su calma, y de su brusca impresión, que miss Seven se regocijó en creer pasajera, no quedaba más que un matiz rosa algo más vivo en sus mejillas. El aire libre del bosque podía haber contribuido a ello tanto como la inopinada caída; y como Rosa, sin afectación aparente, seguía tomando el mismo interés que antes en la continuación del espectáculo, madame Dumerchin acabó por tranquilizarse.

Entretanto, delante del caudaloso río, que sólo una docena de oficiales habían podido saltar al primer intento, muchos caballos retrocedían. De lejos era hasta cómico ver a los caballeros furiosos volver a tomar campo, espolear con energía, llegar los corceles relapsos hasta el borde del agua, y pararse en firme, obstinándose en no saltar, a pesar de todos los halagos. Rosa reía de bonísima gana; la prefecta consideró aquella alegría como un excelente augurio y ya se inclinaba a considerar como ventajosa la torpeza de Lacaille.

Era conocer muy mal el carácter de la que quería para nuera suya.

Había bastado que Rosa temiese por el oficial, que en el fondo de su alma ingenua y tierna se hubiera producido un movimiento de piedad, para que no viera más que el peligro corrido y la bravura con que Lacaille lo había afrontado. Lo que no había sido en ella más que el instinto de la mujer conmovida en sus naturales impulsos de compasión y caridad, le pareció una revelación con el resplandor de una evidencia. ¡Ah! ¡Le amo! Si no ¿por qué aquella emoción tan violenta que había hecho flaquear sus piernas? ¿Por qué aquella turbación súbita, que en el momento de agitarla trató de disimular, y que la oprimía aún hasta en sus explosiones de risa? Debe de conocerse que mi alegría es fingida, pensaba extrañamente inquieta; y esta idea redoblaba su malestar.

Hubiera querido estar sola, poder reflexionar y examinarse a su gusto; a lo menos, que no estuviese allí más que miss Seven, y confesarse a ella en seguida. Pero entre madame Dumerchin, cuya vigilancia notaba, sin comprender el móvil, y su aya, sumida en completo silencio, experimentaba, a la vez que la rápida sucesión y a la fuerza de sus sensaciones, como una especie de aturdimiento, a través del cual repetía: ¡Sí estoy tan conmovida, es que le amo! Hecha esta comprobación, sentía una profunda sorpresa. ¿Así, pues —continuaba diciendo para sí,—es esto el amor, y es sólo esto?

Habían vuelto a los coches. Su landó anduvo en sentido inverso el camino costado por los setos. La senda cubierta de hierba permitía que las ruedas se deslizaran silenciosamente. Llegaron por fin al borde del camino, y atravesando oblicuamente el campo de maniobras dirigiéronse hacia el tiro de artillería. Los coches se alinearon allí.

Rosa, que durante todo el trayecto se

había esforzado en hablar para que no advinieran sus pensamientos, guardó silencio.

Frente a ellas las vallas movibles formaban una cuádruple fila de obstáculos. Cien metros más lejos, a la derecha, estaba el poste de llegada, adornado con gallardetes de colores. A la izquierda se elevaba el cerro cubierto de césped. El diáfano cielo se cernía por encima de la vasta extensión; en la atmósfera azul no se veía ni la nube; el Sol poniente descendía como un globo de fuego hacia Saint-Cyr, irradiando luz pulverizada, serenidad y paz. Todas las cosas se destacaban con intensa nitidez; la línea sombría de los bosques, la blancura de un muro, grupos de lejanos paseantes, y allí cerca, delante de Rosa, Lacaille y Mindré, que aguardaban inmóviles la llegada de los corredores.

De pronto aparecieron los primeros lanceros. Descendían al paso de rápida pendiente, echados sobre la grupa—tan brusca era la cuesta—y una vez que llegaron abajo, viendo el poste indicador, partieron a escape. Entonces Lacaille y Mindré volvieron a entrar en escena poniéndose a la cabeza del grupo. Una tras otra saltaron la cuádruple valla, en medio de los aplausos repetidos de la concurrencia, y llegaron al poste.

Un hionjero murmullo acogió el brillante remate de la carrera, que consistió en el salto en masa de todos los oficiales. Voces femeninas gritaban febrilmente: ¡Bravo, bravo!

Rosa pensó primero no aplaudir, para disimular mejor; pero luego calculó que conocerían su intención, y gentilmente hizo coro con los demás batiendo palmas. Estaba conquistada. La comprobada maestría y la especie de altanera negligencia con que Lacaille acababa de saltar los obstáculos, empleando cierta coquetería en dirigir y azuzar a su caballo "Job", no solamente borraban la falta que hacía un momento cometió el jinete, sino que reavivaban la emocionante impresión que le había causado.

Se confesó sinceramente: ¡Es muy bello!; y lo que realizaba singularmente al oficial ante sus ojos, lo que le elevaba sobre un pedestal: ¡Es un valiente!—añadía.

Hubo algunos momentos de confusión. Los coraceros echaban pie a tierra; caballos y ordenanzas bullían en medio de la muchedumbre de invitados, que se agrupaban en torno de los que habían tomado parte en la carrera. Buscaban al vencedor

para llevarle a presencia de la coronela, que con torpe mano—¡eran tan duras aquellas telas!—intentaba en vano prenderle en la levita unas cintas de colores. Confusa la buena señora balbuceaba algunas alabanzas. También rindieron igual tributo al segundo. Los uniformes se mezclaban con los vestidos de colores claros en un desorden y una mezcolanza del mejor gusto. Las esposas de los oficiales se informaban discretamente de las peripecias de la carrera, y los felicitaban con amables expresiones. Ellos se inclinaban dando gracias, esponjándose de satisfacción. Los gruesos guantes de cuero negro estrechaban los pequeños guantes de piel blanca. Charlas y risas resonaban por todas partes.

A lo largo de las mesas del buffet se agitaba una muralla humana, por encima de la cual algunos brazos intentaban apoderarse por asalto de una copa de champagne o de un plato de pastelillos. Los subtenientes ofrecían galantemente por los grupos vasos en que chispeaba el dorado vino. Algunas señoras mayores, ya desfallecidas por la gastralgia, miraban con melancolía el ir y venir de los pastelillos de hojaldre. Otras mordían con fruición una fruta. Las jóvenes comían "sandwiches" con excelente apetito.

Pero ningún apetito era comparable al de las Durdelles.

—¡Este paseo me ha estirado el estómago—decía la madre.

Y como si, en efecto, las sabrosas rebanadas untadas de "foie gras", las tartas de salmón con jaleína y las pequeñas conchas de ensalada rusa hubieran sido atraídas al fondo de su estómago por la absorción del vacío, engullía con pasmosa tranquilidad.

Luisa procedía con menos grosería. Rehusaba diciendo: ¡Gracias, caballero; no tengo apetito!; pero habiéndose acercado a un rincón del buffet, mientras conversaba con madame Allaygre y la Marquesa, a hurtadillas hacía cumplidamente los honores a un plato lleno de bocadillos de jamón que estaba al alcance de su mano, y al cual acometía de tiempo en tiempo, reduciendo visiblemente su contenido. No se consolaba de no poder echar mano también al otro plato que estaba al lado opuesto de la mesa, el de las tartas de salmón. ¡Tanto peor! Lo esencial por el momento era alimentarse aquel día, puesto que el maldito coche haría que se acostase sin cenar. Enriqueta se contentaba con sus ilusiones. Pavoneábase gozosa y resplan-

deciente con su traje de color grosella. Como mademoiselle de Goulènes se aproximase a ella, Luisa pidió al obsequioso ventruado capitán que las había acompañado el plato que llevaba en aquel momento en la mano con las rebanadas de "foie ra", para ofrecerlas a su amiga.

—¿Y vos, querida mía?—dijo Jacobita.

Luisa hizo un ademán negativo.

—¡Gracias!—dijo. No podría cenar después.

Y miraba con envidia a la mademoiselle de Goulènes, que mordía con sus bonitos dientes la dulce rebanada; ¡cómo si no tuviese con qué saciar el hambre aquella noche!

—¡Jacobita, da gusto ver el apetito con que coméis!—dijo una voz discordante.

Era madame Dumerchin, que iba de grupo en grupo recogiendo saludos y distribuyendo palabras agrídules. Lo mismo que por Rosa, tenía predilección por Jacobita. Así lo declaró sin demora a la Marquesa, a quien llevó aparte apenas la hubo saludado. Era pariente lejana de Jacobita.

—¡Estas jóvenes son encantadoras, encantadoras!—decía la prefecta con su voz gangosa. ¡Yo adoro a la juventud!

Para madame Dumerchin la juventud se dividía en dos categorías, o por mejor decir, se reducía a una sola: la que por un matrimonio posible podía ser un respetable coeficiente para la fortuna ya pingüe de Roberto Dumerchin. La otra categoría no existía.

Al fin madame Dumerchin se dignó reparar en la presencia de madame Allaygre. Hacía algunos minutos que la veía esforzarse en hacerse notar; pero como tenía algo grato que decirle, quería hacérselo pagar con alguna mortificación.

—¡No os había visto!—le dijo.

Y Dios sabe si con su brillante traje amarillo era visible madame Allaygre.

—¿Tenéis noticias de madame Fry?—preguntó la Dumerchin.

Desde la semana última no dormía madame Allaygre, que no tenía más que una ambición en el mundo: desempeñar en la representación del 17 el papel que madame Fry se vería obligada a renunciar a causa de la enfermedad de su tía. ¡Ingresar en la compañía Dumerchin! ¡Ponerse un traje de criada y una cofia rizada! Decir con voz discreta: "La señora va a volver". ¡Qué felicidad! ¡Qué angustia!

La Allaygre recibió la interrogación como una estocada en mitad del pecho, y te-

miendo dar una respuesta afirmativa, murmuró:

—¿Está mejor su tía?

—No; está muy mal. Madame Fry partió ayer.

Una felicidad inefable iluminó el semblante de madame Allaygre, como si las trompetas celestes le hubieran abierto el Paraíso. La Dumerchin decía:

—Desempeñaréis su papel.

...

—¡Rosa, monsieur de Lacaille!

Mademoiselle de Vernay, que desde el comienzo del "lunch" estaba aturdida con el ruido de las conversaciones, en las cuales no tomaba parte alguna, se estremeció. Miss Seven acababa de darle con el codo. Se volvió rápidamente.

Monsieur de Lacaille estaba allí, haciendo una profunda referencia. Tenía el kepis en la mano. En un abrir y cerrar de ojos vió la joven la encorvada cabeza y la raya raya derecha y muy marcada que separaba los húmedos cabellos. ¡Ah! ¡El sendero del parque!

Pero esta vez no sintió ganas de reír. Una emoción indefinible la embargaba; pero no la impidió, sin embargo, observar que el blanco cuello estaba empapado en sudor y arrugado, y que la bella fisonomía del oficial estaba un poco enrojecida. Permaneció un instante silenciosa, no sabiendo qué responder a los homenajes que con voz muy dulce el oficial le rendía. Se acusó de ello, y se ruborizó repentinamente pensando que su emoción la había denunciado y que se interpretaría su turbación de un modo más favorable de lo debido. Sorprendida y disgustada por no hallar su tono de voz habitual, sólo pudo decir:

—¿No os habéis hecho daño?

Con su tacto sutil de hombre de mundo, monsieur de Lacaille desde luego se dió cuenta del efecto que sin saberlo había causado. ¡Ah!—pensó en el acto. ¡La habrá agradado sin saberlo? Y en su interior bendijo aquella caída, que antes le había exasperado. ¡Es gentil, a fe mía; muy gentil!

Conservando el kepis en la mano, multiplicaba las frases amables, se hacía el modesto, y afirmaba que tales caídas no eran nada. Es que ese imbécil de "Job" arrancó mal. ¡Si no se corrieran nunca más que peligros de esa clase...!

Escuchándole recobraba Rosa la serenidad, y se sorprendía de no experimentar ningún placer a su lado. Antes al contrario; la apenaba el recuerdo de su emoción, cuya vivacidad no se explicaba. Son-



—Estoy seguro que habéis olvidado vuestra promesa.

refa, no obstante; pero al mismo tiempo miraba al teniente cara a cara. Sí; aquellos ojos tenían energías, y también eran tiernos, muy tiernos; pero ¿qué decían en el fondo?

En aquel momento Luisa Durdelle tiró a su hermana de la mano, y le dijo con pérfida complacencia:

—¡Mira, Enriqueta! ¡Te le han birlado, rapaza!

III

UN ENSAYO

En el invernadero, y a la sombra que proyectaba en el césped un gigantesco cedro, madame Dumerchin presidía el ensayo entronizada en un cómodo sillón de junco guarnecido con blandos cojines Liberty.

Rosa, Jacobita y Roberto Dumerchin estaban en escena en el centro del amplio recinto tapizado de finísima arena y lleno de platabandas de helechos y altas palmeras, cuyo verde ramaje difundía grata frescura bajo la cúpula de cristal

enrejado lleno de rosas trepadoras. Las ventanas entreabiertas dejaban entrar en aquel recinto, en aquel medio salón, con sus sillas de madera torneada y de luciente bambú, la paz silenciosa y pesada, la luz umbrosa del jardín.

—A vos os toca, Norina—dijo severamente madame Dumerchin.

Cuando estaba en el ejercicio de sus funciones, toda consideración se desvanecía a sus ojos: en su presencia nadie se atrevía a chistar. La misma copiosa dote de Rosa o de Jacobita no era tenida en cuenta. Sólo vivían los personajes de la comedia, serios o cómicos, entre los cuales la prefecta se animaba interrumpiendo, increpando y reprendiendo a los actores, a quienes con feroz iracundia trataba a la baqueta y como a tontos de capirote.

Jacobita temblaba cuando recibía tan virulentas admoniciones.

—¡Ah, sí, es verdad! ¡Perdón, madame!—decía disculpándose.

Y con el brazo izquierdo pegado al cuerpo, la mano derecha en alto y el dedo me-

ni que levantado, comenzó su recitado. Bajita, morena y muy linda, mostraba una torpeza encantadora, y al mismo tiempo una gracia chispeante que enamoraba. Roberto Dumerchin escuchaba en actitud galante.

Rosa estaba sorprendida. Ordinariamente era a ella a quien se dirigían las palabras halagüeñas y las amables cortesías; y Roberto—todas las señoritas de la banda le llamaban así familiarmente—solía tratar a Jacobita, lo mismo que a las demás, con la deferencia de un camarada cortés. ¿Qué bicho le habría picado aquel día? Pero, ¡ah, atención! ¡Hum! ¡Si no, la señora va a regañarme!

—¿Qué distraída estás, Rosa!—refunfuñó la dama con su voz de falsete.

¡Ah, lo que tenía!... y Rosa balbuceó:

—Estoy atenta, señora. He aquí...

Madame Dumerchin replicó contrariada.

—¡Pero si sabéis menos que la otra vez, hace cuatro días, antes de las carreras!

¡Antes de las carreras! ¡Cómo! ¿Qué es lo que querrá insinuar? Le pareció a Rosa que no solamente estaban fijos en ella, apestados como dos pistolas, los ojos de madame Dumerchin, sino que también los de Jacobita y los de Roberto se clavaban en ella, y sintió que se ponía colorada, más colorada todavía. ¿Qué irían a imaginar?

—¡Y daremos la representación el 17, dentro de cuatro días!—gimió la prefecta.

—¡Pero si sé muy bien mi papel, madame! No me falta más que darle expresión.

—¡Y que no estará monsieur Lechampy deseoso de ejercitar su crítica desplacada!

Monsieur Lechampy, joven modernista cuyo mérito aparente consistía en interesarse por la pintura impresionista, en la cual se le reputaba muy aventajado, y cuyo verdadero mérito consistía en ser, con mademoiselle Luciana Lechampy, hijo del riquísimo propietario de fundiciones monsieur Lechampy, estaba encargado del papel de Arlequín menor; pero se había excusado de tomar parte en la obra.

—No hay nada que temer de él—dijo Roberto. Todo saldrá a maravilla. Y después de todo, no llevamos más que dos ensayos.

La Dumerchin refunfuñó:

—¡A trabajar! ¡A trabajar! ¡Vos, Rosita!

Ordinariamente suavizaba la voz para pronunciar este nombre, de modo que pudiera creerse que el diminutivo de Rosa era un término casi filial, una demostración particular de amistad. Pero por aquella vez no era posible equivocarse. Aquel seco ¡Rosita! se refería al personaje, no a la gentil jovencita.

Rosita avanzó, pues, con el paso modesto de una chiquela que sale de casa, y simulando ver a Arlequín mayor bajo la apariencia del vivaracho Roberto, exclamó:

Rosita.—“¡Buenos días, amigo mío! ¡Te esperaba con impaciencia! ¡Nunca he estado tan aburrida como hoy! Sin duda es porque debemos casarnos mañana, y la víspera de tan hermoso día se hace muy largo.”

Roberto se inclinó fingiendo una adoración súbita; luego, poniéndose bajo el brazo un sable imaginario, replicó con voz grave de primer galán:

Arlequín.—“Estoy como tú, mi buena amiga. Deseo oír el reloj a cada minuto; pero no suena sino de hora en hora, aunque cuando estamos juntos el bribón da las horas a cada minuto.”

Movía su fina cabeza de nariz borbónica—¡la nariz maternal!—ojos espirituales, cabellos un poco largos, que le caían sobre la frente formando un lindo mechón, lo cual le daba, con viva satisfacción de su parte, cierto aire de artista que él cuidaba con esmero, como de toda su persona. Su reputación de hombre hábil en los negocios era lo único que le preocupaba. Decía que era agente de cambios como pudiera ser cualquiera otra cosa, por hacer algo; y aunque se daba muy buena maña para manejar dinero y acabaría por enriquecerse, afectaba tomarlo como una simple distracción. Hombre de mundo y comediante de sociedad: tal era su verdadero oficio.

Jacobita, que hacía algún tiempo no había tenido que presentarse en escena, había aprovechado el descanso para sentarse en un rincón solitario, en un nicho formado por helechos gigantescos, y allí estudiaba ensimismada sus papeles. Bajo la escrutadora mirada de madame Dumerchin, que vigilaba la representación libreto en mano, la escena se desarrollaba con cierto carácter clásico, y generalmente divertido, gracias al talento de Roberto y a la gracia de Rosa.

La prefecta esperaba mucho de aquella obrilla anodina. Había cuidado de im-

mir el programa en tipos elzevirianos, reproduciendo en facsímil el título antiguo:

LOS GEMELOS DE BERGAMO

COMEDIA

Representada por primera vez por los cómicos italianos del Rey, el martes 6 de agosto de 1781.

Los trajes de ambas jóvenes, uno de doncella y otro de dama del tiempo de Luis XVI, y sobre todo los calzones bordados con lentejuelas de los dos Arlequines, además del "quid pro quo" y la sencillez de la intriga, producirían sensación, a no dudarlo.

La trama del embrollo, aunque algo enmarañada, era muy sencilla. Arlequín, expulsado de casa de su amo, se lleva consigo el amor de la criada Nerina. Escribe a su hermano en Bérghamo, Arlequín el segundón, a fin de colocarle en su empleo. Entretanto rompe con Nerina, y le notifica que ama a otra y que al día siguiente se casa con Rosita. Esta, en prueba de su ternura, quiere regalarle su retrato, que está terminando el pintor. Arlequín va a buscarle inmediatamente. Sale Arlequín, y cierta noche, procedente de Bérghamo, Arlequín el segundón llega a punto para recibir el retrato contenido en una caja llena de luises de oro de las propias manos de Rosita, engañada por la oscuridad y por el parecido de los dos hermanos. Pero la vigilante Nerina acude furiosa, y arranca de manos de Arlequín el segundón, a quien toma por su hermano, la caja con el retrato y los luises. El pequeño Arlequín, confuso con tan rápidas aventuras, se lanza en su persecución.

Reaparece el primogénito, y llama a la ventana de Rosita, "¿El retrato?" "Lo tienes en el bolsillo". La ventana se cierra. Estupor de un galán, Arlequín el pequeño, que vuelve para tocar la guitarra delante de la casa de Rosita. El primogénito, sin reconocerle, zorra a su hermano, que huye dando alaridos. Rosita va en su auxilio, y no encuentra más que a Arlequín mayor, que se retira dignamente y sin hacerle ningún reproche. Vuelve Arlequín el joven, de quien se apoderan Rosita, que mora, y Nerina, que sale alarmada por el ruido. Ambas le toman por su hermano; pero al fin éste se presenta con un hachón encendido. La escena se ilumina, y aclárase la situación. ¡Hay dos Arlequines! Uno

será para Rosita, cuyo llanto se borra con una sonrisa, y otro para Nerina, que devuelve la preciosa caja. Con el segundo hermano se consolará del abandono del primero. Conclusión muy moral, porque eran tan semejantes entre sí, que parecían uno mismo.

Era cosa demostrada que mademoiselle de Vernay trabajaba aquel día sin animación.

Se equivocaba repetidas veces, y tuvo que consultar el libreto. Se impacientaba por su falta de memoria, no sabía a qué atribuir aquella mala disposición, y culpaba a las personas, a las cosas y a sí misma. Tuvo un consuelo cuando, terminada la escena, oyó decir a madame Dumerchin:

—¡No va del todo mal! Vamos a descansar un poco, y continuaremos después de la merienda.

Mientras Roberto se acercaba a Jacobita, y haciéndole carantoñas se dirigía con ella hacia el salón que comunicaba con el comedor. Rosa salió por la puerta que daba al jardín, y llevándose las manos a las sienes, de las cuales apartó los bucles, se excusó de acompañarlos, diciéndole:

—¡Tengo jaqueca! ¡Voy a respirar un poco el aire libre!

La arena del paseo crujía bajo sus pies. Anduvo pensativa sobre el césped, y se detuvo delante de un grupo de rosales en los cuales el color amarillo de unas flores se confundía con el matiz purpúreo de otras. Las miraba sin verlas. Decididamente, algo ocurría. ¿Qué era? Hizo un leal examen de conciencia.

La jaqueca era un pretexto. No tenía ningún mal de cabeza. Entonces, ¿a qué obedecía su mal humor? En vano buscó alguna razón plausible. No halló ninguna. Recordó con sus menores incidentes los días anteriores. Nada extraordinario había sucedido desde las carreras. Todas las mañanas, ayudada por miss Seven, había desempeñado, como de costumbre, los quehaceres de la casa—el almuerzo, las cuentas, el repaso de la ropa;—por la tarde, las lecturas, algunas visitas, un viaje de compras a París. ¡Eso no era nada!

Y era tanto menos, cuanto que aquella monótona sucesión de horas reglamentadas, por primera vez en su vida le había parecido insípida, aunque poco antes tanto le agradaba aquello. Ella, que hasta entonces nunca se había aburrido, a la sazón adivinaba lo que puede contener es-

te vacío: el fastidio. ¿Qué pasajera nube proyectaba bruscamente sobre ella aquella sombra? ¿Y desde cuándo se aburría?

Reconoció que antes de las carreras miss Seven no había tenido que decirle nunca, como veinte veces lo había hecho después: "Rosa, querida mía, ¿en qué pensáis?"

En efecto; ¿en qué pensaba?

En nada, como sin mentir había respondido veinte veces. Planteada de este modo la cuestión, tenía que conducir a conclusiones falsas. ¡Ah! Si miss Seven hubiese preguntado: "Rosa, querida mía, ¿en quién pensáis? Sin duda alguna Rosa hubiera quedado algo confusa. Pensaba en alguien; era indudable, y, sin embargo, hubiera podido contestar con toda sinceridad: ¡No lo sé!; o bien, según el momento en que se formulara la pregunta, hubiera podido responder: "Pienso en monsieur de Lacaille", o "Pienso en Roberto Dumerchin", o más sencillamente, y ésta hubiera sido sin disputa la más exacta de las tres respuestas: "No lo sé; pienso en él".

La turbación que le causó ver al teniente Lacaille tendido sobre el ribazo, y el impulso de ternura y de sincera piedad que sintió su corazón, desvaneciéronse bien pronto. Aquella brusca revelación, durante la cual agitada y temblorosa repetía: ¡Le amo, pues? no había persistido cuando en el momento del "lunch" se le presentó el oficial sudoroso y satisfecho. Al día siguiente le había encontrado en la calle de la Parroquia, Lacaille, que iba al paso a caballo, la saludó con ademán muy expresivo y con una sonrisa que no le era menos. Gesto y sonrisa llenos de presunción, que decían tan claramente como si lo hubiera expresado de palabra: ¡Estáis muy linda esta mañana; pero yo también tengo una excelente figura! Y mientras el teniente, erguido y flexible en la silla, pareciendo su propia estatua ecuestre, se alejaba al rítmico son de los herrados cascos del caballo sobre el empedrado, Rosa pensaba sin sorpresa ni dolor: "Es muy hermoso, sí; pero ¡qué fatuo!"

Entre todos los defectos masculinos, la fatuidad es uno de los que las mujeres no perdonan, a no haber nacido esclavas, como madame Allaygre, y admirar siempre a sus vencedores.

Sin embargo, Rosa no descartó definitivamente al oficial del luminoso horizonte

de su porvenir; pero, a despecho del sentimiento más vivo que había creído experimentar y del prestigio que conservaba todavía, Lacaille no encarnaba en aquel momento el ser ideal que en los confusos ensueños de Rosa se esbozaba y desvanecía alternativamente.

Ser ideal que toda joven imagina, embelleciéndole con el encanto de sus deseos; ser verdadero también, que a la hora misma en que sin conocerle se le evoca, vive y respira; tiene un nombre, gustos, costumbres y una voluntad; que en un día próximo, quizás mañana, entrará en vuestra alma, a menos que no haya entrado ayer sin que lo hayáis advertido, y que trastornará completamente vuestra vida. ¡Un desconocido!

Si ya no se lo representaba con las facciones de Lacaille, ¿era que se parecía a algún otro? Porque acerca del origen de su trastorno Rosa no se engañaba; y aunque no se lo confesara a sí misma, por más que se hubiera avergonzado de confesárselo a miss Seven, muy bien podía ser, sin duda, la necesidad de amar y la angustia de ignorar lo que hacía algún tiempo la atormentaba y palpitaba en ella, dando a sus pensamientos el risueño aspecto del tiempo, impregnándolos ya de la profunda y dulce irradiación crepuscular de un día alegre y luminoso, como la tarde que la vimos en el Jardín del Rey, ya haciéndolos nublados y borascosos, como aquella tarde de insupportable calma en que no se percibía el más leve soplo de aire.

Pero a la vez que se complacía en sufrir y gozar al mismo tiempo con aquella languidez desconocida que no podía definir de otra manera, no adivinaba tampoco qué otra figura pudo reemplazar después de las carreras a la que aquel día había creído ver dibujarse con precisión.

Nunca hubiera confesado—precisamente porque era la verdad—que pudiera ser la esposa de Roberto. Nunca hubiera confesado, sobre todo, que lo que la atraía hacía el joven era que él parecía alejarse de ella. Una apariencia de galanteo con Jacobita de Goulènes había influido en ella más que la certidumbre de galanteo respecto de ella misma; versatilidad muy femenina, y que Rosa experimentaba aun sin notarlo. Habría podido analizar sus sentimientos—altiva y recta como era.—y si le hubiesen parecido indignos de ella, inmediatamente hubiera recobrado el equilibrio perdido.

(Continuará).

Junio
1917

PACIFICO

MAGAZINE

PRECIO
UN PESO



SI USTED LEE

Estas líneas no perderá su tiempo ni malgastará su dinero

Si usted padece de fatigas, debilidad, falta de energía y de apetito, nerviosidad, insomnio, en una palabra de todos los síntomas propios de una **NEURASTENIA** ya declarada, usted necesita un buen tónico.

Pero para usted es un problema dar con el medicamento que reúna las verdaderas cualidades que cada cual le atribuye al presentarlo.

Usted abre un diario o revista y lee la réclame de numerosos tónicos; todos pretenden ser excelentes, maravillosos, prometen sanarle en poco tiempo.

Sugestionado por esta habil publicidad usted no resiste a la tentación, compra el remedio, sigue las instrucciones para su uso, pero todo sin resultado y muchas veces con perjuicio para su estado de salud, pues no faltan fabricantes o agentes inescrupulosos que explotan la credulidad del público vendiéndole un ingrediente cualquiera, no pocas veces nocivo y que nada cuesta presentarlo como una maravilla con palabras sugestivas.

Para evitar a usted confusión y para que usted sepa que entre todos dichos productos existe un **VERDADERO TONICO** que reúna las verdaderas condiciones para llegar al resultado que usted tanto anhela, le recomendamos bajo nuestra absoluta garantía y la de todos los médicos y facultativos:

EL HISTOGENOL NALINE

Tónico de muy sentada reputación, pues tiene ya 12 años de existencia y es conocido por todo el mundo por los beneficios que ha prestado a todas las personas dolientes.

A las primeras tomas de este incomparable tónico, le volverá el apetito, el insomnio desaparecerá y poco a poco irá usted recuperando sus fuerzas y energía hasta volver a su estado general normal y sentirse otro hombre.

ES REALIDAD Y NO PALABRAS

EL HISTOGENOL NALINE constituye la mejor medicación **ARSENO-FOSFATADA**, con base de **NUCLAREINA** indicado en todos los casos de: **TUBERCULOSIS, AFECCIONES PULMONARES, BRONQUITIS CRONICAS, ASMA, ESCROFULA, RAQUITISMO, ANEMIA, NEURASTENIA, PALUDISMO, ETC.**

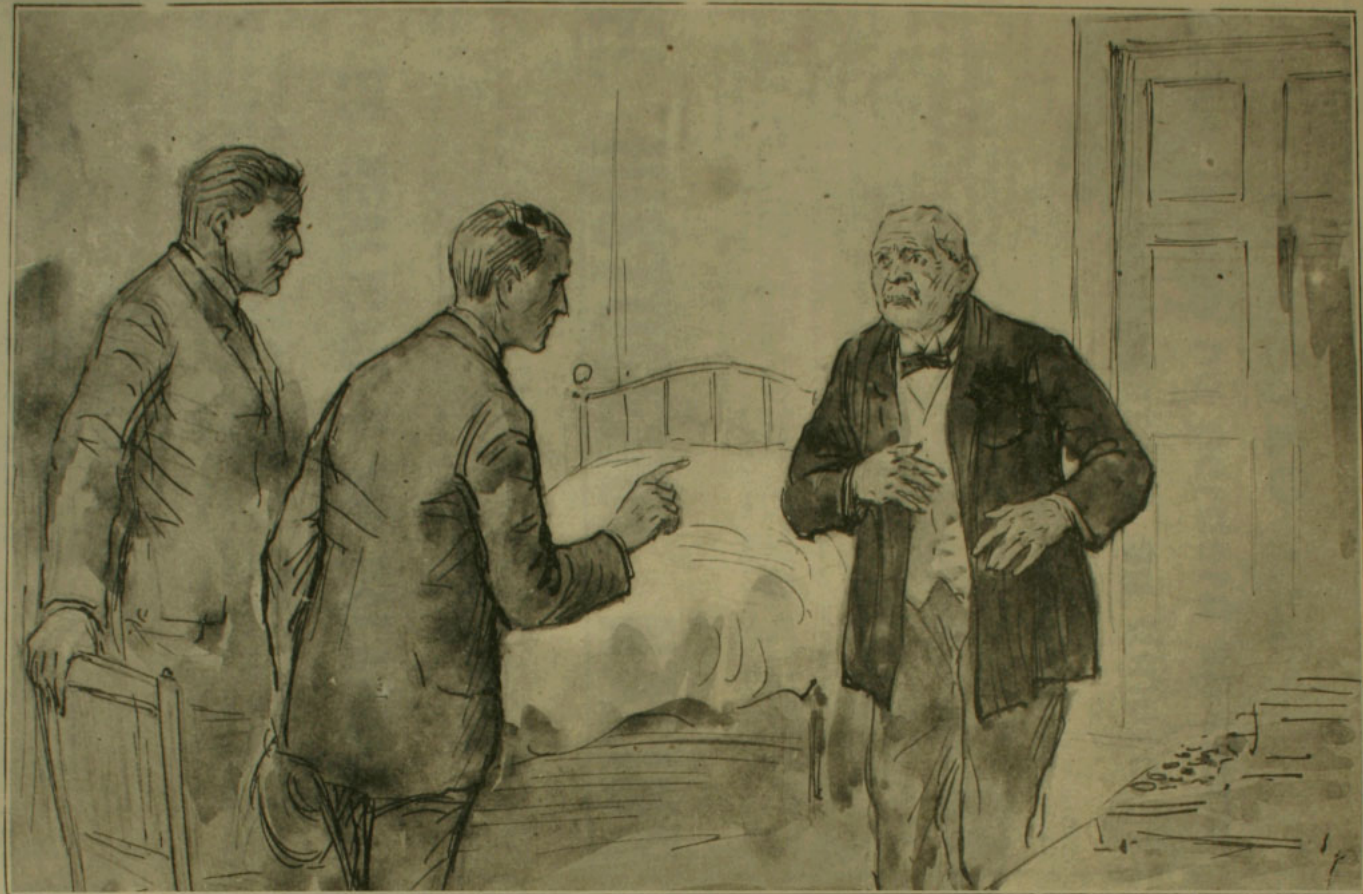
Unico Depositario para Chile:

CASA ARDITI

Casilla 78-D

AGUSTINAS 814

Santiago, Chile





PACIFICO

MAGAZINE



+ Que ayer

VOL. IX.—Número de Chile, junio de 1917.—Núm. 54.

— Que mañana

Román Calvo el Sherlock Holmes chileno.

Los dos sobrinos

Por —————

Miguel de Fuenzalida

Ilustraciones de Pedro Subercaseaux

I

No conozco placer intelectual más intenso que el de oír disertar a Román Calvo sobre un tema cualquiera. Sus puntos de vista son tan originales y hay tal independencia en sus juicios y en su manera de expresarlos, que uno llega a creer que pertenece a una raza de hombres nueva, distinta de las demás que conocemos.

No es raro, pues, que me agrade hacerlo hablar cada vez que se presenta la ocasión. En el verano último la sociedad de Santiago se ocupó muchísimo de la muerte de don Marcelo Iturrigoi y de su inesperado testamento. El caso fué demasiado extraño para que Román Calvo no estuviese mezclado en él.

Era don Marcelo un caballero anciano, oriundo de antigua y opulenta familia vizcaína, avaro hasta lo inverosímil, soltero y varias veces millonario.

No debía su fortuna ni al trabajo, ni al ingenio, ni siquiera la había heredado. A la muerte de su padre, allá por los años de 1860, se encontró dueño de un pequeño capital que realizado en esos tiempos de crisis, apenas le hubiera bastado para subsistir modestamente. Pero la avaricia hace milagros y don Marcelo supo economizar siempre alguna parte de sus escasísimas rentas. El transcurso del tiempo, el alza de las propiedades, en una palabra, el peso

El argumento de este episodio no es original: está tomado de una historia inglesa.

de la noche, acabaron por hacer un potentado del sórdido personaje. No conoció otro arte que el de vender cuando todos compraban y el de comprar cuando todos vendían. En 1878 la hecatombe producida por el derrumbamiento de Caracoles le proporcionó la oportunidad de adquirir a vil precio, casi por la deuda hipotecaria, una chacra de los suburbios de Santiago, que poco más tarde, gracias al crecimiento de la población pasó a convertirse en valiosa y extensa propiedad urbana. En 1898 repitió en mayor escala y con parecido éxito, otras operaciones del mismo género. Así no es de extrañar que al morir, su fortuna fuese estimada en muchos millones.

No se casó nunca: el celibato formaba parte de su sistema económico. Pero a quien Dios no le da hijos el diablo le da sobrinos. Don Marcelo tenía un hermano único, abogado de cierto prestigio pero que, por uno de esos contrastes frecuentes en el mundo, era tan aventurero y emprendedor, como parsimonioso era él mismo. Embarcado en negocios extravagantes y viviendo al día de su talento, aquel hermano pródigo acabó por morir, dejando a sus dos hijos, niños todavía, en la más espantosa miseria.

Don Marcelo, muy rico ya por aquel entonces, tuvo un rasgo generoso y acogió a los huérfanos. Dicho se está que no estaba dispuesto a arruinarse en obsequio de ellos ni mucho menos. Patricio y Ricardo Iturrigoi tuvieron, gracias a su tío, casa, ropa limpia, una buena educación, a más de la

risueña perspectiva de una pingüe herencia.

En nada se parecían los dos hermanos: Patricio, el mayor, y uno de mis mayores amigos, mozo de excelente figura, simpático, insinuante con sus pespuntos de calavera, logró conquistarse muy pronto en el mundo una posición bastante halagüeña. Aunque abogado recibido, apenas ejercía su profesión y era para muchos un misterio la forma en que podía satisfacer sus gustos refinados y dispendiosos. Las malas lenguas, tan abundantes por desgracia, lo imaginaban en tratos con usureros y descontando a fuerte interés su herencia futura; otros más benévolos o mejor informados de la realidad de las cosas, contaban maravillas de su destreza para hilvanar pequeños negocios, de sus afortunadas audacias de jugador, y de sus conocimientos hípicas que le permitían formarse una rentita apostando en las carreras.

Para don Marcelo la vida y aficiones de su sobrino eran motivo de perpetuo escándalo. En su concepto todos los perdidos y tunantes del mundo merecían ser canonizados si se les comparaba con Patricio. Las gentes no comprendían cómo el avaricioso viejo continuaba manteniéndolo en su casa. El hecho es que ese demonio de muchacho conocía maravillosamente las debilidades del corazón humano y a fuerza de halagos, de protestas de sumisión y sobre todo de simpatía, lograba siquiera hacerse tolerar.

Pero el sobrino predilecto de don Marcelo era Ricardo. Ese sí que parecía hecho a su imagen y semejanza. Había nacido viejo, silencioso y recogido como un ermitaño. Estaba adornado de todas las virtudes que sirven poco en el mundo. Sobrio y morigerado de costumbres, sin brillo ni iniciativas, talento mediano en perfecto equilibrio, constantemente igual a sí mismo, su existencia se deslizaba monótona, entre el sobrio hogar de su pariente y su escritorio de empleado en la Estación Central de los ferrocarriles. Su avaricia era proverbial: no hacía otro gasto que vestir pulcramente trajes de color obscuro.

—Este muchacho es un prodigio, decía muy satisfecho don Marcelo... En nada se parece al botarate de su hermano. ¡Crezán Uds. que ha encontrado medio de economizar diez mil pesos de su sueldo, en cinco años que está empleado? Jamás le he visto fumar siquiera un mal cigarro puro.

Era el elogio más elocuente que de un hombre podía oírse en boca del opulente viejo.

En Santiago se habla mucho de herencias y es natural. Aquí medio mundo pasa

la vida esperando que se muera el otro medio.

Así el ulterior destino de la fortuna de don Marcelo era un tema habitual de las conversaciones. Todo el mundo convenía en que si el viejo avaro llegaba a testar, su sobrino Ricardo heredaría la mayor parte de sus bienes.

Pero don Marcelo como la mayor parte de los hombres ricos y enamorados de su dinero, tenía horror hasta a la palabra de testamento. La idea que su plata llegara a pertenecer a otro le hacía temblar, e iba postergando de mes en mes y de año en año el momento temible de llamar al notario...

—Allí están las esperanzas de Patricio, decían las gentes... Cuando menos lo piense, el diablo se llevará a don Marcelo y lo tendremos armado.

Don Marcelo murió por fin "víctima de una rápida y traidora enfermedad", como dicen los gacettilleros. Moribundo ya, alcanzó a testar. ¡Cuál no sería la estupefacción de las gentes, cuando al ser abierto el testamento, se supo que en él instituída por heredero universal de su fortuna al calavera de Patricio, salvo algunas mandas de beneficencia, y una insignificante pensión de seis mil pesos anuales para Ricardo, el sobrino predilecto de la viñera!

II

Por mi parte no desperdiicé la ocasión de hacer hablar a Román Calvo. Quería oírle discurrir sobre aquel extraño caso.

Más reservado que de ordinario, el genial detective se hizo repetir dos o tres veces una historia que de seguro conocía tan bien o mejor que yo...

—¿Qué te parece? le pregunté...

—No me parece nada... Sería necesario conocer las circunstancias, los detalles...

—¿Capricho de avaro y de viejo!... ¿No es así? observé yo por decir algo.

—Eso no es decir nada, repuso Román encogiéndose de hombros...

—Sólo una explicación psicológica encuentro al asunto, añadí, en tono de filósofo...

—¿Cuál?... Vamos a ver...

—Un hombre como don Marcelo, quiere a su fortuna como un buen rey quiere a su reino... Desea su prosperidad y grandeza aun después de sus días... El tenía dos sobrinos: el uno que se mostraba capaz de acrecentar esa fortuna, y el otro cuyas virtudes, por decirlo así, negativas, sólo eran suficientes para conservarla... Entre el uno y el otro escogió el primero...

Román sacudió la cabeza en señal de duda...

—¡Estás casi místico! dijo... No es imposible tu hipótesis, pero dista mucho de ser probable... Los avaros en nada se parecen a los reyes... El deseo innato de la mayoría es el de ser enterrado con su dinero... Su pasión es puramente personal... El bienestar de los hijos es lo único que puede preocuparlos y recordará que don Marcelo era soltero...

—¿Entonces?

—Entonces me parece lo más prudente no

bién eso lo ha declarado en el Club... Don Marcelo murió tan misterioso y callado como había vivido...

—Hay una razón más para no creer en la falsificación, murmuró Román entre dientes...

—¿Cuál?...

—Es una razón que yo me reservo, dijo el detective mientras sus ojos brillaban con el relámpago de las grandes inspiraciones...

—Tú crees en un misterio! exclamé...

—Vuelvo a repetirte que no creo en nada, repuso Román.

Iba ya a despedirse mi amigo cuando me trajeron una carta. La abrí distraídamente, pero apenas hube leído las primeras líneas lancé una exclamación de asombro...

—Mira, Román, exclamé... alargándole la carta. Lo inverosímil se ha convertido en realidad...

La carta decía así:

“Querido amigo: Te escribo desde la cárcel... Estoy preso bajo la tremenda acusación de haber falsificado el testamento de mi tío Marcelo... El infierno parece empeñado en acumular pruebas en mi contra, pero te lo juro por el recuerdo de mi madre: soy inocente. Tú lo sabes, Miguel; he sido y moriré siendo un hombre de honor. No abandones a un desgraciado... Sólo tu amigo Román puede salvarme.. Tráelo: se trata de mi vida, porque no sabría sobrevivir a la deshonra.—Tu amigo.—**Patricio Iturrigoiiri.**”

—Vamos, pues, dijo Román con bondadosa sencillez... Es preciso oír a ese joven.

—¿Tomarás a tu cargo el asunto? interrogué conmovido.

Román no dió respuesta a mi pregunta.

Un minuto después y aunque era ya bastante entrada la noche, estábamos en un Ford volando hacia la cárcel de San Pablo.

Apenas cruzamos algunas palabras durante el camino. Tenía miedo de saber la opinión de Román. Mi amistad con el infeliz Patricio parecía haberse exaltado con la noticia de su desgracia.

—Tú afirmabas hace un momento, le dije sin embargo, tener una razón de peso, para no creer en la falsificación del testamento...

—¿Eso dije?... repuso él con afectado descuido... Bien puede ser... En efecto: tenía... una razón...

—¿Tenías?... ¿Quiere decir que ahora?...



aventurar hipótesis con el escaso fundamento de lo poco que sabemos.... Pero dime. ¿A nadie le ha ocurrido que el testamento de don Marcelo pudiera ser falsificado?

—Nunca faltan maldicientes en el mundo, y ayer hubo quien lo insinuó en el Club... pero aquella nube no tardó en disiparse... Patricio es un hombre de carácter muy recto... Nadie que le conozca puede creerle capaz de semejante villanía. Además don Ignacio Elizondo, el notario de don Marcelo, cuya honorabilidad está por encima de toda sospecha, escribió personalmente el testamento, al dictado del moribundo... El era el único que estaba en el secreto. No... No puede pensarse en una falsificación.

—¿Sabe algo el notario Elizondo de los móviles que indujeron a don Marcelo a testar en forma tan inesperada?

—No sabe ni una sola palabra... Tam-

—Ahora sé mejor que antes lo que nunca debí olvidar... Que es peligroso aventurar opiniones.

—Entonces la carta de mi pobre amigo te ha hecho variar de modo de pensar.

—Por supuesto.

—Sus protestas de inocencia!... Pero Román... ¿No tienes corazón?...

—No se trata aquí de sus protestas de inocencia ni de mi corazón, sino que por esa carta sé algo que es lo contrario de lo que me habías dicho... ¿Lo oyes? Hace un momento partí de la base de tus afirmaciones... Tú decías: todas las pruebas están en contra hasta de la sospecha de una falsificación... y ahora el propio Patricio Iturrigoiri nos dice que hay pruebas tremendas en su contra... El caso es muy diverso.

—¿Le condenas entonces?

—No le condeno.

—¿Le absuelves?

—Tampoco... Voy a oírle...

III

Encontramos a Patricio Iturrigoiri algo más tranquilo de lo que por el estilo de su carta hubiéramos podido presumir. Sin embargo el ligero temblor nervioso que contraía sus varoniles facciones, denotaba que esa calma no era quizás sino aparente.

—Mil gracias por haber venido, señor Calvo, dijo a Román, tendiéndole la mano. Ahora que le veo junto a mí, vuelvo a tener esperanza... El caso es horrible... cuando recuerdo las pruebas que existen en mi contra me estremezco, pero... a Dios gracias tengo una ventaja...

—¿Cuál?

—Que puedo señalar al culpable...

—Alto ahí, señor, interrumpió Román... No lo designe Ud...

—Ya lo he hecho ante el juez, repuso Patricio con tremenda calma... El falsificador del testamento de mi tío es el notario don Ignacio Elizondo... Casi puedo probarlo!

—Luego, dijo Román, el testamento ha sido falsificado?...

—No cabe la menor duda...

—Pero ¿qué móviles han podido inducir al señor Elizondo a llevar a cabo una acción tan infame?... ¿Es el interés de Ud?... Pues bien, entonces el mundo entero creerá que Ud. es su cómplice... Joven... Malo es acusar a nadie de ligero... Ud. mismo está experimentando las consecuencias de ello... Mucho me temo que haya cometido Ud. una irreparable torpeza...

Patricio palideció.

—¿Qué cambie Ud. de opinión, dijo bal-

buciendo, cuando sepa que yo debía a Elizondo cerca de setenta y cinco mil pesos... Ahora bien, el verdadero testamento de mi tío probablemente significaba para él la pérdida definitiva de esa cantidad.

—¿Ud. cree entonces que su tío lo desheredaba a Ud.?

—Sí, señor, lo creo... ¿Por qué he de negarlo? Nadie quedó más sorprendido que yo con la lectura del testamento... Los sentimientos de mi tío no eran un misterio para nadie... todos sabían que si llegaba a testar sería en beneficio de mi hermano.

—Bien... Muy bien... observó Román con su pasmosa tranquilidad habitual... Ud. comprenderá que yo quiera juzgar por mí mismo... Cuénteme Ud... ordenadamente, cronológicamente, el caso entero... Nada de opiniones ni de sospechas... El hecho... lisa y llanamente el hecho...

—Voy a complacerle, señor. Comenzaré por el día de la muerte de mi tío. Fué el sábado último. Yo me levanto ordinariamente muy tarde. Ese día, como de costumbre, junto con salir de mi pieza, me dirigí al dormitorio de mi tío...

—¿Cómo está situado el dormitorio de su tío? No omita Ud. detalle...

—Para el caso actual, eso no tiene importancia.

—No hay detalle sin importancia, afirmó sentenciosamente Román.

—Nuestra casa es de estilo antiguo. Mi tío vivía solo en el primer patio, en una pieza muy grande que era a la vez su dormitorio y su oficina de negocios. En un hombre de su temperamento nada más natural que ni siquiera durante el sueño deseara separarse de su caja de caudales.

—¿Y su pieza de su Ud.?

—En el segundo patio, junto a la de mi hermano. Nuestro único criado, hombre viejo al que todos suponíamos de gran confianza, vivía en el tercer patio.

—Muy bien. Adelante.

—Como iba diciendo, aquella mañana... serían poco más o menos las once, me dirigí al dormitorio de mi tío... Allí lo encontré, señor, tendido sobre su cama, con todas sus ropas puestas, y sin conocimiento...

—¿Tendido sobre su cama!... ¿Está Ud. seguro?...

—Sí, señor... Seguramente sintió venir el ataque, y, sin fuerzas para llamar, se arrojó en su lecho... Acaso ni Felipe, ni nosotros alcanzamos a sentir sus voces...

—Muy interesante...

—Inmediatamente acudí en busca de Felipe y de mi hermano... Este último había salido ya para su oficina. Así el criado y



yo fuimos solos para prodigarle los primeros auxilios... En seguida Felipe corrió en busca del doctor Pérez, que vive enfrente... Una hora después mi pobre tío comenzó a recobrar el conocimiento... entonces ocurrió algo horrible... En su delirio debió sentirme junto a él... y sus primeras palabras fueron para arrojarme de su presencia...

El pobre joven estaba verdaderamente conmovido. Tras de algunos momentos de silencio, Román Calvo preguntó con su acento frío y penetrante:

—¿Puede Ud. decirme la causa del desagrado de su tío?

—No, señor Calvo... Era en él frecuente el regañarme... No estaba satisfecho de mi conducta... Pero no acabo de comprender su indignación en ese preciso instante... Acaso tuvo conocimiento de alguna deuda mía...

—El notario Elizondo debe poseer la clave de ese misterio, observé yo.

—Probablemente el notario y acaso al-

guien más, continuó tristemente Patricio Iturrigoiri... Aquella mañana vino a visitar a mi tío cierto personaje, según lo ha declarado Felipe el criado. Estuvieron juntos más de media hora... Ese hombre debió haber sido mi delator, porque Felipe aseguró que poco tiempo después de haberse marchado, oyó a mi tío distintamente inermarme en voz alta y en los términos más duros...

—Pero Ud. no habló con don Marcelo antes del accidente, según creo habérselo oído, insinuó Román.

—No, ciertamente... pero Felipe se olvidó en afirmar lo contrario... Yo no creo que Felipe mienta. Seguramente hablaba solo, cosa que solía sucederle en sus arrebatos de cólera... ¿Qué le habrán referido a mi tío para irritarle así?... No fué, sin duda, mi deuda para con Elizondo... Entonces no lo habría llamado para que autorizara su testamento.

Román meneó malignamente la cabeza...

—Podemos imaginar cualquiera otra cosa, dijo... No sería aquél su único pecado de Ud...

—No, por desgracia.

—¿Alguna otra deuda?...

—No tenía otras...

—Adelante... Vamos, no se desaliente Ud... Ya lo descubriremos todo...

—Como se lo refería, continuó el pobre joven, tuve que abandonar el aposento del moribundo. Una media hora después, el médico vino a comunicarme que aunque mi tío había recobrado el conocimiento, su estado era siempre muy grave y deseaba hacer testamento... Yo mismo fui en busca del notario Elizondo...

—¿Ud. mismo?

—Yo soy así, señor Calvo...

—¿Supo por Ud. Elizondo el disgusto de su tío de Ud?...

—No pude menos de referirle lo ocurrido... Confieso que yo esperaba algo de su intervención amistosa... pero nunca me imaginé que fuera capaz de lo que ha hecho... Hasta aquí toda mi intervención en el negocio.

—¿Y después?

—Según la declaración del propio Elizondo fué él mismo quien escribió el testamento al dictado del moribundo, en una vieja máquina "Underwood" que mi tío manejaba en su mesa de despacho junto a su lecho. Como Ud. sabe, el testamento fué cerrado, y su contenido un misterio para todos menos para Elizondo... Esta circunstancia es importantísima...

Cuando se abrió el testamento ante el juez y con todas las formalidades legales, nadie quedó sorprendido como yo... Los testigos lo recuerdan perfectamente... Llegué a pensar que acaso mi tío no estaba en su sano juicio al dictar sus últimas disposiciones... Participé a Elizondo privadamente estos escrúpulos, pero él se apresuró a quitármelos de la cabeza. "Quede Ud. tranquilo, me dijo una y otra vez... En un principio pensé lo que Ud... pero el pobre viejo sabía lo que estaba haciendo..."

Román Calvo escuchaba con extraordinaria atención.

—Permítame una pregunta, dijo. ¿Nada supo Elizondo de los móviles que pudieron impulsar a don Marcelo a hacer un testamento tan inesperado?

—¿Es que Ud. cree todavía en tal testamento?... repuso Patricio. ¿No sabe Ud. que es falso?... Sobre esto último, como lo va Ud. a ver, no queda la menor duda.

—Pero, ¿qué dice Elizondo a ese respecto?

—Cosas vagas e inconexas. Según él, mi tío se encerró como de costumbre en un desesperante mutismo. "Escriba Ud. lo que le dicto, fué, según él, la única respuesta que merecieron sus observaciones... Para un hombre de los hábitos de Ricardo esa renta basta..."

—No está mal encontrado el pretexto, objetó irónicamente Román. Esa observación no es inverosímil en boca de un viejo socarrón como el tío de Ud... Adelante, joven, creo que estoy delante de uno de los asuntos más sorprendentes de mi carrera.

—Créanlo Uds. o no lo crean, continuó el joven, les juro que estaba dispuesto a no aprovecharme por completo de lo que imaginaba el capricho fugaz de un moribundo... Habría partido la herencia con mi pobre hermano...

—Te conozco y sé que lo habrías hecho, dije yo estrechándole la mano.

Román miró a su cliente, sonriendo en forma un tanto sarcástica.

—Bien, dijo al fin, sepamos cómo llegó a descubrirse la falsedad del testamento.

—Hoy de mañana fui citado ante el juez... Encontré en la audiencia a los testigos del testamento, al notario Elizondo, a mi hermano Ricardo y a su abogado, don Lorenzo Frías... Nuestro antiguo sirviente Felipe también estaba allí. El juez se dirigió primeramente a Elizondo, preguntándole si era el papel que obraba en autos el mismo que él escribiera al dictado del testador... Elizondo después de examinarlo contestó afirmativamente... Entonces el abogado Frías tomó la palabra y en muy pocas pudo probar que ello era imposible... La máquina de escribir de mi tío era de tipo de letra grande y alargada y estaba cargada con tinta violeta... El papel leído como testamento había sido escrito en una máquina del tipo redondo llamado "pica" por los técnicos y con tinta negra...

—¡Una palabra! interrumpí yo con ansioso interés. ¿No pudo el testamento ser sustituido después de su lectura por algún interesado en probar su falsedad?

Patricio permaneció un momento atónito. Seguramente era esta una idea que no se le había ocurrido...

—Imposible, dijo por fin. Después de abierto y protocolizado el testamento, no ha salido ni por un instante de manos de Elizondo, quien lo mantuvo guardado en su propia caja de fondos... ¿Y qué interés puede haber tenido este para efectuar "a posteriori" una falsificación, de que a nadie más que a él debía culparse?

—El señor tiene razón, observó Román Calvo con tono decisivo... Esa hipótesis no merece siquiera ser considerada....

Ahora, una pregunta más... La cubierta del testamento, ¿estaba también falsificada?

—Probablemente no, repuso Patricio, después de titubear un momento.

—¿Cómo! ¿Probablemente, dice Ud.?

—El notario Elizondo asegura, como es natural, que el sobreescrito es de su puño y letra... Los testigos reconocen como suyas las firmas en él estampadas. Es cierto que dos de ellos han emitido ligeras dudas al respecto, cosa que se explica, después del sensacional descubrimiento de la falsificación del contenido... Ahora, señor Calvo, ya sabe Ud. de mi desventura tanto como yo mismo... ¿Me negará Ud. su auxilio?

El gran detective no respondió... Su largo y sombrío silencio parecía la condenación de mi desgraciado amigo.

—Querría saber, dijo por fin, las pruebas que Ud. puede presentar de su inocencia.

Patricio se puso de pie, con gesto trágico.

—Lo he jurado, exclamó... ¿No le basta a Ud. la palabra de un caballero?

—No se trata de mí, sino del juez, obser-

vó Román con mucha calma, en tono de eludir la altanera pregunta de su cliente...

—Todas las apariencias condenan a Elizondo, observé yo, saliendo en defensa de Patricio...

—A los dos, Miguel, a los dos. El mismo señor es quien lo ha confesado, en la carta que hemos leído hace una hora... Yo no quiero hacer a tu amigo el agravio de no creer en su inocencia, pero es necesario probarla, y hasta ahora él mismo no ha hecho sino presentar armas en contra suya... ¿Qué se desprende de su relato?... Que don Marcelo el día de su muerte después de haber sido informado por un incógnito de una de las muchas calaveradas de su sobrino Patricio, fué víctima de un violento ataque cardíaco... Que sus primeros actos, al recobrar el sentido, fueron despedir de su lado al culpable y hacer su testamento... Que ese sobrino que iba a ser con toda probabilidad desheredado, fué él mismo en busca del notario, y conociendo el interés que éste tenía en impedir tal desheredamiento se apresuró a informarle de lo ocurrido... y, como corolario de estas premisas, resulta que el notario da lectura ante el juez a un



testamento que no pudo ser el que don Marcelo Iturrigoiri le dictara, a un testamento falsificado en favor del sobrino culpable... ¿Qué oponen Ud. y Elizondo a esa cadena lógica de hechos?... Una simple negativa... Prueba ninguna...

—¡Oh! por amor de Dios, exclamó Patricio sollozando, no continúe Ud.... Veo que también Román Calvo me condena.

—Me limitaba a afirmar que ni Ud., ni Elizondo tienen pruebas de su inocencia... Eso quiere decir...

—Ya lo sé... ¡que nuestra desgracia no tiene remedio!

—No... quiere decir que si no hay pruebas, soy yo quien debe buscarlas...

Patricio se arrojó conmovido en los brazos de Román Calvo.

IV

Al día siguiente, muy de mañana, el hábil detective fué en mi busca.

—¿Quieres acompañarme a visitar el sitio del suceso? me preguntó.

—De mil amores, le contesté. No hay para mí placer más grande que el verte trabajar... Eso sí que no comprendo lo que te lleva por allá...

—¿Querías que fuese en busca de pruebas a la luna?

Acostumbrado a las salidas de Román, no insistí en mis objeciones.

La casa de don Marcelo es en un todo idéntica como Patricio la había descrito. El propio Felipe nos abrió la puerta, y no tuvo inconveniente para permitirnos una detenida inspección de todo el inmueble.

El pobre viejo, no repuesto aún de las emociones de los últimos días, no vaciló en asegurarnos que deseaba con toda el alma que su patrón resultara inocente.

—Don Patricio es bueno como el pan, nos dijo. Un poco alegre, eso sí... y era lo que don Marcelo no podía perdonarle.... La raspa que le echó esa mañana fué terrible...

—Patricio asegura que no ha habido tal raspa, observó Román.

—Estaría hablando solo entonces, repuso el viejo muy seguro de sí mismo... Yo iba pasando por aquí... y alcancé a oír al patrón... "¡Malvado!... ¡Hipócrita!... decía, tú vas a ser causa de mi muerte"...

—¿Y él no contestó nada?...

—Ni una palabra... Por eso bien mirado... quizás estaría hablando solo, porque yo no los ví... Después, cuando el patrón comenzó a volver de su desmayo y apenas se dió cuenta que don Patricio estaba allí, le gritó que se retirara de su presencia...

¡Pobre joven!... Al fin y al cabo todo sería por alguna insignificancia...

—¿Nadie más fué testigo de esta escena?

—Nadie, más que don Patricio, yo y el doctor Pérez. Don Ricardo, el hermano de don Patricio, sale muy temprano para su oficina, y como era sábado, día en que los empleados tienen asueto por la tarde, se había ya ido al campo con algunos amigos cuando fuimos a buscarlo por la enfermedad del patrón... Cuando volvió, en la tarde, ya don Marcelo estaba en la otra vida...

—¿Ud. ha dicho también, continuó Román, que esa misma mañana vino un desconocido a conversar con don Marcelo?

—Sí, señor, un viejecito, flaco, de patillas, muy mal trajeado, que yo no había visto nunca por acá... Se encerró con el patrón como media hora por lo menos... Estoy seguro que vino a acusar a don Patricio de alguna de las suyas.

Román no abandonó la casa sin haber antes procedido a un examen minucioso de la pieza que servía de alcoba y escritorio al difunto avaro.

—¿Y la máquina de escribir? preguntó

—Esta es, repuso ño Felipe.

—¿No había otra máquina en la casa?

—No, señor.

—Vamos, Miguel, ya he visto cuanto tenía que ver... ¡Adiós, ño Felipe, muchas gracias...

Al cerrar la puerta de calle, noté que el semblante de Román estaba transfigurado.

—Ese hombre, pensé, está sobre la pista...

—Espérame mañana a almorzar, me dijo, tengo que hacer hoy algunas diligencias.

.....

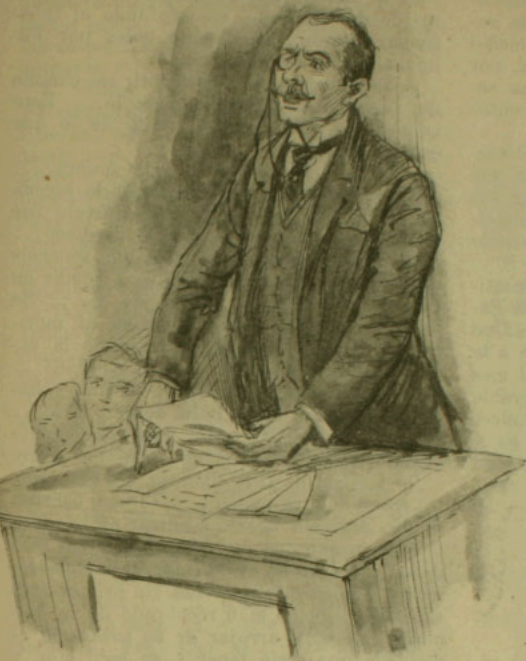
V

Más puntual aún que de costumbre, Román Calvo estuvo en mi casa antes que dieran las doce.

Llegó animado, sonriente y excesivamente locuaz.

Apenas nos sentamos a la mesa comenzó a disertar sobre los procedimientos que decía haber inventado para desentrañar la verdad de los telegramas sobre la guerra europea.

—Obro, me decía, como los establecimientos de beneficencia mutualés. Noticias hay que necesitan de una concentración precisa antes de echarlas al horno de fundición; otras tienen un mayor porcentaje de fino y pueden ser aprovechadas inmediatamente; las hay fundentes y también algunas que no contienen sino escoria.



Con gran pasmo mío, siguió discurrendo largo rato sobre este tema. Mis nervios no pudieron soportarlo por más tiempo.

—¿Y el negocio Iturrigoiri? le pregunté
—Como debes haberlo comprendido ayer, ya está resuelto... Era sencillísimo... un verdadero juego de niños...

No pude menos de lanzar una exclamación de asombro.

—¡Sencillísimo!... Pero, Román, no es esa la opinión que te oí ayer delante de Patricio.

—No entiendo... ¿qué relación puede tener la complicación o desenlace del problema, con lo que dije de tu amigo?... El no tenía pruebas... ¿Sostendrás lo contrario?... Su propio relato habría servido maravillosamente al fiscal para una soberbia requisitoria.

—Entonces ¿crees salvarlo?...

—Tú lo juzgarás luego por tí mismo. Lo único que puedo asegurarte, es que ya conozco todo el negocio hasta en sus menores detalles... Y ahora hablemos de la guerra o de cualquier cosa, mientras llega la hora

de ir al juzgado... Me es insoportable ocupar el cerebro con asuntos que ya no me interesan...

—¿Vamos a ir entonces al juzgado?

—Es lo que me queda por hacer... Dar cuenta de mis gestiones y llevar mis testigos...

En la antesala del señor juez, había varias personas esperando. Reconoció entre ellas a ño Felipe el criado de los Iturrigoiri. Un oficial de policía sentado en un banco tenía junto a sí un bulto misterioso, forrado en hule. Nos introdujeron inmediatamente a un gabinete reservado. El juez departía amistosamente con un joven pálido, de frías y correctas facciones, vestido de negro.

—Voy a presentarte a don Ricardo Iturrigoiri, hermano de tu amigo, me dijo Román. Ha sido lo bastante generoso para interesarse por la suerte de mi cliente...

—Es natural, dijo el joven con tranquilo acento. Se trata al fin y al cabo de mi hermano. Nadie siente como yo lo sucedido.

—De todos modos, continuó Román, la conducta de Ud. es generosa. Si su hermano fuera declarado culpable de la falsificación del testamento de su tío, sería legalmente indigno de sucederlo, y toda la herencia le correspondería a Ud... Trabaja, pues, Ud. en

contra de sus propios intereses, cosa rara en estos tiempos...

Ricardo Iturrigoiri se inclinó silenciosamente ante los cumplimientos de Román.

—¿Ha adelantado Ud. algo? preguntó.

—Sí, señor. le traigo buenas noticias... Su hermano de Ud. es inocente...

Creí notar que el rostro del joven palidecía un poco.

—Si será también un egoísta, pensé. El interés que ha demostrado, bien puede ser fingido.

—Vamos a ver, dijo el juez... Cuéntenos Ud. el resultado de sus investigaciones.

—Con mucho gusto. Voy sencillamente a referir hasta con sus menores detalles, todo lo ocurrido. En mi larga carrera no he tropezado con un negocio tan sencillo como este.

Todos nos miramos asombrados.

—Pues bien, señor juez, continuó Román. El sábado último, a las ocho de la mañana, una persona pidió ser introducida al escritorio de don Marcelo. No era como se ha creído un delator de la conducta de

nadie. Iba sencillamente a cobrar una deuda. Después de una larga y acalorada discusión, don Marcelo se avino a pagar la suma que le cobraban, lo que hizo por medio de un cheque contra el Banco Español, por la suma de veintidos mil ochocientos sesenta y un pesos, y treinta y ocho centavos.

—¿Y qué tiene que ver, preguntó Ricardo nerviosamente, la circunstancia de que mi tío tuviera dificultades para pagar sus deudas con la falsificación de su testamento? Mucho me temo que Ud. haya entrado en el terreno de la fantasía.

—¡Paciencia, señor mío, paciencia! continuó Román. Las dificultades a que don Patricio hace referencia son las siguientes. Uno de los sobrinos de don Marcelo jugaba a la bolsa y tuvo la desgracia de perder el mes pasado una suma de dinero considerable para sus recursos. El joven se vió entonces en la necesidad de acudir a un prestamista, quien sólo se allanó a facilitar la cantidad requerida, sobre una letra a treinta días, aceptada por el propio don Marcelo... El joven, urgido por el apuro en que se encontraba, cometió la debilidad de falsificar la firma de su tío... Era esa letra la que esa mañana fueron a cobrarle...

Ricardo Iturrigoiri se levantó de su asiento, densamente pálido...

—Lo que el señor afirma, es falso, exclamó con voz convulsa...

—Ud. mismo está probando que lo que afirmo es verdadero, repuso Román sin abandonar su actitud tranquila e indiferente. Porque el autor de esa primera falsificación es Ud... Su actitud misma lo está acusando...

—No tengo paciencia para escuchar más tonterías, gritó el joven Iturrigoiri... Puede Ud. seguir hilvanando todas las novelas que se le antoje... Yo me retiro...

—Quédese Ud... se lo suplico, dijo el juez...

Ricardo Iturrigoiri se dirigió a la puerta...

—Se lo ordeno entonces, gritó el magistrado con recio acento... ¡Ud. no sale de aquí...

—¿De modo que estoy preso?

—¡Sí!... Está Ud. preso.

—Continúo, prosiguió Román, como si nada de nuevo hubiera ocurrido... Don Marcelo pagó la letra... Aunque avaro, quiso evitar que cayera semejante borrón sobre su familia. Pero el golpe que recibió fué tremendo... El culpable de esa falsificación era su sobrino predilecto, en el que tenía puestas todas sus esperanzas, y cuando minutos después, ese sobrino entró como to-

dos los días a saludarle, se produjo una escena de indescriptible violencia... Los gritos de don Marcelo, apostrofando al falsificador fueron casualmente oídos por Felipe, el sirviente de la casa...

—No me ocuparé en desmentir ese cúmulo de falsedades, balbuceó Ricardo... Este hombre no puede probar nada de lo que está diciendo.

—Bien... Piense Ud. lo que quiera... ¡Ya lo veremos!... En medio de la escena a que me iba refiriendo, don Marcelo fué víctima de un violento ataque cardíaco... ¿Qué hizo entonces ese joven que tenemos delante?... ¿Llamar gente?... ¿Acudir en socorro de su tío?... Nada de eso... Se limitó a acostar sobre su cama al moribundo y salió apresuradamente de la casa... ¡Muy bien pensado a la verdad!... Si don Marcelo recobraba el sentido y hacía testamento, sería para desheredarlo... Ricardo Iturrigoiri creyó más conveniente dejarlo morir abandonado como un perro.

La justicia de Dios dispuso, sin embargo, las cosas de otra manera... El otro sobrino de don Marcelo acertó a entrar en la pieza más temprano que de costumbre, y sus cuidados y los de su criado lograron volverle momentáneamente a la vida. Su primer pensamiento, aún no bien recobrado de su desmayo, fué para arrojar de su presencia al malvado que creía tener a su lado aún, y cuyas facciones sus ojos no eran capaces de discernir... Patricio Iturrigoiri, creyó ser el objeto de la cólera de su tío... y se retiró tristemente de la sala...

Entretanto, el verdadero culpable se dirigía a su oficina... Allí estuvo sólo algunos minutos, para pedir a su jefe permiso por lo que quedaba de mañana. Dijo que algunos amigos le habían invitado a un almuerzo en el campo para aprovechar el "week end". No podrá él decirnos quiénes fueron esos amigos... Era un simple pretexto para alejarse... No quería que le encontraran los de su casa para llevarlo al lado de su tío moribundo...

Al regresar a su casa, ya entrada la noche, supo que había perdido a su tío, y la última esperanza de ser recompensados con una pingüe herencia largos años de hipocresía y disimulo... El testamento de su tío era indudablemente su condenación...

Pero luego vino a saber que probablemente todo el mundo ignoraba lo ocurrido entre su tío y él... y entonces concibió la idea de falsificar el testamento de don Marcelo... Lo reconozco, Ricardo Iturrigoiri es un malvado hábil... No le era posible, sin peligro, substituir por otro el testamento de su tío. No ignoraba que el notario Eli-

zondo había escrito personalmente a máquina la última voluntad del difunto, y el menor cambio en ella habría arrojado todas las sospechas sobre la cabeza del verdadero culpable.

El crimen fué de muy fácil realización. Patricio Iturrigoiri que sinceramente se consideraba perjudicado por el testamento, no tenía por qué ejercer ninguna vigilancia sobre el escritorio de don Marcelo... Además su alma noble no era capaz de sospechar de su hermano. Este pudo, pues, penetrar impunemente en las altas horas de la noche hasta la caja de fondos que encerraba el testamento... La llevó a su oficina en la estación de los ferrocarriles del Estado, y allí, después de imponerse de sus disposiciones, procedió a copiarlo literalmente en la máquina de su compañero de trabajo Alberto Vadillo, la tercera a mano derecha entrando, que, aunque vieja, tenía la ventaja inapreciable de tener un carácter de tipo muy diverso que aquella en que el testamento verdadero había sido escrito...

—Todo eso necesita pruebas, balbuceó nuevamente Ricardo.

—Por de pronto aquí tiene el señor juez, dijo Román exhibiendo un papel, una muestra escrita con la máquina que Ud. hizo traer esta mañana, y que espera en la antesala... Vea como las *f* y las *t* son defectuosas, las *c* partidas, y las *o* bastantes borrosas...

En cuanto a los demás testigos también esperan allá afuera... El jefe de la oficina del señor, Felipe, el criado de don Marcelo, el guarda nocturno de la estación del Mapocho, la acusadora máquina, y el principal de todos: el prestamista don Hipólito Obando, el causante involuntario de toda la tragedia.

A una señal del juez, se abrió la puerta del despacho y en el hueco apareció junto a ño Felipe un vejete raidamente vestido con aspecto de badulaque y socarrón...

—¡Maldito usurero!... Me has vendido, exclamó Ricardo Iturrigoiri, desplomándose en la silla...

VI

Impaciente estaba yo por oír de labios de Román Calvo el relato de su maravillosa pesquisa. No tuve que esperar mucho tiempo. Esa misma noche acababa de tomar mi café, cuando entró como una exhalación en el comedor.

—Todo va perfectamente, me dijo fro-tándose las manos. Mi cliente y el notario Elizondo quedarán en libertad mañana mismo. En cuanto al otro badulaque ya está a la sombra...



—Te felicito, le contesté con sincero entusiasmo. Pero ¿cómo ha sido esto?... No puedo explicármelo.

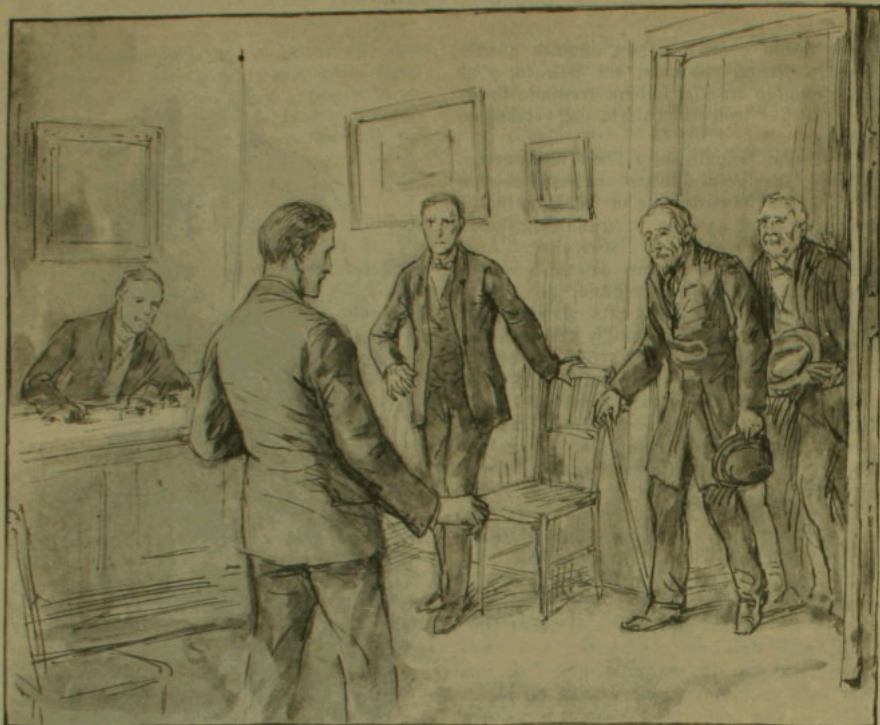
—Tienes el privilegio del pasmo perpetuo, me repuso riendo... Te ofuscan las cosas más sencillas... Y eso que en este caso partías como yo del supuesto de la inocencia de Patricio Iturrigoiri...

—Era mi amigo... pero tú que acababas de conocerlo... ¿de dónde deducías su inocencia?

—De lo absurdo de sus declaraciones. Un criminal por torpe que sea, nunca proporciona tantas armas contra sí mismo... Un inocente, dice la verdad... ¿Me explico?

—Ahora lo entiendo... Y lo demás...

—Lo demás consiste en que yo no desdén los detalles... ¿Qué te pareció a tí la circunstancia de que Patricio encontrara a su tío vestido en la cama y con un ataque al corazón?...



—No sé... No me doy cuenta...

—Yo sí me dí cuenta... El que se siente enfermo de un ataque repentino no se dirige a la cama... Ese no es nunca su primer movimiento... Si está solo, cae allí donde lo sorprende la enfermedad o corre en busca de auxilio, si ello le es posible... Don Marcelo no se tendió pues en su cama, sino que alguien le puso allí... ¿Quién?... La misma persona a quien estaba regañando, según lo declarado por ño Felipe, y que nosotros sabíamos no fué Patricio... A dos personas tenía derecho de regañar don Marcelo... No era la una... luego era la otra...

Un nuevo detalle vino a fortalecer esta convicción mía y a darme por decirlo así el hilo de todo el problema. ¿Recuerdas nuestra entrevista con ño Felipe? Según el viejo eriado, uno de los cargos que don Marcelo dirigía al sobrino objeto de su cólera era el de "hipócrita"... Esto no podía referirse a Patricio... Sus faltas eran demasiado conocidas de su tío y de todo el mundo... Era pues inexplicable que le llamaran hipócrita, y por lo menos muy raro que

el viejo se indignara tanto, por una conducta que no tenía por qué extrañarle ni tomarle de nuevo.

—¡Evidente!

—Sí... muy evidente, pero la evidencia de estas cosas nunca aparece antes de que yo las haga ver... Luego, a nadie se le ocurrió interrogar a la persona que estuvo a ver a don Marcelo esa mañana.

—Nadie sabe quién era, repuse yo... Las señas de ño Felipe eran muy vagas.

—No tanto... En primer lugar nosotros sabíamos que no iba por negocio de Patricio... El tan sincero y hasta tan torpe en sus declaraciones, habría tenido alguna sospecha de quién podía ser... Pero al contrario, él nos afirmó no tener otra deuda que con Elizondo. En segundo lugar si era un cobrador o un prestamista, no teníamos por qué suponer que no había sido pagado. Don Marcelo aunque avaro era muy correcto y muy celoso del buen nombre de su familia... y además... ¿No te parece que su indignación no habría sido tan grande, a no haberle costado la aventura algún dinero? Comprenderás, pues, por qué fuí al Banco

Español donde tenía su cuenta don Marcelo, y allí supe lo del cheque girado a favor de don Hipólito Obando.

Ese nombre era por sí solo una revelación. Conseguí de un amigo que conocía a don Hipólito más de lo que hubiera deseado, que me llevara a su casa. El viejo usurero se encerró en un principio en un porfiado silencio... Sospeché entonces que acaso tendría otras cuentas pendientes con Ricardo Iturrigoiri, y que abrigaba temores por su dinero si su deudor era despojado de la herencia... No iba descaminado, porque en cuanto le hube dado las más amplias seguridades de que Patricio haría en todo caso honor a los presuntos compromisos de su hermano, el viejo no tuvo inconveniente en referirme lo que oíste hoy en el juzgado.

Dueño ya de cuantas pruebas morales podía apetecer, fui en busca de la máquina de escribir que sirvió para falsificar el testamento...

—¡Caramba! interrumpí. Eso me parece un poco fuerte.

—Al contrario. Nada más fácil. La suplantación no pudo efectuarse sino en las altas horas de la noche del sábado. Después no hubo tiempo ni ocasión material para hacerlo... ¿Te imaginas que son muchas las máquinas de escribir a que se puede tener acceso, sin despertar sospechas, a la una o a las dos de la mañana? Los salones de un

club no son los más a propósito para falsificar un testamento; las oficinas y los colegios están cerrados. Ricardo Iturrigoiri no podía acudir a un amigo en este caso.... Fué al único sitio posible, a su propia oficina en la Estación del Mapocho... Allí por lo menos no cierran en la noche...

El guarda, según lo ha declarado, no tuvo inconveniente para confiarle la llave. ¿Qué podía sospechar él?

—¿Y cómo pudiste individualizar la máquina?

—Conseguí del juez que me permitiera tomar una copia fotográfica del testamento falsificado, y en compañía del jefe de estación fui a sacar muestras de las diversas máquinas de la oficina sospechosa... Negocio de niños... Sólo una era del tipo en cuestión... y a mayor abundamiento presentaba en su escritura todas las características que me viste enumerar esta mañana en el juzgado...

Con semejante desaliento y con las declaraciones del jefe de estación y del guarda ya tenía a mi hombre...

¿Lo comprendes ahora?

.....
Acabo de saber que Ricardo Iturrigoiri ha sido condenado en primera instancia a cinco años de presidio.

Nadie dirá que no son bien merecidos.





Los buques alemanes internados en puertos americanos. Un curioso mapa inglés que muestra dicho número.



Regreso de las tropas revolucionarias después de haber asistido a una sesión de la Duma.

REVOLUCION RUSA

Ilustrada con fotografías

Tan grande como la guerra misma que llena el mundo de duelo y espanto, es la enorme revolución rusa que, en pocas horas, derribó el trono secular de los Czares.

Cada día llegan nuevas comunicaciones del sangriento movimiento y en la hora actual ya se puede ir vislumbrando algo de lo que ha sucedido en Rusia y que la censura no esparció por el mundo.

Las fotografías que reproducimos en las páginas que siguen pueden dar una idea aproximada de lo que ha significado esa enorme catástrofe que en un instante hizo peligrar los lazos de unión de la entente.

Sobre todo tiene mucha importancia en esta información gráfica aquella que muestra la primera reunión en la Duma del Congreso de soldados y obreros.



Parapetados en un automóvil en las calles de San Petersburgo.



Personal de la antigua policía capturado por los revolucionarios.



Un edificio desde el cual la policía hizo fuego contra el pueblo, completamente incendiado.



La multitud revolucionaria oyendo un discurso.



La revolución en la nieve: Una barricada en las calles.



Soldados y gente del pueblo en su desfile a través de las calles de San Petesburgo.



El señor Rodzianko, Presidente de la Duma, rodeado de algunos jefes y oficiales.



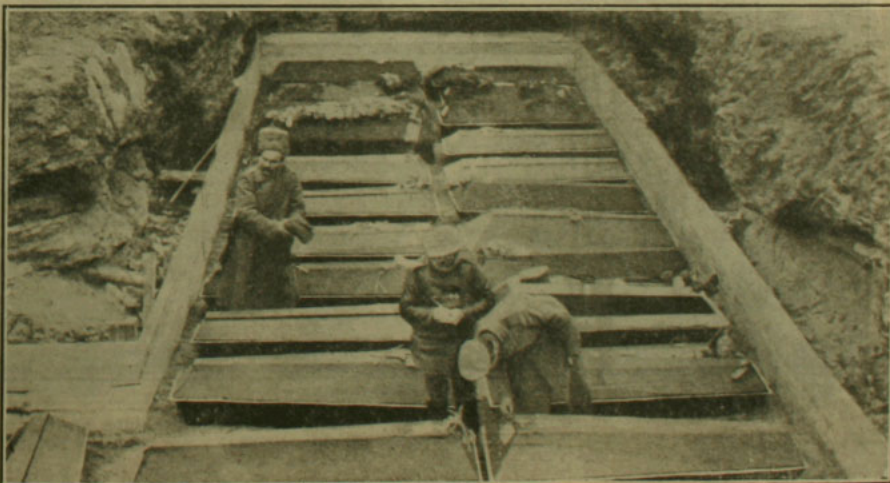
Soldados rusos revolucionarios, en el entierro de las primeras víctimas.



Jóvenes rusas.



La procesión de las urnas de los caídos en las refriegas.



El sepelio de los muertos en la revolución rusa.



El primer Congreso de soldados y obreros en San Petersburgo; reunidos en la Duma qu



ha tenido en sus manos el Gobierno durante estos últimos meses.



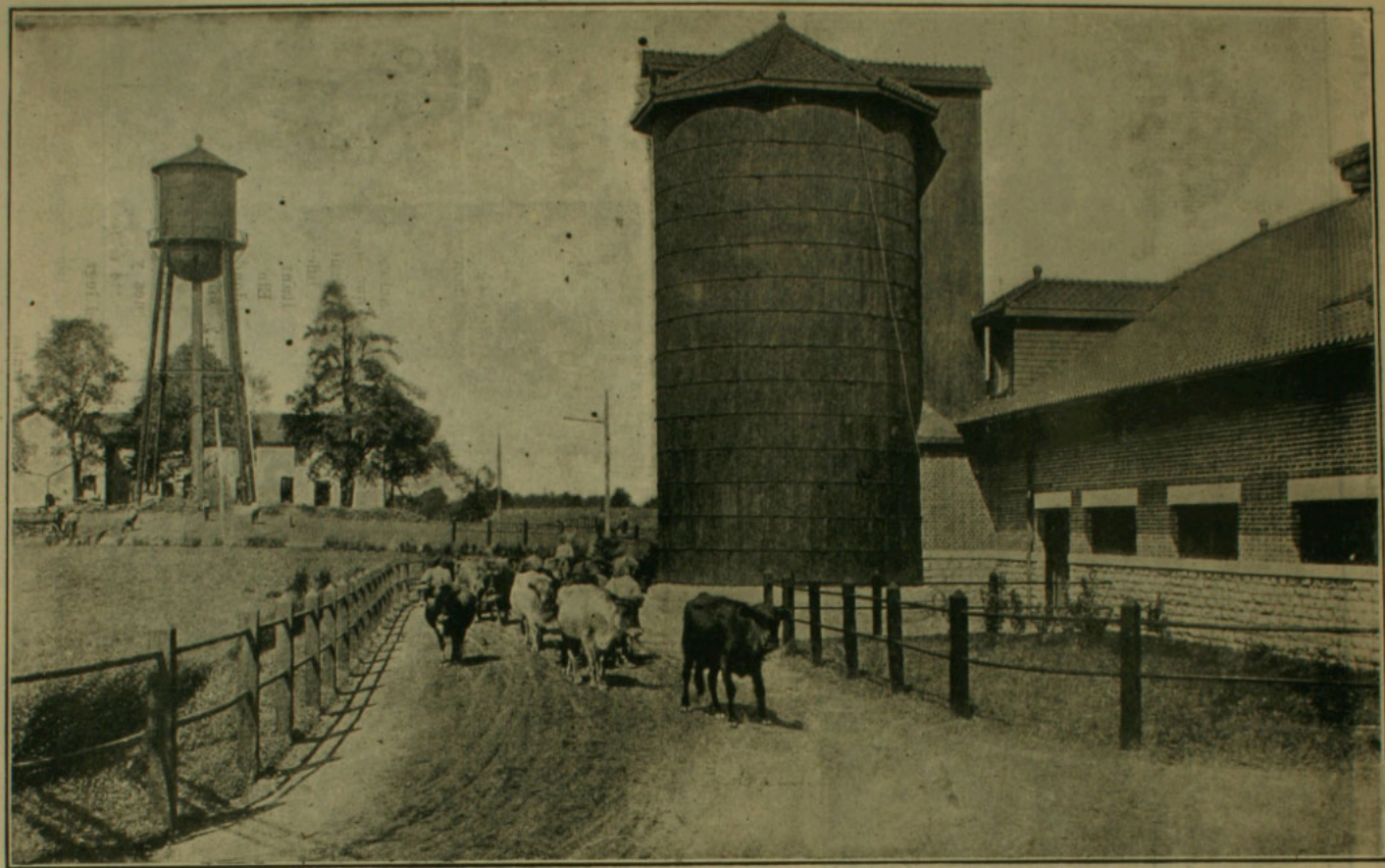
Un soldado ruso arengando a la tropa en un *mee'ing* revolucionar'io.



Las tropas revolucionarias reunidas para oír una arenga en las calles de Moscou.



La prisión de Pedro y Pablo, que fué incendiada por los revolucionarios.



Llevando las vacas al establo para ser ordeñadas



Una Hacienda Modelo

Con ilustraciones fotográficas

En el centro de la mejor región para el cultivo, en los Estados Unidos de Norte América, cerca de Lexington, Kentucky, está situada la hermosa hacienda de ocho mil acres, propiedad de Mr. J. B. Haggin, de la ciudad de New York. No se ha reparado en gastos a fin de embellecer y equipar esta hacienda modelo con los más hermosos edificios, el mejor ganado y los administradores más eficaces que se han podido obtener, y el resultado ha sido que la hacienda Elmendorf es la primera de todas las de América. Para el visitante interesado, esta maravillosa hacienda combina tan diestramente lo práctico y artístico, que la combinación de ningún modo está manifiesta.

Con sus ocho mil acres de pradera de blue grass (hierba de Kentucky), no superada en todo el mundo como terreno excelente para pastos; con sus rebaños de ganado lechero de las razas Jersey, Guernsey, Dexter y Kerry; con su hato de Shorthorns escoceses, el cual incluye alguno de los animales más hermosos de la raza: con su caballeriza de caballos de pura raza con su manada superior de cerdos Berkshire y sus hatos de ovejas Shropshire y Suffolk; además de sus magníficos edificios destinados a lechería, establos para caballos y ganado vacuno, corrales para ovejas y cochinerías, la hacienda Elmendorf puede ser llamada el orgullo del Estado de Kentucky.

Muchas millas de caminos de macadam y

carreteras con cercas de piedra o madera a uno y otro lado, conservados en el mejor estado, hacen que un paseo por la hacienda Elmendorf sea extremadamente agradable. La hacienda se divide en dos secciones por un camino por el que corre el ferrocarril interurbano de Lexington. Los beneficios de este arreglo son múltiples, pues la línea de tránsito hace que las siete millas a los mercados de Lexington se conviertan en un paseo de veinte minutos, mientras que la proximidad de la carretera bien conservada asegura fácil y cómodo acceso al mercado en todas las estaciones del año, aun durante los períodos en que los caminos de tierra ordinaria son intransitables.

El primer edificio que se presenta a la vista del visitante, cuando se baja del carro eléctrico en Elmendorf, es la oficina de la hacienda, de donde salen las órdenes a todas partes de la misma y en donde se puede ver a Mr. G. H. Berryman, administrador de Elmendorf. Toda la maquinaria, reparaciones, provisiones y compras parecidas se hacen por conducto de esta oficina central, que es también el lugar en donde se reúnen todos los jefes de los diversos departamentos una vez al día, para recibir órdenes o para planear trabajos futuros en junta con el administrador. Todas las cuentas y records se conservan en la oficina de la hacienda, que realmente es el banco de liquidación para los negocios del lugar, desde la compra de un

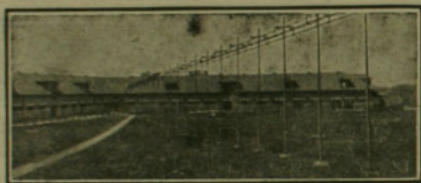


Residencia del propietario de la Hacienda Elmendorf.

ronzal a la distribución mensual de los cheques de salario, que ascienden próximamente a \$ 20,000 entre los seiscientos empleados.

A alguna distancia al Sur de la oficina, se encuentra la cómoda residencia del administrador de Elmendorf, construida de piedra caliza blanca. A la espalda de este edificio está la caballeriza, en donde se aloja cierto número de caballos de pura raza para coche y silla. Al Sur de la oficina está también la instalación de fuerza motriz y el molino, que anualmente muele entre veinticinco y treinta mil bushels de maíz y avena.

La instalación de potencia eléctrica produce unos quinientos voltios y proporciona la energía para hacer funcionar el sistema de alumbrado eléctrico y la potencia para la herrería, guarnicionería, carnicería y carpintería. Un cambio de vía de la línea interurbana permite apartar carros cargados de ganado, forrajes, o material de construc-



Parte del sistema de conducción por trole

ción para las diferentes partes de la hacienda. Elmendorf tiene varios carros de su propiedad, que se utilizan en transportar los animales de exposición a las diferentes exposiciones de ganado, y como carros de carga, en transportar la consignación diaria de leche y crema certificadas a los mercados de Lexington y Louisville.

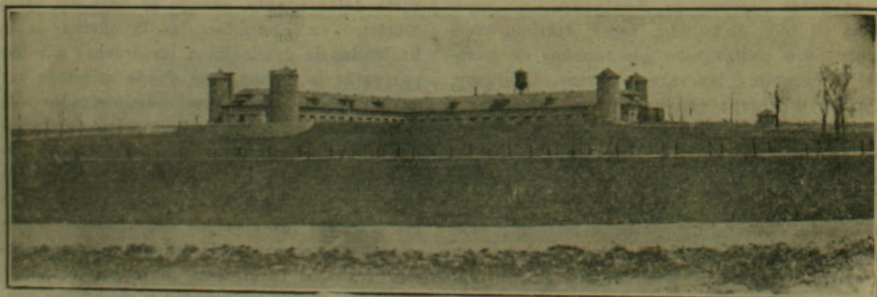
Green Hills, la residencia de mármol blanco del propietario.

Elmendorf es, sin excepción, la mansión más hermosa en el Sur de los Estados Unidos. Está situada en un sitio pintoresco, coronando la parte superior de una loma prominente, en la que se goza de una hermosa vista de los alrededores. Praderas sin límites de "blue grass" se extienden desde la mansión a las colinas comarcanas y a un arroyo de corriente tran-

quila, que pasa alrededor de las cercanías de la hacienda. Detrás de la hermosa casa está la cochera en donde se conservan los vehículos y guarniciones y se alojan los caballos para uso de la familia. Cerca de la

cochera hay una caballeriza, espléndidamente equipada para los caballos padres de pura raza que residen permanentemente en Elmendorf.

Se han unido a la residencia de Green Hills grandes invernáculos. Los terrenos adyacentes han sido allanados y embellecidos, y la práctica intensiva de jardinería de bos-



Establo de las vacas lecheras con sus cuatro silos

caje ha añadido al paisaje aquel tinte de perfección artificial que lo hace un ideal pastoral. En frente de la entrada principal de la posesión, hay una atractiva casa de guarda, desde la cual se extiende una avenida de tilos franceses y por todos los terrenos hasta la mansión principal limítrofes. Lo que hay más grandioso en estos terrenos es que, en su mayor parte, son el trabajo de la Naturaleza: la mano del hombre sólo ha añadido unos cuantos adornos artificiales.

Elmendorf, con sus ocho mil acres de terreno, siendo el valor de cada uno de \$ 250, comprende 25 haciendas diferentes, que se extienden sobre partes de tres distritos. La original Elmendorf consistió de quinientos acres, pero después que la compró Mr. Haggin en 1898, fué adquiriendo gradualmente otras haciendas en la vecindad y añadiéndolas a la primera. El resultado de estas adiciones ha sido la extensión considerable de Elmendorf, hasta que hoy es la hacienda más grande y mejor equipada de su clase en América.

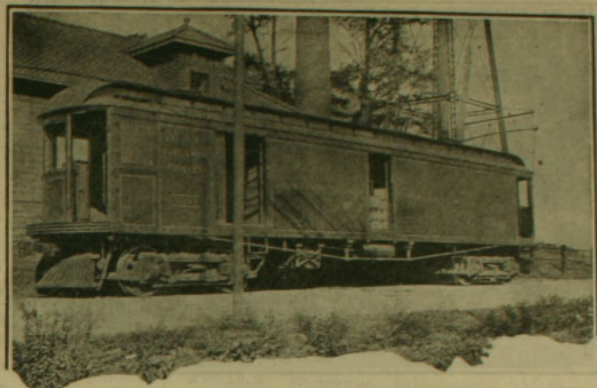
Una de las cosas más interesantes y prácticas de esta hacienda de Kentucky es la instalación de leche certificada, que es una de las más grandes y mejor equipadas en el país. Los animales lecheros en la hacienda incluyen mil Jerseys de pura raza, doscientos Dexters, sesenta Guernseys registrados

y cuarenta Kerrys; los Dexters y Kerrys son de la raza lechera de Irlanda, tipos vigorosos de ganado lechero, que, considerando el hecho de que nunca han sido mejorados para la máxima producción de leche, son individuos lecheros muy buenos. Además del ganado de pura raza, hay varios cientos de vacas, productos de cruzamientos, entre

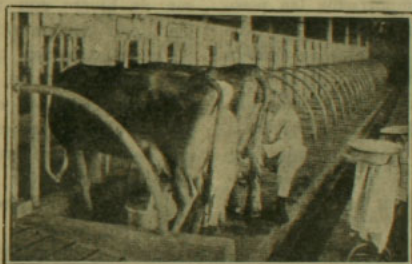
rebaños de vacas de leche en Elmendorf. Al presente, hay unos 350 animales dedicados a la producción de leche y crema certificadas.

Muchas páginas de comentario favorable pudieran dedicarse

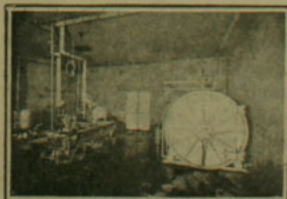
al tratar del establo maravilloso que aloja este rebaño lechero. El edificio está construido de piedra caliza del país y ladrillo rojo, con un techo de teja española. Tiene la forma de cruz de Malta, teniendo cada brazo de la cruz 220x40 pies de dimensión y acomoda ampliamente 100



Carro especial para el transporte de productos al mercado.



Los ordeñadores se lavan las manos después de ordeñar cada vaca.



Esterilizador de latas



Lavadero



Departamento de embotellar



La gran torre de agua está situada cerca del establo.

vacas. El establo tiene una capacidad total para 400 animales. En la intersección de los cuatro brazos, hay una especie de rotonda, que abre directamente en el departamento de recoger la leche, los cuartos de baño de ducha y la oficina de la lechería.

En todo el establo hay suelos de hormigón, en los que están empotrados los pesebres y cunetas: las divisiones son de tubo de hierro y terminan en puntales de madera y metal. Las paredes laterales del establo están enlucidas con cemento, mientras que los techos son de fibras de madera sujetas a listones de metal, todo lo cual permite que el establo se pueda lavar bien, a fin de conseguir una perfecta limpieza para las vacas durante la ordeña.

En el extremo exterior de cada uno de los brazos del edificio hay un almacén para pienso, que también se unen a dos silos de duelas, de modo que todas las raciones se preparan a una distancia conveniente del establo y, por lo tanto, no hay absolutamente peligro de olores o polvo que contaminen la leche. El establo está perfectamente alumbrado y provisto con cuatro pies cuadrado de área de ventana por vaca, mientras que el sistema King de ventilación impide que permanezca por largo tiempo en el establo el aire corrompido. Hay trece silos con una capacidad de 2,500 toneladas. Anualmente se dedican mil acres a la producción de ensilaje que, generalmente, rinden de cincuenta a sesenta bushells por acre.

El sistema por el cual se maneja el estiércol en el establo es único y muy eficaz. Un túnel circular va por debajo del edificio y está construido de tal modo, que un arco del círculo penetra cada brazo o ala

del establo. Una abertura provista con una cubierta fuerte de metal une la cuneta de desechos del establo con el túnel más bajo, de modo que es muy fácil pasar la paja de la cama y el estiércol a carros en el túnel, los que, cuando están llenos, son arrastrados por mulas a lo largo de una pequeña vía a un cobertizo, en donde todo se amontona y se mezcla antes de ser distribuido por el campo. Este método nuevo de sacar el estiércol del establo ha demostrado ser muy eficaz

para impedir que se vicié el aire o que la leche tome malos olores.

Para los efectos sanitarios, el edificio de la lechería está situado unos quinientos pies del establo. Este edificio tiene suelos, paredes y techos de hormigón, mientras que todos los marcos de las puertas y ventanas son de hierro con ventanas de vidrio fijas, pues esta construcción impide la absorción de gases y olores, que se pueden transmitir a la leche. Esta se lleva desde el departamento de pesar en el establo al edificio destinado a lechería, en latas de diez galones, por medio de un trole accionado por motor, que lleva las latas llenas a la lechería por el lado derecho y transporta la vacías al establo por el lado izquierdo, después que han sido lavadas y esterilizadas.

En el primer piso del edificio de lechería están las salas en donde se lavan las botellas y se esterilizan en un esterilizador de vapor de capacidad inmensa: hay otro esterilizador para las latas, piezas de la desnatadora y otros utensilios de metal, usados en la lechería. La cámara de refrigeración, el departamento de embotellar y los departamentos en donde se hace y almacena la mantequilla están en el piso bajo del edificio de lechería. En el segundo piso está situado el departamento para recibir la leche, el departamento para hacer hielo y la instalación de hacer helados. El departamento de leche desnatada está en el primer piso e interceptado del resto del edificio, estando provisto de una puerta exterior por la cual se lleva la leche desnatada a los pesebres, en las diferentes partes de la hacienda.

Se practican medidas sanitarias rígidas

respecto a la salud y condición de las vacas, ordeñadores y servidores de la lechería. Ninguna vaca se admite en el grupo de vacas para ordeñar hasta que se haya probado que está libre de tuberculosis, por la sujeción a la prueba eficiente de la tuberculina, mientras que los ordeñadores se someten a exámenes médicos, por lo menos una vez al mes, a fin de ver si están libres de enfermedades contagiosas. Se conserva la salud en las vacas por el ejercicio obtenido al pastar sobre enormes áreas de terreno, y dándoles una ración proporcionada de concentrados y forraje. Todos los animales se lavan y almohazan antes de cada ordeña, y sus ubres también se lavan con agua caliente y se secan con estopilla.

Se exige que cada ordeñador tome un baño de ducha antes de entrar en el establo y que se ponga un traje limpio y zapatos de madera, los que diariamente se examinan y limpian por un sirviente especial. Hay alquilado un barbero para atender a las necesidades de los ordeñadores, y se impone una multa de veinticinco centavos al que se presente en el establo a trabajar como ordeñador sin haberse afeitado antes. En el procedimiento de la ordeña, se usa el cubo Gurler de boca pequeña para leche; ésta pasa dentro de cubo por un colador serbente, colocado entre dos capas de gasa esterilizada. Tan pronto como se extrae la

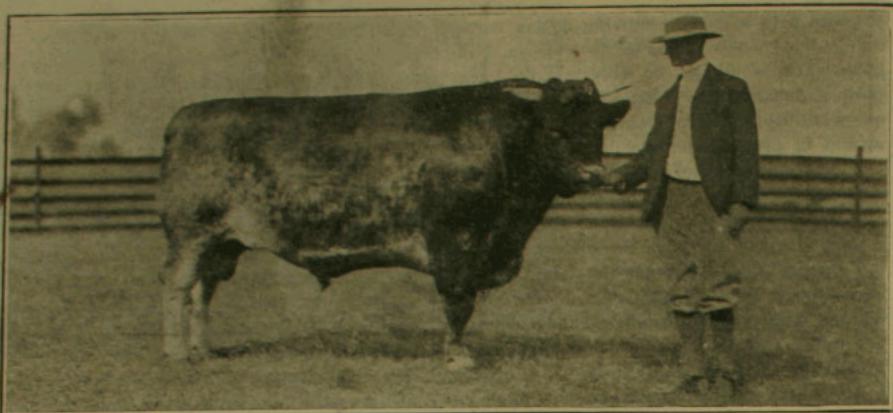
leche, un sirviente la lleva al departamento en donde se pesa y después se traslada a una de las latas grandes, lista para su conducción a la lechería. Los ordeñadores se lavan las manos después de ordeñar cada vaca, de modo que no hay posibilidad de que se contamine la leche.

Ordinariamente, el grupo de ordeñadores se compone de veinte hombres, que se alojan en una casa próxima a la lechería. Además hay muchos sirvientes y vaqueros. A todos los hombres casados se les da una casita con cinco habitaciones, equipada con todo los adelantos modernos, tales como calefacción de agua: componen una pequeña colonia a media milla de la lechería, que se llama Jersey City. El mismo cuidado y precaución que se ejerce en el establo, se practica también en la lechería, en donde se hace la mantequilla y el helado y se embotella y prepara para el mercado la leche y crema certificadas. Sólo practicando estas medidas, el contenido bacterico de la leche y crema ha sido mantenido, respectivamente, debajo de 10,000 y 15,000 gérmenes por centímetro cúbico, que son los requisitos para productos certificados de esta naturaleza.

Algunos de los mejores animales de la raza Jersey que ahora viven, se encuentran en el rebaño Haggin, e incluye Noble of Oaklands, un toro de \$ 15,000; Viola's Golden Jolly un macho que costó \$ 15,000,



Los ordeñadores y ayudantes listos para el trabajo del día.



Uno de los famosos reproductores Shorthorn, en la vacada de la Hacienda Elmendorf.

y Majesty's Lady Hoopla y Lady Viola, dos de las principales hembras de la raza Versey. Los dos toros mencionados anteriormente además de Sultana's Oxford Lad y Distinction's Noble costaron al dueño de Elmendorf \$ 41,300, suma que representa el capital de muchas otras granjas de ganado. Todo el otro ganado se compara muy favorablemente con estos animales de mérito tan sobresaliente.

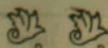
El excelente rebaño de Shorthorns escoceses se compone de cien animales, de los cuales las hembras son ejemplares muy convenientes de esta raza. No hay vista más preciosa que la de estos animales Shorthorns, de anea ancha y sólidamente conformados pastando en los prados de **blue grass**, en Elmendorf. Durante nueve meses del año hay bastante pasto, y en los meses restantes todavía sale el rebaño al aire libre para mantener a los animales en una condición sana.

Aproximadamente, hay 300 cerdos Berkshire y varios cientos de ovejas Shropshire. Los mejores Berkshire que se pudieron obtener se usaron como ganado de fundación, y en consecuencia abundan en Elmendorf excelentes tipos de esta raza, que poseen una conformación y calidad excelentes. Prevalence el sistema en el manejo de esta extensa propiedad, pues de otro modo ésta se hubiera perjudicado en poco tiempo. Cada departamento está bajo la dirección de un jefe, el

cual es responsable al administrador general respecto al buen éxito o fracaso de su especialidad. Se practican los sistemas de negocios y el manejo científico, con el fin de que la inversión de \$ 4,000,000, que representa la hacienda Elmendorf, esté bien cuidada y manejada.

Como unos 6,000 acres se dedican a pasto permanente de **blue grass**, la mayoría de los cuales es terreno de prado virgen que nunca se ha arado. Del área dedicada al cultivo, unos 300 acres se siembran anualmente de tabaco, mientras que antiguamente se cultivaba cada año un par de cientos de acres de cáñamo. El tabaco da un rendimiento grande por acre, o casi la producción más grande obtenida en cualquier hacienda en todo el distrito. El maíz, cebada y centeno constituyen las otras plantas de cultivo que se producen. El tabaco se cultiva por los arrendatarios bajo el sistema de partes iguales; el arrendatario produce la cosecha mientras Mr. Haggin suministra el terreno, equipo y capital para trabajar. Al fin de la estación se reparten las ganancias igualmente entre el dueño y el arrendatario.

Elmendorf no ha alcanzado todavía el grado de perfección a que desea elevarla su dueño y, por consiguiente, todavía se están haciendo mejoras y comprando mejor ganado, y se hacen toda clase de esfuerzos para que sea, bajo todos respectos, la mejor hacienda del mundo, tanto en ganado como en sus dependencias.





El homenaje al héroe en medio de la batalla en la lancha de los Alpes



Avance británico en Occidente: Transporte de municiones a lomo de mula.



Avance británico: Un baño en las lagunas del Somme.



Avance británico: Trineos para el transporte de los heridos por los caminos cubiertos de fango.

Juan Oliver

Juan Oliver ha hecho una elegante exposición: todo un mundo de políticos, artistas y mujeres.

Hacer un estudio de la obra de este dibujante no es cosa fácil para el reducido espacio de que disponemos; pero no se puede dejar de hablar de la tendencia nueva de este artista, cuyo molde deberíamos buscar en la actual orientación de la caricatura argentina.

Alonso y Málaga, dibujantes gemelos, si pudiéramos decir, han tenido enorme influencia en el arte Sud-Americano. Eguren Larrea, Fernández, Oliver, entre los conocidos nuestros, siguen su escuela. De estos tres, y con mucho, Oliver es el más joven y, por lo tanto, el que más promete. A la manera argentina, Oliver ha pasado por alto la caricatura detallista y protesca tan común entre nosotros; sus cabezas al pastel tienen toda la sabia elegancia de factura y colorido de los dibujos de Alonso, pero se vislumbra ya en ellas un sentido psicológico de la expresión que para el futuro contribuirá grandemente a personalizar su estilo. En este concepto son admirables las caricaturas de Daniel de la Vega, Ramiro Escobar, Otto Becker, Hugo Donoso, Arturo Meza.

En sus dibujos al pastel se revela Oliver como un artista de gusto y fantasía. "Nostalgia", "Dominadora", "Treinta años", "Olga", son muchachas que para algunos pintores campechanos parecerán inverosímiles, pero que son representaciones fieles de la vida refinada y enfermiza de las metrópolis de hoy.

Sus croquis son líneas ligeras y armoniosas que definen y producen las formas en virtud del claro obscuro; y todo ello perdido en una atmósfera vaga de luces y

de sombras, produciendo así un extraño efecto decorativo.

Esta manera, por primera vez expuesta ante nosotros, ofrece un raro contraste entre la decadencia de los modelos femeninos y el vigor de la técnica que es preciso emplear. La factura se mantiene sana y severa, sin alambicamientos de figurín ni colores de muñeca. Es que Oliver mantiene siempre su personalidad; nunca se deja influenciar

por el asunto que pinta, sino que lo interpreta a su modo poniéndole el sello de su estilo personal. Y esta cualidad que es natural en Oliver, es desconocida para muchos, que únicamente por su constante trabajo y ejemplar paciencia han llegado a ser, por falta de sentimiento artístico, unos simples obreros del lápiz.

Hay un mundo de dibujantes que se sienten felices de poseer una elegancia de estilo cuando no han hecho otra cosa que copiar maniques y figurines de modas.

Esta sencillez y personalidad de Oliver se manifiesta más claramente en sus dibujos a pluma; la línea es fina, recta y muy segura; en sus cartones "Recordando", "Lawn Tennis", "Vendrá?", "Mocosa", se nota una simplicidad y li-

gereza de estilo extraordinarias.

Hay dibujos de un mucho menor valor, pero representan la labor de dos años atrás; y Oliver, en sus dieciocho años, sólo hace dos que dibuja; en tan corto tiempo su firma está en primera línea entre los artistas jóvenes de hoy. Los verdaderos intelectuales deben saber apreciar esta manera fina y elegante que hará de nuestra caricatura un arte de gráfica psicología.

RAUL SIMON.



Señor Juan Oliver





Interior de la Catedral de Soissons



Arras.—Interior de la iglesia de San Juan Bautista.



La iglesia de Villers-Franqueux (Marne)

Meditación ante las Ruinas

Por

J. Ortega Munilla

Con ilustraciones fotográficas

Serán estas páginas algo así como una anticipación en extracto de la crónica negra y trágica que habrá de ser escrita cuando la guerra acabe, y en ella se verá que, por donde pasó el odio de las razas en lucha, el arte fué profanado y destruído. Los siglos habían ido depositando sus ensueños en torno al ara de la fe, y los habían realizado ablandando la piedra y poniendo en las rudas moléculas el fuego inspirador. Así se convirtió lo inanimado en espíritu, y los muros hablaron, y las torres lanzaron en el espacio el grito

sonoroso de la victoria. Cuatro, seis generaciones de artistas; tres, cuatro centurias fueron necesarias para que brotara de la tierra el monumento. Flor destinada a embalsamar la vida de la Humanidad perdurablemente, había de ser el fruto de los amores del Tiempo y la Fantasía. Cuando la era de los artistas góticos hubo pasado, la vieja Europa contaba con un tesoro inapreciable. Aquí y allá, en una y en otra nación, se levantaban las Catedrales, que no eran sólo santuarios de Dios, sino alcázares de la eterna belleza.



Ruínas de una iglesia, en el Somme

En sus columnas esbeltas é ingentes; en sus paredes, caladas como encaje; en sus rose-tones polieromos; en sus retablos, de inventiva prodigiosa, y en sus sillerías, que son poemas tallados, surgía la nueva existencia con esperanzas que no se han cumplido, por que esos templos iban a ser, según la frase del poeta, centro de descanso en el viaje a la suprema perfección", y no han sido sino motivos de dolor para los que ven cómo el Hijo de Adán retorna a la cueva primitiva, natural recinto de la fiera.

Ved lo que queda de esas alegrías del alma, de esos triunfos de la mente, de esas maravillas del arte. La Catedral de Reims, la de Soissons, a Basílica de Clermont, la iglesia de San Juan Bautista, de Arras, y la famosa Catedral de esta villa ilustre, los templos parroquiales de Villers - Franqueux, de Peronne y otros de diversos estilos y épocas, romántico éste, del Renacimiento aquél, han sido destruidos por los caño-

nes. En medio de la tétrica laguna de sangre en que yacen millares de soldados, se destacan los restos de la genial monumentalidad gala.

Muchos de los templos cuya ruina aflige hoy al mundo, han sido construídos lentamente, a través de los siglos, según ocurrió también con nuestras sublimes catedrales. El Rey, que veía salir del suelo la primera hilada de piedras, sabía bien que ni su hijo ni su nieto asistirían a la bendición de la nueva Casa del Señor. Esta perentoriedad que agita a los modernos, no era sentida por nuestros

antecesores. Ellos sabían esperar, y estaban seguros de que sólo dura lo que despacio se crea. Contaban con los años, confiando en que merecería respeto a los futuros el largo sacrificio de tantas existencias consumidas en el empeño de erigir la fábrica bella y magna. La Catedral de Reims, comenzada el año 1211, no fué concluída hasta el 1400, y aún quedó labor pendiente, que no ejecutaron los sucesores.

Y en torno de los colosales andamios iba



Interior de una iglesia, en el Marne



Detalle de uno de los pórticos de la Catedral de Reims.

y venía la turba innumerable de los obreros. Los maestros, los inventores de la idea arquitectónica, cuyos nombres son extraordinariamente desconocidos, y que cobraban miserable soldada, transmitíanse de unos a otros los cartones de su plan y el secreto de sus propósitos. Moría luego, acaso, el que tra-

zó el diseño inicial, y su heredero continuaba la empresa, y caía fatigado en la angustia de si alguien daría término al templo. De esta suerte, esas soberbias catedrales simbolizan el esfuerzo común de los hombres, la perpetua hermandad social que, de la cuna a la sepultura, va transmitiendo el legado de



Vista interior de la Catedral de Arras

nobles inquietudes y de aspiraciones a lo perfecto.

Por eso en la impresión de respeto que inspiran los monumentos memorables, no hay sólo el amor a lo bello, sino la veneración a las generaciones pasadas que acaudalaron sus ansias y atesoraron sus desvelos. Así, un templo de arte que se hunde, es un

pedazo de vida humana que cae en el abismo.

Y he aquí que la guerra estalla. Odios, codicias, ambiciones malsanas, se apoderan de la tierra. El monstruo de acero truena, y de su boca de fuego sale la bala mortífera. Ciega como la pasión que la disparó, no sabe dónde va a caer, ni qué daños va a producir. Allá va, entre el torbellino del aire, rugien-



Fachada de la iglesia de Péronne

te, asoladora..., y entra en el rosetón calado de vidrios policromos, deshaciendo en un punto aquella flor de luz que alumbró los éxtasis de santos y devotos. Rota la vidriera, caen en pedazos al suelo, y los fragmentos de sus cristales, que fueron rostros de vírgenes, alas de ángeles, nimbos de santidad, resplandores celestiales, parecen, al refulgir sobre las losas de mármol, gotas de sangre. Sí, alguien ha muerto allí. No es la materia lo que se ha deshecho. Es el corazón de un pueblo que ha sido destrozado por el proyectil, y ese corazón, que ardía al ser iluminado por el sol, era algo que latía en ritmo de siglos, sintetizando el amor de los hombres. ¿Y la humilde iglesia de la aldea, que es también una obra de arte fundada por la piedad del Municipio o por la largueza del Señor de la tierra?... Ella era el orgullo de la comarca. El encanto sugeridor de su sombra dió vida a más de un artista que, huyendo de la vulgaridad de la vida lugareña, buscaba en los claustros solitarios espacio y reposo para sus sueños. Chateaubriand ha dicho: "No es seguro que haya nunca creado un poeta Quintiliano con su magisterio

retórico, ni Horacio con su carta a los hijos de Pison, ni Boileau con su teoría crítica; pero sí es cierto que en el ámbito de los templos románicos, bizantinos y góticos se ha engendrado toda la estirpe de los nuevos literatos. Por eso yo tengo el alma gótica y el es cerrar escuelas estéticas.

zoz que hunden iglesias bellas, lo que hacen estilo ojival..." De suerte que los cañones

Hay que pensar en el retorno del ausente.



Ruinas de una iglesia, en Champagne



Ruinas de la hermosa Catedral de Yprés

del que se fué mozo a América, prometiéndose regresar a su pueblo natal cuando la fortuna le fuese propicia, y después de la lucha y de la victoria en el país extraño, acabada la guerra, viejo ya, se pasee por donde paseó la edad primera. Colocad mentalmente la figura de este francés emigrante en cualquiera de los grabados que aquí aparecen, ya bajo los rotos arcos de ese templo del Somme, ya sobre un montón de escombros de lo que fué iglesia de Villers-Franqueux, y no será necesario que la imaginación se os fatigue para que adivinéis la amargura del que se cree lejos de la patria porque falta en-ella el rincón amado, el claustro en que de niño estuvo con su madre cuando sonaba la campana llamando a los fieles. Estas cosas, que se van porque las arrastra el huracán fiero de la guerra, son tan necesarias para vivir como el aire que respiramos.

En una de estas fotografías, en la que copia la parte superior de uno de los pórticos

de la Catedral de Reims, hay una figura que he contemplado largamente antes de escribir esta impresión. En la que se halla bajo el arquillo de la izquierda, y mirando a Cristo crucificado, que se destaca en el arco culminante, parece dirigirse a él en demanda de justicia y de perdón. Allí, y de esta manera, y en esta figura emblemática, puso Roberto Coucy, el poeta creador de la Catedral, el ansia desesperada del dolor humano. Tal vez la iniquidad ha movido los labios pétreos de esa imagen en los días de tristeza. Por allí pasaron los Reyes y los Emperadores para ser ungidos en el tabernáculo histórico. Por allí desfilaron el triunfo de los malvados. Por allí cruza ahora, a cada instante, la hueste que mata, y en torno cae el diluvio de plomo y llamas. Aún está en pie esa figura. Todavía no la ha alcanzado el proyectil, ¿Será, por fin, escuchada la muda súplica que desde ha tantos siglos brota sin palabras del corazón, escondido en la masa de piedra modelada?

En otra de estas fotografías, la de la fachada de una iglesia, cuya hermosura aumenta por la profanación de las mutilaciones, hay una imagen que parece representar a la Virgen con el Niño en los brazos. Una bala ha descabezado a la Madre angélica; y el Divino infante sigue indemne. ¿Es eso un signo de la nueva existencia de reparación que vendrá después de tantos horrores?... La espantosa perturbación de ideas que embarga el ánimo, autoriza o disculpa los más ilógicos pensamientos. Como el navegante perdido en la inmensidad de los mares solitarios siente renacer su esperanza cuando

pasa sobre la rota vela un ave o cuando salta delante de la proa un pez volador, e imagina que el rumbo de una y de otro le marcan el camino de salvación, así ahora esperamos hallar en lo que parece casual la noticia anhelada. El Hijo de Dios, el Santo Infante de Judea, conservándose sin daño en medio del vendaval de muerte, ¿no será un anuncio de la paz?... Ría el que quiera. La risa es fácil: pero un poeta francés ha escrito:

"Dans les projets de l'homme et ses folles
[visés
la Providence a du se garder une part
c'est ce que le vulgaire appelle le hasard."



Interior de una iglesia, en el Marne



Frente Occidental: Desarmando un aeroplano alemán derribado por los ingleses.



Frente Occidental: Un aeroplano alemán que cayó intacto en las líneas francesas.

Un Festin con Rasputin

Por

A. ISMAILOW

Entre los periódicos rusos llegados últimamente a París, aparecidos antes de la Revolución, hay varios números del "Petrogradski Listok" donde el redactor-jefe de este periódico el célebre escritor y crítico Sr. Ismailow, cuenta bajo el título de "Tres soirées con Rasputin", cómo ha visto al ya histórico "mujik". La figura de Rasputin, del visionario de alcoba de la última zarina rusa, adquiere cada vez más importancia en lo que se va conociendo de los últimos días imperiales de Rusia. El relato del señor Ismailow, aun no traducido a ningún idioma, será un documento para el historiador futuro. Traduzco al castellano la primera de las tres "soirées", según la versión francesa que me ha sido entregada por el redactor en París del "Petrogradski Listok", Sr. Staretz.

Con ilustraciones fotográficas

I

He visto a Rasputin tres noches, a la misma hora avanzada y en la misma compañía excepcional, caprichosa, exótica y que a veces hacía estremecer.

Una llamada al teléfono.

—¿Quiere usted pasar la soirée con Rasputin?

—Y ¿cómo no querer? Es probable que un día mi nieto me pregunte: "¿Has vivido en esos tiempos milagrosos y no has conocido lo que era ese hombre?". He aceptado la invitación.

Voy a la casa de la cita, donde hay una atmósfera extraña, donde se nota que pasa algo.

El interior es frío; se diría un piso de soltero; se echa de menos la mano de mujer, pero en todo hay una generosidad y una prodigalidad de comerciante enriquecido. Amplias habitaciones; un mueble de valor; un mar de vinos variados—¡y esto en tiempo de guerra! Se ve que van a recibir media hora al visitante, que van a tratar con él algún chanchullo de algunos miles, que lo celebrarán con libaciones y que se marcharán de aquí, de ese frente de combate, a otro sitio, a casa, donde se está más caliente y más a gusto.

¡Y qué sociedad tan abigarrada! Hay tres o cuatro agentes de grandes casas cinematográficas. El representante de una gran redacción, completamente típica. Un actor de uno de los teatros más concurridos, con su guitarra y sus anécdotas. Cuatro mujeres bonitas, todas como las del tiempo de Balzac. Tres escritores conocidos, los señores Rozanov, Kamensky y la señora Teffi. Algunos personajes mudos—parecen tímidos o venir de una fiesta.

Y por encima de todos, un hombre despierto, que no parece muy joven, es el amigo de todo el mundo; es un gran hablador y un hombre divertido; no se puede pasar sir él cuando se trata de un negocio de trigo o cuando se proyecta una guerra monstruo. En esto también es el actor principal y el jefe de orquesta.

—¡Qué abigarrada es esta sociedad!

—Un poco de paciencia; todavía lo será más.

Esperemos que vengan tres coristas de la catedral de Kazan. Y quizá veremos por aquí a Kuprin (famoso escritor ruso).

II

Me paseo por las habitaciones y cruzo las manos con cierta perplejidad. Un pensamien-



El monje Rasputin rodeado de su corte.

to me asalta: "Hay mucha gente y él acaso no asistirá a la fiesta".

Pero al entrar en un cuartito de paso, veo —separado de tres invitados que discuten bajo la abundante luz eléctrica proyectada desde el techo—tenerse de pie a un hombre de alta talla, vestido con una sotana corta. No dudo un instante. Le he reconocido por los retratos, que se parecen lo suficiente entre sí.

Con esa túnica negra, cerrada hasta la garganta, es con la que aparece en todas las fotografías. Medias botas rusas, muy anchas, y sobre las botas, sobre el paño de gran valor, se percibe un lujo de *mujik*, que no quiere ocultarse. Se diría un auténtico encendedor de suelos que no es borracho y que vive con holgura. Cabellos largos y rectos, como untados con aceite, le caen a derecha y a izquierda del rostro. Una mecha rebelde recae constantemente sobre los ojos; la levanta con gesto rudo y torpe. Una ancha barba oscura, cejiza en el borde, una barba hirsuta y que no ha conocido las tijeras, corre todo el óvalo de la cara. Nada de belleza, nada de inspirado en su nariz carnosa, en sus labios sensuales, gruesos. Pero los ojos vivos y particulares, a veces pueden estar sin expresión, vagos, hasta parecer apagados. A veces

pueden hacerse, como lo he de ver más tarde, lánguidos, insinuantes y excitantes.

Quizá ha adivinado mi interés por él, en el vivo gesto con que avanza a su encuentro; me tiende la mano y me dice algo parecido a la expresión de un deseo lejano de conocerme. Responde a mi saludo afablemente y con una sonrisa corta; y al minuto siento en la mano que me coge por el talle. Muy contémente me hace ir a su lado, avanzamos, y me habla de una manera lenta, como hablan en nuestros campos los *mujiks*.

—Vamonos de aquí a otra parte. No me gusta hablar bajo esta luz—y me señala con los ojos la luz eléctrica—Además, se está en público...

Un minuto después, nos paseamos solos en un cuarto próximo. Siento el contacto tibio no sólo de su mano, sino de su cuerpo entero.

—¡Oh! ¡qué agitación tenéis ahí, qué agitación!—dice.—Yo la detesto. Y siempre es lo mismo. Llegas de tu pueblo y todo lo que has ahorrado lo gastas aquí...

—¡Lo dice usted, sin duda, en un sentido espiritual!

—¡Ah! Claro; en un sentido espiritual—afirma desechando el pensamiento de los gastos materiales.—A mí me gusta el campo. La sencillez del campo es lo que me gusta.

Bueno, tú que eres un sabio, ¿has leído el Salterio? Ahí sí que se habla bien de la sencillez del campo. En mi pueblo tengo un bosque, tengo ganado y un corral. Todo esto es para el alma. Y aquí todo se hace en público... Ven un día a mi casa de aquí, para que veas a cuanta gente recibo cada mañana. Ciento cuarenta personas. Pierdo la cabeza. Con la espera tendrás tiempo para pensar en tu alma, ¿eh?... ¿Quieres decirme quienes son todos esos invitados?

Le doy datos de los que conozco.

—¿Escribe artículos?—me pregunta hablando de Rozanow; y de la señora Teffi no se le ocurre otra cosa que decir:

—¿También escribe artículos? ¡Aquí está!

En seguida empieza a detallar con la mirada el rostro de la Sra. Teffi. Esta acaba de entrar con los otros invitados. La mira con ojos amables y maliciosos, coquetos y punzantes, que fija sólidamente, esos ojos maliciosos y vivos, como si hiciera puntería en un blanco.

—Bueno, Grisha, ¿la has mirado ya bastante?—le grita el que hace de dueño de la casa.—Pueden ustedes sentarse. Tu, Grisha, quítate el mandil. ¡Señores, a la mesa!

Gregory se quita al sotana, la deja en brazos serviciales, como el arzobispo deja la casulla a un sacristán, y queda en mangas de camisa—de una rica camisa de seda amarilla, no muy limpia y que se le pega a la carne en los anchos y grasientos hombros y en los brazos, modelándolos admirablemente.

Un minuto, está algo azorado; en seguida pierde el azoramiento que pudiera causarle su celebridad y se entrega por completo a sí mismo, a las viandas, a las bebidas y a sus más próximos vecinos.

Quince o veinte pares de ojos, reunidos alrededor de esta mesa, se fijan en él; pero todas las atenciones y el gran interés de los asistentes le regocijan mucho y los acepta como cosa debida y merecida, sin enervarse; está muy a gusto y parece no querer ocultar su contento. Le dan el primer plato de sopa de pescado muy grasienta, y él la rocía con vino blanco—bebe y responde cortés a los cumplimientos.

Pronto se anima, se alegra y se va haciendo sencillo. Sus ojos se ponen a reír y



Ultima fotografía hecha del monje Rasputin, rodeado de sus secuaces.

a brillar. No tiene póse, no hay rebuscamiente en sus maneras; muéstrase tal como es: un salvaje que se siente alegre. Y se vuelve con descaro hacia su interlocutora, al lado de la cual le han puesto intencionalmente. Se libra, como puede, de las atenciones de los amigos que a cada instante surgen a su espalda para ofrecerle algo.

—¡Déjame, déjame! ¡Gracias, querido! ¡Ya me serviré yo mismo!

IV

Apenas meto la cuchara en la sopa, y observo que ya hace el amor a su vecina. Le dice no sé qué sobre el amor y se excita con las respuestas picantes de una mujer experimentada.

—¡Sobre ese tema ha escrito algo admirable estos días!—exclama el dueño de la casa—y lo hemos copiado a máquina. ¡Quiéren ustedes que se lea!

—Sí, sí—gritan varios.

Rasputin se siente halagado. Una hoja de papel pasa de mano en mano. Alguien lee en alta voz varias líneas que no dejan de tener cierta belleza ingenua y primitiva. Algo por este estilo:

“¡Quién ha dicho que mi amor es un sol! ¡Oh! qué mentira. Mi amor es más bonito que el sol. El sol brilla por el día, y a la noche desaparece. Mi amor siempre, todo el tiempo, está conmigo! Yo podría vivir sin el sol; pero sin mi amor, muero a cada instante.”

—Eso es completamente de Rabindranath Tagore—grita maravillada una de las damas. Rasputin se siente halagado, como un niño, ante el asentimiento del concurso.

Entonces, la literatura aleja de él la atención general. Las miradas se dirigen a otra parte. Y él, desentendido de la discusión, se entrega cada vez más al juego alegre del amor con su vecina—una dama a quien ha conocido esta noche.

V

Mi vecino y yo oímos claramente lo que le dice y vemos cómo su ancha mano cubre la diminuta de la dama y le quita una sortija.

—¿Sabes? Ya no te devuelvo la sortija. Mañana vendrás tu misma a buscarla a mi casa...

—¡No! ¡No! ¡Hoy, ahora, dámela ahora! Aunque parezca extraño, sus palabras no sorprenden ni resultan groseras; no tienen nada de cínicas. Es que verdaderamente las dice de un modo muy primitivo y campesino, a lo mujik—y empieza a estar borracho.

El hombre del campo sale con más fuerza en él. No olvida ninguna de las tonterías que hacen referencia a los más tiernos sentimientos. ¡Qué contraste entre él y los que lo rodean! Se asemeja tan poco a ellos como su camisa amarilla a los smokings de los invitados.

Miro a éstos: al célebre actor, a los agentes de las casas cinematográficas, a las damas balzacias, a los periodistas—mundo revuelto, cubierto con una capa de indiferencia: el cigarrillo siempre en los labios...

Y un grito, un grito de espanto, me hace mirar otra vez hacia Rasputin. Su vecina, la dama de la sortija, se ha puesto en pie y se desploma.

VI

Lo primero de que me doy cuenta es de que otras dos mujeres se echan a los pies del mujik y gritan:

—¡Cierra los ojos! ¡cierra los ojos!

Rasputin, obstinado y ebrio, apoya su mirada en la mujer caída. Instintivamente me lanzo hacia él; las mujeres me detienen y quedo perplejo: el resto de la reunión no se emociona y sigue indiferente fumando sus cigarros.

Rasputin vuelve hacia mí su mirar; también parece tranquilo.

—Tú no tienes la culpa—me dice—tú no has querido envenenarme.

Y derrama sobre la mesa el líquido de su copa donde flota un polvillo poco perceptible.

—¡Ves cómo vivo! Siempre acochado...

La dama de la sortija, socorrida por las otras damas, algo repuesta, nos mira a todos con recelo:

—¡Estabas advertido!—murmura desviando su vista de Rasputin.

Las risas y la broma sacan de su indiferencia a los invitados.

—¡Tú me dirás toda la verdad! ¡toda la verdad!—exclama el mujik, ebrio, que alarga los brazos y acaricia a su envenenadora.

—No te delato—continúa;—pero no lo ol-

vides: todo lo que a mí me pasa, se sabe; y todo lo que se me hace, se paga.

VII

Sigue el festín con más confianza. Sin embargo, Rasputin habla ya en aforismos, toma un tono didáctico de pope, como si evangelizara a una multitud ociosa.

Anoto algunos de sus aforismos:

“No robes la mujer a tu amigo. Al marido desconocido, róbasela. Engaña al marido pero no le hagas mal. Pórtate de manera que no conozca tu traición. Hay que amar al hombre.”

“Pide a Dios que me transforme en piedra; es el único medio de que yo deje en paz a las mujeres.”

“Está permitido beber, pero no caer en la borrachera. Toma mi ejemplo: yo bebo vino y jamás me emborracho. Yo he recorrido a pie cuarenta mil leguas y me han apaleado como nunca se ha apaleado a nadie. Pero soy fuerte; mira, no tengo mala cara.”

A veces, el aforismo quiere ser un chiste:

“Evita que la mujer de tu amigo venga

paso a paso a tí. Haz que corra a tu encuentro.”

Alguien se aproxima a él y le llena la copa. Rasputin bebe vino blanco, bebe vino rojo, empuña la botella.

—¿Quiere bailarnos algo, Grisha?—le preguntan.

—¡Paciencia, bailaré más tarde!

VIII

No he podido verle bailar esta noche. Porque, de pronto, le llamaron al teléfono. Volvió consternado. Se puso febrilmente la sotana y dejó caer, entrecortadas, algunas frases:

—Me tengo que ir... No hay más remedio... Esperadme: vosotros, no os marchéis... Ni tú tampoco—le gritó a la dama de la sortija.—Volveré sin falta... Aunque sea muy tarde, volveré...

Y se fué volando; y con él levantaron el vuelo los dos detectives que siempre le guardan y que miraban por su persona, allá, en la cocina...



Don Antonio Maura, artista de la Oratoria



Don Antonio Maura, ante todo y sobre todo, es un artista de la palabra. Artista por el gesto, por la actitud, por la mirada. Artista soberano, que domina a las multitudes con el sortilegio de su voz y el arrogante ritmo de sus ademanes. Hemos oído varias veces a Maura, y el último discurso es siempre el más gallardo de forma, el de más expresión, de más calor, de más fuerza emotiva. Los pensamientos fluyen envolviéndose en los divinos adornos del

lenguaje, y las palabras tienen unas veces quietud de remanso y otras adquieren el vigor que les presta la actitud enérgica y grandiosa. Siempre, sobre las ideas, brilla y triunfa el arte del orador, de este hombre excepcional, que parece destinado a ser guía de muchedumbres exaltadas. En el acto celebrado el domingo 29 de abril, en la Plaza de Toros, pronunció D. Antonio Maura un discurso que será memorable en los fastos de la política española.

Una alegre excursión por el frente

Por

C. Bernard Shaw

Con ilustraciones

Mis ideas sobre la técnica de la guerra no se fundan en la autoridad de los peritos que he consultado, sino en mis observaciones de civil y en el sentido común, y deben tomarse por lo que valen.

Lo primero que se me ocurre es pensar que si los grandes cañones tuvieran la precisión que se pretende, o algo que se aproximara a esto, la guerra terminaría en dos días. Los ejércitos podrían cortarse mutuamente las comunicaciones y consiguientemente cortarse el aprovisionamiento de víveres a un costo insignificante.

En el frente del Somme, los alemanes, que ocuparon recientemente unas posiciones británicas, saben tanto acerca de ellas como nosotros. Nuestros aeroplanos nos han proporcionado fotografías de las posiciones alemanas. Las proyecciones estereoscópicas e interpretaciones de estas fotografías han llegado a tal perfección que ahora son práctica y completamente comprensibles.

El contribuyente británico lee que los grandes cañones pueden alcanzar blancos invisibles más allá de las cumbres de las montañas y está informado de cómo un aviador con un aparato radiográfico puede desde un punto en el empíreo enviar a los artilleros observaciones para corregir el tiro a fin de asegurar la destrucción de todo lo que está al alcance de su vista de pájaro. El contribuyente británico que sabe que las granadas cuestan algo que se acerca a mil libras esterlinas cada una y que un pequeño proyectil puede aniquilar 12 hombres, destruir una línea férrea y remover una carretera hasta hacerla intransitable, por lo menos durante dos horas, se inclina a pensar que cinco millones de granadas pueden barrer del haz de la tierra a toda la nación alemana y que doce granadas por día y camino cortarían el aprovisionamiento de víveres y municiones del enemigo, obligándolo a ponerse de rodillas a las cuarenta y ocho horas. Cuando

ve que no sucede nada de eso y se le pide que encuentre el dinero suficiente para cubrir los más extravagantes cálculos de gastos, conduciendo la guerra a un fin rápido y decisivo, diez veces en cada semana se siente tentado a quejarse de que algo debe marchar mal, que los ejércitos no hacen realmente lo que pueden, que los reyes y los que se aprovechan intrigan para hacer perpetua la guerra, que los generales son inútiles, y debieran ser suspendidos y que una más resuelta prosecución de la lucha debería llevarse a cabo, aunque fuera mediante el recargo de nuevos y extraordinarios inconvenientes para él y para sus vecinos, especialmente para sus vecinos, siempre que con ello se produjera un sensacional aniquilamiento de los hunos.

Ahora bien, yo, como "amateur" y como civil, no debo aventurarme a decir que los instrumentos de guerra no son instrumentos de precisión: pero puedo, y lo hago, decir sin riesgo de que me contradigan, que las cosas que debieran suceder si fueran instrumentos de precisión, no suceden, a pesar de que existe, sin ningún género de duda, el deseo del soldado de que las cosas a que aludo se realicen. Si tales cosas sucedieran yo no estaría vivo para contar el cuento. Para hacer sobre el papel las correcciones necesarias para el tiro de un gran cañón, necesita el oficial calculador cinco minutos; yo necesitaría una hora y media; pero cuando la corrección está hecha y el cañón es disparado, una docena de condiciones, la presión atmosférica y la refracción y sólo Dios sabe cuántas cosas más, inutilizan toda corrección y hacen vacilar los eternos principios. Cada bala tiene su boleta de alojamiento. Tenéis que disparar cinco mil granadas para conseguir que una llegue al blanco; por consiguiente, si no estáis muy bien provistos de municiones, no disparéis en absoluto.

Yo permanecí asombrado delante y de-

trás de las baterías británicas mientras cañoneaban a los alemanes con indiferente prodigalidad. Estábamos al fácil alcance de los cañones alemanes y yo esperaba que éstos respondieran. No hubo tal respuesta. El querido "boche" evidentemente consideraba que granada ahorrada es granada ganada. Como el romano sitiado destruía las esperanzas del sitiador arrojándole panes, nosotros hacíamos la ostentación de nuestros recursos lloviendo granadas sobre los alemanes como si fueran huevos a 16 por chelín.

La última vez que estuve con Ricardo Strauss nos hallábamos de pie en el patio de una casa de Londres escuchando una banda de extraños instrumentos procedentes de Barcelona que hacía vibrar nuestros diafragmas con su terrible "fortissimo" y nuestro grito era: "¡Más fuerte!", "¡más fuerte!" Pero las atrozadoras baterías del Somme eran aún mejores que la orquesta de Barcelona y me encontré de repente deseando que Strauss estuviera conmigo y las disfrutara. En el frente no odiáis a vuestro enemigo, aunque vuestro destino sea combatir con él y matarlo. El odio es una de esas cosas que se hacen mejor en casa y generalmente permanecéis en vuestra casa para sentirlo. Comprobáis que el querido "boche" ya no os hace fuego por la simple circunstancia de que vosotros lo hacéis. El disparo cuando quiere destruir algo y sólo entonces. Mi opinión es que a pesar de toda la devastación descrita en mi artículo anterior, él no destruye ese algo sino por casualidad.

Me ha quedado tan pobre opinión de los altos explosivos que creo que debiéramos volver a la pólvora negra de Waterloo, si es que fuera posible transportar la gran cantidad de ella que ahora se necesitaría. Ya he descrito cómo las casas de Ypres estaban todavía en pie, aunque prácticamente cada hogar había recibido el choque de una granada de altos explosivos. Hacen prodigiosos agujeros en el suelo, estas granadas, y lanzan grandes masas al cielo con volcánica energía; pero el cielo se encuentra justamente donde no lo desea ni la menos ardiente aspiración de los combatientes.

Un explosivo de expansión más "terre a terre" sería más útil. Podría él derribar una casa rompiéndole los tobillos en vez de golpear primero el techo haciéndolo caer

dentro para luego muy supérfluamente volverlo otra vez. Energía lateral y no vertical es, lo que a juicio de un "amateur" se necesita. Ruego a los inventores tomar nota.

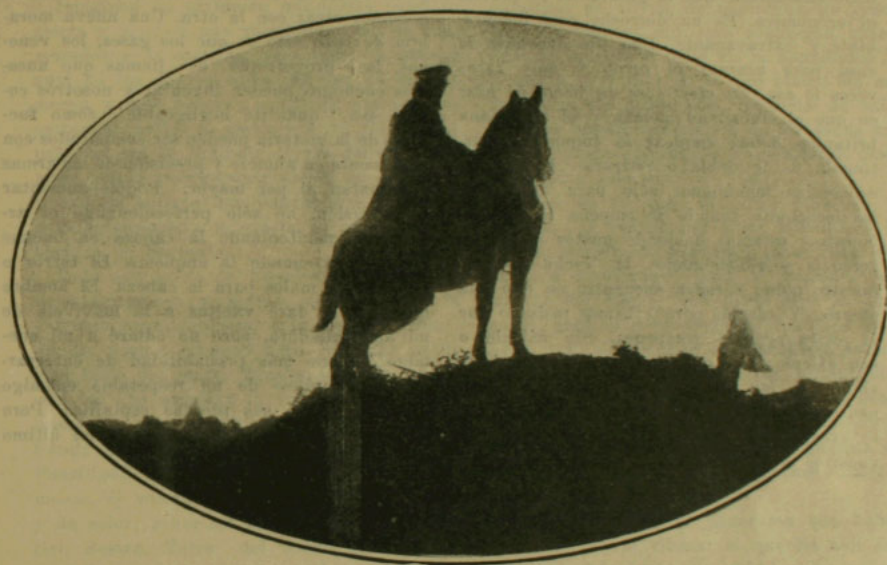
La combinación de la impresión con la más estrecha localización del efecto, conduce a una impunidad bajo el peligro que resulta increíble para el hombre que se queda en casa. He visto una fundición de acero, una de las más grandes de la región con hornos visibles durante la noche desde doce millas de distancia, trabajando a toda fuerza en las mismas narices del servicio aéreo alemán. Sin embargo, en todos estos meses sólo dos bombas han sido arrojadas a los hornos y ninguna de ellas los inutilizó o les ocasionó daños dignos de mención. Sus riesgos a causa de accidentes propios eran mayores que los que corría a causa de las máquinas de destrucción puestas en juego contra ellos por sus poderosos enemigos.

La escuadrilla aérea británica que me hospedaba por las noches ha desechado las cámaras fotográficas de los observadores y las bombas. Ahora es simplemente un cuerpo de duelistas. Sus máquinas conducen un solo hombre y éste, con una mano en el volante y la otra en la ametralladora, se arroja sobre cualquier alemán que encuentra en el aire y le hace comprender, por los efectos, como el guerrero shakespeariano, que "para uno de nosotros o para ambos la última hora ha llegado".

En la estación de aviación en que me encontraba, el oficial en comando, al mostrarme el cuerpo de alarma que anunciaba que los hunos estaban cerca, tocó accidentalmente un botón y se oyó un sonido. Antes de que se pudiera explicar que se trataba de una falsa alarma, un caballero errante se lanzó de un salto al espacio y pasó una hora buscando un enemigo imaginario. Para crédito de uno de mi propia profesión, permitidme añadir que el oficial en comando era un famoso autor y que manejaba su escuadrilla de voladores sin mayor esfuerzo. Me era fácil comprender cómo aquel hombre que ha producido comedias modernas, podía realizar aquel juego de niños. Por supuesto, no quiero decir que el duelismo en el aire haya reemplazado a la observación, a la fotografía, al lanzamiento de bombas y a la dirección del tiro. Allí, como en otra estación aérea, tuve oportunidad de

ver un aeroplano de dos asientos con todos los aparatos necesarios incluyendo los inventos relativos a la mira, mediante los cuales el arrojar una bomba puede ser un acto tan preciso como disparar un fusil en los campamentos de Bisley. Los duelistas me han hecho comprender de nuevo que el hombre es todavía el instrumento de precisión por excelencia. No tenéis que enviar mil aviadores a hacer la obra de uno; pero estáis obligados a arrojar mil bombas para que hagan el trabajo de una sola, y después de todo, hay

hombre infaliblemente a 15 millas de distancia. ellas pueden hacerlo en efecto, ¡oh inquietos! pero por una causa o por otra no lo hacen. El comandante en jefe, con quien pasé una muy agradable tarde, tuvo la bondad de hacerme presenciar una serie de experimentos de ciertos terroríficos medios de destrucción que estremecerían al más atrevido héroe. Sin embargo, los bien templados guerreros que ensayan y afrontan estas cosas, reían y hacían ofertas con respecto a ellas que me recordaban muy nítidamente las



Un soldado de caballería inglés, en observación

muchas probabilidades de que no lo hagan. Insisto en estos puntos (siempre invitándolos a que recordéis que no tengo autoridad y que sólo expongo las deducciones de las observaciones de un "amateur") por dos razones. La primera, que ello es un beneficio para aquellos que, teniendo sus maridos, hijos, hermanos o amigos en el frente, o que se hallan bajo instrucción para someterse a las terribles pruebas de la lucha, están atormentados por la idea de que nada puede escapar por mucho tiempo a estas formidables máquinas de destrucción que tienen ojos en el aire y cuya trayectoria puede ser determinada tan exactamente, mediante sus miras perfeccionadas y sus cuidadosamente calculadas correcciones, que pueden matar a un

apuestas que mis colegas de la vieja sacristía de San Pancracio acostumbraban a hacer cuando descubrían un nuevo método que revelara los gérmenes de una enfermedad mortal en la leche. Ellos por una apuesta de media corona se bebían un cuarto de litro de esa leche y nunca pagaron su imprudencia con el castigo que la ciencia declaraba inevitable. El peligro de estas máquinas infernales es real y bastante tremendo pero ellas no pueden buscar a su enemigo como lo hace el hombre.

En Ypres, cuando se lanzaban gases, los soldados de un regimiento víctimas de sus efectos se alineaban en los caminos tosiendo hasta despedir los pulmones, presa de horribles tormentos. Otro regimiento, no

intimidado por el espectáculo, cargaba por en medio de ellos y avanzaba hasta llegar al gas. Sin duda alguna estos milagros no pueden ser explicados, pero ocurren. La moraleja de ello es: "no os precipitéis. Dad al diablo los buenos días. La vida es muy incierta en el frente, pero también lo es la muerte. Lo inevitable no siempre sucede".

La segunda razón de mi insistencia es que al antes aludido contribuyente británico debe enseñársele que la guerra no es precisa ni económica. Es un derroche casi inconcebible y extravagante. Ella nos incendia la casa para asarnos el cerdo y muy raras veces lo asa. En efecto, es un juego de azar en que el ciudadano alemán y el ciudadano británico deben emplear la imposible martingala de la dobla o retirarse. El alemán economiza municiones sólo para derrocharlas locamente cuando se empeña la batalla. Nosotros estamos haciendo gastos con indiferencia y continuando la lucha porque nuestro pobre corazón encuentra en ello una alegría. Y además porque hemos pensado que la extravagancia compensa. Sin cálculo o con cálculo, hay que reconocer que el derecho es la ley en la guerra moderna y que nada es barato en el campo de batalla, si exceptúa la vida de los hombres. Dad a vuestros soldados morteros de trinchera su-

ficientes, y ningún enemigo podrá vivir en sus posiciones o escapar de ser enterrado vivo en los abrigos. Pero el Kaiser puede decir otro tanto y con igual certeza. Por consiguiente, contribuyentes amigos, resignaos a esto: podremos combatir arduamente, combatir por largo tiempo, combatir con astucia, combatir de 150 modos distintos; pero no podremos combatir por poco precio. Esto significa que debemos organizarnos para aumentar la producción. El simple ahorro no gana batallas. Si destruimos con una mano, debemos crear con la otra. Una nueva moraleja de todo esto es que los gases, los venenos, los proyectores de llamas que nuestros enemigos pueden inventar y nosotros copiar, sin "quantité negligable" como factores de la victoria pueden ser comparados con el aumento en número y precisión de las armas que matan al por mayor. Podéis aumentar la precisión, no sólo perfeccionando el arma, sino manteniendo la cabeza en buenas condiciones cuando la empleáis. El terror o el odio son malos para la cabeza. El hombre que dice: "daré vueltas a la mavivela de mi ametralladora, pero no odiaré a mi enemigo", tiene más probabilidad de enterrarla en el cráneo de un respetable enemigo que de hender sus propias espinillas. Pero debo reservar mis moralejas para mi último artículo.



SORRENTO

Por

José Enrique Rodó

Último artículo de Rodó.

Con ilustraciones

Imaginad un certamen mitológico entre la tierra y el mar; una rivalidad como de enamorados o de artistas, para poner a prueba cuál de los dos es capaz de dar de sí más poesía y más belleza; imaginad que en este certamen entra a participar el cielo azul, primero con la radiante gloria del día, después con la transparente calma de la noche, y habréis hallado una imagen que convenga a la hermosura, a la gracia, al incomparable hechizo de Sorrento.

Todo este golfo de Nápoles es de una belleza armoniosa y serena, que recuerda la eutimia arquitectónica, o la "composición" de un poema clásico; pero Sorrento es lo más bello del golfo. Alzada sobre la península en que empieza la vasta curva de ese brazo de mar; en frente, Nápoles, que se tiende en anfiteatro entre Capodimonte y el Pausilipo; luego, dominando la escena inmensa, el volcán bicípite, hermoso de forma y de color; sobre las faldas del volcán, Pórtici, Resina, Torre del Greco, Annunziata, Castellamare más cerca, y allá, en el confín del horizonte, las islas de Prócida y de Ischia, no hay lugar de la encantada costa que no se divise de Sorrento, con la nitidez y el firme relieve que esta gloriosa luz presta, en el aire diáfano, a los más tenues contornos. Rocas inmensas, cortadas a pico sobre el mar, tienen en alto la planta de la ciudad, como si toda ella fuera un ancho balcón, que se prolonga sobre un fondo de suaves colinas. Allá abajo, el golfo, de una ideal serenidad, del más inefable azul que yo haya visto en el agua; transparente cielo volcado, que cruzan, como nubes, velas de pescadores; y en un seno que forman las rocas, el puerto, pequeñuelo y gracioso, como para barcas de pesca. A lo largo de toda esta costa, en las suntuosas "villas" y los aristocráticos "albergos", un continuo y espeso jardín, una deliciosa cadena de bosques de

naranjos, de olivos, de manzanos, de granados; de plantas mil, que congregan cuánto hay de amable y bello en la fecundidad de la tierra, y devuelven al aire tónico del mar fragancia de flores por fragancia de sales. Eglogas piscatorias vienen de las ondas azules, y églogas pastoriles les contestan desde las verdes laderas.

¡Cómo se ve que el verjel fabuloso de Armida fué soñado por quien llevaba en los ojos la imagen de Sorrento! ¡Qué falta aquí para la meditación, para el ensueño, para la paz del alma; qué falta para la dulce salud, para el despreocupado contento de la vida, aquí donde toda la naturaleza es bondad: aliento de azahar y de pinos, balsámica leche, vino nectáreo, peces fosfóricos, fruta delicada y sin cuento, y sobre todas las frutas, las naranjas, a cuyas jugosas pommas de oro llaman, en este gracioso dialecto, Portogallo (Portugal)!...

Si no os basta el panorama que habéis admirado en la ribera; si queréis aún más altura y más horizonte, subid a las colinas en que se recuesta la ciudad, hacia el poniente y el mediodía; id a Capodimonte de Sorrento, donde está el "Belvedere Parigi", o al monasterio del "Desierto", sobre la cumbre más alta, entre jardines, donde os regalarán con vino exquisito, y tierno queso, y aromática miel, y desde el cual abarcaréis con la mirada una extensión de estupenda grandeza: el golfo de Nápoles a un lado; al otro, el de Salerno, entre las puntas de Licosia y Campanella, y en medio de los dos, la rocallosa isla de Capri, que parece encorvarse y atalayar sobre las ondas, como un monstruo marino que velara guardando el maravilloso zafiro de su "Gruta Azul".

Sorrento, en la antigüedad, unía al renombre clásico de su belleza, que inspiró Las Selvas de Estacio, la celebridad de su cerámica, cuya excelencia comprueban aún, en



Panorama de Sorrento.

los museos, cálices y vasos fúnebres comparables con los de Nola. La moderna Sorrento tiene, en cambio, su arte peculiar, que ha levantado a una perfección que es su fundado orgullo: la marquetería, la labor de incrustaciones en madera. Numerosos talleres dan aliento a esta industria, y las más ricas tiendas de la ciudad son las dedicadas a la venta de muebles, estuches, cigarrerías, y otros mil objetos de utilidad y de adorno, compuestos de mosaicos o taracea. La delicadeza y el primor con que se ejecuta ese trabajo exceden todo elogio. Sólo cuando se ha asistido al interior de uno de estos talleres (y os aconsejo que si vais a Sorrento no perdáis la ocasión de observar por vuestros propios ojos un taller de marquetería), se concluye de aceptar y comprender que aquellos dibujos, aquellas figuras y aquellos paisajes no han sido hechos con pincel, sino con distintas piezas de madera, cortadas mediante sierras sutiles y aplicadas en los huecos de un diseño. Llégase así a formar de incrustaciones verdaderos cuadros, con la conveniente distribución de colores en cada figura y en el fondo. Este arte, en lo que tiene de refinado, no es, según me dicen, aptitud tradicional, sino relativamente moderna. Primeramente se taraceaba sólo en la madera de naranjo, y diseñando las imágenes y labores con tinta china. Un artífice inno-

vador, Luis Gargiulo, —cuyos descendientes son aún los más activos representantes de esta habilidad local, —halló los medios de emplear diferentes clases de madera e indefinida variedad de tintes. Hoy la marquetería de Sorrento tiene fama y mercado en todo el mundo. También es floreciente industria de la ciudad el tejido de la seda, y los pañuelos y fajas de colores que salen de sus talleres gozan crédito de ser los más hermosos de Italia.

En las treguas de estos afanes del taller

o de la pesca en las serenas ondas del golfo, o de las geórgicas de los fructuosos campos vecinos, mozos y muchachas del pueblo suelen reunirse en graciosos grupos para bailar la "tarantela" de Sorrento, que es una variedad de la de Nápoles. Una tarantela bailada sobre un fondo de playa o de bosque, con los pintorescos trajes populares, es espectáculo que debe procurarse el viajero. Guitarras y mandolinos suenan su alegre música, y las parejas, ceñidas de vistosos colores, componen mudanzas raudas y vehementes, pero de delicada expresión; mientras la sangre férvida relumbra en el negror de los ojos y las morenas manos repiquetean a maravilla las castañuelas de Teletusa, donde hay también espontánea virtud poética. Ved una canción popular, fresca y sencilla como una margarita del campo:

La Sorrentina

Io la vidi a Piedigrotta
Tutta giola, e tutta festa
Dalla madre era condotta,
Gloie e perle avea in testa,
Un corpetto ricamato,
La pettiglia di broccato,
Una veste cremisina,
Un sorriso da incantar,
E la bella Sorrentina
Io la intesi nominar.

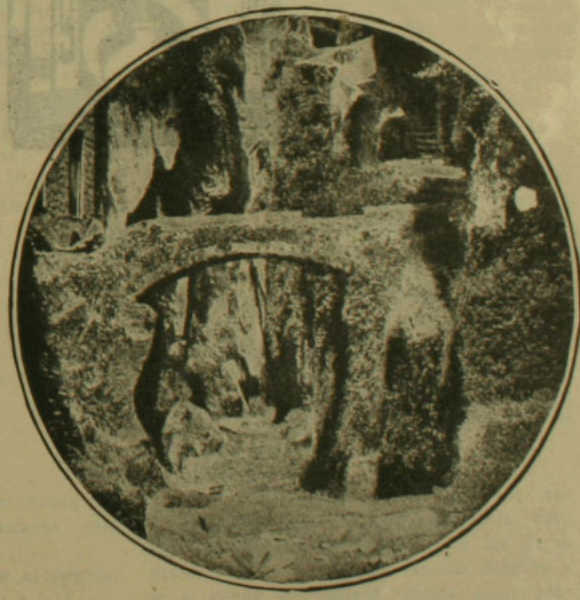
Da quel giorno, non ho pace,
Notte e di sospiro e gemo,
Piú la pesca non mi piace,
In disuso ho posto il remo,

Con la povera barchetta
A Sorrento, in fretta, in fretta,
Ogni sera, ogni mattina,
Vengo qui per lagrimar.
E tu, ingrata Sorrentina,
Poco pensi al mio penar!

Sobre el encantado jardín que se extiende por toda esta costa, en la terraza que llaman del "Prospetto" me inclino a contemplar las rocas sumergidas en la onda clara, como la de una intaeta fuente. Entre los líquenes de una de esas rocas, se perciben aún, casi a flor de agua, unos cimientos ruinosos. Mi imaginación reconstruye la casa que esos cimientos sustentaban, y evoca, en derredor, la Sorrento de hace cuatro siglos. Así compuesta la escena, sueño, mientras la dulzura del tramonto cae sobre el éxtasis del mar. Veo que de aquella casa sale, llevado de la mano por la madre, joven y bella todavía, un niño de seis años, gracioso, suave y melancólico. El padre, pensativo y noble, marcha al lado y conduce a la hijita mayor. La tristeza de los desterrados oscurece su semblante. Veo a este grupo doméstico subir a una carroza, que toma el camino de Nápoles y desaparece en una nube de polvo.—Luego otro cuadro se enciende en mi fantasía: estoy en Padua, en sociedad de doctores y académicos; el niño es ya un adolescente soñador y estudioso; en su frente hay como el albor de una aureola, y en torno suyo flotan, buscando forma consistente y tenaz, imágenes de fe y caballería, visión de paladines, trovadores y cruzados. Después le veo, gentil-hombre y áulico poeta, allá en Ferrara, en una casa de príncipes; observo que levanta los ojos tímidos y apasionados y los fija en una altiva princesa; que este amor nace y crece sin esperanza, y que, junto con la tortura del amor imposible, otro suplicio: el infierno de la creación poética, tal como es en aquel orden de genialidad que no produce sin angustia y dolor, arrebata la razón del poeta a los oscuros lindes donde alternan el juicio y la locura. Véole encerrado y asistido como insano en la celda de un convento, y pre-

sencio cómo, una noche, burlando la vigilancia de sus guardianes, se arroja al campo; recorre, descalzo, andrajoso y mendicante, un largo camino, y llega a la dulce patria que dejó en la infancia, a su Sorrento alma e felice, donde la piedad de la hermana procura sosegar su frente febril. Veo que su delirio le aleja de nuevo; que en la corte fatal de Ferrara padece otra vez encierro de loco; que luego vaga, como la hoja que se deshace en el viento, por cien partes; de palacio en cabaña, de hospital en convento; siempre acosado por fantasmas de miedo, de melancolía y de furor; siempre en guerra con el recuerdo de su propia obra, que le exaspera por su anhelo de perfección sublime; y finalmente, que la gloria le busca, que Roma quiere coronarle en el Capitolio con el laurel de los poetas, y que, en las vísperas del día en que esto ha de realizarse, muere en un lecho de hospital, dejando con su misera historia el más conmovedor ejemplo del consorcio del genio, la demencia y el infortunio.

Todo esto se pintaba en mi imaginación mientras miraba las rocas que anega el agua transparente, allí donde fué la casa de Torcuato Tasso. Y por la noche, conversando en el "Circolo sociale", un elocuente sorren-



Gorge, uno de los sitios encantadores de Sorrento.

tino me refiere cómo su ciudad es deudora al poeta de la "Jerusalén", no sólo de la más alta gloria que se agrega al prestigio de su ideal naturaleza, sino también de haber conjurado el mayor de los peligros que hayan amenazado interrumpir el plácido sueño de su vida. Es el caso que cuando, por la expansión de la Francia revolucionaria, se erigió en el antiguo reino de Nápoles la República Partenopea, una tentativa de reacción se originó en Sorrento, a favor de los depuestos Borbones. El general Sarrazin, jefe de las armas francesas que sostenían la naciente República, fué enviado a sofocar la rebelión. Los tiempos eran duros, y el caudillo republicano traía el propósito de entrar a sangre y fuego a la ciudad rebelde, y castigarla sin

distinción de inocentes y culpables. Se interpone entonces entre la población consternada y el jefe inexorable, el arzobispo de Sorrento. Como razón suprema con que ablandar el corazón del vengador, recuerda a Sarrazin que Sorrento es la patria del Tasso... Y el noble francés, sintiendo la fuerza obligatoria de ese título de inmunidad, ahorró toda sangre, todo rigor, y perdonó a Sorrento para honrar la cuna del poeta.

Así el desventurado Torcuato fué el nimen tutelar de su patria; y así reanudó, sin más tormentas, su vida de idilio, la primorosa creación de las Sirenas; la ciudad preferida de los convalecientes y los novios; la dulce ciudad coronada de azahares y vestida con la celeste seda del mar.



UBICADO

Por _____

MALTRANA

Ilustraciones de Max

Aquella mañana del 16 de septiembre en que don Perfecto Torrejón salió a la puerta de su establecimiento—mitad “Casa de Romates y Consignaciones”, y mitad “Almacén de comestibles” y “Bodega de Licores”, como rezaban los rótulos murales y las pizarras de estilo—; aquella mañana en que se ostentaba con el pecho casi literalmente cubierto de medallas, “Chorreando condecoraciones” como había dicho un chuseco, vestido con su levita de ceremonia, enhuinchada, luciendo su pantalón con franja negra, al estilo de etiqueta; los vecinos de San “Pablo abajo” se congregaban encantados de la comunicativa alegría con que su viejo martillero les salía al paso para darles la nueva de su futura exaltación política.

Al fin, su partido, tan frío con sus mejores servidores, se acordaba de él; y esto sucedía en las Fiestas Patrias, como un lisonjero reconocimiento a los méritos contraídos al servicio del país por un luchador de la “causa” hasta en los campos de batalla.

Ahí estaba la gallarda bandera nacional jugueteando con sus emblemáticos colores sobre la frente de don Perfecto. “Un estandarte de gala”—explicaba él—que sin gran esfuerzo hasta los niños podían alcanzar de un brinco... Y en efecto, la bandera, de más de seis metros de largo, flamante, de un merino súper, era batida por el viento con tan ágiles despliegues y revuelos, que causaba el embeleso de todos los que se detenían ante la acreditada casa de negocios, para admirar los esplendores de tal exornación.

—¿Y qué es lo que pasa?

—Estoy ubicado...

—¡Ah! ah!...

Una voz meliflua emergía del fondo del almacén y agregaba: “Sí, Perfecto está ubicado”.

Y éste preguntaba volviéndose al interior de la tienda:

—No es verdad, hijita, que me llegó la nota en que la Junta Ejecutiva de mi partido...

Y una voz fina, angélica, como de una niña de doce años, repetía con magnífica pronunciación del Conservatorio: “Sí, papá está perfectamente ubicado”.

Entonces los vecinos formulaban múltiples comentarios sobre las condecoraciones—los “valdiviesos”, como decían ellos—que llevaba prendidos al pecho el insigne don Perfecto, y explicaban el valor y procedencias de los variados utensilios que se ostentaban “al mercado” en puertas, corredores, ventanas, cornisas, etc., un conjunto que dejaba la sensación de Arca de Noé y en que pugnaban por alcanzar suerte propicia, muebles barnizados y al natural, decorados, sillas rotas, relojes viejos, colgantes y despertadores, roperos con espejos, cortinajes, ollas pequeñitas, como para hacer viandas de muñecas y otras del 12 y del 15, como para aderezar el puchero de un Pantagruel; “curios” para engañar a turistas, haciéndoles creer en la edad de piedra; huraco, y momias del Perú; y hasta trajes de 2.a y 3.a manos, que no habían aceptado las agencias. La bandera pasaba acariciando algunos de esos útiles, llegando a enredarse en ellos, como en una complicidad cosmopolita.

—Vea Ud.—observaba un viejecillo de pera blanca, que había tenido la suerte de ser “ordenanza” del general Barboza, esa condecoración diminuta que parece grabada en una media libra esterlina, se la envió el Gobierno de Portugal, por haber salvado a un lusitano de un pozo muy hondo; y esa otra verde cata, el Imperio del Brasil cuando lo regentaba don Pedro II.

—¿Por qué sería?

—Don Perfecto me lo ha explicado más de una vez; pero ya no lo recuerdo. Creo que fué por un desembarco a la luz de la luna... El lo cuenta con muchos detalles y se le ponen los pelos de punta, como neu-

rasténico, al describir ese momento heroico, que él llama psicológico. Yo creo que fué un salvataje en que él se echó a nado y como un cetáceo atravesó mares bravíos... Ya lo ve Ud., con ese medio bultito que parece boyea de la P. S. N. C., los prodigios que haría...

—¿Y esa otra grande, bronceada?

—Esa dicen que es la de la Pila del Gancho—agregale un joven muy serio. Afirman que se la dieron porque es el vecino de San Pablo que se parece más a un Ganso trufado.

—¿Y la de plata, destañada como si fuese de estaño?

—Es la de la 1.ª Comunión. La usa a pesar de llamarse libre pensador.

—¿Pero don Perfecto peleó también en las tres memorables jornadas de la guerra del Pacífico?

—No le sabría decir. Pero ahí están los tres "valdiviosos" con todas sus barras, no menos de quince. Sólo el general Parra le puede igualar en acciones de guerra. Le he oído hablar de unas batallas de Cieneguillas y Acapulero, en que vió "burros blancos", unas batallas que no las mienta nadie, agregó el veterano con cierta ironía sigilosa.

—¿Y qué grado tiene este hombre?

—Unos dicen que es coronel, el de más allá que es general, y algunos que es simple teniente retirado con un pré o pensión de \$ 87.50 al mes. Vaya Ud. a saberlo! Sólo el tesoro; y se ignora por dónde se paga; todo un misterio...

—Hay muchos que le llaman "Coronel de Marina"—se atrevió a afirmar una niña modista, que miraba atónita a don Perfecto pasear su abdomen satisfecho y mostrar su rica cadena de oro de 18 ks. con águila y chiche de brillantes ante la concurrencia abigarrada, que le miraba examinándole de hito en hito, desde el colero reluciente hasta el zapato acharolado con guarda-polvo de previl azulero. Había en aquel tumulto una mezcla de curiosidad, de ironía zumbona, de reticencia, de respeto, de satisfacción patriótica ante un burgués triunfante. "Pero otros atestiguan que ha sido de caballería, porque sale con botas de granaderos los días de lluvia"—agregó la misma modista después de un rato de reflexión, como si tratase de enmendar un hilván mal hecho. "yo le corto los vestidos a la señora y entre costura y costura la oigo suspirar y decir: "Perfecto es un mito"...

—Está en duda el grado, pero no se puede negar que el hombre es hijo de sus obras. El sudor de su frente lo atestigua; mire Ud. cómo le corre...

—¿Quiere que le probemos?—observó el veterano con cara maliciosa, que dejaba trasparentar su temperamento de "soldadillo" al través de unos ojillos picarescos.

—¿Cómo?

—Llamándole en alta voz, desde los grados inferiores. Una colegialada... ¿Qué les parece?

Don Perfecto se exhibía en gloria, erguido en la puerta principal de su establecimiento, y la bandera pasaba sobre él, como símbolo de victoria, acariciándole su frente estrecha y fugitiva, de pelo erizado, de corte a la carré. El se descubría de cuando en cuando, saludando al "estandarte de gala", otras veces le enviaba besos en el aire con las puntas de sus dedos pochosos, o lo retenía en sus manos tocándose el pecho y las medallas, empuñado hecho nudo en tembloroso frenesí.

—¡Teniente Torrejón!—gritó incontinentemente, con voz de mando, de acentuación genuinamente militar, el de perilla napoleónica.

Don Perfecto permanecía impassible, con su alma abstraída en tantas cosas inefables. Su rostro acusaba algo de la suspensión del ánimo, alejamiento del espíritu, y acaso el de ese estado de alma que los psíquicos llaman enforia...

—¡Capitán Torrejón!

Nada; como si hubieran llamado a un perro perdido a cien leguas de distancia.

—¡Mayor! aquí le hablan...!

¡Ni por esos...!

—¡Comandante Torrejón!

Se dibujaba ya en sus labios carnosos una débil sonrisa pronta a imprimir como un botón de vanidad y suficiencia; pero no contestaba aún, a pesar de que su mano derecha se había alzado hasta el labio superior; y alguien observó con cierta malignidad que el movimiento respondía a la comezón de un cezema que le atormentaba de tiempo en tiempo...

—¡Coronel Torrejón!—gritó la modista con una voz de tiple.

Entonces se iluminó con calores rubicundos la fisonomía aburridora del ex-militar, y, paseando una mirada protectora por el grupo callejero que obstruía ya el tráfico y el tránsito público, contestó paternalmente:

—Aquí me tienen, hijitos; contento de

verles a Uds. que vienen a saludarme en procesión cívica; y satisfecho como en mis mejores días de lucha al frente del enemigo extranjero, en este día de la Patria, al ser ubicado como candidato de mi partido por...

—¡Viva el coronell!

—Bueno—gracias, amado pueblo. Pasen todos. En el patio—que tiene buen toldo y es el sitio más espacioso—pueden reunirse en Asamblea solemne o en Comité, como quieran, y tomar los acuerdos conducentes, como ser felicitación al amigo y correligionario por habersele reconocido sus méritos, no sólo su antigüedad sino su inteligencia y preparación. Estos acuerdos se transmitirán por teléfono a provincias, sin esperar la aprobación del acta, decía don Perfecto imaginándose que presidía un cuerpo colegiado.

—¿Qué es lo que pasa, coronell? Los diarios no han dicho nada todavía y nos encontramos en ayunas.

—Bueno—Que les repartan sandwiches, por primera providencia, y que les abran cerveza, limonada, lo que deseen. Abran, también, una cuarterola del "Sanfuentes Reservado"; Quiero que todos mis amigos se alegren con Sanfuentes; el vino que menos se va a la cabeza y produce una alegría contenida y aristocrática.

—Claro, pues, ñor!—exclamaba un rotito que había sido barnizador de muñequillas en sus buenos tiempos, y que, para celebrar el dieciocho se había puesto la chaqueta al revés, para "correrla" hasta el forro...; si don Perfecto está ubicado, como él dice y debemos creerle, porque estas cosas se creen por la palabra y no por el papel sellao, nosotros también nos ubicamos, pus, y no nos mueve naide de la cuarterola... naide... ni el mismo Sanfuentes... que se le ocurriese salir con banda tricolor de dentro del barril.

La señora y la hijita de Torrejón no se daban punto de reposo para atender a los vecinos y muchos de éstos también ayudaban al servicio como en casa propia—Por lo demás, como en casa de consignaciones, no había utensilio doméstico que no se hallase a mano. Fuentes, azafates, cubiertos de todos tamaños, vasos de todos los estilos, copas: hasta de las regias champañeras de



...aquella mañana, vestido con su levita de ceremonia, enhuinchada...

bordes dorados en que bebieron por primera vez los merovingios, jarros hebreos, egipcios, lozas de Talagante, poncheras de porcelana de Sévres y de cristal fino y todo lo que se ha inventado desde Baltasar hasta nuestros días, lo elegante y lo cursi, desfilaron por los patios y salones atestados de muebles en venta y reparación, de sillones inconclusos oliendo a barniz, de tapices de Smyrna y Ozaka, de catres desvencijados, de paquetes de perillas, rodela y clavos, gemas y de grandes rollos de tripa ordinarios que se extendían profusamente para que bailasen innumerables y alborotadas parejas, duchas en toda clase de habilidades de Terpsícore, aprendidas en las Filarmónicas Obreras y en las Academias de Baile de San Pablo abajo.

—¡Ubicado!—exclamaba de rato en rato don Perfecto, paseando en andares solemnes y atildados su naturaleza exuberante y complacida.

Destilaba de toda su persona el zumo de la vanidad y del orgullo comunal, con algo de la petulancia cómica de Falstaff y de la ingenuidad de un personaje cervantesco.

¡Iba a ir a la Cámara! Aquellos magnates

que le hacían subir escalas complicadas para adquirir una sartén o un mal asador, iban a tenerle a su lado en la mesa de once del Parlamento en que se comían sesos fritos de pajarillos exóticos y se tomaban helados, conites y pasteles de las Renjifo. ¡Tendrían que aguantar la mecha... ellos! que no encontraban mecha buena en el establecimiento... El sueño de su vida, desde que tenía uso de razón, se realizaba con un anuncio lacónico de un grupo de amigos del Sur que le decía con alevosidad telegráfica: "Ubicado". No había detalles; pero ahí estaba, si nó, la nota de la Junta Ejecutiva, en papel auténtico y con el sello, que no podía ponerse en duda, ni siquiera en cuarentena. Las ideas le bullían en su cerebro hasta producirle un intenso dolor en la nuca y en la mollera, que nunca se le había cerrado; y esas ideas parecía que libraban un atropellado combate, pugnando por mostrarse en primera fila, pues eran tantas! los apóstrofes a los calculadores de la ley, a los claudicantes, a los traidores de la Patria, ensayados ante dos series de roperos de tres cuerpos, para que se viese la figura en interminable sucesión, por detrás y por delante; las catilinarias a los déspotas del capital y de la usura, pronunciadas con un estremecimiento de todos los miembros, por lo cual cada vez que las ensayaba, se rompían vidrios y hasta se descolgaban sillones de los muestrarios que no tenían clavos firmes o pernos; la serena corriente de las ideas más científicas para engrandecer "este país que no camina y que es digno de mejor suerte"... "¡Cómo desciende la Cámara! ¡Cómo decae el país!"—exclamó una vez desde el lecho, en un rasgo de paroxismo, desparramando el desayuno (chocolate en jícara) sobre la plácida cabeza de su señora que esperaba al lado del orador el término de una oración ciceroniana. Y un día dió una feroz bofetada ensayando un discurso ante el espejo, como si tuviese al frente al leader clerical, que se deseoyuntó tres dedos, rompiendo el "bisoté" más rico del establecimiento.

—Desde el gran Balmaceda, figura inconmensurable como la de Mareo Aurelio, no ha habido progreso en este país, en este país que le quedaba chico y que sin embargo, amamos sobre todas las cosas, fingiéndolo el más grande de los Imperios de la tierra! —exclamó queriendo atraer la atención de las gentes que se entregaban a los placeres

de Baco, delectando el vino y la cerveza dentro de los tientos que hallaban más a mano, así fuesen democráticos "potrillos" como animalescos baldes... Había rotitos que tomaban vino en sus sombreros agujereados y pilletes que se ponían boca arriba para recibir en plena boca el chijete iracundo de la cuarterola.

—Don Perfecto se ha abierto como un Príncipe!

—No sólo me he abierto como un Príncipe sino como un Rajah!...

—¡Comprendido!...—gritaban alborozados los satisfechos contortulios en medio de trasmisora jarana.

—¡Estas van a ser las bodas de Camacho! —exclamó un lector de Cervantes, que se había premunido de un cucharón enorme para actuar sobre futuros comestibles en cocción, arrullado con el crepitar de la grasa y el olor apetitoso de los condimentos.

En un santiamén se organizaba la fiesta, y el gran patio y las piezas espaciosas de la "Casa de Consignaciones" se mostraban llenos de parejas prontas a atropellar con las primeras cuadrillas. Rompió la marcha un ex-oficial de Legación, que ofreció su diestra a la señora de Torrejón y luego el mismo dueño de casa pasaba acompañado de una alumna del Conservatorio, con su mano beatíficamente en el abdomen y diciendo a diestra y siniestra: "para mí las del género chico... es receta de médico..."

La penetración de las clases sociales se había efectuado por milagro de los hechos y de la casualidad, hermanados en una simpatía general.

Sonó un acordeón, después una guitarra, un piano, y para coronar el entusiasmo, los más íntimos hicieron desfilar, como un trofeo griego, la magnífica arpa "Erard", que estaba a consignación hacía muchos años y se ofrecía en cinco mil pesos, con su columna corintia y su vibrante encordado que, según las comadres del barrio, pulsaba Eölo, en el silencio de la "Tienda", a pedir con tambores de la madera, que la acariciasen dedos sáficos, para desquitarse voluptuosamente de los silencios y del escondite de tantos años...

—Esta se la robaron en el saqueo...—se decía "sotto voce" entre los concurrentes.

—Hay muchos instrumentos; yo tocaré la flauta después—anunciaba Torrejón.

¡Cómo se había ido hilvanando aquella

fiesta tan original, de tanta soltura y tan sincera en sus manifestaciones?

Como todo lo que es resultante de un arranque en naturalezas espontáneas, ávidas de gritar, saltar, bailar, de naturalezas que no sienten terreno bajo sus plantas cuando la dicha les roza con sus alas enardecedoras...

Durante veinte años había buscado un sillón en el Parlamento "para sacrificarse por el país", y ese mismo período de tiempo le dejaba la amargura de experiencia en intrigas y bajas pasiones. La envidia le había cruzado el camino que a otros, con menos méritos y hasta analfabetos, se les presentaba abierto, cual senda de luchador afortunado. Pero ahora su partido le reconocía en forma acrisolada. Era como si le hubieran obsequiado una medalla de brillantes o una espada de honor, igual a la que le otorgaron a Napoleón después de sus campañas de Egipto.

—¡Venga fiesta! Y que nadie deje de beber en mi casa, abierta al barrio y a los afectuosos amigos de verdad de los cuatro puntos cardinales. Que no se diga que las fiestas de Torrejón acaban en seco...!

Don Perfecto sacaba de los enormes bolsillos de sus pantalones—bolsillos de tonny—rollos de billetes de todos los tipos, mandando hacer provisiones de boca en aquella fiesta baltasariana improvisada, a fin de resistir al embate de aquel mundo de convidados, que llegaban de muchos puntos y aun del "centro" llamados por mensajes ad hoc, y que ya no se satisfacía con sandwiches y galletas "Alberto".

—Aquí hay "congrios" y "medios congrios", hay "equis", hay "Vées" cortas, hay "locos"—decía Torrejón aludiendo al tipo de sus inconvertibles.

—Si hay necesidad de corderos, de gallinas y de otras aves palmípedas, que se compren; y si es menester chanchos—con permi-

so de la concurrencia—que también se traigan adobados o al natural.

—No vendrían mal unos chanchitos nuevos, ya que se trata de un candidato flamante, observó un artesano muy pulido para hablar y que deslizaba las más terribles sátiras en las formas más acariciadoras.

—Open door! Open door! Esta es la fiesta de las puertas abiertas!—gritó un mestizo inglés.

—Hurra! hurra! hurra! vocearon en coro varios "boy scouts" y jugadores de football.

En todos los departamentos se bailaba con loco entrenamiento desde la danza nacional hasta el "salto del zorro", recién importado por el profesor Greene en las tertulias de gran tono. ¡Y era de ver a Torrejón pretendiendo hacer sus primeras armas en esa danza que requiere agilidad de pñil y destreza y elegancia de efebo.

—Lo que es ahora, más parece jabalí que zorro—observó un mal intencionado viéndole brincar y casi caer, colgado de una de



Y no se supo cómo fué: sonó una bofetada, luego varias...

sus compañeras, que Torrejón llamara "del género chico".

—En el cambio de paso está toda la gracia, Coronel, decíale su fresca acompañante; y después engañar con el salto y ladear la cola en sentido contrario a la fuga...

Torejón celebraba con sonoras carcajadas. Eso de la cola era imposible; una "cola" antes de las elecciones...

Tanto era el estrépito de aquellas parejas erdiabladas que parecían congregadas por Orfeo, que bailaban al son de los más variados instrumentos, incluso el clarinete que se había ofrecido a tocar un músico con "quintos premios" de la policía—que algunas cornisas doradas para cortinajes que, como muestrarios, se exhibían colgadas en las paredes y techos, desplomáronse sobre algunas pacíficos vecinos, provocando, aparte de la hilaridad consiguiente, ligero derramamiento de sangre y algunos golpes contusos de instrumentos, al parecer contundentes.

Las cabezas más flojas vacilaban ya con el ponche en vino blanco y la cerveza de barril helada; y a muchos los había cogido una embriaguez en ayunas; tumultuosa, demasiado afectiva e irritante a veces, que se traducía en besucones, manoseos y arrechuchos. No faltaba el legendario beso en la "tabla del pescuezo" que estilan los beodos de provincia cuando les "baja llovada..."

El Coronel se multiplicaba mostrando su obesa personalidad, para apaciguar descontentos y evitar atropellos. Los "pillulos" que hacían los danzantes eran motivo de "picacenas" entre los jóvenes, que luego se apaciguaban con la intervención niveladora y bien inspirada de Torrejón. No en balde se había corrido que, después de entrar a la Cámara, no cumpliría su período porque el país lo señalaría como Diplomático. A lo que Torrejón contestaba a sus íntimos, de vaso en mano, arrinconado, en actitud de brindis: "de ir, sería al Japón, si me ofrecieran entre París y el Japón, sin vacilar diría "al Japón". Entre un japonés y un Torrejón no hay ni tanto así de diferencia: esplendidez, gusto por el arte, bravura y talento de asimilación..."

—Ud. se lo asimila todo... —completó el artesano ironista.

Los aires nacionales llenaban de alborozo los corazones, sobre todo cuando al son

del arpa y las guitarras las mejores voces de los "san-pablitos" entonaban canciones como "Las Violetas" y las "Montañas inmensas", recién importadas de Copiapó, y que coreaban casi todos los universitarios del norte.

—A las Montañas inmensas.

Del Congreso me retiro...

Coreaba riendo Torrejón, en epilépticos sacudimientos de su vientre falstaffiano.

¿El triunfo de Torrejón, no era el de la Patria? ¿El aniversario de la Patria no era la fecha de Torrejón?

—Se comprenden la Patria y mi Coronel —expresó con firmeza un abastero. Yo miro la Patria en los hombres buenos, generosos, demócratas y no en esos...

—¡Coñetes!... —completó un vecino que aspiraba a municipal de la Comuna y que había ofrecido, como minimum, cincuenta pesos por el voto. Y agregó: los aristócratas se me figuran personajes de la Restauración...

Las niñas y señoras invitadas se agregaban a los corros que comentaban el triunfo de don Perfecto. "Así me gusta—decía éste —alegría y comunicación en las "señoras mujeres"... Buen tono, pero nada de estimamientos; eso queda para "las cachetonas" y para los siúticos perfumados... Yo tengo un pariente al 1/000 que todo se le vuelven pucheros y remilgos, prosapias y linajes, y deja la raza... El tartamudo Grez decía por él: "este es el hombre más per... per... per... fumado de Chile!"

Alguien exigió que don Perfecto bebiese con sus amigos. Hasta ese momento sólo se contentaba con pasearse entre los tertulios repitiendo: ¡Ubicado! ubicado! Con las manos cruzadas a la espalda, o con sus dedos piqueteando sobre el chiche de la cadena—una rana cuajada de brillantes en el hocico y en el rabo—nadie le sacaba de aquella exclamación:

—¡Quién dijo miedo!

Y don Perfecto se cuadró con un regular vaso de ponche, y, como nadie quería ser menos y todos ambicionaban "pagársela" al dueño de casa, le llovieron los convites con sus respectivos tragos, que él llamaba gratuitos y obligatorios, aludiendo a un punto del programa radical con su consabida guiñada de ojo, a fin de que le entendiesen los iniciados.

Minutos después, colmados los anhelos, te-

níamos a don Perfecto bailando una desenfrenada cueca que él llamaba "del zorzal", y en la que recorría en un pie el extenso salón, haciéndole las más variadas "guaras" a su compañera de danza. El aseguraba ingenuamente que esa era la cueca más complicada que se había inventado desde Noé, que fué el primer mortal de cueca y trago largo, y que no se podía danzar sino con la música de White; y que, a la hora en que el zorzal se paraba en dos patitas, se perdía toda la gracia del baile. La cuestión era no dejarse pillar ni con sogas... "Esta cueca tiene algo de simbólico, de matrimonial..."

—Este don Perfecto!... si no hay como él para la cueca!... si se hace ovillo y huíncha! Ascendámoslo a general?—propuso un futre entusiasmado, que ganaba las "tres mitades", "tañendo" en el arpa "Erard" con tal empuje, que amenazaba hacer astillas el armónico aparato.

Dicho y hecho:

—Hácele General! Ofrécele las palas! los pantalones galoneados, charreteras, espolines, tiros, botones, dolmanes, chalecos, sombrero, apuntado las plumas, correones! montura! las botas! caballo!

No se había visto manera más estrambótica de animar una cueca tan bien bailada, rematándola en caballo.

—Arriiiiiite!...! Ariiiiiite! Ofrécele só-coronel, ofrécele só general, ofrécele só mariscal! Afírmate patas de águila!

Al final del cuarto pié (pues le habían dado "cacho negro") después de abrazar a su compañera, una corista de la "Compañía Montero", don Perfecto cayó en brazos de un circunstante.

¿Cansado? ¿desmayado? ¿exánime?

Nó; emocionado!

—Que abran Sidra Champagne!—ordenó con un gesto de tribuno. De la de Gijón!

—¡Viva el Mariscal Joffre!—gritó el futre cervantista.

—Señores: nadie se mueve de aquí; todo el mundo almuerza conmigo.

—Pero dónde, hijito, vas a sentar a toda esta gente?—se atrevió a observar la tímida dueña de casa. Si ya llegan hasta la calle y comienzan a entrar hasta suplementeros.

—¡Ubicado! Comen de pié. Estamos en campaña. Ahora todo "buffet" de tono se hace en dos pies. Ubicado, ¡y no hay más!...

A don Perfecto le habían cogido los vapores del alcohol. Bebía automáticamente lo

que le servían: sidra, poneche, vino con torreas de limón (bueno para el flato), cerveza mezclada con limonada ("pa la calol", decía don Perfecto, bromeándose). Y todos querían brindarle, decirle sus palabras zalamerías, a las que él contestaba en su lenguaje peculiar y pintoresco con más de una chuscada. Además, le gustaban sobre manera los retruécanos, las agilidades de lenguaje; se las daba de pallador y no andaba mal en versos de pié forzado.

—Nadie es capaz de "vestir" una fiesta como la visto yo! Ah! eh?... —preguntaba a la concurrencia, principiando a hacer equis, con aire fanfarrón; y abrir desmesuradamente sus ojos inexpressivos, de pescado agónico.

—Las fiestas no se visten—arguyó un estudiante que se las daba de purista.

—¿Cómo? ignorante! Nercasseaux y Morán de pacotilla! Contradecirme a mí, que estoy ubicado.

—Así será, don Perfecto; pero las fiestas no se visten; se arreglan, se disponen, lo que Ud. quiera, menos vestirse.

—¡A mí, al huésped...?

—Ud. no es huésped, don Perfecto; Ud. es anfitrión...

—Otra contradicción, a mí, que estoy ubicado?

—Yo no sé...; pero la Gramática Española tiene también sus representantes y está perfectamente ubicada por la Academia y don Andrés Bello.

—Qué representante "vais" a ser "vos" de la Gramática ni del pulero don Andrés, cuando ni siquiera "sabís" hacer una proposición con sujeto y atributo... A ver, gallito, te voy a hacer varias preguntas. ¿Qué es elipse? Vamos a ver qué es elipse...?

—La del parque Cousiño...

—A mí no me tomáis del pelo...! ¿Y altitud? Esto es de la geografía...

—Altitud... altitud... —balbuceó el joven... —es la que Ud. está observando ahora, que es bastante agresiva...

Luego, el joven preguntó a don Perfecto:

—¿Qué es lo que se llama un espenceriano?

—El que se retrata en la fotografía Spencer es llamado espenceriano. Bah! A mí con pececitos de color!

—¿Y la sebacéa?—preguntó a su vez el Coronel.

—La Sebácea—replicó el estudiante con altisonancia.

—Convencerte a vos, bachiller concéntrico, es como amarrar perros con longaniza.

Protestó un chanchero alemán que fabricaba embutidos con carne de perro.

Y no se supo cómo fué: sonó una bofetada, silbaron varias, se abrió cancha y a la minuta peleaban pegándose sin consideración dueño de casa y contertulios, en una algarabía en que llovían mojicones y puntapiés. ¡Que le faltan al dueño de casa! que me maltratan a la niña!—eso no lo puedo permitir, gritaba la señora Torrejón con el moño descompuesto por un tirón que traidoramente le habían propinado. Y a todo esto los muelles de los muebles tapizados rechinaban; las patas de las sillas se quejaban dolorosamente al quebrarse, y caían sobre aquel campo de Agramante vidrios rotos y utensilios de todos calibres. Un polvillo picante se calaba por las narices y gargantas de los combatientes, excitando a unos y sofocando a otros. A los gritos de “¡agua! agua para las señoras mujeres!”—siguió un voerío pavoroso, espeluznante, que erizaba el cabello y repartía escalofríos por la espalda.

—¡Que se quema! que se quema...!

El Coronel no se podía hacer oír ni mucho menos obedecer de aquella gente que, presa del pánico, se desbandaba con sus trajes maltrechos y sus rostros con las muestras patentes de la batalla. Torrejón, con su cara ensangrentada, con los pantalones despedazados y caídos hasta los zapatos; sin poder moverse, enredado, como engrillado; con un solo faldón de su levita, se palpaba las medallas en el primer impulso, y con mirada de náufrago, envuelto en las nubes de humo que se filtraba por todas partes, pedía misericordia a Dios y amparo a los vecinos, a la Policía, al Partido, a la Nación... Y lloraba como un personaje de Sófocles, en alaridos que partían el alma.

¿Quién había sido el infame que le pegara fuego al “Establecimiento” en un instante de gozo general?

¿El chanchero alemán? ¿El estudiante adocenado? ¿El obrero meticuloso y, a todas luces, anarquista? ¿El bribón que tocaba clarinete? ¿El candidato a municipal que aspiraba, también, a diputado? ¿La modista que envidiaba a las de Torrejón?

Don Perfecto perdía el entendimiento an-

ta estas conjeturas y suspicacias que le embargaban la mente y lo sumían en la calentura ¡y al fin, vencido, cayó como un montón de miseria humana!... Y se le veía en el centro del salón principal en la actitud de un Bhuda, llorando sobre sus ruinas, y como si nubes de incienso bajasen a servirle de nimbos...

Al día siguiente, ante medio “Establecimiento” en ruinas, con la calle atestada de los objetos de la venta al menudeo que pudieron salvarse del saqueo que siguió al incendio; con los escombros de la parte interior del edificio en que tuvo lugar lo más intenso de la conflagración; en una mañana refulgente de 17 de Setiembre, con toda la población engallardada, sacaban con camisa de fuerza al coronel Torrejón, en medio del asombro de curiosos, comadres, comerciantes, estudiantes y revendedores, provocando esta medida uno de esos movimientos espontáneos del pueblo que se traducen en un triste vocerío que tiene con su moscardoneo el carácter de protesta interna y la condolencia por una desgracia sin remedio.

La policía abría calle difícilmente, por lo cual ya había desplegado sus legendarios cordeles. Todos los espectadores preguntaban inquietos y pesarosos y se oían desalentadoras razones. “El coronel se ha vuelto loco de remate; y es raro, siendo martillero. El coronel ha quemado con parafina y estopa su establecimiento. El coronel ha querido matar a su esposa e hijita, metiéndolas en una tinaja con escabeche. El Coronel estaba asegurado de incendio...”

Y a todo esto, en medio de un tumulto infernal y de una pecha que amenazaba burlar los cordones, se veía al pobre Torrejón, conducido en silla de manos, con su cabeza neroniana doblada como la de un convaleciente, pálido con ese matiz del marfil viejo, con un ojo salido de órbita, por lo cual, por un lado facial parecía buzo; y con su cara de copucha, debatirse sin remedio dentro de la cruel camisa de fuerza, y exclamar con voz de cómico afónico: “Ubicado! ubicado!...”

La policía, al ponerse en movimiento el convoi de unos cuantos coches que conducían amigos entristecidos, y el automóvil de la Asistencia Pública en que colocaron al alienado; y después de clavar con varios “gemas” una maciza herradura en la puerta del



Los médicos se miraron entre ellos, comprendiéndose...

establecimiento, dió al público como única explicación:

—Caso perdido... completamente fatal! Y esto lo salva para el seguro... y lo libera de la cárcel.

Minutos después, el coronel Torrejón se veía rodeado de médicos, clínicos y enfermeros. Era un cuadro: todos vestidos de blanco y al centro Torrejón y familia y acompañantes, de aspecto sombrío.

Un ligero desvanecimiento al trasponer el sanatorio, no había dado a conocer al enfermo su verdadero estado.

—¿Dónde estoy?—preguntó, abriendo el único ojo bueno.

—Aquí, hijito, contestóle su afligida esposa.

—¿Estoy ya en la Cámara? Pido la palabra!

—La tiene, coronel, le dijo cariñosamente uno de los médicos.

—Protesto, señor presidente, del atropello inaudito que se ha perpetrado en mi persona, violando la Constitución, las leyes respectivas y la de régimen interior... protesto del incendio que ha destruido mi fortuna, amasada, como la honorable Cámara lo sabe, con el sudor de mi frente... del tumulto irres-

petuoso y anárquico... de los golpes en el ojo y... en salva sea la parte... del robo de mis queridas y valiosas condecoraciones... de la falta de garantías individuales... y del consumo dispendioso de varias "Cuarterolas" de "Sanfuentes Reservado" y de algunas damajuanas de coñac "Bandera Tricolor."

—Póngale una inyección...

—No he terminado todavía y ruego a la honorable Cámara me oiga con atención...

—Una inyección para...

—“Lo que necesito, señor presidente, es una copa de coñac con agua, porque noto que no se me guardan los mismos miramientos que a los demás representantes del pueblo...”

—...para calmarle los nervios—aconsejó uno de los facultativos.—Es necesario que duerma; el sueño es el gran compensador del trabajo cerebral.

Le dieron, en virtud de este consejo, una dosis de sulfonal.

Antes de dos minutos, el coronel dormía, atronando con sus resoplidos y ronquidos el Pensionado de la Casa de Orates. Algunos pensionistas, de esos tranquilos que se pasean por los amplios corredores de la Casa,

llevando clavada en la frente alguna obsesión dolorosa, se detenían ante la puerta del nuevo asilado y preguntaban si era un "tren en marcha" el que resoplaba... Y no carecían de razón, porque por la garganta de Torrejón pasaban aspiraciones de asmático, estertores de bestia cansada, hervimientos formidables de calderos fatigados...

Los médicos aprovecharon ese instante para aplicarle los rayos X, practicando en el cerebro del enfermo las investigaciones frenológicas más prolijas.

—Noto—expresó uno de los facultativos, algo como un coágulo en la región superior izquierda. ¿Ha tenido embolia este hombre?

Otro médico:

—Me inclino a creer que es un tumor el que le oprime el cerebro. ¿Cuál es su idea persistente en él, señor?

—Cree que lo han ubicado como candidato por...

—¿Una manía... bárbara!

—De eso habla siempre... de Santa Bárbara, de por ahí dice que le escriben unos amigos ofreciéndole la diputación... El los llama por teléfono; vienen aquí, se alojan en casa, pasean con Perfecto por todas partes en automóvil, como locos, son muy alegres y comilones...; y después se vuelven. Perfecto les paga hasta el tren. El es así, por la política puede quedar en la calle. Y pensar que este hombre, tan trabajador y tan bueno, gana la plata que quiere cuando se olvida de la política. Si es el único vicio que tiene... Lo demás de que habla es de pura boca...

—¿Y delira? ¿Tiene sueños libidinosos?

—El sueña con vírgenes, siempre; un encanto oírle contar... Y pronuncia los discursos más patéticos, de hacernos llorar... si parece orador sagrado! Saca a veces unas voces tan graves, que parecen como de obóe. Habla de instrucción laica, gratuita y obligatoria... eso sí, de eso no lo saca nadie: ha de ser obligatoria; de Balmaceda... de

condenaciones a muerte... de un Fiscal a quien quería arrancarle la lengua. Una noche casi me ahorca, creyéndome ese Fiscal. Es terrible: se congestiona y la cara se le pone como una morcilla. Ha habido que hacerle sangría, más de una vez.

—Delirio de persecución—observó uno de los clínicos. Causas morales; pasiones políticas: 2.º grupo de las causas generales de alienación mental—agregó de corrido, con cierta petulancia de bachiller.

—¿Ha tenido afasia alguna vez?

—Sí, estuvo algún tiempo sin uso de la palabra y además con la pierna derecha muy quedada; pero escribía y lo mismo que él redactaba no podía leerlo, y al leerse lo escrito, no lo entendía... Un enredo por Dios!

—Pérdida de la memoria verbal y sordera de la memoria escrita.

Los médicos se miraron entre ellos, comprendiéndose.

El jefe diagnosticó:

—Causa de origen específico, aun sin hacer el examen de los espiroquetes; tumor cerebral de fácil extirpación. Hay que hacer la trepanación del cráneo. Seguramente hay trombosis.

Todos asintieron.

La señora Torrejón lloraba abrazada de su hijita.

—No tenga cuidado, señora; se lo devolveremos como nuevo.

En esos momentos el coronel Torrejón despertaba; y al ver que los médicos examinaban antropométricamente su cabeza, tomando dimensiones cuidadosas con ciertos aparatos, preguntó con inquietud.

—¿Qué hacen? Me están ubicando?

Y el médico, que hacía de jefe, le contestó:

—Nó, coronel, lo estamos cubicando...

—¿Cubicado! cubicado....!—exclamó entonces con amargo desaliento, dejando caer Torrejón su atormentada cabeza de diputado en ciernes...



La guerra de sitio en la antigüedad

Por M. M. B.

Con ilustraciones

Todos los esfuerzos de los técnicos militares en los momentos actuales tienden a perfeccionar los medios de defensa a cubierto y los medios de ataque contra ese género de resistencia. El arte de la guerra progresa rápidamente y casi exclusivamente en ese terreno, en cuanto apenas pasa día, desde que estalló la primera granada en los campos de batalla belgas, sin que aparezcan nuevos instrumentos de destrucción, nuevos productos mortíferos, nuevas tácticas aplicables a esta guerra de sitio.

Con todo, es curioso observar que el llamado progreso no es sino un retorno al punto de partida. Porque de la vieja guerra de sitio, hoy de moda, es de donde salieron los más importantes avances del arte militar en general.

En los bajorrelieves descubiertos en Nínive, véase a los guerreros asirios rechazar un asalto con proyectiles inflamados, antorchas resinosas, esponjas empapadas en un líquido combustible. Y no ha de causar esto admiración, ya que los manantiales de petróleo fueron explotados en épocas muy remotas en las orillas del mar Caspio y en centro de Asia. ¿Por qué no admitir que los antiguos pueblos de Oriente utilizaron el combustible en menesteres bélicos? Plinio afirma que los habitantes de

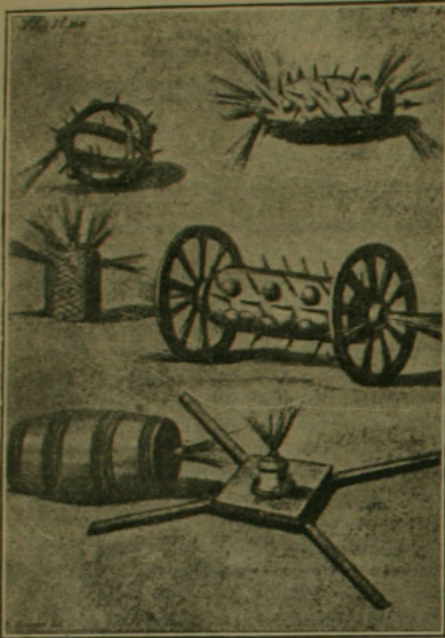
Circea arrojaban sobre los romanos de Lúculo, desde las murallas, calderas de petróleo ardiendo; procedimiento que, muchos siglos después, cuando el sitio de París por los prusianos en 1871 se propuso por la Junta nacional de defensa; pero que hubo de rechazarse a informe del célebre Berthelot, por ineficaz antes las armas de gran alcance. Hoy es puesto, sin embargo, en práctica, debido a la escasa distancia que suele separar las trincheras adversarias.

Continuando nuestra breve ojeada histórica, mencionaremos el manuscrito latino de la Biblioteca de Munich, en el que se consignan todas las materias incendiarias con que los bávaros del siglo XV obsequiaban ya a sus enemigos. He aquí algunas de esas sustancias: bálsamo, alcanfor, aceite, pez, trementina, pez griega, barniz seco, aceite de azufre, miel filtrada, vino cocido, aguardiente, grasa de puerco, aceite de ballena, sebo de animal, pólvora de cañón, etcétera.

El último producto de la lista, la pólvora, era ya conocida de los chinos y los indostanos mil años antes de la Era Cristiana. El salitre abunda en Oriente, en donde desde época remota se sabía su propiedad de activar el fuego por la cesión del oxígeno a los cuerpos oxi-



Máquina de sitio árabe, con tubos para el fuego enemigo. (De una estampa del siglo XIV).



Artificio para la guerra de trincheras

dables en contacto. Preciso es, por tanto, acabar con la leyenda de que el monje Berthold Schwartz descubriese en el siglo XIV la pólvora de cañón, y de que él fuese su primera víctima.

En realidad, el secreto de las mezclas salitrosas empleadas por los orientales, nos fué transmitido por los griegos de Bizancio, de donde procede el nombre de **fuego griego** con que se las designaba en la Edad Media y después por los sarracenos, quienes utilizaron ese medio de ataque contra las Cruzadas, causando enorme espanto en las huestes cristianas. De "arma diabólica y contraria a las leyes de la caballería" era calificada en aquellos tiempos el fuego griego.

Y ¿cómo empleaban los antiguos guerreros el fuego griego y otras sustancias incendiarias? El procedimiento más simple consistía en arrojarlo en las filas enemigas, bien a mano, con auxilio del arco o de grandes máquinas de sitio. En el año 431 (a de J.) los espartanos, ante Platea, lanzaban sobre la ciudad asediada flechas ardiendo, y cien años más tarde, durante el sitio por Alejandro, se abrasaban los adversarios con toda suerte de proyectiles inflamados. El objeto de

unos y otros era no sólo matar el mayor número de soldados enemigos, sino originar incendios. Así, el procedimiento era inaplicable en los choques de ejércitos en campo abierto, aparte de que en tales circunstancias hubieran faltado las materias primeras y el tiempo para esa clase de preparaciones.

Tito Livio y Vegecio describen las **faláricas** de que se servían los romanos. Eran dardos especiales, en cuya asta llevaban un tejido metálico en forma de huevo, dentro del cual iba encerrado un pedazo de estopa empapada en materias inflamables. Estos dardos incendiarios eran lanzados por ballestas. Las **marmitas**—como se advertirá, la palabra no es nueva en ese sentido extraordinario—eran vasijas redondas llenas de resina o de una mezcla de pez, de azufre, y de la que emergía una mecha azufrada, dispuesta para la ignición en el mismo instante del lanzamiento. Este se verificaba con el auxilio de una máquina, cuya función tenía por principio la elasticidad de las cuerdas de cáñamo torsionadas con violencia y bruscamente distendidas, o bien el peso de una masa cualquiera levantada en el aire y soltada de improviso.

Las **flechas portafuego** de los antiguos señalan un progreso real sobre las faláricas. Son dardos huecos—caños o tubos de cobre—y llenos de una substancia inflamable que era encendida en el momento del disparo. La acción propulsiva del fuego, al salir violentamente y de una manera continua por uno de los lados del tubo, se sumaba al impulso dado por el arco. En esta arma arrojadiza incendiaria podemos ver el origen del cohete, que parte y progresa por sí mismo desde que empieza a arder, sin necesidad de lanzamiento. Un compilador medioeval, Marco Greco, luego de escribir la receta del **fuego griego**, añade: "Esta mezcla se pone en una caña o palo hueco, y se le da fuego; acto seguido volará en la dirección deseada y reducirá todo a cenizas por el incendio." El terrible invento debió tener su origen probablemente en China. Pruébanlo viejos documentos en los que se menciona la **fei-ho-tsian**, o **lanza de fuego que vuela**, que no era sino una azagaya incendiaria. Durante el sitio de Caifon-Fu por los mongoles, en 1232, la empleaban los celestes como arma tradicional de combate.

En Europa aparecieron los cohetes incendiarios en 1428, con ocasión del sitio de Orleans por los ingleses. Consta en testimonios escritos que los soldados de Juana de Arco

lograron destruir por tal medio las torres de aproche enemigas, poniendo gran espanto en la hueste inglesa el diabólico artificio guerrero. Y a mediados del siglo XV, durante el sitio de Corbeil, aparece organizado un cuerpo de artificieros, llamado **Compañía de las Serpientes**, cuyo capitán, maese Juan, llevaba el pintoresco remoquete de **Botafuego**.

El cohete incendiario o mortífero no es ya empleado en el siglo XVII. Pasa a ser iluminante con fines guerreros, o bien ingresa en la categoría pacífica de diversión en las fiestas de pólvora.

Los primeros cohetes incendiarios debieron ser tenidos en la mano en el momento de su ignición; pero el procedimiento, a más de ofrecer peligros reales para el tirador, no permitía ninguna precisión en el tiro. Entonces nació la idea de hacerlos partir del extremo de una pica, y luego de fabricar para ese lanzamiento tubos metálicos cuyo diámetro era apropiado al del cohete. Los textos bizantinos y árabes señalan con frecuencia el empleo eficaz de esos artificios en la guerra de asedio y en la guerra marítima. Sea por alarde de fuerza o por natural deseo de asustar al enemigo, dábanles generalmente la forma de animales fantásticos vomitando fuego por la boca. De ahí procede la antigua designación de **bocas de fuego**, aplicada a los cañones.

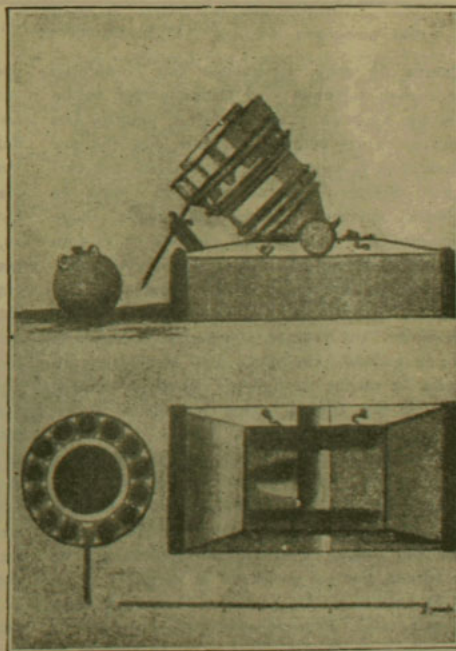
Esos cilindros huecos son los antecesores de los actuales tubos lanza-torpedos; no, como lo ha hecho suponer la mera apariencia, los primeros modelos de cañones. En dichos cilindros como en el tubo lanza-torpedos, el cilindro está abierto por los dos extremos, son o pueden ser poco resistentes las paredes, y es automotor el proyectil, que es sostenido sencillamente antes de su partida y guiado al final de su carrera. Por el contrario, los morteros y bombardas aparecidos en los principios del siglo XIV, son tubos de metal de gruesas paredes y ciegos por uno de sus extremos. La pelota de plomo, de mármol, de piedra, que en ellos se introduce, no tiene en sí misma ninguna virtud propulsora. Préstasela, y poderosa, la carga de pólvora aprisionada detrás del proyectil, y que, incendiada, aumenta bruscamente de volumen, trata de abrirse paso y escapa al fin por donde es menor la resistencia, empujando violentamente el obstáculo opuesto a su única salida. El descubrimiento debió tener origen en algún accidente de laboratorio. Un químico, molien-

do algunos ingredientes en su mortero, vió con sorpresa cómo se inflamaban, arrancándole de las manos el artefacto, quizá las mismas manos. Desde el mortero de laboratorio al mortero de guerra la distancia fué pronto salvada.

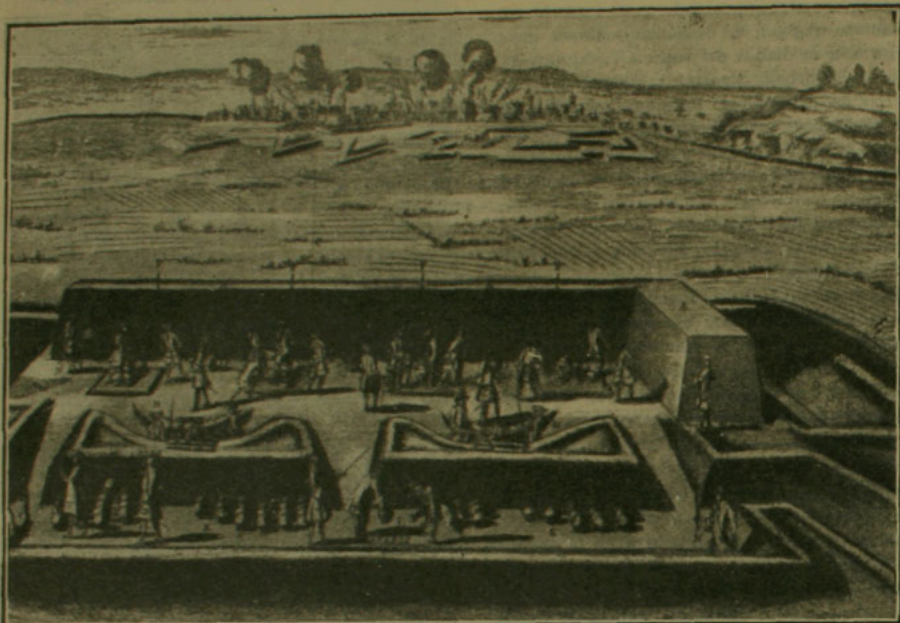
Y con esto entramos en el estudio del material de combate moderno.

La mayor parte de los manuales de historia propagan la idea errónea de que los cañones funcionaron por primera vez en la batalla de Crecy (1346), y de que los ingleses debieron su victoria a la sorpresa causada por esta novedad en las filas de los arqueros genoveses al servicio de Francia. Lo nuevo, en realidad, no eran los cañones, sino su aplicación en la lucha a campo abierto. Ya en 1325, o sea casi un cuarto de siglo antes, el arzobispo de Tréveris y el rey de Bohemia hubieron de levantar el cerco de Metz porque los sitiados hacían mortífero fuego con serpentina y cañón.

La artillería de sitio se va mejorando paulatinamente, y hacia el siglo XVI, el mortero o pieza corta que dispara a corta distancia y por elevación, es de uso general en la



Mortero compuesto



Morteros en acción en las trincheras

guerra de sitio. Cargábase este venerable antecesor del obús y el *minnenuerfer* actuales con no poco esfuerzo y gran peligro. Los sirvientes del *pedrero* (nombre con que fué designada la pieza en sus comienzos, por cargarse entonces generalmente con pelota de piedra) colocaban primero la mecha, luego amontonaban la carga de pólvora en el fondo del ánima e introducían la bomba, remediando con arena las imperfecciones del calibre. El momento de hacer fuego era emocionante. Un artillero encendía la espoleta de la granada; mientras otro sirviente aplicaba la mecha al oído de la pieza. Era el *tira de dos fuegos*, cuyos peligros se concebirá fácilmente, porque si fallaba o se retrasaba la deflagración de la carga, la bomba estallaba antes de su salida de la pieza. A mediados del siglo XVIII fué obviado este grave inconveniente por la adopción del *tiro de un solo fuego*, en el que la espoleta era incendiada por los gases de la carga.

El calibre de los morteros ha sido a veces considerable. Recuérdese a este propósito la anécdota de M. D'Esparbés en su *Guerre en dentelles*. Un oficial gascón, al que el mariscal Soubise reprochaba la lentitud de las

operaciones de artillería en el sitio de Hom, juró que entraría acto seguido en la plaza asediada por lo menos uno de los hombres del ejército sitiador, y de tal guisa, que convenciese a los defensores de la plaza del valor y de la constancia de los soldados de Soubise. Dicho esto, se aproximó a un mortero, ordenó a los sirvientes que le introdujesen en la pieza, ya preparada, y con voz entera pronunció las palabras ¡Fuego, muchachos!... Y así quedó cumplida la palabra dada al general ante sus compañeros de armas.

De la época del emperador Carlos V y Maximiliano son los cañones múltiples denominados por los imperiales *órgano de serpiente* u *órgano de los muertos*, y aplicables exclusivamente a la guerra de trincheras. Se trataba del *mortero compuesto*, muy en uso ya entrado el siglo XVII, y que se construía en diversos calibres y formas. Constaba la pieza de una boca central de ocho pulgadas, a la que rodeaban 13 bocas de diámetro bastante inferior.

La guerra de explosivos, esa terrible lucha hoy predominante en los campos atrincheros, conoció la granada de mano desde el co-

mienzo del siglo XVI. Su designación nació, como la de todos los instrumentos de muerte puestos en manos de soldados, de la comparación con los objetos existentes, como ocurrió con el mortero y el órgano de los muertos. En efecto, este proyectil redondo y portátil, cuya boca y mecha daban en absoluto la impresión del sabroso fruto de origen oriental.

Un autor de la época de Luis XIV, Surirey de Saint-Remy, describe, entre otros artificios destructores destinados a la guerra de trincheras, el **erizo fulminante**, la **culebrilla**, el **tonel ardiente**, el **tonel fulminante**, y, por último, el clásico **petardo**. He aquí, según el autor, cómo se efectuaba su carga: "Se introduce en la máquina una libra de salitre, un cuarterón de flor de azufre, dos de polvo de carbón bien molido, pasado por tamiz de seda y humedecido con petróleo o aceite de lino. Con esta mezcla se hacen bolas de pequeño, tamaño, y antes de que se sequen se las ensarta de cuatro en cuatro, pasándolas con la cuerda de cebo. Después de espolvorearlas de polvillo de carbón, están listas para darles fuego."

Las granadas fueron en un principio lanzadas con auxilio de palas. Más tarde se encomendó su proyección a los morteros y cañones; pero en ninguna época se dejó de emplearlas a mano, creándose en 1667 en Francia el cuerpo de **Granaderos**, soldados de elevada talla capaces de dominar por su estatura las trincheras enemigas.

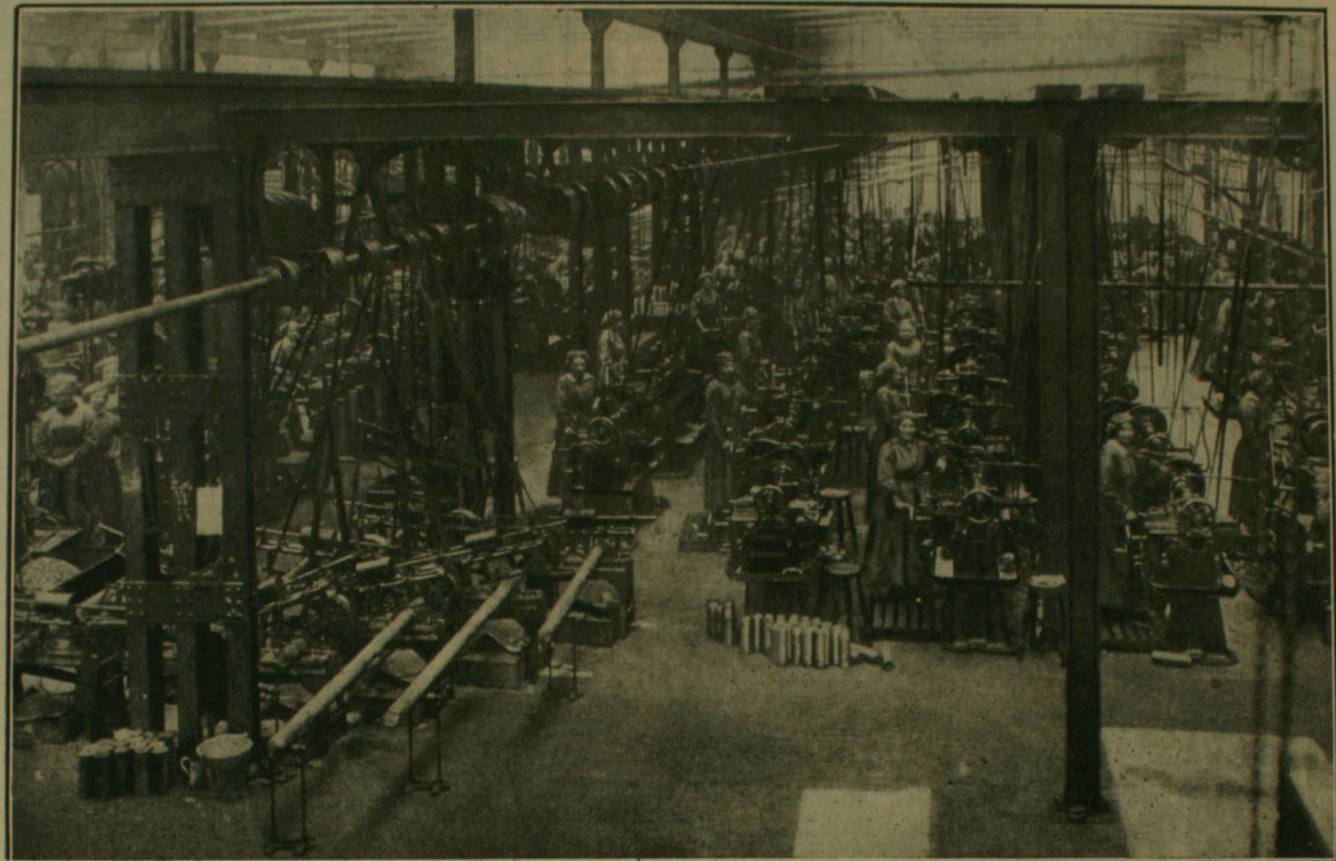
En cuanto a la guerra de minas, se practicaba mucho antes de la invención de la pólvora. Los romanos penetraron en una ciudad etrusca excavando una galería subterránea.

Cuatro siglos antes de Jesucristo, los griegos utilizaban ya un procedimiento bastante más científico que llegó a ser clásico. Consistía en avanzar una mina hasta los mismos cimientos de las murallas, cuyos sillares reemplazaban por entivaciones de madera. Al retirarse los obreros, prendían fuego a la armadura y la muralla se desplomaba como por arte de magia, dejando abierta la brecha. Naturalmente, los sitiados se defendían socavando galerías en sentido inversos, o **contraminas**. Cuando los adversarios se encontraban, guiados, como hoy, por el ruido de la piqueta, lanzaban sobre la columna enemiga humos asfixiantes, líquidos corrosivos o arena ardiente, y aun animales feroces o enjambres de abejas.

Hacia 1500 hace su aparición la pólvora en la guerra subterránea o de topas. Su táctica ya la explicaba en 1749 el Caballero de Clairac en su libro *l'Ingénieur de campagne o la Fortificación passagère*, consagrado únicamente a la guerra de trincheras, que distingue de la guerra de sitio. En ese libro se puede leer esta enseñanza: "Un ejército atrinchado con inteligencia produce los mismos efectos que una fortaleza. Defiende el país, y con fuerzas inferiores a las del enemigo, le obliga a luchar con desventaja."

Lo anteriormente expuesto evidencia que, por lo que atañe a los instrumentos y métodos de ataque y defensa, la guerra moderna, con todos sus maravillosos elementos de destrucción, no ha hecho otra cosa que resucitar antiguallas, a las que su lejano origen parecía oponerles obstáculos infranqueables para su reinstauración.





Les munies britanniques. Vue générale de une fabrique de projectiles.

El ángel de lo sobrenatural

Por _____

Edgar Poe

Con ilustraciones

Era una tarde fría del mes de noviembre. Acababa en aquel momento de dar fin a la comida, que había sido opípara, y en la que no faltaron las indigestas trufas; estaba solo, sentado en el comedor, con los pies colocados sobre el guardafuego de la chimenea y apoyando uno de los brazos en el velador que había aproximado a la lumbre, y sobre el cual veíanse algunas botellas de vino de diferentes marcas, y licores variados.

Había pasado la mañana leyendo "La Comida", de Glover; "La Epigiade", de Wilkie; "La Peregrinación" (Viaje a Oriente), de Lamartine; "La Colombiada", de Barlow; "Sicilia", de Tukermann y "Curiosidades", de Griswold, y confieso que me encontraba verdaderamente mareado; traté de distraer la imaginación bebiendo vasos de Laffitte, y no pudiendo conseguirlo, aburrido cada vez más, cogí al azar un periódico.

Después de repasar detenidamente la sección de anuncios, leyendo toda una columna en la que constaban las casas por alquilar, otra dedicada a los perros que se habían perdido, y dos más a las "mujeres y niñas" fugadas, la empecé decididamente con el artículo de fondo, devorándolo de arriba abajo y de abajo arriba, pero sin entender una jota de cuanto decía: para mí estaba escrito en chino. Cansado ya, estaba a punto de arrojar, "aquel infolio de cuatro páginas, dichosa obra que hasta ni la crítica censura", cuando me llamó la atención el siguiente párrafo:

"Las causas que determinan la muerte son tan numerosas como raras. Un periódico de Londres cita el caso de haber fallecido un hombre a consecuencia de raro accidente.

Estaba jugando al "puft the dart" (juego inglés que consiste en clavar en un blanco una larga aguja recubierta de algodón, colocada dentro de un tubo de estaño, por el cual se sopla con fuerza) y después de colocar la aguja invertida por una equivocación, aspiró fuertemente, clavándosela en la garganta, desde donde fué a parar a los pulmones.

"A los pocos días falleció el desgraciado, víctima de su imprudencia."

La lectura de este párrafo me exasperó sin saber por qué.

"Esta noticia—pensaba yo— es pura fábula; es sencillamente un canard, esto debe haberlo inventado algún repórter de esos de tres al cuarto, que cree sin duda que los lectores están en Babia. Estos individuos explotan la imbecilidad del público y ponen a contribución todo su ingenio para fantasear historias y sucesos que califican de "extraordinarios"; pero tratándose de un hombre reflexivo, como yo, por ejemplo (me dije a manera de paréntesis, apoyando sin darme cuenta de ello el índice junto a la nariz), tratándose de un espíritu observador como el mío, se nota la evidencia y esto salta a la vista, de que lo único que hay en esto de extraño es la frecuencia con que se suceden unos a otros, desde hace poco tiempo, los accidentes de esta clase.

"Por mi parte prometo no dar crédito a nada de lo que vea, cuando tenga algo de extraordinario."

—¡"Mein Gott"! (1). "Ej pregijo jer muy begtia parra ejprejarje agí"— dijo una voz, cuya pronunciación y acento era de lo más especial que he oído en todos los días de mi vida.

(1) ¡Dios mío! (Del alemán).—(N. del T.)

De momento creí que me zumbaban los oídos como ocurre al que está borracho, pero puse atención y parecíame estar oyendo los sonidos que produce un bocoy vacío cuando se le golpea con un palo, de tal suerte que hubiese quedado convencido de que realmente se trataba de esto si no hubiera percibido, aunque confusamente, sílabas y palabras que alguien articulaba.

—No tengo el temperamento nervioso; pero los vasos de Laffitte que había trasegado no dejaron de comunicarme cierta energía que dispó en mí todo temor, y me atreví a levantar la vista, mirando a mi alrededor en busca del intruso; pero con gran extrañeza noté que estaba solo.

—Humph—repitió la misma voz al notar sin duda mi escrutadora mirada.—Je negejita egtar voracho como un cerdo parra no verrme ejtando gentado tan cerca de él.

Al oír esto miré instintivamente enfrente de mí, y, en efecto, allí como si me desafiara, se había instalado junto a la mesa un extraño personaje, un monstruo, difícil aunque no imposible de describir. Su tronco era una pipa de vino, barril de ron o cosa así, y su aspecto en general parecido al de Falsstaff: tenía dos canastas en lugar de piernas, y hacían las veces de brazos dos grandes botellas unidas a la parte superior del bocoy, cuyos cuellos suplían a las manos.

Por toda cabeza tenía el monstruo una damajuana de Hesse—cuya forma es la de una enorme tabaquera con su agujero en medio de la tapa.—En la cabeza llevaba colocado un embudo a guisa de sombrero inclinado hacia adelante. La damajuana en cuestión tenía puesto de plano, distinguiéndose perfectamente, el agujero, que parecía contraerse haciendo muecas; algo así como la boca de una vieja ceremoniosa, por la que salían sonidos guturales y sordos gruñidos casi ininteligibles.

—Yo digo—continuó—que eg precijo que egté ugté voracho como un cerrdo parra no verrme dejde ahí egtando yo aquí gentado: y digó agimigmo que únicamente giendo más bejtita que una oca je concibe que no dé ujté crrédiito a lo que aparrece imprrejo en loj perriodicoj. Egta ej la verrdá: ni máj ni meno.

—¿Quiere usted hacerme el favor de decirme quién es?—le interrogué con cierta dignidad, aunque un poco perplejo.—¿Cómo ha podido usted entrar aquí y qué está usted rezando?

—¿Que cómo he entrado?—replicó el monstruo;—ejo no le importta a ugté. Y en cuanto a gi rrezo o no, gepa ugté que yo digo lo que me parece bien, y respecto a lo que joy, gepa ugté que he venido parra que lo vea ugté por juj prprioj ojoj.

—Es usted un miserable, un borracho—interrumpí yo—y voy a llamar a mi criado para que le arroje a usted a la calle a puntapiés.

—Ja, ja, ja—rió el granuja,—je, je, je, je; no puede ugté.

—¿Que no puedo?...—repuse,—¿que no puedo, qué?, ¿qué quiere usted decir?

—Llama—añadió haciendo una mueca horrible con su espantosa boca.

Hice un esfuerzo para levantarme y poner en práctica mi amenaza, pero el bribón lo impidió inclinandose sobre la mesa y dándome tan fuerte golpe en la frente con una de las botellas que le servía de brazo, que me hizo sentar de nuevo en la butaca.

Me quedé completamente aturdido y por un momento no supe qué partido tomar; pero él continuaba su discurso como si tal cosa.

—Ya ve ugté que lo mejorr ej que permanezca ugté quieto; ahorra jabrá ugté quién joy. Mirreme ugté: joy el ángel de lo jobrenatural.

—Y tan sobrenatural—me atreví a decir,—aunque he creído siempre que los ángeles tenían alas.

—¿Alaj?—replicó con enojo.—¿Parra qué laj quierro? ¿O ej que me toma ugté porr un pollo?

—No, no; no faltaba más—contesté con cierta inquietud;—¿qué va usted a ser un pollo! nada de eso.

—¡Ah! vamoj. Lo que debe ugté hacerr ej egtarrje quieto y porrtarrje bien, puej de lo contrarrio le daré otro puffetazo. Tiene alaj el pollo, tiene alaj el buho, laj tiene el demonio Luciferr; perro el ángel no tiene alaj, y yo joy el ángel de lo jobrenatural.

—¿Y qué negocio le trae a usted por aquí?

—¿Que qué negocio?...—exclamó aquella rara figura.—¿Perro dónde tiene ugté el gentido común, ni qué culturra ej la juya que jupone que loj ángelej ge pueden ocuparr de negocioj?

Era ya demasiado: y no pudiendo soportar por más tiempo tal lenguaje, aun tratándose de un “ángel”, me armé de valor

y cogiendo un salero que tenía a mano se lo arrojé a la cabeza, pero con tan mala fortuna que fuese que esquivara el golpe o porque no iba bien dirigido, lo cierto es que en vez de darle al intruso fué a parar al reloj de la chimenea, haciéndose añicos el cristal.

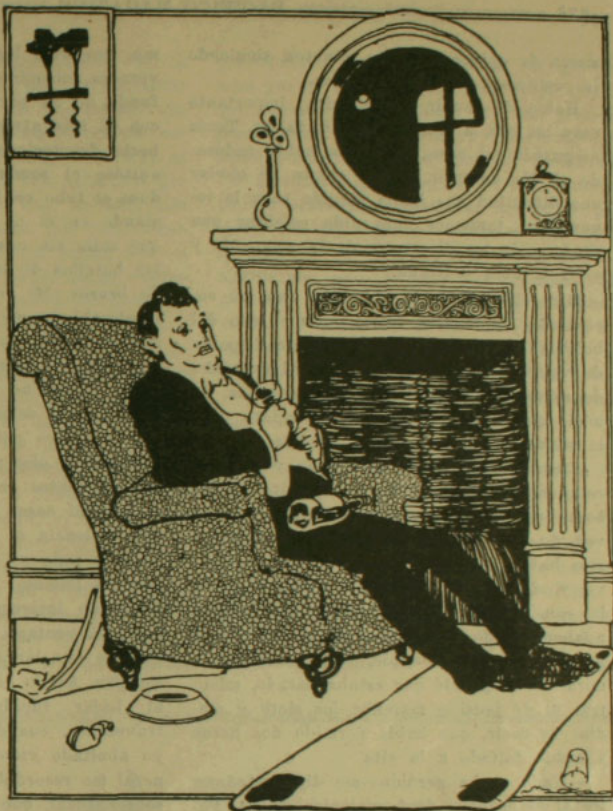
El angel, al ver mi ademán, respondió el a ta que propinándome tres o cuatro golpes consecutivos en la frente, como había hecho antes, y sea por el dolor que sentí o por la humillación—vergüenza me da confesarlo— me salieron las lágrimas.

—Mein Gott!—dijo el angel de lo sobrenatural, a quien sin duda inspiró lástima mi confusión.—El pobrrre geñor egtá muy voracho o muy afligido. No debe uzté beberry agí, debe aguarje el vino. Tome ugté, beba uhté ojo, bebagelo gin hacerr hablarr; peerro quietecito, gin hacerr el chico y gin llorrrar; ea, no llorre ugté máj.

Y así diciendo, el angel acabó de llenar mi vaso, que ya contenía una tercera parte de Oporto, de un líquido incoloro que vertió de uno de sus brazos. Pude notar que las botellas que hacían la vez de éstos, llevaban unas etiquetas en las que se leía "Kirschenwasser".

El obsequio del ángel me calmó un poco y el agua con que mezcló varias veces el vino me tranquilizó lo bastante para escuchar su extraña charla.

No voy a relatar cuanto habló, aunque en síntesis vino a decir que él era el genio de lo sobrenatural, cuya misión consistía en crear esos raros accidentes que causan extrañeza a los escépticos. Hasta un par de veces me atreví a decirle que no creía en sus afirmaciones; pero se puso tan incomo-



modo, que opté por callarme y dejarle decir cuanto quisiera.

Y habló, habló cuanto le vino en gana, mientras yo, arrellanado en mi butaca y con los ojos cerrados, me entretenía en comer pasas e ir arrojando la brisa en todas direcciones. Tampoco gustó esto al ángel, que interpretó mi conducta como una muestra de desprecio. Se levantó arrebatado por la ira, caló su embudo hasta los ojos, lanzó una imprecación, profirió una amenaza cuya significación no sabría precisar, y por último me hizo un gran saludo y salió, no sin desearme, como el arzobispo de "Gil Blas", "muchas felicidades y algo más de sentido común".

Al marcharse se me quitó un verdadero peso de encima. El vino Lafitte, del que había apurado varios vasos, me amodorró, y se apoderó de mí el deseo de dormir una

siesta de quince o veinte minutos, siguiendo la costumbre de todos los días.

Había de acudir a una cita importante para las seis, a la que no podía faltar. Tenía asegurada mi casa; la póliza había caducado el día anterior, y con objeto de obviar una dificultad que había surgido para la renovación, teníamos convenido celebrar una conferencia los directores de la compañía y yo a la hora indicada.

Miré el reloj de la chimenea (no me encontraba con fuerzas para sacar el mío del bolsillo) y vi que afortunadamente disponía de veinte minutos. De mi casa al despacho de seguros podía ir en cinco minutos, de modo que como sólo necesitaba veinte para la siesta, me dormí tranquilamente.

Cuando me desperté satisfecho y miré el reloj, estuve tentado de dar crédito a las cosas sobrenaturales, pues resultó que en vez de los veinte minutos de costumbre sólo había dormido tres. Me dormí de nuevo, y al despertar volví a ver otra vez, con la consiguiente estupefacción, que continuaban siendo las seis menos veintisiete minutos. Me puse en pie, y al acercarme a mirar el reloj noté que estaba parado, mientras el de bolsillo marcaba las siete y media: es decir, que había dormido dos horas y había faltado a la cita.

—Nada se ha perdido—me dije.—Mañana iré al despacho y daré cualquier excusa. Pero, ¿qué le habrá ocurrido al reloj? Y al examinarle noté que uno de los granos de brisa que había tirado mientras el ángel en cuestión pronunciaba su discurso, había ido a parar precisamente al agujero de la llave, quedando parte de él fuera y enganchándose en el minutero.

—¡Ah, vamos!—me dije—ha sido un accidente natural de los que ocurren a diario.

No me ocupé ya del asunto, y a la hora de costumbre me metí en la cama. Encendí una bujía y la coloqué sobre la rinconera, a la cabecera del lecho, y aunque hice desesperados esfuerzos para leer algunas páginas de "La Omnipresencia de la Divinidad", no pude conseguirlo y me dormí por desgracia antes de transcurrir veinte segundos, dejándome la bujía encendida en el mismo sitio.

Una horrible pesadilla turbó mi sueño, durante la cual se me apareció la terrible figura del ángel de lo sobrenatural.

Parecíame que se colocaba junto a mi ca-

ma, descorría los cortinajes, y con voz cavernosa, abominable, como si saliera del fondo de un barril de ron, me amenazaba con el más atroz de los castigos por haberle despreciado. Terminada su arenga quitóse el sombrero-embudo, e introduciéndose el tubo en la garganta me inundó, vaciando en él un océano de Kirschenwasser que salía sin cesar a borbotones de una de las botellas de largo cuello que le servían de brazos. Mi angustia llegó a poco a ser intolerable y me desperté a tiempo de ver aún un ratón que huía llevándose encendida la bujía que había arrebatado de la palmaria, y que no le impidió meterse en una agujero, sin soltar su presa, que constituía un verdadero peligro. No tardé mucho en percibir un olor penetrante que me sofocaba por momentos: no había duda; estaba ardiendo mi casa. En algunos minutos estalló con violencia el voraz incendio, y segundos después todo el edificio estaba ya envuelto por las llamas. Las salidas de mi cuarto quedaban interceptadas por el fuego, excepto la ventana, a la que arrimó la muchedumbre una larga escalera para que pudiera escapar. Así lo hice, y ya me creía en salvo, al bajar rápidamente agarrándome a los travesaños, cuando a un cerdo enorme, cuyo abultado vientre y hasta su aspecto general me recordaban en parte el ángel de lo sobrenatural, que había estado revolcándose hasta entonces en el cieno, se le ocurrió que le picaba el lomo y tenía necesidad de rascarse, y no encontrando sitio más a propósito vino a restregarse contra el pie de la escalera, precipitándose sobre el empedrado y teniendo la desgracia de romperme un brazo.

Este accidente, unido a la pérdida del seguro, y a la que es más importante, a la del cabello, que saqué completamente chamuscado, predispuso mi ánimo de tal modo, que opté por las cosas serias y resolví cambiar de estado.

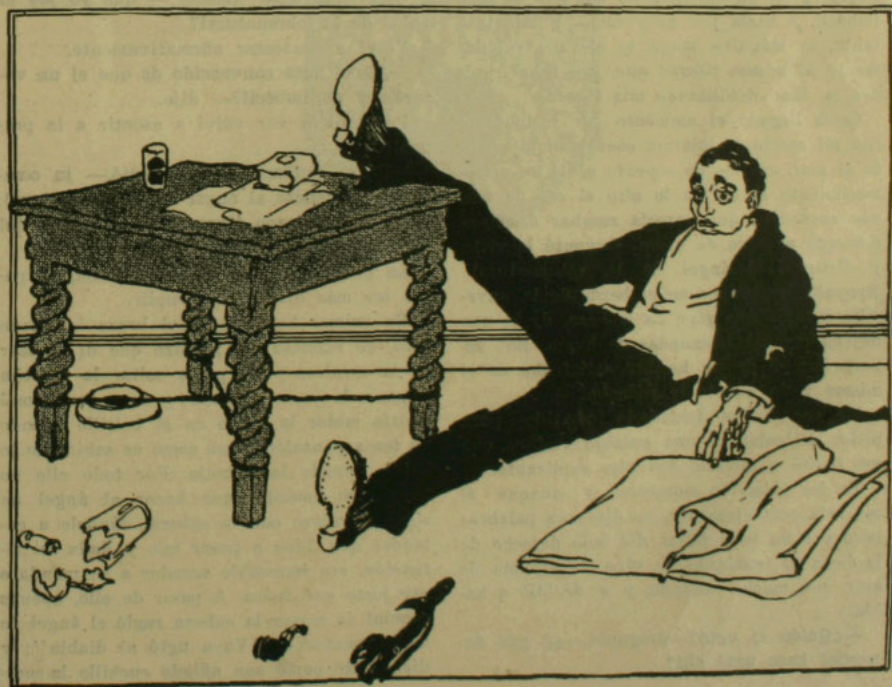
Existía una viuda rica que lloraba aún la pérdida de su séptimo marido y a la que ofrecí el bálsamo de mis promesas para curar las heridas de su alma. No sin alguna resistencia accedió ella a mis ruegos: me arrodillé a sus pies expresándole cuán grande era mi gratitud y la adoración que por ella sentía, enrojeció la viuda e inclinó su cabeza hacia mí, rozando con sus rizosos bucles los cabellos que, gracias al arte de

Granjean, lucía yo temporalmente en la mía. No sé cómo se estableció el contacto; pero ello es que ocurrió así. Me levanté sin peluca, mostrando mi cráneo reluciente como una bola de billar, y ella, enfurecida al verse medio envuelta por una cabellera que no era la suya, me lanzó una mirada, hija del más soberano desprecio. Así terminaron mis esperanzas respecto a la viuda, por un accidente que no podía yo en modo alguno prever y que no era más que la consecuencia de los sucesos que venían desarrollándose.

No desesperé por ello y puse asedio a un corazón menos implacable. El destino me fué propicio esta vez; pero sólo por algún tiempo, pues un accidente insignificante interrumpió el curso de los acontecimientos. En ocasión en que me encontraba paseando en una avenida que era el punto de cita de lo más selecto de la ciudad, vi llegar a mi prometida, y cuando me disponía a ensayar un saludo de los más respetuosos, se me introdujo en un lagrimal un objeto extraño que me dejó ciego momentáneamente. Antes de que hubiera podido abrir los ojos había desaparecido ya la dueña de mi corazón,

que ofendida en grado sumo al ver que pasaba por su lado sin saludarla, creyó que lo que fué sólo un accidente era una grosería premeditada. Continuaba yo estacionado en aquel punto, abrumado por lo inesperado del accidente, que después de todo hubiera podido ocurrirle a cualquier mortal, y persistía aún mi ceguera cuando se me acercó el ángel de lo sobrenatural ofreciéndose a auxiliarme; pero lo hizo en términos tan corteses, que nunca lo hubiera sospechado de él. Me reconoció el ojo enfermo con mucho cuidado y como hombre práctico, me dijo que tenía en él un objeto extraño y (sea lo que fuese este objeto) lo sacó, con lo cual me proporcionó un gran alivio.

Pensé entonces que había llegado para mí el momento de morir, puesto que la fortuna se me volvía de espaldas, y firme en mi resolución me dirigí hacia el río más cercano. Ya allí, me desnudé (puesto que nada se opone a que muramos como nacimos, desnudos) y me arrojé de cabeza al río. El único testigo de mi triste fin fué una corneja solitaria, que atraída por un poco de grano empapado en aguardiente, se había



entretenido picoteando y estaba embriagada, habiéndose separado de sus compañeras, que la habían abandonado. En cuanto me tiré al agua, el pájaro se dió buena prisa en marcharse, no sin antes apoderarse de la pieza más indispensable de mi traje.

En vista de ello abandoné por un momento la idea del suicidio; salí del agua, metí bien o mal, como pude, mis miembros inferiores en las mangas de la chaqueta y me lancé en persecución del culpable con toda la agilidad que reclamaba el caso y permitían las circunstancias. Pero mi mala estrella continuaba persiguiéndome a todas partes. Seguía corriendo siempre con la nariz al viento y sin preocuparme más que del que me había robado lo mío, cuando me apercibí de pronto de que mis pies no tocaban tierra firme: había caído a un precipicio, y me hubiera hecho pedazos a no tener la fortuna de asirme a la cuerda de un globo que pasaba por allí en aquel momento.

En cuanto pude darme cuenta exacta de la horrible situación en que me hallaba colocado, o mejor dicho, "suspendido", grité al aeronauta con toda la fuerza de mis pulmones para que se hiciera cargo de ello y me prestara auxilio; pero durante algún tiempo grité en balde: o no me veía el muy imbécil, o hacía por no verme. Y mientras tanto, la máquina aérea se elevaba rápidamente al mismo tiempo que, con igual rapidez, se iban debilitando mis fuerzas.

Creía llegado el momento de resignarme con mi suerte y dejarme caer tranquilamente al mar, cuando de repente sentí un estremecimiento al oír en lo alto el eco de una voz cavernosa que parecía zumbiar desafinadamente un aire de ópera. Levanté la vista y distinguí al ángel de lo sobrenatural. Apoyaba los brazos en el borde de la navecilla y tenía una pipa en la boca, de la que dejaba escapar bocanadas de humo. Su aspecto era el de un hombre satisfecho de sí mismo y de cuanto le rodeaba.

Me encontraba demasiado abatido para poder articular ni una palabra; así es que me limité a mirarle con aire suplicante.

En los primeros momentos, y aunque él me veía perfectamente, no dijo una palabra; pero por fin hizo pasar del lado derecho de la boca al izquierdo su pipa de espuma de mar, con mucho cuidado, y se decidió a hablar:

—¿Quién ej ugté?—preguntó,—¿y qué demonioj hace ugté ahí?

Al ver su poca vergüenza, su cinismo y su crueldad para conmigo, apenas si pude contestar con algunos gritos:

—¡Socorro! ¡socorro! ¡Sálveme usted! ¡Sálveme usted!

—¿Jalvarle?—contestó el muy bribón.—No geré yo. Ahí va eja botella; girbaje ugté migmo y el diablo le lleve.

Y esto diciendo me arrojó una botella grande de Kirschenwasser, que vino a caer precisamente sobre mi cabeza, dándome un golpe que parecía que me habían saltado los sesos; tanto que creí llegada mi última hora, y me disponía ya a soltar la cuerda, cuando me gritó el ángel, ordenándome que hiciera todo lo contrario, que la sujetara bien:

—Agárreje bien—me dijo—y no tenga prija, ¿oye ugté? ¿Quierre ugté otra botella o ya le ha pajado la voracherra?

Apresuráme a mover la cabeza dos veces consecutivas, una en sentido negativo, refiriéndome a la botella, y afirmativamente por lo que se refería a mi borrachera. De esta manera conseguí aplacar, en parte, al ángel.

—¿Y ahora—continuó diciendo— creerrá ugté en que ej pogible lo jobrenatural?

Hice un signo de asentimiento.

—¿Y cree ugté—añadió— que yo joy el ángel de lo jobrenatural?

Volví a contestar afirmativamente.

—¿Egtá ugté convencido de que ej un voracho y un imbécil?—dijo.

Por tercera vez volví a asentir a la pregunta.

—Parra probarr, pueg—añadió,— ju completa obediencia al ángel de lo jobrenatural, meta ugté la mano derrecha en el bolgillo del otro lado del pantalón.

La pretensión, por razones lógicas, no podía ser más difícil de cumplir.

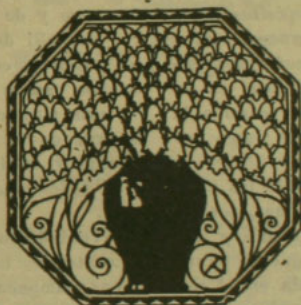
En primer lugar tenía el brazo izquierdo roto, de resultas del porrazo que dí al caer de la escalera y no podía soltar la derecha so pena de venir al suelo; y en segundo, mal podría meter la mano en el bolsillo cuando no tenía pantalón, pues como es sabido se lo había llevado la corneja. Por todo ello no tuve otro remedio que hacer al ángel un signo negativo con la cabeza, dándole a entender que, bien a pesar mío y dada mi situación, era imposible acceder a su mandato por justo que fuera. A pesar de ello, apenas concluí de mover la cabeza rugió el ángel de lo sobrenatural: "Vaya ugté al diablo"; y dicho esto cortó con afilado cuchillo la cuer-

da que me servía de sostén. Afortunadamente pasábamos en aquel preciso momento por encima de mi casa (la cual había sido reconstruida durante mi odisea) y tuve la fortuna de meter la cabeza por el ancho tubo de la chimenea, yendo a parar al hogar de la misma: al comedor.

Recobré el reconocimiento (porque el golpe me había aturdido) y me apercibí de que eran próximamente las cuatro de la madru-

gada. Estaba tendido a la larga en el mismo sitio donde vine a parar al caer del globo. Tenía la cabeza sobre las cenizas, calientes aún, y los pies formando revuelto montón con la mesa, que estaba patas arriba y los restos del postre, un periódico, vasos y botellas hechas añicos, y dos tarros que habían contenido ginebra de Schiedam y Kirschenwasser.

Así se vengó el ángel de lo sobrenatural.



ESTO Y AQUELLO

Por H. D.

Aquella mañana, al abrir el balcón de su escritorio, "el filósofo que aspiraba a convertirse en mercader"... se quedó deslumbrado por el espectáculo del nuevo edificio.

Habían caído los últimos andamios y en lugar del primitivo esqueleto de fierro, una mole blanca y triangular aparecía, tallada en columnatas, arcos y ventanales, donde brillaban los broncees, y los dibujos de ornamentación desenvolvían sus complicadas líneas o dejaban caer ramos sobre los capiteles, mientras toda la masa se estrechaba como para hender el espacio, terminando en una cúpula altanera y resplandeciente a la luz.

Se dijo:

—Parece un navío.

El ruido de los trabajos matinales y los obreros que izaban pesados depósitos hasta el cuarto piso, colgándose de gruesos cables, entre chirridos de roldanas y órdenes gritadas de uno y otro lado,—tal como en un barco preparándose a zarpar—evocáronle la idea de la febril actividad que luego posaría al monstruo de cemento.

Ya se abrían en los tres costado las innumerables puertecillas de las oficinas, por las cuales hombres presurosos entrarían y saldrían, con una ansiosa interrogación o una respuesta cortante o esperanzada en el rostro y a través de las ventanas sin postigos se divisaba el vasto hall donde sería el rebullir de las peticiones y las ofertas, los rápidos signos de aceptación o de rechazo, las dudas breves, los negocios concluidos en un minuto, los sombreros echados atrás como para despejar la frente de una obsesión. ¡Inmenso hormiguero en que una muchedumbre inquieta y trepidante se habría de agitar al compás de la rueda de la fortuna, como al ritmo de las palpitaciones de un corazón colectivo!

—Sí, es un gran buque—se repitió—pero ¿de dónde viene?

Por el largo callejón que arrancaba de la esquina misma e iba cortando diagonalmen-

te la manzana, sus ojos cayeron sobre la arquería del fondo, larga y doble serie de pilastras aplastadas y amarillentas que se perdían tras la nueva construcción: era un resto de un patio del antiguo Convento de las Monjas...

—Ah! de allá viene! Lo ha derribado para hacerse sitio... Esto ha matado aquello.

Se dejó soñar.

Reconstruía en la mente el vasto cuadrilátero cerrado; veía el suelo cubierto de piedrecillas musgosas donde crecían los naranjos, rodeados de una taza de ladrillo, y a lo largo de los corredores le parecía vislumbrar la silueta ligera de las religiosas, reuniéndose y separándose al són de las campanas pacíficas, con un murmullo de palabras de ruego y de bendición.

Por allí donde atravesaban ahora obreros cargados con los despojos de las ruinas habían pasado generaciones y generaciones de esas mujeres silenciosas, inclinadas bajo la cruz de su triple voto de pobreza, obediencia y castidad.

Y todo aquello iba desapareciendo para...

—Verdaderamente—murmuró—la vida ofrece contrastes bien extraños.

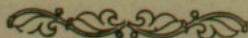
Las campanas del templo vecino repicaron en aquel momento, convocando a los fieles a misa. Miró las torres: se veían débiles y humilladas ante la cúpula del palacio nuevo...

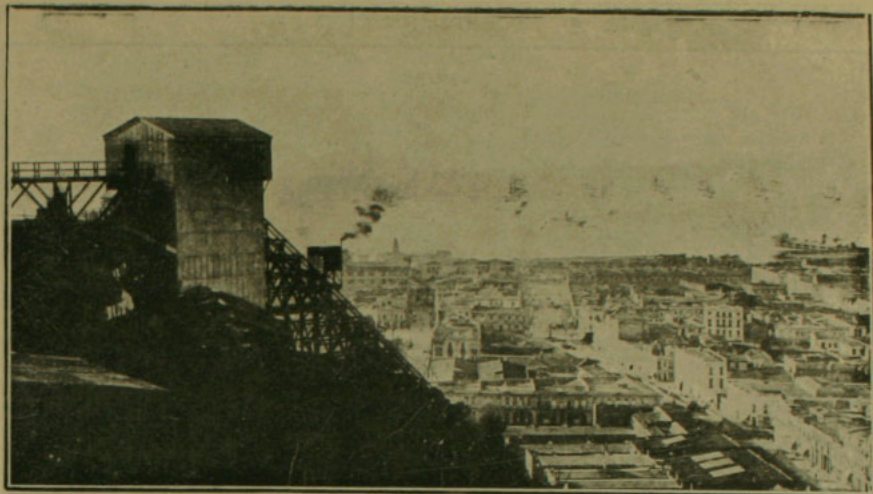
—Sí, sí, no hay duda que en esta nave gigantesca vienen los dioses del porvenir y que en aquella galera fugitiva se alejan para siempre los dioses del pasado. ¡Pero... subemos a dónde nos conducen?

Y el filósofo que aspiraba a convertirse en mercader se quedó suspenso, meditando...

Lo llamaron del interior de su escritorio. Entonces, con un encogimiento de hombros, dijo en voz alta:

—De todas maneras, es preciso embarcarse. Y cerró el balcón.





Un ascensor de Valparaíso, Chile

Un viaje a vuelo de pájaro por Sud-América

Con ilustraciones fotográficas

Hace poco un curioso y modesto turista yanqui realizó un rápido viaje de placer por la América del Sur. Sus impresiones son curiosas e interesantes. Hemos creído de interés reproducir algunas de ellas, a partir de la segunda etapa de su viaje:

Después de una agradable estancia en la capital de Chile, el turista hace rumbo al norte de acuerdo con su itinerario antes de regresar a los Estados Unidos. Al decidirse a ella ha tenido en cuenta, primero, que los países situados en la costa oriental de la América del Sur han recibido desde hace tiempo una corriente constante de emigración europea, que ha contribuido poderosamente al progreso de su comercio y de su industria; y segundo, que los países de la parte occidental de la América del Sur no han gozado en la misma medida de la afluencia de nuevas gentes.

Debe también tenerse presente que desde el Estrecho de Magallanes hasta Panamá

se extiende el sistema de montañas que más se opone en el mundo al desarrollo del comercio. La construcción de ferrocarriles y de carreteras en esa zona ha ocupado seriamente la atención de los pueblos de esa parte de la América, no sólo por espacio de meses, sino durante largos años. En verdad, la costa oriental y la costa occidental de la América del Sur presentan notables contrastes. La naturaleza ha designado evidentemente la primera para el hombre que cultiva el suelo y cuida los rebaños; y destinádoles la segunda a los que han de vivir en el reino de los minerales.

Recorriendo esa región hay que atravesar grandes superficies donde rara vez llueve; que visitar pueblos y aldeas fundados hace centenares de años y, en algunos casos, detenerse a contemplar los monumentos en ruina de una gente que fué grande en épocas pasadas y cuya manera de construir hace pensar a los arquitectos del día. De todos



El Illimani, uno de los picos más imponentes de los Andes.

modos, la visita que se hace a esa región es tan interesante como la que el viajero hizo a otras partes del continente sur, por más que una y otra sean de naturaleza diferente.

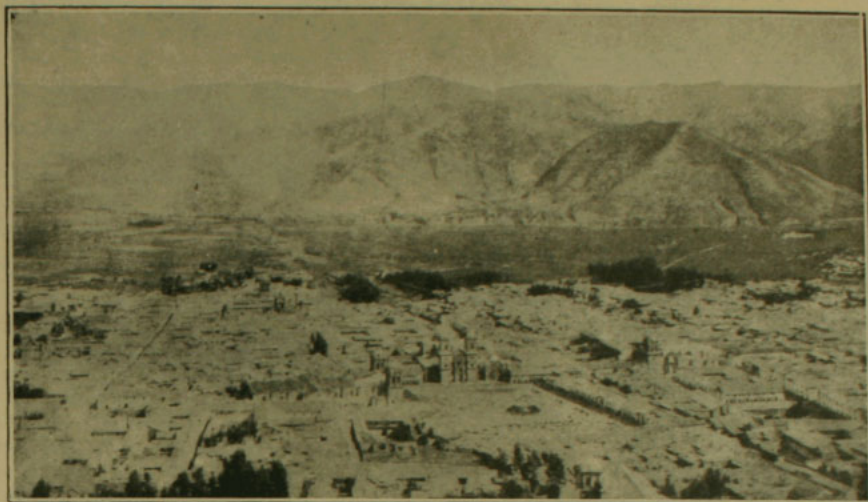
Poco antes de llegar a Valparaíso el tren se detiene en Viña del Mar, que es el prin-

cipal balneario de Chile. Lo mejor es seguir hasta Valparaíso, alojarse en un hotel e ir más tarde en tranvías a visitar aquella playa.

Como Nápoles, Gibraltar, Hongkong, Nagasaki y muchos otros grandes puertos del mundo, la ciudad de Valparaíso tiene una parte alta y otra baja, las cuales se comu-



Las afueras de la capital de Bolivia

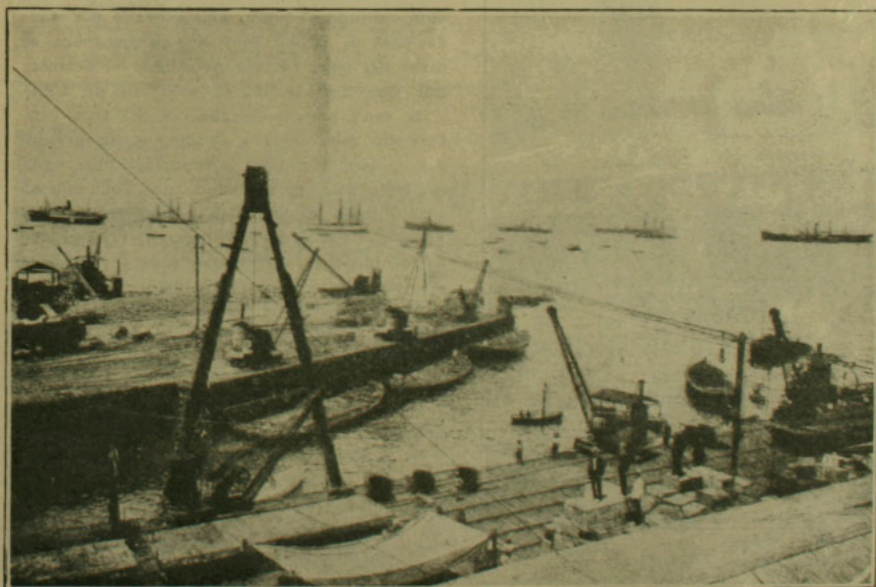


Vista general del Cuzco

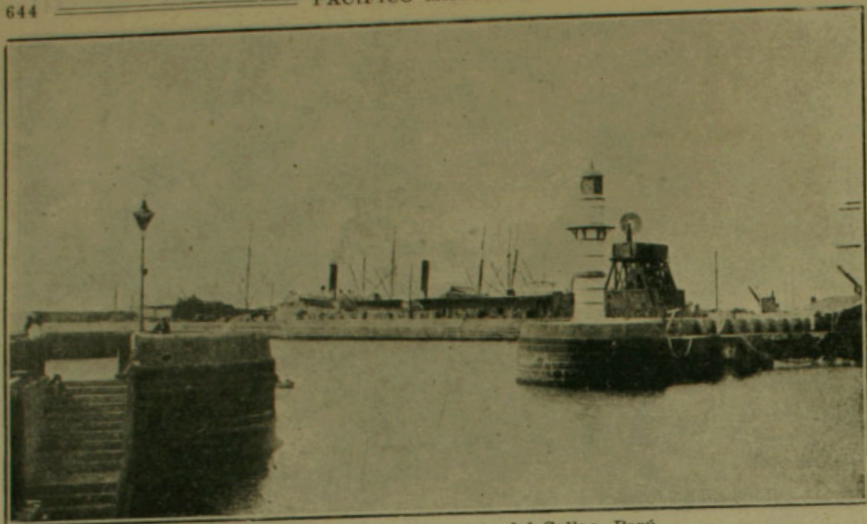
nican entre sí por medio de elevadores y de escalinatas de caracol. Los terremotos le han causado en varias ocasiones daños de consideración, pero cada vez que ello ha ocurrido, la ciudad renace cada vez más modernizada. Está construída alrededor de una bahía semicircular cuya entrada mira hacia el norte. Fuertes nortadas soplan a veces en

la bahía, dificultando las operaciones del puerto. Se han gastado varios millones de dólares en la construcción de malecones, a fin de que el puerto esté siempre habilitado para el comercio.

La mayor parte de los turistas interrumpe el largo viaje con una visita a Bolivia.



El puerto de Mollendo, Perú



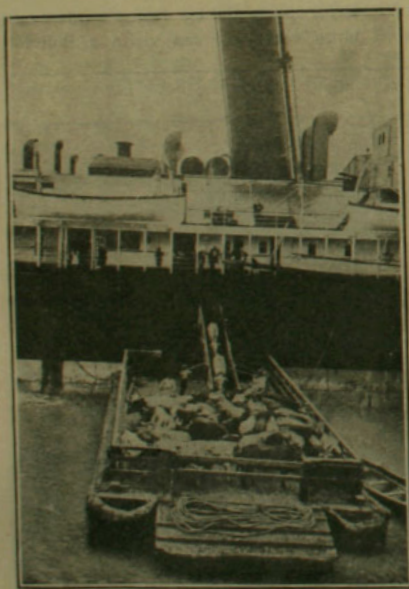
Sección de las obras del puerto del Callao, Perú

Supóngase, pues, que se desembarque en Antofagasta. Esta ciudad de 20,000 almas ha cambiado completamente de vida y de aspecto en los dos últimos años, habiendo sido transformada con la pavimentación de las

calles, con la construcción de aceras y de nuevos edificios y con la instalación en la misma de tranvías eléctricos y de ómnibus-automóviles.

Casi dos veces por semana sale de allí un tren rápido para La Paz, capital de Bolivia. La distancia que entre los dos puntos recorre el ferrocarril en 45 horas es de 711 millas. La línea tiene un ancho de $2\frac{1}{2}$ pies, estando el punto más elevado por donde pasa a 12,500 pies de altura sobre el nivel del mar. La vía que sigue el ferrocarril atraviesa la región salitrera de Chile y la zona minera de Bolivia. El tren está formado por vagones ordinarios de pasajeros y por vagones dormitorios, poseyendo también un vagón restaurant. Todas estas comodidades se le deben a la compañía inglesa que explota el ferrocarril, el cual fué construido para el transporte de carga antes que para hacer el servicio de pasajeros.

Algunas personas encuentran el viaje monótono; en tanto que otras lo consideran interesante y se deleitan en la contemplación de las vistas que se presentan a lo largo de la vía, tales como los campos de salitre, las aldeas de indios, los pobladores autóctonos y los maravillosos panoramas que a cada paso surgen. Un poco más allá de Calama, el tren pasa por un puente de 336 pies de largo que ha sido tendido a la altura de 10,000 pies sobre el Río Loa. El Lago Poopo, que reci-



Desembarcando ganado en el Callao

be las aguas del de Titicaca y que aparentemente no tiene ningún desagüe, es una de las vistas más interesantes que se encuentran en las cercanías de la vía férrea.

El aspecto que presenta la metrópolis boliviana cuando por primera vez se la contempla desde el Alto, punto en el cual termina el ferrocarril, es de una grandiosidad indescriptible y sumamente pintoresco. Un moderno tranvía eléctrico construido sobre las faldas de la montaña conduce a los viajeros a la ciudad. Pregúntase uno por qué fué construida la ciudad en el hoyo de tan gran valle; pero ello es fácil de explicar si se atiende a que los primeros ocupantes descubrieron pepitas de oro en las quebradas que bajaban de la montaña, lo cual hizo que el establecimiento se convirtiese en una ciudad populosa.

La Paz tiene más de 80,000 habitantes. Muchas de sus calles son pendientes, pero los modernos tranvías eléctricos las recorren de un extremo a otro, en tanto que los automóviles se hacen cada día más numerosos y son de lo más adecuados para pasear por las calles y avenidas de pavimentación moderna que hay en la ciudad y en sus alrededores. La Paz posee algunos edificios antiguos y muchos otros de importante arquitectura, contándose entre los últimos el teatro municipal y las bellas casas de habitación de la Alameda. Las personas que se in-

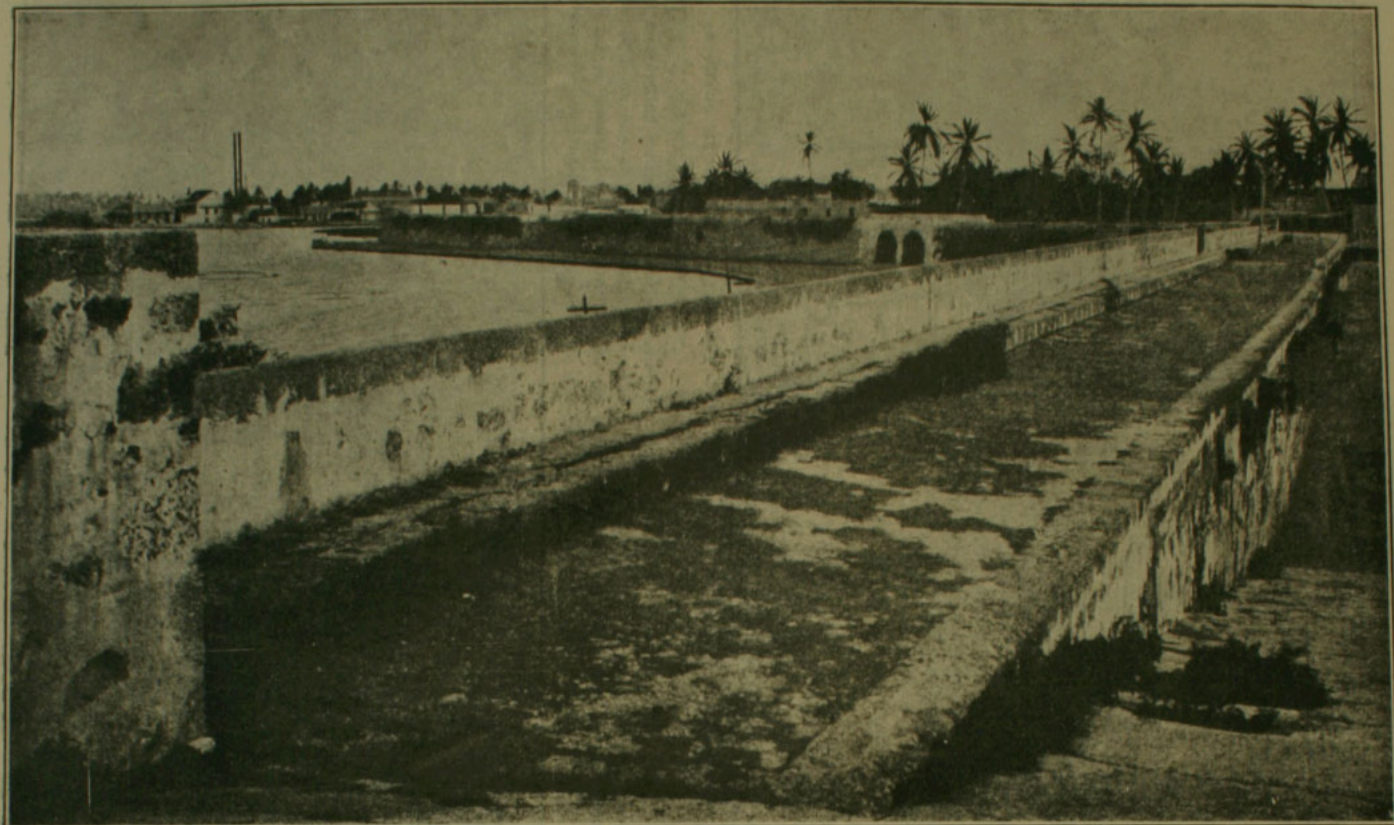


Vendedor de pan en un pueblo de Venezuela

teresan por las antigüedades hallarán en Bolivia rico material, por lo que no deben dejar de visitar el Museo Nacional de La Paz. Los mercados de la ciudad son interesantes,



El ganado y el café de Colombia

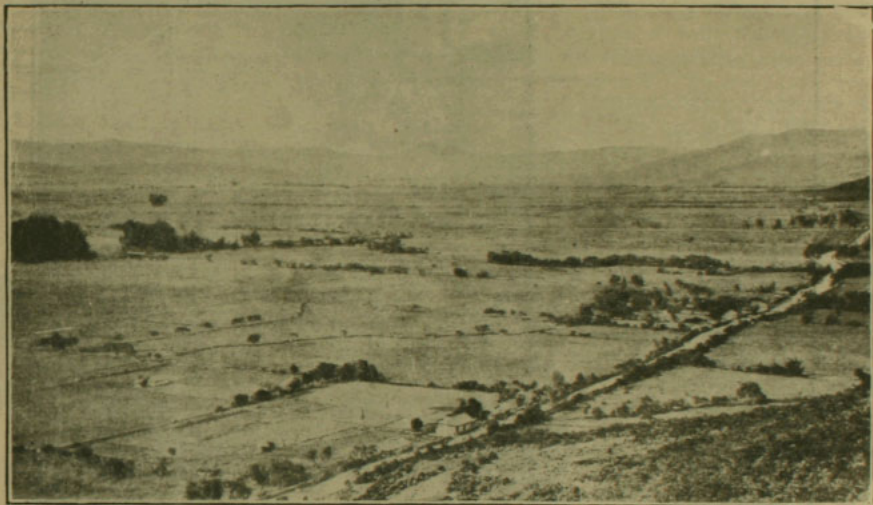


Cartagena, Colombia

sobre todo en el día domingo, pudiendo en ellos establecer comparaciones sobre la vida, las costumbres y el colorido local los que conocen los del Cairo, Dargeeling y otras ciudades.

En su rápida visita, la mayoría de los turistas no ven detenidamente a Bolivia, tierra que según el notable naturalista Raimundi es "una mesa de plata sostenida por columnas de oro", comparación que es exac-

hallándose situada a una altura de 11,000 pies. Es antigua y atrayente y aun cuando se halle un tanto atrasada, el turista se siente complacido con poder visitar las maravillosas y bien conservadas obras que en ella dejaron los incas. Para ir a visitar las ruinas se emplean caballos y mulas. El Cuzco posee una universidad de la cual es rector un ciudadano de los Estados Unidos. El hotel más nuevo de la ciudad se llama el



La sábana de Bogotá, Colombia

ta si se atiende a que la naturaleza ha dotado abundantemente de minerales a dicho país.

El autor atravesó luego el Lago de Titicaca para dirigirse a Puno, Perú, que se halla a 125 millas de La Paz. Cuando se sale de esta ciudad en las primeras horas de la mañana, el viajero puede disfrutar de la contemplación de las Islas del Sol y de la Luna, de donde según la tradición provinieron los fundadores de la raza incaica. "La necesidad es madre de la invención", dicho este cuya exactitud puede comprobarse aquí mejor que en cualquiera otra parte con sólo mirar las balsas de caña de que se sirven los nativos de la región para traficar en el Titicaca.

El Cuzco, capital del antiguo imperio de incas, tiene actualmente 25,000 habitantes,

"Pullman", siendo los demás el "Comercio", el "Royal" y el "Central". El turista que viaja de prisa le consagra generalmente un día al Cuzco; pero los que gustan del estudio de la historia pueden pasar en ella varios días con agrado.

Arequipa fué fundada por Pizarro en 1540. Se encuentra a 7,500 pies de altura, tiene cerca de 40,000 habitantes y se moderniza gradualmente. En ella se han establecido recientemente los tranvías y el alumbrado eléctricos y construídose gran número de edificios. Entre las cosas dignas de ser visitadas en la ciudad figuran la antigua catedral y el observatorio de la Universidad de Harvard, al cual se puede ir en coche y es digno de ser visitado. Debido a la transparencia de su atmósfera, las foto-



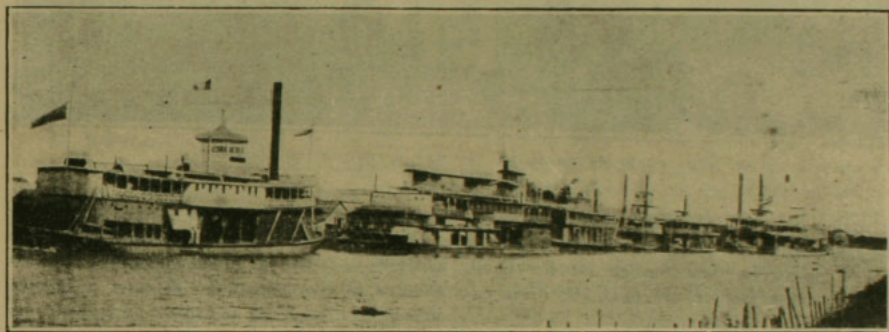
Vista general de la ensenada de puerto Cabello

grafías que han hecho del cielo las personas a cuyo cargo se halla el establecimiento son sumamente interesantes. El nuevo hotel de Arequipa les ofrece comodidades a los viajeros.

De Arequipa al puerto de Mollendo hay una distancia de 106 millas, la cual es recorrida en 5 horas por el tren, el cual sigue una vía llena de zig-zags. Situándose en el lado derecho de los vagones pueden los viajeros contemplar grandiosos panoramas. El ferrocarril atraviesa el desierto de Islay, pudiendo el viajero recrearse mientras dura esta parte del viaje en mirar las curiosas e

etc., le ofrecen al extranjero la oportunidad de estudiar la vida peruana.

El Ecuador se hallará pronto en condiciones de aumentar su movimiento comercial con el mundo y de recibir convenientemente a los turistas. Guayaquil, que es el puerto principal del país, está realizando grandes obras de saneamiento, moderniza sus calles y mejora en todo sentido sus servicios urbanos. Quito, la antigua ciudad que le sirve de capital, se halla unida a Guayaquil por un ferrocarril que tiene cerca



Vapores del río Magdalena

innumerables media lunas de arena que se forman en esa región y que constituyen un curioso fenómeno científico.

Lima se ha modernizado considerablemente en los últimos años, estando situados casi todos los edificios recientemente construídos en la parte de la ciudad que se halla destinada a las exposiciones y en la cual pueden verse hermosas avenidas y notables construcciones públicas y de particulares. Los negocios de la ciudad están situados cerca de la Plaza de Armas, de la cual parten en distintas direcciones las líneas de tranvía. Los hoteles, la catedral, el correo, el local del Congreso y los establecimientos mercantiles se encuentran en dicha plaza o a pocas cuadras de la misma. La gente que en ella se reúne por las tardes y por las noches, las retretas de la banda marcial,

de 300 millas de longitud, siendo escasos los turistas que hasta ahora han hecho uso de esa vía para visitar la interesante y vieja capital.

Guayaquil está construída a orillas del Río Guayas a 60 millas del océano, de modo que la mayor parte de los vapores de pasajeros no les ofrecen a las personas que conducen ni siquiera una rápida visión del segundo puerto de importancia de la costa occidental de la América del Sur. Sin embargo, cuando hace buen tiempo y el buque no se aleja mucho de la costa, es posible alcanzar a ver el Cotopaxi o el Chimborazo, el primero de los cuales lanza constantemente a los cielos una columna de humo por su cráter cubierto de nieve.

Cartagena, cuya población es de cerca de 30,000 habitantes, es una de las ciudades más antiguas de Colombia, siendo su puerto



Un vuelo de aeroplano en las cercanías de Caracas

el mejor del país. Se halla a una distancia de 2,300 millas de Nueva York.

Los pasajeros desembarcan en los muelles, sin tener que valerse para ello como en otros puertos, de pequeños botes.

Una de las cosas más interesantes que existen en la ciudad son las célebres murallas que en otros tiempos la rodeaban completamente y que en algunas partes son suficientemente anchas como para que por ellas pase un coche. El viajero encuentra allí vehículos de un solo caballo que cobran \$ 1 por hora y en los cuales puede recorrer la ciudad y los sitios denominados Magna, Espinal, El Cabrero y Pie de la Popa.

Es de suponer que en el viaje a Cartagena esté comprendida una visita a Bogotá, capital de la República. Para ello la mejor vía que actualmente puede seguirse es la siguiente:

De Cartagena hay un tren diario para Calamar, que es un puerto situado sobre el Río Magdalena a 64 millas de la ciudad nombrada. De Puerto Colombia se va al Magdalena en un ferrocarril de vía angosta y de 17 millas de extensión, el cual une ese puerto marítimo con el fluvial de Barranquilla. Debido a los bancos de arena que obstruyen las bocas del Magdalena, los transatlánticos no pueden subir hasta Barranquilla.

Esta ciudad cuenta con unos 40,000 habitantes y es un centro mercantil de grande actividad. Desde noviembre hasta abril, los vientos alisios hacen que el calor se sienta menos en ella. Es el punto de partida de las embarcaciones de distinta clase que se ocupan en transportar hasta el mar los productos del país y en conducir río arriba las mercaderías importadas del extranjero. De Barranquilla a La Dorada, entre las cuales hay una distancia de 600 millas, la navegación se hace en vapores de rueda.

Desde el puerto fluvial de Girardot se sube gradualmente en ferrocarril hasta la sabana en la cual está situada Bogotá. Esta llanura se encuentra a 8,500 pies de altura sobre el nivel del mar y por lo tanto en ella se disfruta de un clima sumamente agradable, no obstante que Bogotá sólo se halla a 4 grados al norte del ecuador. La temperatura varía en ella entre 12 y 18 grados centígrados. La ciudad tiene cerca de 2½ millas de largo y 1½ de ancho, extendiéndose sobre un terreno ondulado. Fué fundada en 1536 y actualmente tiene 120,000 habitantes. Muchos de sus edificios son de un solo piso al estilo español. Encierra cuatro hermosos parques, varias iglesias entre las cuales una

catedral, un museo nacional, una universidad y muchos otros edificios públicos. El número de automóviles va allí en aumento, lo que ha dado lugar a que se construyan buenas calzadas. A 15 millas de la ciudad se encuentra el salto del Tequendama, que es digno de ser visitado y hasta el cual puede llegarse en ferrocarril. Las minas de sal de Zipaquirá son interesantes, encontrándose en el camino de Bogotá a Nemocán y a 30 millas de la primera.

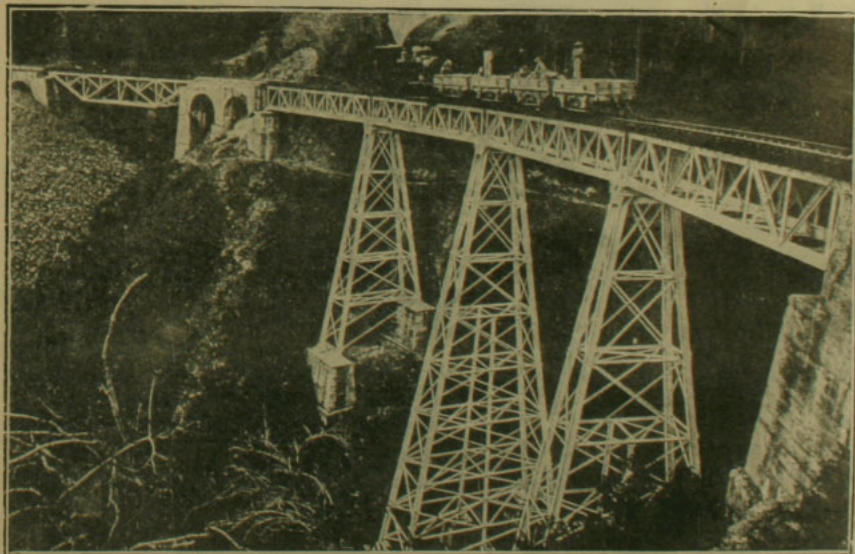
Maracaibo tiene 50,000 habitantes, está situada en un hermoso puerto de la parte norte del lago del mismo nombre y hace un gran comercio con las regiones del interior cuyos productos son conducidos a los distintos puertos existentes en el lago, por medio de ferrocarriles, vapores de río, etc.

En Puerto Cabello puede desembarcar el viajero y dirigirse en ferrocarril hasta Valencia (34 millas) y de esta ciudad a Caracas, entre las cuales existe una distancia de 137 millas. En el viaje se emplean 10 horas, costando \$ 9 el pasaje en ferrocarril. Puerto Cabello es un lugar de mucho comercio, con una población de 15,000 almas. Es el segundo puerto de Venezuela y posee

el edificio de aduana más moderno que existe en dicho país.

Valencia cuenta con 65,000 habitantes, siendo una importante plaza comercial y hallándose rodeada de terrenos destinados a la agricultura. Cerca de ella se encuentran el lago del mismo nombre y el célebre campo en donde se libró la batalla de Carabobo.

La Guaira se encuentra a 65 millas al este de Puerto Cabello. Este puerto está a 1,800 de Nueva York y a 460 millas de Puerto Rico, siendo uno de los más pintorescos del mundo. A unas pocas millas al este del mismo y unido a él por un tranvía eléctrico se halla el balneario de Macuco. Este tiene buenos hoteles y es muy frecuentado por las familias de Caracas y por los extranjeros. Si el viajero es aficionado a subir montañas puede seguir desde este pueblo el camino que anduvieron los bucaneros que en 1580 escalaron el cerro para bajar a Caracas. La Guaira tiene cerca de 14,000 habitantes. Al viajero que desembarca en este puerto se le presenta la buena oportunidad de ir en ferrocarril hasta Caracas. El ferrocarril tiene una extensión de 23 millas, no obstante que, en línea recta, La Guaira sólo dista 8 millas de Caracas. La vía tiene que describir numerosas curvas, lo cual hace que el via-



Uno de los viaductos del ferrocarril de Caracas a Valencia.

jero pueda contemplar desde el tren hermosos panoramas, tanto del lado del mar como del lado de la montaña.

El viaje cuesta \$ 2.50 y se hace en 2 y media horas.

Caracas es una interesante ciudad, la cual fué fundada por los españoles en 1567. Los terremotos le han causado grandes estragos; pero la ciudad ha podido reponerse siempre de ellos. Su población actual es de 87,000 habitantes. Encierra hermosas casas de habitación, costosos edificios públicos, teatros, iglesias y plazas. Sus calles son tiradas a cordel, bien pavimentadas y alumbradas con la electricidad, sintiéndose el turista que la visita encantado con la hospitalidad de las gentes y con la belleza de los lugares que la rodean. Gracias a la altura, de 3,000 pies a que se halla sobre el nivel del mar, posee un clima delicioso de perpetua primavera. Su temperatura media es de 20 a 22 grados centígrados. El extranjero debe visitar la Universidad, el Panteón, el Capitolio, el Paseo del Calvario construido en una colina de 400 pies de altura desde la cual se contemplan bellos panoramas, el Hospital Var-

gas y la parte nueva de la ciudad situada a orillas del Guaire. Pueden hacerse cortas excursiones a El Encanto y al Encantado. El aumento de los automóviles ha coincidido en ella con la construcción de buenas calzadas y carreteras, no sólo en los alrededores de la capital sino en distintos puntos de la República. Caracas posee cinco o más hoteles en los cuales se paga de \$ 2.50 a \$4.00 por día.

De La Guaira puede hacerse viaje a Nueva York en los vapores de la Línea "D" Roja, los cuales tocan el Puerto Rico tanto a la ida como al regreso. Los pasajes cuestan \$ 85 o algo más, según el camarote que se elija. Los vapores salen todas las semanas y emplean ocho días en el viaje.

Cuando se sale de la Guaira rumbo a oriente en un gran transatlántico se va siguiendo la costa por espacio de centenares de millas. Los vapores de cabotaje tocan en los pequeños puertos comprendidos entre La Guaira y el Orinoco, tales como Guanta, Cumaná y Carúpano, haciendo a veces escala en la isla de Margarita, en la cual existen grandes pesquerías de perlas.



LA POTASA

Por _____
DUGUESCLIN

Con ilustraciones fotográficas

A principios de la guerra se creía en Inglaterra y Francia que Alemania no aguantaría dos años de bloqueo. Los cálculos que se hacían demostraban que una población de sesenta y tantos millones de habitantes tendría que ser víctima del hambre, faltándole las importaciones de víveres de Francia, Rusia y América, que antes del conflicto eran las abastecedoras del imperio.

Pero van ya cerca de tres años de lucha horrenda y Alemania resiste y su población no se muere de hambre, y se va bastando a sí misma aunque sea con sacrificios.

¿A qué se debe este fenómeno que burla todos los cálculos y pronósticos de los economistas aliados? Sencillamente: al don de organización estupendo de los alemanes aplicado a la agricultura y al aprovechamiento intensivo de los abonos potásicos provenientes de las ricas minas que posee el suelo alemán.

El salitre chileno ha sido reemplazado por las sales de potasa, que ya no se exportan de Alemania para ventaja nuestra como veremos más adelante.

Para la mayor parte de nuestros lectores, no será necesario insistir aquí sobre la

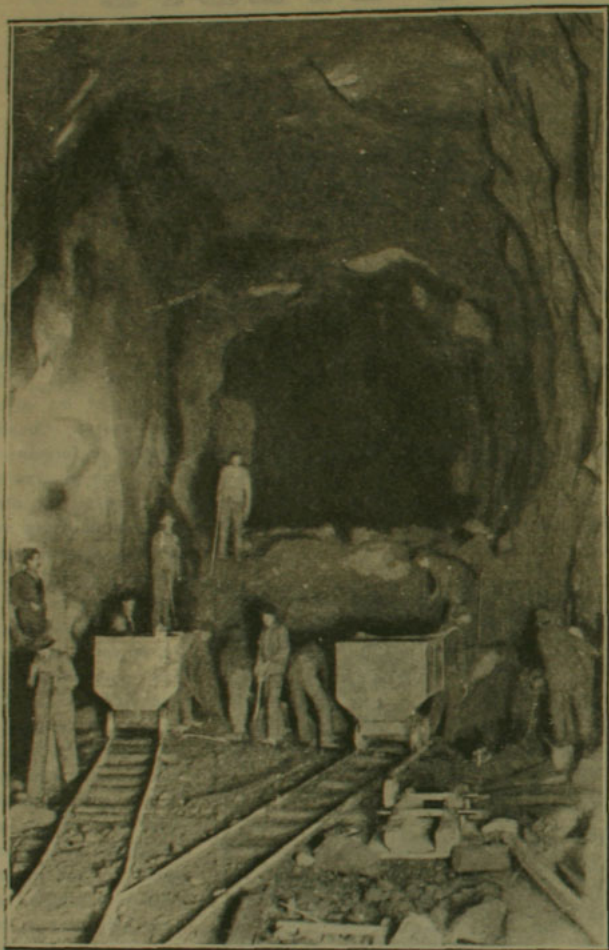
importancia de las sales de potasa para la agricultura. El papel de esta substancia en la economía vegetal, consiste en producir materias hidro-carbonadas, tales como el almidón, el azúcar y la celulosa, del ácido carbónico del aire, absorbido por las hojas, y del agua que toman las raíces. Cuando falta la potasa, estas materias se forman en cantidad muy insuficiente, y las plantas se desarrollan mal y mueren pronto. Por otra parte, la abundancia de potasa da a los ve-

getales mayor resistencia contra las heladas y contra los parásitos. Naturalmente, no todas las plantas requieren igual cantidad de esta substancia. El centeno y el trigo, por ejemplo, sólo necesitan una pequeña cantidad, mientras la cebada, las patatas, las remolachas, muchas legumbres y el tabaco, son muy exigentes en este sentido. En general, puede decirse que, sea cual fuere el cultivo de que se trate, todo terreno que contenga menos de dos décimas por ciento de potasa debe ser abonado con sales potásicas.

Los depósitos de sales potásicas de Alemania se formaron en virtud de la desecación de una parte del mar que en



El profesor Guillermo Ostwald



El mineral se extrae por medio de barrenos, y luego se reduce a polvo muy fino, que puede emplearse desde luego como abono. Sin embargo, de la carnalita se hacen también, por disolución, cristalización y desecación, abonos que podríamos llamar artificiales, en los que la potasa entra en proporción enorme.

La guerra europea ha tenido una gran influencia sobre las potasas alemanas. La exportación a los Estados Unidos solamente, que venía siendo de unos catorce millones de duros al año; decreció en seguida enormemente, tanto por la paralización de la marina mercante alemana, como por las dificultades que ponían para el transporte las compañías navieras neutrales. Además, el gobierno alemán dió una orden prohibiendo temporalmente la exportación, que no fué permitida de nuevo hasta fines de septiembre. El resultado fué que de agosto a Diciembre de 1914 sólo se exportaron a América 60 mil toneladas, mientras en los mismos meses de 1913 se habían exportado 578

épocas remotísimas cubría una gran extensión de lo que hoy es el norte de aquel imperio. En su mayor parte, dichos depósitos son de carnalita, que es un doble cloruro de potasio y magnesio mezclado con una pequeña cantidad de cloruro de sodio y de kieserita; pero hay también silvinita, que es una carnalita que ha perdido su kieserita y su cloruro de magnesio, y otros derivados potásicos, debidos todos a la acción del agua que penetra por las fisuras de los estratos de arcilla y arena que cubren los yacimientos.

Estos últimos se encuentran a profundidades de 300 a 800 metros.

mil. Como era lógico, el precio de las sales potásicas en los Estados Unidos subió rápidamente de 38 dollars a 120 dollars la tonelada. A fines de Enero de 1915, la exportación volvió a ser prohibida, y el precio de la tonelada en América llegó a 200 dollars. Puede comprenderse lo que esto significa, sabiendo que las sales potásicas son hoy necesarias de todo punto para los cultivos más importantes de la América del Norte: el algodón, el tabaco, el maíz y la caña de azúcar.

Y esto mismo ocurrió, en menor escala, en los demás países neutrales, pues puede de-

cirse que Alemania surtía de abonos potásicos al mundo entero.

Actualmente, hay en Alemania ciento noventa y tres casas explotadoras de las sales de potasa, que representan un capital invertido de más de dos mil millones de marcos, y que están asociadas formando el Kalisyn-dikat, o Sindicato del Potasio, cuya oficina central está en Berlín. Entre sus minas y sus fábricas, esta industria ocupa 2,600 empleados y 45,000 obreros, y produce 38,700 toneladas diarias.

La producción actual es menor; pero siempre es la suficiente para abonar cuanto particula de terreno disponible tienen Alemania y sus aliados.

Un profesor alemán, Herr Wilhem Ostwald, ha dicho que el mundo sufrirá escasez de víveres, aun después de la guerra, debido a que Alemania se negaría a vender sus abonos potásicos. Esta expectativa debe ser tomada en cuenta por nosotros, ya que al profesor Ostwald se le olvidó que Chile es "el único país del mundo", después de Alemania, que posee yacimientos de potasa.

En un artículo publicado en "Las Últimas Noticias" del 16 de Mayo sobre este asunto se leen los párrafos siguientes que recomendamos a la consideración y estudio de nuestros hombres de empresa:

"En la provincia de Tarapacá existen yacimientos abundantes de potasa en los puntos llamados salar de Buenaventura, salar de Bellavista, Mosquitos y Pintados. Los ubicados en este último lugar han sido ya objetos de prolijos reconocimientos y detenidos estudios, y su capacidad productora se la ha considerado ilimitada, pues podríamos proveer a las necesidades mundiales por espacio de centurias.

La Casa Dior Fils de Granville (Francia), patentó hace años un procedimiento para la elaboración de potasa y escudada por este privilegio, explotó con grande éxito yacimientos de dicha sustancia en Alemania hasta el momento en que el Gobierno de este país prohibió la explotación de la potasa a los extranjeros y creó un monopolio en beneficio directo de la nación, en general, y del Estado Alemán en particular. Esta medida dió margen a cambios de notas entre las cancillerías de Francia y Alemania y entre las de este país y Estados Unidos; pero sin

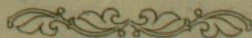
resultados. Ante tales hechos los capitalistas franceses que habían explotado potasa en Alemania enviaron comisiones científicas a diversas partes del mundo a fin de que estudiases la posibilidad de trabajar nuevos yacimientos. Fué precisamente un ingeniero de la Casa Dior Fils, ya nombrada, el señor Marcel Pichard, quien a principios del año 1914 y en comisión especial, estudió parte de nuestros terrenos potásicos del norte.

Con posterioridad, una comisión de ingenieros norteamericanos visitó y estudió también dichos depósitos y hasta tengo entendido que hubo ventajosas ofertas para su adquisición; pero esas gestiones fueron paralizadas por el actual conflicto internacional.

Parte de los yacimientos potásicos se encuentran hoy en poder de particulares, que no los explotan a pesar de la inmensa demanda; pero existen grandes extensiones sobre las que no se ha constituido aún propiedad minera. Siendo esto una sustancia de valor universalmente reconocido, factor indispensable para el desarrollo de la primera de las industrias extractivas, la agricultura, lógico sería que el Estado la colocase en la misma situación que la industria salitrera, que es su hermana gemela, y reservase para sí los terrenos aún no denunciados. La parte en que hasta el presente se ha constituido propiedad particular, se vería así valorizada y la mayor dificultad para una competencia inmediata alentaría a nuestros capitalistas. Aun más: podría el Gobierno, una vez establecida esta industria entre nosotros, hacer extensivos a ella los privilegios otorgados a la industria salitrera por ley de 20 de Julio de 1916, hecho que importaría una garantía efectiva para los capitales que en esta nueva industria se invirtiesen, y se crearía para el Estado una nueva reserva de riquezas, que iría enajenando a medida que las necesidades de la industria y el erario lo exigiesen en la misma forma y condiciones en que se procede con los depósitos de guano y salitre."

A los factores que hoy levantan el nivel económico de nuestro país se podría pues agregar el de la explotación de nuestras riquezas potásicas.

¿No hay por ahí unos cuantos industriales emprendedores que traten de organizar alguna empresa con este fin?





Armas de los aliados en occidente. Grandes morteros abandonados por los alemanes en St. Pierre. Bélgica.

EL JARDIN DEL REY

Por

Paul y Víctor Margueritte

(Continuación)

—¡Rosa! ¿Dónde está Rosa?—gritaron desde el invernadero.

Se volvió sobresaltada.

Era Luisa Durdelle que la llamaba cariñosamente. No era por caridad ni por especial ternura por lo que la solterona se mostraba tan afectuosa, sino porque madame Dumerchin había dicho en el comedor: "Es preciso buscar a la pobre Rosa, que tiene jaqueca". Y Luisa se había ofrecido a hacerlo, porque la complacía ver disgustadas a las personas a quienes quería mal. Por otra parte, no estaba demás vigilar un poco a aquella tontina para conocer sus artificios.

La alegría de Luisa al observar que Rosa, amable con el teniente Lacaille, marchaba resueltamente sobre las rotas esperanzas de Enriqueta, se disipó bien pronto. El grito de júbilo que se le había escapado dando a su hermana un codazo: "¡Te lo han birlado, rapaza!" quería decir ante todo: "¡Ya estoy tranquila!" La elección de Lacaille implicaba el abandono de Roberto... Y... ¡patatrás! La veta había cambiado. A no estar ciega, Luisa tenía que reconocer que Rosa se inclinaba decididamente hacia Dumerchin. Aunque Roberto aparentase desdenar a Rosa y galantear a Jacobita, Luisa no lo creía (sería una táctica aconsejada sin duda por madame Dumerchin); pero si en realidad sentía inclinación por ella, no hacía más que cambiar de peligro. Lo mismo que Rosa, Jacobita era linda, joven y rica. ¡Era ir de Caribdis a Scyla! De todos modos el ideal Roberto se le escapaba. Resultado: un rencor más amargo contra Rosa, origen, en su opinión, de todo el mal.

A fuerza de vivir por y para los otros, Luisa no había reflexionado nunca que uno mismo, y sólo uno mismo es siempre la causa de todo. Su juventud se marchi-

taba sin dejar más que una especie de encanto lastimoso y un pesar, su pobreza; tacha que por una lucha heroica se esforzaba en mantener secreta, y que, sin embargo, llevaba impresa en la frente como una marca de ignominia. Tales eran las causas irreparables que en las horas de buen sentido reconocía; pero sin que eso la indujera a tomar un partido. En vez de resignarse y de acomodar su existencia a sus necesidades, prefería acusar, no a sus treinta y siete años sin dinero, sino a los veinte años y a la dote de Rosa. Aquel oculto combate era su razón de ser, su esperanza suprema. Aunque Roberto, como tantos otros, le fallase (y así se lo susurraba la voz del buen sentido), no renunciaría. ¡No moriría solterona! Y su obstinación, nacida de una necesidad tan legítima y tan profunda de la criatura humana, tenía, a la vez que algo de ridículo, algo de respetable y tierno.

—¿Estáis enferma, querida mía?—preguntó—y su solicitud quería decir: ¡Ah! ¡Si lo estuvieseis de veras! Pero daba a entender: "Espero que no lo estéis".

Esto fué lo que comprendió Rosa, que con afectuosa sonrisa disipó todo temor:

—No; tengo un poco pesada la cabeza. Es que barrunto la tormenta. Pero, ¡bah!, no es nada. ¿Me habéis dejado, por lo menos, un poco de limonada y algún pastelillo de hojaldre?

Era la especialidad de las meriendas de madame Dumerchin, y las Durdelle no dejaban de proclamar sus excelencias con repetidas proclamaciones so pretexto de alabar a la cocinera.

—Sólo en vuestra casa, madame, se comen estos pasteles—decían a cada paso—y mientras madame Dumerchin se tragaba las lisonjas, no reparaba que a cambio de ellas se atiborraban del substancioso ali-

mento, y que la olorosa y dorada columna mermaba rápidamente.

Luisa recibió, pues, como una puñalada la inocente frase de Rosa: creyó que era un ultraje premeditado, una ilusión mortificante a lo que era, ¡ay!, la llaga de la casa de los Durdelle como de tantas otras; la miseria humilde, cotidiana, con su perpetuo cortejo de expedientes y economías, el saldo de cuentas, balanza enloquecida por la necesidad de aparentar, y esa miseria, ¡la más penosa y menos interesante de todas, la miseria en traje de seda.

Lo que en boca de Rosa no era más que una amable trivialidad, una indiscreción sin importancia, tenía la dureza de un reproche tan ofensivo, que Luisa pensó en el acto: "No soy mala; pero, ¡ah!, ¡cómo me reiría si una mañana te levantasés sin un céntimo, tú que acusas a las demás de comer en casa del vecino! ¡Si de repente te convirtieses en una mendiga, veríamos si eras tan orgullosa!

—Venid pronto, querida mía. Madame Allaygre está aquí para el ensayo. No cabe en el pellejo. El orgullo la infla hasta el punto de que tengo miedo de verla subir por los aires. La veréis remontarse como un globo del Louvre.

La idea era tan exageradamente cómica, que Rosa la celebró.

—Y no es esto todo. ¿No conocéis su nueva manía? Desde que madame Dumerehin le habló de la "gran época", le ha dado por las antigüedades. Vuestro tío ha acabado de convertirla. Pero en semejantes materias no basta la fe, es preciso saber algo.

—Y es notorio—dijo Rosa—que ella no sabe nada.

—Eso no impide que lo compre todo. Al contrario. Con tal que sea de la "gran época" o que los prenderos la persuadan de ello, eso basta. Acaba de llegar con una caja afligranada de marfil, chamuscada, cascada, horrorosa. Venid a verla. Es de la "gran época".

Luisa cogió a Rosa por la cintura, y gentilmente atravesaron ambas el invernadero, un saloncito colgado de damasco, y el gran salón imperial con sus severos muebles y sus frías ensambladuras. A través de la puerta entreabierta del comedor se oía una animada charla. Reconocieron la voz de madame Allaygre.

—Entonces, querida madame, ¿no hay mejores noticias? ¿Sigue mal la tía de esa pobre madame Fry?

Inconscientemente estas palabras, que no hubieran debido despertar más que ideas de simpatía y de tristeza, la hacían estremecerse de esperanza y de secreta alegría.

Evidente, no deseaba ningún mal a aquella tía desconocida. Sin duda, se hubiera apiadado sinceramente de su muerte; pero la idea de una curación súbita, inesperada, que quizás permitiera volver a madame Fry y recobrar su papel, la obligaba a considerar sin dolor la eventualidad de que la enfermedad se agravase, y hasta de que, teniendo en cuenta su avanzada edad, Dios quisiera cortar una existencia tan bien aprovechada.

Sentada ante un vaso de limón helado, Rosa le hacía los honores. Madame Dumerehin le daba cariñosamente palmaditas en las manos.

—¿Estáis mejor?—le preguntaba.

Luisa le alargó ostensiblemente el plato con los pastelillos hojaldrados. "¡Quedaban tres!"

—¡Ah!—dijo la solterona.—¡A madame Allaygre también le gustan!

Estaban también presente dos caballeros, que con Luisa y madame Allaygre trabajarían en la segunda pieza; un teniente de ingenieros, cuya mujer, soprano distinguida, figuraba de ordinario en los intermedios del programa, y el brillante vizconde de Laurence, viudo aún presentable, que pasaba por árbitro de la moda, que, no obstante su edad mostraba mucha más animación que los jóvenes, y que con la misma habilidad dirigía una conversación que un minué.

Cambiados los cumplidos de rúbrica, Rosa notó que Roberto no había interrumpido la plática privada que tenía con Jacobita; ambos estaban de pie en el ángulo de un armario del tiempo de Enrique II, cuyas buenas proporciones y bonitas esculturas gustaban mucho a monsieur de Vernay.

"¿Qué sería lo que contaba el buen agente de cambio?" Debía de ser muy interesante, a juzgar por las carcajadas de Jacobita, después de las cuales continuaba el discurso.

Pasaba el tiempo, y madame Dumerehin dió la señal del trabajo.

—¡Jacobita! ¡Roberto!—exclamó.

Luego, volviéndose a los actores de la segunda pieza, les dijo:

—Quedaos en el salón; os necesitaré muy pronto; pero no hagáis ruido.

Otra vez en el invernadero, reanudaron la escena quinta de **Los Gemelos de Bérnago**.

Pero precisamente en la escena quinta era donde entraba el Arlequín menor, de cuyo papel estaba enaergado monsieur Lechampy, el cual faltaba. Madame Dumerehin, refundando, decidió que ella misma haría el papel en substitución del ausente para no perjudicar el movimiento del conjunto, que giraba en torno de Arlequín el joven y de los

quid pro quo que su intervención ponía en claro.

Daba risa ver cómo la prefecta, con una gracia picaresca que hacía pensar en las cabriolas de un elefante, se agitaba con su elevada talla y su maciza humanidad. Pero el rostro de la vieja señora, que se conservaba expresivo y fino, matizaba a maravilla la astucia y la ingenuidad italiana. Rosa y Jacobita, que primero habían temido no poder contener su hilaridad, y que estaban como sobre espinas, porque en modo alguno hubieran querido molestar a Roberto ni a su madre, rieron por fin de buena gana, y aquel triple homenaje le pareció muy dulce al Arlequín improvisado, cuya vanidad, sensible a todos los halagos en general, lo era muy particularmente cuando se trataba de su competencia escénica.

—¡Qué desgracia que monsieur Lechamy no haya venido!—dijo Jacobita.—¡Tomaría una buena lección!

Madame Dumerchin plegó los labios como si fuese a silbar de contento; pero su sonrisa acabó en esta modesta frase:

—Fué Bresant quien me enseñó lo poco que sé.

En su boca el nombre de Bresant resonaba con entonación majestuosa.

Con fina ironía, Roberto se burló de su amigo Lechamy. Había enviado aquella mañana un recado disculpándose. Le era absolutamente preciso ir aquel día a París. ¿A qué fin? Iba a inaugurarse en la galería de Jorge Petit una exposición de pintores de primera fila. “¿Sabéis lo que es ser pintores de primera fila?”

Jacobita tenía una idea muy vaga. Roberto se lo explicó.

—Son hombres que, entre otras cosas, advinan relaciones de color que a nosotros, simples mortales, se nos escapan. Para ellos, tal hora es gris, azul o verde. Y deliberadamente la pintan así, con todo lo que contiene: árboles, cielo, agua, casas y personajes. A fuerza de complicar las cosas, se ha llegado a concepciones sencillísimas, mucho más sencillas de lo que hubiera podido pensarse. ¡Ah! ¡Lechamy puede vanagloriarse de ir a la vanguardia!

—Lo ve todo amarillo; ¿no es verdad?—preguntó Jacobita, que recordaba haber visto en casa de su amiga Georgette Lechamy dos o tres paisajes: un vergel en primavera, una vista de París, un invierno cubierto de nieve, y una marina pintada en Dieppe; todo amarillo, implacablemente amarillo.

—En efecto—dijo Roberto;—nuestro amigo lo ve todo amarillo, de color de oro.

A Rosa le hizo gracia la alusión. Jacobita dijo:

—¡Sois cruel!

—¡Bah! Las teorías de Lechamy son bastante conocidas. Ya vosotras lo sabéis, puesto que estáis al corriente de ello.

A todo el que quería oírlo le declaraba Lechamy que a sus ojos sólo las personas que poseían por encima de quinientos mil francos tenían derecho a la vida. A varias madres había honrado con tales confidencias. Así, nunca se casaría con una muchacha que tuviese una dote inferior a seiscientos mil francos. Había que tener más de treinta mil francos de renta personal, y contar con el doble para lo futuro: en este punto no transigía. Que una muchacha fuera buena, inteligente, instruida y bonita, no valía nada; él no empezaba a considerarla mientras no tuviese seiscientos mil francos.

Rosa, que había de tenerlos un día, y Jacobita, a quien le faltarían cerca de doscientos, debían darse por entendidas. Aquel imbécil no se casaría más que con una tonta de su especie, con una mujer de corazón seco, consagrado como el suyo a la más vil ambición.

Con una actitud reservada y digna, Roberto parecía abominar y maldecir de semejantes ideales. Sus cabellos castaños, cayendo en bucles sobre la frente y cuidadosamente ondulados, un no sé qué de artístico que había en su apostura, decían bien a las claras a quien tuviese bastante perspicacia para contemplarle un minuto: “¡He aquí un hombre que tiene alma de artista!” Y su brillante mirada y su expresión sentimental gritaban: “¡No sería yo quien tuviera estas brutales exigencias! ¡Que encuentre una mujer que sepa comprenderme, apreciar este tierno corazón en su justo valor, y se verá si me preocupa que sea rica o pobre!”

A Rosa y a Jacobita—que recíprocamente se daban cuenta de la hostilidad naciente que con asombro de ellas mismas empezaba a nacer entre ambas,—las impresionó el discreto silencio del agente de cambios, o por mejor decir, del primer galán. No era que Roberto estuviese lejos de pensar como el joven y práctico Lechamy; pero no sentía bastante menosprecio por el mundo, y tenía también demasiada picardía para formular la verdad. “Es perjudicial hablar demasiado”—era uno de sus adagios familiares.

De pronto se oyeron risas en el salón.

—¡Esto es insoportable!—exclamó madame Dumerchin; y furiosa se precipitó hacia la puerta para hacer callar a los alborotadores.

El ensayo acabó poco después. Rosa, distraída, había recobrado su buen humor, al mismo tiempo le había vuelto la memoria. A la vez que declamaba su papel pensaba:

“¡Es divertido este Roberto! No es un joven ruin, y hasta le creo dotado de generosa naturaleza. Pero ¿por qué insiste en mostrarse tan amable con Jacobita? Porque no hay medio de ilusionarse; es a ella a quien dedica hoy sus obsequios”.

Habiéndole parecido muy natural tener hasta entonces el monopolio, Rosa se irritó al comprobar que sin razón ninguna otra se lo quitaba. Sentía más sorpresa que dolor; pero una sorpresa que por inesperada la humillaba y confundía. No adivinaba la maniobra; mas instintivamente oponía a ella la conducta más apropiada: parecer que no advertía nada, y como si no sintiera nada en el corazón, mostrar un rostro sonriente. Pero aquella falsa alegría le era tan penosa como antes su indefinido y vago temor.

Ruidosamente hicieron irrupción en el internadero monsieur Lerat, el teniente de Ingenieros y el vizconde Laurenceet, con madames Allaygre y Luisa.

—Os doy libertad, hijos míos—dijo madame Dumerehin volviéndose hacia Roberto y las dos jóvenes.—¿A qué hora vendrán a buscarnos, Rosa?

—Cuento con miss Seven a las cinco y media—dijo mademoiselle de Vernay.

—Y yo—dijo Jacobita—espero a mamá a las seis.

—Entonces, hijas mías, id al salón o al jardín.

Con un gesto que barriá les indicó que eligieran entre una y otra puerta. La orden era terminante. Nadie más que los actores habían de presenciar el ensayo de cada pieza.

—Vamos al jardín—propuso Roberto.

Mientras se alejaban tuvieron tiempo de oír que la prefecta ordenaba:

—¡Ahora vosotros!—Luego, dirigiéndose a madama Allaygre, con tono de zumba que sólo ella pudo comprender.

—¿Sabéis bien vuestro papel?—le dijo.

Jacobita se desternillaba de risa.—¡Un papel que tiene tres palabras!—decía.

Dieron la vuelta al césped, pasaron por delante de los rosales, que los envolvieron en los effluvis de las rosas lacias por el calor; algunas, demasiado abiertas, caían al suelo, o se deshojaban en silencio como lluvia de pétalos de color amarillo nacarado o púrpura obscuro.

Se sentaron en un banco, y los tres se recostaron en el amplio respaldo. Las seculares ramas del cedro proyectaban su sombra azul. Por entre las negras hojas el firmamento mostraba su color de índigo. La atmósfera estaba pesada, casi sofocante, lo cual, a falta de otras causas, podía explicar el malestar que enervaba a Rosa desde su llegada a la calle de San Antonio.

—No es muy grande el jardín—dijo Roberto;—pero es doble que los jardines que le rodean, y verdaderamente se descubre desde aquí un gran espacio de cielo.

—Se diría que es como el cielo de Italia—dijo Jacobita.

Aquella primavera había hecho con su padre una rápida excursión a Milán, Venecia, Florencia y Roma, dando la vuelta por la costa, Pisa, Génova, Turín y Módena. Un mes volando de ciudad en ciudad, entre los encantos de aquella tierra clásica y de aquel cielo divino. Aquella expedición le había dado cierto prestigio y alguna superioridad. Frecuentemente decía: “Sí; como en Italia” o bien: “En Italia hacen tal cosa. He notado que...” Y esta ventaja, de la cual Jacobita se aprovechaba con placer, era lo único que Rosa le envidiaba.

—¡Ah, Italia!—murmuró Roberto.

Hacía muchos años que había pasado allí algunas semanas. Algunas citas escogidas y oportunamente traídas a colación le daban aire de conocedor de aquella tierra. En cambio, no se cansaba de ponderar la suciedad de aquel país de sol y de encarecer la medjanía de la cocina italiana, tan sabrosa sin embargo. No obstante, tanto por halagar a Jacobita como por la esperanza de excitar el amor propio de Rosa—¡tan profana que no había viajado por Italia!—creyó muy conveniente sacar de este tema todas las variaciones a que podía prestarse.

“¡Ah, Italia!” Un silencio impregnado de fervorosa emoción era obligado después de esta interjección proferida con voz inspirada. Roberto no faltó a esta regla, y ante sus ojos soñadores pasó la gran imagen de esa patria de artistas. ¡Salve, magna parens! Dudo si pronunciaría estas palabras latinas. Pero temió que fuese para sus interlocutoras ciencia perdida, y se abstuvo de ello.

Contagiada por su entusiasmo, Jacobita iba a proporcionarle más de una ocasión de replicar.

—¡Ah! ¿Recordáis los alrededores de Florencia?

Roberto, como inspirado, sacudió la cabellera. Una oleada de elocuencia le subió a los labios. A fuerza de repetir sus impresiones, las había condensado en una fórmula brillante, en un trozo magnífico que sabía de memoria, y cuyas palabras, combinadas con las de antiguas lecturas, le parecían siempre nuevas.

—¡Sí; el admirable paseo del Viale dei Colli, de la plaza de Miguel Angel, desde donde se divisa Florencia hasta los negros cipreses del Poggio Imperiale y la hiedra trepadora de la Puerta Romana! ¿Qué horas he pasado al pie del David que domina la

plaza! ¡La catedral, el campanile, las iglesias enriquecidas con obras magistrales que se yerguen en medio de la ciudad como flores más altas en un campo de primavera! El Arno azul brillaba con el color del cielo. El aire era tan sutil, que todo brillaba en la luz; era una embriaguez de perfumes y de sonidos. ¿Conocéis algo comparable a la suave ondulación de las colinas toscanas bajo el cielo verde de la tarde? ¡Y qué refugio para después de la vida ese San Miniato, lleno de tumbas y cuajado de rosas!

—También es hermoso el panorama de Fiesole—dijo Jacobita, que, apremiada por el tiempo, no había podido visitar el *Viale dei Colli*, ni la *Cartuja de Emma*, ni *Prato*. Visitados los museos en cuatro días, el tranvía eléctrico los había conducido a lo alto de la montaña de *Fiesole*, desde donde se descubre de una sola ojeada el valle del *Arno*. Delante de un aficionado tan esclarecido como Roberto, se excusó de no haber podido consagrar a Florencia más que brevísimo tiempo.

—Por desgracia, teníamos los días contados.

—¡Ah, mademoiselle; no lo lamentéis!—exclamó Roberto; y prosiguió con tono doctoral:—Para mí no hay más que dos maneras de viajar: o bien cuando se tiene el tiempo limitado, como a vosotros os ha sucedido, ir de ciudad en ciudad sin fijarse más que en lo exquisito y raro, igual que se coge y se aspira una flor encontrada al paso; o bien, si se tiene la fortuna de ser libre, estacionarse en un sitio e impregnarse lentamente del perfume penetrante de las cosas. En mi opinión, una y otra manera tienen algo de bueno. Es nuestra vida tan corta, tan repleta, ¡ay! de prosaicas obligaciones, que no sé si es más acertado optar por la primera. Pero además las ventajas de no agotar el placer. Es verdad que se experimenta un pesar; pero más vale el pesar de la curiosidad no satisfecha que la decepción que a veces sigue a la curiosidad saciada.

Esta frase vulgar, proferida con la melancolía de un alma privilegiada que supiera a qué atenerse sobre las tristezas de la vida, no dejó de parecerle a Rosa muy bien traída. Miró a Roberto con mucha simpatía.

Pero él, dirigiéndose a Jacobita, continuó diciendo:

—¿Y Pisa, mademoiselle? ¿Habéis gustado todo el encanto de esta ciudad muerta, por entre cuyos altos y fúnebres malecones corre el Arno torrentoso y amarillo—¡allí sí que Lechampy estaría contento!—y en el estío un hilillo de agua glauca?

—No he hecho más que atravesar Pisa entre la llegada de un tren y la salida de otro—contestó Jacobita.

—Eso basta—dijo Roberto.—La ciudad entera está concentrada en la plaza de la Catedral, que es el corazón de Pisa. Allí aflúa antiguamente toda la sangre de la vieja República. Es muy hermosa aquella gran plaza muerta, donde se levantan sobre la hierba tres monumentos sin semejante: la Torre inclinada, la Catedral y el Baptisterio. Un fondo de murallas almenadas limita por un lado la mágica decoración, viejos murallones de ladrillos color de sangre seca, que traen a la memoria las guerras del Renacimiento, cuando Italia se despedazaba combatiendo unas ciudades con otras. De otro lado la muralla del Camposanto.

Tengo fotografías de los frescos de *Be-nozzo Gozzo*—dijo Rosa. ¡Es un gran pintor!

Roberto asintió sin entusiasmo. Dijo con modestia que, dada la increíble abundancia de geniales artistas que durante dos siglos produjo Italia, había tenido que limitar sus estudios a los más notables. Pero si bien Gozzo no evocaba nada en su memoria, recordaba, felizmente, algunas consideraciones que sobre el Camposanto había leído poco antes en algunas relaciones sobre Italia, consideraciones que dió como suyas.

—¡Ah! ¿Qué diferencia entre nuestras costumbres burguesas y las de aquellas admirables ciudades, donde el arte va tan estrechamente unido a todo! ¿Véis nuestros tristes cementerios? Los italianos, no contentos con adornar todas las cosas de la vida, también engalanan las de la muerte. ¡Qué noble cultura, qué sentimiento de la belleza inspiraba a aquellos hombres que construían tales tumbas! Querían gozar eternamente bajo la misma tierra de lo que vivos habían amado. Y para resguardar sus losas funerarias erigían un claustro con arcadas cinceladas, muros en que el genio de los más grandes pintores desarrollaba en armoniosos frescos el encanto de las leyendas.

Esto lo decía con voz grave, parecida a la que Arlequín empleaba poco antes para hacer su declaración a Rosita. Y para quien no distinguía bajo las inflexiones del fonógrafo los resortes de aquel recitado, no hay que decir que producía mucho efecto.

Testimonio de ello era el silencio que guardaba Rosa pensativa. Jacobita estaba llena de admiración. No es que hubiese comprendido gran cosa, ni que se interesara mucho por aquellas viejas historias; pero era de esas mujeres a quienes las palabras retumbantes recitadas con firmeza imponen siempre.

—Pero ¿sabéis—exclamó—que sois admirable? ¡Tenéis un talento...! ¿Dónde encontráis tiempo para semejantes estudios estando tan ocupado... en la Bolsa?

Roberto dió a entender que aquello era en él un don, una facultad natural; pero que no tenía ningún mérito. "Todo parece fácil cuando se ama!"

Y lo más extraño es que era sincero, que no obraba con verdadera premeditación ni alardeaba de gustos que no tuviese. Sin sentir profundamente las emociones del arte, encontraba en los cuadros, en los bibelots y en los viajes placer y distracción. Eso le sentaba bien, y le daba cierto prestigio a los ojos del mundo, a los de sus parientes y a los suyos propios. Sin duda que era agente de cambios; pero también artista, o cuando menos, distinguido aficionado. ¡Excelente barmiz!

"¡Todo parece fácil cuando se ama!" Rosa repetía maquinalmente estas palabras. ¡Qué verdad era! ¡Qué de veces lo había experimentado! Nada le costaba un sacrificio por conseguir un placer, y con frecuencia lo había encontrado aun en las fatigas, porque las sufría pensando en el querido tío o en miss Seven, a quienes amaba tanto. Sin embargo, aquellas palabras la llenaban de singular melancolía. Había bastado para ello que fuesen dirigidas a Jacobita y subrayadas con una mirada expresiva.

Roberto Dumerchin tenía algo que valía más que el talento; tenía corazón, y Rosa hacía esta comprobación en el momento en que se apartaba de ella para dedicar a otra homenajes a los cuales no había concedido hasta entonces tanto valor, acostumbrada como estaba a recibirlos sola. Esta reflexión la convenció de que aquellos homenajes le eran agradables, puesto que tan vivamente sentía su pérdida; sensación que no llegaba a causarle cólera, pero que le infundía celoso malestar. En aquel momento detestaba a la pequeña Jacobita, a aquella buena compañera de colegio y de juegos. ¿Y Roberto? Trastornada, se sentía indecisa entre una simpatía naciente y una antipatía mal definida. Una página blanca se abría en el misterioso libro de su corazón, y ningún instinto le advertía el nombre que iba a grabarse en ella. Pero comprendía muy bien que ya no era la Rosa indiferente de otro tiempo, de hacía poco, que se contentaba con sus muñecas, con su tocado o con sus libros; en ella nacía otra Rosa, a cuyo nacimiento asistía llena de inquietud.

—¡Ah! ¡Monsieur de Vernay!—dijo Jacobita.

Fué la primera que vió al Barón, que desde la puerta del salón contemplaba inmóvil el jardín.

Rosa echó a correr en el acto. Saltó como un gamo al cuello de su tío, arrojándose a él con súbita confianza. Su presencia la había

sosegado. En medio del torbellino de sentimientos que se agitaban en su alma, y que se desvanecían en cuanto trataba de complacerse en ellos, se adhirió por instinto al efecto estable y duradero, al apoyo de buen consejo y fervorosa abnegación.

—¡Cómo, tito! ¿Eres tú? ¡Yo que esperaba a miss Seven!

—Ha tenido que ir a París, hija mía. Ha recibido un telegrama.

—¿Un telegrama? ¿Ocorre alguna desgracia?

—¡No, no; tranquilízate!

Monsieur du Vernay le acariciaba dulcemente una mano, que estrechaba entre las suyas.

—Se trata de negocios ¡Nada importante! Son negocios de dinero. No entenderías una palabra de ellos; ni más ni menos que yo. Miss Seven los arreglará. Y bien; ¿cómo va ese ensayo?

—El nuestro ha concluido ya. Esperábamos junto al cedro... ¡Ah! ¡La segunda pieza ha terminado!

—¿Cómo?—dijo Vernay.—He oído en el salón la voz de Luisa Durdelle. ¡Pero qué sofocada estás hoy, Rosa! ¿Te ha fatigado mucho el ensayo?

—No—dijo un poco confusa por la afectuosa mirada del anciano.—¡Es este calor tan pesado!

Volvieron al cedro, donde Roberto y Jacobita seguían charlando. Ella multiplicaba regocijadamente sus inclinaciones de cabeza y sus sonrisas. El redoblaba su entusiasmo en presencia de Rosa, conociendo por intuición que el coloquio producía su efecto. Y en verdad que el espectáculo de la pareja en tan íntimo palique en aquel banco fué para la joven tan doloroso, que se sorprendió, y por primera vez hubo de preguntarse: "¿Qué puede importarme que Roberto corteje a Jacobita?", y responde: "¡Me causa mucha pena!". Entre el amor propio herido y el amor, ella no establecía gran diferencia.

Roberto Dumerchin estaba encantado. ¡Qué buena idea había tenido su madre! Ciertamente que la pequeña Jacobita era gentil, y que se casaría con ella sin violencia; pero Rosa no lo era menos, y, además, en lugar de cuatrocientos mil francos tenía quinientos mil de dote. Sumando a esto las esperanzas, la muerte del bizarro Barón.—¡Ah! El buen hombre estaba fuerte; pero en fin...—tendría que recoger cerca del doble. No había que vacilar. Entre setecientos mil francos de una parte, porque las esperanzas de Jacobita no pasaban de trescientos mil, y un millón de la otra parte, la elección del agente de cambios estaba hecha. Pero convenía estimular un poco al millón, algo remiso en acercarse.

Mademoiselle de Goulénès se entregaba a aquel devaneo sin segunda intención ni sombra de malicia; pero abrióse la puerta del invernadero, se presentaron madame Dumerchin, madame Allaygre, Luisa y los dos caballeros, y Jacobita exclamó con sencillez:

—¿Ya se acabó?

Madame Allaygre se alegró en extremo de encontrar allí al Barón. Cabalmente necesitaba de sus luces.

—¡Oh monsieur de Vernay: qué suerte!—dijo alborozada.—¡Venís con la mayor oportunidad!

Los caballeros cambiaron una mirada compasiva.

Madame Allaygre continuó desenfundadamente.

—Hace un momento cuando venía, he comprado un bibelot maravilloso. ¡De los más raros! Me lo ha asegurado el comerciante. Creo que es una verdadera ganga. ¡Esperad: voy a buscar mi hallazgo!

Con increíble ligereza se precipitó al comedor, y volvió instantáneamente con la rapidez de un polichinela. Llevaba en las manos extendidas un objeto amarillento, y lo conducía con tal cuidado y tanta veneración, que no parecía sino que llevaba el Santísimo Sacramento.

Examinado que fué el objeto, resultó que era una caja china exagonal, sobre cuya convexa tapa había un pequeño ramillete cincelado, todo de filigrana de marfil, lo mismo que los personajes que se destacaban finalmente en relieve sobre el encaje oxidado y amarillo.

Todos esperaban con curiosidad el veredicto de monsieur de Vernay, porque la caja les había parecido bonita, pero sin que nada denotase su indiscutible autenticidad. Monsieur de Laurencet, que tenía en su casa algunos muebles antiguos heredados de su abuelo, y que por este hecho pasaba como un gran conocedor, se inclinaba a creer que aquella maravilla había salido de los almacenes del Príncipe.

Vernay, que volvía y revolvía la caja, dijo:

—Es muy bonita. Creo que es un trabajo del tiempo de Luis XIV.

—¿Chino?—preguntó Roberto con tono de inteligente que tiene formada ya su opinión.

—¿Cómo?

—No; francés.

—Puede ser una copia; por lo menos, una imitación de esas obras de filigrana de oro y plata que Luis XIV había prodigado en las primeras decoraciones del palacio de Luis XIII. En unas Memorias poco conocidas de

Colbert se resume este curioso relato. En 1663, en una parada que hizo la corte en Versailles, mucho antes de que el castillo de Leveau y los prodigiosos adornos que apenas terminados lo transformaran, Ana de Austria, recibida por el Rey al descender de su carroza y conducida a sus habitaciones, quedó sorprendida viéndolas todas adornadas, dice Colbert: “con dos cosas que eran las más agradables para S. M.: obras de filigrana de oro y plata de la China, y jazmines. Nunca, ni aun en la China misma, se habrán visto reunidas tantas obras de estas, ni tantas flores en Italia.

—¡Bah!—dijo madame Allaygre aturdida.

—¿Mi caja será, pues...?

—De la “gran época”, ciertamente, señor—dijo la perversa Luisa Durdelle.

—¡Es un excelente comerciante ese Dufret—exclamó la Allaygre ebria de bozo.—¡Volveré allí!

—¡A lo que irá será a hacerse encolar!—pensó Luisa con jovialidad.

Monsieur de Laurencet, llevándose aparte al Barón, le dijo:

—¿Creéis que puede encontrarse algo bueno en Versailles? Está muy agotado.

—Ciertamente—dijo de Vernay.—Sin embargo, cuando se piensa en el cúmulo infinito de riquezas amontonadas en esta ciudad, en los mobiliarios reales tres o cuatro veces renovados, en las inmensas depredaciones de la Revolución y en la total dispersión de todos los muebles, cuadros, espejos, esculturas, telas de oro y plata, cristales y curiosidades que había en tiempos del Rey-Sol, que costaron más de siete y medio millones de libras! Y no cuento con lo que se escabullera a la muerte de otros reyes; tantas obras magníficas de arte, de gracia y de suntuosidad.

En torno de monsieur de Vernay se había hecho el vacío desde sus primeras palabras: tan temible era su elocuencia. Sólo quedaban en él madame Dumerchin, fiel a su deber—aunque aquellas divagaciones retrospectivas no la desagradaban del todo,—Laurencet, Rosa y madame de Allaygre. Los otros, “la juventud”, se había apartado prudentemente.

—¡Cuando se piensa—repitió Vernay con la satisfacción de un hombre que se entrega a su idea favorita—lo que sería con su mobiliario de plata de galería que aún hoy vemos tan hermosa, con sus muros de mármol donde están alineados los trofeos de bronce de Coysevox, su lecho de Lebrum pintado y dorado, y sus arcadas de espejos frente a las ventanas desnudas! Inmensos tapices de tupido damasco blanco, bordados de oro, con la L real encuadraban la grandiosa perspectiva del Tapiz verde y del Gran Canal, ilu-

minados las noches de fiesta. Dos grandes alfombras de Savonnerie cubrían el entarugado de mosaico. Las tres filas de arañas de cristal y los grandes de plata de los extremos destellaban cargadas de bujías de cera blanca. Millares de luces brillaban en diez y seis grandes candelabros de plata, encendidos sobre veladores dorados. Luego blandones, girándulas, arañas y otros candeleros más, donde estaban talladas las estaciones y los trabajos de Hércules; candelabros adornados con sátiros y amorillos, y por todas partes pedestales, taburetes y mesas, todo de plata. Grandes banquetas, también de plata, que no valían menos de trescientas mil libras. Y el billar, de verde terciopelo franjeado de oro, con veinticuatro banquetas guarnecidas de lo mismo; y los vasos de pórfido, las navicelas de alabastro, y en sus nichos cuatro estatuas antiguas. Imaginad también una profusión de naranjos que crecían en macetas de plata, y cuya redonda copa verde llena de flores embalsamaban el ambiente, y en medio de tanto esplendor, entre torrentes de luz blanca y dorada, figuraos el gran aparato de la corte, damas y princesas cubiertas de diamantes y con la espalda desnuda, príncipes y señores con sus brillantes trajes de color cargados de oro, de condecoraciones y pedería.

Madame de Allaygre suspiró.

—Sería espléndido!—dijo.

Y seducida, como si en una visita a casa de los prenderos viese ya lucir algunos de aquellos despojos milagrosos, preguntó:

—¿En qué ha venido a parar todo eso?

Monsieur de Vernay bosquejó un gesto en la Casa de Moneda cuando se prolongaron las guerras de la Liga de Ausburgo. Lo demás... ¿Quién sabe! ha sido cambiado, destruido, aniquilado. ¡Todo ha desaparecido con el tiempo!

—¡Aquél era un hermoso tiempo!—murmuró madame de Allaygre, sin reflexionar en lo poco que hubiese valido entonces su humilde persona, ni en toda la esclavitud y miseria que ocultaba la deslumbradora fachada.

—Pero se me hace tarde—dijo de Vernay.

Hizo una seña a Rosa, y buscó a madame Dumerchin para saludarla.

Había desaparecido para ir a buscar a la "juventud", recelando que Roberto llevara demasiado lejos la aventura con mademoiselle de Goulènes, la cual auguraba tan buen resultado.

Le encontraron en el invernadero con el teniente de Ingenieros, Luisa y Jacobita. Roberto ofrecía en aquel momento a su pareja una de las rosas trepadoras del enre-

jado. Cogió otra para obsequiar con ella a Rosa. Pero, por más que le ofreciera con mucha cortesía la fresca y fragante flor, Rosa sintió al cogerla que el corazón se le oprimía. Un despecho desproporcionado la atormentaba, y sentía crecer su enervamiento. Un malestar nervioso que la hacía sufrir tanto más cuanto que repugnaba confesarse el motivo, la irritaba hasta el punto de que hubiera querido prorrumpir en sollozos.

Pero se vió en uno de los espejos que rodeaban el enrejado, y el temor de que notaran su agitación, aunque sólo en apariencia le devolvió toda su calma. A buen seguro que la hubiese recobrado más pronto si no hubiera estado ensimismada hasta el punto de no ver el amarillo y furioso rostro de Luisa Durdelle. Las rosas que Roberto acababa de ofrecer a las dos jóvenes eran para ella como espinas que desgarraban su corazón. Palideció ante el insulto. Porque ¿no era en verdad un insulto, quizás voluntario y premeditado, haber prescindido de ella? Era indudable que no contaba con ella para nada. ¡Era preciso que aquella humillación se la infligiera Roberto! Pero en su amorosa desesperación, aunque afrontada por él, le aborrecía menos que a ellas dos, las que frustraban sus ilusiones, la anulaban y la relegaban a último término.

Aceptó, sin embargo, la oferta que le hizo monsieur de Vernay de llevarla a su casa, calle de la Orangerie, ante de ir a la Avenida de Saint-Cloud, donde habitaban los Vernay.

—¿No os causa extravío?—preguntó con zalameria.

La hubiese contrariado volver sola. No conviene que a una joven se la encuentre así. Tenía sus treinta y seis años cumplidos, y se reconocía bastante decisión para ir a San Petersburgo sin necesitar a nadie; pero, en fin, era mucho mejor volver acompañada, porque eso le daba (pensaba ella) cierto prestigio de juventud; y además, para evitar murmuraciones era lo más conveniente: era mucho mejor.

—¿Y Jacobita?—preguntó Rosa.—¿No nos acompañas?

—Gracias; espero a mi madre, que debe venir dentro de poco.

Se abrazaron. Rosa notó que por primera vez lo hacía sin gusto. Su irritación aumentó. ¿Para qué aquellas gazmoñerías, cuando el corazón las rechaza? Nunca había pensado que los eternos besuqueros que tantas amigas se prodigan al verse y al despedirse pudieran ser tan vanos. Estrechó con fría indiferencia perfectamente comprendida—le odiaba en aquel momento—la mano de Roberto: Dejarlos juntos le causaba



—¡Habéis estado admirable!—le dijo.

una extraña sensación desconocida de celosa amargura.

Ya en la calle, Rosa y Luisa marcharon una al lado de la otra, sin decir palabra y rumiando sus rencores. Respondían a las frases cariñosas de monsieur de Vernay con un sí o con un no breve. En el cielo tormentoso, de color azul sombrío, el Sol poniente descendía por encima de la Huerta, de la cual se divisaban al fin de la calle algunos en-

rejados, una pilastra con un vaso ornamental lleno de frutos, y la lejana verdura. La hierba crecía entre las junturas del empedrado en la desierta calzada bordeada por estrechas casas grises con empolvadas ventanas. El enlosado de la acera y la tierra seca exhalaban fuerte calor. Sobre la triste ciudad flotaba una atmósfera pesada, solemne y silenciosa.

Ya llegaban a la calle de Satory cuando

se cruzaron con un hombre que iba en sentido contrario, aprisa y con la cabeza baja. Iba a pasar muy cerca de ellos sin reconocerlos, cuando por casualidad levantó los ojos. Llevaba bajo el brazo una cartera negra llena de papeles y libros. Vestía un traje gris muy sencillo y un sombrero de paja con cinta negra. Con torpe ademán saludó sorprendido. Pasó y alejose rápidamente, con tanta prisa, que ya estaba lejos cuando monsieur de Vernay le llamó gritando:

—¡Eh! ¡Monsieur Sicart! ¿Cómo es eso? ¡Una palabra; es lo ruego!

El arquitecto se detuvo sonriendo con aire confuso. Hizo con el sombrero un saludo más cortés a Rosa y a Luisa, y balbuceando algunas palabras de excusa esperó cohibido.

—Estoy seguro de que habéis olvidado vuestra promesa—le dijo monsieur de Vernay amenazándole con el dedo a guisa de reproche.

Sicart interrogaba con la mirada al Barón, y Rosa observó que el joven tenía los ojos hermosos, lípidos y frescos, ennoblecidos por la gravedad del pensamiento.

—¡A fe mía...!—replicó.

—¡Ah! ¿Lo veis?—dijo Vernay.—Me refiero a vuestra promesa de pedir al nuevo conservador para mi sobrina y para mí un pase que nos permita visitar detenidamente, un lunes por ejemplo, el palacio, lleno de gente los demás días, y, sobre todo, entrar en todas partes, en los rincones reservados de ordinario, especialmente en las habitaciones de Luis XV. Para mí no es una cosa muerta, bien lo sabéis, ese palacio dormido: a cada paso siento palpitir en él la Historia. Además, esa visita divertiría mucho a Rosa: estoy seguro de ello.

¡Ah! He ahí una cosa de la cual se cuidaba poco aquel día. “¿A qué vendrá que mi tío cuente todo eso a este señor?”

Disgustada, sólo respondió con una inclinación de cabeza.

Sicart intimidado, saludó repetidas veces. Prometió que vería al conservador al día siguiente, y que en seguida avisaría a monsieur de Vernay.

—¡Monsieur...! ¡Mademoiselles...!—Todo ruboroso pidió permiso para marcharse, y huyó como un relámpago.

—¡Tiene un aire bien ridículo ese monsieur Ricart, Picard o Sicart—exclamó Luisa con desdén aristocrático, como si de repente en las satinadas tarjetas que llevaba siempre en la mano en una cartera de cuero estampado,—uno de los lujos que aún conservaba! ¡Ah; qué dura es la vida!—el humilde nombre “L. Durdelle” se hubiera cambiado en un título por lo menos ducal.

Tomando el silencio de Rosa por tácito asentimiento—¡Qué lejos estaba de ello mademoiselle de Vernay!, Luisa continuó:

—Y en extremo, vulgar. Esa cartera llena de papeluchos...! ¡No tiene el menor trato mundano! ¡Se ruboriza a la primera palabra!

¿Era en verdad una falta? No; era preciso ser justos. Podía estar impresionado aquel buen hombre; pero, no obstante, resumió su pensamiento en una palabra.

—¡Es muy poco interesante! Bien se ve que es pobre, que quizás esté necesitado.

Rosa seguía callando, y a Luisa, que tenía inclinación a sospechar de todo, le pareció muy natural. Teniendo una dote como la suya, ¿podía prestar atención al primer descamisado que le saliera al paso? Era como si no existiese. Consideraba al pobre Sicart muerto y sepultado. Pero ya estaba en su puerta.

—¡Hasta la vista, querida mía! ¡Hasta mañana!

Rosa y su tío se alejaron. Iban despacio, silenciosos, como agobiados por aquel bochornoso anochecer. Ninguna ráfaga de aire refrescaba aquel fatigoso crepúsculo. El Barón, entregado a sus ensueños, iba hundéndose cada vez más en el abismo sin fondo y sin límites de lo pretérito. Sólo estaba allí su cuerpo, y marchaba con paso lento, automáticamente: el alma erraba por el imperio de lo desconocido. Había animado otra existencia en tiempos pasados. Con una vaga sonrisa en los labios el espiritista caminaba absorto al lado de Rosa.

Ella apenas había notado el encuentro y la partida del arquitecto ni el adiós de Luisa. Sufría todo su sistema nervioso; quiso reaccionar y dominarse. Echó una larga mirada en torno suyo.

Llegaban por la Avenida de Seeaux a la plaza de Armas. Pasaron a lo largo del cuartel de Ingenieros, donde los caballos encabritados en el frontón de piedra de un antiguo picadero con amplio patio empedrado atestiguaban el antiguo esplendor de las caballerizas. Atravesaron la Avenida de París.

A lo lejos se desenvolvía la gigantesca perspectiva. A la izquierda, en el fondo de la inmensa extensión, más allá de las verjas y de la puerta dorada, se escalonaban las construcciones de ladrillo del ante-patio de palacio, las fachadas sucesivas de los pabellones y las alas del edificio que se estrechaban en el lejano patio de mármol. Sobre la techumbre de pizarras azules pendía inmóvil la bandera, destacándose del azul firmamento vibrante de color. La grandiosa masa dormía pomposa y lúgubre. A la derecha, la desierta extensión de la Avenida.

Rosa se reconoció pequeña ante aquella soberbia decoración, que agrandaban los siglos de gloria y la idea de la muerte; la muerte de tantos seres y la muerte de tantas cosas. Se apartaba de su tío. Buscaba un apoyo, un guía... ¡Nadie! Estaba sola y desamparada. Entonces, anonadada por el esplendor irónico del día, abandonada en aquel desierto pedregoso, sola, enteramente sola, se echó a llorar silenciosamente y sin saber por qué.

IV

El Palacio del Silencio

—¿No venis, miss? — dijo Rosa afectuosamente.

—No; tengo que hacer. Necesito escribir algunas cartas. Y lo siento, porque la visita será de las más interesantes.

—¡Vamos; venid!

—No. ¡De veras; no puedo!

Movió la cabeza con aire voluntarioso. Bajo los cabellos grises su semblante parecía más colorado que de costumbre, como si reflejase graves preocupaciones. ¿Era una ilusión? Sus mofletudas mejillas habían enflaquecido. Golpeó sobre el escritorio cubierto de cartas:

—¡Divertíos mucho! ¡Ya me contaréis lo que hayáis visto!

Con sus ojos grises, que expresaban una ternura y una fidelidad canina, le envió un adiós cordial y placentero. Rosa, al menos, así lo creyó, y esta impresión la satisfizo, porque desde hacía dos días Seven había vuelto de París muy tarde por la noche le había parecido observar que las extravagancias de la excelente mujer se acentuaban más. De la más brusca vivacidad pasaba a la indolencia más profunda. ¿Había recibido en París alguna mala noticia? Acosada por las preguntas, miss Seven se limitaba a sacudir su mofletudo rostro, más rojo y menos lleno que antes.

Mientras canturreaba, Rosa clavó la aguja de su sombrero. Sus grandes ojos de color azul purísimo sonreían en el espejo a su alegre imagen. Las lágrimas que derramaron la antevíspera se habían secado sin dejar rastro ni recuerdo. Su pena se disipó como el malestar de aquel día de tormenta. A la sazón estaba contenta. "Tito tenía razón: sin fatuidad podía decir que era más bonita que Jacoba". Esta certidumbre la consolaba, y era bastante para que las maniobras de Roberto la dejaran aquella mañana tan impasible en el fondo como superficialmente la habían emocionado la noche anterior. Tenía confianza. Cuando ella quisiera Roberto vol-

vería. La conciencia de su poder le inspiraba el deseo de ejercitarlo. Por otra parte, no pensaba más en Roberto Dumerchin que en monsieur Lacaille, por ejemplo. Ni más ni menos, porque, recobrada la calma, no cesaba de perseguirla esa eterna inquietud con que sueñan las jóvenes: "¿Cuál?"

Antes que miss Seven llegase de París dos días antes—había avisado por telégrafo que no volvería hasta después de la hora de la comida—Rosa se había confesado extensamente con su tío. Cuando Rosa se sentaba a la mesa, bajando de las nubes, monsieur de Vernay notó que la joven había llorado. Cuando supo en aquel momento que sus distracciones habían contribuido en parte a aquella crisis de llanto, se reprochó duramente su egoísmo y su supuesta insensibilidad, y encontró para aquella delicada pena de niña, para aquella nerviosidad pasajera, pero viva, palabras acariciadoras y calmantes. A la confianza de su sobrina, provocada en parte y en parte adivinada—porque Rosa al pronto no había querido decir nada y se limitó a sollozar — había contestado con paternal ternura.

Sin contradecirla, dulcemente—pues toda joven caprichosa se figura que nadie ha sufrido males tan graves como los suyos,—consoló a aquella alma afligida, alivió aquel corazón ahogado, henchido de pesares. Oyendo sus palabras bienhechoras Rosa sonrió poco a poco, comprendió, y se avergonzó de sí misma. Era desgraciada por exceso de felicidad. ¿Por qué se entristecía en el umbral luminoso del más hermoso porvenir? Había pocas mujeres dueñas como ella de su destino que tuvieran la increíble suerte de poder amar según su corazón, discernir, escoger. Sobre todo, no tenía necesidad de apresurarse.

—Miss Seven tiene mucha razón, querida niña (yo no entiendo nada de eso y, sin duda alguna, tú entiendes menos todavía) queriendo que no hagas un matrimonio cualquiera al cual te impulse uno u otro sentimiento, y que más bien que una alianza entre marido y mujer sea arreglo de conveniencias y de intereses. ¡Pardiez! Si todo pudiera armonizarse, miel sobre hojuelas; pero es preciso que sólo oigas los impulsos de tu corazón. Es necesario que le oigas mucho tiempo, y que no creas que ha hablado en cuanto adviertas su primer latido. Lo que amas hoy, querida mía, es el amor. Es turbación e ignorancia lo que se desborda de tu alma. ¡Espera! Para conocer y experimentar verdaderos sentimientos, espera a encontrar el que debe venir, y cuando le hayas conocido...

Contemplaba pensativo el delicado rostro de Rosa, en el cual ponía la atención un

encanto más grave en la boca silenciosa y en los cándidos ojos. Admiraba aquella pureza de lirio resplandeciente, que irradiaba a los primeros fuegos de amor como la nieve a los rayos de la aurora. Mientras no desbarbaba persiguiendo sus quimeras, monsieur de Vernay era hombre de excelente buen sentido y de la bondad más recta. Su conocimiento del mundo corría parejas ¡cosa rara! con una indulgencia filosófica que no era resultado de la indiferencia o de la apatía, sino de una piedad muy elevada, y que no tenía nada de crédula. Prescindiendo de que en ciertos momentos creía haber vivido en otro tiempo en el pellejo del monje Spiridión, ermitaño de Tebas, y luego, catorce siglos después, en el de monsieur de Beauvilliers, ministro de Luis XIV, en general se parecía a todos los hombres, y aun a los mejores.

Su creencia, por extravagante que pudiera parecer, era en realidad un manantial de paz, y aun de seguridad. Decía con extraña firmeza: "En el tiempo en que me llamaba Spiridión..." o bien: "Yo respondía a Luis XIV..." Ciertamente que podía entonces considerársele como loco. Pero esta extraña convicción se conciliaba con una especie de bella y pura religión moral que, lejos de renegar de Dios, hacía de él centro y razón del Universo. Creía que las almas—los espíritus, por mejor decir,—seres inmortales, se elevaban desde el principio de los tiempos de esfera en esfera y de encarnación en encarnación hasta una región superior, hasta la eterna luz de la verdad, del bien y de la belleza. Creía firmemente en la immanente justicia y en el progreso incesante.

El mismo, sin duda alguna, había vivido gran número de existencias; pero las únicas que recordaba distintamente eran la del monje y la del ministro. Y a través de esta diversas existencias, con sus altas y sus bajas, con las faltas de una vida expiadas en la otra, en la lenta ascensión del espíritu, una misma alma que venía de tan lejos, del origen de los siglos, iba subiendo a tientas, purificándose lentamente. Así se elevaba el impalpable tropel hacia la radiante mansión de los espíritus superiores. Por encima de la Tierra, colmada de despojos, flotaba en el éter un pueblo fluido. A los ojos de monsieur de Vernay la Naturaleza se estremecía en una inmensa palpitación de vida, de la cual cada espíritu participa con su invisible cuerpo astral. En su arraigada fe, el barón de Vernay era dichoso: un ritmo universal regula y arrastra todas las cosas; a despecho de tantas ineptias, necesidades y crímenes, una espiral sin fin pone en movimiento la cadena de los seres, y con un imperceptible impulso los lleva hacia la luz.

Con frecuencia había iniciado a Rosa en estas ideas de todo punto personales; pero no había convertido a la joven. Católica y observante, había aceptado desde la infancia, y no había discutido después, los misterios que constituyen la base de la fe cristiana. Por costumbre, y por verlos aceptados generalmente a su alrededor, se atenía a esos misterios. Los que formaban la religión de su tío le causaban asombro, sin quebrantar sus creencias. Sabiendo cuán puro, caritativo y bueno era su tío, no pensó en burlarse de él. Sin duda que, puestas en práctica de aquel modo, tales ideas podían tener algo de extraordinarias, y a veces de risibles, pero, en todo caso no tenían nada de pernicioso ni de sutil. Así, pues, nunca les había hecho blanco de sus burlas. Aunque aquella manía fuese conocida hasta el punto de ser la comidilla de Versalles, nadie se permitió nunca burlarse de su tío delante de ella. Rosa pensaba: "Es como es." He aquí todo.

Al Barón no le entristecía ver que su sobrina era rebelde a las ideas en que había encontrado refugio. ¡Ya las admitiría! Era demasiado joven, y estaba en la embriaguez de la primera posesión de sí misma y de su fuerza. No veía más que el esplendor de las cosas, la superficie. Más adelante comprendería la debilidad de sus fuerzas en relación con fuerzas desconocidas, y entraría también en el mundo misterioso que oculta el mundo visible, donde reposan y se mueven las potencias invisibles, la energía no formulada. Pero, claro es, lo mismo que él, necesitaría para conocerlo la luz de la revelación del rayo. Ya profesaría aquellas ideas, como miss Seven, que al principio se había encojido de hombros, y que a la sazón le escuchaba atentamente, soñadora en el umbral del reino de la sombra, por todas partes lleno de abismos, y que encierra en su amplio y tenebroso recinto el breve horizonte de nuestros ojos.

—Estás dispuesta, Rosa?—preguntó desde la antecámara el Barón.

—Heme aquí! Pero antes, miss, es necesario que os abrace!

Se colgó del cuello del ama de llaves, cuyas rubicundas mejillas se pusieron purpúreas con aquel espontáneo apretón. Poco expansiva, Rosa no abrazaba más que en los grandes días; pero le parecía que miss Seven estaba preocupada. Como un torbellino, y diciendo alegremente "¡hasta la vista!", se reunió con monsieur de Vernay, que impaciente golpeaba las losas con el bastón.

—¡No llegaremos a tiempo a la cita!

—¡Ah, es verdad!—dijo Rosa.—¡Nos espera monsieur Sicart! ¡Qué idea tan chusca habéis tenido rogándole que nos acompañe,

como si no conociéise el Palacio tan bien o mejor que él.

—Ha habido allí algunos cambios, hija mía! y, además, quiere enseñarnoslo él mismo.

—Después de todo, lo he dicho por él; pero desde el momento que no le molestará atenderlos...

¿Era franca? Evidentemente, la frase había sido pronunciada con ligereza, de un tirón. Pero ¿sin segunda intención? No del todo.

Hacia dos días que Rosa no dejaba de pensar en monsieur Sicart. En ellos había vuelto a ver aquellos hermosos ojos lípidos, de ingenua mirada y ennoblecidos con cierta expresión de gravedad. Era indudable que a pesar de su aire simple y de sus tímidos modales, monsieur Sicart no tenía muy mal aspecto; reflexionándolo un poco, quizás era tan bueno como... otros. Pero ¿por qué pensar en monsieur Sicart? ¿Qué había de común entre él, sus gustos, su profesión y su existencia y mademoiselle de Vernay? Ella no le conocía, e indudablemente, a juzgar por sus rápidas retiradas, por sus discretos saludos de lejos y su obstinado silencio, daba a entender que tampoco él tenía ningún deseo de conocerla. ¿Entonces...?

Así, cuando Rosa supo por su tío que el arquitecto había cumplido sin demora su encargo relativo al Conservador y que ofrecía acompañarlos en su visita, se sorprendió mucho. Pero, por una de esas veleidades tan femeninas, en vez de pensar: "¿Qué amable es monsieur Sicart!", ¿Deseará estrechar nuestra amistad?", vió en ello un signo inequívoco de que quería hacerlo, y se sorprendió de aquella falta de tacto. Ni más ni menos que su puerta, no debe forzarse la simpatía de las personas. ¡Verdaderamente que monsieur Sicart tenía bien poca delicadeza! ¡Imponerse de aquel modo! No podía excusar su compañía. Era una situación violenta.

No comprendió que era un acto de cortesía para con monsieur de Vernay, y no quiso ver en ello más que una terquedad impertinente con relación a ella. Por una contradicción del sentimiento harto frecuente, culpaba entonces al joven por hacer lo que tal vez antes le hubiese reprochado que no hiciera. Pero, desde el punto de vista del corazón, era de la lógica de lo que menos se preocupaba Rosa, como tantas otras mujeres, que, no obstante, con frecuencia están seguras de sus razonamientos.

Así, pues, se dirigía al Palacio con las intenciones más agresivas. Cubierta por la sombrilla blanca forrada de verde, que llevaba monsieur du Vernay, atravesó con aire displicente la desierta y soleada plaza de Armas. El Sol de Junio caía a plomo.

—¡Estaremos cocidos antes de llegar!—decía.

—¡Buen tiempo para la caza del avestruz! ¿Sabes cómo es?

Quiriendo aparecer disgustada, contestó con un guiño: ¡No! No lo sabía. ¿Qué historia era aquélla?

—Una historia del coronel Merlet, el "Africano", de los tiempos en que servía en Laghouat y se iba a cazar el avestruz con los viejos guías de la tribu de los mekalifs. Me la contó ayer en el Circulo. Hela aquí: Los mekalifs cogen de sus caballos, que están muy sucios, unas garrapatas; a pleno sol trazan en el suelo un círculo de cincuenta centímetros, y en medio de él colocan los parásitos. Si los insectos se cuecen antes de llegar a la circunferencia, hace calor y es buen tiempo de caza. El avestruz morirá. Si no, no hay nada que hacer; los caballos no podrán cansarle: el tiempo está demasiado fresco.

Rosa bostezó riendo:

—¡Qué repugnante es esa historia! ¡En adelante no podré ver a nadie atravesar la plaza de Armas en el estío sin acordarme de las garrapatas!

—¡Bah!—dijo monsieur de Vernay.—Por fortuna, el Sol de nuestros climas no es tan mortífero.

A pesar suyo Rosa se imaginaba a algunas de sus amigas tostadas y tendidas panza arriba. Luisa Durdelle, por ejemplo, o madame Dumerchín, y murmuró:

—¡Qué horror!

—¡Ah! Ya veo a monsieur Sicart—exclamó el Barón cuando franqueaban la dorada puerta y, pisando ya las baldosas del patio, avanzaban por entre la doble línea de guardacantones que en otro tiempo señalaban el emplazamiento donde formaba la servidumbre real cuando hacía los honores al paso de los carruajes que subían hacia la entrada de la segunda verja, en el sitio donde se levanta hoy el pedestal del Rey-Sol.

—No le veo—dijo Rosa con tono seco.

—Sí; ahí está, a la derecha, allá abajo, junto al pabellón de Gabriel.

En efecto; estacionado delante de las arcadas del Norte distinguíase un punto obscuro. Por ser lunes, el palacio parecía aún más desierto que de costumbre, y el eterno dueño del edificio que sobre el pedestal sostenía el inmóvil galope de su caballo de bronce, con la orgullosa actitud de su mano extendida empujando el bastón de mando, parecía no dominar más que el silencio y la muerte en el fastuoso palacio dormido.

Sin hablar, porque a su pesar los subyu-

gaba la majestad de la imponente decoración, pasaron el pabellón de los Ministros dirigiendo una mirada hostil a las grandes estatuas, bloques deformes de dos de los cuales Luis Felipe descargó al puente de la Concordia para obstruir con ellos las rampas del antepatio. Al pasar junto a la ecuestre de Luis XIV, obedeciendo a un hábito maquinal, monsieur de Vernay se descubrió. El espíritu del duque de Beauvilliers saludaba a la sombra de su monarca.

A medida que se aproximaba Rosa distinguía mejor una figura que a cada paso iba precisándose más. Tenía el mismo sobretodo gris, el mismo sombrero de paja con cinta negra. No se había metido en gastos. ¡Buena señal! No llevaba la cartera atestada de papeles. ¡Muy bien! Pero ¿por qué monsieur Sicart tenía siempre aquel aire humilde y recogido? Saludó en voz muy baja, balbuceando entre las frases de gratitud de monsieur de Vernay que iba a tener el honor..., que quería serles agradable..., que había pensado...

Un guarda permanecía detrás de él provisto de un gran manojo de llaves. Para salir de situación tan embarazosa el arquitecto le indicó el orden de la visita.

—Tomaremos la escalera 18, y entraremos por la sala de las acuarelas en las antiguas habitaciones de madame Adelaida.

Había recobrado la serenidad, y respondió con tono reposado a una pregunta de monsieur de Vernay. A fuerza de hallarse familiarizado con los lugares y con su historia, parecía estar en su casa propia y hacer los honores con sencillez.

Cruzaron rápidamente el antiguo gabinete de madame Adelaida, donde las acuarelas de Van Blarenberghe actualmente expuestas celebran las conquistas de Luis XV, y que en el reinado precedente era el salón de las medallas. En la antecámara, situada en una de las mesetas de la gran escalera de los Embajadores contruida por Luis XIV—una maravilla de cuadros, de estatuas, de mármoles y de oro, y destruida por Luis XV, al mismo tiempo que la pequeña galería de Mansard, para construir las habitaciones de madame Adelaida,—el arquitecto mostró discretamente al pasar la puerta que da al salón de Venus, admirable tablero de madera esculpida y dorada, con la cerradura de Cucci, único vestigio, según dijo, de la antigua decoración de la escalera destruida.

—¿Qué vandalismo!—murmuró monsieur de Vernay.

—La historia de Versailles—replicó el arquitecto—no es más que una larga reparación. No resta, sobre todo del tiempo de Luis XIV, más que las habitaciones del Rey,

las de la Reina, rehechas en parte, la gran galería, y la hilera de los salones de mármol o grandes habitaciones.

Monsieur de Vernay movió melancólicamente la cabeza.

Era partidario de Luis XIV por cuestión de principios. A fuerza de estar convencido de que el virtuoso protector del duque de Borgoña revivía en él, no admitía que el decoro y la pompa del gran siglo juzgase el arte voluptuoso de Luis XV como decadente, ni el de Luis XVI, pobre y raquítico, como la última flor de una savia agotada.

Pero el arquitecto objetó al mismo tiempo que entraba en el comedor de madame Adelaida:

—¡No diréis que esta admirable pieza, si no borra la impresión que causa el salón de Mansard, al menos la atenúa considerablemente? ¡Es posible ver nada más francés, una gracia más completa y más libre en la riqueza, que hace resplandecer esas ligeras ensambladuras blancas cubiertas de oro? ¡Amores, cifras, artesonados, guirnaldas, y esa innumerable colección de emblemas; todo lleva la marca galante y fina del genio de nuestra raza! Por mi parte, no lamento que a las grandes habitaciones de Luis XIV hayan sucedido las pequeñas de Luis XV y de María Antonieta. Me satisface que el palacio haya seguido la evolución de la moda y las costumbres. Sus muros son de este modo una sucesión de testigos que se levantan por turno para mostrarnos la imagen y las lecciones de lo pasado.

Rosa, que miraba un cuadro colocado encima de una puerta, volvió los ojos a hurtadillas. Comprobó que monsieur Sicart tenía un aire muy inteligente, y aun distinguido, dijera lo que quisiera Luisa Durdelle. Habla con calor, sin preocuparse visiblemente de que ella oyese o no lo que decía, puesto que estaba al otro extremo de la sala. Y libre, al menos por un instante, de la intimidación que Rosa ejercía sobre él—ella tenía demasiado tacto para no conocerlo,—parecía como si le hubieran quitado un peso, casi otro hombre distinto. Semejante mudanza asombró a Rosa. Su mal humor del principio, debido a la sospecha de que quisieran violentar su aparente indiferencia, se transformó en una especie de consideración. Entonces escuchó, por lo mismo que veía que no se solicitaba su atención.

En la pieza inmediata, donde grandes armarios de cristales a través de los cuales se veía el lomo de muchos libros indicaban su destino, el arquitecto decía:

—Tampoco siento que el dormitorio de la Princesa se haya convertido en biblioteca de Luis XVI, pues que veo esta chimenea de

proporciones tan admirables, como esos niños y esos bronceos.

Rosa se extasiaba.

—¡Qué lindo es esto!—decía.

Es el salón de música de madame Adela.

Artesonados, puertas, postigos, marcos de espejos, cielo raso; todo estaba esculpido y dorado deliciosamente: instrumentos músicos, como violas y flautas, intercalaban sus atributos entre el armonioso capricho de los arabescos.

—Hay aún una piececita maravillosa y poco conocida, porque desde hace sesenta años estaba sepultada en completa obscuridad.

Sicart entró en un pequeño gabinete, donde precisas ensambladuras chapeadas de oro de diferentes clases, verde, rojo y amarillo, representaban escenas de pesca y caza.

—Este—decía—era el cuarto de baño de Luis XV. Luis XVI le convirtió en su gabinete del tesoro. Después, cuarenta años más tarde— ¡Cuarenta años; eso bastó para que la tormenta lo arruinase todo con su prodigioso trastorno: Revolución, Imperio, y otra vez la Monarquía!—Luis Felipe transformó el palacio en museo, hizo en el patinillo que daba luz a este gabinete una escalera, a la cual, como veis, da la ventana. Pero para decorar esa escalera, llamada de los Embajadores en recuerdo de la gloriosa grada demolida en tiempo de Luis XV, el arquitecto juzgó conveniente cubrir muro y ventana con un inmenso cuadro que representaba una batalla, y las ninfas de las ensambladuras se sumergieron en una noche que a no ser por el nuevo conservador hubiera sido eterna. Sólo se descubrían en la obscuridad a la luz de una cerilla; el tiempo necesario para divisar sus cuerpos encantadores en el oro verde del agua. Pero al fin vino Nohac, y el malhadado cuadro fué arrollado, abierta de nuevo la ventana, y las ninfas volvieron a la luz.

En aquel momento, por una escalera de caracol empotrada en el muro, Rosa se encaramaba a dos o tres pequeñas habitaciones entresuelos, desnudas y sin chimeneas, que, sin duda ocupadas antiguamente por doncellas, llamaban la atención en medio de tantos esplendores por su estrechez y falta de suntuosidad.

—¡Es curioso—dijo monsieur Sicart—cómo al lado de la ostentación se encuentra en lo privado lo mediano y lo incómodo! No podían ustedes figurarse el inextricable laberinto que existía en una parte del palacio, con departamentos bajos, oscuros, en comunicación unos con otros por escaleras y corredores como una verdadera colmena de innumerables alveolos, donde zumbaban los

zánganos de la corte. La organización del museo ha hecho de eso tabla rasa. Sin embargo, hubieran podido conservarse los mejor decorados para dar una idea de los otros. Pero Luis Felipe no tenía más que un fin; ¡colgar tela pintada! Sin duda debemos estarle agradecidos, pues gracias a los cuadros han subsistido los muros. Lo que destruyó nos ha valido, por lo menos, para conservar el resto.

—El gusto cambia—dijo a manera de excusa monsieur de Vernay.

—Pero no siempre en bien. ¡Cuando se piensa que al final del reinado de Luis XV Gabriel tuvo que reedificar enteramente el palacio según el estilo antiguo, que algo más tarde Napoleón lo acomodaba a su vez al estilo grieco-romano, instalando en lugar de los bosqueillos del parque panoramas con figuras de yeso representando las principales expediciones de sus ejércitos y las vistas de las capitales que habían conquistado! Waterloo salvó a Versalles antes de Luis Felipe.

—Caballero—preguntó Rosa,—¿no nos enseñáis las habitaciones de Luis XIV y el patio de los Ciervos?

Despertada por sus lecturas, Rosa tenía viva curiosidad por conocer aquel retiro, al cual daba en el primer piso el gabinete de caza y el comedor de Luis XV, y en los otros todo aquel conjunto de gabinetes, cocinas y oficinas, donde lejos de las grandes habitaciones se deslizaba desde los tiempos de Luis XIV la vida interior de los monarcas.

Una ventana abierta del gabinete de caza le permitió asomarse a un balcón del patio, y se sorprendió de la pequeñez y medianía de las construcciones.

Aquellos pisos de habitaciones bajas, sin aire ni luz, donde se encerraban dos dueños de Francia, uno para divertirse preparando guisos y pasteles cuando por fortuna no tenía ocupaciones más frívolas, el otro para amartillar y pulir herrajes en su fragua, hacían pensar en la más humilde casa burguesa, y su contraste con la gran galería oprimía el corazón.

—¡Veis esa abertura, mademoiselle!—dijo el arquitecto señalando a la izquierda una puerta que daba sobre el balcón.—Por ese gabinete Luis XV tomaba libremente la escalera que conducía a los tejados para ir a pasearse con sus amigas o sobre la techumbre y, por donde Luis XVI salía también a fin de tomar por debajo de la misma escalera el pasaje del Rey, un largo corredor que, atravesando los entresuelos, le conducía al otro lado del palacio, a las habitaciones de la Reina.

Rosa quiso ver aquella pieza, cuyas en-

sambladuras el arquitecto alababa, con razón, como las más finas que dejó el arte de la época, con su ornamentación de motivos tomados de diversos oficios. No se podía entrar en ella más que por una pequeña puerta situada en el fondo de la alcoba.

¡Extraño fenómeno! Cuando se dirigía a Rosa monsieur Sicart parecía volver a su timidez.

Un ligero rubor coloreó sus mejillas, e hizo esfuerzos para recobrar la palabra cuando hubieron admirado bastante la sobriedad del decorado y la sencilla belleza de la chimenea de mármol rojo, con sus cobres delicadísimo dorados.

Por aquí es por donde la mañana del 6 de Octubre del 89, asustado por la presencia y el griterío de la muchedumbre que había invadido el palacio, Luis XVI se precipitó corriendo a través del pasillo secreto a la Cámara de María Antonieta, que por su parte, habiendo sentido miedo, procuraba salvarse a la vez huyendo a las habitaciones de él, solo con las medias y una falda puesta a prisa, y guiada por dos doncellas a lo largo de las antecámaras "del ojo del buey", de la cámara de Luis XVI y de la sala del Consejo.

Un instante permanecieron callados evocando la sangrienta tragedia. Rosa sintió un lejano escalofrío de la gran fiebre de aquellos días, que se desencadenó entonces como el amanecer tumultuoso de un mundo nuevo. Veía resurgir ante ella una historia que a través de los libros le había parecido cosa muerta. A la fría imagen sustituía, gracias a aquel silencioso testimonio de las cosas, el estremecimiento mismo de la vida. ¡Más que tibio, abrasador todavía, lo pasado se levantaba de la tumba!

Su tío y monsieur Sicart experimentaron con fuerza la misma emoción. La joven miró francamente al arquitecto, cuyos ojos al encontrarse con los suyos se bajaron con rapidez; pero no lo bastante de prisa para que ella dejase de observar con simpatía su leal y grave expresión acostumbrada. ¡Era que en aquel momento compartía las ideas que despertaba en ellos aquella emocionante vista, en la cual se levantaban a su paso tan conmovedores fantasmas? ¡Era que a esta comunión de ideas se agregaba una sensación nueva, que era la de ver emocionado, y emocionado por ella más que por aquellos recuerdos, a un hombre cuyo saber e inteligencia apreciaba en aquel instante? Es indudable que no le desagradaba la confusión de monsieur Sicart y conocer que algo contribuía a ella.

—Gana en ser conocido—pensó la joven.

Al mismo tiempo se daba cuenta de que no sabía de él otra cosa que lo que decían las malas lenguas, lo cual en realidad era bastante poco. Tuvo deseos de informarse mejor, y se prometió conferenciar con miss Seven. Veamos: ¿qué era lo que le había reprochado en un principio? No podía decirlo claramente. ¿Era que no vivía en el mismo mundo que ella, y que la leyenda le presentaba retraído, orgulloso, absorto en una labor cualquiera cuya vulgaridad no justificaba tales reservas? Comprendía que era falsa la leyenda. En cuanto a no amar el mundo ¿podía acusársele de ello como de un crimen? ¿Como si su tío, miss Seven y otras personas superiores no participaran de estos sentimientos! ¿Era quizás que le parecía pobre? No; esta idea era indigna de ella: no la había tenido nunca ni la tendría jamás. La rechazaba como una afrenta. Por otra parte, ¿qué se sabía de él? Monsieur Sicart observaba una corrección absoluta. Hay personas que viven a su gusto, que son hasta ricas, y para quienes la vida no consiste, como para madame Allaygre, más que en llevar como insignia su fortuna a la espalda.

Además, aunque fuese pobre, ¿qué había de humillante en ello? Todo lo contrario. ¿Qué más meritorio y más noble que una vida consagrada como la del arquitecto a un trabajo útil? Al reflexionar sobre esto, ¿no era un motivo de legítimo orgullo poder decir: el pan que cómo y con el cual mantengo a los míos, es mío porque yo lo he ganado? ¿Cuántas personas entre las que ella conocía hubiesen podido decir otro tanto? ¿Cómo podían estar orgullosas de un oro que no habían ganado?

Rosa sintió por todos una instintiva antipatía, que por acción refleja se tradujo en estimación por monsieur Sicart y por una marcada consideración, de cuyos efectos pudo juzgar bien pronto. Con su natural franqueza rompió el silencio exclamando:

—¡Qué contenta estoy de que hayáis querido enseñarnos todo esto!

Al oír estas palabras el arquitecto se atrevió a mirarla y a manifestarle su agradecimiento con la mirada. Pudo ella entrever un alma delicada y recta, una reserva que velaba mal el impulso espontáneo de una sincera simpatía. Al mismo tiempo monsieur Sicart enrojecía. El rubor, que aumentaba con su confusión, y al mismo tiempo era causa de ella, se extendía hasta el extremo de las orejas y hasta la punta de los cabellos.

(Continuará)